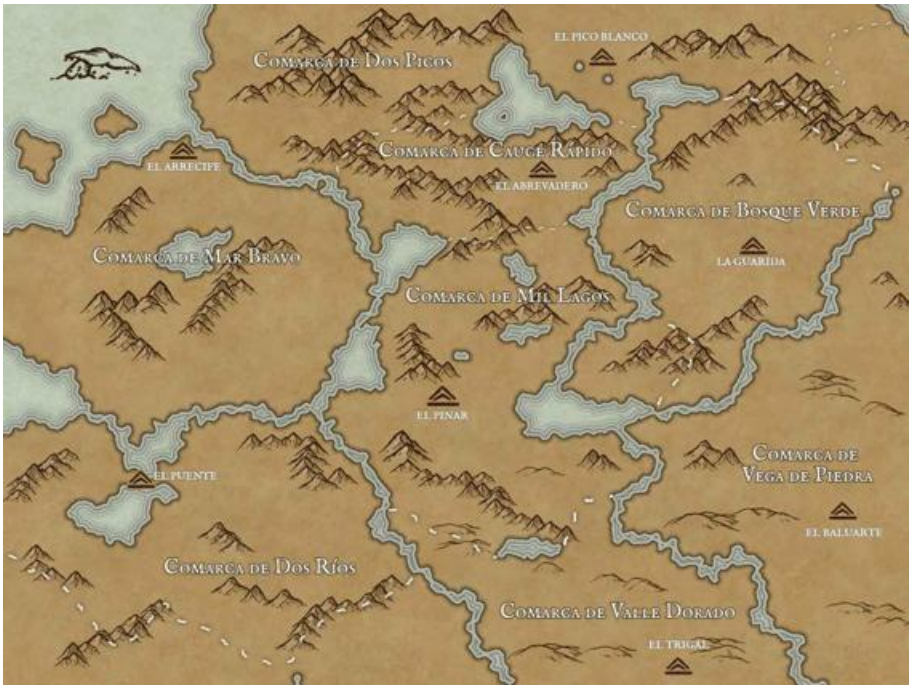

MENTA
&
MIEL

Menta & Miel

Lia Gerald

La Reserva


Comarca de Dos Picos
El Pico Blanco
Comarca de Cauce Rápido
El Arrecife
El Abrevadero
Comarca de Bosque Verde
La Guarida
Comarca de Mar Bravo
Comarca de Mil Lagos
El Pinar
Comarca de Vega de Piedra
El Puente
El Baluarte
Comarca de Dos Ríos
Comarca de Valle Dorado
El Trigal

EL OMEGA

Ser diferente no es fácil.

Tratar de encajar en un lugar al que no perteneces, repleto de gente que no conoces, con costumbres que ni siquiera entiendes, siempre es complicado; más aún si se trata de una de las Reservas de Animanos más grandes del país. Pero no tuve otra opción después de que el General Copper me mandara directo a «La misión de mi Vida».

—Adéntrate en la Reserva, descubre dónde está el grupo rebelde y vuelve con toda la información posible —me dijo, como si fuera algo sencillo.

—¿Y por qué cree que van a confiar en mí, señor? —le pregunté.

—Es evidente, Lemér: porque eres uno de ellos.

Uno de *ellos*… Sí, físicamente, puede que yo fuera un animano, pero llevaba toda mi vida en la sociedad *beta* y no tenía ni la más remota idea de otra cultura que no fuera la suya. Estaba totalmente integrado y jamás había tenido ningún tipo de conexión con otros *omegas*. Había visto alguno, por supuesto, pero entre los animanos que vivían en la gran ciudad, existía esta especie de acuerdo tácito y silencioso de ignorarnos mutuamente. Ya era suficiente raro que nos vieran solos, como para, aun por encima, juntarnos.

Así que solo estaba yo, desde que tengo memoria: un pequeño y solitario animano con unos adorables bigotitos y una cola peluda y larga que llamaba demasiado la atención. Siempre les sorprendía mucho a los *betas*, que la miraban balanceándose tras de mí y me hacían las mismas estúpidas preguntas:

¿Es incómoda?

No sé. ¿Te parecen incómodos tus brazos y tus piernas? Porque entonces sí.

¿Por qué es tan larga?

No es lo único largo que tengo…

¿Es tan suave como parece?

Lo es.

¿Puedo tocarla?

No. Nunca. Jamás de las jamases.

Ahora me encanta mi cola peluda y anillada, es un gran tema de conversación para romper el hielo; pero no siempre fue así. De pequeño, me ponía de los nervios que la miraran sin parar, que tiraran de ella o se rieran constantemente, tratándome como a una especie de monstruito. «Lemér el Lemur», me llamaban. Los niños *beta* y su imaginación rompedora y original…

Sin embargo, a veces, lo simple es lo más efectivo.

En la escuela empecé a acostumbrarme a enrollar la cola alrededor de la cadera y a cubrirla con la cazadora o la camiseta. Así solo parecía que tenía bastante barriga y las caderas demasiado anchas, lo que seguía siento mejor y más discreto que un rabo de dos metros de largo balanceándose a mis espaldas. Eso me facilitó mucho las cosas. Entonces los *betas* solo se fijaban en mis largos bigotes, preguntándome si era una especie de «ratón rubio», porque era demasiado pequeño, enclenque y asustadizo por entonces.

—Sí, soy un ratón —les decía siempre antes de sonreír, fingiendo que mordía alguna especie de fruto entre las manos como lo haría un roedor.

Con el tiempo, te acostumbras a reírte de ti mismo, de lo extraño que eres y de las cosas que te diferencian de los demás. Bromeas porque estás cansado de irte corriendo a llorar y de esconderte; bromeas porque no puedes luchar contra todo el mundo todo el rato; bromeas porque, si lo haces, al final deja de doler. Así que, en resumen: aprendí a sobrellevarlo, pero no tuve la mejor ni la más sencilla de las infancias entre los *betas*. Siendo sincero, crecí creyendo que la mayoría eran imbéciles y crueles; pero todo cambió cuando llegó la adolescencia y mi primer Celo, entonces las cosas tomaron un rumbo muy diferente.

La pubertad de un animano no es muy diferente a la de un *beta*, al menos, en lo básico: las hormonas revolucionan por completo tu cuerpo y lo transforman para siempre, te crece pelo por todas partes y empiezas a experimentar emociones que, hasta el momento, no sabías que existían. Sin embargo, en los animanos estos cambios son mucho más intensos y, diría que hasta radicales. En apenas unos meses doblé mi altura y mi tamaño, me volví mucho más activo, mucho más fuerte, mucho más rápido y, por supuesto, mucho más oloroso.

Aún recuerdo la clase «especial» que nos dieron en el instituto sobre el tema, a mí y a otro *omega* con pequeños cuernos de cervatillo que trataba de ignorar mi presencia en el aula con todas sus fuerzas. El orientador nos puso a ambos un vídeo en una pequeña pantalla de televisión y después se cruzó de brazos, a la espera de que no le hiciéramos preguntas que él no podía ni sabía responder. El documental, producido por el departamento de salud pública del gobierno, se titulaba: «Omegas: ahora que eres adulto». En él, una adolescente con bigotes y cola de gato hacía preguntas a la cámara mientras una voz en off le explicaba detenidamente las respuestas.

¿Por qué ahora sangro cada tres meses?

Porque tu cuerpo, al igual que el de las hembras de la sociedad *beta*, pasa por una etapa de ovulación, teniendo su punto álgido en el denominado «celo» o «ventana fértil». Al no ser fecundado, el útero del *omega* se renueva, segregando lo que se considera comúnmente como «menstruación». En el caso de los animanos *omega*, esto se produce tanto en machos como hembras.

¿Por qué ahora siento un líquido extraño en mis partes íntimas? ¿Es normal?

Sí, es normal. Este «líquido» es denominado «*fluido biológico omegático*» y procede de una glándula especial que se encuentra integrada dentro del sistema reproductor de los animanos *omega*. Al igual que las glándulas salivares, segrega grandes cantidades de fluido traslúcido y viscoso que recubre los genitales femeninos, en caso de las hembras, y el ano, en caso de los machos. Está compuesto por un 90% de agua, pero también sales minerales y hormonas; lo que le da un intenso olor.

¿Por eso ahora huelo tan raro?

Sí. Los animanos *omegas* poseen un característico olor procedente de las feromonas que empiezan a segregar cuando alcanzar la pubertad y se vuelven fértiles. Están en todo su cuerpo, pero se acumulan en mucha más cantidad en axilas, pelo, cuello, genitales, colas, en el caso de tenerlas, y, por supuesto, en el *fluido omegático*. Los aromas más comunes son los frutales, pero existen variaciones y excepciones, ya que cada *omega* posee un olor distintivo del resto; aunque los *betas* no puedan percibir los pequeños matices que los diferencian, ya que no poseen el sistema olfativo especializado de los *alfas*.

¿Entonces es normal que ahora les guste más a los chicos?

Sí. Las feromonas que ahora segregas tienen componentes afrodisíacos que atraen a los machos *beta*. Es tu responsabilidad a partir de ahora saber lidiar con este efecto que produce tu cuerpo y

ser responsable con las acciones que cometas.
¿Y qué pasa cuando tengo el Celo? ¿Hay alguna forma de evitarlo?
Sí, aunque el Celo es totalmente normal, puede producir cierta incomodidad en tus compañeros, familiares y amigos. Existen productos especiales para ti, los cuales, explicaré a continuación…
Ahí fue cuando el vídeo se convirtió en lo que era: pura propaganda del Estado para que tomaras supresores, anticonceptivos y llevaras «pañales *omega*». No se llamaban así, por supuesto, pero eran lo que parecían. Compresas muy gordas que te ponías en la ropa interior para que tu «fluido *omegático*» no supusiera un engorro.
De todas formas, he de reconocer que aprendí algunas cosas de aquel vídeo: algunas desagradables, como el hecho de que el propio gobierno quisiera que me avergonzara de mi biología y mi organismo, haciendo todo lo posible por reprimir mis instintos y mis deseos para no convertirme en un «peligro» para los «pobres *betas*»; quienes, evidentemente, eran solo las víctimas en todo aquello.
Otras, sin embargo, fueron muy útiles, como descubrir el por qué, de pronto, tenía todo el rato el culo mojado y empezara a flotar alrededor de mí un delicioso perfume que no dejaba de confundir a los *betas*, especialmente, a los *betas* hombres, que se sentían extrañamente atraídos hacia mí por alguna razón que ni siquiera entendían. Siempre decían que les olía a menta dulce. No lo sé, sinceramente, nunca he podido olerme a mí mismo, pero sí podía oler su profunda excitación y lo mucho que yo les gustaba. Tanto, que algunos incluso estaban dispuestos a «experimentar», o a «probar algo nuevo»; lo solían decir con una sonrisa tonta y un tono discreto, como una sugerencia o una frase sin importancia, pero todo se resumía al hecho de que yo les ponía cachondos y que, aunque se consideraran a sí mismos heterosexuales, querían follar conmigo.
Los hombres *betas* no eran los únicos sorprendidos con aquello, la verdad. Os puedo asegurar que yo estaba más perdido e intrigado que ninguno de ellos. El vídeo del gobierno «Omegas: ahora que eres un puto peligro para la sociedad», aclaraba dudas sobre tu cuerpo, pero no te explicaba cómo lidiar con el hecho de pasar de ser un niño enclenque y constantemente humillado a ser un hombre *omega* muy atractivo y deseado.
Resultó un tanto chocante, si soy sincero. De pronto, mis bigotes y mi cola pasaron a un segundo plano, sustituidos por mi creciente atractivo físico. Cada día era más guapo, cada día olía mejor y cada día a los *betas* les costaba más y más ignorarlo. El instituto pasó de ser un purgatorio a resultar incluso divertido. Mi nuevo físico, muy por encima de la media, me permitió participar en todos los deportes que quisiera; y mi carácter bromista y calmado, desarrollado tras una infancia de insultos, me facilitó convertirme en un chico muy, muy popular.
Esa fue la parte buena y bonita, porque dentro de mí seguía teniendo muchas dudas que nadie parecía poder responder: ni el orientador del instituto, ni los profesores, ni, evidentemente, mis padres adoptivos. La única persona que creí que pudiera entenderme, el otro chico *omega* de mi instituto, se había ido cuando sus cuernos de cervatillo empezaron a crecer demasiado; convirtiéndose en astas que, al contrario que yo con mi cola, no podía esconder de ninguna manera.
Sin nadie como yo a mí alrededor, tuve que buscar mis propias respuestas donde pude; y no me refería a cosas como: *¿Por qué me siento raro en el celo? o ¿Por qué siento un cosquilleo cuando mi amigo se acerca?*. No. Me refería a cosas como: *¿Por qué cojones no puedo para de masturbarme como un mono???* O *¿Por qué coño no paro de mojarme como un cerdo en los vestuarios???* . Por suerte, la información en la sociedad *beta* no era un problema y solo me llevó un par de tardes frente a mi portátil encontrar estudios profesionales mucho más profundos

y realistas de lo que el gobierno había querido decir en su vídeo. Fue entonces cuando descubrí que los *omegas* éramos algo así como «máquinas de fertilidad».
Nuestros cuerpos estaban diseñados para atraer a los *alfas* como a moscas, o, en este caso, a los *betas* hombres, lo más similar que había a mi alrededor por entonces. Descubrí que esa intensa excitación que sentía a veces, incluso fuera del celo, era completamente normal; se trataba de mi cuerpo ovulando y pidiéndome a gritos que me quedara preñado para empezar a parir crías sin parar. Me ponía cachondo al ver a mis compañeros de equipo desnudos porque mi libido era el doble o triple del de un humano, y, al parecer, era común que un *omega* copulara a menudo. Así que yo no solo estaba salido, sino que además estaba «a dos velas», creyendo que no debía mantener relaciones con nadie cuando, en realidad, lo más normal era que ya me hubiera follado a todo el equipo.
Eso no lo descubrí en estudios de investigación, sino en la sección de Reddit «OmegasGoneWild», donde *betas* intercambiaban sus experiencias, vídeos y fotos de nosotros, moviéndose entre el mórbido fetichismo y la valiosa información que nadie más parecía querer contar.
Los *omegas* éramos bestias sedientas de sexo porque, al final de cuentas, aquella era nuestra «única función en la vida»… No voy a mentir, no resultaba una perspectiva demasiado motivadora o agradable descubrir que eras poco más que un útero con patas. Sin embargo, eso no me detuvo a la hora de comenzar mi truculento viaje hacia la plenitud sexual.
Digo «truculento» porque os aseguro que cualquier *omega* que describa sus primeras experiencias sexuales con una palabra mejor que «decepcionantes», miente. Todavía recuerdo a mi primer «amigo especial», Jackson: piel de chocolate, pelo trenzado, profundos ojos negros, labios gruesos y el físico digno del capitán del equipo de beisbol del instituto. Siempre bromeaba diciendo que si bateaba tan bien, era porque tenía mucha práctica cogiendo su «propio bate»; y yo me moría por saber si eso era verdad.
Yo sabía que Jackson no era gay, pero también sabía que no dudaría en venir a mi casa cuando le dijera que mis padres se habían ido de cena y que no volverían hasta altas horas de la noche. Que yo le excitara, no era cuestión de sexualidad, sino de una necesidad biológica. Nada más besarle, pude sentir su jadeo de lujuria y la forma en la que se aferró a mi camiseta del equipo de rugby. Después descubrí que su entrepierna era todo lo que había prometido que sería; por desgracia, no importa lo grande que tengas la polla si te corres demasiado rápido.
«El minuto de oro» llegué a llamarlo cuando, la segunda y tercera vez que intenté montarle, volvió a pasar lo mismo. A mí no me daba ni tiempo a empezar a gemir y él ya estaba sudando, jadeando y con la mirada perdida en el techo. Sabiendo lo que sé ahora, entiendo por qué un adolescente *beta* no estaba preparado para lo que mi cuerpo representaba. Junior lo describió una vez como: «la ordeñadora perfecta». Es un nombre un poco tosco, aunque siempre me hizo gracia porque no dejaba de esconder cierta verdad.
Todo yo era una máquina perfecta de seducción para atraer a los hombres y provocarles el orgasmo. Mi cuerpo quería ser fecundado y sabía muy bien cómo conseguirlo: mi olor, mi atractivo, mi físico, incluso el tono de mi voz, captaba enseguida la atención de los betas; y cuando ya los tenía, mi ano y recto segregaban su propio lubricante, sedoso y cálido, facilitando la penetración y convirtiéndolo en un proceso sumamente placentero. Me dilataba a gran velocidad y sin necesidad de preparativo alguno, no importaba lo grande o gorda que fuera la polla en cuestión; pero solo lo suficiente para que las paredes de mi recto se apretaran contra el miembro, produciendo la mayor fricción posible. Y, por si eso no fuera bastante, cuando me excitaba, la cantidad de feromonas afrodisíacas que producía doblaba la tasa normal.

Así que sí, mis primeras experiencias fueron bastante frustrantes. Tanto que al final casi preferí seguir encargándome de mis propias necesidades yo solo, al menos, hasta que conocí a Junior; pero eso fue algunos años después. Por entonces, el único momento en el que sí o sí necesitaba compañía era en el celo, cuando durante veinticuatro horas me convertía en una completa bestia insaciable y no había quien me parara. Pasé uno a los dieciséis y otro a los diecisiete y, desde entonces, siempre tomé supresores. Odiaba aquellas putas pastillas amarillas, me quitaban el olor y me dejaban completamente grogui, pero incluso eso era mejor que la frustración agónica de no sentirte satisfecho en ningún momento. Solo volví a pasar los celos cuando conocí a Junior, pero eso fue varios años después, cuando entré en el ejército.

Puede sonar irónico, casi ridículo, que un gobierno tan centrado en el control y la sumisión de los animanos, estuviera a la vez tan interesado en incorporarlos en las fuerzas armadas. Pero no hay que olvidar que nosotros poseíamos unas actitudes físicas y unos reflejos que superaban con creces los de cualquier *beta*. Éramos los más rápidos, los más ágiles, los más escurridizos y los más enérgicos. Tenían que hacer pruebas especiales para nosotros porque las normales eran casi un juego; así de buenos éramos.

Por eso, nada más terminar el instituto, me ofrecieron una increíble beca de estudios en la base militar de Rock Lake, en la otra punta del país. Me prometieron un futuro brillante si superaba las expectativas y yo no lo dudé. El ejército me pagó todo lo que necesité desde entonces: el alojamiento, la comida, el médico e incluso un pequeño sueldo. Lo que no me habían contado al alistarme era la cantidad de mierda que iba a tener que tragar. El racismo, que se me considerara un «ciudadano de segunda», los estrictos controles sobre mi cuerpo y mi vida, la total pérdida de libertad e independencia… Tuve que enfrentarme a muchos prejuicios de los *betas* contra los animanos, mucha condescendencia y mucho odio, en especial, del cabrón del alférez Arthur Copper Junior.

Y sí, hablo del mismo Junior con el que me pasé todos los celos desde mi llegada a la base militar. Veintiséis años siendo hijo y nieto de militares, un metro ochenta de atractivo rudo y carácter estricto, noventa kilos de «te exijo más porque sé que puedes darme más», y dieciocho centímetros bien gordos de pura hipocresía. Por el día me gritaba a la cara delante de todos y por la noche me jadeaba en la oreja mientras me lo hacía en su todoterreno, bien lejos de la base militar.

Se puede decir que tuvimos una relación bastante intensa los primeros años. Era mi superior al mando y se esforzaba mucho por hacérmelas pasar putas: todo lo que hacía nunca era suficiente bueno para él y siempre quería más y más. Después, en la intimidad, las tornas cambiaban y era él el que nunca hacía suficiente y yo el que siempre quería más y más. Su orgullo era tan grande y estaba tan hinchado como sus músculos; todo él era un montaña de masculinidad tóxica e incongruencias; a veces era tan hijo de puta que solo quería reventarle la cara a patadas; pero Junior fue el primer *beta* que me hizo correrme y el primero que aguantó todo un celo, aunque tuviera que tomarse viagra a escondidas para ello.

Cuando al fin me licencié tres años después, también fue el primero en ofrecerme un puesto a su lado en las Fuerzas Especiales. Entonces dejó atrás ese comportamiento agresivo y se convirtió en mi maestro, mi compañero de piso, mi líder en las misiones, mi mejor amigo y mi amante secreto. Casi siempre nos mandaban juntos a los trabajos, no importaba donde fueran o cuanto duraran; hasta que su padre, el capitán Copper, me mandó en una misión a la que él no podía ir.

«La Misión de mi Vida», la llamó. «Con los tuyos», dijo.

Pero ni mi vida ni los míos estaban en esa Reserva, porque allí solo había animanos salvajes y, lo peor, *Alfas*. Demasiado peligrosos como para mezclarlos con la sociedad civilizada.

—Gracias, señor. No le decepcionaré —respondí con una sonrisa y un asentimiento antes de incorporarme y despedirme como el protocolo militar lo requería.
Entonces, cuando abandoné el despacho, sentí más miedo del que había sentido jamás. Creo que el capitán sabía tan bien como yo que era muy probable que no saliera vivo de allí, porque nadie vuelve nunca de la Reserva.
Nadie.

LA MISIÓN DE TU VIDA

—Ya estoy aquí —anuncié nada más cruzar la puerta del apartamento.

—Cocina —respondió una voz grave y lejana por encima del murmullo de la cadena de música.

Dejé la bolsa deportiva en el suelo al lado de la entrada y me quité la cazadora negra antes de desenrollar la cola de mi cintura y estirarla al máximo junto los brazos y las piernas.

—Agh… —gruñí con placer, cruzando hacia el salón-cocina-habitación de nuestro pequeño *loft* —, ha sido un día demasiado largo.

El teniente Copper no dijo nada, demasiado concentrado mientras daba vueltas al revuelto de verdura que estaba cocinando. Había llegado de la base antes que yo y ya se había puesto su camiseta ajustada de andar por casa y se había quitado los pantalones, quedándose tan solo con sus bóxers negros. Me acerqué a él y le rodeé cuanto pude con los brazos, frotando mis bigotes contra su espalda mientras aspiraba su olor, en el que, desde hacía varios años, siempre había un aroma a menta dulce.

—¿Qué quería el general? —preguntó entonces.

—Tu padre me ha mandado en misión especial, así que te vas a librar de mí durante un tiempo —respondí, poniéndome de puntillas para alcanzar su cuello y darle un beso tibio sobre la vena azulada que sobresalía de su piel del color del caramelo.

—¿A ti solo?

—Sep.

Con un último beso, me separé de él y fui hacia la nevera en busca de algo que beber.

—¿A dónde?

—A la Reserva.

Junior levantó la cabeza, la giró con una mueca de ceño fruncido y después apagó la placa de inducción para girarse por completo, cruzarse de brazos y dedicarme una mirada seria. Anthony Copper se parecía mucho a su padre: la misma expresión autoritaria, el mismo rostro rectangular y brusco, el mismo pelo corto y los mismo ojos marrones y fríos; pero treinta años más joven y con un cuerpo que solo se conseguía con sustancias no del todo legales.

—¿A la Reserva, con los otros animanos? —dijo con un tono preocupado que trató de esconder bajo aquella presencia estricta y ruda que siempre le acompañaba.

—Han llegado avisos de que un grupo rebelde está causando problemas en las fronteras. Les han mantenido vigilados hasta ahora, pero hace un mes han robado armamento y explosivos. Tu padre no está nada contento y quiere cortar el problema de raíz antes de que sea demasiado tarde, pero no quiere provocar tensiones políticas, así que me envía a mí para que les descubra sin poner en peligro los tratados de paz —le expliqué mientras cogía una botella de agua fresca y volvía a su lado, rozando mi nariz contra la suya mientras mi cola le acariciaba la espalda y le rodeaba sus anchos hombros de soldado.

—No me jodas, Lemér. Es una misión suicida —respondió, apartándome un poco cuando mis bigotes le hicieron demasiadas cosquillas. Me ponía muy mimoso con él y a veces tenían que pararme los pies—. Te van a descubrir al momento cuando entiendan que no tienes ni puta idea

de sus costumbres ni de su mundo.
Cogí una bocanada de aire y me aparté de nuevo, levantando la cola de sus hombros para dejarle tranquilo al fin. Di un trago al agua y fui a por una manzana en el cuenco bajo la alacena.
—Me infiltraré como un recién llegado —dije, seleccionando una pieza del montón que Junior siempre compraba para mí—. A veces mandan allí a comunas desmanteladas o grupos perdidos que no quieren integrarse con los *betas* —me encogí de hombros—, fingiré ser un animano solitario que ha decidido regresar con los suyos. Tendré la excusa perfecta para no entender nada de lo que pase allí y hacerme el tonto. «Oh… ¿qué es esto?». «Uy, ¿y estas armas…?» «Espera, ¿estáis planeando algo…? Podéis confiar en mí…» —bromeé, gesticulando mucho y poniendo muecas divertidas que, por desgracia, no cambiaron la actitud seria de Copper.
Él era de la vieja escuela, hijo y nieto de militares, así que llevaba lo de ser estricto y estoico en la sangre. Le gustaban el orden, las normas, no mostrar sentimientos y el sexo duro. Tenía un brillante futuro en el ejército y un amante *omega* al que le encantaba follarse, pero sin que nadie lo supiera.
—Allí hay *alfas*… —murmuró.
Al fin me decidí por una manzana Golden, a la que di un buen mordisco antes de girarme y apoyar el hombro sobre la puerta metalizada de la nevera. Con una media sonrisa en los labios y una mirada pícara en los ojos, le pregunté:
—¿Tienes miedo de que un *alfa* me folle mejor que tú, Copper?
Él bufó con desprecio, como si aquella idea le pareciera ridícula y estúpida. Al igual que la mayoría de los *betas*, Junior odiaba a los *alfas*, considerándolos poco más que animales salvajes que debían ser encerrados y apartados de la sociedad civilizada. Él sabía que yo pensaba lo mismo y que jamás me acercaría a uno de ellos, pero no podía evitar picarle un poco a veces. Anthony era de esos hombres tan reservados con sus sentimientos, que, en ocasiones, necesitabas recurrir a los celos para sentir que le importabas, por horrible que eso pudiera parecer.
—Lo único que me preocupa es que un gilipollas como tú acabe muerto en mitad de la Reserva, Lemér. Los animanos salvajes son poco más que animales. Viven en la puta edad media y se niegan a progresar o a integrarse en la sociedad civilizada. Quizá te quemen en una hoguera por brujería cuando te vean usar el móvil o, peor, te violen…
Puse los ojos en blanco y me aparté de la nevera mientras le daba otro mordisco a la manzana. Copper estaba exagerando con aquello, aunque solo un poco, porque era cierto que la comunidad animana vivía en una especie de mundo paralelo sin tecnología y con… sus propias y extrañas normas sociales donde, según decían, las violaciones estaban a la orden del día.
—Puedo correr muy rápido, trepar casi cualquier cosa y ahogar hasta la muerte con mi cola, algo que ya sabes… —sonreí, guiñándole un ojo juguetón—. No me pasará nada.
—Esto no es una puta broma, Lemér —dijo, ya en un tono enfadado—. La Reserva es muy peligrosa. No tenemos movilizados a un buen número de operativos para vigilar las fronteras por nada…
—Copper… —murmuré, dejando la botella sobre la mesa y dirigiéndome a la papelera para tirar el corazón mordisqueado de la manzana—. Ha sido una orden directa de un general, tengo que cumplir. Es mi deber. —Fui de vuelta hacia él y le rodeé los hombros con los brazos, dedicándole una mirada serena y acercando lentamente mis labios a los suyos—. Estaré bien… —susurré.
Anthony deslizó su mirada de mis ojos a mis labios y después tensó la mandíbula mientras apretaba los dientes. Solo le tomó dos respiraciones empezar a empalmarse bajo su bóxer negro, y otras dos el dejar su enfado momentáneamente a un lado para descruzar los brazos y rodearme

con ellos. Enseguida dejaba de quejarse y enfadarse cuando me acercaba lo suficiente y le hablaba en voz más baja. Después, solo necesitaba una mamada o un buen polvo para hacerle olvidarse de todo lo demás. Copper se creía muy grande, muy duro y muy fuerte, pero ya sabéis lo que dicen: cuanto más alto estás, más larga es la caída y más profundo te hundes…

Mirándome con expresión seria y labios entreabiertos y jadeantes, hundió una de sus manos en mi pantalón del uniforme, rodeando la base de mi cola para alcanzar el interior de las nalgas. Bajo mi ropa interior tenía la gruesa compresa que evitaba que el líquido de mi ano me manchara el pantalón, pero ni siquiera eso fue suficiente cuando Copper empezó a hacerme unos dedos. El rápido movimiento producía un sonido de chapoteo viscoso que se entremezclaba con los gemidos de mis labios y la música *country* que salía de la radio.

Entonces sentí ese escalofrío por la columna que terminó en la base de mi cola antes de que un pequeño chorro brotara de mi ano para empapar la mano de Junior de más líquido cálido y con una fuerte peste a menda dulce. Me temblaron las piernas y me aferré con más fuerza a Copper a la vez que él me apretaba contra su cuerpo y continuaba moviendo sus dedos en mi interior incluso con más intensidad que antes de que me corriera.

Realmente aquel chorro no era «correrse», pero yo llamaba así a esa extraña forma en la que mi glándula *omegática* o lo que fuera, producía una repentina cantidad de líquido cuando me estaba excitando de verdad, líquido que salía disparado como si me meara un poco. Aunque sabía que aquello era más o menos normal, seguía produciéndome cierta vergüenza que sucediera; incluso aunque fuera con Copper, quien lo interpretaba como todo un logro a sus habilidades sexuales.

—Ven aquí —ordenó, aunque fue apenas un jadeo entrecortado antes de bajarme los pantalones y agarrarme de las piernas para subirme en alto.

Con mis piernas alrededor de su cintura y mis brazos alrededor de su cuello, me giró para apoyar mi espalda contra la columna que dividía el salón de la cocina. Un golpe algo seco que me dejó sin aire mientras él se inclinaba para besarme. Sin esperar demasiado, bajó la mano de mi muslo a su bóxer para sacar la polla y encontrar el húmedo camino a mi interior. Junior siempre me la metía de una sola embestida, entera y hasta el final. Eso me encantaba de él, que no tuviera miedo y me diera lo que quería lo más rápido posible.

—Joder… estás empapado… —jadeaba y gruñía mientras me follaba en alto, contra la columna, sosteniéndome las piernas con sus brazos mientras me lamía el cuello—. Sí, Lemér… Sí. Sí… No. Para, déjame a mí. Espera. No. —Apretó los dientes y trató de frenar mi cadera, pero yo estaba a punto de llegar y solo podía pegarle a mí, rodearle con mi cola, gemir en su oreja y tratar de que siguiera metiéndomela lo más hondo posible—. ¡No, Lemér! AH… ¡Joder! ¡Mierda! —exclamó, agarrándome con fuerza la cadera y acelerando el ritmo porque, como le solía pasar cuando yo me ponía codicioso y sediento, no pudo mantener el control. Me la clavó una última vez con un ronco gruñido y cerró los ojos mientras yo sentía su semen extendiéndose por mi recto—. Joder, Lemér… —murmuró, agachando la cabeza.

—Lo siento —dije tras tragar saliva—. Me vine arriba —y sonreí, como si a Copper eso le fuera a hacer sentir mejor.

Junior negó con la cabeza y dejó caer su cabeza de pelo muy corto sobre mi hombro. Entonces acaricié su amplia espalda con la mano y la punta de la cola que aún tenía alrededor de él como si de una pitón anillada se tratara. Me quedé mirando la alacena de las especias y apreté las comisuras de los labios en una mueca que, por suerte, él no pudo ver. Follar con Copper siempre era divertido, pero a veces el *beta* perdía el control y terminaba demasiado rápido para que yo pudiera llegar al orgasmo, lo que a menudo me dejaba con una sensación agridulce en los labios.

—No es tu culpa —le recordé, porque era cierto.

—No me jodas con gilipolleces… —gruñó él, descontento y jodido consigo mismo por no haber aguantado más—. Te dije que pararas.
Me la quitó de dentro casi de un tirón y, con un chasquido de lengua y expresión muy seria, me bajó al suelo y se alejó camino al baño. Dejé caer lo pantalones y me quité las botas negras antes de sacar las perneras. Lo recogí todo y lo llevé a la lavadora, quitándome también la camiseta verde militar. Con solo las chapas al cuello y mi cola balanceándose de un lado a otro tras de mí, fui hasta la puerta del baño para apoyar el hombro en el marco y cruzarme de brazos.
Copper ya se había limpiado y estaba meando en el retrete, con una mano apoyada en la pared de azulejos y la cabeza gacha. Perder el control siempre le enfadaba. Para una clase de *beta* como él, un militar hijo de un general, con una masculinidad tan tóxica inculcada a fuego desde niño, era casi imperdonable correrse en menos de un minuto. No importaba lo mucho que le repitiera que era algo que solía pasarle a muchos, que era «lo normal». Él seguía tomándoselo muy a pecho y mortificándose por ello.
—¿Nos damos una buena ducha, nos tomamos esa cena que has preparado con tanto cariño y vemos una película mala antes de dormir? —le pregunté.
Él levantó la cabeza y giró un poco el rostro para mirarme por el borde de los ojos, quizá sorprendido por haberle interrumpido en mitad de sus oscuros pensamientos.
—Lo que sea —murmuró, volviendo a bajar la cabeza para agitarse la polla flácida, soltar las últimas gotas y metérsela dentro del bóxer negro. Cuando se dirigió al lavabo y se limpió las manos, puso una mueca de leve ceño fruncido—. A veces me siento como si me estuviera follando a un puto cubo de caramelos de menta —añadió, llevándose un momento la mano a la nariz, la misma con la que me había hecho los dedos y que, aunque se hubiera lavado, seguía apestando a mí.
—Follar con un *omega* y quejarte del olor es como ir a un parque acuático y no querer mojarte —respondí, usando el chorro de agua de la ducha para salpicarle ligeramente.
Copper se cubrió de la salpicadura con la mano y después me dedicó una de esas miradas serias de ojos marrones.
—No lo haría si pudiera evitarlo —declaró, como ya había hecho numerosas veces antes.
Puse los ojos en blanco y preferí mirar a la ducha y morderme la lengua a decir nada de lo que después me arrepintiera. Evidentemente, Junior no era gay, solo vivía conmigo, me follaba regularmente y me abrazaba por las noches porque mis feromonas omegas *le obligaban*…
—¿Te has tomado los anticonceptivos? —me preguntó entonces mientras se quitaba el bóxer para echarlo de un tiro limpio en el cesto de la ropa sucia.
—Como cada semana —murmuré—. ¿O es que quieres a pequeños Coppers con bigotes y cola peluda correteando por aquí? —me obligué a bromear, porque así era más fácil—. A tu padre le daría un puto infarto…
—A mí me daría un puto infarto —me corrigió él, terminando de sacarse la camiseta gris para tirarla con tan buena precisión en el cesto abierto. Anthur tenía muchos tatuajes en el cuerpo, pero mi favorito era uno cerca de la «V» de su cintura, una marca de labios pintados que se había hecho cuando era un adolescente un poco rebelde y estúpido y quiso enfadar a papá Copper—. No estoy preparado para tener hijos.
—Pues ya tienes treinta y tres años, Arthur —le recordé—. Pronto tendrás que buscarte a una buena chica con la que tener normativos hijos *beta*. A poder ser, latina —añadí, dedicándole una expresión de cejas arqueadas—. Eso haría muy feliz a tu madre.
Copper entrecerró los ojos y se acercó, desnudo e imponente, para darme un leve cachete en el culo.

—He dicho que no estoy preparado —concluyó, dando por terminado el tema.
Por supuesto, todo aquel sexo que teníamos Arthur y yo era siempre con mucha precaución, porque sabía que el menor error podría ser fatal para mí. Durante la adolescencia tenía un cajón lleno de condones y otro lleno de *dildos*, pero al entrar en el ejército y conocer a Copper, no había tenido problema alguno para conseguir todos los carísimos anticonceptivos *omegas* que fueran necesarios. También me ofrecían supresores del celo, pero ahora solo los tomaba en momentos de necesidad, como en misiones especiales que se alargaban demasiado. Cuando no me podía permitir tener un día tonto y descontrolado ni perder la concentración; en cualquier otro caso, lo único que me preocupaba era no quedarme preñado. Ni de Copper, ni de nadie.
—¿Vas a llevarte tu pistola? —me preguntó en el sofá.
Aparté la mirada de la televisión y vi sus ojos marrones casi pegados a los míos. Yo tenía la mala costumbre de ponerme algo empalagoso y mimoso en la intimidad; siempre me acercaba mucho, me acurrucaba a su alrededor, le tocaba todo el rato, le rodeaba con la cola o le acariciaba distraídamente. A Copper le exasperaba a veces, quejándose de lo mucho que le agobiaba, pero lo cierto era que yo no podía evitar hacer aquello. No era algo consciente ni intencionado.
—No puedo llevar mi arma, Arthur —respondí.
—Así que vas a ir desarmado e indefenso a una Reserva de putos animales violadores… bien —asintió un par de veces y volvió el rostro a la televisión—. Después dices que no pasará nada…
—Serán solo un par de semanas hasta que descubra al operativo rebelde —respondí, ignorando por completo su preocupación injustificada y esa puta manía suya de creerse con derecho a echarme cosas en cara—. Me infiltraré, sacaré algo de información y me iré. Como cuando fuimos a hacer aquella operación especial al desierto, ¿te acuerdas?
—Lo que recuerdo es que llevábamos armas, equipo antibalas y que tú no parabas de quejarte del calor que hacía.
Me reí.
—Odio la arena y el calor, me mancha la cola y me seca los bigotes —froté la nariz contra la mejilla de Copper y mordisqueé su oreja—. ¿Te acuerdas del pedazo de polvo que echamos en la tienda de campaña? Me corrí dos veces.
El *beta* apartó el rostro para que dejara de hacerle cosquillas con la barba corta y los bigotes, me quitó la cola enrollada alrededor de su brazo y se levantó.
—Busquemos información sobre la Reserva, será mejor ir preparados.
Solté un resoplido y recosté la cabeza en el respaldo. A veces el Copper era un poco exasperante. Yo era un *omega* adulto y un militar entrenado en operaciones especiales tan peligrosas o más que aquella, no necesitaba que él se preocupara por mí ni que me dijera cosas que ya sabía de sobra. Aún así, el teniente era uno de esos hombres que no paraba hasta conseguir lo que quería.
Estudiamos el mapa de la Reserva, planeamos algunas estrategias y, después, a altas horas de la noche, tuvimos más sexo en la cama. Un polvo bastante intenso con un Copper decidido a redimirse una vez más y morderse la lengua hasta sangrar, o cerrar los ojos y pensar en perritos muertos, o apretar los dientes hasta que doliera; todo lo que hiciera falta con tal de aguantar hasta que yo llegara a varios orgasmos y dejara las mantas empapadas. No voy a decir que no resultara algo anticlimático verle sufrir tanto por aguantar, entre enfadado y jadeante, pero Arthur era demasiado orgulloso y se tomaba su virilidad muy en serio.
—¿Móvil, muda limpia, manta térmica, navaja multiusos, provisiones? —fue enumerando a la vez que yo revisaba mi mochila. El día había llegado y él era el único de los dos que parecía nervioso y preocupado por la misión—. ¿Bengalas de alerta?
—¿Para qué quiero bengalas, Copper? La Reserva es tan grande que nadie la vería, y, aunque la

vieran, para cuando vinieran a ayudarme, ya estaría muerto.
—Lleva las putas bengalas, alférez Lemér —repitió, señalándolas al lado de la mesa.
Me enfrenté a su mirada seria durante un par de segundos, pero terminé metiendo las bengalas en la mochila antes de hacer un gesto que decía: «¿ya estás contento?». Después nos fuimos al coche deportivo de Copper —un «regalito» de papá cuando se licenció en la academia militar—, se puso sus gafas de sol, esas que potenciaban sus rasgos duros y serios de mestizo latino, y salimos de la ciudad a toda prisa, alcanzando los ciento setenta por hora en la autopista. No fue un viaje agradable. El *beta* seguía de mal humor y se resistió a todos mis intentos de bromear o tener el más mínimo entretenimiento.
—Ahora no —sentenció, apartándome la mano de su entrepierna con un gesto seco.
Resoplé y me crucé de brazos, moviendo la mirada hacia el paisaje de altos árboles. A Arthur le encantaba que le toquetearan y se la chuparan en su deportivo; si no tenía ganas ni de eso, era solo porque la situación le molestaba demasiado. Sin música ni conversación, resultaron unas larguísimas y aburridas catorce horas casi sin parar. Kilómetros y kilómetros de carretera, paisajes boscosos y cielo nublado. Cuando al fin llegamos al complejo militar de las afueras de la Reserva, ya había anochecido.
Copper presentó sus credenciales y nuestras identificaciones al guardia de la puerta, que nos dedicó un saludo a ambos por tener un rango superior. El general, es decir, papá Copper, había vuelto a consentir a su hijo favorito y había movido algunos hilos para traspasarle a la vigilancia de la Reserva durante mi estancia allí. El señor Copper sabía que éramos un equipo, que nos entendíamos muy bien y que quizá su apoyo de campo pudiera resultarme útil en la misión; lo que el general no sabía era que su hijo estaba demasiado preocupado por mí para dejarme solo, que necesitaba estar al cargo de la situación porque se creía que sin él sería un desastre, y que, además, mantenía una intensa relación sexual con su mejor amigo, el monstruito *omega*.
—Bienvenidos a la Base Militar de la Reserva —nos saludó el capitán al mando. Se había puesto su chaqueta con galones y su sombrero, así que ya debía saber al hijo de quién estaba recibiendo —. Acompañad al alférez Dornan, él os enseñará las instalaciones y vuestros catres. Cuando os hayáis acomodado, yo mismo os daré información fundamental de la Reserva.
Dicho esto, asintió rápidamente y se dio la vuelta. A su lado, el alférez Dornan, con las manos a la espalda y una gorra color verde oscuro, se presentó formalmente y nos pidió que le acompañáramos. La base militar no era muy diferente a cualquier otra en la que hubiéramos estado: las instalaciones necesarias, terreno de entrenamiento, cocina, cantina cubierta, espacio recreativo, letrinas y los camastros suficientes para los soldados enviados a servir allí. Copper lo observaba todo con expresión seria y mirada inquisitiva, heredada de su padre; yo, por el contrario, llevaba mi mochila en un solo hombro y miraba de un lado a otro, soltando breves «oh…» o «ah…» cuando el alférez Dornan no daba una indicación. Hacerme el tonto solía funcionarme muy bien, porque al verme con los bigotes y la sonrisa fácil, se sentían relajados y me infravaloraban. Después se arrepentían, pero ya era demasiado tarde.
Terminada la breve visita, nos dejaron solos frente a nuestros camastros al final de la larga fila de más de veinte. Tiré la bolsa a un lado y probé la resistencia, que crujió un poco bajo mi peso.
—¿Crees que aguatará cuando te monte? —le pregunté en un susurró a Copper.
No respondió, solo se limitó a apartarme de un leve codazo porque no le gustaba que me acercara tanto a él en lugares públicos. Dejó su propia mochila de viaje a los pies del camastro y se volvió un momento para decirme con tono serio:
—Iremos a hablar con el capitán, alférez Lemér. Presta atención y no dejes en evidencia a tu teniente.

Traducción: Deja de hacer el gilipollas, aquí no vamos a follar y más vale que no me enfades.
Puse expresión seria, me llevé la mano a la frente e hice un saludo militar.
—Sí, señor —murmuré antes de sonreír un poco y añadir en voz más baja—, pero no me vendría nada mal un buen revolcón antes de una misión tan importante y peligrosa…
Copper tampoco respondió a eso, solo se dio la vuelta y se dirigió a la salida. El capitán nos aguardaba ya en su sala de mando, o, al menos, una habitación del edificio principal en la que había una mesa ovalada y un proyector apuntando a la pared. Nos volvió a saludar con un cabeceo rápido y nos pidió que tomáramos asiento. Uno de los guardas apagó las luces y el proyector iluminó la camiseta gris del capitán antes de que se moviera a un lado para no interferir.
—Esta es la Reserva de *Greyback Mountain*, la más grande del país. Tiene una extensión total de casi 684.000 kilómetros cuadrados, casi 68 millones de hectáreas, cedidas por EEUU y Canadá a la comunidad animana tras la guerra. Un espacio sin interferencia de los *betas*, donde poder… corretear, mearse en los árboles y rebuscar entre la tierra —el capitán me miró un momento, consciente de que sus palabras quizá pudiera ofenderme, pero eso no le detuvo—. O matarse entre ellos si quieren. —Pasó la diapositiva y aparecieron un par de imágenes bastante bonitas de paisajes agrestes, grandes valles, preciosos lagos, fiordos y bosques—. Un 75 % de la Reserva es montañosa, el 60 % es bosque y el 3% agua dulce. Hay numerosos lagos, ríos, valles y bosques, muchos rincones en los que esconderse y muchos prados en los que correr desnudos. Todo un paraíso animano… —Pasó la diapositiva rápidamente y en su lugar aparecieron cifras y gráficos de población—. Según nuestras investigaciones y estimaciones, podría haber entre 100.000 y 130.000 animanos, pero no podemos asegurarnos, ya que se reproducen como conejos y no tienen ningún tipo de registro real y válido que nos puedan dar sobre eso. Si nos basamos en informes anteriores y la tendencia no ha cambiado en estos ochenta años, creemos que el setenta por ciento de esa población es *alfa* y el otro treinta por ciento, *omega*. —Señaló un gráfico circular donde aquella diferencia aparecía representada a la perfección con el color azul y el rosa —. Eso es todo lo que nos podemos aproximar, no tenemos ni idea de cuánta de esa población es hembra y cuantos machos. Es una información que nos resultaría muy útil —aclaró, volviendo a mirarme—, y que no le costaría mucho conseguir al alférez Lemér cuando se adentre en su misión especial.
—La prioridad del alférez Lemér es descubrir a la célula terrorista de animanos rebeldes —atajó Copper por mí—, y en eso pondrá todos sus esfuerzos.
—Recabar algunos datos para nuestro servicio de inteligencia sería un gran aporte para nosotros —insistió—, esta es una oportunidad única para descubrir muchas cosas que nuestros satélites no pueden averiguar por sí solos.
—Veré lo que puedo hacer —sonreí.
El capitán asintió y se volvió hacia la diapositiva, cambiándola para mostrar un mapa satélite de la Reserva *Greyback Mountain* y su topología.
—La carga fue robada de nuestras instalaciones al noroeste, así que el objetivo se infiltrará en esa parte. Es especialmente montañosa, muy útil para esconderse y un punto estratégico de vigilancia. Creemos que los rebeldes se habrán fortificado entre esas montañas. —Pasó la diapositiva—. Esta es una imagen de uno de nuestros satélites militares. Apunta al núcleo de población más cercano: B34, aunque los animanos lo llaman El Pinar. Su líder, jefe de guerra, macho supremo, o lo que cojones se supone que sea, se hace llamar… —tuvo que leer una hoja cercana sobre la mesa antes de continuar—: Capri. Ya hemos contactado con él para anunciarle la llegada del objetivo, está más que encantado de recibirlo en su comunidad y nos ha dado

permiso para el transporte aéreo —me miró—. No es que vaya a derribar uno de nuestros aviones militares usando palos y piedras, pero hay que mantener las formas.
—Qué bien, me encanta volar —murmuré, porque me dio la impresión de que esperaba una respuesta por mi parte.
—Ni él ni ningún animano está al tanto de la operación, ya que es de suma importancia mantenerla en secreto para que tenga éxito —aclaró—. Se le ha dicho que el objetivo es un *omega* rezagado que ha decidido entrar en la Reserva y abandonar la sociedad *beta*.
—¿Cómo han contactado con ese *alfa*? —preguntó Copper—. ¿Es un aliado?
—No, solo un intermediario. Esos jefes de tribu o como coño se llamen, tienen teléfonos por si es necesario contactar con ellos desde el exterior.
—Creía que no tenían tecnología —insistió el teniente.
—Ese teléfono debe ser el único aparato allí que no esté hecho con madera, barro y mierda de cabra —dijo el capitán—. Los tenemos todos pinchados, pero, como es evidente, no lo usan para comunicarse entre ellos, solo para comunicarse con nosotros.
—¿Y cómo se comunican en un territorio de 68 millones de hectáreas? —pregunté—. ¿Señales de humo? —negué con la cabeza y arqueé las cejas—. ¿Palomas mensajeras, quizá?
Había sido una broma, pero el capitán tenía la carencia de sentido del humor tan típico del ejército. Mi teoría era que, con cada galón que te daban, perdías un poco de gracia, hasta convertirte en un vejestorio mustio y con permanente cara de asco.
—Esa sería una información que quizá tú mismo puedas conseguir para nosotros, alférez. Si se están comunicando entre núcleos de población de alguna forma, necesitamos saberlo, porque, de no ser así, quizá la célula terrorista rebelde solo se haya desarrollado en esta zona concreta de la Reserva. Podemos atacarla y acabar con ella antes de que se propague como un tumor.
Asentí de nuevo, entendiendo la idea.
—Eso es toda la información que puedo ofreceros —concluyó entonces, haciendo una señal al soldado en la puerta para que encendiera de nuevo las luces de la sala.
—¿Solo eso? —preguntó Copper con un tono algo cortante, porque aquello era casi todo lo que nosotros habíamos podido averiguar por internet, solo que con fotos de satélite, gráficos y algunos mapas.
—No sabemos mucho más de lo que pasa en el interior, teniente —respondió el capitán—. Los animanos son una comunidad muy cerrada, no hay nada que podamos ofrecerles que quieran, ni nada con lo que poder negociar. Los *betas* tenemos prohibida la entrada en el recinto e, incumplir esa normal, podría resultar en conflictos políticos y tiranteces con la población que a nadie le interesan. Ahora hay mucho hippy en Washington que se cree que esos animales tienen los mismos derechos que nosotros.
—Wow… —tuve que decir, casi celebrando el logro del capitán por haberme impresionado con su racismo. Normalmente se guardaban esos comentarios para cuando yo no estaba delante.
Copper mantuvo el tipo y apretó los puños, pero solo porque estaba frente a un superior, en cualquier otro caso, no habría dudado en mostrar abiertamente su descontento y su enfado. Ni su apellido ni el puesto de su padre le habían salvado de tener algunos encuentros nada agradables con el sector más rancio del ejército debido a su raza mixta.
—El objetivo será transportado a las 0900 e introducido en la Reserva mañana a las 1000 horas —concluyó el capitán—. Se espera que esté preparado y que cumpla con éxito la misión.
Sin más, se despidió y se fue.
—Esto es increíble. Te envían a lo desconocido sin nada para defenderte y sin apenas información de campo… —murmuró Copper, todavía mirando la pared cubierta de cortina

blanca donde se reflejaban las imágenes del expositor. Entonces giró el rostro hacia mí y me dijo en tono serio—: Tú céntrate en la supervivencia y en encontrar a la célula terrorista, Lemér. Deja que inteligencia haga su puto trabajo y no te arriesgues a meter las narices donde no te llaman. Si te pillan husmeando, quizá corras peligro.
—No sé, Copper —respondí en el mismo tono bajo—, si el capitán tiene razón y el incidente podría haber sido solo culpa de una manzana podrida, las tensiones se relajarían mucho entre el ejército y el resto de la comunidad.
El *beta* dio entonces un golpe seco a la mesa con el puño cerrado.
—He dicho que te centres en tu puta misión —repitió—. Entrar, descubrir a los rebeldes y volver con vida. Nada más… —sentenció junto con una de esas miradas suyas que significaban que el tema había concluido y que no había nada que decir al respecto.
—¿Sabes, Copper? A veces no tengo claro si lo que te preocupa es perder a un valioso soldado de tu equipo, o si solo tienes miedo de volver a dormir en una cama que no apeste a menta dulce —le dije con una media sonrisa un poco cruel en los labios.
Por supuesto, eso no le hizo ninguna gracia. Copper no es que hubiera perdido el sentido del humor con el tiempo, simplemente, había nacido sin él. No volvió a dirigirme la palabra en toda la noche, ni en las duchas comunales, ni en la cantina mientras cenábamos, ni en los dormitorios; cuando extendí una mano hacia él y rozamos los dedos en la penumbra entre nuestros catres durante casi una hora. Solo volvió a hablarme en el momento en el que, a la mañana siguiente, me acompañó al helicóptero militar.
Copper caminaba bajo la fina lluvia que había empezado a caer desde la media noche, con las manos a la espalda, la vista al frente y la cabeza cubierta por su vieja gorra del ejército. Entonces, cuando ya estábamos solo a un par de pasos del helicóptero y el batir de las aspas resultaba casi ensordecedor, me detuvo, puso una mano en mi brazo y lo apretó con mucha más fuerza de la habitual en él.
—Vuelve de la misión, Lemér —me dijo en un tono lo suficiente alto para que le oyera—. Tu mundo está aquí. Yo… estoy aquí.
Fruncí el ceño y ladeé el rostro, pero antes de que pudiera hacerle ninguna pregunta al respecto, se dio la vuelta y se alejó a paso firme entre los charcos y el barro.
—Lo siento, alférez, pero tenemos que irnos ya —me gritó el piloto, distrayéndome de mis pensamientos—. La entrada debe efectuarse a las 1000 horas, órdenes del capitán.
Aparté la mirada de Copper en la lejanía, rodeado por aquella lluvia fina y grisácea mientras se hacía cada vez más pequeño y borroso en la distancia. Asentí lentamente, me di la vuelta hacia el helicóptero y arrojé mi mochila a la parte trasera. El piloto me ayudó a subir y me ofreció los cascos insonorizados antes de sentarse en su sitio y preparar el despegue.
Me pasé una mano por el pelo húmedo y después me repasé los bigotes mojados, ignorando la mirada de curiosidad del soldado de apoyo sentado frente a mí. Quizá nunca hubiera visto a un *omega*, o quizá mi olor le hubiera llegado junto con una oleada del viento ensordecedor que producían las aspas. Fuera lo que fuera, le dediqué una sonrisa y arqueé las cejas, preguntando por el micrófono de mis cascos a qué cojones estaban esperando para despegar.
Con un traqueteo, empezamos a ascender en vertical y después giramos en dirección noroeste. En cinco minutos pasaríamos por encima de las murallas de la Reserva, en una hora, me dejarían en el punto franco acordado entre el capitán y el *alfa* al cargo de la colonia.
Mi misión había comenzado: entrar, descubrir todo lo posible sobre la célula terrorista de animanos rebeldes y, después, volver a la sociedad *beta*.
Mi sociedad.

LA RESERVA

La Reserva de *Greyback Mountain* tenía dos perímetros de seguridad. El primero a unos tres kilómetros de las instalaciones militares, formado por diferentes puestos de vigilancia y bases portuarias; el segundo se trataba de un muro de metro y medio de ancho y ocho metros de alto. Lo suficiente para que ni un animano pudiera escalarlo. La única forma de traspasarlo era por las enormes compuertas metálicas situadas en varios puntos estratégicos alrededor de la Reserva o, como lo hacía yo, por el aire.

Las vistas desde allí eran impresionantes, dignas de cualquier documental o película fantástica. Sobrevolar las escarpadas montañas repletas de valles y colinas que casi parecían sacadas de un sueño, fue una experiencia sobrecogedora; aunque quizá también se debiera a lo acojonado que iba en mi asiento, mirando por la puerta abierta y agarrado con fuerza a la cinta de seguridad.

Había mentido al Capitán al decirle que me encantaba volar, porque lo odiaba. No eran las alturas lo que me perturbaba tanto, sino el hecho de estar flotando en el aire sin suelo firme a mis pies. Ni las maravillosas vistas consiguieron mitigar la ansiedad que me hacía apretar la cola alrededor de mi cintura, ni el nerviosismo que me producía un incontrolable tic en los bigotes, los cuales movía sin parar de un lado a otro.

Cuando empezamos a descender en un claro al lado de un enorme lago, marcado por una torre de repercusión que, sin duda, era de facturación beta, me sentí mucho mejor. No dudé en saltar sobre el mar de hierba arremolinada y salvaje sin si quiera esperar a que el helicóptero tomara tierra. El soldado de apoyo fue el que recogió la mochila por mí y la tiró desde los tres metros de altura que ahora nos separaban. Yo le tiré los cascos a cambio y, con una sonrisa, me despedí con la mano. Él, sin embargo, quiso mantener las formas y dedicarme un saludo militar de mano en la frente.

—Buena suerte, alférez —me gritó por encima del rugido de las aspas.

Perdí la sonrisa al momento y bajé la mano. Había que ser gilipollas… En una misión de infiltración y gritando aquello… Por suerte, esperaba que el ruido hubiera ocultado aquel grave error por parte del soldado y les miré ascender de nuevo entre el cielo gris y la fina lluvia.

Entonces, cuando se hizo de nuevo el silencio y el viento dejó de removerse a mi alrededor como un huracán, me apoyé mejor la mochila al hombro y apreté la correa con fuerza, descargando algo de la tensión que me atenazaba las entrañas. Que no hubiera querido mostrar mi preocupación delante de Copper, no quería decir que no estuviera preocupado. Me enfrentaba en solitario a una misión en territorio hostil y enemigo, desarmado y sin posibilidad de recibir apoyo. No sabía lo que iba a encontrarme allí dentro y, aunque yo fuera «uno de ellos», eso no quería decir que me fueran a recibir con los brazos abiertos.

Tragué saliva y cogí una buena bocanada de aire antes de mirar el inmenso prado a mi alrededor, rodeado de escarpadas montañas y el lago. Desde allí dentro, casi parecía estúpido pensar en que se tratara de una cárcel. Porque, al fin y al cabo, aquello era lo que significaba la Reserva: un lugar apartado y vigilado para los animanos salvajes y descontrolados que no podían o no querían integrarse en la sociedad *beta*.

Como soldado entrenado en supervivencia, lo primero que hice fue sacar mi brújula del bolsillo de la cazadora impermeable y el mapa del interior de la mochila. Allí no había camino ni señalización alguna que seguir, pero si las coordenadas eran las correctas, solo debía seguir la dirección Sureste, encontrarme con un río y descender su cauce hasta encontrar El Pinar. Seguí el

recorrido con el dedo, arrastrando las finas gotas de lluvia que habían caído sobre el mapa. Se trataba de unos veinte kilómetros a pie, quizá tres horas andando a buen ritmo o dos si lo hacía trotando.

Pero la pregunta era: ¿quería ir yo al Pinar? Era un núcleo de población importante, sin embargo, no estaba del todo seguro de cómo me recibirían allí o cómo me tratarían. Si intentaban apresarme, herirme o… incluso utilizarme para reproducirse; habría sido un error estúpido por mi parte ir directo a la trampa. Yo podía sobrevivir perfectamente en el bosque, buscar refugio, explorar sin ser visto y sin llamar la atención. Aquélla no…

—¡Hola! —oí de pronto.

Alcé la mirada del mapa al instante, sintiendo como el corazón se me detenía en el pecho.

Un hombre estaba fumando tranquilamente en pipa a apenas cinco metros de mí, cubierto de la lluvia bajo un rudimentario paraguas hecho con madera y algún tipo de tela. No le había oído acercarse, ni siquiera le había olido, y mis sentidos eran prácticamente infalibles. Sin embargo, la sorpresa de haber sido sorprendido de aquella manera fue sustituida rápidamente por lo desconcertante de la imagen que tenía ante mis ojos.

Aquel hombre parecía sacado de una serie de dibujos animados infantiles; su ropa, su pelo, su cuerpo rechoncho, la forma en la que fumaba su pipa y el estúpido paraguas que sostenía en su mano. Lo más increíble de todo era que, aquel hombre tan caricaturesco, era un tan temido y aterrador *alfa*.

El primero que había visto en mi vida.

¿Cómo lo reconocí? Porque, ellos, al contrario que nosotros los *omegas*, cruzaban más allá la línea entre lo humano y lo bestial. No se trataban solo de unos graciosos bigotes, unos cuernos o una cola peluda, sino de una extraña y perturbadora mezcla entre ambos mundos. Este *alfa* en cuestión parecía «una cabra montesa». Como un fauno; pero no de los sexys con el pecho al descubierto que tocaban la flauta de pan, sino de los que daban un poco de miedo. Tenía grandes cuernos de carnero brotando de su cabeza y una anormal cantidad de vello cubriendo todo su cuerpo. No tenía un morro ovino ni los ojos separados, pero sí una nariz chata y afilada que se unía con una línea oscura a sus labios finos y casi inexistentes. Entonces llegaba lo gracioso: su larga perilla decorada con abalorios que le llegaba hasta casi el final de su abultada barriga, sus gafas finas y redondas de Harry Potter y su ropa de corte medieval, con chaleco, camisa de lana gruesa y pantalones de cuero basto.

—Eres Lemer, ¿verdad? —me preguntó entonces, acercándose un par de pasos sobre la hierba mojada—. El chico nuevo.

Entreabrí los labios pero no conseguí decir nada al principio. Había barajado y descartado más de cien veces la posibilidad de salir corriendo, pero me había quedado porque aquel *alfa* parecía de todo menos amenazante y, lo más importante, era demasiado mayor y estaba en demasiada mala forma física como para poder perseguirme en caso de que necesitara escapar.

—Lemér —le corregí en voz tan baja que dudaba que hubiera podido oírme—. Lemér —repetí más alto, acentuando el final de mi nombre.

—Oh, perdona —se disculpó con una sonrisa de dientes algo torcidos bajo sus inexistentes labios —. Solo lo nombraron una vez y debí entenderlo mal. Aunque no me dijeron que eras tan grande, de eso me hubiera acordado —y sonrió más, como si tratara de romper el hielo con bromas tontas.

Forcé una sonrisa, tan solo con la comisuras de los labios, y, discretamente, dejé la brújula en el bolsillo de mi pantalón en el que también guardaba la navaja multiusos. No sabía lo que el *alfa* consideraría «tan grande», porque yo medía poco más de un metro setenta y estaba por debajo de

la media de los hombres *beta*. El único que parecía «grande» allí, era él; que me sacaba diez centímetros de altura y, probablemente, sesenta kilos de peso.
—No lo sé —reconocí antes de soltar un leve jadeo de risa contenida y encogerme levemente de hombros—. Perdona, pero los *betas* no me han dicho que vendrían a recogerme. ¿Tú eres…?
—Oh, claro —el *alfa* negó con la cabeza, balanceando su perilla larga y algo canosa mientras cerraba los ojos como si estuviera pensando en lo tonto que había sido—. Perdona, qué maleducado he sido. Yo soy Capri —se presentó, llevándose la mano de la pipa hacia el pecho —. Soy el alcalde del Pinar, ¡el mejor pueblo de la Reserva!, como decimos por aquí —y se rio un poco de su propio comentario—. Me han dicho que te ibas a unir a nosotros y he venido a buscarte personalmente. Todavía hay un buen trecho de aquí a la villa y podrías perderte. Así que es mejor que nos pongamos en marcha. Ven, acompáñame, por favor, he dejado el carro al final del valle.
El *alfa* se giró a un lado y señaló la pequeña garganta natural que había al final del claro. Con la lluvia no pude distinguir nada a lo lejos, solo la vaga forma del terreno, pero sí sabía que la dirección que me indicaba era la correcta: el sureste. En ese instante tuve que tomar una rápida decisión: aceptar o negarme. Por supuesto, no me fiaba de Capri, ni de su carácter afable, ni de su ridícula imagen, ni de su sonrisa de dientes torcidos. Por lo poco que sabía sobre aquel mundo, ser «el alcalde» podría significar en realidad ser el dueño de un harén de *omegas* a los que esclavizar. Por otro lado, Capri era la única conexión que tenía allí y, el suyo, era el único nombre que los militares me habían comunicado.
—No te pasará nada, Lemér —me dijo él entonces, perdiendo la sonrisa para poner una mueca preocupada—. Ahora estás con los tuyos, no tienes nada que temer. Nadie te hará daño aquí.
Eso no me tranquilizó en absoluto, pero sí me hizo reflexionar sobre la posibilidad de aprovecharme de ese carácter cándido que me mostraba e intentar sacar toda la información posible del *alfa* antes de huir en caso de que fuera necesario. Estaba muy confiado en salir victorioso de un enfrentamiento directo con él: Capri tenía unos cuernos muy intimidantes, pero yo era mucho más joven, mucho más atlético y mucho más entrenado en el combate directo.
—Claro, perdone, alcalde —respondí, dando un par de pasos en su dirección, pero sin quitarle la mirada de encima—. Todavía estoy algo aturdido por el cambio y el viaje.
—No te preocupes —murmuró en respuesta, fumando una calada de su pipa antes de girarse y acompañarme por el camino de hierba agreste—. No eres el primer animano que dejan aquí tirado, solo y asustado. Lo hacen constantemente, incluso con las crías… Son unos monstruos —terminó diciendo antes de escupir a un lado con desprecio.
Arqueé las cejas, pero no dije nada. Capri parecía profesarle el mismo afecto a los *betas* que los *betas* procesaban por los *alfas*.
—De todas formas, han elegido un día maravilloso para traerte, Lemér. No por el tiempo, por supuesto, esta lluvia es horrible. Se te mete en el pelaje y te hiela la piel. Por cierto, ¿prefieres acompañarme bajo el paraguas y no mojarte tanto? —me preguntó, estilando levemente la mano hacia el metro y medio de distancia que nos separaba.
—Oh, no, no se preocupe. Tengo capucha —respondí, sonriente y lo suficiente tímido para mantener la fachada de *omega* nuevo e indefenso.
—¿De verdad? Si lo prefieres, puedes quedarte tú con el paraguas. A mí no me importa. ¿No? Espero que no estés siendo generoso conmigo porque me ves muy viejo y cascarrabias. Bien, de acuerdo —terminó cediendo tras una continuada sonrisa y negación de cabeza de mi parte—. Decía que es un día maravilloso porque justo ayer los *alfas* del bosque terminaron de construir las nuevas casas de los árboles —continuó, haciendo solo un breve parón para darle una calada a

su pipa y soltar el humo gris hacia el cielo—. Verás, hace un mes sufrimos un incendio que se propagó por parte de la aldea, desde las cocinas hasta la parte alta, donde estaban las casetas de los arborícolas. Todos están bien y no hubo ningún herido —aclaró con un tono más rápido—, pero, por desgracia, afectó a la estructura de las casas; así que hemos tenido que construir nuevas. ¡Mucho mejores que las anteriores! Ya las verás.
—Sí, claro —respondí, aunque me costó sonar tan ilusionado como se suponía que debía estar por esa… gran noticia.
—Disculpa la pregunta, Lemér, pero ¿eres un roedor o un arborícola?
Miré sus ojos marrones y me quedé en blanco. Ya había comenzado ese momento en el que nuestros mundos colisionaban y yo no entendía nada de lo que decía.
—Nos dijeron que eras arborícola —continuó él, moviendo la mano en la que tenía la pipa, quizá con la esperanza de que, si me lo explicaba mejor, supiera responderle—, pero no veo que tengas cola, así que pensé que quizá esos estúpidos *betas* te habían confundido. Ven unos bigotes o unos cuernos y nos meten a todos en el mismo saco… —terminó por poner los ojos en blanco como si aquello le aborreciera.
—Ah, sí, sí tengo cola, pero está dentro de la cazadora —le expliqué, bajándome la cremallera para mostrarle mi cola peluda, anillada y enrollado varias veces a lo largo de mi cadera y abdomen.
Capri la miró un momento y arqueando las cejas soltando un leve «oh…». Las estrechas aletas de su nariz chata se dilataron un momento, como si estuviera respirando algo. Alzó la mirada a mis ojos y me dijo:
—Vaya, qué bien hueles. Menta y miel no es un aroma muy común.
—¿Menta y miel? —pregunté algo sorprendido—. No, es solo menta dulce.
—No —sonrió—. Créeme, los *alfas* tenemos muy buen olfato para estas cosas —y se llevó un dedo de uña negra a la nariz para darse un par de toques en ella—. Estamos muy preparados para oler a nuestros *omegas* y, por supuesto, percibir sus feromonas. Yo ya no, claro, porque soy un viejo cascarrabias que lleva felizmente emparejado desde hace más de treinta años. Pero un *alfa* joven podría haberte olido al instante, te lo aseguro —y terminó por guiñarme un ojo, como si esa idea debiera gustarme o atraerme de alguna forma.
—Ah, que… bien. ¿Y a cuánta distancia crees que podrían percibirme si, digamos, el viento está en contra?
Capri se rio, como si mi pregunta fuera alguna clase de broma, pero resultaba un tema muy preocupante para mí. El alcalde había podido olerme a metro y medio de distancia cuando solo me había bajado un par de segundos la cremallera. Según él, eso se debía a que «estaba viejo y felizmente emparejado». Entonces, ¿a cuánta distancia podría olerme un alfa joven y soltero? ¿Veinte metros, treinta, quizá? Yo no podía manipular la cantidad de aroma o feromonas que segregaba mi cuerpo, ya que era algo totalmente involuntario. Lo único que podía hacer era tomarme uno de los supresores del celo que había traído conmigo «por si acaso», pero el efecto solo duraba un par de días y sería peligroso consumirlos una y otra vez.
—Por cierto, ¿por qué la llevas dentro de la cazadora? —me preguntó Capri, distrayéndome de mis propios pensamientos—. ¿Es para que no… se te moje?
—Sí —respondí al momento—. Exacto.
—Sí, por supuesto. Los arborícolas y sus colas… Los rumiantes no tenemos tanto cuidado —dijo, señalándose los grandes cuernos de su cabeza de pelaje pardo y canoso—. Nuestros cuernos no se apelmazan con la lluvia, ni se encrespan, ni necesitan que los peinemos y acicalemos todo el rato.

Sonreí tanto como pude, que no fue mucho, antes de murmurar:
—Qué suerte.
—En efecto, como rumiante, me considero un afortunado —afirmó de nuevo con una suave sonrisa en sus labios inexistentes—. En El Pinar tenemos una gran población de *omegas* roedores y también bastantes arborícolas. Me paso el día viéndoles cuidando de sus colas y pienso: yo no sería capaz de dedicarle tanto esfuerzo a algo.
Como me miró de nuevo con cierta complicidad y había terminado la frase con un evidente tono burlón, no me quedó otra que reírme.
—Sí, dan mucho trabajo, pero no soporto tener la cola sucia. Me pone de los nervios.
Y eso era cierto. La balda del baño solo para mis champús y peines especiales lo certificaba, así como la cara de enfado de Copper cuando dejaba pelos en el lavabo o el suelo.
—Ah, pero merece la pena —dijo él tras una calada de su pipa—. A todos los *alfas* les vuelven locos.
De nuevo, no pude decir nada más que un bajo «emh…» antes de que el alcalde me señalara un punto hacia delante con la boquilla de su pipa. En la distancia, ya no muy lejos de nosotros, había empezado a percibirse una figura más oscura en contraste con el grisáceo de la lluvia. Al principio me puse un poco tenso, apretando la cola contra mi abdomen, pero solo fue un par de segundos hasta que oí un rebuzno de caballos y comprendí que esa forma alargada y alta, no era más que un viejo carro de madera.
—Hice espacio de sobra por si traías muchas cosas —me explicó mientras nos acercábamos—, algunos de los animanos que envían aquí, se traen consigo todo lo que pueden. Maletas de ropa, extraños accesorios e incluso esos cachivaches electrónicos de los *betas*. Como si aquí los fueran a necesitar —resopló—. Me alegro que tú no hayas sido uno de esos. ¿Te dijeron los humanos que fueras ligero o fue decisión tuya?
—Fue decisión mía —respondí—, de todas formas, no tenía mucho que llevarme de casa.
—Bueno, esta es tu casa ahora, y aquí tenemos todo lo que necesitas —me aseguró, deteniéndose al lado del carro con techumbre cubierta, de la misma tela impermeable que su paraguas, el cual tiró sin demasiado cuidado a la parte trasera—. A veces los chicos del exterior creen que van a echar de menos esas cosas *betas*, pero, créeme, en unas pocas semanas ni te acordarás de la caja mágica de imágenes, esos trastos sonoros y esos carros de metal que apestan —entonces se detuvo para, con un gemido, ascender a la parte delantera del vehículo tirado por caballos. Tomó las riendas y esperó a que yo hiciera lo mismo, momento en el que continuó—: Aquí no hay caminos de gravilla negra, ni horribles casas de cristal y hierro, ni comida química. En la Reserva el aire es puro, el agua clara y los bosques vírgenes. Construimos nuestras propias casas, confeccionamos nuestra propia ropa, cultivamos nuestra propia comida y lo hacemos todo sin tener que maltratar la naturaleza, que nos ha dado tanto a cambio.
—Suena maravilloso —murmuré con la cabeza levemente ladeada hacia él.
Me había tenido que sentar a su lado, pero eso no significaba que no estuviera preparado para saltar del carro y salir corriendo a las mínima señal de peligro. Aunque, para ser sincero, Capri trasmitía una actitud muy calmada y dicharachera mientras daba leves tirones a las riendas.
—Lo es. La Reserva es todo por lo que hemos luchado durante tanto tiempo —me dijo con la pipa colgando de los labios—. Aquí no hay fronteras, no hay muros, ni *betas*. Somos libres para hacer lo que queramos y como nosotros queramos. Estoy orgulloso de decir que todos mis aldeanos han nacido y crecido aquí y no han tenido que sufrir los horrores del exterior. —Dio un último arreón a las riendas para que los caballos superaran el final del ascenso y, al alcanzar la cima de la colina, se quitó la pipa de los labios y señaló las hermosísimas vistas montañosas que

se alargaban hasta el horizonte—. Bienvenido a Mil Lagos, Lemér.
Eché un vistazo a donde señalaba, entreabriendo la boca con verdadero estupor. Visto desde allí, en tierra firme y sin tener que preocuparme de viajar en una lata voladora a cientos de metros de altura; las vistas me dejaron sin aliento. Tratar de describirlo sería difícil, pero hubo un momento en el que incluso me sentí como si estuviera en mitad de una película del Señor de los Anillos, con paisajes que parecían mezclar lo hermoso con los místico. Incluso la lluvia grisácea y las espesas nubes que cubrían el cielo y besaban las montañas le daban un toque.
—¿Mil Lagos? —fue mi pregunta, sin embargo, cuando volví a mirar al alcalde—. Creía que se llamaba *Greyback Mountain*.
—Oh, no, ese es el nombre *beta* —negó, casi con una mueca de desagrado—. Esta es la comarca de Mil Lagos, entre la comarca del Mar Bravo y la comarca de Bosque Verde.
Ahora sí que me sentía como en una película del Señor de los Anillos.
—¿Y qué diferencia hay entre ellas? —quise saber—. ¿Es solo un sistema de división geográfica o tiene algún tinte político? ¿Tú eres como el rey de Mil Lagos?
Por un momento temí que mis preguntas resultaran agresivas o sospechosas, pero Capri soltó tal carcajada que, juraría, se oyó un eco entre las montañas que nos rodeaban.
—No… no soy el rey de nada —respondió, todavía con una sonrisa en los labios y la mirada al frente mientras recorríamos la cima de la colina junto con un constante traqueteo de ruedas de madera—. Soy el alcalde de la comarca, que es algo así como el… encargado de que todo esté correcto.
—El *alfa* líder.
—No, ¿qué tontería es esa? ¿Así me llaman los *betas*?
—No, solo estaba tratando de entenderlo —respondí, siguiendo con aquel carácter inocente e inofensivo que, al parecer, funcionaba bastante bien con Capri—. Perdona si te he ofendido.
—Oh, no, no te preocupes —se apresuró a decir, elevando una de sus manos alrededor de las riendas—. Lo entiendo. Puedes hacer todas las preguntas que desees, por supuesto. Verás… —reflexionó, tomándose un momento para redirigir el carromato cuando alcanzamos una parte de la colina menos escarpada, allí donde la pendiente se deslizaba con suavidad hasta el río que corría por el cauce del valle—. Los alcaldes de las comarcas somos como una especie de grandes padres, padres que se preocupan de que todos sus hijos estén alimentados y seguros. Nos encargamos de resolver pequeñas disputas, nos aseguramos de reservar una parte de la cosecha para el invierno, tomamos algunas decisiones sobre en qué invertir el tiempo y esfuerzo de nuestros aldeanos…
Fui asintiendo varias veces a medida que me explicaba aquello, hasta que se quedó en silencio y lo resumí con un sencillo:
—Sois los administradores de la región.
—¡Exacto! —lo celebró él, señalándome un momento con la boquilla de su pipa—. Administradores, no líderes ni reyes. En nuestro mundo no existen esas cosas.
—Pero alguien tiene que mandar sobre los demás para poder mantener la paz, ¿no?
Capri tuvo que reflexionar de nuevo, fumando una calada que echó hacia el lado contrario de donde yo me sentaba.
—Los aldeanos nos respetan y valoran nuestras decisiones, pero no creo que les «obliguemos» a obedecer. Todo animano es libre de hacer lo que le plazca, siempre y cuando no afecte al trabajo de los demás.
Arqueé las cejas y solté un murmullo de interés, porque no era el sistema social que esperaba encontrarme en la Reserva. Sonaba más a un idílico comunismo que al feroz y cruel caos del que

los *betas* hablaban siempre; aunque, por supuesto, Capri podría estar mintiéndome.
—¿Y los demás *alfas* también están de acuerdo con eso? Es decir… siempre había escuchado que son un poco territoriales y violentos.
Ahí fue cuando el alcalde resopló, puso los ojos en blanco y ladeó la cabeza de enormes cuernos de cabra montesa, los que casi rozaban la tela que nos cubría de la lluvia.
—Olvídate de todo lo que te hayan dicho de nosotros ahí fuera, Lemér —me aconsejó con un tono mucho más serio del que había usado hasta el momento—. Los *betas* creen que los *alfas* somos criaturas salvajes, violentas y peligrosas, ¡pero no es verdad! —terminó exclamando—. Lo que ocurre es que necesitamos a nuestros *omegas*, sin ellos, nuestra función carece de sentido, y es entonces cuando nos sentimos angustiados, irascibles y perdidos. Pero aquí las cosas son como deben ser y ningún *alfa* es violento.
Se quedó con la cabeza alta y la mirada al frente, perdida en el borde pedregoso del pequeño río que atravesábamos, el cual recorría lo profundo de valles y colinas como si de una vena de agua clara se tratara.
—Bueno, eso no es cierto —añadió entonces tras un par de segundos en silencio, solo interrumpido por el traqueteo de la carreta y el gorgoteo del agua—. Sí que, a veces, los alfas se ponen violentos, pero solo entre ellos. Las feromonas, la juventud y la intensa competitividad les pasa factura. Hay muchos de nosotros y muy pocos de vosotros, y todos queremos un compañero *omega* y un montón de crías. No puedes culparles de luchar con uñas y dientes por ello.
—Claro que no… Entonces, ¿los *alfas* y los *omegas* viven todos juntos en El Pinar?
—Oh, no, no. Solo los *omegas* viven en El Pinar, los *alfas* viven en pequeñas comunidades repartidas por toda la comarca. Ellos se encargan de los cultivos, la caza, la recolección, la confección de ropa, la tala de madera… prácticamente todo lo que necesite mano de obra.
—¿Y los *omegas* qué hacen?
Capri me miró por el borde de sus gafas redondas y una leve sonrisa se extendió por sus finísimos labios.
—Lo que quieran: jugar, tomar el sol, bañarse en el río, comer y… bueno, visitar a los *alfas*. Ya sabes… —y me guiñó el ojo.
No, no lo sabía y, creía, no estaba seguro de querer saberlo. Una parte importante de pasar desapercibido, es integrarse con el grupo, adoptar sus costumbres y así no destacar demasiado mientras rebuscas y espías. Lo malo era que yo no necesitaba ni quería tener que mantener relaciones sexuales con nadie, y menos con un *alfa*.
—Te refieres a copular con ellos —aclaré.
Capri asintió con un gesto solemne.
—No siempre, pero sí, hablo de copular.
—Lo siento, Capri, creo que no te he entendido bien —murmuré, ya sin sonreír—. ¿«Visitar a los *alfas*» es algo obligatorio para un *omega* de la Reserva, o…?
—¡Oh, no! —me detuvo incluso antes de que pudiera terminar—. ¡Por supuesto que no! De verdad, Lemér, me estás empezando a dar miedo. ¿Qué clase de barbaridades te crees que hacemos aquí?
—Lo siento, es que me dio la impresión de que te referías a eso.
—No, Lemér —insistió con el ceño fruncido mientras daba un golpe a las riendas, quizá para liberar algo de su frustración o enfado por haberme oído decir aquello—. Como te he dicho, aquí no se obliga *a nadie* a hacer nada que *no quiera*. ¿De acuerdo?
—Sí, perdona —volví a disculparme, sintiendo como mi cola dejaba de apretarme la cintura y se relajaba—. Es que no he visto a un *alfa* en toda mi vida, y no estoy seguro de cómo se supone

que debemos interactuar, o si estoy preparado para mantener relaciones sexuales con uno.
El alcalde asintió lentamente a todo lo que decía, fumando una última calada de su pipa antes de golpearla contra el lado del carro, sacando todo el tabaco de su interior.
—Si yo soy el primer *alfa* que ves, no me extraña que dudes de querer copular con uno —me dijo, para mi sorpresa, con una broma que sí me resultó graciosa—. Pero, créeme, los chicos solteros son mucho más jóvenes, atléticos y guapos que yo. Hay *alfas* de todos los tipos, tan variados como los *omegas*. Estoy seguro de que alguno de ellos conseguirá llamar tu atención. De no ser así, no te preocupes, puedes decidir quedarte en El Pinar o incluso mudarte a otra comarca para buscar más *alfas*.
—Oh, ¿podría moverme de Mil Lagos? —pregunté con cierta sorpresa.
—Por supuesto, a donde quieras. Muchos *omegas* lo hacen porque no les gusta quedarse en un mismo lugar todo el año, así que migran a comarcas más cálidas en invierno o prefieren moverse constantemente entre villas. La mayoría van a Prado Dorado —y ahí puso los ojos en blanco y negó con la cabeza—. Aunque si quieres mi opinión, su alcalde, Ratún, es un *alfa* insoportable. Se cree que El Trigal es la mejor aldea de toda la Reserva.
—Amh… —fue todo lo que se me ocurrió responder.
Miré de nuevo al frente, hacia el bosque de altos pinos hacia el que nos dirigíamos, y pensé en las muchas posibilidades que me brindaba el poder moverme libremente por la Reserva. Estaba convencido de que no podría abandonar la comarca de Mil Lagos, aunque, para ser sincero, no sé de dónde había venido esa idea. Probablemente de mis opiniones preconcebidas sobre lo que sería la sociedad animana: cruda, salvaje y cerrada.
—¿Puedo hacerte una pregunta, Lemér? —me distrajo la voz de Capri una vez que nos sumergimos en el bosque. Giré el rostro hacia él y arqueé las cejas, a la espera de que continuara —: ¿Cómo has conseguido que te trajeran hasta Mil Lagos?
—Los *betas* me enseñaron un par de imágenes de la Reserva y la verdad es que me enamoré de esta parte al momento —dije, algo que ya había planificado con antelación por si surgía aquella duda en particular—. Me gustan mucho los bosques frondosos, los árboles y las alturas, me hacen sentir más cómodo.
—Sí, eso lo entiendo, a lo que me refiero es cómo has conseguido que te traigan en una de esas cosas voladoras. Normalmente dejan a los pobres *omegas* en las puertas y son ellos los que tienen que viajar por toda la Reserva hasta llegar aquí.
Parpadeé. Aquello sí que no me lo esperaba. No tenía ni idea de que traerme en helicóptero fuera algo «extraño» ni que llamara tanto la atención; y debería haberlo sabido, porque afectaba gravemente a la misión y era un error garrafal. El Capitán Racismo no había tenido el detalle de advertírmelo antes de preparar la inserción, antes de que pudiera negarme y explicarle que aquel trato preferente era como poner una diana en mi puta cabeza.
—Ah… sí. Es que en la sociedad *beta* yo era el hijo de alguien bastante importante —improvisé lo más rápido que pude—. Así que cuando decidí venir a la Reserva, me ofrecieron un trato un poco especial.
—Claro… Pero espero que entiendas que, aquí, no tendrás el mismo «trato especial». Serás un *omega* como cualquier otro: ni mejor ni peor.
—Sí, por supuesto. Lo entiendo perfectamente.
—Bien… —asintió él, y entonces, como si le diera un repentino subidón de azúcar, exclamó—: ¡Y por supuesto que te has enamorado de Mil Lagos al momento! ¡Mira esto! —elevó una mano hacia el paisaje que se podía apreciar desde la ladera boscosa que ahora descendíamos—. No es porque yo sea su alcalde y solo diga cosas buenas sobre ella… pero mi comarca es de los lugares

más hermosos de la Reserva, aunque los de Prado Dorado digan que aquí hace frío y humedad, que el suelo es demasiado rocoso y llueva demasiado. Pero ¿qué sabrán ellos? ¿Verdad? —me miró un momento y yo asentí como si le diera toda la razón—. Dicen que aquí hace mal tiempo porque a ellos les encanta ir desnudos. ¿Quién no tendría frío cuando apenas llevas un taparrabos anudado a la cintura? No me malinterpretes, no tengo nada en contra de la desnudez, esas son tonterías *betas*; pero no puedes venir a mi comarca a decirme que hace frío si no te has molestado ni en buscarte algo de ropa. ¿Sabes lo que pienso yo? Que en el valle hace un calor muy desagradable y que se pueden quedar con sus kilómetros y kilómetros de hierba y tierra plana.

Capri parecía estar tomándose aquello muy a pecho, aunque fingiera que no. Soltaba aspavientos, tiraba de las riendas para redirigir a los caballos en las partes más empinadas de la vera del río y me miraba intermitentemente para buscar mi aprobación.

—Oh, pero bien que nos llegan mensajes y mensajes de ellos pidiéndonos hidromiel. ¿Te gusta el hidromiel, Lemér?

—Nunca lo he probado —reconocí, evitando decir nada sobre mi opinión de que allí, en mitad de las montañas de fantasía y bosques de cuentos de hadas, tomaran una bebida como aquella.

—¡Te encantará! —me aseguró, dando un rápido y repentino tirón para redirigir a los caballos, quienes se habían detenido al llegar al borde de un cambio de nivel algo rocoso—. Los *alfas* de la montaña la fabrican con la miel de las abejas y es conocida en toda la Reserva. Prácticamente, nadie bebe otra cosa en las *alfarias*.

—¿*Alfarias*?

—Sí, el celo de los *alfas*. Al contrario que vosotros, nosotros solo lo tenemos una vez al año y es una tradición muy importante en nuestra cultura celebrar una gran fiesta conjunta entre las comarcas. Consta de varias partes, pero la que más interesa a los jóvenes solteros es La Cacería.

—La Cacería… —repetí en voz baja—. ¿Y… qué es eso?

—Oh, es cuando los jóvenes se reúnen en el bosque y los *alfas* «cazan» al *omega* que más les gusta. Lo persiguen y, cuando lo atrapan, lo reclaman para sí mismos y se convierten en sus amantes por el resto de las *alfarias* —me explicó con un tono de voz ligero y divertido que no pegaba nada con el horror que estaba describiendo—. Es el único momento en el que los *alfas* pueden elegir y luchar por conseguir que el *omega* que tanto desean les acompañe a sus camas. Creo que ya te imaginas lo que pasa cuando juntas a dos jóvenes animanos repletos de feromonas y en celo —se rio antes de darle otro tirón a las riendas para acelerar el trote nada más llegar a una especie de camino natural—. Pero las *alfarias* también tienen un objetivo muy importante como unificador de la sociedad: hace que los chicos de cualquier parte de la Reserva se conozcan, intercambien ideas, proyectos, y compitan de una forma sana e inocente. Algunos… como el alcalde Ratún —dijo rápidamente y en voz más baja—, incitan un sentimiento de superioridad entre sus aldeanos, por lo que surgen tensiones entre estos y el resto de comarcas. En las *alfarias* también hay muchas competiciones, de toda clase, para demostrar a estas personas lo equivocadas que están.

—Ya… —murmuré sin apartar la vista del frente.

Con suerte, me iría antes de tener que participar en aquella locura.

—Es una semana muy divertida —insistió él, girando el rostro para mirarme—. Sé que los *betas* no tienen fiestas así, pero los *omegas* que han llegado del exterior siempre dicen que es como una mezcla entre «un súper festival de verano» y un «triatlón de pruebas».

Como Capri se me quedó mirando a espera de una respuesta, sonreí un poco y dije:

—Estoy deseando verlo.

—Aun tienes que esperar un par de meses, al final del verano, pero estoy seguro de que te encantará.
—Claro.
Ahí cesó un poco la conversación, que se había alargado desde mi llegada en helicóptero hasta el camino natural entre la frondosa foresta del bosque. Todavía se oía el gorgoteo del río, pero ya no podíamos ver el agua, oculta bajo las ramas, hojas y árboles que nos rodeaban como un abrazo húmedo y verde. Estaba muy atento a dónde nos dirigíamos y las señales que indicaban que, en teoría, seguíamos el trayecto correcto hacia El Pinar: la senda del río, el bosque, el descenso al valle… Probablemente aun nos quedaran una hora y media de viaje, contando con que el carro no se movía mucho más rápido que una persona al trote.
Tras poco más de diez minutos, llegamos a un cruce de caminos que se bifurcaba entre el bosque y la salida pedregosa a una pendiente. Bajo la lluvia fina y grisácea, me costó diferenciar la forma redondeaba que se alzaba en la mitad; que resultó ser una gran piedra musgosa, casi con forma de monolito, en la que había dos flechas talladas y dos nombres: la que se hundía en el bosque decía «El Pinar», y la que señalaba el descenso decía simplemente «Villa del Valle».
—Ya casi hemos llegado —anunció entonces el alcalde, dando un ligero giro hacia la dirección de El Pinar.
Fruncí el ceño y volví a mirar el monolito tallado. En teoría, deberíamos haber tomado el otro camino, haber continuado siguiendo el río hasta una ladera y después, descender por el bosque hasta un claro a los pies de un valle. Pero lo que hicimos fue hundirnos todavía más en la espesura de los árboles, donde el camino tenía muchas más marcas de ruedas y estaba más embarrado.
—Mira, ya nos están esperando.
Moví al mirada hacia las alturas que señalaba para descubrir que, en efecto, había figuras allí escondidas, entre las hojas y las ramas. No estaban lejos, pero tampoco estaban lo suficiente cerca para poder distinguirlas si no te fijabas bien. Eran animanos, por supuesto, y, lo más extraño de todo: *omegas*.
—No les hagas ni caso —me aconsejó el alcalde con un vago gesto de la mano—. Si no estuviera lloviendo y tuvieran algo mejor que hacer, ni siquiera estarían aquí.
Asentí, pero no aparté la mirada de las alturas, allí donde esas pequeñas figuras me observaban de vuelta. No podía diferenciar del todo sus rasgos, pero sí las grandes colas que se movían a sus espaldas. Pensé en lo raro que eso me parecía. Que hicieran aquello, quiero decir, delante de la vista de todos. Entonces me di cuenta de que *yo* era el raro por no hacerlo. Aquel era el mundo animano, después de todo.
Discretamente, fui desenrollando la cola de mi cintura y sacando la punta más gruesa y de un rubio más oscuro por debajo del chubasquero. Me sentía estúpidamente raro, casi… expuesto; pero me obligué a mí mismo a continuar. No podía ser el omega «rarito» si quería infiltrarme en su comunidad y recabar toda la información posible.
—Ya hemos llegado —dijo Capri, distrayéndome por completo de mis pensamientos.
Alcé la mirada que había mantenido en el camino mientras divagaba y, de pronto, me encontré con algo que no esperaba. El Pinar no era la población que me habían mostrado en las imágenes de satélite; ni ninguna de la que tuvieran registro en el ejército, ya que El Pinar era una aldea en los árboles, escondida por completo bajo las altas copas y la foresta.
—Jo…der —se me escapó de entre los labios.
Capri se rio y detuvo el carro con una evidente expresión de satisfacción.
—Que digan lo que quieran en El Trigal, pero esto no lo tienen.

Aquello no lo tenía ni El Trigal, ni ninguna parte del mundo *beta*, de eso estaba seguro. El Pinar era un puto sueño hecho realidad.

EL PINAR

El Pinar era una villa mucho más grande de lo que parecía a simple vista, y eso se debía a que muchas de sus construcciones estaban casi escondidas; entre las ramas de los árboles o incluso bajo tierra. Capri me lo explicó rápidamente con un simple:

—A la parte subterránea la llamamos Raíces, al poblado lo llamamos Maleza y a las casas de los árboles las llamamos Ramas.

Seguí con la vista los diferentes puntos que señalaba desde ese pequeño claro que, creía, funcionaba como una especie de plaza a la entrada del pueblo. No entendía a qué se refería con «parte subterránea», porque desde donde estábamos apenas se podían percibir las construcciones entre los árboles y las que salpicaban la base del bosque, pero sin haber talado ni un solo árbol.

Eso fue lo que más me llamó la atención. Allí no habían talado el bosque para hacer sitio, sino que habían construido directamente en mitad de los árboles, adaptándose al terreno lo mejor que habían podido. Todas las casas que se veían —sin importar su tamaño—, estaban hechas de madera, como cabañas de troncos y techumbres de hojas y musgo a diferentes alturas y elevadas con una base de pilares.

Capri me animó a acompañarle tras brindarme un buen medio minuto de calma para que yo pudiera admirar su villa. Entonces cerré los labios que había mantenido entreabiertos con una estúpida expresión de sorpresa, me acomodé la mochila al hombro y le seguí.

—Estos son los almacenes —me explicó, señalando las construcciones más cercanas, las cuales parecían torres de madera que descendían por el borde del cambio de nivel entre el pequeño claro y la aldea—. Así los *alfas* no tienen que bajar las cosas ni moverlas de un lado a otro, como puedes ver, El Pinar no es el lugar más llano del mundo —y sonrió con evidente orgullo.

Descendimos unas escaleras de madera que, perfectamente, podrían haber formado parte de un campamento temático de verano, eses que intentaban recrear una experiencia naturalista entre los árboles. Siendo sincero, todo El Pinar parecía un parque temático. No solo por las casas, sino también por las extrañas barandillas y cuerdas que ascendían desde el suelo hasta las ramas de los enormes árboles, allí donde había más casas y puentes colgantes. Se llamaba «El Pinar», pero había bastantes de aquellas enormes secuoyas con troncos tan gruesos como un coche.

—Ah, sí —afirmó el alcalde cuando me vio seguir una de ellas con la mirada—. Son para vosotros, para que podáis subir y bajar y… hacer todas esas cosas de arborícolas que os gustan tanto. Tranquilo, podrás probarlas enseguida, pero antes quiero enseñarte algunas partes importantes de la aldea.

Bajé la mirada de las alturas y volví a prestar atención a la villa que permanecía pegada al suelo, demasiado perdido en mis pensamientos para responder al alcalde. Simplemente le seguí por el camino de tierra, a veces rodeado de una baja valla de madera de la que sobresalían palos con farolillos. La ruta serpenteaba entre los árboles de tronco grueso y grandes raíces, bifurcándose constantemente en dirección a las cabañas que nos cruzábamos; algunas con un pequeño jardín delantero o unas escaleras para ascender a su posición más elevada.

También nos topamos con otros *omegas*, por supuesto, pero verlos no resultó tan impactante

como todo lo demás que me rodeaba. Estaban en el pórtico de sus casas, tumbados en hamacas sobre las ramas de los árboles, mirándonos atentamente desde los puentes colgantes, e incluso sentados en la valla que rodeaba el camino. Todos eran muy atractivos, todos tenían alguna característica animal, todos olían sumamente bien y, curiosamente, todos eran bastante bajos. Ahora entendía que Capri se hubiera sorprendido tanto al verme, porque los demás *omegas* no debían llegar ni al metro sesenta de altura. Parecían un montón de extraños y atractivos duendes de los bosques.

—Este es el acueducto —me distrajo Capri, señalando hacia el frente con una de sus dedos rechonchos de uñas negras—. Trae agua al poblado desde el río. Lo lleva hasta diferentes fuentes repartidas por El Pinar y las duchas. Aquí también nos bañamos, por si los *betas* te han dicho lo contrario.

Miré el acueducto que se elevaba por encima del camino, llegando desde una elevación a un lado. Estaba formado por un tronco hueco y elevado por finas columnas de madera atadas con cuerda para mantener el peso y la inclinación necesaria para que el agua continuara su recorrido cuesta abajo.

—Y este es El Hogar —continuó él cuando volvimos a bordear una enorme secuoya y, frente a nuestro ojos, apareció una de las cabañas más grandes del poblado, elevada dos metros del suelo y precedida de un pequeño claro—. Aquí se produce la mayoría de la actividad de la aldea. Nos reunimos a comer, en celebraciones o anuncios importantes que deba hacer a todos. También es mi casa y sus puertas están abiertas durante todo el día y toda la noche por si necesitas algo.

Asentí. El Hogar era el ayuntamiento de la villa y el corazón de la misma. Se podía apreciar al instante porque, primero, estaba en el centro de El Pinar; segundo, de él partían varios caminos que se extendían como una tela de araña, tanto horizontal como verticalmente, y me refiero hacia arriba —en las copas— y hacia abajo —con escaleras que descendían a la profundidad de la tierra; y tercero, poque allí estaban reunidos una gran cantidad de omegas sentados a las largas mesas que recorrían el cobertizo que había bajo la enorme construcción.

Todos nos miraron al llegar, por supuesto, pero no fueron muchos los que cesaron de llevarse fruta, carne o incluso pescado a la boca. Olía a muchas cosas, pero sobre todo a comida caliente y leña quemada, que llegaba desde otra caseta no muy lejana. Las cocinas, supuse.

—¿Tienes hambre, Lemér? —me preguntó Capri.

—Un poco —respondí por primera vez desde que habíamos llegado.

—Entonces seré breve —sonrió, recolocándose un poco sus grandes gafas redondas—. Le he pedido a una de las chicas que te enseñe el resto de la aldea, pero, si lo prefieres, puedes explorarla por ti mismo. Quizá todavía no estés preparado para un cambio tan radical, así que no pasa nada si necesitas estar a solas y tomarte tu tiempo.

—Oh, no —negué al instante, pero forcé una sonrisa para que no sonara tan cortante—. No soy un hombre tímido ni nada así, prefiero sumergirme en la comunidad lo antes posible.

—Eso es maravilloso —afirmó el alcalde, dando una palmada antes de mirar hacia las alturas—. Ya puedes bajar, querida.

Entonces, como si hubiera surgido de la nada, una joven cayó al suelo a pocos pasos de nosotros. Me sorprendió, pero no lo suficiente para reaccionar de una manera escandalosa. Solo la miré a ella y después hacia arriba, viendo la liana por la que se había tirado, a poco menos de cuatro metros de altura. La muchacha, una omega que parecía una preciosa muñeca de ojos grandes, labios finos, bigotes largos, media melena pelirroja, y una enorme cola de ardilla a sus espaldas, nos miró con una sonrisa y dijo:

—¡Hola!

La miré un momento más antes de sonreír y responder:
—¡Hola!
—Lemér, te presento Arda, la chica de la que te he hablado hace un momento —nos introdujo Capri.
—Encantado de conocerte, Arda —dije, alargando la mano hacia ella para ofrecerle un educado apretón.
La joven, sin embargo, se quedó mirando mi mano un par de segundos antes de ponerse de puntillas con sus pies desnudos y dar una palmada, agrandando su preciosa sonrisa.
—¡He visto hacer esto a los *novis* del Valle! —exclamó de pronto.
Sin dudarlo ni un segundo, dio un paso hacia mí y me rodeó la mano con las suyas, con ambas, antes de de agitarla con fuerza de arriba abajo, de una forma completamente exagerada.
—Encantada de conocerte, Lemér —respondió, muy divertida con todo aquello.
Seguí sonriendo, pero miré un momento al resto de *omegas* a sus espaldas, sentados a sus mesas y comiendo. Quería comprobar dos cosas: la primera era si la chica, Arda, me estaba intentando ridiculizar con todo aquello; la segunda era si, bajo aquella imagen perfecta e idílica del Pinar, se escondía un oscuro y horrible secreto. Yo aún tenía mis dudas, por supuesto, porque todo parecía demasiado bueno para ser verdad.
Sin embargo, lo único que percibí en sus expresiones fue curiosidad o indiferencia. Nada que me diera a entender que estaban allí en contra de su voluntad, esclavizados y sometidos bajo la mano de hierro del *alfa*-cabra.
—¿Qué quieres hacer primero? —me preguntó la joven, dejando al fin de abanear mi mano de arriba abajo para dejarlas a la altura de su cintura.
Al igual que el alcalde, y que todos allí, tenía esa extraña ropa medieval: camisa de lana abierta hasta los hombros, una especie de corpiño de cuero hasta su generoso pecho y unos pantalones un tanto ajustados hasta los tobillos.
—No sé, lo que prefieras —sonreí, recolocándome la mochila al hombro.
Arda pareció pensárselo, llevando un fino dedo a sus labios.
—Mmh… Creo que lo mejor será enseñarte tu nido y darte un poco de ropa cómoda.
Arqueé las cejas por varias razones, pero, como debía hacer, me limité a asentir y mantener la sonrisa.
—¡Sígueme! —me animó entonces, dando un ágil giro y un paso largo en dirección al Hogar.
Pero antes de seguir a aquella omega que olía a almendras y cuya cola peluda y enorme me hizo replantearme seriamente volver a quejarme la mía, me giré en dirección a Capri y le di las gracias por el viaje. El alcalde asintió con una sonrisa y se despidió con la mano, diciéndome que se iba a descansar un poco y que ya sabía dónde encontrarle.
Después seguí a Arda en dirección a las escaleras que ascendían a la gran construcción, por encima del cobertizo en el que estaban todos comiendo. Allí, se detuvo antes de seguir ascendiendo las otras escaleras que rodeaban el tronco de un árbol como si de una serpiente se tratara.
—¿Prefieres ir andando o trepar? —me preguntó.
—Trepar, por supuesto —le dije sin dudarlo, ya que me parecía la clase de respuesta que a ella le gustaría.
Y acerté. Arda sonrió más y, con una agilidad impresionante, saltó a la barandilla de madera y de allí al vacío de un metro y medio que nos separaba de otra cuerda colgante. No esperó a ver si la seguía, simplemente subió la liana como si pudiera nadar en el aire. Me resultó increíblemente extraño verlo, porque normalmente era yo el único capaz de hacer algo así mientras todos me

miraban con estupefacción. No esperé demasiado para seguirla, demostrando la misma agilidad y rapidez que ella hasta alcanzar la rama gruesa donde me aguardaba.
—No sé si te lo ha explicado Capri, pero tenemos un montón de estas cuerdas y varas para no tener que subir las escaleras —me explicó, caminando sobre las ramas con la misma indiferencia que como si estuviera en tierra firme, ignorando por completo los diez metros de caída que nos esperaban debajo—. Nosotros no las necesitamos, ¿verdad?
—Claro que no —sonreí, pero con cierta reticencia.
Yo, al contrario que ella, no estaba tan acostumbrado a caminar por la cuerda floja y, aunque no me supuso ningún problema, tuve que sacar la cola por completo del interior de mi chubasquero para conseguir equilibrarme. Ella se quedó un momento mirándola, moviéndose de lado a lado a mis espaldas como una lombriz peluda y anillada.
—Vas a volver locos a los *alfas* —fue lo que me dijo.
Agrandé mi sonrisa y solté un leve jadeo.
—¿Tú crees?
—Oh, no lo creo, estoy segura —respondió antes de volver a mirarme a los ojos y hacerme una señal para que continuara siguiéndola por entre las ramas—. Aquí empieza la parte alta —me explicó—. Solo venimos aquí los arborícolas o los pocos roedores que no le tienen miedo a las alturas. A los rumiantes les da un ataque si se levantan a más de dos metros del suelo y los léporos prefieren moverse por Raíces. ¿Has visto Raíces, ya?
—No, no he tenido el placer.
—Es un sistema de cuevas que va por debajo del suelo y recorre la aldea hasta casi el río. —Saltó de una rama a otra y después a una construcción de madera que rodeaba un árbol, como una especie de mirador con techumbre—. A ellos les encanta, pero a mí me parece un hormiguero sucio y demasiado caliente. No hay nada como estar aquí arriba.
—Las vistas son increíbles —afirmé, echando un vistazo hacia abajo, a la aldea que se extendía bajo nosotros entre la maleza y los árboles—. Entonces, ¿cada uno tiene su casa en un sitio diferente?
—Sí, claro, donde nos sintamos más cómodos.
Asentí, todavía con la mirada perdida en el paisaje entre los grandes árboles. La parte de la allí arriba estaba tan habitada y repleta de vida como la inferior. De las cabañas entre las ramas colgaban macetas con flores, hamacas e incluso cuerdas con ropa tendida a la intemperie.
—Perdona, Lemér, asumimos que preferías una casa en Ramas, pero quizá nos hemos equivocado…
—No, no, me encanta —respondí al momento, agitando mi mano en el aire y agrandando la sonrisa—. Es solo que todo esto… no es lo que me esperaba en absoluto.
Arda perdió su característico buen humor y puso una mueca de leve ceño fruncido.
—Ah, ya… debió ser horrible con los *betas* y sus casas de metal.
—Mucho —mentí, porque eso era lo que me imaginaba que los animanos de la Reserva querían oír sobre mi vida en el exterior.
—No pasa nada. ¡Ahora estás aquí! —y dio una fuerte palmada, cerrando con ello esa conversación para comenzar con otra menos deprimente—. Hay varios nidos entre los que puedes elegir. Hace unos meses se quemaron un par y los *alfas* del bosque vinieron a construir nuevos. Fue una maravilla —sonrió más, girándose hacia mí de vez en cuando mientras atravesaba un puente colgante que nos llevaba a otro mirador, éste con una cabaña incluida—. Nos paseábamos por delante mientras trabajaban y ellos perdían el sentido. ¡Alguno hasta llegaron a caerse al suelo!

—Vaya —sonreí más, acompañando lo mejor posible a su risa cantarina.
—Fue un cambio agradable tenerlos por aquí y no tener que irlos a buscar, la verdad —continuó, deteniéndose de pronto en otro de aquellos miradores para señalar las cabañas que lo rodeaban por todas partes, conectadas a nosotros por más puentes colgantes—. ¡Elige la que quieras! —me animó.
Las miré todas con un vistazo rápido; con una madera mucho menos ennegrecida por la lluvia y el clima. Señalé la de la esquina, solo por elegir una, ya que no tenía pensado pasarme mucho tiempo en la Reserva y tampoco es que me importara dónde dormir.
—Mmh… yo también hubiera escogido esa —reconoció antes de guiñarme un ojo—. El pórtico no es tan grande, pero puedes colgar una hamaca entre el pasamanos y el árbol de al lado.
—Exacto —asentí, fingiendo que esa había sido la idea desde el principio.
Arda tomó entonces el camino por el puente colgante y no se detuvo hasta llegar a la puerta de madera, la cual abrió para mí.
—No son muy grandes, pero hay suficiente espacio para dormir cómodamente —me explicó cuando crucé el umbral y me acompañó al interior.
La cabaña olía a madera recién cortada y un poco a serrín. Estaba totalmente vacía y, como se podía apreciar desde fuera, el grueso tronco la atravesaba como una espina vertebral. En efecto, no era muy grande, quizá veinte metros cuadrados; aunque muy bien aprovechados. Sin necesidad de cocina ni baño, prácticamente era todo un espacio en blanco y unas escaleras que ascendían hacia un piso elevado en el que, evidentemente, iba a dormir.
—¿Necesitas un momento para asentarte y dejar tus cosas? —me preguntó Arda tras un breve silencio—. Puedo esperarte en el comedor, debajo del Hogar.
—Sí, si no te importa —respondí con una leve sonrisa y una inclinación de cabeza.
—¡En absoluto! —exclamó, dándose la vuelta hacia la puerta.
—Por cierto, ¿dónde puedo conseguir ropa nueva?
—Ah, pues… no creo que haya nada en el almacén que te sirva —lo pensó mientras me recorría de arriba abajo con la mirada—. Eres muy grande.
—Eso parece.
Al parecer, yo era raro incluso entre los de mi especie.
—Pero podemos pedirle a los *alfas* del valle que te hagan ropa especial. ¡No te preocupes!
—Oh, ¿no les importará? No quiero dar problemas.
A Arda casi le costó aguantarse la sorpresa y el bufido de risa que atravesó sus labios y contrajo su abdomen.
—¡Por favor, Lemér! Van a pelearse por hacerte esa ropa —y puso los ojos en blanco mientras negaba con la cabeza, revolviendo su media melena pelirroja—. Además, darme una excusa para visitar el valle contigo es casi como si me hicieras un favor.
No entendí aquello, ni la leve sonrisa más afilada que atravesó sus labios, ni el guiño que me dedicó al final antes de soltar un «¡te espero abajo!» y desparecer por la puerta. Una vez solo, perdí por completo el buen humor y me quedé serio. Miré a mi alrededor de nuevo y comprobé las posibles salidas: había una ventana a un lado por la que entraba la luz grisácea de la tarde y una especie de trampilla en el techo. Me aseguré de que las puertas de madera de la ventana se pudieran cerrar por dentro, como si de un armario se tratara; y después ascendí por las escaleras para revisar la trampilla, la cual daba al exterior, como una especie de claraboya pero sin cristal.
Asentí para mi mismo y volví al interior antes de dejar mi mochila en el suelo del altillo. Saqué el mapa y lo extendí por completo, usando un bolígrafo permanente para marcar el punto donde, creía, estaba realmente El Pinar. Puede que las coordenadas no resultaran exactas, pero aquello

era meramente orientativo. A continuación, rodeé el punto en negro donde había creído que estaba la aldea y escribí: «¿Valle?», antes de ascender en dirección a la vera del enorme lago y añadir: «Punto de recogida».
Finalmente, lo recogí todo y me aseguré de encontrar un buen sitio en el que esconder la mochila en caso de que algún omega demasiado curioso decidiera entrar allí a rebuscar. No les conocía, no me fiaba de ellos y no iba a dejarme engañar por aquel carácter tan afable y risueño que parecían mostrar.
A lo que a mí respectaba, ellos eran el enemigo y yo estaba en territorio hostil, donde toda precaución era poca.
Con todo aquello resuelto, me detuve frente a la puerta, cerré un momento los ojos, tomé una buena respiración y sonreí antes de cruzar al exterior.



Arda estaba justo donde dijo que estaría, sentada en una de las largas mesas bajo el Hogar, entre las columnas que soportaban el peso de la construcción y las enredaderas que colgaban de su techumbre junto a una especie de candiles. Por lo que había visto, allí no usaban electricidad y el sistema de agua corriente consistía en un acueducto medieval. La comida, sin embargo, sí parecía abundante y bien hecha, con todo tipo de manjares, incluidos los enormes boles de fruta de temporada, carnes asadas, pescados a la brasa y bandejas de frutos secos. Frente a uno de ellos me esperaba la chica-ardilla, sentada y con su enorme cola, casi el doble de grande que ella, pegada a su espalda.
—¡Aquí, Lemér! —me saludó, creyendo que la razón de que mirara a todas partes con tanta atención, se debía a que la estaba buscando.
Sonreí y la saludé con la mano, fingiendo exactamente eso, antes de sentarme frente a ella en el banco de madera.
—¿Qué quieres comer? Hay un poco de todo.
—Pues… soy omnívoro, así que me da igual —respondí, tratando de usar esa misma terminología que a ellos tanto parecía gustarles.
—¿En serio? —preguntó junto con una mueca un poco asqueada, arrugando su pequeña nariz respingona—. Pues, si quieres, podemos movernos hacia la parte de los carnívoros.
Señaló a sus espaldas con el pulgar pero no se dio la vuelta. Tuve que inclinarme a un lado, incluso aunque le sacara cabeza y media de altura, para que su enorme cola no me tapara la vista de un grupo de *omegas* que había más separados, casi hacia el final del comedor. Allí hablaban y reían frente a fuentes de carne y pescado. Curiosamente, todo ellos tenían rasgos animales de perro, lobo, jabalí e incluso de mono. Traté de no quedarme mirando demasiado, pero no podía evitar sentirme algo confuso y sorprendido por ver tantos *omegas*… como yo.
—No, no te preocupes —respondí al fin, volviendo a mirar los ojos marrones de Arda—. Prefiero la fruta.
Y, para demostrarlo, alargué una mano hacia el bol de manzanas silvestres, cogí una y le di un

buen mordisco, arqueando las cejas y sonriendo mientras masticaba.
—Oh —dejé de sonreír de pronto y miré la fruta de exterior rojo oscuro e interior blanco—. Está muy buena…
—¿A que sí? —afirmó la joven, llevándose un par de frutos secos a la boca—. ¿No tenías fruta en el mundo *beta*?
—Sí, pero… no sabía tan bien —respondí, masticando más lentamente aquel delicioso y fresco dulzor que me empapaba la boca—. ¿Le echáis algo?
—No que yo sepa. Los *alfas* del bosque traen cada semana la fruta de temporada y nunca les he visto hacer otra cosa que sacarlas del árbol y meterlas en un saco.
Por un momento, una idea un tanto alocada me había cruzado la mente: que los *alfas*, o quizá el propio Capri, manipulara la comida para inyectarle algún tipo de droga o calmante y así mantener mansos y pacíficos a los *omegas*. Sonaba completamente disparatado, pero había visto cosas peores y seguía resultándome hasta perturbador lo felices que parecían allí todos.
—¿Y has mirado todo el proceso, incluido el transporte o solo…?
—Yo soy Benny —me interrumpió de pronto una voz a mi lado.
Cuando giré el rostro me encontré con un joven de ojos azules y orejas de conejo brotando de entre su pelo negro y rizado. Con él, llegó a la mesa un denso y dulzón olor a fresas con nata, más penetrante que el aroma a almendras de Arda; pero al igual que ella, el hombre-conejo también era muy atractivo. Con la única diferencia de que ese tal Benny parecía tener cierto aire prepotente, con sus brazos cruzados sobre el pecho y la forma en la que trataba de mirarme por encima del hombro.
—¿Qué quieres, Benny? —le preguntó Arda, no demasiado alegre por su llegada a la mesa—. Estamos comiendo. ¿No lo ves?
El joven solo le dedicó un breve vistazo a la chica antes de volver a mis ojos. Subió un pie al banco y entonces se inclinó lentamente sobre mí, como si tratara de ser amenazante con aquellos bigotes largos a ambos lados de su nariz recta y sus alargadas orejas negras.
—Eres muy grande —me dijo.
—Eso parece —afirmé yo, sin perder mi posición ni apartar la mirada.
—Y necesitarás ropa a medida… —añadió.
—Ogh, por supuesto… —jadeó Arda, casi con indignación—. Tú solo te mueves por interés.
—Oh, perdona, Arda —respondió él, enderezándose para mirar a la muchacha con una mueca asqueada en su atractivo rostro—. Pero es evidente que vais a tener que ir al puto valle, y que tú te lo ibas a callar como una cerda.
Arda no pareció ofendida por aquello, solo entrecerró los ojos y forzó una tensa sonrisa.
—No es mi culpa que el *novi* necesite ropa a medida, y, que yo sepa, fui la única que se ofreció a guiarle por El Pinar; así que sí, me lo iba a callar.
—Pues yo también voy a ir —declaró.
—No puedes venir, va a ser muy obvio si vamos tantos.
—Pues entonces quédate tú, yo acompañaré al *novi*.
Arda se rio, pero de una forma sarcástica y breve.
—Tú le ibas a dejar tirado nada más llegar allí para pasearte entre los *alfas*. Lemér necesita ayuda de verdad.
—Ya es un *omega* mayorcito, no creo que se pierda en Vallealto.
—Hay que presentarle a Antila, ¿qué quieres, que la busque él solo?
Entonces Benny me miró y dijo:
—Antila es una *omega* con cuernos enormes y en punta, pelo canoso y cara de asco. Ya está —

murmuró, volviéndose hacia Arda—. Seguro que la encuentra enseguida mientras yo voy a ver a los *alfas*.
La joven negó con la cabeza, haciendo balancearse su media melena como una nube anaranjada alrededor de su rostro.
—Esto es serio, Benny. Si quieres una excusa para ir al valle, búscate una tú mismo.
—Tengo una excusa perfecta aquí mismo —me señaló—. Y no voy a perder la oportunidad de usarla.
Llegado ese punto, ambos se quedaron en silencio mientras intercambiaban una mirada seria. Yo estaba completamente perdido con todo aquello. No entendía la razón de la discusión ni sus ganas de acompañarme al valle, pero, optando por continuar con mi carácter afable e inocente, dije:
—No pasa nada, chicos, podemos ir los tres sin ningún problema.
Para mi sorpresa, ambos me miraron con expresiones de ceño fruncido y labios entreabiertos, como si hubiera dicho alguna estupidez.
—No podemos ir los tres, Lemér —dijo Arda—. Sería muy obvio que hemos ido a verles.
—Ya… lo siento, no entiendo cuál es el problema —terminé por confesarle—. Si queréis, podéis ir solo vosotros dos a buscar la ropa.
—¿Los *betas* te han dejado subnormal, Lemér? —preguntó Benny.
Arda levantó una mano y siseó un rápido «ssh» de advertencia.
—No seas idiota, acaba de llegar y no entiende lo que pasa —le regañó antes de recuperar la leve sonrisa y mirarme—. Te tienen que medir para poder hacer la ropa. Los hombros, la cadera y el hueco que necesitas para la cola. Como ambos somos arborícolas, creo que es mejor que yo te acompañe y te aconseje sobre lo que es más cómodo…
—Yo también tengo cola —le interrumpió él, dándose la vuelta para mostrar la colita negra de conejo que le salía por encima de un culo redondo y lleno. Lo más gracioso es que incluso llegó moverla un poco de lado a lado.
—Oh… mira, Lemér —dijo ella—. El léporo se cree que tiene cola… —y entonces movió ella la suya, sonriendo más por ganar de lejos aquel concurso de «quién la tiene más grande»—. No nos hagas reír, Benny.
El joven volvió a girarse y a levantar la cabeza con orgullo antes de descruzar los brazos para ponerlos a la altura de la cadera.
—Yo no veo que el *novi* tenga tanta cola para necesitar tu consejo.
Eso causó un momento de confusión en los ojos de Arda, quien miró en busca de un rabo peludo que no estaba allí. Sin darme cuenta, había vuelto a enrollarme la cola alrededor de la cintura, bajo el chubasquero, así que me centré en sonreír y decir:
—Sí, perdona, a veces la guardo para que no se me moje.
La saqué lentamente, alzándola a mis espaldas hasta rodearme el cuello como una bufanda y seguir avanzando como una serpiente anillada que no parecía tener fin. Benny se quedó mirándola con el ceño más y más fruncido a medida que veía que seguía y seguía saliendo de debajo de mi chubasquero. Cuando al fin terminé de extenderla, simplemente soltó un bajo:
—Ohm… Menta y miel… —y frunció la comisura de los labios casi con asco.
—¿No es maravilloso, Benny? —preguntó Arda con un tono algo oscuro, casi cruel—. Entre Cano, tú y Lemér, los *alfas* de Mil Lagos van a ser los más felices de la Reserva.
El joven tardó un momento en descender sus ojos azules de mi cola a mi rostro. Con la misma cara de leve asco pero un tono más suave, me dijo:
—Hueles muy bien.

—Tú también hueles muy bien —afirmé con una ligera sonrisa, tratando de ser todo lo educado posible, aunque era cierto que Benny olía a delicioso batido de fresas, de esos que te hacían la boca agua.
El joven asintió, complacido con el hecho de que le devolviera el halago, y después se sentó a mi lado sin mucho cuidado y miró a Arda.
—No puedes venir con nosotros, Mentita y yo vamos a arrasar con los *alfas* del valle.
—¿Qué parte no has entendido de que no vas a venir? —quiso saber ella.
—La parte en la que te crees que voy a perder la oportunidad de ir.
—Chicos —les interrumpí, porque estaba seguro de que aquella conversación se iba a alargar hasta el infinito—. Lo siento, pero, ¿podríais explicarme cuál es el problema? No entiendo por qué no podéis venir ambos.
—No necesitas que te acompañen dos *omegas* al valle, Lemér —me explico Arda, más comprensiva y atenta que el joven-conejo, el que solo se limitó a resoplar—. Los *alfas* van a saber que solo hemos ido para verles, y eso no puede pasar.
—Ah… —murmuré, asintiendo lentamente—. ¿Y si les digo que os pedí a ambos que me acompañarais? Ya sabéis, soy nuevo por aquí y me gustaría hacer amigos.
Arda se quedó un par de segundos en silencio y, lentamente, miró hacia Benny.
—Podría funcionar… pero sigue sonando un poco a excusa.
—Sigue siendo mejor que cuando Gateo y Jabal se rompieron la ropa «por accidente…», y fueron a pedir que se la cosieran —respondió Benny.
—Sí, la verdad es que sí —reconoció ella antes de tomar una bocanada y darle una leve palmada a la mesa de madera—. Iremos los tres, entonces —decidió—. Mañana por la mañana.
—No, iremos ahora. Por la tarde bajan de la colina con el ganado y nos verán mejor.
Creí que Arda iba a insistir en ir al día siguiente, pero debió encontrar mucha razón en las palabras del joven, así que simplemente dijo:
—Vámonos ya, entonces.
Sin esperar mi respuesta, ambos se levantaron casi de un salto y se dispusieron a irse. Me quedé mirándolos un instante antes de que, con cierta torpeza, me levantara de la mesa y cogiera un par de manzanas para el camino.
—¿Queda muy lejos el valle? —pregunté, uniéndome a ellos y a su ritmo de paso rápido y ágil hacia el camino.
—No, no mucho —sonrió Arda—. Una hora o así.
—Menos si no os entretenéis charlando —apremió Benny, dando un salto sobre una enorme rama atajar.
Arda me dedicó una mirada seria y puso los ojos en blanco, pero también saltó con ganas y apuró el paso para llegar lo antes posible. Era curioso que parecieran tan emocionados por ir a ver a esos *alfas*, cuando, todo lo que yo sabía sobre ellos era que se trataban de animanos muy peligrosos y agresivos.
Fuera lo que fuera, yo tenía mi entrenamiento militar, mi navaja multiusos en el bolsillo y una profunda curiosidad por descubrir aquel otro lado de mi especie. Esa que, según decían, eran tan aterradora.

LOS ALFAS

—¿Tan buenos son esos alfas para que os toméis tantas molestias por verles? —quise saber, fingiendo ser ese omega despreocupado y un poco tontito.
—Madre mía… —murmuró Benny, siempre un paso por delante de nosotros—. Haznos el favor de no dejarnos en ridículo diciendo gilipolleces así en Vallealto.
—No seas estúpido. Lemér no conoce nada de nuestro mundo, es normal que pregunte —me defendió Arda antes de volver la cabeza hacia mí. Íbamos a paso muy rápido, al menos, para un *beta*, pero ninguno sufría los efectos de falta de respiración o cansancio que ya habrían atenazados a los humanos—. Sí, los *alfas* del valle se consideran los mejores de Mil Lagos.
—¿Por qué? ¿Son los más atractivos?
—Oh… emh… No, no tiene por qué. Es porque… bueno, la mayoría son équidos y rumiantes —y me guiñó un ojo juguetón, como si me dijera «ya me entiendes», pero yo no la entendía.
—¿Y eso les hace especiales? ¿Por eso Capri es el alcalde?
—No, no, Capri es el alcalde porque los cinco pueblos le eligieron.
Democracia… en la Reserva de Animanos. De todo lo que había oído hasta el momento, creo que esa fue de las cosas que más me sorprendió descubrir.
—¿Y por qué…?
—Es por su polla, Mentita. ¡Su puta polla! —me interrumpió Benny, girándose un instante para dedicarme una expresión exasperada—. Los equinos y los rumiantes la tienen enorme. ¡¿Cómo no puedes saber ni eso?!
—¡Benny! —exclamó Arda con enfado antes de mirarme y, tímidamente, decir—: Los *alfas* del valle son los más deseados por varias razones. Vallealto es un pueblo muy agradable, posee muchos recursos, no queda lejos del Pinar y… bueno, también por lo que ha dicho Benny. Suelen hacértelo pasar muy bien.
Mi única reacción a aquel descubrimiento fue arquear las cejas.
—No sabía que había *alfas* más deseados que otros —confesé.
—Ogh —el joven-conejo se rindió, apurando un poco más el ritmo para no tener que oírme hablar.
—No le hagas ni caso, Benny es un completo gilipollas —me dijo ella—, pero le gusta mucho a los *alfas* y se lo tiene muy creído. Verás, esto es un poco raro de explicar, pero intentaré hacerlo de la mejor forma posible: no todos los *alfas* son iguales, no todos viven en el mismo lugar ni todos podrían llegar a darte las facilidades que, quizá, quisieras tener el día que elijas emparejarte. Ya sea alimento, cobijo o protección. Los del valle tienen todo eso: poseen una tierra rica, abundante y, además, son sexualmente muy activos. Por eso hay que tener cuidado al tratar con ellos, ¿entiendes?
—¿Se ponen agresivos?
—No, no, no —Arda negó tres veces con la cabeza y hasta se llegó a reír un poco al final—. Claro que no. Me refiero a que, al igual que Benny, ellos también se lo tienen muy creído. Saben lo que valen y lo deseados que son, así que te ponen las cosas un poco difíciles. No son como los

alfas del bosque o la colina, a los que puedes visitar sin importarte lo que piensen. O los del lago, que casi te dan las gracias porque vayas —y se volvió a reír hasta que se dio cuenta de que aquella era otra de esas bromas que yo no entendía—. Los *alfas* del lago son lo peor. La mayoría son mustélidos.
—Mustélidos… —aquel era uno de esos momentos en la vida en los que te gustaría haber prestado más atención en las clases del instituto.
—Sí. Emh… nutrias, comadrejas, tejones, glotones, mofetas, mapaches, aunque también hay algunos castores y roedores de agua. Se encargan de la pesca y la confección de cuerdas, nada demasiado importante; además, el lago es frío y húmedo, un lugar terrible para asentarse.
—Entiendo —murmuré—, es importante que el *alfa* tenga recursos y viva en un buen sitio.
—Sí, es muy importante. Nadie quiere emparejarse con un *alfa* que no pueda mantener a sus crías y darles lo mejor, ¿verdad?
—Claro —asentí vagamente, porque mi cerebro estaba centrado en un tema mucho más importante para mí—. ¿Quieres decir que esos *alfas* que son «más accesibles», son también más manipulables?
—No son accesibles, prácticamente lloran de alegría conque te acerques a ellos —me corrigió—. Y sí, podría decirse que son los más… manipulables. —Arda se detuvo ahí antes de fruncir ligeramente el ceño y añadir—: ¿Por qué lo preguntas?
—Oh, por nada. Curiosidad —sonreí. Quizá me había pasado un poco abusando de mis «inocentes preguntas» y hubiera llegado el momento de recular y callarse.
Lo que había pensado había sido que, si esos *alfas* del lago estaban desesperados por reconocimientos y vivían tan cerca de la zona donde habían robado las armas…
—Amh… Oye, Lemér… —Arda interrumpió mis pensamientos, bajó la voz y se inclinó un poco hacia mí—. Sé que hay *omegas* a los que les gusta «jugar» con los *alfas* del lago; pero son buenas personas, trabajan mucho y no se merecen que los maltraten y se rían de ellos. ¿De acuerdo?
Solté el aire que había acumulado en los pulmones casi en un jadeo antes de sonreír. Por un momento había creído que la joven me había descubierto.
—¡No, claro que no! —exclamé, dándole toda la razón—. Jamás haría algo así.
Arda recuperó parte de la sonrisa y asintió, complacida.
—Que susto me diste, por un instante creí que eras *de esos*.
Sinceramente, no estaba del todo seguro de a qué se refería ella con todo aquello; si a intimar con esos *alfas* o a algo peor. Fuera lo que fuera, hice una nota mental: «nada de *alfas* del lago».
—¿Y en todas las comarcas pasa lo mismo? —pregunté tras el breve silencio que dejaron sus palabras. Volver a un tema neutro y fingir que no había pasado nada era la mejor opción.
—Sí, cada una tiene a sus *alfas* favoritos y… claro, después están los salvajes, pero ellos son un mundo aparte.
—¿Existen *alfas* salvajes? —eso sí me interesaba de verdad—. ¿Dónde?
Arda me miró de una forma extraña, con una media sonrisa socarrona y una ceja arqueada.
—Así que aspiras alto, eh… —me dijo—. Sí que hay *alfas* salvajes, están en sus territorios. Aquí, en Mil Lagos, tenemos dos.
—¿Y son peligrosos?
—Mmh… Supongo, le han roto el corazón a más de un *omega*.
—No, me refiero a peligrosos de verdad. Por ser salvajes, quiero decir.
—Ah, no. Por supuesto que no. Se ponen un poco tontos si entras en sus territorios y son —suspiró—, tan insoportables como guapos. Saben que se les considera «la joya de la corona» y

eso los vuelve de lo más estúpidos. Ten cuidado con ellos —me aconsejó, ahora con un tono serio—, sé que son toda una tentación, pero a veces no merece la pena sacrificar tanto cuando tienes a otros *alfas* muy buenos y mucho menos exigentes, como los del valle y el bosque.
—Claro —murmuré, dándole la razón en algo en lo que, una vez más, no tenía ni idea.
Por lo que había deducido de aquello, existía alguna clase de rangos sociales entre los *alfas* que los volvían «más apetecibles» a ojos de los *omegas*; quienes, al parecer, buscaban excusas para ir a verles porque no podían «aparecer por allí sin más». Aquella sociedad estaba resultando mucho más compleja de lo que me había imaginado y las relaciones entre *alfas* y *omegas* parecían tener muchos más niveles de profundidad que el siempre: corre para que no te violen.
—¿Y qué *alfas* viven en la montaña? —pregunté.
—No hay *alfas* en la montaña. No en Mil Lagos, quiero decir. La comarca de Cauce Rápido si tiene una comunidad de *alfas* que vive en las montañas, son como nuestros *alfas* del valle para los *omegas* de El Abrevadero.
—Mmh… qué raro, porque me dio la impresión de ver humo en dirección noreste cuando Capri me trajo esta mañana. En esa dirección —le señalé, justo hacia el punto donde estaba la avanzadilla militar oculta de la que habían robado las armas.
Arda siguió el punto que le señalaba y se quedó un momento pensando.
—Debió ser Tigro quemando algo —terminó diciendo antes de encogerse de hombros.
—¿Ese tal Tigro vive en aquella zona? ¿Quién es, un salvaje?
—Sí, su territorio abarca desde la ladera hasta Río Grande, pasando por el bosque.
—Aha… —murmuré mientras mi cabeza daba muchas vueltas a aquello.
Había valorado la posibilidad de que el ataque lo hubieran efectuado un grupo de esos *alfas* que vivían en comunidades apartadas, pero todavía era pronto para estar seguro.
—¿Ya habéis terminado? —quiso saber Benny, todavía a más de seis pasos de distancia de nosotros—. No podéis seguir hablando de gilipolleces cuando lleguemos.
—Sí —respondió Arda por ambos y, para mí sorpresa, se desabrochó un poco el cruce que anudaba la abertura de su camisa de lana. Cuando sintió mi mirada, sonrió e hizo un ademán con la mano—. Son los *alfas* del valle, ya sabes…
Asentí y miré al frente, donde Benny también se estaba revisando la ropa y repasando sus alargadas orejas y bigotes. Personalmente, lo encontré ridículo, pero no mostré más que pura indiferencia en todo el proceso; incluso cuando ella dijo:
—Entremos por la colina, de donde sopla el viento, así nos olerán llegar.
Por primera vez, Benny estuvo de acuerdo con ella y cambiamos de dirección para alargar el camino otros diez minutos y «entrar» por la colina; un prado algo rocoso que descendía hacia lo profundo del valle. Al salir de debajo de los árboles, nos atrapó un poco de aquella llovizna grisácea que continuaba cayendo sin descanso, pero a ninguno de mis dos acompañantes pareció importarles demasiado, centrando toda su atención en la villa que se entreveía al fondo. Aquella que el ejército había creído que era El Pinar.
—Ahí están —dijo Arda, refiriéndose a un par de figuras en la distancia, sobresaliendo de entre un mar de ovejas que pastaban.
Entrecerré los ojos para intentar enfocar la imagen. Eran grandes, de eso no cabía duda, y de sus cabezas sobresalían cuernos de cabra o de toro; pero debido a la lluvia, no fui capaz de distinguir mucho más de sus rasgos.
—¡Joder, Mentita, no te quedes mirándolos! —dijo Benny, lo suficiente bajo para que no le oyeran y lo suficiente alto para dejar bien claro lo enfadado que estaba al respecto.
—Perdón.

—Riámonos —sugirió Arda.
Y, de pronto, ambos soltaron una carcajada musical mientras yo fruncía el ceño y les miraba, demasiado sorprendido como para continuar fingiendo que aquello era normal.
—Sí… que bien nos lo pasamos sin vosotros, pedazos de hijos de puta —murmuró Benny, todavía con una amplia sonrisa en los labios—. Sois solo unos comemierda con la polla gorda…
Todo aquello se estaba volviendo muy confuso, muy rápido y por muchas razones.
—Tori está en la valla —anunció Arda.
Los tres buscamos al *alfa* con la mirada, encontrando tan solo una sombra entre la lluvia grisácea. No tenía ni idea cómo la joven lo había reconocido a aquella distancia, pero Benny alzó la cabeza y de pronto empezó a oler un poco más a fresa y nata.
—¿Sigue con barba? —preguntó, ya sin sonreír.
—No lo sé, Benny, veo lo mismo que tú desde aquí.
—A lo mejor esa puta de El Abrevadero se ha caído por un precipicio en uno de esos viajes de cinco horas que se hace hasta aquí…
—No seas malo, tú harías lo mismo.
El joven soltó un jadeo indignado y la miró por el borde de los ojos.
—Yo jamás sería tan patético.
«Por eso te has buscado la primera excusa posible para venir», pensé.
—¿Y Antila dónde está? —pregunté, interrumpiendo por un momento su conversación.
Quizá buscar a esa mujer por mi cuenta sería lo mejor, porque ninguno de los dos *omegas* parecía recordar la razón de nuestro viaje allí.
—Estará dentro del Hogar, tejiendo —respondió Arda rápidamente antes de hacer otra gran anuncio—. Cobalo, Bullo y Carner han bajado de la colina, creo que vienen a recibirnos.
—Mmh…
—Parece que has llamado mucho su atención, Lemér —sonrió ella, dándome un leve y juguetón codazo.
—Solo porque es la novedad —farfulló Benny antes de echar una rápida ojeada—. ¿Por qué cojones has vuelto a esconder la cola?
—Ah, sí —murmuré, apretando un momento los ojos por mi error. Simplemente, volvía a esconderla una y otra vez de forma involuntaria.
—Muévela un poco, eso les encanta —me aconsejó Arda, haciendo una pequeña demostración con su enorme cola de ardilla.
—Claro —volví a decir en voz baja, tratando de concentrarme en mover mi rabo en alto, algo que jamás hacía en público.
Durante todo aquel discurso, habíamos seguido descendiendo la abrupta colina, superando sin dificultades las piedras más grandes aunque estuviera algo resbaladizas debido a la lluvia. Cuanto más nos acercábamos, mejor podíamos apreciar las sombras que se movían de un lado a otro, al igual que, suponía, ellos nos podían diferenciar a nosotros. Por un momento me pregunté qué clase de imagen debíamos dar; como dos niños acompañados de su padre, supongo, ya que yo sacaba cabeza y media a ambos *omegas*.
Como Arda había dicho, tres figuras habían bajado de la colina, superado el canal de regadío y bordeados los campos de cultivo más próximos a la población para, después, quedarse sobre la valla que bordeaba la parte central del pueblo. Vallealto, como lo llamaban ellos, parecía proceder del mismo siglo medieval que todo en la Reserva: casas de techumbre de paja, base de piedra y paredes de madera y argamasa. Los caminos empedrados confluían entre las viviendas, con pequeños jardines y una construcción más alta que las demás y con campanario. Por un

momento pensé que era una iglesia, pero, que yo supiera, los animanos no creían en nada.
—Mira, Lemér, te dije que los *alfas* vendrían a recibirnos —dijo Benny de pronto, bien alto, para que todos nos oyeran.
Pasado un pequeño puente de madera que superaba el riachuelo, empezaba la villa. Tan de cerca, ni la fina lluvia gris nos impedía distinguir a los animanos a la perfección. Eran tres, uno de ellos era un hombre-caballo, con pelo castaño y un mohicano que ,a todas luces, le bajaba por el cuello hasta la mitad de la espalda. Era un poco más alto que los demás y sonreía, esperándonos con sus brazos cruzados, más atléticos que musculosos. El segundo era un hombre-cabra, parecido a Capri pero sin barba y con el cuerpo ejercitado, también tenía aquella nariz chata y el pelo rubio y rizoso. El tercero era un hombre-toro, enorme, musculoso y de cuernos gruesos y pálidos brotando de su cabeza de pelo negro y corto.
Los tres nos miraban fijamente y sonreían, pero con posturas despreocupadas y cierto aire de chulería que empapaba sus rostros igual que la fina llovizna de primavera.
—¿Qué ocurre, pequeños, se os ha «roto» la ropa? —nos preguntó el *alfa*-caballo, provocando una ligera risa en sus compañeros.
Arda se rio, muy alto, demasiado, y, con una mano en la parte alta del pecho, respondió:
—Podría ser, los *alfas* del bosque están como locos últimamente. Cuando vinieron al pueblo, arrasaron…
Los animanos dejaron de sonreír tanto, al parecer, molestos por aquello. No era difícil percibir la competitividad que flotaba en el ambiente y la forma en la que Arda la había utilizado para joderles.
—Pero no, no se nos ha roto nada todavía. Hemos venido porque Lemér necesita ropa —añadió, alzando una mano para colocarla en mi hombro.
—Buenas tardes —les saludé junto con un ligero cabeceo antes de sonreír.
Los ojos de los tres *alfas* se clavaron en mí al instante, aunque llevaban un buen rato haciéndolo mientras nos veían acercarnos.
—Bonita cola… —dijo el *alfa*-cabra, siguiéndola un par de segundos con la mirada antes de descender a mis ojos—. Y qué bien hueles… —añadió en un tono más bajo y grave, inclinándose sobre la valla de madera mojada para cruzar los brazos.
Su compañero, el toro, le miró con repentina seriedad y subió una de sus anchas piernas para apoyar un pie descalzo en el primer madero de la verja. Fue un gesto que intentó pasar por casual, pero que tenía la intención de darle un golpe al *alfa*-cabra.
—¿Y necesita Lemér a dos acompañantes para venir aquí? —contraatacó el *alfa*-caballo—. El valle no queda tan lejos, solo hay que seguir el río…
—Nos lo pidió él mismo —respondió Benny, el que se había mantenido de brazos cruzados y actitud totalmente desinteresada, como si no pudiera aburrirle más estar allí.
—Ah, ¿sí? ¿Eso hiciste, Lemér…? —preguntó el toro, mirándome de arriba abajo, cola incluida, mientras llevaba sus manos al cinturón grueso de anilla, dejándolas allí como si de todo un *cow boy* se tratara—. ¿Tanta compañía necesitas?
Noté el tono algo denso de su voz grave y supe que me estaba lanzando una de esas pullas que no paraban de intercambiarse entre ellos. A mí me encantaban esos juegos, el tira y afloja, la tensión que producía; pero yo no estaba allí para ligar ni conocer a nadie, así que respondí un simple y tonto:
—Sí, acabo de llegar y me alegró mucho que Benny y Arda pudieran acompañarme y resolver algunas de mis dudas.
—Yo puedo resolver tus dudas, si quieres —se ofreció él—: Sí, somos los mejores *alfas*. Sí,

puedes venir a verme cuando quieras, y sí, es tan grande como parece —terminó diciendo con una sonrisa sórdida en sus labios gruesos antes de mover la pierna apoyada en la valla y destacar el absurdo bulto que sobresalía de sus pantalones de cuero marrón.
Arqueé las cejas y parpadeé, un tanto impresionado por aquello. No por su entrepierna, aunque realmente fuera algo… destacable, sino por esa forma de ligoteo descarado, pero, aun así, inofensivo. Tan diferente a la clase de comportamiento que me esperaba de los *alfas*.
—Qué hablador te has vuelto, Bullo —intervino Benny—. La última vez que te vi tenías barba corta y no separaste los ojos del suelo.
Aquel comentario produjo cierta tensión en el grupo, y no solo en el de los *alfas*, sino que Arda también giró el rostro hacia el *omega*-conejo con una mueca de sorpresa. El tema de las «barbas», ya había salido un par de veces y a estas alturas tenía claro que debía ser importante de alguna forma, aunque no estuviera seguro de por qué.
—¿Sabes quién tiene todavía barba, y cada vez más espesa? —le preguntó la cabra, saliendo al rescate de su amigo—. Tori.
Benny soltó un bufido bien audible y levantó la cabeza, como si aquello no pudiera importarle menos.
—Me alegra saber que todavía se habla de mí entre los *omegas* —nos sorprendió una voz a un lado.
Cuando me giré, me encontré con el *alfa* más grande que había visto hasta el momento, incluso un poco más que Bullo, aunque fueran de la misma especie animana. El famoso Tori se acercó a paso lento y calmado, con su ropa de corte medieval y una ligera sonrisa en sus labios anchos. Su piel era de un tono chocolate y sus largos cuernos de toro eran negros como el hollín, al igual que sus ojos, sus uñas y su pelo; el cual llevaba aglomerado en unas rastas que caían sobre sus anchos hombros.
Sin embargo, lo que más llamó mi atención fue el septum que colgaba bajo su nariz de aletas grandes, por encima de su barba negra y algo rizada. No era el primer animano de la Reserva que veía con piercings, pendientes o incluso dilataciones, pero había algo extrañamente provocador en el hecho de que un alfa-toro se hubiera puesto un enorme aro plateado bajo la nariz.
Al detenerse al lado de sus compañeros *alfas*, Tori nos miró a los tres, deteniéndose un par de segundos más en Benny antes de terminar mirándome a mí. Resultó que no solo era el más grande, sino también el más atractivo y, por alguna razón, el único que olía a algo: cerezas.
—Vaya, hace años que no veía esa ropa —me dijo—. ¿Los vaqueros siguen estando de moda?
Oír aquello me sorprendió bastante, lo suficiente para dejar mi perpetua sonrisa de niño tonto a un lado y decir:
—Oh, ¿tú también naciste en el mundo *beta*?
—Soy todo un neoyorkino, ¿no se nota?
Una risa baja y cantarina me brotó de los labios.
—Ahora que lo dices, sí. No sé cómo no me he dado cuenta —dije antes de dar un paso y ofrecerle un educado apretón de manos—. Soy Lemér, por cierto.
Tori sonrió un poco más y aceptó el apretón. Sus manos eran enormes y algo callosas de trabajar el campo, pero no hizo apenas fuerza antes de agitarla cordialmente y separarla.
—Yo soy Tori. Dime, Lemér, ¿te obligaron a venir o lo elegiste tú?
—No. Estaba cansado del mundo *beta* y preferí venir a la Reserva y estar tranquilo.
—A mí me hicieron la prueba cuando tenía once años y empezaron a crecerme los cuernos. Al descubrir que era un *alfa*, me metieron en un furgón y me dejaron tirado en la Reserva. No pude ni despedirme de mis padres *betas*.

Perdí la sonrisa y asentí lentamente. Lo que Tori estaba contando era algo habitual. Una historia que muchos como él podrían haber compartido, porque la sociedad *beta* no tenía ningún miramiento con los *alfas*. Solo permitía quedarse a los *omegas* pero, como yo mismo sabía, con muchísimas condiciones de obligado cumplimiento.

—Lo siento mucho —fue lo que se me ocurrió decir—. A mí cuando me hicieron la prueba me dieron una bolsa de regalo con compresas, anticonceptivos, condones y una folleto que decía: «Los *omegas* en la sociedad civilizada».

Al toro se le saltó la risa, pero sus labios se fruncieron en una mueca de asco mientras miraba al horizonte sobre nuestras cabezas.

—La sociedad civilizada… —murmuró, volviendo la vista a mis ojos—. Lo peor es que yo también creía eso al principio. —Y, tras un brevísimo momento de entendimiento entre nosotros, dos animanos nacidos en el mundo *beta*, continuó—: Supongo que habéis venido a ver a Antila.

—Sí —respondió Arda al momento—. ¿Sabes dónde está?

—Está en el Hogar, como siempre —intervino el *alfa*-cabra—. Pero no habéis venido correteando hasta aquí para ir a buscarla tan pronto, ¿verdad?

La joven miró al grupo de los tres alfas, todavía pegados a la valla de madera, y entonces se rio de una forma bastante ruidosa. Miró a Benny y el *omega* respondió a aquel silencioso chiste que, al parecer, tanta gracia les hacía a ambos.

—Estos *alfas* del valle… —murmuró él, negando con la cabeza.

—Vamos, Lemér, no perdamos más el tiempo —me animó Arda, llevando una mano a mi hombro para darme un leve apretón e invitarme a seguirles por el camino empedrado.

Con un gesto rápido me despedí de los alfas, echándoles una última mirada antes de seguir a Benny y Arda. Sin duda, aquello no era para nada lo que me esperaba de nuestro primer encuentro.

—¿Estás bien, Benny? —susurró Arda, en voz muy baja mientras se inclinaba ligeramente hacia el omega-conejo.

El joven alzó la cabeza con orgullo y farfulló un cortante:

—Claro que estoy bien.

Pero no estaba bien, y eso era algo que incluso yo, un total desconocido, podía ver. A Benny le gustaba mucho, muchísimo, Tori; nada más aparecer el *omega*, había adoptado una actitud despreocupada, pero su aroma a fresas y nata lo había llenado todo, delatándole por completo.

—Quizá sea una pregunta estúpida, pero ¿qué significa eso de que un alfa «tenga barba»?

El chico-conejo resopló, por supuesto, incluyendo un gesto condescendiente de ojos en blanco y una negación de cabeza. Arda, por el contrario, fue mucho más comprensiva.

—Significa que se están viendo con un *omega* —me dijo en voz baja.

—Ah… —comprendí.

Quise seguir indagando sobre aquella… extraña costumbre social de dejarse barba para señalar que estabas «en pareja»; pero no tuve mucho más tiempo antes de que alcanzáramos el gran edificio central, ese que yo al principio había confundido con una iglesia. Resulto ser, en realidad, una gran casa con un enorme espacio central, muy similar a los halls vikingos que a veces había visto en esos documentales de guerreros que tanto le gustaban a Copper. En el centro había una enorme hoguera alargada, rodeada de mesas de madera. A los lados, separados por gruesas columnas de madera o incluso por telas que colgaba del techo, había espacios reservados; dando un poco de intimidad aunque compartieran el mismo espacio.

La arquitectura nórdica me sorprendió, pero no tanto como la cantidad de gente que llenaba el lugar. Eran casi todos *omegas*: mujeres, hombres y… niños.

No podría describir lo extraño que me resultó ver a tantos niños animanos juntos. Jugando, riéndose, correteando de un lugar a otro mientras sus padres y madres trataban de seguir a sus tareas y les gritaban para que se estuvieran quietos, fueran obedientes o dejaran de escalar las columnas o saltar de una mesa a otra.
Me quedé tan anonadado por lo escena que no escuché nada de lo que Arda me dijo mientras me señalaba una zona del Hogar. Parpadeé y miré sus ojos grandes.
—Perdona, ¿qué?
—Que aquella es Antila —repitió, señalando de nuevo hacia el grupo de omegas más mayores al fondo—. No te asustes, al principio es un poco… seca y dura, pero es un encanto de mujer.
—Claro —murmuré en voz baja, distrayéndome con una pareja de niños que pasaron correteando por delante de nosotros.
Todavía recordaba cuando yo tenía su edad. Cuando me escondía entre los árboles o en cualquier rincón donde nadie pudiera verme. Cuando nadie quería jugar conmigo y estaba solo. Cuando me preguntaba por qué yo tenía que ser diferente a todos los demás.
Arda dijo algo de nuevo, a lo que yo solo respondí con un leve asentimiento, siguiéndola hacia la misma dirección que había señalado. El grupo de ancianos, si se podían considerar así, estaba formado por una mezcla de *omegas* y *alfas*, quizá ya demasiado mayores para trabajar en los campos o en las labores más duras. Todos nos miraron con atención, levantando sus cansados ojos de las telas con las que trabajaban; pero solo uno de ellos habló.
—¿Y a ti qué coño te dieron de comer para ser tan grande?
La *omega*, una mujer de pelo grisáceo y cuernos alargados y retorcidos, me miró de arriba abajo y negó con la cabeza, como si lo que viera no le gustara en absoluto.
—¡Hola, Antila! Este es Lemér, acaba de llegar y necesita ropa —no dudó en decir Arda con una enorme sonrisa en su rostro de muñeca.
—Podríamos vestir a dos *omegas* «normales» con la lana que gastaremos en él —fue su respuesta.
Arqueé levemente las cejas y murmuré un leve:
—Lo siento.
La vieja Antila resopló y negó con la cabeza antes de levantarse de su sitio y alcanzar un cayado de madera que descansaba no muy lejos de la mesa. Con un vago gesto de la mano nos ordenó acompañarla, pero antes quise comprobar si a Arda aquello le parecía normal; porque a mí me estaba haciendo sentir bastante incómodo.
—No te preocupes, ya te dije que era un poco seca al principio.
Asentí. Ser «seco» es una cosa, otra muy diferente es ser una zorra desagradable.
—Claro… Por cierto, ¿a dónde se ha ido Benny? —pregunté, echando una mirada a nuestro alrededor.
—Pues a ver a los *alfas*, por supuesto —respondió ella, tirando de mi brazo para que siguiéramos lo antes posible a Antila.
—Tú puedes ir también, si quieres —le ofrecí, consciente de que la joven estaba algo impaciente por terminar con aquello.
—Oh, no… no pasa nada. Puedo esperar.
—No me importa, de verdad —sonreí.
No tuve que insistir una tercera vez. Arda sonrió en respuesta, me dio un leve apretón en el brazo y me guiñó un ojo.
—Nos vemos en El Pinar —se despidió.
Asentí e hice un gesto con la mano, pero ella ya estaba de espaldas, dando grades pasos en

dirección a la salida. Me quedé mirándola y perdí lentamente la sonrisa.
—¿Te vas a quedar ahí parado, niño, o vas a venir a que te mida? —me llamó una voz no demasiado lejana.
Cuando me giré, vi a la vieja apoyada en su cayado, con cara de pocos amigos y muchas ganas de terminar lo antes posible con aquel «inconveniente»; ósea, yo.
—Claro, perdone —murmuré, dejando atrás pensamientos que no necesitaba tener.
Por un momento casi me había olvidado de que yo no estaba allí para hacer amigos, ni para investigar aquella peculiar sociedad animana. Yo estaba allí porque tenía una misión: infiltrarme, descubrir la célula terrorista e irme de vuelta a casa.
Solo eso.

EL CARTERO DEL PINAR

—¿Te gusta leer?

La voz de Capri me despertó de un golpe de mis pensamientos. Dejé el tomo de tapa de cuero en su sitio de la estantería, rápidamente, como si me hubiera pillado en mitad de un delito, y me giré hacia él con una tímida sonrisa.

—Perdón, me llamaron la atención y no pude evitar acercarme —me disculpé.

—No, no —negó él, acompañando sus palabras de un vago gesto de la mano—. Puedes leer todos los que quieras. Son parte de la biblioteca del Pinar. Nosotros también tenemos inquietudes y cultura —añadió al final, con una mezcla de orgullo y recelo, como si yo hubiera creído que a los animanos de la Reserva solo les interesaba comer y follar. Lo cual, he de reconocer, era cierto.

—No lo sabía —murmuré, volviendo mi vista a las estanterías repletas de tomos encuadernados como si fueran manuscritos del siglo XVI—. Aunque no he podido reconocer ninguno de los títulos.

—No me sorprende —sonrió Capri, ya a mi lado mientras miraba lo mismo que yo. Levantó una de sus viejas manos y acarició el lomo de un libro con su dedo de uñas negras—. Dudo mucho que los *betas* tengan algo así en su mundo. Estos libros están escritos por y para animanos.

Arqueé las cejas y, sin poder evitarlo, dije:

—Pero están impresos y encuadernados.

—Sí, hay un par de imprentas en la Reserva. Es más, mucho del papel que usan se lo enviamos desde El Pinar —respondió él, ignorando educadamente el tono de sorpresa de mi voz—. ¿Quieres llevarte alguno para leer? Solo tienes que anotar el nombre del título y tu nombre en la lista para saber que lo tienes tú.

Seguí el movimiento de su dedo hacia la pared, donde, colgado sin demasiado encanto, había una enorme hoja de papel con nombres y fechas garabateados. Por supuesto, ya lo había leído en mi «inocente curioseo» del Ayuntamiento, al cual había acudido por orden del propio Capri. Creía que sería una oportunidad maravillosa para conseguir algo de información y espiar sin llamar la atención; pero, como en todos los demás sitios del Pinar, no había nada interesante ni especial allí.

—Gracias, quizá me lleve alguno —murmuré, más por educación que otra cosa—. ¿Aquellos también son libros?

El alcalde siguió la dirección que señalaba, hacia un enorme bulto de papeles apilados, cartas y émbolos que se amontonaban sobre una mesa no muy lejana a la supuesta biblioteca.

—Oh, no, esas son cartas —volviendo a mirarme, sonrió, aunque pude detectar cierto sonrojo en sus mejillas, sobre su espesa barba trenzada—. Vaya… normalmente solo hay una montañita pequeña, pero parece que se me ha ido de las manos… Rulf, el *omega* que se encargaba de repartirlas, ha encontrado compañero y, por desgracia, nos ha abandonado. Todavía estoy buscando sustituto. Repartir el correo no es una actividad muy atractiva en…

—¡Oh, yo lo haré! —le interrumpí.

Capri se quedó sin palabras por un momento. Quizá por mi tono alto de voz o por lo emocionado que había sonado al decirlo.
—Eso… sería maravilloso —sonrió, agradecido—. Pero he de advertirte de que no es un trabajo tan emocionante como parece. Son muchos viajes, y quizá no te dé tiempo a quedarte demasiado rato en los poblados para hablar con los *alfas*…
Me reí un poco y negué con la cabeza, insistiendo en que «sería un placer hacerlo. Ayudar un poco… Poner mi granito de arena». Lo que Capri no sabía era que, repartir el correo significaba moverse de arriba debajo de Mil Lagos sin llamar la atención… Sería la cuartada perfecta para «perderse» y quizá hacer preguntas aquí y allá.
—Entonces, de acuerdo —dio una palmada en el aire como si lo diera por decidido y se giró en dirección a la mesa—. No es demasiado complicado, solo tienes que decidir el lugar que vas a visitar, coger todas las cartas que estén destinadas a ese poblado, meterlas en la mochila y llevárselas a los chicos. Posiblemente ellos te den cartas para que traigas aquí. Cada diez días suele llegar un buhonero que pueda llevarlas a otras comarcas si es necesario.
Asentí a todo fingiendo poner gran atención y determinación a mi nuevo e inesperado puesto de trabajo, pero en mi mente ya estaba fluyendo un torrente de posibilidades. Casi ni escuché a Capri cuando me preguntó:
—¿Ya has visitado a Antila?
Me costó un poco mantener la fachada sonriente al recordarlo.
Antila no tardó demasiado en medirme, de arriba abajo, con un pulso sorprendentemente firme para su avanzada edad y con una destreza envidiable. Ni siquiera necesitó anotar nada, solo farfulló un par de cosas por lo bajo y me despachó con un desinteresado:
—En dos lunas tendré algo de ropa para ti.
—Oh, sí —respondí al fin—, fui ayer con Arda y Benny. Ya me midió y me dijo que pronto tendría la ropa lista.
—Maravilloso, cuando antes te deshagas de esa ropa *beta*, mejor. —El alcalde se detuvo un par de segundos, fingiendo que observaba una de las cartas antes de murmurar un bajo y desinteresado—: ¿y qué te han parecido los *alfas* del valle?
Raros. Jodidamente raros.
—Bien —me encogí de hombros y traté de parecer algo avergonzado, como si fuera alguna estúpida niña de instituto a la que le preguntan por el chico que le gusta—. Son muy guapos.
Capri pareció complacido con mi respuesta, dejó de manosear las cartas y me miró con el pecho algo henchido de orgullo paternal.
—Sí, son unos chicos maravillosos. ¡Y trabajadores! —recalcó con un dedo en alto—. No lo digo porque yo sea el alcalde, ni porque me haya criado en Valle Alto… pero son de los mejores *alfas* de la Reserva, sin lugar a dudas.
—Aha… Creo que empezaré a ordenar las cartas, así me ahorraré mucho tiempo cuando decida viajar a un poblado.
—¡Sí, gran idea! Te dejaré tranquilo, entonces. Muchas gracias por venir a verme.
—Claro, Capri —asentí.
El viejo alfa-cabra se pasó la mano por la espesa barba, complacido con aquella… ¿charla? En realidad, no estaba seguro de por qué se había marchado tan contento consigo mismo, como si me hubiera trasmitido algún conocimiento milenario que me fuera a cambiar la puta vida. Cuando se alejó, perdí la sonrisa de un plumazo y me centré en lo importante: las cartas. Las ordenaría cuando tuviera tiempo, pero en aquel momento solo me interesaba encontrar un par en las que pusiera «Comarca Mil Lagos, Puerto Bruma», que era como se llamaba el pueblo de los

Alfas del Lago. ¿Y qué quedaba de camino allí?
Exacto, el almacén que habían robado.



Me encanta correr por el bosque desde que tengo memoria. Hay una extraña belleza en sentir la completa libertad, el silencio solo compartido con el viento húmedo y el verdor de la foresta, una familiaridad en la corteza rugosa de los árboles y el roce de las hojas en las altas copas.
Copper bromeaba mucho con eso, bastante seguro de que se debía a mi parte «animal», a mi parte «salvaje». Yo no lo creía. Yo creía que a mí me gustaba el bosque y punto. Sin importar mi raza.
Llegué al río en apenas una hora y, tras detenerme a darle un par de tragos a aquella agua clara y fresca, seguí surcando las grandes raíces y volando de rama en rama como si me hubiera pasado la vida entera en lo alto de los árboles. Al principio, me había mantenido atento, vigilante y desconfiado por si alguien había decido seguirme; pero con el paso del tiempo mi mente había divagado hacia otras ideas. Como, por ejemplo, los libros impresos.
A muchos les resultaría una estupidez, un detalle sin importancia, pero era mucho más significativa de lo que podría parecer en un principio. Aquello representaba una industria, o, al menos, algo similar a ella. Los animanos de la Reserva debían tener una buena organización y una buena comunicación para recibir, editar, imprimir y repartir los libros. Y si se podía conseguir eso, también se podía repartir con la misma facilidad propaganda, mensajes de odio o incluso periódicos repletos de mentiras para instigar la rebelión.
No tenía ninguna prueba de ello —todavía—, pero la posibilidad era real y estaba allí. En un mundo analógico como el suyo, esos mensajes tardaban en llegar, pero cuando lo hacían, resultaban destructivos. Sociedades tan distantes entre ellas, con tan pocos individuos, aburridos y hambrientos de noticias y entretenimiento. Se comerían por completo cualquier noticia o estúpida idea que pudieran darles, ya que tampoco estaba en sus manos poder contrastarla o rebatirla. No…
Me detuve.
Sin darme cuenta, había alcanzado ya el lugar que buscaba. Revisé el mapa una vez más y asentí con la cabeza. Había seguido el río hasta una enorme catarata, rugiendo con el agua acumulada tras varios días de lluvia. No tardé más que un rápido vistazo en encontrar el sobresaliente de piedra y la pequeña cueva donde, según me habían informado, se hallaba la base robada.
Con cuidado, dejé atrás la protección de los enormes árboles para surcar el pequeño claro que me separaba de la pared rocosa. El cielo tenía un color plomizo y el aire arrastraba el dulce aroma del bosque y la humedad de la catarata. Miré un par de veces a mis espaldas y no me sentí del todo tranquilo hasta alcanzar el refugio de la pequeña cueva.
Allí, en la piedra negra, había una puerta de metal. Fruncí el ceño y di un par de pasos más en la penumbra. Era más que evidente que se había producido un incendio, porque todo estaba cubierto de hollín y una negrura carbonizada; pero la puerta no estaba quemada, solo un poco

aboyada por los extremos. Saqué la linterna y moví el haz de luz de un lugar a otro, sin moverme, captando toda la información posible del entorno antes de acercarme.
La escena que se presentaba ante mí no tenía ningún sentido.
Alguien había provocado un incendio, el cual —debido a las marcas del hollín y las quemaduras —, había nacido en el interior de la base secreta *beta*. Sin embargo, la puerta no tenía ninguna marca de haber sido forzada, solo las malformaciones que el fuego y el calor habían causado.
Me acerqué y comprobé que, efectivamente, la cerradura estaba intacta y que la «puerta» era toda una plancha de seguridad con tres centímetros de grosor. De esas que ponían en los bancos y en las cajas fuertes. Ningún animano hubiera sido capaz de abrirla, y mucho menos con palos y piedras.
Entreabrí la puerta y apunté a la profunda oscuridad con la linterna. Había una escalinata tan afectada por el fuego como todo lo demás, pero que aún resistía, hundiéndose en las entrañas de la tierra más allá de lo que la luz podía alcanzar.
El Capitán Racismo y sus amigos no me habían informado de que «la base» era en realidad un bunker militar. Eso me enfadó bastante. Cuando mandas a un operativo a un lugar hostil a conseguir información, no le ocultas datos importantes como aquel, porque es casi como pedir que la misión fracase.
¿Qué coño escondían en ese bunker en mitad de la Reserva?
Entonces lo sentí. Una presencia a mis espaldas.
Antes de que ese presentimiento se convirtiera en una idea racional en mi mente, mi pierna derecha ya estaba creando un arco, al más estilo kun fu, para noquear a mi atacante. Yo era muy, muy rápido, y ningún *beta* hubiera podido tener la reacción y la velocidad necesarias para detener el golpe; pero, por supuesto, mi atacante no era humano.
El hombre detuvo mi pierna en el aire con una facilidad asombrosa, casi como si la hubiera venido llegar a cámara lenta. Ni siquiera se inmuto, sino que continuó mascando una especie de raíz que le colgaba de entre los labios mientras me miraba. El silencio pareció llenarlo todo, creando un momento bastante tenso. El desconocido miró mis ojos, después la oscuridad del bunker a mis espaldas y, finalmente, volvió a mis ojos para decir un calmado:
—No eres tan grande como dicen.
Aquello me tomó por sorpresa, incluso más que su repentina presencia allí y el hecho de que no le hubiera oído, olido ni sentido hasta que ya hubiera estado casi sobre mí. Aún así, mantuve la misma sangre fría y calma que él; bajé la pierna, fingí estar un poco azorado y avergonzado y puse una sonrisa facilona mientras me frotaba el pelo como un niño tonto.
—Yo tampoco creo que sea tan grande —respondí.
El extraño no dijo nada, solo produjo una especie de murmullo que sonó a «ahmmm» mientras asentía con la cabeza y me miraba fijamente. Era un hombre muy atractivo, pero debía reconocer que intimidaba bastante, y, viniendo de alguien como yo, un militar de las fuerzas especiales, decir eso es todo un halago.
Por la diferencia entre nuestras alturas, debía alcanzar fácilmente el metro noventa, y ni siquiera esa ropa medieval y holgada conseguía ocultar del todo su cuerpo musculoso y atlético. Sus ojos eran casi felinos, como ágatas con betas de oro, brillantes, intensos y fascinantes. Su pelo algo revuelto estaba formado por colores anaranjados, blancos y negros, siguiendo el patrón del pelaje de un tigre. Sus bigotes eran largos y blanquecinos, bordeando una nariz más bien chata, y coronando unos labios rosados por entre los que se entreveían colmillos bastante grandes.
No tardé más que un par de segundos en recordar su nombre y entender la posible razón por la que estuviera allí.

—Tú debes ser Tigro, el Alfa Salvaje —dije con un fingido tono de sorpresa.
El *alfa* puso entonces una media sonrisa algo vanidosa y levantó un poco la cabeza con orgullo.
—Así que los *omegas* hablan mucho de mí… —murmuró con placer, aunque sonó más bien como el ronroneo de un gato grande.
—Sí, me dijeron que este era tu territorio, el más grande de Mil Lagos —sonreí más, decidido a aprovecharme de su vanidad para distraerle todo lo posible—. Perdona, no era mi intención entrometerme. Solo quería llegar al lago y este era el camino más corto —y, para reforzar mi cuartada, le mostré el zurrón con las cartas—. Soy el nuevo cartero del Pinar.
El *alfa* bajó un instante sus ojos felinos para ver lo que le mostraba, pero fue apenas un segundo antes de cruzarse de brazos y volver a mirarme fijamente.
—No eres el primer *omega* que se mete «sin querer» en mi territorio, pero sí eres el primero que intenta pegarme.
Forcé una risa nerviosa e incluso traté de sonrojarme, aunque no dio resultado. Terminé por encogerme de hombros, agachar un poco la cabeza y volver a frotarme el pelo.
—Ya, lo siento mucho. Me asustaste un poco. ¡Eres muy silencioso!
Tigro volvió a responder con un simple «ahmmm» mientras masticaba la raíz.
—¿Y cuando vas a soltarme la pierna? —me preguntó de pronto—. ¿O es que estás esperando a que te ataque o algo?
La sonrisa falsa se me congeló en los labios a la vez que mi mirada recorría todo su abultado cuerpo en dirección a sus piernas. En una de ellas, la derecha, tenía mi cola enroscada con firmeza. Se trataba de una reacción inconsciente de autodefensa; ya que mi cola, aunque peluda, suave y anillada, podía ejercer una presión casi tan alta como la de una boa constrictor.
En caso de peligro, simplemente tenía que apretar lo suficiente para romperle el hueso y huir.
—Vaya, lo siento, no me di cuenta —murmuré.
Era extraño en mí tomar tantas precauciones, pero supongo que un *alfa* salvaje como Tigro se las merecía. Había algo en él que me ponía especialmente nervioso, aunque no entendiera el qué.
«Aha…», fue su respuesta esta vez mientras, con cierto interés, seguía el recorrido de mi cola de vuelta a mi espalda. A sus ojos felinos les costó un poco más que antes regresar a mi rostro, pero lo hicieron antes de preguntarme:
—¿Y cómo te llamas? He oído muchas cosas sobre ti, pero no tu nombre.
—Me llamo Lemér.
Alargué la mano para ofrecerle un apretón, pero, una vez más, fue un gesto inconsciente que reprimí al instante, ya que en la Reserva no era costumbre hacer eso.
—¿Y qué haces aquí, Lemér? ¿Echas de menos a los *betas*? —dijo con el tono calmado de siempre, aunque sus preguntas estaban cargadas de sospechas y dobles intenciones.
Mi respuesta, por supuesto, fue reírme y hacerme el tonto.
—¡Qué va! La Reserva es un lugar maravilloso. No, la verdad es que estaba siguiendo el río, como te dije antes, y al toparme con la catarata me detuve y vi este cobertizo natural con la puerta de metal. ¡Me llamó muchísimo la atención! Así que vine a echar una ojeada.
Si Tigro me creyó o no, no podría decirlo, ya que continuó mascando su raíz y mirándome sin vacilar ni un segundo. Por un momento, percibí el leve movimiento de su propia cola, balanceándose tras su ancha espalda, de los mismos colores anaranjado, negro y blanco que su pelo.
—Parece que ha habido un incendio bastante grande —añadí, volviendo a mirar sus ojos de jade.
«Aha…»
Arqueé las cejas y apreté un poco los dientes, una costumbre que tenía cuando no podía mandar a

alguien a la mierda de forma directa y sincera.
—Aha… —le imité—. Bueno, yo me voy ya. ¡Tengo cartas que entregar!
Con un vago gesto de la mano, me despedí sin muchas ganas y me volví en dirección a la salida de la pequeña gruta. Para mi sorpresa, noté al *alfa* siguiéndome tan solo un par de pasos por detrás.
—Tranquilo, me iré de tu territorio enseguida —le prometí, sonriente, pero no tanto como al principio—. No hace falta que me sigas para comprobarlo.
—Te daré un consejo, Lemér. No le digas a un *alfa salvaje* lo que puede o no puede hacer en su territorio. No es algo que nos agrade demasiado.
—Aha… —me limité a responder, centrando la vista al frente, solo para que Tigro no pudiera ver la expresión seria y ligeramente asqueada de mi rostro.
No me gustaba aquel *alfa*. No me gustaba en absoluto. Había algo diferente en él, algo que no había captado en el resto de *alfas* que me había encontrado hasta entonces: y hablaba de «poder». Suena estúpido, porque todos seguían siendo animanos muy peligrosos, fuertes, rápidos y ágiles; incluso casi tanto como yo.
Sin embargo, Tigro era el primero de ellos que me había hecho sentir en verdadera tensión. Había despertado de un golpe todos mis instintos, esos que me decían que me fuera de allí y que evitara a aquel *alfa* todo cuanto pudiera. No porque me fuera a hacer daño… sino porque sabía que era muy peligroso. No le conocía, pero *lo sabía*.
Mi cuerpo lo sabía.
—¿Te gusta la regaliz? —preguntó una voz grave cerca de mi oído.
No le había oído acercarse. No le había sentido moverse. No había percibido absolutamente nada hasta que había sido demasiado tarde y Tigro había superado los tres metros de distancia que nos separaban para ponerse justo a mi lado y decirme aquello como si nada.
Ladeé ligeramente el rostro y miré sus ojos del verde del campo y dorado del trigo. En sus labios había una ligera sonrisa y, en su mano de afiladas uñas negras, sostenía la raíz de una regaliz.
—¿No? —preguntó entonces, llevándose la raíz a los labios para mascarla de nuevo.
Fue en ese momento cuando le ataqué, desplazándome con la rapidez que ningún humano jamás podría alcanzar. Le quise golpear con el codo en la garganta, después saltar hacia atrás y darle una patada en la cara antes de, con una agilidad asombrosa, apoyarme en las manos, rodar en el suelo y tomar mi navaja multiusos para lanzársela directa al centro de sus ojos.
Pero Tigro lo detuvo todo, como si solo fuera un juego, moviéndose con tanta velocidad, fuerza y elegancia como yo, terminando por esquivar la navaja con un movimiento de cabeza antes de mirar cómo se quedaban clavada en el tronco del árbol tras él. Sin dejar de masticar y saborear la raíz, señaló el arma y me dijo:
—Eso no me lo esperaba.
—¿Y esto te lo esperabas? —pregunté un instante antes de cerrar mi cola sobre su pie y tirar con fuerza para hacerle caer de espaldas sobre la hierba y las raíces del árbol.
La navaja era solo una distracción: el verdadero peligro estaba en lo que no se podía ver.
Sin embargo, el *alfa salvaje* no se precipitó contra el suelo, sino que, con una reacción y agilidad sorprendentes, consiguió apoyarse primero en las manos y hacer una elegante voltereta antes de caer de cuclillas al suelo; como si nada.
Mirándome con toda la tranquilidad del mundo y sin dejar de mascar la raíz, respondió:
—No, tampoco me lo esperaba; pero eres un *omega* un poco raro, así que… —se encogió de hombros.
—Aha… —murmuré mientras me levantaba del suelo sin dejar de mirarle ni un segundo.

En el aire entre nosotros, fresco y húmedo de la lluvia reciente y la catarata lejana, flotaba además una leve tensión. No era exactamente una sensación de peligro, sino algo diferente. Algo que me mantenía completamente alerta, con los instintos a flor de piel y la respiración agitada.
—Encantado de conocerte, Tigro —dije en tono bajo antes de recolocarme la mochila al hombro y cabecear a forma de despedida—. Creo que seguiré solo a partir de aquí.
—Lemér… —me llamó antes de que me diera la vuelta. Cuando le miré, seguía de cuclillas sobre la raíz gruesa del pino—. ¿No tienes ninguna carta para mí?
—No, solo tengo las de Puerto Bruma.
—Qué raro, ese *omega*, el pequeño tan nervioso que olía a moras…
—¿Rulf? —pregunté, recordando de pronto el nombre del anterior cartero.
—Sí, ese. Solía traerme el correo cuando iba de camino al lago y… bueno, la verdad, casi siempre que podía. Recibo muchísimas cartas, ¿sabes?
Por alguna razón, me dio la impresión de que aquella frase tenía algún significado especial. Primero, que ese chico, Rulf, se pasaba mucho por allí con la excusa de entregarle la correspondencia al *alfa salvaje*; y, segundo, que Tigro quisiera recalcar lo popular que era entre los *omegas*.
—Capri dijo que ha encontrado compañero y ha dejado el trabajo —me limité a responder.
—Oh, vaya, me alegro mucho por él —murmuró, aunque no parecía especialmente feliz o emocionado por ello—. Entonces, tendrás que traérmelas tú, ¿no?
—Están todas en El Pinar, Tigro. ¿Por qué no bajas tú mismo a buscarlas?
Eso hizo gracia al enorme *alfa*, el cual llegó a reírse con su voz grave y algo ronroneante.
—Yo nunca dejo mi territorio, Lemér. ¿No te lo explicaron en El Pinar cuando te hablaron tanto de mí?
—No me hablaron *tanto* de ti —le corregí—. Te nombraron de pasada y, casualmente, me he acordado de tu nombre. Tengo muy buena memoria.
—Aha… —volvió a ronronear mientras su colar anillada y peluda se balanceaba de lado a lado a sus espaldas, sobresaliendo por encima de su cabeza ahora que estaba de cuclillas sobre la raíz del árbol—. Bueno… seguro que, cuando vuelvas, preguntarás mucho más sobre mí…
No respondí, solo me quedé mirando al *alfa-tigre* con su prepotente media sonrisa en el rostro y su estúpida regaliz colgando de entre sus labios. Tras parpadear un momento, al fin dije:
—Ya veré cuándo te traigo las cartas —y me di la vuelta.
—No tardes mucho, Lemér —le oí decir a mis espaldas—. Ah, y deja de hacerte el tonto… eso no le pega nada a un militar.
Nada en mi postura ni en el ritmo de mis pasos sobre la hierva y los helechos parecieron cambiar, pero mi mano se apretó con fuerza contra la correa de la mochila y el corazón me empezó a latir con mayor intensidad en el pecho.
Mierda…

PUERTO BRUMA

El poblado del lago era como una pequeña Venecia escondida en lo profundo de un valle oculto entre las montañas.

Había tardado casi tres horas en alcanzarlo, siguiendo un escarpado camino a la vera de un grueso río de lecho pedregoso. El trayecto era largo, pero no complicado; solo había tenido que seguir un serpenteante recorrido entre las montañas cada vez más rocosas, superar los cambios de altura, trepar un par de paredes rocosas y, finalmente, alcanzar lo más alto y contemplar la enorme masa de agua que cubría parte del gigantesco valle glaciar.

—Joder… qué bonito —jadeé, todavía con la respiración un tanto agitada debido a la escalada.

Yo había estado en muchos sitios y visitado toda clase de lugares en mis misiones, pero debía reconocerlo: Mil Lagos me estaba pareciendo un lugar increíble. Aire limpio, espacios abiertos, naturaleza en estado puro, salvaje y viva…

Descendiendo la suave ladera no podía dejar de admirar las vistas y pensar que, en la sociedad *beta*, ya habrían llenado aquel valle glaciar con hoteles turísticos, toda clase de servicios y, por supuesto, carreteras de acceso, coches, supermercados, guarderías para dejar a los niños mientras los padres se iban a practicar deportes acuáticos al lago…

Pero lo único que habían construido los animanos allí era un pequeño poblado en el agua, cerca de la vera, con un par de grandes casas de madera en tierra firme y otra gran parte, más pequeñas y de base circular, flotando sobre el agua fría. Al menos, desde la distancia parecía que estaban flotando. En realidad, cuanto más te acercabas, más te dabas cuenta de que estaban fijadas sobre columnas de madera robusta y unidas por pasadizos de madera.

Así que, en definitiva, Puerto Bruma era un poblado de pescadores, repleto de muelles y pequeñas barcas que recorrían la superficie del lago.

Al contrario que en Vallealto, nadie salió a recibirme a mitad de camino. Posiblemente ni se hubieran enterado de mi presencia allí de no haberme quedado mirando como una anciana *omega* anudada una red de pesca, sentada a la vera del muelle mientras tarareaba una canción que nunca había oído.

—¡Un omega del Pinar! —chillaron entonces un par de voces agudas a mis espaldas.

Al girarme, vi a un par de pequeños animanos, con bigotes, colas, orejas y ropa grande, correteando con sus manos manchadas y sus grandes sonrisas en mi dirección. Todos, unos seis o siete, me rodearon como una horda de ratones y se quedaron mirándome fijamente con sus enormes ojos.

—¿Qué haces aquí?

—¿Vienes a ver a un *alfa*? ¡Podemos buscarlo por ti!

—¿Por qué tu ropa es tan rara?

—¿Por qué eres tan grande?

—¡Qué cola más larga!

—¡Qué bien hueles!

—Niños, ya basta… —les interrumpió de pronto una voz mucho más madura y calmada.

La misma anciana que había estado anudando la red, se levantó con dificultad del borde del muelle y, apoyada con ayuda de un bastón, se acercó a lentos pasos en mi dirección. Sus bigotes, al igual que su pelo enredado, eran blancos como la nieve. Sus ojos acuosos parecían no ver demasiado bien, pero su sonrisa seguía siendo muy agradable, incluso aunque le faltaran dos dientes.

—Bienvenido, cielo —me saludó—. Qué agradable sorpresa que hayas venido a visitarnos.

—Buenas tardes, señora —respondí yo con una sonrisa y un leve asentimiento—. Soy Lemér, el nuevo cartero de El Pinar.

—Oh… al fin hay un nuevo mensajero —murmuró, mirando a los niños, todavía a mis pies—. Qué bien, ¿verdad, niños? Llevamos mucho tiempo sin recibir cartas.

Ellos empezaron a aplaudir y chillar, muy emocionados por la gran noticia. No esperaba que les hiciera *tan* felices verme, pero, por supuesto, yo estaba acostumbrado a un mundo donde la comunicación era instantánea y con alcance global. Los animanos vivían en la edad media, con sus cartas y sus poblados aislados unos de otros. Quizá recibir una carta de sus amigos y seres queridos era algo terriblemente emocionante para ellos.

—Id a llamar a todos, que traigan sus cartas y mensajes —les animó la anciana, y los niños salieron corriendo como un montón de duendes de rasgos animales; en todas direcciones, incluso hacia las barcas, las cuales manejaban ya con una maestría asombrosa—. ¿Te apetece algo de comer o un té? —me preguntó la señora cuando nos quedamos solos.

—Sí, no me vendría mal un té —respondí, pero solo por ser educado y no rechazar la invitación.

La anciana me señaló una de las viviendas circulares más cercanas, de techumbre de paja y paredes de madera con un par de ventanucos para que entrara la luz. No había gran cosa dentro, solo unas pocas esterillas con pieles y mantas de lana a un lado, una lumbre en el centro y un ligero olor a humedad y pescado.

La mujer me pidió que me sentara al lado del fuego y, calmadamente, fue en busca de la pota de hervir y los ingredientes del té. No había terminado de preguntarle si necesitaba ayuda cuando empezó a negar con la cabeza y la mano al mismo tiempo, agitando sus orejas de jerbo en el proceso.

—No te preocupes, cielo —me dijo—, así me muevo un poco, sino me quedo parada y me duele todo el cuerpo. Con esta humedad es imposible envejecer con estilo…

Se me escapó una leve carcajada y asentí, colocando mi mochila repleta de cartas a un lado. No tenía claro cuanta gente viviría en Puerto Bruma —no mucha, suponía por el número de casas—, y, sin embargo, me dio la impresión de que no dejaron de llegar personas sin parar desde el momento en el que los niños extendieron la noticia de mi llegada.

Los primeros fueron más *omegas*, de rangos de edad más variable, pero, por lo general, un tanto envejecidos. Sus olores afrutados y suaves fueron llenando la casa junto a aromas menos agradables, como el del pescado fresco y la humedad. Eso sí, todos sonreían y me hablaban como si yo fuera alguna clase de eminencia o algo. Me hacían breves preguntas sobre El Pinar, sobre cómo iban las cosas por allí y, más discretamente, sobre mí mismo.

Era otra vez como escuchar a los niños, pero con la sutileza de los adultos y voces más calmadas. Muchos de ellos habían empezado a formar una cola y se iban sentando a mi lado, diciéndome sus nombres y el de sus compañeros para que buscara en la mochila si había alguna carta para ellos. Si la había, sonreían más y sus ojos se iluminaban con gran ilusión; sino, se limitaban a asentir y me entregaban ellos una carta para que la llevara a El Pinar.

Eso fue, claro, hasta que llegaron los *alfas* solteros; entonces, esa estricta calma y orden se vino a bajo en segundos. Entraron en la casa como un tornado, una docena de ellos, casi compitiendo

por ver quién era el primero en llegar. Se dieron golpes y tirones y no importaba la edad que tuvieran, porque todos hacían lo mismo.
—¡Hola, hola, precioso! —me dijo el primero de ellos. El primero en teoría, porque su compañero le había puesto la zancadilla y se había caído de bruces al suelo.
—No le hagas ni caso —respondió su agresor, de enormes bigotes y ojos negros como el carbón, adelantándose antes de dejarse caer a mi lado—. Hola… soy Ratén… —murmuró entonces en lo que, creía, era un intento de parecer sexy y provocativo.
Un intento muy valiente por su parte, ya que yo le sacaba media cabeza de altura y la mitad de cuerpo.
—Ratén, aparta de ahí, le vas a pegar tu puta peste —le dijo otro de los *alfas*, uno con una enorme cola de castor, cuerpo ancho y unos dientes centrales dos veces más grandes que el resto.
Empujó a su compañero con el pie, tirándole hacia un lado antes de sustituirle en su sitio y cruzarse de brazos.
—Yo soy Cháster, el líder del grupo.
—De lo único que es líder, es en el récord de hacerse pajas —respondió Ratén, todavía de lado en el suelo.
Cháster le miró con una expresión de odio por un momento y, de pronto, volvió a mirarme con una enorme sonrisa en los labios.
—Joder, qué bien hueles… —murmuró, apretando un poco más fuerte los brazos cruzados sobre su pecho—. Y qué guapo eres…
—Ya se ha corrido —bromeó uno de los otros, aún en la puerta.
A su comentario le siguieron un par de risas, algunas provenientes incluso de los *omegas* ya emparejados que se habían quedado a un lado observando el espectáculo. Chárter les dedicó a todos la misma expresión furiosa que al *alfa*-ratón, pero en esa ocasión se puso también algo colorado.
—¿Cómo te llamas? —me preguntó—. ¿Te gusta el pescado frito? Soy el que más pesca del poblado…
—Sí, porque cuando se tira al agua los peces le ven con la misma cara de subnormal que ellos y no escapan —intervino de nuevo Ratén—. Es más, creo que tienen pena y se dejan atrapar.
Cháster golpeó con fuerza su enorme cola contra el suelo, produciendo un sonido seco y profundo.
—¡Estoy hablando yo con el *omega*! —le gritó.
—Yo también estoy hablado con él —se defendió el otro.
—Y yo —añadió uno que casi acababa de llegar, sudando por el baño que se había dado y la carrera por el muelle hasta la casa.
—Eh, yo estaba primero. ¡Yo llegué primero!
Y así comenzó una de las discusiones más estúpidas que podría haber presenciado en mi vida. Viéndoles gritarse e incluso llegar a golpearse como un par de críos, entendí por qué Arda había dicho lo que había dicho de los *omegas* del lago. No llevaba en Puerto Bruma ni media hora y ya había percibido la diferencia abismal de aquellos *alfas* con respecto a los del valle.
No es que fueran peores, ni más feos, ni menos atractivos. Sí había una diferencia en sus físicos, más atléticos, bajos y finos que los de los rumiantes o los équidos; pero en absoluto eso era algo malo.
La principal diferencia era su actitud.
En el valle, los *alfas* se apoyaban entre ellos, creando un frente unido en contra de sus enemigos: los deliciosos *omegas*. Allí, en el lago, era un «sálvese quien pueda». Todos los *alfas* parecían

luchar constantemente por un minuto de mi atención, interrumpiendo a los demás o alejándolos de mí.
Tuve que dar un par de sonoras palmadas y esperar a que dejaran de discutir y pelearse. Entonces, todos aquellos ojos se fijaron en mí como lobos hambrientos.
—Soy el nuevo cartero de El Pinar —les informé con tono tranquilo antes de levantar la mochila —. Si os ponéis en fila y me decís vuestros nombres, os daré las cartas; sino, podéis traerme las que hayáis escrito y las llevaré de vuelta.
Lo único que se oyó a partir de ese momento fueron un montón de «Oh, sí, sí, claro», y, ordenadamente, se sometieron a mi voluntad como unos corderitos. No podría haberlo jurado por entonces, pero estaba bastante seguro de que en el valle jamás hubiera pasado aquello. Pero los *alfas* del Vallealto vivían cerca de El Pinar, tenían buenas casas, mucha comida y… «enormes pollas». Los *alfas* de Puerto Bruma vivían en la otra punta de la comarca, donde había mucha humedad, llovía constantemente y olía a pescado.
Allí sabían que lo tenían mucho más complicado para atraer la atención de los *omegas* y, por ello, no podían ponerse tan a la defensiva. Al menos seis de ellos usaron su tiempo frente a mí para ofrecerme algún tipo de regalo; los otros cinco me propusieron algún tipo de plan como acompañarme en un viaje por el lago o nadar en las profundidades; pero todos me bañaron en halagos y palabras dulces sin parar.
Sinceramente, fue un poco abrumador. No quería ser cortante ni desagradable con ellos, pero parecía que si no les parabas los pies, siempre querían dar un paso más y después otro y otro… Para decir que Cháster era el más normal, el asunto era grave.
—¿Y hace mucho que has llegado a la comarca? —me preguntó nada más llegar su turno.
—No, hace apenas un par de días.
—¿Vienes de la sociedad *beta*? Bueno, claro que sí, que pregunta más tonta. ¿Y cómo has llegado tan rápido a Mil Lagos? Normalmente la mayoría de *omegas* se quedan en El Trigal. Pfff… esos *alfas* de río de allí se creen la hostia, pero no saben ni nadar. Siempre les gano a todos en las *alfarias*. ¿Te vas a quedar aquí para las *alfarias*?, o… ¿tienes pensado seguir viajando en breves?
No supe a qué pregunta responder en concreto, así que no respondí a ninguna, solo le entregué las dos cartas a su nombre y cogí las otras cuatro que sostenía en su mano.
—Oh, ¿ya te vas? Puedes quedarte a cenar aquí, si quieres —me ofreció Cháster cuando me vio levantarme del suelo y ponerme la mochila al hombro.
—Muchas gracias, me encantaría, pero tengo más cartas que entregar antes de que anochezca —me disculpé con una ligera sonrisa.
—Ah, claro, sí… y… ¿volverás pronto? Rulf solía venir una vez al mes.
—Volveré pronto por aquí —le prometí, a él y a todos los presentes que todavía llenaban la pequeña vivienda—. Seguro que antes del mes que viene. El lago es un sitio precioso.
Mis palabras, aunque sinceras y sin demasiada importancia, produjeron un efecto vigorizante en los *alfas* solteros. Sin dudarlo ni un instante, hincharon sus pechos con orgullo y me dieron la razón, empezando una cháchara de voces sin sentido que querían asegurarme lo hermoso que era el lugar; y, por supuesto, ofrecerme su compañía como guías.
Fue la anciana quien, llegado el momento, vino a mi rescate. Con su paso lento y el resonar de su bastón contra el suelo de madera, me acompañó a la salida y detuvo a todos los alfas en su intento por seguirnos.
—Gracias por venir, Lemér —me dijo mientras caminábamos por el puente que separaba el poblado sobre el agua de las grandes construcciones en tierra firme—. Nos hace mucha ilusión

recibir noticias de El Pinar y espero que nos visites tanto como desees; aunque no haya cartas que entregar.
—Sí, claro. Muchas gracias.
—La próxima vez, puede que te quedes a cenar —añadió, deteniéndose antes de alcanzar el final del puente—. Te prometo que los chicos no estarán tan pesados como hoy.
Quise decir algo, pero la anciana se limitó a sonreír, guiñarme un ojo y darse la vuelta.



Cuando le conté a Arda que había ido a Puerto Bruma, se le torció un poco el gesto sonriente de su rostro de muñeca. Cuando me disculpé por no haberla avisado y darle la oportunidad de acompañarme, se rio.
—Oh, no, no, no… No te preocupes, Lemér —me dijo al momento—. Los *alfas* del lago son encantadores pero… no son lo mío.
—Como pusiste cara rara pensé que quizá…
—No, no… —volvió a negar de nuevo a la vez que movía las manos—. No por eso, solo me sorprendió que eligieras Puerto Bruma como el primer destino al que ir.
Me encogí de hombros y fui en busca de una de esas deliciosas manzanas de la mesa.
—Tenía curiosidad por ver las montañas.
Por alguna razón, Arda no me creyó. Se quedó mirándome con una media sonrisa y una ceja arqueada mientras murmuraba un leve: «Mmh… ya…»
—¿Cuándo vas a ir al valle? —pregunto entonces, como si nada, antes de ir en busca de un par de frutos secos que llevarse a la boca.
—Pues pronto, porque tengo que ir a buscar la ropa —respondí mientras masticaba la manzana —. Antila me dijo que en un par de días estaría lista.
—Maravilloso. ¿Y crees que todavía necesitarías compañía para llegar allí?
—Claro, ¿por qué no?
—¡Qué bien! —lo celebró antes de inclinarse sobre la mesa y añadir en un tono más bajo—: ¿Le has echado el ojo a alguno de los *alfas*? Si quieres, dime cuáles y te digo si les están visitando — y me guiñó le ojo.
Casi me atragante con la manzana, por lo que tuve que toser un poco y limpiarme los labios.
—Emh… no, la verdad es que no he prestado mucha atención.
—¡Lemér! —exclamó sin creérselo—. ¿Y a dónde cojones estabas mirando?
—No lo sé, solo… me he estado adaptando al Pinar.
Arda resopló, pero, comprensiva, terminó por asentir y llevarse más nueces a la boca.
—Escucha, si cuando vayamos de nuevo al valle, te gusta algún alfa, no te pongas nervioso, solo…
—¿En serio vas a ser tú la que le dé consejos de cómo follarse a un *alfa*? —la interrumpió una voz al final de la mesa.
Cuando giramos el rostro, nos topamos con Benny, de brazos cruzados y sonrisa arrogante; pero,

curiosamente, no iba solo. No sabía quién era la joven que le acompañaba, pero sin duda estaba relacionada con el *omega*, porque eran muy parecidos.
—¡Hola, soy Banny! —nos saludó ella, con las mismas orejas alargadas, los mismos bigotes y la misma cola pomposa, pero de color grisáceo y no negro carbón—. Tu debes ser Lemér, ¿verdad?
—Sí, ese soy yo —asentí.
—Vaya, ¡qué bien hueles! —exclamó, llevándose las manos al rostro sonriente.
—Gracias, tú también hueles muy bien —a frutos del bosque, para ser exactos.
—Mi hermana —murmuró Benny, respondiendo a una pregunta que yo no había formulado, pero que era muy evidente—. Es subnormal perdida, pero tengo que quererla igual. O eso dice nuestra madre…
La muchacha no dejó de sonreír y ni se inmutó por aquel comentario, solo se sentó a nuestro lado y nos contempló con una expresión emocionada en su precioso rostro.
—¿Vais a volver al valle pronto? —preguntó.
Empezaba a creer firmemente que los *omegas* de El Pinar no pensaban en otra puta cosa que en ir al valle. Estaban *obsesionados* con el tema.
—Ah… —Arda pareció entender algo de pronto. Entonces miró a Benny y forzó una sonrisa—. Usando a tu hermana, ¿en serio? Eres patético…
—¿Sabes lo que es patético? Tú —respondió el joven de forma airada antes de volverse hacia mí —. Vamos, Mentita, hora de irse.
Pero Arda levantó una veloz mano y me agarró del brazo.
—No, Lemér me prometió que iría yo con él.
—¿Ah, sí? —el omega levantó un pie para apoyarlo en el banco y después soltó un despectivo bufido que agitó sus largos bigotes negros—. ¿Y qué vas a decirles a los *alfas* cuando llegues?, ¿que Mentita sigue necesitando ayuda…? Eso sí que será patético.
—Pues pensaba decirles que le estaba ayudando a cargar todas las cartas, porque él solo no podía —respondió ella mientras su sonrisa se hacía más afilada y cruel—. Ah, claro, estabas demasiado ocupado persiguiendo a los *alfas* como para darte cuenta… Lemér es el nuevo cartero.
Benny me miró como si, por un momento, tuviera la esperanza de que Arda estuviera mintiendo.
—¿En serio, Mentita? —escupió, muy indignado con aquel descubrimiento—. Nunca creí que caerías tan puto bajo…
—No entiendo nada de lo que está pasando aquí —terminé por reconocer en el momento en el que solo quedó el corazón de la manzana que había estado comiendo tranquilamente.
—Solo los *omegas* desesperados hacen de cartero —dijo él, algo en lo que, al parecer, Arda tampoco estuvo en desacuerdo.
La joven se limitó a seguir comiendo nueces y agachar la mirada para no tener que enfrentarse a mis ojos.
—¿Y eso por qué? —pregunté.
—¿Por qué? —resopló Benny, incapaz de creerse aquella pregunta—. Pues quizá porque es una excusa de mierda para ir de villa en villa paseándose delante de los *alfas*… y, peor, yendo al territorio de los *salvajes*.
Me estaba empezando a costar entender esa extraña dicotomía entre: hacer todo lo posible para tener una excusa con la que visitar a los *alfas*; y; ser patético por tener una excusa para visitar a los *alfas*. La línea entre uno y otro parecían estúpidamente fina, y estaba casi seguro de que ni ellos entendían donde terminaba una y comenzaba la otra.
—La verdad, me pareció una buena idea para poder explorar Mil Lagos y conocer el lugar —respondí sin más.

—Sí, claro… y de paso ponerle el culo en la cara a Tigro y Jabail —insistió él—, como hacía el gilipollas de Rulf…
—Benny —le interrumpió su hermana—. Lemér acaba de llegar a la Reserva, no tiene ni idea de cómo funcionan las cosas aquí y, tiene razón, ser cartero te permite viajar un poco a todas partes y es una buena forma de conocer la comarca. Deja de pensar en lo peor simplemente porque es lo que *tú* harías.
—Exacto —afirmó Arda antes de levantarse y, con una sonrisa de victoria en los labios, decirme —: vamos, Lemér, entreguemos esas cartas al valle y cojamos tu ropa nueva.
Asentí y me levanté, dejando el corazón de la manzana sobre una de las fuentes.
—Espero que tenga ya las compresas, ¿qué usáis vosotros aquí? Paños de lana o… —y me detuve, porque de pronto levanté la cabeza y me encontré con tres expresiones muy serias y sorprendidas—. ¿Qué pasó? —pregunté, mirando de uno a otro—. ¿Es algo tabú aquí hablar de eso?
—¿Qué? —jadeó Arda.
La miré un momento y después bajé el tono para decir:
—Las… compresas para no manch…
Y de pronto tenía una mano en los labios y a Benny detrás susurrando en mi oído:
—Cierra la puta boca. Venga, vamos —me apuró, tirando de mí con toda la fuerza que podía, ya que yo le sacaba cabeza y media y casi el doble de cuerpo—. Que nadie diga nada —advirtió a las otras dos omegas, las cuales negaron al instante con la cabeza.
Empecé a ponerme muy nervioso hasta que alcanzamos el final de El Pinar y al fin me preguntó:
—¿Se lo has dicho a alguien más?
—Emh… no. Solo preguntaba porque…
—No, no quiero saberlo —negó al momento, volviendo a tirar de mi camiseta para arrastrarme todavía más lejos por el camino entre los grandes árboles—. No quiero saber nada de esa mierda. ¡Y tú tampoco quieres! —me aseguró al final junto con una mirada seria.
Cansado de aquello, le detuve en seco y le miré a los ojos azules.
—¿Qué pasa, por qué pusisteis esas caras antes? —exigí saber.
—Porque estabas haciendo algo tan humillante que nadie sabía ni como reaccionar, Mentita —respondió por lo bajo, clavándome un dedo en el pecho y enfrentándose sin miedo a mí, como si fuera él el enorme omega y no yo—. Tienes suerte de que seamos buena gente, porque si no, te aseguro que serías el hazmerreír de todo Mil Lagos ¡Puede que de toda la puta Reserva!
—Benny —suspiré antes de llevarme una mano al pelo y negar—. En serio, no entiendo lo que pasa. ¿Puedes explicarme algo sin hacerme sentir mal ni dar por hecho que tengo que saberlo todo sobre vuestra sociedad? ¿Eh? ¿Podrías?
El omega siguió enfadado, pero no tanto como al principio. Retrocedió un paso y, ya sin obligarme a ello, me hizo una señal con la cabeza para que el siguiera por el camino.
—Los *omegas* no usamos nada como lo que tú dices, Mentita —me explicó en un tono bajo, muy bajo—. Porque eso sería tan humillante que casi preferirías tirarte de cabeza por un precipicio. ¿Entiendes?
—Pero, vosotros también os mojáis, ¿verdad? Quiero decir, es algo natural… ¿no?
Mi preocupación era ahora una mezcla entre curiosidad y miedo. Por un lado, quería saber por qué era tan malo lo de «las compresas»; pero su reacción al respecto tampoco era tan disparatada ya que en la sociedad *beta* los «pañales omegas» tampoco eran lo más sexy del universo.
Por otro lado, me estaba empezando a aterrar que el problema fuera yo. Que mi cuerpo no funcionara correctamente, como siempre había sospechado, dijeran lo que dijeran los médicos

sobre que todo era normal y que estaba bien.
—¿Y qué hacéis entonces? —le pregunté en el mismo tono bajo, llegando a agacharme para poder decírselo más cerca de una de sus orejas de conejo—. Si os manchái s y eso…
—Ir a ver a los *alfas*, Mentita —respondió como si fuera lo más evidente del mundo.
Creo que mi expresión fue suficiente clara para que el joven se llevara las manos a la cabeza y murmurara:
—Madre mía, que mal estás… Dime que te han limpiado alguna vez, Mentita. Por favor…
—¿A qué te refieres? Como… ¿con una toalla o…?
Benny no me dejó ni terminar. Se detuvo en seco y se inclinó hacia delante mientras jadeaba un alto:
—Madre mía… —entonces se repuso, miró hacia lo alto de las copas de los árboles y levantó ambas manos en señal de «stop»—. Vale, bien. Al final van a tener todos razón y no eres el *omega* cabrón y listillo que yo creía…
Arqueé ambas cejas y parpadeé, pero tuve mucho tiempo para decir nada antes de que el joven se girara hacia mí y me agarrara de los brazos. Con una mirada firme y seria, me dijo:
—Te voy a contar todo, ¿de acuerdo? Lo básico de ser un *omega*, y me refiero a la higiene… ¿vale?
Asentí.
—Y después, si aún tienes alguna pregunta, *jamás*, ¿lo entiendes? JAMÁS —y esa parte parecía muy importante— lo digas en alto delante de los demás. Me vienes a buscar a mí y yo te lo explico. Porque tú y yo somos dos *omegas* que huelen muy bien, y como otros *omegas* hijos de puta; que los hay, créeme; descubran cómo hacerte daño… lo harán. Y no dudarán ni un puto segundo en humillarte delante de los *alfas* y todos los demás. ¿Ha quedado claro?
—Sí… —murmuré, aunque, la verdad, no me esperaba aquello, por lo que añadí un inseguro—: Creía que los *omegas* nos llevábamos todos bien.
A Benny le salió una risa seca y corta y, dando un paso atrás, se cruzó de brazos.
—Todos nos llevamos muy bien en El Pinar, pero en el resto de la Reserva, es la puta guerra. Ya lo entenderás… —me aseguró antes de hacerme una señal para que siguiéramos adelante—. Bueno, empecemos por lo más importante. Cuando te mojas y te ensucias, vas a ver a un *alfa* para que te limpie. Normalmente, es uno que te guste y con el que quieras follar o pasar el celo, pero si él no está disponible y te surge la necesidad, cualquiera puede valer para una limpieza rápida.
—Entonces, ¿que te limpie es parte del cortejo o algo así?
—¿Qué es un «cortejo»? —preguntó.
—Es como… ligar o tontear con alguien que te atrae y con el que quieres tener relaciones.
—Ah, entonces sí. Es muy «cortejo» de esos.
—¿Y es algo privado?
Benny se rio.
—Pues se oye de todo, pero, por lo general, sí. Es algo privado. Te lleva a su casa y te limpia allí, tranquilamente.
—¿Y cómo lo hace?
El joven se giró hacia mí y con una sórdida sonrisa en los labios, me dijo:
—Pues con la boca, Mentita. ¿Cómo quieres que te limpien sino?
Y se rio de nuevo.

LA HIGIENE DE UN OMEGA

—Con… con la boca —repetí, solo para asegurarme de que lo hubiera escuchado bien.
—Sí, Mentita —afirmó él—. Te abren bien el culo y empiezan… —entonces hizo como un sonido de lametazos y sorción y, al final, incluso llego a relamerse antes de mirarme de nuevo—. Hasta dejarte muy, muy limpio. Les vuelve puto locos…
Sinceramente, nunca me consideré un hombre impresionable ni, mucho menos, ningún santurrón con respecto al sexo; pero he de reconocer que en ese momento sí estaba algo impactado por lo que oía.
—Pero… ¿hablas de toda la lubricación?
—Toda —asintió sin ninguna duda—. Y cuanta más, mejor.
—¿Y eso les excita? Lamer todo eso, digo, o es algo que hacen por obligación.
Benny volvió a reírse, llenando aquella parte del bosque con su risa cantarina y musical.
—En serio, Mentita… —murmuró, muy divertido por mi completa ignorancia sobre el tema—. ¡Claro que les excita! Te he dicho que se vuelven completamente locos.
—¿Y lo hacen todos o es una especie de filia?
—Por supuesto que lo hacen todos… —en esa ocasión sonó más exasperado al recalcar—: Es su puto trabajo como *alfa*: mantener limpio a su *omega*. Así funcionan las cosas en la Reserva.
—¿Y…?
—No, para ya, me estás cansado con tanta pregunta estúpida —me interrumpió—. Ahora cierra la boca y escucha. Las normas sobre quién te limpia, cuándo lo hace y cuántas veces lo haga —y a medida que lo enumeraba iba levantando una dedo a cada vez—, no son estrictas. ¿Entiendes? Es decir, nadie puede echarte en cara que quieras que te limpien todos los días, o que tengas un *alfa* en cada villa para que te limpien por épocas. Lo que sí es vergonzoso y muy humillante es que vayas sucio por ahí. Eso *jamás* puede pasar —y me miró con expresión muy seria para dejarlo bien claro.
Solo porque parecía estar esperando por ello para continuar, asentí.
—Bien. Emh… ¿qué más? Ah. Ten cuidado con los *alfas* que te limpian. Si solo te limpian en una ocasión o muy de vez en cuando, no pasa nada, pero si les visitas a menudo para que lo hagan, les empieza a salir barba y eso es un problema, ¿de acuerdo? Nunca elijas a dos *alfas* de la misma villa para visitarles a menudo porque…
—Espera —le detuve de pronto—. ¿Cómo que «les empieza a salir barba»?
—Oh, joder… —resopló—. Claro, tampoco sabes eso… Eres como un puto crío subnormal que haya vivido bajo una piedra todo este tiempo.
Tomé una bocanada y miré un momento hacia lo alto de las copas de los árboles. Benny se quejaba de mis preguntas, pero él parecía incapaz de comprender que yo venía de la sociedad *beta*, donde las cosas eran completamente diferentes.
—Entonces, lo de las barbas tiene un significado especial —insistí una vez más—. Arda me dijo que si tenían barba era porque les visitaba un *omega*.
—Sí, Mentita, a los *alfas* solo les sale barba si limpian mucho a un *omega*.

—¿Quieres decir que dejan de afeitarse o que *solo* les sale en ese caso?
—¿Qué es «afeitarse»? —aunque inintencionadamente, aquello terminó por responder mi pregunta.
—¿Y qué pasa cuando un *omega* deja de visitarles para que les limpie? ¿La pierden?
—Por supuesto que la pierden. Eso quiere decir que vuelve a estar disponible y que, si estás interesado, puedes proponerle que te empiece a limpiar a ti —me explicó—. Pero nunca mientras tengan la barba y huelan a otro *omega*, porque eso sería de zorras traicioneras. ¿Lo entiendes, Mentita? Regla número uno: no se roba a los *alfas* de otros. A no ser que sean *salvajes*, ahí ya no valen las mismas reglas…
—Sí, ya, volvamos a lo de las barbas por un momento —le pedí—. Cuando dices que les crecen, ¿significa que hay una especie de reacción química o biológica al líquido omegático? ¿Como a los animales a los que les sale un pelaje especial durante el celo o el cortejo?
—¿Pero qué cojones dices? —preguntó él mientras fruncía el ceño y me miraba como si acabara de hablarle en chino—. Si te limpian, les crece la barba y entonces huelen a ti. Punto.
—Ah… —lo comprendí de pronto—. En la barba se queda el olor…
—Claro —afirmó, pero de una forma ofensiva, como si fuera tan obvio que Benny empezara a sospechar que yo fuera lento de entendederas—. ¿No te has dado cuenta que los únicos que huelen a algo son los *alfas* con barba?
—Por supuesto —sonreí, sintiéndome extrañamente feliz por aquel descubrimiento tan fascinante—. Que cosa más… rara.
—No es «raro», Mentita, es lo normal —me aseguró—. ¿No te pasaba con los *betas*? —preguntó entonces, entrecerrando los ojos con intriga—. Tenías que dejarles tu olor por todas partes, ¿no?
—Emh… —murmuré, pensando de pronto en Copper y sus constantes quejas sobre la constante peste a menta dulce—. Sí, claro que sí.
—Pues eso. Así todos saben que son tuyos —concluyó—. Saben que te los estás follando y que más vale que no se acerquen.
—Oh, pensaba que solo hablábamos de que te «limpiaban». Creía que no incluía sexo —reconocí, perdiendo la sonrisa por un momento.
—No, no tiene por qué —respondió él mientras lo pensaba mejor y esperaba un instante antes de ordenar sus ideas y continuar—: Pueden solo limpiarte y ya está, pero, por lo general, si les crece la barba es porque les has visitado muy a menudo. Las cosas son así, atento —y se puso muy serio, llegando a señalarme con ambas manos—. Regla número dos: nunca se lo pongas fácil. Hazte valer y que cada paso que quieran dar les cueste algo, ¿entiendes? Pero tampoco te pases, porque tienes que respetar el valor del *alfa*; y eso depende de en qué villa viva. Por ejemplo, a un *alfa* de Vallealto no puedes sacarle la barba y no follártelo; eso sería de calientapollas de mierda; pero tampoco puedes follártelo directamente o eres una cerda y una fácil y no te van a respetar. Por otro lado, nosotros somos *omegas* muy buenos y olemos muy bien, así que podemos tensar un poco más la cuerda que el resto…
—Pfff —resoplé.
Todo aquello empezaba a sonar demasiado complicado y, la verdad, no estaba tan interesado en los entresijos de las relaciones entre *alfas* y *omegas*. Lo de la barba había sido interesante, pero eso era todo.
—No, no resoples, ¡te estoy dando buenos consejos para que no te arruines la vida, Mentita! —me aseguró—. Nosotros somos los mejores *omegas* de El Pinar, es nuestro deber mantener el nivel muy alto para que todos los *alfas* de la Reserva lo sepan.
Tuve unas ganas increíbles de volver a resoplar, pero me contuve a tiempo. Con las manos en los

bolsillos y la vista al frente, pregunté:
—¿Y eso por qué?
—¿¡Por qué!? —Benny casi pierde la cabeza—. ¡Porque si no, no vendrán los *alfas* y puede que los nuestros se vayan a otras comarcas con mejores *omegas*! ¿Qué quieres, Lemér?, ¿Qué tengamos que conformarnos con los putos *alfas* del lago? ¡Antes me mato!
—No lo entiendo. Capri me dijo que los *omegas* podíamos movernos de un lugar a otro si queríamos.
—Sí, claro que podemos.
—Pero tú lo dices como si fuera al contrario, y fueran los *alfas* los que tuvieran que moverse a nosotros, y no nosotros a ellos.
—No, no, no… Joder, Lemér, de verdad… —Benny se llevó ambas manos al rostro y lo frotó con fuerza, agitando sus largos bigotes negros—. Párate un momento —dijo entonces, colocando una mano en mi pectoral para que dejara de caminar por el bosque a su lado. Cuando lo consiguió, se puso delante y me agarró de ambos brazos antes de levantar la cabeza para mirarme directamente a los ojos—. El Pinar es importante. Es nuestra villa y el orgullo de Mil Lagos. Nosotros somos los responsable de que eso siga siendo así, ¿entiendes? Si hay buenos *omegas*, los *alfas* vendrán a vernos, y si vienen *alfas*, vendrán otros *omegas* y la comarca se hará más y más grande e importante. Si es más grande, podrá haber más territorio para *alfas salvajes*, y eso atraerá todavía a más *omegas*…
—Entiendo —asentí—. Es como una especie de economía social donde el producto principal es el *omega*, y es su calidad y cantidad la que determina los movimientos migratorios y el valor del lugar.
—¡Deja de hablar en *beta*! —exclamó, apretándome los brazos con sus pequeñas y suaves manos —. ¡Esos apestosos *omegas* de El Trigal no van a quitarnos a nuestros *alfas* y punto!
—Vale, tranquilo, Benny —murmuré, apartando sus manos de mí antes de que me hiciera daño con sus uñas—. Lo he entendido.
El joven se quedó mirándome con expresión seria un par de segundos antes de, con una profunda bocanada de aire, pasarse una mano por el pelo negro y las orejas de conejo.
—Por esa razón, más vale que te busques a un *alfa* o dos o cinco que te limpien bien, porque si nosotros caemos en el ridículo, afectará a toda la comunidad —me dijo en un tono más calmado y, chiscando los dedos, me indicó que siguiéramos caminando—. Normalmente, te aconsejaría que te fueran limpiando aquí y allá sin más y que, después, te buscaras a un par de los mejores *alfas* para sacarles la barba y divertirte. Pero como eres un caso especial, quizá lo mejor sea ir a Puerto Bruma y que te limpien allí.
—¿Por qué soy un caso especial?
—Porque no te han limpiado nunca, Mentita —respondió con tono seco—. No quiero ni pensar lo sucio que estás, o como debes de babearte cuando te tocan…
—No estoy tan sucio —le aseguré—, me limpio bastante con agua y…
—¡Agh! —me detuvo mientras ponía una expresión asqueada y apretaba los ojos—. ¡Cierra la puta boca! ¡Qué vergüenza ajena me estás dando!
Puse los ojos en blanco y miré a un lado del camino. Sabía a dónde estábamos yendo, porque era un camino que ya habíamos recorrido antes.
—¿Ves? Por cosas como esta tienes que ir a Puerto Bruma —insistió—. No puedes dejar que un *alfa* decente descubra lo mal que estás. ¡Sería ridículo para ti!
—¿Y a los *alfas* del lago no les importaría? —pregunté, recordando al pequeño grupo de animanos y su desesperación por complacerme, pero también a Arda pidiéndome que no me

aprovechara de ellos—. ¿No sería injusto?
—¿Injusto? —se rio él—. Les estarías haciendo un favor, créeme. Además, ellos jamás dirían nada al respecto. Son perfectos para sacarte de un apuro —y me guiñó el ojo como si aquel también fuera una perla de sabiduría que me estuviera regalando.
—¿Y cómo se supone que lo haces? —le pregunté antes de encogerme de hombros—. ¿Vas allí y simplemente les pides que lo hagan? «Ey, ¿te importaría comerme el culo hasta dejarme seco?».
Mi broma no causó ningún efecto en Benny, quien se limitó a asentir. Así, sin más.
—Puedes decirlo así, aunque lo normal es esperar un poco a ser tan directo —me aconsejó—. Al principio es mejor un simple: «Podrías limpiarme», o quizá, «sé que te estás muriendo por ello, así que voy a concederte tu mayor deseo y dejar que me limpies». Ya sabes, depende del *alfa*. A los del valle jamás se lo pidas sin más, darles a entender que son ellos los que quieren hacerlo y no tú el que lo necesitas. A los del bosque… depende del *alfa*; los hay muy buenos allí también, aunque no tengan la polla tan grande.
—¿Y a los *salvajes*?
Mi pregunta provocó que el joven-conejo se detuviera en seco y me mirara con una expresión muy seria de brillantes ojos azules.
—A los *salvajes* ni te acerques, Mentita —me advirtió.
—¿Por qué?, ¿se lo contarían a todo el mundo?
—No. No se lo contarían a nadie, pero sería lo peor que podrías hacer —me aseguró—. Los *alfas salvajes* no siguen las reglas de los demás, sino las suyas propias. Son lo mejor de lo mejor, y lo saben muy bien.
—¿Por qué?, ¿qué les hace tan buenos? —quise saber, aunque me hacía una ligera idea al respecto.
Benny se rio con desgana y negó con la cabeza, agitando sus alargadas orejas de conejo.
—Está claro que todavía no has visto a ninguno —murmuró—. Son los más guapos, los que más fieros en la cama, los más poderosos… tienen su propio territorio, su propia comida y sus propios animales. No dependen de nadie más, no como el resto de *alfas*, al menos. Así que pueden protegerte, alimentarte y darte todas las crías que quieran, porque son los únicos que podrían mantenerlas. ¿Lo entiendes?
—Ahm… y esa idea de ser una máquina de parir, encerrada en un territorio del que no puedes salir y condenado a la soledad… ¿debería resultarme terriblemente atractiva?
Benny volvió a negar y resoplar y poner las manos en alto, rindiéndose al fin en su intento de hacerme comprender su mundo. Aunque, en realidad, sí empezaba a comprenderlo; al menos, a un nivel básico. Era un tanto más primitivo que el de los *betas*, pero, al final del camino, todos éramos animales.
—Se acabó la charla —me dijo entonces mientras señalaba al final del bosque, donde los árboles daban paso a la colina de pasto verde—. Vamos a ir a buscar tu ropa, vamos a decirles que me pediste que te acompañara y vamos en reírnos en su cara cuando suelten algunos de sus estúpidos comentarios. ¿De acuerdo?
—Bien… —asintió antes de, por supuesto, repasar su ropa y peinarse los bigotes, las orejas y la pomposa cola que sobresalía del pantalón corto—. ¿Dónde cojones metes la cola siempre, Mentita? —me preguntó de pronto.
Parpadeé y murmuré una breve disculpa al darme cuenta de que la tenía escondida debajo de la cazadora, como siempre. Las viejas costumbres cuesta un poco perderlas.
—Y péinate un poco, joder —siguió—. Aun tienes jugo de manzana en los bigotes y la barba. El

objetivo es que ellos se manchen la boca, no tú.
Le hice caso, pero solo para mantener al *omega* contento y tranquilo. Me gustara o no, Benny me estaba ayudando bastante en aquel momento y me estaba dando algunos buenos consejos para integrarme en la sociedad; aunque esa integración requiriera sacrificios.
—¿Hay algún *alfa* del valle que te guste? —me preguntó entonces.
—Emh… no sé, no tenía la mente puesta en eso la primera vez —reconocí.
—Pues ahora estate atento, Mentita —ordenó mientras chasqueaba los dedos como si quisiera despertarme—. Échales el ojo y decídete por uno, pero solo uno, para que te limpie regularmente cuando los del lago hayan terminado de dejarte decente. Cuando le saques barba, ya no necesitarás excusas para venir a verle.
—¿Y por qué tú no haces eso? —pregunté—. Sacarle la barba a algún *alfa* del valle, digo. Es más —añadí mientras fruncía el ceño—, ¿por qué no todos los *alfas* del valle tienen enormes barbas?, con lo muchísimo que os gustan.
Benny se rio en voz alta en vez de enfadarse conmigo, pero quizá se debiera más al hecho de que hubiéramos empezando a descender la colina, y no a que mi pregunta no le hubiera enfadado y frustrado como todas las anteriores.
—Te dije que se había terminado la puta charla, Mentita… —me recordó, todavía sonriente y divertido—. Ahora deja de hacer el subnormal y recuérdales lo buenos que somos los *omegas* de El Pinar.
—Creo que de eso no será difícil, porque ya hay *omegas* en la villa —le señalé con la cabeza, en dirección a un grupo que, aunque lejano, era muy diferenciable de los *alfas* gracias a su tamaño y sus rasgos animales menos patentes.
—Sí, son Muki, Cerv y Cancán, las muy putas cerdas…
Miré a Benny y a su sonrisa torcida por el desprecio y el asco. Algo que se me escapaba completamente y que no era capaz de entender, era por qué se suponía que los *omegas* teníamos que formar un frente unido, ser el orgullo del El Pinar y todas esas gilipolleces… pero que Benny no dudara ni un segundo en humillarles e insultarles por ir a ver a los *alfas* o disfrutar de su compañía.
Me hacía cuestionarme seriamente si todas esas normas y reglas sociales que me había contado, serían un concepto general o solo una idea suya, y que por ello juzgara a todos los demás que no las siguieran.
O que quizá la sociedad animana no fuera tan diferente a la *beta* en ese sentido, donde el *alfa* (hombre *beta*) fuera el que tenía el verdadero poder y los *omegas* (mujeres *beta*) fuéramos los que luchábamos contra ellos y, sobre todo, contra nosotros mismos.
Ese fue el pensamiento que me acompañó todo el descenso hacia la villa donde, cruzado el puente, pasamos de largo al grupo de *alfas* y los tres *omegas*. Benny levantó bien la cabeza y ni se dignó a mirarles; yo, por el contrario, estaba demasiado distraído observando a los *alfas*, aunque no a los que se suponía que tenía que mirar.
Ahora que lo sabía, no podía parar de fijarme en sus barbas espesas y decoradas. En la villa había toda clase de *alfas*, no solo los solteros, y algunos de ellos trabajaban en el pueblo, dedicados a la artesanía o a la producción. Se les podía ver en sus talleres al aire libre o sentados fuera de sus casas, siempre con algo entre manos y charlando en grupos, o incluso solos, perdidos en sus propios pensamientos.
Y todos ellos tenían barbas, y cuanto más mayores parecían, más larga la tenían; decorándolas en trenzas, con abalorios, con anillos metálicos… casi como si quisieran destacar mucho aquel rasgo de ellos mismos. Como si dijeran: llevo mucho tiempo emparejado. La primera vez que lo

había visto —nada más conocer al alcalde Capri—, había pensado automáticamente que solo se debía a una decisión estética, o alguna moda animana; como los piercings o la forma en la que decoraban sus cuernos o sus orejas. Ni por un momento se me hubiera ocurrido que fuera algo tan importante en su cultura.

—¿Ey, a dónde vais con tanta pris…?

La voz a mis espaldas se apagó en el momento en el que, sin girarme, agarré su mano en mi hombro y use el peso de mi cuerpo y la fuerza de mi cola para tirarle hacia delante y hacerle caer con fuerza sobre el suelo empedrado frente a mí.

Entonces se hizo el silencio. No solo entre nosotros, sino también a nuestro alrededor.

Bullo, el *alfa*-toro que había conocido en mi primera visita, yacía en el suelo, sin aire en los pulmones y con una profunda expresión de dolor mientras se llevaba las manos al enorme pecho. Carner se quedó a su lado, con una cara de sorpresa en su rostro de rasgos de chivo, mirando a su amigo y, lentamente, girando el rostro hacia mí.

—Yo… —murmuré, empezando a entender el error que había cometido—. Perdón, lo siento mucho. Me asustó y… el mundo *beta* es peligroso y aprendí un poco de autodefensa…

Eso era lo que me estaba inventando rápidamente con la esperanza de que mi reacción no levantara sospechas que no quería despertar en la comunidad. Acababa de levantar por encima del hombro y noquear a un *alfa* jodidamente enorme y, aunque yo fuera alto y fuerte para ser un *omega*; seguía siendo todo un logro. Todavía tenía muy presente la facilidad con la que Tigro había descubierto mi entrenamiento militar, y yo no podía estar seguro de que ninguno de aquellos *alfas* u *omegas* de Vallealto pudieran reconocerlo también.

Fue uno de los grupos de *alfas emparejados* los que, dejando a un lado las herramientas que arreglaban, se acercaron a nosotros para decir:

—Claro que el mundo *beta* es muy peligroso —y el hombre-antílope de larguísimos cuernos retorcidos se agachó junto al joven para añadir un seco—: y Bullo no debería haberte tocado sin permiso…

—No, no debería haberlo hecho —le apoyó Benny, quien había dado un leve salto a un lado cuando se había producido el accidente.

—Le llevaremos a ver a Topa Má —dijo otro de los *alfas* mientras ayudaba al gigantesco Bullo a levantarse del suelo—. Solo por si acaso. Sonó a un golpe muy duro.

—Sí, será lo mejor —afirmó el otro.

—Iré con vosotros —respondí al momento.

—No —me detuvo Benny junto con una mirada seria—. Tú tienes que ir a por la ropa, para eso hemos venido.

Casi me costó no poner los ojos en blanco y responder algo como: «¿en serio?, ¿ahora?». Porque, incluso en aquel momento, el *omega*-conejo no había perdido la oportunidad de dejar bien claro a todos la razón por la que estábamos allí. No es como si nosotros tuviéramos una mala excusa como la de los otros tres *omegas* de El Pinar que estaban allí…

—¿Puedes ir tú a por ella? —le pedí—. Me siento un poco mal por haber golpeado a Bullo y me gustaría saber que todo está bien.

Sabía que el *alfa* estaba perfectamente, incluso habiendo caído al suelo con sus más que probables ciento y pico kilos de peso. Quizá le doliera el pecho y la espalda durante un rato, pero no le había roto nada. La forma en la que Bullo jadeaba y apretaba los dientes se debía más a la sorpresa y a su orgullo herido que al daño que le hubiera hecho.

Benny pareció comprender algo de pronto y, con una leve sonrisa en los labios, les dijo a los demás.

—Que le ayude Lemér, entonces. Será menos escandaloso que si aparecéis todos en El Pinar.
Algún tipo de mensaje o código había escondido en sus palabras, porque los dos *alfas* mayores se miraron entre ellos y, de forma tácita, aceptaron y dejaron al enorme *alfa*-toro a mi cargo.
—Prométenos que no volverás a zarandearlo así, eh… —bromeó uno de ellos.
Yo me reí, me sonrojé y respondí que no, fiel a mi papel de *omega* tonto. No soy un especialista militar del ejército *beta* que se ha infiltrado en la Reserva; solo un chico normal que sabe un poco de autodefensa.
—Yo también puedo ir —dijo Carner, mirándonos a ambos un instante—. Puedo ayudarte a cargarlo.
—No, tranquilo —respondió Bullo, quien, de pronto, había recuperado la respiración suficiente para poder hablar.
Quizá mi cola enrollada alrededor de su cintura y su brazo alrededor de mis hombros, tuvieran algo que ver con esa repentina recuperación.
—Lemér se ha esforzado mucho para poder conseguir un tiempo conmigo a solas, no se lo vamos a estropear, ¿verdad? —y me miró con una ligera sonrisa.
—Uff… es mejor que nos movamos, creo que te has debido hacer daño en la cabeza o algo —respondí yo, lo que provocó una alta y clara risotada en Benny.
—Estos *alfas* de la villa… —me dijo antes de suspirar y despedirse con la mano—. Iré a por tu ropa, entonces.
Asentí y me llevé conmigo a Bullo, centrándome en mirar al frente y no a todos los ojos que nos observaban con atención; incluidos los de los *omegas* de El Pinar, los cuales sonreían y murmuraban entre ellos, muy probablemente para llamar «puta», «cerda» o alguna cosa así.
Cuando comenzamos a ascender la colina, Bullo continuaba tomando profundas inhalaciones por las anchas aletas de su nariz, aunque hacía un buen rato que hubiera conseguido recuperar la respiración. El motivo quedó claro cuando, tras un resoplido casi bobino, no pudo evitar decir:
—Joder, qué bien hueles, Lemér… —y se detuvo, como si hubiera cometido el mayor error de su vida—, para haber nacido en la sociedad *beta*, quiero decir —trató de solucionarlo.
Volví el rostro hacia él y me encontré con sus ojos en lo alto. En su rostro rectangular y sin rastro de barba había una ligera mueca de prepotencia, pero en el marrón claro de sus iris brillaba la preocupación de haberse delatado y haber cedido demasiado en aquel juego de poder entre *alfas* y *omegas*.
—Para haber nacido en la sociedad *beta*, te he levantado por encima del hombro y te he dejado llorando en el suelo —respondí, eligiendo eludir su desliz y facilitarle mucho las cosas.
El alfa resopló de nuevo de esa forma ruidosa y bovina, soltando una gran exhalación por sus fosas nasales. Con una expresión prepotente se llevo una mano a su pelo rizo y negro entre los cuernos y murmuró:
—Le haces un pequeño favor a un *omega* de El Pinar, y ya se creen los mejores del mundo…
—Ah… un favor, claro —asentí—. ¿Y qué favor fue ese, exactamente?
—Dejarte levantarme y tirarme al suelo, por supuesto —respondió, volviendo a mirarme desde su metro ochenta de altura—. He de reconocer que no entendía lo que intentabas, pero todo este plan para estar conmigo a solas… la verdad, Lemér, ha sido muy original. Te felicito —y, con la enorme mano que mantenía muerta a un lado de mi rostro, me dio un par de paladas en el rostro. Algo mucho más juguetón que ofensivo—. Pero la próxima vez, podrías ahorrarte el golpe y simplemente pedirme que te lleve a mi casa. ¿Eh?
—Me hace mucha gracia que lo digas así, Bullo —respondí con tono calmado y una ligera sonrisa en los labios—, como si tuviera que esforzarme lo más mínimo para que me dejaras ir a

tu casa, y no fueras tú el que estuvieras deseando que me sentara en tu cara.
El *alfa*-toro se rio bien alto, con su cabeza de grandes cuernos vuelta hacia atrás y su amplio pecho vibrando bajo su ropa de corte medieval. Por un instante, me fijé en la abertura en pico cruzada por cordones, esa que mostraba parte de su escote de enormes pectorales y abundante pelo negro y rizado. La verdad era que Bullo era especialmente peludo para ser un *alfa*-toro, lo que me hizo preguntarle:
—¿Qué clase de bóvido eres?
Su risa se hizo más suave, pero su sonrisa no se hizo más pequeña al mirarme y responder con bastante orgullo en la voz:
—Un bisonte.
—Ah… claro —entendí.
—Sí. Somos mucho más cálidos que los demás bóvidos —no pudo resistirse añadir mientras, con su mano libre, se daba un par de toques en la misma apertura de pico de su camiseta que yo había mirado antes, allí donde sobresalía su «pelaje»—, pero tenemos lengua de rumiantes…
Y, sin pudor alguno, se sacó la lengua de la boca: una enorme y rosada lengua, gruesa y carnosa; más grande de lo que jamás hubiera visto.
Mentiría si dijera que eso no me afectó. Puede que la expresión de mi rostro no cambiara, pero mi cuerpo se estremeció ligeramente y mi último «pañal omega» se empezó a humedecer en el momento menos oportuno.
Los *beta* no tenían forma de descubrir aquello, porque para ellos yo siempre olía a deliciosa menta dulce; pero los *alfas* podían olerme a cien metros de distancia y diferenciar cada matiz de mis feromonas, incluida su intensidad. Aquel detalle no pasó en absoluto desapercibido para Bullo, quien, con una sonrisa todavía más grande, se volvió a guardar la lengua y me preguntó:
—¿Y tú qué clase de arborícola eres?
—Lemuriforme —respondí, alzando la cola que mantenía alrededor de su cintura.
Con la punta peluda y anillada, llegué a presionar ligeramente su mejilla y, después acariciarla suavemente; un simple roce que produjo un resoplido bovino en el *alfa*, que agitó la cabeza de cuernos y pelo rizo. No necesitaba conocer a la sociedad animana y sus costumbres para que mi instinto me diera las respuestas más básicas a los temas más simples: Bullo estaba muy excitado y perceptivo, lo que le volvió descuidado.
—Será mejor que te limpie bien antes de llegar al Pinar —murmuró, presionándome contra él y acercado su rostro al mío—. Después de todo, es culpa mía que te hayas manchado tanto…
Con una de sus manos, descendió por mi espalda en dirección a mis pantalones vaqueros y, aunque algo dentro de mí rugía con la necesidad de mil leones hambrientos, no tuve más opción que detener a Bullo antes de que llegara al interior y sintiera el puto pañal *omega* que llevaba. Benny tenía razón, aquello sería increíblemente humillante para mí y, aunque me estuviera empezando a gustar mucho, todavía no conocía en absoluto al *alfa*-bisonte y lo que sería capaz de decir al resto.
—Será mejor que te lleve al Pinar primero —respondí mientras miraba fijamente sus ojos de chocolate, tan cerca de los míos que tenía que mirarlos de uno en uno intermitentemente—. Quizá te haya hecho daño de verdad en la cabeza y de repente te mueras con la cara hundida en mi culo.
—No te voy a mentir, Lemér: moriría siendo terriblemente feliz —dijo él.
—Ya… pero yo me quedaría aquí, y el resto de *alfas* iban a tenerme miedo desde entonces.
—Lo dudo mucho —se rio, tan cerca que pude sentir su aliento revolviendo mis bigotes—. Pero lo entiendo… —murmuró, alejándose un poco, pero sin soltarme del todo—. Eres demasiado

guapo y hueles demasiado bien para ponerme las cosas fáciles, ¿eh? Muy bien. Pero te lo advierto, no cometas el error de tu amigo Benny, seguimos siendo *alfas* del valle.
Arqueé ligeramente las cejas, pero no se me ocurrió qué responder. Por suerte, no tuve que responder nada, ya que Bullo se separó de mí y cambio el contacto tan cercano por solo un apretón de manos bajo las altas copas de los árboles.
—¿Te gustan las manzanas, Lemér? —me preguntó—. Tengo un par de manzanos al lado de mi casa, los mejores de la Reserva… podrías llevarte un par para probarlas.

NO LLENO, SINO A PUNTO DE EXPLOTAR

Mi llegada a El Pinar junto con Bullo, despertó todo un rumor de conversaciones y miradas que se extendieron por toda la villa bajo los árboles, de un lado a otro y desde las profundidades de Raíces hasta lo alto de Ramas.

El *alfa*-búfalo fue el que, poco antes de llegar, me había soltado la mano antes de guiñarme un ojo y asegurarme que conocía lo «chismosos» que éramos. También fue el que tomó la delantera y se metió en el interior del pasadizo que se hundía bajo un enorme árbol, cuyas raíces formaban una especie de puerta.

Sinceramente, solo había estado una vez en aquella parte del Pinar, pasando la mayor parte del tiempo en Ramas, mucho más de mi gusto que aquel lugar bajo tierra. Era un tanto oscuro y claustrofóbico, con un aire ligeramente viciado de fuerte olor a tierra. Aun así, las cuevas excavadas eran lo suficiente altas para que Bullo solo tuviera que agacharse un poco para cruzarlas. Pero sabía que aquello era un caso especial, ya que estábamos en el conducto central de Raíces; algo así como la calle principal.

Las docenas de pasadizos, conductos y demás estructuras que llenaban esa pequeña villa en el interior del Pinar, estaban más adaptados a la estatura y tamaño de los *omegas*; y ni de broma alguien del tamaño del *alfa*-búfalo hubiera conseguido cruzarlas sin quedarse atascado a los dos pasos. Por suerte para los *alfas*, el… iba a decir «hospital», pero sería un concepto erróneo. Diré: al espacio donde vivía la chamana-curandera del Pinar, Topa Má; no quedaba muy lejos de la superficie.

Ya me habían hablado de ella, por supuesto, insistiendo una y otra vez en que fuera a pedirle su poción mágica para no quedarte preñado. Y esas eran palabras literales de Arda:

—La poción mágica para no quedarte preñado, que es mucho mejor que la poción mágica para cuando te has olvidado de tomar la primera y estás bien jodido…

—¿Hay algún problema si te quedas preñado? —había preguntado yo con curiosidad.

—Si eres rápido y el *alfa* no lo descubre, no. Te tomas la poción y ya está; pero si te descubre, tienes que darle la oportunidad de demostrarte que podría cuidar de tus crías y eso es un completo horror.

—¿Y si no has estado solo con un *alfa*?

—Por eso es un horror, Lemér. Todos van a creer que él es el padre. Hazme caso, tú cierra la boca y tómate la poción mágica.

—Sabes que no es magia, ¿verdad?

—A mí me parece como si lo fuera.

Topa Má no hacía magia, aunque debía reconocer que había un intenso misticismo a su alrededor. Por lo que sabía, ella era la curandera y líder espiritual de la comarca, una posición de gran prestigio, reservada tan solo a los *alfas mujeres*; personas animanas consideradas en mitad de dos mundos, un punto intermedio entre la estricta dualidad de nuestra especie. Este caso tan extraño y escaso en al comunidad, se representaba con dibujo circular, mitad amarillo para representar al sol (los *alfas*), y mitad gris o plateado, para representar la luna (los *omegas*); el

cual se podía ver por todas partes: en su ropa, en sus muchas alhajas y colgantes, sus numerosos pendientes, tatuado en su piel pálida y, sobre todo, en las dos joyas que colgaban frente a sus ojos ciegos.
—Lemér… —me dijo nada más entrar, aunque estuviera de espaldas a nosotros.
Estaba ciega, pero seguía teniendo el olfato de los *alfas* y una increíble percepción del espacio que la rodeaba. Debía tenerlo para vivir en aquella casa excavada en la tierra, de fuerte olor a hierbas y flores machadas, repleta de botes, cazos, plantas secando en el techo y cocciones al fuego. Ellos la llamaban «chamana», pero podrías decir «bruja que da muy mal rollo», y valdría igual.
—Buenas tardes, Topa Má —la saludé—. Vengo con uno de los *alfas* del valle. Me sorprendió y, sin querer, le tiré al suelo.
—Sin querer… —repitió lentamente. Siempre hablaba así, como si susurrara y tuviera que detenerse a suspirar entre cada palabra—. ¿Y esa es la razón por la que estéis ambos tan excitados…?
Bullo, a mi lado, agachó un poco la cabeza y, juraría, llegó a sonrojarse. Eso se debía solo a la presencia de Topa Má y que ellos, los animanos de la Reserva, trataban a sus chamanes de una forma extraña, como a madres místicas.
La *alfa* al fin se volvió, haciendo tintinear los innumerables abalorios, cuentas y adornos que llenaban su pelo castaño, sus orejas y su cuello. Alargó su mano de larguísimas uñas negras hacia nosotros y, lentamente, fue cerrando un dedo tras otro a la vez que giraba la muñeca, solo para indicarnos que nos acercáramos.
No sabía como serían el resto de brujas-chamanas-curanderas, pero Topa Má se tomaba aquel rollo místico muy en serio.
—Que se tumbe en la mesa —me dijo, ya que ella no hablaba con *alfas*, solo con *omegas*.
Con mucho respeto y la mirada baja, Bullo se acercó a la enorme mesa tallada en piedra y se tumbó allí. Topa Má dio lentos pasos, moviendo sus piernas bajo una vestido de lana negra y haciendo tintinear más de sus abalorios colgados a su cintura; entre ellos, colas de lagarto, pies de conejo y dientes de lobo.
Sin decir nada, colocó sus manos de larguísimas uñas sobre el alfa-búfalo y palpó su espalda, después hizo lo mismo en sus hombros y después en su grueso cuello. Finalmente, palpó sus cuernos y murmuró con un tono entre el interés y la desaprobación.
—El *alfa* está sano, solo le dolerá la espalda un poco —me informó, solo a mí, como si aquello fuera la consulta del veterinario y Bullo fuera mi mascota. Una comparación no tan absurda y equivocada, cuando se le dio por añadir—: También está muy preparado para copular y, por la tensión de su Punto Sacro, lo hará con bastante insistencia y gran cantidad de esperma, así que te recomendaría tomarte la poción más a menudo.
No supe ni qué decir, así que miré a Bullo en la mesa por si él consideraba aquello normal. Por su reacción que cara colorada y respiración agitada, supuse que, aunque humillante para él, no era nada fuera de lo corriente para Topa Má decir esas cosas.
—Maravilloso —respondí—. Me alegra que esté bien y… con tanto Punto Sacro.
La chamana volvió a murmurar con esa mezcla de interés y desaprobación mientras me miraba tras aquellas extrañas monedas que flotaban sobre sus ojos blancos.
—Si eso es lo que quieres… —terminó por decir—. Haz que se vaya, quiero hablar contigo a solas.
Bullo no necesitó más. Se levantó de la mesa, se acercó para susurrarme un rápido:
—Recuerda venir a la villa para que te dé esas manzanas —y desapareció a buen paso por la

puerta excavada entre la tierra y las raíces.
Sus pasos ya se habían perdido en la distancia cuando la chamana suspiró y se giró en dirección al fuego que ardía en mitad de la casa.
—Túmbate en la mesa… —ordenó.
—Topa Má, ya le he dicho que estoy bien y no…
Me detuve cuando levantó una mano en alto y, con uno de esos lentos y dramáticos gestos suyos, señaló la mesa. Tomé una bocanada de aire y lo solté. La primera vez me había podido resistir a que me examinara, pero ahora me parecía maleducado y mucho más complicado poner excusas.
Así que, solo por terminar con aquello, me tumbé.
—No necesito un examen médico —insistí aún así, pero ella no me escuchó.
Caminó hacia mí con aquel tintineo y colocó las manos en mi abdomen de la misma forma que con Bullo. Sin embargo, conmigo empezó a presionar un poco, moviendo solo las yemas de los dedos para no clavarme sus largas uñas. Llegó un momento en el que me hizo daño y se me escapó un jadeo antes de apretar los dientes.
Nada más oírlo, la chamana insistió en esa zona, llegando a la cintura y casi a la altura de mi pubis. Llegó un momento en el que tuve que pararla, porque me estaba haciendo demasiado daño.
—Pare, por favor —le pedí.
—¿Por qué? Si estás bien, ¿no…? —me dijo en respuesta.
—Tengo la vejiga muy sensible, siempre me incomoda que me toquen ahí.
—Esta no es tu vejiga, Lemér… —respondió, moviendo el dedo a otro punto, no muy lejano, pero diferente al anterior—. Esta es tu vejiga, esto… —y volvió al lugar de antes—, es tu Punto de Agua.
—Sí, vale, pero deje de tocarlo —dije con un tono menos educado que antes, porque la puta chamana insistía en demostrar su teoría apretando más y más.
Al fin, la *alfa* quitó las manos y se hizo a un lado, permitiendo que me levantara de la mesa. Por suerte para ella, no pudo mirar la expresión de rabia y asco que le estaba dedicando.
—Conozco a los *betas*… —me dijo entonces, con las manos cruzadas a la altura de la cadera y la mirada al frente—. Conozco lo que ellos creen que saben de nosotros. Lo que tú quizá creas que sabes de ti mismo; pero son mentiras. Están ciegos, Lemér. Más ciegos que yo, porque no son sus ojos los que no les dejan ver, sino sus mentes.
Con mucha parsimonia y lentitud, se volvió en dirección al fuego, allí donde la habíamos encontrado al llegar: de espaldas a la puerta y con la cabeza gacha.
—Yo soy la chamana de Mil Lagos, Lemér, y, antes de mí, hubo miles como yo… Generación tras generación de *mujeres alfa* aprendiendo, cambiando, curando, ayudando y descubriendo… hasta llegar a hoy, a aquí, a ahora… A ti… y a mí. ¿Lo entiendes?
—Sí, entiendo lo que es la herencia cultural, gracias.
No era buena idea; en realidad era una idea terrible; enemistarse con alguien como Topa Má, pero me había tocado un poco los cojones con su manoseo indiscriminado en una zona tan sensible para mí. Le había pedido que parara, y aun así había insistido solo por el placer de demostrarme que me dolía.
—Mmh… —murmuró ella de esa forma que tanto le gustaba—. «Herencia cultural…», bonitas palabras que llegan de un mundo vacío.
—Sí… Bueno, creo que me voy a ir ya.
—Ese es el problema de los *betas*, Lemér; les dan nombre a cosas que ni siquiera entienden —añadió entonces—. Tu Punto de Agua, o Glándula Omegática; como ellos la llaman; no es un

lago, sino un río, y como tal, debe fluir, porque si se estanca, se pudre.
Sus palabras, aunque ridículamente dramáticas y simbólicas, me hicieron detenerme en mitad de mi camino a la puerta. Cuando me giré, vi la mujer y, tras ella, la alargada sombra de la chamana en contraste con el brillo de la hoguera, bailando al silencioso ritmo del crepitar del fuego.
—Esos calambres nocturnos, esas repentinas fiebres y esos días en los que te encuentras mareado y pesado antes de la menstruación, tienen un motivo, Lemér… —murmuró—. Pero tú siempre lo has sabido. Has sabido que algo no iba bien en ti… aunque insistes en mentirte y negarlo porque los *betas* tienen máquinas que ven dentro de la piel y saben cómo funciona el mundo, el suyo y, sobre todo, el nuestro. ¿Verdad…?
Me quedé un par de segundos en silencio, con el ceño fruncido y una expresión seria.
—¿Qué le pasa a mi glándula? —quise saber.
—Ya te lo he dicho… no fluye, y, por ello, se pudre.
—¿Pero se puede curar?
—Mmh… ¿preguntas si tengo una pastilla para ti, o si tengo el remedio?
—¿Sabes?, para ir tan de mística y «madre espiritual», eres bastante zorra y rencorosa, Topa Má —terminé por explotar—. ¿Puedes curarme o no puedes?
Al contrario de lo que creía que sucedería, la chamana se empezó a reír, llenando su casa de aquel sonido ronco y bajo.
—Supongo que ninguno de los dos es lo que aparenta ser… —murmuró antes de volver hacia mí.
—Puede que no —respondí.
La chamana asintió lentamente, haciendo tintinear sus abalorios una vez más. Entonces, alzó sus manos de enormes uñas y creó un círculo con sus dedos.
—Debes entender El Todo, Lemér. Nuestra especie está formada por dos partes. No son géneros, ni roles, ni clases. Nosotros no somos meros hombres y mujeres, ni el sexo débil o fuerte, ni activos o pasivos: nosotros somos *alfas* y *omegas*. Y juntos, creamos El Todo. Cada parte de ti, desde la forma en la que hueles hasta la forma en la que piensas, ha evolucionado con la idea de ser la mitad de la solución, pero nunca la respuesta al problema. ¿Lo entiendes?
—Sí, creo que sí.
—No puedo darte un antídoto para un veneno que tú mismo produces, ni puedo arreglar algo que no está roto, Lemér. El problema no es tu Punto de Agua, el problema no está en tu cuerpo, el problema *eres tú*.
—Sí, lo he entendido, Topa Má —repetí—. Me he criado con los *betas* y no entiendo esta sociedad ni cómo funciona mi cuerpo. ¿Tú podrías ayudarme a entenderlo?
—No… —murmuró, bajando al fin las manos—. No puedo.
Esperé unos segundos, pero como no dijo nada más, pregunté:
—¿Eso es todo? ¿En serio no me vas a ayudar con lo de la glándula?
—No necesitas mi ayuda, Lemér... Necesitas olvidar todo lo que crees que sabes y escuchar tan solo lo que tu cuerpo te dice. Tu cuerpo entiende El Todo, porque nació solo por y para formar parte de él. No hay nada que necesites enseñarle, ni ningún secreto de ti que él no conozca.
—Eso es estúpido —me negué—. Somos seres racionales, tenemos el poder de controlar nuestros instintos y ser algo más que…
Me detuve.
—Que qué —murmuró ella—. ¿Animales…?
—No, pero… lo que nos hace diferentes es ser conscientes de nosotros mismos. Haber superado el mero pensamiento instintivo. Mi cuerpo solo busca satisfacer necesidades básicas, no tiene

ningún conocimiento astral y milenario que mi mente no sea capaz de entender.
—Mmh… —otra vez aquel murmullo tan sorprendido como decepcionado. Dándose la vuelta, tan solo me dijo—: Pues ahora que vives entre animales, quizá deberías probar a volverte… salvaje. A ver cómo te sienta.
Abrí la boca, pero no dije nada. Ya había hablado demasiado y, si seguía, solo iba a cagarla más. Parte de lo que te enseñaban en el ejército era sobre que batallas merecía la pena librar, y cuales era mejor no luchar por el momento.
Por eso me di la vuelta y me fui.
Salí de la profundidad de Raíces y ascendí por la primera liana que encontré hasta llegar a lo alto de Ramas. Allí me detuve un momento y contemplé la belleza de El Pinar, algo a lo que costaba acostumbrarse. El viento de media tarde era fresco y limpio, removía las hojas y producía un sonido parecido al ruido blanco de una radio. La rama en la que me posaba se mecía a veinte metros de distancia del suelo, pero eso no me asustó ni por un instante.
Solo porque podía, coloqué una mano sobre la corteza rugosa y sin mucho esfuerzo levanté ambas piernas, quedándome tan solo sujeto por un brazo. Miraba el suelo a lo lejos y la rama meciéndose, pero seguía sin tener miedo. Mi equilibrio era perfecto. No tenía ni que pensarlo, porque mi cuerpo lo hacía por mí.
Con una bocanada de aire, dejé de hacer el tonto y me volví a poner en camino. Era temprano y no quería quedarme parado, no era mi estilo; así que fui en busca con algo con lo que entretenerme. Salté de un árbol al siguiente y descendí la liana que llevaba al ayuntamiento: la gran casa en el centro de la villa. Allí se guardaba la enorme pila de correo que esperaba pacientemente a ser entregado.
No quería ir muy lejos y tener que volver de noche y perderme la cena; así que cambié el que hubiera sido mi próximo destino, La Presa de Arce —hogar de los *alfas* del bosque— o puede que Refugio de la Garra —coto de caza de los *alfas* de la pradera—, por uno que ya conocía y que, aun a mi pesar, tendría que visitar tarde o temprano.
«Comarca de Mil Lagos. Territorio de Tigro, Alfa Salvaje».
Cuando empecé a seleccionar sus cartas, paquetes y émbolos, me di cuenta de la razón que había tenido con eso de ser «popular»; si se podía usar esa palabra en el mundo animano. Entre él y Jabail, debían sumar más de la mitad de toda la mensajería que cruzaba El Pinar. Así que metí lo que pude en la mochila y me llevé dos de los paquetes más grandes bajo el brazo antes de partir a buen ritmo en dirección norte.
La única razón por la que había elegido aquel destino, era porque no necesitaba el mapa para guiarme. Sabía orientarme entre el bosque y los riachuelos, siguiendo por momentos el camino y, en otros, adentrándome en la espesura de ramas y helechos. Terminé trepando a uno de los árboles al alcanzar el límite del territorio. Desde las alturas, avancé un poco más saltando de rama en rama hasta encontrar un lugar visible y a favor del viento. Entonces me senté a esperar.
Si Tigro quería encontrarme, lo haría sin problema alguno.
Y más vale que lo hiciera, porque no tenía ninguna otra forma de saber dónde dejarle el correo. Allí no había buzones decorados, ni casetitas donde pusiera «Sr. Tigro el Salvaje».
Durante aquel momento de soledad y calma, volví a prestar atención al sonido del viento entre las ramas, al aroma del bosque y el lejano rugido de la cascada y el suave gorgoteo del río. Por un momento cerré los ojos y respiré más fuerte. Un pequeño ejercicio de relajación que había practicado mucho en mi adolescencia y… por qué no decirlo, en mi temporada en la base militar. En esos momentos me cruzaba de piernas, soltaba la cola y trataba de no pensar en nada.
Pero un momento vino a mi mente. El instante en el que Topa Má me pidió que escuchara a mi

cuerpo.
Se me escapó una sonrisa y un bufido burlón. Era estúpido, por supuesto. Puede que hubiera nacido en la sociedad *beta*, pero conocía mi propio cuerpo, conocía sus límites, su fuerza y sus debilidades. Había aprendido a aprovecharlas todas y convertirlo en un pulido arma preparado para cualquier misión; por complicada o exigente que fuera.
¿Qué decía mi cuerpo en ese momento? «Tengo un poco de hambre. Casi hora de cenar. Ñam Ñam. Comida bien, gustar comida. Viento fresco, mmh, gustar. Refresca piel».
Eso era lo que decía. Nada de emociones profundas, ni mensajes ocultos, ni una sabiduría milenaria transmitida a través de generaciones y generaciones de *omegas* formando parte de Un Todo.
—¿Siempre pareces tan pensativo, Lemér?
La voz me sorprendió, pero no sonó tan cerca como para desencadenar una reacción inmediata y agresiva en mí. Así que, tranquilamente, volví a abrir los ojos y ladeé el rostro en dirección a Tigro. El alfa estaba en la misma rama que yo, pero a metro y medio de distancia. Seguía igual que la última vez que le había visto, incluida la raíz de regaliz que colgaba de entre sus labios y el mascaba distraídamente.
—Hola, Tigro —respondí mientras me quitaba la mochila de los hombros—. Te he traído el correo. Como no sabía dónde dejártelo, esperé a que tú me encontraras.
—Hiciste bien —murmuró, observándome fijamente mientras abría la bolsa y empezaba a sacar grupos de cartas y pequeños paquetes—. Mmh… —ronroneó entonces, llegando incluso a sonreír un poco—. Cuantas cosas…
—Creía que habías dicho que estabas acostumbrado a recibir mucho correo —le recordé.
—Sí, pero el otro *omega* venía cada dos o tres días y nunca se acumulaba tanto a la vez —respondió al mismo tiempo que empezaba a coger las cartas de mi mano y a echarles una breve ojeada.
A veces las olía y arqueaba las cejas, como si supiera quién se las había mandado sin siquiera tener que abrirlas. Algunos paquetes los rompía ligeramente para echar una ojeada del interior; uno de ellos, sin embargo, lo desenvolvió del todo. Se trataba de una cajita de madera clara con un bonito dibujo de unas flores violetas y hojas verdes.
Tigro se rio y deslizó la tapa, llegando a mostrarme el interior antes de decir:
—Raíces de regaliz de Prado Dorado, las mejores de la Reserva.
—Vaya, ¿las compras o te las regalan?
—Tengo mis propias regalices, pero estas me las ha enviado un *omega* de El Trigal. No recuerdo su nombre.
—Pareces muy olvidadizo con los nombres —respondí mientras metía la mano hasta el fondo de la mochila y rebuscaba los últimos sobres que se me habían escapado—. Con esto está todo —dije entonces, entregándoselo—. Aun quedan un par en El Pinar, pero no mucho.
—Bien, bien —asintió, todavía contento por la cantidad de correspondencia que había recibido de golpe—. ¿Y el libro me lo has traído?
—¿Qué libro?
—El libro que pedí de la biblioteca —me miró.
—No me han dicho nada de eso.
Tigro resopló y después apretó los labios, haciendo resaltar mucho sus largos bigotes de felino.
—El cartero del Pinar también se encarga de repartir los libros.
—Oh, así que ahora soy cartero y bibliotecario —murmuré, no muy convencido por la idea.
—Ey, Lemér… nadie te obligó a hacer este trabajo, ¿verdad? Lo elegiste tú para así poder viajar

de un lado a otro sin levantar sospechas… —y sonrió, aunque esta vez de una forma un tanto malévola—, pero eso no quiere decir que no debas hacerlo bien. Así que, la próxima vez, por favor, tráeme mi libro. Me quedé muy intrigado después de terminar la primera parte.

Y, como si nada, volvió a bajar la mirada hacia sus cartas y paquetes, acumulados entre los muslos de sus piernas para evitar que cayeran al suelo.

—Tigro… —le dije, acercándome un paso para poner de cuclillas frente a él—. ¿Por qué crees que he sido militar?

El *alfa* volvió a alzar sus ojos como jades veteados de oro y sonrió más.

—No lo creo, Lemér —respondió en voz baja, casi un ronroneo felino—. Estoy muy seguro de ello. Lo único que me pregunto en realidad es si habrás dejado de serlo o no…

—Ya… —murmuré en el mismo tono bajo mientras ladeaba el rostro—. Creo que te traeré esa novela, Tigro, porque, al parecer, te aburres tanto aquí solo que te creas tus propias historias de ficción.

Al *alfa* se le saltó la risa y abrió tanto la boca que la raíz por poco se le cayó de los labios.

—Te sorprenderías la de *omegas* que vienen a visitarme, aunque, claro, no todos tienen una excusa tan buena como tú —respondió antes de guiñarme un ojo y añadir—: ni la suerte de poder verme.

Me quedé mirando a Tigro por un momento. Mi primera reacción fue lanzarle algún comentario sarcástico e hiriente, un jarro de agua fría con el que bajarle los humos, y después largarme de allí sin más; pero, sin embargo, algo me hizo detenerme.

El *alfa salvaje* seguía mirándome con aquellos ojos felinos. Había algo en él, y todavía no conseguía entender exactamente el *qué*… Era muy atractivo, sí, pero no era solo eso. Había algo más… algo extrañamente provocador y peligroso en su mirada. Sonreía, pero no era del todo un gesto de felicidad, sino el de un hombre que supiera mucho más de lo que parecía saber. Como si ya hubiera ganado un juego de ajedrez que no hubiéramos ni empezado a jugar. Era listo, muy listo, demasiado listo.

Pasó todo un minuto y todavía seguía mirándole sin decir nada. El *alfa* no tenía prisa, no me detuvo y no interrumpió el momento. Respiraba con calma, elevando suavemente el abultado pecho bajo su camiseta de lana negra. No olía a nada. A nadie. Lo único que arrastraba era un ligerísimo aroma a regaliz cuando mascaba la raíz lentamente.

Tantos *omegas*, pero no tenía barba. Tantas visitas, pero siempre estaba solo. Tanto creía saber de mí, pero no me conocía en absoluto.

El viento seguía sonando entre las hojas de los árboles, arrastrando un aroma a bosque y un ruido constante. Y entonces, recordé: ¿Qué dice tu cuerpo, Lemér?

—Tigro —murmuré, ladeando de nuevo el rostro, esta vez, en la dirección contraria, deslizándolo suavemente hasta mirarle por el borde superior de mis ojos—. Tengo un problema…

El *alfa salvaje* siguió el movimiento de mis ojos y, por un momento, perdió la vista en dirección a mi cola, balanceándose y serpenteando suavemente a mis espaldas. Entonces tragó saliva y su respiración se aceleró ligeramente.

—Vaya… no pensé que los *betas* te hubieran enseñado a hacer eso —reconoció.

No respondí, solo deslicé la cola por mi hombro y la fui enroscando alrededor de mi cuello antes de acariciarme la mejilla con la punta. El *alfa* me miraba fijamente, tratando de concentrarse en mis ojos, pero incapaz de resistirse a echar rápidos vistazos en dirección a la cola. La suya propia, moviéndose a sus espaldas, empezó a deslizarse a un ritmo extraño, más nervioso y errático, enrollándose ligeramente y perdiendo esa lenta cadencia que siempre la acompañaba.

—Sabes que crecí en el mundo *beta* —le dije—. Sabes que hace poco que he llegado aquí…
—Lemér, lo estoy flipando —respondió, llegando a arquear sus espesas cejas negras. Se estaba resistiendo con todas sus fuerzas—. ¿Trabajabas en espionaje o algo así? Te lo confieso, eres muy bueno… pero, por desgracia, no vas a sacar nada de mí. Pero este despliegue de feromonas y hermosura… —y, como un chef, se besó en los dedos y, mientras la abría dijo—: «muac». Cinco estrellas.
—No me estás escuchando, Tigro… —murmuré, alargando la punta de mi cola hasta su rostro para darle un leve empujón hacia un lado. El *alfa* empezó a ronronear, pero enseguida lo ahogó y volvió a centrarse en mirar mis ojos—. No quiero que me digas nada, quiero que me ayudes…
—Ayudarte… —soltó un leve bufido y negó con la cabeza. Trataba de respirar lo menos posible, porque a cada bocanada que tomaba, solo caía más y más profundo—. No sé en qué podría ayudarte exactamente.
Avancé un poco más en la rama y me quedé justo frente a él.
—Quiero que me ayudes a limpiarme —le dije con ese tono bajo y dulce como la miel.
Todo yo, todo en mí, era el arma perfecta y la trampa infalible para cazar a la presa más esquiva y difícil del mundo: los *alfas*. Aunque realmente no tenía ni idea de lo que estaba haciendo en ese momento, allí, mirando fijamente a Tigro mientras me empapaba los pañales *omega* y movía la cola como un subnormal.
Conscientemente, no tenía ni puta idea de por qué hacía lo que hacía; pero mi cuerpo *sí* lo sabía. Mi cuerpo sabía exactamente lo que el *alfa* quería. Ese… «despliegue de feromonas y hermosura», era lo que yo llamaba «calentarle la polla a Copper»; pero a un nivel completamente diferente.
—¿Me estás oyendo, Tigro? —insistí, porque el *alfa* se había quedado completamente helado en el sitio, ya sin sonreír ni tratar de que parara de intentar seducirle. Con la punta de la cola volví a moverle el rostro hacia un lado—. ¿Me vas a ayudar?
El *alfa salvaje* parpadeó un instante y, sin volver de todo la cabeza, me miró por el borde de sus ojos de jade.
—Eres muy valiente o muy tonto si me estás pidiendo a mí que te limpie, Lemér —me dijo, ya sin tono divertido en su voz grave. Solo peligro y seriedad—. Vete a ver a los *alfas amaestrados* para eso…
—Mmh… —murmuré, apretando los labios y destacando mis bigotes alargados y negros en una mueca triste—. Sigues sin escucharme, Tigro…
Apoyé una mano en su ancha pierna y la otra en el montón de cartas, allí donde casi se precipitaban en dirección a su abultada entrepierna. Inclinándome hacia delante, le dije al oído:
—No me han limpiado nunca, ¿lo entiendes? Necesito a un *alfa* que sepa lo que hace…
Tigro no se movió, solo cerró los ojos y tomó una buena bocanada de aquel aire que olía a menta y miel, hinchando su abultado pecho bajo la camiseta negra de corte medieval.
—¿Y qué gano yo? —preguntó.
—A mí, Tigro… ¿te parece poco?
—Sí —me volvió a mirar—, me parece poco. ¿Ves todas estas cartas y regalos, Lemér?, son de *omegas* que llevan años tratando tan solo de conseguir venir a verme. ¿Qué te hace pensar que tú puedes llegar aquí y pedirme algo así?
Eso me hizo gracia, no sé por qué, pero mi cuerpo quiso reírse y punto. Lo que yo pensara o no en ese momento, no importaba. Así que retrocedí y, calmadamente, pregunté:
—¿Qué quieres, Tigro?
El *alfa salvaje* al fin giró el rostro hacia mí y me miró de frente mientras cruzaba sus musculosos

brazos sobre el pecho. Mis ojos descendieron justo en esa dirección, a su piel acariciada por el sol y el vello negro, blanco y naranja que había en sus antebrazos; el mismo que se podía percibir por la abertura en pico de su camiseta entre sus grandes pectorales. Los *omegas* no teníamos mucho vello corporal, pero los *alfas* sí.

Por un instante, pude percibir como Tigro apretaba un poco los brazos para resaltar todavía más sus músculos; y como levantaba la espalda para que pudiera apreciar lo grande y alto que era; y como tomaba una respiración profunda para hinchar su poderoso y amplio pecho; y como, incluso, movía suavemente la cadera para que ni por un momento me olvidara de aquel enorme bulto bajo sus pantalones de cuero.

Todo eso ocurrió en apenas un par de segundos, pero nada se escapó a mis ojos. Cuando al fin le miré de nuevo al rostro, sonreí ligeramente y me llevé las puntas a los dedos para besarlos.

—Muac —bromeé, celebrando aquel despliegue de atractivo y poder.

Sin embargo, Tigro no parecía muy contento de ello. Una rapidísima mueca en sus labios me hizo pensar que aquella demostración no había sido algo intencionado, sino una reacción involuntaria de su cuerpo al mío.

—Quiero todos tus celos —me dijo entonces con tono bajo y serio—, desde el del mes que viene hasta las *alfarias*.

Mi respuesta se hizo esperar un poco, porque no estaba en absoluto seguro de lo que eso significaba. Tenía una idea bastante clara de que sería un precio muy alto, porque Tigro sabía muy, muy bien lo que valía y no iba a rebajarse a pedir menos de lo que podía; pero las implicaciones y alcance de esa petición, se me escapaban por completo.

—Y no es negociable, Lemér… —me aseguró mientras entrecerraba los ojos.

—Mmh… —murmuré de forma pensativa, ladeando la cabeza hacia un lado y echándole otro buen repaso a su cuerpo.

Mi mente consciente me decía que no, que era mala idea, que no entendía a qué estaba jugando, que me faltaba información y aceptar sin más tendría consecuencias terribles. Pero no era mi mente racional y consciente la que me había llevado hasta ese punto, así que acallé todas esas voces en mi cabeza y respondí lo que mi cuerpo me pedía a gritos:

—De acuerdo, todos los celos y las *alfarias*.

Una terrible sonrisa de victoria se extendió por los labios del *alfa*, como si hubiera conseguido engañarme para aceptar un trato con el mismísimo diablo. Entonces, escupió la raíz que mascaba y descruzó los brazos. Con una mano tiró la montaña de cartas y paquetes a un lado, las cuales se precipitaron desde lo alto de la rama como una lluvia de hojas blancas y marrones flotando en la suave brisa; y, sin dejar de mirarme, gateó lentamente hacia mí, sin precipitarse, como un cazador seguro de haber atrapado a su presa favorita.

Se detuvo justo frente a mí, con su rostro casi pegado al mío, y tomó una profunda respiración antes de ronronear.

—Te voy a dar todo lo que necesitas para volver a ser un *omega*, Lemér —me dijo en voz baja y grave.

—El problema es solo mi Punto de Agua —respondí.

—No, no lo es.

—Sí, está como estancado o… —y me detuve.

Tigro se había acercado y, justo cuando creí que iba a besarme, lo que hizo fue frotar suavemente su mejilla contra la mía y ronronear de la forma más dulce y suave que había escuchado en mi vida. Algo dentro de mí vibro, en mis entrañas, produciendo un calor en mi entrepierna y más humedad sobre mi pañal.

—Yo soy un *alfa*, Lemér —me dijo sin dejar de frotar el rostro contra el mío—. Sé muy bien cuál es tu problema y sé muy bien cómo ponerle solución. He nacido para eso…
—Ah… —fue todo lo que pude decir, y ni siquiera fue una palabra, sino un leve jadeo que simplemente escapó de mis labios.
Entonces Tigro descendió en dirección a mi cuello y, haciéndose hueco entre mi cazadora y mi camiseta *beta*, me mordisqueó la base del cuello. Justo y exactamente de la forma que a mí más me gustaba: intenso, pero juguetón y cálido.
En ese punto cerré los ojos y solté el poco aire que me quedaba en los pulmones mientras gemía como un completo subnormal. Ya no quería ni pensar en la forma en la que me estaba mojando con solo dos tonterías; simplemente rodeé los hombros del *alfa* con los brazos y su cuerpo con la cola. Apretándole como si no quisiera darle ni la oportunidad de alejarse de mí.
—Tú no estás lleno, Lemér, sino a punto de explotar —susurró en mi oído.
Conseguí entreabrir un poco los ojos y asentir con la cabeza, murmurando un jadeante:
—Sí, sí, lo que digas… —antes de hundir la mano en su pelo revuelto y volver a acercarle a mi cuello.
Tigro gruñó y me mordió un poco más fuerte antes de agitar la cabeza y echar parte de su peso sobre mí. Yo apreté los dientes, cerré los ojos y le agarré con más fuerza, tirando de su camiseta de lana negra.
En el fondo, no creía que los *alfas* fueran muy diferentes a los *betas*. Puede que más grandes, puede que más atractivos que la media y puede que con rasgos animales que, aunque un tanto bizarros a veces, no terminaban por provocar en absoluto rechazo. Quitando eso, estaba prácticamente seguro de que serían igual de decepcionantes, las mismas cerillas en la noche, de esas que encendías y brillaban con fuerza, pero que enseguida se apagaban y te dejaban de nuevo en la oscuridad.
Pero Tigro solo necesitó un minuto para demostrarme que El Todo era real.
Jodidamente real.

UNA POCIÓN DE AMOR

Nos quedamos poco en aquella alta rama entre los árboles, solo lo suficiente para dejarme jadeando, sonrojado, completamente empapado y con la mirada perdida. Tigro no tardó en montarme a su espalda y salir a buen paso entre los árboles, con una agilidad y velocidad envidiables, incluso conmigo tras él, con mi cola apretada alrededor su cuerpo y mis brazos alrededor de sus hombros.

En ese momento, yo era como una garrapata no demasiado sexy, frotando mi rostro perlado de sudor contra su pelo o buscando su cuello. Copper odiaba aquello, decía que le ponía nervioso, que le ahogaba y que era incómodo; pero el *alfa salvaje* ronroneaba de vez en cuando y a veces incluso respondía a mis caricias con su rostro.

Como muchas cosas de las que pasarían de ese punto en adelante, mis reacciones y lo que hacía no eran algo consciente. Había entrado en ese estado acaramelado y excitado en el que me ponía cuando estaba muy cachondo. No sabía si era lo normal en los *omegas* o solo en mí, pero tampoco me importaba demasiado. Como dije: ni siquiera era algo consciente o que realmente pudiera controlar.

Me di cuenta de que llegamos a un claro y que el alfa ascendió una liana hacia lo alto de una casa entre las ramas. Hubiera sido muy interesante haber podido investigar el lugar en el que vivía un *alfa salvaje*, pero, por desgracia, en aquel momento mi capacidad de atención y observación estaban completamente nubladas por una fiebre excitada y nerviosa.

Supe que entramos en una casa con puerta de cortina, supe que había otra abertura al otro lado desde la que se apreciaba una especie de espacio abalconado entre las ramas, supe que Tigro me dejó suavemente sobre una especie de colcha en el suelo… pero después de eso se quitó la camiseta de lana negra y ya no me fijé en otra cosa que en su cuerpo.

Me mordí el labio inferior y emití una especie de gorgoteo desde lo profundo de mi garganta. El *alfa salvaje* tenía un cuerpo tan maravilloso como extraño y perturbador, pero, sin duda, completamente fascinante.

Por un lado, sus músculos eran de un tamaño que los *betas* solo podían conseguir con sustancias ilegales, pero no los *alfas*, cuyos organismos producían muchas más hormonas y testosterona que la de un simple hombre; así que, dependiendo de la especie, podían alcanzar el tamaño de culturistas, como los *alfas* bovinos, o atletas de élite, como los *alfas* del lago.

Tigro era simplemente el punto medio y perfecto entre ambos extremos.

Por otro lado, aquella mezcla entre lo animal y lo humano era todavía más patente al verle sin ropa. La camiseta de lana, los pantalones de cuero y las botas, aunque de corte anticuado y medieval, les «humanizaba» y les daba un aspecto más civilizado del que realmente tenían. Un *alfa* desnudo era una visión bastante más intimidante y salvaje.

Tigro tenía vello por todo el cuerpo: los antebrazos, los pectorales y los abdominales, descendiendo sin pausa hacia el interior de sus pantalones; pero no era un pelo normal, sino una especie de ligerísimo pelaje blanco surcado de rayas negras que se hacía más y más anaranjado a medida que llegaba a los costados y la espalda. Junto con su pelo revuelto, sus brillantes ojos de

jade, sus abundantes bigotes, sus largos colmillos, sus numerosas cicatrices y sus uñas como garras negras… llegaba a dar algo de miedo.
O eso es lo que pensaba mi educación *beta* desde el fondo de mi mente: que aquello no estaba bien, que era salvaje y que debía resultar desagradable. Mi parte *omega*, sin embargo, estaba cachonda como una puta perra en celo. Siempre me habían atraído mucho más los hombres grandes, agresivos e intimidantes, y quizá, eso tuviera una explicación después de todo.
Tigro apartó mi cola enroscada alrededor de su pierna, la cual no me había dado ni cuenta de haber movido; y, con calma, se descalzó, se desató el cinturón y se bajó los pantalones.
En ese momento sentí un terrible cosquilleo en las entrañas y en el culo, más mojado y manchado de lo que recordaba haberlo tenido nunca. Había muchas cosas de las que hablar sobre la entrepierna del alfa salvaje, pero solo me centré en las dos que más llamaron mi atención: la primera, lo preciosa que tenía la polla, gorda y de unos interesantes diecinueve centímetros completamente duros; la segunda, que el vello de sus huevos era completamente blanco, pero el de su pubis era naranja y estaba surcado por rayas negras de patrón atigrado.
—Fóllame —le dije con tono muy serio mientras clavaba la mirada en sus ojos. No era una pregunta ni algo a debatir, era una orden llana y clara.
Tigro se inclinó y se puso de rodillas sobre la colcha en la que me había tumbado, pero, para mi frustración, no hizo más que empezar a desnudarme.
—Todavía no puedo o te haré daño —murmuró mientras me levantaba la camiseta y ronroneaba de placer.
Él también se tomó su tiempo para apreciar mi cuerpo, acariciándolo con cuidado con sus enormes manos de garras negras, llegando incluso a inclinarse para frotar su cara contra mi pecho y ronronear como un gatito. Un gatito muy grande y peligroso. Absorbiendo aire por entre los dientes, terminó de quitarme el vaquero y, entonces, se le escapó un fuerte gruñido.
Como era de esperar, estaba absurdamente empapado. Mucho más de lo que me gustaría. Muchísimo más de lo que me había visto nadie; porque en el mundo beta siempre me aseguraba de limpiarme primero o evitar un estropicio como aquel. Sin embargo, allí estaba, con la cara interior de los muslos cubierta de un líquido traslúcido y viscoso con un potente olor a menta dulce. Y entre mis nalgas todavía era peor.
Fue entonces cuando sentí una punzada de miedo. Toda aquella autoestima, confianza y fiereza que me había acompañado hasta entonces, se derrumbó dentro de mí como un castillo de naipes; desde la base hasta la punta. Empecé a respirar más fuerte, pero ya no por la excitación, mientras miraba aquel puto desastre y me sonrojaba y pensaba en lo que Benny me había dicho: «es muy humillante…».
Joder… quizá no fuera tarde para levantarse e irme. Llevaba un día entero sin lavarme, había tensado demasiado el límite, y aun por encima no se me ocurrió otra puñetera idea que proponerle aquello a Tigro. ¡A Tigro, el único puto *alfa* al que me advirtieron que no se lo pidiera!
—Hueles jodidamente bien, Lemér… —gruñó una voz baja y grave, casi jadeante.
Cuando alcé la mirada, vi a *alfa salvaje*, con sus manos en mis rodillas para tensarlas en dirección a mi abdomen y así poder verme bien el culo. Respiraba fuertes bocanadas de aire por la boca entreabierta, como si acabara de correr toda una maratón. Con sus ojos de jade y oro miraba fijamente aquel estropicio y con su lengua se relamía los labios de lado a lado, casi como si ya pudiera saborearlo. Lentamente, movió una de sus manos de mi rodilla a mi ano y pasó las yemas de los dedos por encima. Con los dedos completamente empapados de líquido viscoso y traslucido se los llevó a los labios y los lamió.

Entonces gruñó con fuerza, puso los ojos en blanco y sonrió más de lo que nunca le había visto. No dudo ni un instante en metérselos en la boca y chupar hasta la última gota mientras me miraba fijamente a los ojos.
—¿Dónde estabas escondido todo este tiempo…? —me preguntó en voz baja.
Me encogí de hombros.
—No en el ejército —respondí.
Tigro esperó unos segundos y, de pronto, se rio, llenando su casa con una risa grave y alta.
—Muy bien, Lemér —murmuró mientras, con su mano de dedos ahora empapados de su saliva, volvía a acariciarme el ano—. Te voy a explicar lo que va a pasar: tú vas a volver a ser ese *omega* que sabe tan bien lo que quiere y vas a dejar a tu *alfa* encargarse de todo hasta que te recuperes. ¿Vale?
—Sí, vale… —murmuré, aunque mi tono súper sexy y dulce como la miel ya no estaba por ninguna parte. Ahora solo sonaba como yo sonaba siempre: cansado y frío.
Tigro se inclinó sobre mí, rozándome con gran parte de su abdomen velludo y cálido antes de acariciarme el rostro y ronronear. Eso provocó una respuesta inmediata en mí: un leve jadeo, un gruñido bajo y una respiración más calmada.
—Necesito que te relajes, Lemér —susurró en mi oído—. No quiero que hagas fuerza en el abdomen ni que intentes tensar el ano para no continuar mojándote. No quiero que te resistas ni te cohíbas ni te obligues a parar. Lo que quiero es que me des todo lo que tengas de ese delicioso babeo tuyo…
Y, sin más, descendió por mi cuerpo, dándome suaves besos o leves mordiscos hasta alcanzar mis nalgas y volver a hacer fuerza en la parte baja de mis rodillas para poder verlo bien. Miré el techo de la casa en el árbol y traté de tranquilizarme. Tigro tenía razón, no tenía sentido resistirse si, la razón de todo aquello era…
—Joooooderrrr —se me escapó en el instante en que empezó a lamerme el ano.
Tigro no restregaba la lengua, no era lamida apasionada y furiosa, sino que, con la punta de su lengua suave y cálida, empezó a acariciar la abertura de mi ano JUSTO como a mí más me excitaba. Algo lento, comedido, metiéndola un poco dentro pero centrado en acariciar el borde de la abertura.
En apenas segundos, volví a gruñir, apreté con fuerza aquella colcha bajo mí y arqueé ligeramente la espalda mientras un escalofrío arrollador me recorría todo el cuerpo hasta la base de mi cola; entonces, como sabía que pasaría, brotó un chorro de líquido omegático que bañó por entero la boca de Tigro.
Ambos nos quedamos quietos entonces. Yo miraba el techo y pensaba si era demasiado, demasiado pronto, demasiado líquido, demasiado inesperado, demasiado desagradable…
El alfa salvaje tan solo me apretó más las piernas y gruñó:
—Sí… justo así, joder… —antes de lanzarse a comerme el culo como si no hubiera probado bocado en meses.
No se cuál de los dos gruño más alto, ronroneó más o hizo más ruido. Tampoco es que estuviera demasiado atento a ese detalle, la verdad, porque después de correrme una segunda y tercera vez, ya me importaba todo una mierda. Agarré el pelo revuelto de Tigro con fuerza y lo apreté más contra mi culo a la vez que movía la cadera para restregárselo; ya me daba igual lo que pensara de mí, solo quería que no parara de mover esa lengua como si no hubiera un mañana.
Llegó un momento en el que el *alfa* terminó por rodearme la cadera con los brazos y levantarme con él. De rodillas y conmigo boca abajo, con el peso en los hombros y el cuello torcido contra la colcha, pudo lamerme a placer y no tener que apartar su mirada felina de mis ojos. Lo cual,

sinceramente, me puso terriblemente cachondo.
Tigro tenía la boca empapada por completo. Apestaba a menta y miel y, en los breves momentos en los que se detenía a jadear y recuperar la respiración, siempre gruñía de puro placer antes de volver a lanzarse a la piscina.
Algunos de mis chicos betas lo habían probado, lo de lamerme un poco. A muchos les gustaba, pero mi líquido omegático era como un caramelo de menta. Uno está bien, dos ya empiezan a aburrir, tres ya son demasiado, y, al cuarto, empiezas a cogerle un poco de asco al sabor fuerte.
Tigro se estaba comiendo toda la caja y aun parecía con ganas de más.
Tras casi una hora de aquello, volví a correrme una vez más, y ya llevaba… no sé, había parado de contar a la sexta; pero, en esa ocasión fue mucho más fuerte, porque también alcancé el orgasmo y me corrí por delante. Incapaz de aguantarlo por más tiempo.
Mi primer orgasmo en… un año y medio. Y Tigro ni siquiera me había follado.
Al terminar, me quedé jadeando, acalorado y vacío. Me froté el rostro sudado y me pasé las manos por los bigotes y el pelo, terminando por mirar el techo de la cabaña. Tigro me bajó las piernas y al fin pude tumbarme y estirarme a placer sobre la colcha. La postura había sido muy erótica, pero algo incómoda al final.
Cuando miré al *alfa*, seguía de rodillas, jadeando entre los labios empapados en líquido traslúcido que todavía goteaba de su gruesa barbilla. Miraba a un punto indeterminado de la puerta que daba a la zona abalconada y tenía los brazos muertos a los lados. Su cola de pelaje atigrado barría el suelo lentamente, de lado a lado, mientras mi cola le rodeaba el cuello como una carísima bufanda anillada. Entre sus piernas y manchando la colcha, había numerosos rastros de semen de las veces que se había corrido en el proceso.
Aquella imagen de haber alcanzado la iluminación y el nirvana, solo se vio interrumpida en el momento en el que su estómago se contrajo y un eructo le asaltó la boca. Lo contuvo a tiempo y se tapó un poco los labios, pero sin llegar a mancharse la mano con la baba que le cubría la parte baja del rostro.
—¿Estás bien? —le pregunté.
Tigro asintió y, con las manos en las rodillas, empezó a relamerse.
—¿Ha sido demasiado para ti? —sonreí.
El *alfa* me miró por el borde superior de los ojos, como si sus iris felinos salieran directamente de debajo de sus gruesas cejas negras.
—La pregunta, Lemér, es si ha sido demasiado para ti…
—Oh, no, no… —sonreí más, moviendo la punta de mi cola alrededor de su cuello para acariciarle juguetonamente la mejilla—. Para mí no lo fue…
—Esto no será suficiente —me advirtió—, voy a necesitar algún tiempo para ayudarte. Un par de días, quizá una semana.
Un gruñido de interés me brotó de la garganta al mismo tiempo que me ladeaba lo suficiente para poyar el codo en la colcha y la mejilla en el puño.
—Debo estar muy, muy mal… —le dije antes de arquear las cejas.
—Sí, lo estás, pero yo me encargaré de solucionarlo —respondió mientras gateaba hasta quedar a mi lado y tumbarse boca arriba. Entonces cogió una buena bocana de aire y suspiró—. Tendrás que ir a ver a Topa Má y pedirle la poción. Nada de anticonceptivos *beta* —dijo con un tono algo más cortante antes de mirarme por el borde de los ojos—. Esas mierdas no funcionan con los *alfas*, solo con los pichas corta de los humanos que solo se corren una vez. ¿Ha quedado claro?
—Aha —asentí—. Dime, Tigro, ¿el sexo me lo vas a cobrar a parte o entra dentro del trato?
—El sexo es parte del trato, Lemér —me dijo, volviendo a cerrar los ojos y colocarse las manos

tras la cabeza—. Incluso tú debes ya saber que los *salvajes* no nos regimos por las mismas reglas que el resto. Nosotros tenemos nuestras propias formas de hacer las cosas y todos los *omegas* lo saben.
—Sí, ya me han hablado de lo cabrones que sois —le aseguré.
Con mi cola, todavía alrededor de su ancho cuello, le acaricié suavemente el pecho y subí en dirección a su rostro. Tigro se estremeció un poco y ronroneó con una ligera sonrisa en el rostro.
—Los *omegas* se quejan, pero siempre vienen a buscarnos… —respondió.
No pude más que poner los ojos en blanco y, dando el día por terminado, levantarme para ir en busca de mi ropa tirada a un lado. Tigro no abrió los ojos ni pareció tener intención alguna de moverse de la colcha, en la que se había quedado tirado con las manos a la espalda y las piernas abiertas.
—Vuelve mañana a la tarde —fue lo último que me dijo antes de que saliera por la puerta—. Y lo digo en serio, Lemér: tómate la poción.
—Sí, ya te oí la primera vez —respondí, apartando la cortina de lana que hacía de puerta.
Ahora que podía ser consciente de mi entorno, me di cuenta de lo alto que estábamos del suelo. Es decir, lo alto que la casa estaba, casi a la altura de la copa de hojas verdes que bailaban agitadas por el viento. Solo por curiosidad, en vez de descender por la liana que conectaba directamente el porche de la casa con el suelo a lo lejos, preferí tomar las escaleras que rodeaban el gigantesco tronco.
Resulta que Tigro no tenía «una casita en los árboles», sino todo un complejo vacacional. Había diversos niveles y toda clase de espacios construidos con madera para crear falsos suelos entre los árboles. Uno de ellos era como una especie de taller y el otro una especie de cocina al aire libre con cobertizo. Había, además, otras pequeñas casas, pero lo poco que pude percibir cuando pasaba por delante, era que se trataban más de almacenes o despensas que de habitaciones. A Tigro solo le faltaba una enorme piscina y un jaccuzi a un lado, porque la hamaca colgando de las ramas ya la tenía.
Me pregunté por qué tendría escaleras hasta el suelo cuando él, al igual que yo, podía moverse con mucha facilidad entre los árboles y trepar en apenas segundos; hasta que recordé que él producía toda su propia comida y cuidaba de sus propios animales. Quizá necesitara subirnos y fuera más sencillo que cargarlos a la espalda; o quizá lo hiciera porque no todos los *omegas* podían trepar a un árbol.
Fuera como fuera, no le presté ni un segundo de mi tiempo a aquel pensamiento.
Primero, porque ya estaba anocheciendo y la «limpieza» me había dejado con un hambre de lobo; y, segundo, porque lo que hiciera Tigro y con quién, me importaba muy poco.
Yo no estaba allí para encontrar pareja y tener una docena de crías. Yo estaba allí para llevar a cabo una misión; que me hubiera tomado un momento para realizar un pequeño viaje de autodescubrimiento, era solo un breve parón en el camino.



Llegué justo a tiempo para la cena y fui a sentarme con Arda y sus amigos, pero una voz me interrumpió en mitad del camino. Cuando me giré, vi a Benny en una mesa de la esquina, solo, como era habitual en él, pero, al parecer, con ganas de compañía.
—Te he estado buscando, Mentita —me dijo con su tono de siempre, cortante e indignado—. Toma tu puta ropa.
Con una mano arrastró el paquete anudado que había a un lado de la mesa y, antes de que yo lo alcanzara, lo apartó de mí. Al mirar su rostro, vi una profunda mueca de sospecha, de labios tensos y ojos entrecerrados.
—Tú… —murmuró—. Has ido al lago…
—¿Por qué lo dices?
—Porque no tienes la cola pegada a tu cuerpo como un puto alambre tieso y sin vida.
Parpadeé e, inconscientemente, volví el rostro para ver mi cola serpenteando a mis espaldas como una enorme culebra peluda y anillada.
—Ah, emh… puede que… haya perdido un poco de estrés —y le guiñé un ojo.
Benny puso los ojos en blanco y empujó el paquete de ropa hacia mí.
—¿Te sirvió uno solo o tuvieron que hacerlo varios? —preguntó mientras iba en busca de un melocotón del cuenco.
—No, uno solo valió.
—Pobre, debió quedar reventado —y se rio solo con pensarlo.
—Pues… sí parecía un poco saturado. Al terminar, se quedó respirando lentamente y mirando a la nada.
Benny se rio más fuerte y llegó a golpear la mesa con la mano.
—¡Le dejaste lleno! —exclamó, muy divertido con aquello—. No me digas más, se corrió un par de veces, ¿no?
—Eso creo.
—Ogh… estos *alfas* del lago —y negó con la cabeza, empezando a saborear su melocotón. Sin terminar de masticar y tragar, añadió—: Hablemos de Bullo ahora. ¿Qué te dijo de camino al Pinar?
Apuré el puñado de moras que me había llevado a la boca y respondí:
—Nada, estuvimos tonteando un poco y después me cogió de la mano y me dijo que debería ir a probar algunas de las manzanas de su huerto. Las mejores de la Reserva.
—Si, ya, todos tienen siempre algo que es «lo mejor de la Reserva» —me aseguró, dándole a aquella expresión un aire grandilocuente y satírico—. Pero bueno, está bien que te haya ofrecido algo. ¿Vas a pedirle que te limpie?
—Mmh… —lo pensé un instante.
Mi mente decía no. Mi mente decía que tenía una puta misión y que aquel «experimento» era algo secundario, no lo principal. No estaba allí para ser parte real de su comunidad, sino para descubrir la célula terrorista que se escondía en algún parte de aquellas montañas.
Mi cuerpo solo decía: «Bullo muy grande. Mmmmmh… sí, sí. Bueno. Bueno».
—Seguramente —suspiré—. Me ha parecido muy agradable y… la verdad, es bastante guapo.
—Sí, tiene la polla enorme —afirmó, interpretando mis palabras de una forma… bueno, a la forma de Benny—. Los *alfas bovinos* son de lo mejor, créeme. Estuve un buen tiempo con Tori y todavía creo que el culo no me ha vuelto al tamaño normal.
Y, por si eso no fuera suficiente explícito, uso sus manos para indicarme tamaño y grosor antes de sonreír y mover las cejas arriba y abajo.
—Una puta locura… —murmuró al final—. Aunque no te esperes nada apasionado, son más de

movimientos lentos pero profundos. ¿Vas a venir a la Fiesta de la Lana? —añadió antes de darle otro mordico al melocotón y macharse el morro y los bigotes de jugo dulce—. Deberías venir, dejarte ver. Si Bullo se te acerca, sabrás que le tienes bien agarrado de los cojones.
—Ahm… ¿y cuanto tiempo se supone que debería esperar entre que me limpie y empecemos a follar?
—Uff… buena pregunta, Mentita —me felicitó mientras masticaba el último trozo del melocotón y tiraba la pulpa a un lado—. Lo normal sería esperar a sacarle una buena barba y que te regale un par de cosas, como con los *alfas* de Presa de Arce; pero hablamos de un *alfa* del valle, así que insistirá más en follarte y no tendrá tanta paciencia. Bullo es un bovino y ellos están muy cotizados —insistió mientras me miraba fijamente y me señalaba con sus dedo manchado de jugo de melocotón—, puedes permitirte sacarle un poco de barba y empezar a tontear seriamente con él. Por ejemplo, puedes preguntarle por su cerveza, la hace él y es relativamente famosa en la comarca; así que está bastante orgulloso de ella. Pónselo difícil, pero déjate querer. Ya sabes, halágale, pero siempre con un poco de veneno al final, para que no se lo crea tanto.
Asentí varias veces y escuché sus grandes perlas de sabiduría, esas que no estaba seguro de hasta que punto serían válidas. Hacía menos de seis horas que el propio Bullo me había advertido de no «hacer el tonto como tu amigo Benny».
—Pero si vas a la fiesta y le miras detrás de otro *omega*, no vuelvas a acercarte a él jamás —sentenció con tono muy serio—. Nosotros no vamos detrás de nadie. Nosotros somos lo mejor del Pinar.
—Por supuesto —asentí—, y, ¿puedo hacerte una pregunta discreta?
Benny se inclinó hacia delante en la mesa y, de una forma un poco mona y un poco graciosa, movió sus enormes orejas de conejo en mi dirección, como si quisiera darme a entender que tenía toda su atención.
—¿De qué se trata? —quiso saber en un bajo susurro.
—Del celo —respondí en el mismo tono bajo.
—Por favor… —negó con la cabeza y cerró los ojos—, dime que has tenido el celo alguna vez…
—Sí, sí, eso sí —le dije—. No se trata de eso, sino de lo que significa en la Reserva.
—Pues significan un par de días muy cerdos y muy divertidos.
—No —pero se me saltó la risa y tuve que parar—. No, me refiero a si tiene algún significado especial para… el *alfa* con el que lo pasas.
—Aaahh —lo entendió al fin—. Sí, bueno, verás. El *alfa* con el que pasas el celo es, seguramente, tu favorito. Así que se pavonean por ahí como si fueran los reyes del mundo y ya te tuvieran enamoradísimo. —Y puso los ojos en blanco como si eso fuera algo ridículo.
—¿Y qué ocurre si pasas muchos celos seguidos con el mismo *alfa*?
—Pues que ellos tienen razón y estás enamorado como un gilipollas.
Esperé un momento para hacer mi siguiente pregunta.
—¿Y en las *alfarias*?
—¿Qué quieres decir?
—¿Y si pasas otra vez el celo con el mismo *alfa* durante las *alfarias*?
—Eso no es elección tuya, Mentita —negó—. Las *alfarias* es el único momento en el que los *alfas* eligen a los *omegas*, y no al revés.
No lo entendí, pero preferí no insistir en el tema porque empezaba a ser un poco obvio que aquella no era simple curiosidad. Algo que quedó patente cuando Benny se apartó la manzana de los labios y me dedicó otra de sus miradas serias.
—Bullo está bien, es un buen *alfa*, pero no seas tan gilipollas como para quedarte estancado y

regalárselo todo. Vete a Presa de Arce o a Refugio de la Garra, y búscate otro *alfa* allí, y también en Mina Negra, en la comarca de Cauce Rápido, o incluso en Vega de Miel, en Prado Dorado. Te llevará algún tiempo ir y volver, pero así abres posibilidades y siempre es divertido experimentar con *alfas* de otros lugares.
—¿Tú tienes un *alfa* en todos esos sitios?
—Los tuve —respondió, pero, por la forma en la que lo dijo y la leve mueca que puso, super que era mejor no insistir.
La vida de Benny no era de mi incumbencia.



Aquella noche dormí mejor de lo que había dormido en mucho tiempo: del tirón, sin despertarme varias veces a la noche, ni tardar demasiado tiempo en encontrar la postura y conciliar el sueño, ni despertarme demasiado temprano, ni calambres…
Simplemente, llegué a mi cama, cerré los ojos y, casi diez horas después, los volví a abrir. Hice mis estiramientos y gruñí de puro placer cuando me crujió la espalda y estiré por completo la cola. Con una sensación más ligera en el pecho, me puse mi nueva ropa y salir a por el desayuno. No tenía espejo donde mirarme, aunque me imaginaba que tendría la misma pinta de aldeano medieval que el resto; solo que a mí, Antila me había hecho además un chaleco de cuero oscuro a juego con las botas. No sabía por qué, pero, la verdad, me gustaba bastante.
En el desayuno, me uní a un pequeño grupo de *omegas* que conocía porque vivían en Ramas, como yo, y después bajé a Raíces para hablar con Topa Má. Me la encontré sentada en una silla, con las manos en las rodillas mientras contemplaba la nada con sus ojos ciegos y cubiertos por monedas.
—Lemér… —dijo con aquella voz lenta y jadeante—. ¿Quieres más respuestas que no vas a escuchar, o buscas más preguntas que no quieres oír?
—¿Eso es en lo que piensas cuando estás ahí sentada?, ¿en formas poéticas y estúpidas de hablar?
—La mayoría de las veces, sí —respondió sin más—. Otras veces tan solo pienso en comida.
—Qué maravilla —murmuré antes de suspirar y soltar lo que había venido a soltar—: Oye, Topa Má, necesito una poción de amor de esas.
El rostro de Topa Má se volvió hacia mí, haciendo tintinear sus muchos amuletos y tótems que le colgaban del pelo y la cabeza.
—La poción no solucionará tu problema —me advirtió.
—Ya, pero el *alfa* por la que me la tomo, quizá lo haga.
—Mmh… —murmuró ella, exactamente igual que siempre, antes de levantarse de sus silla y dirigirse lentamente hacia una de las paredes repletas de baldas excavadas entre la tierra y las raíces.
Allí había muy poca luz para leer las etiquetas, pero no es como si la chamana pudiera ver algo de todas formas. Con sus manos de largos dedos y largas uñas negras, fue palpando los tarros e ingredientes mientras me preguntaba:

—¿Es el *alfa* bovino que me trajiste ayer…?
—No.
—¿De qué especie…?
—Emh… felino, supongo.
—¿Supones…?
Tomé aire y me crucé de brazos.
—Es un *alfa*-tigre.
Topa Má se detuvo en seco. Su mano se cerró lentamente sobre uno de los tarros y lo sacó del interior de la estantería excavada. Sin decir nada, fue en busca de una de las hierbas secas que colgaban del techo y, todavía en silencio, también recogió algún tipo de caja metida dentro de un arcón al final de su casa-consulta-cabaña de bruja.
—¿Qué? —pregunté al fin, un tanto exasperado por aquel intenso silencio tan solo interrumpido por el constante tintineo de sus amuletos y alhajas—. ¿Crees que es mala idea?
—¿Lo es…?
—Te juro por dios que me revienta muchísimo que me respondas a preguntas con preguntas, Topa Má. Por favor, ¿podrías decirme si es una mala idea? Hice lo que me dijiste de hacer caso a mi cuerpo, pero ahora estoy empezando a pensar que quizá me haya precipitado.
—¿Cómo te sientes, Lemér?
—Preocupado.
—¿Solo preocupado? —insistió, caminando de vuelta al fuego que ardía en mitad de la sala, allí donde también tenía todas las herramientas necesarias para preparar… lo que se supusiera que iba a preparar.
—Además de chamana, líder espiritual y heredera de una tradición milenaria, ¿ahora también eres psicóloga?
No sabía qué me pasaba con aquella mujer, pero la había cruzado desde el primer día y no podía resistirme a ser un poco cabrón con ella.
—¿Para qué me preguntas entonces, Lemér, si nunca te gustan mis respuestas…? —dijo en esa letanía tan suya, como si tuviera que suspirar cada pocas palabras.
—Tienes razón —asentí antes de, con un tono más firme y serio, preguntar—: ¿cuándo tendrás la poción?
—A mediodía.
—Perfecto, gracias —y me di la vuelta.
—Lemér… —me llamó entonces. Estuve a punto de irme de todas formas, pero me detuve y me volví para mirarla toquetear los ingredientes y arrojarlos a un pequeño caldero de agua todavía fría—. ¿Crees en el destino?
—No, no demasiado.
—Mmh… —murmuró, espolvoreando algo sobre el agua mientras alzaba la cabeza hacia el techo—. Hay *alfas* profundos como el mar… y *omegas* inamovibles como montañas.
Esperé un momento y después dije:
—Pues muy bien —y me di la vuelta y me fui.
Tenía mucho trabajo que hacer y muy poco tiempo que perder con adivinanzas.
Así que subí a buen paso hacia el Hogar para planificar mi siguiente viaje. Tenía cada vez más curiosidad por ir a ver Presa de Arce, sin embargo, lo más práctico sería quitarse todo el correo posible de encima para que no dejara de acumularse y mezclarse; por ello me cargué con la mochila y una bolsa y las llené de toda la correspondencia en la que ponía: «Comarca de Mil Lagos. Territorio de Jabail. Alfa Salvaje».

Según el mapa, el territorio de Jabail estaba en dirección suroeste al Pinar, en una cuenca repleta de pequeños lagos y prados. Llegar allí solo me llevó hora y media de camino y un breve descenso por la ladera rocosa. Al contrario que el de Tigro, aquel lugar tenía una visibilidad maravillosa, con apenas árboles que taparan la vista; lo que me permitió encontrar la casa del alfa salvaje casi al instante de poner un ojo en el valle.

Todavía quedaba un poco lejos y no era más que un par de puntos oscuros en lo alto de la colina, pero de su techumbre de paja brotaba el humo blanco de una hoguera. Como me pareció más sensato, me fui acercando por la parte más visible, intentando que el aire me diera siempre de espaldas, arrastrando mi olor hacia la cabaña.

No había ni alcanzado la mitad del trayecto cuando percibí una figura al otro lado, recorriendo el mismo sendero que yo, pero en dirección contraria. Cuando quedaban tan solo unos ochenta metros de distancia, le saludé con la mano; aunque él no respondió; tan solo se detuvo y esperó a que yo terminara de acercarme.

Jabail era… enorme, sin duda. Y cuanto más me acercaba, más ancho, amenazador y fuerte parecía.

—¡Hola, soy Lemér! ¡El nuevo cartero de El Pinar! —le saludé de nuevo con una sonrisa.

El *alfa* levantó un poco su cabeza cuadrada y asintió lentamente. Jabail no me sacaba demasiada altura, quizá cinco o seis centímetros como mucho, y su cuerpo, aunque increíblemente musculoso, tenía una capa de grasa que abultaba su barriga por debajo de su mandil de cuero duro. Así que era como uno de esos hombres compactos y robustos.

—Tengo un montón de cartas para ti —continué, señalándole la mochila a mis espaldas y la bolsa que cargaba en mi mano.

Otro asentimiento de brazos cruzados sobre el pecho. Si Jabail hubiera sido el primer *alfa salvaje* que hubiera conocido, hasta hubiera pensado que esa actitud era algo común en ellos; pero ahora casi me inclinaba a pensar que aquel *alfa* solo era demasiado prepotente y serio como para dignarse ni a hablarme. La verdad era que tenía toda la pinta de ello.

Jabail era muy atractivo, incluso con agresivo que parecía. El pelo de su cabeza era largo y estaba atado en una coleta de tela roja a la altura de su coronilla, pero lo que creía que eran rastas o pequeñas trenzas, resultó ser su pelo; cada uno del grosor de un lápiz y de un tono entre el marrón claro y el oscuro. Una gama cromática que se repetía en el abundante vello que cubría su cuerpo desnudo tras el mandil. Sus ojos eran de un negro tan intenso que no se podía diferenciar la pupila del iris y te miraban tan intensamente que casi te hacían preguntarte si trataba de asesinarte con ellos. Y, aun así, lo que más destacaba en él eran sus enorme colmillos, surgiendo de su labio inferior como si Jabail fuera algún tipo de orco de fantasía.

Ahora que lo pensaba, sí que parecía totalmente un orco de fantasía. Mi teoría de que la Reserva podría formar parte de una película del Señor de los Anillos se intensificaba por momentos.

—Pues aquí está —le dije cuando llegué a estar a dos pasos de él y me quité la mochila del hombro—. La bolsa puedes quedártela —añadí, alargando el brazo para dársela.

El *alfa salvaje* descruzó los brazos y la cogió, después se limitó a observar cómo sacaba todas las cartas y paquetes que le habían enviado. Montaña a montaña, se los fui entregando.

—Pues eso es todo —concluí, volviendo a ponerme la mochila al hombro.

Jabail levantó un dedo para que me detuviera, y me pareció el gesto más maleducado del mundo, hasta que, de pronto, dejó la bolsa sobre la hierva del suelo y abrió la mano como si leyera algo en ella y me la mostró. Tardé un par de segundos en que una luz se encendiera en mi cabeza.

—Ah, espera, ¿eres mudo? —le pregunté.

El *alfa salvaje* asintió y, con la misma mano que me había enseñado, se señaló el oído y después

a lo lejos, hacia donde quedaba El Pinar.
—No, nadie me lo dijo —reconocí.
Jabail puso una mueca de escepticismo, como si no me creyera. Se palpó el pecho abultado de su mandilón, después apretó el puño para destacar su enorme bíceps y, finalmente, señaló toda la cantidad de cartas, mensajes y paquetes que tenía bajo su otro brazo.
Por supuesto… él era un *alfa salvaje*, los *omegas* de El Pinar debían hablar mucho de él. Sonreí, pero no llegué a reírme por no querer ofenderle con aquello; simplemente me había resultado encantadora la forma en la que lo había explicado.
—Sí, oí tu nombre un par de veces —lo cual era cierto—, pero acabo de llegar y no he tenido mucho tiempo. Solo bajé a Vallealto a por la ropa y acepté el puesto de cartero.
Jabail pareció ligeramente complacido con mi explicación, entreabrió los labios y asintió de nuevo como si dijera: «Ahhh…». Entonces volvió a mostrarme su mano de dedos pegados como si leyera, y después me señaló a mí y a sí mismo.
—Ah, ya, los libros. Siempre me olvido de los putos libros, perdona. La próxima vez te lo traeré —prometí.
El *alfa* levantó dos dedos y, sinceramente, por un momento creí que me estaba haciendo el gesto de «paz» y despidiéndose, pero gracias a Dios lo entendí rápido.
—Dos libros, claro —asentí—. Los que quieras.
Jabail asintió una vez más y, recogiendo la bolsa de suelo, se despidió —ahora sí—, con una especie de resoplido que sonó al de… bueno, un jabalí. Me quedé un par de segundos mirando su enorme espalda velluda y preguntándome cómo era posible ser tan estéticamente intimidante, y a la vez tan agradable a la hora de expresarse sin poder usar palabras.
Con una bocanada de aire, arqueé las cejas y tomé el camino de vuelta al poblado. Sinceramente: los *alfas* no dejaban de sorprenderme.

VENGANZA

Miré el atardecer desde lo más alto de un árbol, mecido por la brisa y sintiendo la caricia del sol en el rostro. El cielo era inmenso, como lo era las montañas del horizonte, de un azul cada vez más oscuro a medida que el cielo se teñía de malva, naranja y rojo.
Cerré los ojos y tomé una profunda bocanada de aire. No quería pensar en nada, pero era difícil no hacerlo.
—En serio, Lemér, no sé si lo haces a propósito, pero que sepas que esa actitud de *omega* intenso y atormentado, no me pone nada.
Abrí los ojos y bajé la mirada. Unas pocas ramas más abajo estaba Tigro sentado, con las piernas colgando en el aire y su cola de tigre balanceándose lentamente a su espalda. Esta vez no me había sorprendido, no del todo, porque, un poco antes de su voz, llegó hasta mí un aroma a menta y miel.
Descendí de un salto y aterricé en una rama cercana a la suya, haciéndola agitarse bajo mi peso.
—Creía que lo de la barba tardaba más —respondí.
El *alfa salvaje* seguía como siempre, con la excepción de que ahora, bajo su nariz y entre los largos bigotes, había aparecido la sombra de un incipiente vello facial; tan colorido y atigrado como el resto de su pelo.
Tigro se llevó una mano a la barbilla y la frotó mientras una suave sonrisa se extendía por sus labios.
—Suele tardar más —afirmó—, pero depende de la cantidad de *baba omega* que hayas comido. Y yo me comí mucha ayer… —terminó ronroneando.
—Ah… entonces es por la ingesta y no por el contacto con la cara por lo que se produce la barba.
Tigro echó atrás la cabeza y llenó lo alto de las copas con su risa grave y profunda.
—Dime, Lemér —dijo, volviendo a mirarme—, ¿te han enviado aquí para espiarnos o para investigar nuestra cultura? Siempre pareces muy interesado por los temas más tontos…
Me encogí de hombros.
—Tengo curiosidad —reconocí—. El hecho de que solo te salga barba cuando me comes el culo, me parece algo fascinante.
Tigro volvió a reírse, pero un poco más bajo y menos tiempo que la primera vez.
—Entiendo que me encuentres fascinante, Lemér, pero yo no soy de esos *alfas* que puedas pararte a estudiar… —entonces ladeó el rostro y me miró por el borde superior de sus ojos de jade—. Conmigo hay que pasar rápido a la práctica.
—Mmh… has hilado bien la frase, pero al final te ha quedado algo tonta.
—¿Tonta? —bufó y puso expresión incrédula—. Ha sido muy graciosa, y lo más importante, cierta.
Apreté los labios y moví la cabeza de lado a lado, como si me lo pensara pero no tuviera muchas dudas de la respuesta que elegiría a continuación.
—Que todos los *omegas* que vengan a visitarte se rían de tus bromas, no significa que seas

gracioso, Tigro.
—Oh… —jadeó, volviendo a sonreír antes de arquear una ceja—. ¿Y ese ataque tan barato, Lemér…?, ¿Me sacas un poquito de barba y ya te crees mi dueño?
—¿Ataque? —pregunté, como si no entendiera el significado de esa palabra—. ¿Por qué sería un ataque? ¿Acaso te ofende que hable de esos *omegas* que, como tu insistes en decir todo el rato, no paran de visitarte?
—No, no me ofende en absoluto.
—Entonces no es un ataque, Tigro, solo la verdad…
El *alfa* no respondió a eso. Volvió a ladear el rostro y un leve ronroneo bajo y gorgoteante llegó desde lo profundo de su garganta.
—Me gustas mucho más cuando intentas seducirme y pones las manos en mi muslo y mi entrepierna —murmuró.
—No lo intenté, Tigro —le corregí, deslizando mi cola para alcanzar su rostro y darle un leve empujón hacia el lado—. Lo conseguí…
En esa ocasión el ronroneo se hizo más alto y profundo y un Tigro de labios entreabiertos y leve sonrisa se estremeció con un escalofrío y me miró fijamente a los ojos.
—Ven… —gruñó, respirando por la boca y mostrando parte de sus colmillos más largos y gruesos.
Me levanté de mi rama y crucé de un simple salto, apoyando los pies a los lados de su cuerpo antes de sentarme a horcajadas en su regazo. El *alfa* me rodeó entonces con sus brazos y levantó la cabeza para frotarla contra la mía. Con la incipiente barba, rascaba un poco, pero eso siempre me había gustado bastante en un hombre. Ahora podía entender la razón.
Cerré los ojos y me dejé guiar por el suave sonido de su gruñido gorgoteante, el calor de su enorme cuerpo y la presión de sus brazos a mi alrededor.
Y así, sin más, todas las dudas desaparecieron de golpe.
Mi mente no había parado de divagar sobre las consecuencias de todo aquello, sobre los riesgos, las complicaciones, el arrepentimiento… pero mi cuerpo solo tenía una pregunta; y Tigro conocía todas las respuestas.
Quizá fuera solo la experiencia, quizá Tigro hubiera hecho aquello con una docena de *omegas* antes que yo, y lo haría con una docena después de mí…; o quizá aquel místico Todo existiera de verdad y el *alfa* supiera exactamente lo que tenía que hacer, cada botón que tenía que tocar, cada palabra que tenía que decir, para conseguir que me derritiera en sus brazos a la velocidad de un cubito de hielo en el Sahara.
Fuera lo que fuera, era maravilloso.
Cuando apartó su rostro, me miró fijamente a los ojos. Yo jadeaba y sentía que volvía a humedecerme demasiado deprisa. Tigro recorrió mi espalda con una de sus grandes manos y me pegó más contra él. Sus labios se acercaron a los míos y por un instante, el corazón se me detuvo en el pecho y dejé de respirar.
Y de pronto… nos caímos.
Por supuesto, no llegamos al suelo. Realmente, ni siquiera dejamos la rama en la que estábamos apoyados. Por alguna razón, al *alfa* le había parecido gracioso dejarse caer de espaldas y quedarse colgando en el aire, boca abajo, conmigo entre los brazos y una sonrisa de oreja a oreja en los labios.
Yo le miré con expresión aburrida de ojos ligeramente entornados, asegurado por sus brazos y mi propia cola, la cual había enrollado en apenas un segundo alrededor de la rama al sentir que perdía el equilibrio.

—¿En serio, Tigro? —le pregunté.
El *alfa* se encogió de hombros y respondió:
—Así será un beso que nunca olvidarás —y, después, me besó.
Me hubiera gustado haberme mantenido firme y serio, aunque fuera colgando de mi cola y boca abajo, pero, como todo lo que él me hacía, perdí por completo las fuerzas y solo pude dejarme llevar. Su lengua era simplemente perfección, húmeda y suave, moviéndola de la forma ideal en el momento justo para arrancarme el gruñido más profundo de mi garganta y la humedad más cálida de mi interior; aunque todo eso ya lo sabía del día anterior, con la diferencia de que su cara estaba en otro sitio y no frente a la mía.
Cuando paró de besarme, yo estaba tan acalorado y mojado que hasta resultaba incómodo. Sin el pañal, el fluido se esparcía por todas partes y no era una sensación nada agradable; casi como si te hubieras meado por ti sin querer.
Con una media sonrisa cruel en los labios y sin dejar de mirarme a los ojos, Tigro metió la mano por debajo de mi pantalón y buscó el origen de toda aquella humedad, empezando a gruñir en el mismo momento en el que rozó mi ano.
—No, no —negué, tratando de detenerle—, no podré aguantarme con la cola si haces eso.
—Oh… entonces tendrás que soltarte —murmuró.
Por supuesto, no se detuvo ahí. Empezó a besarme de una forma salvaje y a hacer presión con las yemas de sus dedos en mi ano empapado, provocando una reacción instantánea en mi cuerpo. Conseguí aguantar la cola en la rama la mayor parte del tiempo, hasta que Tigro empezó a mover la cadera, restregándome el enorme bulto carnosos que sus pantalones eran casi incapaces de contener.
Fue entonces cuando mi cola cedió y me precipité al vacío de veinte metros que me separaba del suelo. Sentí el pánico instantáneo y el subido de adrenalina, pero de pronto me detuve en seco y mi cola se pudo agarrar como una boa alrededor del *alfa salvaje*, el mismo que me había frenado cuando mi entrepierna había alcanzado su rostro.
Levanté la mirada hacia él, pero solo vi aquella expresión de malvada sonrisa en los labios.
—No… —jadeé, creyendo saber lo que haría incluso antes de que, de hecho, lo estuviera haciendo.
A Tigro, agarrado con sus piernas en la rama, colgando a veinte metros del suelo —una caída que incluso a nosotros nos constaría superar sin daños importantes—, no se le ocurrió otra cosa que deshacerme el nudo del pantalón y bajármelo para, con sus manos bien afianzadas en mi cadera, hundir el rostro en mi culo.
—¡¿Estás de puta broma?! ¡Tigrrr…! —no pude terminar de decir, incapaz de hacer nada más que llevarme las manos a la cabeza y concentrarme en respirar.
La barba incipiente me rascaba las nalgas y la piel, haciendo la experiencia incluso mejor que la tarde anterior. Quizá fuera algo en mi animatología, algo en mi psique animana que identificara la barba con el hecho de que el *alfa* ya hubiera estado conmigo, y que eso convertía a Tigro, a ojos de mi instinto y las reglas animanas, en algo mío.
Y eso me ponía terriblemente cachondo.
Así que allí, colgando en lo alto, jadeaba y gemía y gruñía pensando que, si me moría con el cerebro estallado contra la hierba, al menos lo haría feliz y al borde del orgasmo.
Pero eso no sucedió, lo que sucedió fue que, tras limpiarme bien y mordisquearme la nalga, Tigro me subió junto a él como si no pesara nada y, con solo la fuerza de su abdomen y la ayuda de su propia cola, nos volvió a sentar en la rama. El lugar donde todo había empezado.
Tardé un momento en recuperar la respiración y en poder mirarle con mis ojos nublados y

húmedos. El *alfa salvaje* estaba sonriente, sudado y casi tan jadeante como yo, pero increíblemente feliz. Todavía se relamía la boca manchada de líquido omegático con fuerte olor a menta y miel, ronroneando con profundo placer al hacerlo.
—Había que limpiar eso… —fue lo que me dijo.
—¿Y tenía que ser colgando a veinte metros del suelo? —pregunté.
Tigro se encogió de hombros y volvió a relamerse.
—Eres un arborícola, ¿no? —respondió—. A ti te gustan las alturas.
Entreabrí los labios, pero lo único que brotó de ellos fue una suave risa que se fue haciendo más alta y ruidosa por momentos.
—Sí, es verdad —tuve que reconocer.
El *alfa* me guiñó un ojo y se acercó para besarme una vez más. No era la primera vez que probaba mi propio líquido en los labios de alguien, pero, por alguna razón, en los de Tigro supo mucho más dulce de lo habitual.
—Venga, vamos a mi refugio —susurró casi pegado a mi boca; y, por un momento, casi creí que era una pregunta. Como si realmente quisiera saber si le acompañaría o no.
Vaya tontería, la verdad.
—Vamos —no dudé ni un segundo en responder.
No estábamos muy lejos de allí, porque me había parado a esperarle en el borde del «territorio interior», o, al menos, así llamaba yo a la zona marcada con garras sobre la maleza de los árboles; tal y como si fuera una advertencia.
Desde allí, nos llevó poco más de diez minutos alcanzar la casa de los árboles y ascender la liana hacia lo más alto. Tigro se detuvo en la entrada y me invitó a pasar primero, apartando al cortina para mí. Le di las gracias, aunque no podría estar seguro de que aquella norma de educación se pudiera aplicar al mundo animano. La de dejar el paso y sujetar la puerta, digo. Quizá se tratara más de una parte del proceso de invitarme libremente a su refugio o algo así.
Estaba a punto de preguntárselo a Tigro, pero él se quitó la camiseta de lana negra y me olvide por completo del tema. Se acercó a mí con esa sonrisa tan suya, como si ya hubiera ganado el juego, y, cogiéndome en brazos, me llevó directo a la colcha; la cual todavía tenía un fuerte olor a menta y miel.
Todos esos pequeños detalles no se me pasaron por alto, no a un nivel consciente, no como un pensamiento razonado que cruzara mi mente; sino de una forma subliminal. Mi olor en aquella casa, en la cama y en el *alfa*, me aportaba muchísima seguridad y me volvían más atrevido a la hora de tomar la iniciativa.
Como cuando agarré con una mano el pelo de Tigro mientras, con la otra, buscaba el interior de sus pantalones. Cuando rodeé su polla gruesa y carnosa, jadeé más fuerte en sus labios y gruñí de pura excitación. El *alfa*, por el contrario, se quedó con los labios entreabiertos y sin aire, poniendo los ojos en blanco y sonriendo como un completo subnormal mientras le masturbaba.
Le mordí suavemente la mejilla y acaricié le rostro contra aquella barba incipiente que olía a mí y me dejaba un delicioso rastro ardiente en mi propia barba corta. Con un gruñido que nació en lo más profundo de mi garganta, usé la cola y la fuerza de mis brazos para tirar a Tigro a un lado y ponerme encima.
El *alfa salvaje* no se resistió lo más mínimo, sino que, como un corderito, se mordió el labio inferior con sus largos colmillos felinos y no dejó de ronronear mientras le lamía el cuello, le toqueteaba por todas partes, le lamía los brazos, le mordía el bíceps y el pectoral repleto de vello blanco; deteniéndome en uno de sus pezones, el cual también mordisqueé, lo cual le produjo un gruñido más alto con el que arqueó la espalda y gruñó un bajó:

—Joder, Lemér… Sí…
Después fui bajando por sus abdominales, sobre los que no pude resistirme frotarme el rostro y gemir, totalmente enloquecido y excitado. Recuperando la respiración, pasé las manos desde sus pectorales de acero a los hinchados valles y montañas de su abdomen. Definitivamente, aquella mata de extraño vello corporal que le cubría la piel, me volvía completamente loco: era cálida, suave y, lo mejor de todo, perfecta para retener el olor de un *omega*.
Con una sola idea en mente, me moví un poco más atrás y froté más el rostro en el espacio entre su ombligo y su cintura, allí donde su músculo abdominal se cerraba en dirección a su pubis, creando una marca más elevada y visible.
—Lemér —me dijo entonces, interrumpiendo mi lengua recorriendo el principio de su vello púbico, más abundante, rizoso y habitual. Si ignorabas el hecho de que fuera de color naranja y negro.
Al levantar la mirada, me encontré con los ojos de jade de Tigro. Estaba colorado, un tanto sudoroso y jadeante, pero su expresión era seria.
—¿Sabes lo que vas a hacer? —me preguntó en voz baja.
—Sí, hacer que te corras en mi boca un par de veces —respondí.
Tigro cerró un poco los ojos y, por la forma en la que latió el bulto carnosos bajo mi mano, no fue una idea que le resultara en absoluto desagradable.
—¿Pero sabes lo que significa? —insistió—. En la Reserva.
Con el ceño fruncido y; por qué negarlo, bastante molesto con aquella estúpida interrupción; aparte la mano de su polla y la apoyé a un lado de su cadera para mirarle mejor al rostro.
—¿Qué significa? —pregunté.
Él negó con la cabeza.
—No soy yo quien te lo tiene que decir. Ve a hablar con tus amigos *omegas* y pregúntales a ellos.
No pude evitar resoplar y poner los ojos en blanco.
—Me da igual, sinceramente, tengo demasiadas ganas de chupártela —decidí.
—A mí no me da igual —respondió mientras, en un movimiento rápido, se sentaba y alejaba su entrepierna de mí—. Cuando lo sepas, ya decides lo que quieras hacer.
Mi expresión no fue… exactamente la de alguien al que le gustara que le hubieran rechazado de esa forma. A mí nadie me rechazaba y, mucho menos, me apartaba la polla de la cara.
—Lo hago por ti, Lemér —me aseguró Tigro antes de cruzarse de brazos—. Después me lo agradecerás.
Ladeé el rostro y me levanté lentamente, quedándome de rodillas sobre la colcha. Tigro empezó a perder su fuerza de voluntad cuando miró cómo retiraba la cola con la que, no sabía por qué, siempre le rodeaba el cuello cuando me excitaba.
—Lemér… —insistió, ahora con un tono más bajo y ronroneante—. Vamos, no sabes lo justo que estoy siendo contigo; cualquier otro *alfa* hubiera obviado el hecho de que te hayas criado con esos asquerosos *beta*. Pero yo no, yo sé que tienes cosas que aprender todavía.
Durante todo aquel discurso había ido gateando lentamente hacia mí y se había acercado para acariciar su mejilla contra la mía y, sutilmente, acariciarme el muslo de la pierna.
—Yo quiero que seas muy consciente de lo que haces y por qué… —terminó susurrando en mi oído antes de morderme el lóbulo de la oreja y ronronear.
Sabía que el *alfa salvaje* estaba usando todas sus armas para calmarme: las caricias, el suave gorgoteo de garganta, el calor de su enorme cuerpo contra el mío, sus labios en la sensible piel de mi cuello y, lo más importante, su olor a menta y miel de su barba.

El mensaje llegaba a mí claro como el agua: «sabes que soy tuyo, no tienes que enfadarte».
Pero, por muy bueno que Tigro fuera entendiendo mi cuerpo, no podía oírlo como yo, porque ahora no dejaba de gritar: «¡Tigro es nuestro! ¡Nos ha rechazado! No, no, no, no. ¡Venganza! ¡Vengaaaanzaaaaa!»
Así que puse una mano en su abultado pectoral y le alejé con un gesto firme, mirando sus ojos sorprendidos, le dije:
—Vas a limpiarme y me voy a ir.
Al *alfa salvaje* se le escapó un jadeo y una levísima risa condescendiente.
—A mí no me vas a hablar de esa…
—Vas a limpiarme y me voy a ir, y más vale que cierres la puta boca, porque, si no, puede que no vuelvas a verme nunca más.
Tigro infló su pecho con orgullo y apretó las comisuras de sus labios. De forma consciente o inconsciente, hizo una de esas demostraciones de físico y fuerza, quizá para recordarme con *quién* estaba hablando. Él no era un *alfa* cualquiera, él era un *salvaje*.
Ya… pero yo tampoco era un *omega* cualquiera, yo era el *mejor omega* de El Pinar. El más guapo, el más fuerte y el que mejor olía.
Con esa seguridad tan arrolladora que nacía muy dentro de mí, empujé al subnormal del *alfa* al suelo y, con una cara sería de párpados caídos, me senté en su cara. Entonces agarré su pelo revuelto y atigrado, le hundí la cara entre mis nalgas empapadas y le dije:
—Ya puedes empezar…
Tigro no se lo tomó bien. Gruñó de una forma grave y peligrosa y me clavó sus ojos de jade y oro como si estuviera a punto de matarme; y, he de reconocer, incluso con la mitad de su rostro bajo mi culo y mis huevos en la nariz, el *alfa salvaje* resultó increíblemente amenazador.
Pero fueron solo un par de segundos antes de que empezara a lamerme la humedad con suaves lengüetazos.
Creí que no lo haría y que allí se habría acabado todo; porque podía caerse el cielo y hundirse la tierra, que ni muerto el *alfa salvaje* me iba a volver a ver en su territorio… y puede que quizá él también lo supiera. Quizá su instinto le había advertido de lo en serio que yo iba con aquel tema porque, como le pedí, se calló la boca y me limpió como un perrito obediente.
Aunque siguiera mirándome con auténtico odio, debatiéndose entre los gruñidos roncos y los ronroneos graves; e, incluso, llegando a correrse solo antes de dejar caer la cabeza sobre la colcha y jadear, con la boca empapada en líquido y el rostro ligeramente sudado.
Sin decir nada, me levanté al fin y fui a vestirme. Pude notar sus ojos de jade ardiendo como llamas en la distancia, clavados en mi como arpones de pesca, devorándome en un intenso silencio que ninguno de los dos rompió hasta que me dirigí hacia la puerta.
—Mañana tómate la poción y ven a la tarde —dijo con tono seco, serio y cortante—. Directamente aquí, a mi refugio…
Me volví un momento para mirarle, allí, todavía tumbado en la colcha, con la boca empapada, los pantalones manchados y los codos apoyados para poder observarme con una expresión muy seria y peligrosa.
Como lo que yo le había dicho antes, lo que él me decía ahora no era una opción, sino un hecho. O volvía al día siguiente o no volvería jamás.
—Hasta mañana, entonces —murmuré antes de darme la vuelta.



Tras la cena —casi vacía de gente—, tomé el camino hacia Vallealto, sabiendo que me encontraría con Benny allí, junto a casi la mitad de omegas del Pinar. El chico-conejo no había perdido la oportunidad de quedarse en el poblado de los *alfas* del valle, incluso aunque ya hubiera caído la noche, para asistir a su «famosa» Fiesta de la Lana.

Algunas veces —pocas, pero algunas—, los *omegas* no necesitaban inventarse excusas, sino que eran los propios *alfas* los que les invitaban a acudir en masa con cosas como aquella: fiestas y celebraciones con las que atraían a no solo los habitantes del Pinar, sino también a algunos otros *omegas* de las comarcas circundantes.

Algo que no hacía ni puta gracia a los *omegas* del Pinar, quienes dejaban patente su origen autóctono y superior al de los «extranjeros». Lo cual, sinceramente, me parecía toda una gilipollez, porque después ellos también acudían como moscas a las fiestas de los *alfas* de la comarca de Mar Bravo, Bosque Verde, Cauce Rápido e incluso viajando días enteros para ir a Prado Dorado.

Así que en aquella fiesta de fuerte aspecto medieval, con numerosas hogueras, música, bailes y comida, había cuatro grupos muy diferenciados: los *alfas emparejados*, con sus *omegas* y sus crías, que solo estaban celebrando la ocasión y divirtiéndose; los *omegas* «extranjeros», un poco apartados y repartidos por el lugar; los *omegas* autóctonos, formando un sólido grupo en el centro del poblado; y los *alfas solteros*, más que encantados por todos los preciosos *omegas* que habían ido a verles.

Esa fue la razón por la que, por primera vez desde que conocía y visitaba Vallealto, consiguiera llegar casi a la plaza central sin que me asaltara algún grupo de fornidos y prepotentes *alfas*, tratando de llamar mi atención con estúpidos comentarios y bromas subidas de tono.

Hasta que, de pronto, una enorme pierna se apoyó sobre una de los maderos de la valla que bordeaba el camino, interrumpiendo en seco mi avance. El enorme *alfa* tenía una ligera sonrisa en sus labios, un poderoso torso de vello negro como el betún, y unas gigantescas manos que apoyó sobre el cinturón de su pantalón de cuero, allí donde tantísimo se marcaba el absurdo bulto de su entrepierna.

—Vaya, vaya… pero mira quien está aquí… —me dijo Bullo con una voz un tanto afectada por el alcohol—. ¿Te preocupaba que algún otro *omega* se me acercara o qué?

El *alfa*-búfalo trataba de mantener su postura sexy, de pierna levantada y manos en la cadera como un cowboy, pero su cuerpo se balanceaba ligeramente y sus ojos estaban levemente empañados por la ebriedad.

—La verdad es que solo venía a hablar con Benny —respondí.

Bullo soltó una ruidosa carcajada, echando atrás su cabeza de pelo negro y rizo y grandes cuernos de toro.

—Claro… —murmuró después, recorriéndome el cuerpo con los ojos, incluida la cola que se serpenteaba tranquilamente a mis espaldas—. Por eso te has puesto tan guapo… para ver a Benny.

—Mmh… —por un momento miré a un lado, hacia el resto de la celebración—. Pues para haber

tantos *omegas*, has venido corriendo cuando me has olido… —y volví a mirar sus ojos.
El *alfa* levantó su fuerte mentón cuadrado, donde tenía una hendidura al más estilo superman, después resopló de esa forma bovina, soltando el aire con fuerza por las gruesas aletas de su nariz.
—En Vallealto tenemos principios, no como el resto de *alfas*… —me aseguró, lo que hubiera quedado mucho mejor y tenido más fuerza de no haber estado borracho—. Ya que te has esforzado tantísimo en llamar mi atención, Lemér, es justo que te dé la oportunidad de pedir mi compañía antes que nadie. Y eso que he tenido que apartar a un montón de *omegas*… —y resopló, como si yo no pudiera ni imaginarme cuantos—, deberías darme las gracias, la verdad.
—Ahm… —sonreí.
Bullo era grande, fuerte, atractivo y, lo más interesante: de la familia bovina, junto con todo lo que eso significaba. Incluso Benny había reconocido que era un buen partido y yo no dudaba de ello; sin embargo, lo de que había tenido que apartar a *omegas* como si se le hubieran tirado al cuello… era una completa exageración.
Incluso con la fiesta y la abundante asistencia, seguía habiendo más de ellos que de nosotros.
—Quizá pruebe un poco de esa cerveza tan famosa tuya —le dije—, aunque no paran de decirme que el hidromiel de Presa de Arce es muchísimo mejor.
Bullo volvió a reírse de una forma ruidosa, pero con cierto sarcasmo esta vez. Quitando el pie de la valla, me invitó a acompañarle con un educado gesto.
—No les hagas ni caso, Lemér —me dijo cuando pasé por su lado—. La mía es más fuerte, con más cuerpo y se te sube más rápido a la cabeza. Créeme… ese hidromiel aguado de los *alfas* del bosque no te va a dar tanto calor ni a llenarte tan bien...
—¿Sigues hablando de tu cerveza? —pregunté.
—Sí, claro, de mi cerveza… —respondió con un tono juguetón, como si se hiciera el tonto.
En esa ocasión me reí yo y, mientras lo hacía, noté el suave roce de la mano de Bullo contra la mía. Fue más bien un intento, un mero tanteo para saber si rechazaba su contacto, y, como no lo hice, hinchó el pecho y sonrió más. Aunque Benny hubiera dicho que los *alfas* del valle eran más directos e impacientes, a mí me pareció que Bullo fue muy educado y respetuoso en todo momento.
No sé, puede que fuera a causa de mi educación *beta* o que, en comparación con Tigro, los tontos roces del *alfa*-búfalo y sus numerosos intentos por seducirme con bromas y provocaciones susurradas en mi oído, resultaran incluso algo inocente y divertido.
Fuera como fuera, su cerveza artesanal estaba muy buena y la conversación con la que la acompañó, bastante divertida. El *alfa* estaba un poco ebrio y eso le volvía mucho más dicharachero, sin perder la más mínima oportunidad para vanagloriarse por algo o recordarme lo grande que era —todo en él— y, por supuesto, soltar algún comentario sobre mí muriéndome de ganas por tenerle y sacarle una buena barba.
—Ahora que se acercan las lluvias antes del verano, hará más calor y una barba grande y espesa seguro que te picará mucho —respondí en una ocasión, sentado en el borde del puente de piedra que había al final de la villa, un lugar un poco alejado y tranquilo en el que charlar—. Entiendo que prefieras estar más fresco y sin un constante olor a menta y miel por todas partes.
Bullo, inclinado hacia delante y con los brazos cruzados sobre la misma piedra en la que yo me sentaba, resopló un momento y se hizo un poco el tonto.
—Sí… bueno, sería incómodo, claro —empezó a decir—, aunque, por otro lado, sería inevitable si insistieras en que te limpiara… Me costaría negarme si estás tan deseoso de que lo haga yo…
—Aha… —murmuraba de vez en cuando, dándole pequeños tragos a mi jarra de cerveza

mientras le miraba farfullar y mover la cabeza de grandes cuernos y espeso pelo rizo.
—Y a mí me sale una barba muy fuerte y dura —me aseguró—. Nada de esos pelitos que le salen a los *alfas* de Mina Negra… —y mirándome con una media sonrisa, se señaló la abertura en pico de su camiseta de lana gris, allí donde sobresalía su abundante vello negro por entre los cordones—. Algo así pero en la cara…
—Aha… —repetí, dándole otro trago a la cerveza sin apartar la mirada de su pecho.
—Y claro, tanto pelo coge mucho olor y apestaría a menta y miel todo el rato, pero no creo que sea… —se detuvo un momento antes de pasarse la punta de la lengua por entre los labios—. No creo que sea un olor del que pudiera aburrirme nunca —terminó por decir en un tono más bajo.
—¿Eso crees? —pregunté mientras fruncía el ceño y ladeaba el rostro.
—No, no lo creo. Estoy bastante seguro —se corrigió.
—Mmh… no lo sé, Bullo. Yo me mojo muchísimo, lo apesto todo y al último *alfa* que me limpió, le dejé lleno. El pobre casi ni podía moverse.
La respiración de Bullo se hizo más densa y pesada mientras me miraba a los ojos. Al igual que ellos con «lo grandes y espesas y fuertes» que les salía la barba; los *omegas* también se vanagloriaban de lo mucho que podían llegar a mojarse.
Una completa ironía, si lo pensabas, porque lo que más vergüenza me daba en la sociedad *beta* y lo que más odiaba de mi cuerpo por entonces, era lo que más excitaba y atraía a los *alfas*.
—A mí no me vas a llenar —me aseguró con un tono muy serio y grave—. Ni aunque quieras que te limpie a cada hora del día…
Puse una mueca de ligero escepticismo y, con la punta de la cola, presioné la mejilla de Bullo, moviendo suavemente su rostro a un lado.
—Quizá un día te deje demostrarme si eso es cierto… —le dije.
El *alfa*-búfalo resopló de esa forma ruidosa tan suya y agitó la cabeza con fuerza, como si un violento escalofrío le hubiera atravesado todo el cuerpo. Cuando volvió a mirarme, quedó más que claro lo dispuesto que estaba a demostrarme sus palabras. Y, aunque sí que llevara empapándome un buen rato con él, con sus tonterías, su forma de exhibirse como un pavo real y sus supuestas promesas de «llenarme como nadie», todavía tenía el temor de no estar curado.
Mi Punto de Agua seguía totalmente descontrolado y no sabía hasta que punto la cantidad de veces que me mojaba y la intensidad con la que lo hacía; era lo normal en mí o a causa de la inflamación de mi glándula.
Por una vez, acallé la voz de mi cuerpo y preferí hacer caso a la razón y el sentido común: «asegúrate de que todo esté bien y, ya después, haz lo que quieras sin llamar la atención.»
—Solo tienes que pedírmelo —jadeó él.
Pero, de pronto, pareció darse cuenta de lo urgentes y, ligeramente, desesperadas que habían sonado sus palabras. Así que se aclaró la garganta y se giró en busca de su jarra de cerveza a un lado para vaciarla de solo tres largos tragos. Después se pasó el brazo por los labios manchados de espuma y recuperó su postura de manos en la cintura y cabeza alta.
—Si estoy disponible, claro —añadió, tratando de subsanar aquel desliz. Se trataba de un *alfa* del valle, después de todo. No podía parecer que realmente se estuviera muriendo de ganas por ser mío—: Se me cayó la barba hace poco menos de una semana y media y ya tengo a muchos *omegas* deseando volver a sacármela —y, volviendo el rostro a la oscuridad del valle bañado por la luna, dijo un bajo—: Líbire, Perco, Mani…
—Buff… —resoplé mientras fruncía el ceño, y no de una forma encantadora y sexy—. Incluso yo sé que dar nombres es un golpe bajo, Bullo.
El *alfa* agachó la cabeza y subió la mano de su cintura a los ojos para frotárselos.

—Sí, es… es verdad. Lo siento mucho —murmuró—. Estoy borracho y… se me… Perdón. Yo no soy así, te lo prometo —me aseguró con una mueca avergonzada y la mano en alto.
Pero, aunque quisiera creerle, aquello no me hizo demasiada gracia.
—Me gustas bastante, Bullo —le dije con voz baja y seria—, pero yo no juego con traidores.
—No, Lemér, en serio que lo siento. Solo fue la cerveza, de verdad… —pero sus palabras quedaron atrás mientras me alejaba, sustituidas por un violento golpe contra la piedra y un grave —. ¡Mierda, joder!
Cuando crucé la primera de las casas, me detuve un instante para echar una ojeada, viendo al *alfa*-búfalo con los brazos apoyadas en la piedra del puente y la cabeza hundida entre las manos.

ORGULLO VS DESEO

Benny no volvió conmigo aquella noche, sino que, como otros omegas, regreso por la mañana, con aspecto resacoso y una expresión de ligero arrepentimiento.
—Me encanta que, incluso aquí, haya un «paseo de la vergüenza» —le confesé a Koal y Dillo, a mi lado en el mirador-*chill out* más cercano a la entrada sur del Pinar.
—¿Qué es eso? —preguntó el omega de pelo gris y mullido, con numerosos bigotes blancos y enormes ojos de un precioso color teca.
—Es cuando en la sociedad *beta* te quedas a dormir con otra persona, y al salir la mañana siguiente todos saben que habéis tenido sexo y te juzgan por ello —traté de explicarle.
—¿En serio hacen eso? —preguntó Dillo, sin siquiera moverse del asiento de cojines en el se había puesto a peinar su enorme cola de ardilla.
—Sí.
—¿Y por qué? ¿Es malo follar allí?
Terminé por coger aire y poner los ojos en blanco. Mis maravillosos comentarios no tenían sentido si el público no entendía las sutilezas e hipocresías de una sociedad como la *beta*. Para los *omegas*, follar estaba bien y era algo tan normal como comer o dormir; el único requisito previo al coito, era sacarle la barba al *alfa*, después le montabas tanto y cuanto querías y nadie podía decir nada.
Por ello me ahorré dar más explicaciones y me tiré al vacío entre las ramas antes de agarrarme a una de las lianas y descender rápidamente hacia el suelo. Allí, en una de las entradas a Raíces, intercepté a Benny.
—Vaya, vaya, vaya… mira quien da tantos consejos y después se queda a dormir con un *alfa*…
El *omega*-conejo me dedicó una mirada de intenso desprecio, pero nublada por el cansancio y la resaca; así que fue casi más de dolor que de odio.
—Capirco me emborrachó y se aprovechó —dijo, de la forma más sensacionalista y dramática que pudo.
—Benny, te vi antes de marcharme de Vallealto —le aseguré—. Y te estabas dejando engatusar como un cerdo por Capirco.
—¡Eso es mentira! —negó, señalándome con el dedo mientras descendía la escalinata que se hundía en la tierra y las raíces—. No paraba de seguirme y ofrecerme cerveza…
—Sí, y seguro que también te obligaba a meterle mano y morderte el labio mientras le mirabas.
Benny se detuvo en seco y puso una cara de asesino en serie, una a la que respondí con una ceja arqueada y una leve sonrisa.
—Solo me limpió —me dejó bien claro—. Y después me engatusó para quedarme a dormir en su cama —añadió en un tono más bajo mientras apartaba el rostro, casi como si no quisiera que le oyera.
—Aha…
Dejamos el tema por un momento y simplemente seguimos avanzando por el corredor fresco y de fuerte olor a tierra, ese que tanto les gustaba a los roedores y demás especies subterráneas.

—¿Puedo hacerte una de esas preguntas discretas? —dije entonces.
—No, ahora necesito ver a Topa Má y que me dé un remedio para la resaca —respondió, hasta que después de un par de pasos, me miró por el borde de los ojos y preguntó—. No habrás hecho ninguna tontería ayer con Bullo, ¿verdad?
—No, solo charlamos y tonteamos un poco.
—Ah, bien, aunque quizá deberías empezar a pensar en que te limpie —me aconsejó antes de inclinarse un poco y decir en voz baja—: Bullo es todo un caramelo y no va a pasarse mucho tiempo sin que alguien le saque la barba, ¿entiendes? Tienes que asegurarte de que ese alguien eres tú.
—Sí, ya… —murmuré, aunque no quería pensar en eso ahora—. Pero la pregunta era mucho más… privada.
Benny arqueó una ceja y se detuvo un momento.
—¿Cómo de privada?
—Pues algo que… vi pasando por el territorio de Tigro.
El joven miró de lado a lado del corredor al instante y, sin decir nada, me guio a una de esas grutas más pequeñas en las que yo casi ni cambia. Allí, echó otra ojeada al pasillo principal y me susurró:
—¿Qué viste?
—Pues no lo pude ver del todo bien —dije, haciéndome un poco el tonto—, pero… creo que alguien se la estaba chupando al *alfa* detrás de unos arbustos…
Por la reacción de Benny, comprendí que aquello era malo; pero no malo para nosotros, sino para aquel *omega* inventado que le había hecho una mamada a Tigro.
—¿Viste quién era? —fue la primera pregunta que me hizo en un susurro bajo y rápido.
—No, solo oí un ruido raro y, cuando me acerqué, vi al alfa de pie y a alguien delante, de rodillas. Cuando lo entendí, me fui corriendo. ¿Por qué? ¿Qué significa… mamársela a Tigro?
Benny se rio, pero tuvo que detenerse con una mueca de dolor cuando su estómago revuelto se quejó.
—Significa que hay *omegas* muy desesperados y muy cerdos en el Pinar. Sinceramente, no me sorprende… —y puso una marcada mueca de desprecio.
—Entonces es algo malo —insistí.
—Claro que es malo, Mentita —respondió de mala forma—. ¿Has oído a alguien hablando de chuparla?
—Emh… no, la verdad es que no —reconocí. Había escuchado a muchos *omegas* hablando sin tapujos de sexo, pero a ninguno diciendo algo ni remotamente parecido a una felación—. ¿Es peor que hacer una paja?
—Uhhhh, muchísimo peor —me aseguró—. Hacer una paja a un *alfa* al que le hayas sacado una buena barba… no es lo más elegante, pero llega un momento en el que puedes ceder un poco. ¿Entiendes? Pero chuparla no. Jamás. Es lo más puto humillante del mundo para un *omega*. Nosotros no nos ponemos de rodillas, Mentita, los *alfas* se ponen de rodillas…
—Ah… —empecé a entender.
Por lo que había percibido hasta entonces y, la verdad, por lo que yo mismo había experimentado: el sexo entre los animanos giraba solo en torno al *omega*; no al *alfa*. Completamente contrario al sexo *beta*, donde las cosas… bueno, tomo el mundo sabe quién gana siempre allí.
—Entonces, ese *omega* estaba humillándose delante de Tigro —dije en voz baja—. ¿Por qué?
—Porque ese *omega* es ridículo, estúpido y un completo cerdo que no se respeta a sí mismo ni al

resto de *omegas* —dijo él mientras me clavaba su dedo índice en el pecho—. Solo espero que no se la chupe también a los *alfas* de las villas… aunque no me sorprendería que estuviera dispuesto a llegar tan bajo.
—Estoy un poco perdido —reconocí—. Si es tan malo, ¿por qué lo hacía?
Benny resopló y puso los ojos en blanco.
—Por favor, Mentita… —con una bocanada de aire, me llevó un poco más hacia el interior del estrecho pasillo en penumbra—. Algunos *omegas* están dispuestos a cualquier cosa para llamar la atención de sus *alfas* favoritos… y en el caso de los salvajes… bueno, ya te puedes imaginar hasta que límites llegan los muy gilipollas. Ese *omega* se la estaba chupando a Tigro para llamar su atención y darle placer, se estaba humillando todo lo posible solo para decirle al *alfa*: «ey, soy una completa cerda, úsame. Ah, y no te cortes, porque no hay guarrada que no haría por ti».
—Entonces, ¿quería darle placer para demostrarle que le gustaba?
Una risa triste y fría atravesó los carnosos labios de Benny.
—Eso es lo que pensaba él —murmuró—, pero, ¿sabes lo que pensaba Tigro? Estaba pensando: ¿para qué esforzarme en ser un buen *alfa*, cuando tengo a *omegas* comiéndome la polla de rodillas? —y, para terminar, volvió a clavarme el dedo en el pecho y, mirándome fijamente desde su metro sesenta de altura, me dejó bien claro—: Los *alfas* que te piden que se la chupes, no te respetan. Y si no te respetan, no pueden quererte. Que te quede bien claro, Mentita.
Entonces se giró y se fue por el pasillo hundido en la penumbra.



No me quedé a comer en El Pinar, porque preferí sacarle partido a esos últimos días antes de que llegaran las tormentas; porque cuando comenzara a llover, mi trabajo de cartero se haría el triple de complicado.
Además de mi investigación secreta, claro.
Pero, por el momento, aún me estaba adaptando a aquella sociedad y su cultura; y esa adaptación requería que cumpliera con mis deberes, entre los cuales, al parecer, estaba entregar literatura guarra a *alfas* salidos.
—*El Tímido Omega*… —leí en voz alta, con el libro entre las manos y el ceño muy fruncido.
—Oh… emh… —Capri tosió un momento y se pasó la mano por su larguísima barba teñida por las canas—. Sí… algunos de los libros son… de temática adulta.
Cuando le miré, vi un cierto rubor en las mejillas del alcalde, el cual había tenido que darme acceso a la «sección alfa» de la biblioteca.
—No quiero que te hagas una idea equivocada, Lemér —me pidió—. Los chicos leen muchas más cosas que estas, pero… bueno, como ya sabes, hay muchos más de nosotros que de vosotros y… todos tenemos necesidades.
—Ya —murmuré, volviendo a mirar las más de cinco baldas repletas de historias guarras—. Tigro me ha pedido este —le indiqué, levantando el libro en mi mano—. ¿Dónde tengo que anotarlo?
—En la lista —y señaló en dirección a un cuaderno a un lado—. Escribe el título y el nombre del *alfa*, así sabremos dónde está.

Nada más abandonar El Pinar, saqué los libros de la mochila y les eché una ojeada mientras andaba por el camino en dirección al territorio de Jabail, el cual, al contrario que Tigro, tenía un gusto mucho más decente. Él había pedido dos novelas de aventuras: *El Guerrero de Puente Piedra* y *El Misterio del Bosque*. Ambas con un *alfa* protagonista que superaba peligros gracias a su fuerza y valentía. Rescatando *omegas* en apuros y liberando poblados del ataque de toda clase de criaturas.

El típico ideal de héroe, solo que adaptado al mundo y la sociedad animana.

El Tímido Omega, por el contrario, satisfacía una necesidad muy diferente. Allí no había aventuras ni pruebas que superar con valentía, solo putas guarradas. Lo cual, he de decir, resultaba igual de interesante.

Por lo poco que me dio tiempo a leer antes de tener que prestarle toda mi atención al camino pedregoso, pude percibir en líneas generales lo que, para los *alfas*, era el «ideal erótico». El protagonista de la novela, llamado «Ovejita», era un *omega* muy suave y tierno y hermoso que olía de una forma maravillosa. Por supuesto, se mojaba tanto que «*no paraba de mancharse y, de sus hermosas, redondeadas y suaves nalgas, caían gotas del líquido más dulce y delicioso*».

Lo que me pareció más interesante de él, sin embargo, era que el título debía ser satírico, porque Ovejita era de todo menos tímido. No paraba de describir lo mucho que se tocaba pensando en su *alfa* y todas las guarradas que en realidad deseaba hacerle, aunque no tuviera el valor para pedírselo.

Con esa reflexión en mente, casi ni me di cuenta de haber alcanzado el territorio de Jabail. Fue el propio alfa salvaje el que, de pronto, pareció salir de ninguna parte y chiscar un dedo justo frente a mi rostro.

Me agaché al momento y, por puro instinto, lancé una patada en su dirección. El ataque fue tan rápido y con tanta fuerza que hubiera tumbado a cualquier *beta* en su camino; pero el *alfa* detuvo mi bota con solo una mano y me miró con las cejas arqueadas.

—Oh, perdona, me asustaste —le dije antes de sonreír y llevarme una mano al pelo, tratando de parecer inocente y sonrojado—. Vengo del mundo *beta* y allí es peligroso ser un *omega*…

Jabail levantó la cabeza y entreabrió sus labios de enormes colmillos inferiores como si dijera: «Aaah». Después se llevó un dedo a su pecho cubierto por una camiseta de lana gruesa y, a continuación, se llevó el mismo dedo a los labios en señal de silencio.

—Sí, sois todos muy silenciosos. Es muy raro —reconocí—. Estoy acostumbrado a poder percibir a cualquiera antes de que se acerque, así que siempre me dais unos sustos terribles.

A Jabail pareció hacerle gracia aquello y echó su cabeza de pelo suelo hacia atrás, deslizando cada una de esas alargadas hebras de cabello del grosor de un lápiz que le llegaban hasta el final de los abultados pectorales y la mitad de su ancha espalda. Pero, aunque su pecho vibró y sus labios se movieran, no produjo sonido alguno. Entonces volvió a mirarme y se señaló la nariz, aspiró con fuerza y me señaló a mí. Con la mano, indicó la lejanía, un punto muy muy lejano de nosotros.

—Sí, sé que vosotros podéis olerme a mucha distancia —asentí.

El *alfa salvaje* sonrió, lo cual fue un gesto un tanto extraño debido a sus gruesos colmillos inferiores. Me señaló, volvió a aspirar con fuerza hasta hincharse el enorme pecho y después me guiñó uno de sus ojos negros como el carbón.

—Oh, ¿dices que huelo bien? —pregunté.

Jabail no respondió, solo se cruzó de brazos, me miró de arriba abajo con esa extraña sonrisa en los labios y terminó por encogerse de hombros como si dijera: «quizá…». No poder hablar limitaba mucho su verborrea prepotente, así que no podía hacerse el interesante de forma tan

clara y directa como el resto de *alfas*. Sin embargo, Jabail tenía otras formas de dejar aquello patente, además de, para mi sorpresa, una carta a mi nombre, la cual me entregó cuando le expliqué que le traía las novelas que le había prometido.
Entonces, simplemente se la sacó del bolsillo y me la dio por separado de las demás que había respondido. Cuando vi mi nombre escrito, arqueé las cejas y miré al *alfa salvaje*, el cual resopló y, todavía sonriendo, se dio la vuelta para irse.
Soy un hombre curioso por naturaleza y no conseguí llegar muy lejos antes de ceder ante la intriga. Al llegar al final del valle y ascender la primera pared rocosa, abrí la carta y, con las piernas colgando en lo alto del precipicio de diez metros, me senté a leerla.

Hola, Lemér,

No he tenido la oportunidad de presentarme, pero estoy muy seguro de que, a estas alturas, ya habrás preguntado todo lo posible sobre mí en la villa. —Puse los ojos en blanco. Todos los alfas salvajes eran iguales—. *No hay mucho que pueda añadir a lo que ellos ya te habrán contado o a lo que tú mismo habrás podido apreciar en tu visita. Soy un alfa salvaje, tengo un territorio precioso y una larguísima lista de omegas deseosos de poder acompañarme en las largas noches estivales.*
Pero, como ya he dicho, eso seguramente ya lo sabes.
Lo poco que puedo añadir son tan solo un par de consejos o preferencias que, como nuevo cartero del Pinar (y seguramente también como omega) te puedan interesar de mí.
Primero de todo es explicarte que, si vienes a visitarme y no aparezco, lo más probable es que esté ocupado. Si has venido por placer, no te aconsejaría esperar más de media hora antes de irte; si, por el contrario, has venido por trabajo, puedes dejarme la correspondencia en el interior de una piedra que hay a la vera del río. La reconocerás al instante porque la he tallado y he creado ese hueco específicamente para el correo.
Segundo, te aconsejaría que no trates de cruzar más allá del perímetro de postes, porque esa parte es privada y nadie puede cruzar sin mi permiso. Si insistes en hacerlo, que sepas que me pondré agresivo y te echaré a la fuerza.
Por otro lado, y si tienes suerte, quizá un día te permita acompañarme al interior y te enseñe mi cabaña. Hay muchas cosas interesantes que podrías ver y hacer allí… —Los puntos suspensivos aparecían en la propia carta, lo cual me hizo reírme con fuerza—. *Pero tampoco te hagas ilusiones, Lemér. Tú y yo sabemos que eres muy guapo y hueles a una autentica delicia que merece la pena saborear, sin embargo, hace falta mucho más que eso para llamar la atención de un alfa salvaje.*
Nosotros somos lo mejor de la Reserva, no lo olvides.
Hablando de ese tema, te daré un último consejo: por favor, no intentes dosificar las cartas para poder visitarme lo más a menudo posible. Entiendo que se te haya pasado por la cabeza y que creas que es una forma perfecta de conseguir mi compañía, o incluso llamar mi atención, pero te aseguro que solo pasará lo contrario; que me enfadaré.
Tu predecesor, Rulf, hizo lo mismo y terminé tan irritado con él que el pobre solo venía corriendo para dejar las cartas en el hueco (el mismo que te he indicado previamente) y se iba a la misma velocidad.
Quizá suene a tontería, ¿qué importancia tendrá que me visites una vez a la semana con la mochila llena de cartas, a que te presentes cada día con dos o tres? Pues verás, Lemér, el problema es que, como podrás apreciar, esta es la única forma que tengo para poder expresarme de una forma directa y sencilla. Los gestos están bien, pero es un idioma

complicado para tratar pensamientos profundos o dar indicaciones precisas. Por ello valoro tanto la correspondencia que recibo y envío.
Además, odio que se me acumule el correo y odio recibir cartas o paquetes que tendrían que haberme llegado mucho tiempo antes. No es que responda a todas las cartas, por supuesto, pero me gusta poder leerlas en el contexto y tiempo en que el omega las escribió; no un mes y medio después, cuando ya casi ni me acuerdo de sus nombres.
Y eso es todo por ahora. Por favor, no dudes en escribirme, quizá tu carta sea una de las que responda.
Un cordial saludo, Jabail.

—Joder… —murmuré para mí mismo a la vez que doblaba la carta y la guardaba en el sobre—. Los *alfas salvajes* están fatal de la puta cabeza.
Y Jabail solo era el primero de ellos que iba a visitar aquel día, porque mi siguiente parada tras una comida rápida en lo alto de una rama mientras leía pasajes de *El Tímido Omega*, sería Tigro. Pero a ese *alfa* ya le conocía de sobra como para que me sorprendiera con sus gilipolleces.
Con el sol oculto tras un mar de nubes grises y el viento fresco y húmedo de cara, crucé el límite del territorio interior y alcancé la casa entre los árboles. Allí, en una hamaca alargada colgada entre las copas, estaba Tigro. Le olí antes de verlo, un patente aroma a menta y miel que fluyó con la brisa antes de alcanzarme.
El alfa también debía haberme olido llegar, pero no se movió ni dijo nada. Ni siquiera abrió los ojos, quedándose tumbado, hundido en el interior de la hamaca, mecido por el leve viento, con las manos tras la cabeza y una pierna colgando por el borde mientras la punta de su cola se movía lentamente de un lado a otro, como si siguiera el ritmo de una lenta melodía.
—Y el tímido *omega* gimió muy alto, con sus hermosos y carnosos labios entreabiertos, jadeando el nombre de su *alfa* mientras, con vehemencia y ardor, de su ano rosado surgían chorros del más delicioso y aromático líquido…
Al terminar de leer, bajé la mirada hacia Tigro, en cullos labios rodeados de una barba corta de patrón atigrado, había nacido una ligerísima sonrisa.
—Eres un puto pervertido —le aseguré.
El *alfa* se encogió de hombros y, al fin, abrió un poco los ojos para mirarme en lo alto de la rama sobre él.
—¿Lo has leído, Lemér? —me preguntó—. Es la historia de un *omega* que se enamora de un *alfa salvaje* y le hace toda clase de guarradas…
—Suena a ficción.
—Pues a mí me suena muy realista —respondió antes de levantar una mano e invitarme a acompañarle en la hamaca.
Deslizándome por un lado de la rama, me dejé caer con cuidado, sujetándome con mi cola hasta alcanzar el interior de la tela y soltarme. La propia estructura de la hamaca, recogida y tensa en los extremos como una especia de capullo, facilitaba el hecho de pegarse el uno al otro lo más posible. Así que Tigro ya estaba esperándome con un brazo extendido para rodearme los hombros en cuanto apoyé la cabeza al lado de la suya y le rodeé el cuerpo con un brazo y una pierna. Con su mano libre fue en busca del libro y lo alzó para mirarlo mientras, distraídamente, hundió su otra mano en el interior de mi camiseta de lana y empezó a acariciarme el pecho.
—¿Fuiste a la Fiesta de la Lana? —preguntó, despertándome de ese breve letargo en el que había caído gracias al silencio, el viento meciendo la hamaca, su mano en mi pecho y, sobre todo, a la extraña seguridad que me hacía sentir el olor a menta y miel de su barba cada vez más larga.

—Ah, eh… sí, me pasé por allí anoche.
—Aha… —murmuró Tigro sin dejar de mirar la novela—. Déjame leerte un pasaje, Lemér, es de mis favoritos: «y el hermoso *omega*, empapado en aquel dulce fluido que tantísimo le gustaba a su *alfa*, fue a buscarle, a él y solo a él, porque sabía lo mucho que se enfadaría si descubriera que estaba compartiendo aquel delicioso aroma con ningún otro *alfa* de la Reserva. Porque él era un *salvaje*, y los *salvajes* no comparten nada con nadie…»
—¿Dónde pone eso? —quise saber.
—Aquí mismo.
—¿Dónde? Señálame el punto exacto para que yo lo lea.
Tigro cerró el libro de un golpe seco y giró el rostro en mi dirección, pegando su frente a la mía dentro de aquel pequeño mundo formado por la hamaca y nosotros.
—Se lee entre líneas, Lemér —explicó—. El hermoso *omega* era tan guapo y olía tan, tan bien, que consiguió la atención del mejor *alfa* de la Reserva, pero él sabía que, para mantenerse a su lado, no podía andar a darle su olor a nadie más.
—Ah… ¿y en qué capítulo dice eso entre líneas?, ¿en el que le hace la mamada y se lo traga todo, o en el que le monta furiosamente en mitad del valle mientras grita su nombre?
Tigro se quedó uno o dos segundos en silencio, y entonces no consiguió aguantar mas la risa, la cual brotó con un leve bufido e hizo vibrar su pecho bajo mi brazo.
—Se entiende por el contexto —me dijo mientras pegaba sus labios a los míos, pero sin llegar a besarme—. El *omega* sabe que estar con un *alfa salvaje* es algo muy especial y que hay que saber cuidarlo.
—Creo que estás sacando muchas conclusiones precipitadas de una novela muy simple, Tigro —respondí—. En ese libro el *omega* y el *alfa salvaje* solo se hinchan a follar y punto.
—Lemér… —murmuró mientras negaba con la cabeza y se reía por lo bajo—. Creo que eres tú el que está simplificando demasiado el argumento. Tienes que aprender a leer entre líneas.
Arqueé las cejas y miré sus ojos de jade y oro con la pupila ligeramente más pequeña de lo que era normal en un humano, aunque común en los grandes felinos.
—Mmh… —murmuré como si acabara de entender algo—. Entonces te equivocas con el tema central de la historia: no es el *omega* el que se enamora en realidad, sino el *alfa salvaje*.
Me esperaba una carcajada irónica, algún comentario sarcástico o incluso algún resoplido de pura soberbia junto a una mirada despectiva.
Pero no pasó nada de eso. Tigro siguió mirándome un par de segundos en silencio y, entonces, me preguntó:
—¿Has preguntado a tus amigos lo que te dije? Lo de las mamadas.
—Sí, esta mañana.
—¿Y qué te parece?
—Me parece que haré lo que yo quiera y que más vale que no vuelvas a apartarte de mí —respondí con tono serio—. No me hizo ni puta gracia.
El *alfa* ronroneó de una forma interesada y suavemente, me besó los labios.
—Tranquilo, será la primera y última vez que rechace que me hagas una mamada, te lo aseguro —fue diciendo en voz baja, grave y gorgoteante mientras me seguía besando; primero en mis labios y después en dirección a mi cuello.
Iba a responder un airado: «más te vale», «eso espero», o quizá un «tú te lo perderías», pero, cuando abrí los labios, lo único que brotó de ellos fue un bajo gemido de placer. En el momento en el que Tigro empezó a mordisquearme la base del cuello, perdí por completo las ganas de seguir charlando, centrándome en pegarme todo lo posible a su cuerpo cálido, grande y que olía a

mí. Aunque no lo suficiente.
No, ni de lejos lo suficiente.
Aunque yo sabía que a eso se le podía poner solución. Había algo que siempre dejaba un intenso aroma a menta y miel en todos mis chicos, y que no sería una excepción con el *alfa salvaje*; quien, además, había evolucionado para poder recoger y guardar aquel aroma.
Por eso bajé la mano por todo su cuerpo hasta alcanzar la cintura de su pantalón, donde me detuve solo un momento para desatar el cordón y poder hundir mi mano al completo. Tigro ronróneo con más fuerza en mi cuello cuando sintió mi mano en su miembro, e incluso más cuando empecé a masturbarle y besar toda su piel a mi alcance.
Con un jadeo lento y una ligera sonrisa, se puso de frente a la abertura de la hamaca y me dejó a mí toda la iniciativa, limitándose a poner las manos tras la cabeza y cerrar los ojos. Quizá aquello le resultara chocante y nada atractivo a un *omega* común, criado en la sociedad animana, con fuertes ideas y prejuicios sobre las relaciones con los *alfas* y en cómo se deberían hacer las cosas. Pero a mí me ponía muy cachondo tener a un hombre a mi merced. No lo veía como que yo le estuviera complaciendo a él, sino como si yo le tuviera todo para mí y pudiera hacerle lo que quisiera. Allí, en aquel reducido mundo que era la hamaca flotando entre las ramas, Tigro no podía escapar ni defenderse de mis muchas necesidades. Era solo un *alfa salvaje*, increíblemente guapo y sexy, con un cuerpo perfecto y una polla enorme, sometido a mi voluntad, dejándose desnudar, tocar, besar y morder. Jadeando, gruñendo y ronroneando como un gatito mientras agarraba su pelo revuelto y continuaba masturbándole y gimiendo a su oído:
—Dios, que puto cachondo me pones… estoy empapadísimo, joder… ¿Lo notas, Tigro? ¿notas lo perro que me pones siempre? ¿eh?
—Sí… —jadeaba él mientras me miraba los ojos y se relamía los labios y gruñía cuando le interrumpía para darle un beso salvaje que solo reavivaba sus ronroneos de tigre una vez más—. Nadie te va a poder dar lo que yo, Lemér… Nadie…
—¿Ah, sí? —sonreía y a veces me mordía el labio inferior con tanta fuerza que incluso me dolía —. ¿Qué me vas a dar, todo esto? —apreté más fuerte su polla bajo el pantalón y Tigro arqueó la espalda—. Vamos, Tigro, no te oigo. Solo escucho como gimes y jadeas como todos los demás *alfas*…
Eso no le hizo gracia. Dejó de gruñir en seco y me miró con sus ojos brillantes como jades. Entonces cerró la mano en mi espalda con la que no paraba de pegarme a él, tanto que llegó a clavarme un poco sus uñas como garras negras.
—Eres mucho *omega* para esos *alfas* de mierda, Lemér… pero no para mí —dijo en voz baja, grave y peligrosa, provocando un delicioso escalofrío que me recorrió toda la columna vertebral hasta la base de la cola, lo cual terminó en un chorro de líquido omegático deslizándose por mis muslos.
Hasta ahí fui capaz de aguantar. Con un resoplido y una mirada de «espero que estés preparado, porque se viene lo quieras o no…», me arranqué el chaleco de cuero y la camiseta de lana antes de quitarme los pantalones y poner el culo en la cara del *alfa*.
Moverse tanto en una hamaca, no era lo más sencillo del mundo, pero cuando conseguí sentarme a horcajadas e inclinarme hacia delante, la envoltura de la tela tensa entre las ramas, resultó del todo mágica.
Y allí, envueltos en aquel extraño capullo, tuve una de las experiencias más intensas de mi vida.
En el momento en el que empecé a chupársela a Tigro, comencé a gemir de puro placer y a mojarme más; y cuando más me mojaba, más oía gruñir al *alfa salvaje* y más fuerte me lamía el ano; y cuanto más me comía el culo, más cachondo me ponía y más se la chupaba, hasta que

conseguía que se corriera; y cuando se corría en mi boca, siempre me salía un fuerte chorro de líquido que empapaba al *alfa*; volviéndole absolutamente loco.
Y entonces todo volvía a empezar.
Era como un ciclo sin fin que solo iba en aumento. Como un sueño febril. Como un instante que se repitiera una y otra vez y siempre fuera mejor que la vez anterior. No sabía si El Todo era real, pero la forma en la que Tigro y yo nos retroalimentábamos en mitad de aquella locura, la manera en la que nuestros cuerpos respondían el uno al otro… parecía casi místico.
Pero nada dura eternamente, y con un último gruñido, alcancé uno de los orgasmos más violentos de mi vida. Uno de eses que te dejan temblando y que se pueden oír a kilómetros de distancia. Entonces me derrumbé y me quedé completamente quieto, con los ojos empañados y la mirada perdida en la pared de tela de la hamaca.
No pensaba realmente en nada. Ni en lo increíble que había sido; ni en que, quizá, me había pasado un poco tragándome corrida y que después me arrepentiría; ni en si había hecho o no lo correcto y ahora Tigro pensaría que no tenía que respetarme; ni en nada. Solo estaba allí, respirando y mirando la tela verde por la que se traslucía ligeramente la luz pálida de la tarde.
Pasaron los minutos y seguía allí.
Después pasaron un par de minutos más y sentí un movimiento debajo de mí. Un tirón de mi cuerpo y unas manos fuertes que me levantaron los suficiente para ponerme cara a la franja abierta de la hamaca. Entonces el mundo pasó de ser de un verde pistacho a estar formado por copas de árboles y la rama que cruzaba lateralmente por encima de la hamaca.
Dos brazos me rodearon el cuerpo y una respiración profunda no dejaba de sonar cerca de mi oído, emitiendo un aire húmedo y cálido a la altura de mi cuello. Era esa misma persona que apestaba a menta y miel y que todavía se relamía de vez en cuando, con la mirada tan perdida en el cielo como la mía.
De pronto, un leve eructo nació en su garganta y lo detuvo a tiempo en la boca para soltarlo más lentamente junto con un resoplido.
—Felicidades, Lemér… —murmuró—, mañana voy a tener una barba hasta la cintura con lo que me has llenado.
Sonreí, pero no llegué a reírme porque no tenía fuerzas ni para eso.
—No te imagino con barba, la verdad.
Sentí el movimiento de su rostro y el roce de su fuerte y áspero vello facial contra el mío.
—¿No? —Negué con la cabeza—. ¿Por qué no?
—No lo sé.
—¿Porque no te imaginas que sea la clase de *alfa* al que le puedan sacar la barba, o porque no es algo en lo que pienses a menudo?
—Sí, creo que es más la primera opción —murmuré antes de encogerme de hombros.
—Aha… —respondió él antes de apretarme un poco contra su cuerpo—. Sí… —suspiró—, es algo así como un milagro, en eso tienes razón.
Después volvimos a quedarnos en silencio hasta que, mecidos por la brisa y arrullados por el sonido de las hojas al agitarse, casi fue inevitable caer dormidos.
Me despertó una gota fría. Una que cayó justo en mi mejilla y me hizo fruncir el ceño; pero no fue hasta la segunda que abrí los ojos, encontrándome con el rugido de las copas de los árboles, agitadas no ya por la brisa, sino por el viento de tormenta. Me levanté lo suficiente para mirar las nubles negras más allá de los árboles. Apenas quedaba ya la luz suficiente para diferenciar formas y movimiento en el paisaje.
—Joder… —murmuré antes de chiscar la lengua. Iba a llegar tarde a la cena.

—¿Qué pasó? —preguntó una voz adormilada a mis espaldas.
Cuando Tigro se incorporó para mirar lo que yo miraba, pegó su pecho a mí espalda y con un resoplido, me rodeó con los brazos para llevarme con él de vuelta al interior de la hamaca.
—No lloverá hasta mañana, Lemér —me dijo mientras cerraba los ojos y cambiaba la postura para echar parte de su peso sobre mí y hundirme en el interior del capullo de tela verde—. Podemos dormir aquí.
Una parte de mí quería poder cerrar los ojos, hundirse en la calidez de aquel cuerpo tan cercano y que olía tantísimo a menta y miel, y, simplemente, dormirse de nuevo; pero había necesidades más urgentes para mí ne aquel momento.
—La verdad es que debería volver, me estoy muriendo de hambre —murmuré, tratando de suavizar la negativa con una caricia en su pelo revuelto.
Tigro no pareció dispuesto a moverse hasta que, con un suspiro y los ojos en blanco, se levantó. Cuando quise seguirle, me detuvo con la mano y me soltó un seco:
—Espera aquí.
Fruncí tanto el ceño que casi llegué a cerrar los ojos. Había oído hablar a otros *omegas* sobre cómo los *alfas* les ofrecían comida después de limpiarlos o follar, montones de comida, con la intención de, primero, demostrarles que podían alimentarlos todo lo que quisieran; y, segundo, que se quedaran más tiempo con ellos.
Pero era imposible que Tigro hiciera lo mismo, porque eso solo lo hacían los *alfas* muy interesados en el *omega* que les visitaba. Por eso, cuando le vi volver, creía que el bulto entre sus manos era mi ropa, la cual había arrojado por el aire en mitad mi febril excitación. El *alfa salvaje* no quería que alguien como yo anduviera a husmear por los alrededores de su casa y a tocarlo todo en busca de las prendas, así que había bajado él mismo a buscarlas.
Tigro saltó y se agarró con una mano a la gruesa rama que sobrevolaba la hamaca para alcanzar el centro sin tener que tensar más las numerosas cuerdas que la ataban al árbol. Descendió suavemente y se volvió a tumbar a mi lado, ofreciéndome el bulto que traía con él. Se trataba de una tela, pero no la de mi ropa, sino la de una especie de trapo con el que envolvía un bol de madera con queso, pan, salchichas y fruta de temporada.
—Oh… —se me escapó de entre los labios. No sabía ni cómo sentirme. Solo «oh».
—Si comes, te quedas, Lemér —me advirtió con tono serio—. A mí no vas a hacerme gastar recursos solo por complacer tu estúpido ego.
Miré sus ojos de jade en la penumbra, atentos y firmes, al igual que la expresión de su rostro y sus brazos cruzados sobre el pecho peludo.
—Lo decía en serio, tengo hambre —respondí, por si acaso había dudado de ello—, pero si prefieres guardar la comida para ti, no me importa volver al...
—No hagas eso —me interrumpió—. No rechaces la comida que te doy, Lemér. Todo lo que ves ahí lo hago yo mismo y me cuesta mucho trabajo, créeme.
Miré el bol entre mis piernas cruzadas y después, de vuelta al *alfa salvaje*.
—Pues muchas gracias, Tigro —decidí decir al final, aunque mi primera reacción había sido negarme e insistir en que era mejor que me fuera.
Me metí media salchicha en la boca y la mastiqué lentamente. Gruñí con placer y la miré.
—La verdad es que está muy buena.
El *alfa* se limitó a asentir y seguir mirándome comer en silencio. Con un trozo de pan y queso en la boca, le dije:
—¿Sabes, Tigro? No puedes ofrecer comida a alguien y echarle en cara que te estás sacrificando y dándole «tus recursos», y no esperar que esa persona se sienta mal por comerla.

—Solo quiero que seas consciente de lo que vale, Lemér —respondió lo suficiente alto para hacerse oír por encima del rugido de hojas que provocó una repentina ventisca—. Yo no te estoy ofreciendo un par de manzanas que haya recogido de mi huerto antes de que vinieras. Te estoy dando horas y horas de mi trabajo y esfuerzo en solitario.
Me terminé el trozo de pan y, saboreándolo, asentí con una expresión concentrada.
—Sí, se notan las lágrimas y el sudor… le dan un sabor muy bueno.
Tigro cambió su expresión sería por una más molesta, de ojos entrecerrados y cabeza ladeada. Con una sonrisa un poco de cabrón en los labios, movía la cola en su dirección y le rodeé el cuello antes de empujarle suavemente la cara hacia un lado.
—Era broma, Tigro… —le dije—. Me hace mucho ilusión que compartas esto conmigo.
El *alfa salvaje* esperó unos segundos y después puso los ojos en blanco antes de suspirar.
—Esto es solo culpa mía… —dijo en voz baja—, si te mandara a la mierda como debería haber hecho ayer…
—Entonces nadie te llenaría y te haría correrte cinco veces —respondí antes de meterme un puñado de moras silvestres en la boca.
Con la mirada perdida al frente, Tigro susurró:
—Exacto…

EL TÍMIDO OMEGA

Un movimiento y una voz baja fueron lo que me sacaron de mi profundo sueño entre las ramas.
—Vamos, es hora de levantarse.
Intenté apretarle con los brazos y la cola alrededor de su cuello, obligarle a quedarse a mi lado y no quitarme aquel delicioso calor que tanto me gustaba; pero el *alfa* se movió de todas formas, sacando de mis labios un leve gruñido de enfado.
—En mi territorio se madruga, Lemér —me dijo—. Aquí hay que trabajar cada día.
Cuando al fin me incorporé y miré por encima del borde de la hamaca, vi a Tigro, saltando desde la rama al balcón antes de estirar lo brazos y la cola al máximo. Seguía desnudo y, aunque fuera una visión espectacular, sus actos me produjeron más gracia que excitación.
Todo empezó con unos estiramientos, llegando a colocar las manos en el suelo y tensar la espalda, produciendo de vez en cuando algún crujido seguido de un jadeo de placer. Después se quedó de pie, movió los brazos de lado a lado para girar la cadera y, finalmente, bostezó como un león y se rascó la barba con sus uñas de garras negras.
El *alfa salvaje* había tenido razón la noche anterior, porque lo que era un ligera barba se había convertido en una espesa mata de pelo de medio centímetro, tan densa que no se podía ver la piel debajo, cubriéndole por completo la parte baja de su rostro con un patrón de colores blancos, naranjas y negros.
Me quedé mirándole un momento en silencio, con mi cola medio colgando por el borde de la hamaca mientras el fuerte viento me revolvía el cabello. El mismo viento que me traía un fuerte aroma a menta y miel que llegaba de Tigro.
El *alfa* me devolvió la mirada entonces y puso las manos en la cadera.
—Vamos, Lemér —insistió—. Lo bueno tiene un precio.
Resoplé y, con los ojos en blanco, me dejé caer de espaldas sobre la tela todavía cálida tras la noche. Sin embargo, fue solo un par de segundos más antes de deslizar la cola hacia la rama y alzarme en el aire antes de treparla y legar junto a Tigro.
—Baja a buscar la ropa que ayer tiraste por todas partes —me ordenó, ya mientras se giraba—. Yo iré preparando el desayuno.
Con la espalda recta y una mano en la frente, hice el saludo militar y respondí un fuerte:
—Sí, señor.
El alfa salvaje se detuvo y se giró con una expresión que dejaba bastante claro la poca gracia que le había hecho eso; pero a mí sí me la hizo, y por eso pasé por su lado sonriendo y me tiré por el borde del balcón hasta una liana cercana.
La casa de Tigro también tenía algunas comodidades animanas para poder trepar y descender rápido, sin tener que usar las escaleras. Algo a lo que me había acostumbrado demasiado rápido y que, estaba muy seguro, iba a echar en falta cuando regresara a la sociedad *beta*.
A los pies de los árboles que formaban las bases sobre las que se asentaba las muchas estructuras que Tigro había construido, había un par de pequeños huertos, un camino serpenteando entre ellos, un gallinero, un cobertizo con herramientas y todo lo que te esperabas poder encontrar en

una granja medieval; espantapájaros incluido. Sobre el que, por cierto, colgaban mis pantalones.
Me vestí allí abajo y después ascendí de vuelta a aquella zona media con la terraza más amplia, como un puente de tablas de madera construido entre los árboles. Allí estaba Tigro, bajo el cobertizo, avivando el fuego de una pequeña hoguera.
Le di la ropa y me senté a su lado, con la espalda apoyada contra un grupo de sacos de arpilla rellenos de… cebollas o patatas o algo así. Miré al alfa vestirse y después miré como iba en busca de una sartén de metal negro y requemado, la cual puso al fuego antes de llenarla de huevos. Entonces fue a por pan y empezó a cortar rebanadas.
—¿Esa no es mi navaja? —pregunté, señalando el cuchillo de mango negro que estaba usando.
Tigro ni me miró antes de responder un simple:
—Sí. Me la regalaste la primera vez que nos vimos.
—No recuerdo yo eso… —murmuré mientras entrecerraba los ojos.
—Me la tiraste y la dejaste ahí para mí —insistió antes de entregarme una de las gruesa rebanadas que había cortado—. Me gustó mucho el regalo, la verdad. Es muy útil. Normalmente los *omegas* me regalan solo ropa, o vajilla ornamentada o incluso dibujos. No sé para qué cojones se creen que necesito yo unos dibujos… —terminó farfullando mientras negaba con la cabeza.
Le di un mordisco al pan y lo mastiqué lentamente sin dejar de mirarle. Esa mierda de que «se la había regalado», no me convencía en absoluto, pero lo dejé pasar. Tigro vivía allí solo y, como él había dicho, tenía que trabajar bastante por ello. Un poco de ayuda y una navaja decente, no le vendrían mal.
Un repentino trueno sonó en la lejanía, por encima del rugido de las hojas agitadas por el viento, y, pocos segundos después, empezó a llover con fuerza. Nosotros estábamos cubiertos bajo el cobertizo, pero no habría uno que me resguardara todo el camino de vuelta a El Pinar.
Cuando miré de nuevo a Tigro, me di cuenta de que, una vez más, mi cola había tomado sus propias decisiones y, sin decirme nada, había decidido volver a rodear el pecho del alfa y su cuello, acariciándole con la pomposa punta de vez en cuando.
—¿No te molesta? —le pregunté.
—¿Lo qué? ¿Qué me manden dibujos o la lluvia? —respondió antes de levantar un momento la mirada hacia la tormenta.
—Mi cola.
El alfa salvaje frunció el ceño y siguió moviendo los huevos fritos con una espátula de madera, para que no se pegaran a la superficie metálica de la sartén.
—No, claro que no —murmuró—. Es muy agradable y huele muy bien.
—Los *betas* odiaban que les estuviera todo el rato tocando los huevos con la cola —le conté—. Decían que les incomodaba, les hacía cosquillas y les agobiaba.
—Ellos no estaban hechos para ti —respondió—. Yo sí.
—Ahm… eso suena a El Todo —quise remarcar el nombre, darle un tono ominoso y humorístico, pero a Tigro no le hizo gracia.
Muy serio y con la misma voz baja, me dijo:
—El Todo es real, Lemér. Yo soy todo lo que tú necesitas, y tú eres todo lo que yo necesito.
Le di otro mordisco al pan y miré al frente, hacia la lluvia que llenaba el mundo de colores grisáceos y apagados, restallando contra el techo del cobertizo y la madera negra de la terraza.
—¿A qué te refieres con eso? —pregunté—. Ayer sí que noté una química increíble entre nosotros, pero podría ser solo casualidad. Que nos gusten las mismas cosas y coincidamos en eso, no tiene que deberse a una razón mística que une nuestros cuerpos y almas en un «Todo».

Tigro puso una media sonrisa de esas un poco crueles y, pidiéndome de vuelta el trozo de pan a medio comer, le colocó encima un par de huevos fritos y me dijo:
—Así que te parece que tenemos una química increíble, ¿eh…?
—Aha… No finjas que no lo sentiste, Tigro —respondí—. Estaba ahí y te oí perfectamente.
El *alfa* soltó un leve bufido y sonrió más antes de entregarme de vuelta el pan con huevos. Entonces cogió sus propias rebanadas y se acercó lo que quedaba en la sartén; poco menos de docena y media de huevos.
—Tú y yo tenemos mucha química —afirmó tras meterse casi la mitad de la rebana de pan en la boca y masticarla mirando al frente—, pero también estamos unidos en El Todo. Son cosas diferentes.
—Entonces, si follara con otro *alfa*, ¿no me mojaría tanto y llegaría al orgasmo?
Tigro terminó de masticar y tragar antes de responder:
—Si tienes suerte, no tendrás que comprobarlo nunca, Lemér.
Puse los ojos en blanco y ladeé el rostro, dedicándole una de esas miradas que decían «¿en serio me sueltas eso?». Pero Tigro no la miró, demasiado ocupado en meterse bocado tras bocado de pan y huevos, como si tuviera prisa por terminar. Así que suspiré y, dejándome caer un poco sobre el saco de arpilla, terminé mi propia tostada.
—Tengo que dar de comer a los animales e ir a revisar las trampas —me dijo poco después, cuando ya se había terminado todo y se limpiaba con la mano su nueva barba manchada de migas y yema de huevo. Entonces se levantó y me miró con una expresión calmada de párpados ligeramente caídos—: Me has sacado la barba, así que ya no voy a decirte cuándo puedes venir o cuándo debes irte, Lemér, eso será ahora decisión tuya. Lo que sí voy a decirte es que, si te quedas, que sepas que no te vas a quedar tumbado como un cerdito esperando a que yo lo haga todo. Aquí se trabaja —insistió una vez más, porque era algo que Tigro quería dejarme muy claro.
—Sí, ya te oí la primera vez —murmuré con la misma desgana con la que él me había invitado a quedarme allí. Al *alfa salvaje* le faltaban muchas dotes sociales, de eso no cabía duda.
—Me vendría bien que guardaras la hamaca antes de que se la lleve la tormenta, que recogieras los huevos del gallinero, que lo cubrieras con el toldo para proteger a las gallinas, que vaciaras los cubos fuera del almacén y que caldearas la casa para que la humedad no penetre —fue enumerando a la vez que señalaba en diferentes direcciones.
Sonaba exactamente a lo que era: trabajo de mierda bajo la lluvia.
—¿Me quieres decir, Tigro, que todos esos *omegas* que te regalan cosas y te chupan la polla, aspiran en realidad a pasarse la vida trabajando? —le pregunté, tan solo por curiosidad.
Tigro sonrió ligeramente y negó con la cabeza.
—Cómo se nota que soy tu primer *alfa* y no sabes apreciar la suerte que tienes.
Y, sin más, se alejó hacia el borde de la terraza y se arrojó al vacío, rodando en el suelo y saliendo a buen paso tras una caída de casi diez metros. Le miré desaparecer en la espesura del bosque y después me quedé pensando en qué hacer.
Podría volver al Pinar sin más, donde no tenía que trabajar y podría pasarme el lluvioso día en Copas o bajo el Hogar, donde habrían encendido un par de buenas estufas para calentarse mientras juagaban a juegos de mesa, charlaban y comían.
O podría aprovechar que Tigro estaba distraído y volver al barranco para investigar el misterioso búnker quemado, retomando mi misión original.
O podría quedarme allí y hacer lo que el alfa me había pedido.
Tardé un buen par de minutos en decidirme, mirando hacia la lejanía, donde estaría el barranco y

la catarata. La razón me decía que era el momento perfecto para investigar, que ya había hecho suficiente el tonto y que debía retomar mi deber; pero mi cuerpo no paraba de repetir: «Tigro muy bueno. MMhhh, gustar mucho. ¡Quedarse! ¡Quedarse!».

Y, como era mi cuerpo y no mi mente el que me estaba dando tantísimas alegrías últimamente, me quedé. Hice lo que tenía que hacer y, empapado, regresé al interior de la casa para encender la estufa —de cobre ennegrecido por los bordes y una alargada chimenea que salía por el techo de paja—, llenarlo de trozos de madera que había sacado del almacén y caldear el ambiente. Me desnudé y colgué la ropa antes de buscar algo con lo que taparme. En un baúl a un lado encontré un par de mantas de piel y con ellas me envolví tirado en la colcha que había acercado previamente a la estufa.

Entonces gruñí con placer y acerqué más la cola húmeda al calor que irradiaba el fuego. Cuando estuvo lo suficiente seca, la peiné y volví a acercarla. Entre las limitadas opciones para entretenerme, estaba el libro de *El Tímido Omega*, y eso es lo que Tigro me encontró leyendo cuando volvió una hora después.

El *alfa salvaje* estaba completamente empapado y, nada más entrar, se agitó como un perro, arrojando pequeñas gotas de agua por todas partes. Después gruñó por lo bajo al aspirar el aire caldeado con aroma a menta y miel, cerró los ojos, soltó un jadeo y sonrío. Como si le fuera la vida en ello, se apresuró a desnudarse para colgar la ropa y reunirse casi de un salto a mi lado; hundiéndose bajo las mantas de piel y pegándose a mi cuerpo mientras no dejaba de ronronear como un gatito y darme suaves mordiscos en la piel.

—Estás frío —murmuré sin apartar la mirada del libro en el suelo, frente a la estufa.

—Lo que estoy es a punto de reventarte a folladas… —gruñó por lo bajo mientras, ya sin cortarse ni un pelo, se puso sobre mí y frotó su cadera contra mi culo a la vez que me rodeaba con los brazos y me mordía el hombro.

—Cuando dejes de estar frío —repetí, pasando tranquilamente la página del libro.

Tigro emitió un gruñido de leve enfado y queja pero, resignándose, dejó de insistir; entonces suspiró, apoyó su mentón de barba corta sobre mi hombro y miró el libro.

—¿Has hecho lo que te pedí?

—Sí.

—Parece que llevas leyendo un buen rato —murmuró, moviendo una mano desde mi pectoral a la novela para pasar todas las páginas que ya había leído—. Si te sobraba tanto tiempo, podría haberte mandado más cosas que hacer.

—Si hiciera todo tu trabajo, yo sería el *alfa salvaje*, Tigro —respondí antes de darle un golpe en la mano para que dejara de mojar las hojas con sus dedos húmedos.

—¿Y qué te parece la historia? ¿Ya te gusta más? Quizá la veas más realista… —susurró en mi oído.

—No, la verdad es que no la entiendo —le confesé—. Ovejita es un llorica sin sangre y el *alfa salvaje*, un puto cerdo.

Tigro se rio, haciendo vibrar su poderoso pecho pegado a mi espalda.

—¿Por qué te parece que es un cerdo?

—Porque no para de pedirle guarradas y que se la chupe.

—Mmh… —murmuró Tigro, apretándome suavemente contra él—. Te voy a contar un secreto, Lemér —me susurró al oído con ese tono grave y gorgoteante que tantísimo me gustaba—: los *alfas* somos muy cerdos. Solo que algunos, como los *salvajes*, nos podemos permitir serlo de verdad, y otros, como los *domesticados*, solo pueden soñar con ello y leerlo en novelas como estas.

Fruncí el ceño y levanté un poco la cabeza, mirando el crepitar del fuego dentro de la estufa; casi la única luz que alumbraba el interior de la casa bajo la tormenta.
—¿Quieres decir que a todos los *alfas* le gustan estas cosas? —pregunté, dándole un par de toques con el dedo a las páginas amarillentas y manoseadas.
—Oh, sí… —sonrió.
—Pero no se atreven a pedirlo.
—No pueden, Lemér. No son lo suficiente buenos para hacer que los *omegas* se esfuercen por complacerles.
—Aha… ¿y esa obsesión con las mamadas? —pregunté, ladeando un poco el rostro hacia él.
Antes de responder, Tigro me mordisqueó la mejilla y ronroneó ligeramente.
—Ya sabes lo que significan…
—Significan que os pone cachondos que los *omegas* se humillen.
—Pfff… —Tigro resopló y puso los ojos en blanco—. Eso es lo que pensáis vosotros.
Movió la cabeza y la separó de mi hombro para poder responder a mi mirada. Sus ojos de jade brillaban reflejando las llamas y los convertía en algo casi mágico.
—No es «humillarse», Lemér; es demostrar que de verdad quieres estar con el *alfa* —me explicó —. A nosotros también nos gusta sentirnos deseados y apreciados. Saber que los *omegas* nos valoran.
—Ya, claro… y no hay mejor manera de decir «te quiero» que si te lo tragas —asentí, volviendo a mirar la novela abierta en el suelo—. Sí, los *betas* también piensan eso…
—No es eso —respondió Tigro con un tono seco—. No hables si no puedes ni entender lo que dices, Lemér…
—Entonces explícamelo —respondí sin echarme atrás.
Tigro podía ponerse todo lo serio e intimidante que quisiera, porque tenía una barba que apestaba a menta y miel; y eso era lo único que realmente importaba.
—Chuparla es algo tabú aquí —dijo tras un breve silencio y una intensa lucha de miradas iluminadas por el fuego de la estufa—. Los *omegas* lo saben y los *alfas* también. Es peligroso y si alguien lo descubriera, podría arruinar la reputación del *omega*; por eso, si te lo hace, es porque realmente quiere que te quedes a su lado.
Entonces se dejó caer sobre el hombro y se quedó a mi vera, con mi cola alrededor del cuello como una peluda bufanda que le acariciaba el pecho peludo. Tigro me miró fijamente y, con el reverso de sus dedos, me empezó a acariciar suavemente el reguero entre mis pectorales.
—Nosotros lo hacemos siempre todo: os damos comida, os damos cobijo, os limpiamos, os vamos a buscar, os damos regalos os perseguimos arriba y abajo, os esperamos constantemente… Sabemos que estáis con otros *alfas*, Lemér —concluyó en tono más bajo y los ojos entrecerrados—. Sabes que, seguramente, no seas el único al que visita tu *omega*… pero te esfuerzas mucho por serlo. Luchas constantemente contra los demás y contra ti mismo ¿Lo entiendes?
Dejó un breve silencio y yo asentí lentamente.
—Y así es como debe ser, ese es nuestro papel en El Todo —continuó—: el mejor *alfa* se lleva al *omega*. Pero incluso en nuestro mundo no hay solo blanco o negro, Lemér. Por eso existen estos libros —y miró la novela abierta a un lado—, donde el *omega* es el que se enamora y el *alfa* el que disfruta del placer de sentirse deseado y querido. Claro que hay mucho sexo y guarradas —se encogió de hombros—, los animanos somos así; pero lo importante siempre es el cambio de roles.
—Ahm… —murmuré—. Creía que os hacía muy felices cumplir vuestro papel en El Todo.

—Nos hace muy felices —afirmó—. Nos hace *alfas*. Pero eso no significa que no nos gusten las mamadas, o que los *omegas* se toqueteen pensando en nosotros, o que no paren de jadear nuestro nombre mientras se frotan contra nuestro cuerpo y nos ruegan que les llenemos otra vez de corrida. Perdón, ¿has llegado ya a esa parte? Quizá te haya jodido el argumento.
Se me escapó un bufido y una sonrisa.
—No me importa, la verdad —murmuré, cerrando el libro con un golpe seco antes de volver a mirarle—. Pero tú eres un *salvaje*, ¿no? En teoría, tú ya tienes todo eso.
—Oh, por supuesto que sí —y puso una media sonrisa malvada—, yo solo leo estos libros por morbo. A veces incluso saco ideas que hacer después con los muchos *omegas* que me visitan para hacerme muy, muy feliz. Como tú, Lemér… —terminó susurrando antes de mover la mano de mi pecho a mi boca para acariciarme los labios.
—Ya veo —murmuré.
—¿Tú me quieres hacer muy feliz? —preguntó en el mismo tono bajo y gorgoteante mientras bajaba la mano a las mantas de piel y las elevaba, justo en el punto perfecto para poder ver su entrepierna sumergida en la penumbra.
Por supuesto, eché una ojeada al interior y gruñí con mucho interés.
—Lo que creo es que me quiero hacer muy feliz a mí mismo —respondí, bajando la mano hacia esa misma abertura entre las mantas.
—Si hacerme feliz te hace feliz, me parece bien —dijo con una sonrisa más afilada en los labios.
Pero le duró poco, solo hasta que empecé a masturbarle suavemente y la sustituyó por una expresión de ceño fruncido y labio inferior mordido. Empezó a gruñir y a jadear a medida que aumenté el ritmo y, con un resoplido y un bajo: «Lemér…», se volcó sobre mí bajo las mantas.
Solo interrumpió sus salvajes besos y sus sedientas caricias cuando, echado sobre mí y con la cadera entre mis piernas, me preguntó en un bajo jadeo:
—¿Te has tomado la poción?
—Sí.
—Lo digo en serio, Lemér.
—Qué sí, hostias —respondí, apretándole para que volviera a besarme de nuevo.
Por desgracia, el *alfa* se resistió, produciendo un gruñido muy enfadado en mi garganta y una mueca de peligrosa advertencia en mi rostro.
—Los *alfas salvajes* no nos hacemos cargo de ninguna cría que no nazca en nuestro territorio —me advirtió con tono serio—. Si no te tomas la poción de antes, te tendrás que tomar la de después, o buscarte a un *alfa* subnormal que cuide de mi descendencia.
—Fui a hablar con Topa Má y me ha hecho una poción, una especial —recalqué, arqueando las cejas—, porque tú eres muy *alfa* y muy macho y más vale que hagas que merezca la pena las arcadas y lo mucho que esa poción de mierda me ha revuelto el estómago; porque si no, no vas a volver a verme.
Tigro relajó un poco la expresión y terminó por asentir antes de frotarme el rostro contra el suyo.
—Me alegro que te hiciera una poción especial más fuerte —dijo cerca de mi oído—, vas a necesitarla…
Con un gruñido de necesidad en los labios y mis brazos alrededor de su cuerpo, le pegué contra mí y moví la cadera, tratando de meterme ya su polla dentro y que se dejara de tonterías.
—Pero antes… —añadió, separándose lo suficiente para poder ponerse de rodillas y, con un paso, sentarse en mi pecho—, demuéstrame lo mucho que quieres tenerme a tu lado, Lemér…
No escuché su comentario, no de una forma consciente, porque en el momento en el que me puso esa polla cerca de la cara, ya me la estaba metiendo en la boca. Primero mojé bien la cabeza,

porque a los *alfas* no se les lubricaba —tampoco lo necesitaban con los *omegas*—, y después me la fui metiendo más y más profunda hasta que sufría una ligera arcada y retrocedía.
Tigro no dejaba de mirarme, de jadear y de poner una extraña cara entre el placer, la sorpresa y… no sé exactamente qué más. Con una mano dubitativa en mi cabeza, trataba de apretarme el pelo, pero no lo suficiente para hacerme daño, así que todo se quedaba en un estúpido gesto sin ninguna fuerza; también movía un poco la cadera, pero igual que con el pelo, casi lo hacía con miedo, prefiriendo muchas veces quedarse quieto.
—¡Tigro, ¿vas de súper *alfa* revienta bocas y ahora te andas a cortar?! —terminé gritándole, entre frustrado y bastante molesto por lo decepcionante que estaba resultando su reacción.
Entonces el *alfa* apretó con fuerza sus dientes de grandes colmillos y, cerrando el puño sobre mi pelo como si quisiera arrancármelo, me hundió la polla hasta la garganta. No sé cuál de los dos gruñó más fuerte, gimió más alto o se lo pasó mejor; solo sé que Tigro follaba la boca como un dios, que se corrió con el grito más salvaje y violento que jamás le había oído y que yo me empapé tanto que cree un pequeño charco en la colcha. Charco en el que el *alfa*, cerca de una locura febril y cargada de violencia, hundió el rostro para gruñir y lamerlo antes de hacer lo mismo en mi culo.
Si un *beta* nos hubiera visto entonces, se hubiera asustado muchísimo; y no me extrañaría, porque debía ser un espectáculo realmente bizarro. Hubiera creído que Tigro era uno de esos peligrosísimos *alfas* con cara de loco, poco más que un puto animal salvaje, furioso y enloquecido, que me estaba atacando y forzando —y posiblemente violando— sin que yo pudiera hacer nada por defenderme. Solo llorar y gemir.
Por supuesto, la realidad era muy, MUY diferente a eso. Lo que estaba pasando en verdad era que Tigro me estaba enseñando lo ciertas que eran sus palabras: yo solo necesitaba un *alfa* para ser feliz. Las lágrimas de mis ojos, la forma en la que me agarraba a la colcha y la manera en la que gemía casi sin voz, era porque no sabía que podía tener más de un orgasmo por polvo. El 99% de las veces, ni siquiera llegaba a alcanzar uno, como para pensar en poder tener más.
Tigro me enseñó que era posible, muy posible de hecho; si follabas como un martillo neumático y un taladro percutor unidos a una central nuclear de energía inagotable. Él también se corría, pero eso no era el final, solo el principio de otra postura y más sexo violento y salvaje.
Creo que fue… quizá una hora después, cuando, con los tobillos a la altura de sus hombros, los pies rodeando su cara y las muñecas apresadas por sus manos, llegué a mi tercer y último orgasmo del día.
No podía más. Eso fue lo que sentí, por primera vez en mi vida, simplemente, no *podía* follar más.
Tigro lo sintió, o su cuerpo debió sentirlo, porque cuando me corrí una última vez, él también lo hizo y, de pronto, se detuvo. Completamente empapado en sudor y un fuerte olor a menta y miel, el *alfa* se derrumbó sobre mí y se quedó jadeando como si hubiera corrido por todo el continente, escalado una montaña, atravesado a nado el mar y, después, venido de vuelta haciendo el mismo recorrido.
Con los brazos y las piernas, le rodeé el cuerpo ardiente y así nos quedamos unos buenos veinte minutos hasta conseguir recuperar parte de la normalidad. Yo casi me había dormido gracias al sonido de la lluvia, el crepitar del fuego, la calidez de su cuerpo, el peso de Tigro sobre mí y a aquella increíble sensación de paz y relajación que me había dejado el mejor polvo de mi vida.
Entonces el *alfa* se movió, descendió por debajo de las mantas y me dio la vuelta para limpiarme. Me sorprendió bastante, pero no fue una limpieza erótica y excitante, sino una más pausada, más agradable que sexual. Cuando terminó, me dio un cachete y se levantó para salir al exterior. Creí

que quizá necesitaba un poco de aire ya que, en la cabaña, se había acumulado un intenso calor con aroma a menta y miel; algo que siempre saturaba por completo a mis chicos. Sin embargo, no tardó más que un minuto en volver con un saco enorme bajo el brazo y un par de cantimploras bajo el otro.
Me levanté al momento y moví la cola con entusiasmo.
—Me voy a volver a correr —le aseguré.
—Lo dudo mucho —respondió él antes de dejarse caer de nuevo a mi lado.
Me entregó una de las cantimploras para que pudiera beberme más de la mitad casi sin pararme a respirar, y después abrió el saco repleto de comida para que cogiera lo que quisiera. Comiendo como un par de cerdos, volvimos a compartir un largo silencio; ambos con la mirada perdida en algún sitio y expresión soñolienta mientas nos llevábamos trozo de comida tras trozo de comida a la boca. Al sentirme lleno de nuevo, resoplé y me dejé caer sobre las mantas de piel.
Tigro se terminó el pollo asado y recogió un poco el saco y los restos antes de tumbarse a mi lado. Tenía los ojos adormilados, el pelo revuelto y la respiración profunda y pausada. Me miraba a través de unos párpados casi cerrados y me rodeaba el cuerpo con el brazo y parte de su cola de tigre. Cuando me incliné un poco para besarle, ronroneó como un gatito y me apretó más contra él antes de poner parte de su peso sobre mí, como si así pudiera evitar que me fuera.
Lo cual era gracioso, porque yo no tenía ni fuerzas para moverme. Aunque, puede que incluso pudiendo, tampoco me hubiera ido.
Tigro era demasiado bueno.



Al amanecer, todavía seguía lloviendo. Lo oí antes de poder verlo, cuando el *alfa* se despegó de mí y me apartó suavemente las manos al intentar detenerle.
—Lemér… —le oí gruñir.
Entreabrí solo un ojo para ver como Tigro me devolvía la mirada, con mi cola alrededor de la cintura e incapaz de escapar de la cama. Sonreí un poco y le solté. El alfa soltó un sonoro bufido y apartó las cálidas mantas de piel de un golpe seco.
—Ya es hora de despertar —me dijo—. Venga, vete encendiendo el fogón y calentando agua mientras recojo un poco la cabaña.
No me moví, desnudo y con la cara pegada a la colcha mientras gruñía con desgana. Tigro no me esperó, sino que empezó con la limpieza, lo que no me dejó otra opción que levantarme, vestirme y salir al frescor de la madrugada. Ni siquiera había amanecido del todo y hacía un frío muy desagradable que me erizó por completo el pelo de la cola. Refunfuñando y con cara de asco, bajé las escaleras hacia la enorme terraza elevada donde estaba el cobertizo cubierto, el fogón y las herramientas de cocina sobre una mesa que usaba para cortar y despiezar animales.
Antes de que el agua empezara a hervir, Tigro llegó corriendo bajo la lluvia y se sentó a mi lado en el pequeño banco frente al fuego.
—¿Cómo te gusta el té? —me preguntó.
—¿No tienes café?
—El café no crece en esta zona.

—¿No tienes invernaderos? —pregunté.
—No, Lemér —respondió mientras se giraba un poco para mirarme los ojos y enseñarme mejor la bolsa que había traído con él—. Aquí solo crece el té. Tengo un poco de leche que he ordeñado ayer y miel, si te gusta más dulce; pero no vas a conseguir un *cappuccino latte the mocca* con caramelo en la puta Reserva, que te quede bien claro.
—Eso explica la herida de bala —murmuré.
El *alfa* se quedó helado y empezó a respirar muy lentamente antes de ladear el rostro y preguntar:
—¿Qué?
—Tu herida de bala en el costado —respondí—. Es vieja, pero aun se nota. Creí que quizá te la hubieran hecho aquí, pero me parecía muy extraño. Ahora que has dicho lo del *cappucino latte*, ha quedado claro que conoces de sobra la sociedad *beta*. Los animanos de La Reserva no saben ni lo que es el café.
Tigro volvió a quedarse en silencio mientras me miraba con aquellos ojos de jade y oro.
—¿Quieres el té o no? —preguntó en voz baja.
—Sí, por favor, un *matcha tea latte* con hielo y miel sería maravilloso.
El *alfa* se quedó mirándome en silencio y, negando con la cabeza y soltando una exhalación, echó las hojas de té en el agua hirviendo antes de ir en busca de la leche y el tarro de miel, la cual también arrojó al cazo para que se deshiciera. Con mi cola de nuevo alrededor del cuello y la punta metida por dentro de su camiseta de lana negra mientras le acariciaba el pecho, me dijo:
—Hoy me vendría bien que volvieras a recoger los huevos y te ocuparas de revisar si la acequia del huerto se ha inundado. A veces, en temporada de lluvias, con las hojas que caen se crea un tapón y todo se llena de barro y pierdo parte de las cosechas. También me ayudaría mucho que arreglaras un par de las herramientas —y señaló a la pared del porche a nuestras espaldas, en las que colgaban algunos cuchillos y utensilios de cocina—. Sácales filo y, si ves que tienen en mango suelto, átalas; pero ten cuidado. El metal fundido es lo único que no puedo producir por mi mismo en el territorio, así que tengo que pedirlo a Mina Negra, y los muy cabrones me cobran el doble por ser un *salvaje*. Están jodidos porque la mitad de sus *omegas* de Cauce Rápido bajan aquí a verme.
Escuché toda su explicación en silencio y, después, respondí:
—Te ayudaré, pero hoy también tengo que volver a El Pinar, la poción que me dio Topa Má dura solo tres días y necesito tomar otra.
Tigro asintió y removió la pota de agua caliente y té antes de comenzar a cortar rebanadas de queso y pan.
—Y puede que me pase a entregar un par de cartas —añadí con tono pensativo—. Llevo toda la semana queriendo ir a Presa de Arce, pero creo que con esta lluvia me pasaré por Vallealto y daré el día por hecho.
El *alfa* me entregó una rebanada de pan con queso y, mientras preparaba la suya —con el doble de todo, porque era un chico muy grande—, murmuró:
—¿Quieres un último consejo, Lemér?
—¿Sobre qué?
—Sobre mí…
Estaba mordiendo la tostada, pero me detuve y la aparté de mi boca.
—Suena a algo más serio que una de tus clásicas fanfarronadas.
—Es bastante serio —afirmó, terminando de llenar su rebanada de pan con queso, entonces me miró y con expresión seria, me dijo—: Soy un *alfa salvaje*, Lemér, nunca lo olvides. Nosotros tenemos nuestras propias reglas y todos lo saben. Sacarme la barba es importante, pero no

puedes estar seguro de nada hasta que me tengas bien atado, y eso te va a llevar mucho tiempo y esfuerzo.
Y después le dio un buen mordisco a la tostada sin dejar de mirarme.
—Todo esto ha escalado muy rápido y muy pronto… —murmuré mientras arqueaba las cejas—. Creía que solo me ibas a ayudar con lo del Punto de Agua.
—Yo también lo creía —asintió antes de rascarse la barba del mentón—, pero aquí estamos, ¿no?
—Ya… —dije, sin saber cómo sentirme al respecto.
—Es decisión tuya, Lemér, yo no te voy a perseguir ni a tratar de convencerte de nada, ya lo sabes —me recordó con un tono neutro, ni molesto, ni insistente, ni necesitado, ni con segundas intenciones. Tan solo la verdad—. Si quieres venir solo para jugar, jugaremos; si quieres olvidarte de todo, nos olvidamos; si quieres intentar cazarme… tendrás que seguir las reglas —y se encogió de hombros.
—No sé cuales son esas reglas especiales, Tigro —respondí con el mismo tono neutro que él.
Éramos dos hombres hablando de algo muy serio como si fuera un charla de ascensor.
—Entonces quizá deberías usar ese tiempo en El Pinar para preguntarlo —me sugirió.
—O quizá podrías decírmelas tú.
El *alfa* ladeó el rostro de lado a lado, dubitativo, a la vez que se hacía una segunda tosta y sacaba la pota de té del fuego.
—¿Quieres «Las Reglas» o quieres «Las reglas de un *omega* con posibilidades muy reales de hacerme su *alfa*»?
—Pfff —resoplé—, ¿cómo es esto?, ¿ahora hay subapartados dentro de las reglas?
Tigro sonrió un poco y, lamiéndose los labios con la punta de la lengua, llenó un cueco de cerámica con té, uno que me ofreció mientras me miraba a los ojos y preguntaba:
—¿Qué reglas quieres que te dé, Lemér?
—¿Cuáles crees que necesitaría?
—No, no… —sonrió más—. Yo no voy a decidir por ti, ya te lo he dicho.
No respondí al momento. Era una decisión complicada y, la verdad, no me sentía preparado para tomarla todavía. Mi mente decía: «No, ni de broma, Lemér. Tú tienes una misión, un trabajo, una… especie de pareja y una vida fuera de aquí. Esto es solo un experimento». Y mi cuerpo… bueno, solo decía una cosa desde que había experimentado tres orgasmos seguidos: «Tigro, Tigro, Tigro, Tigro, Tigro…»
Pero, por primera vez, dudé entre ambos, así que el dije:
—Dame la primera regla de cada una.
Tigro asintió y se sirvió su propia taza de té.
—La primera regla normal es: hacer feliz al *alfa salvaje* sin que importe nada más. La primera regla especial es: evita que nadie más haga feliz a tu *alfa salvaje*.
Soplé la superficie humeante del té y le di un breve sorbo. Como todo allí, sabía delicioso.
—No me he traído mi equipo de vigilancia ni mi arma de francotirador, así que optaré por la regla básica —murmuré.
Tigro se rio.
—Realmente, no es tan difícil, Lemér —me aseguró—. Cuanto más tiempo pases aquí y más feliz me hagas, menos tiempo tendré para atender a nadie más y menos interesado estaré en que lo que me propongan.
Aquello no me estaba gustando. No me estaba gustando en absoluto.
—Yo también te daré un consejo, Tigro —le dije mientras me inclinaba hacia él y clavaba mis

ojos en los suyos—. No vayas de listo, porque yo no miro atrás…
El *alfa salvaje* bebió un sorbo de su té y, tras un par de segundos, murmuró:
—Me pone cachondísimo que hagas eso… —y sonrió de oreja a oreja.

LOS ALFAS QUE NO AMAN A LOS OMEGAS

Cuando entré en el hogar-consulta-laboratorio de alquimia de Topa Má, me encontré a la chamana mirando un libro sobre la enorme mesa de piedra que usaba como camilla.
—Lemér… —me saludó sin levantar la cabeza.
—¿Qué cojones haces con un libro? —le pregunté—. Si estás ciega.
—¿Sí? No me había dado cuenta… —respondió ella mientras levantaba una mano de largos dedos y largas uñas hacia mí—. Pero tú puedes ver, ¿verdad? Quizá fueras tan amable de leerme algo que pone aquí.
—Espera, ¿cuánto llevas ahí parada esperando que alguien entre para poder pedirle que te lea el libro?
—Una hora… —respondió a la vez que cerraba uno a uno los dedos para indicarme que me acercara.
—Joder… espero que no sea verdad —murmuré de camino hacia ella. Cuando me quedé al otro lado de la mesa, giré el libro hacia mí y la chamana me indicó el punto exacto que debía leer—.
«Y el Tímido Omega agarró la enorme polla de su *alfa* y se la metió hasta el fondo gritando de puro placer, porque solo él le hacía correrse a mares…»
Topa Má se quedó en completo silencio, mirándome a través de esas monedas de sol y luna que tapaban sus ojos ciegos.
—A veces eres gracioso, Lemér… —me dijo.
Me reí un poco y negué con la cabeza.
«Un *alfa* es como el río furioso y descontrolado, destruyendo y consumiendo todo a su paso. El *omega* es el cauce que le guía a través de las montañas y los valles, que le da un destino, una finalidad y una razón de ser. Hay *alfas* que son lagos y *omegas* que no saben nadar; y hay *omegas* que son tormentas y *alfas* que tienen miedo a los truenos. Hay *alfas* que quieren beber de un arroyo manso y *alfas* que quieren beber de una catarata; hay *omegas* que buscan la cálida caricia del sol y hay *omegas* que buscan el ardor de un volcán. Hay *alfas* profundos como el mar y *omegas* inamovibles como montañas; *alfas* salvajes como olas y *omegas* tercos como el arrecife, *alfas* que no temen ni a la tormenta ni a la catarata, y *omegas* que no dudan ante el fuego del volcán ni la profundidad del océano.
Y es, cuando se encuentran, que forman El Todo.»
Terminé de leer, esa vez en serio. Topa Má asintió con la cabeza, haciendo tintinear la absurda cantidad de amuletos, pendientes y cadenas que le colgaban de su pelo negro y largo. Entonces cerró el libro de un golpe seco y lo apartó a un lado para señalarme la mesa.
—Túmbate.
—Solo he venido a por otra poción anticonceptiva —respondí, levantando unas manos en alto que ella no pudo ver.
—Y por ello has de tumbarte, Lemér… —respondió—. Cada poción es diferente, como el *omega* que la bebe y el *alfa* al que busca después.
Puse los ojos en blanco y apreté los labios, pero no tuve más opción que ceder y tumbarme en la

mesa si quería mi jugo mágico anti-niños. La chamana pasó las manos por encima de mí sin llegar a tocarme y, lentamente, empezó a palpar mi Punto de Agua. Apreté los dientes y aguanté el aire, creyendo que me volvería a doler; pero eso no ocurrió.
Topa Má me palpó un buen rato, apretó y uso ambas manos, pero no sentí nada más que la leve incomodidad de cuando te clavan unos dedos fríos y largos.
—Mmh… —murmuró de esa forma tan suya.
—¿Estoy curado? —pregunté.
—Nunca has estado enfermo, Lemér… —respondió, apartando las manos de mí para cruzarlas a la altura de la cintura y retroceder un paso—. Pero, si tu pregunta es si tu Punto de Agua a recuperado la normalidad, la respuesta es «sí». El agua fluye de nuevo.
—Creía que todavía faltaba —reconocí, un poco más feliz de lo que había entrado allí gracias a esa inesperada noticia—. Me… me sigo mojando bastante todo el rato.
—Esa es tu naturaleza, es parte de ser *omega*.
—No, me refiero a que… —me senté en el borde de la mesa de piedra e, inclinándome un poco hacia ella, bajé la voz para decirle—: A que me mojo muchísimo. Ya he dejado lleno a Tigro dos veces.
Topa Má bajó la mirada que mantenía al frente y me miró con aquellos perturbadores ojos de monedas.
—Hay *alfas* que quieren beber de un arroyo manso y *alfas* que quieren beber de una catarata —recitó—. El *alfa* Tigro creía tener una sed infinita… pero se ha llenado como un lago y en su rostro ha crecido la barba como el tigro salvaje.
—Sí, ya, ese es un tema del que también te quería hablar —respondí con una mueca de preocupación que, de nuevo, ella no pudo ver—. Le ha crecido la barba pero…
—No le ha crecido —me interrumpió—, tú se la has dado.
—Sí, vale, como prefieras decirlo. El caso es que no estoy seguro de que sea una buena idea y, la verdad, solo he oído cosas malas de los *alfas salvajes*.
—Esa es su naturaleza, Lemér… —repitió una vez más antes de girarse hacia un lado para dar dramáticos pasos en dirección a las estanterías excavadas en la tierra—. No puedes pedir a un manzano que te dé naranjas, ni puedes pedirle a la lluvia que no te moje.
—Ya… ¿y tampoco puedo pedirle a un *alfa* que no se deje hacer mamadas en cuanto me dé la vuelta? —le pregunté—. Oh, perdona, lo diré como tú, Topa Má: ¿No podría pedirle al rayo y al trueno que no me den por el puto culo si me doy la vuelta en mitad de la tormenta?
La chamana siguió palpando tranquilamente los botes sin que ninguna de mis preguntas produjera la menos reacción en ella. Finalmente, eligió dos y se los llevó al caldero con agua al fuego que había en mitad de la habitación.
—Tú deberías saber mejor que nadie que la vida no siempre es fácil, Lemér —me dijo al fin—, las personas no siempre son como queremos que sean y las cosas no siempre ocurren cuando deberían ocurrir.
—Eso ya lo sé, y no me refiero a cambiar…
—Sí, Lemér —me interrumpió, girando el rostro hacia mí y haciendo tintinear sus muchos amuletos y colgantes—. Tú quieres un lobo que ladre como un perro y Tigro quiere un león que ronronee como un gato; pero nada de eso va a pasar. ¿Verdad?
Me quedé un par de segundos en silencio y después respondí:
—No, no va a pasar.
—Pero aquí estás tú, pidiéndome una poción para el *alfa* Tigro; y allí estará él, esperando al *omega* que le ha sacado barba después de años comiendo regaliz.

Volví a quedarme callado.
—Entonces, va a salir mal —concluí.
—Muchas cosas salen mal, Lemér… —murmuró mientras arrojaba algunas hojas secas al agua burbujeante de su caldero—. Pero tú no eres un *omega* al que le gusten las cosas fáciles, sino los retos, y el *alfa* Tigro no es de los que se rinden sin luchar hasta el final.
—Eso suena muy bonito para una historia de ficción, Topa Má, pero en la realidad no es tan agradable empezar algo que sabes que no va a tener un final feliz.
Con la boca llena de aire que soltaba por entre los labios como un globo picado, bajé la mirada al suelo de piedra, raíces y tierra oscura. Entonces negué con la cabeza y me dirigí a la salida.
—Volveré antes de media tarde a por la poción —me despedí.
—El Tímido Omega nunca pensó en el final de la historia, Lemér —oí decir a mis espaldas—, solo en la enorme polla del *alfa* que le hacía correrse a mares.
Con una sonrisa en los labios me volví hacia la chamana y, tras un leve bufido, respondí:
—Por fin dices algo con sentido…



Arda fue la afortunada que pudo acompañarme a Vallealto. No por decisión mía, sino después de una dura competición entre diez *omegas* deseosos de poder cargar una bolsa llena de libros solo para estar cinco minutos con los *alfas* del valle.
Las sutilezas de aquella sociedad seguían escapándoseme un poco.
La joven había comenzado el camino muy emocionada, con la bolsa al hombro y una enorme sonrisa en sus bonitos labios de muñeca, pero enseguida se cansó y tuvo que pararse a descansar.
—Y dime, Lemér —me dijo entonces, todavía algo jadeante—. ¿Quién es ese *alfa* al que visitas?
—¿Qué? —murmuré de forma distraída.
Arda se rio. Cuando la miré, tenía las cejas arqueadas y sus grandes ojos señalaron por un momento el charco a mis pies. Lo miré de nuevo y vi mi borroso reflejo en el agua; mis ojos grises, mis labios carnosos, mi rostro atractivo y mi pelo de un rubio claro en lo alto de la cabeza, pero negro como el betún en las sienes, las cejas y la barba corta. Los *betas* estaban seguros de que me lo teñía para seguir alguna especie de moda, pero a mi me crecía de esos dos colores, como el pelo de mi cola anillada.
—Llevas todo el camino mirándote en los charcos y repasándote el peinado y la ropa.
Parpadeé. La miré a ella y después el charco bajo mis pies en cuclillas. No… había sido consciente de todo aquello.
Arda se rio de nuevo y negó con la cabeza mientras movía su enorme cola de ardilla a sus espaldas.
—Por favor, se te nota demasiado —me dijo—. Casi ni se te ve por el Pinar en unos días y, cuando vuelves, el pelo te crece más fuerte, estás más sonrosado, caminas con la espalda más recta, tu voz es más grave y lenta, te peinas mucho más la cola y pareces más distraído. —Volvió a sonreír—. Estás a la caza de un *alfa*…
Mi expresión debía ser todo un poema, porque la *omega*-ardilla se lo estaba pasando fenomenal con aquello. Incluso volvió a reírse una vez más antes de levantar la bolsa de libros y animarme a

continuar el camino.
—No te preocupes, es normal, Lemér, todos hacemos lo mismo cuando encontramos a un buen *alfa*—me dijo—, ni te imaginas cómo estaba Benny con Tori —resopló y puso los ojos en blanco, hacia las copas de los árboles batiéndose por el viento y el cielo gris tras ellas—. No había trozo de metal ni superficie reflectante a salvo de él y su inmensurable ego.
—Ya… —murmuré, pensando en todos esos *omegas* que no paraban de acicalarse y mirarse, esos que me habían parecido siempre tan estúpidos y frívolos—. Me he estado viendo con alguien, pero no es nada serio —tuve que reconocer, porque evitar el tema sería estúpido cuando era tan perceptible para ellos esas señales de… no sabía ni cómo llamarlo. «A la caza de un *alfa*», supongo.
—¿Le has sacado la barba?
—Sí.
—Entonces no puedes decir que «no es serio». Tienes que respetarles, Lemér. Si les sacas la barba, ya no es «un *alfa*», sino «tu *alfa*» —me dejó bien claro, ya sin reírse—. El juego cambia, ¿entiendes?
Asentí lentamente.
—Aunque tampoco quiere decir que te vayas a emparejar con ellos y tener ya sus crías, por supuesto —continuó—. Pero es el inicio de todo. Les estás dando la oportunidad de demostrarte los feliz que pueden llegar a hacerte; y tú, a cambio, les haces más caso, les tratas con cariño y dejas patente que hay una diferencia entre él y el resto.
—Ahm… —murmuré—. ¿puedo hacerte una pregunta, Arda?
—Claro.
—Cuando voy a entregar las cartas de los *alfas salvajes*, a veces me encuentro con rastros de *omegas*…
—Ah… —la joven asintió y miró al suelo—, sí, trata de no buscarles ni nada así. Solo deja las cartas y vete.
—¿Tan malo es ir a verles? —pregunté, girando el rostro hacia ella.
—Buff… —resopló, volviendo a dejar la bolsa sobre una de las raíces y a frotarse el hombro—. Los *salvajes* son diferentes, Lemér. Tienen sus propias reglas y… no son buenas para nosotros, ¿lo entiendes?
Fui en busca de la bolsa que había dejado y me la cargué al hombro para que no tuviera que seguir sufriendo de aquella manera. Arda sonrió un poco y puso una preciosa mueca de cuello encogido y hombros alzados mientras agitaba la cola y los bigotes. Después se rio.
—No son buenos porque… —insistí, retomando el hilo de la conversación y el camino al mismo tiempo.
—A ver —la joven se puso seria y alzó las palmas en alto—. Los *salvajes* son lo mejor de lo mejor, esa es una realidad, ¿vale? Son los más guapos, los más poderosos, los que tienen más recursos y, sobre todo, los más divertidos… —y le dio el tono necesario para dejar bien claro a qué se refería—; pero, aunque ellos se crean que solo tienen a los mejores *omegas*, se equivocan. Van muchos a verles, es verdad, pero ni de lejos los mejores, porque los mejores saben que los *alfas domesticados*, aunque no tan divertidos, siguen siendo mejor opción. *Alfas* con los que no tienes que… cambiar las reglas del juego. ¿Entiendes?
Asentí.
—Ya había oído que los *salvajes* se aprovechan un poco de los *omegas* —dije.
—No se aprovechan, Lemér, los utilizan —me corrigió—. Los *salvajes* no se molestan ni en respetarnos, porque hagan lo que hagan, siempre habrá *omegas* dispuestos a visitarles. Pueden

exigir cosas que a los demás ni se les pasaría por la cabeza, y si hay quien está dispuesto a ello, me parece bien; pero después no vengas llorando porque te han roto el corazón y te sientes humillado.
Arda se estaba tomando muy en serio aquello, en parte, creía, para darme una especie de advertencia y aviso al respecto.
—¿Y los *domesticados* jamás hacen eso? Romperte el corazón, digo.
—Oh, sí, claro que sí —respondió al momento—. Los *domesticados* también tienen lo suyo, pero es un juego muchísimo más justo. Una vez que les sacas la barba, te aseguro que tú serás lo único importante en sus vidas y que no vas a tener ni que preocuparte de que… anden haciendo el tonto por ahí.
—¿Y por qué pierden la barba entonces? —quise saber—. ¿Por qué los *omegas* les abandonan si son tan buenos? En Vallealto hay algunos *alfas* mudando la barba y se supone que son de lo mejor de Mil Lagos, ¿no? ¿Por qué les dejan escapar?
—Bueno… —se encogió de hombros—, las cosas a veces no salen bien, Lemér. A veces te gusta un *alfa*, pero pasa el tiempo y no es como creías, o no te da lo que buscas, o te aburres… hay muchas razones. ¿Acaso los *betas* se unían para siempre con sus parejas?
—No, claro que no —respondí—, pero allí las cosas son diferentes. Por ejemplo, la ruptura puede nacer de ambos lados, no es algo que decida siempre el mismo de forma unidireccional, como un *omega* hacia el *alfa*.
—Oh, no, no… —y se rio—, muchas veces es culpa del *alfa*, créeme —y abrió muchos los ojos con una mueca de labios apretados como si dijera «ya lo verás».
—Pero… —resoplé. Era jodidamente confuso, no paraban de darme mensajes contradictorios y costaba un poco unir las piezas—. Tú dices que los *domesticados* se desviven por los *omegas* que les sacan la barba, ¿cómo es posible que después les dejen?
—Porque los *alfas*, sobre todo los del valle, se lo tienen muy creído y tienen sus propias exigencias. Por ejemplo… —y sonrió de una forma un tanto malvada—, el *omega* que le sacó la barba a Bullo antes de que le conocieras (no me pidas su nombre) —añadió rápidamente con las manos en alto—no quiso ceder ante la exigencia del *alfa* de visitarle más de dos veces por semana, por lo que él se negó a limpiarle y el *omega* (por favor, Lemér, no insistas no te voy a decir su nombre…) —yo no estaba ni hablando—, se enfadó y no volvió. Así que Bullo mudó la barba y siguió adelante.
—Entonces sí tienen exigencias… —recalqué—. No son tan sumisos como decís.
—Nadie dijo que fueran sumisos —negó con una expresión de ceño fruncido—. Depende de la villa en la que vivan y la especie que sean, por supuesto, pero todos suelen tener sus momentos de bravuconería: ven a verme más a menudo, deja que te limpie varias veces a la semana, quédate a dormir, haz el nido en mi casa… ya sabes, cuanto más tiempo pasa y más larga tienen la barba, más tontos se ponen —y terminó con los ojos en blanco.
Solté un leve «aahhh…» de entendimiento. Eso tenía muchísimo más sentido de lo que yo había creído que, realmente, era una relación *alfa-omega*.
—Así que es un tira y afloja entre ambos—resumí—. Los *alfas* no son tan inocentes después de todo.
Arda resopló de una forma muy sonora y me miró como si acaba de decir la mayor de las tonterías.
—¿Inocentes? Ni de lejos, Lemér —me aseguró—. No te dejes engañar por sus palabras bonitas y sus regalos. Solo quieren que les hagas *alfa*, que te emparejes con ellos y tengas sus crías. Ah, y ten mucho cuidadito con los bovinos y los équidos —me advirtió—, tienen la polla tan grande

como sus egos y nos les tiembla la mano a la hora de pedir. Si le sacas barba a Bullo, vete preparado para la guerra.
Llegado ese momento, habíamos alcanzado ya el final del bosque, así que le devolví la bolsa de libros y esperé a que la joven se acicalara un poco antes de sonreír y continuar el camino.
No habíamos ni alcanzado la mitad del camino cuando unos «amables» *alfas solteros* se acercaron desde las piedras de la colina y se ofrecieron a ayudarnos. Conocía de vista a dos de ellos, y a uno por el nombre: Buyú, un *alfa*-buey que, al parecer, estaba muy al tanto de mi preferencia por las enormes y fuertes especies bovinas. Así que no dudó en empujar al resto y caminar a mi lado.
—Así que ahora también traes libros, ¿eh, Lemér? A mí me encantan los libros, leo muchísimo después de cargar todos los sacos de heno que los demás no pueden —y, como si nada, apretó el puño y tenso su enorme bíceps con una sonrisa—. Quizá un día podamos leer algo juntos en mi casa. Tú y yo, con la lluvia de fondo y una buena manta de piel… aunque yo doy mucho calor —añadió mientras, nada sutilmente sacaba pecho para destacar sus enorme pectorales y el pelo rubio que cubría la abertura de su camiseta hasta casi el cuello—, así que quizá fuera mejor hacerlo desnudos…
—¿Cuál es tu libro favorito? —le pregunté.
—Ehm… pues… muchos —sonrió, porque sabía que tenía una sonrisa bastante bonita, casi tan blanca como los gigantescos cuernos que brotaban de sus sienes como dos antenas parabólicas —. Podemos leer el que quieras, no te preocupes.
—Ahm… Pues no sé, ya había hablado con Bullo sobre leerle algo alguna vez —murmuré antes de mirar al poblado—. Por cierto, ¿dónde está?
—A Bullo le tocó llevar a las ovejas al claro —respondió otro de los *alfas*—. Si quieres, mandamos a alguien a buscarle… —y miró a su compañero con una sonrisa, como si tuvieran algún tipo de broma secreta.
—No, claro que no —se adelantó Arda antes de lanzarme una mirada que decía «¿qué coño haces?». Por supuesto, preguntar por Bullo era como confesar que estaba interesado en él, y eso no podía pasar…—. Solo hemos venido a daros vuestros libros guarros y marcharnos.
—Nosotros no leemos eso —le aseguró uno de los *alfas*-cabra que no conocía—. Esos libros solo los leen en Presa de Arce.
—Y en Puerto Bruma —añadió Buyú antes de soltar una ruidosa carcajada—. Allí no tienen otra cosa.
Todos se rieron menos yo.
Cuando llegamos a la villa, fuimos directos al ayuntamiento, o Hogar, o Hall Vikingo o cómo mierda llamaran al edificio central con campanario. Allí, en una de las alargadas mesas, dejamos los libros apilados y sacamos la lista de los préstamos. Poco a poco, fueron llegando los interesados, llevándose los que habían pedido y firmando la hoja o haciéndonos peticiones.
Fue Antila, con su agradable trato, su dulzura natural y una vara en la mano, la que apartó al grupo de *alfas solteros* que no paraban de interrumpir el proceso con un fingido interés por la literatura; la mayoría de las veces para cambiar de tema a las dos frases y volver a pavonearse u hacernos alguna broma subida de tono.
Cuando ellos se fueron, terminamos en apenas media hora y, ya sin libros, nos dirigimos a la salida. Como había empezado a chispear una ligera llovizna, Arda exclamó:
—¡Cómo llueve!, no podemos irnos, Lemér —y muy dramáticamente se giró para agarrarme del brazo—. Nos mojaremos las colas y será un horror. Tendremos que quedarnos un poco más… —le costó no sonreír al decirlo.

Miré el cielo encapotado y chisqué la lengua. Llovía un poco, pero después llovería más, y yo aún tenía un sitio al que viajar antes de guarecerme de la tormenta.
—Quédate tú con la lista, yo tengo que volver al Pinar y entregarle un correo urgente a Presa de Arce.
—Oh… claro, a Presa de Arce —afirmó ella con una sonrisa todavía más grande ante de guiñarme el ojo—. Qué envidia, me encantaría poder ir contigo, pero tendré que quedarme aquí con estos estúpidos *alfas* del valle —y resopló ruidosamente mientras ponía los ojos en blanco.
Por supuesto, nuestra conversación estaba siendo escuchada muy poco discretamente por un grupo de *alfas* que fingían apilar unos sacos que ya estaban apilados. Sin esperar ni un momento más, me despedí de Arda con un guiño y salí a buen paso por el suelo empedrado de la villa. Al llegar al bosque, tomé la dirección norte y no la noroeste que me llevaría al Pinar.
Cruzando un riachuelo y escalando una pequeña pared rocosa, llegué al territorio de Tigro en una nada desdeñable media hora. Tiempo suficiente para que lo fuerte de la tormenta me pillara cerca de su cabaña tras otros diez minutos corriendo entre las ramas. El *alfa* estaba en el cobertizo al lado del gallinero, sentado en un taburete mientras, distraídamente, desplumaba un par de pollos que acababa de matar.
—Qué sexy estás con ese mandil lleno de sangre y plumas hasta en los bigotes… —murmuré, con el hombro apoyado en la pared de madera y una cruel sonrisa en los labios.
—Pues si quieres puedes comerme la polla aquí mismo —respondió sin apartar la mirada de la gallina muerta entre sus enormes manos—. Metes la cabeza debajo del mandil y escupes las plumas que te encuentres por el camino.
Se me saltó la risa y me acerqué, rodeando el cuello del *alfa* con la cola antes de hacerlo con los brazos y apoyar el mentón en su hombro.
—¿Qué es eso? —preguntó, señalando con la cabeza la hoja de papel en mi mano.
Me encogí de hombros.
—Te hice un dibujo de esos que tanto te gustan…
Tigro ahogó un bufido y ya estaba sonriendo antes de dejar el ave dentro de un cubo y tomar el papel de mi mano. Manchó la hoja amarillenta de sangre cuando la abrió, pero no creía que aquello fuera algo que quisiera conservar. Dentro, había un malísimo dibujo de Tigro de rodillas y muy empalmado, frente a un malísimo dibujo de mí con el culo en pompa y una enorme sonrisa.
El *alfa* levantó la cabeza y soltó una ruidosa carcajada antes de asentir y mirar de nuevo el dibujo.
—No me habías dicho que podías predecir el futuro, Lemér —me dijo.
—Tengo muchos talentos —respondí antes de volver a encogerme de hombros—. ¿Necesitas ayuda con eso? —señalé el cubo y los dos pollos a medio desplumar.
El *alfa* giró el rostro y buscó mis labios para besarlos suavemente y ronronear de la forma más baja y dulce del mundo.
—Sí, me vendría bien la ayuda —respondió sin apartar demasiado la boca—. Normalmente mato solo una o dos, pero estaba pensando en matar cuatro o cinco este mes… ¿Tú que dices, Lemér? ¿Crees que voy a necesitar la energía extra?
—Lo que creo es que al final del mes no te van a quedar gallinas, Tigro —respondí en el mismo tono bajo y amielado mientras, nada sutilmente, metía la mano por debajo de su mandil de cuero y le apretaba la entrepierna.
El *salvaje* gruñó y sonrió como un niño en navidad, mostrándome casi por entero aquellos enormes colmillos de carnívoro. Tigro era un *alfa* que no amaba a los *omegas*, pero yo era un

omega que no necesitaba ser amado. Solo necesitaba su enorme polla, sus tres orgasmos por polvo, el roce de su barba en mi culo y esa actitud divertida y provocadora que me ponía tan cachondo.
Y eso era lo que iba a tener hasta que, irremediablemente, lo perdiera. Entonces me buscaría a otro *alfa* mucho menos complicado y exigente; o puede que incluso ya hubiera terminado mi misión y me hubiera vuelto al mundo real. Quién sabe.
Con un suspiro, solté el bulto ya bastante duro bajo el pantalón y fui a sentarme a un taburete cercano para ayudarle a desplumar los pollos. Tigro me siguió con la mirada y, sin dejar de sonreír, recuperó la gallina del cubo manchado de plumas y sangre.
—¿Qué tal estaba Topa Má? —me preguntó.
—Loca, como siempre.
—¿Te palpó el Punto de Agua?
Levanté un momento la mirada para verle con aquella mueca de leve sonrisa y los ojos fijos en la gallina muerta.
—Sí, insistió en hacerlo —respondí.
—¿Y…?
Tomé una bocanada de aire y le dije justo lo que tanto estaba esperando oír.
—Dice que ya estoy recuperado.
—Eso ya lo sé.
—Si lo sabes, ¿para qué preguntas?
—Porque tú sigues pensando que te mojas tanto solo porque todavía está inflamado.
—No sabía que me mojaba más que la media —reconocí.
El profundo y denso ronroneo gorgoteante de Tigro no se hizo esperar.
—Oh, sí… —murmuró, llegando incluso a relamerse con anticipación—. Y todo eso es solo para mí… ¿A qué sí, Lemér? —añadió al final junto con una mirada por debajo de sus espesas cejas negras.
Respondí a sus brillantes ojos de jade y oro con una expresión calmada e indiferente. Como si nada, seguí desplumando la gallina sin apartar la mirada de él y pregunté:
—¿Y qué vas a hacer cuando te llene una y otra vez, te saque más y más barba y vayas apestando a menta y miel allí a donde vayas?
Tigro ladeó el rostro y esperó un par de segundos mientras su media sonrisa se volvía cada vez más afilada.
—Haré lo que hago siempre, Lemér: cuidar de mi territorio y divertirme cuando pueda.
—Aha…
—¿Y tú qué harás? —me preguntó entonces.
Me encogí de hombros y bajé la mirada hacia la gallina.
—Lo de siempre, también: tomar decisiones de mierda de las que luego me arrepiento.
—Uhm… decisiones de mierda —repitió con lentitud—. ¿Te refieres a cosas como ir a Vallealto cuando no deberías?
Eso me hizo bastante gracia, pero traté de limitarme a soltar un leve bufido y poner una sonrisa.
—Sí que bajé a Vallealto mientras esperaba a que Topa Má hiciera la poción —reconocí—. Les llevé los libros que habían pedido.
—Ya… —murmuró él, arrancando de pronto un puñado de plumas de golpe—. ¿Y qué libros eran eses, Lemér? La saga de: «*¿Cómo cazar a un alfa-cabra que se corre berreando como un subnormal?*», o quizá la colección «*El misterio de los equinos, su enorme polla y lo mal que la usan*».

Ahí si que no pude contener la risa, la cual llenó el pequeño cobertizo y compitió con la violenta lluvia.
—Pues no, pero que sepas que esos libros son auténticos *best-sellers* entre los *omegas* —respondí.
—Mmh… entonces tuvo que ser «*El estúpido omega y los grandes y decepcionantes bovinos*».
—Otro número uno en ventas —asentí sin dudarlo. Y, aunque no debería haberlo hecho, añadí un bajo—: y mi favorito.
No levanté la cabeza, pero pude ver por el borde de los ojos cómo Tigro clavaba las garras en la pobre gallina y le arrancaba de golpe otro puñado de plumas, carne y sangre. El *alfa* parecía muy serio y empecé a sentir una ligera tensión en el aire, creciendo a cada segundo que pasaba. Cuando al fin le miré, entendí que Tigro no era la clase de *alfa* que iba a aceptar aquella clase de provocación. Su cuerpo se había puesto en tensión, su respiración se había pausado al mínimo y sus ojos eran dos grandes señales de advertencia.
Por supuesto, decidí ser racional en aquella ocasión y no escuchar a mi cuerpo gritando: «¡Sí! ¡Celos, celos! BIEEENNNN ¡Que se joda! ¡Más, más!».
—Pero la verdad es que ahora me estoy leyendo una novela que me está encantando, se titula: «*El maravilloso omega y el descubrimiento de la multiorgasmia*».
Tigro relajó un poco el cuerpo y alzó la cabeza, pero se mantuvo en aquel estado de evidente enfado.
—Te está encantando… —repitió con tono neutro y de esa forma que daba a entender que aquello no había sido suficiente para él.
—Sí —asentí antes de mirarle por el borde de los ojos—. Me está fascinando el argumento.
Tigro se pasó la lengua por los colmillos y, entrecerrando levemente los ojos, continuó arrancando más plumas a su ya bastante maltratada gallina. Por suerte la pobre ya estaba muerta.
—Ten cuidado leyendo, Lemér —murmuró con ese tono peligroso y bajo en la voz—, porque como te pille mirando otro libro, se acabó la puta biblioteca.
—Esa ha sido una analogía de mierda —negué con la cabeza.
—Perdona, lo diré mejor: como descubra que andas a hacer el gilipollas por ahí, no vas a volver a verme en tu puta vida. Así llores, recorras mi territorio día y noche y me pidas perdón a gritos hasta quedarte afónico. Entonces podrás irte a Vallealto y dejar que algún ridículo *alfa* te folle mientras tú solo piensas en mí, porque ya no eres capaz de correrte de ninguna otra forma. ¿Te ha parecido suficiente clara la analogía, Lemér? —terminó gruñendo por lo bajo mientras ladeaba el rostro.
Esperé unos segundos antes de responder:
—Ves, Tigro… si al final tú y yo tenemos mucho más en común de lo que parecía.
Compartimos una mirada seria y tensa y, entonces, Tigro bajó los ojos hacia la gallina ya desplumada y la arrojó de un golpe seco al cubo; haciéndolo caer al suelo y rodar un par de centímetros por el barro.
—Ahora que ha quedado claro, ¿podemos dejar ya ese tema? —me preguntó con una mirada por el borde superior de los ojos—. Para siempre.
Arqueé ambas cejas, pero no fui tan inmaduro y estúpido como para insistir con un más que evidente: «eres tú el que siempre saca el puto tema, no yo»; así que respondí un neutro y educado:
—Podemos, sí.
—Bien… —murmuró mientras se frotaba las manos manchadas contra el mandilón y miraba en dirección a la lluvia—. Hablemos sobre esa almohada que has traído.

Fruncí el ceño y terminé de quitar las últimas plumas al ave antes de, con cuidado esta vez, dejarla en el interior de cubo.
—O tienes muy buen olfato o una visión de rayos x —respondí con un tono ligeramente impresionado—, porque ni siquiera la he sacado de la mochila.
Una fina sonrisa de prepotencia le cruzó los labios, pero siguió con la cara vuelta hacia la lluvia y el cuerpo echado hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas y las sucias manos colgando.
—No vas a hacer un nido en mi casa, Lemér —me dijo.
—Es solo un cojín, no te pongas dramático.
—Ya… solo un cojín —bufó como si quisiera reírse y, después, se mojó los labios con la lengua antes de mirarme—. Te permitiré tener uno, y solo uno, porque será más sencillo para levantarte la cintura cuando te limpie, y también para que tengas un lugar en el que ahogar los gemidos y las lágrimas cuando te reviente a folladas —y ahí dejó un breve silencio para arquear las cejas y sonreír más antes de concluir—: Más adelante… cuando me demuestres que merece la pena concederte algunos caprichos —se encogió de hombros—, quizá te deje hacerme el nido.
—Aha… ¿y a qué le llamáis «nido» aquí? —quise saber.
El *alfa* resopló, puso los ojos en blanco y negó con la cabeza. Sin llegar a responder, tomó el cubo de las gallinas y salió a la lluvia, cruzando el camino entre los huertos hasta alcanzar la cobertura del árbol y, de allí, rodear sus grandes raíces para llegar a la cocina al otro lado. Y cuando digo «cocina», me refería a esa extraña mezcla medieval de horno, fogones y brasero donde el *alfa* preparaba la comida.
Allí dejó el cubo sobre una mesa, se quitó el mandil de cuero y lo colgó a un lado.
—Dime, Lemér —murmuró de espaldas a mí—, te gusta dormir con muchas almohadas, cojines y mantas alrededor, ¿verdad?
—Sí —reconocí, aunque también me encogí de hombros porque yo no veía aquello como algo particularmente extraño.
Sí que llamaba la atención de alguno de mis chicos, sobre todo la de Copper, que lo odiaba, pero tampoco era una de las más estrafalarias manías que yo tenía, ni una que destacara especialmente entre el resto.
—Y reúnes cosas suaves y con mucho olor a ti y las acumulas en una cama o un espacio donde suelas descansar —insistió mientras reavivaba las llamas del horno de piedra y se iba a lavar las manos a un cuenco cercano—. Y solo lo haces en tu casa, donde nadie más va a entrar, a excepción de tu pareja, la única con la que compartes ese cúmulo de mantas y cojines…
—Ah… —lo entendí, yendo a apoyar la espalda contra una de las paredes para no molestar al *alfa* que no paraba de moverse de un lado a otro en busca de utensilios o condimentos—, así que eso es un nido. Lo había escuchado ya un par de veces, pero no entendía exactamente lo que era.
—Es lo que hacéis los *omegas* —afirmó—, y a donde os lleváis el nido, es a donde siempre vais a dormir…
—Claro —sonreí—, y tú crees que he empezado a mudarme a tu casa porque he traído un puto cojín.
—No lo creo, Lemér —me corrigió, echándome una ojeada por encima del hombro—. Es lo que estás intentando, porque así ningún otro *omega* se acercará a mi cabaña.
Resoplé bien fuerte y bien alto para que pudiera captar lo absurdo que aquello me parecía.
—Tigro… —murmuré.
—Sí, resopla lo que quieras —me dijo mientras empalaba las gallinas en dos largos pinchos de acero que después metió en el horno—. No vas a hacer el nido en mi casa. No aún…

Ladeé el rostro, me crucé de brazos y le dediqué una mirada aburrida de párpados caídos.
—Como si eso fuera a mantener alejados a los demás *omegas* —murmuré.
—Sabes que sí.
—No, no lo creo.
Tigro se acercó a mí y, mirándome fijamente a los ojos, se llevó las manos a la cadera.
—Piénsalo, Lemér, ¿qué pasaría si llegaras a la casa de un *alfa* y encontraras el nido de otro *omega*, con su olor por todas partes?
No necesité responder, mi cara de asco lo dijo todo.
—Exacto —respondió él, sonriente por su victoria.
—Ya, pero no lo es lo mismo, ¿verdad? —pregunté—. Porque mi nido y tú oléis igual a menta y miel, pero, por lo que dices, eso no es algo que vaya a detenerles.
Tigro cambió su sonrisa por una mueca molesta.
—Creía que habíamos acordado dejar ese tema para siempre —murmuró.
—Sí —asentí—, solo tengo curiosidad por saber cuál es la diferencia.
El *alfa* se hizo derogar un poco, cruzando también los brazos sobre el pecho y echando una leve mirada a la puerta y la fuerte lluvia más allá.
—La diferencia es que yo soy un *salvaje*, Lemér —me dijo—, y hasta que no me pongas una cuenta en la barba, todo vale conmigo.
—Oh, espera… ¿las cuentas de la barba se las ponen los *omegas*?
Quizá fuera la pregunta o quizá mi tono de sorpresa e interés, pero algo consiguió que el *alfa* volviera a mirarme y, con una respiración profunda, dejara su leve enfado atrás.
—Sí, cuando deciden emparejarse de por vida con un *alfa*, fabrican una cuenta y se la dan para que él se la coloque en la barba —respondió—. Después, cada año le dan una nueva, porque cada año tienen la barba más larga. Los *omegas* las hacen a mano y son muy importantes, muy simbólicas, representando lo que más les gusta de ellos o sus virtudes: los colores, las formas, los dibujos… todo tiene un significado.
El *alfa* se dejó caer a mi lado, apoyando el hombro y parte de la cabeza en la pared de madera.
—Pueden simbolizar cosas como que «nunca les ha faltado comida», que «nunca han pasado frío de noche», que «nunca han tenido miedo de nada», o que «están orgullosos del buen padre que es». Cosas así… —decía mientras, muy sutilmente, movía su cola para acariciarme la pierna—. Aunque la primera que se da siempre es una con el símbolo de El Todo, representando su unión entre *alfa* y *omega*. Esa solo se puede hacer delante de la chamana Má y con hueso, que simboliza la eternidad.
—Vaya… —murmuré—. Que… interesante.
Tigro sonrió un poco, pero de esa forma tan suya, casi malévola.
—¿Cuál crees que me darías tú, Lemér? —me preguntó cerca del oído.
—No lo sé, te conozco solo desde hace semana y media, Tigro —respondí con franqueza.
El *alfa* se rio y, con el movimiento de su cuerpo, consiguió pegarse más a mí.
—Pero, si tuvieras que elegir la cualidad que más te guste de mí ahora mismo, ¿cuál sería? —insistió con un tono más bajo y acompañado de un ligero ronroneo—. Puede ser cualquier cosa. Hay cuentas que simbolizan la fuerza, la voluntad, la fiereza… y también hay otras que simbolizan el poder sexual, la forma en la que siempre consiguen darles placer, que les hacen mojarse como un río en primavera… Esa podría ser, ¿quizá?
Yo mantenía mi mirada fija en la suya mientras el *alfa* continuaba hablando, acercando sus labios a los míos pero sin llegar a besarme, apretando su cuerpo contra el mío o acariciándome con la punta de su cola en el muslo.

—¿Hay alguna que simbolice que me lo paso muy bien contigo? —pregunté.
—¿Quieres decir que te follo como nadie y que te hago correrte tres veces seguidas? —ronroneó en mi oído—. Necesitarías darme varias cuentas para dejar eso bien claro…
—Quiero decir que me lo paso muy bien contigo —y me encogí de hombros.
Tigro se quedó un momento en silencio, frotó su barba contra la mía y buscó mis ojos de nuevo.
—Hay una que simboliza que te hace reír, y otra que simboliza que nunca te sientes solo, o que te encanta hablar de todo con tu *alfa*, o que él sabe darte muy buenos consejos… depende de lo que signifique «pasarlo bien» para ti.
—¿Y podrías rechazar una cuenta que no te guste? —le pregunté—. Por ejemplo, si crees que te voy a dar una que simbolice que eres una máquina de follar, y resulta que te doy una sobre que siempre me divierto mucho a tu lado. ¿Podrías negarte a llevarla?
Tigro bajó un momento la mirada a mis labios y después volvió lentamente a mis ojos.
—Nunca rechazas una cuenta de tu *omega*, Lemér —respondió—. Te la pones en la barba y la exhibes con orgullo ante todos.
—Ahm… —me limité a responder, porque los labios de Tigro ya estaban demasiado cerca y había un límite de lo que yo podía aguantar la tentación de besarle.
Y, cuando lo hice, él gruñó de esa forma tan dulce y suave y tuve que besarle más fuerte mientras perdía todo el aire de los pulmones y pensaba en cómo podía un simple beso provocar tantas sensaciones en mi interior. Quizá fuera mi cuerpo *omega*, quizá fuera El Todo, o quizá fuera simplemente Tigro.
Sin poder resistirlo, descrucé los brazos y le rodeé el cuello, agarrándole del pelo de la nuca para obligarle a besarme más fuerte. El *alfa salvaje* gruñó y descruzó los suyos para agarrarme de la cintura y levantarme en brazos antes de darme un golpe seco contra la pared y hundir su rostro de espesa barba en mi cuello.
Con un gemido de pura felicidad, me mordí el labio inferior y le pegué más a mí, con las manos, con la cola, con las piernas… con lo que fuera. Tigro me apretaba los muslos hasta casi clavarme sus garras negras y me comía el cuello como si le fuera la vida en ello; hasta que, de pronto, apartó su rostro y, jadeando, me dijo al oído:
—Tenemos que vigilar el pollo para que no se queme… no podemos distraernos.
Lentamente, volví el rostro hacia él.
—Lo sé… —me dijo, sin necesidad de tener que escuchar lo que yo pensaba—, pero las cosas son así aquí. Si nos volvemos locos, sabes que podrían pasar dos horas antes de que nos movamos, y para entonces el pollo ya estará quemado —se pasó una mano por los labios empapados y la apoyó en la pared al lado de mi cabeza—. Sería un completo desperdicio.
—¿Hay alguna cuenta de esas que diga: «odio tu puto territorio»? —pregunté.
A Tigro se le saltó la risa y frotó su espesa barba contra la mía al mismo tiempo que ronroneaba para calmarme.
—Mi territorio es lo que permitirá tener una docena de crías si quieres.
—Sí, eso es justo lo que quiero… —murmuré antes de apartarle de mí y volver al suelo.
Estaba empalmado, frustrado, mojado como una fuente y sin ningunas ganas de charlar de putas crías en ese momento.
—Ey… —me llamó entonces, rodeándome con los brazos para que no me moviera—. He dicho que no podemos distraernos, no que no vayamos a pasarlo bien… Verás, Lemér, tengo un problema y necesito tu ayuda —me dijo, mirándome con una preciosa expresión de pena y morritos—, tengo el Punto Sacro muy, muy inflamado —y me llevó la mano al gran bulto de sus pantalones antes de apretármela.

—Oh… —murmuré mientras movía suavemente la mano y buscaba sus ojos—. Parece un problema muy gordo…
—Sí… Un problema muy, muy gordo—sonrió antes de relamerse—. ¿Se te ocurre cómo ayudarme? ¿Sabes lo que necesito?
—Sí, yo soy todo lo que necesitas, Tigro —le susurré pegado a sus labios.
El *alfa* jadeó y, tras un par de segundos, susurró un bajísimo: «¿sí…?».
Asentí con la cabeza y le metí la mano por dentro del pantalón de cuero. Tigro cerró los ojos y gruñó de puro placer, pero no tanto como cuando me aparté un poco y coloqué mi dedo gordo y empapado de líquido omegático sobre sus labios. El *alfa* abrió entonces los ojos y se quedó mirándome mientras se lo metía lentamente en la boca.
—Yo te voy a hacer *alfa*, Tigro… —le aseguré—, y me vas a dar las gracias por ello.
El *salvaje*, no supo si decir algo, si seguir gruñendo, si lamerme el dedo empapado entre sus labios o si tratar de respirar; así que su cuerpo decidió por él y, simplemente, se corrió dentro del pantalón.
—¿Ves? —le dije, dándole una suave bofetada—. Ya está un poco menos hinchado…
Ese fue el punto exacto en el que Tigro se volvió loco. Y no digo «loco» como una especie de metáfora o algo poético con lo que describir un estado de gran exaltación y entusiasmo. No. Tigro se volvía loco de verdad. Algo dentro de él tomaba el control y perdía por completo la razón. Algo salvaje y primitivo y peligroso que brillaba en sus ojos como jades, empequeñeciendo sus pupilas y dilatando sus fosas nasales.
En ese momento me agarró, me levantó en alto, me llevó a la mesa, tiró todo lo que había sobre ella y me bajó el pantalón a tirones antes de arrodillarse en el suelo y devorarme el culo. Solo cuando consiguió arrancar de mí tres o cuatro buenos chorros de líquido, al fin volvió a ponerse de pie y, con la barba y la boca completamente empapadas, se bajó el pantalón para reventarme hasta el alma sobre aquella mesa sucia. Primero de cara, después de espaldas, después de pie y, finalmente, directamente en sus brazos, gruñéndome a la cara mientras me agarraba y movía la cadera al ritmo de una locomotora.
No sabía si aquel estado de locura era común en los *alfas* o solo en los *salvajes*, pero era todo lo que un *omega* solo podía soñar con experimentar. La propia esencia del erotismo más animal e intenso. Una bestia insaciable y brutal. Una fuerza imparable de la naturaleza. Tan terrible y hermoso que era imposible no mirarlo.
Al menos, lo era para mí; aunque yo también era la persona a la que le estaba haciendo correrse, llorar, gemir y tener otra de las mejores experiencias de su vida sobre una mesa sucia en una chavola-cocina de mierda. A otra persona… bueno, quizá la escena le aterrara. Sin duda, era muy impactante de ver.
Todo terminó cuando, en un cuarto y delicioso orgasmo, ya no pude más y el cuerpo del *alfa* reaccionó al instante, corriéndose y apagando en seco ese botón rojo donde ponía «Modo Bestia Sexual». Completamente empapado en sudor, con la piel ardiendo, la respiración acelerada, el corazón a mil por hora y una intenso aroma a menta y miel por todo su cuerpo; Tigro dio un dubitativo paso hacia la mesa y me puso sobre ella antes de dejarse caer sobre mí como si hubiera colapsado por completo.
Tardó unos buenos veinte minutos en conseguir recuperarse y, en cuando pudo, su principal prioridad fue limpiarme el culo y los muslos antes de, con un cachete, dar el trabajo por concluido.
—El pollo… —fue lo primero que me dijo con una voz ronca y pesada.
—Ya lo saqué —respondí mientras me estiraba y arqueaba la espalda, haciendo crujir un par de

vertebras en el proceso.
—¿Cómo? —miró el horno y, después, los dos pollos ensartados que había enfriándose lejos de las llamas.
—Con la cola, Tigro —le dije, como si fuera obvio.
Aunque, la verdad, no le presioné mucho porque el *alfa* seguía algo aturdido y cansado tras aquel pedazo de polvo; así que alargué las manos y le invité a volver a tumbarse sobre mí, cosa que no dudó ni un segundo en hacer mientras ronroneaba con placer.
—Tengo un cubo entero de naranjas —me susurró al oído—, las he ido a buscar esta tarde solo para ti.
—¿Las mejores de la Reserva? —pregunté.
—¿Acaso lo dudas? —preguntó antes de levantar la cabeza y mirarme a los ojos—. ¿No te doy siempre lo mejor, Lemér? Eso que no vas a encontrar en ninguna otra parte…
Me mordí el labio inferior y me encogí de hombros.
—Puede que a ti te crea cuando dices eso.

REFUGIO DE LA GARRA

El hogar de los alfas de la pradera estaba en el fondo de un cañón que cruzaba la ondulada superficie del enorme claro, como una profunda cicatriz en el pecho de la llanura plagada de hierva y flores.

El camino hasta allí me había llevado dos horas, una cruzando el bosque y otra siguiendo el río; pero, como todo lo que había visto hasta entonces en La Reserva, merecía totalmente la pena el esfuerzo. La pradera era de ensueño, incluso bajo un cielo gris y plomizo, no podía ni imaginar lo hermoso que sería bajo el sol de verano. El aire hacía moverse la hierba y las flores como si de olas se tratara, arrastrando un olor a humedad y polen por todo aquel mar de verdor. Al ascender una pequeña colina, al fin visualicé Refugio de la Garra, o, al menos, los almacenes y pocas estructuras que se acumulaban en la superficie, porque el verdadero hogar se escondía en el interior de la grieta.

Cuando me acerqué a las figuras que se movían por el exterior, moviendo cajas de madera o colgando grandes piezas de caza en el secadero, alguno de ellos levantaron la mirada y me saludaron con un breve asentimiento. Todos tenían cuentas en sus largas barbas, así que fui yo el que tuve que acercarme a saludarles y presentarme.

Muy amablemente, uno de ellos, un *alfa*-perro de cola peluda, me indicó que había dos ascensores y una escalinata escondida tras un cúmulo de piedras en una de las esquinas de la grieta. Podría tomar el que quisiera y dirigirme al Hogar para hablar con Oviko, el *omega* al cargo. Le di las gracias y, solo por pura curiosidad, opté por tomar uno de los ascensores. Por supuesto, no era más que un sistema de poleas y unas cuerdas atadas a un tablón de madera que descendía y ascendía desde el fondo de la grieta a la superficie; pero, aun así, me pareció sorprendente.

Mientras descendías, podías admirar Refugio de la Garra en su totalidad. Era una villa enorme y muy poblada que estaba construida siguiendo el recorrido de aquella cicatriz de piedra hundida en la pradera, con multitud de casas de madera y techumbre de paja al más estilo vikingo, de varios nievels y techos más puntiagudos y decorados con madera tallada. Había caminos entre ellas, escalinatas, puentes y pasillos cruzando constantemente el riachuelo que alimentaba la principal industria de aquel lugar: la caza y el tratado de pieles.

Ese era el principal problema del Refugio de la Garra, el olor producido por las peleterías y secaderos al final de la grieta, donde usaban el agua del río para limpiar la sangre y restos descompuestos de los animales. Porque, por el resto, era la villa más impresionante que hubiera visto hasta entonces. Lo siento por los *alfas* del valle, pero era la verdad. Aquel lugar parecía sacado de la portada de un libro de fantasía.

Cuando el ascensor tocó el suelo, eché otro rápido vistazo y, con la mochila repleta de cartas al hombro, comencé el camino. Miraba aquí y allá, a la gente, las casas y las estatuas talladas en madera que adornaban la vera de los senderos. Las viviendas y talleres estaban mucho más juntas debido al limitado espacio disponible, así que muchas veces casi te perdías en pasillos y escalinatas de piedra que ascendían y descendían entre un cúmulo de estructuras de varios pisos

de altura.
Pero aún así, terminaron por encontrarme.
—Pero que es esto… —oí una voz de pronto, saliendo del interior de un cobertizo—. Mira Zoro, una preciosa presa para nosotros solos…
—Es nuestro día de suerte, Rozo —respondió el otro, dándome un par de pasos rápidos para ponerse a mi otro lado—. Es una auténtica maravilla de animal…
—Mmh… y qué bien huele.
—Oh, huele delicioso…
—Quizá se haya perdido.
—Seguro que se ha perdido. ¡Tenemos que ayudarle!
—Sí, por supuesto. Estará solo y asustado, quizá incluso tenga hambre.
—Pues nosotros podemos darle de comer.
—Sí, y después él puede darnos de comer a nosotros… —y ambos se rieron.
Llegado ese punto, me detuve y me giré hacia ellos. Eran dos *alfas* iguales; y no me refería a que fueran de la misma especie, sino a que eran gemelos idénticos. Tenían los mismos largos bigotes blancos, los mismos ojos de un verde esmeralda, la misma dilatación en la oreja izquierda, el mismo rostro alargado y atractivo, los mismos grandes colmillos, el mismo cuerpo musculoso y atlético, la misma cola pomposa de zorro y la misma media sonrisa. Lo único que les diferenciaba era su peinado: uno de ellos —Zoro—, tenía las sienes afeitadas y un mohicano de pelo naranja que terminaba en una coleta corta a la altura de su nuca; el otro —Rozo—, tenía una espesa melena, naranja en lo alto y blanco en las sienes, trenzada al estilo nórdico y recogida en un apurado moño.
—Esto es nuevo… —murmuré, mirándolos a ambos de forma intermitente.
Los *alfas*-zorro se habían parado a mi lado, Zoro con los brazos cruzados sobre el pecho y Rozo con un brazo por encima de los hombros de su hermano y el otro en la cadera. Ambos me dedicaban su mejor expresión sexy y se mordisqueaban ligeramente el labio inferior.
—Buff… es muy guapo, Zoro —dijo uno, el de los brazos cruzados y el mohicano, antes de gruñir por lo bajo.
—Y huele increíblemente bien, Rozo —afirmó el otro, con su brazo sobre los hombres y la melena trenzada—. ¿Crees que será suficiente para nosotros?
—Mmh… es muy grande.
—Pero eso no nos da miedo, ¿a qué no?
—No, no nos da ningún miedo.
—Y además parece muy bravo…
—Nos gustan los *omegas* bravos, son los más divertidos.
—Sí, sí que nos gustan, pero al final son todos una decepción.
—Lo sé… nunca aguantan nada.
—Nunca es suficiente… están acostumbrados a los *alfas* del valle y allí solo van de uno en uno…
Y ambos se miraron por el borde de los ojos y se rieron, mostrando sus colmillos grandes y blancos.
—¿Solo habláis entre vosotros? —les pregunté mientras ladeaba el rostro—. Debe ser muy aburrido.
Sus ojos verdes como el prado en el que vivían se clavaron en mí al instante. Tenían ese aire peligroso que siempre acompañaba a los carnívoros, como si estuvieran constantemente de caza y pensando en devorarte. Eso gustaba mucho a algunos *omegas* que visitaban Refugio de la

Garra, porque los *alfas* que había allí solían ser cánidos —perros, lobos, zorros y coyotes—, aunque había otra razón por la que aquel lugar era bastante conocido y temido en El Pinar.
—Parece que la presa muerde, Zoro… —murmuró Rozo.
—Nos encanta que muerdan —respondió Zoro.
Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza.
—¿Crees que será tan valiente cuando tenga que darnos de comer? —preguntó Rozo a su hermano gemelo.
—No creo, Zoro, lo que creo es que nos dejará con hambre, como siempre…
—Si queréis saber lo que yo creo —les interrumpí—, es que espero que tengáis un tercer hermano, porque soy demasiado *omega* para solo vosotros dos; así que, no me hagáis perder el tiempo y decirme dónde está Oviko.
Los hermanos zorro empezaron a gruñir y a alzar la cabeza con interés. Zoro se relamía y agitaba con fuerza la cola a sus espaldas. Rozo apretaba sus brazos sobre el pecho para remarcas sus músculos y movía suavemente la cadera, destacando el apretado bulto que allí había.
—Me gusta… me gusta mucho, Zoro.
—A mí también, Rozo… preguntémosle su nombre.
Con una cara seria de párpados levemente caídos, me di la vuelta y me marché sin decir nada. Aquel juego de hablarse entre ellos había tenido su gracia al principio, pero ahora ya me estaba aborreciendo.
—¿Cómo te llamas? —me preguntó Zoro cerca del oído.
—Lemér —respondí sin girarme.
—Qué cola más larga tienes, Lemér… —dijo Rozo en mi otro oído.
—No es lo único que tengo largo —les aseguré.
Ambos se rieron un momento, casi a la vez y casi con el mismo tono.
—Nosotros también tenemos algo grande…
—He estado en Vallealto, así que lo dudo —murmuré.
Rozo y Zoro gruñeron y, como si pudieran comunicarse por un canal privado, decidieron cortarme el paso. No eran mucho más altos que yo, quizá un metro setenta y ocho o nueve, así que, al tener que bajar el escalón quedaron por debajo de mí.
—Todos hablan de los rumiantes, pero después vienen al Refugio y se asustan, ¿a que sí, Zoro?
—Oh… no saben ni lo qué hacer, Rozo —afirmó su hermano gemelo—. Se creen muy buenos pero nunca aguantan.
—Nunca aguantan —coincidió Rozo—. Dos son siempre demasiado… Eso es lo que dicen.
—Y entonces se vuelven con los rumiantes porque no pueden con los *alfas* de la pradera.
—Qué triste…
Ladeé el rostro y miré un momento a ambos de forma intermitente. De no haber estado preparado, hubiera hecho un montón de preguntas muy sorprendidas y con el ceño muy fruncido, como había pasado cuando Benny me explicó todas las… peculiaridades del Refugio de la Garra y sus *alfas*; después de todo, él se había criado allí con sus seis hermanos.
Y es que, los *alfas* de la pradera, se cazaban por parejas. Dos de ellos para un *omega*.
Como una persona criada en el mundo *beta*, aquello despertó muchísimas interrogantes y preguntas que Benny casi pareció hastiado de responder, así que se lo dejó a su hermana Banny.
Según ella, había villas de *alfas* que tenían tradiciones y costumbres diferentes debido a una situación especial que había desencadenado un cambio necesario para la supervivencia. Refugio de la Garra, por ejemplo, tenía una gran afluencia de *omegas* roedores y conejos. No solo los de El Pinar que vivían en Raíces, sino también muchos de El Abrevadero en Cauce Rápido, que

quedaba a menos de hora y media de allí.
Como con los *alfas*, las especies animanas de los *omegas* también influían en nuestra naturaleza; y los roedores y conejos eran famosos por tener camadas bastante grandes de crías, siendo común dar a luz dos o tres hijos en un solo parto. Eso convertía a Refugio de la Garra en una villa con una densidad de población muy alta para la media animana. Con una diferencia de diez *alfas* por cada tres *omegas*, solo quedaban dos opciones: o se mudaban y dejaban todo atrás para intentar asentarse en otra comarca; o se aliaban, uniéndose por parejas y compartiendo responsabilidades, crías y *omega*.
La pregunta más evidente era: ¿y eso no les molestaba? Porque, si algo sabía de los *alfas*, es que se volvían muy posesivos con sus *omegas* y, por ello, nunca podías sacarle la barba a dos de la misma villa; si no querías que empezaran a luchar hasta que uno de los dos muriera o se fuera, claro.
La respuesta fue tan simple como sorprendente:
—Casi siempre son hermanos —me dijo Banny, como si nada—. Hay muchísimos gemelos en el Refugio, pero aunque no lo fueran, si tienen la misma sangre, sus crías seguirán teniendo parte de ellos, sin importar cuál de los dos fecunde al *omega*.
Mi expresión al oír eso había sido todo un poema. Tenía mucho sentido a nivel biológico: la pervivencia del ADN y tu genética; pero a un nivel ético y social *beta*, aquello era… francamente bizarro.
Y eso había sido lo que —aunque no lo hubiera reconocido—, me hizo cambiar mi destino de Presa de Arce a Refugio de la Garra. Me había dicho a mí mismo que era mera curiosidad y que, de todas formas, a Tigro le llevaría todo el día talar árboles y reponer la madera, así que podía permitirme viajar un poco más lejos de lo habitual.
Pero en realidad, dentro de mí, había una morbosa curiosidad por ver aquel lugar y sus *alfas* gemelos. Y, sinceramente, no estaba nada decepcionado. Los hermanos zorro eran una auténtica delicia.
—Como se nota que no sabéis con quién estáis hablando —les dije con una ligera sonrisa en los labios mientras, de una forma sutil, movía mi cola a mis espaldas.
Solo un inocente tonteo, nada serio.
—Umh… ¿no lo sabemos? —me preguntó Zoro antes de cruzarse de brazos sobre su camiseta de cuero oscuro sin asas, por lo que sus brazos musculosos y el vello naranja que los bañaba se podían ver a la perfección.
—Los *omegas* de El Pinar siempre hablan mucho —dijo Rozo a su lado antes de rodear el hombro de su hermano y decirle al oído—, pero tardan meses en sacarnos la barba.
—Si lo consiguen si quiera… —respondió Zoro, descruzando los brazos para rodearle la cadera y apoyar le frente en la sien afeitada de su hermano.
Entonces ambos me miraron por el borde de los ojos y sonrieron.
Aquella escena tan común en Garra de Piedra fue una de las cosas que más me impactaron hasta ese momento de mi estancia en La Reserva. En mundo *beta* jamás —y podría poner la mano en el fuego—, encontraría a dos hombres tan atractivos y de físico tan impresionante, que además eran gemelos, exhibiéndose y pegándose el uno al otro de esa forma tan homo-erótica solo para provocarme y tentarme.
Lo peor: que consiguieron su objetivo. Mi respiración aumentó ligeramente y mi ano se empezó a lubricar con premeditación, sumando a la lista de «bovinos y Tigro», otra línea en la que ponía «gemelos carnívoros».
Pero tomé una buena bocanada de aire y me calmé.

—Tenéis suerte de que le haya sacado una buena barba a otro *alfa*, porque si no, os ibais a comer mucho, muchísimo… —recalqué esa parte— más que vuestras palabras —les aseguré.
—Oh… ¿has oído Zoro? Qué excusa más mala…
—Lo sé, Rozo. ¿Quién querría un solo *alfa* cuando puedes tener dos?
—¿Sabes lo que creo? —pregunto en su oído sin dejar de mirarme por el borde de los ojos—. Que tiene miedo…
—Claro que tiene miedo —respondió Zoro antes de colocar la mano en el pecho de su hermano y acariciarla lentamente—. Somos mucho para él…
—Pfff —resoplé mientras arqueaba las cejas y miraba al suelo. Aquella mierda me estaba golpeando mucho más fuerte de lo que me había imaginado y era peligrosa—. En serio, deberíais darme las gracias —les aseguré antes de que se me saltara la risa—. No estáis preparados para mí.
Y, sin más, me hice a un lado y seguí el camino.
—¿Tan seguro estás, Lemér?
—Deberías demostrarlo, entonces te creeremos. ¿A que sí, Zoro?
—Sin duda, Rozo. Y, si Lemér lo consigue, cerraremos la boca. ¿Prometido?
—Prometido. Hasta que él quiera que la volvamos a abrir, claro…
—Oh, entonces la abriremos mucho…
Y se rieron, sin dejar de insistir y seguirme por el camino, como dos escurridizos zorros que habían olido la sangre y ahora no fueran dejar escapar a la presa herida. Saltando por encima de techumbres o balanceándose sobre bajas murallas, tan solo por seguirme el ritmo y no separarse de mí.
Fue… una visita complicada, la verdad. Zoro y Rozo eran muy persistentes y, una vez que accedieron a guiarme al Hogar; el cual resultaba estar en el entramado de cuevas y cavernas a los pies de la pared rocosa; la cosa solo fue a peor, porque llegaron más *alfas* solteros. Todos por parejas y todos sin cortarse un pelo para dejar clara lo que ya se podía considerar el lema de Refugio de la Garra: dos siempre son mejor que uno.
Casi terminé escapando de allí a toda prisa, porque ni mi mente ni mi cuerpo estaban preparados para aquello. O sea, creía que iba mentalizado, pero la realidad era un poco diferente de la que me había imaginado. Me esperaba a *alfas* que, por las circunstancias, accedían a compartir un *omega*. No a guapísimos *alfas* carnívoros que jugaban muy sucio con esa idea del trío amoroso.
—¿Y esos *alfas* del valle y el bosque te pueden comer el culo y la boca a la vez? —me preguntó un *alfa*-lobo de pelo gris y ojos como el hielo.
—Porque nosotros sí… —respondió su hermano gemelo antes de sonreír y relamerse.
—Vale, hasta aquí, me voy. Sí, me voy ya —respondí de inmediato, recogiendo todo aprisa y sin mirar nada más que mis manos—. Esto es demasiado…
Zoro y Rozo quisieron acompañarme todo el camino hasta el final de la pradera, como el par de cabrones que eran, solo para deleitarse con mi derrota emocional.
—Te dije que no iba a poder con nosotros, Zoro.
—Y tenías razón, Rozo. Si no puede ni vernos juntos, ¿cómo iba a aguantar cuando le limpiáramos?
—O cuando le calentáramos por la noche uno a cada lado.
—O cuando le besáramos a la vez.
—O cuando le folláramos por turnos hasta que se corriera sin parar.
—Ya… eso no lo iba a aguantar ni de broma. ¿A que no, Lemér? ¿Crees que soportarías tener a dos *alfas* como nosotros, desnudos y sudando entre las pieles mientras te hacemos muy, muy

feliz?
Tomé una profunda bocanada de aire, una de esas que te llenan por completo los pulmones y casi notas la tensión contra las costillas. Entonces me giré y les señalé bajo un cielo gris plomizo, al final de aquella hermosa pradera que escondía tal deliciosa y terrible tentación.
—Rezar a vuestros putos dioses, al Todo o a la mierda en la que creáis aquí. Rezar con todas vuestras fuerzas para que no me quede soltero —les dije—, porque entonces vendré al prado, os cazaré y os veré llorar en mis brazos pidiéndome que pare, pero yo no voy a parar…
Y dicho eso, me di la vuelta y continué mi camino, entre frustrado y furioso, mientras los muy gilipollas de los hermanos gruñían con placer y chocaban los cinco como si hubieran conseguido algo increíble.
Todavía estaba de mal humor cuando llegué de vuelta a El Pinar, dejando la mochila llena de cartas sobre un lado de la mesa antes de sacarlas por puñados y meterlas en la cesta mimbre de «correo sin clasificar». Ese sistema de canastas me lo había inventado yo para no tener que andar a separar las cartas constantemente, simplemente ir seleccionándolas y, cuando llegara el momento, vaciar la canasta de la villa en cuestión. O la de Jabail y Tigro, que tenían un cubo más grande solo para ellos y que, aun así, parecía llenarse a un ritmo alarmante.
—¿Qué tal en Refugio de la Garra? —me preguntó Líbire.
El pequeño *omega* había salido de la biblioteca —donde al parecer solía trabajar aunque nunca estaba ahí cuando yo le buscaba— y, con una enorme sonrisa de dientes grandes, se había quedado mirándome. El *omega*-liebre no superaba el metro cincuenta de altura ni los cuarenta kilos de peso, pero tenía un agradable olor a manzana y una personalidad suave y de fácil trato.
También era uno de los *omegas* detrás de Bullo, pero eso no era algo que él supiera que yo sabía, así que me trataba con tanta familiaridad como siempre mientras, a veces, me hacía discretas preguntas sobre mis visitas a las villas. Sobre todo a Vallealto, donde vivían los bovinos. Yo respondía con una sonrisa y fingía no tener ni idea de lo que realmente intentaba.
—Pfff… —resoplé—. No entiendo cómo vais tanto al valle teniendo una pradera llena de preciosos *alfas* gemelos…
Líbire se rio con una voz cantarina y suave antes de saltar sobre la mesa y sentarse, balanceando sus enormes mies, dos veces del tamaño que le correspondería a su cuerpo.
—Sí, los *alfas* de la pradera son muy divertidos —afirmó—, pero también son todo un reto. Si ya cuesta atender a un *alfa*, imagínate a dos juntos: el doble de problemas, el doble de exigencias, el doble de tiempo, el doble de esfuerzo… —terminó suspirando y apretando los labios—: y, lo peor, las mismas ganancias que con uno solo. Porque sean dos, no te van a dar el doble de comida ni regalos.
«Pero sí el doble de manos, de bocas y de pollas», pensé, aunque, por supuesto, no lo dije.
—Si cazas a unos *alfas* de la pradera, lo más seguro es que no tengas tiempo para ninguno más —concluyó él, como si esa noticia fuera muy triste—. Y, la verdad, Refugio de la Garra no es muy buen sitio para vivir. Créeme, yo nací allí con mis siete hermanas y hermanos. ¡Quizá hayas visto a alguno!
—Pues no estoy seguro, había mucha gente allí —murmuré mientras, distraídamente, catalogaba las cartas y las iba arrojando a su canasta correspondiente.
—Están solteros, así que seguro que han ido a verte. Dos *alfas*-lobo de pelo blanco y ojos grises. Lupo y Polu.
—Oh… —exclamé, abriendo mucho los ojos—. ¿Eran tus hermanos?
Líbire se rio y asintió, consciente de la ironía. El *omega* era muy pequeño y hermoso, pero sus hermanitos eran unas fieras de un metro ochenta, pelo blanco como la nieve y sonrisa de saber

como darte una noche inolvidable.
—Joder… —asentí—. Pues están bastante… —me detuve.
—Sí, son bastante famosos entre los *omegas* de El Abrevadero —afirmó con evidente orgullo—. Los llaman Martillo y Clavo… creo que te imaginas por qué —y arqueó las cejas blancas.
—Ya… pues quien pudiera ser la pared —murmuré, todavía resoplando un poco por lo bajo, lo que provocó otra carcajada en el omega de pelo alvino.
—¿Y por qué no? —me preguntó, empezando a mover más las piernas—. Llevan solteros varios meses. ¡Oh! —exclamó de pronto antes de dar una palmada—. Puedo escribir una carta a mis padres y decirte que la lleves. ¡Será una excusa perfecta para ir!
Sonreí y fingí que me lo pensaba. Líbire era un chico pequeño pero listo. Con sus queridos hermanitos Martillo y Clavo apuntalándome contra las paredes, yo iba a estar muy ocupado para Bullo.
—Quizá dentro de un tiempo, ahora le he sacado una buena barba a un *alfa* y no quiero dejarle —me disculpé.
—Ah… ¿en serio? —y sonrió más—. ¡Qué buena noticia!
Para él… sin duda.
—Bueno, no te molesto más —concluyó antes de saltar de la mesa y, canturreando, dirigirse a la salida.
—Adiós… —murmuré, muy consciente de que, para el día siguiente, todo Vallealto sabría la gran noticia, incluido todos y casa uno de los bovinos solteros.
Benny muchas veces sonaba dramático y exagerado, pero el tiempo que pasaba en El Pinar no paraba de demostrar que, lo más peligroso de La Reserva no eran los *alfas*, sino los propios *omegas*; expertos en juegos sucios y puñaladas por la espalda.
De todas formas, le dejé ir y me centré en mi trabajo. Ya habían pasado… dos… ¿tres semanas? —era increíble lo rápido que iba el tiempo en aquel lugar—, con Tigro y, la verdad, las cosas iban bien. Y si yo fuera un *omega* cualquiera que realmente se hubiera venido a La Reserva a quedarse y encontrar un buen *alfa*, hubiera dicho que las cosas entre el *salvaje* y yo iban «intimidantemente bien»; porque estaría colgando en ese borde del precipicio entre la sensata autopreservación y el mar embravecido que era amar a alguien.
Pero tenía muy claro cuál era mi misión y dónde estaba mi destino: y no era en el territorio de Tigro. Así que las cosas iban solo «bien».
El *alfa salvaje* tenía ya una espesa barba de centímetro y medio y, según él, llegado ese punto era «esencial» que me limpiara cada día. No le creí, por supuesto, porque Tigro siempre me decía que todo era «esencial». Chupársela era «esencial». Ayudarle a cuidar del territorio era «esencial». Besarle cada mañana era «esencial». Dormir cada noche debajo de él era «esencial»…
Aun así, le dejaba limpiarme de todas formas porque me gustaba muchísimo su barba. No solo porque oliera a deliciosa menta y miel, sino por su forma. Al *alfa salvaje* le salía de una manera muy graciosa, como a los tigres, siendo más blanca, larga y abundante en las mandíbulas, donde también se le erizaba hacia fuera. Estaba súper sexy y… también bastante mono. Era una mezcla extraña.
Por eso siempre me arrancaba una leve sonrisa cuando le veía aparecer, incluso si tenía expresión cansada y aburrida de pasarse el día cortando leña.
—¿Has hecho la cena? —me preguntó mientras dejaba en el suelo dos bolsas llenas de madera e iba a quitarse la mochila a los hombros, donde traía incluso más.
Me limité a señalar la sartén repleta de carne frente a mí.

—Bien… —murmuró él, soltando un resoplido cuando al fin se deshizo de todo el peso. Entonces estiró los brazos y la cola, hizo girar la cadera hasta que crujiera e hizo un par de estiramientos—. ¿Y me vas a contar por qué estás tan mojado o vas a quedarte callado? —preguntó mientras se doblaba hacia delante, tocándose la punta de los pies con las manos.
—No estoy «tan» mojado —respondí, recalcando aquella palabra con un gesto de ojos en blanco y un tonito despectivo.
Tigro levantó la cabeza y, sin moverse de esa postura, me miró por el borde superior de los ojos.
—Vale, lo que digas —murmuré, prefiriendo no insistir en el tema. Cogí una bocanada de aire y, mirando al fuego, le dije—: Fui a entregar unas cartas a Refugio de la Garra y ese ejército de *alfas* carnívoros en oferta de 2x1 me pusieron un poco cerdo.
—Un poco… —murmuró él.
—Tigro —le volví a mirar—. Lo siento, sé que no es agradable para ti oír que me he puesto cachondo con otros, pero vamos… Hay unos hermanos a los que llaman Martillo y Clavo —y abrí las manos como si eso lo dijera todo.
El *alfa salvaje* se incorporó tranquilamente y con su misma expresión seria de párpados caídos, se inclinó sobre una pierna para continuar los estiramientos. Hacía aquellos ejercicios cada mañana o cuando sentía el cuerpo entumecido de trabajar, así que era como vivir con un fan del yoga y el pilates.
—Es triste que necesiten ir en parejas para complacer a un *omega* —fue su respuesta—. Deberían llamarse Impotencia y Eyaculación-precoz.
Se me saltó la risa, pero negué con la cabeza.
—No sé, la verdad, no estaba preparado para algo así —reconocí—. Pensé que eran dos *alfas* juntos y ya está, pero ¿sabías que…? —y me detuve un momento.
—¿Qué, Lemér? —preguntó, levantándose para cambiar el peso de una pierna a otra.
—Que interactúan entre ellos —traté de explicarlo—, para que tú les veas hacerlo, como… de una forma super sexy. En plan… porno.
Lentamente, Tigro se levantó de nuevo y se tumbó sobre las maderas negras de la terraza para hacer un clásico «saludo al sol» y mirar hacia las copas de los árboles.
—Sí, ya he oído lo patéticos que son, Lemér —me dijo antes de jadear cuando le crujió la espalda y, entonces, bajar la mirada para mirarme—. Pero entiendo que te pareciera bastante morboso. Cuando yo me hice un trío con dos *omegas*, fue brutal.
Sentí el aguijonazo, por supuesto. Directo a las entrañas; pero el pasado es el pasado y no se puede cambiar.
—¿En serio dos *omegas* hicieron eso?
Tigro sonrió un poco y asintió.
—Vaya, pues… no me lo imagino, la verdad.
—¿Y te imaginabas a dos *alfas* haciendo lo mismo?
—Sinceramente, me impresiona más que dos *omegas* lo hicieran.
—Sí, lo mío fue impresionante —afirmó mientras su sonrisa se ancheaba. Entonces terminó al fin, se agitó y se acercó a sentarse a mi lado—. Creí que nunca me lo pasaría tan bien follando… hasta que llegaste tú, claro.
Se me volvió a saltar la risa, pero fue una de esas que intentaban esconder una ridícula sonrisa de satisfacción. Después Tigro se inclinó para acariciar su barba contra la mía y me dio un beso en los labios antes de pasarme el brazo por los hombros.
—No me ha hecho ninguna gracia que hayas vuelto mojado, Lemér —me dijo—, pero, si has vuelto empapado, significa dos cosas: que no has hecho nada con Humillado y Ridículo del

Refugio de la Garra; y que yo me lo voy a pasar muy bien limpiando lo que ellos no podrían ni soñar con saborear.
—Vaya, que maduro de tu parte mirarlo así —respondí.
Tigro aspiró aire por entre los labios y miró la sartén al fuego antes de inclinarse para ir en busca del pincho con el que darles la vuelta a algunos trozos de carne.
—¿Sabes, Lemér? Que tú te mojes es inevitable, te pasa muy a menudo —me dijo—, y mientras insistas en seguir repartiendo cartas como un imbécil en vez de quedarte aquí como deberías… bueno, posiblemente te encuentres con algún *alfa* que provoque una reacción en ti. ¿Me gusta? En absoluto. ¿Voy a evitar que te sigas marchando? Jamás. Ya sabes quien soy yo y cómo funcionan las cosas conmigo.
—Te estás desviando del punto central.
—Sí, cierto. El caso es que te conozco, conozco tu cuerpo más de lo que te imaginas. ¿Ves esto? —y se señaló su espesa barba de tigre—, esto significa que tengo mucha menos paciencia, muchas más necesidades y mucha más percepción para los cambios. He aprendido a distinguir cada mueca o reacción de tu cuerpo, y lo he hecho instintivamente, solo para cubrir todas tus necesidades sin tener ni que preguntar. Esa es mi función como *alfa*.
Giró un par de trozos de carne y dejó el palo de metal apoyado contra un lado antes de mirarme y apretarme contra él.
—Así que, como te conozco tan bien, entiendo que pueda darse la casualidad de que, en alguno de tus viajes, te encuentres con un *alfa* grande y fuerte y sexy, porque tú tienes muy buen gusto, obvio —y se señaló a sí mismo—, pero no me preocuparé cuando te mojes por eso; me preocuparé cuando vuelvas sin haberte manchado y te bese y sigas sin humedecerte como tan, tan bien sé que harías. Porque, ¿sabes lo que significaría eso, Lemér? —dejó un silencio en ese punto, pero como se trataba de una pregunta retórica, él mismo se respondió—: significaría que ya te han limpiado y… uff, entonces sí que me pondría como una fiera.
Se rio y negó con la cabeza.
—Primero te echaría a ti y después iría a buscar a esos *alfas*; porque, a excepción de mí, necesitarías mínimo dos de esos *domesticados* para limpiarte bien, porque eres demasiado *omega* para ellos —continuó diciendo, poniendo muecas y un tono extraño, como si se tratara de una broma teñida de profundo peligro—; y les mataría… oh, sí, les destrozaría, Lemér. Sabría que la culpa es tuya, por supuesto, pero eso no implica que no quisiera arañarles la cara hasta asegurarme de que jamás les crecería una barba con tu olor, o, por qué no, cualquier otra barba.
Entonces se quedó mirándome con ojos de loco y una perturbadora sonrisa en los labios carnosos.
—Espera, entonces sí puedes dejar el territorio —respondí.
—Oh, bueno… —miró hacia un lado e inclino la cabeza en la misma dirección—. Hay dos razones y una excepción por las que podría hacerlo. La primera razón sería que muriera y me llevaran a la villa para quemarme. La segunda, que tú estuvieras en peligro. Y la excepción sería: venganza.
—Ahm… —murmuré sin apartar la mirada de sus ojos de jade y oro, con las pupilas más pequeñas y redondeadas—. ¿Cómo es eso de que nosotros no estamos juntos pero te comportas como si lo estuviéramos?
—Ah, sí, por supuesto —sonrió—. ¿Ves esto, Lemér? —volvió a señalarse la barba—, significa que tú y yo vamos muy en serio. ¿Y ves esto? —y señaló alrededor, a su territorio—, significa que soy un *salvaje* y que, el hecho de que hayas sacado una buena barba, no quiere decir que ya me hayas cazado ni que sea tuyo.

—¿Ves esto? —pregunté, señalándole mi expresión aburrida—, significa que sé de sobra que te tengo domesticadísimo.
Tigro se rio de forma escandalosa, llegando a echar la cabeza atrás y fingir que se limpiaba una lágrima de lo mucho que se había reído.
—Claro que sí, Lemér… bueno, vamos ya —concluyó, apartando la sartén del fuego antes de levantarse y, con una facilidad asombrosa, cargarme sobre sus brazos y llevarme con él—. Me estás poniendo cachondísimo con ese olor.
Me dejé llevar y, con el codo apoyado en su hombro y el rostro apoyado en mi puño, le miré mientras ascendía las escaleras hacia la cabaña.
—¿Quieres decir que, si te diera una cuenta ahora mismo, no la aceptarías? —pregunté.
—Mmh… —se lo pensó él—. ¿Ni siquiera has pasado un celo conmigo y ya estás pensando en proponerme matrimonio? Debes estar muy enamorado… —y sonrió de esa forma malvada.
—¿Y cuánto tiempo debería pasar, entonces? —quise saber.
Tigro me miró por el borde de los ojos y me acomodó mejor entre sus brazos.
—Los salvajes somos los que decidimos cuando es el momento —respondió, ya sin sonreír.
—¿Me estás diciendo que eres tú el que tiene que decirme a mí en qué momento hacerte la cuenta? —resoplé.
—Cuando esté seguro de que eres el *omega* que me hará *alfa* el resto de mi vida, te lo diré y tú podrás hacer la cuenta.
Cogí una profunda bocanada de aire y bajé el brazo para rodearle los hombros y susurrarle al oído:
—En el fondo ya lo sabes, Tigro… solo me lo estás poniendo difícil por puro orgullo.
El alfa no dijo nada por un par de segundos.
—¿Cómo es eso de quejarte de que todo va muy rápido, pero después soltar cosas así, Lemér?
Me reí.
—Me encanta bajarte los humor —reconocí—, me divierte mucho.
—¿No te divierte más bajarme otra cosa?
—Uy, eso también, pero entre polvo y polvo, con algo tendré que entretenerme, ¿no?
A Tigro se le saltó una risa baja justo antes de cruzar la cortina al interior de la cabaña. Allí me dejó sobre la cama, con tres almohadas y dos mantas de piel que yo había ido trayendo solo por comodidad. Cuando el *alfa* se quitó su camiseta de lana, produjo la misma humedad, el mismo gruñido bajo y la misma mueca de labio mordido que siempre arrancaba de mí. Cuando se quitó las botas manchadas de barro y los pantalones, le miré de arriba abajo y sonreí.
—Dime algo bonito, Lemér —me pidió entonces, llevándose las manos a la cadera y mirándome desde las alturas.
—Te la voy a chupar hasta que revientes y después te voy a montar hasta que explotes… —respondí, muy seguro de mis palabras.
Tigro se rio en voz muy alta y, al terminar, se mojó los labios con la punta de la lengua.
—No… algo bonito de verdad. Sobre mí.
Levanté la mirada a sus ojos.
—Esas cosas no se piden, Tigro. Se dicen cuando las sientes y ya está.
El *alfa* se encogió levemente de hombros.
—Pero tú te las callas muchas veces.
Sentí una punzada en el estómago y ladeé el rostro.
—Vale, ¿quieres algo bonito para inflar tu ya desmedido ego? —le pregunté—. Creo que sería muy fácil enamorarme de ti.

Tigro se quedó un segundo o dos en silencio; entonces, se mordió el labio inferior, sonrió y, como una adolescente de quince años, puso los ojos en blanco y se empezó a hacer un bucle en la barba con el dedo.
—¿En serioooooo? —preguntó con una voz más aguda y seseante.
Quise decir algo, cualquier cosa, pero solo pude reírme a carcajadas.

EL CELO

En el fondo, el celo siempre me había dado miedo.

No era un momento feliz para mí, solo frustración, impotencia, una necesidad que no cesaba y tristes remedios para saciarla. La marcaba en el calendario y me daba un pequeño ataque de angustia cuando pasaba la página del mes y veía ese círculo rojo. «Vas a pasarlo mal esta semana, Lemér», es lo que pensaba.

Por eso me sorprendió tanto que todos los demás lo vieran como algo que llevaran esperando demasiado tiempo. Estaban emocionados, impacientes, contando los días y haciendo todos los preparativos como si se tratara de un momento de celebración y júbilo. En El Pinar tenían incluso una fiesta y todo: una última cena dos días antes de que todos los *omegas* corretearan en la oscuridad en busca de su *alfa*.

La llamaban «Las omegarias».

Esos últimos tres días hasta la llegada del celo, toda la comarca se paralizaba. Todos los trabajos cesaban y toda la producción se detenía, porque todos los *alfas* tenían un asunto más importante al que atender. Bueno, excepto el *alfa* de siempre, por supuesto. Él era especiaaalll.

—Tenemos que enjaular a todos los animales, ordeñar a las vacas y dejarles alimento de sobra a los cerdos, y revisar que no se anegue el pozo, y después tendríamos que subir la madera para la estufa y preparar la comida para estos días. Había pensado en matar un cordero para la ocasión, así que, si tú te encargas de los animales, yo puedo asarlo y limpiar la piel antes de que se pudra. También iremos a buscar algo de fruta para ti y hornearé pan. Ah, y el agua, claro. Necesitamos llenar un par de cantimploras y tener suficiente para lavarnos. El celo se puede poner un poco sucio a veces. Me queda jabón de lavanda y otro de flores silvestres, ¿cuál prefieres?

Bebí un sorbo de mi té y después respondí un lento:

—Estás enfermo de la cabeza.

Tigro puso una mueca seria de labios apretados y ladeó ligeramente el rostro.

—Nosotros no podemos permitirnos pasar tres días de fiesta, Lemér —me dijo—. El celo será nuestra fiesta, pero para que, al terminar, no se haya jodido la mitad del territorio, hay que hacer preparativos.

—Aha… —murmuré—. Oye, querría hacerte una pregunta, Tigro.

—Claro. ¿Es sobre los animales? Los cerdos se ponen un poco tontos, pero tú dales con la vara y espabilan. Sé que los azotes te encantan… —y sonrió.

—No, es sobre El Tema —resalté la palabra con los ojos abiertos y una expresión muy dramática.

Tigro perdió de un plumazo la sonrisa e incluso dejó de cortar el queso y colocarlo en su rebanada de pan. Prestándome toda su atención, preguntó con un tono aburrido y frío:

—¿Qué pasa con eso?

—En El Pinar dicen que no puede elegir realmente al *alfa* con el que vas a pasar el celo, sino que tu propio cuerpo te guía al que más deseas.

Tigro continuó a la espera, pero cuando arqueé las cejas, se limitó a encogerse de hombros.

—¿Y crees que no vas a venir conmigo? —preguntó al fin antes de soltar un bufido y negar con la cabeza—. Lemér, por favor… —murmuró, como si estuviera tan seguro de que iría con él como de que al día siguiente saldría el sol.
Puse los ojos en blanco y, con una profunda exhalación, dejé mi vaso de té en el suelo. Con los codos en las rodillas e inclinado hacia delante, busqué la mirada del *alfa* y le dije con tono serio:
—¿Y si aparecen otros *omegas*, Tigro? Y si llega alguno antes que yo y te pilla cegado por la excitación y…
—No —negó al instante antes de señalarme con la navaja, esa que supuestamente le había regalado—. Es tu celo, Lemér, no el mío. El único que se va a volver loco eres tú, yo estaré muy bien hasta que aparezcas y me induzcas el celo con tus feromonas sobrexcitadas. Pero no antes ni después —me aseguró.
—Si yo te puedo inducir el celo, ¿por qué no otros?
—Porque tú me has sacado la barba —respondió con tono serio y mi cola alrededor de su cuello como si de una peluda bufanda se tratara—. Si no la tuviera, sería elección mía a qué *omega* aceptar, pero ahora mismo solo tú puedes inducirme el celo.
Asentí, pero resuelto ese problema, aún tenía otro que discutir con él.
—¿Y los demás *omegas* saben eso? —pregunté—. ¿O van a aparecer igualmente?
Tigro frunció ligeramente el ceño y se volvió más hacia mí, hasta quedar de frente; entonces dejó a un lado el pan y la navaja y me cogió de las manos para apretarlas con suavidad.
—Podrían aparecer —afirmó—, pero no se acercarán a la cabaña cuando nos oigan y nos huelan.
—Y, como esa respuesta no pareció convencerme demasiado, añadió—: Tengo otros pequeños refugios escondidos por el territorio. No son nada espectacular, pero nadie más que yo los conoce. Si te sientes más tranquilo, podemos ir a uno a pasar el celo.
Miré sus ojos de jade por un momento y después asentí.
—Si no te importa, lo preferiría —reconocí.
Tigro puso una leve sonrisa y se acercó para besarme en los labios antes de ronronear de esa forma tan dulce, un sonido gorgoteante que llegaba desde lo profundo de su garganta.
—Mmh… cada vez hueles mejor —dijo con placer—. ¡Qué ganas tengo del celo! —exclamó de pronto con una emoción algo infantil y nerviosa, como un niño impaciente por llegar al parque de atracciones.
Y, con esa actitud sonriente y divertida, se dio una palmada en la pierna y se levantó de golpe.
—¡Iré a prepararlo todo en el refugio! —declaró—. ¿Te haces tú cargo de los animales y el pozo?
Asentí.
—Genial, genial, genial… —farfulló antes de morderse el labio inferior y, sin dejar de sonreír, darse la vuelta a toda prisa para salir corriendo.
—¿No terminas de desayunar antes? —pregunté, pero el *alfa* ya se había arrojado por los aires, saltando casi tres metros de longitud para después caer como si nada rodando al suelo.
Cogí aire y lo solté en una prolongada exhalación. Me hubiera encantado compartir su entusiasmo y, prácticamente, el de todos los animanos con los que me cruzaba últimamente. Pero no podía. Dentro de mí había una pelota de angustia que no conseguía deshacer, ni junto a los otros *omegas* y sus muchas preparativos, ni junto a Tigro y su actitud excitada y emocionada.
Con una expresión meditabunda y de leve ceño fruncido, realicé todas las tareas que me había pedido el *salvaje* antes de salir con mi mochila al hombro en dirección al Pinar. Ya era mediodía pero, aún así, no había casi nadie en la villa *omega*. Los que tenían a sus *alfas* cerca, se habían ido al lago a bañarse o al río a acicalarse; los que iban a ir a ver a *alfas* de villas más lejanas o de

otras comarcas, ya habían emprendido el viaje.
Pero todos ellos habían hecho la misma visita a Topa Má.
—¡Él…! —me detuvo una voz nada más entrar en la cabaña-casa de bruja-laboratorio de alquimia de la chamana.
Cuando me giré, vi a una baja figura cubierta por un velo negro de pies a cabeza, como una especie de fantasma cuyas manos de garras apuntaban en mi dirección.
—¿Quién es él, que trae a nuestra casa el mismísimo olor de la eternidad…? —dijo con tono agudo mientras daba un paso en mi dirección y olfateaba el aire.
Me quedé con el ceño fruncido y después me giré hacia Topa Má, sentada frente a su caldero mientras contemplaba la nada tras sus ojos cubiertos por monedas.
—¿Lo de hablar raro y ser un puto espectáculo es parte de la naturaleza de las mujeres *alfa*, o se lo enseñas tú? —le pregunté.
—A estas alturas, Lemér, deberías haberte dado cuenta ya de que las chamanas Má tenemos una profunda tendencia hacia el dramatismo —respondió.
—Huele a menta, madre, a la fuerza y el calor que anida en los sentimientos que no mueren; y la abundancia de la miel, capaz de capturar un momento y hacerlo eterno… —seguía diciendo la niña, acercándose paso a paso mientras movía sus manos manchadas de plata hacia mí y olfateaba el aire—. Huele a la fidelidad de aquellos que no dudan y a… —profunda bocanada—, al amor que perdura en la peor de las tormentas…
—Joder… —murmuré—, dale una tila o algo a la niña, Topa Má. La necesita.
—Hien Lemá —llamó la chamana a su aprendiz, la cual se detuvo en seco y giró el rostro—, deja al *omega* en paz.
La niña dejó de acercarse y olfatearme tras su velo negro que apenas dejaba percibir sus rasgos. No se veía nada más de ella que sus manos de garras negras y manchadas por algún tipo de pintura planteada; y es que nadie podía ver el rostro de una Lemá hasta convertirse en chamana. Tampoco es que se viera demasiado a la niña por allí, pero Topa Má la había necesitado en esos ajetreados días en los que no daba abasto para hacer tanta poción anti-crías.
—¿Qué *alfa* busca la menta y la miel, madre? —le preguntó ella, porque, al parecer, las Lemá no hablaban con los *omegas*, como las Má no hablaban con los *alfas*—. ¿Qué *alfa* es capaz de enfrentarse a la eternidad?
—El *alfa*-Tigro —respondió la chamana mientras extendía su mano de largos dedos y largas uñas hacia mí—. Y por él, hemos preparado una poción especial.
No sabía exactamente cuál de las dos era más estrafalaria; si la niña cubierta por una manta que no paraba de encogerse y olfatear el aire a mi alrededor; o la señora ciega cubierta de amuletos frente a su caldero burbujeante.
—Ya… —empecé a decir, pero preferí separarme de la Lemá y sus incesantes aspiraciones antes de continuar—: ¿Ya la has hecho?
La chamana asintió, haciendo tintinear sus muchos colgantes.
—Has de beber una al inicio, y has de beber una al final —me explicó, invitándome a sentarme frente a ella.
—¿Dos? —fruncí mucho el ceño. Aquello no sonaba nada divertido—. Creía que solo era una más fuerte que las otras pociones.
—Normalmente, lo es, Lemér —afirmó cuando, con un lento movimiento, se recogió la ancha manga de su vestido para poder revolver el agua hirviendo del caldero con la otra—, pero tú eres un campo fértil bañado por el lodo de la primavera, y tu *alfa* es la hierba salvaje que arraiga con profundidad en la tierra.

—Aha… Sí, Tigro ya me ha dicho que, incluso con la poción, algún *omega* tuvo más de un susto con él.
—No son sustos si vienes a mi casa y me mientes… —respondió ella, llegando a alzar la cabeza hacia mí—. No puedes llorar si me dices que vas a ver el río, pero te bañas bajo la catarata. ¿Entiendes, Lemér? Hay una poción para cada *omega* y para el *alfa* al que busca después, una forma de tomarla y un momento para hacerlo. Mentirme no va a hacer que la poción funcione, ni que el *alfa* cambie…
—Uuuuh, suena a drama del bueno —asentí—, debiste estar encantada de poder soltar uno de esos discursos de los tuyos.
—Yo no… Lemá —se interrumpió entonces en seco.
Cuando volví el rostro, me asusté al ver el velo negro de la niña justo a mi lado, llegando incluso a levantar la pierna para darle una patada. Por suerte, Topa Má la paró en seco antes de que alcanzara a Hien Lemá. Mirando a la joven, le dijo:
—Ve a tomarte una tila…
—Pero, madre, huele a…
La chamana solo tuvo que soltarme la pierna y señalar a un lado para que la niña agachara la cabeza y se fuera, desapareciendo tras las cortinas del fondo. Después, volvió a sentarse a cámara lenta, a sujetarse la ancha manga de su vestido y a revolver el caldero.
—Yo no me alegro de los errores de los *omegas,* Lemér —me dijo como si nada hubiera sucedido allí—. En realidad, me entristecen. No quieren entender El Todo, cegados y enloquecidos, arrojan flores a los cerdos y tratan de contener el río con las manos; pero los cerdos solo ven comida y el río no se detiene por nadie.
—¿Qué te pasa con las metáforas fluviales? —le pregunté—. Las usas muchísimo.
—Estamos en Mil Lagos, Lemér… ¿de qué quieres que te hable?, ¿de la playa?
Se me saltó la risa y no pude más que asentir.
—Pero tú has sido inteligente y has venido a decirme la verdad —continuó, sacando el cazo de madera de la ermita.
Todavía humeante, espeso y burbujeante, lo derramó sobre un cuenco de hueso blanco con un lento giro de muñeca, limpiando el polvo rojo que había espolvoreado en su cara interior. Entonces me lo ofreció y dijo:
—Y tú eres el único que necesita esta poción, de todos los *omegas* que me la han pedido.
Iba a llevarme el cuenco a los labios, pero me detuve y miré a la chamana, tan imperturbable e inmóvil como siempre.
—¿Tan popular es Tigro? —pregunté—. Porque nadie habla nunca de él en El Pinar.
—¿Eso te sorprende?
—No, ya no —reconocí, consciente de las consecuencias de ir a ver a un *salvaje*—. Tienes razón, vaya pregunta de mierda —y bebí la poción.
O, al menos, lo intenté, porque al primer trago la aparté de mis labios y tosí. Sabía asquerosa y tenía una textura como a lodo caliente. Decidí metérmela de un golpe y, apretando con fuerza el cuenco en mi mano, me centré en no vomitar. Después, necesité un par de segundos para que se asentara en mi estómago.
—Espero que merezca la pena… —jadeé, entregándole de vuelta el cuenco.
—¿Acaso dudas de ello?
—Un poco —murmuré, volviendo a incorporarme sobre el taburete antes de agitar la cabeza y pasarme la lengua por el paladar. La boca me sabía a mierda—. Mis celos nunca han sido nada divertidos.

—Por supuesto que no —dijo ella con aquel tono lento entre suspiros—. Te faltaba la mitad de algo que no sabías que existía, pero que no parabas de buscar en los brazos equivocados.
—Ya… oye, Topa Má. ¿Y si aún me frustro y lo paso mal? ¿Y si ni Tigro es suficiente?
La chamana se quedó un par de segundos en silencio y, de pronto, soltó un bufido y se rio sin emitir sonido alguno. No me lo tomé demasiado bien, pero esperé a que terminara y me dijera:
—Lemér… Ten fe en El Todo —y, vertiendo más de aquel asqueroso líquido en el interior de un bote de cristal, me lo entregó—. Nunca hay un lago lo suficiente profundo ni una montaña lo suficiente alta…
Tomé el bote de sus manos de largas uñas negras y me quedé un momento mirando el líquidos rojizo de su interior. Tenía tan mal aspecto como sabor, pero, aun así, me lo guardé en la mochila y me levanté.
—Gracias, Topa Má.
La chamana asintió con la cabeza, haciendo tintinear sus amuletos. Antes de decir nada, otro *omega* apresurado entró en la cabaña y se detuvo en seco al verme, entonces sonrió y se disculpó por interrumpir, diciendo que esperaría afuera.
—No, ya me voy —respondí yo con un gesto vago de la mano.
—¡Buen celo! —respondió él.
—Sí, buen celo…



Entre unas veinticuatro a dieciocho horas previas al celo, empezaba a ponerme nervioso, energético, a sudar constantemente, a mojarme el ano sin parar y a tener muchísima sed. El celo no era algo que llegara de pronto, sino una sensación que se iba acrecentando a medida que mis sentidos se agudizaban y mis entrañas empezaban a cosquillearme con un picor que no era capaz de rascar.
En mitad de una peste de feromonas con olor a menta y miel, llegué al refugio que Tigro había escogido, escondido entre las copas de los árboles; pero no para usarlo, no todavía, sino para supervisar que todo estuviera bien. El *alfa salvaje* estaba conmigo, de cuclillas a mi espalda, rodeándome con los brazos y con su rostro de espesa barba hundido en mi cuello.
Nuestros cuerpos habían empezado a reaccionar el uno con el otro y, cuando más nervioso y energético me volvía yo, más sedado y aturdido parecía él. A las doce horas previas, solo tomaba profundas respiraciones y cerraba los ojos, como si estuviera a punto de dormirse. Entonces los abría, me miraba y sonreía.
—Nunca me habían inducido el celo así… —me dijo en las nueve horas previas, con una voz pesada y torpe, como de borracho—, es como… —y tomó una profunda bocanada hasta llenarse los pulmones y liberarla con un suspiro—, volver a estar hasta el culo de opio.
—¿Cómo que nunca te habían inducido el celo así? ¿A qué te refieres?, ¿a que nunca te lo habían inducido o que hay diferentes formas de inducirlo? ¿Esta está mal? ¿Se supone que tiene que ser de otra forma? No me jodas, no estoy de humor, Tigro. Yo no controlo mis feromonas, así que si esta es la forma en la que ha salido, es la forma que hay. ¿Vale? ¡Así que deja de asustarme! ¿Dónde dejaste la comida? Ah, aquí, vale. ¿Y el agua? Dios… ¿¡por qué tengo tanta puta sed!?

Mis palabras, al contrario que las suyas, eran como una metralleta que no cesaba. No era capaz de estar parado, así que me movía de un lado a otro del pequeño refugio; ordenando, recolocando, revisando, dando constantes golpes al suelo con el pie y retorciendo la cola. No paraba de sudar y sentir un extraña ansiedad que nunca me abandonaba.
—No… cuando venían yo estaba bien y era… —otro profundo suspiro—, rápido y repentino. Nunca me había pasado un celo con barba… es maravilloso.
Y, con las manos alrededor del cuerpo, se dejó caer sobre la colcha con una enorme sonrisa en los labios. Verle así solo me estaba poniendo más y más nervioso. Tigro no iba a ser capaz de aguantar, no en ese estado de drogadicto en el punto más álgido de su chute.
—Me voy al río, necesito un baño. ¿Sigue lloviendo? Sí, bueno, no importa, me desnudo ya y voy así. Sí, será lo mejor. Necesito un poco de aire fresco. Me estoy ahogando, ¿¡por qué hace tanta calor!? Joder… va a salir mal, es que lo sé, va a salir MAL. Y aquí no tengo mis dildos… voy a llorar.
—Lemér… yo soy todo lo que necesitas —oí decir al yonko de Tigro, tumbado en la cama mientras abrazaba una de mis almohadas, la olía con una gran respiración y suspiraba.
No respondí. Me quité la ropa a tirones y la arrojé a un lado antes de salir desnudo a la lluvia y el bosque, cruzando de rama en rama como si volara, cargado de una energía electrizante e inagotable. Cuando llegué al río, me tiré directo al agua y me hundí en sus profundidades. Entonces se hizo el silencio. Solo se oía el bajo sonido apagado del agua al correr y el leve traqueteo de la lluvia rompiendo la superficie. Cerré los ojos y me dejé llevar por la corriente hasta el pequeño salto de altura formado por unas piedras oscuras y resbaladizas. En ellas apoyé los pies, quedándome flotando, mirando el cielo grisáceo, sintiendo la lluvia en el rostro y el fuego que ardía dentro de mí.
Quedaban menos de cinco horas y sentía que, de nuevo, solo iba a sufrir.
Entonces, olí algo.
Y no lo hubiera haber podido percibir si no tuviera los sentidos tan agudizados que dolía. Sin un olfato capaz de captar el más mínimo aroma en el aire, incluso en mitad de la tormenta. Levanté la cabeza del agua y me detuve a escuchar, pero no se oía nada, solo aquel ligero olor que había llegado a mí desde el norte, dirección a la cabaña de Tigro.
Lo peor era que lo reconocía, reconocía aquel olor a melocotón dulce.
Sin dudarlo ni un instante, salí del agua y comencé una de las carreras más veloces de mi vida en pos del refugio secreto en el que estaba Tigro; en dirección contraria a la que Goto, el *omega* con olor a melocotón, se dirigía. Cuando llegué, entre casi de un salto para ver al *alfa salvaje* en la misma postura en la que le había dejado: abrazado a la almohada y balanceándose lentamente de un lado al otro mientras sonreía.
Un rayo estalló en el cielo e iluminó mi sombra sobre la madera. De haber sido aquella una película de terror, yo hubiera sido el monstruo que había aparecido en la tarde lluviosa para asesinar al atractivo protagonista.
—¿Lo has olido, Tigro? Tuviste que olerlo. Era Goto. Te está buscando, pero se ha ido al norte, a la cabaña. Te dije que vendrían, joder, es que te lo dije y tú aun querías tener el celo allí. Imagínate que nos hubiera encontrado. ¿Sabes lo cotilla y cabrón que es ese *omega*, Tigro? Y, lo peor, ¡hipócrita! ¿Sabes la de veces que le oído despotricando contra los que van a ver a los *alfas salvajes*? Joder, que puta desgracia de ser animano. ¿Te lo has follado? No, no me lo digas. ¡No quiero saberlo!
—Goto… —murmuró él, tan atontado que apenas conseguía pronunciar las vocales correctamente—. No sé quién es…

—Es un *omega* moreno, de pelo pardo y grandes ojos verdes. Tiene bigotes y cola y se cree mucho mejor de lo que es. Benny ya me advirtió que tuviera cuidado con él. De hecho… ¿sabes lo que debería hacer? Debería salir, debería ir a buscarle y pillarle llorando a las puertas de tu cabaña. ¿A qué sí? Sí, eso debería hacer. Pillarle ahí, en mitad del celo y preguntarle por qué está a las puertas de la casa de un *alfa salvaje*, como harían esos *omegas* que, según él, tanto se humillan. Pero paso de dejarte solo de nuevo. Estás tan subnormal que eres capaz de confundirme con otro. Y como eso pase, te juro por Dios que os mato aquí mismo. ¿Me has oído, Tigro? Tengo un entrenamiento de asesino de élite…
—No… —negó él antes de reafirmar sus palabras con un bajo «mmh-mmhh»—. Tú me has sacado la barba… tú te llevas el celo.
—Sí, ya te oí la primera vez, Tigro —respondí, tan rápido que ni yo me entendí a mí mismo.
Con los ojos en blanco y una enorme frustración acumulada, me senté en la puerta de esa escondida cabaña en el bosque y me quedé vigilando el exterior. Quedaban menos de tres horas y pronto comenzaría lo peor.
—¿Confías en mí, Lemér…?
No me giré, solo apreté mis brazos cruzados y puse una mueca seria.
—Ahora no, Tigro —respondí.
—No te voy a decepcionar…
—Ya lo veremos —no quería sonar tan cortante y gilipollas, pero no podía evitarlo.
—¿Sabes? Si no consigo pasar el celo contigo… —se rio un momento— dejaré que visites a toooodos los *alfas* que quieras. A toooodos los gemelos de la Garra que te gusten…
—Uffffff… no me hables de los putos gemelos de la Garra ahora —le pedí.
Junto toda aquel exceso de energía, frustración, ansiedad y angustia, llegaba también la profunda, intensa y agonizante excitación. Una excitación tan absurda, que llegabas a pensar en que ni todos los *alfas* de la Garra, yendo por parejas, uno tras otro, podrían llegar a saciarte. Aunque la idea fue realmente tentadora, lo que provocó que empezara a golpear sin parar la punta de la cola contra el suelo y que, entre mis nalgas, se produjera una intensa mojadura.
—Pero que pasa si lo consigo… —le oí murmurar a mis espaldas, seguido del restallido de un rayo en la lejanía y el violento arrebato de la lluvia y el viento contra la techumbre.
—No lo vas a conseguir —le aseguré. Era imposible que lo hiciera. Era demasiado. Yo era demasiado.
—*Auch*… —se quejó él, como si le hubiera dado un puñetazo en el estómago o, mejor dicho, en su enorme e inflado orgullo—. ¿Por qué eres tan malo conmigo, Lemér…?
—No soy malo, solo digo la verdad.
—La verdad… claro —soltó un bufido seguido de una corta risa irónica—. Entonces… ¿qué pasaría si consiguiera saciarte por completo?
—Te hago una puta fiesta y te declaro mi nuevo dios.
—Oh… —Tigro volvió a reírse por lo bajo y ronronear—. Mmh… me gusta como suena eso. Suena a que tendrías que empezar a plantearte seriamente quedarte a mi lado… ¿no crees?
—Ya me paso contigo cada noche, Tigro. ¿Cuánto más quieres que me quede?
—No, no… sabes a lo que me refiero, Lemér…
—No, no lo sé.
—Sí lo sabes… quedarte aquí, en la Reserva. Conmigo…
Tras eso, ninguno de los dos dijo nada. Quedaba menos de una hora y yo ya estaba empezando a sentir los calambres, los horribles cosquilleos por todo el cuerpo y los escalofríos. Ese fue el momento en el que no hubo vuelta atrás. Me levanté del suelo, cerré todo lo que pude la cortina y

me acerqué a la cama, tirándome sobre Tigro, quien soltó el aire debido al impacto y sonrió más fuerte.
—Oh, sí… tú eres Todo lo que necesito —murmuró con sus ojos brillantes y perdidos.
Aquello no iba a funcionar. No sabía qué cojones le pasaba al *alfa salvaje*, pero esa actitud soñolienta y pausada no era lo que yo necesitaba. Pero ya era tarde. El cuerpo me ardía y mis manos temblaban ligeramente mientras le quitaba la ropa. El momento en el que le saqué la polla del pantalón, di el celo por empezado.
El celo solía alargarse entre unas veinticuatro y cuarenta y ocho horas y, aunque no fuera ininterrumpido, yo solía perder por completo el concepto del tiempo. Solo tenía dos modos: o cachondo perdido, o descansando entre polvos. No había más.
Seguir un ritmo como ese es muy complicado —por no decir imposible— para un *beta*; incluso aunque, como hacía Copper, se tomara viagra y lo hiciera coincidir con uno de sus ciclos de testosterona, cuando se ponía más cachondo.
Si mi cuerpo era normalmente una máquina perfecta de seducción, en el celo se convertía en una trampa mortal. La humedad de mi recto, el calor, la suavidad de las paredes, mis feromonas, mis gemidos… todo aquello intensificado por diez. Un *beta* no tardaba ni un minuto en correrse.
Y Tigro tardó incluso menos.
Nada más montarle y metérmela de una sentada, descendiendo con un gemido profundo de garganta y el ano empapado, el *alfa salvaje* puso los ojos en blanco y arqueó la espalda. Abría mucho la boca, pero no era capaz de producir sonido alguno; apretaba las manos contra la colcha y clavaba sus uñas sobre la tela; las piernas le temblaban y su cola de tigre se muso muy tiesa cuando un escalofrío arrollador le atravesó el cuerpo.
Al levantarme y volver a bajar de un golpe seco, se corrió. Soltó un cajeo y se contrajo, apretando el abdomen y los dientes con fuerza. Entonces cogió una profunda bocanada y se dejó caer sobre la colcha como si hubiera tenido el orgasmo de su vida en tan solo veinte segundos.
—No, no, no, no, no… —me negué, mordiéndome el labio inferior y apurando el ritmo con el que le cabalgaba—: Más, necesito más. Mucho más… —casi se lo estaba rogando, apretando las manos contra su abultado pecho velludo, tratando de mirar sus ojos perdidos, dándole leves bofetadas para hacerle reaccionar.
Solo por experiencia y costumbre, apuré el momento todo lo que pude antes de que a Tigro se le bajara y me dejara con todas las ganas. No lo pensé, solo jadeaba, movía la cadera más fuerte y sentía los ojos empañados en lágrimas de pura frustración. Si conseguía llegar al orgasmo al menos una vez, me valía.
Tigro dejó de clavar las garras en la colcha y se llevó los brazos a ambos lados de la cabeza. Jadeaba lentamente entre sus labios húmedos, perlados con gotas de saliva, y me miraba con los ojos nublados. Cuando llevaba dos minutos seguidos montándole de forma desesperada y él volvió a correrse, empecé a tener esperanza.
Fue solo un pequeño rayo de luz en la oscuridad. Algo en mi cabeza y en mi cuerpo que me decían que, quizá, Tigro tuviera razón. Que él estaba hecho para mí y que mi celo no podía ser «demasiado». Entonces me relajé, dejé de montarle apresuradamente y con gemidos desesperados y empecé a montarle como a mí me gustaba: lento, profundo, desde lo más alto a lo más hondo; sintiendo cada centímetro de aquel delicioso regalo que Dios le había dado al *alfa salvaje*. Disfrutando de cada segundo y cada leve fricción que me hacía temblar por dentro como si fuera de gelatina.
Mi angustia se fue diluyendo en un mar de placer, uno que parecía no tener fin. Cuando alcancé el primer orgasmo y gemí más alto que nunca, Tigro seguía allí, corriéndose cada poco tiempo,

pero todavía muy empalmado. Continuaba aturdido, como drogado, y me dejaba tocarle y moverle allá donde quisiera. Le besaba y ronroneaba por lo bajo, le arañaba el pecho y gruñía, le tiraba del pelo y la barba y jadeaba.

Al final, sentí esa deliciosa explosión dentro de mí y, tras una buena hora, al fin me detuve. Me dejé caer sobre él y le abracé, sudado y casi sin aliento. Entonces Tigro se movió y, sin sacármela de dentro, me dio la vuelta para poder ponerse encima.

—Oh, sí… —gemí, apretándole más fuerte contra mí.

Definitivamente, el *alfa salvaje* sabía justo lo que necesitaba.

UNA CUESTIÓN DE CONFIANZA

El celo fue maravilloso. De principio a fin. Simplemente: perfecto.

Tigro estaba duro todo el tiempo, sin importar la de veces que le hiciera correrse o lo mucho que abusara de él. Y abusé mucho de él. Muchísimo. Le despertaba en mitad de la noche para que volviera a follarme, le interrumpía mientras comíamos, no paraba de besarle y rodearle como una especie de garrapata, no le dejaba alejarse ni un paso de mí y no paraba de rodearle con la cola todo el rato como si tratara de asfixiarle. El *alfa* terminó siendo como un hiper realista muñeco sexual que nunca se quejaba, nunca se cansaba y nunca decía que no.

Eso no suena tan sexy como podría parecer, pero era lo más cercano a la realidad. Los *alfas* —y por lo que descubrí después, no era algo excepcional que solo le pasara a Tigro—, no eran especialmente fogosos durante el celo. Su personalidad se anulaba por completo y eran poco más que zombies soñolientos y jadeantes. Como autómatas. Robots que cumplían todos tus deseos. Si se lo ordenabas, te follaban lento y repetitivo, y si decías «más», lo hacían más rápido; y si decías «mucho más», te daban como a un cajón que no cierra.

Y eso era maravilloso por varios motivos, y es que, durante el celo, los *omegas* nos volvíamos muy quisquillosos. Lo queríamos todo a nuestra propia manera y no parábamos de pedir y pedir y pedir… tener a un amante «esclavo» que solo obedecía y te follaba hasta el fin de los tiempo si fuera necesario; era justo lo que necesitabas en ese momento.

La pasión, la energía y las ganas, ya las ponía yo.

Y tenía muuuuchas ganas de Tigro. Le hice de todo. Oh, sí… Yo era un lémur muy malo y muy hambriento, uno al que habían alimentado con sobras toda su vida y que, de pronto, había encontrado un árbol repleto de los más dulce melocotones. O, como diría Topa Má: yo era el río furioso, la montaña nevada y la puta tormenta, y Tigro era… el *alfa* que tenía que joderse y aguantar.

Pero, como todo lo bueno en la vida, debía tener un final. Nada más abrir los ojos aquella tarde lluviosa, supe que el celo había concluido. Ya no me sentía a punto de explotar en llamas, ya no sudaba, ya no me mojaba como si no parara de mearme por mí, ya no estaba sediento y acalorado todo el tiempo… Solo había una intensa y profunda calma en mi interior. Eso, y un enorme *alfa-tigre* sobre mí, uno que olía mejor que nunca.

—Vale… —murmuré con la voz ronca después de pasarme dos días jadeando, gruñendo y gritando—. Ha sido espectacular…

Tigro se movió y levantó la cabeza para mirarme a los ojos. Tenía la barba un poco más larga que antes, porque tras cada polvo de una hora, se había bajado para limpiarme antes de echarse de nuevo sobre mí. Ahora el *alfa* literalmente *apestaba* a menta y miel. Incluso más que yo, el *omega* que producía aquel aroma.

—Por supuesto que ha sido espectacular —murmuró con una voz igual de baja y ronca que la mía—. Soy Tigro, el *alfa salvaje*.

—Ya… pues no parecías muy «salvaje», solo drogado y sumiso.

—Sí, bueno —se encogió de hombros—, tus feromonas son bastante fuertes y me superaron un

poco. Además, con la barba me afectan mucho más, como el doble o así. Pero en las *alfarias* no tendrás tanta suerte; yo también entraré en celo y no me voy a quedar parado, te lo aseguro.
—Oh… —puse una falsa mueca de tristeza y le abracé más fuerte contra mí—, entonces, no te gustó…
Tigro soltó un resoplido y sonrió con prepotencia, una sonrisa que ahogó en mis labios cuando no pudo resistirse a besarme. Con un grave ronroneo, empezó a decir:
—No quiero alimentar ese enorme y devastador ego que ya tienes, Lemér, pero puede… quizá, aunque no tengo muy buena memoria, ya lo sabes, así que no estoy seguro, aunque quizá, de lo poco que recuerde, me dé la impresión de que me hayas… por muy absurdo que suene, dado el mejor celo de mi vida.
—Aham… —asentí, no demasiado impresionado por su verborrea y su triste intento de hacerse el duro—. Pues hubo un momento en el que creí que me estaba pasando —reconocí, alargando las manos alrededor de su cuello mientras pegaba mi frente a la suya—, pero después pensé: «meh… es Tigro. No pasa nada si se rompe».
El *alfa* sonrió, mostrando sus grandes colmillos blancos, y se inclinó de nuevo para acariciar su barba contra la mía antes de ronronear como un enorme gato. Tras aquello, se intentó levantar, se quejó de las agujetas, soltó un jadeo, sonrió mucho y fue a por la manta de piel tirada a un lado.
—Oh, sí… —dijo con deleite mientras giraba el cuello y lo hacía crujir.
Después se dejó caer a mi lado, girándome con él para quedarnos cara a cara y cubrirnos por completo con la manta. De pies a cabeza.
—Quizá te deje hacer el nido en mi cabaña, Lemér —me dijo, rodeándome con un brazo mientras frotaba su nariz contra la mía, haciendo entrechocar nuestros alargados bigotes animanos—. No sé, no sé… me lo estoy pensando. Es un paso muy importante, incluso para un *alfa salvaje*.
—Vaya… hace un mes te negabas en rotundo a tener mi nido en tu cabaña —le recordé—. Qué rápido cambias de opinión.
Tigro se encogió de hombros.
—¿Quieres saber la segunda de «Las reglas de un *omega* con posibilidades muy reales de hacerme su *alfa*»? Es la siguiente: no te hagas el listo y aprovecha siempre lo que tu *salvaje* te ofrece.
—Aha… —murmuré en voz baja y ronca—. ¿Sabes lo que creo, Tigro? Creo que te estás enamorando de mí y no sabes ni cómo decírmelo.
Eso le hizo mucha gracia, como cada vez que bromeaba al respecto. Tras esa sonora y sobreactuada carcajada bajo la manta, se acercó y pegó su enorme cuerpo al mío.
—No, Lemér —me dijo—. Enamorarse de ti es estúpido y peligroso.
—Mmh… Eso me hace sonar mucho más interesante de lo que realmente soy.
—Eres muy interesante —me aseguró—, y cuando me demuestres que también eres de confianza, puede que, en algún momento, quizá… —recalcó, poniendo los ojos en blanco como si esa fuera una posibilidad más bien remota—, me termine enamorando perdidamente de ti; pero aún no. Ahora solo me… gustas un poquito más que el resto.
—Ya —puse una sonrisa algo soberbia y levanté una mano para acariciarle la espesa barba.
Tigro no apartó sus ojos de jade y oro de mí, disfrutando de la caricia hasta que, tras un breve silencio, susurró:
—Me gustaría mucho confiar en ti, Lemér. Me gustaría saber si queremos lo mismo.
Le miré a los ojos, pero no respondí nada. ¿Qué se supone que se responde a algo así?
—Nunca te hago preguntas —continuó—, pero ha llegado el...

—¿Qué nunca me haces preguntas…? —le interrumpí antes de soltar un resoplido cargado de ironía.
Pero el *alfa salvaje* no se rio esa vez, sino que se quedó muy serio, mirándome a través de la penumbra bajo la manta. Un universo cálido, simple y con delicioso olor a menta y miel.
—Sabes muy bien de qué clase de preguntas te hablo —me dijo—. De por qué estás aquí, de por qué te han traído en un helicóptero de las fuerzas especiales o qué es lo que estás buscando realmente en La Reserva.
Entonces perdí la sonrisa.
—Hasta ahora, el juego ha sido muy divertido, Lemér. Tú y yo, bromeando, conociéndonos, follando, fingiendo que todo era normal… pero ahora las cosas están cambiando.
Aquello se estaba volviendo muy serio, muy rápido y de una forma muy repentina, pero seguí mirándole, acariciando lentamente la barba blanca de su mentón y sin decir ni una palabra al respecto.
—Si me lo pides, te haré todas esas preguntas; pero quiero que sepas que, ahora que me has sacado una buena barba, es imposible que me mientas. Podría notarlo al instante en tu rostro y en tu respiración. Sé que no me has mentido hasta ahora…
—Espera… —murmuré, entrecerrando los ojos—. ¿Me has dejado sacarte barba para descubrir si te miento o no?
—Es una de las razones, sí —fue su respuesta; una que no me gustó en absoluto—. Una forma rápida y divertida de descubrir si eres un traidor.
Aparté mi mano de su rostro y mi cola de alrededor de su cuello. Tigro no se movió y no evitó que también me separara un poco de él para observar mejor su expresión seria.
—Yo tampoco te puedo mentir a ti —me dijo—. Así funciona El Todo.
Asentí con la cabeza. Había docenas de pensamientos y teorías en mi mente, y ninguna de ellas dejaba en buen lugar al *alfa salvaje*.
—Así que nunca has confiado en mí —fue la gran revelación—. Te has hecho el tonto y has estado esperando a un desliz de mi parte.
—Sí —respondió—, pero tú tampoco has confiado en mí. ¿Verdad?
—No.
Tigro asintió y volvimos a quedarnos un momento en silencio. No podía dejar de pensar en que me había engañado; y, peor, en que yo había caído en la trampa como un completo subnormal.
—Vamos, Lemér… —murmuró Tigro con una ligera sonrisa—. Yo me he hecho el tonto y te he dejado sacarme la barba, pero tú también has jugado sucio. No has dejado de tontear conmigo y decirme que quieres domarme y hacerme tu *alfa*.
—Era parte del juego —respondí en la misma voz baja.
—Sí, el juego para cazarme y confundirme.
—No hay ningún juego «para cazarte y confundirte», Tigro —le aseguré.
—¿No? —preguntó, perdiendo por un momento la sonrisa antes de fruncir el ceño y ladear el rostro—. Tiene que haberlo… ¿por qué estás aquí, entonces?
Asentí lentamente y me hice a mí mismo la misma pregunta. ¿Por qué seguía allí?
—Tienes razón, quizá solo haya sido un error.
—No creo que fuera un error. Creo que es justo lo que querías.
—Pues te equivocas —murmuré, apartando la manta para poder incorporarme y mirar la suave y pálida luz de un cielo todavía nublado.
No me sentía bien. No me sentía nada bien. Había un agujero en mis entrañas y un dolor en mi pecho. Me costaba un poco respirar y al levantarme de la colcha tuve que frotarme los ojos cada

vez más húmedos y borrosos. ¿Qué me pasaba? No quería ni pensar en ello.
—Lemér —oí su voz grave a mis espaldas—. Solo tienes que dejarme hacerte tres preguntas, solo eso, y te creeré y podrás hacer el nido en mi cabaña.
—No necesito otro nido, ya tengo uno en mi casa —respondí con tono neutro.
Busqué mis pantalones tirados a un lado y empecé a ponérmelos.
—No seas tonto —gruñó—. Sabes que no te estoy dejando traer un par de cojines y mantas, te estoy dejando que empieces a considerarme *tu alfa*. De verdad, no como hasta ahora.
Con las manos en la cintura y la cola moviéndose lentamente a mis espaldas, le miré de nuevo. Tigro seguía desnudo, sentado sobre la colcha, mirándome por el borde superior de los ojos mientras tomaba lentas y profundas bocanadas de aire entre los labios. Era como un animal agazapado, vigilante, demasiado desconfiado para acercarse. Así que solo observaba.
—Nunca te he considerado mi *alfa*, Tigro. Nunca me ha importado lo grande que sea tu territorio, ni que seas un *salvaje*, ni que todos crean que eres lo mejor de la Reserva —le confesé antes de arquear las cejas—. Eso no significa nada para mí, porque yo no entiendo el mundo *animano* y no sé por qué todo eso te hace mejor que el resto.
Si de verdad su espesa barba le había dado el superpoder de detectar mis mentiras, Tigro sabía que aquello era muy cierto.
—Te está cegando el orgullo, Lemér —respondió—. Te estás enfadando porque no confío en ti, cuando no me has dado ninguna razón para hacerlo.
—¿*Yo* te tengo que dar razones *a ti*? —pregunté con una mano en el pecho antes de señalarle con el dedo—. ¿Y por qué tú no me cuentas la razón de que tengas una herida de bala reciente, de que reconozcas perfectamente mi entrenamiento militar y que seas capaz de distinguir un helicóptero de operaciones especiales? Los dos tenemos secretitos y mierda escondida en el pasado, así que no te hagas el digno.
Tigro se quedó un par de segundos en silencio.
—Te daré todas las respuestas que quieras cuando tú me des las mías —me prometió.
—Cuando te dé las mías… —repetí al mismo tiempo que negaba con la cabeza. Tomé una bocanada de aire y, con más determinación que antes, retomé mi búsqueda de la camiseta y el chaleco—. ¿Sabes el problema, Tigro? Que tu pasado no me importan una mierda.
—Pues a mí sí me importa, porque yo he luchado mucho para estar aquí. Ni te imaginas cuanto —dijo con un tono duro y seco—. Y lo único que sé es que has aparecido de pronto, demasiado guapo y demasiado listo, demasiado bueno para ignorarte. Prometiéndome pasar todos tus celos y mis *alfarias* juntos... Qué casualidad, ¿verdad, Lemér? —alzó el tono, cada vez más grave y denso—. Justo el *omega* perfecto para mí, justo en la puerta de mi casa con la excusa tonta de darme unas cartas, justo pidiéndome que le limpie y le «ayude», justo con el olor que más me gusta y la actitud que más me pone. Ni siquiera El Todo es tan implacable… pero los *betas* sí los son.
—Oh… —se me saltó la risa y miré un momento al techo antes de asentir, comprendiéndolo al fin. Giré el rostro en su dirección. pero solo lo suficiente para poder mirarle por el borde de los ojos— ¿Crees que estoy aquí por ti?, ¿para qué? ¿Para llevarte de vuelta?
—No sé, dímelo tú —murmuró.
Terminé por girarme del todo y, acercándome a su sitio en la colcha, me puse de cuclillas y miré fijamente sus ojos de jade y oro.
—No estoy aquí por ti, Tigro —le dije—. Ni siquiera sabía que existías. Todo lo que ha pasado, ha sido solo coincidencia. Venía a verte porque me caes muy bien, porque eres muy guapo, porque follas de lujo y porque me lo paso genial contigo; no porque quiera engañarte, cazarte,

confundirte y llevarte conmigo de vuelta al mundo *beta*.
El *alfa salvaje* mantuvo mi mirada, pasando sus ojos intermitentemente por mi rostro, cada vez más rápido, como si buscara desesperadamente una señal de que mentía. Pero esa señal nunca llegó. Entonces levantó la cabeza y tragó saliva.
—De acuerdo —murmuró, ya sin rastro de enfado—. Verás, yo también era un…
—No —le detuve, colocando una rápida mano sobre sus labios—. No quiero saberlo. No me importa.
Me levanté y retomé la búsqueda de mi camiseta y mi chaleco, los cuales estaban hechos un ovillo no lejos de la colcha, allí donde los había arrojado durante la locura del celo.
—¿Puedo hacerte las otras dos preguntas?
—No.
Ahora que sabía que yo no estaba allí para embaucarle, trató de recuperar su actitud juguetona y despreocupada de siempre. Se recostó en la colcha y puso las manos tras la cabeza, apretando los bíceps para resaltar lo grandes y perfectos que eran. Con su preciosa cola de tigre, hasta entonces tensa como un alambre, movió la manta y descubrió gran parte de su cuerpo desnudo y musculoso. Había una sexy sonrisa en sus labios y un brillo provocador y fascinante en sus ojos de jade.
Tigro era un *alfa* y sabía muy bien lo que tenía que hacer para hechizarme; y, sin duda, aquel despliegue de atractivo y seducción hubiera funcionado conmigo. Antes, cuando creía que el *salvaje* solo estaba jugando a ser el machito follador de La Reserva.
—Bien, de acuerdo, esperaré a que me dejes hacértelas… —se resignó—. Ya has respondido a la más importante.
Entonces suspiró y miró hacia el techo mientras, con su cola, se acariciaba el muslo, atrayendo mi atención hacia su entrepierna. Fue solo un fugaz momento antes de volverme en dirección a mi mochila, descansando en una esquina del pequeño refugio secreto.
—Me alegra haber dejado las cosas claras —le dije mientras revisaba que no me faltara nada en el interior de la bolsa.
Con una agilidad sorprendente, Tigro se puso de pie y caminó en mi dirección. Había un aura magnética en él, masculina y electrizante, pero lo peor y la verdadera razón por la que se acercaba a mí, era por lo mucho que olía a menta y miel. El *alfa salvaje* apoyó la mano en la pared de madera, entre yo y la puerta, y se quedó mirándome fijamente mientas sonreía.
—Lemér…, si de verdad te gusto tanto, deberías quedarte, porque sabes que yo no iré detrás de ti… —me recordó, aunque sonó casi como una advertencia—. Verás, entiendo que no hemos sido francos el uno con el otro. Los dos hemos jugado sucio y los dos hemos perdido —continuó diciendo mientras ladeaba el rostro y se encogía suavemente de hombros.
Su voz era pasión y veneno, su rostro era tentación y delirio, su cuerpo era la perfección y el pecado y su olor… su olor solo me decía que era mío. Pero eso era mentira.
—Ambos somos dos animanos muy desconfiados —murmuró, un susurro grave que competía con el viento y la lluvia—, porque el mundo *beta* nos ha hecho así; pero yo no veo todo esto como el punto y final, sino como el principio.
Con la mirada me recorrió el cuerpo y con su colmillo derecho se mordió suavemente el grueso labio interior. Cuando volvió a alzar los ojos, había un brillo salvaje en ellos.
—Ahora podemos tomárnoslo en serio. Dejar de jugar y de hacer el tonto y pensar en que, quizá, tú no mentías cuando decías que querías hacerme tu *alfa*; y que, quizá, yo no mentía cuando te decía que podría enamorarme perdidamente de ti.
Dio un paso y, alzando su otra mano para colocarla también en la madera, me encerró entre sus

brazos, su cuerpo y la pared. No me rozó, solo me miró fijamente bajo sus cejas espesas y negras, esperando a algo que las palabras no podían conseguir; a que la electricidad vibrara de su cuerpo al mío, como cientos de veces antes, despertando cada célula de mi ser. Había algo mágico en ello. En la forma en la que nuestros cuerpos se comunicaban a un nivel que no era ni capaz de entender.

Algo que ellos llamaban El Todo.

—Odiaría tener que hacerlo, pero, si me lo pides, tomaré regaliz y se me caerá la barba… —continuó diciendo en voz baja y pausada—. Será como empezar de cero otra vez. Sin detector de mentiras y sin presiones… Tú y yo hablando las cosas en serio y dispuestos a descubrir a dónde nos puede llevar esta locura.

Después, al fin se quedó en silencio.

—¿Quieres hablar en serio, Tigro? —le pregunté, igualando su tono bajo y meloso, al igual que su forma de mirarme—. La verdad es que no me importa lo mucho que te estás esforzando ahora mismo por solucionar el pedazo de error que has cometido. No me interesan tus promesas, ni tus tratos, ni que ahora hayas cambiado de opinión porque ya no creas que estoy aquí para traicionarte.

Y, con una firme mano en su pecho, le aparté de mí. El Todo era real, pero no era algo todopoderoso e inevitable, no si una de las dos partes no quería que lo fuera.

—Estoy cansado de tus reglas, y tus exigencias y tu forma de hacer las cosas —continué, cada vez un poco más alto y cada vez un poco más furioso al respecto—. No quiero estar con un *alfa* que pueda tener un accidente en cualquier momento, como por ejemplo, que se le caiga la polla en la boca de otro *omega* que pase por aquí. No quiero tener que luchar por ti y andar a vigilarte como si fueras un niño pequeño, ni adaptarme a tus estúpidas reglas, ni andar a tener que esconder que te estoy viniendo a ver. No quiero volver a intentarlo, porque ya te he sacado una barba, y las has usado solo para engañarme. Así que yo no soy el traidor aquí, Tigro. Tú lo eres…

El *alfa* escuchó todo aquello con expresión cada vez más seria. Ya no tenía ganas de hacerse el tonto y fingir que no me había estado engañando todo aquel tiempo sobre la razón por la que se había dejado sacar la barba.

—Soy un *salvaje*. Siempre te lo advertí y siempre lo has sabido —respondió con tono seco—. Es a mí manera o a ninguna.

—Pues a ninguna, entonces —fue mi respuesta.

Y me di la vuelta y me fui en dirección a la entrada.

—¡Tú nunca te tomaste esto en serio, Lemér! —exclamó él a mis espaldas—. Solo venías aquí a que te limpiara, a provocarme y a jugar conmigo, ¡nunca te importó una mierda sacarme la barba! Bromeabas sobre lo fácil que sería quererme, o la cuenta que me darías si pudieras, como si no significara nada… —con una expresión de enfado, dio un par de pasos para acercarse e, igual que yo había hecho antes, me señaló con el dedo y me acusó—. Así que no te hagas el puto orgulloso. No tienes derecho alguno a exigirme que te ame y te sea fiel, cuando tú no sabes ni lo que quieres…

—En eso tienes razón —asentí, más para mí mismo que para él—. Se me fue un poco de las manos. No debería haber vuelto.

Tigro puso una mueca asqueada, pero apartó el rostro hacia un lado como si no quisiera que yo la viera. Sin dignarse ni a mirarme, me dijo:

—Te daré un día, Lemér, porque es lo que tardaré en ir a buscar la regaliz que escondí en el bosque. Piénsatelo bien y decide lo que quieres —y, mirándome por el borde de los ojos, añadió

un bajo—: después no habrá vuelta atrás.
Me limité a sentir, a recolocarme la mochila al hombro y a saltar en dirección a la rama más cercana. Las copas de los árboles, agitadas por el viento de tormenta, arrastrando un sonido blanco y constante. Disfruté del viaje por ese bosque como si fuera el último, porque había llegado el momento de despertar. Era el momento de recordar quién era y parar antes de que fuera tarde.
Eso fue lo que me dije. «Tenía que parar antes de que fuera tarde».
Aunque, muy dentro de mí, yo sabía que ya era tarde.



Todos los *omegas* que volvieron aquella noche al Pinar, estaban felices, cansados, sonrientes y afónicos. Todos menos yo.

Trataba de sonreír, pero no lo conseguía del todo. Intentaba aportar algo a las conversaciones, pero las palabras se morían entre mis labios. Me esforzaba por no quedarme sentado en la mesa, mirando a un punto perdido entre las fuentes de fruta y vegetales, pero mi cabeza estaba llena de pensamientos que me ahogaban.
—¿Qué pasó, Mentita? —me preguntó una voz a mis espaldas.
Cuando me giré vi a Benny, su expresión indiferente de siempre, su ropa arrugada después de días tirada en el suelo y su pelo alborotado después de cuarenta y ocho horas de celo. Se sentó a mi lado en la mesa y cogió una de los melocotones, su fruta favorita.
—¿Ese misterioso *alfa* que visitas no ha sabido darte lo tuyo? O *alfas*… —añadió en plural antes de morder el fruto y mancharse la barbilla de jugo dulce—. Líbere ya ha estado contando a todos lo mucho que te gusta Refugio de la Garra. Es una mierda de poblado, pero bueno… entiendo que Martillo y Clavo te hagan replantearte un par de cosas.
—No, emh… el celo fue genial —murmuré en respuesta—. Fue el *alfa* de siempre.
El joven giró el rostro y me dedicó una de sus clásicas miradas por el borde de los ojos sin dejar de masticar.
—El de siempre… —murmuró—. ¿Y de dónde es? Porque Arda está segura de que es de Presa de Arce, pero yo me he pasado el celo allí y no te he visto.
—Es de… más lejos.
—¿Mina Negra? ¿Y has vuelto tan rápido?
—Se va más rápido saltando entre los árboles que a pie —se me ocurrió decir, lo cual no era mentira.
—Ahm… —asintió el joven antes de darle otro buen mordisco al melocotón—. ¿Y quién es? ¿Goro? Sé lo mucho que te gustan los *alfas* grandes con más músculo que cerebro.
—Yo no te pregunto por tus *alfas* —respondí, un tanto molesto por el inesperado interrogatorio.
Benny me dedicó otra de esas miradas de lado y se quedó un par de segundos en silencio mientras terminaba de masticar.
—Relájate, Mentita… era solo curiosidad —dijo antes de terminarse la fruta y tirar el hueso en un cuenco vacío—. Si quieres saberlo, yo pasé el celo con Cervo.

—Tiene que ser muy bueno para que hayas vuelto de tan buen humor —le aseguré.
Benny se rio un poco, pero terminó negando con la cabeza al mismo tiempo que agitaba sus alargadas orejas negras.
—Está bien, dejémoslo ahí.
—No te imaginaba con cérvidos, la verdad —continué, solo para distraer la conversación y parar de hablar de mí o del *alfa* que había visitado—. No son la clase de rumiantes de los que hablas siempre.
—Los cérvidos suelen ser muy guapos y tienen como esta especie de aura sexy y noble, ¿sabes? —y se llevó las manos manchadas a la cabeza, intentando imitar con las manos una enorme cornamenta de ciervo—. Aunque esas putas astas son muy incómodas a veces. Son tan grandes que no puedes hacer ciertas posturas y tienes que tener mucho cuidado si les montas la cara.
—Ahm… —murmuré, fingiendo estar muy interesado en el tema—. Quizá al fin me pase por Presa de Arce a echar un vistazo.
—Vallealto sigue siendo mejor —me aseguró él—, aunque Mina Negra no está nada mal tampoco. Un poco lejos e incómodo de llegar, ahí entre las montañas, pero no te voy a contar nada que no sepas ya.
—Claro —asentí.
—No me digas que te has enamorado… —soltó de pronto.
Tardé un segundo o dos en abrir los labios, lo que Benny se tomó como un terrible presagio.
—¡Joder, Mentita! No, no y no —exclamó, llegando a dar un golpe con la mano a la mesa—. Acabas de llegar, ¡no puedes quedarte con el primer *alfa* al que le saques la barba!
—¿No? —pregunté en voz baja, mirando de nuevo el cuenco de fruta—, pero… ¿y si algo muy dentro de ti te dije que es el correcto? Que no va a haber nadie como él.
—Uffffffffffff —resopló Benny, llevándose ambas manos al rostro antes de apoyar los codos y, una vez más, volver a negar con la cabeza—. Mal, Mentita… maaaaalll. No puede enamorarte aún.
—No, yo no… estoy enamorado —le aseguré, porque yo no era tan gilipollas como para eso—. Solo digo que… ¿por qué no iba a encontrar a un *alfa* que me guste demasiado?
Jamás me había enamorado de ninguno de mis chicos *beta*. Nunca me lo había permitido, ni siquiera de Copper; porque, algún día, terminaría por dejarme para casarse con una mujer humana, una que pudiera darle hijos normales y no monstruitos con bigotes y cola. De la misma forma, no me había enamorado de Tigro, porque sabía que un día me iría para siempre.
Así que no hay amor en mí, solo cariño perdido y un extraño vacío.
—Mentita —me llamó Benny, apartando las manos de su rostro antes de acercarse a mí—. ¿Has hecho alguna estupidez? —susurró.
—No —mentí.
El *omega*-conejo tomó una profunda respiración y la soltó con alivio.
—Bien. Genial. Sí —y después, más calmado, me preguntó en tono bajo—: ¿Y él te ha pedido alguna estupidez?
Buena pregunta. ¿Me había pedido Tigro algo estúpido? La respuesta era sí y no. No era estúpido querer tener la seguridad de poder lanzarse al precipicio que era amar a alguien; lo que era estúpido era pedirlo después de engañarte y jugar contigo.
—Sí, puede que sí —decidí responder.
—Entonces, olvídale —sentenció Benny sin misericordia.
—Eso suena más fácil de lo que es —murmuré, bajando la mirada del cuenco a la mesa de madera.

—Es muy fácil, Mentita —insistió, ahora con un tono más duro en la voz—. Te lo he dicho: si no te respeta, no te quiere. Nadie tiene derecho a pedirte que te humilles por él. *Nadie*. ¿Me oyes?
—Sí —murmuré, bajando la mirada del cuenco a la mesa—. Tienes razón.
—Claro que tengo razón —respondió, separándose de mí y yendo en busca de otro melocotón—. Ahora cierra la boca, se acercan Líbere y Koal para jactarse de lo putas que son y lo mucho que se arrastran por Vallealto.
—¡Hola, chicos! —nos saludó Líbere con una enorme sonrisa en su pequeño y hermoso rostro—. ¿Qué tal el celo?
—Hola… —murmuró Benny con un deje de desprecio. Yo me limité a asentir.
—No os hemos visto por Vallealto.
—¿No? Quizá tuvieras la cara demasiado hundida en las almohadas como para ver nada —respondió Benny.
Líbere se rio de una forma cantarina y se sentó frente a nosotros.
—Sí, la verdad es que no paré en estos dos días —reconoció, moviendo la mano hacia el cuenco de fruta—. Bullo me ha tenido… Uy —se detuvo de pronto, tapándose los labios y mirándome —. Lo siento.
La tensión del momento se pudo palpar en el aire. Koal, quien se había quedado a un lado sin decir nada, terminó por atragantarse con el trozo de manzana que masticaba. Benny abrió muchos los ojos y después los entrecerró con fuerza mientras jadeaba un casi inaudible: «pedazo de cabrón…». Yo me quedé igual, mirando los ojos claros de *omega* albino.
—Me alegro por ti —fue mi respuesta antes de levantarme e irme.
No estaba de humor para soportar las clásicas puñaladas por la espalda del Pinar, ni tenía ganas de participar en aquella absurda competición de egos desmedidos. Sinceramente, no tenía ganas de nada.
—Mentita —me llamó una voz a las espaldas.
Entre las pocas luces que arrojaban las antorchas del camino y los faroles que colgaban de las ramas de los árboles, distinguí el atlético cuerpo de Benny.
—No me importa, Ben, de verdad —empecé a decirle—. Que se quede Líbere con Bullo. Me da igual.
—Cierra la boca. No es eso —respondió él, alcanzándome al fin para, con una rápida señal, indicarme que siguiéramos adelante. Mi plan inicial era trepar por la primera liana disponible, pero suponía que podría andar un poco más por el suelo—. Escucha, siempre hay un *alfa* especial, ¿vale? Yo no creo en El Todo, no como mis hermanas. No creo que haya una pieza perfecta para cada hueco del cosmos y que la naturaleza no haga crecer veneno sin antídoto —dijo eso moviendo las manos y poniendo un tono de voz ridículo, para acentuar lo absurdo que le parecía aquello—. Esas son mierdas de las Má. Pero… sí que creo que puedes encontrar a un *alfa* que te dé algo que los demás no tienen. Algo que le haga diferente a tus ojos. ¿Entiendes?
Le miré y asentí, porque había algo en su voz que me decía que aquello no era un discurso prefabricado, sino algo que nació de la experiencia.
—Pero, por mucho que te guste y por mucho que creas quererle, si no es para ti, no es para ti —concluyó, encogiéndose de hombros—. Quizá en el futuro él cambie, quizá tú encuentres a otro, quién sabe —se encogió de hombros—. El caso es que… ese *alfa* de Mina Negra no es el único con la polla gorda y una bonita sonrisa, y que tú eres demasiado bueno para perder el tiempo con subnormales. ¿Entiendes?
Sonreí y asentí con la cabeza.
—Sí, lo entiendo. Gracias, Benny.

El joven asintió y, con una expresión más seria de párpados caídos, preguntó:
—Pero te tomaste la poción para no quedarte preñado, ¿verdad?
—No, Ben. He ido al celo sin protección y ahora estoy esperando a quedarme muy preñado para volver a sus brazos y obligarle a emparejarse conmigo.
El *omega*-conejo puso una especie de mueca de desprecio y, arqueando una ceja, miró al suelo mientras murmuraba:
—No serías el primero…
Cogí una buena bocanada de aire y suspiré.
—Es increíble que los animanos hagan las mismas estupideces que los *betas*.
—¿Los hombres *beta* también se preñan en un intento patético y humillante de que les amen?
—No, los hombres *beta* no pueden preñarse. Solo las mujeres *beta*.
—¿Qué? —Benny frunció el ceño y me miró como si esperara que estuviera bromeando—. ¡Eso es muy raro! No me lo imagino.
Me reí.
—Pues allí un *omega* macho embarazado es todo un espectáculo. A los *betas* les incomoda muchísimo, creen que es antinatura y grotesco.
Benny estaba en shock, tanto, que tardó una eternidad en responder. Todo un logro viniendo de alguien como él.
—Yo… no entiendo cómo no has venido antes a la Reserva, Mentita, te lo juro. ¿Quién quiere vivir en ese horror de mundo?
Me mojé los labios y miré al cielo, más allá de las ramas, hacia el cielo oscuro de tormenta.
—¿Sabes, Ben? Empiezo a preguntarme lo mismo…

UN BAÑO DE SANGRE Y LÁGRIMAS

Una noche no es tiempo suficiente para pensar en lo que quieres de verdad.

Un día no es tiempo suficiente para para perdonar a alguien.

Una caminata por el bosque no es tiempo suficiente para darte cuenta de las cosas que estás dispuesto a dejar atrás.

En el momento en el que alcancé el borde del territorio interior de Tigro, nada había cambiado. Ni dentro de mí, ni en aquel lugar, ni en el *alfa salvaje*. Me acerqué lentamente con un buen puñado de cartas en la mano y la mochila al hombro, salté la última rama y me detuve en el rellano de madera.

El *alfa* estaba sentado bajo el cobertizo, con la cabeza gacha y la mirada perdida en un hermosa caja de madera a la que daba lentas vueltas. Tigro debía estar muy distraído, porque tardó un par de segundos en percibir mi presencia, alzando la mirada al instante antes de decir un bajo:

—No creía que fueras a volver.

Asentí. Yo tampoco había creído que volvería, pero, por alguna razón, había sentido que necesitaba hacerlo.

—Veo que ya estabas preparado —respondí, señalando la cajita decorada con flores violáceas.

Tigro no bajó la mirada. Ambos sabíamos lo que había dentro.

—Los *salvajes* no perdemos el tiempo con *omegas* que no merecen la pena.

Arqueé ambas cejas, pero no dije nada al respecto. No había ido allí a discutir.

—Toma, el correo de esta semana.

El *alfa* movió una mano para tomar el puñado de cartas que le ofrecía y, sin prestarles la más mínima atención, las dejó a un lado. No apartó la mirada ni un segundo de mí mientras me quitaba la mochila del hombro y, con un leve suspiro, me dejaba caer en el taburete a su lado. La hoguera estaba encendida, pero apenas quedaban más que rescoldos y ceniza negra para alimentar el moribundo fuego. Por ello, moví la cola y alcancé uno de los trozos de leña que llenaban toda la pared, usando la mano para arrojarlo sobre las llamas.

—¿Has pensado en lo que te dije? —me preguntó.

No aparté la vista de la hoguera al responder:

—Un poco.

—¿Y qué has decidido?

En esa ocasión tardé un par de segundos en volver a hablar. Segundos se alargaban como si no fueran a tener fin, pero que Tigro no se apresuró a interrumpir. Cuando al fin le miré de vuelta a los ojos, seguían allí, muy fijos en mí.

—Quería venir a verte ahora que aún tienes barba —murmuré—. Quiero que sepas que, lo que digo, es la verdad.

El *alfa* asintió, su expresión seria no cambió en absoluto, pero sus manos de garras negras se apretaron con más fuerza sobre la caja de madera.

—Cuando me uní al ejército, a mis padres *beta* no les gustó la idea. Dijeron que era un error y que no importaba cuánto me fueran a pagar o los beneficios que me dieran, porque los militares

solo me usarían para trabajos sucios y las misiones más peligrosas, a esas a los que no querían mandar a *betas*. «Vas a ser carne de cañón, Lemér. A ellos no les importas…», eso fue lo que dijo mi madre.
Bajé de nuevo la mirada a la hoguera y casi conseguí recordar las lágrimas en sus ojos, pero parpadeé y me obligué a seguir.
—Te cuento esto porque, después de irme a la base militar, no pude volver a hablar con ellos. Me consideraron un «agente especial» y cortaron todo contacto con el exterior. Así que nunca pude decirles todo lo que hubiera deseado poder decirles y, para cuando me licencié, ya era demasiado tarde. —De nuevo, le miré a los ojos—. No quiero volver a vivir eso, Tigro. No quiero irme de aquí enfadado, dando un portazo y con la cabeza muy alta, y después despertarme una mañana dentro de unos años y arrepentirme de no haberte dicho lo que quería decirte.
El *alfa* no me interrumpió, sino que se quedó en silencio y asintió, a la espera de que yo continuara.
—Me gustas mucho, Tigro. Muchísimo —le dije—. Siempre has tenido razón en una cosa, y es que no creo que haya otro *alfa* como tú. Eres todo lo que me gusta: grande, fuerte, guapo, gracioso, un poco creído y un poco cabrón. Siempre me he rodeado de *betas* así, pero Topa Má me dijo algo antes del celo que se me quedó grabado en la mente, y fue que a mí me faltaba la mitad de algo que no sabía que existía, pero que no paraba de buscar en los brazos equivocados. Creo que tú eres ese «algo», Tigro. Creo que te llevo buscando toda mi vida y no lo sabía.
Al *alfa* se le escapó una leve sonrisa arrogante, entreabrió los labios como si fuera a decir algo, aunque se detuvo a tiempo. Agachando la cabeza, me dedicó una de esas miradas felinas por el borde superior de los ojos y se relamió. Pude sentir la electricidad de su aura, el calor de su cuerpo llamándome, la necesidad de asegurarme de que su barba jamás dejara de apestar a menta y miel.
Pero yo no había terminado, así que, con una bocanada para controlarme, continué:
—Nunca quise ser cruel al bromear sobre que me amabas, o que te haría *alfa*, o al hablar de las cuentas que querrías que te regalara si nos emparejábamos. Para mí era solo parte del juego, del tonteo y nuestro tipo de relación.
—Ehm… no sé, eso es algo serio para mí, Lemér… —no se pudo resistir a decir, pero llevándose una mano al rostro para fingir que se rascaba la espesa barba y así ahogar sus palabras.
—¿Qué es serio? —pregunté.
Tigro le dio un par de vueltas a la caja de madera y, finalmente, la dejó a un lado, junto al puñado de cartas que le había traído. Apoyando los codos en las rodillas, se inclinó hacia delante y me miró de lado.
—«Hacerme *alfa*» —me dijo—, para los *salvajes* no es solo una expresión. Sé que no eres el único que la usa mal y supongo que es algo que habrás oído por El Pinar a menudo, creyendo que significa «domarme», o «cazarme», o alguna gilipollez así. Pero, en realidad, se refiere a algo mucho más complicado que eso: significa que vas a conseguir hacerme desearte con tanta pasión que me vuelva loco.
—Oh… —dije antes de ladear el rostro—. ¿Así es como llamas a las ocasiones en las que no parabas de follarme como un animal rabioso?
—Mmh… sí —no pudo más que afirmarlo, aunque, como era de esperar, haciéndose el interesante y diciéndolo como si no tuviera la más mínima importancia—, es algo más que eso, pero sí. Puede ser que tenga algo que ver.
—Pues, entonces, te hice *alfa* un buen par de veces.
Tigro soltó una de esas ruidosas carcajadas sarcásticas y, con una sonrisa prepotente en los

labios, se miró las garras con fingido interés.
—Digamos que me pillaste desprevenido en un par de ocasiones —me dijo de forma distraída—. Pocas, solo una o dos… y la barba te ayudó mucho a conseguirlo. Sin ella, dudo que me hubieras hecho *alfa* ni la mitad de las veces.
—Debió ser muy duro para ti.
—¿Duro? Oh, no, no… si querías sacar lo peor de mí, te lo iba a dar hasta que no pudieras más. A veces creía que iba a ser demasiado, pero después pensaba: «Meh, es Lemér. No pasa nada si se rompe».
—No, me refiero a ese momento en el que, aun creyendo que estaba aquí para traicionarte, no podías evitar perder el control.
Tigro perdió la sonrisa al momento. Dejó de mirarse las garras y levantó los ojos al frente, hacia la gruesa rama del árbol que era los pilares de su cabaña entre las copas.
—Me asustó bastante —reconoció en voz baja—. Cuando te ibas, no paraba de prometerme a mí mismo que sería la última vez; pero cuando regresabas, no podía evitar caer de nuevo. Por eso estaba tan seguro de que te habían enviado *ellos*. Que al fin me habían encontrado y que esta vez se asegurarían de que no volviera a escaparme.
Apreté los bordes de los labios por un momento. Un *alfa* fugado no era ninguna broma en el mundo *beta*. Menos aún si, como Tigro, parecía tener experiencia militar. Y, aunque eso se supone que fuera imposible —porque, oficialmente, mandaban a todos directos a La Reserva—, no era tan ingenuo como para no creer que los *betas* fueran capaces de hacer alto tan peligroso.
—Sí que parecía demasiada coincidencia —reconocí.
Tigro giró el rostro para mirarme y me preguntó:
—¿Tú no hubieras hecho lo mismo que yo?
—¿A qué te refieres?
—A usar la manera más rápida y sencilla de conseguir el objetivo, sin que importara nada más.
Me reí. Yo mismo había usado aquellas mismas palabras en el pasado.
—Un clásico de operaciones especiales —murmuré, no sin cierto pesar. Entonces tomé una buena bocanada y la solté lentamente—. Sí, Tigro, yo también lo hubiera hecho —confesé.
El *alfa* se giró hacia mí y volvió a inclinarse, con los codos en las rodillas y su firme mirada de jade y oro clavada en mis ojos.
—Ya sabes los exámenes que nos hacían, sabes que no eran solo algo «rutinario», sino que nos estudiaban a fondo. Las muestras que tomaban, los ejercicios, los experimentos… Los *betas* conocen mucho más de nosotros de lo que quieren confesar y nos temen más que a nada. Siempre están buscando formas de controlarnos, de manipularnos, de someternos, de usarnos y mantenernos enjaulados. Sabes las mentiras que cuentan, la forma en la que quieren asustarnos para que nos odiemos a nosotros mismos…
Bajé la mirada a sus manos, ahora tan cerca de las mías que, con solo un suave movimiento, Tigro conseguía acariciarme sutilmente.
—Yo también me lo creía, porque son muy buenos mintiendo y ocultando la verdad. Cuando llegué aquí, estaba aterrado, hambriento y desesperado —me dijo—. Creía que La Reserva sería un lugar horrible, que seguramente me mataran los demás *alfas*; pero para mí, cualquier cosa era mejor que seguir con los *betas*.
—Sí, son muy buenos escondiendo la verdad —reconocí—. Yo creía que tendría que huir todo el rato y que no pararían de intentar violarme.
—Claro que lo creías, Lemér —afirmó, terminando por cogerme de las manos y apretarlas suavemente—. Ellos saben que nos necesitamos, conocen El Todo y lo usan en nuestra contra.

No tienen respeto por nada. Por eso pensé que te habían enviado —insistió una vez más, apretándome las manos y mirándome a los ojos—. Que habrían estudiado mi ficha y habían encontrado al *omega* perfecto para mí. Entonces me harías *alfa* y me llevarías de vuelta, porque *saben* que jamás podría abandonarte; sin importar a dónde fueras.
—Tigro, entiendo por qué has hecho lo que has hecho —respondí—. Tú y yo… somos expertos en supervivencia.
—Exacto —el *alfa* empezó a sonreír de nuevo antes de darme un ligera cachete en la pierna e incorporarse.
Ya de pie, se llevó una mano a la cintura y, con la otra, se rascó el interior de la camiseta de corte medieval, subiendo de una forma nada sutil la tela para mostrar gran parte de sus abdominales cubiertos con vello atigrado; y su intención con todo aquello hubiera sido hasta sutil si no fuera porque, con la mano en su cadera, también se había deslizado hacia abajo la cintura del pantalón.
El resultado fue una increíble visión del *alfa salvaje*, rascándose distraídamente, como si no pasara nada extraño mientras me mostraba descaradamente desde la parte baja de sus pectorales hasta prácticamente el inicio de su pubis blanco.
—Lemér, ¿en serio crees que este es un buen momento para mojarte tanto? —me preguntó.
Cuando levanté la mirada de vuelta a sus ojos, vi la amplia y soberbia sonrisa en sus labios carnosos.
—¿Crees que es un buen momento para pavonearte de una forma tan descarada? —pregunté yo.
—Ogh —a Tigro le hizo mucha gracia aquello—. Yo no me pavoneo delante de los *omegas*, ya lo sabes. Eso solo lo hacen los patéticos *domesticados*.
Entonces empezó a pasarse la lengua por sus grandes colmillos y ladeó el rostro. Deslizando la mano por los abdominales, la bajó en dirección al bulto carnosos de su entrepierna y se lo frotó lentamente.
—Solo me estoy rascando… —murmuró.
—Ahm… ¿y qué pasó para que te piquen tanto las huevos? ¿Has pillado ladillas esta noche?
Tigro dejó de toquetearse y, todavía con la lengua acariciando sus dientes, cerró los ojos y puso una sonrisa sarcástica.
—Los animanos no pillamos ladillas, solo pulgas. Y si tuviera pulgas, tú lo sabrías —me aseguró —, porque con lo mucho que te restriegas y te frotas contra mí, estarías infestado de ellas.
—Es la primera vez que te oigo quejarte de eso. Normalmente solo te escucho ronronear como un gatito cada vez que me acerco.
—No me estoy quejando —me corrigió mientras se llevaba ambas manos a la cadera—, solo digo que no paras de pegarte a mí como los *omegas* a los que les gusta muchísimo su *alfa*… Lo cual —pareció recordar de pronto—, me has confesado ya, ¿no? Tú acabas de decir que te gusto muchísimo, que soy grande, fuerte, guapo y gracioso… que no hay otro *alfa* como yo… que me llevas esperando toda tu vida… —fue enumerando, uno por uno, como pequeños puñales directos a mi orgullo—. ¿Eso dijiste? ¿Verdad, Lemér? Y me has sacado una barba muuuuy densa, así que ni de broma podrías mentirme. Pero tú insistes en fingir que yo no soy el *alfa* de tus sueños, uhm… —se llevó la garra del dedo índice a los labios y se palpó el inferior con una mueca pensativa—. ¿Por qué será eso? ¿Quizá porque eres un pequeño hijo de puta demasiado orgulloso? Sí… podría ser.
Escuché todo aquello con una mueca indiferente y después solo dije:
—Aquí vamos otra vez. El puto Show de Tigro, señores y señoras —y aplaudí—. Un *alfa salvaje* tan solo y aburrido que se monta sus propias películas…
—Oh… —murmuró Tigro. Entonces se acercó, se puso de cuclillas frente a mí y me agarró del

mentón para moverme suavemente el rostro de lado a lado—. Eres hasta tierno cuando tratas de salvar lo poco que te queda de dignidad. Vamos, Lemér, dilo y ya está. «Te amo, Tigro» —y se encogió de hombros—. ¿Ves? Es fácil. Yo lo digo mucho también. «Te amo, Tigro…»
Le aparté la mano de mi rostro y, con la punta de la cola, le presioné la mejilla hasta casi desequilibrarle hacia un lado.
—Creo que sigues drogado por las feromonas del celo y no piensas con claridad —respondí.
El *alfa* gruñó y, con una leve sonrisa, quiso morderme la cola, por lo que tuve que apartarla un momento antes de volver a empujarle, esta vez, hasta hacerle caer de lado al suelo. Allí, sobre los tablones de madera, Tigro se recostó y apoyó la cabeza en la mano al mismo tiempo que doblaba una rodilla. Parecía alguna clase de modelo de un catálogo de ropa interior. Uno de los buenos.
—Sé que estás sensible porque vas a tener la menstruación —me dijo, sin dejar de sonreír y sin parar de mover la cola de un lado a otro, dando ligeros toques en la madera—. Tu cuerpo está revolucionado y muy triste por no poder darme pequeños tigrecitos y lemuritos que cuidar…
No pude ni hablar, solo me quede con la boca entreabierta y los ojos como platos.
—Tigro… —jadeé—. Me olvidé de tomas la segunda poción…
El *alfa* dejó de sonreír al momento y, casi de un salto, se incorporó.
—Ha pasado un día, todavía estás a tiempo para que Topa Má…
—No, no lo creo —le interrumpí—. Tienes razón, ya debería haber empezado a sangrar…
Tigro tomó una profunda bocanada de aire y miró el suelo.
—Tigrecitos y lemuritos… —fue todo lo que conseguí oírle decir—. Vale —otra profunda respiración—. Vale —repitió, acercándose a mí—. No te preocupes. Un error lo tiene cualquiera, Lemér. Escucha, esperaremos un poco a ver si solo es una menstruación algo tardía, sino… podemos hablar sobre el futuro. ¿De acuerdo?
Rodeé su rostro entre mis manos y le miré a los ojos. Tigro estaba nervioso, respiraba con fuerza y no paraba de tragar saliva; pero aún así me tomó de las muñecas y me dio un leve apretón para reconfortarme.
—Tigro… —le dije—. Era broma…
Las palabras tardaron varios segundos en adentrarse en el amasijo de pensamientos y emociones que era su cabeza.
—¿Qué? —jadeó.
—Que era broma —sonreí—. Claro que me tomé las dos pociones. No soy subnormal.
El *alfa* gruñó, me apartó las manos del rostro y se levantó con enfado.
—¡¿En serio, Lemér?! ¿Te parece gracioso? ¡Casi me da un ataque!
Como toda respuesta, yo ya me estaba riendo.
—Tu puta cara de miedo… —le dije, señalándole antes de volver a reírme.
—Eres una mierda de *omega* y de compañero.
—Sí, sí que lo soy —reconocí, pero aquello era demasiado divertido, así que volví a reírme.
No me detuve hasta que el *salvaje* levantó el pie y, con un suave toque, me empujó de espaldas al suelo, haciéndome caerme de mi taburete.
—¿Ya has empezado a sangrar o no? —quiso saber con tono serio.
Antes de responder, saboreé aquella pequeña victoria y me llevé las manos tras la cabeza.
—Sí, Tigro. Esta mañana ya tenía un poco, así que tranquilo; no habrá «tigrecitos y lemuritos».
El *alfa* gruñó por lo bajo con cierto enfado, pero, mirando al frente y con las manos cruzadas, me dijo:
—Pues vayamos al lago, te limpiaré allí y pasaremos por el bosque para coger más miel antes de que empieces a lloriquear y molestar. Los *omegas* os ponéis golosos e insoportables durante la

menstruación.
—¿Qué parte de que he empezado a sangrar no has entendido? —pregunté, levantando la cabeza del suelo para poder mirarle con mi expresión de ceño fruncido—. No puedes limpiarme ya.
Antes de responder, Tigro se sentó en el taburete que yo había dejado libre y, con solo sus piernas, separó las mías en el suelo.
—Tu baba estará un poco manchada de sangre, sí —reconoció, poniendo los ojos en blanco y moviendo la mano en el aire como si eso no fuera algo ni digno de mención—, pero siempre he querido probar un «Baño de Sangre» e, irónicamente, creo que tú y yo tenemos la suficiente confianza y respeto el uno por el otro como para que algo así no saliera de mi territorio, ¿verdad? —terminó preguntando mientras me dedicaba una mirada fija de ceja arqueada.
—Oh… así que es algo asqueroso y tabú —entendí.
—Asqueroso… —repitió él, dándole un par de vueltas a la idea—. ¿Tú crees que es asqueroso chupármela?
—Yo no nací en La Reserva, es diferente.
—Yo tampoco —me recordó—, y, según tengo entendido, la última vez que se moja un *omega* antes del período, es la más intensa y deliciosa. Está cargada de todo el cóctel de feromonas que produces en el celo, pero en mayor cantidad, porque tu cuerpo trata de deshacerse de ellas antes de que termine el ciclo.
—Agh… —dije con cara de asco—. Me estás pidiendo una grotesca Lluvia Dorada al estilo animano.
A Tigro le hizo gracia la broma, pero mantuvo el tipo e incluso, sin razón alguna, se quitó la camiseta de corte medieval para tirármela a la cara.
—¿Me vas a dejar probarlo o no? —quiso saber.
Me quité su ropa de encima y la usé para acomodarme la cabeza como si fuera una almohada. No supe en qué momento sucedió, pero Tigro ya tenía mi cola enredada alrededor de su brazo y su cuello desnudo mientras le acariciaba el pelo con la punta más pomposa.
—Me sorprende que no lo hayas probado antes, la verdad. Tú, el Rey de los Tríos y Primer Ministro de las Mamadas.
El *alfa* resopló e hizo un arco con sus ojos de jade y oro, recorriendo el borde de sus pestañas superiores antes de volver a mirarme.
—Esto es diferente. Es… privado, ¿entiendes? Los *omegas* de La Reserva se reirían de mí.
—Oh… que interesante —sonreí como un cabrón—. Y no tienes miedo de que, no sé… ¿te traicione y se lo cuente?
Tigro agachó la cabeza y se llevó una mano al rostro antes de frotárselo.
—Te juro por El Todo que a veces no entiendo por qué me gustas tantísimo, Lemér. Eres un *omega* insufrible, rencoroso e incapaz de tomarse nada en serio.
—Aha… —murmuré. Con solo la cola, conseguí empujarle hacia delante y hacerle caer, quedando apoyado sobre mí, con solo las manos y las rodillas para sostener su peso. Rodeé su cadera con las piernas y me quedé mirando sus ojos—. No soy yo el que te está confesando ser un cerdito y tener una asquerosa filia.
—No es una «filia» —me corrigió—. Solo… morbosa curiosidad.
—Claro, claro —asentí—. Y puede que, quizá, aunque no estés seguro, porque no tienes muy buena memoria, se diera la casualidad de que, de una forma remota y distante, ya hubieras, en algún momento no muy concreto del pasado, haber pensado en pedirme esta guarrada. ¿Verdad?
Tigro sonrió, mostrando gran parte de sus colmillos anchos y largos. Esos que se frotó con la lengua mientras me miraba con aquellos ojos salvajes.

—Puede que se me pasara por la cabeza un par de veces —dijo en una voz baja, casi terminada en un leve ronroneo—. Pero te estás perdiendo lo verdaderamente importante de todo esto, Lemér.
—¿Más importante que el hecho de que quieras comerme el culo manchado de sangre? —pregunté—. Lo dudo mucho.
El *alfa* bajo la cabeza y me acarició su mejilla contra la mía, juntando nuestros bigotes animanos.
—Ahora que has vuelto, quiero demostrarte que empiezo a confiar en ti —susurró en mi oído— Hoy daré yo un paso, mañana, lo darás tú...
Miré la copa de los árboles a lo lejos y fruncí ligeramente el ceño. Aquellas palabras, como un hechizo, me habían despertado de un sueño lucido en el que no me había dado cuenta de que había caído.
No, sí… sí me había dado cuenta, simplemente, no quería despertar.
—Tigro… —murmuré, apartándolo suavemente de mí—. Escucha, yo no… no estoy seguro de qué es lo que quiero.
El *alfa* frunció el ceño y se retiró lo suficiente para mirar mis ojos intermitentemente.
—¿Qué quieres decir? Has vuelto, creí que…
—No —le detuve—. Volví para decirte la verdad. No quiero que terminemos mal, porque, a pesar de todo lo retorcida que haya sido nuestra relación, siento que eres alguien importante para mí.
Cada una de mis palabras fueron alejando un poco más a Tigro.
—Lemér… —murmuró, y sonó con una advertencia—. Piénsalo muy bien antes de hacer nada de lo que te arrepientas…
Negué con la cabeza y tomé aire.
—Necesito tiempo para mí —le dije—. Tú eres demasiado absorbente y me confundes. Tigro… —terminé llamándole, porque el *alfa* ya se había levantado y me había dado la espalda.
—Dime que quieres estar con otros *alfas* y punto, Lemér —me dijo con un tono duro y seco.
—No es eso —le aseguré, pero a él no le importó.
El *salvaje* se quedó con las manos en la cadera y la mirada perdida en el horizonte.
—¿En serio has vuelto solo para abandonarme de nuevo? —preguntó con voz grave y enfadada.
—Joder, Tigro —terminé gritando. Me levanté de un ágil salto y me acerqué para poder hablarle a la cara, y no a su enorme espalda—. Míranos —y nos señalé a ambos—. Volviendo a hacer el gilipollas como si nada hubiera pasado, a punto de volver a seguir tonteando y jugando. ¿No lo ves?
—¿Y qué tiene eso de malo? —quiso saber él. Ya no había sonrisas ni bromas ni actitud juguetona, solo enfado y gestos secos—. ¿Por qué es un problema que estar juntos sea fácil y divertido? ¡Así es El Todo, Lemér!
—¡No me importa El Todo! ¡No me importa esta magia, o fuerza o puto voodoo animano! ¡No va a decidir mi vida por mí! ¿Lo entiendes? Ni lo hará Topa Má, ni Capri, ni el resto de omegas, ni tú, ni nadie. Lo decidiré *solo* yo —sentencié con la mano en el pecho—. Y para eso, no puedo quedarme a tu lado. Lo siento.
—¿Lo sientes? —preguntó Tigro, pero se le saltó una risa sarcástica—. Muy bien, Lemér, búscate a ti mismo, fóllate a otros *alfas* por el camino y después decide lo que quieres en la vida —me dijo, ya sin mirarme a los ojos, mientras se giraba en dirección al cobertizo—. Pero no vuelvas por aquí.
—Tigro —lo intenté una última vez, pero él ya se estaba sentando en el banco, buscando la cajita decorada de flores violetas y sacando un palo de regaliz del interior—. No puedo quedarme

contigo cuando ni siquiera estoy seguro de si me quedaré en La Reserva. Sé que lo fácil sería hacerlo, enamorarme de ti y fingir que todo está bien; pero sería injusto y egoísta contigo.
El *alfa* ya no me escuchaba, saboreando una raíz de regaliz entre los labios y con la mirada perdida en las cartas que había recibido aquella semana.
Tomé una respiración profunda y parpadeé. Tenía los ojos húmedos y un vacío en el pecho, pero hacer lo correcto a veces duele.
—No puedes amar a alguien si dudas de que sea lo correcto —fue lo que le dije. Entonces me di la vuelta, fui a por mi mochila y me la subí al hombro. Ladeando el rostro pero sin llegar a mirarle, añadí—: Quizá algún día te acuerdes de esa frase y lo entiendas. Entonces, puede que, quizá, de una forma improbable pero posible, termines perdonándome.
—Yo no pierdo el tiempo pensando en *omegas* que no merecen la pena —le oí decir a mis espaldas.
Cerré los ojos y después miré al frente. De un salto, caí sobre una rama del árbol y, con una pirueta, alcancé el suelo. No quise mirar todo lo que dejaba atrás. Solo me centré en limpiarme los ojos húmedos y mirar adelante.
Porque eso era todo lo que me quedaba.

LA ÚLTIMA GRAN TORMENTA

La menstruación de un omega era como la de una hembra beta, pero cada tres meses y el triple de caótica, dolorosa y dramática. Sinceramente, un momento terrible para dejar a alguien.

El Pinar, tan repleto de felicidad tras terminar el Celo, se convirtió en la Villa de los Horrores de una noche a otra. Todos estábamos sangrando, todos estábamos doloridos, sensibles y con las hormonas revolucionadas. No había momento en el que no te encontraras a algún *omega* llorando, gritando o enfadado por algo. A veces, las tres cosas al mismo tiempo.

—¿Por qué no encuentro a un buen *alfa*? —decía Arda mientras hundía el dedo en un tarro de miel y se lo llevaba a sus labios manchados y pegajosos—. ¿Por qué son todos unos gilipollas? —empezó a llorar—. Yo no soy tan exigente… no pido tanto. Lo juro…

—¡Porque la vida es una mierda! —chilló Benny, dando un puñetazo a la mesa—. ¡Deja de llorar ya, joder! ¡No sabéis hacer nada más que eso! ¡Quejaros, quejaros y quejaros!

—Me duele… —lloriqueó la *omega*-ardilla con una mano en el abdomen.

—¡A todos nos duele! —y Benny se levantó, cogió el tarro de miel y lo estalló contra una de las columnas que sostenían el Hogar sobre nuestras cabezas.

Y aquella escena era algo normal en los días que sucedieron al Celo. A medida que avanzaba la semana, los *alfas* de Mil Lagos no paraban de mandarnos cosas; sobre todo, lana para poder hacer compresas, plantas para que Topa Má hiciera pociones y cantidades absurdas de miel, comida y dulces en los que ahogarnos mientras llorábamos. Los *omegas* se quejaban, pero nos trataban como a reyes y nos tenían tan mimados que dolía verlo.

Yo, por el contrario, decidí huir de allí lo más lejos que pude. No necesitaba mezclarme en la vorágine de dramatismo, llantos y quejas. No, no podría soportarlo. Si debía llorar, lo haría solo y donde nadie pudiera escucharme. En lo más alto de la copa de un árbol o a la vera del riachuelo mientras seguía con mi trabajo de siempre: entregar cartas.

Esa semana no es que hubiera mucha correspondencia, pero aún tenía tres montañas de mensajes y paquetes que repartir por las villas. Así que salía con la mochila llena, daba largos paseos, saltaba entre las copas, me detenía cuando el dolor me atenazaba las entrañas o, simplemente, cuando mis pensamientos me sobrepasaban y necesitaba llorar hasta quedarme seco.

Muchas veces pensaba en Tigro, otras, en mi pasado y mi futuro. Le daba vueltas a la idea de regresar el mundo *beta* cuando la misión hubiera terminado, pero, al mismo tiempo, valoraba la posibilidad de quedarme en La Reserva. Ambos lugares tenían cosas malas y cosas buenas, por ejemplo: la comida.

Y, llorando por pensar que nunca volvería a comerme una pizza cuatro quesos si me quedaba entre los animanos, llegué a Puerto Bruma justo antes de que empezara a llover. Entonces me di cuenta de que me había olvidado algunos paquetes y lloré más fuerte en mitad de una de esas chabolas flotantes. Un tanto dramático, pero estaba en mitad del período y todo me daba un poco igual.

—Tranquilo, Lemér, no pasa nada —me trató de animar la *omega* anciana al mando de la villa —. Tómate un poco de té, cielo, te sentará bien.

Ella, como todos los demás, eran conscientes de la situación y fueron muy comprensivos con el tema. Los *alfas* solteros del lago terminaron apareciendo y llenando la casa, pero no como solían hacer —como una jauría de perros hambrientos y cachondos—, sino de forma pausada, con cuidado, solo para ofrecerme «un hombro en el que llorar», o «un abrazo», o «si necesitaba hablar con alguien».

Fueron muy amables, pero, sus atenciones, al igual que muchas otras veces, se me hicieron un tanto agobiantes y preferí marcharme llegado el momento, sin importarme la lluvia que no dejaba de caer sobre las montañas.

Eso se repitió en cada villa que visité a lo largo de la semana, rompiendo por un par de horas el ambiente festivo y alegre que asolaba los poblados. Los *alfas*, al contrario que los *omegas*, estaban pasando por aquel entonces por uno de los mejores momentos: esos días tras el Celo estaban todos exultantes, felices y sonrientes. Al menos, los que habían tenido la suerte de haber tenido pareja y haberse pasado dos días follando.

—Tienes cara de necesitar un abrazo, Lemér.

Cuando oí la voz grave, me detuve bajo la techumbre de la casa, me giré y forcé una sonrisa para Buyú, el enorme *alfa*-buey de Vallealto.

—No pasa nada, es el período —respondí—. Me tiene un poco estúpido.

Buyú dio otro paso y apoyó el abultado hombro sobre una de las columnas de madera. No tenía sombra de barba ni olía a nada, así que se había pasado el Celo solo. Llevándose las manos a los bolsillos de su pantalón de cinturón con cinturón y hebilla, murmuró:

—No soy el *alfa* más listo de la Reserva, pero si quieres hablar…

—No —negué. Y entonces se me saltaron las lágrimas y seguí sonriendo más fuerte para ver si así paraban de llorarme los ojos—. Gracias…

Buyú miró hacia los lados, hacia la calle vacía y lluviosa. Cuando comprobó que no había nadie, se acercó otro paso, me tomó suavemente de las manos y, sin dejar de mirarme a los ojos, retrocedió para llevarme con él al interior de la caseta de artesanos. Entre las ruecas de lana y sacos, a escondidas, terminó por rodearme con los brazos y apoyar el mentón en mi cabeza.

Fue en ese momento cuando empecé a llorar como un completo subnormal. Apretando su enorme cuerpo contra el mío y hundiendo el rostro en su pecho. No sé cuánto tiempo pasó. Demasiado, eso sin duda, porque cuando al fin me separé para frotarme el rostro, Buyú tenía la camiseta de lana empapada.

—Joder, lo siento —me disculpé. Me da vergüenza mirarle a los ojos—. Ha sido una semana de mierda.

—No pasa nada —respondió él.

—Sí, sí que pasa —insistí—. No tendrías que estar soportando esto.

El *alfa* no quiso precipitarse. Estaba claro que no quería incomodarme y darme la idea equivocada, así que tuvo cuidado cuando extendió su mano para frotarme la espalda.

—Cuando te vi entregando las cartas, supe que algo no iba bien —me dijo.

—Ya… no, las cosas no van bien —reconocí mientras me llevaba una mano a la cadera y me frotaba el puente de la nariz—. Se me ha juntado todo un poco.

—¿Puedo… ayudarte con algo?

—No, gracias. Es solo… tonterías —decidí decir—. De verdad, Buyú, muchas gracias. No sabía lo mucho que necesitaba un abrazo.

Cuando al fin tuve el valor para devolverle la mirada, vi una expresión preocupada en su rostro sin barba. El *alfa* era atractivo, de ojos claros, pelo rubio y enorme cuerpo, pero, por alguna razón, Buyú siempre tenía la costumbre de entreabrir los labios, lo que le daba una ligera imagen

de estar siempre algo sorprendido o atontado. Eso, junto a su poca imaginación y su limitado repertorio de frases para pavonearse, era la razón por la que en El Pinar se le considerara un *alfa* mediocre, incluso siendo un bovino de Vallealto.
—Ha sido un placer —me dijo antes de quedarse un par de segundos en silencio y añadir un repentino—: Oye, si quieres, tengo leche caliente en casa.
Fruncí el ceño y eso fue suficiente para hacerle reaccionar.
—¡No! —alzó ambas manos, incluida la que hasta ahora había mantenido en mi espalda—. No esa «clase de leche caliente», o sea, sí, también tengo de esa… Mucha —y con una sonrisa, quiso apoyar una mano en la pared y la otra en la cadera, adoptando una postura de pavoneo nada adecuada para aquel momento—. Pero no me refería a eso. Sino a leche de verdad, ya sabes, me encargo de ordeñar a las vacas y preparar queso. Así que tengo bidones enteros de ella. Había pensado que quizá te sentara bien un poco, para entrar en calor y charlar…
Iba a responder con una negativa suave y contundente, pero, de pronto, un relámpago cercano atravesó el cielo y nos iluminó con un flash de luz pálida. Cuando nos giramos, oímos el profundo y furioso retumbar antes de que la lluvia se volviera incluso más violenta.
—No puedes volver con este tiempo —me dijo el *alfa*—. Si no quieres quedarte conmigo, al menos volvamos al Hogar.
Apreté las comisuras de los labios y bajé la mirada al suelo empedrado donde las gotas de lluvia estallaban como pequeñas bombas, inundando todo a su paso. Capri ya me había advertido de aquello: «La última gran tormenta de la primavera siempre es la peor», pero no había creído que lo dijera en serio.
—La verdad, no me apetece volver al Hogar —reconocí, girándome de nuevo hacia el enorme *alfa*—, pero tampoco quiero que te hagas la idea equivocada.
—No, no —negó él al momento, todavía con el brazo extendido y la mano en la pared—. Todavía estás sangrando y yo no soy ningún pervertido —me aseguró—. De verdad que no era eso a lo que me refería.
—¿Seguro? —pregunté, arqueando una ceja y ladeando el rostro.
Era solo una pequeña broma, pero Buyú se lo tomó muy en serio. Se llevó una mano al pecho y con expresión muy seria, me dijo:
—Te lo juro, Lemér. Solo quería hablar y estar un rato contigo, nada más.
—Mmh… como hiciste esa broma de la «leche caliente»…
—No. Solo fue… ya sabes, una tontería. Nadie me eligió para el Celo y estoy… —se puso colorado y no terminó la frase, prefiriendo soltar un bajo—: No me hagas caso.
Buyú se ponía cada vez más y más nervioso y eso, por alguna razón, consiguió distraerme de la vorágine de pensamientos y emociones que me inundaban desde que… bueno, desde dejar atrás a Tigro.
—Entonces, no tienes mucha leche caliente. Era solo una exageración.
—Sí, no. O sea, sí tengo mucha. De las dos —sonrió antes de ponerse de nuevo muy serio—, pero no digo que quiera dártela. Es decir —se corrigió—, claro que quiero dártela, pero no «esa leche», sino la otra. Hoy, al menos. Hoy solo la normal. Otro día… —Arqueó las cejas y se llevó ambas manos a hebilla plateada de su pantalón mientras movía la cadera para destacar el absurdo bulto de su entrepierna—. Otro día podría explicarte cómo se ordeña a un enorme *alfa* hasta dejarle seco…
—Ah, ¿es que lo haces mucho? —pregunté con curiosidad—. Ordeñar a enormes *alfas*.
—¡No! ¡Claro que no! ¡No, jamás! —su pecho se desinfló como un globo y alzó las manos para moverlas en el aire al mismo tiempo que agitaba la cabeza de enormes cuernos—. Digo que te

puedo enseñar a ordeñarme a mí, ya sabes, porque me dedico a eso.
—¿Te dedicas a ordeñarte a ti mismo todo el rato?
—No, no, para nada —mintió, se rio como si aquello fuera absurdo y buscó algún lugar en el que poder apoyar el pie mientras se cruzaba de brazos—. Yo no hago eso, no soy un *alfa* del lago. Pfff… esos sí que son tristes. Aquí en Vallealto tenemos a preciosos *omegas* visitándonos todo el rato con malas excusas —y terminó por guiñarme un ojo.
Buyú estaba nervioso, respiraba cada vez más fuerte y, juraría, a su rostro mojado de la lluvia se estaban sumando ahora gotas de sudor, calentadas por el creciente rubor de sus mejillas. Por un lado, intentaba dejarme claro que no quería aprovecharse de mí en un momento de debilidad y que su invitación era realmente algo inocente; por otro, su instinto de macho *alfa* le llevaba a pavonearse y no perder la oportunidad de dejarme claro que era una pareja elegible y excepcional.
Era muy divertido de ver.
—Qué pena —murmuré—. Siempre he creído que es muy sexy ver a *alfas* disfrutando un poco de sí mismos.
—Oh… —Buyú volvió a sonreír y miró a un lado—. Bueno, nosotros eso no lo hacemos por aquí, no lo necesitamos, ya sabes; pero… supongo que, si tantas ganas tienes, podría tocarme un poco para ti… —y, mirándome por el borde de los ojos, añadió un bajo—: si tú te tocas un poco para mí antes de que te limpie, claro.
—Buyú… estoy sangrando y acabo de llorar casi diez minutos seguidos, y tú quieres aprovecharte de mí y proponerme guarradas —negué con la cabeza—. Sabía que no eras tan bueno como decías.
—No —jadeó—. No, solo, joder. Estábamos hablando y… no, de verdad que no. Yo…
Se detuvo cuando me reí en alto, incapaz de aguantarme por más tiempo. Sinceramente, estaba siendo muy cruel con el pobre *alfa* y empezaba a sentirme culpable; por lo que me acerqué, alcé una mano a su hombro y le di un leve apretón.
—Era broma, Buyú —dije antes de guiñarle un ojo—. No te pongas nervioso.
—Ah… —una sola vocal que pareció el sonido más agradecido del mundo—. Vaya, Lemér, por un momento creí que de verdad estabas dolido.
—No, qué va —sonreí—. Solo me estaba metiendo contigo.
—Mmh… —murmuró antes de soltar un fuerte golpe de aire por la nariz, como el rebuzno de un toro—. No sé si me ha gustado eso.
—¿No te gustan las bromas?
—Sí, me gustan —se cruzó de brazos—, lo que no me gusta es cuando se ríen de mí.
—No me reía de ti —respondí, aunque, la verdad, no estaba del todo seguro. A veces mis bromas rozaban esa fina línea y solo dependía de la otra persona convertirse en el cómplice o en la víctima de ellas—. Venga, vamos a tu casa y me invitas a un buen vaso de esa leche caliente tuya.
Buyú alzó la cabeza y me miró un par de segundos desde sus imponentes dos metros de altura. Parecía estar pensándose seriamente si aceptar o no, pero no tardó demasiado en volver a resoplar por la nariz e indicarme una dirección hacia el oeste del poblado.
—Entonces, ¿la gente te pide mucho que les des leche?
—No voy a volver a caer en otra de tus bromas —me aseguró.
—No, claro que no —murmuré a sus espaldas mientras una afilada sonrisa se deslizaba por mis labios—. Pero he oído que la tuya es muy buena. ¿No es la que mandáis al Pinar?
—Sí, lo es —afirmó, girándose para mirarme por encima del hombro. Encabezaba la marcha,

aprovechando todo el resguardo que las techumbres de las casas y cobertizos podrían ofrecernos, pero aún así no era suficiente para que el enorme *alfa* no terminaba mojándose más de la mitad del cuerpo bajo la lluvia—. Mi leche es la mejor de La Reserva.
—¿Y qué la hace tan buena en comparación con la de los demás *alfas*?
—Es la que mejor sabe.
Cerré los ojos y asentí. Me mordía el labio inferior por dentro solo para no reírme.
—La que mejor sabe —repetí—. ¿Y la han probado muchos?
—Todos en la Comarca de Mil Lagos y en Cauce Rápido. Incluso me han llegado a pedir desde El Trigal, pero solo puedo enviarla tan lejos en invierno, cuando hace frío y no se agria por el camino.
—Wow… esa es mucha gente. Debes ordeñar a menudo.
—Todos los días —no dudó en responder—. Una o dos veces, mínimo. Es un trabajo duro y a veces me da la impresión de que no hago más que sacar leche sin parar, pero merece la pena.
Me llevé una mano al rostro y negué con la cabeza. Lo que hacía aquello tan divertido era que, sorprendentemente, Buyú lo decía en serio. Me lo decía con el orgullo de un *alfa* que trataba de pavonearse de sus logros, no con el sutil y oscuro tono que acompañaba a las conversaciones de doble sentido.
No sé, quizá fuera yo; quizá Buyú estuviera demasiado acostumbrado a hablar de su trabajo y ya no lo mirara de la misma forma; o quizá me había pasado demasiado tiempo con Tigro, quien jamás pasaba por alto ni una sola oportunidad de ser un completo cerdo.
—Es aquí —me indicó él, distrayéndome de mis pensamientos.
Cuando le miré, le vi parado frente a una de las casas del pueblo. Nada especial, solo otra de esas viviendas de piedra, techumbre de paja a dos aguas, ventanales cuadrados y puerta de madera. Al cruzar al interior, me sentí teletransportado a una película medieval, de esas en las que aparecían casitas con chimenea, caldero sobre el fuego, algunos muebles y una cama a nivel del suelo. Por alguna razón, desde el exterior me había parecido más grande, algo que tuvo una rápida explicación cuando Buyú me dijo:
—En la parte trasera es donde almaceno y guardo la leche, y en el sótano es donde dejo el queso.
—Qué interesante, nunca había estado en una casa así —reconocí mientras echaba un vistazo alrededor.
—¿No? Emh… creía que no eran muy diferentes a las de Mina Negra.
—¿Mina Negra?
Al girarme, vi el instante de arrepentimiento que cruzó la expresión de Buyú.
—Quiero decir, que… —se detuvo, se llevó las manos al cinturón con hebilla y miró en dirección a la chimenea. Antes de responder, se acercó y arrojó un par de maderos más al interior —. No… no quiero ser entrometido, Lemér, pero he oído a Líbere decir que le habías sacado una buena barba a un *alfa* de las minas.
—Líbere debería preocuparse por su propios asuntos y dejar a los demás en paz —respondí con tono seco.
—Sí, sin duda —afirmó él, echándome una rápida mirada por el borde de los ojos mientras, distraídamente, seguía moviendo la leña, azuzando el fuego y produciendo leves volutas brillantes que flotaban unos segundos en el aire antes de morir—. Perdona, no quería tocar… algún tema privado.
—No, no pasa nada —respondí con un vago gesto de la mano—. ¿Te importa que deje la mochila en la mesa?
—No, puedes dejarla donde quieras.

Y eso hice, arrojando sin mucho cuidado el macuto repleto de cartas antes de acercarme al calor de la chimenea y al *alfa* de cuclillas frente a ella.
—Debería cambiarme de ropa —me dijo.
—Deberías, estás empapado —asentí sin apartar la mirada de la leña y las llamas.
La forma en la que el fuego se extendía por la madera seca y el crepitar que producía, era casi hipnótica. O quizá no, quizá solo llevaba dos meses sin televisión ni ordenador ni videojuegos y aquel puto trozo de madera quemándose fuera lo más cercano a entretenimiento audiovisual que había experimentado en mucho tiempo.
—Emh —Buyú se aclaró la garganta y dejó a un lado de la chimenea de piedra la barra metálica con la que había estado azuzado el fuego y recolocando los maderos—. Vuelvo ahora.
Volví a asentir y, junto al crepitar del fuego y el sonido de la fuerte lluvia contra los cristales, escuché los pesados pasos del alfa en dirección al arcón cercano a su cama. De allí sacó ropa limpia, una que estuvo a punto de llevarse con él a la puerta trasera para cambiarse entre los bidones de leche, pero que en el último momento dejó sobre la cama.
Con la cabeza alta y la mirada al frente, se empezó a desanudar el jubón de corte medieval. Cuando terminó, se lo quitó por debajo, como si fuera un vestido, y no por encima, ya que sus enormes cuernos no se lo permitían. Entonces el alfa se tomó unos momentos para secarse con él, pasándose la lana parda por los músculos con una lentitud y parsimonia muy sospechosas.
Estaba, como no podía ser de otra forma, luciéndose; algo que quedó muy claro cuando empezó a apretar el puño, sacar su enorme bíceps y mirárselo. Después se secó el abultado pectoral cubierto de vello rizo y los marcados abdominales. De pronto, se giró en mi dirección.
Si creía que me pillaría mirándole y babeando, se equivocaba. En apariencia, yo solo miraba el fuego con expresión tranquila, perdido en mis pensamientos; pero no lo estaba. En realidad, poseía una extraordinaria visión periférica y le había estado observando con mucha atención todo aquel tiempo, solo que de una forma bastante sutil.
—Lemér —me llamó.
Respondí con un bajo murmullo y, tras un segundo o dos, aparté los ojos del fuego para mirarle.
—¿Te importaría secarme la espalda? No le llego.
—¿Y cómo te la secas cuando estás solo? —quise saber.
—Echo la toalla en la cama y me tumbo, pero, ya que estás aquí… —y alargó la mano con la que sostenía la camiseta con la que se había estado «secando».
Estaba bastante seguro de que Buyú no me había invitado a su casa solo para llevarme a la cama, pero también estaba seguro de que era un *alfa* y no perdería oportunidad alguna de pavonearse y tentarme con su enorme físico de bovino. No era algo que me molestara y, aunque no estuviera en el mejor momento mental para seguirle el juego, tampoco puse excusas malas ni me enfadé.
No vas a la casa de un *alfa* si no quieres jugar un poco, distraerte y hacerte el tonto; como no vas a un parque acuático si no quieres mojarte. Así de simple.
Si que resoplé, sin embargo, mientras me levantaba y caminaba hacia él. Tomé el jubón enrollado de su mano como si todo aquello me aburriera e ignoré la sonrisa que brotó en sus labios mientras se daba la vuelta.
—Si no llegas bien, me agacho un poco —me dijo, aunque realmente el mensaje fuera: «Soy muy alto»—. Ah, y el cuello también, por favor, me cuesta un poco llegarle —y se señaló la nuca en los dedos, y para ello tuvo que volver a flexionar los brazos, levantándolos en alto y marcando otra vez sus bíceps. «Soy muy fuerte»—. No tengas miedo de apretar, no me harás daño —«Soy muy duro»—. Y tómate todo el tiempo que necesites… —«Estoy soltero, aprovecha».
Ya estaba pasándole la camiseta por la espalda mojada y poniendo los ojos en blanco mientras le

escuchaba. Sí, era muy alto, tenía una musculatura increíble y estaba bastante duro; y todo aquello sería una auténtica proeza en un hombre del mundo *beta*, pero no en un *alfa* de La Reserva, donde todos los bovinos eran de ese tamaño y tenían un físico espectacular.
—Ya está —concluí, queriendo entregarle la camiseta de vuelta.
—Oh, espera, si no te importa… —murmuró al mismo tiempo que se desabrochaba el cinturón y se bajaba la cintura del pantalón de cuero.
Aquello sí me pilló por sorpresa. Tanto, que me quedé varios segundos mirando las dos enormes, pálidas, perfectas y redondísimas nalgas de Buyú.
—Tampoco me llego bien ahí —le oí decir.
Parpadeando, levanté la mirada y me encontré con su rostro girado. El alfa no alcanzaba a verme del todo, pero sonreía con orgullo y malicia, consciente de que mi silencio tenía dos buenas, preciosas y marcadas razones de ser.
—Y… —me aclaré la garganta, porque mi voz había sonado demasiado aguda—. ¿Y cómo te limpias, entonces, Buyú? No pareces llegar a ninguna parte.
El *alfa* volvió la vista al frente y se encogió de hombros.
—Es incómodo ser tan grande y fuerte —dijo—, pero estoy seguro de que algún día un buen *omega* me hará *alfa* y me ayudará con todo esto.
—Aha… —murmuré.
Entonces le di un fuerte cachete en la nalga derecha, uno que le hizo dar un leve salto y resonó por toda la casa, entre el crepitar del fuego y el rugido del viento y la lluvia.
—Ya está, limpio —sonreí, devolviéndole la camiseta.
Buyú se volvió hacia mí. Sus cejas rubias y espesas se arqueaban con sorpresa; sus ojos azules y claros me miraban fijamente; sus mejillas sonrojadas decían que, para ser tan exhibicionista, había cierta timidez en él; sus labios rosados, siempre entreabiertos, sonreían y hablaban de emoción contenida y oscuro placer. Jadeba lentamente, pero sus palabras sonaron firmes al decir:
—Gracias, Lemér, ya puedo seguir yo desde aquí…
Y, sin más, dejó caer el pantalón al suelo. Había mucho, muchísimo que mirar allí, pero mis ojos no se apartaron de los suyos. El *alfa* tomó su camiseta enrollada de mi mano y la uso para empezar a secarse el muslo interior de la pierna.
—Así que eres tan estricto como pareces, eh… —me dijo.
—¿Parezco estricto? —pregunté.
Buyú asintió, sin dejar de sonreír, sin dejar de mirarme y sin dejar de secarse; todo ello desnudo a apenas un paso de mí.
—Bastante. Eso intimida a algunos *alfas* —respondió—. A mí no. A mí me gusta mucho…
—No me digas.
—Sí. Hay que ser un *omega* con carácter para domar a un bovino. Somos demasiado grandes.
Tomé una profunda respiración y me crucé de brazos. Eso era cierto o, al menos, eso había oído decir; y no solo a Benny, sino a muchos otros *omegas*. Los *alfas* del valle y en especial las razas bovinas, requerían… mano dura. Eran «lo mejor» de Mil Lagos y por ello se volvían tontos y exigentes; repletos de necesidades e imposiciones y requerimientos que había que saber controlar si no querías perder el control de la situación.
Esa era la autentica razón por la que muchos no duraban más de un mes o dos con los *omegas*: al principio todos eran encantadores, pavoneándose delante de ti y haciendo bromas subidas de todo, pero en cuanto le sacabas la barba, se transformaban en monstruos, más y más hambrientos a medida que más y más larga tenían la barba.
¿Merecía la pena tanto problema? Mmh… Hubiera dicho que no, pero viendo allí al *alfa*-buey,

desnudo y con aquella absurdamente grande y gordísima… Sí, definitivamente sí puede que mereciera la pena tanto problema.
—Escucha, Buyú —le dije—. Esto… —aparté una mano para señalarle de arriba abajo—, parece muy divertido, así que no te voy a decir que «no», solo te diré: «Ahora no». ¿Entiendes?
El *alfa* no se tomó aquello para nada mal, de hecho, sonrió más y alzó la cabeza.
—Claro, Lemér. Ahora todavía estás sangrando y un poco triste por… lo que fuera que pasara.
—Exacto.
—Sé que no lo parece, pero yo soy un *alfa* que sabe escuchar. No soy solo enorme y fuerte y con… bueno —arqueó una ceja y se echó una rápida mirada a la entrepierna—. Ya has visto lo qué… El caso es que puedes contarme lo que sea, o venir aquí cuando quieras si necesitas compañía.
—Aha… —no soné nada sorprendido al respecto—. Y ahora me vas a decir que, casualmente, tienes una manta perfecta para tumbarnos frente a la chimenea y contarnos secretitos.
—Está en el arcón —señaló a mis espaldas—. Pero te advierto que yo…
—Das mucho calor —me adelanté.
—Sí… —sonrió más mientras se acariciaba la espesa mata rubia de pelo que le cubría los pectorales—. ¿Por qué no te quitas también la ropa mojada, nos tumbamos y lo compruebas?
—Por supuesto, como unos buenos amigos —asentí.
—Sí, exacto. Como buenos amigos. Amigos que se abrazan…
—Entiendo… —terminé resoplando y alejándome de él mientras negaba con la cabeza.
La poca sutileza de Buyú tenía su encanto, pero echaba en falta la… magia. El descaro. La constante lucha por el poder. El tira y afloja. Unos salvajes ojos de jade y oro y la sonrisa de enormes colmillos capaz de incendiar un bosque entero.
Al dejarme caer frente a la chimenea, me froté el rostro y me limpié la humedad que me había vuelto a empeñar la mirada. Esperaba con todo mi corazón que aquello fuera culpa de la menstruación y que, una vez se pasara, no volvería a recordar a Tigro y ponerme a llorar.
No podía permitírmelo.
—¿Estás bien? —me preguntó una voz grave a mis espaldas.
Una manta de piel me cubrió los hombros y, al levantar la mirada del fuego, vi la expresión preocupada de Buyú.
—Sí, solo un poco cansado —respondí.
El enorme *alfa* deslizó las manos hasta rodearme con ellas. Seguía desnudo, pero aquel abrazo por encima de la manta resultó agradablemente cálido e inocente.
—Sé que naciste en el mundo *beta* —murmuró cerca de mi oído—, y los que llegan de allí piensan que en La Reserva todo va muy lento, porque las cosas humanas suceden a toda prisa, cambian constantemente y se renuevan sin parar.
Con la mirada perdida en el fuego, asentí lentamente. Era cierto que en el mundo animano a veces parecía congelado en el tiempo.
—Pero aquí las cosas también van muy rápidas, Lemér, solo que por dentro, ¿entiendes? Si un *omega* te deja de visitar, siempre duele, pero mudas la barba y sigues adelante. No puedes permitirte esperar.
—Pero yo no soy un *alfa*, Buyú —murmuré.
—Lo sé.
El *alfa-buey* terminó por sentarse a mis espaldas y rodearme con ambos brazos, apretándome contra su cuerpo cálido y grande.
—Solo digo que, pasara lo que pasara, él ya lo ha olvidado. No tienes que sentirte mal por ello.

Eso me dolió. Pensar que alguien te podría olvidar tan rápido, era como pensar que, lo que habíais compartido, no había significado nada. Palabras perdidas en el viento, abrazos vacíos y besos sin amor.
«Yo no pierdo el tiempo con *omegas* que no merecen la pena». Quizá, puede que, en el fondo, siempre lo hubiera dicho en serio.
Quise volver a llorar, pero apreté el estómago y sentí una punzada de dolor en las entrañas, así que terminé por jadear y encoger las piernas. Buyú me abrazó más fuerte y apoyó el mentón en mi tupé de pelo blanco.
—Odio el puto período —murmuré.
—No te preocupes, yo cuidaré de ti —murmuró en mi pelo antes de darme un ligero beso en la nuca.
—¡No necesito que cuiden de mí, joder! —exclamé, pero sentí otra punzada de dolor y apreté los dientes.
Buyú no se asustó. Ni siquiera se apartó cuando me revolví entre sus brazos tratando de que me dejara tranquilo. Con mi cola anillada apretándole el brazo y su rostro hundido a la altura de mi cuello, empezó a mecerse suavemente de lado a lado.
Que, tras otro leve forcejeo y un par de segundos, aquella tontería acabara por calmarme y sumirme en un ligera sopor; no fue en realidad algo sorprendente. Una vez más, El Todo cumplió su papel y susurró al oído de Buyú todo lo que necesitaba saber para calmarme y ayudarme. Mientras me mecía, me acarició lentamente el abdomen bajo el jubón negro hasta que me quedé dormido, y, cuando desperté varias horas más tarde, me cargó a su espalda para llevarme como un niño de un lado a otro.
En teoría, quedarse a pasar el período con un *alfa* tras el Celo era algo serio; pero quedarse con un *alfa* al que ni siquiera le habías sacado la barba era… No sé, supongo que era algo muy extraño. Ninguno de los dos sacó el tema, pero ambos sabíamos que Buyú se estaba humillando un poco haciendo aquello.
Una cosa era comerte el plato principal y el postre y después soportar el dolor de barriga, y otra muy diferente era llegar después de que hubieran terminado de comer y quedarte solo con las sobras.
Eso era lo que estaba pasando: Buyú, el bovino, se estaba quedando con las sobras de otro *alfa*, y a mí me estaba dando un poco de vergüenza verle hacerlo.
—Oye, Buyú, te agradezco muchísimo todo esto, pero… quizá debería irme.
—¿Quieres irte?
—No es cuestión de que quiera o no, es por ti.
—Yo no te he pedido que te vayas.
Puse los ojos en blanco, pero, subido a su espalda y con los brazos alrededor de su cuello, él no pudo verlo. Tranquilamente, siguió preparando la comida.
—No quiero aprovecharme de ti —le confesé.
Buyú tardó un par de segundos en responder:
—A veces hay que hacer sacrificios para conseguir a un buen *omega* —y se llevó un trozo de queso a la boca—. Dentro de poco dejarás de sangrar y te limpiaré.
—Ah… —comprendí—. Así que no haces esto de forma desinteresada.
—Si buscas un *alfa* que haga cosas por ti sin pensar en follar, te vas a quedar solo —fue su respuesta.
Entonces me reí. Aquella frase era exactamente todo lo que necesitabas saber de los *alfas*.

LA BARBA DE UN ALFA

Tras dos días en su casa, la tormenta que me mantenía allí «atrapado» no perdió fuerza; pero mi menstruación sí. Los dolores fueron remitiendo y dejé de sangrar al mismo tiempo que mi mente dejó de ser un hervidero de pensamientos autodestructivos y recuerdos envenenados de tristeza.

Todavía pensaba en Tigro, pero no me echaba a llorar en cada ocasión. Ese sentimientos de pérdida seguía allí, pero ya no era un vacío en mis entrañas. La distancia me dejó ver con mayor claridad lo que no había podido ver tan cerca de él, y Buyú me ayudó a darme cuenta de lo diferente que era un *salvaje* del resto de *alfas*.

Cuando la menstruación llegó a su final, Buyú pudo olerlo, y eso transformó por completo la dinámica que habíamos compartido durante esas breves vacaciones en su casa. El enorme *alfa-buey* pasó de ser todo atención y abrazos para convertirse en un macho al que había que pararle los pies.

De pronto, siempre tenía alguna excusa para desnudarse y pasearse delante de mí. Sus abrazos dejaron de ser cálidos e inocentes y se volvieron un tanto intrusivos. Se acercaba siempre todo lo que podía y, haciéndose el tonto mientras hablaba, buscaba mis labios con los suyos. No paraba de repetirme lo bien que yo olía, lo guapo que era, lo mucho que le gustaba mi cola y, por supuesto, lo buen *alfa* que era él y lo enorme que tenía la polla.

Pero todo aquello no me incomodó en absoluto. Era solo parte del juego. Y a mí no me temblaba la mano al apartarle, al cortarle en seco o a levantarme e irme a otro lado de la casa. Buyú era como un *beta* borracho y baboso de discoteca, demasiado salido e insistente; solo que en guapo y con la polla tan enorme como decía tenerla.

Pero eso no significaba que me quedara en su casa y le dejara meterme mano solo porque «se lo debía» o alguna gilipollez así. No, claro que no. Podría haber cogido mis cosas y haberme largado en cualquier momento con un simple «gracias»; sin importar lo mucho que me hubiera ayudado en el período, lo bien que se hubiera portado o todo lo que hubiera hecho por mí. Entonces el *alfa* solo podría joderse, aguantarse y bajarse el calentón él mismo.

Así funcionaban las cosas en La Reserva.

Buyú estaba siendo el *alfa* insistente que solo deseaba que me quedara con él, le sacara una buena barba y le dejara follar todo lo que quisiera; y era mi decisión como *omega* aceptar o no. En esa relación, yo tenía el total control y la última palabra y, sinceramente, resultaba del todo intoxicante.

Así que le dejaba acercarse, le dejaba restregarse un poco contra mí y le dejaba creer que en esa ocasión conseguiría alcanzar mis labios y besarme. Al menos, el primer día y medio tras la menstruación, porque entonces Buyú sacó el armamento pesado, me siguió a la cama y, desnudo a mi lado, empezó a toquetearse y jadear.

—¿Así es como te gusta? —me preguntó en voz grave y baja.

Ahí perdí un poco el temple. Bajé la mirada de sus ojos azules a su mano en la entrepierna y resoplé. Eso fue un error, un grandísimo error, porque empecé a mojarme bastante y el *alfa* reaccionó con la furia de un cazador que hubiera olido la sangre de su presa. Buyú se levantó en

el jubón de relleno de paja que era su cama, se puso a horcajadas sobre mi abdomen y, con una mano en la pared y una sórdida sonrisa en los labios, comenzó a frotarse de arriba abajo su monstruosa polla.
Hasta entonces me había esforzado mucho, muchísimo, en evitar centrar mi atención en aquella parte de él. Sí, estaba ahí. Sí, era complicada de ignorar. Sí, era terriblemente peligrosa y por ello había que evitarla a toda costa. Pero en ese momento, no fui capaz. Bajé la mirada, entreabrí los labios y con un simple:
—La madre que me parió… —sentí un escalofrío y una cálida humedad deslizándose entre las nalgas.
Buyú era un espectáculo digno de ver. Todo él, de arriba abajo. Lo que sostenía en su enorme mano y la razón por la que los bovinos eran una de las razas más deseadas, era un miembro de veinticinco centímetros con el grosor de una lata de bebida energética. En su base había una abundante mata de vello rubio y, debajo, los huevos más grandes que había visto en mi vida.
Con una profunda respiración, dejé caer la cabeza y me llevé ambas manos al pelo.
—Deja de hacer el gilipollas y límpiame ya —le dije.
Buyú se movió al momento, se levantó de la cama, se puso de rodillas en el borde y me atrajo de un tirón hacia él. Con una respiración acelerada y un jadeo, me encogió las piernas hasta rozar mi abdomen y dejar al descubierto por completo mi culo. Entonces jadeó más fuerte y produjo un sonido ronco de garganta. No era del todo un gruñido, sino algo más gutural y profundo. No quise pensarlo en ese momento, pero casi sonó al «muu» de una vaca.
Produciendo ese ruido ronco, Buyú bajó la cabeza y se sacó su enorme lengua para darme un lento lengüetazo desde la base de mi cola hasta mi escroto. Solté un gemido de puro placer y me agarré con fuerza a las mantas, hundiendo mis dedos en la cama de paja. Ese lento barrido era simplemente delicioso, pero, a la vez, un tanto repetitivo. De abajo arriba, una y otra y otra vez. Solo cambiaba un poco la dirección, pero eso era todo.
Seguramente, si no hubiera estado con Tigro y no hubiera experimentado su intensa y salvaje forma de limpiarme, Buyú me hubiera llevado al cielo; pero eso no sucedió. Fue muy excitante, al menos al principio, pero después se convirtió en un proceso agradable que terminó con el alfa-buey sudoroso y a punto de vomitar.
Yo era una furiosa catarata, y Buyú no era un lago lo suficiente profundo.
—¿Estás bien? —le pregunté.
El alfa tardó un par de segundos en alzar sus ojos claros hacia mí. Tenía la boca completamente empapada en líquido omegático que apestaba a menta y miel, la frente sudada y el estómago tan lleno que parecía dolerle.
—Sí —jadeó—. Es… mucho.
—Lo sé —respondí, levantándome hasta quedarse sentado en el borde de la cama. Acariciando suavemente su pelo rizo entre los cuernos, añadí un bajo—: no pienses que es solo por ser la primera vez tras el período, porque siempre es así conmigo…
Buyú arqueó ambas cejas y tragó saliva.
—Podré con ello —respondió. Había una violenta decisión en el azul de sus ojos y una ferviente promesa en sus palabras.
—Ya veremos —sonreí.
—Solo tengo que limpiarte más a menudo —murmuró mientras extendía sus brazos y me rodeaba la cadera—. Cuando me saques la barba, podré con más y será más fácil.
Murmuré una baja afirmación y le dejé apoyar la frente en mi pecho, con cuidado de acomodar sus largos cuernos. Con la mirada perdida en la cocina al otro lado y los cristales empapados de

lluvia, pensé en que no estaba limpio del todo y que, quizá, mi abundancia en ese aspecto terminara siendo más un problema que otra cosa.
Un problema del que no había sido consciente, pero del que a partir de entonces tendría que ocuparme. Como muchas otras cosas, lo de tener un solo *alfa* que se ocupara de mi higiene, se había acabado.
Tras un par de minutos, Buyú se recuperó lo suficiente para levantarse y tumbarse a mi lado en la cama. A la mañana siguiente, volvió a limpiarme y a la tarde salió para ayudar con las inundaciones que la tormenta había causado en la tarde baja de Vallealto, allí donde el río se había desbordado sobre los campos. Al volver estaba completamente empapado. Dejó toda su ropa frente a la chimenea y se preparó un baño caliente que no dudó en compartir conmigo.
—Así que vas a hacer trampas —murmuré.
Buyú se rio un poco, haciendo vibrar su enorme pecho a mis espaldas. Con su poca sutileza de siempre, se había dedicado a toquetearme y, como yo no le había parado, fue descendiendo hasta alcanzar mi ano. Al frotarlo, me empecé a mojar y, como estábamos en mitad del baño, mi líquido se perdía en el agua caliente. Líquido que el *alfa* no tendría que comerse después.
—Hay muchas formas de limpiar a un *omega* —susurró en mi oído a la vez que hundía un poco más su dedo índice en mi interior.
Con un gemido contenido, agarré los bordes de la bañera metálica y dejé caer la cabeza en su pecho. Era agradable, por supuesto, pero, en el fondo, aquello era trampa. Me gustaban mucho los preliminares, pero me gustaban mucho más cuando eran una forma de conseguir humedecerme para estar más rico; no para librarse de terminar «lleno».
Esa no era la primera vez que sacaba defectos, ni sería la última durante los dos días que me pasé con Buyú hasta que terminó la tormenta. Entonces recogí mis cosas y decidí irme.
—Tienes que volver pronto —me dijo a mis espaldas, rodeándome con los brazos y hundiendo su rostro en mi cuello—. Al menos, tres o cuatro días a la semana…
—Oh, espera, ¿ya hemos llegado a ese punto en el que te vas a poner exigente? —quise saber—. ¿Estoy equivocado o solo han pasado un par de días? Porque creo que es demasiado pronto.
—¿Lo es…? —preguntó con una sonrisa. Entonces me giró para que le mirara y, con solo una mano, se frotó su grueso mentón de barba rubia y corta—. Yo creo que no.
Puse una mueca de labios apretados y ojos entrecerrados. El *alfa* estaba muy orgulloso, sonriente y feliz tras haberse comido más líquido omegático en tres días que un año entero; por eso le había salido la barba tan rápido y por eso ahora se creía con derecho a dar un paso más.
Ser un *omega* que se moja mucho, no era tan divertido para mí como lo era para ellos. Uno de los grandes consejos de Benny, uno de los que más repetía, era: «Sacarles barba a los putos *alfas* siempre es un problema. Así que ten cuidado, Mentita».
—Volveré cuando pueda, Buyú —respondí.
—No, tienes que volver más. No solo a entregar el correo —insistió él. Lo hizo con tono suave y apretándome contra su cuerpo, bajando la cabeza para, una vez más, intentar besarme.
Cuando giré el rostro y esquive sus labios, respondí:
—Ten cuidado, Buyú. No soy un *omega* con demasiada paciencia.
El *alfa* soltó uno de esos bufidos de bovino que me bañó el cuello con una ráfaga de aire cálido.
—Dos días mínimo —declaró—. Tú eres muy bueno, pero yo soy un *alfa* de Vallealto.
Y ahí estaba, la famosa actitud prepotente de los *alfas* del valle. ¿Querías un enorme rumiante de lengua y pollas gigantes? Pues venía con un precio.
—Vamos, Lemér, te lo pasarás bien —añadió poco después, relajando el tono y pegándome contra su cálido cuerpo desnudo. El *alfa* ya olía a menta y miel, pero seguramente, no tanto como

a él le gustaría—. ¿No te lo has pasado bien conmigo?
—Meh… —murmuré.
—No es eso lo que decías cuando me tocaba —susurró en mi oído.
Arqueé ambas cejas, pero le concedí aquella victoria. Buyú había hecho un par de cosas para mí muy, muy interesantes que me habían dejado muy, muy mojado.
Con un suspiro, le di una leve palmada en la cara y me separé de él.
—Ya veré lo que hago —fue lo que le dije.
Dejé al alfa de pecho henchido y gran sonrisa atrás y ascendí el camino de piedra húmeda, repleto de charcos y los reflejos del tímido sol que empezaba a reaparecer tras las nubes después de días oculto. Ningún alfa soltero vino a interrumpirme porque en aquel tiempo Buyú había salido de la cabaña y todos le había visto y olido. Quizá pareciera tonto con su expresión de boca entreabierta, pero seguía siendo un *alfa* enorme y, ahora, con barba; así que había que tener cuidado.
Una vez alcancé el linde del bosque, eché una mirada a mis espaldas y contemplé la villa al fondo del valle. Había sido una semana y media realmente extrañas y, por alguna razón, me sentía como si hubiera despertado de un sueño. Dejar atrás a Tigro, el período, dar vueltas por todo Mil Lagos entregando cartas y terminar en casa de Buyú, sacándole barba… No sé, no acababa de encontrarle sentido.
No acababa de encontrar mi lugar, ni me veía visitando Vallealto, ni me imaginaba al lado de Buyú. No como había encontrado mi lugar en el refugio de Tigro, visitando su territorio e imaginándome a su lado.
Pero eso era algo que yo ya había sospechado y de lo que ya era consciente.
Mi objetivo jamás había sido buscar un *alfa* igual o mejor que Tigro; porque, incluso sin haber probado otra cosa, mi cuerpo me decía que no lo habría.
Tigro era Tigro y no había otro igual. Siempre había tenido razón en eso.
Y si algo tenía claro, era que no había dejado atrás al *salvaje* porque dudara de que fuera perfecto para mí. Incluso con las mentiras, la forma en la que nos habíamos usado el uno al otro y las cosas que nos escondíamos; nuestra relación tenía algo mágico; una chispa especial y única.
El problema no era que no le quisiera a él, el problema era decidir si estaba dispuesto a aceptar todo lo demás que le rodeaba: su territorio, el aislamiento, La Reserva, el mundo animano… eso era lo que dudaba de si quería o no. El mundo *beta* no era perfecto, pero algunas veces lo extrañaba. Allí, yo tenía una profesión, un trabajo, un objetivo y expectativas de ascender y mejorar; en la Reserva solo había un destino: emparejarse y ponerse a parir.
Y aunque mis crías fueran triguecitos y lemuritos, no era una perspectiva de futuro que me enamorara en absoluto.



Después de tantísimo tiempo posponiendo aquel viaje, decidí que había llegado el momento de adentrarme en el espeso bosque del noroeste y ascender el Río Bravo hasta la villa escondida

entre los árboles. Así que cogí la montaña de cartas y paquetes, dos mochilas y una bolsa cargada de libros y salí a primera hora de la mañana.

Lo que no me esperaba era que Benny quisiera acompañarme.
—No vayas tan rápido, no hay prisa, Mentita. Los *alfas* del bosque no se van a ir a ningún lado.
—No voy deprisa, este es mi paso normal.
—Pues relájate —insistió—. No vamos a aparecer por allí sudados y dejarles creer que nos hemos dado prisa por visitarles.
Solté un ruidoso resoplido y puse los ojos en blanco. Benny ni siquiera llevaba la bolsa de libros, sino que era yo el que iba cargado con todo mientras él caminaba pausadamente por la playa fluvial del río.
—He oído lo de Buyú —murmuró entonces—. ¿Estás seguro de eso?
—Joder, ¿han pasado solo dos días y ya lo sabes? —para no tener móviles, ni internet, ni comunicación instantánea, daba miedo la rapidez con la que se propagaban las noticias en Mil Lagos.
—La gente se aburre mucho y habla demasiado —respondió antes de encogerse de hombros—. A veces es verdad, y, a veces, son rumores estúpidos como que, por ejemplo, Tigro el Salvaje tenga una barba bastante espesa que huele a menta y miel.
Mi entrenamiento militar me permitió controlar por completo mi reacción a aquella noticia: seguir caminando a buen paso, mirando al frente y con expresión indiferente aun con la mirada firme y atenta de Benny sobre mí.
—Porque es mentira, ¿verdad? —preguntó.
—Claro que es mentira —respondí.
—Eso les dije. La primera, la segunda y hasta la tercera vez que lo oí, pero, ¿sabes qué pasa cuando un rumor se repite demasiado, Lemér? Pasa que, o alguien quiere hundirte en la mierda, o que es verdad.
—Aha, así que ahora crees que Tigro el Salvaje y yo tenemos algo.
Mi tono era tranquilo, firme e indiferente, pero Benny era un *omega* implacable. Casi daba pena que desperdiciara toda aquella astucia y dedicación a estúpidas misiones personales como, por ejemplo, entrometerse en mi vida y en lo que yo hacía.
—¿Quién era el *alfa*? —preguntó—. El *alfa* al que tanto visitabas y con quien pasaste el Celo.
—Ya te dije que…
—No es de Mina Negra —me cortó en seco—. Porque cuando dije que era de allí, la puta de Ratia me respondió: «de eso nada, Benny. Yo le como la polla cuatro veces por semana a aun *alfa* de allí, y jamás he visto ni olido a Lemér por la villa» —resultó hasta gracioso la forma en la que había imitado la voz aguda de la *omega*, pero no fue un momento en el que me apeteciera reírme.
—Sinceramente, lo único que me sorprende es que hablen tanto de mí en El Pinar. ¿Quién te dijo que Tigro olía a mí?, ¿fue Goto? Porque yo sí que le olí a él un par de veces cuando fui a entregar cartas al territorio del salvaje…
Benny se detuvo en mitad de la playa de piedras romas y, de brazos cruzados, me dedicó una de esas miradas tan suyas; entre la fría condescendencia y la absoluta seriedad, pero con una ceja arqueada de interés.
—¿Goto? —preguntó—. Sí, puede que le haya oído hablar del tema…
—Aha… —sonreí—. Ahí lo tienes.
Me di la vuelta y seguí caminando.
—Lo que me pregunto, Mentita, es por qué Goto querría humillarte y dejarte mal delante de

todos —le oí decir a mis espaldas—. Y la razón más obvia seria pensar que tú tienes algo que él quiere…
Resoplé, dejé caer la pesada bolsa de libros al suelo y me volví en dirección al *omega*-conejo.
—La razón es que Tigro y yo a veces charlamos un poco cuando le entrego el correo —le confesé, o, al menos, lo hice parecer como una confesión—. También lo hago con Jabail —y me encogí de hombros—. Quizá alguien se puso muy celoso porque tiene las rodillas en carne viva y muy poca autoestima. ´
Aquello arrancó una cruel sonrisa de los labios de Benny, pero no fue suficiente para convencerle.
—Sí, podría ser… pero, ¿por qué no nos adentramos en el territorio de Tigro y lo comprobamos?
Eso no me lo esperaba. No me esperaba que el omega señalara una dirección y arqueara ambas cejas a la espera de que aceptara el reto. Si de verdad no tuviera nada que esconder, no tendría miedo de encontrarme con el *alfa salvaje*.
—Llegaremos más rápido a Presa de Arce si seguimos el río —le indiqué.
—Sé muy bien cómo se llega —respondió con un tono algo más frío—, pero no pasará nada por dar un pequeño rodeo.
—Ya, eso lo dices porque no vas cargado con tres putas bolsas y…
—Mentita —me interrumpió—. O vamos por el territorio de Tigro, o no volveré a dirigirte la palabra. Tú decides.
—¿En serio, Benny? —me costó creerlo—. ¿A qué viene eso?
—Viene a que llevo toda la semana defendiéndote, y quiero saber si me has estado mintiendo a la cara y riéndote de mí todo este tiempo.
Con una profunda bocanada de aire, tomé la bolsa del suelo y retrocedí los metros que había avanzado. Al pararme frente a Benny, bajé la mirada a sus ojos e hice un seco gesto hacia el lado.
—Vamos, entonces —le dije antes de dejar caer la bolsa de libros a sus pies—, pero llevas tú esto.
El *omega* levantó la cabeza todo lo que pudo y, por un momento, hasta quiso ponerse de puntillas y estirar las orejas de conejo para tratar de igualar mi altura antes de murmurar un seco:
—Muy bien.
Después, nos quedamos en silencio. Yo iba en cabeza, un paso por delante, mientras él me seguía con la pesada bolsa en la espalda y resoplando sin parar. No había *omega* más orgulloso en La Reserva que él, y eso era decir mucho viniendo de mí.
Cuando nos adentramos en el territorio, nada cambió. Era el mismo bosque con los mismos enormes árboles, el mismo riachuelo, el mismo viento entre las hojas y el mismo ruido de pájaros a lo lejos. No había ni vallas, ni muros, ni señales de «Prohibido el paso: propiedad privada de un gilipollas»; porque en el mundo animano no existían esas cosas. Todos sabían que aquello era el territorio de Tigro y era responsabilidad tuya adentrarte allí.
—Sabes que lo más probable es que ni aparezca, ¿verdad? —le pregunté a Benny.
—Aparecerá —respondió.
Parecía muy seguro de ello, pero eso se debía a que no conocía a Tigro. El *alfa salvaje* no se iba a humillar apareciendo por allí. El rencor y el desprecio le mantendrían muy alejados de mí, y esa era la única razón por la que había aceptado el reto de Benny. Esa y que, a esas alturas, Tigro se habría comido tanta regaliz que no tendría que preocuparse de que le sacaran barba en varios años.
Cuarenta minutos de camino después, ayudé al *omega* a superar un lecho rocoso del río y, con

las manos en las correas de las mochilas, pregunté un cansado:
—¿Podemos retomar el camino ya y dejar de dar vueltas?
—Vaya… ¿os vais ya?
El corazón se me detuvo en el pecho. Perdí la respiración y clave los ojos en Benny. El omega se giró al instante, dedicando una mirada aburrida y soberbia a un lado. Yo tardé un par de segundos en volver lentamente el rostro.
Tigro estaba allí. Había llegado en algún momento, demasiado silencioso para poder oírle, y se había sentado sobre una de las piedras más altas. Sonreía y mostraba parte de sus grandes colmillos. Sus ojos de oro y jade brillaban con los reflejos del agua del riachuelo y, en su rostro, había una ligera sombra de barba.
Pero no era *mi* barba y no olía a menta y miel, sino a caramelo y vainilla.
La risa seca de Benny fue la que rompió el silencio que dejaron las palabras del *alfa*.
—Vuelve a tu puta chabola —le dijo—, no estamos aquí por ti.
—Ah, ¿no? —murmuró Tigro. Hasta entonces solo había mirado a Benny, pero, lentamente, deslizó sus ojos hacia los míos y añadió un bajo—: ¿y por qué estáis aquí si no queréis verme?
Tardé un segundo en reaccionar. Algo dentro de mí dolía y algo dentro de mí se sentía culpable; pero no se puede dejar atrás el río y después quejarte de la sed.
—De hecho, queríamos verte, Tigro —respondí—. En El Pinar andan a decir que tienes barba y huele a mí. Quería demostrarle a Benny que no era cierto.
El *salvaje* frunció el ceño y ladeó el rostro.
—¿Y quién eras tú? No me suena tu nombre.
Tras un momento, se me escapó un leve bufido y sonreí.
—Lemér, el cartero.
—Ah… —murmuró, asintiendo lentamente—. Pues verás, tengo una barba, pero no huele como tú —me dijo a la vez que se llevaba una mano de uñas negras y afiladas al ancho mentón de corto pelo atigrado—. De hecho, me la han sacado dos preciosos gemelos. No sé, de pronto tenía ganas de algo especial… —y, con una media sonrisa, se mordió suavemente el labio inferior—. El doble de diversión y la mitad de problemas.
Compartimos una breve mirada, asentí y, girándome en dirección a Benny, le pregunté:
—¿Necesitas más pruebas? Tigro está con dos preciosos gemelos y es más feliz que nunca.
—Vámonos ya —respondió él. Tenía una mueca asqueada en su hermoso rostro y me sujetó del brazo para tirar de mí en la dirección opuesta al *alfa*—. Nunca deja de sorprenderme lo tristes y patéticos que son algunos *omegas*… Pero no me espero nada de los cerdos que viven en El Abrevadero.
Por un momento, miré a nuestras espaldas. Tigro seguía allí, de cuclillas en la alta piedra, sonriendo mientras se atusaba la corta barba blanca del mentón y nos miraba irnos.
—¿Me estás escuchando, Mentita?
—Sí —volví el rostro hacia Benny—. Son unos putos cerdos.
—Claro que son unos cerdos —afirmó—. ¿Dos *omegas* con un *alfa*? —preguntó más bajo, acercándose a mí—. ¿Se puede caer más bajo?
—No, por supuesto que no.
—Siento haber dudado de ti, Mentita.
—No pasa nada.
—Esos asquerosos te han intentado destruir con todas sus fuerzas. Hay que pensar en algo para vengarse. ¡No puede quedar así!
—Mmh… algo se nos ocurrirá.

—Vendamos a Goto —decidió—. Le dejaremos en ridículo y que se joda por cabrón y mentiroso.
—Quizá…
—No, quizá no —sentenció—. Si es tan valiente como para echarte mierda, que se aguante y se trague la suya propia. Así son las cosas en El Pinar.
Las cosas en El Pinar… no podían importarme menos. Por desgracia, a Benny sí que le importaban, y mucho. Se pasó los siguientes cuarenta minutos planeando su venganza, porque ahora se lo había tomado como algo personal. Ni siquiera la llegada a Presa de Arce calmó su fría furia vengativa.
—Joder, qué bonito… —susurré.
—Sí, muy bonito, pero escucha, tienes que empezar a sacarles barba a más alfas. Tienen que verte en las demás villas, es importante, Mentita. ¿Me oyes?
—Sí, sí —farfullé, demasiado distraído por la maravilla que era Presa de Arce.
Al contrario de lo que el nombre indicaba, no era exactamente una presa en el río, sino más bien una muralla de madera levantada en mitad del barranco boscoso. El agua del lago más allá, salía formando cataratas por diferentes puntos de altura, alimentado diferentes molinos que no producían electricidad, sino fuerza motriz que molía las ingentes cantidades de grano que mandaban allí desde Vallealto.
El poblado en sí, estaba construido alrededor de dicha estructura, ascendiendo en pisos con forma de meda luna, de extremo a extremo de la pared rocosa y flotando en el aire como puentes colgantes. Todo construido en madera y todo salido de una película de fantasía.
—Oh, pero, ¿a quién te has traído, Benny? —nos interrumpió una voz.
El omega soltó un resoplido de aburrimiento y con una expresión igual de hastiada, respondió:
—Este es Lemér, el cartero.
Los *alfas* solteros empezaron a sonreír y a intercambiar miradas. En Presa de Arce vivían muchos úrsidos, ciervos y algunos felinos del bosque, como jaguares y pumas. Era una buena villa para vivir, con montones de comida y una industria que no producía demasiadas molestas, como la tala, la apicultura y la recolección de frutos y resinas; por ello los alfas del bosque eran los segundos en la lista de «los más deseados».
A mí, sin embargo, no me llamaron demasiado la atención.
—Los *alfas*-oso no están mal, son muy tu tipo —llegó a decirme Benny en un momento de calma cuando al fin se deshizo del primer grupo de «atacantes»—, pero deberías probar algún cérvido, te aseguro que saben lo que hacen.
—Ehm, sí… —murmuré, no demasiado convencido.
Los úrsidos, *alfas*-oso, eran dignos de mención, eso era verdad: enormes, de una media de dos metros y con cuerpos que doblaban el tamaño de todos los demás *alfas*. Pero no eran… «muy mi tipo», como Benny había dicho. Sinceramente, parecían un grupo de hombres *beta* que se reunían para beber cerveza en un bar y mirar algún partido mientras devoraban nachos y alitas de pollo. No eran feos, pero tampoco eran atractivos, con caras más bien redondas, mejillas siempre algo sonrosadas, ojos brillantes y pelo entre el marrón oscuro y el rubio cobrizo. Sus cuerpos eran fuertes, pero más bien redondeados, con barriga prominente y abundante vello corporal.
Parecían muy agradables, sociables y divertidos, eso sí; al contrario que los famosos cérvidos, que resultaron todo lo contrario. Se les reconocía al instante por sus grandes cornamentas y su postura más bien rígida. Tenían una media de altura de un metro ochenta —sin contar las astas —, y, en efecto, eran todos muy guapos. Preciosos modelos de cuerpo atlético y expresión seria.
Al único que vi sonreír fue al *alfa* de Benny, Cervo, el cual bajó desde el Molino Norte para

recibirle. Tenía el pelo y la espesa barba de un marrón muy claro que casi parecía gris, lo que le hacía parecer un poco más mayor de lo que realmente era.
—Bienvenido, Lemér —me saludó tras rodear a Benny con un brazo y acercarle a él—. Me alegra que al fin hayas decidido acercarte a Presa de Arce.
—Sí, la verdad es que lo pospuse durante mucho tiempo —reconocí—. Soléis venir bastante por El Pinar y ya os lleváis las cartas desde allí, así que vuestro montón no se acumulaba tan rápido como el del resto.
Cervo alargó la sonrisa y arqueó ligeramente las cejas.
—Me sorprende. Con una excusa tan buena para venir aquí, a la mejor villa de Mil Lagos, y sin embargo prefieres perder el tiempo en otros lugares.
Tras aquello, fui yo el que arqueó las cejas. Puede que aquella imagen refinada y atractiva me hubiera confundido por un momento, pero, sin duda, los cérvidos seguían siendo *alfas*. *Alfas* tan egocéntricos y orgullosos como todos los demás.
—Cervo, ¿no me presentas a tu nuevo amigo? —nos interrumpió una voz a mis espaldas.
—Sí, por supuesto —respondió el *alfa*—. Lemér, te presento a Ierv, Ierv, este es Lemér, el cartero del Pinar.
A mi lado apareció otro cérvido, solo que con el pelo color miel y sin barba. Era muy guapo, con los ojos verdes, la sonrisa perfecta, la cara alargada y una elegante postura de noble del siglo XIX de manos a la espalda. Como si aquello se tratara de algún tipo de baile del medievo, se inclinó en un relamido saludo y me dijo:
—Encantado de conocerte, Lemér.
—Ehm… sí, hola, ¿qué tal? —fue mi respuesta.
Quizá a los *omegas* del Pinar les chiflaran los elegantes modales de los cérvidos, pero a mí ese rollo de Principe Azul… no sé, no iba mucho conmigo.
—Temo que debo dejaros —dijo Cervo antes de bajar la mirada a Benny—. El deber me llama…
El *omega*-conejo soltó uno de sus clásicos resoplidos y, con los ojos en blanco, se dio la vuelta y se fue sin esperar a su *alfa*. Cervo, sin embargo, se tomó un segundo para despedirse de mí con un ligero movimiento de cabeza y seguirle a buen paso.
—Es tu primera visita a Presa de Arce, ¿me equivoco? —dijo Ierv, todavía a mi lado y todavía con las manos a la espalda.
—No, no te equivocas.
Con una ligera sonrisa en sus labios perfectos, apartó una mano de la espalda y señaló las escaleras de madera que ascendían al primero de los veinte pisos de altura que tenía el poblado.
—Entonces, por favor, permíteme enseñarte las maravillas de Presa de Arce. Aunque ya me has conocido a mí, así que no quedan demasiadas por ver.
Aquello me hizo gracia y le concedí a Ierv una sonrisa y un asentimiento de premio.
—Me encantaría ver la villa, pero antes, preferiría terminar el trabajo —respondí, señalándole ambas mochilas a los hombros y el saco de libros a mis pies.
—Por supuesto, permíteme ayudarte —se ofreció al momento, cargando con el saco y una de mis mochilas—. ¿Cómo ha sido el viaje hasta…?
—¡Hola, hola! —nos interrumpió una voz atronadora.
Por suerte para el *alfa*-oso, ya le había visto acercarse y no terminó con mi pie en la boca y sin la mitad de dientes.
—¡Por El Todo, hueles de maravilla! ¿A que sí, Ierv? —preguntó al cérvido antes de darle un fuerte golpe en la espalda y quedarse mirándome.
Tenía una enorme sonrisa, mejillas sonrojadas, ojos chocolate y pelo cobrizo. Su jubón de cuero

no tenía mangas y se podían ver sus grandes brazos, musculosos, pero cubiertos con la misma capa de grasa que abultaba su barrida y redondeaba su rostro.
—Yo soy Urso, por cierto —añadió mientras apoyaba el brazo en el hombro del otro alfa. Pareció un gesto casual y amistoso, pero había un sutil y claro mensaje en él. «Yo soy más alto y más grande»—. Y tú debes tener un nombre precioso a juego con esa preciosidad de cara, ¿verdad?
—Lemér —respondí.
—¡Lemér! Ogh, ¡me encanta! —sonrió más, y, tras una fuerte palmada, se frotó ambas manos—. Pues verás Lemér, estás de suerte. Acabo de terminar mi turno en el aserradero y estoy libre para enseñarte todo lo que quieras de Presa de Arce. Y digo «todo lo que quieras…» —recalcó, guiándome un ojo.
—De hecho, ya le iba a guiar yo por la villa —respondió Ierv. Su tono era firme, pero sus palabras sonaron como un manso riachuelo en comparación a la furiosa catarata que era Urso.
—¿Tú? —el *alfa*-oso frunció el ceño y me miró—. No… Lemér tiene cara de que no le gustan los aburridos. ¿A qué no?
—Que no me oigan en la otra punta del bosque cada vez que abro la boca, no me hace aburrido —le dijo Ierv antes de volver a mirarme y añadir—: el secreto es saber usar la lengua… y las palabras.
—Oh, claro… —Urso dio otro fuerte aplauso—. ¿Sabes cómo te limpian los cérvidos, Lemér? Se ponen un babero para no mancharse y hacen así con la lengua —entonces el enorme *alfa* puso morritos y movió la lengua entre ellos como si fuera algún tipo de remilgado sibarita francés—. Oh, qué delicia, gracias por dejarme disfrutar de tal manjar —y, usando un babero imaginario, se limpió los morros con pequeños toques.
—Siento de todo corazón que tengas que soportar las sordideces de un úrsido, Lemér —respondió Ierv—. Vamos, sigamos adelante y olvidémonos de él.
—Perdona, pero no he oído al *omega* decir que prefiere ir contigo —le detuvo Urso—. De hecho, no le has dejado ni responder a mi pregunta. ¿A que no te gustan los aburridos, precioso?
—Lo que me gusta es hacer mi trabajo y entregar las cartas antes de que anochezca —respondí con una sonrisa.
—Por supuesto que sí —me apoyó Ierv—. Por favor, acompáñame, te llevaré al Hogar y allí podrás repartir el correo. Después, haremos la visita.
—Y después de eso, yo te daré la verdadera visita —añadió Urso—. La divertida.
No quise entrometerme en esa disputa, porque no tenía nada claro si era algo personal o no. Fue poco después, en el gran salón central de la villa, el cual conectaba tres pisos enteros de altura, donde aprendí que aquella rivalidad entre úrsidos y cérvidos era, en realidad, un clásico de Presa de Arce. Como si de una comedia televisiva se tratara, las dos actitudes de los *alfas* chocaban demasiado: por un lado estaban los educados y estirados cérvidos, preciosos y elegantes —la nobleza—; y por otro los úrsidos, gritones, directos, borrachos y escandalosos —el pueblo llano —. El resto de razas se mantenían al margen y les ignoraban, centrándose en sus propios problemas.
Esa dinámica solo cambiaba cuando se nombraba otra villa, en cuyo caso todos hacían un frente unido para defender Presa de Arce y todas sus maravillas.
Tras una hora y media repartiendo correo, aguantando a los solteros, haciendo de bibliotecario y anotando peticiones; al fin pude dejar la mesa e irme de allí.
—Lemér —me detuvo Ierv a la salida, antes de que cruzara uno de los puentes colgantes—. ¿Te gustaría hacer la visita ahora que has terminado?

—Emh, sí, me encantaría, pero tendré que dejarla para otro día —respondí—. Ahora tengo que volver al Pinar y dejar todas las cartas.
—Entiendo —asintió el alfa-ciervo, postura recta, manos a la espalda y expresión calmada—. Cuando te venga bien, por favor, no dudes en venir y buscarme en el Molino Norte.
—Claro, gracias, Ierv —sonreí.
Me despedí con la mano y descendí tranquilamente los doce pisos que me separaban del río y el suelo. Una vez alcancé el bosque, trepé a las ramas y salté rápidamente de una a otra. El Pinar estaba al sureste de allí, pero yo tomé la dirección este hasta la ladera rocosa y, de allí, al valle que se hundía en dirección a la pradera.
Mi destino: Refugio de la Garra.

LA CONSPIRACIÓN DE LOS OMEGAS

Mi misión seguía presente en mi cabeza. No me había olvidado de la razón por la que realmente estaba allí, en La Reserva: infiltrado para descubrir la célula terrorista que había incendiado la base secreta. Lo recordaba perfectamente… solo que, quizá, había dejado de ser una prioridad inmediata para mí.

Ahora mismo, estaba embarcado en otro tipo de misión. Una misión personal: la de descubrir qué quería para mí mismo y mi futuro. Una vez decidiera eso, continuaría con la orden oficial. Después de todo, el tiempo no era un problema. Ese tipo de operaciones encubiertas solían durar bastante: infiltrarte, indagar, no levantar sospechas… era esencial no apresurarse. Un paso en falso podría significar la pérdida de meses de esfuerzo o, en el peor de los casos, la muerte.

Así que sí, tenía presente mi vieja misión. Y una red de aliados y confidentes podía ser muy útil, como, por ejemplo, un grupo de *alfas* repartidos por las villas más cercanas al accidente: Vallealto, Presa de Arce y Mina Negra. Eso sería lo más inteligente para la misión principal. Que en ese momento estuviera corriendo en dirección a Guarida de la Garra, en la otra punta de Mil Lagos y sin impacto ni influencia alguna en la zona del ataque, se debía a un motivo completamente distinto.

Se debía a una promesa que había hecho unas semanas atrás. Bueno, más bien había sido una amenaza. Y esperaba de todo corazón que El Todo, Dios, Buda o su putísima madre salvara a esos condenados gemelos hijos de puta; porque yo no iba a hacerlo.

Llegué a Guarida de la Garra como una sombra en el atardecer. Sudado y jadeante, contemplé la villa a mis pies, construida en la profunda grieta rocosa del valle. Estaba repleta de animanos: *alfas* solteros, *alfas* con espesas barbas decoradas con cuentas, *omegas*, niños… las calles vibraban de vida y los farolillos de las casas y las calles se empezaban a encender a medida que el sol caía. La fuerte tormenta de la semana pasada había anegado las calles y todavía había restos de limo y barro estancado sobre las aceras rocosas y la vera del río que cruzaba de lado a lado aquella ciudad vikinga.

No olía bien, pero Refugio de la Garra nunca había tenido un aroma agradable, no con las curtidurías y mataderos que alimentaban la economía de aquel lugar. Todos los *omegas* del Pinar que habían crecido allí la detestaban, pero incluso ellos reconocían que había un tesoro escondido entre sus estrechas calles. Un tesoro hecho solo para los valientes.

—Hola, Zoro. Hola, Rozo —sonreí—. Adivinad quien va a ser vuestra puta pesadilla…

Ambos *alfas* alzaron la cabeza al momento. Ambos habían estado demasiado distraídos curtiendo un par de pieles y arrancando los pedazos de carne que quedaban en ellas; así que no me habían olido acercarme hasta casi el último momento.

La curtiduría apestaba, el suelo de piedra estaba manchado de sangre y los gemelos-zorro llevaban unos espantosos delantales de cuero para no mancharse la ropa, pero yo sonreía y balanceaba la cola a mis espaldas, la cual se deslizaba como una larga serpiente anillada.

—Lemér… —murmuró Zoro, y no sonó feliz, sino todo lo contrario.

Miró a su hermano y arqueó las cejas.

—No pensábamos que volverías —dijo Rozo, levantándose del taburete—. ¿A qué no, Zoro?
—No, Rozo. Creímos que no.
—Estábamos seguros.
—Muy seguros —asintió Zoro—. Sino… quizá le hubiéramos esperado.
—Quizá sí —afirmó su hermano.
Para entonces, yo ya no sonreía. Tomé una bocanada de aquel aire pestilente y me llevé las manos a la cintura.
—¿Está viniendo otro *omega* a veros? —pregunté con tono serio.
—Muchos *omegas* vienen a vernos, ¿a que sí, Zo…?
—¡Parad con esa mierda! —exclamé con la mano en alto—. No tenéis barba, creía que… seguíais solteros.
—Sí… bueno, lleva algún tiempo intentándolo —reconoció Zoro. Tuvo cuidado, no quiso ofender al *omega* que les visitaba, pero no estaba feliz de no tener barba todavía—. Suele pasar en la Garra.
—Dos *alfas* no son uno —le apoyó Rozo—. Hay que tener paciencia.
—Claro —asentí. Estaba decepcionado, pero no quería sonar dolido ni cruel al decirles—: espero que os vaya bien con el *omega*.
—Gracias, Lemér —dijeron ambos al mismo tiempo.
Asentí y, sin saber muy bien qué más hacer, me despedí con la mano y me di la vuelta. Había más gemelos en Refugio de la Garra, pero a los hermanos-zorro ya les había puesto el ojo encima; además, ya les conocía y era más rápido y sencillo que tener que entablar una nueva relación. Eso, según Benny, llevaba tiempo. No puedes llegar a un *alfa* y decirle que te limpie sin haberte dejado querer y halagar un poco primero.
Tendría que volver en otro momento, quizá con una buena excusa y un objetivo claro; no al caer la tarde, sudado, con dos mochilas a los hombros y un evidente rastro de desesperación y necesidad en la mirada.
Me dirigí al ascensor y esperé a que descendiera, con los brazos cruzados y el hombro apoyado en uno de los postes que indicaban las direcciones de los lugares principales de la villa. Eran agradables de ver, pero totalmente inútiles. No importaba cuantos carteles pusieran en la Garra, porque su villa era un laberinto para cualquier extranjero que fuera a visitarla.
Yo ya había estado allí cuatro veces y aún me perdía de camino al Hogar inmerso en el interior de las grutas.
El ascensor descendió con un sonido breve y húmedo sobre el barro del suelo. En él, había algunos *alfas* recién llegados de la última partida de caza de la tarde. Charlaban distraídamente y hablaban de ir a la taberna para celebrar la captura de un hermoso ciervo, de enorme cornamenta y pelaje pardo. El mérito de su captura lo tenían dos hermanos; uno de ellos, sostenía los arcos de caza y los carcaj, y el otro cargaba el animal muerto sobre los hombros.
Cuando dejaron el ascensor, pasaron por mi lado y, como si se hubieran comunicado sin palabras, ambos giraron el rostro para mirarme. El viento soplaba en dirección contraria y no habían podido olerme, ni habían podido distinguirme entre la docena de animanos que ya estaba subiendo al ascensor a medida que los cazadores lo abandonaban.
—Lupo y Polu… —murmuré, o, como se les conocía más comúnmente, Martillo y Clavo.
Los gemelos-lobo intercambiaron una rápida mirada y sonrieron, mostrando esos dientes de carnívoro con grandes colmillos. Eran altos, eran guapos, eran fuertes y unos de los mejores cazadores de la Garra; así que también eran muy, muy populares.
—Vaya, así que somos tan famosos que incluso los *omegas* del Pinar nos conocen por nombre y

cara —dijo Lupo, con la mitad superior de su melena blanca recogida en una coleta y la otra mitad desperdigada por los anchos hombros.
—Y no cualquier *omega* —respondió Polu, de sienes afeitadas y mohicano trenzado. Era él el que soportaba el peso del ciervo y al que más le costó girarse para mirarme con aquellos fascinantes ojos grises—. Sino Lemér… una de «Las Joyas del Pinar».
Polu dijo aquello con un marcado retintín mientras miraba a su hermano y arqueaba sus espesas cejas blancas. Lupo se rio, por supuesto. ¿Quién no lo haría? Aquella mierda de Las Joyas del Pinar se lo había inventado Benny, el mismo Benny que después se sorprendía de que los demás trataran de hundirnos y echar mierda a nuestras espaldas.
—Aham… —afirmé sin mucho interés—. La verdad es que os conozco porque trabajo con vuestro hermano, Líbere —expliqué, todavía de brazos cruzados y con el hombro apoyado en la señal—. Me ayuda con los libros de la biblioteca y me ha hablado un par de veces de vosotros. Siempre que alguien pide novelas guarras, se acuerda de sus queridos hermanos y su pasión por la lectura.
A los *alfas*-lobo no les hizo tanta gracia mi broma, pero no dejaron de lado sus finas sonrisas ni su actitud desafiante. Tenían una autoestima demasiado grande como para derribarla con una simple broma. Eso me gustaba…
—¿Y qué haces por aquí, Lemér? —preguntó Lupo—. Un poco tarde para entregar cartas, ¿no crees?
—No seas así, Lupo —respondió su hermano, dándole un leve golpe en el pecho—. Puede que Lemér haya venido a intentarlo con unos *alfas* de la Garra y ahora esté escapando asustado.
—Ah, claro —afirmó el otro—. Lo siento, Lemér. Piensa que siempre puedes volver a Vallealto o a Presa y sentirte un rey entre ridículos *alfas* solitarios.
Abrí los labios, pero terminé sonriendo y ladeando el rostro. Tras unos pocos segundos, les pregunté:
—¿Alguna vez os han llenado?
Los hermanos intercambiaron una mirada y, de pronto, estallaron en una ruidosa carcajada. Cuando me miraron, había hasta un rastro de humedad que hizo sus ojos grises incluso más brillantes e hipnóticos.
—Eso es imposible… —me aseguró Lupo y, juraría, sonaba completamente convencido de sus palabras.
—¿Tú crees? —pregunté.
Polu tomó aire y, acomodándose el enorme ciervo en sus hombros, suspiró. No me tomaban en serio, eso es lo que sentí cuando me miró y respondió:
—Lemér… nosotros somos carnívoros y los carnívoros tenemos mucho más apetito que el resto de razas. Además, mi hermano y yo somos grandes para ser canis, lo que también nos da más aguante; y, por último, prometer algo que no puedes cumplir es decepcionante. Odiamos que nos decepcionen…
—Mucho —recalcó su hermano—. Así que deja de decir tonterías y vuelve al Pinar, Joyita.
—Ufff… —se me escapó la risa—. Vale, la habéis cagado —le aseguré—. No tenéis ni idea de cuánto.
Lupo miró a su hermano gemelo, con el que compartió algún tipo de secreta y silenciosa conversación que duró apenas dos segundos, entonces se volvió hacia mí y, apoyando una mano en el mismo poste en el que yo me apoyaba, acercó el rostro y murmuró:
—Si tantas ganas tienes de que te limpiemos, lo haremos, pero no estropees ese delicioso aroma tuyo y esa preciosa cara con una actitud estúpida y promesas vacías, ¿vale?

Para cuando terminó, Polu ya estaba a mi lado, atrapándome en un pequeño espacio entre la señal, el ciervo muerto sobre sus hombros y sus atléticos cuerpos.
—¿Sabéis lo que sería divertido? —les pregunté, mirando intermitentemente de uno a otro—. Una apuesta. Si gano yo, me llevaré el corzo, vuestra mejor caza del mes.
Otro rapidísimo intercambio de miradas, más sonrisas prepotentes y una respuesta:
—¿Y si ganamos nosotros?
—Lo que queráis —afirmé sin dudarlo.
—Lo que queramos… —murmuró Polu, saboreando esas palabras como si fuera la más dulce miel.
Lupo se acercó un poco más y casi llegó a susurrarme al oído:
—Si ganamos nosotros, nos la chupas.
Casi se me salta la risa. ¿Era eso un castigo? No, en absoluto, pero les dejé creer que sí, después de todo, en La Reservas las mamadas eran tabú. Lupo retiró el rostro lo suficiente para verme los ojos y sonreír. El creía que me no iba a aceptar, estaba completamente seguro. El riesgo era muy alto y mi orgullo no valía una «humillación» así.
—De acuerdo —asentí con una sonrisa—. Me parece justo.
Eso les borró la sonrisa de un plumazo.
—No bromeamos —dijo Polu.
—Yo tampoco —respondí.
Al final, Lupo soltó un jadeo, agachó la cabeza y negó, balanceando su melena blanca y algunos de los pendientes que colgaban de su oreja.
—Muy bien, como quieras… —concluyó, dando un ligero golpe al poste antes de retroceder—. Dejemos el ciervo en el almacén y vayamos a casa.
—Qué pena, me apetecía una cerveza —dijo Polu, recalcando el hecho de que yo no era una prioridad y que limpiarme no era tan emocionante.
—Tranquilo —respondió su hermano, dándole un amistoso toque en el hombro—. Cuando terminemos quizá tengamos tiempo a ir a la taberna.
Juntos, encabezaron la marcha por la villa, dejándome atrás como si nada. Charlaban sobre lo que harían con el ciervo; quizá quedarse la piel para ellos, quizá intercambiar gran parte de la carne por nuevas herramientas y puntas de flecha en Mina Negra.
Yo les seguía en silencio y les observaba con atención. A pesar de sus muchos intentos por dejarme claro que solo era un *omega* tonto con demasiada confianza en sí mismo, yo no paraba de sonreír. A un paso de distancia, miraba sus cuerpos, sus colas lobunas balanceándose de lado a lado, y pensaba en lo bien que me lo iba a pasar y lo mal que me iba a portar.
Martillo y Clavo eran justo lo que necesitaba.
—¿Te vas a cambiar antes?—le preguntó Lupo a su hermano tras haber dejado el animal muerto colgado en el almacén; una caverna natural, fría y seca, en la que conservaban la carne.
Polu tenía la armadura de cuero y el jubón de lana azul manchados de sangre, sobre todo en los hombros, donde había cargado el corzo.
—No, después me doy un baño y ya está —respondió.
Había una increíble sutileza en la forma en la que no dejaban de mandarme mensajes: «no eres tan bueno como para que nos molestemos en tener una buena imagen». Eso es lo que querían decirme con aquello.
—Podemos ir por el camino de arriba y pedirle a la vieja Conia un poco de jabón.
—Mmh, sí. Quizá le quede alguno de grosellas y flores.
«No tenemos prisa alguna por limpiarte, así que daremos una vuelta estúpida y te jodes».

—¿Empiezo yo y tú calientas el agua del baño?
—Sí, empieza tú y después terminas de llenar la bañera.
«Ya estamos pensando en lo que hacer cuando hayamos terminado».
Tras una eterna media hora de camino y tonterías, al fin alcanzamos su casa. Era igual a todas las demás, con esa arquitectura vikinga en madera, afilados techos a dos aguas y varios pisos de altura. Pero lo importante era que estaba en la punta oeste del poblado, lo más lejos posible de las curtidurías y mataderos, así que no olía tan mal.
Lupo abrió la puerta y ambos al fin se giraron para mirarme por primera vez. Yo seguía allí, a sus espaldas, con las mochilas a los hombros y una ligera sonrisa en los labios.
—¿Sabéis, chicos? Tenía una ligera idea de lo cabrones que podrías ser, porque sois muy sexys y unos buenos *alfas* —les dije—. Lo que no creía es que fuerais tan estúpidos.
Por supuesto, ellos se rieron. Palabras, solo eran palabras… por ahora.
Sin esperar invitación, entre en la casa y tiré las mochilas a un lado, sobre el suelo de madera. El interior era tan nórdico como el exterior, con columnas talladas, una hoguera central con cocina, infinidad de pieles por todas partes, una enorme cama al fondo y una notable colección de armas colgando de las paredes.
Olía un poco a cuero, un poco a ceniza y un poco a humo; pero eso iba a cambiar pronto.
Con un murmullo interesado y un paso firme, me dirigí a la cama y me desnudé, terminando por dejarme caer sobre las pieles que la cubrían. Los gemelos se miraron, volvieron a compartir otra de aquellas sonrisas prepotentes y, por fin, Lupo se acercó a mí. Se detuvo a los pies de la cama y, con calma, empezó a quitarse su armadura de cuero.
—Ponte de espaldas, me gusta más a…
No pudo terminar de hablar, ni siquiera pudo quitarse del todo la armadura, porque con mi cola alrededor de la cintura, le había arrojado sobre la cama. Entonces me puse a horcajadas sobre su pecho y, agarrándole de la melena blanca, le di una última advertencia.
—No me gustan las excusas, así que ni te esfuerces.
Eso fue todo. Después me senté en su cara y ahogué a Lupo entre las nalgas. De su garganta brotó un profundo gruñido de placer y, con sus manos de garras negras, me apretó los muslos. Empezó a lamerme con ansia, porque ya estaba mojado. Rápidos lengüetazos en el ano, más intensos y profundos a medida que yo empezaba a jadear y mojarme más y más. Debió parecerle divertido, hasta que, con un escalofrío de arriba abajo, se me escapó un ligero chorro de líquido que sorprendió al *alfa*.
De pronto se quedó parado y apretó con más fuerza mis muslos. Lupo estaba empezando a entender que ya no eran solo palabras y promesas vacías.
—Oh, sí… —sonreí, tirando de su melena para que continuara limpiándome—. No tenéis ni idea de dónde os habéis metido…
Aquella no era la experiencia con gemelos que me había imaginado que tendría, pero no me importó. Hay momentos en los que el placer toma un rumbo un tanto macabro y el hecho de dar una lección a dos *alfas*, es casi tan excitante como un trío. Lupo fue el primero en aprender eso, inmerso en una lucha encarnizada por la victoria; movía la lengua, chupaba y gruñía, pero siempre había más y más que limpiar.
—No, no, no —me negué, jadeando y sonrojado, porque tras diez largos minutos el *alfa* quería apartar la cabeza y yo ya estaba muy cerca del orgasmo—. Estoy a punto de llegar.
Agarré sus muñecas y las pegué a la cama sobre su cabeza mientras, moviendo la cadera, me restregaba contra su rostro. Gemí más fuerte y, cuando aquella dulce sensación me llenó por completo, solté un grito y encogí el vientre.

Lupo no se movía, pero no estaba muerto, solo a punto de reventar. Cuando aparté mi culo de su cara, sus ojos estaban húmedos y miraban perdidos a un punto del techo. Respiraba con dificultad y tenía la boca empapada y enrojecida, tan mojada que el líquido se le escurría por la barbilla y el rostro. Se había corrido bajo los pantalones de cuero y, por lo deshechas que estaban las mantas, debió haber movido las piernas sin parar.

—Mmh… —murmuré, observando aquel pequeño desastre antes de darme la vuelta.

Polu estaba de pie en mitad de la casa, con la boca entreabierta y un cubo de agua ya fría entre las manos. Lo había mirado todo y estaba completamente duro bajo su ajustado pantalón de cuero. Salí de la cama y me acerqué a él. Sus ojos grises no se apartaron de mí y, cuando salté para agarrarme a su cuerpo, no dudó en dejar caer el cubo y agarrarme de las piernas. Con los brazos alrededor de su cuello y una macabra sonrisa en los labios, le pregunté:

—¿Qué debería hacer contigo ahora?

—Lo que quieras… —respondió con una fina sonrisa.

Le di un suave toque en la nariz y asentí.

—Así me gusta…

Polu me llevó a mi segundo orgasmo de la noche; al contrario que su hermano, que solo me había «ayudado». Polu había tenido la oportunidad y el tiempo para tomarme en serio, así que, dejando el orgullo a un lado, solo quiso disfrutar y llenarse por primera vez en su vida. De rodillas en el suelo y con mis piernas sobre sus hombros, cargaba mi peso contra la pared de la casa y me limpiaba con una necesidad acuciante y una violencia feroz. Gruñía, agitaba la cabeza y gemía de puro placer cada vez que conseguía arrancarme un poco más de líquido omegático.

Cuando terminé alcanzando el orgasmo, él ya se había corrido dos veces.

Con cuidado, me dejó en el suelo y se quedó respirando profundas bocanadas de aire. Sonreía en mitad de una boca empapada y brillante, pero ya no era un gesto condescendiente, sino de pura felicidad. Su frente estaba perlada de sudor y su cola de lobo se deslizaba lentamente de lado a lado como si quisiera barrer el suelo de madera.

Todo olía a menta y miel, ellos estaban llenos y yo totalmente limpio por primera vez en dos semanas.

Tomé una bocanada de aire y suspiré.

—Ha sido divertido —reconocí, yendo a buscar mi ropa. Me vestí con calma y después recogí las mochilas—. Mandarme el ciervo al Pinar —añadí antes de cerrar la puerta a mis espaldas.

Ya era noche cerrada y las únicas luces que alumbraban Refugio de la Garra eran las de los farolillos y las que salían del interior de las casas. Un agradable viento recorría la villa y una enorme luna iluminaba el cielo entre las nubes. Me sentía extraordinariamente bien, orgulloso y relajado.

Eso era importante, porque en el mundo *beta* jamás me había sentido así. Solo allí, en La Reserva.

Donde había *alfas*.



La última tormenta de la primavera dejó a su paso un mundo verde y repleto de color. En apenas

unos días, los charcos se secaron y el mundo pareció estallar en una orgía de flores y frutos silvestres. Era la época del renacimiento, de la abundancia y, al parecer, del gran festival de Vega de Miel, en Prado Dorado.
—Tenemos que ir, Mentita.
—Benny… —murmuré mientras negaba con la cabeza. Ordenaba el montón de cartas que acababa de llegar y escuchaba al *omega*-conejo dar largas zancadas de un lado a otro de la habitación—. Es un viaje que dura varios días y, de todas formas, ninguno de los dos quiere un *alfa* de Vega de Miel.
—Eso no importa —insistió con un gesto cortante de la mano—. Tienen que vernos por allí, dejarles saber que El Pinar tiene a los mejores *omegas*.
Puse los ojos en blanco y terminé de llenar mi mochila.
—No voy a ir —concluí—. Tengo trabajo que hacer y no me interesa visitar esa villa junto a todos los demás.
—El Festival de Primavera es enorme, vendrán *omegas* de todas partes —me aseguró—. Hay música y juegos y pruebas… es como unas pequeñas Alfarias. ¡Tenemos que ir!
Me giré hacia él y me subí la mochila al hombro.
—Arda me dijo que también pasaban cosas… especiales —arqueé las cejas—. No entiendo por qué insistes tanto si ese festival es todo lo que odias.
—Ah, sí, bueno —murmuró, echando un vistazo a un lado y cruzándose de brazos—. Pasan cosas, pero es parte del festival.
—Vaya… empiezo a creer que quieres ir solo por eso.
—No quiero ir solo por eso —me aseguró con un tono frío—. Yo no lo necesito, ni tú tampoco, pero forma parte de la celebración y no pasa nada.
—¿Estáis hablando del Festival? —nos sorprendió de pronto una voz aguda y musical.
Ambos nos giramos al momento en dirección a la entrada sin puerta que llevaba a lo que, en teoría, los animanos consideraban una biblioteca. Líbere estaba allí, como siempre, en el momento menos oportuno y cuanto menos se le necesitaba.
—Piérdete —le dijo Benny, aunque casi se lo escupió—. Lemér y yo estamos teniendo una conversación privada.
El *omega* parpadeó, agitando sus largas pestañas blancas, y miró intermitentemente hacia Benny y hacia mí. Parecía sorprendido de que le hubiéramos respondido de forma tan seca y cortante, como si no recordara ya lo sucio que había jugado para quedarse con Bullo, el *alfa*-bisonte.
—Oh, lo siento —murmuró—. No quería interrumpir, pero acabo de llegar para ordenar un poco la biblioteca y no pude evitar escucharos —y se señaló sus largas orejas de liebre.
—Vaya, cuando te llamo yo para que me ayudes con los libros, nunca me oyes —sonreí.
Líbere me miró un segundo o dos y después soltó una de esas risitas cantarinas y melodiosas. Con paso decidido, se acercó a la mesa de los cestos con cartas y dio un pequeño salto para sentarse en el borde.
—Ya me han contado las buenas noticias… —dijo en un tono más bajo antes de guiñarme un ojo cómplice.
—¿Qué buenas noticias? —exigió saber Benny, de brazos cruzados y expresión muy seria.
—¿No se lo has contado? —Líbere sonó sorprendido y sonrió—. ¡Lemér le ha sacado barba a mis hermanos!
Benny arqueó una fina ceja negra y me miró.
—¿A cuál de su docena de subnormales hermanos *alfa* le has sacado barba, Mentita? —quiso saber.

—A Lupo y Polu —respondió Líbere por mí, muy emocionado, como si fuera algún tipo de éxito personal suyo haber conseguido que aquello ocurriera.
Benny pareció sorprendido, pero no le dio el placer a Líbere de regodearse en aquel inesperado gesto de su parte.
—Martillo y Clavo —murmuró sin apartar sus ojos azules de mí, entonces ladeó el rostro y se encogió de hombros—. No está mal… pero Refugio de la Garra sigue siendo una mierda de villa.
—No, qué va —respondió Líbere a mi lado en la mesa—. La Garra es un lugar maravilloso. Siempre hay algo que hacer, alguien con quien estar y muchas actividades para entretenerse. A Lemér le gustan mucho esas cosas, él viene del mundo *beta*. Allí también hay grandes villas llenas de gente, ¿a qué sí?
—Sí, algo así —murmuré sin muchas ganas.
Sonreía, pero sabía que Líbere escondía algo, porque ese *omega* no daba punzada sin hilo.
—¡Pues Refugio es casi igual! —exclamó él, alzando las manos en alto y balanceándose sobre el borde de la mesa—. Celebran muchas fiestas, hay toda clase de tiendas y…
—Y huele a mierda —le interrumpió Benny—. Yo también he crecido allí, no te olvides.
—No huele tan, tan mal —respondió Líbere—. Además, mis hermanos son los mejores cazadores y viven en Dos Puentes, al otro lado de las curtidurías y mataderos.
—Dos Puentes no es la mejor zona de Refugio de la Garra —me aclaró Benny tras un resoplido —. La mejor zona es Gruta de Piedra, ¿y sabes quién vive allí? Cani y Nica.
—Cani y Nica… tus primos —dijo Líbere, ya no tan feliz e inocente.
Benny se limitó a encogerse de hombros y mirarse las uñas de la mano con total indiferencia.
—Si tanto te apetece hablar de los gemelos de la Garra, vamos a hablar de los que realmente merecen la pena —murmuró—. Cani y Nica tienen una importante industria y no vuelven a su casa apestando a sangre y muerte.
—Hacen jabones —le cortó Líbere antes de mirarme fijamente—. Cani y Nica van al bosque, recogen flores y hacen jabones con la grasa de los animales.
—Los mejores jabones de Mil Lagos —añadió Benny—, se los piden incluso en El abrevadero y El Trigal y La Madriguera.
—Lupo y Polu…
—Ya, vale —les interrumpí, a ambos, antes de dirigirme a la salida—. Me encantaría quedarme, pero tengo que llevar esto a Jabail, ya hablamos a la noche.
Oí pasos a mis espaldas y después un cortante:
—¿No tenías que ordenar los libros? —seguido de más pasos descendiendo las escaleras del Hogar para reunirse a mi lado—. Mentita —me dijo Benny en voz más baja—. No te fíes de Líbere, quiere emparejarte con sus hermanos y dirá lo que haga falta para convencerte.
Tomé una bocanada de aire y eché una rápida ojeada al Pinar. Siempre había actividad por aquel lugar, *omegas* tomando el sol, paseando, charlando, jugando a algo para entretenerse o acicalándose.
—¿Desde cuándo los *omegas* toman partido en las relaciones con los *alfas*? —quise saber—. Porque eso es nuevo…
A Benny se le saltó la risa.
—Por el Todo, Mentita, cómo se nota que no tienes un padre o madre *omega*… —se rio un poco más y negó con al cabeza—. Son peores que los *alfas*…
Fruncí el ceño y giré el rostro para mirarle.
—¿Qué quieres decir?
—Los padres *omegas* hacen todo lo que esté en sus manos para que sus crías sean felices —me

aseguró—. Y ningún padre quiere que sus pequeños terminen solos. ¿Lo entiendes?
No, no lo entendía, porque cada mes que me pasaba en la Reserva, parecía esconderme una nueva sorpresa. Capas sobre capas sobre capas de complejidad social.
—¿Y la madre de Líbere le ha pedido que me hable bien de sus hermanos?
—Por supuesto que sí —me aseguró—. Martillo y Clavo habrán aparecido con una barba después de años sin ella y a su madre se le habrá activado todas las alarmas y se habrá puesto en «modo destrucción madre *omega*».
Aquello me hubiera hecho gracia, pero no en ese momento.
—Espera, espera… —murmuré, negando con al cabeza—. Los *omegas* emparejados de las villas jamás me han dicho nada, siempre son muy educados y se quedan al margen cuando los *alfas* solteros se ponen pesados y tontos. Ninguno de ellos trató nunca de venderme a sus crías.
—No, claro que no, ¡eso sería muy humillante para sus hijos *alfa*! —dijo él, de nuevo, como si fuera algo obvio que yo ya debiera saber—. Otra cosa es que les hayas sacado barba… entonces es cuando atacan como putas hienas hambrientas.
—No… —solté una exhalación y miré al frente, agachándome justo a tiempo para no darme un golpe con el canal de agua que cruzaba sobre nuestras cabezas.
Ser un *omega* grande en El Pinar tenía sus incomodidades, porque todo estaba hecho para una media de un metro cincuenta y cinco de altura.
—A ti no te oigo quejarte de el padre o madre de Cervo —dije al fin.
—¿Qué no? —exclamó, completamente indignado—. ¡Me he pasado horas hablándote del puto Huro y lo rompehuevos que es!
Huro era el *omega* al cargo de Presa de Arce y, en efecto, se había pasado horas y horas, cena tras cena, quejándose de él; pero lo había hecho por varias razones y, siendo sinceros, Benny se quejaba siempre de todo.
—Creí que le odiabas porque ya no manda al Pinar la suficiente miel y dulces de almendra —reconocí—. En ningún momento me has dicho que fuera el padre de Cervo.
—¿Y por qué crees que no manda tanta miel y mis dulces favoritos? ¡Porque quiere que vaya a Presa a buscarlas! —fue su respuesta—. Así estaré más tiempo con Cervo.
Aquello… sonaba un poco raro. No quería ser malo, pero quizá la alta autoestima de Benny le estuviera jugando una mala pasada. Huro me había parecido un alcalde-*omega* encantador y súper educado; no me imaginaba conspirando de esa forma y usando su poder político para «forzar» a Benny a verse más con su hijo.
—No sé… —murmuré. No quería ofenderle, pero, a ver, sonaba raro—. Quizá sea solo coincidencia.
—¿Coincidencia? —el *omega* frunció el ceño y ladeó el rostro—. Mentita… ¿cómo es posible que no hayas notado las sucias estrategias de los padres *omega* después de haberle sacado una barba tan larga a ese misterioso *alfa* tuyo?
—Emh… —mierda—. Es que… él también vino del mundo *beta*. No tiene padres en La Reserva.
Benny soltó un murmullo y, gracias a Dios, asintió varias veces.
—Tuviste suerte, entonces —me aseguró—. Porque los únicos padres *omega* que no se meten en la vida de sus hijos son los que no están… o los que han dado a luz un *salvaje*.
Arqueé las cejas y fingí estar sorprendido.
—Vaya, pues sí, qué suerte tuve.
Benny se llevó las manos tras la cabeza y siguió caminando a mi lado por el paseo del Pinar. Ya casi habíamos alcanzado el linde con el bosque exterior, pero no parecía dispuesto a rendirse y

darse la vuelta.
—Pues ahora ten cuidado —me dijo—. Los padres *omega* del Refugio son lo peor de lo peor.
—La verdad, solo quiero pasarlo bien con un par de gemelos —reconocí—. No es mi intención empezar ninguna guerra con una suegra insoportable.
—Pff… Mentita —resopló Benny antes de sonreír y volver el rostro en mi dirección—. Llevas poco tiempo aquí y estás empezando solo a arañar la superficie del retorcido mundo que es ser *omega* en La Reserva. Y no un *omega* cualquiera, sino una de Las Joyas del Pinar.
—Para ya con esa mierda —le pedí—. Es estúpido.
—Es verdad —insistió, apartando una mano de detrás de la cabeza para clavarme un dedo en el hombro y apretar—. Olemos muy bien y somos el premio a ganar, así que esos padres se volverán incluso más insoportables.
—No tengo tiempo para eso —respondí.
—Es lo que hay Mentita. Nosotros somos la mayor presa de La Reserva, y los *alfas* no son los únicos que nos quieren cazar… ni los más insistentes. ¡Por eso siempre te digo que tengas cuidado al sacarles la puta barba! —terminó exclamando—. ¡Deja de bañarles la cara y contrólate!
—No les «baño» la cara —me defendí, aunque, sinceramente, sí que lo hacía—. Pero me mojo mucho y tardan un poco en limpiarme bien. ¡Se llenan muy rápido!
Benny abrió mucho los ojos y se quedó un momento sin palabras. Después agitó la cabeza y sus largas orejas negras y levantó las manos en alto.
—No… —jadeó—. No, no, no, no. ¡Mal, Mentita! ¡Lo estás haciendo maaaallll!
Tomé una bocanada de aire y miré al cielo, a las lejanas ramas y las altas copas de los árboles.
—Para ti siempre lo hago mal —murmuré con un tono cansado.
—¡Porque lo haces mal! —insistió—. ¡No puedes llenar a los *alfas* cada vez que les visitas! ¿Estás loco?
—¿Por qué no puedo? —quise saber—. Que yo sepa, les encanta.
Al menos, a Tigro le chiflaba.
Benny no respondió al momento, sino que esperó a que un grupo de omegas pasara de largo, a los cuales saludó con un altivo movimiento de cabeza y un murmullo bajo. Solo cuando alcanzamos el camino del bosque, continuó:
—Sí, claro que les encanta. Les encanta pensar que ellos son especiales y les aterra no ser lo suficiente buenos. ¿No lo entiendes? ¡Si les llenas todo el rato les mandas el mensaje equivocado! ¿Cómo no puede entender algo tan simple? Les estás diciendo: Ey, soy Mentita, soy subnormal y te voy a dejar creer que eres el único *alfa* que visito. Ah, espera, ¿que te llenas antes de que esté limpio? Uy, espero que no te sientas intimidado y como una mierda por no poder tragarte toda mi *baba omega*…
Me detuve en seco y me enfrenté a su mirada seria.
—Ya me he pasado toda mi vida soportando que me dejen insatisfecho, Benny, y ya no me sale de los cojones callarme y aguantar. Si no puedes conmigo, lárgate —le dejé bien claro—. Hay mil *alfas* más esperando.
—No, sí. Sí, sí, sí —terminó asintiendo profundamente y alargando las manos para garrarme de los brazos—. En eso tienes toda la puta razón, Mentita, y es por cosas como esta que te estoy empezando a respetar como a un igual; pero tienes que empezar a ser inteligente. A ser *sutil*.
—No quiero ser sutil —le aseguré—. Quiero que me limpien y me hagan correrme.
—Sí —volvió a asentir, apretándome más fuerte los brazos—. Lo sé… pero escúchame. Si haces eso les vas a sacar la barba muy, muy rápido. Y cuanto más larga tengan la barba, más cabrones

se van a volver. Tienes que controlarte, tienes que visitarles, dejar que te limpien y guardarte un poco para el siguiente. Así, vas repartiendo la barba entre tus *alfas* y los mantienes controlados. Que te «limpien» no significa que te «vacíen».
—Ah, ¿no? —fruncí el ceño. Eso era exactamente lo que yo creía que significaba.
—No, no lo es —dijo Benny, más calmado que antes. Al fin me soltó los brazos y se llevó de nuevo las manos tras la cabeza—. ¿Ya te están intentando follar, a que sí? —preguntó.
—Eh… sí, claro. ¿No es lo normal?
—No. Lo normal es que te limpien durante un par de semanas hasta que se atrevan a intentar metértela. Sin embargo, les has sacado una barba tan rápido que se han saltado todo ese mes de cortejo y han ido directos a intentar meterla. ¿Sabes por qué? Porque ya tienen una barba de un centímetro y se creen con derecho a ello. Si no se lo das, dejarán de limpiarte.
—Bueno, ¿y qué? Hay más *alfas*, ¿no? —murmuré.
—Ya… Dime, ¿cuántos *alfas* como Martillo y Clavo conoces?
Y ahí estaba.
—Ah… —comprendí, porque eso era algo que ya me había advertido un buen par de veces—. Los buenos *alfas* no duran mucho solteros…
—Exacto. A los pocos días, ya tienen otro *omega* encima —me aseguró—. Tú no sabes nada, Mentita. Te crees que todos los *alfas* son iguales, pero no lo son. Como los *omegas*: los hay buenos y malos. Siempre puedes conformarte con el primero que esté libre, pero, que yo sepa, tú no eres de esos… ¿a qué no?
—No…
—Pues es mejor que dejes de hacer el gilipollas y controles ese culo tuyo, porque si no quieres perderlos, cuanta más barba les saques, más atención tendrás que darles.
Quise decir algo, pero solo pude resoplar. Había estado bastante seguro de que los *domados* eran mucho más fáciles, de que lo que yo estaba haciendo era «lo normal»; pero de lo que me estaba empezando a dar cuenta era de que mi percepción estaba completamente nublada debido a mi experiencia con Tigro.
Culpa mía por elegir a un *salvaje* como primer *alfa*.
—¿Y ahora qué hago? —quise saber.
—¿Ahora? Nada, Mentita —se encogió de hombros—. Ya es tarde, no puedes quitarles la barba que les has dado a no ser que les dejes de visitar.
—Entonces, tengo que ceder —concluí.
—Si te interesa mantenerles a tu lado, sí; pero con límites —añadió, entrecerrando los ojos—. Tampoco te dejes someter. Vete dándoles incentivos, pero mantén la cabeza fría.
—¿Sabes, Benny? En el mundo *beta*, si quería follar con un hombre, simplemente lo hacía y ya está, sin tener que jugar a ningún estúpido juego.
—Ya, pero en el mundo *beta* no hay *alfas*.
Ahí tuve que darle la razón.
—No, no los hay…
—Los *alfas* son unos cabrones de mierda, Mentita, pero son *alfas* —y con eso quiso decir mucho más de lo que realmente significaban sus palabras.
Tomé una profunda bocanada del aire fresco de la mañana y lo solté con un suspiro.
—Putos *alfas*… —murmuré.
No había nada como ellos.

UN PRÍNCIPE DE CORONA ASTADA

—Buenos días, Jabail —le saludé.

No le había oído y no le había sentido hasta que había estado demasiado cerca. Justo a mis espaldas, observándome mientras llenaba de cartas y paquetes ese buzón tallado en la piedra. Ya tenía bastante claro que al *salvaje* le gustaba sorprenderme y asustarme, porque siempre hacía lo mismo y siempre sonreía cuando le lanzaba una patada del susto.

Con los brazos cruzados, se dejó caer sobre la piedra a mi lado y produjo un leve gruñido de garganta mientras me dedicaba un asentimiento a forma de saludo.

—Ya he buscado el libro que me pediste, pero, al parecer, lo tiene algún *alfa* de Cauce Rápido, así que tardará una semana más en llegar —le expliqué—. No sé si podrás soportar el suspense después de que el Detective Zorro descubriera que el Alcalde de Cresta Nevada era el auténtico cerebro detrás de las desapariciones…

Jabail puso los ojos en blanco y balanceó la cabeza suavemente, moviendo su extraño pelo grueso y de tonos marrones. Apartó la mano para señalarse el pecho abultado y después la frente.

—¿Ya lo sabías? —deduje que quería decir, a lo que él asintió con orgullo—. Aha, así que eres más astuto que el mejor detective de La Reserva, el famoso *alfa* Zorro de Dos Picos.

Jabail resopló y, apretando los puños, resaltó sus enormes bíceps. Ese era el gesto que siempre usaba para decir: «soy un enorme y fuerte *alfa salvaje*».

—Claro, claro —asentí, terminando de vaciar la mochila—. ¿Y crees que si no fueras un salvaje irías de villa en villa resolviendo misterios y dejando atrás corazones rotos?

Jabail asintió sin dudarlo, a lo que yo respondí con una leve carcajada.

—Vale, gran detective Jabail. ¿Tiene usted cartas para que me lleve de vuelta?

El *salvaje* se metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de cartas para mí, las cuales guardé en la mochila. Después, sacó otra hoja del bolsillo y me la entregó personalmente. Arqueé un instante las cejas y acepté el papel doblado antes de abrirlo y leerlo.

«Hola, Lemér. Tengo algunas preguntas que hacerte»

1. ¿De verdad te has leído Los Misterios del Zorro, o solo finges que sí para llamar mi atención? Lo cual, entendería perfectamente.

—De hecho, me he leído solo dos, los últimos. Me entró la curiosidad cuando dijiste que eran tan buenos —respondí a la primera pregunta—: «El Alfa de las Nieves» y «El Secreto de Pico Blanco». Quizá me lea el tercero cuando lo termines, porque odio empezar algo y no saber el final; pero te aseguro que me parecen una mierda.

2. ¿Vas a ir al Festival de Vega de Miel?

—No, no tenía pensado hacerlo, así que tranquilo, te traeré las cartas los mismos días de siempre.

Jabail asintió y, con su dedo de uña negra, palpó la hoja para que leyera una frase en concreto, la 3.3, porque el *alfa* había añadido opciones dependiendo de la respuesta que le hubiera dado a la

anterior pregunta. De haberle conocido desde hacía poco, aquello me hubiera impresionado, pero no ahora. Jabail era de esas personas de mentalidad meticulosa y ordenada que no dejaban nada al azar.

> *3.3. Me alegra saber que no quieras perder el tiempo con estúpidos alfas de Colina Dorada. Por favor, ven a entregarme las cartas los mismos días de siempre, me agrada mucho tu firme horario de entregas. Sin duda sabías eso de mí y, te puedo decir con total seguridad, que has conseguido llamar mi atención.*

Cuando levanté la mirada del papel, vi la fina sonrisa de Jabail, de enormes colmillos inferiores, como los de un orco.
—Me fascina que me digas estas cosas cuando aún hueles al *omega* que has limpiado esta mañana —reconocí.
El *salvaje* abrió la boca y echó atrás la cabeza, como si se estuviera riendo sin producir sonido alguno. Entonces me señaló con el dedo y se dio un par de toques en la barriga abultada bajo el jubón de lana.
—¿Aún tienes sitio para más? —deduje que quería decir, a lo que él asintió antes de guiñar el ojo —. Ya… verás, Jabail —respondí mientras me recolocaba la mochila al hombro—. Yo no soy como esos *omegas* que te visitan. Conmigo necesitas un estómago vacío y mucha fuerza de voluntad.
Mis palabras no asustaron al *salvaje*, por supuesto, quien, al contrario, pareció más interesado que nunca. Acercándose un pequeño paso hacia mí y alzó la cabeza; como si estuviera aceptando el reto que acababa de proponerle. Con un dedo me señaló a mí, después su entrepierna abultada, después a sí mismo y, finalmente, a mí de nuevo. «Tú me la comes y yo te limpio». Pura elegancia de *alfa salvaje*.
—Quizá otro día —respondí, ya alejándome en dirección al valle—. Ahora estoy ocupado.
Jabail no se movió, con una fina en sus labios, se despidió de mí con un asentimiento. El *alfa* estaba seguro de que solo me estaba haciendo el difícil y que, evidentemente, me estaba muriendo de ganas por tenerle para mí solo. Y, la verdad, Jabail era muy atractivo y grande, pero mi cupo de *salvajes* ya estaba lleno para el resto de mi vida.
Ahora mismo, tenía otros *alfas* de los que ocuparme.
Del territorio de Jabail a Presa de Arce solo había cuarenta minutos de carrera entre las copas de los árboles, lo que se podría traducir en una hora a pie al ritmo animano, o a hora y media a ritmo *beta*. Así que, teniendo en cuenta las dimensiones y distancias entre las villas de Mil Lagos —donde el mínimo de viaje era de una hora—, se podría considerar que Presa estaba muy cerca del territorio de Jabail.
Cuando llegué, ni siquiera estaba sudado. Salí de entre las copas de los árboles y caí justo en el centro de uno de los puentes colgantes. La villa se extendía por el bosque a los lados de la presa y allí vivían la mayoría de *omegas* y crías; sobre todo los que, como yo, eran arborícolas. Era un espacio muy agradable y, curiosamente, familiar, ya que Copas —en El Pinar— era prácticamente una copia de la villa boscosa de Presa de Arce.
—Hola, buenos días, estoy buscando a Adil —le dije a un grupo de *omegas* emparejados que encontré en lo que, jamás en mi vida me habría imaginado, era un parque infantil para animanos.
Allí había lianas colgantes, hamacas entre las ramas, puentes, columpios… y todo a unos diez metros del suelo. Las crías saltaban de un lado al otro, reían, juagaban y las madres y padres charlaban tranquilamente mientras sus hijos estaban a solo un error de caer estrellados contra el suelo.

—¿Adil, dices? —preguntó un *omega-mono*, de larga cola y barba morena hasta las mejillas—. Hoy tiene turno en las cocinas.
—Gracias —sonreí antes de retomar mi camino.
Crucé otro puente colgante, bajé una liana y, por primera vez desde que había salido del territorio de Jabail, toqué el suelo. Las cocinas estaban en la base del enorme muro de madera que era la presa. Allí usaban la energía hidráulica de los molinos para casi todo: procesar la madera, moler el grano, amasar o incluso alimentar el fuego de los hornos. Que los animanos vivieran estancados en la edad media, no quería decir que no tuvieran una… arcaica tecnología hecha en madera y cuerdas. No era nada espectacular, pero era útil y eficiente.
Nadie quiere producir más de lo necesario cuando, realmente, no hay nadie a quien vendérselo; así que el objetivo de la industria en La Reserva no era, ni de lejos, el mismo que en la sociedad *beta*.
—Hola, buenos días, estoy buscando a Adil —repetí al alcanzar la enorme entrada de las cocinas.
Allí dentro hacía calor y olía a algo delicioso.
Dos *alfas* emparejados, de largas barbas y numerosas cuentas, dejaron de amasar pan y se giraron para mirarme.
—¡Adil! ¡Hay un *omega* del Pinar que quiere verte!—exclamó uno de ellos, un úrsido, por supuesto.
Una mujer a lo lejos, la cual cortaba fruta junto a más *omegas*, levantó la cabeza y me miró. Su primera reacción fue fruncir el ceño y limpiarse las manos en el mandil que le cubría la ropa. Con su enorme cola de ardilla tras ella y una expresión preocupada, se acercó a mí.
—¿Ha ocurrido algo? —me preguntó—. ¿Está bien Arda?
—Sí, está muy bien, pero me pidió que te entregara esto —respondí, sacando una carta de la mochila para dársela.
Adil, la madre de Arda, puso entonces los ojos en blanco y terminó por sonreír.
—Cada generación buscáis peores excusas —me acusó, señalándome con una carta que, ella sabía, no era ni remotamente importante. De hecho, Arda la había escrito delante de mí y solo había puesto: «mándame más bollos de almendra».
No pude más que encogerme de hombros y sonreír.
—No fui idea mía, lo siento mucho.
La mujer me hizo un gesto para que me fuera y negó con la cabeza.
—Venga, ve a ver a los *alfas*… —murmuró.
Y eso hice. Antes no hubiera sucumbido a los «sabios consejos de Benny» sobre cómo o cuándo ir a las villas, pero últimamente le estaba empezando a prestar más atención y a seguir alguno de ellos. El *omega* había tenido razón: yo no sabía nada del mundo animano y las costumbres de La Reserva, y dar palos de ciego no me estaba ayudando en absoluto.
Ya tenía al enorme Buyú —que parecía tonto— intentando metérmela a cada ocasión que podía; y a dos gemelos de la Garra a los que, por querer darles una lección de honestidad, les había llenado un par de días seguidos. Ahora ya tenían una barba blanca de casi un centímetro cada uno y se me echaban encima como un par de lobos hambrientos cuando me veían.
No es que me quejara de ello, porque siempre podía dejarlos, era solo que… no había huido de una relación seria con Tigro solo para caer otra vez en el mismo problema.
Por ello, en esa ocasión seguiría el consejo de Benny: me tomaría mi tiempo, abriría horizontes y le daría una oportunidad a *alfas* que, dijera lo que dijera el *omega*, no acababan de convencerme.
—Hola, Lemér —me dijo una voz calmada y grave—. Vaya sorpresa más agradable.

Giré el rostro y miré a Ierv, el *alfa*-ciervo. Era alto, era guapo, tenía una enorme cornamenta y una sonrisa perfecta. Su aura de nobleza le rodeaba y le daba una imagen serena y distinguida, pero eso era algo que a mí seguía sin cegarme. «Abre la mente, Lemér», tuve que recordarme. «Quizá te estás perdiendo algo que no eres capaz de ver a simple vista».

Porque lo que veía a simple vista era un *alfa* muy guapo, muy estirado y con una entrepierna muy decepcionante.

—Hola, Ierv. No esperaba verte —mentí, porque había subido al último piso de la presa, lo más cerca posible del Molino Norte donde él trabajaba—. ¿Qué tal estás?

—Estaba bien, pero ahora que te he visto, estoy incluso mejor —sonrió un poco más y se acercó un distinguido paso hacia mí, observando las preciosas vistas desde lo alto de la Presa—. ¿Te gustaría dar ese paseo que habíamos dejado aplazado?

—Emh… —me lo pensé un momento y, tras una dura decisión, respondí un vago—: Sí, supongo que sí. He venido corriendo a entregar una carta urgente, así que tengo un poco de tiempo.

Ierv ladeó el rostro y me miró, pero no dijo nada al principio, solo se quedó mirándome en silencio.

—Vaya… espero que no haya pasado ninguna desgracia.

—No que yo sepa.

El *alfa* asintió y, por un momento, sus ojos azules descendieron hacia mis labios y después de vuelta a mis ojos.

—Me encantaría saborear algo delicioso, ¿y a ti, Lemér?

Me llevé una mano al rostro y me rasqué el bigote, pero solo quería ocultar la risa que me había entrado al oír aquello. Ierv empezaba a hablar como si estuviera en mitad de una novela erótica animana: «Cincuenta Sombras de Ciervo».

—Mmh… ¿de qué estamos hablando? —pregunté—. Porque lo has dicho como si hablaras de saborearte a ti.

Ierv se rio un poco, con una risa suave y controlada, de esas que te achinan un poco los ojos y casi pareces jadear.

—Si es lo que quieres, no voy a negarme —respondió, sacando una mano de detrás de la espalda para ponerla en el reposabrazos del mirador de madera—, pero me refería a visitar la cantina de Presa de Arce. Tenemos té de Hierba Cálida, la mejor miel y muchos dulces.

—Pues suena bien —reconocí—. Vamos a probar ese té.

Ierv asintió y, con su mano libre, me señaló la dirección, invitándome a ser el primero en caminar. El gesto resultó encantador y educado, pero yo sabía que, nada más darme la vuelta, me echaría una buena ojeada de arriba abajo. Los cérvidos eran lobos disfrazados de ovejas; y a mí eso no me gustaba, prefería los hombres directos y francos. Mirar a escondidas no te hace menos cerdo, solo más cobarde.

Pero el lugar al que me llevó, esa «cantina», resultó un lugar maravilloso y del todo inesperado. Una cabaña amplia en el extremo de la presa, pasando el puente colgante frente a la catarata que alimentaba el Molino Oeste. El lugar se parecía a… un Starbucks, pero en madera, con plantas por todas partes, mesas repartidas a intervalos regulares y sin paredes, así que había unas hermosas vistas al resto de la villa y al bosque a sus pies.

No había un cartel enorme con las bebidas, pero sí una sección reservada a los calderos en los que calentaban el agua y a los barriles en los que conservaban los tés; además de una mesa llena de dulces a elegir, una estantería repleta de tazas de cerámica y una selección de tarros de miel.

Cuando nos acercamos, me quedé esperando a que alguien nos atendiera, hasta que fue el propio Ierv quien cogió un par de cuencos de cerámica y se acercó a los barriles de té.

—¿Qué quieres tomar? —me preguntó.
—Oh, emh… lo que me aconsejes —respondí. Había muchos carteles y muchas mezclas de té y no quería pararme a leerlas todas.
—Depende lo que te guste —respondió él—. Hay té negro, té verde, té rojo… o, si te apetece algo exótico, también tenemos té de algas. No es mi favorito, pero lo pedimos de la comarca de Costa de Sal; a los *omegas* del Arrecife les vuelve locos.
—Pues yo no soy del Arrecife —respondí, señalando uno de los barriles—. Ese me vale.
—Frutos del bosque —asintió Ierv, como si me diera su aprobación—. Muy buena elección. Yo creo que tomaré… té con menta.
Puse los ojos en blanco, pero el *alfa* no pudo verme hacerlo porque ya estaba girado, tomando una cucharada de cada té en las tazas. Después, se acercó a una de las potas al fuego y vertió el agua hirviendo. Con los humeantes vasos en las manos, sonrió y me indicó una de las mesas libres en un extremo.
¿Era aquello una cita?, ¿estaba teniendo una cita con un *alfa* de La Reserva? Porque empezaba a parecerlo.
—Oye, Ierv, ¿cómo es que vosotros tenéis un lugar como este? —quise saber nada más sentarme en el taburete y mirar hacia el exterior—. Jamás había visto algo así en las demás villas.
—Oh, porque no lo tienen —no dudó en responder.
Me costaba creer que no lo tuvieran, pero preferí no insistir. No puedes pedirle a un *alfa* que sea imparcial a la hora de hablarte de las demás villas de la comarca.
—Bueno y… ¿a qué te dedicas? —pregunté.
Aquello me estaba resultando de lo más absurdo. Yo había ido allí a que me comieran el culo, no a tener una cita y beber té de flores.
—Trabajo en el Molino Norte, allí nos encargamos de fabricar el papel. El mejor de la Reserva —no dudó en añadir—. Con él se imprimen la mayoría de los libros de nuestra comarca y las vecinas.
—Oh, eso es interesante —reconocí—. ¿Y dónde está la imprenta? Siempre me lo he preguntado.
—La imprenta más cercana es la de Pozo Nocturno, en Cauce Rápido. Allí extraen carbón y minerales con los que hacen la tinta.
—Ahm… Entonces, de ahí salen todas las novelas guarras que tanto leéis.
Ierv se atragantó con el sorbo de té que había dado. Con el ceño fruncido, dejó la taza de vuelta en la mesa y me miró.
—Eso lo leen en las demás villas, aquí no.
—Ierv… —sonreí—. Soy el cartero del Pinar. Sé muy bien los libros que pedís.
El *alfa* se empezó a sonrojar, así que decidió fijar la vista en la taza humeante y dar vueltas a la malla de tela que hacía de colador.
—Hay mucho úrsido con muy poca decencia… —fue lo que dijo.
No tuve más que echar una rápida mirada para ver a los alfas-oso, tan ruidosos y escandalosos en la «tetería» como lo eran en cualquier otro sitio.
—Déjame decirte que tienes una cola realmente preciosa, Lemér —me dijo entonces, porque había aprovechado mi distracción para echarle una buena ojeada a mi rabo, moviéndose lentamente a mis espaldas y atrayendo la atención de algunos de los demás *alfas* solteros del local.
—Gracias —respondí—. Tú tienes un… unos cuernos preciosos, también.
—Oh —Ierv sonrió más—. Gracias.

Asentí y miré mi infusión de frutos rojos. Olía muy bien, pero estaba demasiado caliente para probarla.
—Y… —tome aire—. ¿Cómo… no te he visto nunca por El Pinar? —se me ocurrió de pronto.
—Ohm, ya. Yo no suelo viajar al Pinar, de eso se encargan los *alfas* que trabajan en el aserradero. Aunque fui a ayudar con la reconstrucción de Copas cuando se quemó.
Fruncí el ceño y le miré a los ojos.
—Es verdad, Copas se quemó —recordé de pronto, algo de lo que, por alguna razón, me había olvidado—. ¿Cuándo fue eso?
—Pues hará un par de meses ya —murmuró él, recordándolo—. Quizá incluso más de medio año.
—¿Y por qué se quemó? El Pinar es un lugar muy húmedo y en Mil Lagos llueve bastante, es raro que se hubiera propagado un incendio así.
—Muy buena pregunta —me felicitó, añadiendo un guiño y una sueva sonrisa al halago—. Seguimos el rastro del incendió hasta el Río Bravo, pero no pudimos avanzar al sur de allí.
—Tigro —murmuré al momento. Eso era lo que había más al sur de Río Bravo, el territorio de Tigro.
—Sí. Creímos que el *alfa salvaje* Tigro haya tenido algo que ver con el incendio, pero Capri no quiso investigar más al respecto, así que nos volvimos y nos centramos en la reconstrucción de Copas.
—¿Capri no quiso? —insistí—. Qué raro.
—No, en absoluto —negó el *alfa*—. De hecho, fue una decisión sensata. Meterse con un *salvaje* siempre termina mal. No respetan nada, ni siquiera al alcalde de Mil Lagos.
Asentí y miré hacia las hermosas vistas, perdido ya en la profundidad de mis pensamientos. Había un misterioso incendio, un *alfa* intocable, un búnker secreto y muchas razones para creer que se hubiera establecido una red de animanos revolucionarios. O, la había antes, cuando no sabía nada de La Reserva. Ahora ni se me pasaba por la cabeza que existieran terroristas entre ellos.
¿Para qué?, ¿con qué objetivo?, ¿qué iban a conseguir? Lo tenían todo, eran autosuficientes y no necesitaban nada del exterior. En su mundo no existía el dinero, ni la industria ni la codicia. Era un comunismo perfecto basado en el constante intercambio de bienes y la explotación controlada y responsable.
Lo único que tenían los *betas* que valiera algo para ellos, eran sus *omegas* engañados y asustados…
—¿Lemér?
Parpadeé y giré el rostro. Ierv me miraba y arqueaba las cejas.
—Perdona —me disculpé—. Me distraje por un momento. Las vistas son espectaculares.
—Sí, lo son —afirmó él y, cegado por el orgullo, se creyó por completo mi mentira—. En Presa de Arce hay una comunidad muy grande de arborícolas. Nos preocupamos mucho de darles lo que más les gusta. ¿Has visto la parte baja del poblado?
—Sí, es espectacular —asentí, llevándome la taza de infusión a la boca. Como todo el La Reserva, sabía maravilloso—. Me… me sorprendió bastante ver a las crías saltando por los aires y jugando tan lejos del suelo.
Ierv arqueó ambas cejas morenas y se le escapó un leve bufido de risa.
—¿Y eso?
—Yo crecí en el mundo *beta*, allí mis padres no me hubieran dejado hacer eso ni de broma —le aseguré—. A mí madre le daba un ataque al corazón cuando ya trepaba por los armarios a los dos

años, imagínate si me hubiera visto agarrado a una rama a diez metros del suelo.
—Oh… —murmuró con una expresión entre la sorpresa y la pena—. Vaya, siento que lo hayas pasado tan mal.
—No, no lo pasé «mal» —respondí—. Mis padres *beta* me querían mucho y, la verdad, no es como si hubiera sido consciente de lo que me estaba perdiendo. ¿Entiendes? No sabía nada de La Reserva, solo conocía el mundo *beta*; así que, para mí, todo era normal.
Mis palabras causaron cierto impacto en el alfa, quien echó un poco atrás su cabeza de enormes astas y parpadeó.
—No te ofendas, Lemér, pero todo lo que oigo del mundo *beta*, es horrible. No me podría imaginar vivir en un lugar así, con villas de piedra, carros que echan humo, lejos del bosque y los ríos…
—Sí, no es agradable —reconocí—, pero ya te lo he dicho. No conoces nada más que eso. Es como El Mito de la Caverna de Platón: tú ves solo lo que te enseñan, así que tu percepción es diferente a la realidad.
Ierv no lo entendió. El *alfa* solo había leído El Tímido Omega y la saga entera del Detective Zorro.
—Lo que quiero decir es que… —pero llegado ese punto, me rendí—. No importa —sonreí de nuevo—. ¿Puedo hacerte una pregunta personal?, ¿por qué tú no llevas maquillaje?
—¿Maquillaje? —preguntó con el ceño fruncido y una ligera sonrisa—, ¿a qué te refieres?
—El resto de cérvidos, algunos, no todos, tienen como ese maquillaje *kabuki*... Mierda, tampoco sabes lo que significa eso —me di cuenta tarde—. Tienen líneas oscuras bajando de las lacrimales, y como un contorno de ojos y la nariz más pálida y los labios más rojos…
—Ah —Ierv al fin lo entendió y se rio—. No, no es maquillaje, es una coloración natural de los cérvidos. Nos pasa cuando un *omega* nos saca la barba. También no salen esas marcas para que todos sepan que somos más agresivos y estamos emparejados. Somos una raza muy, muy protectora —eso último lo dijo con evidente orgullo y el pecho henchido.
Yo estaba en shock. Bueno, no en «shock», pero sí muy impresionado.
—No sabía que había *alfas* que… cambiaran por tener barba —confesé, ya que la idea resultaba tan extraña como interesante.
—¿No? —se sorprendió él—. Pues nos pasa a casi todos, solo que a los cérvidos se nos nota más.
—¿Y qué tienen los demás? —quise saber, porque no había notado nada diferente en los gemelos ni en Buyú, excepto, claro, su acuciante necesidad de hacerse el tonto e intentar metérmela.
—Pues depende, a ver —pensó un momento, con la mirada perdida en el resto de animanos que había en el local—. Los úrsidos, por ejemplo, engordan más. Si piensas que ya están gordos, piensa en veinte kilos a mayores —empezó, señalando discretamente a un grupo de ellos en la esquina—. Después los felinos —señaló a otro grupo de dos *alfas*-puma en la barra— suelen agudizar mucho sus instintos, es como si pudieran leer la mente de su *omega* y…
—Espera, ¿eso no es parte del Todo? —le interrumpí—. Lo de conocer al *omega* y saber lo que quiere y necesita.
—¿Qué? —Ierv se rio un poco más—. No, qué va. Sí sabemos lo que quiere nuestro *omega* y lo que necesita, por supuesto, pero no a ese nivel de «leer la mente» que tienen los felinos. Aunque, si te lo estás preguntando, sí, los cérvidos somos mucho mejores compañeros —y, sonriendo, se inclinó un poco sobre la mesa—. Una vez que nos sacan barba, no hay amantes como nosotros…
No estaba nada seguro de eso… pero decidí concederle el beneficio de la duda. Aunque Ierv no era la clase de *alfa* que a mí me llamaba la atención, sí que parecía alguien interesante que

mantener cerca. En solo hora y media había aprendido más que en dos semanas con Buyú, o mes y medio con Tigro, con el que solo había hablado de tonterías y bromas estúpidas.
—Te tomo la palabra —respondí mientras me acercaba la infusión a los labios—, pero odio que me decepcionen.
Ierv se revolvió un poco en el sitio, nada exagerado, solo un movimiento para corregir la postura, acercarse un poco sobre la mesa y sonreír más.
—No te preocupes, Lemér. Te aseguro que no te decepcionará —me prometió con voz baja y sugerente—. Es más, ¿por qué no vienes a mi casa y empiezas a sacarme la barba? Cuanto antes me la saques, más rápido podrás comprobarlo…
Eso me hizo gracia, así que sonreí, terminé de tragar la infusión y dejé el vaso de cerámica a un lado.
—Muy bien, vayamos a tu casa, entonces.
Ierv perdió un momento su intachable compostura. Soltó una exhalación de aire y se levantó a prisa para ofrecerme una de sus manos. Cuando se la tomé, tiró suavemente de mí hasta ponerme de pie y no me la soltó en todo el camino hasta su casa; una cabaña del bosque en madera, como la vivienda de un leñador o uno de esos hoteles beta de un lujoso que trataban de imitar «la verdadera experiencia de la naturaleza».
Pues bien, la casa de Ierv era pura experiencia de la naturaleza. Todo estaba hecho en madera, a excepción de la chimenea, olía a serían y sabia y había dos únicas ventanas a los lados. El resto del espació cuadrado estaba repartido entre una cama, un par de baldas para guardar cosas, un arcón y una cama lo suficiente grande para que el alfa pudiera tumbarse sin tener que dejar los pies o la cornamenta fuera.
—Tienes una cabaña muy acogedora —le dije mientras caminaba, echaba un vistazo y me quitaba el chaleco de cuero y el jubón de lana.
—Gracias, me gusta mucho —respondió de forma vaga y baja, porque toda su atención estaba ahora puesta en mi, en mi cuerpo y mi cola balanceándose de un lado a otro—. ¿Te importa que me desnude también?
—Oh, no, como estés más cómodo.
El alfa sonrió y empezó a quitarse su jubón de la misma forma que lo hacía Buyú, por debajo, como un vestido, y no por la cabeza. Bajándome los pantalones y echándolos a un lado con la pierna, me senté en la cama y esperé por el *alfa*. Tenía un cuerpo bastante atlético y, curiosamente, sin tanto pelo como yo estaba acostumbrado a ver. Aunque, para ser justos, me había acercado a unos *alfas* muy peludos: bovinos, canis y felinos.
Cuando Ierv se quitó las botas y se bajó los pantalones de cuero, no descubrí nada que no supiera ya. No es que su polla estuviera mal… es decir, estaba ¿bien?, pero para la media *beta*. Como mi vida y mi percepción de las cosas desde que había conocido a los *alfas*, mi actitud respecto al tamaño también había cambiado drásticamente. En el mundo *beta* hubiera pensado: «Oh, ey… dieciocho… oh, sí, que bien me lo voy a pasar»; ahora era como: «espero notarla al menos».
Ya desnudo, Ierv se acercó a mí, se relamió un poco y se puso de rodillas a los pies de la cama.
—Qué bien hueles… —jadeó. Sus ojos azules brillaban y, por primera vez desde que le conocía, parecía realmente excitado por tenerme.
—Lo sé —asentí antes de levantar una pierna y apoyarla en su hombro.
Ierv ladeó entonces el rostro y me besó la cara interior del muslo mientras me miraba por el borde de los ojos. «Oh… interesante, vale. A ver qué más tienes». Subí la otra pierna y el *alfa* hizo lo mismo, añadiendo un leve lametón. Así, beso a beso, fue descendiendo lentamente hasta usar su peso para hacerme inclinarme un poco de espaldas en la cama, apoyado solo en los codos

mientras le miraba.
Ierv hacía algo muy interesante y que me gustaba muchísimo porque —lo sé, no es el momento, pero no puedo evitarlo—, Tigro lo hacía todo el rato. Y era que, mientras te lamía lentamente el ano, no rompía el contacto visual; como si quisiera ver en tu rostro el placer que te estaba dando. Había algo profundamente excitante en aquello, como una provocación o un reto. No sé, pero me ponía a cien.
Felicitaciones para Ierv el cérvido, porque consiguió mojarme bastante con su miradita entre las piernas. Cuando sentí el escalofrío, solté el aire y lo dejé fluir, empapando la boca del *alfa*. Le tomó por sorpresa, como a todos, pero al estar mirándole pude observar su graciosa reacción. Se detuvo en seco, puso los ojos en blanco y gimió de forma grave y ronca, como si también se hubiera corrido. Y, probablemente, eso fue lo que pasó.
Después me sujetó una pierna en alto y uso su otra mano para hacerme un dedo y lamer los bordes del ano a la vez. Un minuto después de eso, ya estaba gimiendo y volviendo a mojarme. Entonces Ierv uso dos dedos, y después tres y yo ya estaba con la cabeza contra la cama y la espalda ligeramente arqueada, disfrutando como no pensé que iba a disfrutar con él.
El objetivo de aquello era tomárselo con calma y hacerlo bien; por desgracia, no me esperaba esos deditos mágicos de cérvido ni esa lengua apuntada capaz de adentrarse en mi interior. Era algo totalmente nuevo, porque los carnívoros tenían garras y no podían toquetearte así, y los bovinos tenían la lengua tan grande y gruesa que solo sabían dar grandes lametones.
El caso es que Ierv ya estaba teniendo las clásicas convulsiones y bajos eructos de «estoy a punto de reventar»; y yo seguía agarrándose de las astas y jadeando:
—No, espera, solo un poco más, estoy a nada, a nada, solo… oh, sí, solo… ¡SÍ, JODER!
Y me tiré de espaldas en la cama, sudado, manchado de mi propia corrida, mirando el techo y sonriendo de oreja a oreja. Mal, mal, mal, lo estaba haciendo maaal, pero, la verdad: tener orgasmos era maravilloso. Así que… Meh.
Tras un minuto, el *alfa* consiguió levantarse del suelo. Perdió un poco el equilibro y le ayudé con mi cola, sujetando su cadera. Creo que dijo algo como «gracias», pero estaba demasiado grogui y perdido. A los *alfas* les pasaba eso cuando se llenaban demasiado: parecían borrachos. Les costaba enfocar la mirada, estaban como desorientados y respiraban con dificultad.
Con la boca completamente empapada y goteando sobre su pecho, el *alfa* se dejó caer lentamente en la cama a mi lado, con cuidado de no darme con su enormes astas. Así, en silencio, miramos el techo a dos aguas de la cabaña durante casi diez minutos.
—Estoy… muy lleno —jadeó.
—Lo sé —asentí—, pero lo has hecho muy bien —añadí junto con un par de toques cariñosos en su brazo. Sinceramente, no esperaba que Ierv aguantara hasta llevarme al orgasmo.
Solo Lupo y Polu lo conseguían, pero como ellos habían dicho, eran dos cánidos muy grandes y con un hambre voraz.
Lentamente, Ierv se fue sumiendo en el acostumbrado sueño de los *alfas*; algo que también les pasaba a todos. Al día siguiente se despertaría con una sombra de barba con olor a menta y miel y una orgullosa y estúpida sonrisa cruzaría sus labios.
Yo llamaba a ese momento: El nacimiento de un monstruo. Como si yo fuera el doctor loco, sentado en su cara mientras me mojaba y gritaba: «¡Está vivo! ¡Vivo!» Y el Monstruo de Alfrankensteins se alzara gruñendo para decir: «Dame sexo y hazme casitoooo».
Joder, seguro que a Tigro le hubiera encantado esa broma.

EL DOBLE DE DIVERSIÓN Y EL DOBLE DE PROBLEMAS

Lupo y Polu se iban de expedición de caza cada dos días, se pasaban la noche fuera de la villa y volvían con las presas que habían capturado. Con ellos me pasaba entre tres y cuatro días a la semana; no siempre me quedaba a dormir, pero al menos venía a hacerles una visita. Solía esperarles a los pies del ascensor, apoyado en la misma señal donde nos habíamos «conocido» por primera vez, y les veía aparecer con sus grandes sonrisas y sus colas de lobo agitándose a sus espaldas con emoción anticipada.

Esa mezcla entre rudos hombres vikingos e inocentes perritos siempre podía conmigo.

—Vaya, pero quién ha venido a ver a sus *alfas* favoritos —dijo Polu, saltando del ascensor un metro y medio antes de que alcanzara el suelo—. Nuestra joyita del Pinar…

Con una sonrisa en su rostro de barba blanca, a juego con su pelo ondulado y trenzado sobre su cabeza, se acercó a mí, me cogió en brazos y, con toda la naturalidad del mundo, me dio un profundo beso con lengua mientras gruñía con placer.

En teoría, era pronto para darles besos así, pero yo creía que los gemelos de la Garra se merecían un trato especial. ¿Si no, qué ibas a hacer con el otro mientras uno te limpiaba?, ¿quedarte mirando? No, claro que no. Le agarrabas de la melena y le comías la boca con fuerza intentando no volver a correrte. Eso es lo que hacías.

—Los fines de semana son para nosotros —respondió Lupo, acercándose por un lado.

Tenía media docena de faisanes colgando del cinturón, el arco a la espalda y esa mirada en sus ojos pálidos que decía que quería pasarlo muy bien y portarse muy mal. Cuando estuvo a mi lado, me cogió de brazos de su hermano y me lamió el cuello desde la clavícula hasta el lóbulo de la oreja antes de pegar sus labios a los míos y clavarme una mirada de profundo deseo.

—Qué ganas tenía de verte, Lemér —susurró con una fina sonrisa—. No he parado de pensar en ti…

Y, solo por si no me había dado cuenta, restregó sutilmente su entrepierna dura y abultada contra mí. Lupo era, sin lugar a dudas, el más impaciente de los dos hermanos. Violento, feroz y descontrolado. Polu, por el contrario, conseguía mantener aquella ferocidad carnívora bajo control y siempre te llevaba al orgasmo, cosa que Lupo a veces no hacía, perdido en la locura y excitación. Sin embargo, Lupo tenía esa chispa, esa electricidad animal, juguetona y sórdida que a mí tanto me gustaba y que su hermano no tenía.

—Oh… así que te has pasado la expedición toqueteándote —susurré a la altura de sus labios, frotando suavemente nuestros bigotes.

—Sabes que sí —reconoció con un sórdido orgullo mientras levantaba la cabeza y se mordisqueaba el labio con esos largos colmillos de carnívoro.

—No es tan divertido cuando tú no estás —me aseguró Polu, rodeando mis espaldas para encerrarme entre su cuerpo y el de su hermano. Con mi cola alrededor del cuello, me dio un beso en la mejilla y añadió un bajo—: Pero ahora que estamos aquí, puedes vernos haciéndolo.

Sutilmente, Polu guio mi mano hacia su entrepierna dura a mis espaldas y Lupo me besó con su característica energía, encerrándome en aquel sándwich de enormes y guapísimos *alfas*. Entonces me brotó un bajo y gorgoteante gruñido de la garganta y empecé a empaparme de verdad.

Ah, los gemelos de la Garra… cómo me gustaban.

Pero no todo era placer, maravillosos tríos y sórdidos besos con lengua; en realidad, los hermanos daban muchos problemas. Oh, sí, toda aquella increíble belleza vikinga en pack de 2x1 no salía gratis, sino que venía con una larga lista de exigencias y requerimientos.

A los hermanos había que ir a visitarles un mínimo de tres días, tenías que asegurarte de que a ambos les crecía la barba al mismo tiempo, tenías que concederles más beneficios más rápido —como los besos y tocarles la polla—; y, lo más importante de todo, tenías que saber equilibrar la atención que les prestabas cuando estaban juntos, y después dedicarles un tiempo privado a cada uno.

Eso me sorprendió, la verdad. Cuando visitas el Refugio de la Garra y les ves, crees que el concepto «dos mejor que uno» se aplica a todo, pero la realidad era mucho más compleja. Los gemelos iban juntos, sí, pero *no eran el mismo alfa*. No podías tratarles igual ni entender la pareja de hermanos como una unidad de dos partes indistinguibles la una de la otra.

Lupo era de una forma y Polu era de otra, y ambos necesitaban tiempo a solas conmigo. Ambos necesitaban sentirse especiales y valorados en su individualidad, no solo como un sexy conjunto de *alfas*. Y, por supuesto, ambos necesitaban sentirse queridos por ser ellos mismos, no por jugar a ese erótico juego de gemelos de la Garra.

Así que, un día estás visitando Refugio de la Garra creyendo que te vas a hinchar a follar con preciosos gemelos, y al día siguiente estás inmerso en alguna especie de relación poliamorosa con dos hermanos.

Aún así, yo no lo llevaba mal. La situación era un poco exigente y a veces te sentías como un equilibrista en la cuerda floja, tratando de no dejarte llevar por ninguno de los dos pesos que cargabas en cada mano; pero, cuando empezabas a entender la dinámica, no era tan malo como parecía. Lupo y Polu siempre cumplían en la cama, sabían hacértelo pasar muy bien y, además, eran dos chicos bastante divertidos, cada uno a su manera.

La costumbre era pasarme esa primera noche con ambos, tener una ardiente sesión de limpieza y, ya después, buscar un poco de tiempo para cada uno. A Polu solía invitarle a tomar una jarra de hidromiel en la taberna de Cueva Alta, su favorita, y allí me sentaba en su regazo y charlábamos.

—¿Qué tal estos dos días sin verme? —me preguntó en aquella ocasión, con una mano en la jarra y la otra en mi culo—. ¿Cómo de mal lo pasaste?

Me reí y le acaricié la mejilla con la cola que ya tenía enrollada alrededor de su cuello.

—Fatal, por supuesto —dije con tono neutro y mecánico, a lo que el *alfa* respondió con un leve gruñido y un movimiento de la pierna que me hizo saltar un poco sobre su regazo. Después me reí de nuevo—. Pues, la verdad… descubrí algo muy interesante. Al parecer, a los *alfas* os salen superpoderes cuando os sacan la barba.

—¿Superpoderes?

—Sí, me refiero a que cambiáis un poco —le expliqué, porque a veces me olvidaba de la cantidad de expresiones y referencias *beta* que usaba y que los animanos no entendían.

—Ah… —asintió, dejando la jarra sobre la mesa tras darle un par de tragos—. No cambiamos tanto, pero sí, cada raza tiene sus cosas.

—¿Y qué tienen los lobos?

—Uff… —resopló, acercando su rostro a mí—. Nos volvemos muuuy posesivos.

—¿No querrás decir que os volvéis muuuy pesados y no paráis de tocar? —pregunté.

Polu soltó un carcajada y me apretó más el culo, acercándome contra su cuerpo y, después, besándome. Su barba blanca picaba un poco, pero la tenía muy bien cuidada. Los *alfas* de la Garra no bromeaban cuando les sacaban la barba, porque era todo un logro.
—¿Y dónde has oído eso de los *alfas*? —me preguntó, separándose solo lo suficiente para hablar y volver a darme otra suave beso—. ¿En El Pinar?
—Puede ser —me encogí de hombros.
—Mmh… pensaba que los *omegas* del Pinar solo hablarían ahora de esa estúpida fiesta en Vega de Miel.
—Oh, sí, también hablan mucho de eso.
—Ya… ¿y vas a venir a vernos esta semana? —quiso saber, sin dejar de mirarme a los ojos mientras alargaba la mano hacia la jarra.
Polu era el sutil de los dos hermanos.
—Sí, tranquilo —respondí—. Tengo trabajo y no me interesa la Vega. Aunque dicen que su cerveza es muy buena —añadí, probando mi propia jarra de hidromiel.
—No le digas eso a los *alfas* de Vallealto, romperás sus solitarios y tristes corazones. O no, ¿sabes qué? Díselo —sonrió con malicia—, seguro que eso les baja esos humor de superioridad que tienen.
Puse los ojos en blanco, pero también sonreí.
Después de tres jarras más, un ebrio Polu me llevó de vuelta a casa, pero se detuvo en un callejón del camino y me atrapó entre sus brazos para besarme y tocarme por debajo de la ropa. Ya era noche cerrada y había poca luz en esa parte de la villa, entre las altas casas de techos afilados; pero, aun así, me ponía un poco nervioso que el *alfa* quisiera bajarme los pantalones y limpiarme allí mismo. Siempre terminaba acalorado, sudado y sonrojado mientras el *alfa*-lobo se relamía y se chupaba los dedos con los que me había estado acariciando el ano.
Cuando llegamos a casa, sonreía y suspiraba, todavía con los ojos cristalinos del alcohol y la boca mojada. Lupo ya nos esperaba sentado al lado del fuego y, nada más vernos aparecer, se levantó y fue a por su mochila.
—¿Nos vamos, Lemér? —preguntó.
Asentí y me despedí de Polu con un beso en la mejilla antes de seguir a su hermano. A Lupo le encantaba que fuera con él a acampar a la intemperie. Decía que Refugio de la Garra era su hogar y que amaba la villa, pero que tanta gente a veces le agobiaba. Él era más feliz en la soledad del bosque, rodeado de los sonidos de la naturaleza y con la luna brillando en lo alto del cielo.
Así que, a veces me iba con él a pasar la noche a la pradera o la ladera de la montaña.
—¿No vas a ir a esa mierda de la Vega de Miel, verdad? —preguntó mientras montábamos al tienda de campaña.
Por eso Polu era el sutil de los dos.
—No, Lupo —murmuré—. Vendré a veros los mismo días de siempre.
—O algunos más —añadió con una fina sonrisa de grandes colmillos.
—¿Te parece que vengo poco?
—Siempre me parece que vienes poco —respondió. La verdad, no sé qué me esperaba que dijera —. ¿Ya le has pedido la poción a Topa Má?
Con una bocanada de aire, terminé de atar la cuerda al tronco del árbol y me giré para mirarle.
—Cuando le pida la poción, os lo diré —repetí, como una docena de veces antes—. Y lo haremos los tres *juntos* —recalqué esa parte—. Al menos, la primera vez.
Lupo ladeó el rostro y soltó un bajo gruñido.
—Pulo te besó primero —murmuró mientras tensaba las pieles sobre el techo de la tienda—. No

estaría mal que yo te follara primero.
—A ti te toqué la polla primero —le recordé, porque el *alfa* solía olvidarse de pequeños detalles como aquel.
Lupo se pasó la lengua por los colmillos y arqueó una de sus espesas cejas blancas. Habíamos encendido una pequeña hoguera, pero la luna llena de primavera era la que nos iluminaba con mayor fulgor en mitad del mar de hierba que era la colina.
—Quiero más que eso —me dijo en voz baja.
—Tú siempre quieres más.
—Sí… —terminó de preparar la tienda y se dirigió hacia mí, esperándole bajo el único árbol de la alta loma en la que solíamos acampar—. Ya tengo una buena barba —me dijo mientras me rodeaba con los brazos y acercaba su rostro—. Más de un centímetro y muy espesa.
—Aha —asentí—. Si me quieres dar las gracias, no hace falta.
Lupo soltó un bufido y sonrió, pero sus ojos pálidos siempre escondían una oscura intención. Su cola blanca se balanceaba de lado a lado a sus espaldas y, lentamente, me restregó la entrepierna contra la mía.
—Cuando te tomes la poción, lo haremos los tres juntos por primera vez —me dijo en voz baja, casi rozando nuestros labios—, pero yo también quiero algo especial, Lemér… como ese primer beso.
—Lupo, creo que te has tomado muchas confianzas conmigo —respondí. No era vidente, pero sabía lo que se venía.
—Porque me gustas muchísimo —respondió, dándome un ligero beso y apretando su abultada entrepierna con más intensidad—. Joder, eres precioso, hueles de maravilla, nos has sacado la barba enseguida y eres una delicia en la cama.
—Ahórrate los halagos y suéltalo ya.
Lupo miró fijamente mis ojos, se mordisqueó un poco el labio inferior y frotó nuestros bigotes.
—Me encantaría si… me la chuparas. Me harías el *alfa* más feliz de La Reserva.
—Oh —se me saltó la risa—, de eso puedes estar bien seguro.
—Jamás se lo diría a nadie, te lo juro —insistió.
Ahora el enorme *alfa* vikingo era todo caricias, besitos y gruñidos bajos. Ya no era un lobo feroz, sino un perrito que movía la cola y quería besitos. Besitos en la polla, claro.
Me agarró de los muslos y me subió en su regazo.
—Solo quiero saber que… yo te gusto tanto como tú a mí… —murmuró.
—Ogh —puse los ojos en blanco y negué con la cabeza—. Lupo… —le miré, rodeando su cuello con la cola y cruzándome de brazos—. Tú y yo nos entendemos. ¿A qué sí?
—Mucho —afirmó él.
—Entonces déjate de gilipolleces. ¿Sabes lo que haría otro *omega* si le llegas a pedir esto? Y te hablo de que se lo pidieras con una buena barba, una de verdad, que te llegara al pecho, y no con tu barba de un centímetro y poco.
El *alfa* tensó los labios y miró un momento a un lado.
—En la Garra…
—No, ni en la Garra ni en ninguna parte, Lupo —le corté.
—Yo… lo, lo siento —terminó diciendo. Entonces agachó la cabeza y me pegó más contra él, como si temiera que fuera a huir y no volver—. Tienes razón, no debería… Lo siento muchísimo, de verdad, Lemér. Me he tomado muchas confianzas muy rápido.
Con un suspiro, hundí las manos en su preciosa melena blanca y me incliné para darle un beso en la frente.

—Escucha, Lupo. Si las cosas van bien, bien de verdad, y un día os saco una enorme barba que pida unas cuentas de compromiso a gritos; serás el primero al que se la chupe, ¿vale?
El alfa levantó la cabeza tan deprisa que casi me golpea la nariz. Sus ojos brillaban con emoción, su cola se movía muy rápido a sus espaldas y sus labios sonreían.
—¿En serio? —jadeó—. Y… ¿sólo me lo harías a mí?
—¿Acaso beso solo a tu hermano?
—Ya —lo entendió. Nunca hacía nada con uno que no hiciera con el otro, era casi como una norma básica que había establecido desde el principio; en gran parte, por culpa de Lupo—. Es lo justo, tienes razón. Pero yo seré el primero.
—Si sucede, sí —asentí.
—Eso me gusta… —sonrió más, llegando a besarme un poco los labios antes de hundir la lengua, morderme y gruñir—. Me gusta que me trates mejor…
Tras la segunda o tercera vez que había venido con él a acampar, había descubierto que con Lupo había que tener cuidado. Su hermano disfrutaba de nuestros momentos a solas, pero él casi parecía estar esperándolos con ansia. Cada día tenía más claro que eso de «los gemelos» solo era un juego para él, una tapadera, porque lo que realmente quería Lupo era ser *el alfa*. Compartir algo con su hermano, sí, pero llevarse él la mejor parte.
Cuando me limpiaba a solas y me besaba en la tienda de campaña, había un fuego especial en él, una oscura necesidad. «Hazme *alfa*», gemía en mi oído. «Hazme», nunca «haznos». Después, como todo un clásico de los carnívoros, me mordisqueaba, me cubría con su cuerpo y trataba de una forma nada sutil de frotarse contra mi culo y metérmela. Había que tener paciencia y carácter para domar a alguien como Lupo, darle una leve bofetada a tiempo y apartarle la punta de tu ano antes de que diera otro de esos «casuales» empujones de cadera.
Como ya he dicho, a veces te sentías como un equilibrista en la cuerda floja, dando por un lado y quitando por el otro, buscando la forma de mantener una neutralidad y no ceder a la presión ni ser frío y distante. Lupo insistía mucho, pero con un par de cachetes y una paja, siempre se corría y terminaba sonriendo y gruñendo mientras te abrazaba.
Después, al día siguiente, volvíamos a la villa, nos reuníamos con Polu y tomábamos una comida juntos los tres antes de que me fuera.
Siguiente parada: a por las cartas del Pinar, ver a Topa Má, una breve vista a Ierv en Presa de Arce y, finalmente, Vallealto, como cada lunes, martes y jueves noche.
Antes me preguntaba cómo los *omegas* no se aburrían sin hacer nada, tirados todo el día, jugando o acicalándose. Pues bien, ya no me lo preguntaba, porque mantener una lista de *alfas* era todo un trabajo —con agenda incluida para llevar un registro—. Y eso que yo solo tenía tres, bueno, dos y unos gemelos; lo que podría contar como cuatro.
—Lemér… —jadeó la voz de la chamana nada más oírme aparecer por la puerta.
—Topa Má… —jadeé yo, imitando su gesto de manos extendidas y movimiento dramático de dedos.
—¿Qué has venido a buscar a mi casa? —preguntó, mirándome con aquellos ojos de monedas en forma de sol y de luna.
—Lo de siempre… —respondí, dando pesados y dramáticos pasos hacia ella—. Una poción para follar…
—¿Para el *alfa* Tigro?
Ahí fue cuando dejé de hacer el tonto, bajé los brazos y tomé una profunda bocanada del aire con olor a hierbas y tierra de la casa de la chamana.
—No, Tigro y yo lo dejamos —respondí—. Ahora está con dos gemelos del Abrevadero.

Topa Má solo emitió uno de esos murmullos tan suyos, esos en los que no quedaba claro si estaba sorprendida, interesada o indignada.
—El número no importa, Lemér. Cuando un lago es…
—No —la detuve al momento, ya de pie frente a su caldero burbujeante—. Por favor, no he venido a hablar de eso, Topa Má. Solo quiero la poción.
La chamana asintió y, con lentos movimientos, se levantó para dirigirse a la pared de tarros e ingredientes.
—¿Quién es el *alfa*?
—Buyú, de Vallealto.
—Un bovino… —murmuró ella, recorriendo la estantería con sus largas uñas negras, palpando aquí y allá en busca de lo necesario para la poción.
—Sí —suspiré—. Le he sacado la barba demasiado rápido y ahora no para de pedir y pedir. Dice que los huevos le van a explotar, lo cual, la verdad, me creo, porque le han crecido bastante. ¿Es eso posible?
—Sí —respondió ella, llevándose algunas hiervas de vuelta al caldero mientras hacía tintinear sus muchos colgantes y abalorios—. El Punto Sacro de los bovinos se desarrolla cuando un *omega* les saca la barba. Eso inflama sus genitales y aumenta su lívido.
—¿Qué? ¿Entonces Buyú no estaba bromeando?
—No, Lemér. Los bovinos pueden llegar a tener serios problemas si no les vacías el Punto Sacro, como los *omegas* con su Punto de Agua.
Me llevé las manos a la cabeza, pero no supe ni qué decir.
—Nadie me dijo que los *alfas* cambiaran cuando les sacabas la barba, ni que necesitaran cuidados especiales. ¡Lo descubrí por casualidad hace una semana!
Topa Má se tomó un momento para aplastar unas hojas entre las manos y espolvorearlas en el agua antes de responder:
—Entonces, quizá no hayas hecho las preguntas correctas, o quizá no hayas mirado lo suficiente, o quizá, en el fondo, solo necesitabas saber sobre un único *alfa*.
—O quizá deberías dar una clase introductoria para los *omegas* que vienen del mundo *beta*, Topa Má —respondí yo—. ¿Has pensado en eso alguna vez? Escribir un folleto informativo: «Ahora que estás en La Reserva». No sé, suena muy, muy útil.
La chamana, tan impasible como siempre, continuó mezclando ingredientes y dándole vueltas al agua del caldero.
—Yo no puedo escribir algo sobre lo que no sé, como no puedo sentir lo que siento un pájaro al volar —respondió—, pero tú sí podrías, Lemér. Dime, ¿qué es lo que te hubiera gustado que te dijeran nada más llegar?
—Tira tus pañales *omega* y empieza a sentarte en la cara de los *alfas* —bromeé.
—Mmh… —ese murmullo otra vez—. Recuerdo a un joven *omega*, con un olor muy especial, un Punto de Agua muy inflamado y un profundo miedo en el corazón…
—Ogh —puse los ojos en blanco y miré hacia una de las paredes de tierra y raíces—. Tú no lo entiendes, Topa Má. No sabes lo que nos dicen afuera sobre este lugar…
—Por eso, yo no escribiré esa guía —respondió, agarrándose la ancha manga de su vestido negro con una mano para no mojársela al hundir una taza en el caldero.
Me acerqué y acepté la poción que me ofrecía. Esta era de color caramelo y olía a hierbas y sal.
—¿Cada cuánto tengo que tomarla? —pregunté.
—Una vez a la semana.
—¿Solo? —fruncí el ceño—. Con Tigro… —me detuve.

—El *alfa* Tigro es un *salvaje*, el *alfa* Buyú, no.
—Ya —asentí. Me tomé la poción de un par de tragos, creyendo que sería tan asquerosa como todas las demás, pero, en realidad, no estaba tan mala en comparación. Le devolví la taza y dije —: Gracias, Topa Má.
Me despedí con un gesto que la chamana no pudo ver y me la vuelta, pero, entonces, me preguntó:
—¿Qué es lo que te hubiera gustado que te dijeran nada más llegar, Lemér?
Me detuve, ladeé el rostro y, tras un par de segundos, una tontería cruzó mi cabeza, y eso fue lo que dije.
—Deja el pasado atrás.
Topa Má asintió con la cabeza, haciendo tintinear los abalorios y alhajas que colgaban de su cabeza.
—Un gran consejo.
—Sí, ya —murmuré, retomando mi camino a la salida—. Y después: Posdata, siéntate en la cara de un *alfa* y córrete.
Ya estaba en el pasillo pero, juraría, oí una baja risa a mis espaldas. ¿Topa Má riéndose? Nah, debían ser imaginaciones mías.



Con mi mochila a la espalda y un suspiro, crucé esa última frontera que separaba el bosque del territorio de Tigro. Como cada vez y como muchas otras veces antes, nada cambiaba realmente, solo el tiempo, el momento y, quizá, las personas.
Incluso tras la «ruptura», había seguido trayéndole las cartas y paquetes, dejándolos cada semana en un punto concreto: dentro de un árbol hueco al lado del riachuelo. No creía que a Tigro le molestara que continuara visitando su territorio y, de haberlo hecho, estaba seguro de que me lo hubiera dicho; de una u otra forma.
Ya estaba tan acostumbrado a llegar, dejar las cosas e irme, que ni me paraba a pensar en que, quizá, alguien estuviera esperando por mí a la siguiente ocasión. No Tigro, porque él nunca aparecía, sino alguien mucho peor.
—¿Quién eres tú? —me preguntó una voz aguda y seria.
Al volverme, vi a dos *omegas* de larguísimos bigotes, grandes ojos de chocolate y largas colas peludas. Eran muy guapos, eran iguales y, por supuesto, uno olía a vainilla y el otro, a caramelo.
—Hola, soy Lemér, el cartero del Pinar —respondí.
Sonreí porque no quería parecer intimidante, y levanté las cartas de mi mano para demostrar que solo quería hacer mi trabajo y marcharme.
No estaba allí para enfrentarme a los gemelos vainilla y caramelo.
—Tigro ya no necesita más cartas —me aseguró el otro, cruzándose de brazos y tratando de parecer… agresivo, supongo.
—Ya, bueno, veréis, mi trabajo es entregarlas, así que… —me encogí de hombros y las metí en el agujero del árbol.
Uno de ellos, el que olía a caramelo, se acercó a buen paso, tomó las cartas y paquetes del

interior del abeto y lo arrojó todo al riachuelo. Su hermano llegó poco después, pero solo para quedarse frente a mí y mirarme fijamente.
—No hace falta que vuelvas por aquí, Lemér… —me dijo—. Si no quieres acabar mal, claro.
Entonces se me saltó la risa.
—Lo siento —me disculpé al momento, llevándome una mano rápida a los labios.
No quería reírme de ellos ni empeorar la situación, pero… vamos… Medían solo uno cincuenta y eran dos muñequitos de grandes bigotes. Verles intentar intimidarme y defender su lugar junto al *salvaje*, era, simplemente, ridículo.
—Vale, emh —levanté las manos en son de paz y asentí—. Mirad, chicos. Tengo que traer las cartas sí o sí, después, lo que hagáis con ellas, me da igual. ¿De acuerdo?
—No, Lemér —negó Vainilla, colocándose al lado de su hermano—. Tú no tienes nada que hacer aquí. ¿Lo has entendido?
Entreabrí los labios, pero antes de poder hablar, Caramelo dio un paso y me empujó.
—Que si lo has entendido, gilipollas —repitió más alto.
Su golpe solo me hizo retroceder un par de centímetros, pero fue suficiente para cambiar por completo mi actitud.
—Chicos, creo que los que no lo han entendido, sois vosotros —les aseguré.
No esperé a su respuesta. A Vainilla le levanté del suelo con mi cola y a Caramelo le di tal patada que le mandé volando al riachuelo. Después, hice lo mismo con su hermano, arrojándole desde las alturas. Podría haberles hecho mucho más daño que aquello, pero, como ya dije, no estaba allí para enfrentarme a nadie.
Solo para dejar las cosas claras.
—La próxima vez, os rompo un dedo a cada uno —les dije, de cuclillas en la vera del riachuelo —, y si seguís insistiendo, os romperé las piernas y ya no podréis ni agacharos para comerle la polla a Tigro. ¿Lo habéis entendido?
Los *omegas* estaban furiosos, tirados en el río y empapados de pies a cabeza, mirándome con profundo odio en sus grandes ojos marrones. Sin embargo, ninguno de los dos se atrevió ya a decir nada.
—¿Sí? Genial —murmuré, levantándome para darme la vuelta—. Ah, por cierto —recordé de pronto—. ¿Qué tal las sobras? ¿Bien? —sonreí.
Uno de ellos gruñó y dio un infantil puñetazo al agua, provocando un chapoteo en mitad del murmullo del riachuelo. Ya no era necesario ser sutil. Los gemelos me odiaban por una simple razón: yo era el «enemigo», el «otro», o, como dirían los *betas* «el ex». Algo que no tenía significado alguno con el resto de *alfas*, pero sí que tenía cierto peso con los *salvajes*, ya que ellos no respetaban la fidelidad de la barba.
La Primera Regla era siempre la más importante: evita que nadie más haga feliz a tu *alfa salvaje*.
Pensando en esa tontería y recordando vagamente el pasado, casi paso de largo el leve sonido de un cuchillo sobre la madera, produciendo un rasguido lejano pero audible incluso con el viento entre las hojas. Al levantar la mirada a las copas, vi una figura a lo lejos, sentado en una rama y con la espalda apoyada en el tronco. Miraba distraídamente la talla entre sus manos y le pasaba sus manos de garras negras, limpiando las virutas y restos.
El viento soplaba en mi dirección, así que pude percibir el olor del serrín y, por supuesto, el aroma a caramelo y vainilla que salía de su barba y su cuerpo. Miré de nuevo al frente y después negué con la cabeza. Aquel encuentro podría ser pura coincidencia, pero lo dudaba mucho. Conocía demasiado bien a Tigro.
—¿Ahora te dedicas a la talla? —le pregunté nada más alcanzar la rama donde estaba sentado.

No me acerqué mucho, sino que me quedé a unos metros de distancia, de cuclillas, observando como seguía hundiendo la punta de mi navaja militar en la figura.
—¿Qué haces aquí? —preguntó él sin mirarme—. ¿No tienes una misión que hacer y un mundo *beta* al que volver?
Ladeé el rostro y entrecerré los ojos.
—¿En serio? ¿Has salido de tu escondite solo para soltarme eso?
Tigro soltó un bufido y sonrió, pero de forma fría y desagradable; casi como si fuera un insulto.
—Yo no me escondo, simplemente, no me interesa verte —levantó la talla y la observó a contra luz, decidiendo quitar un poco más de madera de un lado—. Lo hago con mucho *omegas*, no te sientas especial.
—¿Y también eres tan pasivo-agresivo con ellos? —pregunté.
—No, eso solo lo hago con los que me han decepcionado —respondió.
—Pues vale —asentí y, levantándome, estuve a punto de saltar e irme.
Pero no lo hice, sino que ladeé el rostro y le miré por el borde de los ojos.
—Tigro, ¿causaste tú el incendio del búnker? —le pregunté—. El que quemó el bosque y El Pinar.
Si al *alfa* le sorprendió aquella pregunta, no se notó en absoluto. Tranquilamente, siguió quitando un par de virutas más de madera, las cuales después se limpió de su ajustado pantalón de cuero.
—¿Cuál es tú misión? —me preguntó entonces.
Me quedé en silencio, tomé una profunda bocanada de aire, pero no me gustó percibir aquel aroma a vainilla y caramelo en él, así que solté un resoplido y me crucé de brazos. Mirando al frente, respondí:
—Los *betas* creen que hay una célula terrorista en alguna parte de Mil Lagos. Me han mandado a investigar y desmantelarla.
Tigro tardó unos segundos, pero después terminó por reírse en voz baja y flotarse la nariz.
—Lo sé —murmuré—. Yo tampoco creo que haya ninguna organización secreta que quiera alimentar una rebelión en La Reserva. Nadie tiene intereses ni motivos para ello, pero sigue habiendo cosas que no encajan y quiero saber por qué.
El salvaje siguió tallando e ignorándome.
—Tú naciste en el mundo *beta*, quizá… podrías haber descubierto el bunker y haber decidido llevar a cabo una pequeña venganza personal —sugerí.
—¿Sabes? —dijo de pronto, alzando la vista a un punto perdido entre las hojas y señalándome con la navaja del ejército. Esa que yo el había «regalado»—. Si hace un mes me hubieras dejado hacerte esa pregunta, «¿cuál es tu misión, Lemér?», y tú me hubieras respondido, yo te hubiera contado todo lo que sé. Pero ya no, porque ahora no tengo tu barba y ya no me creo nada de lo que dices —y, al fin, sonrió y me miró a los ojos por primera vez desde que había llegado.
Me limité a asentir y recolocarme la mochila al hombro.
—Si vas a estar así, prefiero no volver.
—Pues no vuelvas —me dijo, abriendo los brazos y encogiéndose de hombros—. Yo estoy muy bien follándome todos los días a mis preciosos gemelos, a los que, por cierto, más vale que no vuelvas a pegar. Ellos sí saben lo que quieren… —no pudo evitar añadir al final.
—Ellos sí saben lo que quieren —repetí, imitando su tono grave de subnormal—. Soy Tigro, soy un *salvaje*, me creo muy bueno y muy macho, pero me comporto como un puto crío inmaduro y no paro de soltar mierda para hacer daño.
Al *alfa* se le borró por un momento la sonrisa y la convirtió en un gesto tenso, de labios extendidos pero dientes apretados.

—Oh, ¿crees que me importas tanto como para intentar joderte? —me dijo antes de reírse con un buena carcajada—. Lemér… le digo esto a todos. Sabes como soy.
—Ah, ¿sí? —pregunté, ladeando el rostro—. ¿Y desde cuando intercedes en las luchas de *omegas* por ti?
—Exacto —asintió—. En las luchas «por mí», pero tú no estabas luchando por mí, Lemér. Porque tú a mí no me quieres. Solo has pegado a mis chicos por puro placer, y eso no lo voy a consentir.
—Eso es mentira, yo a ti sí te quiero.
—Ah… —sonrió—. Claro… Bueno, pues sí tanto me quieres, ven aquí, cómeme la polla y demuéstramelo.
Entonces apartó la talla y abrió las piernas, dejando los pies colgando a los bordes de la rama. Con un gesto, me invitó a empezar cuando quisiera.
—Esfuérzate bastante —me aconsejó mientras se llevaba ambas manos tras la cabeza—, porque ahora que estoy acostumbrado a dos lenguas chupándomela a la vez, te va a costar ponerme cachondo.
Con paso firme, me acerqué a él y me puse de cuclillas. Miraba sus ojos de oro y jade y pensaba en lo mucho que los echaba de menos.
—Te lo dije, Tigro —murmuré—: tú nunca has sido el problema. No me fui porque no te quisiera, me fui porque, contigo, solo veía lo bueno de este lugar.
Al *alfa salvaje* se le escapó otro bufido de risa y empezó a negar lentamente con la cabeza.
—Te fuiste porque eres un cobarde, un esclavo de los *betas* y un hipócrita.
Mantuvimos una tensa mirada que se alargó segundo a segundo hasta que pregunté:
—¿Eso es lo que crees?
—No lo creo. Lo sé —me aseguró—. Vas a volver al mundo *beta* con la colita entre las piernas, porque te tienen tan domesticado y abducido que no eres capaz de ver los horrores que nos hacen.
—Echo de menos algunas cosas —reconocí—. La comida, las series de televisión, las cafeterías, los electrodomésticos, las comodidades… Sé que suena estúpido —traté de explicarme, aunque me daba algo de vergüenza decirlo en alto. Llegué incluso a sonrojarme y apretarme el puente de la nariz antes de continuar—: No creo que la Reserva sea aburrida ni anticuada, pero es como viajar cinco siglos al pasado.
Tigro me escuchó en silencio y con expresión seria. Seguía con las manos tras la cabeza, pero ya no sonreía ni movía la cadera de forma sórdida.
—¿En serio vas a dejarme y volver al mundo *beta* porque echas de menos la puta televisión y la nevera? —me preguntó, y había una evidente rabia en el tono de su voz.
—No —negué—. Eso son cosas que echo en falta, pero lo que me preocupa es que… allí tengo posibilidades de ascender en mi trabajo y…
La fuerte carcajada de Tigro me interrumpió como un trueno helado y escalofriante.
—No puedes hablar en serio… —murmuró, negando con la cabeza—. ¿Crees que de verdad tienes posibilidades de ascender? ¿Tú? ¿Un puto animano?
—Hay un animano coronel en el ejército de tierra.
—Ohhhh —arqueó las cejas, abrió los ojos, sonrió y se llevó las manos al rostro como si estuviera súper sorprendido—. No puede ser, ¿qué me dices? Wow… ¡Ya estamos rompiendo el techo de cristal! ¡Vamos, Lemér, volvamos corriendo con los *betas* porque han dado un puesto de coronel a un animano para parecer progresistas e inclusivos! Bieeeennn —terminó aplaudiendo.

Con expresión seria de párpados caídos, moví la mano para detener sus palmadas y darle un leve apretón.
—Sé que hay mucha política por en medio y razones ocultas de que nos den puestos importantes, pero de alguna forma hay que romper barreras, Tigro.
—¿Romper barreras? —gritó—. ¡¿Pero de qué cojones estás hablando?! —rugió después—. ¡La única barrera que necesitamos es la que nos separa de ellos! —y señaló a la distancia, allí donde, a miles y miles de kilómetros de distancia, estaba el muro que nos aislaba de los *betas*—. ¡Esto no es una prisión, esto es el último reducto de humanidad en el mundo! ¡Y TÚ QUIERES AYUDARLES A ENTRAR!
Con la mano que señalaba a lo lejos, me clavó un dedo en el pecho y me empujó. Me hizo daño, pero aguanté bien y respondí a su mirada furiosa de dientes apretados.
—No les estoy ayudando a entrar —respondí—. Solo estoy aquí para investigar.
—¿Investigar lo qué, Lemér? —quiso saber él—. ¿Una «célula terrorista» imaginaria? Oh… qué casualidad, porque, espera —y fingió pensarlo—, ¿cómo era eso que decía el tratado de paz…? Ah, sí —y me miró, ya sin hacer el gilipollas—, que los *betas* pueden intervenir en La Reserva en caso de amenaza o conflicto bélico.
Fruncí el ceño y miré a un lado. Tras unos segundos, volví a clavar mis ojos en los suyos.
—¿Qué encontraste en el búnker? —le pregunté.
—¿Quieres ver el puto búnker? —sonrió—. Veamos el puto búnker…

EL SECRETO DEL BÚNKER

Tigro fue a su cabaña a por un par de cosas y me pidió que le esperara en el interior de la cueva del precipicio junto a la catarata. Allí donde nos habíamos conocido por primera vez, volvimos a encontrarnos unos meses después. Era el mismo lugar, pero nosotros habíamos cambiado.

—Apártate —me ordenó el *alfa*, llegando con una palanca de metal en una mano y dos antorchas en la otra, las cuales, puso con un gesto seco en mi regazo—. Ve encendiéndolas.

Cuando me hice a un lado, metió el hierro en una de las abolladuras producidas por el fuego y, con un grito de rabia contenida, terminó arrastrando la pesada plancha de metal antes de arrojar la palanca al suelo con enfado.

—Espera —me detuvo, porque yo ya estaba avanzando hacia la entrada ennegrecida con las antorchas en alto. Miré la expresión seria de su rostro y sus ojos atigrados, brillando salvajemente con el reflejo del fuego—. ¿A qué división de las fuerzas especiales perteneces, Lemér?

La pregunta me tomó por sorpresa, pero enseguida respondí:

—Infiltración y eliminación de objetivos.

A Tigro se le escapó un leve bufido y una mueca de desprecio.

—Eres un sicario de los *beta*… —resumió.

—Sí, algo así —afirmé—. Pero eso ya te lo dije durante el Celo. Te advertí que tenía entrenamiento de asesino de élite y que era mejor que no me tocaras los cojones.

—Estaba algo ocupado durante el Celo —murmuró—. Nunca es un buen momento para hacer confesiones.

—¿Y este sí lo es? —quise saber.

—Sí, Lemér —asintió—. Este es el momento perfecto. ¿Por qué te encontré aquí la primera vez? ¿Cómo conocías este lugar?

—Los *betas* me dieron las coordenadas. Dijeron que los terroristas lo habían incendiado.

Si Tigro me creyó o no, fue algo que se guardó para sí mismo. Haciéndose a un lado, me invitó a entrar en el búnker. Yo no estaba nervioso, pero sí un poco emocionado por descubrir los secretos que aquel lugar escondía. Tuve cuidado al pisar las escaleras, tanteando que ninguna cediera bajo mi peso y, escalón a escalón, fui descendiendo mientras alumbraba mi alrededor con la antorcha.

Estaba muy oscuro y olía a polvo, a cerrado y a ceniza.

—Así que ya habías entrado antes —murmuré.

El *alfa* bajaba a mis espaldas, haciendo resonar alguno de los peldaños bajo su peso.

—Claro, Lemér. Soy un terrorista —dijo con un arrollador sarcasmo—. ¿No es eso lo que piensas de mí?

—Te daré un consejo —continué, ignorando su pregunta—. La próxima vez que quieras cubrir tus huellas, no lo hagas con ceniza diferente a la del propio incendio.

Entonces bajé la antorcha y señale un punto del suelo chamuscado que, aunque aparentemente similar al resto, tenía un tono más grisáceo.

—Se nota, ¿ves?
Tigro no dijo nada, solo miró el suelo y después mis ojos. Una vez que alcanzamos el fondo, pisé suelo firme y miré alrededor. Aquella parte de la entrada era un cañón estrecho, de techo abovedado y paredes en cemento crudo. Se extendía los tres metros de distancia que alcanzaban a iluminar las antorchas y mostraba restos de una rudimentaria instalación eléctrica.
—Este búnker es de la primera guerra mundial —le dije a Tigro—. Ya estaba aquí antes de que se creara La Reserva. Puede que fuera el refugio de alguna comunidad cercana, o que un beta adinerado lo hubiera construido en caso de necesitarlo.
—Muy bien, Lemér —me felicitó él—. Y lo has descubierto sin *Google*. ¿No echas de menos *Google*? Uff, estoy pensando en volver con los *betas* solo para poder buscar fotos de gatos en internet.
Puse los ojos en blanco y, sin tener que girarme, le di un suave golpe en la cara con la cola. El leve gruñido del *alfa* fue suficiente para saber que había acertado.
—¿En serio no echas nada de menos de allí? —pregunté mientras avanzaba a pasos lentos y observaba nuestro alrededor.
—Creía que habías dicho que no te importaba nada de mi pasado.
—No me importa quién fueras o lo que hayas hecho —respondí antes de encogerme de hombros —, pero tú también naciste allí y puedes entenderme mejor que el resto.
—No. Yo no puedo entenderte.
—Tigro, de verdad, relájate un poco —le pedí, volviendo por un momento el rostro a mis espaldas para verle—. Solo estamos charlando, ¿vale?
—El momento de charlar ya pasó, Lemér.
Tomé una profunda respiración y asentí, demasiado cansado con aquel tema como para insistir. ¿Tigro no quería ceder y relajar la situación?, pues ya está. Bien por él.
A medida que avanzábamos, dejamos atrás el cañón de la entrada para sumergirnos en una sala más amplia. Primero eché un vistazo rápido, después me acerqué a las paredes y, finalmente, me agaché para mirar el suelo.
—Se lo han llevado todo —murmuré—. Aquí había muebles, pero no se han quemado, así que ya no estaban cuando se originó el incendio.
—Sí, eso suelen hacer los *betas*. Llegar y llevárselo todo como si fuera suyo.
—También tenían ordenadores… o, al menos, algún tipo de sistema eléctrico —continué, ignorándole por completo—. Mira estos huecos en la pared, son de cableado, pero también lo han arrancado… No querían que quedara ninguna prueba de presencia *beta* aquí. ¿por qué? ¿Qué hacían en la La Reserva?
—Estaban aquí porque nos estaban espiando y rompiendo el pacto —me dijo—. Y se libraron de todas las pruebas porque imagina lo mal que quedaría en la prensa eso… A no ser, claro, que lo hagan por la seguridad ciudadana; la *beta*, por supuesto, la importante; entonces sí, no pasa nada que nos espíen.
—No necesitan arriesgarse tanto para espiaros, Tigro —le aseguré—. Tienen satélites y drones militares. Además, esta es una zona terrible para colocar un punto estratégico —añadí mientras me levantaba y miraba alrededor, hacia el techo—. Mil Lagos no está en un lugar geográfico interesante y ni siquiera tiene una población animana tan grande. A no ser…
—¿Qué? —preguntó él de pronto, interrumpiendo mis pensamientos.
Giré el rostro para mirarle y vi su expresión de mandíbula tensa y puño apretado alrededor de la antorcha.
—A no ser que este no fuera un centro de espionaje, sino de comunicación —respondí—. Sería

fácil colocar una antena en lo alto del precipicio, porque en tu territorio, solo estás tú; así que nadie podría encontrarla por casualidad.
—Yo podría encontrarla —me aseguró.
—Ya la has buscado —sonreí—. ¿Verdad?
El *alfa* alzó la cabeza con orgullo, pero no respondió; lo que por sí, ya era una respuesta.
—Quizá se la hayan llevado también —sugerí mientras caminaba a la siguiente pared y toqueteaba un par de hendiduras en el cemento—. O quizá mandaran a mis amigos de operaciones especiales…
Cuando miré a Tigro, éste se acercó a buen paso y, con barrido de la mano, limpió el hollín de la pared. Detrás se escondían marcas de balas.
—Podrían haber estado ya antes —dijo, mirando fijamente las marcas de la pared—. Como dijiste, el búnker es anterior a La Reserva.
—Antes no había fusiles de asalto —le aseguré, señalando el recorrido de las hendiduras, lo juntas que estaban y la trayectoria.
—¿Crees que se mataron entre ellos o que les traicionaron? —preguntó—. Eso sería muy *beta*, traicionar a los tuyos. ¿Verdad, Lemér?
Miré sus ojos de oro y jade a los que el fuego de las antorchar arrancaba un brillo especial en mitad de la oscuridad. El *alfa* tenía una fina sonrisa en el rostro de barba corta y alzaba levemente las cejas, dejándome claro que aquella era otro de sus comentarios afilados e hirientes.
—Podría ser una posibilidad —afirmé con calma—, como podría ser una posibilidad que un animano supiera usar armas de fuego modernas. Quizá un *alfa* bien entrenado y con experiencia militar.
—Podría ser, sí —respondió él—. Qué pena que ya no puedas saber si miento o no. Antes solo tendrías que haberme preguntado.
—Mmh… ¿sabes que hace poco descubrí que los *alfas* conseguís superpoderes cuando os sacan la barba? —le dije—. Pensé que lo de no poder mentir, era algo generalizado. Una parte del Todo.
—No son superpoderes, es parte de nuestra bilogía —murmuró—. Cuando nos sacan la barba, nos especializamos todavía más en proteger lo que es nuestro. Te lo dije varias veces, ¿recuerdas? O quizá no lo recuerdes porque todo te daba igual e ibas a dejarme de todas formas. Pero básicamente te señalaba mi barba y te decía, ¿ves esto, Lemér? Esto significa que ahora soy más agresivo, estoy más cachondo y tengo los instintos a flor de piel.
—Lo recuerdo, Tigro —le aseguré—. Lo creas o no, pienso mucho en ti.
El *alfa* estalló en otra ruidosa carcajada que reverberó por todas las paredes y bajos techos del búnker.
—¿Ves lo hipócrita que eres, Lemér? —preguntó con una amplia sonrisa de grandes colmillos—. Ahora piensas en mí, cuando me has abandonado y yo ya he pasado página. ¿Sabes? —preguntó de pronto, llevándose una mano de garras negras al mentón antes de poner una expresión pensativa—. Quizá el problema no sea «que no sabes lo que quieres», sino que «solo quieres lo que no tienes». ¿Lo has pensado alguna vez?
—¿Tanto te sorprende saber que me sigues importando? —pregunté antes de encogerme de hombros—. Lo pasé muy bien contigo y, por sorprendente que fuera, tú nunca me engañaste; así que no me fui enfadado y traicionado, sino por decisión propia.
—Exacto, Lemér: «te fuiste» —recalcó él sin dejar de sonreír y arqueando las cejas—. Así que no tienes derecho a echarme de menos. Ni a decirme que todavía me quieres. Ni a convertirte de pronto en un *omega* súper sincero y abierto cuando antes eras un hombre infranqueable y

escurridizo.
Sus palabras me hicieron pararme a pensar por un momento. Miré las marcas de bala sobre la pared de cemento y, de forma distraída, levanté la mano para rozar una de ellas con la punta de los dedos. ¿Cómo me hubiera sentido yo si Tigro se hubiera marchado y, después de un mes, nos hubiéramos reencontrado solo para oírle decir que todavía me quería, que pensaba mucho en mí y que me echaba de menos, pero que no iba a volver.
—Sí, tienes razón —murmuré, asintiendo con la cabeza antes de volver a mirar sus ojos—. Lo siento, no quería jugar sucio ni hacerte daño al decírtelo.
—Oh —Tigro volvió a reírse y se llevó una mano al pecho—. No me haces daño, Lemér, porque ya no me importas. Solo intento que te des cuenta de la mierda de persona que eres en realidad.
—Tampoco hace falta que me insultes, Tigro —y eso lo dije con un tono más serio y una mirada más firme—. Tú tampoco eres perfecto.
El *alfa* entreabrió los labios, pero entonces los cerró y, con su leve sonrisa de siempre, miró a un lado antes de volver a mirarme a mí. Mojándose los labios con la punta de la lengua, terminó por ladear el rostro.
—Es un poco extraño que ahora estés tan sincero, justo cuando he perdido tu barba y no puedo saber si mientes…
—Tienes un problema muy grande con la confianza, Tigro —le aseguré.
—Sí, perdona, es lo que pasa cuando te mienten y te utilizan durante toda la vida; que ya desconfías de todos —respondió mientras se encogía de hombros y alzaba su mano libre en el aire como si dijera «Ups, *sorry not sorry*».
Tomé una profunda respiración y asentí.
—Vale, lo entiendo. No hace falta que me creas si no quieres.
—No lo haré —me aseguró.
¿Qué puedes decir a eso? Nada, te limitas a asentir y seguir adelante. Tas esa primera sala, había otro pasillo estrecho que se bifurcaba en dos…
—¿Aún tienes contacto con los *beta*? —preguntó Tigro a mis espaldas.
—¿Para qué preguntas, si no vas a creerme? —murmuré, inclinando la antorcha hacia el interior de una de las salas en las que se bifurcaba el pasillo. Allí no había nada especial, como en la anterior sala, se lo habían llevado todo—. Esto es una puta chapuza —le aseguré—. Han usado madera a forma de combustible, pero realmente no había nada que quemar. Es un incendio provocado pero sin objetivo alguno.
—¿Aún tienes contacto con los *beta*?
No pude evitar poner los ojos en blanco y volverme hacia el alfa, apoyado en una de las paredes de cemento del pasillo, con una mano a la espalda y la otra sosteniendo su antorcha como si fuera el cono de un helado. No estaba serio, sino que sonreía ligeramente y arqueaba las cejas a la espera de mi respuesta.
—No, Tigro —respondí al fin—. Corté toda comunicación con ellos cuando me adentré en La Reserva. Hubiera sido estúpido tratar de esconder un móvil o un portátil por satélite; no conocíamos realmente la situación del lugar o cómo os tomaríais algo así. De hecho, los *betas* tienen muy poca información de lo que pasa aquí dentro.
—Uhm… ¿de verdad te crees eso?
Tardé un segundo o dos en responder:
—Me pareció extraño —reconocí—, pero tras las persecuciones, los crímenes de guerra y todo eso, hay una gran población *beta* muy concienciada con nuestra situación. Incluso el ejército tiene mucha presión política de no-intervencionismo.

Eso le hizo mucha gracia, por supuesto.
—Oh, sí. Greenpeace y muchas asociaciones pro-animanos están haciendo mucha presión para que nos dejen en paz —afirmó—. Somos animales en peligro de extinción y necesitamos que los mismos *betas* que nos han esclavizado y asesinado durante siglos, ahora nos protejan. ¿Qué ironía verdad?
—Entiendo de dónde viene ese odio, Tigro, pero…
—No, no lo entiendes —me interrumpió—. Porque tú crees que a los *betas* les importas, pero, ¿sabes que somos para ellos, Lemér? Animales. Somos solo putos animales con los que jugar y experimentar.
Compartimos una mirada seria, pero no quise decir nada al respecto.
—Dime una cosa —añadió el *alfa* de pronto mientras ladeaba la cabeza y sonreía más—. ¿Qué pensaban los *betas* de ti?
—Pues… lo que piensan de todos los *omegas*.
—Aha… —asintió—. Pensaban solo en follarte. ¿A qué sí? Te miraban, quedaban fascinados por lo guapo que eres y lo bien que hueles y soñaban con metértela. Te decían que era culpa de tus feromonas, que les aturdía; entonces, te jodían un poco y te dejaban tirado para seguir con su vida. ¿Crees que esos hombres *beta* te tomaban en serio, Lemér? ¿Crees que te respetaban?
Me pasé la lengua por los dientes y entrecerré los ojos.
—¿A qué viene esto, Tigro? —quise saber.
—Oh, no, a nada —respondió, encogiéndose de hombros y fingiendo inocencia—. Solo preguntaba, ya sabes, si, realmente, tú crees que eras algo más que un juguete sexual y una divertida experiencia para ellos. Algo exótico. Algo con lo que bacilar a sus amigos. «Ey, *bro*, me follé a un *omega* y le hice correrse como un aspersor» —y, diciendo eso, hizo una mala imitación de un hombre *beta* heterosexual.
—Me hace mucha gracia que digas eso como si, aquí en La Reserva, los *alfas* pensarais en más cosas que en follarnos. ¿Quién está siendo el hipócrita ahora?
—No, no —sonrió él—. Claro que solo pensamos en follaros. Sois *nuestros omegas*, Lemér. Sois preciosos, y oléis genial y tenéis esa baba tan, tan rica… —entonces el *alfa*, se mordió el labio inferior y puso los ojos en blanco mientras gruñía, como si solo pensarlo ya le estuviera poniendo a cien—. Ogh, solo puedo pensar en volver a mi casa y llenarme de vainilla y caramelo…
—Nunca creí que fueras tan inmaduro y tóxico —reconocí—. Sabía que eras gilipollas, pero pasarme por la cara a tus gemelos… es muy triste de tu parte.
—¿Por qué, Lemér? —preguntó de pronto. Al parecer, estaba muy sorprendido de oírme decir aquello—. ¿Te molesta que lo haga?
Apreté los dientes con fuerza y ladeé el rostro, clavando una fría mirada en el *alfa*.
—¿Quieres dejar las cosas claras, Tigro? —le pregunté, saliendo de la pequeña habitación para reunirme frente a él en el pasillo—. Me parece patético lo que estás haciendo. Dejándote sacar una barba por esos ridículos gemelos del Abrevadero y después pasándomelo por la cara para joderme. —Moví la cola hacia su rostro y le di un toque con la punta en la mejilla—. No paras de decirme: «ya no me importas, Lemér» —toque—. «Ya he pasado página, Lemér» —toque—. «Ya no te quiero, Lemér…» —toque más fuerte—. Pero todo lo que intentas es hacerme daño para vengarte.
El *salvaje* mantuvo el tipo, pero era muy evidente que ya no tenía ganas de sonreír ni bromear.
—¿Quieres dejar las cosas claras, Lemér? —preguntó, y sonó muy serio cuando Tigro no añadió ninguno de sus aspavientos, o teatrillos, o tonterías; sino que lo dijo directamente y mirándome a

los ojos.
Asentí.
—Tú y yo no vamos a volver juntos —declaró—. Y no importa si decides quedarte o irte. Conmigo, ya has perdido la oportunidad.
Aquello me dolió. Mucho. Muchísimo. Pero yo había tomado una decisión y lo único que podía hacer era asumir las consecuencias; porque eso hacían las personas adultas.
Tragué saliva porque, de pronto, tenía la boca seca. Después asentí y parpadeé.
—Lo entiendo —murmuré—. No era mi intención que te quedaras esperando, solo… ahórrate los comentarios sobre tus *omegas*, ¿vale?
Tigro se quedó un par de segundos en silencio y después ladeó el rostro, buscando mi esquiva mirada.
—¿Cómo haces tú con los *alfas* que has empezado a visitar nada más irte? —preguntó.
—Sí, Tigro. Yo no creo que haga falta hacerte daño por puro capricho.
—Ahm… —vocalizó, asintiendo lentamente de arriba abajo—. Pero verás, Lemér, yo no soy una buena persona. Yo no soy tan maduro y racional como tú. A mí me gusta ser un *alfa* caprichoso, impulsivo y vengativo.
—Pues con eso solo vas a conseguir que no vuelva nunca más —le aseguré.
—Esa es la mejor parte —sonrió de nuevo—, porque los únicos *omegas* que me interesa que me visiten son los que quieren quedarse conmigo.
Ni siquiera me digné a responder. Me di la vuelta y seguí avanzando hacia la siguiente habitación. Allí, como en la primera, no quedaba nada, a excepción de una vieja instalación de cañerías de cobre. Posiblemente, se hubiera tratado de los baños o las cocinas. Dudaba de que los betas se hubieran pasado mucho tiempo allí, pero sin duda se habían quedado lo suficiente para sacar provecho a los ordenadores y todo lo que habían montado.
Demasiado esfuerzo para un objetivo tan vago como «investigar». Lo del espionaje tenía más sentido, pero, como le había dicho al *alfa*, había formas mucho más sencillas de conseguirlo que montar una base especial y esconderse en territorio hostil. A no ser, claro, que aquello fuera ilegal. Una instalación privada, y no militar.
Algo así complicaría muchísimo la situación.
Con un chasquido de lengua y la mente perdida en oscuras teorías, cada una más preocupante que la anterior, me volví de nuevo al pasillo. Tigro seguía en el mismo sitio, apoyado en la pared y sosteniendo la antorcha por lo bajo, así que su atractivo rostro estaba deformado por luces y sombras.
—Lemér —me llamó cuando pasé de largo por su lado.
—Ya hemos dicho todo lo que teníamos que decir —respondí de vuelta. Seco, frío y rápido.
Una cosa era ser comprensivo y otra muy diferente era permitir al *alfa* reírse en mi cara.
—Yo quemé el búnker.
Me detuve.
Lentamente, me di la vuelta y le vi, todavía recostado en la pared, balanceando la antorcha en mitad de la penumbra del pasillo, con expresión seria y la mirada al frente.
—¿Por qué? —pregunté.
Tigro tomó una bocanada de aire y suspiró. Se movió a un lado, casi al fondo del cañón que era el pasillo, y, allí, limpió el hollín y la ceniza del suelo para descubrir una trampilla de metal. Cuando me acerqué, fruncí el ceño y miré al *alfa* por el borde superior de los ojos, esperando una explicación.
Sin embargo, Tigro no dijo nada, solo se agachó y usó la parte baja de la antorcha para hacer una

leve palanca y abrir la placa. Al fondo, solo se veía oscuridad.
—Adelante —me invitó.
Primero tiré mi antorcha para descubrir cómo de lejos quedaba el suelo. El palo resonó contra el cemento y rodó un par de veces en mitad de la oscuridad. Calculé unos tres metros de profundidad, pero allí no había escaleras para descender o subir. Volví a mirar a Tigro.
—Sí, podría encerrarte una vez que estuvieras abajo —afirmó, como si me hubiera leído la mente.
Ya no tenía mi barba de menta y miel, pero no era difícil para alguien tan desconfiado como él adivinar mis sospechas al respecto.
—¿Por qué no bajas tú primero? —pregunté.
—Porque no soy yo quien quiere descubrir lo que hay ahí —respondió—. Así que tendrás que fiarte de mí o darte la vuelta…
Mantuve su mirada un par de segundos más, pero, la verdad, ya estaba cansado de toda aquella intensidad y sospechas y miedos y mierdas. Así que di un pequeño salto y me hundí en la oscuridad. Al alcanzar el suelo, solo tuve que encoger un poco las piernas para recuperarme del impacto y, de paso, recoger la antorcha en el suelo.
Entonces fue cuando el sonido de la trampilla al cerrarse resonó en la oscuridad. Alcé la mirada y me quedé mirando el punto negro donde había estado la abertura. Sinceramente, no sabía ni lo qué sentir.
Tres segundos después, la pequeña puerta cuadrada volvió a abrirse y apareció la cabeza de Tigro.
—Era broma, Lemér —sonrió antes de dejarse caer al interior, produciendo una buena nube de hollín y ceniza cuando alcanzó el suelo—. No voy a encerrarte aq… —y empezó a toser—. Joder, cuanto puto polvo —se quejó entre golpes de aire.
Moví la mano frente a mi rostro para despejar el aire y recogí la cola alrededor de mi cintura y mi cuello para no marchármela demasiado. Después, levanté la antorcha y eché una ojeada al lugar. Como las salas anteriores, era una habitación estrecha de techo abombado y paredes de cemento crudo, solo que, en esta ocasión, sí había algo allí guardado. Las cajas y barriles estaban secos y ennegrecidos, abiertos, rotos o apenas en pie después del incendio; pero lo importante era lo que contenían.
Pistolas, fusiles e incluso una ametralladora. Había las suficientes para armas a una pequeña milicia. Si no fuera, claro, porque ahora estaban derretidas, inutilizadas, rotas o inservibles.
—¿Qué significa esto, Tigro? —pregunté, agachándome para tomar una de ellas y echarle una ojeada.
—Esperaba que tú pidieras decírmelo —respondió a mis espaldas—. ¿Por qué los *betas* han escondido aquí armas de fuego, Lemér?
—No están seriadas… —murmuré.
—¿Qué?
—Que no tienen número de serie. Lo han quitado —repetí, acercándole un subfusíl chamuscado y ennegrecido. Le había limpiado la zona donde, en teoría, debería estar el número de identificación, pero allí no había nada, solo rastros de la leve abrasión de una lija o quizá un químico—. Son armas descatalogadas, como las que usan los terroristas y las organizaciones paramilitares.
—Lo sé —respondió.
Tigro tomó el arma de mi mano y le echó un vistazo. Era más que evidente lo acostumbrado que estaba al manejo de armas, con un agarre perfecto y un movimiento preciso. Incluso se tomó la

licencia de mirarme, sonreír y hacer un pequeño juego con el fusil, dándole una vuelta en la mano, en el aire y después tomándolo para apuntarme directo a la cara.
—Pum… —murmuró. Supongo que en otra de sus oscuras e inapropiadas bromas para aquel momento—. Cuántos recuerdos, ¿eh? Debe ser como estar en casa para ti.
—Normalmente, trabajo con fusiles de francotirador —respondí—. Nunca me ven llegar, pero siempre acaban muertos.
—Uff… —sonrió mucho y se removió como si hubiera sentido un escalofrío, agitando su cola de tigre a sus espaldas—. A mí también me usaban para los trabajos sucios —me dijo—. Cuántas cosas tenemos en común, Lemér. Aunque, claro, a mí siempre me oían llegar… —añadió antes de hacer otra floritura con el arma y tirar a un lado.
—¿También trabajabas en operaciones especiales? —fruncí el ceño—. ¿En qué división?
Tigro recogió la antorcha que había dejado apoyada sobre uno de las cajas chamuscadas y, cuando se volvió para mirarme, seguía sonriendo.
—Pareces poco impresionado por descubrir que yo quemé el búnker —me dijo.
—Está en tu territorio y tienes motivos para vengarte —respondí, como si no fuera para tanto—. Lo que no me esperaba era lo de las armas —reconocí, volviéndome hacia los cajones y barriles apilados en la habitación—. No entiendo que se llevaran todo lo demás, pero que dejaran aquí un arsenal sin identificación.
—¿No lo entiendes? —eso le hizo gracia—. Yo es lo único que entiendo. Porque, si alguien viniera aquí y viera todas las armas, lo que pensaría es que un «malvado grupo de animanos terroristas», se está armando para empezar una revolución. Entonces los *beta* llegarían con sus bonitos aviones, sus gigantescas bombas y sus enormes tanques de asedio; y nadie podría decirles nada.
No quise desestimar aquella idea porque era más que posible. Yo mismo había manipulado pruebas e instigado rebeliones, pero…
—Tiene que haber algo que quieran —le aseguré—. Algo por lo que merezca la pena entrometerse en La Reserva.
—Nos quieren a nosotros, Lemér —respondió Tigro, muy seguro de sus palabras y ya sin sonreír —. Quieren volver a esclavizarnos y usarnos como si no valiéramos nada. Quieren a nuestros *omegas* para divertirse y a nosotros para hacernos trabajar hasta la extenuación. Quieren matar a las Má, destruir nuestra cultura y construir un centro comercial en El Pinar. ¡Eso es lo que quieren! —terminó gritando.
Apreté las comisuras de los labios y me enfrenté a su mirada enfurecida, más brillante y salvaje gracias al reflejo de las llamas de la antorcha. Me acerqué un paso y puse las manos en sus anchos hombros antes de darle un leve apretón y responder:
—Tigro, sé que odias a los *betas* por todo lo que te han hecho a ti y a nuestro pueblo, y no intento convencerte para que les perdones o lo olvides; pero no puedes dejar que eso te ciegue. Hace casi dos siglos que ya no somos esclavos, porque luchamos por nuestra libertad y nos ganamos Las Reservas. Muchos *betas* no… Espera, por favor —me detuve, apretándole más los hombros, poque el *alfa* iba a soltar alguna furiosa respuesta y yo todavía no había terminado—. Créeme cuando te digo que la sociedad *beta*, no toda, pero sí una gran mayoría, mira esa parte de la historia con vergüenza y culpabilidad. No quieren volver a esclavizarnos, no es esa la razón por la que han venido aquí ni me han mandado a investigar. Quieren algo, sin duda, pero no somos nosotros.
El *alfa* esperó a que terminara, mirándome fijamente y apretando los dientes, pero sin querer interrumpirme.

—Cómo se nota que tú solo has visto el lado bueno de los *betas*… —dijo con un toque de desprecio en la voz.
—Puede ser —afirmé, porque no conocía el pasado de Tigro y no podía compararlo con el mío —, pero te puedo asegurar que, si el ejército está metido en esto —señale las armas—, tiene que haber algo más.
—¿Algo más? Aquí no hay nada más, Lemér —negó él—. Quieren nuestras tierras porque ya no pueden construir más putas carreteras y edificios en su territorio; así que, como siempre, vienen a robarnos a nosotros y destruir nuestros hábitats, contaminar nuestros ríos y matarnos de hambre.
—No, Tigro —insistí, llegando a agitarle un poco para ver si, con suerte, conseguía meterle algo en esa dura cabeza suya—. Tiene que ser algo importante. Algo… —y una idea cruzó mi mente —. ¿Hay petróleo en La Reserva? —pregunté de pronto.
El *alfa* perdió por un momento su enfado y lo pensó.
—No que yo sepa.
—¿Y los animanos saben lo que es?
—No somos gilipollas, Lemér.
Puse los ojos en blanco y le dediqué una de esas muecas que decían «¿en serio? No es momento de hacerse el ofendidito».
—Los animanos no usan petróleo, no lo necesitan —le expliqué—, quizá no sepan ni lo que es.
Tigro tuvo que tragarse su orgullo y, con una mueca de asco, girar el rostro a un lado.
—Puede que no lo sepan —reconoció en voz baja.
—Tenemos que investigarlo —concluí, apartándome al fin de él y soltándole los hombros—. Si los *betas* han encontrado un yacimiento lo suficiente importante, quizá se atrevan a provocar una falsa rebelión y justificar la intervención militar. Probablemente, con ayuda de alguna empresa privada con intereses… —negué con la cabeza—. Suena mal, Tigro… suena muy mal.
El *alfa* miraba a un punto perdido a mis espaldas y apretaba los dientes.
—Si eso es verdad, si han encontrado un yacimiento… alguien tuvo que decírselo —me miró—. ¿No, Lemér? No pudieron haber encontrado algo así por casualidad en un territorio tan grande como La Reserva. Ni siquiera con sus putos satélites ni drones. Alguien se lo dijo.
Asentí. Era bastante obvio.
—Seguramente yo no sea el único *omega* infiltrado en La Reserva.
—Pero sí el único que no se comunica con ellos —murmuró con un tono ligeramente sarcástico —. Vaya… su mejor asesino y al que le dan menos información.
—Posiblemente llegue el momento en el que intenten comunicarse conmigo —dije, porque con los nuevos descubrimientos, el juego había cambiado por completo—. Quizá me hayan enviado aquí para usarme en el momento preciso, como un soldado durmiente. Me han dado un objetivo estúpido e información errónea y escasa solo para mantenerme entretenido cazando sombras.
—O quizá lo supieras todo desde el principio —sugirió él.
—Vale, que sí, Tigro —murmuré, demasiado ocupado con mis pensamientos como para hacerle el más mínimo caso—. Gracias por enseñarme el búnker —añadí, dirigiéndome a la trampilla de salida.
Una mano rápida me agarró de la muñeca y me detuvo. Cuando me giré, vi los ojos del *alfa* brillando en la penumbra.
—Hagamos algo, Lemér —murmuró—. Me tomaré regaliz, tú me sacarás una buena barba de menta y miel y después me repetirás todo esto cuando no puedas mentirme. Entonces… te contaré todo lo que quieras y te ayudaré en todo lo que pueda. Te lo prometo.
—Tigro, no tengo tiempo para esto —respondí, liberándome de su mano—. Que no sepa si voy a

quedarme, no significa que vaya a permitir que se metan en La Reserva. Este lugar pertenece a los animanos y es solo nuestro.
—Exacto —afirmó él, dando otro paso hacia mí para acercarse—. Esa es la clase de cosas que quiero que me digas cuando vuelvas a sacarme una preciosa barba. —Y, como si no pudiera evitar ser subnormal, puso una mueca de morritos y se mesó su corta barba atigrada—. No sé por qué, pero contigo me salía más mullida y espesa.
Tomé una buena bocanada del aire viciado y polvoriento y lo solté mientras me frotaba la frente y cerraba los ojos.
—¿Sabes, Tigro? —murmuré—. Dices que los *betas* no respetan a los *omegas*, pero tú juegas a que te saquen barba solo para manipular o conseguir un objetivo. Me usaste a mí para descubrir si era un traidor, después has usado a los gemelos para joderme, y ahora me estás diciendo que vas a tomar regaliz para volver a usarme a mí. No —concluí, negando con la cabeza—. Tú y yo no vamos a volver juntos y no te voy a dar una barba solo para que me creas.
Dicho eso, me alejé a la entrada y di un salto, agarrándome al borde de la trampilla para escalar con facilidad al exterior. Una vez arriba, metí la cabeza y busqué la enorme sombra de cuerpo musculoso y expresión seria que era el *alfa salvaje* Tigro.
—Si quieres ayudarme, bien, sino, apártate de mi puto camino.
Y ese fue el final de mi visita al búnker.

LA SOLEDAD DEL TRAIDOR

Todos los omegas del Pinar estaban pensando ya en esa famosa fiesta de Vega de Miel y, por lo que les había entendido, era el equivalente animano de un festival de música beta, con la misma cantidad de alcohol y sexo sin compromiso.

La idea era tentadora, no voy a mentir, pero ahora mismo mi viaje de autodescubrimiento no incluía relaciones de una noche con *alfas* de Prado Dorado. Ahora mismo tenía una misión muy importante: sabotear la invasión *beta* a La Reserva.

¿Cómo iba a conseguirlo? Buena pregunta, porque no tenía ni puta idea. El enemigo podría estar en cualquier parte, en cualquier villa, y podía ser *alfa* u *omega*. Dar un paso en falso podría significar perder la posibilidad de ganar, alertar al traidor o traidores y desenmascararte antes de tiempo; así que, como en una partida de ajedrez, tenías que esperar a ver cómo se movían las fichas antes de plantearte actuar.

Hay que tener paciencia.

No saltar a los hombros de alguien, rodearle el cuello y gritar:

—¡Te pillé!

Buyú resopló como hacía él, como un buey de grandes fosas nasales. Giró el rostro con cuidado para no darme con sus cuernos y me dedicó una mirada por el borde de los ojos.

—Hola, Lemér… —murmuró, no demasiado ilusionado por mi visita—. Espera un momento, estoy terminando de ordeñar a las vacas.

El enorme *alfa* llevaba una semana con aquella actitud distante y cada vez más fría. Ya no sonreía, ya no jugaba conmigo a exhibirse y tentarme, ya no se toqueteaba para que me mojara, ya apenas me besaba y no me daba más que un par de lametones para limpiarme. ¿La razón? Que llevábamos casi un mes, tenía una tupida barba de un rubio oscuro y los huevos del tamaño de dos melocotones maduros.

Había estado ciñéndome a los grandes consejos de Benny, pero no me estaban dando resultado alguno. En realidad, me estaban dando muchos más problemas que otra cosa. No paraba de enfrentarme a muchas variantes e imprevistos que no se podían adaptar a los tiempo y normas que el *omega*-conejo me daba. No era tan sencillo como él lo hacía parecer: espera «x» tiempo para hacer esto o lo otro; no les dejes hacerte «x» hasta que antes…; te tienen que regalar «x» cantidad de cosas para dejarles claro que mereces la pena...

Y, lo peor, era que ni él mismo se ponía de acuerdo.

—¿Cómo que no te has follado a Buyú todavía? —me había gritado—. ¡Joder, Mentita, es un bovino, te los tienes que follar antes o les revientan las pelotas!

—Me dijiste que…

—¡Ah, claro, ahora me haces caso y es culpa mía! —y había puesto los ojos en blanco y las manos en el aire—. Pues ya le puedes montar como si no hubiera un mañana, porque el pobre debe estar desesperado.

—Sinceramente, ¿para que mierda me das consejos si al final no valen de nada?

—¡Valdrían de algo si no insistieras en llenarles hasta reventar cada vez que te limpian! —había

terminado gritando en mitad del lago—. ¡Llevas una semana con Ierv y ya le están saliendo las marcas del celo!
—Agh, ¿sabes qué? Paso de todo. Voy a seguir mi instinto y punto.
—Sí, porque te ha ido de maravilla hasta ahora… —había murmurado con una expresión asqueada y los brazos cruzados bajo el agua fresca. Tras unos segundos, había girado el rostro y añadido un bajo—: Escucha, si Buyú no te ha dejado aún, es porque le gustas mucho. Otro bovino ya te habría mandado a la mierda hace dos semanas. Así que decídete, o le vacías los huevos o te marchas, pero no juegues con él porque eso es cruel.
En su momento me enfadé, no exactamente con Benny, sino con todas las variables y posibilidades y bifurcaciones y complicaciones y cosas a tener en cuenta a la hora de estar con un *alfa* dependiendo de su villa y su raza… Era estúpidamente agotador.
Con los gemelos había usado solo mi instinto y, que yo supiera, las cosas me iban de maravilla con ellos; así que eso es lo que haría con todos los demás.
—Mmh… lo de ordeñar suena importante —le dije a Buyú cerca del oído—, puedo esperar a que termines, de todas formas, solo venía a decirte que me tomé la poción —y me encogí de hombros.
El *alfa* le apretó tan fuerte la ubre a la vaca que esta mugió y quiso alejarse. Entonces, Buyú se puso de pie, tiró de mí para quitarme de su espalda y, sosteniéndome en alto como si no pesara nada, mirarme a los ojos.
—¿Lo dices en serio? —preguntó.
Asentí y sonreí, enroscando la cola alrededor de su ancho cuello y las piernas alrededor de su cadera. El *alfa* resopló de esa forma bovina y, con los ojos muy abiertos y una respiración acelerada, empezó a caminar muy deprisa en dirección a su casa. Por suerte para él, no quedaba lejos de los establos. Una vez dentro, cerró la puerta de un golpe seco y empezó a quitarme la ropa tan rápido como pudo.
Verle así fue gracioso al principio, pero un tanto incómodo después. Buyú solía ser bastante juguetón y besucón en la cama, pero en ese momento parecía más bien desesperado. Nada más quitarme la ropa, me tiró en la cama, me abrió las piernas y se echó sobre mí para guiar su gigantesca polla a mi ano y empujarla.
Sorbí aire entre los dientes y le apreté con fuerza los brazos. Yo dilataba rápido, pero el alfa buey tenía una monstruosidad entre las piernas y no me había dado tiempo alguno a prepararme.
—Vale, vale, vaquero —le detuve con un par de fuertes golpes en la espalda—. Relájate un poco, ¿quieres?
Buyú dejó de mugir como un toro y levantó su mirada perdida y cristalina a mis ojos. No dijo nada con sus labios entreabiertos, pero asintió un par de veces y tuvo más cuidado al seguir metiéndola. A medida que más entraba, más alto mugía él y más apretaba yo los dientes. No era dolor, no exactamente, solo leve incomodidad hasta que el alfa al fin dio un último empujón y abrí la boca para gritar, hundiendo mis uñas en su anchas espalda.
Y, de pronto, sentí una profunda calidez en mi interior, acompañada del fuerte escándalo de gemidos graves que Buyú estaba causando. El *alfa*-buey ya se había corrido y, sin más, se dejó caer sobre mí y se quedó así.
Con la mirada en el techo y los labios apretados, acaricié la piel velluda de Buyú y pensé en que, de todos los *alfas*, jamás me esperaría que un bovino fuera tan… poco en la cama. Aunque, para ser justos, el pobre Buyú estaba al borde del colapso. Podía concederle una primera vez decepcionante.
—¿Estás mejor? —le pregunté tras un minuto o dos de silencio.

El *alfa* asintió y, con cuidado, me llevó con él para ponerse debajo y poder besarme y abrazarme sin preocuparse de aplastarme en el proceso.
—Voy a necesitar un buen par más de estas —murmuró antes de añadir—: a la semana.
—Ya… esperemos que un poco más largas que esta —respondí con los brazos apoyados en su enorme pecho peludo.
Buyú soltó un bufido y alzó la cabeza, todo lo que le permitió la almohada y sus cuernos.
—Si quieres buen sexo, quizá no deberías dejarme a dos velas, Lemér, porque para hacerme pajas yo solo, no te necesito.
—Uh… —sonreí mientras la acariciaba la mejilla y la barba con la punta de la cola—. ¿Sabes qué?, es justo que te enfades. La verdad es que estaba siguiendo unos consejos y siempre me decían que debía esperar entre un mes y algo para…
—Burffff —resopló él, bañándome el rostro de aire cálido y agitando mi pelo—. ¿A quién le has hecho caso? ¿Al único *omega* que se va a morir solo en El Pinar?
—Buyú, sabes que nací fuera de la Reserva, no entiendo muy bien las normas sociales y el…
—Lemér —volvió a interrumpirme, clavando sus ojos claros en mí y apretándome más contra su cuerpo—. Si tienes dudas, pregúntame a mí. A tu *alfa*.
—Si fuera por ti, ya hubiéramos follado a la primera semana —le aseguré.
—¿Y qué? —se encogió de hombros—. Mejor, ¿no? Así lo pasamos bien y nos conocemos más rápido.
Por supuesto, qué más me esperaba que dijera un *alfa* al respecto.
—Los *omegas* me advirtieron que si hacía eso, no me tomarías en serio.
—Como no te voy a tomar en serio es dejándome con las pelotas llenas —respondió de forma seca.
—Vale, relájate un poco —le advertí con un tono menos suave y una mirada más firme—. Estamos charlando tranquilamente. No hace falta que te pongas así.
Buyú se revolvió un poco bajo mi cuerpo y miró al techo. Tenía una expresión de labios apretados y testarudez, pero como la de un niño pequeño, no como la de un *alfa* gilipollas e intransigente.
—Eres muy guapo y hueles muy, muy bien, Lemér —me dijo, todavía sin mirarme—. Me esperaba que te resistieras y me lo pusieras difícil; y no pasa nada, tú mereces el esfuerzo. Pero una cosa es hacerse el tonto y otra sacarme una buena barba y tenerme aquí olvidado.
Tomé aire y me esforcé mucho, muchísimo para no poner los ojos en blanco y dejarle bien claro lo exagerado y dramático que me parecía todo aquello.
—Olvidado… —repetí—. Buyú, dime que te dejé sin follar y yo te diré: es verdad y entiendo que estés frustrado y enfadado; pero no me digas que te tengo «aquí olvidado» porque te visito tres veces a la semana más los días que entrego las cartas.
El *alfa* trató de conservar su postura y su dignidad, arqueando las cejas y alzando el mentón con orgullo.
—Preferiría que me visitaras solo dos pero que nos los pasáramos follando —se atrevió a decir.
—¿Ah, sí? —me levanté apoyando las manos en su pecho.
Buyú me conocía ya lo suficiente para perder al momento esa actitud de gallito del corral y rodearme con las manos.
—No, no, no, no —se apresuró a decir—. Era broma, lo dije sin pensar, de verdad.
Entrecerré los ojos, pero no cedí.
—Ten cuidado, Buyú —le advertí, como muchas veces antes—. No te pases de listo.
—No, que era broma —sonrió, haciéndose el tonto y alzando la cabeza para poder darme un

beso—. Me encanta que vengas… —otro suave beso, una mano en mi cadera—, me haces muy feliz… —se desliza hacia un lado y me lleva con él para ponerse encima y que no me escape—. Pero soy un bovino y necesito… más atenciones —esa fue la expresión que eligió decir mientras frotaba la entrepierna contra la mía.

Con la misma expresión seria, rodeé sus hombros, por encima de mi cola ya enrollada alrededor de su brazo derecho y su cuello. El *alfa* volvió a besarme y mugió por lo bajo. Lentamente, uso su enorme y húmeda lengua para darme lametones largos y cálidos, descendiendo en dirección a mi entrepierna. Eso siempre le funcionaba. Para cuando alcanzó mi polla, ya estaba bien mojado y jadeando suavemente.

Los *alfas* solían hacer sexo oral si les sacabas una buena barba, pero, como me había dicho Tigro una vez: «es solo por jugar un poco. No tiene una erótica especial para nosotros porque no te mojas como por el culo, que es una maravilla, una delicia y solo mío».

De nuevo, un mal momento para pensar en Tigro. Agité la cabeza y me concentré en la deliciosa sensación de la lengua de Buyú recorriéndome desde el ano a los testículos, humedeciéndome por el camino todo el escroto y provocándome un escalofrío. El *alfa* mugió más alto y pasó la lengua, esta vez desde la base de mi cola para llevarse con él toda la humedad que había producido.

Hacía bastante que no se esforzaba tanto en limpiarme, pero había un buen motivo. Con la boca y la barba brillantes y empapadas, se incorporó entre mis piernas, me agarró las rodillas con las manos y presionó su polla erecta contra mi ano. En esa ocasión entró muchísimo mejor y ambos soltamos un gemido de placer casi simultáneo.

Buyú colocó una de mis piernas sobre su pecho, dejando mi pie al lado de su cara mientras, bajando su otra mano a mi cadera, se inclinaba para metérmela un poco más. La sensación fue sobrecogedora. Abrí mucho la boca y cerré los puños sobre las mantas de lana de la cama. El *alfa* mugió más alto y se hundió un poco más, casi hasta meterla entera. Entonces se tomó un breve descanso para respirar, agachar la cabeza de grandes cuernos y comenzar un pausado y repetitivo movimiento de cadera.

Lo que decían de los bovinos era completamente cierto. No eran los más fogosos y salvajes follando, pero tenían la polla tan grande y gorda que no importaba nada más. Te sentías lleno hasta el punto de que tan solo la leve fricción ya te hacía producir una marea de líquido omegático. Y cuando más te mojabas, mejor se deslizaba y más dentro llegaba.

Era toda una experiencia que, sin duda, merecía toda la atención que le daban a los *alfas* de Vallealto. Apenas duré diez minutos de aquello sin llegar al orgasmo, momento en el que Buyú también se corrió, produciendo una sensación cálida en mi interior. Entonces, como la primera vez, se dejó caer sobre mí con cuidado; un poco sudado, un poco jadeante y muy satisfecho.

—¿Mejor? —me preguntó cerca del oído.

—Muchísimo mejor —jadeé antes de reírme un poco.

—¿Y tú?

—Oh, sí… esto es justo lo que necesitaba —y, tras tragar un poco de saliva para humedecerse la garganta, añadió—: pero aún tengo mucho más.

—Tranquilo, Buyú… —murmure mientras le acariciaba la espalda—. No me voy a ir todavía.

El *alfa* asintió, me besó, me llevó con él para ponerme encima y, con un profundo suspiro de satisfacción, se puso las manos tras la cabeza. Apestaba a menta y miel, tenía a un precioso *omega* encima y las pelotas un poco más pequeñas que antes; así que, para él, todo era perfecto.

—¿Qué has hecho estos días? —me preguntó.

—Mmh… ya sabes, entregar cartas, leer y acompañar a Benny al lago. ¿Tú?

—Ordeñar —se encogió de hombros.
—¿A las vacas?
—No.
Me reí y Buyú movió una mano de detrás de la cabeza para acariciarme lentamente la espalda.
—Nah, realmente también estuve ayudando a Bullo con la cerveza —me explicó—. Los alfas de la Vega han pedido diez barriles.
—Esa es mucha cerveza —asentí, aunque no estaba seguro de que hubiera podido oírme bien al hablar mientras me frotaba el rostro y los bigotes contra el abundante vello pardo de su pecho.
Era una vieja manía mía que a los *betas* siempre les sorprendía, pero que a los *alfas* les encantaba.
—Sí —respondió él—. Esos estúpidos de la Vega se creen que van a ir cientos de *omegas* a verles…
—Mmh, la verdad es que del Pinar van a ir bastantes.
—Ahm —primero la vocal alargada, después el breve silencio y, finalmente, un vago y nada sutil —: ¿y tú… también has pensado en ir?
—No, tengo trabajo que hacer —dije, como hacía siempre, sin darle demasiada importancia.
—Ah, bien, genial —sonrió Buyú—. ¿Y qué más has descubierto estos días sobre La Reserva? —añadió, más relajado que antes—. Por cierto, ¿tienes hambre? Mi padre te ha hecho uno de sus famosos pasteles de manzana y miel.
—Ufff —resoplé.
Su padre *omega*, Liron, siempre me hacía pasteles, pero en realidad eran deliciosas trampas que me dejaban lleno e indefenso entre los brazos de su hijo, quien solo tenía que abrazarme y pegarse a mí para que me quedara dormido. Más de un día me había pasado la noche con él solo por culpa de esos dichosos pasteles que sabían a puta gloria.
—Te traeré un buen trozo —sonrió Buyú, levantándome con cuidado para ir, hermoso y desnudo, a cortar un pedazo de esa dulce trampa para *omegas*.
—No… —gemí, pero sin demasiada fuerza, como cuando luchas en contra de que te den un masaje o te inviten a cenar a algún sitio bonito.
—Solo un trocito —insistió él, usando un cuchillo para cortar un pedazo del tamaño de una porción de pizza. Después lamió los dedos que se había manchado con la miel que goteaba de la cobertura de manzana horneada y me lo trajo de vuelta.
Lo miré un momento y suspiré con resignación. Tomé un pedazo entre los dedos y me lo llevé a la boca antes de gemir y poner los ojos en blanco.
—¿Pero qué cojones le echa? ¿Cocaína? —pregunté.
Buyú se rio, pero preguntó un bajo: «¿Qué es “cocaína”?» y me dio la vuelta sobre la cama con cuidado. Así que, mientras yo saboreaba la tarta tumbado en la cama, él me limpiaba el trasero todavía mojado del sexo.
Volví a gemir.
Aquello era el puto infierno…



Al día siguiente, me despedí de un Buyú que apestaba a menta y miel, sonreía de oreja a oreja y había recuperado el tamaño normal de sus testículos. Diría que me había costado trabajo, pero mentiría. El *alfa-buey* era muy grande, muy guapo, muy cálido y aprendía rápido a aprovecharse de mis debilidades. En el momento en el que me había visto montándole, apretándole el pelo del pecho y gimiendo casi tan alto como él, ya nunca me lo hacía de pie, solo se tumbaba en la cama y se ponía las manos tras la cabeza.

Sinceramente, cabalgar a un bovino era Una Experiencia, así en mayúsculas, porque podías controlar tú la intensidad y el ritmo y no caías rendido ante la monotonía y letanía de su constante movimiento de cadera.

En más de una ocasión estuve a puntito de correrme dos veces; pero por muy grandes que fueran los bovinos y muy cachondos que se volvieran con barba, tenían un límite de aguante bastante firme. Al menos, eso había comprobado aquel día y medio de sexo, conversaciones de almohada y alguna que otra breve salida a dar un paseo por el valle dados de la mano.

Buyú aguantaba perfectamente al principio, pero tras correrse, se iba desinflando y casi parecía sufrir por llegar a terminar la segunda. Las primeras veces, me llegó a pedir perdón, pero le corté muy rápido.

—No, no, está genial, es solo que a veces me puede el ansia —sonreí.

El problema no era del pobre Buyú, el problema era que Tigro me tenía muy, muy mal acostumbrado. Yo era un profundo lago y él… él me follaba hasta reventar. Sí, no iba a intentar dulcificarlo a la forma de las Má. Esa era la verdad. Yo era un *omega* con muchas ganas y solo el *salvaje* había dado la talla por el momento.

Habría que ver los gemelos, porque tenía muchas esperanzas puestas en ellos.

Pero eso sería más adelante, porque una enorme montaña de cartas me esperaba en El Pinar, junto a un viaje a Puerto Bruma y una visita rápida a Presa de Arce. Allí, al atardecer, con el sol tiñendo de dorado y naranja las copas de los árboles, un Ierv de corta barba morena e incipientes marcas en el rostro, me dijo:

—Tengo un regalo para ti.

El *alfa* sacó entonces un paquete escondido bajo su jubón de lana y lo puso sobre la mesa de la cantina.

—¿Qué? —casi me atraganto con el té verde con melocotón al ver la forma rectangular del regalo.

Ierv lo había envuelto en un fina tela rojiza, pero había algo en los libros que, aunque los envolvieras de mil formas, no conseguías disfrazar la sorpresa. Sabías que eran libros, la única pregunta era, ¿cuál?

—¿Y sin haberme limpiado antes? —añadí, arqueando las cejas.

Ierv se rio con un tono calmado y una risa baja y masculina. Lo hacía mucho desde que le había salido barba, se le notaba más relajado y natural, como si le hubieran quitado ese palo que les metían por el culo a los cérvidos.

Con la punta de su lengua más afilada, se mojó unos labios cada vez más rosados y me miró por el borde de unos ojos cada vez más brillantes y enmarcados en una especie de maquillaje neutro.

—Puedes entenderlo como un adelanto —sugirió—, o puedes entenderlo como que pienso mucho en ti.

—Mmh… debió costarte un buen número de intercambios —fue lo que pensé y, por desgracia, lo que dije en voz alta.

«Muchas gracias», hubiera sido la respuesta correcta, pero yo no lo había ni abierto y ya me estaba quejando y martirizando. «Uff, esto es caro y ahora me siento mal». Había una biblioteca

pública en cada villa de *omegas*, pero los libros seguían siendo un bien muy costoso; no por los materiales, sino porque imprimían página a página como hacían en las etapas más tempranas de la imprenta.
—La verdad es que no. De hecho, me lo regalaron —me explicó, alargando una mano para entrelazar sus largos dedos con los míos encima de la mesa—. Soy escritor y esta es mi segunda novela.
Entreabrí los labios, pero me frené a tiempo para no soltar la catarata de preguntas que me inundaron la mente.
—Eso es genial, Ierv —respondí—. Muchas gracias por regalarme un ejemplar.
El *alfa* sonrío y me dio otro leve apretón en la mano. Hubiera sido romántico sino fuera porque un grupo de úrsidos estaba armando jaleo en una esquina del local, riéndose con atronadoras carcajadas y dando secos golpes en la mesa. Algo muy normal a esa hora del atardecer, cuando todos estaban terminando los turnos de trabajo y la gente se reunía para charlar o tomar algo antes de la cena.
—Siempre igual —murmuró Ierv, echándoles una fría mirada a lo lejos—. No saben hablar como animanos normales, solo gritar y dar golpes y… —se terminó deteniendo cuando rodeé su cuello con la cola y le empujé la mejilla con la punta para que me mirara.
No fue algo consciente, solo algo instintivo. El *alfa* parpadeó, asintió y se relajó con un profundo suspiro.
—Perdona, esto del celo nos pone muy agresivos —y sonrió con una dentadura perfecta y blanca.
—No pasa nada —respondí, restándole importancia con un leve encogimiento de hombros antes de abrir la tela roja que cubría el libro. La portada era de cuero, sin más decoración que el título.
Entonces arqueé ambas cejas hasta que casi llegaron a rozar el nacimiento de mi tupé blanco.
—La Soledad del Traidor —leí en voz alta—. Suena… interesante.
—¿Sí? —el *alfa* sonrió un poco más y se revolvió con emoción en el asiento, apartando su taza de té con menta a un lado para no tirarla—. ¿Crees que es un título raro? —preguntó—. Le di muchas vueltas y, la verdad, pensé que sería el mejor. Verás, la historia es un thriller sobre un *omega* que desaparece una tarde en los pantanos de Hiedra Púrpura; y, cuando van a su casa, solo encuentran una flor de regaliz encima de su cama y una nota que dice «lo siento».
—Oh… —asentí, fingiendo estar muy intrigado con la trama—. Que inicio más potente.
—Sí, eso creo. La verdad es que a mí me lo parece, pero, claro, soy el autor, así que no estoy seguro —Ierv no dejaba de sonreír, moverse en la silla y, a veces, morderse suavemente el labio inferior—. Es bastante más serio y oscuro que las historias del Detective Zorro —me advirtió—. Estaba pensando en un público más maduro que busque un realismo crudo y emocional.
—Eso es genial —asentí de nuevo—. Las novelas animanas suelen pecar un poco de simplonas y blandas. Incluso las guarras —y fruncí el ceño mientras negaba—. ¿no te parece muy aburrido que te narren una escena de sexo como si fuera alguna especie de poema pomposo?
—Ahm… No, no lo sé. Nunca he leído ninguna novela de esas.
Por desgracia, a él sí le creí al decirme eso. Empezaba a conocer a Ierv y tenía la impresión de que era el príncipe azul, el chico bueno de la clase, el héroe de la historia y el angelito caído del cielo. Esa clase de persona con una idea muy firme del bien y del mal y la ética que nunca se sobrepasaba. Lo que, gracias a Dios, no se traía con él a la cama.
Allí era un poco salvaje, cada día más, a medida que más le crecía la barba y más visibles eran sus marcas de celo.
—Llévame… —jadeaba en mis labios mientras se desvestía—. Llévame y hazme tu *alfa*…

No se había ni bajado los pantalones del todo y ya me estaba cogiendo en brazos y besándome para llevarme a la cama. Allí, me dejó caer de espaldas, me agarró de las piernas y las empujó contra mi abdomen para poner mi culo en pompa.
—Oh, sí, Lemér… —continuó tras ponerse de rodillas, mirarme el ano lubricado y gemir.
Entonces me lamió la cara interior del muslo, produciendo un cosquilleo por todo mi cuerpo, y fue descendiendo en dirección a mi ano hasta, de una forma casi sublime, hundirme ligeramente la punta de su lengua en el interior.
Y, de pronto, se apartó. Parpadeó, agitó la cabeza de grandes astas y puso una leve expresión asqueada antes de escupir al suelo. Me quedé… helado, la verdad. Cuando al fin me miró a los ojos, vi una intensa seriedad en los suyos y tuve muy claro que algo iba mal.
—¿Has estado con otro *alfa*? —me preguntó.
Sentí una intensa punzada en las entrañas y entreabrí los labios.
—Ahm… —eso fue todo lo que dije. «Ahm».
—Ya —murmuró él por lo bajo antes de limpiarse la boca y levantarse del suelo.
Me senté al borde de la cama y le vi dirigirse a la pequeña cocina en la esquina, allí donde guardaba el agua y los vasos de cerámica. Se sirvió uno hasta arriba, se lo llevó a la boca, se la limpió y después salió un momento por la puerta para escupir en el exterior.
Quería decir algo, pero no sabía ni por donde empezar.
—Perdona, Ierv, yo…
—No, no pasa nada —me detuvo con una mano en alto, pero sin mirarme. Con una profunda bocanada, se puso frente a la ventana y se cruzó de brazos—. ¿Te importa que lo dejemos por hoy, Lemér?
—No, claro que no —asentí. Tenía una ligera idea de lo que había pasado y me sentía bastante estúpido por lo despreocupado que había sido al respecto—. Oye, gracias por el libro y… de verdad que lo siento. No me di cuenta —me despedí en la puerta.
Ierv se giró un momento, me echó una rápida mirada y asintió antes de volver a mirar por la ventana.
Cuando abandoné la casa, cerré los ojos y me llevé una mano al pelo. Subí al primer árbol al alcance y salté de rama en rama, queriendo dejar atrás aquel momento; pero los pensamientos y la culpabilidad me perseguían como feroces sombras a la caza. Estaba tan distraído, que casi no me di cuenta cuando una figura saltó sobre una rama contigua a la mía.
Mi primera reacción fue volcarme en mitad del salto, apoyar la mano en la rama y abrir las piernas para pegarle una patada al atacante, quien, con solo una mano, detuvo el golpe y me agarró del tobillo.
Al mirarle, vi a Tigro con una ceja arqueada, una expresión seria y una ramita de regaliz en la boca, la cual mascaba lentamente.
—¿Ha pasado algo? —me preguntó tras ese breve intercambio de miradas que se había alargado ya un par de segundos.
—¿Qué…? —farfullé, dando una voltereta para ponerme de pie y mirar alrededor. Sin darme cuenta, había cruzado directo por el territorio del salvaje en vez de tomar el desvío por el camino —. Oh, mierda —añadí.
—Lemér —me llamó él, haciendo chiscar un par de veces los dedos para llamar mi atención—. ¿Ha pasado algo? Pareces muy preocupado.
—No —respondí, recuperando poco a poco la compostura—. No pasó nada, solo estaba distraído.
El *salvaje* no me creyó, no del todo al menos, pero sí lo suficiente para entrecerrar los ojos y

cruzarse de brazos en una relajada mueca de sospecha.
—Vienes a mi territorio, pasas corriendo entre las ramas y tienes cara de haber cometido un asesinato… pero «no pasó nada».
—Nada de «nuestro tema» —me vi forzado a aclarar—. Tranquilo, si descubro algo, te lo diré.
Iba a impulsarme para saltar de nuevo y, de pronto, oí:
—¿No será un *problema con los estúpidos alfas*? —preguntó Tigro, diciendo aquellas últimas palabras con un tono más agudo y suave como el de un *omega*; y eso no fue todo, sino que también movió la cabeza de lado a lado y se encogió de hombros.
—Oh, así que ahora vuelves a ser divertido, ¿no? —le pregunté, girándome hacia él y colocando las manos en la cintura—. ¿Tienes algún tipo de trastorno de personalidad o algo, Tigro? Porque es muy confuso.
—No, pero pensé que, si tú y yo vamos a cooperar por un bien común, al menos podemos hacerlo como animanos decentes y no como *betas* —respondió con tranquilidad mientras se sacaba la raíz de la boca y nos señalaba a ambos antes de volver a mascarla.
—Pero tú no eres tan maduro y racional como yo. A ti te gusta ser un *alfa* caprichoso, impulsivo y vengativo… ¿No es eso lo que dijiste?
—Y tú eres un rencoroso de mierda —me acusó.
—Ogh —solté un jadeo, miré a las copas oscuras de los árboles y negué con la cabeza—. Que yo soy rencoroso… con todos tus enorme y peludos cojones vienes aquí y me dices eso, sí señor, Tigro. Quien tenga miedo, que no viva…
—Gracias, Lemér, me alegra saber que recuerdas con tanto cariño mis testículos.
Mi mirada fue suficiente para arrancar una malvada y fina sonrisa de sus labios.
—¿Qué paso, Tigro? —pregunté, haciendo una señal con la cabeza hacia la ramita que colgaba de su boca—. ¿Ahora ya no necesitas a los gemelos para hacerme daño y te estas hinchando a regaliz?
—Sé que algo así sería un sueño húmedo para tu enorme ego, pero no —me dijo mientras se dejaba caer al suelo y apoyaba la espalda en el tronco del árbol, doblando una pierna y dejando colgando la otra a un lado—. Vino otro *omega* muy insistente y me ofreció un par de *cositas*… —y movió las cejas de arriba abajo para dar a entender que eran «cositas» muy cerdas—. Y ya me conoces, no pude resistirme. Los gemelos lo olieron y me dejaron, así que como regaliz para quitarme la barba —concluyó, encogiéndose de hombros.
—Eres un romántico —asentí.
—Sí, lo sé. Soy una víctima del amor —afirmó—. ¿Y qué me dices de ti, Lemér? ¿Quién fue ese *alfa* que te dejó tan preocupado?
No creí que aquello fuera buena idea, pero esa actitud relajada y divertida de Tigro siempre había podido conmigo. Había algo eléctrico en él, una extraña comodidad y esa clase de tonteo que a mí tanto me gustaba. Así que tomé una bocanada de aire y miré al frente, a la cada vez más profunda oscuridad del bosque.
—Fue uno de Presa de Arce —murmuré—, fui a visitarle y no creí que… —me detuve.
—¿Se puso demasiado pesado?
—No, no… —negué—. Fue culpa mía. Esta mañana…
—Joder, Lemér, suéltalo ya —resopló Tigro con impaciencia—. Te he preguntado yo, no pasa nada, no me vas a hacer daño.
—Vale, como quieras —alcé las manos y dije de corrido—: esta mañana me follé a un *alfa* de Vallealto y esta noche, cuando el *alfa* de Presa me quiso limpiar…
—Nooo —Tigro ya se estaba riendo a carcajadas y yo ni siquiera había terminado—. ¡Eso ha

sido muy salvaje, Lemér!
—¡Cállate! —exclamé, volviendo a mirarle y poniéndome cada vez más colorado—. ¡No lo sabía! Me limpié, ¿vale? Me bañé a medio día en Puerto Bruma, creí que ya estaba limpio.
Tigro no paraba de negar con la cabeza.
—Somos *alfas* —me dijo—. Notamos esas cosas *al segundo*. No puedes follarte a uno e ir el mismo día a que te limpie otro, Lemér.
—¡No lo sabía! —repetí, porque aquello me estaba afectando un poco—. ¡No quería ofenderle!
—Ufff… pues eso es muy feo —me aseguró.
Miré al *salvaje* con una expresión muy seria y enfadada.
—No me estás ayudando, Tigro… —murmuré entre dientes.
—Yo no tengo que ayudarte a sentirte mejor —respondió mientras se encogía de hombros y ponía una leve mueca de sorpresa—. Ya no, al menos.
Me llevé una mano al rostro y me masajeé el puente de la nariz.
—Dime una cosa, del 1 al 10, ¿cómo de malo ha sido esto? —le pedí.
—Un sólido 9 —afirmó él—. Básicamente es como decirle que es un *alfa* de tercera para ti y que solo lo usas para limpiarte de vez en cuando.
—Joder, pobre… —no podía parar de sentirme fatal por Ierv—. Se pasó toda la tarde hablándome súper emocionado de su libro, me regaló un ejemplar y después le insulté así en la cara.
—Uh… un escritor.
—No te atrevas —le corté, señalándole con el dedo y una mirada de advertencia.
Tigro levantó las manos en señal de rendición, pero no pudo evitar sonreír con malicia.
—¿Puedo hacerte una pregunta, Lemér?
—Si es algo ofensivo sobre este tema, te lo puedes ahorrar.
—No —negó antes de sacarse el palo de regaliz de los labios y ladear el rostro—. Cuando me dejaste, ¿lo hiciste para poder estar con otros *alfas*?
Una pregunta inesperada para el momento, pero no una que tardara demasiado en responder.
—Sabes que no, porque ya te lo dije cuando tenías mi barba y sabías que no mentía.
El *salvaje* asintió.
—Pero tenías curiosidad, ¿no?.
Entreabrí los labios, aunque terminé por tomar una profunda bocanada de aire en vez de responder.
—Tenía curiosidad —reconocí—. Me sentía un poco como un niño mirando el escaparate de una tienda de caramelos; los veía y me preguntaba cómo sería probarlos, pero tampoco me moría de ganas. ¿Entiendes? Tú me dabas todo lo que necesitaba.
—Y ahora que los has probado, ¿qué piensas?
Ahí venía, la gran verdad que, muy probablemente, me arrepentiría de decirle:
—Pienso que tenías razón y que eres lo mejor de La Reserva; al menos, para mí.
Aquello arrancó una amplia sonrisa en el *alfa salvaje*. Su amplio pecho se elevó con orgullo y, con su lengua, se mojó los labios como si pudiera saborear la victoria.
—¿Ah, Siiiiiii? —preguntó, alargando la vocal hasta hacerla casi tan aguda como insoportable.
—Sí, Tigro —murmuré con cansancio—. No le des más vueltas.
—Así que no te pueden limpiarte del todo ni follarte como te gusta —continuó con su festival de gilipolleces, mirándose distraídamente sus garras negras mientras no dejaba de sonreír—. Qué raro, recuerdo que eso ya te lo dije, ¿no? Te dije: Lemér, no hay nadie que te pueda dar lo que yo te doy… Estás hecho solo para mí.

—Del 1 al 10, ¿cuánto la he cagado al confesarte esto?
—Ufff, un solidísimo 10 —me aseguró, como si fuera algo más que obvio—. Ni te imaginas lo insoportable que me voy a poner ahora.
—Mmh… el segundo gran error del día —asentí, dejándome caer sobre la rama para cruzar las piernas y los brazos—. Estoy en racha.
—El tercero —me corrigió—, recuerda que esta mañana te folló un inútil que te ha dejado tan indiferente que has tenido que ir a que te limpien por la tarde.
Puse los ojos en blanco y miré a un lado, apartando un poco el rostro de Tigro.
—Espero que en esta desesperada cruzada tuya por tratar de sustituirme, no lo intentes con otros felinos —continuó. Hablaba de forma amigable, como si solo quisiera darme un buen consejo mientras mascaba su regaliz y movía la mano en el aire—. Verás, yo soy un tigre siberiano, Lemér, somos los más grandes, lo más fieros y los más cálidos. Puedes distinguirnos por el patrón del pelaje, ¿ves?
Por supuesto, Tigro se había levantado el jubón negro para mostrarme su cuerpo perfecto, de grandes pectorales cubiertos por una fina capa de vello atigrado y marcados abdominales. Con su dedo índice de garra negra, se señalaba las líneas negras del patrón naranja y blanco, acariciándolas suavemente en dirección a su pubis de pelo blanco.
—Los siberianos tenemos más pelo aquí, y estos tonos naranjas tan bonitos no les salen a los demás tigres, además de esto, claro —y, sin dejar de mirarme, se tiró del borde de sus pantalones de cuero para mostrar su vello rizoso de la entrepierna y el nacimiento de aquella polla que, sin duda, sería ahora y siempre mi mayor perdición—. Pero esta preciosidad ya lo conoces de sobra… —añadió, guiñándome un ojo—, no hace falta que te explique que es más grande, gruesa y divertida. ¿A qué no? Uy, espera, ¿qué es eso? —de pronto olisqueó el aire con expresión preocupada—. Lemér… ¿en serio? De verdad… empiezas a darme un poquito de pena. Todos esos *alfas* y sigues mojándote a chorros solo por verme…
—¿Has terminado ya? —pregunté.
—Oh, sí, solo te estaba dando una pequeña lección sobre las razas felinas. Ya sabes —se encogió de hombros—, para que puedas diferenciarnos y sepas cuáles son los buenos de verdad.
—Ya sé cuáles son los buenos de verdad, Tigro… —murmuré mientras ladeaba el rostro.
—Mmmmh —lo pensó él, apretando los labios y entrecerrando los ojos, después, movió la cabeza de lado a lado como si no estuviera nada convencido de ello—. No… no lo creo, porque, sino, no perderías el tiempo con inútiles que no pueden contigo.
—Oh, ¿y tú puedes conmigo? —pregunté, moviéndome para gatear por la rama en su dirección.
A Tigro se le saltó la risa.
—Sabes muy bien que sí —respondió—. De hecho, soy el único que puede.
Ya estaba solo a un metro de él y me mordí suavemente el labio inferior. Con la cola, le rodeé el cuello y el *alfa* perdió su enorme sonrisa para convertirla en algo más sutil y oscuro. Escupió el palo de regaliz a un lado, arrojándolo por la altura de diez metros que nos separaba del suelo, y se pasó la lengua por los grandes colmillos de carnívoro. Cuando me acerqué, dejé una mano justo en el hueco entre sus piernas y la otra en el tronco del árbol a sus espaldas.
—¿Tú eres el *alfa* que necesito? —susurré, y mi voz sonó baja y densa y dulce e hipnótica.
Tigro no se alejó lo más mínimo, solo echó atrás el rostro para poder seguir mirándome mejor a los ojos y, sutilmente, deslizó una garra por el interior del borde de mi pantalón de cuero; atrayéndome con lentitud hacia él.
—Yo soy todo lo que necesitas —susurró en un tono bajo, casi terminado en un gruñido.
Acerqué lentamente mi rostro al suyo y el *salvaje* entreabrió los labios. Jadeaba y sonreía. Se

relamía como si ya pudiera saborear el dulzor de mi cuerpo y estaba tan duro bajo el pantalón que debía dolerle.
Me acerqué un poco más y suspiré en sus labios. Tigro gruñó y tiró de su dedo metido bajo mi cintura para que terminara de acercarme y besarle. Entonces, cuando casi nos rozamos, ladeé la cabeza y me incliné hacia su oído.
—Yo no soy uno de esos *omegas* estúpidos a los que estás tan acostumbrado, Tigro —susurré—. No me vas a engañar de una forma tan patética para que te saque la barba.
Dicho eso, me aparté para volver a mirar sus brillantes ojos de jade y oro.
—Pero gracias por las vistas —añadí—, me encanta cuando te exhibes para mí y tratas de llamar tan desesperadamente mi atención.
Entonces le di una leve bofetada en su rostro de barba débil y fina y me levanté.
Tigro estaba furioso. Sus ojos brillaban en la reciente oscuridad de la noche y hablaban de peligro y oscuras promesas. Sus garras negras arañaban la madera del árbol, desgarrando la corteza y marcándola para siempre. Su abultado pecho se inflaba a cada lenta y pesada respiración y su voz sonó profunda y animal cuando me dijo:
—Más vale que corras, Lemér… porque como te cace, vas a saber lo que es un *alfa* de verdad…
No bromeaba y, por eso, salí corriendo.

LA NOCHE DE LA BESTIA

Mi corazón latía como un tambor desbocado. Respiraba rápidas bocanadas del fresco aire nocturno y saltaba entre las ramas a una velocidad enloquecida. No podía verle ni oírle, pero sabía que estaba ahí, muy cerca; escondido y al acecho.

Entonces, escuché un crujido, frené en seco y me dejé caer de espaldas al vacío segundos antes de que una sombra cayera como un trueno sobre la rama, dándose un violento golpe antes de precipitarse contra el suelo a cinco metros de distancia.

Agarrado al árbol con solo mi cola, miré la hierba y las raíces al fondo del bosque. El sudor me perlaba el rostro y goteaba de mi nariz, sentía la boca seca y la tensión en cada músculo de mi cuerpo.

Tigro se recuperó rápido del impacto, se levantó del suelo y alzó la cabeza hacia mí, solo para ver cómo le enseñaba ambos dedos corazón y le decía:

—Caza esto, gilipollas…

Incluso en la penumbra, pude ver el brillo salvaje incendiando el verde y dorado de sus ojos, repletos de furia y una sed sin límites. Me mostró los dientes de grandes colmillos y gruñó con fuerza, llenando el bosque de un sonido grave, gorgoteante y profundo. Sus bigotes blancos estaban tensos como alambres y encogía la nariz, como un tigre a punto de atacar.

Tigro estaba completamente perdido en la locura.

Y eso le hacía muy peligroso, pero también muy descuidado. Saltó al árbol más cercano y empezó a trepar, hundiendo sus garras en la corteza e impulsándose a puro músculo. Era rápido y fuerte, daba saltos de varios metros y podía olerme a kilómetros de distancia; pero no era un arborícola. Mientras me persiguiera entre las altas ramas, jamás podría atraparme.

Solo tuve que dejarme caer cuando volvió a abalanzarse sobre mí y, alcanzando otra rama, impulsarme con los brazos para dar una voltereta y agarrarme al tronco del siguiente árbol. Al girarme, vi a Tigro colgando del árbol y pateando en el aire mientras intentaba escalar de nuevo la rama de la que se había caído segundos atrás.

Quise reírme, pero me faltaba el aliento. Ya lo haría más tarde, quizá otro día en el que pudiera recordarle lo patético que había sido. Por el momento, mejor seguir corriendo. No faltaba mucho para alcanzar el final de su territorio y, desde allí, ya no podría continuar.

Salté otra rama, subí un nivel más y volví a saltar. Me detuve cuando la furiosa sombra me sorprendió desde un lado, pero, de nuevo, el descuidado ruido de sus garras contra la maleza me advirtieron de su presencia segundos antes de saltar.

Cuando el *alfa* pasó de largo, subí otro nivel y continúe la carrera. Cuanto más alto ascendía, más finas y quebradizas eran las ramas y menos soportaban el enorme peso del *salvaje*, quien intentó en vano igualar mi altura. Al apoyarse en una de esas ramas más finas, ésta se partió y le hizo caer de nuevo.

No podía ni describir el oscuro placer que eso me producía.

Finalmente, tras un par de minutos más de huida, alcancé el camino que separaba el bosque del valle y, por primera vez, toqué el suelo. Me detuve a respirar, agachando el cuerpo y apoyando

las manos en las rodillas. Estaba empapado en sudor y casi sin aliento, pero había merecido la pena cada segundo.
Al levantar la vista, vi unos ojos como llamas verdes y doradas entre las hojas. Me miraban fijamente, pero no podían seguirme al exterior. Sonreír, me reí bien alto y le volví a enseñar ambos dedos corazón.
—Ha sido divertido —reconocí, llevándome una mano a la frente para dedicarle un saludo militar—. Hasta luego, Tigro, *alfa* de las caídas…
El *salvaje* brotó de entre las hojas y las ramas y cayó elegantemente al suelo. Ya no gruñía y me mostraba los dientes, sino que parecía extrañamente calmado. Sudaba tanto como yo y respiraba con la misma necesidad, pero había algo… extraño. Debería estar furioso por haber pedido. Conocía al *alfa* y sabía que una derrota así le hubiera vuelto loco.
Entonces, puso una media sonrisa y dio un paso adelante, hacia el camino.
Ese fue el momento en el que dejé de sonreír y retrocedí.
—No, no puedes —le dije.
Tigro no respondió, solo se agachó hasta colocar una mano en la tierra batida de la senda, como hacían los corredores profesionales antes de la gran carrera.
—No… —jadeé.
Pero no me detuve a discutir las reglas y normas sobre si *realmente* podía o no abandonar su territorio, si se debía a alguna razón ética, a algo instintivo o simplemente, a un estilo de vida. En vez de eso, salí corriendo al instante.
En el valle no había árboles a los que trepar, solo hierba y planicie hasta alcanzar los pies boscosos de las montañas. Había tomado aquella dirección porque era la que más cerca quedaba del final del territorio del *salvaje*, no porque creyera que, el muy hijo de puta, fuera a perseguirme sin importar los límites.
Pero yo ya estaba perdido. Corrí con todas mis fuerzas, sin embargo, yo no era un animano tan veloz por tierra como los roedores o, por desgracia, los felinos. Hice una rápida cinta y esquivé la primera envestida de Tigro, arrojándome al suelo, frenando en la hierba y hundiendo mi bota en la tierra para, tan rápido como pude, cambiar de dirección.
Ya era tarde.
El *alfa* salvaje me agarró del tobillo y tiró de mí con una fuerza demoledora. Me arrastró por la tierra y, al girarme, le di una patada en la cara para que me soltara. Le di de lleno y hasta le hice sangrar la nariz, consiguiendo unos preciosos dos segundos de ventaja para huir.
No sirvieron de nada.
Con un rugido atronador, Tigro saltó sobre mí y me cazó, tirándome al suelo con toda la fuerza de su peso y, juntos, rodamos por la tierra y descendimos un par de metros de la ladera. Al detenernos, el *alfa* ya me había inmovilizado las manos, agarrándome con fuerza de las muñecas para ponerlas sobre mi cabeza. Entonces echó sobre mí su enorme peso y dejó de gruñir como un loco para empezar a jadear.
Podía sentir su aliento caliente en la nuca, el tacto de su cuerpo empapado en sudor sobre la ropa y la humedad de las gotas de saliva que expulsaba a cada respiración. Fue en ese momento cuando comenzó a restregar su entrepierna contra mi culo. Tigro emitía algo similar a la electricidad, pasando de él a mí como una corriente que se retroalimentaba en un bucle infinito y me dejaba más y más empapado por segundos. Era incontrolable la forma en la que mi cuerpo reaccionaba al suyo, despertando cada fibra de mi ser.
Cuando comencé a gemir por lo bajo, el *alfa* me soltó las muñecas y pasó un brazo alrededor de mi cuello, encogiéndonos a ambos de tal forma que pudiera mantenerme controlado mientras su

otra mano se metía bajo mi pantalón. Me frotó un poco la entrepierna y después se hundió entre mis muslos hasta alcanzar el ano, más empapado y húmedo de lo que recordaba haberlo tenido nunca.
Tigro produjo un gruñido ronco, grave, bajo y cargado de necesidad. Acercó sus labios a mi sien y me pegó más fuerte contra su cuerpo. No podía escapar de él, ya no. Me había cazado y ahora quería su premio. O eso se creía el *alfa salvaje*, porque a mí aún me quedaba un as bajo la manga.
Con la cola, le rodeé el cuello y apreté con fuerza. Tigro perdió entonces el aliento, sorprendido por aquel inesperado ataque, y, gracias a eso, aflojó la forma en la que me mantenía aprisionado con su cuerpo. Fue en ese momento cuando me incorporé, le hice una llave y le levanté sobre mi hombro para tirarle de espaldas al suelo y salí corriendo.
Oí su rugido de tigre a mis espaldas y sonreí y me reí y apuré la carrera todo lo que pude, solo por joder al *alfa.* Solo por eso.
La persecución duró poco. Corriendo ladera abajo hasta la vera del riachuelo que cruzaba el fondo del valle, donde el salvaje volvió a abalanzarse sobre mí como un asesino; esta vez, sin piedad alguna.
Forcejeamos un poco, pero todo terminó en el momento en el que Tigro me mordió la cola y yo me detuve; completamente helado y sin aliento. No la apretaba hasta el punto de hacerme daño, pero sí lo suficiente para desencadenar esa reacción instintiva en mí. La cola no, todo menos la cola. Entonces volvió a gruñir y, desgarrándome los pantalones sin cuidado alguno, se volcó sobre mí, se sacó la polla y me la clavó de un golpe seco entre toda la humedad que me empapaba.
Volví a quedarme sin aire.
Tigro me agarró de las muñecas y con mi cola todavía entre los dientes, comenzó a mover la cadera con una locura salvaje y animal. Yo jadeaba y apretaba el abdomen mientras me mojaba más y más por momentos. El *alfa* estaba inmerso en la locura, con su piel caliente produciendo un ligero vapor en contraste con la luz pálida de la luna. Me manchaba la sien con sudor, allí donde no paraba de gruñir como un loco y babearse con mi cola entre los colmillos.
El movimiento de cadera era incesante y violento, salvaje y desesperado, intenso e intoxicante.
Con la cara medio hundida en la hierba y los ojos húmedos, me corrí con un gemido bajo y gutural. Tigro lo hizo casi al mismo tiempo que yo, produciendo un rugido más alto y salvaje que los anteriores mientras, con violencia, me daba unas rápidas y profundas arremetidas y me llenaba de una calidez ardiente.
Pero, como solía suceder con Tigro, ese no fue el final. Solo el principio.
Se levantó y dejó de ahogarme bajo su peso y, como a un muñeco de trapo, me giró sobre hierba a la vera del río para ponerme de cara. Entonces colocó sus grandes manos en mi cadera y hundió ligeramente sus garras en mi piel clara. Mirándome con los ojos enloquecidos y mi cola todavía entre sus colmillos, comenzó a follarme de nuevo sin parar. En algún momento empecé a llorar, pero eso era algo que siempre pasaba cuando hacía *alfa* a Tigro. La violencia y la locura se mezclaban con el placer y el éxtasis y todo era demasiado confuso y perfecto al mismo tiempo.
Con violentas arremetidas, casi sacándola de dentro de mí para meterla de un golpe devastador y profundo, me llevó a mi segundo orgasmo. Creo que grité mientras me corría, pero no duró mucho, porque cuando el *alfa* también se corrió, me agarró en brazos, me subió a su regazo y, con su rostro pegado al mío, volvió a empezar para una tercera ronda.
Rodeé su cuello con fuerza, cerré el puño en su pelo atigrado y me apreté contra él, gimiendo, sin

aliento, con los ojos borrosos de las lágrimas y perdido en la mayor de las locuras.
Todo llegó a su final cuando no pude más y el *alfa salvaje* arrancó un tercer orgasmo de mí. Uno más devastador y profundo que los dos anteriores, porque aquel me lo había robado. Mi cuerpo empezaba a decirme que ya era suficiente, que ya no podía más, pero Tigro seguía y seguía y, al final, siempre ganaba.
Apreté el abdomen con fuerza y cerré los ojos, produciendo un gruñido ronco y profundo. El *alfa* igualó aquel ruido salvaje y, con una última embestida, se corrió por tercera y última vez.
Entonces, se hizo el silencio.
Tigro se dejó caer de espaldas sobre la hierba y estiró los brazos. Completamente sudado, con los ojos en blanco y la respiración al límite. Yo me hice a un lado y rodé por el suelo para detenerme a la vera del río y mirar el cielo plagado de estrellas. Había miles de ellas allí arriba, como nunca las había visto. Su luz era brillante, intensa y fascinante, pero jamás llegaría al mundo *beta* ni a sus ciudades de metal y cemento.
—Buff… —oí jadear al *alfa*.
Sin darme cuenta, habían pasado minutos enteros; quizá incluso más.
Miré a Tigro y le vi frotarse el rostro con una mano antes de darse cuenta de la sangre que le había manchado el bigote tras la patada que le había dado. La miró un momento, sonrió y se la limpió en el jubón de lana empapado en sudor.
—Creí que me moría —me dijo, moviendo el brazo para atraerme hacia él—. Estaba muy furioso, pero a la vez súper cachondo y, cuanto más corrías, más loco me volvía.
Entonces, como si hubiéramos vuelto a un pasado que antes parecía tan remoto, me frotó sus bigotes contra los míos y ronroneó como un enorme gatito bajo las estrellas. Sin embargo, cuando trató de alcanzar mis labios y besarlos, me aparté.
—No voy besarte con esa barba de caramelo y vainilla, Tigro —murmuré.
El *alfa* soltó un gruñido molesto, pero no insistió; aunque no se pudo resistir a añadir un bajo:
—Bueno, Lemér, pues sí no quieres que otros me saquen barba, ya sabes lo que tienes que hacer…
—No, no empieces —le corté en seco.
Tigro se encogió de hombros y me acarició lentamente la espalda.
—Ya sabes cómo son las cosas conmigo. Siempre lo has sabido.
Miré los ojos del *alfa* y, con mi cola ya libre, le rodeé el cuello, esta vez para acariciarle el pelo con la punta.
—Sí, demasiado complicadas —respondí—. Así son las cosas contigo.
—Mmh… yo prefiero pensar que las cosas conmigo son «interesantes». ¿No te lo parece?
Mi resoplido se pudo oír incluso al otro lado del valle y puse los ojos tan en blanco que me dolió un poco la cabeza.
—Cuando te crees tus propias mierdas y pierdes todo contacto con la realidad… —farfullé.
El *alfa* se rio con placer y me movió entre los brazos para colocarme sobre él. Con una fina sonrisa y los ojos entornados, se llevó las manos tras la cabeza y suspiró. No dijo nada, solo se quedó así, acariciando la hierba con su cola de tigre y mirándome fijamente. Moví una mano y pasé un dedo por uno de sus largos bigotes blancos, lo que le hizo cosquillas y provocó que agitara la nariz.
—Del 1 al 10, ¿cómo de mucho va a complicar esto las cosas? —le pregunté.
—Veamos… —se lo pensó—. Podríamos decir que ha sido solo un desliz, un «error», y fingir que no ha sucedido, pero cuando vuelva a pasar, porque no vas a poder resistirte a volver a hacerme *alfa*… —y eso lo dijo con una seguridad sorprendente y un leve jadeo de risa—,

tendremos que enfrentarnos a la realidad: que tú y yo estamos hechos para estar juntos.
Negué con la cabeza.
—¿Ves? Ya empiezas otra vez —le acusé—. Un día me has olvidado y jamás volverás conmigo y no quieres perder el tiempo, y al siguiente estamos predestinados y es todo tan inevitable como la muerte. Decídete, Tigro —terminé, mirándole fijamente a los ojos.
—Joder, Lemér —respondió, frunciendo el ceño y estirando los brazos para hacer chiscar su espalda y soltar un leve jadeo de placer—. No se puede ser un *alfa* interesante, misterioso e intenso, ¿o qué?
—Creo que has leído demasiadas novelas guarras llenas de *alfas* que se portan como cabrones y aún así se salen con la suya. Comportándote así, no vas a conseguir nada. Ser un hijo de puta resentido y tóxico nunca funciona, Tigro —le dejé bien claro.
—Ya, bueno, es que me hiciste muchísimo daño cuando me dejaste —me dijo con una repentina seriedad que me pilló totalmente desprevenido—, perdona por haberme portado así, Lemér, pero no todos sabemos lidiar con las emociones con la misma facilidad que tú.
Entreabrí los labios, aunque no fui capaz de decir nada. Aquella inesperada franqueza me había desarmado por completo; más viniendo de Tigro, que siempre evadía esas conversaciones sobre sentimientos y temas serios con bromas o teatrillos.
—Gracias —conseguí decir al fin, porque el silencio se había alargado demasiado y el *alfa* continuaba mirándome de esa forma intensa y seria—. ¿Y… y cómo te sientes ahora?
Se encogió de hombros.
—¿Ahora mismo?, de puta madre, porque acabo de follar como nunca en mi vida —y ahí estaba, de vuelta a las bromas—. Por otro lado… —añadió, deslizando la mirada al cielo estrellado a mis espaldas—. No sé… supongo que tengo miedo. Miedo de que me mientas, miedo de que regreses al mundo *beta*, miedo de no ser capaz de olvidarte, miedo de que encuentres a otro *alfa*… —se encogió otra vez de hombros y me miró—. Ya sabes, lo normal.
—Lo normal —asentí.
—Dime una cosa, Lemér —me pidió, volviendo a mirarme a los ojos—. Si hubieras elegido quedarte en La Reserva después de terminar con ese profundo debate existencial, ¿me hubieras venido a buscar para que fuera tu *alfa*?
—¿Para qué me preguntas si no vas a creerme? Además —añadí mientras arqueaba las cejas—, tú no das segundas oportunidades.
Tigro volvió a encogerse de hombros y, distraídamente, empezó a acariciarme la pierna con su cola atigrada.
—Supongo que es solo curiosidad —respondió—. Ya sabes, no puedo resistirme a la posibilidad de que, aunque tus respuestas no sean reales ni ciertas, sí podrían, quizás, de alguna forma, aunque no estoy del todo seguro, alimentar mi ya desmedido ego.
—Aham… —murmuré mientras cruzaba los brazos sobre su pecho y echaba un pensativo vistazo al valle bañado por la luz de la luna—. Pues en ese caso, creo que responderé… «Depende».
—¿Depende? —Tigro frunció mucho el ceño y ladeó la cabeza, como si no le hubiera gustado en absoluto mi respuesta—. Eso no alimenta mi ya desmedido ego, Lemér…
Sonreí y, con una bocanada de aire, volví a mirar sus ojos.
—Verás, Tigro; como *alfa*, eres lo mejor de la Reserva.
—Eso ya me gusta mucho más...
El *salvaje* dejó de fruncir el ceño y empezó a sonreír con prepotencia, llegando incluso a apretar las manos tras su cabeza para marcar los bíceps y, de la forma más estúpida e innecesaria del

mundo, girar el rostro para darse un besito en el voluminoso músculo.
—Ay dios mío… —murmuré.
—¿Qué pasó?, ¿te has vuelto a poner cachondo?
—Agh —solo eso, un marcado «agh», expresión de asco y mi mano en su cara para apartarla lo más posible de mí.
—Si tanto te gusto… —continuó, agarrando mi muñeca para darme un tirón y hacerme deslizarme por su cuerpo hasta llegar a rozarle los labios—, ¿de qué «depende» que vinieras a buscarme?
—Si me hubieras dejado terminar de hablar antes de empezar El Show de Tigro…
—Te encanta El Show de Tigro, Lemér —me interrumpió de nuevo—. No mientas.
—Tú eres una maravilla, pero lo que te rodea es una mierda —respondí de una vez, terminando de un golpe con las gilipolleces—. Sé que estás muy orgulloso de tu territorio y de lo mucho que trabajas para mantenerlo, pero si lo piensas, es como una prisión muy grande y al aire libre. Si me quedara contigo, quedaría ahí atrapado y, la verdad, no es algo que me ilusione en absoluto. Fuera, en las villas, los *omegas* y *alfas* emparejados se reúnen, charlan, comparten el trabajo, hacen actividades… tienen como cafeterías o tabernas donde ir a beber y reunirse. Presa de Arce incluso tiene tetería, la cual odiaba al principio, pero ahora como que me gusta… —terminé apretando los ojos y negando con la cabeza.
—Yo también tengo té —respondió el *alfa*, el cual había ido perdiendo poco a poco la sonrisa y las ganas de tomárselo tan a la ligera—. Presa de Arce no tiene el monopolio de su producción, ni dirigen el cártel de la fruta seca y las putas flores aromáticas. Así que, si te gusta, puedo hacerlo. Y seguramente mucho mejor que ellos.
—No es el té —insistí—. Es… —me detuve y ladeé el rostro—. ¿Nunca te sientes solo, Tigro? Ahí dentro, en tu territorio…
—Todo el mundo se siente solo algunas veces, Lemér —respondió—. Incluso aunque estemos rodeados de gente.
—Ya, lo sé —murmuré, pegando mi frente a la suya y cerrando los ojos—. Lo que quiero decir es que vives solo, comes solo, trabajas solo y duermes solo… ¿nunca te aburres de eso?
—No, la verdad es que pocas veces me paro a pensar en eso. En el territorio siempre hay algo que hacer, algo con lo que distraerse y, si necesito compañía, no me faltan los *omegas* que vienen a verme, o me escriben cartas o me mandan regalos.
Asentí y levanté la cabeza, mirando al río a nuestro lado, a sus aguas reflejando la luna y el suave gorgoteo que producían al correr por el fondo del valle.
—¿Tú te sientes solo? —me preguntó el *alfa*.
Tardé un par de segundos en responder:
—Muchas veces.
—¿Solo aquí en la Reserva o también te sentías así en el mundo *beta*?
—En todas partes —dije en voz baja, casi un susurro—. Creo que no soy capaz de encontrar mi lugar, ni siquiera aquí, entre los míos. Me siento como si tuviera un pie en cada lado del muro y ambos estuvieran hundidos en el fango.
Tigro soltó un murmullo de entendimiento.
—A mí también me costó un poco adaptarme, Lemér —me dijo—. Acabas de llegar hace solo un par de meses después de una vida entera con los *beta* y La Reserva es un lugar muy diferente a todo lo que has conocido hasta ahora. No sabes quién eres, no sabes qué papel podrías tener en la comunidad, no sabes si podrás terminar de adaptarte, no sabes si Mil Lagos es el sitio para ti o si habrá una comarca mejor, no sabes si alguien terminará descubriendo tu pasado y tratándote

como un paria… y un largo e.t.c —concluyó antes de, una vez más, encogerse de hombros—. Yo lo llamo «El Síndrome del recién llegado».
—¿Tú también tuviste dudas? —pregunté, bajando al fin la mirada para enfrentarme a sus ojos, llenos de aquel brillo pálido y salvaje que les arrancaba la luz de la luna.
—Claro que las tuve. Me pasé mi primer año escondido en las cuevas y grutas de Sierra Parda, completamente acojonado y huyendo de los *omegas* como si fueran la puta peste —recordar eso le hizo reírse, quizá debido a la ironía—. Después una Má vino a buscarme y me explicó todo lo que necesitaba saber.
—¿Topa Má?
—No —negó al momento, como si hubiera dicho alguna locura—. Topa ya estaba en Mil Lagos mucho antes de que yo llegara.
—No sé, Topa Má siempre habla muy bien de ti —confesé, pero añadiendo un gesto aburrido, como si fuera algo desagradable—. Tendría sentido que tuvierais algún tipo de relación amistosa en el pasado.
—Topa habla bien de mí porque, primero, soy un *salvaje* y estoy en la cúspide de la sociedad animana; y, segundo, prepara tantas pociones con mi nombre que ya es como si me conociera —terminó guiñándome un ojo.
—Por eso te llama Tigro el *alfa rompeculos*.
—¿Me llama así? —preguntó, arqueando las cejas y sonriendo todo ilusionado con la idea.
—Por Dios… —murmuré, apartándome de él para incorporarme.
—Podría ser verdad —se defendió él, mirándome caminar hacia el río antes de, con un ágil movimiento del todo innecesario, apoyar las manos en el suelo para levantarse de un salto digno de las olimpiadas.
—¿Tenías que desgarrarme el pantalón? —pregunté, cambiando de tema y señalándole el desastre que había hecho con mi ropa, ahora apenas dos girones de cuero sostenidos por una única tira.
—Uy, sí —afirmó, asintiendo varias veces—. Era una declaración de intenciones, como si te dijera: prepárate, Lemér, porque te voy a reventar tan fuerte que vas a tener que tomar una docena de pociones para no darme tigrecitos y lemuritos después de esto —y, como no podía ser de otra forma con Tigro, puso las manos en el aire como si agarrara mi cadera y empezó a fingir que se la follaba muy duro.
Le miré un par de segundos mordiéndose el labio inferior y apretando la nariz, después me giré hacia el río, después oculté una enorme sonrisa y, finalmente, fui a limpiarme el desastre que era mi entrepierna manchada y mi culo empapado. No fue un momento especialmente elegante, pero fue muy necesario.
—Qué desperdicio —le oí decir a mis espaldas con un suspiro—. Te hubiera limpiado yo si no anduvieras a hacer el gilipollas y perdiendo el tiempo con *alfas* del valle.
—No voy a sacarte barba, Tigro —le aseguré.
—Tengo regaliz —respondió él, acercándose al interior del río para, ya desnudo, dejarse caer en el agua.
No era un riachuelo profundo, pero sí lo suficiente para cubrir gran parte del cuerpo del *alfa* y refrescarle la piel sudada y caliente.
—Podrías llenarme una y otra vez sin problema —añadió, cerrando los ojos y dejándose mecer por la suave corriente—. De hecho, sería como un regalo: todo placer, cero responsabilidades.
De cuclillas en el agua, continué mojándome los muslos y frotando lentamente mientras le dedicaba una discreta mirada por el borde superior de los ojos.

—Lo dices como si tuvieras alguna responsabilidad moral para aquellos *omegas* que te sacan barba —respondí—. Lo cual, ambos sabemos que no es cierto.
—No las mismas que los *alfas domados* —confesó, con los ojos cerrados y las cejas arqueadas a la vez que ladeaba ligeramente la cabeza—, pero eso no quiere decir que yo no respete la barba. Todo depende de lo larga que sea; por ejemplo, tienes que dejarle cruzar el interior de tu territorio, quizá darle algo de comer, dejarle quedarse por la zona… y si ya, aún por encima, es un *omega* que te gusta, pues le dejas dormir contigo, le prestas más atención, le dejas participar en los asuntos del territorio, le mimas un poco… Ya sabes, le das una muestra de lo divertida, emocionante y genial que podría ser su vida a tu lado.
—¿Y nunca has pensado en que quizá ese *omega* se aburra de estar atrapado contigo? —le pregunté.
—No. Me gusta más pensar que ese *omega* está conmigo porque quiere y disfruta de mi compañía, no porque no tenga otra opción.
—Puedes querer mucho a alguien y pasarlo muy bien con él, y, aún así, terminar aburrido —le aseguré—. Las personas necesitan su espacio, su propia vida, sus experiencias individuales. Estar en pareja no significa acaban formando una unidad inseparable e indivisible que tenga que estar todo el rato junta y compartirlo todo. Al menos, esa no es mi idea del amor.
—Lemér, mi *omega* no tiene que quedarse encerrado conmigo en el territorio —me dijo, levantando al cabeza del agua para mirarme—. Eso es algo que has asumido por ti mismo, cosa que haces todo el rato, en vez de preguntar. Yo tampoco estoy atrapado en mi territorio —añadió, señalando nuestro alrededor con las manos—. ¿Ves? No hay nada que me impida salir y no me estoy muriendo por estar fuera.
—Entonces, ¿qué significa el territorio? —quise saber, porque no terminaba de entenderlo—. ¿Es un capricho?
Tigro resopló y volvió a dejar caer la cabeza en el agua.
—Es una muestra de poder, de independencia —me explicó—. Tengo mis propias cosas, mi propio espacio y mi propia comida; pero para defender todo eso, tengo que quedarme.
—Tú tienes que quedarte, pero tu *omega* no —asentí—. Hasta que llegue otro *omega* que sí se quede…
Tigro tardó un par de segundos en responder, mirando el cielo plagado de estrellas y acariciando la superficie del agua con las manos.
—¿Sabes cuántos *omegas* vinieron a visitarme al territorio mientras estabas conmigo? —preguntó—. Veintisiete. Todos deseosos de que les prestara atención, de darme regalos, de chuparme la polla y que les limpiara. ¿Sabes a cuántos respondí?
—A ninguno, creo —murmuré—. Aunque supongo que habrá formas de esconder el olor de otros.
—Las hay —respondió él junto con un leve asentimiento—. No si les limpias y te los follas, pero las mamadas y los preliminares no dejan apenas rastro.
—Pues eres muy buen mentiroso, porque estaba convencido de que no lo hacías —reconocí.
—Sinceramente, Lemér, eras una mierda de compañero de un *salvaje*. Te ibas todo el rato, no te preocupabas nunca de dónde estaba, no te importaba cuántos *omegas* cruzaran mi territorio… —resopló—. Parecía que casi estabas pidiéndome que lo hiciera.
Chasqueé la lengua, pero no dije nada al respecto. Bajé la cabeza y terminé de limpiarme antes de incorporarme y quitarme el chaleco y el jubón de lana.
—El hecho es que podría haberme pasado día tras día engañándote y ni te hubieras enterado —concluyó—, pero no lo hice. ¿Sabes por qué?

—Porque me amabas —murmuré sin muchas ganas.
—Mmh… «amar» es una palabra muy fuerte. Digamos que… lo terrible que eras defendiéndome, lo compensabas con muchas otras cosas, como por ejemplo, un sexo brutal y llenándome noche tras noche; así que no tenía ganas de nada más.
Caminé un par de pasos a la vera del río y dejé allí la ropa antes de volver desnudo al interior y tumbarme, soltando un jadeo al sentir el agua fresca sobre la piel caliente y sudada.
—¿Quieres decirme algo con todo esto, Tigro? —le pregunté—, ¿o es solo cháchara sin sentido?
—Lo que quiero decir, Lemér, es que, si no te engañé estando soltero, ¿por qué te iba a engañar cuando me pusieras una cuenta en la barba? —terminó, mirándome a los ojos—. Ni siquiera los *salvajes* hacemos eso. Una vez emparejado, tienes el monopolio total del enorme, sexy, guapo y divertidísimo Tigro para el resto de la vida. ¿No suena maravilloso?
—Suena mejor de lo que pensaba —reconocí.
El *alfa* sonrió y se movió entre las piedras del río para flotar en mi dirección. Haciéndose un sitio entre mis piernas, cruzó los brazos en mi abdomen y apoyó el mentón en ellos, mirándome por el borde superior de los ojos.
—Y lo único que tendrías que hacer tú es darme tigrecitos y lemuritos que cuidar… —murmuró.
—Oh, sí —sonreí—, y con lo fértil que eres, tendríamos como una docena en solo cinco años.
El *alfa* no captó la ironía de mi voz, porque sonrió más, ronroneó por lo bajo y empezó a mover su cola de tigre en el aire.
—Sí… —dijo—. Y con lo grande que somos ambos, serían crías enoooormes. *Alfas* muy fuertes y seguro que un par de preciosos *omegas*. No quiero ser esa clase de padre que tiene favoritos, pero… —puso los ojos en blanco y se encogió de hombros—. Mis pequeños *omegas* serían mis cachorros mimados.
—Qué bien, justo lo que necesita El Pinar —asentí—. Más *omegas* mimados.
Tigro se río, haciendo vibrar mi abdomen y la cola que ya tenía rodeando su cuerpo y parte de su musculoso brazo.
—Es una pena que hayas elegido dejarme tirado y seguir con tu misión —me dijo de pronto.
Tardé un segundo o dos en recuperarme y responder:
—Sabes por qué me fui.
—Lo sé, pero hay decisiones que no tienen vuelta atrás. Aún así, no te preocupes —añadió con una sonrisa—, si alguna vez necesitas que te limpien bien o una buena follada, puedes contar conmigo. Al menos, hasta que otro *omega* me ponga una cuenta en la barba —y me guiñó el ojo.
Asentí y, con una ligera sonrisa en los labios, le dije:
—Gracias, Tigro. Me alegra saber que siempre podremos ser amigos.
—Amigos especiales.
—Súper amigos, entonces.
—Amigos que follan —aclaró, arqueando ambas cejas.
—Los mejores amigos que hay —sonreí más.
—Exacto… —y ambos nos reímos.

UNA TARTA ENVENENADA

Creía que jamás probaría una poción más asquerosa que la segunda dosis que me bebí tras el celo. pero me equivoqué. La poción «de después» era peor. Mucho peor. Había sido como beber aceite picante, salado, grumoso y caliente. La chamana incluso me había obligado a quedarme diez minutos en su casa solo para comprobar que no la vomitaba.

Y, mientras esperábamos, me hizo su gran aportación al tema:

—¿Quieres que te siga haciendo pociones para el *alfa* Tigro o prefieres tomarte esta cada vez?

—¿Y no va a afectar a las demás pociones que me tomo? —pregunté—. Como la de Buyú.

—No si se hacen bien.

Chasqueé la lengua y aspiré una profunda bocanada, tratando de mantener aquel asqueroso líquido en mi estómago el tiempo suficiente. Incluso después de ingerido, seguía estando caliente y extrañamente aceitoso.

—¿Por qué somos los *omegas* los que tomamos mil pociones? —le dije—. ¿Por qué no son los *alfas* los que se preocupan de no preñarnos?

—Los *alfas* son *alfas*, su…

—No, no, no —la detuve al momento—. No me vengas con esa mierda de «es su deber preñarte porque son muy machos». En el mundo *beta* también hacen eso y te aseguro que son solo gilipolleces. ¿No hay condones animanos?

—No sé qué es eso —respondió la chamana, mirándome fijamente con aquellas monedas colgando frente a sus ojos ciegos—. Lo que sí hay, sin embargo, es una poción para los *alfas*.

—Oh —levanté la cabeza y fruncí el ceño—. ¿Y por qué no se la toman?

—Porque les deja estériles por un año y no les crece la barba —respondió con aquel leve suspiro que siempre terminaba sus frases—. Tomársela, requiere un gran compromiso entre el *alfa* y el *omega*. No es un capricho pasajero y, por ello, suelen pedirla solo los *alfas* emparejados.

—Ahm —murmuré—. Y no puedes pedirle a un soltero que no le salga barba, ¿no?

Era una pregunta retórica, conocía lo suficiente el mundo animano para conocer la respuesta; y sin embargo, Toma Má respondió:

—Los *alfas* hacen mucho por vosotros, Lemér, y lo único que piden a cambio es atención y cariño.

—Y sexo —añadí.

—Eso entraba dentro de «cariño» —respondió ella—. Aunque, si ese es un problema para ti, nadie te obliga a dárselo.

—No, no es un problema —dije, agitando la mano en alto antes de frenar un eructo que amenazaba con acercarme peligrosamente al vómito—. Los *alfas* son maravillosos, solo que… se hacen un poco pesados a veces.

—Mmh… —murmuró Topa Má—. Qué horror, Lemér, todo el mundo quiere follarte… Debes estar sufriendo cada día.

Puse los ojos en blanco y entreabrí los labios, pero terminé por reírme, lo que complicó bastante mi misión actual de no echar la poción directa al fuego entre nosotros.

—No, no es eso —tuve que defenderme porque, de la forma en la que la chamana lo estaba diciendo, me hacía parecer un completo gilipollas—. Pero a veces me pregunto si no seré más que una especie de objeto sexual para ellos.
—Cómo te entiendo, me pasa exactamente lo mismo —asintió Topa Má, provocando un tintineo de abalorios y plumas.
Levanté las manos y me quedé un par de segundos mirándola con una expresión que ella jamás podría ver; así que añadí:
—Joder, ahora que te hablo en serio, ¿te pones bromista?
La chamana continuó impasible, con sus manos de larguísimas uñas negras cruzadas sobre el regazo, la espalda recta y la expresión seria.
—¿Prefieres mis metáforas sobre ríos y montañas? —preguntó tras un breve silencio.
—N… —me detuve, cerré los ojos y bajé la cabeza antes de mirar la pequeña hoguera entre nosotros—. Topa Má —murmuré—, yo vengo de un mundo donde los hombres *beta* solo me querían porque huelo muy bien y soy demasiado guapo. Y lo entiendo, y no me estoy quejando: sé que mi cuerpo es un trampa irresistible para atraer a los hombres; pero… al final te preguntas si alguno de ellos te ha llegado a amar realmente. Si ha podido mirar más allá de las feromonas, mi cuerpo y mi ano lubricado. —Tomé una profunda bocanada de aire y comencé a juguetear con mis dedos. Tenía la horrible sensación de lo que estaba diciendo era estúpido e infantil, pero una vez había empezado, quise sacármelo todo de dentro—. Ahora pienso que los *alfas* podrían ser iguales, que no les importa cómo sea «yo» como persona, que, para ellos, soy solo el siguiente *omega* de la lista que les ha sacado barba, y no seré ni mejor ni peor que el anterior o el siguiente a mí. ¿Entiendes?
La chamana no respondió hasta que levanté la mirada de la hoguera y me enfrenté a las dos monedas de sus ojos, marcadas con la imagen del sol y la luna.
—Dime, Lemér —me dijo entonces—. ¿Qué te llevó a sacarle la barba al *alfa* Buyú?, ¿fue su gran personalidad u otra cosa enorme de él? ¿Y por qué visitas a los gemelos de la Garra?, ¿acaso tienes tanto amor que dar que necesitas compartirlo con dos *alfas*?
Quise decir algo, pero me costó un poco. Topa Má había sacado la artillería pesada y me había dado tal bofetada ética en la cara que me había dejado en el sitio.
—Lloras lágrimas saladas sobre la tierra seca y te preguntas por qué nada crece. Ves solo lo que quieres ver y crees que un único árbol forma todo el bosque —continuó, tan calmada y serena como siempre, aunque sus palabras fueran afiladas como cuchillos—. Los *alfas* no son *betas*. A los *alfas* no les vas a engañar, ni con tu cuerpo, ni con tu atractivo, ni con tus feromonas; porque ellos forman parte del Todo y porque tú no eres el único *omega* que hay aquí. Así que te verán como tú les ves a ellos: como algo divertido y pasajero. Al menos, hasta que empiecen a conocerte de verdad.
Cuando la chamana se quedó en silencio, yo tenía los labios apretados y las yemas de los dedos unidas, separándolas y juntándolas mientras reflexionaba.
—Pero ellos siempre quieren más, siempre me piden que les haga mis *alfas* y les visite y les preste atención. Nunca he tenido la sensación de que yo solo sea un pasatiempo.
—Entonces quizá el problema no sean ellos, Lemér —sugirió—. Quizá el único que está cegado con sus feromonas y su atractivo seas tú, incapaz de ver que, detrás de esa «trampa perfecta para atraer a los hombres», hay un *omega* que merece la pena conocer.
Fruncí el ceño y ladeé el rostro. No me creía mejor que el resto de *omegas* que vivían en el Pinar, ni más gracioso, ni más interesante, ni más inteligente; pero sí creía que olía mucho mejor que ellos.

—Quizá deberías preguntar a los *alfas* qué es lo que más les gusta de ti —me sugirió la chamana —. Puede que te lleves más de una sorpresa.
—O… —iba a decir, pero, de pronto, Topa Má giró el rostro hacia la entrada de su casa y, segundos después, se oyeron unos ligeros pasos.
Al girar la cabeza, vi a Goto, quien, por supuesto, no se había ido con el resto de *omegas* a Vega de Miel. No ahora que, al parecer, Tigro le había prestado un poco de atención.
El joven de pelo moreno, orejas de gato, largos bigotes y aroma a melocotón, se quedó helado en el umbral de la entrada nada más verme allí, con una leve sonrisa congelada en los labios y las cejas arqueadas.
—Goto… —le saludó la chamana, alargando de forma dramática una de sus manos de largas uñas negras—. ¿Has venido a por tu poción?
—¡Sí! —exclamó el omega con una voz aflautada y un leve salto en el sitio. Su cola se tensó y sus bigotes se erizaron por la tensión del momento—. ¡Pero puedo volver más tarde!
Con un leve suspiro, me levanté del asiento y le hice un gesto para que se acercara.
—No, no importa, de todas formas ya me iba —le dije.
Goto sabía que yo había estado con Tigro y yo sabía que Goto era uno de los muchos *omegas* que recorrían su territorio; pero ambos fingíamos que todo era normal y que nadie sabía nada. Excepto cuando había que echar mierda, entonces al bonito e inocente Goto se le habría mucho la boca y decía cosas que no debería decir.
Por suerte para él, yo no era tan hijo de puta.
—Lemér —me llamó Topa Má antes de que me alejara—. Hay algo que debes llevar a Espina Má, del Abrevadero. Está justo ahí, en la mesa —y señaló un pequeño macuto encima del altar de piedra.
—Sí, claro —murmuré, pensando en que los cambios de horario y dirección que tendría que tomar para llevarlo hasta allí—. ¿Es urgente?
—Ella dirá que sí, porque es una dramática —respondió la chamana, lo que me hizo resoplar y abrir mucho los ojos. Daba miedo pensar cómo seria esa Má de Cauce Rápido si Topa la llamaba «dramática».
—Lo llevaré lo antes posible, entonces —le dije, dedicándole un asentimiento de despedida que no pudo ver antes de dirigirme a la salida—. ¿Qué tal, Goto? —murmuré.
—Bi… bien. Como siempre —respondió él, forzando una tensa sonrisa.
—Me alegro —y sonreí más.
No sabía muy bien si los *omegas* del Pinar se consideraban sutiles o genios de la discreción; si realmente pensaban que no me daba cuenta de que la cesta en el Hogar dedicada al correo de Jabail y Tigro se llenaban solas, como por arte de magia. Pero yo era el cartero, y puede que cuando escribieran las cartas solo pusieran allí el nombre de los *salvajes*, pero cuando los *salvajes* les respondían, sí ponían el nombre de los *omegas* a las que estaban destinados…
Si lo pensabas con detenimiento, Topa Má y yo éramos los únicos al corriente de todos esos sucios secretos que tanto se esforzaban por esconder de todos los demás.
Por eso me parecía tan estúpido que intentaran jugármela y lanzarme puñales a la espalda. Si realmente quisiera, podría dejarles en ridículo a todos y montar el mayor escándalo que hubiera habido en El Pinar.
Una idea que, sinceramente, cada día me atraía un poco más.



Cuando llegué a Refugio de la Garra, todavía tenía el estómago un poco revuelto y la mente algo dispersa. Crucé el prado a paso lento y la mirada al frente, puesta en las grandes construcciones que los *alfas* de la Garra usaban de almacenes o multiusos sin tener que descender a las profundidades de la grieta.

Algunas nubes se deslizaban bajo el cielo azul, ocultando el sol por momentos y produciendo manchas sobre la superficie verde de la pradera. La suave brisa mecía la hierba y las recientes flores que habían plagado el lugar de colores, arrastrando el aroma dulce de la primavera.

Puede que el Refugio oliera mal, pero nunca dejaba de sorprenderme lo hermosas que eran las colinas y el prado a su alrededor.

Entonces lo olí, otro tipo de aroma en el viento, varios segundos antes de que dos grandes brazos me alzaran en el aire y una voz grave me dijera al oído:

—Vaya… parece que he cazado a mi presa favorita.

—No mientas, Lupo —respondí—, tu presa favorita es un bidón de hidromiel.

El *alfa*-lobo emitió una ruidosa carcajada y me dejó de nuevo en el suelo antes de rodearme los hombros, apretarme contra él y darme un buen beso con lengua; de esos que solo los carnívoros te daban. Al soltarme, ambos jadeábamos un poco.

—¿Y Polu? —pregunté, mirando a nuestro alrededor y a sus espaldas, pero cuando no encontré al otro gemelo, volví a prestar atención a sus ojos.

El *alfa* ya tenía mi cola alrededor del cuello y, distraídamente, me acariciaba la barba de mi mejilla mientras se mordía ligeramente el labio.

—Está en casa —respondió—, un oso le hirió en la pierna.

—¡¿Qué?! —detuve su mano al momento y le apreté ligeramente la muñeca—. ¿Y no me habéis dicho nada?

—Lemér —murmuró él, acercándose para pegarse a mí y, como si la conversación no fuera para nada importante, restregarme suavemente la entrepierna dura contra mí—. Somos cazadores, estos accidentes pasan cada día en la Garra…

Con la cola le apreté el cuello y le aparté de mí. Al *alfa* le pilló desprevenido y se sorprendió, llevando ambas manos a mi rabo anillado y dejando de comportarse como un gilipollas para, al fin, empezar a tomarme en serio.

—Si os pasa algo, quiero saberlo —dije con tono duro y una mirada firme—. Yo decidiré si es importante o no.

Lupo asintió al segundo y le solté. No era como si le hubiera estado ahogando ni nada parecido, pero el hecho de tener una soga al cuello no era una sensación agradable en absoluto.

—Lo siento —murmuró con la voz tocada, entonces se aclaró la garganta y, sutilmente, volvió a acercarse a mí con cuidado.

Primero me cogió de las manos, después, mirándome por el borde superior de sus ojos de hielo, posó las manos en la cadera para, finalmente, rozar su nariz contra la mía, frotando nuestros bigotes.

—No queríamos preocuparte… —susurró—. Polu está bien, solo necesita un poco de descanso.

—¿Cuándo os encontrasteis al oso?
—Hace un par de días, en la última partida de caza. Fergo y Gerfo nos dieron la semana de descanso.
—Ahm… ¿y no lo habéis enviado a ver a Topa Má?
—Vino Teján Tomá a verle, quedaba más cerca —me explicó sin interrumpir su suave caricia, esa con la que tanto intentaba calmarme y que, por desgracia, estaba funcionando—. Le vendó y le dio una mezcla de hierbas para que tomara en infusión al salir y ponerse el sol.
Hacía un par de meses me hubiera preocupado la efectividad de esa medicina tribal de las Má y, probablemente, le hubiera traído a Polu alguno de los antibióticos *beta* que todavía tenía escondidos en mi casa; pero ya no. Si algo había aprendido, era que las Má sabían muy bien lo que hacían.
—Bien —suspiré, rodeando los hombros del *alfa* para hundir una mano en su frondosa melena blanca, rapada en las sienes y con algunas trenzas gruesas cayendo por su espalda—. Así que has venido a recibirme porque sabes que estos días estaremos los tres juntos, ¿no?
Lupo se rio por lo bajo y volvió a darme un húmedo beso, aunque no tan profundo y largo como el primero.
—No, Lemér —respondió—. Vine a recibirte porque te eché mucho de menos y tenía ganas de verte.
No le creí y mi expresión de ceja arqueada dejó eso muy claro.
—Vamos… Me gusta tenerte solo para mí, pero no soy un monstruo —sonrió él, deslizando las manos de mi cadera a mis nalgas antes de darles y firme apretón y gruñir con placer—. No voy a mantenerte apartado de Polu y aprovecharme de que esté herido. Lo sabes.
—Mmh… —me limité a murmurar. Aun tenía mis sospechas.
—Somos gemelos de la Garra —dijo, apretándome contra él para mirarme muy de cerca a los ojos—. Sé dónde está el límite.
—Vale, bien —asentí, porque por la forma en la que lo había dicho, parecía algo importante, algo en lo que hubiera estado pensando y que quisiera dejarme claro—. Pues vayamos a ver al tullido de tu hermano. ¿La boca aún le funciona?
Lupo estalló en una carcajada, aunque no tan alta que cuando le repetí esas mismas palabras a su hermano Polu, sentado en uno de los tocones bajos frente al fuego del hogar, sin pantalones y con la pierna vendada a la altura del muslo.
—Sí, la boca aún me funciona perfectamente —me aseguró con una media sonrisa en los labios —. ¿Por qué no vienes aquí y lo compruebas?
—Es que no quiero hacerte más daño.
—Me vas a hacer mucho más daño si no me besas.
—No, creo que te haría más daño si no te dejara limpiarme.
Polu se quedó un par de segundos con la boca entreabierta y, finalmente, asintió:
—Me harías más daño aún si no te sentaras en mi cara y me la tocaras con la mano hasta que me corriera.
—Uh… eso te haría muchísimo daño —resoplé.
—Yo quiero correrme en tu culo —dijo Lupo a mis espaldas.
—Madre mía, Lupo —murmuré, girando el rostro para mirarle por encima del hombro—. A veces hasta me sorprende lo poco sutil que llegas a ser.
—Bah… ya tengo una buena barba. No necesito ser sutil —farfulló antes de rodearme con los brazos y empezar a lamerme el cuello.
Miré a Polu y le vi poner una expresión que decía: «ya sabes como es: estúpido», a lo que yo

respondí con una que decía: «lo sé… pero la chupa muy bien». Polu frunció el ceño y echó atrás la cabeza, completamente indignado. «Yo la chupo mejor», me aseguró, imitando el mismo gesto de puño cerrado frente a la boca que yo había usado. «¿Ah, sí?», pregunté, empezando a desabrocharme los pantalones. «Quizá deberías demostrarlo…» y me señalé la polla.
El gemelo quiso moverse, pero su pierna le detuvo y se quedó mirándome con la frustración brillando en el azul pálido de sus ojos. Eso me hizo un poco de gracia, pero giré el rostro para dar un beso a Lupo y señalar a su hermano.
—Ayúdame a llevarlo a la cama.
Entre los dos, uno por cada lado, cargamos al *alfa*-lobo los pocos metros que lo separan de la colcha de paja y pieles antes de unirnos a él. No tenía claro cómo de profunda era la herida, pero preferí no arriesgarme a moverle demasiado; así que adaptamos nuestros acostumbrados juegos a algo más simple.
—Oh, no, no, no… —les pedí.
—¿Por qué no? —preguntó Lupo con una gran sonrisa en los labios.
—Si te encanta… —le apoyó Polu, acariciándose sus enormes colmillos de carnívoro con la lengua.
Me habían llevado al cabecero de la cama y se habían tumbado con la cabeza entre mis piernas para limpiarme los dos a la vez. Eso me ponía terriblemente cachondo y, justo por eso, me resistí tanto. Mi objetivo de no llenar a los gemelos cada vez que iba a verles seguía en pie, porque ya tenían ambos una espesa y tupida barba de un centímetro, una que debería haber tardado meses en crecerles. Pero no conmigo, porque yo era «puto incapaz de controlarme», como a Benny tanto le gustaba decir.
Y Lupo y Polu lo sabían. Sabían que si jugaban sucio, terminarían con el estómago lleno, las barbas empapadas y una enorme sonrisa en los labios.
Por eso habían empezado a jugar a ser «gemelos de la Garra», algo que nunca había visto en ellos y que, quizá, jamás habían necesitado hacer antes para atraer a los *omegas*. Ellos eran Clavo y Martillo, después de todo. Tenían una fama, una buena posición en el Refugio, un gran talento para la caza y, además, eran guapos y altos y sexys a morir.
Lupo y Polu no necesitaban toquetearse ni cumplir la «fantasía sexual de los gemelos» como hacían la mayoría de los demás *alfas* de la Garra, porque ellos dos ya eran una fantasía por sí mismos. Y yo lo había aceptado y no me importaba que no lo hicieran.
Pero eso no quería decir que no me pusiera como un cerdo cuando me lamían a la vez; o peor, cuando después de hacerlo, se lamían la barba entre ellos.
—No… no, no, nooo —jadeé. Casi parecía que se lo suplicaba y, en verdad, casi lo estaba haciendo.
Y entonces Lupo me miró por el borde de los ojos, sonrió como un completo hijo de puta y le dio un beso a Polu en la boca empapada.
Muerto, así me sentí mientras la vida se escapaba de mis labios con un gemido; y mi fuerza de voluntad se escapaba con un chorro de líquido entre mis piernas. Los *alfas* terminaron salpicados y, dedicándose una mirada de triunfo, se lanzaron al ataque para lamer hasta la última gota como dos perros hambrientos.
Llegado ese punto, solo podía terminar de una manera; conmigo mirando el techo de la casa y un *alfa*-lobo apoyado en cada brazo, sonrientes y algo aturdidos por estar demasiado llenos. Tardaron casi veinte minutos en recuperarse y, como siempre, fue Polu el primero en moverse, darme un beso y preguntarme:
—¿Quieres algo de comer? Tenemos carne y hemos pedido fruta a Vallealto. Te gusta mucho la

fruta, ¿verdad?
—Sí, pero no te preocupes —murmuré mientras le acariciaba la espalda—. Tengo que ir a entregar las cartas, ya cenaremos después.
—Ah, espera, voy contigo.
—¿Vas a subir hasta el Hogar con la pierna así?
—Es una herida, Lemér, no me he quedado cojo —respondió con un tono un tanto indignado—. Pasa todo el tiempo, los cazadores nos enfrentamos a animales salvajes y, a veces, ellos también se defienden. Si me ayudas un poco, llegaré sin problema.
—Como quieras —cedí al final. Lo último que quería era empezar una discusión después de correrme.
Lo de «un poco de ayuda» resultó ser solo un eufemismo, porque Polu apenas podía apoyar la pierna en el suelo sin soltar un jadeo de dolor. Tuve que cargar casi todo su peso con ayuda de mi brazo y mi cola, mirándole cojear todo el camino hasta el Hogar y deteniéndonos cada docena y media de metros a descansar un momento.
—¿Me vas a decir ya que esa herida es mucho más profunda de lo que parece o quieres seguir mintiéndome? —le pregunté en una de esas ocasiones.
El *alfa* estaba sentado en uno de los bajos muros de piedra y musgo, con la mano apoyada en un bastón y la mirada perdida en la gente que cruzaba la calle a nuestro lado.
—El oso estaba en celo, se puso muy agresivo y arremetió contra mí. Conseguí esquivarle las fauces pero cayó sobre mi pierna, creo que me rompió el hueso—me dijo en un tono neutro.
—¿Qué te dijo la Tomá?
Polu puso una mueca de disgusto y, apretando la comisura de sus labios, desvió la mirada a un lado.
—Me dijo que no me moviera demasiado… —farfulló en voz baja.
—Y tú has decidido seguirme al Hogar.
—Quería un momento a solas contigo —respondió, enfrentándose al fin a mis ojos y mi expresión seria—. No pasa nada, estoy bien. No duele tanto.
Preferí dejar mi carácter de soldado a un lado y enfocar el problema desde una perspectiva más suave y afectiva; aquello solía funcionar mejor con Polu. Rodeé su rostro con las manos y le acaricié la cabeza con mi cola enredada en su cuello.
—Los animanos nos curamos muy rápido, pero no somos invencibles. Un hueso mal soldado, puede darte muchísimo problemas el día de mañana, quizá ya no seas capaz de correr tan rápido, ni de ser tan ágil, o quizá te siga doliendo para siempre. Un par de horas a solas conmigo no compensa una vida de sufrimiento, Polu.
—¿Seguro? —preguntó—. Porque yo diría que sí…
Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza. Sin hacer preguntas ni pedir permiso, le pasé una mano por debajo de los brazos y la otra por debajo de las piernas, levantándole a pulso para llevármelo conmigo en dirección al ascensor que conectaba la calle con el interior de las grutas.
La escena llamó mucho la atención, por supuesto, pero no por las razones que un *beta* creería.
Un *omega* cargando a un *alfa* no era algo que se viera todos los días, pero Polu no estaba ni de lejos avergonzado de ello; de hecho, inflaba el pecho, agitaba su cola de lado a lado y sonreía, con la cabeza alzada para mostrar su densa barba blanca. Él no se sentía «menos hombre» por necesitar esa clase de ayuda, sino muy orgulloso de tener a un *omega* capaz de dársela.
Esos pequeños detalles que hacían de la sociedad animana algo tan diferente, aunque a plena vista, parecía seguir los mismos patrones que la *beta*.
Al alcanzar el enorme Hogar en el interior de la tierra, tallado en la piedra y siguiendo aquella

marcada estética vikinga de grandes hogueras, grandes mesas, grandes armas y grandes estatuas; al fin dejé a Polu sentado en un banco y mi mochila sobre la mesa. El primero en acercarse fue, como siempre, Oviko, *omega* al cargo de la Garra.

—Qué desastre, no puedo creerme que te hiciera cargarle hasta aquí tú solo —me dijo, con una mano apoyada en su nudoso bastón y la otra en su encorvada espalda.

Siempre me había recordado un poco a Capri, con sus cuernos anillados, sus gafas de media luna, su espesa barba canosa y sus ojos marrones; lo cual, tenía sentido, porque eran hermanos.

—No le hice cargarme hasta aquí, fue…

—Tú calla —le interrumpió Oviko—. ¿Te han dicho ya que Teján Tomá le recomendó reposo y tomarse una infusión? —me preguntó con un tono más calmado—. ¿O han querido hacerse los fuertes, ser estúpidos y seguir ocultándote cosas? —terminó mirando al *alfa* mientras golpeaba un par de veces el bastón en el suelo.

Polu agachó la cabeza y miró a otro lado, gruñendo a un grupo de *alfas* casados que le miraban y se reían por lo bajo a tan solo un par de mesas de distancia.

—No pasa nada —intervine yo—. Me preguntó si podía venir y a mí no me importó traerle.

Oviko terminó por asentir, con ambas manos en el bastón y una mueca de labios fruncidos; aunque, como buen viejo, no pudo resistirse a añadir:

—Tienes suerte, Polu, en mi época no consentíamos de esta forma a los *alfas*, y menos a los que tenían una barba como la tuya.

Y ahí estaba el problema y el origen de aquella escenita tan innecesaria: Lupo y Polu ya tenían una buena barba, así que se consideraba que ya teníamos «algo bastante serio» y que no deberían seguir «haciendo el tonto y escondiendo cosas a su *omega*», como harían dos solteros con una ligera y recién salida sombra en el rostro.

Sin embargo, Buyú tenía una barba un poco más larga que la de los gemelos y en Vallealto aún se consideraba que estábamos «empezando a intimar de verdad»; y no sería hasta que le creciera otro centímetro que empezarían a considerarnos como una «relación seria». Así que, una vez más, todo dependía de las villas y sus ideales: en el Refugio era mucho más complicado y exigente sacarles barba, por ello, allí las cosas iban más rápido en ese sentido.

—Bueno —dije yo, dando una palmada y sonriendo—. Tengo muchas cartas que entregar, ¿necesitabas algo más, Oviko?

—Emh, sí —respondió el alcalde, haciendo una señal a uno de sus ayudantes omegas para que le acercara el rollo de papel—. Esta es la lista de todos los recursos que tenemos en los almacenes desde el pasado trimestre. Dile a Capri que ya hemos comenzado con la cría del ganado, la producción de jabones y la recolección de flores.

—Perfecto, se lo diré —asentí, recogiendo el rollo de sus manos, el cual guardé en un compartimento especial de la mochila reservado a información administrativa o mensajes importantes.

Después de eso, el alcalde se despidió educadamente de mí y le dedicó una última mirada seria al alfa antes de darse la vuelta. Tras su marcha, empezó a formarse la habitual cola de personas deseosas de entregar o recibir cartas.

Sacarles la barba a los gemelos había frenado en seco las tentativas de los solteros por asaltarme en mi trabajo, pero no había frenado las clásicas preguntas de los omegas.

—¿Cómo está (su hijo *omega*)? Hace mucho que no me escribe. ¿Come bien? Ay, a veces me preocupa que esté tan distraído con los *alfas* que ni se acuerde de probar bocado.

—Sí, (su hijo *omega*) está muy bien. Seguro que le escribe la semana que viene. Sí, todos comemos muy bien. Jajaja, ya conoce a los *alfas*… —respondía yo siempre, aunque nunca

hubiera hablado con esos *omegas* del Pinar o solo me sonaran de vista.
Después, casi al final de la cola, llegó la gran sorpresa del día, mucho peor que la pierna rota de Polu.
—¡Hola, mi pequeño lobito! ¡Y mira quien está aquí, si es el precioso Lemér! Ay, eres incluso más guapo de lo que dicen mis hijos. ¿Cómo estás, cielo? Pareces cansado después de trabajar tanto, seguro que tienes hambre, ¡qué casualidad que haya traído una de mis tartas de carne!
La *omega* frente a la mesa era una mujer de pelaje blanco, largas orejas, largos bigotes y grandes ojos de un azul helado. Me miraban fijamente y sonreía como una psicópata, mostrándome la bandeja de arcilla hasta arriba de tarta de carne cubierta por hojaldre dorado. Tenía una pinta increíble y olía incluso mejor, como si acabara de hornearla solo para mí. Lo cual, posiblemente, fuera cierto.
—Mamá… —murmuró Polu, sentado a mi lado con expresión preocupada—. ¿Qué haces aquí?
—Pues traer una carta para tu hermano, por supuesto —respondió ella, sacando un sobre amarillento del escote de su vestido medieval—. ¿Cómo está mi pequeño Líbere? Hace mucho que no me escribe. ¿Come bien? —y antes de que respondiera a ninguna de esas preguntas, añadió—: ¿Dónde está Lupo?
—En casa, mamá —dijo Polu.
—¿Y por qué no está aquí con vosotros?
—Porque después de una buena comida siempre le entra sueño… —respondió el *alfa* con una media sonrisa mientras me dedicaba una mirada cómplice.
—Ooooohhh —lo entendió su madre, abriendo mucho sus ojos azules antes de reírse—. Ays, estos chicos… de verdad. ¡No le molestemos, entonces! Llevaos la tarta y ya me diréis qué os pareció.
Eso nos lo dijo a ambos, en plural, pero solo me miró a mí al dejar el envase de arcilla sobre la mesa. No sabía si era su pelo blanco, sus ojos fríos o la forma en la que me miraba con ellos, pero empezaba a sospechar que la tarta estaba envenenada o algo.
—Gracias… emh —me detuve al darme cuenta de que no sabía su nombre.
—Lieba —respondió ella.
—Gracias, Lieba —asentí, aceptando el regalo. La bandeja estaba caliente y el hojaldre todavía humeaba, extendiendo aquel delicioso aroma por todas partes—. Tiene una pinta maravillosa.
—Oh, gracias, cielo —la *omega* se llevó ambas manos al rostro y, juraría, llegó casi a sonrojarse; aunque su piel era tan pálida que quizá solo tuviera algo de frío—. Si quieres más, no dudes en pedírmela. Lupo y Polu cazan tanto que nos sobra la carne, son…
—Mamá, ya basta —ahí fue cuando Polu se puso serio y la detuvo. Una cosa es que quisiera atraerme con deliciosas tartas, y otra muy diferente, que tratara de venderme los logros de sus hijos—. Gracias por la tarta.
—Sí, claro. No hay de qué —respondió la mujer, encogiéndose de hombros antes de despedirse con un movimiento de la mano.
—La carta —le recordé yo, alargando mi mano.
—Ah, sí, qué tonta soy —se rio, recordando «el motivo que la había llevado allí».
Puse el sobre con el resto y cerré la mochila cargada de cartas y paquetes. Normalmente no era yo quien viajaba con lo más pesado, pero en esa semana especial, con gran parte de los *omegas* de camino a Vega de Miel, tenía que hacer una excepción.
—Siento lo de mi madre —se disculpó Polu en mi oído.
—No, que va, parecía… encantadora.
—Siempre ha estado así de loca —me aseguró antes de suspirar y mirar al frente, hacia la

muchedumbre que a esas horas del atardecer ya estaba llenando el Hogar y las mesas—. No entiendo cómo mis padres han podido soportarla tantos años.
Eso me hizo alzar la cabeza y recordar algo.
—¿Puedo hacerte una pregunta, Polu?
El alfa volvió el rostro y asintió con una mueca de labios apretados.
—Tranquilo, no le ha echado nada raro a la tarta —me aseguró.
—No, no es eso —pero me reí igualmente—. Solo… me preguntaba qué es lo que más te gusta de mí.
Polu arqueó un momento las cejas y parpadeó.
—Oh… —murmuró, aunque no necesitó pensarlo demasiado antes de responder—: me gusta muchísimo lo interesante que eres. Nunca me aburro de hablar contigo.
Entonces el que se quedó con cara de sorpresa y parpadeó, fui yo.
—¿Tan raro te parece? —sonrió Polu—. No quiero sonar mal… —y se acercó un poco más para susurrarme un discreto—: pero tú vives en El Pinar, Lemér, sabes mejor que nadie lo que es tratar de mantener una conversación decente con muchos de ellos, y la cosa no mejora demasiado con los *omegas* de Abrevadero.
—¿Sí? No sé, nunca he estado en el Abrevadero, aunque lo haré pronto. Topa Má me ha pedido que le lleve algo a la chamana de Cauce Rápido.
—¿Ah, sí? —Polu parecía muy interesado en eso, aunque fingió vagamente que no—. Pues… si te gusta Abrevadero… queda mucho más cerca de Refugio de la Garra que el Pinar. Podrías, no sé, mudarte allí y…
Y le detuve con una mano en la cara y un leve movimiento para apartarla a un lado con suavidad.
—Solo era una idea —sonrió Polu.
—Ya conozco tus grandes ideas —le aseguré, levantándome para cogerle en brazos—, como la de enfrentarte a un puto oso en celo.
—De hecho, fue idea de Lupo —dijo mientras me rodeaba los hombros con el brazo y sostenía la bandeja de tarta con el otro—. Queríamos regalarte la piel para el invierno, así no pasarías ningún frío en nuestra cama, entre nosotros…
Puse los ojos en blanco, sonreí y me concentré en no tropezarme con las pocas escaleras que dividían el Hogar en dos niveles de altura.
El invierno era algo todavía muy lejano cuando todavía estábamos a mediados de primavera, pero los gemelos ya estaban pensando a futuro. Ese momento más crudo y frío en el que, según parecía, ellos creían que seguiríamos juntos.
Y quizá tuvieran razón; o quizá ya hubiera solucionado el misterio del búnker por entonces y me hubiera vuelto al mundo *beta*. Ni ellos ni yo podíamos estar seguros de que eso fuera a ocurrir, pero supongo que era muy agradable pensar en que alguien te tenía en cuenta en su futuro.
No era algo que me hubiera pasado antes.

EL ABREVADERO

Desde Refugio de la Garra a El Abrevadero, solo había dos horas de camino de montaña; sin embargo, podían convertirse en cuatro si, como yo, ibas acompañado por un alfa-lobo con muy pocas ganas de despedirse de ti.

—No, tienes que sostenerlo así, con fuerza, ¿ves? No te preocupes, no se va a romper, está muy duro. Bien, ahora desliza suavemente la mano hasta el fondo, sí justo así, y ahora aguanta la respiración para no moverte…

—Si fueras otro *alfa* hasta me creería que no estuvieras haciéndolo a propósito —murmuré.

Lupo se rio a mis espaldas y volvió a corregirme la elevación del brazo con la que sostenía ese duro y resistente arco que me había dejado.

—¿Por qué? —me preguntó al oído—. Si a ti te encantan nuestras charlas guarras…

—Sí, sí que me encantan —reconocí antes de lanzar la flecha, la cual terminó a metro y medio del objetivo—. Joder, qué mal se me da esto.

—No te preocupes, joyita. Nadie aprende a cazar en un día —respondió, quitándome el arco de las manos para dejarlo a un lado y abrazarme. Los lobos con barba casi parecían incapaces de no estar tocándote todo el rato—. Por eso tendrías que venir más a vernos, para que te enseñemos todo lo que sabemos hacer… —y terminó sonriendo de esa forma lasciva y sexy.

—Oh, sí que me estáis sorprendiendo mucho últimamente con lo que sabéis hacer —reconocí. No compartí su tono erótico porque no era el momento, pero sí que quise recalcar ese punto—. Creía que vosotros no interactuabais de esa forma.

Lupo se encogió de hombros y ladeó ligeramente el rostro, deslizando su larga melena hacia un lado.

—No es algo que solamos hacer. No lo necesitamos —no pudo resistirse a decir, inflando el pecho bajo su armadura de cuero y levantando la cabeza con orgullo—. Somos Clavo y Martillo.

—Sí, eso era lo que pensaba —afirmé.

Me separé de su abrazo y le di la mano para poder continuar andando por el sendero de montaña. Si fuera por Lupo, nos pasaríamos allí el día entero, pero yo tenía trabajo que hacer y ya me había pasado dos noches seguidas con los gemelos.

—De todas formas, si no os gusta, no hace falta que lo hagáis —añadí, alzando la cabeza para mirar sus ojos de hielo.

—No sé si lo has notado, Lemér, pero te mojas como nunca cuando lo hacemos —se rio él.

—Sí, algo he notado.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—No hay ningún problema —respondí—, solo digo que no quiero que hagáis eso si no os gusta. No me voy a ir ni nada.

Lupo tardó en responder, así que volví a mirarle, solo para encontrarme con una leve sonrisa en sus labios y un brillo especial en los ojos. Por la forma en la que agitaba la cola a sus espaldas, debía estar muy contento de haber oído aquello.

—Tranquilo, joyita —murmuró—. Darte placer es lo que más nos gusta.

—Eso es mentira, lo que más os gusta es ir a la taberna, beber hasta emborracharos, buscar pelea y quejaros a gritos.
Lupo llenó la cordillera y el sendero pedregoso con una de sus graves y altas carcajadas.
—Sí, eso nos encanta —me aseguró—, pero no tanto como verte corriéndote y gimiendo nuestros nombres.
—Mmh… —murmuré, volviendo la vista al frente—. Oye, Lupo, ¿qué es lo que más te gusta de mí?
Al *alfa* le sorprendió lo repentino de la pregunta, pero, como su hermano antes que él, no tardó demasiado en responder:
—Tu sentido del humor es de lo que más me gusta, aunque también me atrae bastante que seas capaz de diferenciar entre Polu y yo, que nos respetes y que no intentes convertirnos en un fetiche —dicho eso último, puso los ojos en blanco y resopló por lo bajo—. Ni te imaginas la de *omegas* que solo vienen a la Garra a por «gemelos», como si fuéramos algún tipo de espectáculo u experiencia sexual que tachar de la lista. Y está bien, no me quejo de poder follar, «dos son mejor que uno» y blah, blah, blah… —aclaró, moviendo una mano libre en el aire como si quisiera pasar por encima todo eso que le había dado la fama a Refugio de la Garra—, pero muchas veces ni nos toman en serio y no pueden ni sacarnos la barba. ¿Sabes?
Asentí varias veces mientras le escuchaba y, al terminar, añadí un bajo:
—Ya, me imagino.
—¿Y a ti qué es lo que más te gusta de mí? —me preguntó, dándome un leve apretón en la mano.
—Oh, tu polla, sin duda.
Lupo entrecerró los ojos y apretó los labios en una sonrisa sarcástica.
—Te creería si al menos me hubieras dejado follarte, o, mejor, me la hubieras chupado un poco; pero ya nos has sacado una buena barba y aún no has pedido la poción a Topa Má.
—No es tan fácil —le aseguré—, en teoría, aun debería esperar uno o dos meses más, como hacen el resto de *omegas*.
—El resto de *omegas* no nos han sacado esta barba —me aseguró, llevándose su mano libre al rostro para acariciar la mata blanca y espesa que le rodeaba los labios y le redondeaba su mandíbula cuadrada y masculina—. Ya olemos mucho a ti, no tienes que esperar más.
Entreabrí los labios, pero me limité a aspirar aire y soltarlo en un largo suspiro.
—A veces es complicado lidiar con «lo que se supone que hay que hacer y se espera de ti» y «lo que pasa en realidad y lo que los demás podrían pensar al respecto».
—Por el Todo… —murmuró el *alfa*, llevando los ojos al cielo y echan atrás su cabeza de larga melena blanca—. ¿En serio te preocupa más lo que piensen en El Pinar que lo que piensen tus *alfas*, Lemér? No, sí —me detuvo antes de que pudiera hablar—, ya conozco las mierdas *omegas* y esas gilipolleces de «tienes que esperar a…»; pero no es nuestra culpa que tú seas capaz de llenarnos. ¿No es eso lo que nos dijiste la primera vez, Lemér? «¿Alguna vez os han llenado?».
—Sí, eso dije —afirmé en voz baja.
—Y lo hiciste —recalcó, elevando un poco su tono de voz, ya bastante alto por lo normal, mientras me apretaba la mano—. Y Polu y yo nos esforzamos bastante para que sigas haciéndolo, porque nos encanta, porque queremos una buena barba de menta y miel, y porque esa barba nos da privilegios contigo. Privilegios que tú no estás respetando —sentenció.
Llegado ese punto, arqueé ambas cejas y me enfrenté a la mirada seria del *alfa*. Al parecer, tenía algunas cosas guardadas dentro que, de pronto, había decidido confesarme.
Lupo entreabrió los labios, pero se detuvo, puso una mueca arrepentida, miró a un lado y negó

con la cabeza.
—Da… da igual, no importa. Perdona.
—Vamos, suéltalo —le dije—. Ahora ya has empezado.
—No quiero discutir y no quiero que te enfades —me aseguró, todavía con la vista perdida al fondo del sendero—. Polu ya me advirtió varias veces que cerrara la puta boca.
—Lupo, ya os he dicho lo mucho que odio las excusas —le recordé—. Así que si tienes algo que decir, dilo.
El *alfa* siguió apretándome la mano, casi como si tuviera miedo de que yo me soltara y me fuera para no volver.
—Ya deberías haberte tomado la poción… —murmuró—. Este mes y medio hemos sido muy buenos y hemos sido pacientes, pero la barba es la barba; si conseguimos que nos la saques rápido, no es nuestra culpa.
—¿Algo más que quieras contarme? —pregunté.
Lupo no giró el rostro, pero sí movió los ojos para mirarme por el borde.
—Polu quiere darte tiempo, pero yo no tengo tanta paciencia. Yo quiero saber que vas en serio con nosotros.
—Aha… —asentí—. Ha pasado solo mes y medio y tienes una barba de un centímetro y poco. Creo que lo que quieres en realidad, es ir demasiado rápido.
—Sé que hay otros *alfas*, no soy gilipollas, Lemér —me dejó bien claro, volviéndose al fin en mi dirección para encararme—. Quiero lo mismo que ellos, quiero poder jugar a un juego justo.
—¿Y por qué asumes que a ellos sí me los follo?
Al *alfa* le salió una sonrisa entre sarcástica y asqueada, me soltó la mano y se llevó ambas a la cadera.
—Líbere me ha dicho que te ve bastante por Vallealto, y allí hay muchos bovinos, y todos sabemos lo que les pasa a los bovinos cuando les sacas barba y se le hinchan los huevos.
Me quedé sin habla por varias razones, la principal, descubrir que el puto Líbere continuaba jodiéndome a mis espaldas constantemente.
—Líbere debería cerrar esa boquita suya de vez en cuando… —murmuré, empezando a enfadarme—, porque yo también podría andar a meter mierda y hablar de un *alfa* muy especial al que visita y manda cartitas; y te aseguro que ese *alfa* no vive en una villa.
Lupo cerró un momento los ojos y ladeó la cabeza, quizá encajando el golpe de descubrir que su hermanito, el precioso y mimado *omega*-liebre de las nieves, estaba poniéndose de rodillas para Jabail el *salvaje*.
—No es su culpa —me dijo Lupo, alzando ambas manos en señal de rendición—. Yo le pregunté y él me lo contó porque soy su hermano y confía en mí. Por favor, Lemér, no le hagas daño.
Eso no aplacó mi enfado.
—¿Y qué haces preguntando?
—¡Porque me gustas! —gruñó, cerrando los puños con fuerza, llegando incluso a mostrarme parte de sus dientes de grandes colmillos mientras sus bigotes se erizaban—. ¡Y no me sale de los cojones esperar mientras ordeñas a un puto bovino y a mí solo me dejas limpiarte! ¡Le he visto a lo lejos y tenemos la misma barba!
—¿Has viajado a Vallealto? —exclamé.
—Oh, sí, claro que sí… —afirmó como si fuera toda una provocación—. Fui a conseguirte esa fruta que tanto te gusta y, casualmente, él estaba allí. —Arqueó ambas cejas y se cruzó de brazos —. Un *alfa* muy grande… —asintió—, aunque con mucha más polla que cerebro.
—Lupo… —no sabía ni qué decir; y, de pronto, las piezas hicieron «clic» en mi cabeza—. Por

eso ahora jugáis a «los gemelos de la Garra» y por eso fuisteis tan estúpidos como para tratar de cazar un oso en pleno celo…
El *alfa* no se echó atrás, sino que hinchó su abultado pecho de aire y levantó la cabeza.
—Te lo he dicho: nosotros vamos en serio. ¿Y tú?
Me quedé en silencio un par de segundos, después me hice a un lado, me recoloqué la mochila al hombro y seguí el sendero de montaña.
—Lemér —me llamó el *alfa* a mis espaldas—. ¡Lemér! —insistió—. Lemér, por favor… —le oí jadear.
Pero yo seguí adelante y no miré atrás. No estaba del todo enfadado, sino más bien… decepcionado. Sorprendido, sin duda; y puede que también me sintiera en parte aterrado.
Tenía muchísimo cariño a los gemelos, pero no había dejado a Tigro solo para caer de nuevo en un compromiso que no buscaba y no quería. Necesitaba pensar. Necesitaba…
La verdad, lo que necesitaba era decidirme de un puta vez.

El Abrevadero era una villa en el interior de un enorme cenote. Con una estructura en espiral, iba descendiendo por las paredes de la caverna hasta alcanzar el lago del fondo, el cual daba nombre al poblado. Las casas y edificios estaban construidos en madera y arcilla y tenían la misma estética vikinga que Refugio de la Garra, aprovechando todo el espacio disponible.
Aunque la villa no se pudiera ver a simple vista, tenía diversas entradas y varias señales que indicaban la dirección. Yo tomé la Puerta del Río, que atravesaba una caverna con varios puentes y llegaba directo a la base del lago, desde allí, las vistas eran impresionantes. Tanto, que incluso llegaron a distraerme por un momento de mis pensamientos.
—¡Hola! —me sorprendió una voz a mis espaldas.
Al girarme, me encontré de frente con un *omega*-ratón de metro cuarenta, larguísimos bigotes, cola y pequeños ojos negros. Olía a dulce de leche y, por la forma en la que me miraba, su sonrisa amable era totalmente fingida.
—Hola —respondí—, soy Lemér, el cartero del Pinar. Topa Má me ha pedido que trajera algo a Espina Má, ¿podrías decirme dónde está su casa, por favor?
—Vaya, qué educado —me dijo él, sonriendo un poco más, como si eso le hubiera hecho gracia —. Normalmente los del Pinar sois muuuuy desagradables.
—Ah, ¿sí? —me encogí de hombros—. No lo sé, acabo de llegar hace poco a La Reserva.
—Pues sois muy desagradables —insistió—, os creéis que vuestra comarca es la mejor y que tenéis a los mejores *alfas*, pero después venís corriendo y con malas excusas a Mina Negra para robarnos los nuestros.
—Qué curioso —asentí, porque Benny me había dicho exactamente lo mismo de los *omegas* del Abrevadero, solo que a la inversa—. Pues yo no he venido a robar nada, solo a entregar un paquete.
Y, por si no me creyera, me quité la mochila del hombro y saqué el macuto que Topa me había dado.
—¿Te importaría decirme dónde está vuestra Má?

El *omega* miró el paquete en mi mano y después mis ojos.
—Lemér… —murmuró entonces antes de poner una expresión pensativa—. ¿Tú no eres una de esas… «Joyas del Pinar»?
—Por Dios —puse los ojos en blanco y perdí la sonrisa—. Déjalo, ya busco yo a la Má.
—¿Ves? —le oí decir a mis espaldas—. Sois muy desagradables.
—Sí, porque tú eres un puto encanto —respondí sin girarme.
El *omega* ratón no fue el único en detenerme por el camino, ni el único que se me quedó mirando, ni, por supuesto, el único que me dedicó algún comentario del tipo: «vuélvete a tu villa»; porque, al parecer, había una silenciosa guerra fría entre El Pinar y el Abrevadero. De haber estado allí Benny, Arda o Koal, hubiera caminado por las pasarelas de madera con la cabeza bien alta mientras se reían de lo ridículo que era todo allí.
Yo no, yo solo quería hacer mi trabajo e irme de un puta vez.
Al final, fue el propio alcalde de Cauce Rápido el que, atraído por el inesperado movimiento y los cuchicheos, salió a recibirme. El Hogar del Abrevadero era menos grande que el del Pinar, pero igual de céntrico y visible. En vez de estar en la base de un gigantesco árbol, estaba semi-incrustado en la pared de la caverna, uniendo tres niveles de altura y el lago, sobre el cual habían construido una especie de puerto o enorme superficie de madera donde los omegas comían.
La razón por la que me había acercado a ese lugar no era para dejarme ver y llamar la atención, sino porque tenía la esperanza de que la Má viviera cerca de allí, como lo hacía Topa en mi villa.
—¡Vaya, qué inesperada sorpresa! —me sorprendió una fuerte voz desde la escalinata.
Al alzar la mirada, me encontré con un *alfa*-topo, sonriente, viejo, gordo, de larguísima barba repleta de cuentas y larguísimas uñas negras. Su ropa era tan medieval como la del resto, solo que él llevaba chaleco de color azul y, por alguna razón, sombrero y enormes gafas de culo de botella.
—Buenos días —respondí, igualando su sonrisa, ya que era esa clase de personas que proyectaban esa especie de aura amigable y divertida—. Soy Lemér, el cartero del Pinar. Vengo a entregarle un paquete a vuestra Má.
—Oh, sí, sí. Espina Má ya me advirtió de que vendrías —asintió él, terminando de descender las escaleras con ayuda de su bastón, el cual agitaba de lado a lado como un invidente—. Ven, sígueme, por favor, Lemér.
—Gracias —asentí, agradecido de que al fin alguien pudiera ayudarme.
—¿Qué tal el viaje?
—Muy agradable. Hace muy buen día.
—Sí, sí que lo hace —afirmó el *alfa*—. No me duele el lumbar, así que debe hacer un bonito sol ahí fuera. ¿Has venido por la superficie?
—Emh… sí, supongo —fruncí el ceño. Esa era una pregunta rara—. Por ahora no puedo volar.
El alcalde se rio y se llevó una mano a su amplia barriga bajo el chaleco.
—No, me refería a que si habías tomado alguno de los atajos subterráneos y cavernas. ¡Cauce Rápido está lleno de ellos! De hecho, hay más comarca debajo de la tierra que encima —y volvió a reírse.
—No lo sabía —reconocí—. Aunque sí que me pareció extrañamente vacío.
—No me sorprende, casi todas nuestras villas están escondidas bajo la superficie —me explicó, señalando a nuestro alrededor y sobre nuestras cabezas con el bastón; lugares a los que no miró porque, evidentemente, el alcalde no podía ver—. Tenemos una gran población de animanos subterráneos, de hecho, Topa nació aquí. ¿Te lo dijo?
—No, no me habla mucho de su pasado.

—Bah, ninguna Má lo hace —dijo junto con un vago gesto de la mano antes de inclinarse un poco y susurrarme—: si me preguntas, estoy seguro que lo hacen para mantener ese aura de misterio.
Me reí un poco y asentí.
—Posiblemente.
—Ten cuidado con el escalón —me detuvo antes de señalarme el escalón de piedra que separaba el camino de tablones de madera del interior de la cueva—. Pues… ¿qué te estaba diciendo? Ah, sí, tenemos una enorme población de animanos subterráneos aquí en Cauce Rápido. Nos dedicamos en gran parte a la minería y la metalurgia. ¡Muchas otras comarcas dependen de nosotros! Puedes plantar trigo y criar animales en cualquier parte, pero el metal no crece de los árboles.
—Mmh… —murmuré, fingiendo estar sorprendido.
En Cauce Rápido eran como los enanos de Tolkien, solo que con bigotes y colas.
—También tenemos muy buenos *alfas* —continuó—. Los mejores, diría, pero claro, supongo que Capri ya te habrá convencido de que sus bovinos y caprinos son «lo mejor de La Reserva» —resopló—. Ten cuidado con el surco de agua —añadió, señalando con el bastón un canal socavado en la piedra—. Es el viaducto que alimenta los baños y saunas. Vosotros no tenéis saunas en el Pinar, quizá deberías probarlas. ¡Son un delicia y te dejan como nuevo!
A esas alturas, siguiendo al alcalde por la caverna iluminada por antorchas, me empezaba a sentir en mitad de un recorrido turístico. El alfa-topo parecía muy interesado en hablarme de todas las maravillas de su villa, tal y como había hecho Capri nada más conocernos.
—Esta es la entrada —me indicó de pronto, deteniéndose frente a un semicírculo tallado en la piedra y cubierto por una cortina de cuentas—. Puedo esperarte aquí y enseñarte el resto de la villa, si quieres.
—Ahm… sí, ¿por qué no? Sería interesante.
El alcalde sonrió mucho y asintió, como si la idea le hiciera más ilusión a él que a mí; lo cual, la verdad, era muy probable. No tenía nada en contra de Cauce Rápido, pero mi único interés en la comarca vecina eran sus minas y prospecciones. Si habían encontrado petróleo, tenía que ser allí, sino no tenía sentido que me hubiera enviado al Pinar o que hubieran instalado un control de comunicaciones en el territorio de Tigro.
Lo que buscaban los *betas* tenía que estar cerca, quizá no en Mil Lagos, pero sí en los alrededores.
—Te estaba esperando, Lemér… —me sorprendió una voz femenina, aunque extrañamente grave, nada más atravesar la cortina de cuentas.
La casa de la chamana del Abrevadero no era muy diferente a la de Topa Má, a excepción de que aquella estaba excavada en la piedra y no en la tierra; además de que, al fondo, había una gran abertura que daba directa a la catarata que alimentaba el lago. Se escuchaba el rugido del agua y la luz que atravesaba la corriente llenaba la habitación con sombras y luces de un azul pálido, dando la impresión de estar sumergida bajo el mar.
En cuanto a Eriza Má… era todo lo que te esperabas de una chamana. Su rostro era viejo, enjuto y estaba completamente maquillado; sus ojos eran de un negro betún; su pelo eran púas alargadas que le daban una imagen excéntrica, como si tuviera un enorme cardado hecho con pinchos; sus manos estaban terminadas en uñas como garras y sus dedos estaban repletos de anillos.
Como Topa Má, ella también llevaba un vestido vaporoso negro e infinidad de decoraciones, plumas y abalorios que tintineaban al menor movimiento, pero el sol y la luna que representaban El Todo estaban tatuados en las palmas de sus manos; las cuales, extendió hacia mí.

—Te he visto en un sueño… —me dijo—. Te he visto caminar por un oscuro sendero de un oscuro bosque con un oscuro objetivo…
Esperé un par de segundos, pero como no añadió nada a eso, le dije:
—Te traigo el paquete de Topa Má —y se lo mostré.
—Déjalo en la mesa —me indicó, usando un rápido y estricto gesto a un lado—. Hay una espesa bruma en ti… tu aura está fría y apenas brilla. ¿Qué te ocurre?
—Uff… —resoplé mientras arqueaba las cejas y dejaba el macuto justo donde me había pedido —. Mira, Espina Má, te agradezco el intento, pero no soy mucho de auras y esas cosas.
—Ah… no crees en nuestra magia.
—No, no mucho —reconocí— Bueno, en las pociones sí. Las pociones anti-crías son geniales.
—No crees que pueda saber de ti algo que ni tú mismo sepas —murmuró, ignorando por completo mi respuesta.
—No, no lo creo.
La chamana asintió con la cabeza y produjo un tintineante sonido de abalorios al chocar, un sonido que me transportó directo a la cabaña bajo tierra de Topa Má.
—Ven, siéntate frente a mí, quiero mirarte a los ojos —me invitó con un dramático y pausado movimiento de las manos, muy teatral gracias al brillo azulado y las luces y sombras que entraban desde la ventana de la catarata.
Entreabrí los labios y preparé una excusa, pero antes de que pudiera decir nada, la chamana añadió:
—Que te sientes en la puta banqueta, Mentita —y señaló el asiento frente a ella.
Eso sonó tan impactante por tantas razones que me quedé helado. Con el ceño fruncido, di un par de pasos hacia la chamana y me senté. Ella alargó sus manos tatuadas y me agarró del rostro, clavando sus ojos negros como la noche en mí. No había en ellos diferencia entre el iris y la pupila, solo una perfecta y viva oscuridad.
—Has dejado atrás algo que añoras —me dijo.
—Todos echamos algo de menos de nuestro pasado —respondí.
—Temes que sea demasiado tarde para volver. Temes que, aunque regreses, no seas el mismo *omega* que una vez se fue.
—Mmh… bueno, no es tan raro cambiar un poco a lo largo de la vida —me encogí de hombros.
—Hay una decisión que ya has tomado, una decisión que crees que todavía no has tomado, y una decisión que tendrás que tomar.
No pude evitar poner una mueca sarcástica y ladear ligeramente la cabeza entre sus manos.
—Vamos, Espina Má, yo también podría hacer esas predicciones —le dije—. Mañana te vas a levantar y va a suceder algo, y después algo que creías que no sucedería y después algo que no te esperabas que sucediera… uuuuh… —terminé con las manos en el aire, haciendo un movimiento fantasmagórico que acompañé con una mueca de ojos abiertos.
La chamana me soltó el rostro y, tomando una profunda bocanada, cerró los ojos.
—Esta semana lloverá… —susurró.
—¿Ahora también me vas a dar la predicción meteorológica? —pregunté antes de reírme.
Al menos, empecé a reírme hasta que Espina Má me dio una bofetada y me callé.
—Auh, eso dolió…
—Cállate —ordenó antes de tomar otra profunda respiración y cerrar los ojos—. Esta semana lloverá… y en mitad de la lluvia, alguien te dará flores. Un pétalo por cada vez que ha pensado en ti y una hoja por cada vez que te ha echado de menos. Ese alguien te dará cinco respuestas a cinco preguntas, pero solo cuatro serán ciertas. Ese alguien ya…

—Oye, Espina Má, gracias, pero no me interesan las adivinanzas —la interrumpí, levantándome del asiento para ir a por mi mochila—. Le mandaré a Topa saludos de tu parte.
La chamana me agarró de la muñeca con un movimiento rápido para que no me fuera, sin abrir los ojos, susurró:
—Dentro, serás feliz y amado como nadie más puede amarte, pero nunca llegarás a ser el *omega* que querías ser; afuera, conseguirás todo lo que te propongas, pero estarás eternamente solo —entonces abrió los ojos y me miró—. En La Reserva no hay soldados y en el mundo *beta* no hay *omegas*.
Mantuve su mirada de ojos negros un par de segundos, después asentí y ella me liberó la muñeca.
—Es una u otra, Lemér, pero jamás podrás tenerlo todo.
—Eso ya lo sé —murmuré.
—No, no lo sabes —respondió ella—, porque en el fondo estás buscando un camino en medio, pero ese camino no existe y solo te vas a perder más y más al tratar de buscarlo.
No dije nada, solo asentí con la cabeza y me di la vuelta hacia la puerta. El alcalde todavía me esperaba al otro lado de la cortina de cuentas, con ambas manos apoyadas en su bastón y una ligera sonrisa en sus labios rodeados de espesa barba canosa.
—¿Qué te ha parecido nuestra Má? —me preguntó—. Tiene un don para ver en las personas. Siempre nos llegan visitantes de las comarcas de los alrededores para que les lea el futuro.
—No es por ofender, y jamás creí que diría esto, pero Topa me gusta mil veces más —reconocí.
—Oh —murmuró el *alfa* antes de dar un golpe en el suelo de piedra con su bastón—, bueno, supongo que no es para todos. Ven, acompáñame, te enseñaré el resto de la villa.
El alcalde Tup; como se presentaría cuando, casi al final de la visita, se dio cuenta de que no me había dicho su nombre; me hizo una visita guiada y en profundidad del Abrevadero, mostrándome sus grandes maravillas, sobre todo las que El Pinar no tenía. Y, la verdad, era una villa repleta de comodidades y con una gigantesca biblioteca que triplicaba —sino incluso más —, el tamaño de la nuestra.
—En Pozo Nocturno imprimimos todos los libros que se publican en cinco comarcas a la redonda —fue la explicación que me dio el alcalde—. Es una tradición que en el Abrevadero nos quedemos con un ejemplar de cada uno. ¿Te gusta leer, Lemér? ¡Tienes cara de ser un chico muy listo, así que seguro que sí!
Después me enseñó las «famosas saunas», baños excavados en las profundidades de la tierra alimentados por aguas termales que llegaban del interior de la montaña. A los *omegas* del Abrevadero parecían encantarles, pero a mí me resultaba agobiante, húmedo y desagradable. La cola se me erizaba y los bigotes se me llenaba de gotas que no podía parar de limpiarme constantemente.
Finalmente, quiso mostrarme las muchas actividades que se podían realizar en la villa y las numerosas… ¿instalaciones?, que tenían preparadas para ello: ríos subterráneos y pozas donde nadar y bucear, puerto con canoas para descender los rápidos, varios rocódromos con pistas de escalada, una enorme caverna en la que jugaban a algo similar al paintball, pero con globos de tinta de colores; y hasta un gimnasio.
—Creo que la diversión es esencial, mantiene a los *omegas* entretenidos, relajados y une lazos de compañerismo entre ellos —me explicó Tup—. ¿Os ha dado Capri lugares donde poder divertiros?, ¿o ha seguido ignorando mis consejos y diciendo que lo único que necesitáis es tranquilidad y visitar a los *alfas*? Sinceramente, siempre me ha parecido que vuestro alcalde es un estrecho de miras, demasiado anclado en el pasado. ¡Y te lo digo yo, que estoy ciego! —y se

rio.
Siendo sinceros, el Abrevadero era muchísimo mejor de lo que me esperaba. Sus *omegas* eran unos hijos de puta insoportables, pero su villa era una completa maravilla… para los animanos subterráneos. Pero yo era un arborícola, yo necesitaba aire fresco, luz, enormes árboles a los que trepar y un extenso bosque por el que moverme. Jamás podría vivir atrapado bajo tierra, porque no llevaba en ese lugar ni dos horas y ya me estaba dando una ligera sensación de claustrofobia; muy similar a la que sentía cuando me pasaba demasiado tiempo en Raíces.
Y, exactamente eso, fue lo que le dije a Tup.
—Sin embargo, me encantaría ver la comarca, sino te importa —añadí con una ligera sonrisa que el alcalde no pudo ver.
—¡Por supuesto! Eres libre de ir a dónde quieras y, si se te hace tarde para volver a Mil Lagos, no dudes en venir aquí, tenemos algunas casas en la parte más alta del cenote; no tienes porque dormir en las grutas.
—Muchas gracias, Tup.
—¡No hay de qué! Pero, por favor, llévate un mapa, como ya he dicho, algunas de nuestras villas son difíciles de encontrar si no las conoces.
—Un mapa me vendría genial —reconocí.
—O puedes esperar a Tijón, seguro que estaría encantado de ayudarte.
—Uff… —resoplé, pensando en el cartero de Cauce Rápido y en lo mucho, demasiado, hasta la extenuación, que le gustaba hablar—. No, prefiero no molestarle.
—Mmh —murmuró el *alfa*—, sí, a mí también me gusta la tranquilidad y el silencio. Todos necesitamos momentos para la reflexión. ¿Verdad?
—Verdad —asentí.
—Pues no se diga más, te daré un mapa y podrás comprobar por ti mismo la maravilla de *alfas* que tenemos en Cauce Rápido.
Como era habitual, el alcalde había asumido que mi interés en la comarca era el mismo de siempre: «los *alfas*», pero sonreí, me hice el tonto y no le corregí, porque era más sencillo así. No era como si le fuera a decir: vengo a espiaros y a descubrir si habéis encontrado algo de valor para los *betas*.
Algo por lo que merezca la pena comenzar una guerra.

EN LA MÁS PROFUNDA OSCURIDAD

Los túneles, vías, acueductos y cavernas que recorrían el interior de la comarca eran… demasiados. El mapa que el alcalde me había dado era un completo y absoluto caos: había diferentes hojas para diferentes niveles de profundidad, los cruces entre las cavernas estaban mal marcados y, bajo la tierra y sin brújula, era imposible distinguir el norte del sur ni el este del oeste.

En teoría, debería haberme encontrado alguna estatua tallada en la piedra que señalara el camino que estaba tomando, pero las últimas que había visto no eran más que figuras desgastadas en las que era imposible leer nada.

Aunque en una de ellas encontré un farol de aceite bastante útil, así podía levantar la mano y alumbrar la oscuridad como si fuera algún tipo de aldeano medieval entrando en la mazmorra de un monstruo; que es, irónicamente, lo que estaba haciendo en ese momento.

No lo supe hasta más tarde, cuando miraba el mapa y movía el farol de lado a lado, preguntándome dónde estaba marcada aquella enorme caverna en la que había entrado. Sabía que no estaba fuera del recorrido, porque, entre las estalactitas y paredes de piedra rugosa y húmeda, seguía habiendo estatuas vikingas deformadas por el tiempo.

—Si te lo estás preguntando, sí, es aquí —me sorprendió una voz en la oscuridad.

Como era habitual en mí, lo primero que hice fue lanzar una patada a mis espaldas, pero mi pie solo alcanzó el rostro de una de las estatuas de grandes ojos, grandes bigotes y gran barba.

—Vaya… —dijo—. Normalmente el que da los azotes soy yo —y se río, produciendo un sonido grave que, aunque no fuera alto, reverberó por todos lados.

De hecho, aquella voz de locutor de radio parecía sonar por todas partes, sin una fuente concreta ni un punto al que dirigir la mirada. Probé a mover el candil a mi alrededor, bañando la oscuridad con su luz anaranjada, hasta que me di cuenta de algo; entonces levanté la mirada y le vi.

El *alfa* estaba colgando boca abajo del techo, o eso parecía, porque cuando le iluminé vi que sus piernas estaban dobladas alrededor de una de las estalactitas. Su pelo era negro y ligeramente echado hacia atrás, sus cejas eran espesas y afiladas, sus colmillos frontales le sobresalían de los labios, dando la impresión de que siempre se los estabas mordiendo y que tenía una constante expresión de emoción en su rostro anguloso y atractivo. Sin embargo, lo que más llamaba la atención eran sus orejas afiladas de elfo y las gafas de sol con la que se cubría los ojos, como las de Lennon, pero no más grandes que una moneda.

—Hola —me dijo, alzando una de las manos que tenía cruzadas sobre el pecho para dedicarme un saludo, moviendo sus largos y pálidos dedos terminados en garras negras—. Nunca te había olido por mi territorio, así que no debes ser del Abrevadero.

—Soy Lemér, el cartero del Pinar —respondí con calma.

—Oh, eso es interesante —respondió él. Su voz continuaba sonando un poco por todas partes, pero ahora que podía verle, sabía dónde estaba su dueño—. Yo soy Murci el *salvaje*, pero supongo que, si eres cartero, ya habrás leído mil veces mi nombre.

De hecho, sí, lo había leído un par de veces; como el de muchos otros *salvajes* de los

alrededores.
El *alfa* se dejó caer del techo y, con una agilidad sorprendente, dio una voltereta en el aire y cayó de pie, apoyando un hombro en la estatua a la que yo había pateado antes. Visto de cerca, era más alto de lo que me había imaginado, llegando casi a alcanzar los dos metros; aunque su cuerpo era mucho más atlético que voluminoso, así que no resultaba tan imponente como Jabail o Tigro.
Volviéndose a cruzar de brazos, me echó un vistazo de arriba abajo, terminando por mirarme por encima de sus gafas de sol. Sus pupilas eran enormes, tanto, que sus iris eran apenas un anillo de un color tan pálido que casi parecía blanco.
—Hace tiempo que no veía algo tan bonito como tú —me dijo antes de poner una media sonrisa —. Ni olía algo tan delicioso…
—Eso no le va a gustar al *omega* que te ha sacado la barba —le aseguré.
Al *salvaje* no le importó lo más mínimo mi comentario, de hecho, hasta pareció divertirle. Se llevó una mano al bigote cubierto de una fina barba negra y se lo frotó un poco; sobre todo olía a melón dulce, pero también un poco a cerezas y un poco a fresas.
—Me gusta tener barba —reconoció—, sé que no es lo habitual en un *alfa salvaje*, pero yo creo que es la única forma de conocer realmente a un *omega*… y que el *omega* te conozca a ti, ¿no te parece?
—Lo que me parece es que aquí dentro no crece la regaliz —respondí.
Murci volvió a reírse, no era en absoluto escandaloso, sino más bien una carcajada rítmica y controlada; bastante agradable de escuchar.
—Tienes sentido del humor, eso me gusta —me dijo—. A veces pienso que la vida es demasiado oscura como para no reírse. En ocasiones necesitas una perspectiva diferente, darle la vuelta a las cosas y verlas al revés.
Tardé uno o dos segundos, pero, finalmente, le concedí una sonrisa y un asentimiento.
—Por supuesto, lo ves todo a oscuras y boca abajo, porque eres un *alfa*-murciélago —le dije.
El *salvaje* se señaló con un dedo y ladeó el rostro.
—De los pocos que quedan —me aseguró—. Mi especie fue de las que más sufrió debido a la pérdida de hábitats y las invasiones *beta*, así que estamos como en peligro de extinción; por eso me alegra que hayas venido aquí para ofrecerte voluntario y repoblar La Reserva.
—Ah, claro… —asentí—. Todo sea por una buena causa.
—En efecto —sonrió él mientras se pasaba una lengua bastante larga y afilada por los colmillos. Al contrario que el de los carnívoros, no eran los caninos los que sobresalían, sino los incisivos laterales—. Aunque te he de advertir algo: conmigo las cosas no son fáciles…
—¿Te refieres a «menos fácil» que con los *domesticados* o a «menos fácil» incluso para la absurda media de los *salvajes*? —quise saber.
El *alfa* inclinó el rostro de lado a lado, como si se lo pensara por un momento antes de responder:
—Digamos que tengo… gustos especiales.
Ya había tratado con demasiados *salvajes* como para saber que era mejor no darles cuerda a sus tonterías, pero, la verdad, después de pasarme casi dos horas perdido en las cavernas, aquella conversación resultaba hasta interesante.
—Sorpréndeme —le dije—. ¿Qué es eso tan especial que te gusta?
—¿Por qué no te quitas la ropa y lo descubres?
—Porque me dirijo a Mina Negra y ya he perdido mucho tiempo tratando de encontrar el camino.
—Oh, qué suerte has tenido entonces —murmuró—, te has perdido y has encontrado algo

muchísimo mejor que lo que buscabas.
—No me digas más —alcé una mano para detenerle—, porque tú eres «lo mejor de La Reserva». ¿Verdad?
—Insisto —sonrió, apartándose de la estatua y descruzando los brazos—, quítate la ropa y descúbrelo por ti mismo.
—Quizá otro día —me encogí de hombros—, ahora, si no te importa, ¿podrías señalarme el camino?
Murci se deslizó casi como si flotara en el aire, acercándose a mí para colocar una mano en la columna de piedra rugosa a mi lado y, así, bloquear mi camino.
—Quizá otro día no venga a buscarte —dijo. Otro gran clásico de los *salvajes*.
—Y lloraré tanto que me deshidrataré y moriré suspirando tu nombre —bromeé antes de acercarle el mapa—. ¿Cuál es la dirección?
El *alfa* no bajó la mirada al grupo de papeles en mis manos, sino que inclinó la cabeza y volvió a mirarme por el borde superior de sus gafas negras y redondas.
—Quítate la ropa, Lemér… —murmuró, ya sin sonreír—. Quiero verte desnudo.
No sé si fue el tono de su voz, la forma en la que me miraba con esos ojos blancos de grandes pupilas, o incluso la electricidad estática que empezó a fluir de su cuerpo al mío; pero algo me erizó los bigotes y me puso muy en alerta.
—Ten mucho cuidado, Murci —le advertí—. Yo no soy un *omega* cualquiera.
—Lo sé… por eso he venido a buscarte y por eso quiero que me enseñes lo obediente que puedes llegar a ser.
—¿Obediente? —repetí antes de que se me saltara la risa—. Te has equivocado del todo conmigo.
El *alfa* no dijo nada en un par de segundos y, de pronto, apartó la mano de la pared y volvió a sonreír.
—¿Sí? Pues es una pena, la verdad —me dijo en un tono relajado, cortando en seco la tensión del momento—. Me hubiera encantado descubrir hasta dónde podías tragártela.
—Tengo un enorme *alfa* bovino esperándome en casa, así que te aseguro que la tuya sería como meterse un palillo en la boca —respondí, pegando el mapa en su pecho con un golpe seco—. Por favor, indícame la dirección o lárgate.
—Mmh… —murmuró él, cogiendo los papeles arrugados sobre su jubón de cuero negro—. ¿Se la chupas a los *domesticados*? Eso es muy inusual. Bueno —se corrigió de pronto—, reconocerlo es muy inusual, hacerlo… no tanto —sonrió más.
—Lo que yo haga con mis *alfas*, es cosa mía —le dejé bien claro, insistiendo una última vez para que mirara el mapa y me ayudara—. Si eres tan amable…
Murci agachó al fin la cabeza y echó un vistazo, pasó una hoja y, después, otra más. Yo ni siquiera había estado mirando el nivel correcto del subsuelo en todo aquel tiempo.
—Tienes una orientación terrible —me dijo él—. Estás casi al borde de Cauce Rápido, aquí —y señaló lo que, evidentemente, era la enorme caverna en la que nos encontrábamos—, y Mina Negra está aquí —señaló otro punto de otra hoja—. Te llevará otras dos horas y media de viaje volver, eso, por supuesto, si no vuelves a perderte.
Chaqueé la lengua y cogí el conjunto de páginas amarillentas que era el inútil mapa de la comarca.
—¿Hay alguna forma de subir al exterior? —le pregunté—. Me oriento muchísimo mejor en la superficie.
—Sí, por supuesto, hay varios caminos cercanos hacia la superficie. Aquí mismo, en mi territorio

—afirmó—. Si no te importa, yo mismo podría guiarte.
—Una oferta muy generosa viniendo de un *salvaje* —murmuré mientras le dedicaba una mirada seria. Una que dijera: más vale que no haya trampa porque puedo partirte las piernas por cinco sitios diferentes.
—Sí, lo es —reconoció—, pero temo que si te vuelvo a dejar solo, no encuentres la salida jamás.
—Me harías un gran favor —asentí, guardando el mapa en uno de los bolsillos de mi mochila—, aunque me preocupa que a mitad de camino me vuelvas a pedir que me quite la ropa a cambio.
—No te preocupes, Lemér —sonrió—, soy un *salvaje*, no un monstruo. Si mi forma de hacer las cosas no te gusta, no insistiré.
Hace algún tiempo no le hubiera creído ni por un segundo; pero ahora ya llevaba demasiado en la Reserva y sabía que, aunque los *salvajes* fueran unos completos gilipollas egocéntricos, no había que temer nada de ellos. Podía hacer y pedir lo que quisieran, pero no obligaban a nadie; y muchísimo menos, usaban la fuerza.
La mayor de las ironías era descubrir que solo había violadores en el mundo *beta*, porque los *alfas* jamás asaltaban a los *omegas* de esa forma. Jamás.
—Pues te lo agradezco mucho, Murci —respondí.
El *salvaje* se llevó una mano al pecho e inclinó la cabeza en una especie de anticuado y educado gesto.
—Será agradable tener una charla sobre lo que ocurre fuera de aquí —me dijo, indicando una dirección con la cabeza y, llevándose ambas manos a la espalda, iniciando la marcha—. ¿Cómo les va a Jabail y Tigro? ¿Siguen sintiéndose muy orgullosos de sus pequeñísimos territorios?
—¿Pequeños? —pregunté, no sin cierta sorpresa—. Cada uno de sus territorios mide más de cien hectáreas.
Murci puso una media sonrisa algo condescendiente y volvió el rostro hacia mí.
—Mi territorio abarca casi el triple de eso.
—No hay tanto terreno en Cauce Rápido —le aseguré, porque la comarca era un de las más pequeñas de los alrededores.
—No en la superficie —afirmó él.
—Ah… así que tu territorio es subterráneo —lo entendí—. Eres como el Rey de las Cavernas.
El *salvaje* se rio por lo bajo.
—Sí, algo así. Soy el único *salvaje* de Cauce Rápido.
—Entonces, no tendrás mucha competencia por el territorio y será más fácil mantenerlo.
—No creas —murmuró, siempre con la vista al frente y las manos a las espaldas. Yo mantenía el farol en alto para no tropezarme ni resbalarme en la piedra húmeda, pero Murci parecía poder ver perfectamente en la oscuridad que nos rodeaba—. Siempre aparece algún *alfa* con aspiraciones e intenciones de conseguir un territorio, aunque ninguno ha conseguido volverse *salvaje*.
—Oh, espera… entonces, ¿cualquier *alfa* puede volverse salvaje? —aquello era nuevo—. Creía que… nacíais así.
Murci volvió a reírse, en esa ocasión un poco más alto.
—Deduzco que no eres de La Reserva, ¿me equivoco?
—No, nací en el mundo *beta*. Llegué hace solo un par de meses.
—Uno de mis padres también llegó del mundo *beta* —me dijo justo antes de detenerse y señalar a nuestras cabezas, donde, a unos tres metros de altura, había una abertura que conectaba la caverna con una gruta lateral—. ¿Podrías trepar o necesitas ayuda?
—Puedo trepar —respondí.
Con una media sonrisa y un movimiento de mano, Murci me invitó a demostrarlo. Sin mucho

espectáculo, rodeé el farol con mi cola para tener las manos libres y escalar. La piedra estaba rugosa, húmeda y resbalaba un poco, pero nada muy diferente a cuando trepabas por la cordillera de una cascada. Al llegar a lo alto, me di la vuelta y alumbré con el farol a mis espaldas, pero no vi al salvaje por ningún lado.

—Es un apasionado de la lectura, mi padre *omega*, digo —oí una voz a un lado.

Mi cuerpo, como siempre, respondió antes que mi mente; por suerte para el alfa, consiguió detener sin ningún problema el codazo que le hubiera dejado con la nariz rota. Agachando la cabeza, volvió a mirarme por el borde superior de las gafas antes de decirme:

—En serio, Lemér, si sigues haciendo eso tendré que atarte…

Sin decir nada, aparté el codo y me separé un ligero paso.

—Lo siento, es una reacción instintiva. No estoy nada acostumbrado a que me sorprendan.

—Mmh… qué aburrida debió ser tu vida entonces —murmuró, alzando la cabeza para mirarme a través de los lentes oscuros y redondos—. Sin sorpresas, ni emociones, ni diversión…

Arqueé ambas cejas y forcé una sonrisa.

—Así que tu padre *omega* es un gran aficionado a la lectura. ¿Qué le parece la saga del Detective Zorro? Está muy de moda.

—Ogh… —el *salvaje* negó con la cabeza y siguió caminando con ambas manos a la espalda—. Le encanta, dice que es como el Sherlock Holmes animano. Por su aniversario, mi padre le llevó a Dos Picos a conocer a la autora; me envió como diez cartas de camino y otras diez al volver junto con uno de sus ejemplares firmados.

—Qué bonito —murmuré—, siempre me pregunté si «Ratuna de Nieve» era su nombre de verdad o un pseudónimo.

—Es un pseudónimo, por supuesto, en realidad se llama Ratra y tiene como setenta años. Según me contó mi padre, empezó a escribir las novelas cuando sus crías eran pequeñas, porque les encantaba el misterio; aunque nunca se atrevió a publicarlas hasta que su alfa murió y ella se refugió en la escritura para superar el dolor.

—Vaya… Ahora me siento mal por pensar que son unas novelas de mierda —reconocí.

Murci se rio de nuevo, llenando la cueva que atravesábamos con su melosa voz de tenor.

—He de confesar que yo no comparto la pasión de mi padre por la lectura —me dijo—, tampoco es que se pueda leer demasiado en la oscuridad y no me agrada en absoluto encender faroles ni candiles, me molestan bastante.

Al oír aquello, bajé el farol, algo que el *alfa* me agradeció con una ligera sonrisa de colmillos afilados.

—No te preocupes, entiendo que los *omegas* no pueden ver bien y necesiten luz para no perderse —me dijo—, aunque los que se quedan conmigo saben que van a tener que pasarse mucho tiempo en la oscuridad. Soy como Drácula.

Eso me hizo reírme un poco.

—¿También bebes sangre?

—Los *alfas*-murciélago que bebían sangre fueron los primeros en desaparecer. Los *betas* les cazaron hasta extinguirlos. De hecho, siempre me he imaginado que fueron ellos los que inspiraron la leyenda *beta* de los vampiros. ¿No te parece?

—Sí, podría ser —asentí.

—Por suerte para mí, soy un murciélago frugívoro, me alimento de insectos, fruta, algunas plantas carnosas… —fue enumerando hasta terminar encogiéndose de hombros—. Todo aquello que puedo conseguir en mi territorio.

—Justo eso me estaba preguntando, porque no me imagino que plantes nada aquí abajo, ni que

puedan vivir animales.
—No, al igual que yo, lo que produzco aquí también es muy especial —me explicó—. Tengo granjas de insectos, recolecto muchos hongos y setas que nacen en la humedad e incluso líquenes que las Má utilizan en pociones. Yo mismo soy un apasionado de la alquimia, tengo un laboratorio en mi territorio privado.
—Vale, ahora sí que pareces Drácula —me reí.
El *salvaje* se volvió un momento y se detuvo, señalándome un pequeño agujero en la pared de la caverna.
—¿Te importa ponerte a cuatro patas, Lemér? —me preguntó.
—Me gusta más montar, pero puedo adaptarme —respondí antes de acercarme al agujero y agacharme.
—Qué interesante… —le oí murmurar a mis espaldas mientras me arrastraba por el interior de aquel estrecho acueducto que, aunque no demasiado largo, me produjo una profunda sensación de claustrofobia.
Al salir al otro lado, tomé una buena respiración y cerré los ojos. Necesitaba volver al exterior y lo necesitaba ya. Un leve movimiento a mis espaldas me alertó que Murci ya había cruzado y, como por arte de magia, había aparecido a mi lado para indicarme de nuevo una dirección.
—Ya falta poco, no te preocupes —me dijo.
—No estoy hecho para vivir bajo tierra —reconocí con una ligera sonrisa.
—Le pasa a muchos de los *omegas* de otras comarcas que vienen a verme —me aseguró—, pero para eso mantengo una parte de mi territorio en la superficie. Nada espectacular, solo una cueva tranquila y cómoda para limpiarles y follar. De hecho, hacia allí nos dirigimos.
—Qué casualidad —murmuré.
Murci se volvió a encoger de hombros, encabezando la marcha.
—Solo te estoy dando opciones, Lemér. Quizá el día de mañana tengas curiosidad por probar algo nuevo y diferente.
—¿Saben esos *omegas* que te follas en la superficie que jamás podrían llegar a hacerte su *alfa*? —pregunté—. Porque, obviamente, no te vas a emparejar con nadie que no pueda convivir contigo en la profunda oscuridad.
—Algunos sí, otros no —respondió sin más—. De todas formas, a los *salvajes* no nos visitan solo para tratar de enamorarnos, Lemér. Algunos lo intentan, por supuesto, con regalos, y cartas y proposiciones; pero otros solo quieren disfrutar de algo emocionante y prohibido. Incluso un recién llegado como tú debe estar al tanto de que nadie folla como un *salvaje*. Somos lo mejor de la Reserva —y, diciendo eso, se giró un momento hacia mí—. Tu querido *alfa* bovino no se atrevería ni a imaginar lo que yo podría hacerte, ni durante cuánto tiempo podría hacértelo, ni hasta donde podría hacértelo…
Su voz como melaza caliente flotó y reverberó por lo largo de la cueva, sus ojos blancos sobresalieron por encima de las gafas y trajeron de vuelta aquella electricidad estática que solo parecían ser capaces de producir en mí los *salvajes*.
—Eres terríblemente sexy, Murci —reconocí, porque todos los *salvajes* tenían ese atractivo animal; aunque quizá el *alfa*-murciélago tuviera un toque mucho más provocador y peligroso gracias a su oscura aura—. Pero no iba a funcionar. A mí también me gusta ser dominante en la cama.
—Por eso he dicho «si te apetece probar algo nuevo» —me recordó, volviendo a levantar la cabeza y a mirarme a través de los cristales oscuros—. Te sorprendería lo que podrías llegar a disfrutar si dejas todo a un lado y me das el control: sin preocupaciones, sin dudas, sin estúpidos

dilemas, sin miedos… solo dejarse llevar y centrarse en el placer que puedo llegar a darte.
—Si no te importa, Murci, me estoy empezando a agobiar bastante en estas cuevas, ¿podríamos seguir adelante? —pregunté—. Me puedes seguir tratando de convencer cuando alcancemos la superficie.
El *alfa* se volvió a reír, pero asintió y retomó el paso, tomando una dirección nueva que ascendía en una empinada cuesta repleta de saltos.
—Entonces… ¿cómo es eso de que los alfas domesticados pueden llegar a convertirse en salvajes? —pregunté de la forma más casual posible.
—Ese es un debate bastaste acalorado —me explicó, ascendiendo los saltos de piedra como si pudiera volar entre ellos—. Verás, Lemér, si le preguntas a las Má, te dirán que habrá tantos *salvajes* como sean necesarios para el equilibrio del Todo; si nos preguntas a nosotros, te diremos que hay que nacer con algo especial, con una fuerza y fiereza innatas; y si le preguntas al resto de *alfas*, te dirán que cualquiera puede serlo, pero que es más fácil vivir en una villa.
—¿Pero «es posible» que un *alfa* domesticado se vuelva salvaje? —quise saber.
Murci se encogió ligeramente de hombros y se detuvo un instante en lo alto de una piedra, en un perfecto equilibrio y con las manos a la espalda.
—¿Posible? Sí, digamos que es posible —afirmó—. ¿Sabes qué le pasa a un cerdo domesticado cuando le sueltan en un bosque?, que, para sobrevivir, regresa a un estado primitivo; se hace más grande, más agresivo y más territorial. Deja de ser un cerdito para volver a ser lo que una vez fue: un jabalí. Podríamos decir que a los *alfas* nos pasa lo mismo.
—¿Por eso sois todos tan grandes?, ¿crecéis de tamaño al convertiros en *alfas*?
—En parte —asintió, mirándome escalar con rapidez una pequeña pared de piedra—. ¿Conoces las especializaciones que nos dan las barbas?
—Sí, os cambian dependiendo de vuestra raza.
—Pues digamos que hacerse *salvaje* es una especie de barba que nunca se pierde —me explicó —. Nuestro cuerpos se adaptan a las nuevas necesidades: nos hacemos más rápidos, más fuertes, más grandes y, por supuesto, mucho más activos sexualmente. Nos convertimos en lo mejor que la raza animana puede ofrecer.
—Qué interesante —murmuré, atisbando al fin algo de luz natural en lo alto del pasadizo—. Oh, dios, huelo el aire fresco… —jadeé.
No quise resultar maleducado, pero apuré mucho el paso de pronto, saltando de piedra en piedra y corriendo por los últimos metros de la empinada cueva hasta alcanzar la gruta semiabierta. Entonces, tomé una profunda bocanada y la solté con relajación. Al fin volvía a estar en la superficie.
La cueva tenía un lago de agua subterránea y bastante luz natural que, por un momento, me cegó la vista. La entrada todavía quedaba a unos cuatro o cinco metros de altura, pero estaba ahí, medio cubierta por vegetación y bañando el interior con un aire fresco y limpio.
Oí un murmullo descontento a mi lado y vi pasar al salvaje, con una mano a forma de visera en la frente y a paso rápido para salir lo antes posible del alcance de los rayos del sol. A la luz, se podía diferenciar mucho mejor el tono pálido de su piel y lo alargado de su figura; con chaleco y pantalones negros y jubón interior blanco.
Sin decir nada, le seguí por un pequeño puente de tablones que surcaba parte del acueducto de agua en dirección a una zona habitada, en la parte más oscura de la caverna. Allí, el *alfa* había levantando una especie de campamento.
—Tengo agua fresca y té en el interior —me dijo, ofreciéndome entrar en la primitiva tienda de campaña que consistía casi en un toldo y un montón de pieles de animales a forma de paredes.

—Oh, gracias, la verdad es que me muero de sed —sonreí.
Murci también sonrió, mostrando gran parte de esos incisivos alargados y puntiagudos. Entendí por qué le hizo tanta gracia aquello en el momento en el que crucé el umbral y vi el interior; por supuesto, aquel era el lugar al que se traía a los *omegas* de la superficie. Aunque, sinceramente, tampoco era tan bizarro como uno pudiera llegar a imaginar.
Había una enorme cama de plumas en el suelo, bastantes cojines, bastantes velas, un banco de madera más alto de lo normal, bastantes cuerdas y, mi cosa favorita de todas, una de las estatuas vikingas de piedra, solo que está tenía las manos levantadas y una soga en cada muñeca. Nada más mirarla, me volví en dirección a Murci.
—Me encanta que te hayas montado tu propio espacio de *bondage*, pero no sabía que los animanos conocían el BDSM.
—Lo que hago no tiene nada que ver con los *betas*. De hecho, es parte de la cultura de los *alfas*-murciélago.
—No, espera —sonreí, cerré los ojos y levanté las manos—. No me digas que hay una cultura de *alfas* sadomaso porque me muero aquí mismo.
Murci sonrió y asintió, quizá más por educación que por el hecho de que mi comentario le hubiera resultado divertido.
—Nuestra barba nos vuelve muy dominantes y nos permite percibir el cuerpo de los *omegas* de una forma diferente al resto —me explicó ya de camino a la pequeña hoguera a un lado, la cual no tardó demasiado en encender—. Puedo sentir, oler, oír y saborear el placer como nadie más puede.
—¿Incluso con *omegas* diferentes al que te ha sacado la barba?
—Sí, aunque, por supuesto, el *omega* que me mantiene la barba es al que más atención le presto —aclaró antes de echarme una mirada—. Hay que respetar eso.
—Por supuesto —asentí.
—Por favor, siéntate —me invitó, señalando el pequeño taburete a un lado de la hoguera—. ¿Qué tipo de té te gusta?
—Pues uno que no lleve drogas —respondí, señalando la parte de la mesa en la que había pequeños botes de polvos, hierbas opiáceas y setas alucinógenas.
Murci sonrió bastante, en esa ocasión de verdad.
—Veo que sabes algo de herbología —afirmó—. Pero tranquilo, eso solo lo uso con consentimiento del *omega*, y, evidentemente, en cantidades pequeñas.
—Aha… ¿y es algo que exportes desde tu territorio? —quise saber.
El *salvaje* estaba de espaldas a mí, llenando una cacerola de metal con agua del barril y eligiendo un bote de mezclas de té que se llevó consigo de vuelta a la hoguera. Quizá por educación o puede para que me sintiera más tranquilo, abrió el bote y me lo entregó para que pudiera olerlo y comprobar que no había nada raro allí dentro.
—Algunas de estas plantas y mezclas las llevan usando y consumiendo las Má desde los inicios de los tiempos —me explicó—, tanto de forma medicinal como espiritual; dicen que las ayuda a conectar con El Todo y ver en las brumas del futuro y el pasado. Otras, han sido consumidas por los *alfas* y *omegas* que buscan un… toque de diversión.
—Narcotraficante, *alfa salvaje* y Dom… —asentí—. La verdad es que estás empezando a ser muy interesante, Murci.
El *alfa* se rio de nuevo.
—Me considero muy interesante —reconoció sin dudarlo—. ¿Alguna vez has tenido sexo usando drogas, Lemér? Es toda una experiencia.

—He tenido sexo con un *beta* drogado —respondí, porque a Copper a veces le había interesado experimentar un poco en alguno de nuestros viajes al extranjero—, pero conmigo nunca funcionó. No me coloco con nada.
—Eso no es verdad —me aseguró el *alfa* mientras calentaba el agua y echaba las hojas del té—. Te aseguro que te podría dejarte en las nubes con solo una pizca de algo de esa mesa.
—Mmh… qué bien que me digas eso mientras preparas té —murmuré—. Cada vez me siento más y más seguro. En ningún momento se me ha pasado por la cabeza que me despertaré en una hora atado a esa estatua y sin ropa.
Murci sonrió, pero no llegó a reírse en esa ocasión.
—Lemér… drogar a un *omega* sería lo más patético que alguien pudiera hacer.
—Pero qué pasaría si alguien lo hiciera —quise saber—, si alguien se aprovechara así de un *omega*.
Murci me miró por el borde superior de sus gafas y clavó en mi esos ojos blancos como la cal.
—Que las Má le matarían.
—¿Incluso a un *salvaje*?
—Nadie está fuera de la ley del Todo, ni siquiera nosotros.
—¿Y podrían matarte?
—Oh… te aseguro que sí —murmuró—. De una forma u otra, lo conseguirían.
—Ya me siento mejor, entonces —sonreí.
El *salvaje* afiló la sonrisa, devolviendo su atención al caldero de agua cada vez más caliente y humeante.
—Si te lo preguntas, tengo el permiso de Espina Má para intercambiar mis mezclas y opiáceos —me aseguró—, no lo hago a escondidas.
—Sí, eso era algo que me había preguntado —reconocí—. ¿No les preocupa que causen adicción?
—¿Qué significa eso?
—Ehm… la necesidad de consumir drogas regularmente hasta el punto de perder por completo el control.
—Mmh… no, no conozco ningún caso así —respondió él—. Las Má consumen muchas de mis drogas y jamás les ha pasado nada. Tampoco a mí ni a nadie que conozca o con el que intercambie recursos.
Fruncí el ceño.
—¿Quieres decir que los animanos no podemos sufrir adicciones, o que tenemos una tolerancia mucho mayor que la *beta*?
—No puedo asegurarlo porque no sé nada en absoluto de los *betas*; pero, según mis propias experiencias y lo que conozco: no, no creo que nosotros podemos llegar a tener «adicción».
—Vaya… —murmuré—. ¿Y… mucha gente consume drogas en La Reserva? Nunca he oído a nadie mencionarlo.
Murci arqueó ligeramente una de sus afiladas cejas.
—Mucha más gente de la que te imaginas —me aseguró—. Algunos *alfas domesticados* se pasan demasiado tiempo solos o sin *omegas*, trabajan muy duro y solo buscan una forma de relajarse o disfrutar de la vida. Otros lo hacen de forma puntual: en celebraciones, fiestas o para compartir una experiencia diferente con sus parejas. Ya sabes, darle un poco de chispa a las cosas que, quizá después de diez o veinte años juntos, ya se han vuelto rutinarias y aburridas.
—Joder —dije mientras negaba con la cabeza—. Cada mes me sorprenden con algo nuevo de este lugar. Parece que siempre hay una cosa por descubrir y una sorpresa en la siguiente esquina.

Murci sonrió y volvió a mirarme por el borde superior de las gafas antes de entregarme una taza humeante de té.
—Si te interesa probarlo, puedo asegurarte que no hay nadie mejor que yo para guiarte —me dijo.
—Ah, ehm, pff, la verdad, quizá sí, no puedo decir que no tenga curiosidad —empecé a farfullar con la mirada perdida a un lado—, aunque no creo que me sintiera en absoluto cómodo follando contigo drogado. No te lo tomes como algo personal, solo es que acabo de conocerte y me parece una idea terrible.
El *alfa* no se lo tomó mal en absoluto, hasta incluso pareció comprenderlo a la perfección.
—No me refería a tener sexo, sino a experimentar un poco y ver qué pasa.
—Sigue sonando un poco mal.
—Lemér… —sonrió—. Soy un *salvaje*. Nosotros no damos nunca el primer paso a la hora de tener sexo. Son los *omegas* quienes nos buscan y nosotros los que aceptamos. Puedo prometerte que no me aprovecharé de ti, pero no puedo prometerte que no termine follándote si tú te me insinúas.
—¿Sabes, Murci? Me caes bien, pero a la vez me das un poco de mal rollo —le confesé.
El *salvaje* se rio, haciendo resonar su voz de melaza por toda la tienda.
—De hecho, eso les pasa a muchos de los *omegas* que vienen a verme… pero yo creo que les excita el peligro —añadió al final en voz más baja antes de pasarse su alargada y apuntada lengua por los colmillos.
No podía juzgar a esos *omegas*, porque Murci vendía muy bien esa imagen oscura y «prohibida» de *salvaje*. De los tres que conocía, era el único que realmente transmitía esa idea de «morboso pecado» y «placer culpable», además del aura oscura y peligrosa que te esperas de los *alfas salvajes*. Jabail, por el contrario, solo era grande, fuerte y con muchos recursos; cero intimidante y cero sorpresas. Después estaba Tigro, por supuesto: demasiado guapo y demasiado gilipollas y demasiado divertido como para no quedarte mirando, aunque solo fuera para decir «¿pero qué cojones?».
Lo peor era lo bien que su trampa funcionaba, porque después solo necesitaba una sonrisa y guiñarte un ojo para dejarte jodido de por vida.
—Quizá sí necesite drogas —murmuré mientras me acercaba el vaso de té a los labios—, de esas que te borran la memoria.
—No tengo nada que borre la memoria, pero sí algo que te hará olvidarte de todo por un par de horas —respondió, levantándose un momento del asiento para acercarse a la mesa y traer de vuelta un bote de cristal—. Lo llamamos Sueño Pálido.
Casi escupí el té a un lado.
—Eso es opio —le dije, alzando la cabeza para mirar sus gafas redondas y negras—. ¿Cómo cojones has conseguido opio en La Reserva? Es imposible que la dormidera crezca aquí.
—Viene bastante a menudo en las cajas del naufragio —me explicó.
—¿Qué? ¿Qué cajas?
Murci me miró por encima de las gafas y sonrió.
—Las cajas del naufragio del barco *beta*, por supuesto.
—¿Y vienen cargadas de opio? —negué con la cabeza y dejé el té a un lado para ponerme serio —. Oye, Murci, ¿qué más llegó a la costa desde ese… «naufragio *beta*»?
—Bastantes cosas exóticas —sonrió él, volviendo a sentarse—. Te puedo enseñar algunas.
—Me encantaría verlas… —murmuré.

PODRÍA GUSTARME MÁS

Tardé tres horas de camino por las montañas en dejar Cauce Rápido atrás y sumergirme en los preciosos bosques de Mil Lagos, esos que tantísimo había extrañado aquel largo día sumergido en las profundidades de la tierra.

Alcancé El Pinar cuando ya caía la noche y, tras dejar allí la mochila, salí de nuevo en dirección sur. Cansado, con la cabeza llena de oscuros pensamientos, una leve preocupación en el estómago y los pies doloridos, llegué a Vallealto. Fui directo al Hogar, donde sabía que encontraría a la mayoría de *alfas* solteros que, después de cenar, siempre se quedaban a charlar, beber y jugar a algo.

—Sabía que vendrías —me recibió una voz grave, de enormes cuernos y amplia sonrisa.

Sonreí de vuelta y alcé la mano a forma de saludo. Todavía me quedaban un par de metros para alcanzar la larga mesa donde estaba Buyú y sus amigos, pero el *alfa* ya me había olido desde que había cruzado la puerta. Girado en el banco, alargó los brazos para esperarme y abrazarme con fuerza.

—Perdona, tuve que ir a Cauce Rápido a entregar un paquete de Topa Má —le susurré cerca del oído, añadiendo un beso en su mejilla de barba espesa de intenso olor a menta y miel. Después, saludé al resto de *alfas*—. Buenas noches, chicos, ¿qué tal la partida?

«Bien», «como siempre», «sin más», «entretenida», solían ser las respuestas más comunes. Una vez que los solteros no podían pavonearse y lanzar comentarios provocativos, parecían tener un abanico muy reducido de conversación con los *omegas*; incluso aquellos que, como Buyú, tenían barba.

—Mal, ahora que nos hemos quedado sin un jugador —refunfuñó Bullo, mi viejo amigo el *alfa*-bisonte. Sin mirarme, tiró las cartas a un lado y giró el rostro en dirección a la chimenea de gran fuego anaranjado.

Fruncí el ceño, pero un apretón de Buyú me advirtió de que no le hiciera caso. Fue poco después, cuando se despidió del resto y me cogió de la mano para salir del Hogar, que me dijo:

—Líbere se está portando un poco mal con él y Bullo anda amargado.

—Vaya, ¿y eso? —pregunté con curiosidad—. Que yo sepa, Líbere estaba muy decidido a conseguirle.

—¿Sí? —Buyú pareció sorprendido de oírlo, llegando a inclinar su cabeza de grandes cuernos hacia mí—. Pues hace una semana que no le visita…

—Claro que no, Líbere ha bajado a Vega de Miel para la fiesta.

El *alfa* apretó los labios y asintió, rozando el grueso mentón con el pelo de mi cola enredada en su cuello. Ellos jamás se quejaban, pero a veces no podía evitar recordar lo que una vez me había dicho Copper: «Parece que me estás poniendo una puta correa, joder».

—Eso es malo —murmuró, dándome un ligero apretón en la mano que compartíamos—, pero al menos podía haberse pasado el día antes de marcharse a hacerle una visita. Somos bovinos.

—Decir «somos bovinos» es vuestra excusa favorita para justificar que os dejen follar —bromeé. Sin embargo, a Buyú no le hizo tanta gracia.

—Porque lo somos, Lemér —me dijo con un tono que no llegaba a ser cortante, pero sí bastante serio—. Si vienes a Vallealto y elijes a un *alfa* como nosotros, sabes que vas a tener que darle lo que necesita. No es ningún secreto ni ninguna sorpresa: nos sacas barba, se nos hinchan los huevos y hay que ordeñarnos —fue enumerando, usando su mano libre para marcar cada paso, como si cortara un trozo de madera imaginario—. Tú lo has entendido muy bien y ni siquiera has nacido en La Reserva —añadió de pronto, volviendo a mirarme—. Vienes siempre los mismos días, te quedas el mismo tiempo y, cuando te marchas, me dejas los huevos tan vacíos como un tarro de miel frente a un hormiguero.
—Creo que eso ha sido como un intento de halagarme, pero no estoy seguro —murmuré con una mueca de ojos entrecerrados.
—¡Claro que sí! —exclamó antes de darme un apretón más fuerte—. ¡Lo estás haciendo genial! Por mí, ojalá vinieras más y te quedaras más tiempo —no se pudo resistir a decir—, pero, para la barba que tengo ahora, me estás dando todo lo que necesito y no me puedo quejar.
—Ah, ehm… gracias —respondí, ya que aquello había sido tan inesperado como agradable de oír.
Al fin parecía que acertaba en algo con los *alfas*, al menos, con el bueno de Buyú.
—Pero Líbere es escurridizo —continuó él, volviendo a mirar al frente, hacia el camino empedrado que descendía en dirección a su casa, iluminado por algunos faroles colgados de palos cada par de metros—. Viene de vez en cuando, a veces solo quiere que le limpie y otras solo viene a follar. Acepta los regalos de Bullo pero no se queda con él casi nunca, así que realmente no es que se conozcan demasiado. Eso es una putada —me aseguró—, porque si no pasáis tiempo juntos, significa que no va a ser nunca nada serio.
—¿Y Bullo quiere algo serio? —pregunté, interrumpiendo mi letanía de asentimientos y bajos «aha», «oh», «entiendo» que decía a cada breve pausa del discurso del *alfa*.
—No, no creo —respondió él—. A Bullo le gustan los *omegas* con más chispa, como a mí —me dedicó una mirada por el borde de los ojos y sonrió.
—Entonces, ¿cuál es el problema? Si no le interesa nada serio, no pasa nada porque no se quede.
—No, a ver… —resopló, como si le costara explicarlo—. Si el *omega* no quiere nada serio y tú tampoco, está bien, no pasa nada. Folláis, le limpias y, cuando uno de los dos se aburra, lo deja y ya está. Pero claro —añadió con un tono firme y un gesto tajante de la mano—, si es lo que vais a hacer, más vale que el *omega* venga a menudo a bajarte el calentón, porque para eso está.
—«Para eso está…» —repetí.
—Lemér, por favor, no me jodas —resopló de esa forma bovina y puso los ojos en blanco.
Hacía dos meses quizá el enorme *alfa* me hubiera pedido perdón y se hubiera derretido en explicaciones para no ofenderme, pero ahora ya nos conocíamos demasiado y Buyú estaba empezando a ser… el verdadero Buyú.
Murci el *salvaje* tenía razón en algo: cuando les sacabas la barba a los *alfas* era cuando realmente empezabas a conocerles.
—Sabes muy bien de lo que te hablo —me dijo—. Si quieres solo follar, follamos, pero follamos de verdad —afirmó, volviendo a hacer el gesto de cortar madera y asintiendo tras cada frase—. Nada de venir de vez en cuando porque te aburres y al final me pase más tiempo haciéndome pajas que metiéndotela. Te lo he dicho: para eso no necesitamos un *omega*.
—Empiezo a pensar que te estás tomando la situación de Bullo a un nivel muy personal.
El *alfa* apretó los labios y bufó por la nariz de nuevo.
—A mí también me han hecho eso y no es nada agradable —respondió en voz baja—. De hecho, pensé que tú también me lo estabas haciendo, por eso me puse tan a la defensiva al principio;

pero bueno, tú no naciste en La Reserva y tenías una excusa para no ser consciente. Líbere no la tiene. Lo que está haciendo es solo por joder.
—Pues lo siento por Bullo —le dije, soltando su mano para dar un paso a su espalda y subirme encima—, pero creo que ya es momento de dejar el tema y centrarnos en nosotros.
Con las manso en mi piernas para ayudarme a mantenerme subido, Buyú sonrió y dijo:
—Tienes toda la razón. Por culpa de Topa Má ya he perdido una tarde entera de sexo, mimos y conversaciones de almohada con mi precioso *omega*.
—Bueno, tampoco es que te la hubiera pasado sufriendo —murmuré en su oreja después de un par de besos en el cuello—. Sé que habéis estado tirados en el río, bañándoos y rascándoos vuestras enormes pelotas de bovinos antes de hincharos a comer y jugar a las cartas.
—¿Y qué quieres que hiciéramos? —me preguntó, como si estuviera sorprendido—. ¿Trabajar más ahora que la mayoría de *omegas* no están aquí? Que les cuiden en la Vega, que para eso les invitan a su mierda de fiesta —declaró.
Me reí, aunque no mucho, porque ya habíamos alcanzado la casa del *alfa* y, tras inclinarse un poco para pasar por la puerta, me bajó de sus espaldas y se giró para besarme. Los besos de Buyú no eran los mejores, pero seguían siendo bastante contundentes; como todo en él, primaba más la cantidad que cualquier otra cosa. Su enorme lengua era carnosa y húmeda y, aun con una evidente falta de técnica, la forma en la que te llenaba la boca con ella tenía algo sumamente erótico.
Con las manos me apretó las nalgas y me volvió a levantar en brazos para llevarme a su cama sin dejar de besarme. Allí me tumbó y se separó un momento para mirarme el rostro y mugir con placer.
—Eres el *omega* más guapo y que mejor huele de toda La Reserva —susurró en mis labios.
—Dime eso cuando no tengas los huevos a punto de reventar, y te creeré.
El *alfa* soltó una breve risotada que sonó casi como un jadeo. Entonces se incorporó para desanudarse su amplio jubón y dejarlo caer hacia el suelo. Ver el enorme, velludo y musculoso cuerpo del bovino siempre me arrancaba un bajo gruñido de la garganta y me humedecía ligeramente las nalgas.
—¿Has echado de menos a tu *alfa*? —me preguntó mientras apretaba los puños y tensaba sus colosales bíceps.
Resoplé de forma ruidosa, pero no quise sonar condescendiente, solo remarcar el hecho de lo mucho que estaba disfrutando viéndole exhibirse para mí.
—Bastante… —reconocí.
Buyú sonrió con prepotencia y se llevó las manos al grueso cinturón de hebilla plateada, hundiendo los dedos pulgares en el interior par adoptar esa clásica postura de cowboy que, irónicamente, tanto les gustaba a los bovinos.
—Esto no lo vas a encontrar en ningún otro sitio… —me aseguró, apretando sus grandes pectorales cubiertos de vello rubio, pero también moviendo ligeramente la cadera para resaltar el obsceno bulto que apenas cabía en sus pantalones de cuero—. ¿A qué no?
—Nop —reconocí—. Eso solo lo tienen los enorme bovinos…
—Sí —afirmó él, deslizando una mano del cinturón a la entrepierna para empezar a frotarse el carnoso bulto, desde la base hasta casi el borde del pantalón en el que tenía la gruesa punta. Allí, cerró el puño y apretó para destacarlo incluso más.
—Nadie te va a llenar como yo, porque ningún otro *alfa* tiene esto…
Le miré manosearse un par de segundos más pero, lentamente, ascendí por sus abdominales, su amplio pecho y su grueso cuello para alcanzar sus ojos.

—Hablas mucho para tener los huevos tan hinchados —murmuré antes de arquear una ceja—. ¿Hay algo que quieras decirme, Buyú?
El *alfa*-buey no respondió, sino que prefirió abrir la hebilla metálica que sostenía su cintura y dejar que el peso y la presión de su polla deslizara la tela hasta mostrar gran parte de su vello púbico. Después, se cruzó de brazos y me dijo un serio y contundente:
—Dile a tu amiguito el lobo que, como vuelva a venir a Vallealto, le quitaré la barba a puñetazos.
—Ah —entendí. Ahí se acabó el momento divertido, porque me incorporé hasta quedar sentado en la cama y me puse serio—. Lo siento, Buyú —me disculpé—, alguien le contó que te estaba viniendo a ver e hizo el gilipollas a mis espaldas. Te agradezco mucho que no os pelearais.
—La única razón por la que no le partí cada hueso del cuerpo, es porque el gilipollas de su hermano no estaba con él —respondió—. Pegar solo a un gemelo es patético, demasiado fácil… al menos, si están los dos juntos contarían casi como un *alfa* de verdad.
Asentí y me llevé una mano al rostro para frotarme el puente de la nariz, obviando todo aquel pavoneo de machito *alfa* del valle. Había tenido la esperanza de que Buyú no hubiera visto a Lupo, pero era evidente que habría podido olerlo a kilómetros de distancia, al igual que me podía oler a mí.
—Estás enfadado —asumí. Aunque todavía no entendía muy bien cómo funcionaba aquello, era la respuesta más obvia. A mí no me hubiera hecho ni puta gracia encontrarme al *alfa*-buey oliendo a otro *omega*.
Buyú encogió sus grandes hombros y ladeó el rostro.
—No esperaba que yo fuera el único al que visitaras, pero sé que me prestas mucha atención y que mi barba es más larga que la suya; así que soy… tu principal *alfa*. ¿Verdad?
Volví a mirar sus ojos antes de responder:
—Eres el que tiene la barba más larga —lo cual era cierto.
Buyú asintió mientras, sutilmente, hinchaba su pecho con orgullo.
—Pues dile a los demás que tengan mucho cuidado conmigo, porque yo voy en serio.
—Se lo diré —murmuré, agradecido de que el *alfa* no hubiera hecho un mundo de aquello.
Como muchas otras cosas en La Reserva, ese juego de andar visitando a varios *alfas* y esperar que ellos se lo tomaran bien… se me escapaba un poco. Quizá se debiera a mi educación *beta*, pero siempre me había parecido extraño que ellos no sintieran celos o curiosidad.
A veces me sentía cruel y egoísta por estar haciendo eso, consciente de que, si me lo hicieran a mí, me enfadaría muchísimo. Por otro lado, si aquel no era mi momento de ser egoísta y promiscuo, no sabía cuándo sería.
—¿Otra cosa que quieras decirme? —le pregunté, porque llevaba mirándome de brazos cruzados y en silencio un buen rato.
—Mmh… —murmuró—. Ahora que sé que soy tu *alfa* principal, quiero más.
—Por supuesto… —puse los ojos en blanco y ladeé el rostro con una expresión un tanto aburrida —. Pensaba que estabas muy feliz con lo que te daba ya. ¿No es eso lo que dijiste?
—Estaba muy feliz —me aseguró—, pero ahora las cosas han cambiado y quiero mis privilegios de principal.
—Esto es injusto, Buyú. Podrías estar inventándote toda esta mierda «del principal» y yo ni me daría cuenta.
—Puedes preguntarle a quien quieras —me ofreció—, en El Pinar, aquí, a Topa Má… Todos te dirán que a tu *alfa* principal, que *sabe* que es el principal —recalcó esa parte, ya que era importante—, tienes que darle más cosas.

—Sí, vale, ¿y qué quieres? No, no me lo digas —le detuve antes de soltar un más que obvio—: quieres que te la chupe.
Buyú se revolvió un poco en el sitio, pero mantuvo la expresión seria y la cabeza alta.
—No, no me atrevería a pedirte eso todavía —murmuró—. Lo que quiero es que muestres más iniciativa, siempre… —ahí se detuvo, descruzó los brazos y miró a los pies de la cama mientras se llevaba las manos de vuelta a la cadera. Hubo una breve duda en sus ojos claros antes de decidirse a tirarse a la piscina y pedir lo que quería—: Siempre soy yo el que se exhibe para ti y hace todo lo que te gusta. Yo también quiero que tú te esfuerces en hacerme sentir deseado.
¿Mi respuesta? Un simple y ligeramente sorprendido:
—Oh.
El *alfa* asintió, quizá para animarse a sí mismo a continuar. Sabía que se estaba jugando mucho con aquello y podía salirle muy mal, pero ya tenía la confianza y la barba suficiente para ponerse bravo.
—Soy el principal y quiero que me hagas sentirme como tal.
Mantuvimos la mirada en silencio, pero, al contrario de lo que Buyú se debía creer que yo estaba decidiendo en ese momento —si concederle aquello o marcharme para siempre—; lo que realmente pasaba por mi cabeza era: «Mmh, ya, la verdad es que no me esfuerzo nada». Y es que era increíble lo fácil que podías caer en las malas costumbres *omegas*, como ir allí y dejarte limpiar, mimar, alimentar y follar sin tener que poner nada de tu parte para conseguirlo.
—Tienes razón —le dije al fin—. ¿Qué es lo que te gustaría que hiciera? ¿Qué te pone más cachondo?
A Buyú le tomó por sorpresa oírme decir eso, arqueó ambas cejas y tardó un par de segundos en responder:
—Pues… me excita bastante cuando me tocas y me besas.
—Eso ya lo hago —respondí, poniéndome en pie en la cama para caminar hasta el borde y rodearle el cuello con los brazos. Incluso así, el *alfa*-buey era tan alto que nuestros rostros quedaban a la misma altura—. Vamos, Buyú. Ambos sabemos que has pensado muchas veces en esto. ¿Qué te imaginas que te hago cuando te haces pajas?
—Oh, ehm… pues… —tartamudeó él, llegando incluso a sonrojarse un poco. Con un gesto nervioso, se llevó la mano al pelo rubio y rizoso y se lo frotó un poco entre los cuernos—. Sueles decir mucho mi nombre… —susurró, incapaz de enfrentarse a mi mirada—, y me dices que… soy muy grande y… que conmigo te mojas más que con nadie.
—Ya —sonreí, deslizando una mano por su pecho, sus marcados abdominales y, finalmente, el abundante vello de su pubis—. ¿Y qué más cosas hago? —pregunté cerca de sus labios.
El *alfa* soltó un bajo mugido cuando notó mi mano recorriendo el interior del pantalón. El Buyú fiero y con las cosas tan claras había desaparecido, ahora solo quedaba el Buyú sonrojado, de labios entreabiertos y mirada brillante.
—Vamos —insistí—. ¿Qué más te hago?
El *alfa* tragó saliva, moviendo su abultada nuez de arriba abajo antes de continuar jadeando y mugiendo. Con la mano sostenía el tronco de su carnoso miembro, el cual movía suavemente y retorcía ligeramente bajo el pantalón de cuero.
—Me… me lames bastante y me manchas… mucho con tu olor.
—Así que te gusta que te laman y te manchen, eh —sonreí con malicia y me mojé los labios con la lengua antes de descender en dirección a su ancho cuello.
Nada más rozarlo con la lengua, el enorme *alfa* se estremeció, soltó un sonoro bufido bovino y agito la cabeza de grandes cuernos. Después se limitó a mugir de forma grave y alta hasta que,

apenas veinte segundos después, se corrió dentro del pantalón. Que lo hubiera hecho tan rápido, no fue sorprendente, ya que la primera vez siempre aguantaba muy poco; lo que sí fue sorprendente fue la cantidad de semen con el que se manchó. Si no se había vaciado los huevos por completo, poco le debía quedar.
—Vaya… —murmuré, apartando la mano empapada y pegajosa.
Al *alfa* le llevó un par de segundos abrir los ojos y recuperar la respiración suficiente para responder:
—Eso es lo que pasa cuando pones a un bovino cachondo de verdad.
—Ya veo —asentí, dejando el brazo a un lado para no manchar nada—. Aunque, si lo que hacíamos antes no te gustaba, podías habérmelo dicho.
—No, no —negó, frunciendo el ceño e inclinándose para darme un ligero beso antes de hacerse a un lado, quitarse las botas y bajarse el pantalón. Lo que había allí era tres veces peor que el desastre de mi mano—. Me gustaba —continuó, llevándose con él la ropa a un lado—, es solo que… podría gustarme más —y se encogió de hombros.
—No sé, Buyú —murmuré, siguiéndole con la mirada mientras iba en dirección a la esquina de su casa en la que tenía una enorme bañera de latón, la bacinilla, el jabón y hasta un pequeño espejo de bronce. Esa sección que siempre había considerado «el baño» de su casa—. Me gustaría que tú disfrutaras tanto como yo, la verdad.
El *alfa* llenó un cubo de agua fresca del barril de la cocina y, sin calentarlo, se lo llevó con él al interior de la bañera. Sabes que tienes confianza con alguien cuando no te importa que te mire limpiándote la entrepierna y la polla mientras le hablas con total normalidad.
—No es eso, Lemér, de verdad que yo lo disfrutaba —me dijo sin levantar la mirada de su pubis manchado, el cual se regaba con agua y se frotaba con un poco de jabón—, pero también tengo… mis cosas. Como cuando a ti te pone mucho montarme y que saque brazo y agarrarme del pelo del pecho.
—Entiendo lo que quieres decir —le aseguré, saliendo de la cama para ir a limpiarme la mano a la cocina—. Lo que no entiendo es por qué no me lo has dicho antes.
Oí al *alfa* resoplar y, cuando giré el rostro, le vi de espaldas, negando con la cabeza y moviendo de lado a lado sus enormes cuernos.
—Porque yo no soy un *salvaje* y no puedo andar a pedir siempre —respondió—. Hay que saber pedir las cosas cuando tienes que pedirlas; más si se trata de *omegas* tan buenos como tú. Un paso en falso y te quedas solo —declaró junto con uno de esos gestos cortantes de la mano.
Arqueé ambas cejas y puse una mueca de labios apretados, una que, por suerte, él no pudo ver. Al terminar de limpiarme las manos, me las sequé con un trapo de lana colgado de la pared y me acerqué a él.
—Oye, Buyú, ¿puedo hacerte una pregunta?
—Sí, claro. Las que quieras, ya sabes —respondió sin dudarlo, aunque estuviera luchando por librarse de un par de grumos blancos que se le habían quedado enredados en el pelo del pubis.
—¿Qué es lo que más te gusta de mí?
El *alfa* se detuvo y levantó la mirada. Su perpetua expresión de labios entreabiertos siempre le había dado una imagen algo tonta y sorprendida, pero en esa ocasión hasta me creía que realmente estuviera sorprendido de verdad.
—¿De ti como persona? —preguntó, a lo que yo asentí—. Pues… la verdad es que me gusta mucho que seas alguien maduro y responsable. Sabes pedir perdón cuando te toca y sabes aceptar una disculpa cuando te la mereces. No eres de esos *omegas* dramáticos que se lo toman todo a pecho y se creen con derecho a tratarnos como una mierda.

—Oh, gracias —asentí de nuevo.
—¿Por qué lo preguntas?
—Tenía curiosidad —me encogí de hombros.
—Lemér —sonrió un poco antes de volver a agachar la cabeza y mirar su entrepierna al aire—, si algo sé de ti es que nunca haces preguntas sin un buen motivo. Venga, dime, ¿por qué querías saberlo?
—Te vas a reír.
—Seguramente.
Tomé una buena bocanada de aire y me empecé a desnudar de camino a la cama.
—Puede que, quizá, haya pensado que solo estabas conmigo porque soy un *omega* muy guapo y que huele muy bien.
—¿¡Qué!? —exclamó él. Supe que me estaba mirando de nuevo, pero continué de espaldas, quitándome las botas con toda la calma del mundo—. ¿Quién te dijo esa gilipollez? ¿Otra vez ese *omega* amigo tuyo que te da todos esos brillantes consejos? Un día tienes que decirme su nombre, porque quiero tener una conversación muy seria con él o ella.
—No, no fue mi amigo —le aseguré—. Es solo que nunca me habías dicho nada sobre mí que no fuera sexual.
—Tú tampoco me dices nunca nada a mí, ni siquiera sexual —me recordó.
Al fin me giré hacia él con una expresión seria de párpados caídos.
—Esta no es una competición para ver cuál de los dos es menos afectivo o se calla más cosas, Buyú.
—Claro que no, porque si lo fuera, ganarías tú —me aseguró con la cabeza bien alta—. Yo al menos te digo siempre lo guapo que eres y lo loco que me pones.
—Aha… porque, claro, si ahora te confesara todo lo que me gusta de ti, no lo utilizarías para pedirme más «privilegios» a cambio… ¿verdad?
—No puedes echarme eso en cara —me acusó, llevándose ambas manos a la ancha cadera.
Quizá fuera una conversación demasiado seria para haberle pillado desnudo, de pie la bañera y con el pubis, la polla y los muslos enjabonados.
—Solo digo que eso es lo que harías —aclaré.
—Claro que sí —reconoció—. Los *alfas* tenemos que hacernos valer o, sino, la mayoría de *omegas* solo se aprovecharían de nosotros y no nos tomarían en serio. Y no solo luchamos por vuestro respeto —añadió, señalándome con el dedo antes de apuntar hacia la lejanía—, sino también contra otros *alfas* de otras villas. ¿Crees que no sé lo que hacen los gemelos de la Garra y a qué juegan? Pues yo valgo mucho más que cualquiera de ellos, aunque vayan de dos en dos o de tres en tres —me aseguró—. Y aprovecharé cualquier ventaja a mi alcance para convertirme en el único *alfa* al que visites, día sí y día también. ¿A quedado claro?
Buyú no necesitó esperar a ver mi expresión seria y escucharme decir un calmado y frío: «relájate un poco…», para darse cuenta de que se había sobrepasado con su bravuconería.
—Es que a veces me sorprende que os moleste tanto que pidamos cosas —farfulló con el ceño fruncido y la mirada baja, aunque con un tono mucho más calmado—. Solo intentamos igualar la situación. A nosotros también nos gusta sentirnos especiales y deseados…
—¿No te sientes deseado, Buyú? —pregunté.
—Sí, pero… —le costó un momento decirlo, un instante de más dudas y decisiones al borde del precipicio—. Pero no lo suficiente —soltó al fin, todavía incapaz de mirarme a los ojos—. ¿Sabes? Yo a veces también me pregunto si no seré para ti más que un *alfa* bovino de polla enorme.

—Entiendo —murmuré—, pero, para ser justos, eso es lo que vendéis los bovinos. ¿No? Lo grandes y musculosos que sois y lo enorme que tenéis la polla. Siempre pensé que estabas muy orgulloso de eso.
—Y lo estoy —afirmó—, pero…
—Vamos, Buyú, el tiempo de dudar ya ha pasado. Ahora es momento de dejar las cosas claras.
El *alfa* cogió el cubo de agua y se lo echó directamente en la entrepierna para aclararse el jabón, después salió de la bañera y se acercó, dejando húmedas marcas de pasos sobre la madera. Ya frente a mí, se cruzó de brazos y se enfrentó a mi mirada. Buyú era muy imponente, pero nunca me había parecido en absoluto intimidante.
—Sé que antes estabas detrás de Bullo —me dijo—. A mí no me hacías tanto caso, incluso cuando ese día nos encontramos en la colina y te acompañé, preguntaste por él.
—¿Y qué quieres decirme con eso? —pregunté—. ¿Qué tú eras solo mi segunda opción?
—Algo así —afirmó—. ¿Acaso es mentira?
—Estás dándole demasiadas vueltas, Buyú —respondí mientras alargaba las manos y las apoyaba en sus amplios hombros—. Que conociera a Bullo antes que a ti fue solo coincidencia. Ahora estoy contigo y estoy muy a gusto, así que no te vuelvas destructivo y lo mandes todo a la mierda, porque me jodería mucho tener que dejarte.
Con mi cola rodeé su cuello y acaricié su mejilla y parte de su ancho mentón. Eso calmó al *alfa*, le hizo reflexionar un momento y mirara a un lado.
—Tienes razón… —murmuró antes de detenerse y mirarme por el borde de los ojos—. Esa visita del *alfa* de la Garra me ha vuelto un poco paranoico e inseguro.
Moví la mano de su hombro a su rostro y le acaricié la barba espesa y de intenso olor a menta y miel.
—No pasa nada, lo entiendo —respondí—. Yo también me hubiera puesto nervioso en tu situación.
Buyú asintió y, dando un ligero paso, se pegó a mí para abrazarme y apoyar la cabeza sobre la mía, dándome un par de besos en el pelo blanco.
—¿Te gustaría que te explicara las cosas que más me excitan? —me preguntó entonces.
—Estaría bien, la verdad —respondí con el rostro pegado a su pecho mientras me frotaba la nariz y los bigotes contra el vello rubio que allí había. También olía muchísimo a menta y miel y era maravilloso.
—Ven, vamos a la cama…
Las cosas que tantísimo le excitaban a Buyú eran de lo más normales; al menos, para mis propias experiencias y mi percepción del sexo. Él era un *alfa* muy grande, muy fuerte y con la polla muy gorda, y le gustaba que yo resaltara todo eso y le hiciera sentir imponente, único y totalmente irresistible.
Después de todo, ¿a quién no le gustaba sentirse así?
Lo de que yo «tomara más la iniciativa», no lo había entendido en su momento, porque si algo me sobraba a mí era «iniciativa» a la hora de empezar la mayoría de nuestras relaciones sexuales. Resultó que lo que realmente quería Buyú era que lo hiciera de una forma más obvia y abierta.
—Me estás poniendo muy cerdo ahora mismo con ese estúpido delantal… —susurré a sus espaldas antes de darle un cachete en su culo al descubierto.
—No quiero mancharme con la cena —respondió él antes de meterse un trozo de queso en la boca y seguir cortándolo.
Aparté la tabla de madera, el queso y todo lo que fue necesario para sentarme sobre la mesa frente a él y meter la mano por debajo del delantal.

—Pues que pena que te vaya a manchar yo con otra cosa, ¿no?
El *alfa* puso una sonrisa tonta y bufó al estilo bovino. Cuando alcancé su miembro y empecé a frotarlo, casi llegó a cerrar los ojos mientras mugía por lo bajo. Aunque no duró mucho, porque con mi otra mano le agarré de un cuerno y le acerqué a mí para besarle; entonces sí empezó a mugir de verdad.
—Qué grande la tienes, joder —jadeé en sus labios, apenas sin voz, momentos antes de descender por su cuello para lamerlo.
Para tener un miembro tan colosal, al *alfa* se le ponía dura muy rápido, creando toda una tienda de campaña con la tela baja del delantal en apenas medio minuto. Perdido ya en la excitación, Buyú me agarró de las piernas y me levantó en brazos, metiendo su carnosa lengua en mi boca y uno de sus grandes dedos en mi culo ya empapado.
—Fóllame, Buyú —le rogué, moviendo la cadera sobre su dedo y mirando sus ojos—. Necesito que me llenes como nadie.
El *alfa* me miró fijamente, resopló y me dejó de espaldas sobre la mesa para levantarse el mandil y acercar su polla a mi ano. Al meterme la cabeza, yo gemí y él mugió más alto.
—Joder, Buyú —eso le encantaba, que dijera mucho su nombre.
Entonces el *alfa* me agarró de la cadera sus grandes manos y dio un firme empujón para meterme casi la mitad de una sentada, produciendo un temblor en la mesa y arrancando un gemido de mis labios. Cuando se ponía cachondo de verdad, casi parecía enfadado; me miraba fijamente con expresión seria, apretaba los dientes y no paraba de mugir y resoplar por unas fosas nasales dilatadas; como un toro a punto de envestirte. Con otro firme movimiento, me la metió entera y empezó a follarme, un movimiento rítmico y constante que hacía temblar todo lo que había sobre la mesa y a mí.
—Oh, sí, sí, joder, mi puta vida, Buyú —decía yo, jadeando, mordiéndome los labios, apretando los puños y dando golpes en la madera mientras arqueaba la espalda y volvía a gemir—. ¡Llename, llename! —le rogué casi al final, cuando estaba a punto de alcanzar el orgasmo.
Sentir la explosión de placer y después esa densa y abundante sensación de calidez en mi interior, era todo un éxito. Como el *alfa* había dicho, cuando realmente se ponía a tono, era capaz de correrse de una forma que, para los estándares *beta*, sería absurda.
Con la frente empapada de sudor y los labios entreabiertos y jadeantes, Buyú se inclinó sobre mí y apoyó los brazos en la mesa para poder besarme.
—Me has puesto muy cachondo —me dijo en voz baja.
—Lo sé, lo he notado —respondí con una sonrisa.
El *alfa* se rio y, con un último beso, se quitó de encima para ponerse de rodillas y, tal cual estaba yo tirado en la mesa, empezar a limpiarme a lametones.
—Con lo mucho que te corres, ¿no te resulta raro lamerlo? —pregunté distraídamente mientras miraba el techo de paja de la casa y colocaba las manos tras la cabeza.
—¿Por qué me iba a resultar raro? —dijo, interrumpiendo sus lametones por un momento. Entonces me dio otro justo en el ano que me produjo un escalofrío de placer por todo el cuerpo —. Es mío y significa que me lo he pasado muy bien contigo. —Otro largo lametón en la nalga después—: Además, qué quieres, ¿qué te deje sucio? Eso no va a pasar jamás, te lo aseguro.
—No, solo era curiosidad —murmuré—. A muchos *betas* les daría asco hacer algo así.
—¿Te parezco un *beta*, Lemér? —preguntó tras una lamida en la base de mis huevos.
Con una sonrisa, bajé la mirada y vi sus enormes cuernos y el principio de su pelo rubio y rizo sobresaliendo por entre mis piernas.
—No, en absoluto —murmuré.

—Pues eso… —volvió a pasarme la lengua justo en el centro del ano y a relamerse como si fuera lo más delicioso que pudiera probar jamás.
Durante esos dos días y medio que me quedé con él, hicimos un par de visitas al río, comimos una o dos veces en el Hogar con el resto de sus amigos, salimos a dar largos paseos de la mano, charlamos durante horas y horas y, por supuesto, nos hinchamos a follar. Fue muy rápido y sencillo descubrir qué botones había que tocar o dónde había que lamer o lo que había que decir para que el *alfa*-buey se derritiera entre mis brazos como la cera de una vela.
No podía decir que no estuviera forzando un poco todos esos gemidos, esos ruegos y halagos lujuriosos; pero no me importaba darle un poco de… «show porno», si al bueno de Buyú le gustaba tantísimo. Tampoco era como si lo estuviera fingiendo, porque en realidad el *alfa* me ponía muy cachondo y su polla era una maravilla; digamos que, simplemente, yo era de esas personas que no solían exteriorizar tanto el placer.
Como era de esperar, después de todo aquel tiempo juntos, a Buyú le creció un poco la barba; pero ya había llegado a ese momento en el que tenía una mata tupida y voluminosa de centímetro y medio, así que desde entonces el ritmo de crecimiento se reduciría bastante. Ese era también el momento en el que todo él apestaba a menta y miel, de arriba abajo, y ya no había ninguna duda de que estaba interesado en mantenerle a mi lado.
Esa última noche, después de limpiarme, se tumbó a mi lado, me rodeó con un brazo para que apoyara la cabeza en su pecho y me dijo:
—Me gustaría mucho que me dieras una pulsera.
—¿Una pulsera? —murmuré en voz baja y casi indescifrable debido a mi manía de frotarme los bigotes contra el vello de sus pectorales. A veces me preguntaba si me apoyaba justo allí para que lo hiciera, pero no estaba seguro—. ¿Una de flores o ramitas o algo así?
—No, una pulsera *omega*.
—No sé qué es eso.
Buyú no dijo nada por un par de segundos hasta que, finalmente, hice un esfuerzo para levantar la cabeza y mirarle a los ojos.
—¿Qué? —pregunté.
Él se encogió de hombros.
—Pregunta en El Pinar, ellos saben lo que es —respondió antes de inclinarse y darme un beso.
—Vale, se lo preguntaré mañana a Topa Má, de todas formas, tengo que ir a tomar la poción.
—No es una obligación que me la des —aclaró él—. No es algo que te pida que hagas, solo algo que me gustaría mucho que hicieras.
—Aha… —entrecerré los ojos y alcé la cabeza—. Así que es algo serio, ¿eh?
Buyú empezó a sonrojarse un poco y prefirió mirar al techo.
—Tú pregunta y ya está —me pidió—. No volveré a sacar el tema, te lo prometo.
Dejé pasar el tema, pero conociendo al *alfa*, tuve bastante claro que «la pulsera *omega*» iba a significar algo importante. Lo que no me esperaba era que preguntar por aquello fuera a desatar toda una disputa en El Pinar; ya que, la famosa «pulsera *omega*», resultó ser un invento de los *alfas*.
Y no de cualquier *alfa*, sino del escritor de toda una saga de novelas eróticas titulada: Mi Alfa León.
Juro que la cultura animana estaba empezando a fascinarme de una forma que jamás creí posible.

PULSERA OMEGA

Benny había vuelto de Vega de Miel con ligeras ojeras bajo los ojos, postura cansada y una mueca asqueada en el rostro, el tipo de expresión que no te esperas ver en alguien que se hubiera pasado la última semana de celebración.
—¿Ha ocurrido algo? —le pregunté en el desayuno—, ¿o solo tienes resaca?
—Vega de Miel ya no es lo que era, Mentita —se limitó a responder.
—No le hagas ni caso —dijo Arda a mi lado, la cual, al contrario que el *omega*-conejo, sí parecía habérselo pasado muy bien en Prado Dorado—. Está enfadado porque el *alfa* que le gustaba prefería a los *omegas* felinos y le rechazó una docena de veces.
—A mí no me rechaza nadie —declaró Benny con tono cortante mientras daba un puñetazo a la mesa—. Ese *alfa* de mierda era un puto especista.
—¿A qué le llamáis aquí a «especista»? —le pregunté a Koal, a mi otro lado.
—A que no le gusta una especie animana o que la rechaza —me explicó, aunque tuviera ya la mitad de una manzana en la boca.
—No era especista —respondió Arda con un suspiro y los ojos en blanco—. Simplemente tenía un gusto específico y limitado, ya está.
—¿Estáis hablando de Taiguer? —preguntó una voz a mis espaldas. No tuve que siquiera girarme para reconocer esa voz y percibir el aroma afrutado y dulce.
—¿Y a ti qué cojones te importa? —le soltó Benny, quien desde hacía poco tenía muy enfilado a Líbere; y con razón, la verdad—. Vete a poner el culo por ahí como hacías con todos los *alfas* de la Vega.
Líbere se limitó a reírse como si solo hubiera sido una broma y, con toda tranquilidad, se hizo un hueco al lado de Goto en la mesa.
—No puedes gustarle a todos los *alfas*, Benny —le dijo antes de encogerse de hombros y poner una sonrisa triste en su hermoso y pálido rostro—. Taiguer era muy atractivo y fuerte, podía permitirse elegir lo que quisiera.
—Que os quede bien claro a todos —dijo el *omega*-conejo, echando una fría mirada de lado a lado de la mesa—. A mí no me rechazó nadie, solo digo que es una vergüenza que los *alfas* de Prado Dorado se hayan convertido en unos asquerosos especistas de mierda.
—Por el Todo… —resopló Arda, como si ya estuviera demasiado cansada del tema.
—Si tanto te gustan los *alfas*-tigre, pídele consejo a Lemér —dijo entonces una voz en la esquina, una que olía a melocotones, tenía orejas de gato, largos bigotes y muy, muy poca inteligencia.
La mesa se quedó en repentino silencio y, con mucha tranquilizad, me volví en dirección a Goto.
—¿Por qué dices eso? —le pregunté.
—No sé —respondió él, demasiado centrado en apartar las espinas de su pescado recién sacado de las brasas como para mirarme a los ojos—. Tú hablas mucho con Tigro el *salvaje*, y él es el único gran felino de Mil Lagos —se encogió de hombros.
—Hay muchos felinos en Mil Lagos —le escupió Benny, ya al borde de la mesa y dispuesto a

atacar directo a la yugular—. ¿Por qué has pensado tan rápido en Tigro, Goto? Quizá el que quiera consejos seas tú…
Detuve a Benny con un gesto de la mano antes de que, literalmente, le saltara a la yugular.
—Oh, sí que hablo con él —afirmé antes de sonreír más—, después de todo, le llevo las cartas que le mandan, como a Jabail —miré un momento a Líbere—. Y cuando responden a esas cartas, las traigo de vuelta al Pinar. Aunque… —fruncí el ceño y fingí pensarlo un momento—, ahora que lo pienso, muchas de esas cartas no salen de aquí…
Fue Líbere el que rompió la tensión con una de sus altas carcajadas y agitó su mano en el aire para restarle importancia.
—No hablemos de eso, justo después de volver de Vega de Miel —dijo—. Ya tendremos tiempo de sobra para volver a discutir sobre nuestros *alfas.*
—Cierto —afirmé, prefiriendo dejar pasar el tema y no crear una discusión innecesaria. La advertencia ya estaba dada—, además, tengo una pregunta que haceros. ¿Qué es una pulsera *omega*?
—¿Qué? —soltó Benny antes de volver a golpear la mesa con el puño—. ¡No serás capaz!
—Qué romántico —dijo Arda sin embargo, llevándose una de sus manos al pecho.
—No es romántico, es humillante y patético —la corrigió el *omega*-conejo.
—Yo creo que es un poco cliché, pero que es muy bonito —dijo Koal.
—¿Les vas a regalar una pulsera a Lupo y Polu? —me preguntó Líbere, aparentemente, muy emocionado con la idea. Incluso se llevó las manos al rostro y abrió los ojos de par en par—. ¡Les va a encantar!
—¡No, no vas a hacer eso! —sentenció Benny, amenazándome con el cuchillo de la fruta—. Es como decirles que te den por el culo y te escupan en la boca.
—Mmh, eso es justo lo que tengo pensado pedirles en cuanto me tome la poción —le aseguré.
La broma causó una breve carcajada en todos menos en, evidentemente, Benny.
—No vas a regalarles una pulsera —repitió, ahora en un tono normal y una mirada firme de sus ojos azules—. Es demasiado pronto.
—De eso nada —negó Líbere—. Ya tienen ambos una buena barba y en Refugio de la Garra se les considera pareja seria. Lo sabes de sobra.
Di un par de palmadas para llamar su atención y después arqueé las cejas.
—¿Alguien me puede decir qué significa, por favor? —pregunté.
—Significa que quieres emparejarte con ellos, Mentita, y que ya no van a tener que esforzarse una mierda para hacerte feliz —declaró Benny.
—Ogh, por el Todo, Benny —farfulló Arda, dedicándole una expresión de ceño fruncido y labios asqueados.
—¿Es como una cuenta para la barba, entonces?
—No, no —negó Arda, agitando su enorme cola de ardilla a sus espaldas—. No es nada tan serio. Es solo un… gesto romántico que haces con el *alfa* que más te gusta. Algunos lo consideran «la cuenta de la barba antes de la cuenta de la barba», pero no tiene por qué ser definitivo. Solo le estás diciendo que, por el momento, son muy especiales para ti.
—No lo entiendo, hay muchos *alfas* con pulseras, ¿qué hace a esta tan especial? —pregunté.
—Esta la haces con tu pelo —respondió Koal a mi lado, el único que no había dejado de comer durante toda la conversación.
—Con tu pelo de la cola —aclaró Arda—, porque es el que más huele a ti y el más preciado.
—No voy a cortarme el pelo de la cola por nadie —le aseguré, lo que causó una carcajada en la joven.

—No, claro que no —respondió—, utilizas el que se te cae cuando te cepillas y te peinas.
—Ah… —eso tenía muchísimo más sentido.
—Recoges el pelo, lo trenzas y haces una pulsera para regalarle —dijo Líbere—, pero necesitarás dos para Lupo y Polu, no puedes darles solo una. ¡Suerte que tengas una cola tan larga!
No quise decir nada, ni bueno ni malo, sobre sus hermanitos Secretos y Traición, pero aún seguía algo molesto por su actitud. Se estaban comportando de una forma que no me gustaba nada: mintiéndome a la cara y haciendo cosas a mis espaldas.
—Pero tampoco hay prisa —añadió Líbere, quien no paraba de mirarme fijamente con sus ojos de hielo ni sonreír con su dentadura perfecta de incisivos más largos—. Si no te has tomado la poción, sería un poco precipitado dársela ahora mismo.
Arqueé una ceja y ladeé el rostro. ¿Qué era eso?, ¿Líbere dándome un buen consejo? ¿Por qué?
—¡Sería un error dársela de todas formas! —insistió Benny, golpeando de nuevo la mesa con el puño.
—Vale, Benny, relájate —le dije al fin—. Ese viaje a la Vega no te ha sentado nada bien. ¿Por qué no vienes conmigo a Presa de Arce y le haces una visita a Cervo?
El *omega* me devolvió una mirada muy seria, pero, por raro que pudiera parecer, decidió darse la vuelta, levantarse del asiento y cruzarse de brazos mientras agitaba su pequeña cola de conejo.
—¿Puedo ir con vosotros? —nos preguntó Koal—. Hay un úrsido al que le tengo puesto el ojo y…
—No —sentenció Benny—. ¿Nos vamos o qué, Mentita? —preguntó después de mala gana, haciendo un gesto con su cabeza de largas orejas negras.
Asentí, me puse de pie y me llevé conmigo un puñado de arándanos que comer por el camino. Ninguno de los dos dijo nada mientras iba a por mi mochila al Hogar y caminábamos por las vías del Pinar, entre los enormes troncos, grandes raíces y hermosas casas de techumbre de musgo. Fue cuando alcanzamos el bosque y la vera del río que le pregunté un distraído:
—Entonces, ¿qué pasó con ese Taiguer?
—Pasó que era un gilipollas de mierda —respondió de mala gana.
—¿Un gilipollas de mierda muy guapo?
Un par de segundos después:
—Sí —murmuró.
—Ya, los felinos son una maravilla —afirmé, lanzando uno de los arándonos al aire para cazarlo con la boca y sonreír—. ¿Sabes que cuando les sacas barba pueden leerte la mente?
Benny dejó de mirar al suelo con cara de asco y me miró a mí con, por supuesto, cara de asco.
—¿Y tú cómo sabes eso, Mentita? —preguntó—. Creía que estabas con Ierv. No puedes sacarle barba a dos *alfas* de la misma villa, te lo he dicho mil veces.
—La cagué con Ierv —le confesé.
—Por el Todo, ¿qué has hecho ya? —resopló, dejando de cruzarse de brazos para alzar las manos en alto.
—No quieres saberlo —le aseguré, aunque no pude evitar una sonrisa mientras masticaba el segundo arándano que había lanzado al aire—. Lo que sí puede que quieras saber es algo que he visto en Vallealto esta semana…
Benny arqueó una de sus cejas negras, pero era un *omega* demasiado orgulloso como para preguntar o fingir interés por algo.
—Verás, me he pasado un par de días con Buyú —comencé—, fuimos un par de veces al Hogar a comer y jugar a juegos de mesa con sus amigos, y, ¿a qué no sabes quién estaba allí?

—Odio las putas adivinanzas, Mentita —dijo él, ya al límite de su paciencia.
Lancé otro arándano al aire y lo atrapé con la boca.
—Tori.
Benny puso los ojos en blanco y miró a un lado del río.
—Ya, vive allí, menuda sorpresa —murmuró.
—Sí, pero estaba diferente y Buyú me contó algo muy, muy interesante.
El *omega* levantó la cabeza y me lanzó una rápida mirada.
—¿Qué cojones te contó?
—Al parecer, esa *omega* del Abrevadero que tanto tiempo lleva visitándole, la que huele a cereza…
—Sé quién es esa cerda —me interrumpió—. ¿Qué le pasa?
—Pues, no lo entendí muy bien, pero creo que Tori le pidió «privilegios de principal», y ella no quiere dárselos.
Benny se quedó un par de segundos en silencio y después estalló en una ruidosa y malvada carcajada que ahuyentó a un grupo de pájaros anidados en las altas ramas. Todo aquello era verdad, por cierto, no algo que me hubiera sacado de la manga para poder preguntar por «el principal»; solo una curiosa y oportuna casualidad.
—Será estúpida la muy guarra… —dijo antes de soltar otra breve carcajada.
—¿Qué significa eso? ¿«Privilegios de principal»? —pregunté de forma casual.
—Pues es una gilipollez de los *alfas* —respondió él—. Una de esas cosas que se inventan para que les visites más, les prestes más atención y les haga sentir más especiales.
—Entonces, ¿no es real? ¿Es solo una especie de fetiche y una excusa?
—Mmh… —el *omega*-conejo se lo pensó un momento—. No, no exactamente. Verás, Mentita, si le sacas una buena barba a un *alfa*, una de verdad, como la que… esa guarra le ha sacado a Tori —dijo eso último con una marcada amargura y un tono de desprecio—. Centímetro y medio, dos centímetros… que ya se la pueda peinar, ¿entiendes? —asentí—. Bien, pues, si le sacas ese tipo de barba y el *alfa* es bueno, de una especie muy deseada como son los bovinos de Vallealto, «pueden», ¿y notas la forma con que digo esa palabra? ««Pueden»» —entrecomilló junto con un gesto de dedos—, sacar a relucir esa mierda de «el principal». Es una forma de marcar territorio y creerse mucho mejor que el resto de *alfas* que visitas. Como si dijera: yo soy el que te hace feliz y al que quieres, el resto solo son un pasatiempo.
—¿Y es bueno o malo concederles ese privilegio?
—Pfff —resopló él—. Siempre es malo darles algo a los *alfas*, porque enseguida quieren más y más.
No pude evitar recordar lo que había dicho Buyú sobre aquel mismo tema; era como escuchar dos versiones diferentes del mismo cuento. Y, posiblemente, ninguna fuera la verdadera.
—Aunque, como muchas otras cosas, si de verdad te gusta, tienes que ceder —continuó él—, pero dejándole claro que eso del «principal» también viene con un precio. Si quiere ser tu *alfa*, más le vale que te dé todo lo que quieras a cambio: sexo, comida, mimos y atención.
—Entiendo —murmuré.
Benny asintió y, mucho más calmado que antes, miró al frente.
—¿Y crees que esa *omega* del Abrevadero no se lo va a dar? —preguntó.
—Por lo que me contó Buyú, llevan teniendo algunos problemas durante un tiempo —le dije—. Ella le sigue visitando solo tres días a la semana y Tori se está cansando de tener que pelársela él solo el resto de la semana. Cada vez que le propone algo, ella esquiva el tema y se hace la tonta. Además… —añadí en un tono más bajo antes de inclinarme hacia el omega y susurrarle—: no le

hace «eso que le gusta».
—Parece que a Buyú le gusta mucho hablar… —respondió con un tono de escondido peligro, casi como una sutil advertencia.
—Sí, lo sé —asentí—. La verdad es que es bastante chismoso, pero creo que solo quiere charlar y demostrarme que confía en mí al decirme estas cosas.
—Aún así, ten cuidado con lo que tú le cuentas, quizá también lo comparta con otro *alfa* de Vallealto, como estás haciendo tú conmigo, Mentita.
—Oh, espera —arqueé las cejas—, ¿me vas a traicionar ahora, Benny?
—No, solo digo que tengas cuidado —insistió—. Los *alfas* parecen muy buenos y sinceros hasta que descubres que tienes un par de puñales clavados en la espalda.
—No soy gilipollas —le aseguré—, pero, si te preocupa, no volveré a contarte nada de lo que me diga…
Benny resopló y puso sus ojos azules en blanco.
—Claro que me vas a contar toda la mierda que oigas —declaró, añadiendo al final—: como me vas a contar si, por casualidad, ves a Tori perdiendo la barba.
—Solo si me dices qué es lo que «tanto le gusta» que le hagan —sonreí mientras masticaba un arándano—. Eso no me lo quiso contar y tengo una horrible curiosidad.
Benny no dijo nada, se pasó la lengua por los dientes y miró a un lado del bosque.
—Es privado —concluyó—. Yo no te pregunto qué le gusta que le hagan a Buyú o a los gemelos, a los que, por cierto, no vas a regalarles una puta pulsera —recordó de pronto.
No quise ni responder a eso, pero fue un tema que el omega-conejo no quiso dejar de lado, aunque tuviera que sacarlo a relucir en momentos puntuales de las conversaciones que nos acompañaron hasta Presa de Arce. Allí, ascendimos juntos por las escaleras y puentes en dirección al Hogar, donde al fin nos separamos cuando Cervo vino en busca de Benny.
—Buenos días, Lemér —me saludó, tan educado como siempre aunque con un ligero toque frío en los ojos.
Quizá fueran solo imaginaciones mías, pero tras descubrir la cantidad de problemas y quejas que compartían los *alfas* entre ellos, no me sorprendería que Ierv hubiera compartido nuestro… desagradable incidente con sus amigos.
No era agradable para mí que los demás lo supieran, por supuesto, pero tampoco podía juzgar al cérvido por ello. Yo hubiera hecho lo mismo con Benny.
—¿Está Ierv en el molino? —le pregunté—. Querría hablar un momento con él después de terminar de entregar las cartas.
—Sí, está trabajando —afirmó el *alfa* de espesa barba y visibles marcas de celo en el rostro—. Si no le ves abajo, puedes subir a las aspas.
—Gracias —asentí antes de despedirme de ambos con un gesto de la mano y una breve sonrisa.
Tras una semana y poco, había llegado el momento de enfrentarse al problema, porque no quería despedirme del alfa con ese mal sabor de boca. Él se había portado muy bien conmigo y, al menos, se merecía una disculpa.
Por ello, nada más terminar la larga hora y pico de entrega de cartas y cháchara vana y vacía, ascendí en dirección al Molino Norte, alimentado por una de las cataratas que brotaban de la enorme presa de madera que daba nombre al lugar. Entre el rugido del agua y el sonido de los trabajadores, me adentré en el interior y pregunté por Ierv.
Le encontré, como había dicho Cervo, en el piso superior, allí donde las grandes aspas giraban y activaban el mecanismo de madera con el que prensaban el papel o batían la pasta de madera. El alfa me olió al instante y levantó la cabeza. Por su expresión, parecía que no esperaba volver a

verme nunca.
Sonreí un poco y me quedé a un lado, con el hombro apoyado en una de las columnas de madera y los brazos cruzados. El cérvido pidió un momento a sus compañeros de trabajo, fue a por un trapo con el que limpiarse las manos y se acerco a mí con la mirada baja. Todavía olía ligeramente a menta y miel, pero su barba ya se había empezado a volver fina y quebradiza; los primeros pasos antes de que la mudara y se quedara sin ella.
—Hola, Ierv —le saludé.
—Hola, Lemér —respondió, llevando ambas manos y el trapo a la espalda—. No esperaba verte.
—Ya me imagino —sonreí un poco más, pero me detuve al darme cuenta de que el cérvido no compartía mis ganas de tomarse aquello de forma más relajada—. Verás, Ierv, quería pedirte perdón por lo que pasó. No fui consciente y no era en absoluto mi intención hacerte daño o humillarte, sé que esta no es una excusa válida —añadí con una mano en alto—, pero no soy de La Reserva y todavía tengo muchas cosas que aprender.
El *alfa* me escuchó en silencio y, al terminar, asintió con la cabeza, moviendo de arriba abajo sus grandes cuernos astados.
—Me sorprendió bastante —reconoció—, y no fue nada agradable.
—Lo siento —repetí.
—Gracias. La verdad es que me estabas empezando a gustar bastante, Lemér, eres un *omega* muy interesante, pero… me temo que ahora creo que me merezco algo mejor.
Tomé una bocanada de aire y asentí.
—Lo entiendo perfectamente.
Ierv me miró a los ojos, asintió de nuevo y me ofreció un educado apretón de manos.
—Me ha gustado mucho conocerte —me dijo.
—Igualmente —sonreí, aceptando el apretón—. Te deseo lo mejor con la novela, es muy buena.
Ierv al fin sonrió un poco.
—Muchas gracias, me alegra que te haya gustado.
Y así, terminó nuestro pequeño *affaire*, de forma simple, educada y sin malos recuerdos. Gracias a Ierv había aprendido dos cosas, que jamás había que visitar a dos *alfas* el mismo día; y que los cérvidos no eran lo mío.



Una de esas repentinas y furiosas lluvias de primavera me sorprendió en mitad de mi viaje. Había tenido la esperanza de que ese cielo cada vez más gris y nublado aguantara lo suficiente como para no tener que mojarme, pero, evidentemente, me equivoqué.
Incluso saltando entre las ramas y refugiándose bajo las altas copas, fue imposible evitar terminar empapado, sintiendo escalofríos cada vez que un viento húmedo y fresco azotaba el bosque. Mi plan original de esperar en algún punto resguardado a que Tigro apareciera, tuvo que cambiar.
—¡Tigro! —le grité al borde de su territorio personal. Sabía que estaba en la cabaña porque veía algunas hogueras encendidas, la pregunta era si estaba solo o no.
—No hace falta que grites, Lemér —respondió una voz a mi lado—. Aquí, quiero decir. En este momento —se corrigió—, cuando te tengo a cuatro patas sabes que me encanta que grites mi

nombre muy alto y muy fuerte.
Incluso antes de girar el rostro para mirarle, sabía la sonrisa afilada que me iba a encontrar en sus labios perfectos. No estaba muy lejos de mí, al final de la rama en la que me había detenido, con una capa de lana negra por encima de la ropa y la capucha calada, de tal forma que sus ojos de jade y oro casi parecían brillar en la penumbra que ocultaba la mitad de su cara.
—Que lo grites, que lo jadees, que lo digas casi sin aire como cuando haces: «ohhh, Tigrooo…» y casi lo suspiras… —continuó él, haciendo, como siempre, el gilipollas. Tratando de llevar a cabo una mala imitación de mí al borde del orgasmo, de ojos entrecerrados y labios entreabiertos —. «Oh, sí, Tigrooo, no pares… no pares…»
—Ten cuidado, si sigues así te vas a correr tú solo —le advertí.
—Hace mucho tiempo que no me corro yo solo, Lemér —me aseguró, dejando el show a un lado para volver a mirarme fijamente.
—Eso es mentira, conmigo te corriste solo un buen par de veces —le recordé, ladeando el rostro y sonriendo con malicia—. Como cada vez que me limpiabas.
—Ogh, pfffff —resopló el *alfa* mientras ponía los ojos en blanco, negaba con la cabeza y miraba a un lado—. Eso no es «correrse solo». «Solo», significa: «sin nadie más». Cuando me corría, tú estabas allí, bien abierto de piernas y hundiéndome la cara en ese delicioso culo que tienes —se tomó la molestia de explicarme—. No es lo mismo.
—Aha… —murmuré, muy poco impresionado con aquello—. ¿Voy a tener que seguir aquí bajo la lluvia o me vas a invitar a tu casa? Tengo algo que contarte.
El *salvaje* arqueó una ceja y ladeó el rostro.
—Podría invitarte a mi casa, pero sabes muy bien que, pasada esa frontera, vas a tener que darme algo a cambio.
—Lo sé —afirmé.
—Algo sexual, Lemér… —añadió en voz más baja y densa.
Me giré en dirección hacia él y me acerqué un paso. Mirando sus ojos bajo la capucha, respondí con voz baja y melosa:
—Ya lo sé, Tigro. ¿No éramos esa clase de amigos?
El *salvaje* tardó un segundo o dos en alargar su sonrisa y gruñir muy por lo bajo. La electricidad estática empezó a fluir de su cuerpo al mío, despertando mis sentidos y produciendo una leve humedad entre mis nalgas, pero por el momento, nada exagerado.
—Sí, sí que lo somos… —murmuró, moviendo una mano hacia la cintura de mi pantalón para hundir una de sus garras y acercarme los escasos centímetros que nos separaban.
Entonces me besó con lengua y recordé lo mucho que había echado aquello de menos. Siempre había algo salvaje en los besos de Tigro, algo animal y terriblemente excitante. Su lengua parecía conocerme demasiado bien, moviéndose justo como me gustaba y produciendo un bajo gruñido de placer que no pude controlar.
Cuando nos separamos, me miró a los ojos y se relamió los labios.
—¿Has estado con alguno de esos patéticos *alfas* hoy? —preguntó en voz baja y densa.
—No, hoy no.
—Bien… —jadeó justo instantes antes de agarrarme en brazos, darme la vuelta, ponerme contra el tronco del árbol y agacharse.
Creía que íbamos a esperar a estar a cubierto en la cabaña, o quizá a un momento más relajado tras la conversación; no que el *alfa* se fuera a precipitar y querer hacerlo allí, en lo alto de los árboles y bajo la lluvia. Aunque, la verdad, no se me pasó por la cabeza detenerle en ningún momento. Ni siquiera cuando Tigro cerró los puños sobre mis pantalones y tiró hacia abajo con

un movimiento violento y seco, haciendo saltar el botón de la cremallera.
—Oh, sí… —le oí gruñir a mis espaldas, abriendo mis nalgas todo lo que pudo.
Fue lo último que dijo antes de hundir la cara entre ellas y empezar a lamerme como si no hubiera probado bocado en meses; desde entonces, solo se le escuchaba gruñir, ronronear como un enorme gatito y resoplar cuando se quedaba sin aire y tenía que apartar el rostro empapado para recuperar la respiración.
Me limpió durante un buen minuto y medio, pero terminó por levantarse, quitarme la mochila de los hombros y tirarla por la alturas como si no valiera nada. Se me pasó por la cabeza quejarme, llamarle la atención o preguntarle qué cojones se creía que estaba haciendo; pero no tuve tiempo.
—Vamos, Lemér —jadeó, dándome un fuerte cachete en la nalga antes de rodearme el cuerpo con un brazo. Tenía la boca manchada de baba y el pelo empapado de la lluvia, ambos goteando por su rostro, mezclándose y llenándolo todo de un delicioso aroma a menta y miel—. Sé que puedes darme mucho más que esto —susurró en mi oído mientras, con las yemas de sus dedos, me masajeaba el ano—. Suéltalo todo. Sabes que yo puedo contigo… sabes que soy el único que puede.
Apreté la rugosa corteza del árbol y sentí un escalofrío desde la base de la cola hasta la cabeza, entonces se me escapó un gemido de los labios y un chorro de líquido entre las nalgas, algo que el *salvaje* celebro con una breve carcajada antes de llevarse la mano manchada a la boca y lamerla.
—Mmh… de esto hablaba —gruñó con placer mientras se chupaba los dedos hasta que quedaran limpios—. Qué triste que ahora tengas que controlarte, ¿verdad, Lemér? Muy, muy triste…
Resoplé, me giré y le di una leve bofetada que le dejó en blanco, haciendo saltar un par de gotas de la lluvia y la baba que le empapaba el rostro.
—No he venido a que me des tu puta opinión sobra a quién me follo —le dije.
Tigro volvió a mirarme y apretó los dientes de largos colmillos, gruñó y los bigotes blancos se le erizaron, pero yo ya estaba de rodillas, tirándole del cinturón para desatarlo y hundiendo mi rostro en el vello blanco y rizoso de su entrepierna. El *alfa* dejó de gruñir entonces para ponerse a jadear y agarrarme del pelo con fuerza. Apartó la capa de lana y miró muy fijamente como alcanzaba su polla, la sacaba y le daba una rápida lamida desde la punta a la base mientras me derretía en un gemido de profundo y sórdido placer.
No podría ni describir las ganas que tenía de volver a chupársela, ni lo mucho que me mojé al hacerlo. Hundiendo la gruesa punta en la boca y jugando con la lengua, gimiendo y apretando la tela de su pantalón con los puños cerrados. Tigro sabía cómo me gustaba. Tigro siempre lo sabía. Por eso me dejó empezar a mí y después uso su mano en mi pelo para hundírmela hasta ahogarme. En el momento en el que sufrí una arcada, me apartó. Fue entonces cuando tiró de mi cabeza hacia atrás para que mirara sus ojos de jade y oro en las alturas.
La lluvia no dejaba de caer sobre nosotros, agitada por el mismo viento que movía las hojas de los árboles y producía un constante sonido gris, como la estática de una televisión. Su cabeza, ya sin capucha, se había convertido en una masa de media melena mojada, de colores negros, naranjas y blancos, pegada en mechones a su frente y rostro masculino. Sus ojos brillaban de una forma felina, como si tuvieran luz propia, y de sus labios entreabiertos se escapaba una respiración lenta y pesada.
Sin dejar de apretarme el pelo mojado para que le mirara a los ojos, uso su otra mano para agarrarse la polla y llevarla a mis labios. Saqué la punta de la lengua y dejé que el alfa fuera el que decidiera qué parte quería frotarse contra ella, hasta que, finalmente, la bajó un poco e hizo presión con la cadera para metérmela.

En ese momento, se llevó su mano libre a la espalda, se abrió un poco más de piernas y empezó a mover la cadera suavemente, hundiéndome y sacándome la punta de la boca. No dejaba de mirarme, no dejaba de mojarse bajo la lluvia, de gotear por el pelo y el mentón, no dejaba de jadear y no dejaba de producir una electricidad estática que estaba a punto de prendernos a ambos en llamas; haciendo cosquillas en toda mi piel y llenándome de humedad el pantalón.
A cada movimiento de cadera, me la metía un poco más en la boca, a un ritmo constante y enloquecedor. No le importaba lo mucho que gimiera o la urgencia que yo tuviera por volver a ahogarme con ella. Tigro siempre sabía lo que quería, cuando lo quería y cómo lo quería.
Tardó demasiado en llegar a hundirme de nuevo la nariz en el pubis, momento en el que gruñó con fuerza y alzó la cabeza al cielo. Sufrí una ligera arcada y quise apartarme, pero él no me dejó. Con su puño aferrado en mi pelo blanco, me obligó a quedarse así los pocos segundos que tardó en correrse. Aquello me sorprendió porque Tigro no solía correrse con una simple mamada, a no ser que fuera una de esas largas, dedicadas y con mucha saliva que te dejaban la boca dolorida y la muñeca cansada.
Cuando al fin me dejó liberarme, eché la cabeza a un lado y me puse un puño en los labios, frenando a tiempo un eructo, o lo que yo creía que era un eructo. Después tomé una buena bocanada de aire y alcé de nuevo la mirada empapada de agua y lágrimas. El *alfa* seguía mirando al cielo, respirando hasta hincharse el pecho y soltando el aire con rápidos jadeos. Al sentir que me levantaba de la rama, al fin bajó la cabeza y me miró con su rostro empapado y sus ojos de párpados caídos.
—Te limpio en casa y nos damos un baño caliente —me dijo en voz baja y algo aturdida. Por su tono, no estaba seguro de si era una invitación o una pregunta, pero asentí de todas formas.
Un baño caliente sonaba de lujo.
Entonces Tigro asintió, se dio la vuelta y me invitó a subirme a su espalda, como en los viejos tiempos; algo que también acepté, rodeando su cuello con mi cola, sus hombros con mis brazos y su cintura con mis piernas. Fue él el que hizo todo el esfuerzo de saltar entre las ramas los últimos cincuenta metros que nos separaba de su cabaña, el que subió las escaleras y se detuvo en el almacén a por un poco de comida y té, el que preparó el baño caliente, el que me desnudó y me limpió el culo hasta estar perfectamente limpio y el que, después, me dejó meterme a mí primero mientras se desnudaba.
Con un gemido de placer, me hundí en la bañera de metal hasta casi la nariz y cerré los ojos. El agua estaba muy caliente y casi me ardía en contraste con mi piel helada, pero era una especie de dolor placentero; casi como estar con Tigro.
El cual, me obligó a incorporarme un poco en la bañera para poder meterse a mis espaldas, subiendo el nivel del agua y soltando un ronroneo gorgoteante y pesado. Con sus manos recostadas por el borde y mi cabeza apoyada en su pecho, cerró los ojos y sacó su cola de Tigre por un borde para rodear la mía y darle leves toques con la punta blanca y más peluda.
—¿Ves que fácil es hacerme feliz, Lemér? —me preguntó—. Solo me faltaría una enorme barba, un par de cuentas y una docena de crías correteando por aquí, y sería perfecto.
—Una docena —murmuré sin abrir los ojos—. Estás loco.
—Puedo mantener a una docena de crías sin problema con mi territorio actual —me aseguró—, puede que incluso más si mis futuros proyectos tienen éxito.
—Casi no das abasto para cuidar de todo lo que tienes ahora, Tigro —le recordé—, ¿cómo piensas que vas a poder cuidar también de una docena de crías? ¿Vas a ser uno de esos padres ausentes que solo ven en el desayuno y la cena?
—No, por supuesto que no; pero para eso está mi *omega* —me explicó—. Para ayudarme con el

territorio y los niños. Tampoco es como si fuéramos a tener la docena entera de una sentada, joder —aclaró, llegando a dar un ligero golpe con la mano al borde de la bañera—. Poco a poco, año a año, y mientras los más mayores van creciendo, también pueden ayudarnos con los más pequeños. Así aprenden a ser responsables y no temer al trabajo duro.
—Vas a hacer que tus hijos críen a tus hijos —asentí, rozando la nuca contra el pelo de su pecho.
—Oh, sí, claro, es mucho mejor criarlos con la televisión, el móvil e internet, ¿verdad, Lemér? —empezó a decir, usando ese tono ácido y repleto de ironía que siempre le salía al referirse al mundo beta.
—No digo que sea mejor, de hecho, me parece igual de malo —murmuré con calma.
—No es igual de malo porque aquí nuestras crías serían libres —respondió—, crecerían en la naturaleza, explorando, jugando, trepando a los árboles, siendo animanos. Además, no es como si nosotros no estuviéramos, nos verían todo el rato, por la cabaña o en el jardín o en el pórtico.
—De acuerdo, Tigro —murmuré tras un leve suspiro.
—No me des el «sí» de los tontos, Lemér. Sabes que lo odio.
—¿Y qué quieres que te diga? —pregunté, alzando las manos del agua y abriendo al fin los ojos para mirar el techo de madera—. ¿Voy a ser yo el que cuide de esas crías? No, ¿verdad? —esperé un segundo o dos en silencio, y como no hubo respuesta de su parte, asentí—. Pues eso. ¿Qué importa mi opinión? Ten cuarenta putos hijos si quieres con ese *omega* que te ponga la cuenta algún día.
Mis palabras terminaron en seco con la conversación, dejando, además, un extraño ambiente tenso y amargo en el ambiente. Lo único que se escuchaba a parte de la lluvia y el viento, era el golpeteo de las garras de Tigro contra el metal del borde de la bañera.
—¿Sigues pensando en volver con los *betas*? —me preguntó entonces.
Tomé una profunda respiración y saqué una mano del interior del agua para rodear la del *alfa*, esa con la que no paraba de golpear el metal sin parar.
—¿Sabes lo que pienso cuando…? —empecé a decir, pero, de pronto, Tigro movió su mano libre y me tapó los labios.
Fruncí el ceño, pero me centré en escuchar si pasaba algo. Solo se oía la lluvia, el viento y el leve crepitar del fuego; aunque no me precipité, porque el *salvaje* tenía los sentidos incluso más agudizados que yo y podía percibir cosas que yo nunca podría.
—Mierda —le oí jadear momentos antes de que alguien abriera la puerta de su casa.
Un *omega*, por supuesto.
Uno del Pinar.

BESOS DE REGALIZ

Una de las ventajas de haber sido entrenado como un agente especial, era lo rápido que aprendías a reaccionar a los ataques inesperados. Ese instinto de contraataque inmediato era el culpable de que anduviera a pegar patadas a todos los alfas que me sorprendían, pero también el que me salvó en esa ocasión de ser visto.

En el momento en el que escuché la puerta abriéndose, cogí una rápida bocanada de aire y me hundí en el agua de la bañera, encogiendo las piernas y la cola hasta que no quedara allí nada visible. Con los ojos abiertos, contemplé la superficie en movimiento y el techo de madera más allá. Escuché una voz lejana, ininteligible desde el interior del agua, después la de Tigro a mis espaldas; una risa, otra frase y un movimiento de su mano para indicarle que se marchara.

Apenas un minuto después, el *alfa* tiró de mí y me sacó de nuevo a la superficie.

—Ya se ha ido.

Tomé una profunda bocanada, parpadeé para quitarme el agua de los ojos y me pasé las manos por el pelo mojado. El aroma a ortiga y limón de Rabit se había quedado flotando ligeramente en el aire, incluso después de una visita tan corta.

—¿Ahora te visitan directamente a casa? —pregunté.

Tigro se encogió de hombros.

—Solo algunos, los que más me gustan —respondió sin más—. Pero sabes que ha podido olerte de todas formas, ¿verdad? —añadió—. Te he limpiado en mi casa y me he llenado de baba, esas cosas se notan.

—Ya, pero es diferente que lo huela a que me vea contigo en tu bañera —respondí, recostándome de nuevo sobre su pecho antes de volver a frotarme el rostro.

—Ves, eso es algo que siempre me ha molestado de ti —me dijo, usando la cola atigrada para acariciarme el abdomen bajo el agua caliente—. Que te diera vergüenza estar conmigo.

Puse los ojos en blanco y ladeé el rostro.

—¿En serio, Tigro? —murmuré—. ¿De verdad te sorprende?

—No, no he dicho que me sorprenda —respondió con calma—, solo digo que me molestaba. Al principio lo entendía, sé cómo sois los *omegas*, pero después de sacarme una buena barba, ya no. Deberías haber pensado: ey, mira que pedazo de preciosa barba le he sacado al increíble, sexy y maravilloso Tigro, ¡qué orgulloso debería sentirme!

—Por Dios… —murmuré—. Créeme, aunque fueras un *domesticado*, seguiría dándome vergüenza estar contigo. No me escondo porque seas un *salvaje*, sino porque eres ridículo.

El *alfa* soltó una alta e irónica carcajada, marcando cada «ja» y volviéndolo cada vez más engolado y gutural.

—¿Sabes lo que es ridículo, Lemér? —me preguntó al terminar—. Seguir fingiendo que no me soportas después de haberme confesado que me amas, que soy todo lo que necesitas, que soy el mejor *alfa* de la Reserva y que solo yo puedo hacerte feliz…. ¿Recuerdas?

—Eso no tiene nada que ver con que seas o no ridículo —respondí tranquilamente—. Que me gustes mucho y que lo pase muy bien contigo no quiere decir que esté orgulloso de ello. ¿Alguna

vez te has oído hablar? Da vergüenza ajena.
—Oh… ¿te da vergüenza? —preguntó, poniendo una exagerada mueca de preocupación—. ¿Y cuándo ocurre eso? ¿Cuándo me besas y te mojas a chorros, o cuando me comes la polla como si no te hubieran dado de comer en años? O quizá es cuando te restriegas contra mí y me pasas los bigotes por el pecho para dejarme un buen olor a menta y miel.
—Mmh… —fingí pensármelo un momento—. No, es solo cuando hablas.
—Cuando hablo —repitió mientras asentía—. Entonces, quizá deba dejar de hablar y limitarme a follarte —se encogió de hombros—, como hago con el resto.
Con un chasquido de lengua y un suspiro, me giré en la bañera, rodeé su cuello con los brazos y miré su rostro serio.
—Es muy linda la forma en la que tratas de confesarme lo especial que soy para ti —murmuré cerca de sus labios.
Tigro soltó un jadeo indignado que me humedeció el rostro, con una sonrisa prepotente en los labios, ladeó la cabeza y me miró de arriba abajo.
—Fuiste muy especial para mí, Lemér —murmuró—, pero ahora solo eres un buen polvo.
Se me escapó una leve risa y froté mis bigotes contra los suyos, lentamente, recorriendo su mejilla sin barba ida y vuelta hasta reencontrarme con sus ojos.
—¿Por qué sigues intentando mentirme, Tigro? —susurré justo antes de mordisquearle el labio inferior y tirar de él hasta que deslizó suavemente entre mis dientes.
El *alfa* ronroneó por lo bajo, pero hizo fuerza con el abdomen para detener aquel sonido dulce y denso.
—¿Qué estás haciendo? —preguntó, un poco enfadado y un poco jadeante.
No me molesté en responder, tan solo deslicé una mano por su media melena atigrada y cerré el puño, obligándole a ladear el rostro para poder besarle mejor. Gemí con fuerza al sentir el regusto a regaliz de su boca y la menta y miel que aún quedaba en sus labios. El *alfa* gruñó, luchó un poco, trató de recuperar el control, pero le costó demasiado, así que me mordió el labio inferior con fuerza.
—Tigro —me quejé, apartando una mano de su espalda para palparme la herida y ver un rastro de sangre manchando mi dedo—. ¿A qué ha venido eso?
—No me gusta que juegues conmigo, Lemér —me advirtió.
Fruncí el ceño y alejé de él hasta quedar casi a horcajadas sobre su cintura. El *salvaje* respiraba con bocanadas largas y pesadas y me miraba con los ojos fríos y brillantes.
—Solo estaba tonteando un poco —respondí—, como siempre.
—Pues no lo hagas —sentenció.
Levanté una mano del agua y le agarré del fuerte mentón, pellizcándolo un momento antes de poner una mueca de labios apretados.
—¿Qué pasa, Tigro? —le pregunté en voz baja—. Siempre hemos hecho esta clase de cosas.
El *alfa* mantuvo mi mirada en silencio un par de segundos antes de responder:
—Antes era diferente.
No pude evitar poner los ojos en blanco y mirar a un lado, hacia la cama deshecha y el baúl de la ropa, después me lamí la herida del labio y sentí el sabor metálico de la sangre en la boca. Cuando volví a mirarle, Tigro seguía con su misma expresión seria y los puños cerrados sobre el borde de la bañera.
—Quizá nos hayamos precipitado —le dije—, quizá todavía haya muchos sentimientos de por medio y volver a intimar nos haga más mal que bien.
—¿Tú sigues sintiendo algo por mí? —fue su pregunta.

Una bala directa a mi pecho, una que no me esperaba. Una pregunta que pensé evitar de una docena de formas, o ignorar de una docena de maneras, o responder con una docena de mentiras, pero lo que al fin salió de mis labios fue un simple:
—Sí, claro que sí.
Tigro asintió lentamente y sin dejar de mirarme.
—¿Te arrepientes de haberme dejado?
—Joder, ¿de verdad me vas a hacer esa pregunta? —me quejé dedicándole una expresión de ojos entrecerrados.
El *alfa* se encogió levemente de hombros. Con una profunda bocanada de aire, esa que te llena tanto los pulmones que puedes sentir la presión en las costillas y la espada, solté el aire y me pasé una mano por el pelo todavía húmedo.
—Muy bien, ¿quieres la verdad? Sí, a veces me arrepiento. A veces te echo de menos y a veces me pregunto si debería haber sido más egoísta y seguir contigo aunque no supiera si iba a quedarme en La Reserva o no.
—Vaya, eso tiene que ser duro… —sonrió al fin, pero de esa forma horriblemente prepotente y sexy.
—Es lo que hay —murmuré—. Lo hecho, hecho está.
—¿Y qué piensas de esto que estamos haciendo ahora? —quiso saber, señalándonos a ambos intermitentemente—. ¿No te parece complicado?
—No, no tiene por qué. Ambos somos adultos, Tigro —respondí, aunque, al final, tuve que corregirme—: bueno, yo soy un adulto. Tú eres un crío grande e inmaduro y ególatra, pero por el bien de mi argumento, fingiré que tienes una edad mental superior a dieciséis años.
Al *salvaje* se le escapó un bufido que le hizo vibrar su enorme pecho de vello atigrado.
—¿Es de personas maduras no saber lo que quieres y andar a dar tumbos de un lado a otro como un subnormal? —preguntó.
—¿Te has quedado a gusto…? —murmuré, otra bala directa a mi pecho, una que había dolido un poco—. Hago lo que puedo, ¿vale? No soy perfecto. No es que quiera haceros daño y complicarlo todo, pero es una decisión difícil. Sé que estoy siendo egoísta y que os estoy utilizando, lo sé —le aseguré con una mano en el pecho—, pero es como si tuviera la necesidad de recolectar todas las experiencias posibles antes de dejar la Reserva atrás. Si me voy, no volveré a vivir nada así de nuevo, y voy a estar solo y me voy a arrepentir de no haber…
Me detuve solo cuando Tigro levantó una mano y me acarició el rostro. Era increíble lo calmante y suave que podía llegar a ser el contacto con un *alfa* tan grande e imponente.
—Perdona, me puse un poco nervioso antes —murmuró con su voz grave y calmada—. Sin la barba es más complicado dejarse llevar. Mi cuerpo dice: «oh, sí, hazme tu perra», pero mi instinto me dice: «no es tu *omega*, no puede domarte así».
—Ahm… —fue todo lo que brotó de mis labios en un primer momento—. Cuando te hice *alfa* la semana pasada no tuviste tantas dudas —le recordé después.
—Eso es diferente —farfulló mientras levantaba la mirada al techo y se encogía de hombros—. Cuando me haces *alfa* solo pienso en cazarte y follarte. No hay espacio para las dudas ahí; es algo primitivo.
—Sinceramente, antes diría que eres demasiado complicado, pero después de conocer a los demás *alfas*, ya casi ni me sorprende. No entiendo eso de «ten todos los alfas que quieras», pero a la vez se produzcan tantísimas fricciones y problemas de…
Tigro movió un dedo de garra negra y ligeramente curvada y se la llevó a los labios pidiéndome silencio. Lo primero que pensé fue que habría otro *omega* cerca, pero después me dijo:

—No hablemos de los demás, solo de mí, ¿de acuerdo?
—Muy bien —acepté. No era momento de hablar de los demás.
Entonces me rodeó la cadera y con una facilidad y agilidad solo conocida por los *alfas*, me levantó de la bañera y salió al exterior. Hacía frío fuera, el viento se colaba por entre las ventanas cerradas y el fuego de la lumbre no era suficiente para caldear el ambiente. Con el sonido de la tormenta de fondo y goteando por el suelo de madera, Tigro me llevó en brazos hasta la mesa, me dejó sentado al borde y alcanzó la toalla de lana con la que empezó a secarme el pelo y, después, el cuerpo.
—Verás, Lemér —me dijo sin dejar de mirarme fijamente con esos ojos felinos—, nosotros teníamos algo muy simple, pero tú lo has querido hacer muy complicado; así que vamos a volver a cuando las cosas eran divertidas y fáciles, porque es evidente que ambos lo echamos de menos, ¿verdad?
—Nunca fue fácil contigo —le aseguré—, tampoco te hagas el inocente ahora.
En los labios del *alfa* afloró una media sonrisa mientras me secaba una pierna en alto, la cual, terminó besando a la altura del tobillo.
—De hecho, conmigo las cosas son muy fáciles —respondió—. Solo hay un *alfa* del que preocuparse, uno al que prestarle toda tu atención, uno al que darle toda tu deliciosa baba y el único con una barba que huele a ti. Si me gustas, te doy pequeños privilegios y, poco a poco, te voy metiendo más y más en mi vida.
—Hasta que te aburres —concluí.
—Hasta que me aburro… —afirmó antes de ladear la cabeza—, o te pida que me des una cuenta. De cualquiera de las dos formas, la decisión es solo mía.
—Qué romántico —bromeé.
—La idea del romanticismo de cuento de hadas es algo *beta* —me dijo mientras se pasaba la toalla por el pelo, agitándola hasta que su media melena quedó hecha un desastre, completamente despeinada y con los tonos negros, naranjas y blancos revueltos—. Nosotros tenemos nuestras propias formas.
Dicho eso, volvió a tomarme en brazos y llevarme como a un niño pequeño en dirección a la cama. Allí me tumbó antes de hacerse un hueco entre mis piernas y echarse sobre mí.
—No te voy a echar jamás de mi territorio —susurró en mis labios—, pero si vienes, será mejor que te tomes la poción y recuerdes que el único *alfa* que importa aquí, soy yo.
Entonces me besó hundiendo su lengua en mi boca para llenarla de un regusto a regaliz y menta dulce. Un gruñido se me escapó de la garganta, sofocado por el ronroneo grave de Tigro, quien ya empujaba su cadera y su polla dura contra mis nalgas. En el momento en el que consiguió meter la cabeza y arqueé la espalda con un gemido de placer, el alfa se separó de mis labios y se dedicó a mirarme fijamente a los ojos. Con jadeos cortos y cálidos, se fue hundiendo más y más en mí, obligándome a volver a mirarle al segundo cuando yo cerraba los ojos o los ponía en blanco.
Supe que iba a ser sexo lento y profundo en el instante en el que Tigro me la metió hasta el fondo y, con un jadeo de puro placer, pegó su frente a la mía. Solo me besaba a veces, otras veces acercaba sus labios a los míos para limitarse a rozarlos y jadear mi nombre en ellos. Rodeando su cuello con los brazos, su cintura con la cola y su cadera con las piernas, alcancé el primer orgasmo, seguido muy de cerca por la sensación cálida y profunda de que el *alfa* también se había corrido pocos segundos después de mí.
Con movimientos largos y controlados, de principio a fin, me arrastró todo el camino hasta el segundo, sin cambiar de postura ni de ritmo, como tanto le gustaba hacer a Tigro. Cuando volví a

sentir la avalancha del orgasmo, le apreté más fuerte contra mí, de una forma que hubiera ahogado a cualquier *beta*; pero el *alfa* tan solo gruñó más fuerte, más alto y se corrió de nuevo.
Quizá fuera la electricidad estática que unía nuestros cuerpos de una forma magnética, o quizá el instinto de Tigro, o puede que El Todo; pero fuera lo que fuera, no necesité decir nada para que él se diera cuenta de que, por el momento, había sido suficiente. Así que se quedó tumbado sobre mí los pocos minutos que tardó en recuperar la respiración y, después, se hizo a un lado con cuidado.
Con un brazo sobre los ojos y una sonrisa en los labios, murmuró:
—¿No hay tercera ronda, Lemér? O es que ya has perdido las buenas costumbres…
—Es que si llegas a la tercera, después ibas a pasarte una hora tirado y sin poder moverte —respondí en el mismo tono bajo y algo jadeante—. Es un poco aburrido.
A Tigro le hizo gracia eso.
—Qué fácil es para ti, que solo te tienes que abrir de piernas y quejarte.
—Cuando te monto y hago yo todo el trabajo, lloriqueas igual.
—Lloro porque, de esa forma, se te desliza más baba que después no me puedo comer.
—Oh… —murmuré mientras movía una pierna para pasarla por encima de las suyas—. Pues entonces, disfruta.
La risa de Tigro sonó baja y grave en la casa, todavía azotada por el viento y la lluvia. Con un suspiro, el *alfa* se incorporó lo suficiente para inclinarse sobre mí, rodearme la cadera con un brazo y hundir el rostro entre las nalgas; como si quisiera hacerme una mamada, solo que para limpiarme el culo.
—Mmmh… —le oí ronronear tras las primeras lamidas—. Mañana ya me va a salir la barba…
—¿No te queda regaliz? —pregunté, con las manos tras la cabeza y la mirada perdida en el techo iluminado por el fuego del brasero, danzando y cambiando a cada momento.
—Sí, pero no me la voy a tomar —esa frase la dividió en tres partes, cada una interrumpida por un nuevo lametón.
—Tigro…
Pero él me ignoró, demasiado concentrado en ahogarse entre mis nalgas, agitar la cabeza y gruñir como un perro hambriento. Solo cuando terminó con la boca empapada y el estómago lleno, volvió a dejarse caer a mi lado y a relamerse con los ojos cerrados. Sutilmente, movió un brazo para tantear la cama, encontrarme y empujarme hacia él para que le abrazara.
—Vamos a hacerlo sencillo, Lemér —me dijo—. Tú no me dices lo que tengo que hacer, y yo no me comporto como un gilipollas.
Sencillo… nada era sencillo con Tigro. Nunca lo era. Pero yo no tenía ni fuerzas ni ganas de seguir discutiendo con él o conmigo mismo; así que cerré los ojos, apoyé la cabeza en su pecho y me dormí.



Cuando desperté, algo me estaba dando pequeños y suaves golpes en el muslo, algo que me llevó de un salto al pasado.
—Tigroooo —me quejé, apretándole más contra mí para que dejara de darme repetidos toques

con su cola y así despertarme.
El *alfa* frotó su rostro contra mi pelo y después empezó a acariciarme la espalda.
—Solo hay…
—…una forma de que me quede más tiempo en la cama —terminamos diciendo a la vez.
Alcé la cabeza y miré sus ojos en la penumbra de la cabaña. Apenas entraba claridad por las ventanas, pero sí la suficiente para distinguir su afilada sonrisa de grandes colmillos. La única forma de hacer que el *alfa salvaje* se quedara más tiempo en la cama en vez de empezar su laborioso día, era con una mamada o sexo. Hacerle correrse me daría unos veinte minutos más de descanso antes de que Tigro se levantara con una energía envidiable para arrastrarme con él al exterior.
—Llueve mucho —murmuré, aunque fue un intento inútil de convencerle.
—Y eso me va a ahorrar regar los jardines, pero los animales siguen teniendo hambre y la comida no se va a preparar sola.
Con un resoplido, dejé caer la cabeza en el hueco de su cuello y cerré los ojos.
—¿También le hacías mohínes a tu general para que te dejara en cama cuando estabas en el ejército?
—No, pero tú no eres mi general y esto no es el campamento militar —respondí.
—Una de esas dos cosas no es cierta, adivina cual.
Me reí e hice vibrar el cuerpo del *alfa* bajo el mío.
—Ah, así ahora eres mi superior al mando.
—Siempre lo he sido.
—Yo soy alférez, Tigro, no un soldado raso cualquiera.
—Y yo soy capitán —respondió antes de encogerse de hombros.
—¿Capitán? —alcé la cabeza en un gesto rápido y le miré con una mueca de ceño fruncido—. ¿En serio?
—Sí —afirmó—, o lo era antes. Ahora soy un *salvaje*.
—¿Y los *betas* qué pensaban de tener un capitán *alfa*?, porque a mí me costaba bastante que me tomaran en serio.
—Bueno… yo era diferente por entonces —respondió, moviendo ambas manos para dejarlas detrás de su cabeza—, pero sigo siendo igual en una cosa: me gusta despertarme temprano y no me gusta perder el tiempo; así que dime, ¿me vas a dar una buena razón para quedarme o no? —sonrió más.
Mi primera reacción fue un simple «no, vete a la mierda», pero un movimiento por el borde de los ojos me distrajo. El *alfa* ya la tenía dura y no paraba de mover sutilmente la cadera de lado a lado para deslizar la polla sobre la parte baja de sus abdominales y el vello atigrado que allí había.
—Te odio muchísimo… —murmuré mientras, sin poder evitarlo, descender por su enorme cuerpo.
—Buff… pues yo ahora te estoy queriendo más que nunca… —jadeó, ya con la polla en mi boca.
Todo aquello terminó de la misma forma de siempre, con Tigro muy sonriente y animado que, tras limpiarme de nuevo, me dio un par de minutos más antes de obligarme a vestirme y llevarme con él al exterior. Con una manta alrededor del cuerpo y expresión seria, me limité a mirar al *alfa* preparando el desayuno mientras la lluvia azotaba el bosque y la techumbre sobre nuestras cabezas.
—Quiero que pruebes algo —anunció entonces, dándose la vuelta para traer con él un puñado de

té que tiró al agua caliente.
—Huele fatal —fueron mis primeras palabras desde que me había levantado.
—Es aromático —me corrigió.
—Es horrible. ¿Qué le has echado al té?
—Flores —anunció, arqueando ambas cejas antes de mirarme—. Después de hablar contigo, se me ocurrió hacer mi propia mezcla de té, una que poder intercambiar con las villas, ya que les gusta tanto. Creo que voy a llamarla… «*Tea*-gro».
Le miré fijamente a los ojos, pero su enorme sonrisa no vaciló ni un solo segundo. El juego de palabras me dolía en el alma, pero reconozco que hay que ser valiente para soltar algo así y creerse gracioso.
—Por cosas como esta me das vergüenza ajena.
El *alfa* resopló y devolvió su atención a la panceta y los huevos que se freían en la sartén al fuego, ennegrecida después de años de uso. Como había anunciado, en su rostro ya había una visible barba atigrada con ligero aroma a menta y miel, una barba que ambos habíamos ignorado hasta el momento.
—¿Cómo te ha crecido tan rápido? —pregunté.
No necesité señalar lo obvio; que incluso para haberse llenado, no se trataba de la suave sombra que le había empezado a salir la primera vez, sino de una barba muy corta que ya raspaba. Por suerte, el *alfa* tampoco evitó el tema.
—Ahm… —murmuró antes de asentir—, una segunda barba crece más rápido que la primera. Mi cuerpo ya está acostumbrado a ti, a tus feromonas y a tu olor —se detuvo un momento y miró al frente con una expresión de ojos entrecerrados—. Creo que es por eso que me sale mucho más densa y fuerte…
—¿Y no te la vas a quitar? —pregunté de la forma más casual e inocente posible.
Tigro volvió a mirar al fuego, le dio la vuelta a una tira de panceta con delicioso olor a grasa y, finalmente, respondió:
—No. Y antes de que lo preguntes —me miró por el borde de los ojos—, no la quiero para saber si me mientes o no. Eso ya no me importa.
Tras un par de segundos en silencio, me encogí de hombros y negué con la cabeza.
—Haz lo que quieras, Tigro, pero esto no lo hará más fácil para ninguno de los dos.
—¿Sabes, Lemér? —murmuró con una ligera sonrisa en los labios—, tienes razón en algo: hay cosas que sabes que vas a echar de menos cuando desaparezcan, así que es mejor disfrutar de ellas todo lo que se pueda —y, sin más, cogió un vaso y lo hundió en el cazo de té antes de ofrecérmelo con una enorme sonrisa—. ¡Como mi *Tea*-gro!
Miré el vaso humeante que me ofrecía y después sus ojos de jade y oro. De pronto, sentí una leve presión en las entrañas y una sensación caliente y densa se extendió por todo mi pecho, como agua derramada sobre el suelo.
Quien dijera que amar y perder era mejor que no amar en absoluto, era un completo gilipollas, porque amar y perder era muchísimo peor.
—Huele a colonia barata —dije, aceptando el vaso caliente para acercarlo a la nariz y, con una mueca asqueada, apartar el rostro—. ¿Pero qué cojones le has echado?
—Pues una bolsa de té y una bolsa de flores —respondió antes de encogerse de hombros—. Quería algo floral y fresco.
—No puedes hacer una mezcla así —le aseguré, obligándome a acercarme el vaso a los labios. Si había podido con las pociones de Topa Má, aquello no podía ser peor—. Ah, joder, qué asco… —escupí.

—Quizá le falte un poco de miel —sugirió.
—O quizá deberías conseguir un poco de té de las villas, ver cómo es la mezcla e intentarlo. No coger dos sacos y tirarlos al mismo barril —le sugerí yo—, porque eso no va a funcionar.
—¿Ahora además de asesino también eres un experto en mercadotecnia, Lemér?
—¿Te duele que te digan la verdad, Tigro?
—En absoluto.
—Pues la verdad es que este té es una mierda —respondí, dejando el vaso a un lado.
El alfa gruñó por lo bajo, como si mascara un par de palabras antes de murmurar:
—Revisaré la mezcla.
—Si quieres intercambiar algo, ¿por qué no tu queso de hierbas? Ese sí está delicioso.
—Ya lo hago, pero es un producto difícil de hacer, requiere tiempo y es estacional; el té podría hacerlo siempre, solo tendría que secar las flores y guardarlas.
Tigro sacó la panceta y los huevos de la sartén, los sirvió sobre tres rodajas de pan y me las ofreció en un rústico plato de madera, el cual, muy probablemente, hubiera tallado el mismo. Después se preparó su propio desayuno, el doble de grande que el mío.
—¿Y por qué quieres intercambiar cosas con las villas? —pregunté, ya con un trozo de hogaza en la boca—. ¿No se supone que eres independiente y que tu territorio produce todo lo que necesitas?
—Soy independiente —afirmó—, pero hay cosas que yo no puedo hacer: papel, metalurgia, cría de animales… John murió la semana pasada.
—Oh, no —murmuré, realmente entumecido por la noticia—. John y Chris eran los que más me gustaban. Jake no, Jake es un cabrón y siempre me mordía.
A Tigro le divertía ponerles nombres *betas* a sus cerdos.
—Bueno, ya era muy mayor —me dijo, usando su navaja del ejército para señalar mi desayuno —, pero ¿a que está delicioso?
Miré la panceta en mis hogazas y después al *alfa*.
—¿Me estoy comiendo a John?
—Ahora forma parte del Todo —afirmó—. Yo cuidé de él, y ahora él te dará las energías suficientes para volver a comerme la polla y hacerme feliz. Así es el ciclo de la vida.
—En serio, Tigro… —negué con la cabeza—. Háztelo mirar.
—Mi mente perturbada es culpa de los *betas* —me aseguró, llevándose a la boca casi media tostada de pan con huevo y panceta desbordando por los lados. Tras masticarla un par de veces, preguntó—: ¿qué es eso que querías hablar conmigo?
—Ah —recordé de pronto—, sí. —Me levanté del sitio, me limpié las manos en el pantalón roto y fui corriendo lo más rápido posible de vuelta a la cabaña en lo alto del árbol antes de volver con un pequeño bote de cristal—. ¿Sabes qué es esto?
—Opio —declaró al instante, echando atrás la cabeza como si le resultara muy desagradable tan solo mirarlo—. ¿Qué haces tú con eso, Lemér?
—Lo encontré en mi viaje a Cauce Rápido —le expliqué, volviendo a sentarme a su lado—. El *alfa salvaje* Murci me…
—¿Fuiste a ver a ese depravado? —me interrumpió—. ¿Sabes que le pone cachondo atar a los *omegas* con su propia cola y mierdas así?
Puse una expresión de parpados caídos y labios tensos.
—Solo digo que es un rarito —añadió, levantando su mano en alto a forma de disculpa.
—Tú me pediste un baño de sangre, así que no hables de *alfas* «raritos»…
—No, no, no… lo mío era curiosidad. Y tú eras mi *omega* —añadió, como si eso fuera más que

justificación suficiente—, no hay nada raro en eso.
Preferí ignorar el tema con un gesto seco de la mano antes de volver a mostrarle el bote de cristal, no más grande que mi dedo gordo.
—Murci me dijo que a los animanos les gusta drogarse —continué—, y que él produce alguna de esas drogas en una especie de laboratorio que tiene en su territorio.
—Las drogas no nos afectan como a los *betas* —me aclaró—, no es que seamos unos drogadictos ni…
—Tigro —le interrumpí con un tono más duro—, céntrate. Es imposible producir opio en La Reserva, la dormidera no crece en este clima, así que le pregunté de dónde la había sacado y me dijo que había llegado en «una de las cajas del naufragio *beta*».
El ceño de Tigro se encogió hasta casi desaparecer.
—¿Qué naufragio?
—Uno que, al parecer, lleva algunos años haciendo llegar cajas de cargamento a las costas de Mar Bravo.
El *alfa* dejó de mirar fijamente el bote en mi mano y pasó a mirar mis ojos.
—¿Son herramientas para los animanos infiltrados? ¿Así hicieron llegar las armas? —preguntó.
—Es una posibilidad —asentí—, pero sería demasiado rebuscado. No necesitan esconderlo tanto cuando pueden enviar un cargamento a una localización exacta sin que nadie lo sepa. Las cajas del «naufragio» contienen toda clase de cosas: herramientas, comida, ropa y, por supuesto, tabaco, drogas y tecnología.
No necesité esperar mucho tiempo para que el *salvaje* lo entendiera.
—Están tratando de comerciar con nosotros…
—Comerciar no, pero es un principio —afirmé—. Esto es solo una teoría, pero creo que todo lo que envían es para descubrir si algo nos resulta útil o si nos gusta. Algo que solo puedan producir ellos, y entonces, obligarnos a comerciar para conseguir más. Las drogas han empezado a aparecer relativamente hace poco, un par de meses, así que están tomando un giro más agresivo…
—Quieren convertirnos en drogadictos…
—Es lo mismo que hizo Europa con china para conseguir abrir las fronteras del imperio —le recordé—, introdujo el opio de la India y convirtió a toda una generación en drogodependientes muy dispuestos a comerciar con ellos. China tardó siglos en recuperarse de eso y, para entonces, ya habían conseguido todo lo que querían del país.
Tigro empezó a enfadarse, a apretar los dientes y los puños, olvidándose por completo de su desayuno o del té hirviendo a un lado.
—No —declaró—. No les va a funcionar.
—Espero que no, aun así, iré la semana que viene a Mar Bravo y lo veré por mí mismo.
El *alfa* alzó la cabeza de pronto y me dijo:
—Voy contigo. Dame un poco de tiempo para solucionar las cosas en el territorio y nos vamos.
Sus palabras me pillaron por sorpresa, pero no quise darle una negativa directa, así que opté por decir:
—Emh… no hace falta, puedo ir yo solo.
—Es peligroso.
—Soy un asesino de élite.
—Y yo soy un *alfa* muy grande y con muy mala hostia —insistió—, más aún si me sacas una buena barba. Entonces seré imparable.
—Tigro, es más fácil si no nos ven —le aseguré—. No creo que haya *betas* allí, pero la…

—Lemér —me interrumpió él—. Voy a ir contigo o sin ti, pero creo que juntos tendremos muchas más posibilidades de éxito.
En eso tenía razón, aunque seguía siendo peligroso y arriesgado. Mi idea había sido ir Al Arrecife, la villa de los *omegas* en Mar Bravo, hacerme el tonto y preguntar a los *alfas* solteros de por allí a ver qué sabían. Con un barbudo Tigro a mi lado, eso sería imposible.
—Podemos intentarlo —murmuré—, si no funciona, seguiremos investigando cada uno por nuestro lado.
—Me parece bien —afirmó él antes de añadir un repentino—: pero quiero la barba. Es importante.
—Ahm… así que ya empezó ese momento en el que «todo es importante» —dije, mitad broma, mitad no.
Tigro sonrió de nuevo y me guiñó un ojo.
—Tú y yo vamos a pasarlo muy bien esta semana —me aseguró.
Otra barba que solo era un arma para usar y, aunque en esa ocasión no fuera en mi contra, seguía siendo un tanto descorazonador. Pero yo era militar y sabía que no te ibas a una misión sin el mejor equipo y todos los recursos a tu alcance; si Tigro decía que la barba le haría imparable, yo le creía.

UNA DECISIÓN COMPLICADA Y UNA SIMPLE RESPUESTA

Tigro eructó, se llevó las manos tras la cabeza y se recostó sobre la rama del árbol.

—Oh, sí… —jadeó con su labios empapados, relamiéndose la baba que había quedado impregnada en su densa barba atigrada.

Le había crecido a un ritmo alarmante durante toda la semana y, cada vez que volvía a verle, solo olía más y más fuerte a menta y miel.

Con un bajo ronroneo de enorme gatito y los ojos cerrados, movió su cola arriba y abajo por mi brazo mientras el viento nos mecía en las alturas. Tras medio minuto sin decir nada, entreabrió un único ojo y me echó un vistazo.

—Mis tigre-sentidos me dicen que algo va mal —murmuró.

—No son tus «tigre-sentidos», es tu cuerpo diciéndote que no deberías limpiarme boca abajo y colgando de las ramas.

El *alfa* se rio un poco, pero se detuvo cuando sintió una punzaba en su abdomen hinchado y repleto de líquido omegático.

—Nah… a mi cuerpo eso le encanta —me aseguró—. ¿Me vas a contar qué te preocupa o vamos a fingir que no pasa nada?

Tomé una bocanada del aire fresco y con olor a humedad y, finalmente, cedí.

—Me preocupa el viaje de mañana —respondí con la mirada perdida en la espesura del bosque.

—¿Y…? —añadió él, consciente de que ese no era el único problema que me rondaba la mente.

Tardé un par de segundos más en responder:

—Y creo que me voy a quedar en La Reserva.

El *alfa* no tuvo ninguna reacción especial, ni sorpresa, ni asombro, ni más gestos que encogerse de hombros y decirme:

—Eso te lo podría haber dicho yo hace un par de días.

—Aha… qué curioso que siempre me asegures que sabes todo lo que pienso, pero solo cuando te lo digo yo primero.

El *alfa* apartó las manos de detrás de la cabeza y las estiró hacía mí, haciéndome un gesto para que me acercara.

—Estoy muy lleno para moverme —fue la respuesta a la pregunta que no formulé—. Sí, pero quiero que te acerques —insistió—. No vuelvas a repetirme que esto da miedo, es lo que hay.

—Es que da miedo —le aseguré, acercándome por la rama para tumbarme sobre él, pero no demasiado, no quería apretarle la barriga después de una «limpieza en las alturas», como a él le gustaba llamarlo.

A mí me gustaba llamarlo «busquemos un lugar en el que ningún *omega* nos vea, y ese lugar ya no es tu cabaña».

Una vez entre sus brazos, me acarició la cola con la suya y me rodeó para mirarme fijamente a los ojos. Aquel brillo salvaje e intimidante que siempre había en ellos encerraban ahora un

peligro real; el poder ver dentro de mí de una forma que yo no llegaba a entender del todo.
—Que sepa lo que piensas no quiere decir que tenga que responder a tus propios dilemas, Lemér —me dijo.
—Debes estar disfrutando muchísimo de esto —le aseguré.
Él se encogió un poco de hombros, pero una fina sonrisa se empezó a dibujar en sus labios todavía mojados.
—Hay algo muy especial en poder alcanzar eses pensamientos que tanto te guardas para ti mismo.
—Quizá me los guardo porque son privados —sugerí mientras arqueaba una ceja.
—Ya, bueno, verás, Lemér —empezó a decir de una forma casual y relajada—, entre tú y yo no hay nada privado. No cuando tengo esta preciosa barba —y, apartando una mano de mi espalda, se acarició el bigote de pelo blanco y negro—. Sí, ya sé que eso te incomoda —añadió—. No, sabes que no lo haré porque te prometí que no la usaría en tu contra.
—Wow… ¿y puedes saber lo que estoy pensando ahora? —pregunté, levantando una mano para mostrarle mi dedo central alzado.
Tigro volvió a reírse, haciéndome vibrar un poco sobre él. Entonces, uso la misma mano con la que se había acariciado la barba para tomar mi mentón y acercarme a él para besarme. Ahora Tigro solo sabía a menta y miel, un aroma fresco y dulce que le seguía allí a donde fuera.
Incluso aunque los *omegas* vinieran a verle.
Porque seguían viniendo a verle y, al contrario que la primera vez, Tigro sí les iba a ver a ellos. Eso fue algo que descubrí el segundo día, cuando volví a su territorio y me encontré al *salvaje* entre los arbustos, con las manos en la cadera y un *omega* chupándosela de rodillas. Supe que Tigro había podido olerme llegar y supe que aquel había sido un mensaje intencionado, no una simple casualidad o un descuido.
Diez minutos después, el *alfa* se reunió conmigo en la copa de un viejo árbol con vistas al lago y se sentó a mi lado. Tras un leve suspiro, me dijo:
—Ya conoces las reglas de los *salvajes*.
Asentí un par de veces. No estaba dolido por haber descubierto aquello, no del todo, más bien me sentía… estúpido; porque yo sí había vuelvo a las viejas costumbres de no ver a nadie más que a Tigro y era obvio que me había equivocado por completo. Por suerte, el *alfa* aún no tenía la barba suficiente para darse cuenta de ello.
—Solo te voy a pedir una cosa, Tigro —murmuré—. No les limpies, porque una barba compartida me da bastante asco.
El *alfa* me miró por el borde de los ojos. En sus labios había una ligera sonrisa, de esas calmadas tan suyas, como si todo en el mundo encerrara algún tipo de giro humorístico del que merecía la pena reírse. Tras un par de segundos en silencio, asintió y miró hacia el mismo lago entre los árboles al que yo miraba, bañado del color plomizo del cielo nublado.
—¿Y qué tal has pasado el día? —pregunté entonces—. Además de la mamada, digo.
—Oh, pues como siempre. Cuando te fuiste por la mañana, fui a dar de comer a los animales, me puse a curtir un par de pieles, comí algo ligero de camino al bosque, corté un poco de leña para la cabaña, me entretuve tallando una hora y después volví para comer algo más. ¿Y tú?
—Pues fui a entregar las cartas a Jabail y a Presa de Arce y después bajé hasta aquí. Te he traído un poco de su té para que puedas ver la mezcla. Está en la mochila, junto a tu correo.
—Uhmm, genial —sonrió más mientras se giraba hacia mí y abría la mochila a mis espaldas—. ¿Vas a quedarte esta noche?
—Ese era el plan.

—Bien, bien… —murmuró el *alfa*, ya demasiado ocupado mirando las cartas y paquetes que le habían enviado. Dándole la vuelta a un sobre especialmente grueso, me dijo—: Solo te voy a pedir una cosa, Lemér, no vengas después de ver a otro *alfa*, porque me tienes muy acostumbrado a llenarme y, como al limpiarte note algo raro, vomito ahí mismo.
Después, levantó la mirada del sobre y arqueó las cejas, como si necesitara comprobar que lo había entendido.
—Claro —murmuré.
Y esa fue la última y única conversación que tuvimos sobre el tema. La teoría de que las cosas iban a volver a ser «fáciles», parecía ahora un chiste, porque, en realidad, eran más complejas que nunca. Tigro se veía con otros *omegas* y, tras el gran descubrimiento, yo seguí visitando a mis *alfas*; así que ninguno de los dos tenía lo que quería y ambos fingíamos que no nos importaba.
Al menos, yo lo fingía. Tigro ya había dejado bien claro que no iba a darme ninguno de los privilegios que me había dado la primera vez. Si quería su atención, tenía que seguir Las Reglas, como todos los demás.
—A veces tengo la impresión de que todo lo que hago es un error —le había confesado a Topa Má mientras miraba mi borroso reflejo en la poción—. Que no sé lo que estoy haciendo ni a dónde quiero ir.
—Lo que estás haciendo es tomar un poción para el *alfa* Tigro y lo que harás después es ir a buscarle —me dijo ella con su tono lento y terminado en leves suspiros.
—Sí, pero no necesito más problemas —murmuré—. ¿Por qué no paro de buscarlos entonces?
—Quizá te gusten los problemas.
—Oh, no, te aseguro que no —terminé por reírme.
—Entonces, quizá solo te gusta Tigro.
Levanté la mirada del brebaje y miré a la chamana, con sus ojos cubiertos por monedas y su acostumbrado aspecto imperturbable e indiferente a todo.
—¿Qué te pasa con Tigro, Topa? No paras de defenderle.
—¿Eso hago? No me había dado cuenta.
—Ya… —entrecerré los ojos de forma desconfiada, un gesto que ella no pudo ver—. No hace falta que te hagas la tonta.
La chamana movió por primera vez sus manos entrelazadas sobre el regazo, pero solo para abrirlas y mostrármelas, como si no tuviera nada que esconder.
—Puede que solo esté deseando que alguien le ponga una cuenta al *alfa salvaje* Tigro, y así dejar de hacer sus pociones una y otra y otra vez —respondió.
—Pues siento decirte que yo no seré el *omega* que le ponga la cuenta.
—Mmh… —murmuró ella de esa forma tan suya—. Hay *alfas* profundos como el mar y *omegas* inamovibles como montañas.
Terminé por poner los ojos en blanco y, con una profunda bocanada de aire, beberme la asquerosa poción de una sentada. Con una profunda expresión de asco le devolví el vaso.
—Gracias —jadeé, a lo que ella tan solo asintió, produciendo un tintineo de abalorios, plumas y cadenas.
Llegado ese momento, simplemente iba a levantarme e irme, pero entonces la chamana me agarró de la muñeca y me giré hacia ella.
—Tendré que pedirte un favor, Lemér —dijo antes de que se oyeran unos pasos acelerados a través del pasillo—. Es muy importante.
Un *omega* apareció de pronto por la puerta, pero no uno de los del Pinar; sino uno mayor, con

unas enormes orejas de liebre, largos bigotes, pelo trenzado y una ropa de cuero que reveló al instante su procedencia.
—¡Topa Má! —jadeó, sudado y sin aliento—. El parto de Ret se ha adelantado. ¡Tienes que venir al Refugio ya!
La chamana me apretó ligeramente la muñeca y no necesité más señales para asentir, inclinarme y dejar que la Má subiera a mis espaldas como si de una niña pequeña se tratara. Ya había visto aquello en varias ocasiones; la chamana asistía siempre a los partos y no a todos los *omegas* embarazados les daba tiempo a llegar al Pinar, o no tenían la fuerza para hacerlo; así que la cargaban a los hombros y se la llevaban con ellos a la villa.
Pero aquella situación era nueva y precipitada, un parto imprevisto y un viaje muy largo hasta Refugio de la Garra. Si habían enviado al *omega*-liebre era solo porque ellos eran los más veloces y el que antes llegaría a pedir ayuda a la chamana. Quizá, con suerte, la Má visitaría la villa antes de que fuera tarde.
—Voy a ir por las ramas —anuncié, ya trepando a toda prisa hacia las copas—, llegaremos antes.
Topa Má era una *alfa*, así que era más grande que la media *omega*, sin embargo, no pesaba demasiado.
—Lo que sea necesario —respondió ella a mis espaldas, agarrada con sus brazos y sus piernas a mí mientras su vestido negro y vaporoso flotaba como una sombra que dejábamos atrás a cada paso.
El viaje a Refugio solía llevarme dos horas y media a un ritmo normal, pero pude acortarlo a una sola hora gracias a la adrenalina y el sobresfuerzo que después me dejaría incapacitado varias horas. Por suerte, nada más alcanzar el valle, ya nos estaban esperando un grupo de *omegas* que me tomaron el relevo se llevaron a Má corriendo entre la hierba como si casi ni rozaran el suelo.
Entonces me dejé caer sobre la hierba, con los pulmones ardiendo y el cuerpo empapado en sudor. Miré el cielo grisáceo y el vapor que emitía mi piel caliente en contraste con el frescor de la tarde. Caía una fina lluvia, pero no me enfriaba en absoluto el rostro, demasiado sonrojado y candente como para no derretir las gotas nada más rozarlo.
No sé cuánto tiempo me pasé allí tirado, pero tuvo que ser el suficiente para que Topa Má alcanzara el Refugio y los *omegas* dijeran que había sido yo quien la había traído corriendo. Palabras que debieron llegar a oídos de muchos, pero que afectaron a muy pocos.
—Lemér… —murmuró alguien a mi lado.
Entreabrí los ojos y miré al *alfa*. Su espesa barba blanca ya estaba quebradiza tras una semana sin visitas, relatando una historia de corazón roto y soledad; sus ojos de un azul helado hablaban de dolor y tristeza, pero su mueca de labios apretados era un anuncio de preocupación y cariño que aún perduraba en el tiempo.
—Lupo —respondí en voz baja y algo rasgada.
El *alfa*-lobo asintió, como si agradeciera que le hubiera reconocido, y después se cruzó de brazos. No se había acercado demasiado a mí, quizá no se había atrevido a hacerlo, así que me miraba desde un metro y medio de distancia, agitando lentamente la cola a sus espaldas, visiblemente nervioso.
—Topa Má dijo que habías sido tú quien la había traído aquí —me dijo—. Es… un viaje muy largo y has llegado muy rápido. Todos están bastante impresionados.
Con un gruñido de esfuerzo, me incorporé lo suficiente para sentarme en la hierba y pasarme la mano por el pelo revuelto y húmedo.
—Sí, apuré bastante el ritmo —reconocí—, pero ahora me duele todo.
Lupo volvió a asentir y, tras unos segundos, deslizó la mirada hacia la pradera, sumergida en una

luz pálida y grisácea y agitada por una brisa húmeda con olor a lluvia.
—Polu y yo estábamos muy preoc… —empezó a decir antes de detenerse a mitad de la frase. Entonces se pasó una mano por los labios, acariciando su barba fina y ya casi sin brillo—. Quizá no debería haber venido, perdona.
—No, no te preocupes —murmuré—. Ha sido un detalle, gracias.
El *alfa* hizo un intento de volver a asentir, pero lo único que consiguió fue agachar la cabeza y mirar al suelo. Tras aquella confesión de camino a El Abrevadero no había vuelto a verles, y no era difícil sentir la tensión que flotaba en el aire entre nosotros. Querría poder decir que no había tenido tiempo para ir al Refugio; entre el viaje, mi trabajo, los planes con Tigro y Buyú; pero hubiera mentido.
La verdad es que no quería volver y no quería resolver una relación que después iba a dejar morir cuando me fuera de La Reserva. Aquel era un gran momento para poner punto y final a lo nuestro y, además, hacerlo de una forma que ellos pudieran entender; no porque, de repente, hubiera desaparecido de la noche a la mañana.
—No estoy enfadado con vosotros, solo necesitaba pensar, Lupo —fue lo que salió de mis labios.
¿Por qué? No lo sabía. Quizá yo no fuera el hombre maduro y responsable que tanto me creía; quizá Topa Má tuviera razón y me encantara joderme la vida y buscarme problemas; o quizá algo dentro de mí se resistía con todas sus fuerzas a dejar a los *alfas* marchar.
El *alfa*-lobo me miró por el borde de sus ojos como el hielo y preguntó:
—¿Y qué has decidido?
—Yo… —murmuré—. Creo que voy a quedarme —dije—. Sí —bajé la mirada de su rostro a la pradera que se extendía ante mis ojos como un mar de hierba, de olas como colinas y espuma como flores—. Sí, es… me gusta mucho este lugar. No creo que pueda dejarlo atrás.
Lupo se volvió hacia mí y descruzó las manos del pecho para colocarlas en la cadera. Seguía teniendo una expresión seria, pero ya no parecía incómodo y asustado como antes.
—¿Hablas del Refugio de la Garra? —preguntó.
No, no hablaba solo del Refugio, pero sonreí un poco y asentí.
—¿Dónde está Polu? —le pregunté—. Sería mejor que habláramos los tres de forma seria sobre el futuro.
—Polu está en casa, todavía le cuesta caminar —respondió—, pero está muy enfadado conmigo desde que te fuiste —terminó murmurando con una mueca exasperada—. Dice que es todo culpa mía, que debería haber cerrado la boca, pero tienes que entenderlo, Lemér. Nosotros somos buenos *alfas*, no podemos dejar las cosas pasar y tragar con todo como hacen otros. Tú eres…
—No pasa nada, Lupo —le interrumpí mientras alzaba una mano hacia él—. Ayúdame a levantarme, hablaremos todo lo que tengamos que hablar los tres juntos. ¿Vale?
Al alfa le tomó una buena respiración y un par de asentimientos aceptar mi oferta y ayudarme a levantarme. Ya de pie, me costó dar un par de pasos sin sentir unas leves punzadas en los músculos agarrotados y quemados tras la carrera.
—¿Puedo…? —me preguntó él, agachándose un poco para ofrecerme su amplia espalda—. Si quieres.
No necesité responder, porque ya me estaba subiendo encima y cerrando los brazos alrededor de su cuello. El *alfa* cerró entonces los ojos y un suspiro se escapó de sus labios.
—Qué bien hueles… —le oí susurrar.
Pero se recuperó rápido, agitó la cabeza de larga melena blanca y, con decisión, comenzó a correr a un ritmo decente por la pradera. Al alcanzar la grieta en el suelo donde se escondía el

Refugio, optó por bordearla y bajar por las escaleras en vez de descender por los ascensores; un camino más largo, pero también uno que nos haría llegar antes a su casa y que, por otro lado, le permitiría tenerme un poco más de tiempo pegado a su cuerpo.
Solo se detuvo un segundo o dos antes de entrar por la puerta, tomando una bocanada más profunda y reuniendo fuerzas para enfrentarse a lo que fuera que iba a suceder desde entonces.
Polu estaba allí, sentado de espadas, con la mirada perdida en la hoguera y la pierna extendida a un lado. Al igual que su hermano gemelo, tenía un aspecto cansado y su barba se había tornado fina y quebradiza.
—Polu… —murmuró Lupo.
El *alfa* ni se inmutó.
—¿Qué tal, Polu? —lo intenté yo esa vez.
Entonces el lobo blanco movió la mirada en tan solo un instante, encontrándome subido a la espalda de su hermano. Su primera reacción fue abrir los labios y los ojos, después mirar a Lupo en busca de una respuesta que él no era capaz de entender, y, finalmente, volver a mirarme para jadear:
—Lemér…
Le hice una señal a Lupo para que me dejara bajar y, una vez en el suelo, di lentos y controlados pasos hacia uno de los asientos que rodeaban la lumbre central.
—¿Qué tal la pierna? —le pregunté.
—Bien —respondió, echando otra ojeada rápida a su hermano, quien ya se estaba sentado a mi otro lado—. ¿Qué… cómo…?
—Lemér trajo a Topa Má todo el camino hasta aquí —le explicó él—. Ret ha tenido un adelanto en el parto.
La sorpresa de Polu fue más que evidente.
—¿Y has llegado tan rápido?
—Empieza a ofenderme un poco que vosotros también estéis sorprendidos de eso —les dije, optando por un enfoque más relajado, humorístico y ligero; porque si fuera por los *alfas*, aquello parecería un juicio a vida o muerte—. Creía que sabíais que soy mucho más rápido que vosotros.
Polu forzó una ligera sonrisa, pero aún estaba demasiado tenso como para reírse; Lupo, por otro lado, no dejó de mirar el fuego, con los codos apoyados en las rodillas mientras se rascaba los cayos de las manos.
—Lemér quiere hablar del futuro —anunció con tono serio.
Me costó un poco no chiscar la lengua y dedicarle una mirada fría. El *alfa* había tirado por los suelos mi intento de relajar la tensión, prefiriendo aquel ambiente dramático, frío y serio.
—Oh… —murmuró Polu antes de cerrar los labios y fruncir el ceño—. Por supuesto. Yo… lo siento mucho, Lemér. Lupo no debería haber dicho nada del otro *alfa*, no nos import…
—Sí nos importa —le cortó Lupo en seco, dedicándole una mirada fría por el borde superior de los ojos—. Nosotros también vamos en serio. Nos merecemos lo mismo que ese bovino de mierda.
—Hay que tener paciencia —gruñó Polu con los dientes apretados y una leve furia brillando en sus ojos de hielo—. No se cazan animales a pedradas y saltándoles encima, porque entonces solo se asustan y se van corriendo…
—Sí, Polu, es mejor quedarse mirando como otro cazador más rápido le atrapa antes y se lo lleva delante de tus narices.
—No se trata de…
—Vale —les detuve, alargando las manos para colocar una en la pierna de Lupo y la otra en el

hombro de Polu—, dejarme hablar a mí. —Esperé a que ambos hermanos asintieran y continué —: yo no soy un venado y vosotros no estáis cazando nada. De hecho, me alegra que Lupo me dijera la verdad, porque tenéis una horrible tendencia a esconderme cosas.
Mis palabras provocaron una reacción en el *alfa*-lobo de melena suelta, quien alzó la cabeza con orgullo y dedicó a su hermano una afilada sonrisa.
—Te dije que a Lemér había que irle de cara —se regodeó.
—Por tu culpa Lemér casi nos deja sin barba —le acusó Polu en respuesta.
Chisqué los dedos entre ellos para recuperar su atención y tras una mirada firme a cada uno, continúe:
—Vamos a ser sinceros: ahora mismo solo os visito a vosotros y al *alfa* bovino —dejé a Tigro fuera de aquello, porque no era un *alfa* con el que pudiera terminar emparejado y al que visitara regularmente. Como el había dicho, solo era un buen polvo—. Pero creo que eso es obvio y que ya lo habréis deducido por el tiempo que os dedico.
No necesité más que otro vistazo para ver la respuesta en sus rostros.
—¿En serio, chicos?, ¿de dónde os creéis que saco el tiempo para más *alfas*? —quise saber—. Cuando digo que reparto las cartas en toda la comarca, lo digo en serio.
—No sé —murmuró Polu antes de encogerse ligeramente de hombros—, viajas mucho siendo el cartero. Quizá tuvieras un par de *alfas* que solo te limpiaran o… para pasar el rato.
—Pues no los hay —le aseguré—. Entre el trabajo y vosotros, tengo suficiente.
—Entonces, solo somos nosotros y él —concluyó Lupo, viéndolo desde una perspectiva más competitiva—. No hay nadie más.
Eso lo dijo mirando fijamente a su hermano, el cual respondió a su mirada seria antes de asentir.
—¿Él va en serio? —me preguntó Pulo—. El bovino.
—Eso dice.
—Pues nosotros también —me aseguró Lupo, girándose en su asiento para mirarme—. Y queremos un juego justo y los mismo privilegios, o puedes irte por la puerta y no volver.
—¡Lupo! —gruñó Polu, llegando a mostrarle los dientes de largos colmillos—. ¡Cierra la puta boca!
—¡No! —rugió con un gesto cortante y la misma expresión enfadada—. ¡Que se decida! ¡No vamos a ser los gemelos divertidos a los que visitar cuando se aburre! ¡Ya estoy cansado de esa mierda!
—¡Pero tú no eres el único que decide aquí! —rugió su hermano de vuelta.
—Ssssh… —siseé, volviendo a colocar una mano sobre cada uno de ellos—. Lupo tiene razón, he sido injusto con vosotros —le confesé a Polu—; pero Polu es sensato al ser precavido y no ponerse demasiado bravo —le advertí a Lupo.
—No me pongo bravo, ya tenemos una barba…
—No —le interrumpí al momento—. Eso no funciona conmigo. Sabéis que me mojo muchísimo y que os saco barba el triple de rápido que el resto, no podéis seguir midiendo las cosas por ese estándar. No al menos como hacéis en el Refugio.
—¿Y cómo quieres que lo midamos? —preguntó Polu—. ¿Cómo si fuéramos *alfas* solitarios?
—Sí —afirmé de pronto, pensando rápidamente en aquella idea—, es una buena medida.
Los hermanos intercambiaron una mirada de ceño fruncido y Lupo gruñó un poco por lo bajo, no demasiado feliz al respecto.
—Nosotros no somos *alfas* solitarios, tardarás más en sacarnos la barba que al bovino.
—Eso es mentira, él no siempre se lo come todo —respondí, aunque me arrepentí al momento. No era una información que me hubiera gustado contarles a los gemelos, pero ya era tarde.

Ambos intercambiaron una rápida mirada y sonrieron casi al mismo tiempo.
—Ah, ¿no…? —preguntó Polu mientras se acariciaba el mentón de barba blanca y quebradiza—. Pues nosotros sí lo hacemos…
—Siempre —añadió Lupo.
—Quizá el problema es que seas demasiado *omega* para un solo *alfa* —continuó su hermano.
—Sin duda eres demasiado para uno solo, por eso necesitas dos.
—Sí, sí —murmuré con cara aburrida mientras hacia un gesto con la mano—. Ya me sé toda esa tontería del Refugio, pero lo que necesito en realidad son *alfas* que no me mientan a la cara, no me escondan cosas y no me compliquen más la vida de lo que me la complico yo mismo. ¿Entendéis?
—Claro —asintió Polu.
—Y nosotros necesitamos un *omega* que sea justo y nos tome en serio.
Miré a Lupo y moví la mano de su pierna a su rostro para agarrarle del mentón y darle una leve sacudida.
—Relájate un poco, Lupo —le pedí—. La semana que viene me tomaré la poción.
—¿Por qué no esta semana? —quiso saber.
—En un par de días tengo que irme a la comarca de Mar Bravo —les expliqué—. Cuando vuelva, regresaremos a la rutina de siempre.
—No puedes dejarnos otra semana así —dijo Polu con un tono algo preocupado—, perderemos la barba y será como volver a empezar.
—Eso tiene solución —arqueé las cejas.
Ambos *alfas* intercambiaron de nuevo una rápida mirada y ambos sonrieron.
Una vez decidido a quedarme en la Reserva, había llegado el momento de tomarme aquello en serio. No más huir, no más excusas, no más miedos: aquella era mi vida ahora y debía buscar lo que fuera lo mejor para mí.
Si había dejado atrás internet, la televisión y el café, no sería por nada. Más le valía a esos *alfas* hacerme el *omega* más feliz del mundo.

UNA BARBA DE MENTA Y MIEL

Como sabía que sucedería, Tigro terminó traicionándome.

Lo hizo de la forma más sucia, rastrera e inimaginable posible. No me dio tiempo a reaccionar. Cuando volví junto a él, lo vi, clavándome un puñal en lo más profundo del pecho, allí donde ya no quedaba nada.

—Eres un dramático, Lemér —me acusó, echando a un lado la pepita del melocotón que acababa de comerse—. Tenía hambre —y se encogió de hombros, respondiendo, como tanto le gustaba hacer ahora, a preguntas que yo no había formulado—. Sí, ya sé que era el último, pero habrá más fruta de camino.

—A ti ni siquiera te gusta la fruta —murmuré, dejando en el suelo el grupo de leña que había estado recogiendo para alimentar la hoguera del campamento.

—Puedo comerla. No es mi favorita, pero tampoco me va a matar —respondió, frotándose las manos para limpiarse el jugo del melocotón—. ¿No es curioso eso? —preguntó entonces, frunciendo el ceño antes de mirar al cielo repleto de estrellas—. A los *alfas* carnívoros nos encantan los *omegas* con sabores dulces, y las frutas suelen ser los más comunes; y, sin embargo, la fruta de verdad nos da completamente igual. ¿A qué crees que se debe? ¿Son solo las feromonas?

Me senté en el suelo frente al fuego y arqueé una ceja. No iba a conseguir distraerme del hecho de que se había comido la última pieza de fruta mientras yo estaba recolectando leña.

—¿Y no se supone que los carnívoros sabéis cazar? —pregunté.

—Oh, no, no… —sonrió—, eso es solo un cliché.

—Todos los carnívoros que conozco saben cazar.

—Pff —resopló—. ¿Todavía no te has dado cuenta de que yo soy especial, Lemér? Soy único en mi especie. Soy la excepción que confirma la regla y el *alfa* más atractivo y sexy que…

—No sabes cazar —concluí.

Una media sonrisa se deslizó por los labios de Tigro, mostrando parte de sus colmillos anchos y afilados. Como un enorme felino, se movió gateando hacia mí, con su cola anillada deslizándose lentamente a sus espaldas, paso a paso sin dejar de mirarme. Cuando estuvo casi a mi lado, se detuvo, hundió la cabeza entre los hombros, agitó ligeramente el trasero y soltó un gruñido un momento antes de saltar.

Con su peso me llevó al suelo de hojas y hierba fresca, obligándonos a dar un par de giros antes de quedarnos parados. Mirándome fijamente con sus ojos de jade y oro, susurró en mis labios:

—¿Cómo qué no? Te he cazado a ti…

Resoplé tan fuerte que se pudo escuchar en varios metros a la redonda, interrumpiendo por un instante el sonido de la brisa nocturna contras las hojas, el crepitar de la hoguera y el ulular de un búho lejano.

—Creo que te has confundido —le aseguré—. Tú no me has «cazado», Tigro; yo me he dejado cazar.

El *alfa* gruñó con interés mientras frotaba suavemente nuestros bigotes, haciéndome cosquillas

con su larga barba de menta y miel.
—Así que te has «dejado cazar»… —murmuró, moviendo las piernas entre las mías para hacerse hueco y pegar la entrepierna—. ¿Y por qué has hecho eso, Lemér?
Me encogí de hombros y le rodeé el cuello con los brazos.
—Me aburría.
A Tigro se le escapó un leve bufido y una pequeña risa antes de susurrar en mi oído:
—Mientes…
—Quizá solo tenía curiosidad.
—Mucha curiosidad —me corrigió, pasando su mano por mi cuerpo en dirección a mi cadera.
—De hecho, al principio estaba muy perdido, no sabía quién eras.
—Oh… sí lo sabías —continuó susurrando, interrumpiendo por un momento sus leves mordiscos en el lóbulo de la oreja, allí donde a veces le gustaba tirar de mi pendiente—. Siempre lo has sabido.
—Pero nunca me imaginé que fueras a darme tantos problemas.
Tigro levantó la cabeza y me miró un momento a los ojos.
—¿No? —arqueó las cejas—. ¿En serio?
—No —respondí antes de encogerme de hombros—. Quizá lo sospechara, pero no estaba seguro.
—Ohm… —ronroneó, empezando a sonreír de nuevo—. Pues yo supe nada más verte que ibas a traerme muchísimo problemas.
—Pensaba que no te gustaban los problemas, Tigro.
—Oh, ya, bueno… —dijo, ya a la altura de mi cuello antes de notar su lengua cálida y húmeda en la piel. Entonces gruñó y pegó más su entrepierna a mi culo—. Pero me encantan los problemas que tú me das…
Fue mi risa la que, en esa ocasión, interrumpió la brisa nocturna y el ulular de los búhos, aunque no sería el último sonido de aquella noche que lo haría. Puede que ya hubiéramos dejado atrás el territorio del *salvaje*, pero Tigro seguía siendo Tigro.
O, incluso me atrevería a decir: el *alfa* estaba siendo más Tigro que nunca.
No había sido un cambio inmediato, sino más bien una evolución. Aquella lluviosa semana nos habíamos reunido en su casa en lo alto de las copas y habíamos partido con destino a la comarca de Mar Bravo, en el noroeste. Yo llevaba mi mochila y Tigro cargaba el resto: tienda, cantimplora, algunos utensilios y hasta un machete que, según él, era para cortar leña; pero el cual llevaba siempre atado al cinturón.
La primera noche habíamos acampado en una pequeña gruta entre las rocosas montañas al este, habíamos comido algunos de las provisiones secas y habíamos discutido cuál de los dos tenía más dotes de supervivencia.
—Lemér… yo sobreviví todo un año en La Reserva antes de conseguir mi territorio, el cual, te recuerdo, también es autosuficiente; así que es evidente que tengo mejores…
—Sobrevivir en La Reserva es muy fácil: hay comida, refugio y agua por todas partes —le interrumpí—. A mí durante mi preparación, me llevaron a uno de los entornos más agresivos y peligrosos del planeta con tan solo la ropa puesta. Tuve que sobrevivir todo un mes y casi termino deshidratado.
—Los *betas* casi me matan y estoy muy orgulloso de ello… —respondió Tigro con un tono infantil mientras movía la cabeza de lado a lado.
—¿Hay alguna razón por la que te guste llevarme siempre la contraria?
—No, de hecho, eres tú el que siempre saca temas para discutir —me acusó, señalándome con mi navaja del ejército—. Yo estaba muy tranquilo cenando un poco antes de limpiarte y follarte

contra esa pared —y después señaló un lado de la cueva.
—¿Por qué tiene que ser contra la pared? —quise saber.
—¡¿Ves?! ¡Siempre eres tú el que inicia las discusiones!
—Yo no inicio nada —me defendí—, solo pregunto por qué cojones tiene que ser contra la pared. Es una postura incómoda.
—No es incómoda si te pongo de frente y te sujeto con los brazos.
—Ah… —comprendí—. Pensé que decías de espaldas.
—No, Lemér. Siempre haces lo mismo: sacas conclusiones precipitadas antes de que me dé tiempo a explicarte nada.
—Tampoco te pongas dramático —murmuré con los ojos en blanco—. Si estás enfadado porque yo soy mejor superviviente que tú, no es mi culpa.
Tigro se rio, llenando la gruta con su risa grave y alta.
—No estoy enfadado —mintió mientras sonreía como un maníaco—. Pero quizá te dé un poco más fuerte de lo que esperas contra esa pared.
—Aha… —murmuré, muy poco impresionado por la «amenaza»—. Entonces paro ya, sino va a ser una follada muy corta.
Tigro se quedó helado un par de segundos antes de soltar un jadeo entre sus labios y llevarse una mano a la barba espesa.
—No… —murmuró—, no vas a conseguirlo…
—¿Conseguir el qué?
El *alfa* arqueó ambas cejas y su sonrisa se volvió una simple línea afilada y puntiaguda en los extremos.
—Provocarme.
—No te estaba provocando, solo digo que si quieres tomarme en brazos y follarme muy duro a la vez, no vas a aguantar mucho.
El *salvaje* tensó la mandíbula al apretar los dientes y, forzándose a seguir sonriendo, bajó la mirada al fuego.
—Nooo… —repitió—. No vas a conseguirlooo…
—Sí, eso es lo que digo: que no vas a conseguirlo —asentí—. Me alegra que dejes por un momento el orgullo a un lado y te des cuenta de tus limitaciones.
Tigro cerró por un momento los ojos y empezó a reírse. Siguió negando un poco más con la cabeza, pero algo dentro de él le llevó a declarar un bajo:
—Como si esta fuera la primera vez que lo hago…
—Mmh… —me lo pensé—. Las otras veces te había hecho *alfa*, así que estabas en mitad de un estado de profunda locura por mí. No es lo mismo.
—«Profunda locura por ti» —repitió, como si fuera lo más estúpido que hubiera escuchado nunca—. Claro, Lemér… —entonces guardó la navaja, se levantó y se empezó a desabrochar el cinturón—. Quítate la ropa.
—Oh, ¿ya? ¿Y dónde quieres hacerlo? ¿Aquí en el suelo?
Tigro no dejó de mirarme con expresión seria hasta que se bajó el pantalón, dejándolo a la mirad del muslo para mostrarme sin pudor alguno lo duro que estaba. Como no me moví, él vino a buscarme. Me agarró en brazos como si no pesara nada y me llevó justo a la pared que había señalado antes, apoyándome la espalda con un golpe un tanto seco y violento que me dejó sin aire.
—Yo no me vuelvo loco por ti, Lemér —me dijo, clavándome aquellos ojos verdes y dorados que parecían resplandecer con cada reflejo de las llamas—. Tú me provocas.

Entonces hundió sus garras negras en mis pantalones y tiró de ellos casi como si deseara romperlos más que quitármelos.
—Te puede el orgullo, Tigro —susurré—. No voy a hacerte el favor de agarrarme con las piernas y ayudarte.
—No necesito que me hagas favores —gruñó, pegando su frente a la mía hasta casi encerrarme contra su cuerpo y la pared.
Su voz era grave y densa, respirando rápidas bocanadas entre los largos colmillos. Sus ojos felinos no se apartaban de los míos, con las pupilas cada vez más dilatadas y los bigotes más erizados.
Deslizando mi cola por su cuello le rodeé como una soga antes de apretarle un poco.
—No vas a poder… —murmuré.
—Qué bien lo voy a pasar cuando solo puedas gemir mi nombre y lloriquees para que pare… —gruñó con voz cada vez más y más densa.
Quizá Tigro no fuera consciente de ello, pero se estaba perdiendo por completo en la locura. Nada más metérmela, soltó un profundo gruñido y me apretó más fuerte contra él, comenzando esa letanía de violencia, movimientos de cadera y furia que era el sexo con un *alfa salvaje* fuera de control. Cuanto más me follaba, más profundo caía y, antes de que se diera cuenta, ya estaba perdido.
Al terminar, tuvo que descansar un buen rato, secarse el sudor que le empapaba el rostro y limpiarme a conciencia antes de abrazarme y llevarme con él al jugón que compartíamos.
—Otro día probamos de nuevo —murmuró en mi nuca—. Quizá me haya emocionado un poco…
—«Un poco» —murmuré, ya con los ojos cerrados.
Tigro se rio, haciéndonos vibrar entre las mantas antes de darme un húmedo beso en la nuca.
Esa fue la dinámica que nos acompañó hasta Dique Dulce, porque, aunque habláramos de supervivencia, no estaba en nuestros planes alejarnos demasiado de las rutas principales que unían las villas. En ellas, podríamos reponer provisiones y tener una noche de descanso a cubierto; no había razón alguna para no aprovecharlo.
Descubrí varias cosas ese día, cuando, en mitad de una repentina tormenta, alcanzamos la famosa villa comercial, la cual recibía y enviaba una enorme cantidad de bienes que viajaban arriba y abajo del río entre comarcas.
Primero: que Dique Dulce no era el puerto triste y húmedo me había imaginado. De hecho, era uno de los poblados animanos más grandes que había visto hasta entonces: mitad Venecia, mitad Canal de Panamá. Asentado en uno de los puntos más estrechos del río, los *alfas* habían construido una presa con piedras y madera que separaba los diferentes niveles del río, creando canales a diferentes alturas para facilitar el traspaso de las naves.
Así que la villa atravesaba de lado a lado la costa como un puente, uniendo Mil Lagos con la Comarca de Mar Bravo. A un lado el río seguía su curso hacia el sur y, al otro, se estancaba el agua proveniente del norte. Allí donde aguardaban las naves a poder cruzar uno de los canales que se vaciaban y llenaban de la corriente para subir o bajar las embarcaciones.
—Creo que nunca dejará de fascinarme la tecnología animana —murmuré cuando Tigro y yo nos quedamos a ver uno de esos vaciados y llenados, protegidos de la lluvia bajo un pasillo cubierto —. Que consigan hacer estas obras de ingeniería solo con palos y piedras… es increíble.
—Por favor, Lemér —resopló el *alfa*—, estas «obras de ingeniería» ya las hacían los egipcios. No todo se inventó en el siglo XX. Corrijo —añadió entonces, alzando un dedo de uña negra y afilada—: No todo lo inventaron *los betas* en el siglo XX.

—Eso ya lo sé —respondí—, pero sigue siendo sorprendente.
—Lo único sorprendente es que todavía pienses como un *beta* y nos veas como una raza inferior.
Tomé una exasperada bocanada de aire entre los labios y giré el rostro para mirar al *salvaje* a los ojos, un tanto ensombrecidos bajo la capucha de su capa.
—No es eso, simplemente… Si conocen la tecnología y tienen los recursos para avanzar, ¿por qué los animanos se han quedado estancados en la Edad Media?
—Nos hemos quedado —respondió.
—¿Qué?
—Has dicho: «se han quedado», pero lo que deberías decir es: «nos hemos quedado». *Nosotros* —arqueó las cejas—, los animanos.
—Hoy estás especialmente insoportable, Tigro —murmuré—. Dime, ¿es la lluvia o tu orgullo herido lo que te pone de tan mal humor?
Como me esperaba, el *alfa* se limitó a reírse y alzar la cabeza.
—¿Tanto te molesta que te recuerde que eres un animano, Lemér?
—En absoluto.
—Entonces, es mejor que te acostumbres a incluirte entre nosotros, después de todo, te vas a quedar aquí. ¿No?
Con otra profunda bocanada terminé suspirando y devolviendo mi atención al canal de agua que se vaciaba frente a nuestros ojos, dejando a la nave de aspecto vikingo al mismo nivel que el agua del río.
—¿Por qué nos hemos quedado en la Edad Media? —pregunté.
—Buena pregunta —dijo el *alfa* mientras me pasaba un brazo por los hombros y ponía una mueca pensativa.
—¿Y la respuesta? —quise saber.
—No tengo ni idea —concluyó, sonriendo—, pero seguro que Topa Má sabrá por qué. Ellas son las guardianas de nuestras tradiciones.
Mirando las compuertas abrirse y la nave zarpar bajo la lluvia, una idea me cruzó la mente.
—¿Crees que las Má han evitado el progreso a propósito? Para que la gente no dejara de respetar su poder en la comunidad y sus rituales chamánicos.
Tigro bajó la mirada hacia mí unos pocos segundos antes de estallar en una carcajada.
—¿Ahora vas a plantearte teorías absurdas y paranoicas, Lemér? —preguntó, hundiendo parte del rostro en mi cola alrededor de su cuello—. ¿Vas a ponerte un gorro de papel de aluminio y decir que Dique Dulce lo construyeron los aliens?
—Es imposible hablar en serio con…
—¿Necesitáis ayuda, chicos? —nos interrumpió una voz no muy lejana.
Uno de los *alfas*-castor encargados del ascensor acuático, de larga barba repleta de cuentas y enorme cola plana, se acercó a nosotros por el pasillo cubierto. Llevaba una gruesa capa negra para protegerse del viento y la lluvia y un portafolios entre las manos, sin dejar de mirarlo, se detuvo frente a nosotros y alzó la cabeza.
—Si queréis tomar algún barco, llegáis tarde. Ya han cruzado todos los de hoy —nos advirtió.
—No, solo queríamos cruzar a Mar Bravo —respondió Tigro con una sonrisa a la vez que me apretaba ligeramente contra él—. Mi *omega* y yo vamos a ir a ver las playas. Dicen que están preciosas en esta época del año.
El *alfa*-castor frunció el ceño y echó una rápida ojeada al cielo grisáceo y a la lluvia torrencial que caía.
—Si tú lo dices… —murmuró antes de bajar la mirada al portafolios y pasar una de las páginas

—. Para cruzar solo tenéis que seguir recto el camino superior.
—Quizá nos quedemos aquí a pasar la noche —añadí yo antes de que se alejara—. ¿Podríamos usar alguna de las viviendas vacías o algo así?
El *alfa* asintió varias veces y farfulló un bajo:
—Sí, ir a hablar con Almiz, es la *omega* regidora. Ella os buscará un lugar.
—Gracias —respondí, aunque el *alfa*-castor casi pareció aliviado en cuanto pudo deshacerse de nosotros y continuar con su trabajo en los ascensores.
—Siempre había oído que los animanos de Mar Bravo eran muy fríos, pero no me imaginaba que tanto —me dijo Tigro en voz baja, mirando al capataz gritando órdenes a los demás *alfas* bajo la lluvia.
Asentí, pero no quise darle más vueltas al tema, prefiriendo ir en busca de la regidora y un lugar caliente donde guarecernos. Encontrar a Almiz, la *omega* al cargo de la villa, no fue complicado una vez alcanzamos el otro extremo de Dique Dulce, donde, sobre el limo y el barro de los humedales, habían construido toda un poblado de madera y piedra.
Allí también nos encontramos con más *omegas*, la mayoría de ellos emparejados, pero que aún así no dejaron de mirarnos por una simple razón: Tigro.
Eso fue lo segundo que descubrí aquel día: lo enorme que era el *alfa salvaje* cuando se lo comparaba con los demás. No era algo de lo que no te dieras cuenta enseguida, sino algo a lo que te acostumbras hasta que puedes verlo con cierta perspectiva. Los únicos animanos con los que había visto a Tigro hasta entonces habían sido *omegas*, y, sinceramente, todos parecían enormes en contraste con los *omegas*. Incluso yo.
Pero en esa ocasión, cuando nos aventuramos en el interior del Hogar y empezamos a ver a los demás *alfas*, la diferencia fue más que obvia. Incluso comparado con los grandes bovinos encargados de mover los cargamentos, Tigro resultaba imponente.
—¿Por qué estás tan sorprendido, Lemér? —me llegó a preguntar cerca del oído mientras cenábamos en una de las mesas—. No paro de decirte siempre que soy el más grande y guapo de todos.
Puse los ojos en blanco y busqué su rostro de enorme y afilada sonrisa. Desde que habíamos llegado, el *salvaje* no se había separado demasiado de mí. No tenía claro si se debía a territorialidad, pero con su larga barba de menta y miel, ningún otro *alfa* soltero se había atrevido a acercarse a más de tres metros de mí.
—No es lo mismo que lo digas a verlo por mí mismo —respondí—. En tu territorio, todo está hecho a tu tamaño. Parece grande, pero pierdes la perspectiva.
Nada más decirlo, supe lo que iba a responder, así que antes de que entreabriera los labios, le corté.
—No.
Tigro tardó unos segundos y, cuando creí que no diría nada, soltó un rápido:
—Me ofende que pierdas la perspectiva de lo que tengo grande, Lemér.
—Es que lo sabía… —murmuré, negando con la cabeza—. Ni siquiera es gracioso.
—Pero, ¿es cierto? —arqueó las cejas.
—Por cosas como estas digo que es imposible tener una conversación seria contigo, Tigro.
—Esta conversación es seria. Muy, muy seria, de hecho —tuvo el valor de decir—. Acabo de descubrir que mi *omega* duda de mi tamaño, cuando yo no paro de recordárselo todo el rato. Noche tras noche, y también por las mañanas, y puede que alguna vez durante el día, pero eso dependiendo del tiempo que tenga; aunque normalmente nunca le digo que no si quiere refrescarse la memoria. Habitualmente con la boca.

Cuando al fin se calló, esperé unos segundos en silencio y pregunté:
—¿Ahora soy *tu omega*? Eso es nuevo.
—Sí, bueno, ya sabes… —empezó a decir, moviendo la cabeza y gesticulando como siempre hacía, usando su cola anillada para frotarme la espalda al mismo tiempo—. Fuera de mi territorio, no se aplican las mismas reglas. Eso, sumado a la enorme barba que me has sacado después de, como te acabo de explicar, demostrarte constantemente lo grande que soy, hace que mis instintos se vuelquen un poco en la necesidad de mantenerme conmigo.
—Aha… entonces, ¿ya no se te puede considerar un *salvaje*?
—Mmmh… —murmuró con tono pensativo y expresión de ojos entrecerrados—. ¿Estrictamente? No. No puedes ser un *salvaje* fuera de tu territorio, pero eso no significa que no lo siga siendo en cuanto vuelva.
—Así que ahora eres solo un *alfa* —concluí.
—Pfff… —resopló Tigro antes de señalarse de arriba abajo—. ¿Crees que algo de esto es normal, Lemér?
—No —reconocí—. No creo que haya nada normal en ti.
—Sé que lo has dicho como un insulto —murmuró, acercando el rostro al mío—, pero me gusta que sepas que soy especial —y me besó.
—No sé, ahora que no eres un *salvaje*, como que ya no me gustas tanto…
El *alfa no salvaje* se rio de una forma escandalosa, llamando la atención de varios grupos, quienes dedicaron rápidas miradas y algún que otro murmullo. Quizá si fuera cierto que en Mar Bravo eran algo fríos.
—Lemér… —me dijo mientras apoyaba un codo en la mesa y el rostro en el puño—. Yo soy todo lo que quieres… y todo lo que necesitas.
Y por si eso no fuera poco, también se tomó la molestia de apretar los bíceps para marcarlos bajo su camiseta de corte medieval. Con mi cola alrededor de su cuello, le empujé suavemente a un lado para desequilibrarle y obligarle a dejar de hacer el gilipollas; después, me giré en busca de otra manzana, tratando de ocultar la fina sonrisa de mis labios.
Tigro siendo Tigro era una de mis mayores debilidades, y no podía acabar de entender el por qué. Algo bastante frustrante cuando tu *alfa* puede leerte la mente, la verdad. En una situación así es imposible mantener una fachada indiferente y tratar de obligarle a parar, porque en el fondo él sabe lo mucho que te gusta.
Había algo un tanto perturbador en exponerse de esa manera a alguien; o al menos, eso me había parecido siempre. Por otro lado, quizá Tigro quisiera igualar la situación o, simplemente, sus instintos le estuvieran jugando una mala pasada, porque había perdido sus inhibiciones por completo.
—Oh, sí… hazme tu *alfa*… —gruñó con voz baja y densa aquella misma noche, en mitad de la cabaña de madera que nos habían dejado.
No era la primera vez que me lo decía, ni la primera vez que yo le despertaba en mitad de la noche para follar; volcándome sobre el *alfa* y mordiéndole el cuello a la vez que le rodeaba con mi cola.
—Joder, Lemér… —jadeaba entre gruñido y gruñido—. Sí, domestícame a folladas…
—¿Qué? —me detuve, apartando los labios de su cuello para mirarle a los ojos y reírme.
—No pares… —rugió, mostrándome los colmillos y erizando los bigotes antes de darnos la vuelta y besarme—. No pares ahora —insistió, frotándose contra mi cuerpo como si quisiera bañarse en tanto olor a menta y miel como fuera posible—. Ogh, sí… —gimió antes de estremecerse de arriba abajo y sonreír.

A la mañana siguiente, se despertó con la misma sonrisa y la barba ligeramente más larga, me limpió de nuevo y me llevó con él a desayunar. Había ya muchos *alfas* por allí, pero Tigro solo alzaba la cabeza como si quisiera mostrar a todos su vello facial todavía húmedo y, cuando les veía bajar la mirada y apartarse de nuestro camino, sonreía más.

—Oh, mira, allí hay melocotones —me dijo, apretándome un poco contra él para señalarme una mesa cercana—. Tus favoritos.

Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza.

—Nunca te perdonaré eso.

Tigro se rio de una forma escandalosa y, con mi cola alrededor del cuello como una bufanda, se encogió de hombros y volvió a sonreír.

SEDADO Y MIMOSO

La Comarca de Mar Bravo era una enorme isla plagada de montañas y valles, separada del resto del continente por dos grandes fiordos. Podríamos haber navegado por uno de ellos en dirección a El Arrecife, alcanzando nuestro destino en apenas día y medio; pero Tigro le tenía pánico al agua.

—No le tengo «pánico» —me corrigió cuando, a mitad del camino de montaña, le recordé una vez más aquello—, pero me pone muy nervioso navegar. Es como volar, no me gusta esa sensación de no estar pisando tierra firme.

—Tigro, el gran capitán del ejército…

El *alfa* me dedicó una mirada seria y una mueca de labios apretados, haciendo sobresalir ligeramente sus bigotes. Cuando le eché una ojeada rápida y le mostré mi sonrisa cruel, terminó por negar con la cabeza y seguir adelante.

—Siempre me sedaban cuando había que viajar —me dijo en un tono más serio—. Me pinchaban y cuando despertaba, ya estaba allí.

—¿Sí? —pregunté, perdiendo la sonrisa para sustituirla por una mueca de ceño fruncido—. A mí muy pocas veces me llegaron a sedar.

—Tuviste suerte, entonces —murmuró antes de saltar un pequeño cambio de nivel en mitad del camino rocoso—. Yo me pasaba la mayoría del tiempo drogado hasta que me necesitaban. Con opio, por cierto, por eso saben que funciona en animanos.

—Eso no suena… agradable.

—No, no lo era —me aseguró, tomando una buena bocanada de aire antes de echar una mirada al cielo nublado más allá de las montañas—. Pero había otros *alfas* que lo tenían mucho peor que yo.

Me detuve.

—¿En el mundo *beta*?

Tigro asintió.

—No hay *alfas* en el mundo *beta*. Los mandan todos a La Reserva.

El *salvaje* me miró un largo segundo y después apretó las comisuras de los labios.

—Realmente te crees que eso —me dijo. No era una pregunta, solo una afirmación.

Yo estaba muy seguro de mis palabras. Tenía esa clase de certeza que te llevas a la tumba, como que el cielo es azul y la nieve está fría; son cosas que sabes y punto. Por eso, cuando Tigro sugirió que su caso no había sido algo aislado ni especial, me recorrió un escalofrío de arriba abajo.

—Sí… —murmuró él, consciente como era de cada minúsculo cambio en mi cuerpo—. Yo no he sido el primero ni seré el último, Lemér.

—No… no lo entiendo. ¿Para qué?

Tigro resopló, apoyando una mano en mi hombro para animarme a seguir el camino. La conversación había dado un giro perturbador y oscuro, pero el *alfa* se comportaba como siempre hacía: como si no mereciera la pena tomarse nada en serio en la vida.

—Pues, por lo que sé, para usos militares, investigación… e incluso entretenimiento.
—¿Entretenimiento? —se me escapó de los labios casi como si escupiera la palabra.
—Sí —se encogió de hombros—. Peleas y esas cosas. Yo no estuve nunca en una, pero ya te dije que yo era especial: a mí solo me usaban para operaciones militares porque siempre he poseído un autocontrol increíble —terminó por mirarme, arquear las cejas y sonreír con cierto orgullo.
—Tú —le dije mientras fruncía el ceño—. Autocontrol.
—Aham —afirmó—. Sé que estás pensando en lo fácil que te resulta hacerme *alfa*, pero eso es porque… bueno, ya sabes; tú eres, quizá, y hablo de un quizá muy probable, la clase de *omega* que, aunque suene difícil de entender, sea exactamente, por no decir «justo», lo que más me gusta.
—Ya —fue mi única respuesta a su palabrería sin sentido—. ¿Y cuántos *alfas* mantienen en esas condiciones? Si tú tenías un autocontrol increíble y aun así te drogaban, ¿qué hacen con los demás?
—Mmh… pues los mantienen sedados todo el rato, les inducen el coma o les domestican con feromonas *omegas*.
Mi silencio fue tan profundo que, por unos segundos, solo se escuchó el silbido del aire entre las piedras y el sonido blanco de las hojas de los helechos al chocar.
—Oh, sí —dijo Tigro como si nada—. Utilizan feromonas *omegas* para manipularnos. Posiblemente, hayan utilizado mucho las tuyas, porque son muy buenas y hueles muy bien.
—¿Qué? —jadeé.
—¿Qué te creías que hacían en todas esas «revisiones médicas» que te hacían? —me preguntó, usando dos dedos de garras negras para entrecomillar las palabras—. ¿Realmente crees que necesitaban analizar tu baba en cada ocasión y tomar muestras de tus fluidos? Pfff —resopló con los ojos en blanco—. Estaban recogiendo tus feromonas para utilizarlas después, Lemér. Incluso con toda esa tecnología y laboratorios, jamás han podido imitar algo tan complejo y sutil como la bioquímica *omega*.
Decir que estaba en shock, era decir poco.
—¿Han usado mis feromonas para domar a *alfas*? —pregunté, aunque casi ni me oí a mí mismo hablando.
—Seguramente sí —afirmó sin ninguna duda de ello—. Es la única forma de domar a un *alfa*, Lemér. Puedes creer o no en El Todo, pero es real. Nos necesitamos mutuamente. ¿Por qué crees que en La Reserva los *alfas* estamos muy tranquilos y no somos agresivos? Porque tenemos a nuestros *omegas*. Sin ellos, nos volvemos irascibles y violentos; que es, exactamente, lo que pasa en el mundo *beta*.
—Pero… —mi cabeza era un huracán de pensamientos y me costaba bastante decidirme por uno solo, así que alcé ambas manos y cerré un momento los ojos, prefiriendo recapitular un poco antes de seguir avanzando—. Los *betas* mantienen secuestrados a *alfas* y usan feromonas de los *omegas* para manipularlos, ¿eso es lo que dices?
—Manipularlos, controlarlos… incluso prostituirlos.
En ese momento sí que no pude más que quedarme sin aire en los pulmones y mirar a Tigro.
—Sí, Lemér —murmuró, ya sin ganas de fingir indiferencia—. Los *omegas* no sois los únicos animanos fetichizados. Todavía existen algunas redes de trata de *alfas* orientadas a la esclavitud sexual. No todos los *alfas* sirven para eso, por supuesto —añadió entonces—, los favoritos son los felinos y cánidos. Ya sabes… unos divertidos bigotes, cola, colmillitos, un poco de vello; pero no terriblemente separado de los *betas*.
Mientras decía aquello se iba señalando a sí mismo, parte por parte.

—Lo que les gusta es la fantasía del hombre-tigre, el hombre-puma, el hombre-lobo. Grrr… —gruñó al final, cerrando las garras y mostrando un poco los dientes—. ¿Lo entiendes? No quieres que te folle un *alfa*-nutria o un *alfa*-castor, pero esto… —sonrió, sacando brazo—. Esto sí.
Tardé un buen par de largos segundos en atreverme a preguntar:
—¿A ti te…?
—No —respondió al momento—. No, no… yo era demasiado valioso. De hecho, sé todas estas cosas porque mi… iba a decir «guardián», como él se llamaba a sí mismo, pero voy a usar el término correcto: dueño. Mi dueño me solía llevar con él a sus fiestas y reuniones para convencer a inversores e interesados en el proyecto. Incluso dentro del ejército, el hecho de tener *alfas* no es una idea que guste demasiado; así que se mantiene muy en secreto.
—¿Quién era ese hombre?
—El doctor Barrymore, encabeza el proyecto *Salvaje*. Sí, lo sé, es un nombre estúpido —dijo con una mueca de ojos en blanco—, pero a él le hacía mucha gracia. Yo era algo así como su «gran éxito», un *alfa* criado desde niño, capaz de controlarse y no volverse violento en situaciones sociales. Aunque eso era mentira en parte, porque siempre me administraba un poco de opio antes de las reuniones y cenas, por si acaso.
—Tigro, deja de decirlo como si fuera divertido —le pedí con tono serio mientras le rodeaba el cuello con mi cola—. Todo eso es horrible.
—Mmh… —se lo pensó un momento, deteniéndose en lo alto de una piedra antes de cruzarse de brazos—. ¿Sabes? Hubo un tiempo en el que estaba muy furioso y el odio me comía por dentro como un cáncer. Quería vengarme, quería verles sufrir, quería verles humillados, esclavizados y prostituidos como a mis hermanos *alfa*. Quería descuartizar a todos los *betas* con mis propias manos… —murmuró, echando un rápido vistazo a sus grandes manos de garras negras—, pero después aprendí que solo me estaba haciendo daño a mí mismo. Entonces, una noche me escapé y corrí lo más rápido que pude a La Reserva. Me buscaron durante meses… y todavía creo que me están buscando —me miró—. Sé demasiado…
Tras el silencio que dejaron sus palabras, tardé un par de segundos en asentir y apartar la mirada de sus ojos de jade y oro.
—Me sorprende que no me hayas contado todo esto antes —murmuré.
—¿Para qué, Lemér?, ¿para convencerte de que te quedaras? No… eso tenía que ser decisión tuya.
—Incluso si hubiera decidido volver, es algo que me hubiera gustado saber —respondí, volviendo a mirarle.
Tigro bajó de la piedra y se acercó a mí para rodearme con los brazos.
—Crees que hubieras podido hacer algo para cambiarlo —me dijo—, pero lo único que ibas a conseguir era frustrarte y acabar odiando a los *betas* tanto como yo.
—Quizá hubiera podido hacer algo —murmuré—. Filtrar la información a la prensa independiente, por ejemplo.
—Oh, sí, claro… —farfulló antes de reírse—. ¿Con qué pruebas?
—Con las pruebas que hubiera recolectado previamente.
—Mmh… Lemér el espía —bromeó, frotando sus largos bigotes negros contra los míos—. Sexy *omega* por el día y justiciero enmascarado por la noche.
—Me ofende que dudes de mis habilidades, Tigro —dije con tono serio antes de apartarle el rostro hacia un lado con la punta de mi cola.
—No, no, no —se negó al momento—, no dudo de ti. Solo que…
Entonces sus palabras quedaron sepultadas bajo un leve gruñido juguetón antes de que el *alfa*

abriera la boca y tratara de morder la cola con la que no paraba de apartarle el rostro. No fueron intentos reales de morderme, sino mordiscos al aire seguidos de una enorme sonrisa y más gruñidos; como si aquello fuera un juego.
—Si intentas ponerme cachondo, que sepas que lo estás consiguiendo —murmuró, guiñándome un ojo.
—No, no es eso lo que intento —le aseguré, dándole un último golpe en la cara—. Lo que intento es que espabiles. Estás muy tonto últimamente.
El *alfa* se mordisqueó el labio inferior y ahogó un ronroneo gorgoteante y grave.
—¿Seguro que no es lo que intentas? Sabes lo mucho que me pone cuando usas tu cola para molestarme —me confesó con una expresión bastante tonta en el rostro—. Aunque no es una excitación sórdida como cuando me provocas, sino más bien una mezcla entre «quiero preñarte hasta que revientes» y «pero abrazándote y dándote besitos…». ¿Sabes?, algo así como… ¿Lemér?
Su pregunta quedó un tanto ahogada en la distancia, porque yo ya estaba cinco pasos por delante, continuando el camino rocoso que atravesaba las montañas.
—Ser un *alfa domesticado* te sienta fatal, Tigro —dije por encima del hombro.
—No, qué va, yo… *Auch*.
Su quejido me hizo detenerme y girarme para mirarle con una mano en el pecho y el ceño fruncido. Por un momento creí que le había pasado algo serio, hasta que puso morritos y levantó la vista hacia mí.
—Ahora me duele un poquito que me digas esas cosas…
—Increíble… —murmuré, negando con la cabeza.
—Lemeeerrr… —gimoteó, alzando las manos hacia mí como si me pidiera un abrazo—. Dime que bromeabas…
La forma en la que fruncí el ceño y le miré entre la sorpresa y el miedo, debió resultar hasta cómica, porque al *alfa* se le escapó un leve bufido antes de insistir para que volviera junto a él.
—Estoy mimoso —reconoció—. Vamos… dale un besito a tu *alfa*.
Estuve muy tentado a darme la vuelta y seguir caminando, pero conocía a Tigro lo suficiente para saber que no pararía con aquella tontería hasta que cediera; así que, con una gran bocanada de aire y una expresión de circunstancias, me acerqué para ponerme de puntillas y darle un beso en los labios.
Tigro gruñó con placer, se relamió el rastro de saliva de los labios y agitó lentamente la cola a sus espaldas, de lado a lado, antes de susurrarme al oído:
—Ahora dale un besito en la polla a tu *alfa*…
Lo siguiente que Tigro supo es que estaba en el suelo, entre los helechos. Cuando agitó la cabeza y me miró, vio mi cola alrededor de su pierna y comprendió lo que había pasado.
—Espabila, Tigro —repetí con tono serio—. Todavía queda mucho camino entre las montañas hasta El Arrecife.
—Lemeeeerrrrr… —gimoteó de nuevo, extendiendo sus manos hacia mí.
Pero era una trampa, una en la que no caería una segunda vez; incluso aunque ver al enorme *alfa* con ojitos y morritos consiguiera arrancar un leve pálpito a mi reseco y oscuro corazón.
—Si tengo que arrastrarte todo el camino, lo haré —le advertí.
—Mmh… —murmuró él mientras una fina sonrisa recorría sus labios—. Creo que eso me pondría bastante… ¿Lemér? ¡Espérame, estoy cachondo y mimoso! ¡Lemeeeérrrr!



Tras una larga travesía de todo un día, al fin alcanzamos Resguardo del Viento, una de las villas interiores de Mar Bravo. Al igual que Vallealto, estaba especializada en la ganadería y el cultivo, aprovechando su situación privilegiada en el interior de un abrupto cañón. Allí, siguiendo el descenso del río, proliferaban las plantaciones aglomeradas en alargados balcones que descendía las colinas como si hubieran construido escalinatas para gigantes.

Incluso ya caída la noche y en mitad de una tormenta, se podían ver a algunos *alfas* trabajando en ellos, alumbrados por los mismos faroles que marcaban el camino en dirección a la villa. Algunos levantaron la mirada y se quedaron observándonos con curiosidad; Resguardo del Viento raramente recibía visitas de extranjeros. Y mucho menos de un *alfa salvaje*.

Algo que resultó especialmente obvio cuando, al alcanzar la vera de la villa de casas nórdicas y techumbres afiladas, el *omega*-nutria al cargo ya estaba allí aguardando por nosotros bajo la lluvia torrencial. Su barba era tan larga y espesa, sus mejillas tan llenas y sonrojadas, su capa tan negra y su altura tan reducida, que, por un momento, pensé que se trataba de un gnomo de jardín que se había unido a una secta satánica.

—¡Bienvenidos! —nos saludó en la distancia, extendiendo sus manos en alto antes de acercarse los últimos pasos que nos separaban y ofrecerme un húmedo apretón de manos—. Espero que el viaje no haya sido complicado en mitad de la tormenta. —Y antes de que pudiera responder, añadió un mucho más serio—: ¿Qué noticias nos traéis?

—Pues… ninguna, la verdad —respondí tras un leve parpadeo de sorpresa—. Solo estamos yendo de camino a El Arrecife.

—Oh… —el *omega*-nutria puso una graciosa mueca de sorpresa con los labios en forma de «o» y los ojos muy abiertos—. ¿Y no habéis tomado un barco por el fiordo? Se tarda solo un día en llegar.

—Ya… —asentí antes de volverme un poco hacia Tigro y colocar una mano en su hombro—, es que a mi *alfa* le da miedo el agua.

—No me da miedo —respondió él al momento, intentando sonreír mucho y hacer un gesto con la mano para restarle importancia—, solo me pone nervioso. Además, nos dijeron que Resguardo del Viento está precioso en esta época del año.

El *omega* se quedó un par de segundos en silencio antes de preguntar:

—¿En época de lluvias?

—Sí —Tigro sonrió más—. Es encantador.

—Cla… claro —murmuró el *omega*, girándose a un lado para indicarnos la dirección al Hogar, el edificio más alto y mejor iluminado de la villa—. Por favor, resguardaros con nosotros a la vera del fuego.

—¡Será un placer! —exclamó Tigro, quien solo se encogió de hombros cuando volví el rostro para mirarle con el ceño fruncido.

Nada más alcanzar el resguardo del Hogar, nos quitamos nuestras capas empapadas y nos agitamos de arriba abajo como un par de animales. Entonces saqué mi cola del interior de mi jubón, donde la había escondido para que no se mojara, atrayendo muchas miradas de los *alfas*

sentados en las mesas.
Tigro reaccionó al instante: se pegó a mí, alzó la cabeza para que todos pudieran ver su espesa barba, erizó sus bigotes negros y sonrió como un completo maníaco, mostrando sus largos colmillos.
Esa sería la primera y última advertencia que les daría.
—Para —murmuré—. Pareces un psicópata cuando te pones así.
—¿Sí? —preguntó él, volviendo lentamente el rostro en mi dirección—. Entonces es que lo estoy haciendo bien.
—Si lo que buscas es hacerles pensar que eres un maníaco homicida, sí, lo estás haciendo genial.
—Eso es justo lo que busco —afirmó—. Así, si se acercan a ti, nadie se sorprenderá de que les arranque la cara a arañazos.
Me limité a poner los ojos en blanco y negar con la cabeza. Ahora entendía por qué a tan pocos *omegas* les gustaba viajar con sus *alfas*: se ponían terriblemente estúpidos y territoriales en ambientes que no conocían. No era lo mismo la villa, donde todos los *alfas* sabían con quién estabas —*alfas* que, además, posiblemente fueran amigos tuyos o que conocieras de toda la vida —, a estar en una villa extranjera.
Cuando les ponías la cuenta en la barba, ya era otra historia; pero mientras tanto eran imposibles.
—Vamos junto al fuego, anda… —murmuré, rodeándole el cuello con la cola para llevármelo conmigo en dirección a uno de los muchos braseros que caldeaban el Hogar.
A veces, cuando hacía aquello, me sentía como si le estuviera poniendo una correa y paseándole como a un perrito; por otro lado, era un acto más instintivo que consciente y, por desgracia, funcionaba demasiado bien. Tigro siempre me seguía sin decir nada y, si tenía alguna queja al respecto, solo tenía que acariciarle la mejilla con la punta pomposa para que empezara a ronronear y sonreír como un completo imbécil.
Nunca acababa de estar seguro de hasta qué punto el *alfa salvaje* se sometía a mí por instinto o por gusto.
—No, Lemér —me dijo aquella misma noche, respondiendo a una pregunta que ni siquiera había formulado—. No me estás controlando como a una marioneta.
—No sé qué decirte… —murmuré mientras me desvestía—. Estos últimos días has perdido por completo la voluntad.
—Eso es lo que tú crees —afirmó, dejando su jubón de lana negra a un lado.
Nutty, el *omega* al mando, nos había ofrecido una de las viviendas desocupadas para pasar la noche y, aun vacía y polvorienta, tenía al menos una cama, una buena hoguera central y mantas de piel.
—Oh, claro, es solo lo que «yo» creo —respondí con una mueca de ceja arqueada y las manos en la cadera.
—Sí —insistió él sin dejar de quitarse las botas—. Te sientes mucho más cómodo si eres capaz de controlar la situación; más aún en lugares que son nuevos o que no conoces; así que te dejo hacerlo —terminó por encogerse de hombros.
—Me dejas hacerlo… —repetí con tono lento y un largo asentimiento de cabeza.
—Lemér… —murmuró él, dejando las botas manchadas de barro a un lado antes de incorporarse —. ¿Ves esto? —preguntó, señalándose la espesa barba naranja, negra y blanca. Tan larga que ya había empezado a tomar esa forma atigrada de mandíbula más larga, como si le creciera de forma triangular.
—No empieces —le pedí.
—No, no, es importante —insistió, señalándose de nuevo—. Esto significa que puedo identificar

y adaptarme a todas tus necesidades; desde las más estúpidas hasta las más importantes. Por ejemplo, sé que estás más calmado y relajado si tomas las decisiones sobre qué camino escoger, cuando detenernos a comer o dónde hacerlo. También sé que, en el fondo, te encanta esa sensación de control sobre mí, porque te hace sentir muy seguro.
—Vaya, cuanto has aprendido de mí esta semana —le felicité, aunque con un marcado tono irónico en la voz.
Tigro sonrió, ladeó el rostro y empezó a desabrocharse el cinturón.
—Me gusta muchísimo poder saberlo todo de ti, Lemér… —murmuró con un regusto dulce en su voz grave—. Nunca me has sacado una barba tan larga y ahora no hay nada que puedas esconder de mí. Sé que eso te molesta —añadió, deslizando el cinturón para tirarlo a un lado junto a sus botas—, pero a mí me encanta…
Entonces se sentó sobre la cama y se recostó, apoyando el cuerpo en los codos y abriendo las piernas para hacer más que evidente el bulto duro que apretaba la entrepierna de su pantalón. Con calma, ladeó el rostro y me miró de arriba abajo.
—Ni te imaginas lo especial que me hace sentir saber que confías en mí de esta manera… —me dijo con tono más bajo y grave, deteniéndose tan solo un momento para mojarse los labios—. El complicado, complicado Lemér… tan distante y frío, tan reservado con sus emociones, tan negado a dejar a alguien entrar en su mundo… Tan aterrado por enamorarse.
Con la misma expresión indescifrable, me acerqué a él hasta quedarme en el hueco que había entre sus piernas. Allí, me crucé de brazos y observe sus brillantes ojos de jade y oro; salvajes, casi animales, refulgiendo con cada destello que la luz de la hoguera arrancaba de ellos.
Mi intención era demostrar que nada de lo que dijera conseguiría provocarme, que nada de lo que saliera de sus labios podría conmigo.
Pero a Tigro eso no le importó.
—Sabes que soy tu favorito… —me dijo, empezando a mover lentamente la cadera—, sabes que no hay nadie como yo. Sabes que lo único que te impide hacerme totalmente tuyo es tu orgullo…
—Si sigues así vas a correrte —murmuré con tono bajo y carente de toda emoción.
—Sí… —jadeó, llevándose una mano al botón del pantalón para desabrocharlo—. ¿Quieres verlo?
—No.
—Mientes… —sonrió, hundiendo sus dedos en el vello púbico, rizado y de color blanco con rayas negras—. Te encanta que lo haga —se pasó la punta de la lengua por un colmillo y siguió hundiendo la mano hasta alcanzar el grueso bulto carnoso—. Te encanta que te dé cosas que no le doy a ningún otro *omega*…
Un bufido escéptico interrumpió sus bajos jadeos, aunque mi sonrisa sarcástica no detuvo el movimiento de su mano bajo el pantalón.
—Yo no sé lo que haces con los demás *omegas* —respondí—. Y tampoco me importa.
—Oh… sí te importa… —sonrió él, relamiéndose una vez más, como si pudiera saborear aquel instante de poder, alimentándose del orgullo que yo tan desesperadamente trataba de conservar —. Por eso te excita tanto domarme, por eso disfrutas tanto haciéndome *alfa*; porque solo tú puedes…
—Mañana te recordaré estas mismas palabras y te reirás —le aseguré—. «Bueno, Lemér, puede que, aunque no lo parezca, y es muy probable que sí, aunque no podría asegurarlo, que en un caso tan particular como ese, justo en ese momento y lugar, pudiera o no pudiera estar demasiado excitado y dijera tonterías…» —le imité, soltando su clásico balbuceo sin sentido.
Tigro no dijo nada, con un ágil movimiento, se apartó, se puso de pie sobre la cama y se quitó el

pantalón. Completamente desnudo, se dejó caer de rodillas frente a mí en la cama y se agarró la base del tronco carnoso de su polla para dar unos golpes con ella sobre la manta de piel.
—Solo me exhibo para ti —me dijo con su mirada salvaje clavada en mis ojos—, solo me toco para ti… —ladeó el rostro—, porque hacer que te mojes conmigo es una de mis cosas favoritas en el mundo.
Tigro no estaba perdido en la locura, pero poco le faltaba. Sus pupilas estaban ligeramente dilatadas y su respiración era agitada y jadeante. No paraba de observarme muy atentamente mientras se masturbaba con una mano, exhibía sus músculos o se acariciaba a sí mismo.
Yo seguía de brazos cruzados, inmóvil y con expresión seria, pero el *salvaje* podía ver dentro de mí, podía saber cosas que quizá yo no supiera de mí mismo, podía reconocer al instante lo mucho que me excitaba verle haciendo eso.
Cuando hacía algo especialmente sexy, yo me mojaba un poco más y él gruñía con placer, terminando por inclinarse un poco hacia atrás antes de correrse, manchando sus abdominales y pectorales con un buen par de chorros de semen.
Al terminar de gruñir, trató de recuperar la respiración, me miró con unos ojos algo nublados y sonrió de oreja a oreja. Con la mano todavía en la polla, volvió a moverla para darle un par de golpes contra los abdominales, manchándolos un poco más y llenando la casa con un sonido seco.
—¿Dónde quieres que me corra ahora? —me preguntó.
Tardé un par de segundos, pero después bajé las manos para desabrocharme el pantalón empapado.
—Sabes dónde —le aseguré.
Tigro se mordió el labio inferior y se recostó sobre la cama, apoyando la cabeza en la almohada y abriéndose de piernas. Ya estaba relamiéndose con anticipación antes incluso de que me sentara a horcajadas en su cara para un clásico sesenta y nueve.
Tras esa noche, el *alfa* terminó tan lleno que su barriga sobresalía como si estuviera embarazado. No pudo moverse en toda una hora y, al día siguiente, su barba había vuelto a crecer. En mitad del desayuno, se pasó más de diez minutos peinándosela con las garras y mirándose en el reflejo de una copa de bronce.
Justo como hacían el resto de *alfas* emparejados.

NUNCA ES DEMASIADO

Nuestra siguiente parada fue Costalta, una villa que alcanzamos tras recorrer la vera del río hasta su desembocadura en Fiordo de Niebla. Una vez allí, solo tuvimos que seguir la carretera de montaña A-43.

Yo fui el único de los dos sorprendido de haber pasado de la Edad Media a un mundo postapocalíptico de autopistas abandonadas y letreros oxidados por el tiempo.

—¿Pero qué… cojones? —jadeé, dando un último paso hasta alcanzar el suelo oscurecido de cemento, carcomido por las grietas, la vegetación y el abandono—. Esto no debería estar aquí.

—Totalmente de acuerdo —dijo Tigro—. Solo a los *betas* se les ocurriría hacer una autopista entre los fiordos. Están como obsesionados con manipular el mundo y adaptarlo a sus estúpidas necesidades. Es…

Se detuvo cuando vio mi ceño fruncido y mi mirada seria.

—A lo que me refería es a que no había carreteras de asfalto hace dos siglos —le expliqué, señalando la autopista—. Tuvieron que hacerla después, después de haber formalizado La Reserva. —Me crucé de brazos y observé la autopista, tratando de descifrar su significado—. Está hecha un desastre, sí, pero eso podría ser intencionado; tratando de esconderla. Aún se podrían mover una cantidad significativa de camiones y tanques por ellas. ¿A dónde lleva exactamente? Quizá una dos puntos estratégicos de…

En esa ocasión fue Tigro quien me detuvo con una mano en el hombro y una paternalista sonrisa en los labios.

—Estás muy guapo cuando te pones conspiranoico —murmuró—, pero no. Las carreteras ya estaban aquí antes que La Reserva. Bueno —se corrigió de pronto con un gesto de ojos en blanco —. Estrictamente no, no estaban *antes*, pero a los *betas* les costó lo suyo largarse y dejarnos tranquilos.

Mi sorpresa y curiosidad habrían sido obvias incluso para quien, al contrario que Tigro, no contara con un súper poder capaz de leerme la mente. Así que el *alfa* suspiró, me rodeó el hombro con el brazo, pasándolo por encima de mi mochila de viaje, y me alentó a continuar el camino por la carretera mientras me explicaba:

—La Reserva fue establecida hace dos siglos, como dicen los *betas*, pero lo que no cuentan es que no fue un proceso instantáneo. Hubo algunas… complicaciones. Por supuesto, nada que llegara a oídos de la sociedad, porque nos prometieron este espacio salvaje y «virgen» —entrecomilló aquello con un tono burlón y un gesto de manos— y nos lo iban a dar sí o sí. El problema fue que estas tierras ya estaban ocupadas.

»Eligieron este lugar porque era alejado y no tenía mayor interés para ellos; además, ya había algunas comunidades animanas sobreviviendo en el corazón de las montañas y los bosques, aunque eran pocas y estaban muy aisladas; obligadas a refugiarse allí después de que los primeros *betas* colonos llegaran.

Cuando el Tratado de Paz se firmó, este territorio se convirtió en nuestra propiedad, pero esos *betas* asentados en los ríos, las minas y las costas seguían aquí, ¿entiendes? Así que planificaron

el éxodo por partes.
Fue una migración progresiva que se alargó mucho tiempo, empezando desde el centro; donde ya había animanos; y extendiéndose hacia fuera. Los animanos llegaban y los *betas* se iban, abandonando todo lo que no pudieran llevarse con ellos. Imagínate las quejas y el drama —resopló, poniendo una voz aguda y estúpida para decir—: "Estas tierras eran de mis padres, y de mis abuelos antes que ellos, y de mis bisabuelos, que mataron a muchísimos animanos para robarles el territorio y los recursos. ¡No es justo que tengamos que irnos!"
Tigro se detuvo para mirarme por el borde de los ojos. Al final, cedí y sonreí, reconociendo que aquella tontería me había hecho gracia. Con una sonrisa de satisfacción, el *alfa* continuó:
»Los primeros en marcarse tuvieron que ser los del interior, por supuesto, dejando sus casas de piedra y madera atrás. Sin embargo, las poblaciones más al borde, tardaron muchísimo más tiempo en irse de aquí. De hecho, llegaron a creer que el gobierno se olvidaría de ellos y que la frontera de La Reserva se detendría antes de alcanzar sus ciudades. Pero eso no pasó…
—¿Por qué no? —pregunté—. No hay representación animana en el gobierno. No hay nadie que luchara por mantener los límites del tratado en pie durante dos siglos.
—Oh… no necesitamos entrar en política, Lemér —me aseguró él—. Nosotros tenemos a las Má. Se les prometió una tierra de lado a lado del mar, del valle más profundo a la montaña más alta y del bosque de nieve a la pradera de verano; y ellas nunca olvidan. Así que cuando llegó el momento, reclamaron lo que era nuestro.
—Sí, pero, ¿cómo? ¿Llegó aquí Topa Má y les contó una historia de ríos y montañas y les echó? —pregunté con sarcasmo, porque no conseguía imaginarme a ninguna chamana con el poder y la autoridad suficiente para echar a los *betas* de aquí.
A Tigro le hizo gracia el comentario, pero negó con la cabeza y me advirtió:
—Subestimas mucho a las Má, Lemér. Son muy peligrosas si no te andas con cuidado…
—¿Sí? —fruncí el ceño—. ¿Tan fuertes son?
—Sí, pero no de la forma que crees —respondió, pensándoselo un momento con la mirada al frente, hacia la carretera que serpenteaba entre las montañas nublosas—. No echaron a los *betas* con violencia, porque sabían que eso solo nos perjudicaría. Lo que hicieron fue colonizar el lugar, como ellos habían hecho con nosotros. Trajeron a los *alfas* y a los *omegas* y empezaron a construir villas. Cuando los *betas* se quejaron, no pudieron hacer nada para evitarlo, ya que estábamos en todo nuestro derecho de estar aquí. Así que no les quedó otra más que irse, dejando sus carreteras, sus edificios de metal y sus ciudades atrás. Cosas que, desde el principio, no deberían haber construido.
—Las Má tuvieron suerte —murmuré tras sopesarlo un momento—. Confiaron en que los *betas* respetarían el tratado, cosa que, como sabemos ahora, no hacen.
—Mmmh… Sí, yo también lo creo —reconoció Tigro—, pero, tras la guerra, los *betas* nos dieron algo que no querían darnos, algo de lo que no fueron conscientes y que nosotros no teníamos antes.
—¿Lo qué?, ¿ideas sobre el funcionamiento de la política internacional?
—No, Lemér —sonrió—. Unidad. Nos reunieron a todos en las Reservas, nos juntaron, nos hicieron conscientes de que ya no formábamos parte de comunidades apartadas y escondidas, sino que éramos un pueblo. No es lo mismo exterminar a una villa animana a enfrentarse a una legión de *alfas* y *omegas*.
Quise resoplar y desestimar la idea al instante, pero tuve el tacto suficiente para tratar de explicárselo antes.
—Tigro, los *betas* podrían arrasar La Reserva en un día —le aseguré—. Y ni siquiera tendrían

que venir hasta aquí, solo pulsar un botón.
—Sí —afirmó sin duda alguna, porque él sabía aquello tan bien como yo—, pero ahí está la ironía. Ellos no son un único pueblo, ellos son ahora los que viven divididos en comunidades enfrentadas por el poder.
—Bueno… —murmuré, balanceando la cabeza de lado a lado—. Sí, pero te aseguro que si una súper potencia *beta* quisiera lanzarnos una bomba y matarnos a todos, lo haría y nadie se interpondría.
—¿No? —me preguntó él—. ¿Y por qué no lo hacen?
—Porque son unos hipócritas, Tigro —respondí, alzando la mirada hacia sus ojos—. Quieren hacer lo que les salga de la polla, pero quedar bien a ojos de la política internacional, así que juegan muy sucio y a escondidas. Me sorprende que te tenga que explicar esto —terminé diciendo—, a eso nos dedicábamos tú y yo antes: a solucionar y esconder sus trapos sucios.
Tigro continuó mirándome mientras murmuraba por lo bajo y asentía lentamente.
Entonces lo entendí.
—Oh… era una de tus estúpidas pruebas para saber si sigo de lado de los *betas*.
—No… —respondió por lo bajo antes de añadir un rápido—: no del todo.
Pero ya era tarde. Le aparté de un leve empujón y quité mi cola de su cuello, creando un paso de distancia entre ambos. Tigro emitió un gruñidito de incomodidad y se colocó frente a mí, caminando de espaldas por al carretera para poder mirarme de frente.
—Solo tenía curiosidad —me dijo con un tono suave en su voz grave y una media sonrisa juguetona en los labios—. Todavía echas de menos el mundo *beta* y me preguntaba si…
—Es complicado olvidarse de toda una vida, Tigro —le interrumpí—. No es como bajar un interruptor y borrar de tu mente que antes no necesitaba pasar frío y mojarme la cola, porque tenía coche y calefacción.
—Oh, pero Lemér… ¿Quién necesita coche y calefacción? —murmuró, extendiendo sus manos hacia mí aunque siguiera caminando marcha atrás, evitando cada socavón y grieta del asfalto como si tuviera ojos en la nuca—. Si necesitas montar algo, ya me tienes a mí; y si tienes frío, yo te caliento…
—Te crees mucho más listo de lo que eres, Tigro. Siempre tratas de distraerme de la misma manera.
—¿Yo?, ¿distraerte? —preguntó con expresión de falsa sorpresa y un tono fingidamente afectado —. No, no, no… lo único que intento es recordarte que soy un precioso y enorme tigre siberiano. El felino más grande y cálido. ¿Alguna vez has pasado frío conmigo encima, entre las mantas, cuando te cubro por las noches? ¿A qué no? Es más, ¡hagamos la prueba! Ven, abrázame… ya verás como enseguida te caliento.
Me detuve en mitad de la carretera y Tigro me imitó, extendiendo sus brazos de nuevo hacia mí mientras sonreía y arqueaba las cejas. Con mi misma expresión indiferente, señalé un punto a sus espaldas. El *alfa* tardó un momento en volverse y ver el gran cartel herrumbroso que indicaba los kilómetros que faltaban para alcanzar la ciudad, pero en el que habían tachado el nombre y escrito: «COSTALTA, por aquí. ¡Venid *omegas*! ¡Somos los mejores *alfas*!».
—Démonos prisa antes de que vuelva a llover —murmuré, tomando el desvío que señalaba el cartel.
Aquel camino no formaba parte de la carretera *beta*, sino que se internaba en el bosque de montaña, descendiendo por la empinada ladera hasta los pies del fiordo. Para facilitar el acceso, los propios habitantes de la villa habían construido unas escalinatas de madera en la que, como en el cartel, habían dejado un par de notas informativas.

«¡Costalta es la mejor villa!», «Nadie pesca como los *alfas* de Costalta», «Construimos los mejores barcos y tenemos las herramientas más duras y resistentes».
—Qué patéticos son los *alfas* de Mar Bravo —resopló Tigro al mirar los mensajes. Después, se pegó un poco más a mí y añadió—: Sé que estás molesto por lo de antes, pero es mejor que dejes el enfado para más tarde. Quizá para cuando no estemos a punto de llegar a una villa llena de *alfas* salidos y desesperados… ¿eh? ¿Qué me dices?
—Léeme la mente —le sugerí a la vez que le mostraba el dedo central de mi mano, bien alzado y bien visible.
—Vamos, Lemér —insistió, saltando toda una escalinata para poder volver a ponerse delante de mí—. Es complicado olvidarse de toda una vida, ¿verdad? Te entiendo, a mí me pasa lo mismo. No puedo evitar seguir sospechando de las cosas, más aún si son tan buenas como tú.
—Los halagos nunca te han funcionado conmigo —le recordé, pasando de largo por su lado—, ¿por qué crees que iban a empezar a funcionar ahora?
—No son halagos —me corrigió, siguiéndome de cerca, hasta el punto de atreverse a rozar su brazo contra el mío cuando, casualmente, decidió llevarse las manos a la espalda—. Son más bien declaraciones. Puede que incluso verdades. No verdades absolutas, pero algo cercano a una verdad bastante fiable. —Tigro se inclinó un poco sobre mí, volviendo a rozar su brazo contra mi hombro de forma casual, como si solo quisiera acercarse para poder decirme más de cerca—: En realidad, deberías tomarte mis constantes sospechas como algo muy, muy bueno. Significan que me gustas tanto que mi mente es incapaz de temer que algo no vaya mal.
Aspiré aire con sorpresa y giré el rostro para mirar sus ojos de oro y jade.
—¿En serio?, ¿de verdad sospechas tanto de mí porque en realidad me amas? Wow, eso lo cambia todo. Ahora lo entiendo perfectamente y ya no me ofende en absoluto que seas un hijo de puta traicionero; porque tu desconfianza es en realidad algo súper romántico —suspiré—. Soy el *omega* más afortunado del mundo…
El *alfa* se mojó los labios con la punta de la lengua y una finísima sonrisa apareció en ellos antes de que se mordiera el inferior con los colmillos.
—Mi segunda cosa favorita en el mundo es conseguir romper esa actitud de militar y sacarte una respuesta sarcástica —murmuró—. Es de lo más divertido.
Sonreí y ladeé el rostro.
—Espero que tu tercera cosa favorita en el mundo sea dormir en el suelo a cuatro metros de mí, porque es lo que va a pasar esta noche.
Tigro se rio, llenando el bosque de pinos y niebla con su risa grave y alta. Ambos sabíamos que mi amenaza había sido algo trivial, que yo no estaba tan enfadado como fingía estar y que su «prueba» no me había sorprendido tanto como parecía. Sí, me había molestado, pero a estas alturas ya había quedado claro que Tigro tenía tantos problemas con la confianza como yo tenía con el compromiso.
Era difícil librarse de la influencia que habían causado los *betas* en nosotros. No era como apagar un interruptor y olvidarse de toda una vida.
¿Verdad?
Pero allí estábamos, la mezcla perfecta para el desastre, fingiendo ser una feliz pareja de viaje que había elegido visitar Mar Bravo porque…
—Nos han dicho que está preciosa en esta época del año.
El *omega* al cargo de la villa nos miró a ambos con la misma expresión de sorpresa que los anteriores, justo después de haber llegado a la misma conclusión: que estábamos allí para entregar un mensaje urgente e importante.

Aunque el anciano *omega*-castor parecía haber leído demasiadas novelas del detective Zorro como para darse por complacido con aquella explicación.
—¿En serio os han dicho eso? —nos preguntó, arqueando una ceja canosa y lanzándonos una mirada sospechosa—. ¿Dos arborícolas que viajan a El Arrecife y ni siquiera están emparejados? Siendo uno de ellos, además, un *salvaje*… —añadió, mirando a Tigro de arriba abajo—. Qué… curioso.
—Ahm, sí, bueno, es una historia curiosa —respondí con una sonrisa, molesto conmigo mismo por no haber pensado antes en una buena cuartada para nuestra presencia allí. Sinceramente, ni se me había pasado por la cabeza que alguno de los habitantes fuera a sospechar nada extraño.
Un gran, gran error.
—Es un viaje espiritual antes de nuestra unión —se adelantó Tigro, rodeándome los hombros mientras entrecruzaba nuestras colas—. Hemos oído que Ballana Má es una maestra de los rituales de purificación.
El *omega*-castor dejó a un lado su expresión de sospecha y soltó un alargado: «Aaah…», de entendimiento al mismo tiempo que asentía.
—Sí, por supuesto. Perdonad, no era mi intención entrometerme —se disculpó después—. Si necesitáis cobijo para la noche, podemos ofreceros una de las cabañas del lago.
—Eso sería maravilloso —sonrió Tigro.
Tuve que esperar a que el propio *omega* nos guiara a una de las casas sobre el agua, muy similares a las de Puerto Bruma, antes de poder preguntarle al alfa:
—¿Ya habías pensando antes en una buena coartada o te lo acabas de inventar?
—Claro que lo había pensado, Lemér —respondió, como si fuera obvio—. Llamamos demasiado la atención. Por eso la barba era tan importante.
—Ahm… —murmuré mientras dejaba mi mochila de viaje a un lado—. ¿Y cómo sabías lo de Ballana Má?
—Los *omegas* me cuentan muchas cosas en sus cartas —se encogió de hombros.
—¿Te refieres a esa red de espionaje que tienes distribuida por las comarcas de los alrededores? —pregunté.
El *alfa* se detuvo un segundo antes de terminar de colocar la pesada carga en el suelo, entonces se volvió hacia mí con una fina sonrisa en los labios y me dijo:
—Dicho así suena horrible…
—Increíble… eres lo puto peor, Tigro —murmuré con una ligera desaprobación en mi tono de voz—. Engañando y utilizando a los pobres *omegas* para que te cuenten cosas.
—Ya lo sabías —dijo, ladeando el rostro para mirarme con ojos entrecerrados—. Finges que no, pero lo sabías…
—Lo sospechaba —le corregí—. Recibes cartas de, al menos, cada una de las aldeas *omegas* de los alrededores. Sabiendo lo paranoico que eres y lo poco que te importa jugar con los sentimientos de los demás, solo había que unir las piezas.
—Soy un *alfa* complicado…
—No, Tigro —le corregí de nuevo—. Eres solo un hijo de puta.
—¿Sí…? —gruñó por lo bajo, haciendo reverberar su voz en lo profundo de su garganta con un gorgoteo felino. Lentamente, se inclinó sobre la cama y gateó hundiendo sus garras en las mantas de lana—. Quizá deberías enseñarme a ser un buen *alfa*, Lemér… Quizá deberías sentarte en mi cara y ahogarme entre tus nalgas hasta que te cuente todos mis secretos… Quizá deberías cabalgarme y darme un buen par de bofetadas hasta que confiese…
—Quizá deberías buscarte un buen psicólogo —respondí.

—Quizá deberías apartarte de la ventana.
En un primer momento, parpadeé sin entenderlo, pero me hice a un lado de todas formas, dejando el paso libre a Tigro, quien saltó desde la cama a la ventana con un velocidad increíble. Antes de darme cuenta, se oyó el chapoteo del agua y unos gritos.
Al acercarme, vi la sombra anaranjada, blanca y negra que era Tigro entre la espuma; a pocos metros, tres *alfas* se alejaban nadando a buen ritmo.
—¡Como os vuelva a ver olisqueando a mi *omega*, os mato! —rugió el *salvaje*, flotando entre las algas y la leve marea que mojaba los postes de la casa.
Mas tranquilo ahora que entendía la razón del alboroto, crucé los brazos sobre la repisa de la ventana y miré a los *alfas* que huían, nadando en el agua fría del fiordo con una técnica y facilidad asombrosas. Era la primera vez que veía a animanos marinos en toda mi vida, aunque no sería la última. La costa de Mar Bravo estaba llena de ellos: *alfas*-foca, morsas, nutrias… y los más impresionantes: los cetáceos.
Cuando los *alfas* de Costalta llegaron de la pesca en el fiordo y se reunieron con nosotros en el Hogar, no pude evitar echarles constante ojeadas de curiosidad. Los enormes colmillos de los *alfas*-morsa eran una cosa, pero ver a los *alfas*-delfines y *alfas*-orca era algo simplemente sorprendente.
—Son alopécicos y resbaladizos. Además, están fríos, huelen a salitre y se pasan el día bañándose porque no pueden dejar la costa… —murmuraba Tigro, quien se esforzaba mucho por hacer pasar esos comentarios al aire como algo totalmente indiferente al hecho de que los otros *alfas* se estuvieran llevando toda mi atención aquella noche.
—Nunca había visto ninguno —reconocí—. No existen en el mundo *beta*.
—Claro que no. No tienen colmillitos, colas peluditas y bigotitos graciosos —murmuró él—. Para ellos son poco más que alienígenas.
Aquello era… cruel pero cierto. Los *alfas* marinos no encajaban en absoluto en los estándares de belleza *betas*. Todos eran calvos, sin rastro de pelo —ni siquiera en las cejas—, lo que hacía parecer su piel todavía más brillante a la luz de las hogueras. Sus orejas eran casi inexistentes, con el cartílago pegado a las sienes, y sus ojos eran de un profundo negro, un poco más grandes de lo habitual. Dependiendo de su especie, sus cuerpos variaban entre la finura atlética de los *alfas*-delfines hasta el enorme tamaño e imponente figura de los *alfas*-ballena. Los *alfas* más grandes de todo el reino animano.
—Entonces, ¿no les sale barba? —pregunté—. ¿Cómo se sabe si les visita un *omega*?
—Entran en celo, como los cérvidos —respondió Tigro, echando una breve ojeada a la mesa de los alfas marinos para señalarme a un par—. ¿Ves esas marcas en la cabeza y el cuello?
—Sí —afirmé—. ¿No son tatuajes? —fruncí el ceño y traté de mirar mejor.
Desde aquella distancia eran complicados de distinguir, pero había dado por hecho que esas marcas eran algún tipo de tintura o tatuaje con la que trataban de imitar un peinado, o clases de barbas que, por alguna razón, se extendían por sus cuellos como pinturas maorís. No eran en absoluto unas marcas como la de los cérvidos, acompañando su ya obvia barba, sino más bien grandes patrones.
—Es increíble —murmuré con asombro—. ¿Y el aroma? Sin barba ni pelaje, ¿cómo se les pega?
—¿Por qué te preocupa eso? —me preguntó Tigro, dejando su plato lleno de espinas de pescado a un lado—. Por suerte para ti, yo sí tengo una preciosa barba donde se me pega todo tu delicioso aroma.
—Me preocupa porque soy un hombre curioso por naturaleza, Tigro —respondí, dándole un toque en el rostro con la punta de mi cola—. ¿Cómo se les pega el aroma? ¿Y dónde se ponen las

cuentas?
El *alfa* tomó una profunda bocanada y suspiró, poniendo una expresión aburrida antes de responder:
—Tienen glándulas especiales en la boca, cuando hablan, apestan a su *omega*. Y ellos no se ponen cuentas, sino piercings —entonces señaló a una mesa, después a otra y a otra, allí donde encontrara a *alfas* marinos con pendientes en las cejas, en los labios, aros en la nariz, o incluso en el puente entre los ojos.
—Mmh… sinceramente, hacerse un piercing da una sensación de compromiso mucho mayor que ponerse una cuenta en la barba.
A Tigro no le gustó demasiado mi comentario, pero forzó una sonrisa y se volvió en el taburete hacia mí.
—Los animanos del bosque nos ponemos cuentas, si los demás quieren clavarse algo en la cara porque no tienen otro sitio, que lo hagan.
—Espera, espera… —le detuve con una mano en el pecho—. ¿Quieres decir que los animanos de otros lugares usan otros métodos para señalar que ya tienen pareja?, ¿o es algo que solo pasa con los cetáceos, debido a que no tienen pelo?
Tigro no dijo que sí ni que no, solo volvió a suspirar con los ojos en blanco.
—La clase de estudios animanos se ha terminado por hoy, Lemér —farfulló mientras apoyaba un codo en la mesa y la mejilla en el puño—. Ahora toca otra lección sobre «cómo hacer feliz a tu enorme *alfa* felino». Seguramente te estés preguntando cuándo o dónde sería adecuado besarle, la respuesta es: sí. Otra pregunta muy común es: «¿hago mal al recordarle constantemente lo guapo, sexy, fuerte y poderoso que me parece?». No, a los enormes felinos les encanta que los halaguen constantemente. «Nunca es demasiado», es la frase que mejor les define y que puedes aplicar a muchas de tus dudas; cómo por ejemplo: ¿Le tocaré demasiado la polla? ¡No, *nunca es demasiado*!
Miré la enorme sonrisa de su rostro de bigotes negros y, sutilmente, apoyé la mano en la cara interior de su muslo para acariciarlo.
—¿Te has dado cuenta de que siempre terminas hablando de ti mismo? —le pregunté—. Lo haces todo el rato. Eres como la persona más egocéntrica que he conocido jamás, y eso que me he pasado la vida rodeada de militares.
—Los *alfas salvajes* somos muy egocéntricos —me recordó, acercando su rostro al mío y, sutilmente, rodeando mi mano en su pierna para llevarla directa al bulto carnoso que sobresalía de sus pantalones—, pero tenemos muy buenas razones para serlo… —susurró en mis labios.
Me enfrenté a sus ojos felinos, sentí el calor de su aliento en los bigotes y la tensión cada vez más cálida y acuciante bajo mi mano. El ambiente empezó a llenarse de esa electricidad que solo parecían emitir los salvajes, vibrando de su cuerpo al mío, como cientos de veces antes, para despertar cada célula de mi ser.
Cuando me acerqué para besarle, un suave escalofrío me recorrió de arriba abajo, empapándome las nalgas y arrancando un grave gruñido de la garganta del *alfa*. Al separarme, Tigro también se removió, agitando la cabeza, el cuerpo y la cola, como si hubiera sentido la misma corriente y el mismo escalofrío que le había puesto el pelaje de punta.
—¿Cuántas pociones te quedan? —preguntó en voz baja.
—Todavía me queda una —respondí en el mismo tono—. Traje tres para toda la semana y ayer me tomé la segunda.
—Pues mañana deberías tomarte la tercera —gruñó—, porque después de lo que te voy a hacer esta noche, vas a necesitarla…

Otra cosa que le encantaba hacer a los *alfas salvajes*, además de hablar de sí mismos, era exagerar. Tigro se fue sumiendo rápidamente en la locura y, con una necesidad sofocante, me llevó casi corriendo a la cabaña. Esa noche tuve tres orgasmos y, sí, el *alfa* se corrió bastante en cada uno de ellos; pero no iba a desperdiciar una de las pociones de Topa Má solo para satisfacer el ya desmedido ego de Tigro.

Las pociones de la chamana nunca habían fallado: no lo habían hecho durante el celo y no lo harían ahora, por mucho que folláramos durante nuestro viaje a El Arrecife, o por mucho que se regodeara el *alfa* mientras me limpiaba.

—Mmmh… vete pensando en qué nombre vas a querer ponerle a nuestros tigrecitos y lemuritos, Lemér… —se relamía—, porque esto sabe a que he hecho muy, muy buen trabajo.

Con el brazo sobre los ojos, la piel sudada y la respiración todavía un poco irregular, respondí:

—¿Quién está subestimando ahora a las Má?

La risa de Tigro quedó un tanto ahogada entre mis piernas, pero duró poco antes de que, con otro gruñido, volviera a hundir el rostro para lamer lo que quedara. Con la barriga llena, ahogó un eructo y gateó pesadamente entre las mantas para dejarse caer a mi lado. Su espesa barba estaba empapada y brillante, empezando a oler más a menta y miel de lo que, juraría, yo olía.

—Nunca es demasiado, ¿no? —le dije con sorna y una afilada sonrisa en los labios.

El *alfa* quiso reírse, pero al presionar el abdomen debió sufrir una punzada de dolor, así que su expresión cambió rápidamente de la felicidad a la queja. Tras un leve resoplido, se movió para acomodarse mejor y abrazarme.

—Mañana llegaremos a El Arrecife —murmuró.

—Sí.

—Le he estado dando vueltas a nuestra cuartada. Es buena para el viaje, pero el alcalde de la villa *omega* no nos dejará quedarnos allí.

—¿Por qué? —pregunté, ya con los ojos cerrados, disfrutando del calor y la presencia de Tigro pegado a mí. Tenía razón en algo: estar con él era como dormir al lado de una estufa.

—Los *alfas* solteros no se pueden quedar en las villas *omegas* —me recordó—. Te dejarán quedarte a ti, pero a mí me harán volver a Costalta o quizá viajar hasta Puerto de Sal. A no ser que…

Tigro dejó esa clase de silencio que significaba que lo siguiente que dijera no iba a gustarme. Aun así, tomé aire y pregunté:

—¿A no ser que qué?

—A no ser que yo tuviera una cuenta en la barba. Entonces me permitirían quedarme a tu lado.

Abrí los ojos y me quedé mirando el techo de la cabaña. Ya era noche cerrada, pero aún se oía el sonido de las olas al chocar contra las vigas de madera y el crujido de los farones agitados por el viento, los mismos que arrojaban la poca luz que entraba por las ventanas.

—Necesitamos tiempo para investigar el naufragio, Lemér —insistió Tigro, acariciándome bajo las mantas con su cola—. Quizá un par de días. Recabaremos más información y será más sencillo si no tenemos que reunirnos a medio camino. Una cuenta falsa es algo… feo, pero necesario en este caso.

—Una cuenta falsa… —murmuré.

Y, de pronto, algo hizo «clic» en mi cabeza.

—Tigro… —dije con tono bajo—, dime una cosa. ¿Tú sabías lo del naufragio?

El *alfa* no habló durante un par de segundos, lo que fue una respuesta por si misma.

—Los *omegas* del Arrecife ya te lo habían contado —asentí—. Los *betas* llevan años enviando cajas a la costa, es imposible que no lo supieras. Puede que incluso ya hayas visto lo que

contienen; que uno de esos *omegas* te enviara una de regalo. Dudo mucho que te resistieras a saber lo que traían dentro...
Pasaba algo con Tigro, y era que, cuando pensabas que siempre escondía razones ocultas y te manipulaba, era cuando te dabas cuenta de que las piezas encajaban a la perfección: una tras otra.
—No sabía lo del opio —murmuró en mitad de la penumbra—, eso es nuevo.
—¿Por qué necesitas llegar al Arrecife realmente? —pregunté—. ¿Qué quieres buscar?
—Quiero… ver las cajas del naufragio, todas las cajas. Quizá encontremos algo allí. Quizá tú encuentras algo que yo haya pasado por alto estos últimos años. En el búnker solo necesitaste una mirada para recabar un montón de información. Eres un hombre muy listo y…
—¿Y por qué quieres quedarte en Arrecife? —le interrumpí de nuevo—. ¿Por qué has necesitado que te sacara una barba tan larga como para ponerte una cuenta falsa y así quedarte en la villa?
—Lemér, no es tan…
—¿Por qué? —le interrumpí de nuevo.
Tigro pegó la frente a mi sien y la frotó lentamente.
—Sé que los *betas* se comunican con alguien a través de esas cajas del naufragio, pero no sé cómo. Si pudiéramos quedarnos, tendríamos el tiempo suficiente para revisar los cargamentos y ver si algunas de ellas vienen marcadas, o a dónde las envían en mayor cantidad.
Entonces, se me escapó un leve bufido y una sonrisa que rompió el momento como una puñalada.
—Tenías razón. «Nunca es demasiado» te describe muy, muy bien…
—La barba no era para esto, Lemér —me dijo con tono serio, de esos que casi ruegan que les creas—. Me gusta muchísimo, eso es verdad. Es solo que… está ahí y es… útil.
—Claro —asentí—. Tienes que utilizar todas las ventajas a tu alcance para cumplir la misión. —Cerré los ojos y me acomodé mejor bajo las mantas—. Mañana buscamos una cuenta y te la pones.
—Lemér… —murmuró Tigro, soltando el aire al final de mi nombre, como si algo pesado le apretara el pecho—. Por favor… Si te lo hubiera contado antes te hubieras enfadado. Lo hubieras malinterpretado; y necesitamos descubrir qué planean los *betas*, por el bien de La Reserva.
—No pasa nada, Tigro —respondí—. Me alegra haberlo dejado claro.
El *alfa* supo que algo extraño pasaba, que mi reacción no era la correcta. Me miró fijamente en la oscuridad, buscando en mi rostro la más mínima señal de peligro; pero no había nada allí, solo un *omega* cansado deseando poder dormirse después de un largo día y buen sexo.
Cuando el *salvaje* al fin se rindió, me abrazó un poco más fuerte y recostó la cabeza a mi lado antes de quedarse dormido. Entonces, abrí los ojos y miré el techo a oscuras.
Yo había creído que mis feromonas, la lejanía del territorio y la barba quizá habían aturdido a Tigro, que le habían hecho controlable y fácil; que, de alguna manera, le habían *domesticado*.
Pero era solo lo que Tigro quería que creyera. «Así estás más tranquilo», había dicho. Y tenía razón.
Todo ese carácter juguetón, divertido, mimoso y dulce solo trataban de confundirme. Yo era la ficha de ajedrez en la partida que no sabía que estaba jugando, porque otros la jugaban por mí.
Pero pasaba algo cuando alguien siempre escondía razones ocultas y te manipulaba, y era que, cuando te dabas cuenta de que no eras más que otra marioneta en sus manos, perdías completamente la fe en esa persona.
Nada significaba nada y todo dejaba de importarte.
Tigro podía prometerme el mundo, llamarme «su *omega*», provocarme, reírse, besarme o ponerse una cuenta en mi barba de menta y miel si quería, o una docena, o cien, o mil.

Daba igual, porque nada de lo que hiciera significaría ya nada para mí.

UNA CUENTA FALSA

A la mañana siguiente, lo primero que hizo Tigro al despertarse fue empezar a mordisquearme la oreja, la mejilla y el cuello. Frotó nuestros bigotes y se fue volcando más y más sobre mí hasta quedarse encima. Con gruñidos cada vez más graves, restregó la entrepierna contra mi cuerpo, anunciando que la fábrica de tigrecitos y lemuritos ya estaba de nuevo en marcha; por si no fuera suficiente obvio sentir el bulto caliente y duro contra la piel.

Un murmullo de placer me llenó la garganta en el momento en el que sentí su ligero mordisco en la base del cuello y la presión de sus garras en la cadera. Era mi cuerpo respondiendo a la llamada del *salvaje*, a la electricidad estática que emitía y me hacía estremecerme, empaparme y desearle por completo.

Todo lo que hacía Tigro era mentir, pero aquello… aquello era real.

La necesidad ardiendo en mi pecho, la presión con la que le apretaba el abultado bíceps y la amplia espalda, la forma en la que me empapaba cada vez un poco más con solo sentir su aliento en mi rostro. El picor de la barba espesa en mi piel, esa barba que olía tanto a mí y me hacía sentir tan, tan bien.

Besarle dolía un poco a veces, te dejaba una sensación de hormigueo en los labios que terminaba convirtiéndose en un leve ardor al final. Pero te encantaba. Era algo muy dentro de ti, de tu instinto *omega*, algo que gritaba de puro placer. «Es tu alfa», reverberaba como un eco, cada vez más alto y ensordecedor.

Entonces le agarrabas del pelo, le besabas más fuerte y le rodeabas con la cola. Ya no podía huir de ti. Ya nunca podría escapar. Tigro lo supo, tan bien como yo sabía que no habría vuelta atrás. Mansamente, se dejó volcar de espaldas en la cama, con las manos en mis piernas y los ojos en blanco mientras le mordisqueaba el cuello. Solo jadeaba más rápido y esperaba ese dulce momento en el que empezara a frotar mi ano empapado contra el cuerpo alargado y grueso de su polla, lubricándola y envolviéndola parcialmente entre las nalgas.

Entonces un gruñido gorgoteante le lleno el pecho, soltando todo el aire de sus pulmones antes de cerrar los ojos. Moviendo la cadera de arriba abajo, sintiendo aquel dulce bulto caliente y duro, le mordí el labio inferior y tiré con suavidad hasta que se fue deslizando lentamente entre mis dientes.

Tigro entreabrió sus ojos preciosos de jade y oro, salvajes e intensos, brillando con cada destello que la pesada luz de la mañana les arrancaba. Me miró fijamente y soltó un último jadeo antes de empezar a correrse, manchándome las nalgas y la parte baja de la espalda con abundante semen, esa clase de corrida que ningún *beta* podría igualar.

Y solo era el principio.

Cuando subí la cadera hasta casi el final, aproveché el descenso para metérmela dentro, poco a poco, arrancando un profundo gemido de placer de mis labios y los suyos. Las garras de Tigro se clavaron en mis piernas, causando pequeñas heridas allí donde ya había marcas de las anteriores. Estar con un felino significaba tener que acostumbrarse a las marcas de arañazos, porque aunque tuvieran cuidado, siempre terminaban habiendo una víctima de sus garras: ya fueran las mantas,

las almohadas o tú.
Cuando terminé el descenso, apoyé las manos en su amplio pecho de vello blanco y atigrado, hice un último esfuerzo y apreté, tensando los brazos para hundir la cadera hasta que estuvo todo dentro. Entonces solté un gemido que llenó la cabaña y cerré los ojos. Agité la cabeza y sentí el pelo revuelto sobre la frente y los ojos. Sentí un escalofrío que me recorrió de arriba abajo y volví a mojarme, lubricando todavía más el miembro del *alfa*, hasta tal punto que, incluso con su polla dentro, el líquido goteó por los bordes de mi ano y manchó su pubis blanco y sus huevos.
Había algo muy especial en el sexo con Tigro. Nunca me aburriría de decirlo, aunque no supiera muy bien lo que era. Simplemente, mi cuerpo reaccionaba al suyo de una forma que no hacía con ningún otro *alfa*. Cada movimiento de cadera me llenaba de un placer especial; cada vez que nuestras miradas coincidían en el ardor de momento, un fuego se reavivaba en mi interior; cada vez que se corría, un orgasmo me inundaba el cuerpo como una avalancha que me dejara sin aliento.
Todo lo demás podría ser mentira, pero que Tigro y yo teníamos una química increíble; era cierto.
—¿Esto significa que estamos bien? —me preguntó media hora después, con la barba empapada y la barriga ligeramente abultada bajo el grueso jugón de lana negra que acababa de ponerse.
—Tienes razón, será más fácil si ambos podemos estar en El Arrecife sin llamar la atención —respondí, terminando de atarme las botas—. Además, tú tienes información que yo no tengo. Quizá notes si hay alguna diferencia con las cajas del naufragio con respecto a las que llegaban antes.
El enorme alfa terminó de abrocharse el cinturón y se acercó a mí, poniéndose de cuclillas a mi lado.
—Eso es lo que pensé yo —dijo con una sonrisa en los labios y los ojos muy fijos en mí—. No intentaba volver a usar tu barba ni nada así, porque te prometí que no lo haría; pero durante la semana de preparación, pensé en un plan y este me pareció el mejor y más sencillo.
Sabía lo que el *salvaje* estaba haciendo, las palabras exactas que decía, la forma intensa con la que me observaba, tratando de encontrar en mi rostro y en mi cuerpo la más mínima señal o reacción. Ese «súper poder» de leer la mente que tenían los felinos, no era más que una increíble percepción para los tics involuntarios.
Así que levanté la cabeza y le miré de vuelta para que pudiera verme perfectamente cuando le dijera:
—Me parece buen plan.
Tigro siguió sonriendo, pero su mirada se deslizó un instante por mi rostro antes de volver a mis ojos.
—Me alegra mucho que lo entiendas —ronroneó, acercándose para frotar nuestros bigotes con cierta emoción, como si estuviera realmente feliz por ello—. Sé que lo de la cuenta falsa es un poco… demasiado —reconoció, volviendo a mirarme, ahora con una mueca de labios apretados y más seria. Entonces arqueó una ceja y ladeó el rostro para volver a sonreír—. Pero quizá podríamos verlo como una especie de experimento… Tú, yo, una cuenta en mi barba… ¿eh?
—Centrémonos en la misión —le pedí, imitando su gesto de rostro ladeado y su ceja arqueada—, y dejemos los experimentos para cuando los *betas* no filtren drogas y agentes secretos en La Reserva, ¿eh?
Tigro se rio, llenando la pequeña cabaña con su risa grave y alegre. Asintiendo, se levantó y me ofreció una mano para ayudarme a hacer lo mismo. Una vez en pie, uso la misma mano para tirar de mí hacia él y rodearme con los brazos. Con sus labios pegados a mi pelo, me dio un beso y me

dijo:
—Puede; y por puede me refiero a «probablemente»; que mi instinto, quizá, no sea capaz de diferenciar la cuenta falsa de la verdadera. Aunque yo sea muy inteligente y sexy y grande y un *alfa* increíble en todos los sentidos, mi parte primitiva, esa que incluso un felino como yo, que destaca tantísimo entre los demás *alfas*, no puede controlar del todo…
—Quiero ir a desayunar, Tigro —le interrumpí, aunque mi voz sonara baja y apagada debido a mi rostro hundido en su pecho—. ¿No puedes seguir decidiendo esas gilipolleces por el camino?
—Sí, claro —aceptó, soltándome solo lo necesario para tomarme en brazos como si yo fuera la dulce princesa de algún cuento de hadas.
Llevándome de esa forma por el muelle de madera en dirección al Hogar, continuó diciendo:
—¿Por dónde iba? Ah, sí. Soy maravilloso, como ya sabes. Por eso quizá te sorprenda que, incluso alguien tan perfecto como yo, pueda verse influido por algo tan trivial como una cuenta en la barba. Pero si lo piensas, es un elemento simbólico muy importante en nuestra cultura. La barba es biológica: limpias a un *omega* y te crece, empiezas a sentir cosas, tu instinto se revoluciona y tu cuerpo cambia. Te adaptas a tu nueva función como *alfa* que debe cuidar y proteger a su *omega*, tanto de los peligros como de otros *alfas* que quieran quitártelo.
A esas alturas, ya habíamos alcanzado el interior del Hogar, mucho más cálido que el exterior, pero con el mismo rastro en el aire a salitre, algas y pescado frito. Tigro fue directo a una de las mesas más cercanas a la chimenea y, aún estando ocupada, no dudó en gruñir brevemente para ahuyentar a los pobres adolescentes que desayunaban allí.
Era la primera vez que veía al *alfa salvaje* aprovechando su intimidante tamaño y su aspecto imponente para conseguir lo que quería. No era en absoluto sutil, como cuando me manipulaba; sino más bien descaradamente brusco, como cuando, nada más dejarme sobre el banco, se fue directo a una mesa cercana y se llevó el cuenco de manzanas del que estaban comiendo un par de *omegas*, sin que sus *alfas* pudieran hacer nada para evitarlo.
Uno de ellos trató de decir algo, pero en el instante en el que Tigro se detuvo y le miró por el borde de los ojos, cerró la boca y agachó la cabeza.
Nadie se iba a enfrentar a él, por supuesto, porque nadie quería enfrentarse a un *salvaje*. Mucho menos uno con barba y su *omega* al lado.
Dejando el cuenco de manzanas delante de mí, se sentó a mi lado y empezó a comer una sardina como si nada.
—¿Ves? Aún no me has puesto la cuenta pero ya me está afectando —me dijo mientras masticaba—. Ahora mismo solo me preocupa que tengas el mejor sitio junto al fuego y toda la comida que te gusta.
Ya no era capaz de creer a Tigro, de diferenciar entre lo que decía de verdad y lo que decía como parte del juego, pero eso no significaba que no despertara cierto interés y curiosidad en mí.
—¿Así que ahora te vas a volver un gilipollas que hace lo que quiere y no respeta a nadie? —pregunté, llevándome una manzana a la boca—. Esa no es una buena forma de pasar desapercibido…
Tigro resopló, deteniéndose solo un momento para quitarse una espina de la boca y dejarla a un lado del plato.
—Lo dices como algo malo, pero no lo es. No para ti, quiero decir —me sonrió, guiñándome un ojo—. Los demás *alfas* saben lo que hay. Ellos harían lo mismo si pudieran, pero no pueden, porque son solo *domesticados*.
—Ya… —murmuré mientras masticaba lentamente la manzana. Estaba buena, pero nada que ver con las deliciosas frutas que crecían en Vallealto—. Así que ponerte una cuenta es como

convertirse en la mujer de un mafioso.
Tigro se rio de una forma tan repentina que se atragantó.
—Sí, puede que sí —reconoció después de toser y beber un buen vaso de agua—. Pero solo porque estamos fuera de mi territorio. Cuando volvamos, te daré lo mejor de mi cosecha y no tendrás que comer fruta ácida ni soportar este asqueroso olor a salitre y algas.
—No me importa el olor a mar —respondí—. Yo me crie en una ciudad con puerto.
—¿Sí? —preguntó, echándome una mirada de interés—. Yo me crie encerrado en la habitación de un laboratorio.
Terminé de masticar el trozo de manzana sin apartar mis ojos de los suyos. Tigro había dicho aquello como si nada momentos antes de arquear las cejas y llevarse otra sardina a la boca. Incluso en ese momento me pregunté si solo me contaba aquello para hacerme sentir una falsa sensación de confianza y empatía.
—¿Hay alguna cuenta que simbolice «le quiero porque tiene muchos más traumas que yo»?
Tigro sonrió de oreja a oreja, mostrando sus grandes colmillos y erizando sus largos bigotes.
—Ojalá la hubiera —respondió—. La pondría justo debajo de la primera, para que todos supieran que es mi favorita.
Ese dato reavivó mi curiosidad por el tema y me recordó una conversación que habíamos dejado a medias la noche anterior.
—Todavía no me has dicho si lo de poner cuentas es solo algo que hacemos en Mil Lagos o no —dije mientras dejaba el corazón de la manzana a un lado e iba a por la siguiente—. Cuando he ido a El Abrevadero, también había *alfas* con cuentas en la barba.
Tigro produjo un gruñido entre la queja y el aburrimiento.
—Todavía me sorprende que encuentres interesante algo que no tenga que ver conmigo —respondió con un tono que rozaba la broma, pero que resultó sospechosamente sincero—. Veamos… ya te he dicho que antes de La Reserva, vivíamos en comunidades reducidas y apartadas. Pues bien, cada una de ellas desarrolló sus propias tradiciones y costumbres, adaptadas a sus especies y necesidades.
—¿Cómo Refugio de la Garra y los gemelos? —pregunté.
—Sí… como Refugio y sus estúpidos gemelos —afirmó, no sin una mueca de leve desprecio—, pero a un nivel mucho más profundo. Así que, cuando La Reserva creció, esas costumbres perduraron gracias a las Má y se convirtieron en tradiciones; incluso aunque ya no fueran necesarias. Ponerse cuentas en la barba es más común en los animanos del bosque, en otros lugares suelen ponerse pendientes, piercings, abalorios en el pelo o incluso hacerse tatuajes. Lo importante es que haya algo visible y simbólico, algo que el *omega* te dé y que tú puedas enseñar a todos.
—¿Y tú cómo sabes tanto sobre la cultura animana, Tigro? —le pregunté.
—Porque me he preocupado por aprenderlo —respondió alzando la cabeza con orgullo—. Cuando llegué estaba muy asustado, como todos los demás, pero al darme cuenta de que somos un pueblo con una riqueza cultural tan grande, me sentí muy orgulloso y quise leer todos los libros que pudiera y escuchar tantas historias de las Má como me fuera posible.
—Aha… —asentí, porque eso era del todo comprensible. A mí mismo me estaba pasando, por otro lado…—. Sin embargo te ofendes cuando te pregunto al respecto.
—No me ofende —me corrigió, alzando uno de sus largos dedos finalizados en una garra negra —, simplemente me molesta un poco, casi nada en realidad, aunque sí de forma leve, que, mi *omega*, el cual está a apunto de darme una cuenta, muestre más interés en temas culturales e historias, que en mí. Su *alfa*.

—Nos pasamos el día hablando de ti o follando —le recordé.
—Eso no es verdad.
—¿Qué no? —jadeé con incredulidad—. Dime un tema de conversación que hayamos tenido estos últimos cuatro o cinco días que no tratara de esos dos temas.
El *alfa* tardó un par de segundos en responder, masticando lentamente la sardina mientras me miraba y pensaba a toda prisa.
—Hablamos mucho del paisaje y la comida —fue lo único que se le ocurrió.
—Sí, pero todas esas veces terminabas comparándolo con tu territorio o lo que tú produces en él.
—¡Porque es mucho mejor! —dijo en un tono más alto—. Tengo el mejor territorio, la mejor comida y al mejor *omega* —declaró—. Y, dentro de poco, tendré también el mejor té.
—Como hables otra vez del puto *Tea*-gro, me mato aquí mismo —le juré con tono serio.
El *alfa* entrecerró los ojos y murmuró un bajo e intenso:
—Va a ser el mejor de toda La Reserva… ¿Lemér? ¡Lemér, vuelve aquí! ¡Va a ser el mejor té y punto! ¡Lemeeer!



Para llegar a El Arrecife, solo tuvimos que regresar a la carretera y seguirla en dirección norte. Una llovizna fresca nos alcanzó a mitad de camino y, empapados, decidimos hacer un último alto en el camino.
Casi creí que Tigro bromeaba cuando señaló un cartel oxidado y me dijo:
—Que maravilloso lugar para una cita romántica.
Levantando un poco la capucha, leí: «Termas Kienu, motel-spa». Tuve que volver el rostro para comprobar que el *alfa* iba en serio, mirándole tomar la dirección que se desviaba de la autopista principal y se internaba en los bosques. No me imaginaba a Tigro queriendo acercarse ni a un kilómetro de distancia de nada que tuviera que ver con los *betas*, pero allí estábamos, frente a un demacrado y abandonado motel rústico de los años cincuenta.
—Esto parece el principio de una película de terror —murmuré, mirando las ventanas rotas, las paredes agrietadas, el interior a oscuras y la vegetación que había consumido aquel lugar por completo, dejando tan solo un esqueleto que apenas se mantenía en pie.
—Seguro que ya daba miedo incluso cuando estaba recién construido —respondió el *alfa*, probando la integridad de los escalones antes de subir en dirección al porche—. Oh, no… ya empiezo a sentir la influencia *beta* —jadeó, llevándose una mano al pecho—. Tengo muchísimas ganas de ver televisión por cable, comer una comida procesada y asquerosa y llorar porque tengo la polla enana y problemas que no le importan a nadie.
Ahogué una carcajada llevándome el puño a los labios y seguí al *alfa* al interior. El lugar estaba devastado y lleno de polvo, apenas quedaban muebles en pie, la madera estaba carcomida y las pocas paredes que todavía había en pie, tenían marcas y dibujos vandálicos; si los habían hecho antes o después del abandono, no podía estar seguro.
Tigro se acercó a la mesa de recepción y pulsó repetidas veces un timbre que no produjo sonido alguno.
—¿Hola?, ¿hay alguien ahí? —preguntó—. Acabamos de salir de nuestro trabajo pagado con

dinero y nos gustaría alquilar una habitación. Verá, mi limitada y débil fisonomía *beta* me impide desarrollar una barba con la que absorber el aroma de mi pareja; así que me veo obligado a participar en estúpidos rituales de cortejo como este. Oh, no… —terminó diciendo mientras me miraba—. Ya me he corrido. Tendremos que esperar todo un día a que mis deficientes y tristes genitales se recuperen lo suficiente para poder volver a dejarte insatisfecho.
No sé si fue su expresión estúpida, el tono de su voz o el show que había interpretado, pero no pude contener una segunda carcajada y asentir con aprobación.
—Muy divertido —reconocí.
—Y muy cierto… —añadió él, arqueando una ceja antes de volverse en dirección a lo que, quizá en los años cincuenta, había sido un elegante salón-restaurante—. A veces me pregunto si los *betas* usarán lugares como este para esconder armas, como hacían en el búnker.
—No —respondí, bastante seguro de mis palabras—. Este motel no es seguro, los animanos de la zona lo conocen —y señalé uno de lo carteles que aún quedaba en pie, donde alguien había pintado bigotes y orejas de gato sobre el dibujo de la mujer *beta* que anunciaba café.
—Quizá sean los mismo animanos que cooperan con ellos —sugirió Tigro.
—Podría ser, pero aún resultaría demasiado arriesgado. Lo bueno que tenía el búnker es que estaba en tu territorio, nadie iba a toparse con él por pura casualidad; además, los *omegas* podrían ir allí sin levantar sospechas.
—Puedo seguir el rastro de cualquier *omega* que entre en mi territorio —me aseguró Tigro.
—Pero no lo haces.
Tigro tardó un poco más en responder a eso, encogiéndose de hombros y moviendo los ojos en semicírculo, siguiendo el recorrido de sus pestañas.
—Si me parara a seguir a cada *omega*, no tendría tiempo para nada más. Son demasiados…
—Pues eso —concluí, acercándome a la puerta que llevaba a las cocinas.
Aquel lugar estaba tan abandonado y afectado por el tiempo como todo lo demás, pero, por extraño que pudiera parecer, lo más raro de aquello fue volver a ver una nevera. No llevaba ni un año en la Reserva y ya parecía toda una vida.
—Ains… como echo de menos la pizza. Quizá debería traicionar al hermoso Tigro solo por volver a probarla una vez más —susurró una voz en mi oído.
—¿Por una pizza? —pregunté sin volver la mirada hacia el *alfa*—. Nah… pero por un caramel café macchiato te pegaba un disparo en la pierna ahora mismo.
—Lo peor es que sé que no bromeas.
—Claro que no bromeo —respondí, dándome la vuelta en dirección al salón-comedor.
El motel no era muy grande y la sección del «spa» se encontraba al otro lado, unido a la plata principal por una terraza con vistas al bosque de altos pinos. Todo allí era hortera y horrible, con paredes de madera y suelos de moqueta naranja. Incluso las saunas y piscinas tenían ese estilo retro y sobrecargado, aunque ahora estuvieran rotas, llenas de vegetación y sucias.
—Mmh… que buena pinta —murmuró Tigro, deteniéndose al borde de una de las piscinas de agua estancada, repleta de algas verdes, hojas y a saber qué más.
—Pues sí —asentí—. Podría beberme un vaso entero y seguiría sabiendo mejor que el *Tea*-gro.
El *alfa* levantó la cabeza y me dedicó una de sus expresiones serias de ojos entrecerrados y labios tensos. Odiaba que me quejara de su té, por eso lo hacía siempre que podía.
—Ven, he visto un par de piscinas exteriores —murmuré, todavía con una cruel sonrisa en los labios.
Las aguas termales fluían desde el interior de la montaña, alimentando un par de pozas naturales que rezumaban vapor bajo la débil lluvia. No eran nada espectacular, manteniendo su aspecto

virgen y caótico, pero eran las únicas que todavía funcionaban y todavía se podían usar.
—Mira, los *betas* solo han construido el motel aquí y cobrado dinero por disfrutar de algo que no les pertenece. ¡Qué civilizados! No como esos sucios y salvajes animanos…
Tigro consiguió mantener aquel tono irónico incluso mientras me miraba desnudarme con gran interés. El objetivo era dejar la ropa colgada en el interior, al resguardo de la lluvia, y atravesar el camino de bosque y piedras a la carrera. Ya que el alfa estaba tan ocupado quejándose y mirándome, yo fui el primero en salir, dándome prisa para no pasar más tiempo del necesario al frío y la intemperie.
Nada más alcanzar el agua caliente, solté un jadeo y me dejé caer de espaldas, produciendo en esa ocasión un gemido de puro placer. El *alfa* llegó entonces, desnudo y a buen paso, para hundirse de frente en las aguas y ronronear como un enorme gato. Solo se le veía la mitad del rostro, los ojos entornados y su cola de tigre, deslizándose de lado a lado y produciendo chapoteos al chocar contra la superficie.
Nos quedamos así un buen par de minutos, disfrutando del descanso y la calma. Cinco días de caminatas por la montaña, bajo el frío y la lluvia torrencial, no pasaban en valde, incluso para dos animanos.
Después, Tigro se deslizó hasta mí y me llevó con él a uno de los lados de la poza, donde me apoyó sobre él y extendió los brazos a lo largo del borde rocoso, echando la cabeza atrás mientras la lluvia nos bañaba. Entonces solo se oyó la tormenta y la brisa que agitaba las altas copas de los pinos. Tomé una profunda bocanada de aire y la solté, sintiéndome más relajado de lo que me había sentido en mucho tiempo.
Perdí el concepto del tiempo, pero debió pasar un buen rato antes de que el alfa se volviera a mover y saliera de la poza. Creí que él ya había tenido suficiente y que prefería regresar, pero yo me quedé un poco más; lo suficiente para verle regresar entre los árboles.
Tigro pareció por un momento el héroe de alguna historia animana: grande, fuerte y demasiado atractivo. El vello que le cubría el cuerpo era de un precioso patrón atigrado; sus músculos marcados emitían todavía vapor caliente, como si estuviera ardiendo en contraste con la lluvia; su sonrisa de grandes colmillos parecía esconder siempre algún motivo oculto, como una broma de la que solo él se reía; sus ojos de jade y oro resplandecían incluso en la luz plomiza del cielo encapotado, salvajes e indomables.
—Lemér… —murmuró, volviendo al interior de la piscina para mostrarme la pequeña bolsa de cuero en su mano.
Cuando me la arrojó, la cacé al vuelo y vacié el interior en la palma. Lo único que salió de allí fue una cuenta de hueso.
La miré un par de segundos y después volví a sus ojos, siempre muy fijos en mí. Buscando cada uno de los secretos que trataba de esconderle.
—Ya la tenías de antes —deduje—. Dime que no es una que te haya regalado un *omega* enamorado…
—No, no —negó al instante—. Esas las tengo en un cofre en casa. Esta la hice yo.
Me controlé para no hacer ninguna señal que delatara mis pensamientos y miré de nuevo la cuenta. Era muy similar a las verdaderas: suave al tacto y redondeada, pero, al contrario que las demás, esta no significaba nada.
—¿Y cuándo la hiciste? —quise saber.
—La semana pasada.
—Ahm… —me limité a murmurar, dando un par de vueltas a la cuenta entre los dedos. Algo como aquello no se tallaba en un día o dos: había que encontrar un hueso del tamaño adecuado,

darle la forma precisa y dedicarle mucho tiempo y paciencia.
Tigro se sentó frente a mí en el agua y puso las manos en las rodillas, casi de una forma ritual.
—Tienes que ponérmela —me dijo.
—¿Yo? —pregunté, arqueando una ceja antes de devolverle la cuenta—. Póntela tú.
El *alfa* negó, empujándome suavemente la mano de vuelta, pero sin tocar la cuenta.
—Si me la pongo yo, no quedará bien —insistió—. La Má se dará cuenta al instante.
Tomé una ligera bocada de aire y miré una vez más la cuenta entre mis dedos de piel arrugada debido al calor y el baño. Sabía que aquello era una trampa, que Tigro podría perfectamente buscar alguna superficie reflectante y ponerse la cuenta; pero quería que lo hiciera yo.
¿Por qué? Porque Tigro siempre jugaba a un retorcido y peligroso juego. El problema de jugar, es que a veces se pierde.
Le miré por el borde superior de los ojos, vi su media sonrisa y su mirada felina. El *alfa* parecía el héroe de alguna novela animana, pero en realidad era solo la mente malvada que se escondía detrás.
Con calma, me puse la cuenta entre los labios para sostenerla mientras peinaba la larga barba de su mentón. La primera siempre se ponía allí, como una pequeña coleta.
Tigro se agitó un momento y me detuve.
—Oins… estoy nerviosito —murmuró mientras sonreía y se volvía a agitar, como si un escalofrío le hubiera recorrido el cuerpo—. Esto es muy raro.
—Sí, sí que lo es —reconocí, retomando la tarea.
Cuando tuve el pelo de la barba reunido, me saqué la cuenta de los labios y empecé a pasarla lentamente como una rosca, tratando de introducir la mayor cantidad de pelo posible.
—Mmmmh… —murmuró él, interrumpiendo de nuevo mi trabajo.
Cuando le lancé una mirada se advertencia, solo le vi sonreír de oreja a oreja, como un niño emocionado con los regalos de navidad.
—Lo acostumbrado es decir algo bonito mientras me la pones —me dijo—. Las razones por las que me eliges a mí como tu *alfa*…
—¿Quieres que me enfade, Tigro? —pregunté.
—No… solo digo que esa es la costumbre. No sé, podrías decir algo como: porque eres el más fuerte y guapo; porque caí rendido a tus pies nada más verte; porque nadie me hace sentir lo que tú me haces sentir; porque hay algo muy especial en la forma en la que me miras y sonríes, porque no hay ningún otro que pueda entenderme y amarme como tú me…
—Ya está —le interrumpí, aprovechando su estúpida cháchara para terminar de colocársela.
El resultado fue… confuso, sinceramente. Algo que el alfa también debió de notar, porque enseguida se llevó ambas manos al mentón y palpó la cuenta, pero con cuidado, como si temiera que se fuera a caer.
Entonces soltó una prolongada columna de aire entre los labios y abrió mucho los ojos.
—¡Necesito verme! —exclamó, saliendo del agua como un torbellino en pos del motel.
Cuando me reuní con él en el salón comedor, después de haberme secado y vuelto a vestir, el *alfa* todavía seguía desnudo, mirándose en el reflejo de un espejo gastado y roto. Entraba poca luz por las ventanas apuntaladas y entre las cortinas que aún quedaban en pie, pero era suficiente para distinguir formas y rasgos.
—Es raro, pero me queda como muy bien… ¿no? —me preguntó, mirándome a través del reflejo mientras arqueaba una ceja y ponía una media sonrisa.
—Sí, te queda bien —reconocí, porque era la verdad y mentirle no tenía sentido alguno. Me gustara o no lo que veía, a Tigro le quedaba bien la cuenta.

El *salvaje* ronroneó con placer y se volvió hacia mí. Con los puños en la cadera y la polla cada vez más dura, me dijo con voz ronca y densa:
—Ahora mismo solo tengo ganas de darte tigrecitos y lemuritos…
Miré de sus ojos a su miembro ya bastante duro. Como solía pasar, mi cuerpo reaccionó antes que mi mente, pero eso no evitó que le diera una leve advertencia:
—Me he quedado baldado después del baño. Tendrás que hacer tú todo el trabajo.
A Tigro no le importó. Agachó la cabeza y me miró por el borde superior de los ojos, gruñendo por lo bajo, mostrándome parte de sus colmillos mientras erizaba los bigotes. Por alguna razón, se estaba volviendo salvaje por momentos, acercándose a pasos lentos que no producían ruido alguno sobre el suelo de madera.
Mi instinto me hizo retroceder un paso y fruncir el ceño. La electricidad estática que emitía Tigro se estaba intensificando de una forma alarmante a cada segundo que pasaba, haciéndome cosquillear la piel y erizándome el pelo de la cola.
—¿Tigro? —pregunté, pero el *alfa* ya no podía oírme.
Moviéndose entre las luces y sombras, se deslizó tras una mesa tirada en el suelo, como si quisiera esconderse de mí y que así no le viera acercarse. Eso me puso muy nervioso.
—Tigro, ¿te has olvidado de decirme algo? —insistí, aunque solo era cháchara nerviosa que escondía con un tono serio y enfadado—. No tenemos tiempo para que entres en celo. ¿Tigro?
Cerré los puños con fuerza y eché una rápida ojeada a mi alrededor. Podía sentir al alfa, pero no podía verle. Cualquier movimiento me hacía alarmarme: el crujir de las viejas cañerías, el aullido del viento entre los cristales rotos, el movimiento pausado de las cortinas, el resonar de un trueno en la lejanía.
Apreté los dientes y retrocedí otro paso.
—Tigro… —gruñí, en esa ocasión con enfado y los dientes apretados—. Eres un cabrón…
Entonces, alguien saltó sobre mí a mis espaldas y me clavó sus garras.

EL ARRECIFE DE ACERO

Tigro se había vuelto loco.

Esa cuenta en la barba había detonado algo dentro de él, y él había explotado como una bomba. Nada más cazarme me arrancó la ropa a jirones y me folló allí mismo, sobre el suelo de madera del motel. Como aquella vez a la vera del río, perdió por completo la razón. No quiso herirme en ningún momento, pero fue violento e incansable.

Movía la cadera a un ritmo brutal, me gruñía en el rostro como una bestia, me agarraba de las muñecas para que no pudiera moverme y me miraba sin parar con sus ojos de diminutas pupilas; como si estuviera completamente drogado.

No se detuvo hasta correrse, momento en el que me soltó los brazos, apoyó las manos en la madera del suelo y clavó sus garras produciendo un profundo arañazo que acompañó el intenso rugido de tigre.

Entonces se hizo el silencio. Pude escuchar mi propia respiración acelerada y el retumbar del corazón en el pecho; pero ese oasis de calma duró poco, porque Tigro me dio la vuelta, me mordió la cola y tiró de mí para ponerme de rodillas y follarme a cuatro patas con la misma brutalidad incansable.

La intensidad del momento fue intoxicante, tan abrumadora que no pude ni pensar con claridad. A veces se me pasaba una idea racional por la mente, pero desaparecía con la misma fluidez con la que había llegado. La mayoría del tiempo yo solo estaba allí, apretando los puños, gimiendo, tratando de seguir respirando mientras incontrolables oleadas de placer me recorrían de arriba abajo. Estaba tan mojado que el líquido me resbalaba por las piernas y el incesante movimiento de Tigro resonaba con un sonido húmedo y viscoso.

Un segundo rugido ensordecedor y una embestida más profunda y repentina anunciaron el nuevo orgasmo del alfa, quien se dejó caer lentamente sobre mí, hundiéndome bajo su peso y manchándome del sudor que le empapaba la piel y el vello atigrado.

Sus jadeos en mi oreja eran cálidos y rápidos, el picor de su barba en mi cuello me producía un hormigueo incesante, sus manos rodeaban las mías, con nuestros dedeos entrelazados. Y, una vez más, el *alfa* empezó a mover la cadera, tan pegado a mí que apenas la sacaba antes de volver a metérmela.

Esa fue la follada más larga y en la que más me mojé. No por la intensidad, sino por todo lo que la rodeaba: Tigro sobre mí, su calor, el roce pegajoso de su piel cálida y sudada, su abrumador olor a menta y miel, su aliento en mi oído, el roce de sus bigotes, la forma en la que me cubría y me ahogaba. Todo desató en mí una respuesta instintiva que superaba la lógica por completo.

Cuando llegué de nuevo al orgasmo, el alfa me siguió casi al momento, apretándome más contra él, tratando de rodearme con los brazos y esconderme bajo su enorme cuerpo.

No fue hasta varios minutos después que Tigro se movió, liberándome de aquella pequeña prisión. Fuera, el aire parecía demasiado frío y ligero. Agité la cabeza de lado a lado y parpadeé varias veces, despertando de un sueño que nunca pensé que tendría. Sin darme apenas cuenta, el alfa me tomó en brazos y me llevó con él a la parte de la barra del bar que todavía seguía en pie.

Allí me recostó, con el culo en pompa, para poder empezar a limpiarme.
Centrado en recuperar la respiración, me quedé mirando el reflejo sucio del cristal tras las estanterías de botellas de alcohol. La escasa luz que entraba en el salón por las rendijas y grietas seguía sin ser suficiente, pero, aunque lo hubiera sido, no creía que mi mente fuera capaz aún de procesar lo que estaba sucediendo.
De hecho, tardé lo mismo que Tigro en limpiarme, momento en el que me dio un cachete en la nalga y se incorporó, relamiéndose su barba empapada antes de frenar un eructo y resoplar.
—Creo que me daré otro baño —anunció en voz baja, volviendo a tomarme en brazos para llevarme con él a las aguas termales.
Allí se limpió el sudor, se mojó la cabeza y se echó el pelo hacia atrás, mirando el cielo nublado antes de suspirar y quedarse flotando boca arriba.
—¿Qué ha sido eso, Tigro? —le pregunté con voz ronca y la garganta seca de tanto gemir y jadear.
—¿Lo qué? —preguntó sin siquiera abrir los ojos—. Si te refieres al sonido que ha llegado desde los árboles, ha sido un ciervo que ha salido corriendo al vernos; si te refieres a lo que ha pasado en el motel, fue el mejor sexo de tu vida. No te preocupes, habrá más. Mucho, mucho más…
—Me refiero a que has entrado en modo salvaje sin previo aviso.
—No es verdad, te lo dije. Te dije: ahora solo pienso en darte tigrecitos y lemuritos, Lemér.
—¿Y eso tiene algo que ver con la cuenta?
—Todo tiene que ver ahora con la cuenta —respondió, encogiéndose de hombros.
—Con la cuenta falsa —añadí, solo para recordárselo.
—Aham… —murmuró de forma afirmativa, pero vaga, lo cual no me hizo ninguna gracia.
—Tigro…
El *alfa* alzó al fin la mirada y sonrió, nadando en mi dirección para frotar nuestros bigotes y calmarme.
—Te dije que quizá me afectaba un poco, no te preocupes —susurró en mi oreja—. Ahora es momento de centrarse en la misión.
—A veces me pregunto si realmente crees que soy tan gilipollas —respondí en el mismo tono bajo.
—Yo no me emparejaría con ningún gilipollas, Lemér.
Cuando se separó un poco para mirar mis ojos, se encontró con una mirada cortante y una expresión bastante seria; a lo que el alfa solo respondió un un gruñido bajo y una sonrisa lasciva.
—No me mires así que me vuelves loco… —me pidió antes de besarme.
Tigro se estaba volviendo un poco descuidado con su manipulación, algo que, irónicamente, me estaba ofendiendo más que el hecho de que tratara de controlarme y mentirme. Al terminar nuestro viaje y cumplir la misión, él sería la única víctima de sus juegos; pero que me tratara como si fuera idiota y no me diera cuenta de las cosas, me jodía bastante.
Estaba claro que algo extraño había pasado cuando le había puesto la cuenta en la barba, porque no solo se había vuelto salvaje sin razón aparente, sino que además estaba… más guapo que nunca. No podía describirlo con palabras, pero Tigro resplandecía con un aura magnética. Su pelo se alborotaba en su cabeza de una forma descuidada y sexy, sus ojos brillaban más que nunca, su sonrisa me dejaba siempre aturdido por un segundo, su voz sonaba más densa y aterciopelada, su piel era más cálida, los roces que casualmente nos dábamos al caminar eran eléctricos…
Apenas una hora después de haber abandonado el motel, volvimos a detenernos en mitad del camino de la carretera para besarnos hasta enrojecernos los labios y follar contra una vieja señal

de cambio de rasante. Al terminar, el alfa gruñó con la cabeza echada hacia atrás y sonrió como si llevara todo un día con ganas de correrse, y no apenas cincuenta minutos.
—Has entrado en celo —declaré con tono serio, los brazos cruzados y los pantalones por los tobillos.
Tigro bajó la mirada hacia mí y se fue encogiendo lentamente de hombros mientras arqueaba las cejas. Al final, aspiró aire entre los dientes y respondió un casual y simple:
—Es lo normal cuando te ponen una cuenta…
—Joder, Tigro… —murmuré, frotándome el rostro—. ¡No tengo pociones para el celo!
—No te preocupes, estamos muy cerca del Arrecife. Ballana Má te dará una.
—No, ¡no funciona así! No es… —dije, deteniéndome solo para apartarle el rostro con el que intentaba volver a besarme.
Con evidente enfado, me deslicé de entre sus brazos, me puse en pie y me empecé a levantar los pantalones antes de ponerme la mochila a los hombros y retomar el camino, esta vez a buen paso.
—Lemér… —murmuró una voz a mis espaldas antes de que el *alfa* apareciera por mi lado, todavía subiéndose el pantalón y guardándose la polla dentro—. Espera, tengo que limpiarte.
—Cierra la puta boca, Tigro —respondí con una mano en alto, empujándole de mí lado. Ahora mismo no soportaba tenerle cerca—. Te aseguro que no quieres verme enfadado.
El *alfa* gruñó como si no le hubiera gustado nada que le hubiera apartado. Con una rápido gesto, me agarró del brazo y me obligó a mirarle.
—Esperé a estar cerca del Arrecife antes de que me pusieras la cuenta, Lemér, por si pasaba…
—Sabías que iba a pasar —le corté, liberando el brazo antes de clavarle un dedo índice en el pecho abultado—. Lo sabías.
Tigro ladeó el rostro y me miró con sus brillantes ojos felinos, mucho más intimidantes cuando no venían acompañados de una sonrisa.
—Sí, lo sabía —declaró con tono grave y profundo—. Me has puesto una cuenta y he entrado en celo. Ahora tranquilízate, estamos a solo una hora del Arrecife y Má te podrá dar una poción especial.
—No es la poción, Tigro —respondí con tono controlado—. Es tu puta manía de mentirme y hacer lo que te salga de la polla. ¿Lo entiendes? —terminé gruñendo—. Arriesgarse a que me quede embarazado no es como una cuenta falsa que se pone y se quita, ¡es algo serio, joder!
—Sé que es muy serio —respondió en una voz calmada y segura que casi le hacía parecer un adulto sensato y responsable; algo perturbadoramente extraño viniendo de él—. Pero este tipo de celo es suave, nada comparado con el de las *alfarias*. Tenemos una ventana de cinco a ocho horas para que te tomes el anticonceptivo antes de que pueda haber ningún peligro real. Así que tranquilízate —terminó repitiendo a la vez que me agarraba de los hombros y me daba un leve apretón—. Sé lo que hago y jamás ha sido mi intención engañarte para que me des crías. ¿De acuerdo?
Eso no solucionó mi enfado ni minimizó mis preocupaciones, aunque sí produjo alguna especie de efecto narcotizante en mí.
A veces esa conexión instintiva y natural entre nosotros era muy divertida; otras veces la odiaba con todo mi corazón, porque nunca podías elegir cuándo querías que te influenciara y cuando no. Como en aquel momento en el que mi enfado quedó relegado a un desagradable picor en el fondo de mi cabeza que no podía rascarme a gusto.
—¿De acuerdo, Lemér? —repitió él en tono más suave, acercándose para frotar nuestros bigotes y ronronear por lo bajo.

—Más te vale que sea cierto —murmuré.
Así que fue una vez más mi cuerpo *omega* el que me traicionó, dejándose influenciar por la seguridad y firmeza que proyectaba el *alfa salvaje*. Ese *alfa salvaje* que olía tantísimo a menta y miel y que mi instinto no paraba de asegurarme que era bueno para mí.
—Siento no habértelo dicho antes —dijo Tigro en mi oído, rodeándome con sus brazos para atraerme hacia él y abrazarme—. He sido muy estúpido.
—Bastante —afirmé.
Tigro asintió, rozando de nuevo nuestros bigotes antes de deslizar el rostro y darme un beso húmedo y cálido. Mirándome fijamente, me pidió:
—Déjame que te limpie, es mi deber y privilegio como tu *alfa*. Si alguien pensara que te dejo ir sucio por ahí, se me rompería el corazón.
—Tú no tienes corazón —respondí.
Tigro sonrió, elevando tan solo las comisuras de sus labios como haría el sexy villano de una película. Después volvió a besarme, después me mordisqueó el cuello y me derretí entre sus brazos, después le «dejé» limpiarme y, con la boca empapada y relamiéndose con placer, el *alfa* me dio un cachete, volvió a sonreír y me ofreció educadamente continuar el camino.
—Estás emitiendo feromonas —le dije, echándole un rápido vistazo por el borde de los ojos. Trataba de no mirarle demasiado, porque cada vez que lo hacía estaba más y más guapo.
—¿Por qué lo dices? —preguntó con un tono divertido mientras se llevaba una mano a la cuenta —. ¿Notas algo diferente…?
—Sí, noto que me estás nublando por completo el juicio —respondí—. Y eso me está poniendo de los nervios.
Tigro se rio y, como si nada, me rodeó con el hombro para acercarme a él y susurrar en mi oído:
—Sí… estoy emitiendo feromonas; pero no unas feromonas cualesquiera, sino unas muy especiales, creadas especialmente para ti, Lemér…
Quería creer que eso no era cierto, pero nada más oír su voz aterciopelada en mi oído y su aliento en el cuello, volví a mojarme como si hubiera acabado de llegar a La Reserva y aún tuviera mi pañal *omega*.
Me aclaré la garganta y estiré el cuello, intentando mantener la compostura y alearme sutilmente de su influencia.
—Que detalle que te esfuerces tanto por joderme.
—Oh, no… no es un esfuerzo en absoluto —me aseguró—. Se trata más bien de una reacción biológica a mis necesidades. Verás, Lemér, mi cuerpo es el cazador, y tú eres mi presa. Y no hablo de ti como *omega*, sino de ti como individuo. Desde que he entrado en celo, mi organismo ha empezado a utilizar todas esas deliciosas hormonas que te he limpiado para producir sus propias feromonas. ¿No lo hueles? Toma una buena respiración…
Pero él fue el único que tomó una sobreactuada e innecesaria bocanada de aire antes de suspirar.
—Ahora yo huelo más a menta y miel que tú, pero es un aroma diferente, más fresco, un poco menos dulce y con un fondo más penetrante. La base es la misma, pero al contrario que tu aroma, este no está creado para atraer a *alfas*, sino solo a ti. —Entonces sonrió mucho y ladeó el rostro, buscando mi esquiva mirada—. ¿Cómo te sientes ahora que las tornas han cambiado y tú eres el que me huele a mí? ¿Eh, Lemér? ¿Empiezas a entender un poco mejor a los *alfas*?
No dije nada, solo seguí caminando, apretando los puños con fuerza alrededor de las cinta de mi mochila de viaje hasta que doliera. Por desgracia, Tigro jamás dejaría escapar la oportunidad de disfrutar de su recién ganado poder, o, mucho peor, de darme una lección de humildad.
Interponiéndose en mi camino, usó su cola de tigre para rozarme suavemente la mejilla y

dejarme sin aire.
La verdad es que olía muy bien. Increíblemente bien. Terriblemente bien.
—Para —gruñí, apretando los dientes y clavándole una mirada asesina.
—¿Yo? —preguntó él, fingiendo inocencia, con el ceño levemente fruncido y unos pequeños morritos en los labios—. Pero si soy solo un inocente *alfa salvaje*…
Entonces levantó un pie para apoyarlo en el capó de un coche oxidado y abandonado en mitad de la carretera, postura que hacía destacar mucho su abultado paquete. Por si eso fuera poco, se llevó una mano al pelo para revolverlo y, de paso, remarcar su enorme bíceps y su axila de vello negro y naranja.
—Pffffff… —resoplé, dejando caer la mochila al suelo antes de acercarme a él.
Pero, de pronto, Tigro me detuvo con una mano en el pecho.
—No, no, no… —sonrió de una forma que podría hacerme explotar en un mar de líquido *omega* —. Si quieres mi atención, dame regalos y comida y arrástrate hasta que te deje limpiarme la polla y, solo quizá, si no me aburro antes, después de un mes o dos, me digne a follarte y bajarte el calentón… ¿A que suena divertido? —concluyó cruzándose de brazos.
—Muy divertido —murmuré—. Ahora bájate el pantalón.
—Ains, no sé… —siguió diciendo, bajando los puños a la cadera y echando una pensativa mirada a la autopista—. ¿Qué pensarán en la villa de *alfas* si descubren que me dejo hacer mamadas?
—Tigro —dije momentos antes de que se me escara un bufido de risa, pero no uno de los buenos —. Tigro —repetí, mirándole fijamente por el borde superior de los ojos—. Estoy muuuy enfadado por todo lo que ha pasado hasta ahora, y lo único que impide que no explote como una puta bomba atómica, es que has entrado en celo y me has vuelto estúpido. Así que al menos ten la decencia de bajarte los pantalones y darme todo lo que quiero…
—Oh… así que cuando tú eres el que está enfadado y bajo la influencia de las feromonas, yo tengo que «tener la decencia de darte todo lo que quieres…»; pero cuando yo estoy enfadado, frustrado y loco por ti, soy un cerdo sin corazón.
Me mordí el labio inferior con fuerza y alcé la cabeza, prefiriendo bromear a tomar una acción más directa, como arrancarle el pantalón yo mismo.
—Empiezo a creer que solo has entrado en celo para darme lecciones pasivo-agresivas.
—Nah… he entrado en celo porque me has puesto una cuenta en la barba y eres mi *omega* —aclaró, deslizando las manos desde la cadera a su cinturón antes de empezar a desabrochárselo—. Solo quería aprovechar la ocasión para explicarte algunas cosas de las que nunca te das cuenta.
—Aha —asentí, más atento a la forma en la que se iba abriendo el pantalón que a lo que tuviera que decirme—. Espero que sepas que no te lo perdonaré nunca.
—Eso dices siempre —murmuró, dejando caer el cinturón a un lado antes de sentarse en el capó y recostarse un poco.
La imagen era perfección. Un preciosísimo Tigro de piernas abiertas, visible vello púbico blanco sobresaliendo de la abertura de su pantalón y cabeza ladeada de ojos salvajes y felinos. Di un paso hacia él y noté lo empapado que ya estaba solo con mirarle. Había una necesidad en mí que resultaba sofocante, feroz, casi angustiosa.
Y entonces el *alfa* volvió a detenerme colocando su bota en mi pecho, exactamente como yo hacía con él.
—Una última cosa —sonrió de forma malvada—, dime que *Tea*-gro te encanta.
—No —me negué al instante.
—Lemér… —insistió, moviendo ligeramente la cadera para acomodar mejor el bulto duro y

grande que allí había.
Su voz era melaza en mis oídos; su mirada, la única chispa necesaria para incendiarme por dentro; su cuerpo, todo lo que consideraba masculino y atrayente; su entrepierna, lo único en lo que era capaz de pensar ahora mismo.
—Puede, y no quiero decir que sí, aunque no voy a negar lo contrario, que el *Tea*-gro sea, por muy extraño que pueda parecer esa afirmación, una mezcla más o menos, pero más menos que más, no tan mala como podría llegar a ser.
Mi respuesta causó una ruidosa carcajada en el *alfa*, quien echó la cabeza atrás y volvió a recostarse en el capó oxidado, apoyando los codos para poder seguir mirándome.
—Soy todo tuyo —me dijo.
No tenía ni idea de si Tigro sería consciente de lo reales que serían aquellas palabras durante el tiempo que durara su celo, pero no tardaría demasiado en darse cuenta.



El Arrecife nos esperaba al final de la carretera, porque, según descubrí aquel día, la villa *omega* estaba situada en la antigua ciudad *beta*.
La primera vez que la vislumbramos desde lo alto de la colina, ni se me ocurrió pensar que aquella población de edificios altos, puerto y zonas industriales pudiera formar parte de La Reserva; y mucho menos que los animanos se hubieran asentado allí. Fue Tigro quien aclaró mis dudas con un sutil:
—Yo también pienso que es horrible.
Horrible… no era la palabra exacta que yo estaba pensando. Diferente, sin duda. Chocante si no estabas preparado; pero no horrible. Aunque quizá fuera mi gusto por las series y películas postapocalípticas lo que hacía inclinar la balanza en ese sentido. Caminar por los últimos kilómetros de la autopista, con coches abandonados y herrumbrosos, la mochila a las espaldas, un cielo encapotado, la vegetación abriéndose paso allí donde podía y las vistas a la ciudad olvidada, fue como estar viajando tras haber sobrevivido a una guerra zombie.
—Ahora mismo me estoy arrepintiendo de haber venido —dijo Tigro—. Volver a estar cerca de una ciudad me pone muy nervioso.
—No creo que quede nada *beta* allí —respondí—. Por la altura de los edificios, la abundante vegetación y la media de edad de los coches, deberá llevar abandonada unos setenta años como mínimo. Si vemos alguna clase de tecnología que supere los sesentas, sabremos que es una trampa.
—Eso no me tranquiliza —farfulló, negando con la cabeza mientras miraba la ciudad con el ceño fruncido—. ¿A qué clase de animano se le ocurriría asentarse aquí?, ¿no te parece sospechoso?
No quise responder al momento, sino que le dediqué un minuto de reflexión antes de responder:
—No estoy seguro. Podría ser algo intencionado, por supuesto, pero también pura comodidad. La ciudad está bien situada, tiene acceso al mar y al río y, además, los edificios ofrecen muy buena cobertura.
—No pierdas de vista al alcalde —murmuró él, sin que mis palabras surgieran ningún efecto—. Ese *omega* controla todo lo que entra y sale del Arrecife, si hay algo turbio aquí, tiene que

saberlo.
Asentí con expresión seria, aunque en el fondo no tenía las mismas preocupaciones que Tigro. El *alfa* creía que en El Arrecife quizá se escondiera una red de suministros y espías *beta*, puede que incluso toda una nave repleta de soldados aguardando para invadirnos en cualquier momento; pero yo sabía que eso era casi imposible.
Si algo había aprendido de mi estancia en El Pinar, era que los *omegas* somos inquisitivamente insoportables y metomentodo. No había nada, y lo decía en serio, NADA, que se escapara de nuestro alcance. Incluso si los *betas* hubieran creado un búnker a quinientos metros de profundidad y lo hubieran sellado con placas de cincuenta centímetros de grosor, ya tendrían a un *omega* al día siguiente dando golpes contra ella mientras preguntaba: «¿Qué es estoooo? ¿Hay *alfas* dentroooo?».
Y al día siguiente habría cinco, y al siguiente, veinte; y al final algunos conseguirían cavar una entrada y aparecer al otro lado simplemente por el hecho de que se aburrían y tenían curiosidad.
Al principio quería culpar al propio Capri y al resto de alcaldes, por dejarnos tanto tiempo libre y no darnos alguna actividad útil con la que entretenernos o mantenernos ocupados; pero ahora sabía que eso sería imposible. Tratar que un *omega* soltero hiciera una tarea, por lo más simple que fuera, sería del todo estúpido, porque se aburriría enseguida y la dejaría abandonada a los diez minutos para irse a ver a sus *alfas*.
Le pasaba a Líbere en la biblioteca, a Arda en los almacenes, a Koal en las cocinas y a Benny en su autoimpuesto papel como «líder de los *omegas* del Pinar»; título del que siempre se olvidaba hasta que lo necesitaba para justificar sus argumentos.
Siendo realistas, me había pasado incluso a mí con mi «misión».
Así que no, los *betas* no podrían esconder nada obvio en El Arrecife. Si había algo allí, tenía que ser muy sutil y estar muy bien escondido; posiblemente envuelto en una cobertura tan aburrida que no llamara en absoluto la atención de los *omegas*.
—Incluso huele mal —se quejó Tigro nada más alcanzar la entrada a la ciudad, marcada por el gran cartel donde habían sustituido el antiguo nombre de la población por: «El Arrecife. Población: los mejores *omegas*, 1 alcalde y 1 Má».
—Eso no es culpa de los *betas*, es culpa de los *omegas* que viven aquí —murmuré, observando el cartel con una ceja arqueada.
A Tigro le resultó muy interesante mi comentario y, olvidándose por un momento de su desprecio y asco por todo lo beta, me dedicó una mirada por el borde de los ojos y una afilada sonrisa.
—Así que ya eres todo un *omega* del Pinar, ¿eh…?
—No, no —negué—, solo digo que «mejores» es un término que se usa demasiado a la ligera en La Reserva. Lo digo en serio —insistí, ya que el *alfa* no paraba de mover las cejas arriba y abajo y murmurar «ya,ya,ya» como si no me creyera—, me da igual si los *omegas* del Arrecife se creen los más irresistibles o guapos o lo que sea.
—«Se creen» —repitió.
—Es obvio que se lo creen, Tigro —murmuré, siguiendo adelante—. Todos en la Reserva lo hacen. Es casi un tópico de ser animano, una constante necesidad de competir como estúpidos.
—Pero tú no crees que lo sean.
—Dudo mucho que lo sean.
—¿Y quienes crees que son mejores? ¿Los *omegas* del Pinar, quizá…? —sonrió.
Me encogí de hombros y eché una ojeada a la calle, de urbanismo clásico, vegetación incontrolada y primeras señales de la influencia animana; como, por ejemplo, lianas colgando

entre edificios, puentes entre las techumbres y cabañas.
—A mí me da igual quién sea el mejor —declaré, aunque no me resistí a añadir—: pero en El Pinar tenemos muy buenos *omegas*.
—¿Y qué te hace pensar eso?
Resoplé bastante alto y puse los ojos en blanco antes de mirar al *alfa*. De nuevo, su atractiva sonrisa y el brillo salvaje de sus ojos felinos me hicieron temblar por dentro. Costaba bastante acostumbrarse a la influencia de las feromonas que ahora me atacaban como millones de pequeños kamikazes sexuales; si de verdad aquello era lo que sentían los *alfas*, resultaba del todo abrumador.
—Tú eres de Mil Lagos —le recordé, obligándome a mí mismo a apartar la mirada de la tensión que producían sus bíceps contra el jubón de lana—, deberías saber que los *omegas* de allí somos muy buenos.
—Mmh —murmuró de forma pensativa—, a ver qué piensan ellos de eso —sonrió, señalando con la cabeza a un lado.
De pronto, alguien saltó frente a nosotros, cayendo en lo alto del techo de un antiguo quiosco. Al primero, le siguieron otros tres, todos apareciendo de una forma innecesariamente teatral y espectacular: deslizándose por una farola; surgiendo de dentro de una tienda con los brazos cruzados; haciendo un tirabuzón después de soltar una de las lianas…
—Oh, por dios… —farfullé con los ojos en blanco.
—¿Quién dice que los *omegas* del Pinar son mejores? —quiso saber un *omega*-nutria, el primero en llegar y supuesto líder de la cuadrilla.
—Se debió haber dado con alguna rama en la cabeza mientras corría de árbol en árbol —respondió la *omega*-comadreja que había llegado desde la liana—. Porque si no, no entiendo cómo puede decir algo así.
—Quizá se cayó del árbol —afirmó el omega-tejón con una alargada sonrisa—. Les suele pasar a los *omegas* del Pinar, por eso todos quedan tontos después.
Yo nunca quise ni pretendí participar en aquel juego retorcido, pero no pude evitar tomar una gran bocanada de aire, fruncir el ceño y tomar ejemplo de Benny con una de sus clásicas frases:
—¿De repente huele a mierda o sois vosotros?
—Sí que debió caerse de un árbol —concluyó el *omega*-nutria tras una breve carcajada—. Ya ni siquiera es capaz de distinguir olores…
Yo me reí más alto, alargando la cola para rodear el cuello de Tigro y tirar de él hacia mí.
—Perdonad, mi enorme *alfa salvaje* y yo necesitamos ver a la Má. ¿Serías tan amables de señalarnos dónde está?
—Claro —sonrió la *omega*-comadreja—, pero ni siquiera Ballana Má podrá curar el mal gusto de tu *alfa*.
Eso produjo una carcajada generalizada en la que yo también participé.
—Ya entiendo la razón por la que todos vuestros *alfas* escapan a Mil Lagos a buscar *omegas*… —sonreí antes de arquear las cejas—, está claro que vuestra Má tampoco puede curar la envidia.
Todos nos reímos de nuevo.
Los mejores *omegas* de La Reserva… ya les gustaría.

IMPOSIBLE NO AMARTE

El Arrecife era una villa muy especial llena de omegas muy gilipollas.

El Hogar se encontraba dentro de un antiguo centro comercial cuya techumbre de cristal estaba rota, así que el agua de la lluvia se colaba en el interior e inundaba la planta baja, creando una especie de lago o estanque que se unía al río que desembocaba en el mar. Los *omegas* y *alfas* podía llegar navegando en barcas repletas de suministros y dejarlas en el departamento de moda femenina y calzado; reservando las plantas superiores para el uso exclusivo de los solteros y el alcalde.

Por supuesto, ya no quedaba nada de los antiguos *betas* y todo se había readaptado a las necesidades de los animanos. Se habían levantado puentes, colgado lianas, plantado más árboles y plantas de interior, quitado carteles y anuncios, repartido antorchas y fogatas con las que iluminar el lugar…

—Las tiendas son ahora casas; los bancos y plazas, lugares de descanso con hamacas y cojines; la sección de restaurantes, las cocinas y la cantina; y los antiguos cines, mi despacho, el museo de curiosidades y la biblioteca. ¡Tenemos una enorme biblioteca! ¿Os gusta leer? ¡A mí me encanta leer pero nunca tengo tiempo! ¡Es una mierda! Aun así, creo que es muy importante que los *alfas* y *omegas* de mi comarca tengan acceso a toda la literatura posible. El alcalde Capri está de acuerdo conmigo, ¡pero nunca invierte en libros tanto como yo! Solo el alcalde Top de Cauce Rápido tiene una biblioteca tan grande, pero claro, eso es fácil cuando la imprenta está en tu Comarca y te quedas con una copia de todos los libros…

—Sí, nos gusta mucho leer, pero ahora mismo querríamos ver a Ballana Má, si es posible —le pedí al alcalde Raccon.

El *alfa*-mapache era tan anciano como todos los alcaldes que conocía, con larga barba blanca y postura encorvada, ayudándose de un retorcido bastón para caminar por el suelo de linóleo del centro comercial como si se tratara de un débil octogenario que fuera a pasear por allí cada día.

Sin embargo, hasta ahí llegaban las similitudes, porque el resto de Raccon era de lo más estrafalario.

Lo más chocante de él —al menos para mí— era la absurda cantidad de piercings que tenía por todo el rostro y las orejas. Lo segundo más chocante eran las profundas ojeras que hundían sus ojos como si no durmiera nunca nada y cada mañana desayunara cocaína.

Que fuera, además, una persona hiperactiva que no dejaba de hablar, no ayudaba en absoluto a descartar la posibilidad de que fuera cierto que desayunara droga.

Había salido a recibirnos nada más ser informado de nuestra llegada y no había parado desde entonces; marcando el paso con su caminar agitado y sus bastonazos contra el suelo, explicándonos todas y cada una de las maravillas de su villa.

—¡Por supuesto! Seguidme por aquí, nuestra querida Má vive en el Parking subterráneo. Al menos antes era un parking, ahora está inundado y es su casa. ¡Siempre la tiene llena de mierda! Pero claro, es la Má y no se le puede decir nada. Delfia Namá aún tiene dos dedos de frente y recibe a los heridos en las partes superiores, pero Ballana Má nunca hace eso. Le encanta que los

omegas tengan que nadar hasta la zona más profunda. ¿Habéis venido al Arrecife por ella?
—Sí, nos han dicho que sus rituales de purificación son los mejores —respondió Tigro.
—No podrás hacer un ritual en mitad del celo, chico —respondió Raccon, echándole un rápido vistazo antes de volver a dirigirse a mí—. ¿En qué momento se te ha ocurrido ponerle una cuenta mientras estáis de viaje? Ahora tendréis que esperar a que se le pase.
—Oh, vaya… —murmuré—. Pues nos tendremos que quedar por aquí un par de días, supongo.
Nada más mirar a Tigro, le vi sonreír a espaldas del alcalde, guiñándome un ojo y mordiéndose la lengua como un niño travieso. Me dieron ganas de comerle la boca allí mismo y tirarle contra una de las columnas del centro comercial antes de bajarle los pantalones a tirones; pero me controlé, tomé una profunda respiración y me obligué a mí mismo a centrarme.
—Supones no, ¡insisto en ello! —exclamó Raccon mientras comenzaba a descender las escaleras de emergencia—. Tenemos espacio de sobra en el Arrecife, otra cosa no, pero casas y refugios nos sobran. Podéis elegir el edificio que queráis y quedaros allí, ¡y llevaros un par de libros! Leer es muy importante.
Raccon no se detuvo hasta alcanzar el fondo de las escaleras y señalar la última planta anegada. Al parecer, Ballana Má vivía en las profundidades, pero tenía una especie de consulta flotando en mitad del parking. Tigro se ofreció a quedarse con mi mochila y, antes de hacer ninguna pregunta, respondió:
—Yo no puedo ir a ver a la Má estando en celo. Está prohibido.
Entonces se inclinó y me dio un dulce beso en los labios que acompañó con una bajísima promesa:
—Estaré aquí cuando vuelvas, no te preocupes.
—No se va a ir a la otra esquina de La Reserva —intervino Raccon, dándole un par de toques al suelo con el bastón—. Deja que se marche de una vez.
Sonreí al alcalde y arqueé las cejas en dirección a Tigro mientras me descalzaba. El *alfa salvaje* estaba siendo estúpidamente dramático, y no estaba seguro de que hasta qué punto Tigro lo estaba fingiendo o era debido a la barba, o la cuenta, o… yo qué sé.
Sin mirar atrás, me zambullí de cabeza en el agua, sumergiéndome en la fría y oscura profundidad. Cuanto más me acercaba a la puerta del parking, ahora cubierta de corales y algas, más tenebroso parecía el camino. Allí no había luz de ningún tipo y, quizá fuera solo yo, pero la idea de morir ahogado no me atraía en absoluto; por lo que, pasados un par de metros, decidí darme la vuelta y regresar.
Fue entonces cuando sentí una figura a mis espaldas.
Mi primera reacción fue darle una patada, pero aquel animano no tuvo problema alguno en detener mi pie ralentizado por el agua salada. La figura era solo un manchón oscuro a contraluz de la puerta, sin embargo, pude distinguir su enorme mano señalando una dirección. Después, esa misma mano me agarró de la muñeca y tiró de mí a una velocidad que solo las lanchas motoras podrían alcanzar.
Sin posibilidad de escapar y perdido en la inmensidad del aquel parking inundado, no pude hacer más que dejarme llevar y rezar para que aquella fuera Ballana Má y no un *alfa* que trabajaba para los *betas*; porque hubiera sido una ocasión y un lugar perfecto para ahogarme y esconderme.
Apenas medio minuto después, empecé a distinguir una luz en la superficie del agua y, antes de darme cuenta, ya estaba volviendo a poder respirar. Tomé grandes bocanadas de aire y nadé casi instintivamente hacia la isla de tablones en la que se erguía una gran hoguera, como si de un faro se tratara.
Una figura oscura surgió entonces de las mismas aguas, tan negras que casi parecían tinta. Era

enorme, cubierta de una tela oscura que se pegaba a cada centímetro de su cuerpo lleno y voluptuoso. No tenía pelo, pero sí innumerables adornos de conchas que colgaban de su cuello, cubriendo su busto generoso. En sus orejas había dos enormes dilataciones, grandes piedras negras con un sol y una luna pintadas en cada extremo, y de ellas colgaban decoraciones marinas como cataratas.
Aquella intimidante bruja del mar no dejaba de acercarse, paso a paso hacia mí hasta que, de pronto, con una voz como la tormenta, sus palabras restallaron en la penumbra al decir:
—¡Hola, bollo! ¡Qué agradable sorpresa!
Ballana Má me miró con sus grandes ojos negros y sonrió.
—¡No esperaba en absoluto que un arborícola me visitara hoy! ¿Quieres algo para secarte, querido?
—Ehm, no, gracias —respondí en tono bajo, aunque todo sonaba bajo en comparación con la gigantesca Má.
—¿Has venido de visita?, ¿de dónde eres? ¿Mil Lagos, Cauce Rápido? No pareces tan abrigado como para haber venido desde Dos Picos, pero tampoco tan desnudo como para haber venido desde Dos Ríos—se rio ella mientras se aproximaba al centro de la isla, más similar a un barco encallado a cada segundo que pasaba.
—Sí, Mil Lagos —repetí, todavía demasiado sorprendido como para evitar parecer estúpido—. El Pinar.
—¡Oh! ¿Y qué tal está mi queridísima Topa? —preguntó justo segundos antes de gritar.
Al momento me puse en pie y en alerta, volviéndome a ambos lados de la isla-barco, observando las aguas oscuras que lo rodeaban como si en cualquier momento fuera a encontrar a un buzo con un francotirador.
La Má perdió el equilibro, con la manos en el pecho repleto de cuentas y conchas, cayó de espaldas sobre el mástil e hizo temblar la estructura. Fui a ayudarla, pero cuando estuve lo suficiente cerca, me agarró del brazo y, mirándome como si estuviera a punto de echarse a llorar, preguntó:
—Sigue viva, ¿verdad?
—Sí, sí, claro que sí —respondí al momento.
—Ogh, ¡cómo me alegro! —suspiró ella, volviendo a ponerse en pie como si nada para ir en busca de un abanico con el que avivar el fuego del faro—. Qué susto me has dado, querido. Nunca se sabe. Topa ya era mayor cuando yo era solo una Namá. Aunque, bueno, eso es algo que podemos decir todas las Má —volvió a reírse, haciendo reverberar su profunda voz por toda la caverna—. Topa es muy, muy vieja. Increíblemente vieja.
—Ah, ya… —me encontraba profundamente perdido en aquel momento, hasta que me di cuenta de que era culpa mía por olvidarme siempre de lo dramáticas que eran las Má. Así que me aclaré la garganta, me tomé un segundo o dos para reorganizar las ideas y le dije—: He venido porque necesito una poción, Ballana Má. Mi *alfa* ha entrado en celo.
—¿Qué? —la chamana se giró hacia mí y dejó de reavivar el fuego del faro—. ¿Por qué ahora? ¿Qué has hecho, bollo?
—Le… le he dado una cuenta —murmuré.
—¿Se la diste aquí?, ¿en mitad del viaje? —insistió, frunciendo más y más su ceño sin pelo a cada palabra—. ¿Y Topa Má no te advirtió de ello?
Al parecer, el plan de Tigro no era tan sencillo e infalible como él había creído. ¿Qué pasaría si Ballana hablaba después con Topa?, ¿qué pasaría cuando la chamana descubriera que habíamos mentido sobre algo tan importante como la cuenta? Iba a ser un enorme problema, pero ya era

tarde para reflexionar sobre ello o cambiar el plan.
Ahora había que seguir adelante hasta el final.
—Sí, fue algo… repentino —mentí, aunque no del todo—. Sentí que era el momento de hacerlo.
Ballana Má no dejó de mirarme como si estuviera loco, pero, lentamente, terminó asintiendo y dejando el abanico a un lado.
—Háblame de tu *alfa*, ¿cómo es?
—Es un felino, un tigre siberiano. También es un *salvaje* y…
Ballana Má volvió a gritar, llevándose ambas manos al rostro y abriendo mucho sus ojos rodeados de maquillaje negro. En esa ocasión no corrí a ayudarla cuando se dejó caer sobre la borda, solo di un leve respingo por el susto.
—¿No será el *alfa salvaje* Tigro de Mil Lagos? —preguntó.
—Sí, ese es.
—¿Y Topa estuvo de acuerdo en ayudarte a hacer su cuenta?
Esa pregunta me sorprendió lo suficiente para tardar un par de segundos en responder:
—Sí… Topa siempre me ha hablado muy bien de Tigro. ¿Por qué?
—Mmh… —murmuró ella de forma pensativa—, qué vueltas da la vida.
—Lo siento, Má, pero no te entiendo. ¿Hay algún problema con Tigro?
—No, no, en absoluto —respondió mientras agitaba en alto su enorme mano con el abanico—. Solo me sorprende que, después de tantos años, Topa haya cambiado de opinión. Es una *alfa* muy obstinada y cabezota. O, al menos, lo era antes. Quizá la edad la haya ablandado un poco.
—¿Qué decía Topa de Tigro? —insistí una vez más.
—Oh, nada especial. Nada que no te haya contado ya, imagino.
Ballana Má estaba jugando conmigo. Podía notarlo por el tono fingidamente desinteresado de su voz y la forma en la que gesticulaba, incluso en mitad de su camino a los cofres y baldas que abarrotaban la quilla del barco encallado.
—Topa siempre estuvo muy a favor de que me relacionara con él.
—Qué interesante —murmuró ella, o, al menos, eso supuse que intentaba, porque incluso hablando bajo no dejaba de proyectar su voz con la fuerza de un vendedor ambulante—. Muy, muy interesante…
Cerré un momento los ojos y me pasé la mano por el pelo empapado, conteniéndome para no decir lo que realmente quería decir, sino:
—Me sorprende que digas eso de Topa Má. No sabía que estaba en contra de Tigro.
—¿En contra? No, claro que no —respondió de espaldas a mí mientras reunía los ingredientes necesarios que llevarse con ella a la hoguera-faro—. Ninguna Má está en contra de ningún *alfa* ni *omega*, por muy peligrosos que estos sean.
—¿Peligrosos?
—Quizá «peligroso» no sea la palabra adecuada —se corrigió—. Digamos mejor… «crueles».
—¿A qué te refieres?
La Má se volvió hacia mí con una expresión preocupada mientras vertía un par de gotas en el caldero.
—No sé qué quieres que te diga, bollo. Para haberle puesto una cuenta, pareces conocer muy poco a tu *alfa*.
Apreté los dientes y forcé una sonrisa. Ballana Má era de esas personas que tanto odiaba: las que les daban cien vueltas a la conversación solo por el placer de hacerse las interesantes.
—Conozco muy bien a mi *alfa* —respondí—, por eso me sorprende que digas que es «cruel».
—¿En serio te sorprende? —pero la única sorprendida allí parecía ser ella—. ¿Incluso después

de descubrir la horrible forma con la que se aprovechaba de los *omegas*?
—Todos los *salvajes* se aprovechan de nosotros. No he conocido a ninguno que no lo haga.
—Sí, bollo, los *salvajes* son *alfas* que piden mucho y dan muy poco, pero hay una diferencia entre exigir y aprovecharse. Ningún *salvaje* está con un *omega* que no le interesa y no le gusta, excepto Tigro de Mil Lagos.
—Ah, eso —asentí lentamente—, ¿y Topa Má lo sabía?
—Claro que lo sabía —respondió como si fuera algo más que obvio—. Las Má sabemos muchas cosas, cosas que nos venís a contar. Cosas que nadie más sabe y que nunca abandonan nuestros labios.
—Pero ella nunca me lo advirtió —pensé en voz alta, mirando el agua negra que bañaba la madera del barco encallado—. Nunca me habló de eso.
La pregunta era: ¿por qué no? Después de todo lo que me había quejado de Tigro, la chamana había seguido defendiéndole sin descanso. Había tenido docenas de ocasiones y docenas de oportunidades para contármelo, pero no lo había hecho; lo que me hacía preguntarme si Topa Má también estaría jugando a su propio juego.
Estaba empezando a resultar frustrante saber que todos movían los hilos a tu alrededor, pero que tú apenas te dabas cuenta.
—¿No te lo advirtió? Qué extraño —dijo Ballana, trayéndome de vuelta de mis oscuros pensamientos—. Quizá el *alfa* Tigro haya cambiado. Incluso la roca más dura acaba cediendo ante la incansable marea.
—No, no ha cambiado —respondí, de lo que me arrepentí al momento, por eso añadí un rapidísimo—: No hasta que me conoció, claro.
Ballana Má soltó un profundo murmullo y, arrojando un par de hojas al caldero, recitó:
—Hay *alfas* profundos como el mar y *omegas* inamovibles como montañas.
—¿Qué significa eso exactamente?
La chamana me miró un momento y arqueó sus inexistentes cejas de piel resbaladiza y pálida.
—¿No naciste en La Reserva, bollo?
—No. Llegué hace poco más de medio año, pero todavía se me escapan algunas cosas; como esa frase.
—Ohm, pues es una frase que simboliza El Todo —me explicó mientras continuaba con la preparación de la mezcla, la cual ya empezaba a hervir en el viejo caldero de latón—. Verás, nosotras creemos en que siempre hay una respuesta a una pregunta; que siempre hay una resolución para cada problema; que la naturaleza siempre está formada por un algo y su contrario. Dos fuerzas que, por aterradoras y violentas que sean por separado, se complementan a la perfección la una a la otra.
—¿De verdad creéis que todos los *alfas* y *omegas* que se unen están predestinados a estar juntos? —quise saber—. Porque lo único que he visto yo ha sido una larga lista de pruebas y errores que, finalmente, ha salido lo suficiente bien por ambas partes.
Al contrario de lo que yo creía que sucedería, a Ballana Má le hizo bastante gracia mi respuesta. Su ruidosa y escandalosa risa llenó lo alto del parking en ruinas, allí donde el agua no anegaba el cemento o las grietas.
—Nadie dijo nada sobre «predestinados» —respondió, todavía con una sonrisa en los labios pintados—. El Todo es mucho más complejo que eso, bollo. No se trata de unir a un *alfa* tímido con un *omega* sociable; ni a un *omega* melancólico con un *alfa* divertido.
—Pues sonaba exactamente a eso.
—Pues no lo es —declaró, tomando un gran cazo para hundirlo en la mezcla todavía humeante y

ofrecérmelo—. Bébetelo antes de que se enfríe. Mañana quizá sientas una incomodidad en el estómago, pero, como ya sabrás, las pociones de los *salvajes* nunca son suaves.
Miré el mejunje espeso, de tan mal aspecto y peor olor, antes de que, con una profunda bocanada, me resignara a tomarlo lo más rápido posible, dejando las expresiones de asco y las arcadas para cuando lo hubiera terminado todo.
—Muy bien —lo celebró la Má con una gran sonrisa—, pues ya está. No habrá crías tras este celo.
—Maravi… —iba a decir, pero una leve arcada frenó en seco mis palabras.
La chamana dejó el cazo a un lado y me acarició la parte alta de la espalda, mirándome con una mezcla de tristeza y comprensión.
—Los océanos más profundos son los que esconden los mayores peligros y los más valiosos tesoros.
Apreté el puño contra los labios y me concentré en no echar por la boca el líquido amargo, salado y ácido que luchaba por salir de mi estómago; o, más bien, que mi estómago luchaba por sacarse de dentro.
Me llevó casi todo un minuto, pero al fin pude suspirar y devolverle la mirada a la Má con unos ojos llorosos.
—Muchas gracias, Ballana Má.
—No hay de qué, bollo —respondió ella con una gran sonrisa mientras me guiaba en dirección a la popa del barco. Allí, tras una manta ajada, se escondían unas escaleras talladas en la piedra—. Por favor, vuelve junto a tu *alfa* cuando termine el celo. Os haré un ritual de purificación.
Miré la salida y después a la chamana, limitándome a asentir antes de desaparecer tras la manta. Resultó que no hacía falta nadar hasta casi ahogarse para alcanzar la cueva de la Má, sino que podría haber tomado las mismas escaleras que en ese momento y alcanzar tranquilamente los baños de mujeres de la primera planta del centro comercial.
Allí donde el alcalde Raccon y Tigro me esperaban.
—Al parecer, es parte de la tradición —respondió el *salvaje*, acercándose para abrazarme y frotarme los bigotes—. Entras nadando y sales a pie: simboliza la renovación, el nacimiento o algo así. Sí, a mí también me parece una tontería —terminó susurrando en mi oído antes de sonreír y encogerse de hombros.
—Bueno, si ya habéis terminado de cuchichear —nos interrumpió Raccon—, puedo llevaros a las cabañas. Supongo que tendremos que interrumpir la visita hasta el final del celo.
—Supones bien —afirmó el *salvaje* mientras se acariciaba la cuenta de la barba—. Quiero que mi *omega* se dé cuenta de lo bien que ha elegido.
Aquello debió ser alguna clase de chiste privado entre *alfas* porque, aunque el alcalde pusiera los ojos en blanco, terminó por sonreír antes de indicar que le siguiéramos.
En los siguientes dos días, nadie volvería a molestarnos.

El celo de un *alfa* no era lo mismo que el celo de un *omega*. Para empezar, yo no entré en ningún estado de sopor ni sumisión; sino todo lo contrario. Tigro y sus nuevas feromonas me tenían

completamente loco. Al mismo tiempo, el *alfa* también estaba sobrexcitado y no dejaba de entrar en modo salvaje cada dos por tres, perdiendo en parte la razón y el control, gruñendo, arañándome y follándome hasta caer sudado y rendido de puro cansancio.

Aunque no todo era sexo. En los descansos, al terminar de limpiarme, a Tigro siempre se le daba por tener una pequeña conversación: la mayoría de las veces bromeando sobre lo mucho que se había corrido, lo a gusto y lleno que seguramente yo me sentía, o incluso sugiriendo posturas para el próximo polvo. Cosas que, según él, quería probar.

Otras veces, sin embargo, le daba por bajar el tono y hablarme de sus planes e ideas para el futuro. Futuro en el que, evidentemente, siempre estaba yo.

—Quizá nos lleve un poco de tiempo resolver el misterio de la intrusión *beta*, y, cuando lo hagamos, todavía nos quedaría tener que planear una forma de detenerla. No será fácil, pero había pensado en que, aún así, podríamos empezar algunos proyectos en el territorio, ¿qué me dices? No hablo de grandes cambios, por supuesto, porque eso tendremos que dejarlo para cuando tengamos más tiempo. Me refiero más bien a pequeñas cosas que no supongan mucho sacrificio.

—Aha…

—Por ejemplo, hasta que no podamos ampliar la casa, podemos bajar las cosas al almacén y así podrás tener todo el espacio que quieras para hacer el Nido.

—Claro.

—Si necesitas algo especial para construirlo: más almohadas, pieles, mantas… lo que sea; me lo dices y las hago. Si no puedo, intercambiamos materiales con las villas. No hay problema.

—Siempre he querido tener un mini-nevera y una televisión de plasma en mi Nido, ¿podrías construirlos?

—Lemér… aunque pudiera darte una televisión de plasma, sabes que en nuestro territorio no tendrías tiempo para mirarla. Hay demasiadas cosas que hacer.

—Ya… —entonces solo tenía que besarle, frotar nuestros bigotes y pegarme a él para arrancar un gruñido de su garganta y recordarle la razón por la que estábamos allí: inmersos en una bola de mantas, colas e intenso olor a menta y miel.

En teoría, el celo solo duraba dos días, y Tigro ya había empezado antes de alcanzar El Arrecife; así que solo estuvimos encerrados en la cabaña durante relativamente poco tiempo. La noche siguiente a nuestra llegada salimos en mitad de la oscuridad en dirección a la playa para darnos un más que necesario baño.

Yo ya me encontraba mucho mejor, menos aturdido e idiotizado por las feromonas del *alfa*, pero Tigro parecía mantener todavía algún pequeño rastro del celo. En mitad de las aguas frías, bañadas por la luna y el suave oleaje, nadó hacia mí y, sin decir nada, me agarró de las piernas y empezó a intentar metérmela mientras no paraba de besarme.

Fue raro; no la follada en la playa, eso fue maravilloso, porque si algo había que reconocer de Tigro era que siempre te dejaba muy satisfecho; no, lo raro fue la forma en la que lo hizo. Sin preguntas, sin su acostumbrado tonteo, sin roces para tentarme, sin preliminares.

Al principio lo achaqué a una reminiscencia del reciente celo y no le di importancia, pero cuando a la mañana siguiente tiró de mí en nuestro camino al Hogar y me metió en una vieja tienda de electrodomésticos para follarme salvajemente de espaldas contra el mostrador; supe que algo iba mal.

—Uff… ¿crees que es retorcido que me ponga tan cachondo follar rodeado de mierdas *beta*? —jadeó en mi oído al terminar, echando con todo su peso sobre mí para encerrarme entre sus brazos y el polvoriento mostrador.

—Un poco —respondí con la voz ronca y seca. Tras tragar un poco de saliva y tomar una buena respiración, añadí—: Tigro… ¿qué es esto de follar sin previo aviso?
—¿A qué te refieres?
—A que, en teoría, ya no estás en celo, pero me has agarrado de la muñeca, me has arrastrado hasta aquí y me has bajado los pantalones antes de entrar en estado salvaje.
—Ah, eso —soltó un jadeo de risa y me dio un par de besos en el cuello. Todavía la tenía dentro y todavía me ahogaba ligeramente bajo el peso de su enorme cuerpo—. Ahora eres mi *omega*, puedo tenerte dónde y cuándo quiera. Ese es el trato.
—No. Nosotros no hemos hecho ningún trato.
—Claro que sí, al ponerme la cuenta yo prometí cuidar de ti, protegerte y amarte; y tú prometiste quererme, serme fiel y darme todo el sexo que quiera. Eso incluye mis perturbadores arrebatos por querer follarte en una tienda de electrodomésticos. ¿En serio que no te parece muy raro? Dime la verdad, no pasa nada: es jodido, ¿a que sí?
Tardé un par de segundos en poder decir:
—Que estás jodido de la cabeza no es nada nuevo, Tigro.
El *alfa* se rio, haciendo vibrar su abdomen contra mi espalda y sacudiendo el viejo mostrador, el cual, increíblemente, se había mantenido en pie todo aquel tiempo.
—Me encanta que contigo pueda ser yo mismo —me dijo antes de hincharse mucho el pecho, suspirar y levantarse lo suficiente para darme un azote en la nalga, el cual resonó por toda la tienda—. Joder… es que es imposible no amarte.
Parpadeé varias veces mientras Tigro la sacaba de dentro, se ponía de rodillas y gruñía con placer antes de hundir la cara entre mis nalgas para limpiarme.
Pensé en decir algo, pero después recordé que no merecía la pena.
Nada iba a cambiar dijera lo que dijera.

EL NAUFRAGIO BETA

Nadie nos detuvo en ningún momento.

No había parte o zona de El Arrecife a la que Tigro y yo no pudiéramos ir, exceptuando, claro, la cueva sumergida de Ballana Má y las viviendas privadas de los *omegas*. Pero ninguno de esos dos sitios nos interesaban lo más mínimo.

Lo realmente importante: el almacén y la red de suministros de cajas del naufragio, estaban a nuestra completa disposición. Ni siquiera estaban vigiladas. Los *alfas* de Puerto de Sal las pescaban o las recogían de sus costas y las llevaban a unos viejos edificios industriales. Allí se acumulaban por montones a la espera de que los *omegas* encargados de abrirlas y revisarlas decidieran si contenían algo de valor o no.

Pero como eran *omegas* solteros, raras veces estaban allí trabajando. Preferían dedicar su tiempo y esfuerzo a otras tareas, como, por ejemplo, ser unos cabrones insufribles.

—Se pasan el día follando por toda la villa y ni siquiera son de Mar Bravo.

—Es insoportable, no puedes ir a ningún lado sin escuchar sus ridículos gemiditos.

—A mí me daría vergüenza pasear a mi *alfa* por las comarcas como si quisiera que todos supieran que estoy con un *salvaje*. Qué falta de orgullo debe tener…

—¿Acaso te esperabas algo mejor de un *omega* de Mil Lagos?

—No, claro que no…

Y esa era solo una pequeña muestra de las muchas conversaciones al aire que los *omegas* mantenían en la cantina, asegurándose de hablar bien en alto cuando pasaban por nuestro lado. A mí me estaban empezando a enfadar, pero Tigro las ignoraba todas como si oyera llover y, cuando le saqué el tema, simplemente se encogió de hombros y dijo:

—Esta cuenta ha roto muchos corazones y quemado muchos puentes, Lemér. Siempre tenía a uno o dos *omegas* del Arrecife en nómina.

—«En nómina» —repetí, alargando las vocales hasta que el sonido de mi voz hizo eco por todo el almacén.

El *alfa* levantó la mirada de la caja de suministros y, como si nada, volvió a encogerse de hombros.

—Así llamo a los *omegas* con los que mantengo relaciones de interés, ¿por qué? ¿Cómo los llamarías tú?

—Lo llamaría de muchas formas —le aseguré, llevándome una barrita de Snikers a la boca. Todavía mascando aquel pegajoso pecado de caramelo y nueces, añadí—: Además, «en nómina» significaría que les estás pagando algo por sus servicios.

—Les estoy pagando —afirmó—, con mi atención y mi tiempo.

—Ogh —puse los ojos en blanco y tiré el envoltorio de la barrita al interior de la caja, allí donde descansaban sus demás hermanos caídos.

Tras frotarme las manos contra el pantalón de cuero, decidí que era momento de probar con otro cajón del naufragio. Había docenas allí, de todos los tamaños: desde contenedores industriales a arcones y pequeñas cajas de envío. Tigro se había centrado en los enormes contenedores,

creyendo que los *betas* querrían esconder algo en un lugar que no pasara desapercibido; pero yo no estaba tan seguro, así que me dedicaba a abrir los embalajes pequeños.
Por el momento solo había encontrado comida, filtros de agua, herramientas y medicinas, pero sabía que, tarde o temprano, algo llamaría mi atención.
—Deja de comer esa mierda —me pidió Tigro, reapareciendo tras la puerta de chapa con un calefactor entre las manos, el cual arrojó directo a la pila de basura—. Quizá los betas le hayan metido algo.
—Claro que le han metido algo —respondí—: kilos de azúcar, grasas transgénicas y deliciosos saborizantes.
A Tigro aquello no le hizo gracia. Por alguna razón, le encantaba follar en las tiendas, casas y negocios *betas*, pero todo lo que venía en esas cajas era diabólico para él.
—Me refería a nanobots o veneno.
—Nanobots —repetí antes de reírme, cargando una de las cajas entre las manos hasta dejarla frente a mi sitio—. Te preocupas demasiado, Tigro.
—Y tú te preocupas muy poco —gruñó de vuelta al interior del contenedor, así que su voz reverberó con un timbre metálico—. No sabemos lo que están enviando aquí. Podrían estar incluso intentando infectarnos con alguna clase de enfermedad que hayan creado solo para nosotros.
—Nuestro sistema inmune es perfecto —le recordé, porque parecía que su paranoica le estaba haciendo olvidar cosas que incluso los animanos de fuera de la Reserva sabían—. Nunca nos contagiamos de nada, ni tenemos gripes, ni catarros ni…
—Eso no quiere decir que no puedan conseguirlo —me interrumpió, saliendo del interior del contenedor solo para dedicarme una mirada seria—. ¿Te imaginas lo que pasaría si consiguieran que el virus del SIDA traspasara la frontera entre especies? Los *betas* saben muy bien lo importante que es para nosotros el sexo. Con solo un *omega* infectado, podrían llegar a extinguir a toda la Reserva.
Terminé de sacar los últimos tornillos que sellaban la tapa de la caja y, con un leve suspiro, le devolví la mirada a Tigro.
—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? Si crearan un virus capaz de infectarnos y traspasar nuestro sistema inmune, ¿qué crees que haría a los *betas*? Te aseguro que se enfrentarían a su propia destrucción.
—No si consiguen que solo nos afecte a nosotros.
—Eso es imposible, no podrían hacer un virus que «solo» nos afectara a nosotros.
—¿Imposible? Hace doscientos años también creían que llegar a la luna era imposible.
—Tigro —terminé diciendo en un tono cortante—. Es imposible que lo hagan porque los *betas* y los animanos compartimos el mismo sistema inmune, solo que el nuestro es muchísimo mejor. Llevan décadas sintetizando vacunas y haciendo avances médicos gracias a nosotros.
—Oh, ¿ahora eres bioquímico, Lemér? —se sorprendió, arqueando las cejas y llevándose una afectada mano al pecho—. ¿Entre asesinato y asesinato estudiabas para sacarte una carrera en medicina? Por eso estás tan, tan, taaaaan seguro de que lo que dices es cierto, ¿verdad?
—No, Tigro, no soy médico ni bioquímico, pero soy soldado —respondí—. Y te aseguro que desatar una guerra biológica es lo último que uno se plantea, porque sería como dispararte a ti mismo en la frente. Los *betas* tienen docenas, sino cientos, de formas de matarnos mucho más sencillas que mutar un virus que terminaría con la vida inteligente en el planeta.
No estuve seguro de si el *alfa* me creyó o no, pero debió sufrir algún tipo de golpe de sentido común que le hizo apretar las comisuras de los labios y regresar al interior del contenedor

mientras farfullaba por lo bajo. Tigro siempre quería creer lo peor de los *betas* y, después de todo lo que le habían hecho pasar, era normal. Sin embargo, hay una gran diferencia entre ser catastrofista y ser paranoico.

—Los *betas* quieren algo de La Reserva, es verdad —continué, hablando a la vez que repasaba el interior del cajón que acababa de abrir—, pero no necesitaban exterminar nuestra raza para conseguirlo. Nosotros no somos una amenaza, no somos «el enemigo»...

—Sí, sí somos el enemigo —dijo Tigro desde el interior—. Siempre lo hemos sido y siempre lo seremos.

—Sea lo que sea que andan buscando, lo están tratando de conseguir con espionaje e infiltración; no con absurdas armas biológicas del Juicio Final —continué, ignorando por completo su comentario—. ¿Para qué iban a mandar cajones llenos de cosas si no?

—Para mandarnos un virus y nanobots —insistió una vez más, aunque ya no sabía si lo hacía de broma o en serio.

—Podrían mandar nanobots por el aire en drones y los virus en *omegas* y *alfas* recién llegados a La Reserva. De hecho, esa sería una forma muchísimo más efectiva de propagación que esperar a que un *omega* aburrido se coma un paquete de *Doritos*. Si mandan los cajones, es para saber si nos gusta algo, si necesitamos algo: quieren comenzar un intercambio. No… ¡Dios mío!

Mi grito provocó una reacción instantánea del *alfa*. Tigro salió del contenedor como un rayo para lanzarse hacia mí, tomarme en brazos, protegerme del cajón con su cuerpo y darle una patada para tirarlo lo más lejos posible.

Mientras gruñía a la caja, mostrándole los colmillos y erizando los bigotes, se empezó a dar cuenta del motivo de mi sorpresa. Entonces dejó de gruñir y me dedicó una mueca seria de párpados caídos.

—¿En serio, Lemér?

Al darle una patada, Tigro había derramado gran parte de lo que el cajón contenía, ahora esparcido por el suelo. Entre los paquetes de comida, había algo muy, muy especial.

—Café… —jadeé—. Es café, Tigro. Aquí, en La Reserva.

El *alfa* se limitó a negar con la cabeza y volver a dejarme en el suelo. Con la misma expresión seria, se dirigió a los paquetes de café molido y los recogió. Tras un profundo suspiro, murmuró:

—Iré a por agua caliente.

Bajo mi atenta mirada, Tigro desapareció por el estrecho camino entre las pilas de basura tecnológica que los animanos ni sabían ni querían usar: lavadoras, portátiles, móviles, neveras, lámparas y demás electrodomésticos. No importaba lo avanzados y útiles que pudieran resultar, porque allí no había electricidad a los que conectarlos.

Cuando volvió, llevaba una de las teteras animanas de cerámica y dos vasos a juego. En ellas vertió un caliente líquido casi negro que olía a pura gloria. Cuando me acercó la taza, a Tigro se le escapó una media sonrisa y, de pronto, la volvió a alejar de mí.

—¿Qué se le dice a tu maravilloso *alfa* que ha ido a prepararte café porque sabe lo mucho que te gusta?

—Dámelo ya o te rompo el brazo por cinco sitios diferentes —respondí.

Al *salvaje* se le escapó una carcajada, pero la contuvo a tiempo y negó con la cabeza.

—No, se le dice: muchas gracias, Tigro. Te quiero.

Con un movimiento rápido, quise quitarle la taza, pero el *alfa* fue más rápido que yo, apartándola al momento sin siquiera derramar ni una gota. Lo intenté de nuevo poniéndome de pie, y Tigro levantó el brazo muy por encima de su cabeza, haciéndome imposible alcanzarlo sin empezar a dar ridículos saltitos.

Entonces cambié de táctica. Le di una imprevista patada en lateral que él detuvo con el brazo, un rápido puñetazo en el estómago que no surgió ningún efecto y, desesperado, levanté mi otra pierna para darle un rodillazo en los huevos.
Ese fue el momento en el que Tigro retrocedió, se encogió levemente y me dijo:
—No, no, no… ambos apreciamos demasiado esa parte de mí, Lemér. Ahí no se golpea.
Aprovechando su postura baja y su atención distraída, terminé por robarle el vaso de café de la mano, derramando casi la mitad por el camino. No importaba, lo importante era que al fin lo había conseguido y que yo había ganado.
Tigro me vio beberlo con una enorme sonrisa de victoria en los labios y,, al terminar, se ofreció a llenármela de nuevo mientras me decía:
—¿Sabes, Lemér? En ningún momento pensé que me fueras a decir que me quieres, pero si me hubieras dado un beso, uno de esos buenos besos con lengua, te hubiera dado la taza de café al momento. Lo sabías, sabías lo fácil que sería; sin embargo, tú siempre optas por la opción más agresiva y directa. Al menos, conmigo.
—Si te hubiera dado un beso, después me hubieras pedido una mamada —le aseguré.
—Puede ser —reconoció, llevándose con él la taza y la tetera para sentarse al otro lado—, y tú te hubieras negado y yo hubiera insistido, tratando de conseguir al menos otro beso.
—Y yo quería mi café y lo conseguí de la forma más rápida —concluí—. ¿A dónde quieres llegar con esto, Tigro?
—A que al principio no te importaba participar en nuestras discusiones íntimas de flirteos y bromas. Cuando nos conocimos, antes del celo y la gran revelación. ¿Te has dado cuenta? —me miró—. Ahora siempre me cortas en seco.
Aquel no era un tema al que le hubiera dedicado ni un solo pensamiento, ni tampoco un tema al que creyera que mereciera la pena dedicar tiempo ahora.
—Muchas cosas han cambiado desde entonces, Tigro —respondí, soplando un poco el humeante café. Antes lo había bebido de un solo trago, pero me había quemado la lengua por subnormal.
—Sí, muchas cosas han cambiado —asintió—. Nosotros nos conocemos mejor que nunca, pero todo parece ir marcha atrás.
Tomé una profunda respiración y miré hacia un lado de la nave industrial. No entendía a qué venía todo aquello ni por qué Tigro parecía estar queriendo decirme algo escondiéndolo tras preguntas y mensajes subliminales.
—Si tienes algo que decirme, dímelo —le pedí con una expresión aburrida—. Te pones insoportable cuando tratas de ser sutil.
—No trato de ser sutil —negó—. Si intentara ser sutil, no te darías cuenta hasta que fuera demasiado tarde, cuando yo ya tuviera una cuenta en la barba y estuviera en celo.
Sentí un montón de emociones en ese momento: indignación, sorpresa, rabia, enfado… pero, sobre todo, ganas de reírme. No sé si fue su descarada forma de reconocerlo, o la sencillez con la que había confesado que me manipulaba. Fuera lo que fuera, me arrancó un baja carcajada de los labios y un asentimiento.
—Tienes toda la razón —murmuré, alzando mi taza de café hacia él para brindar—. No hay quien te entienda.
—Es fácil de entender —me dijo—. El problema es que solo te fijas en lo que yo hago, y no en lo que tú haces.
—¿Y qué hago yo, exactamente? —quise saber.
—Ponerme las cosas difíciles —respondió antes de darle un trago al café, poner cara de asco y estremecerse de arriba abajo como si fuera lo más desagradable del mundo—. Joder, nunca

entendí por qué a la gente le gusta tanto el café. ¿En serio lo echabas tanto de menos?
—Cada día de mi vida —murmuré en voz baja mientras me acercaba la taza a los labios y le miraba.
—Mi *Tea*-gro es muchísimo mejor que esto.
—Ogh, en serio… No empieces —le rogué.
El *salvaje* no insistió, pero dejó muy patente en su postura y expresión que se creía en lo cierto. Con una mueca de cejas arqueadas, fue en busca de uno de los portátiles *beta* y levantó la pantalla, bañando su cuerpo con un fulgor azulado y pálido.
Había docenas de aquellos portátiles repartidos en las pilas de basura y, seguramente, habría muchos más en los contenedores y cajas sin abrir; sin embargo, yo no creía que mereciera la pena mirarlos. Tigro les echaba un ojo en los descansos, creyendo que quizá esa era la forma en la que los *betas* y sus agentes secretos se comunicaban.
Yo no decía nada porque ver al enorme *alfa* con un portátil o mirando un iPhone me resultaba de lo más extraño y divertido. Con sus largas garras negras tecleaba como una secretaria de uñas postizas, clavando la punta en cada tecla y, algunas veces, despegándola accidentalmente. Con los móviles hacia algo parecido, obligado a navegar por la pantalla con tan solo las yemas de los dedos, deslizando el dedo como si tuviera miedo de estropearse la manicura recién hecha.
Aquella era la misma razón por la que solo Buyú podía hacerme dedos. Los felinos y cánidos debían tener mucho cuidado a no ser que quisieran rajarte el intestino en el intento.
—Sé que te encanta mirarme, Lemér, pero necesito concentrarme —me dijo—. Ya he leído la misma frase diez veces y aún me quedan muchos portátiles por investigar.
—Claro —sonreí—. Avísame cuando traigan algo más que accesos a bases de datos y videojuegos.
—Lo haré —afirmó, convencido de que los *betas* estarían escondiendo alguna clase de código allí dentro, o quizá algún programa encubierto que permitiera a los espías comunicarse con satélites militares.
Pero no encontraría nada por una simple razón: un portátil llamaría demasiado la atención. En un lugar tan analógico como La Reserva, sería muy sencillo rastrear quién se llevaba esos ordenadores y cuándo. ¿Y para que iba a querer un animano una de esas cosas? Nah… era demasiado obvio.
—Aquí hay un enlace —anunció Tigro a la hora de la cena, mascando un trozo de salmón al mismo tiempo que miraba el décimo portátil del día.
—Será a la Wikipedia —murmuré.
—No, dice que el servidor no está activo.
A regañadientes, la curiosidad consiguió levantarme del sitio e ir junto al *alfa*. Al llegar a su espalda, pasé los brazos por sus hombros, rodeé su cuello y miré la pantalla azulada. En efecto, había un enlace al final de una página de información titulado: La Filosofía Introspectiva del Yo: ensayo sobre la egotendencia de las sociedades modernas a la post-familiarización de la terminología personal de la psique.
—Joder… —murmuré—. ¿Y te lo has leído?
—No, claro que no —respondió el *alfa* tras una leve carcajada—. Solo abro los artículos y deslizo el curso hasta abajo.
El enlace, el cual no dejaba de pulsar repetidas veces, siempre hacía saltar el mismo mensaje: «Servidor desconectado». Lo cual era… curioso.
—¿Un satélite? —preguntó Tigro, poniendo voz a mis pensamientos.
—Posiblemente. Los satélites militares crean servidores de acceso único y después de su uso los

borran al momento. Así son imposibles de hackear.
—Es uno de los portátiles más viejos que hay aquí —añadió Tigro, girando el ordenador para mostrarme lo sucio que estaba tras tanto tiempo en la pila de basura—. Posiblemente ya descargaron toda la información necesaria y lo dejaron tirado, creyendo que nadie iba a encontrarlo.
—Pero no había nada en los más nuevos —murmuré.
—No, al menos, ningún enlace.
—Un espía podría haber abierto una ventana de mensajería instantánea encriptada y haberse comunicado con los *betas.* Si es listo, les habrá dicho que esta es la peor forma de hacerlo. Si es muy listo, les habría dicho que…
Me detuve.
Tigro sintió el cambio en mi cuerpo y reaccionó acorde, erizando los bigotes y tensando la cola con nerviosismo.
—¿Qué? —preguntó, girándose todo lo que pudo para ver mi rostro de mirada perdida.
Sin decir nada, me despegué de su espalda y salté sobre un par de cajones para alcanzar otra parte de la nave, una mucho menos llamativa. Allí, apilados de cualquier forma, estaban los libros. Tomos y tomos que los *omegas* supervisaban con tan poca curiosidad como las cajas, pero que no llamaban en absoluto la atención.
Tigro se puso cada vez más nervioso e impaciente cuando me vio revisarlos, arrojando uno tras otro a los lados, escarbando entre ellos, buscando casi desesperadamente.
—¿Qué buscas?, ¿qué pasa? —preguntó—. Dime que es y te ayudo.
—Un libro. Es un libro —respondí, mirando portada tras portada antes de desecharlos a un lado —. Tiene que ser un libro.
—¿Un libro? No es mala idea, pero… a nadie le interesan las estúpidas historias *beta* —respondió Tigro, haciendo un vago gesto hacia los montones de tomos apilados—. Dudo que alguien quiera leer aquí sobre… —se acercó a uno de ellos y lo cogió para leer—: «Mi vecino sexy es un vampiro», o, «La sangre de los Ancestros, una emocionante saga de fantasía épica».
—No. Los animanos leen mucho, muchísimo —insistí—. Todas las villas tienen una biblioteca y varias comarcas tienen imprenta. Cauce Rápido tiene imprenta. Sería muy sencillo llevar allí un manuscrito y extenderlo por toda La Reserva en cuestión de semanas. Es la única forma de comunicación global que hay aquí junto con las cartas.
—¿Y crees que los *betas* mandan libros de animanos con códigos ocultos?
—Sí.
El *alfa* no quería desechar la idea al momento, pero a él le resultaba demasiado complicada y llena de fallos.
—Los *betas* no sabrían escribir historias de nosotros, de La Reserva. E incluso aunque pudieran, se conoce a los autores. El espía se estaría exponiendo de una forma absurda. ¿Te imaginas que Ratuna de Nieve, autora del Detective Zorro, mandara mensajes secretos con sus novelas?
Entonces lo vi. Justo el libro que buscaba: otro insufrible, engorroso y soporífero ensayo de filosofía. Tan aburrido que un *omega* solo pasaría una página antes de tirarlo a un lado.
—No todos los libros de La Reserva tienen autores conocidos… —murmuré.
—Aunque usen seudónimo, se les conoce, Lemér —insistió él.
—…y el tímido *omega* cayó de bruces en el suelo. Sentía el aliento del enorme *alfa* a sus espaldas, sus feroces gruñidos en su oreja, sus afiladas garras en la piel; pero no tenía miedo. Cuando sintió el ardiente miembro contra sus nalgas, gimió tan alto que se vio obligado a taparse sus rosados labios con las manos. Había lágrimas en sus ojos, pero no eran de dolor… —terminé

de leer antes de mirar a Tigro.
El *salvaje* estaba en blanco, con los labios entreabiertos y los brazos muertos a ambos lados de su cuerpo.
—No… —jadeó.
—Sí —asentí, mostrándole el libro que acababa de leer—. Los *betas* mandan mensajes a través de novelas guarras. Todas escondidas en aburridos libros filosóficos. Todas publicadas de forma anónimas. Todas en cada biblioteca de La Reserva. El *Tímido Omega* es un código secreto para los espías infiltrados.
Tigro tardó casi una hora entera en conseguir volver a hablar después de tal revelación.
Yo, sin embargo, estaba fascinado.
Era un movimiento maestro.

LAS NOVELAS GUARRAS

El Tímido Omega corrió por el oscuro bosque, tan solo iluminado por la tenue luz de la luna. Dentro de él se retorcía una necesidad acuciante, un hambre que no cesa, una ferviente sed por reencontrarse con su alfa. Sentir sus labios, su piel, sus garras y su cálido abrazo mientras le tomaba como una fiera salvaje. Así que corrió tan rápido como pudo. Sus nalgas ya empapadas con anticipación y sus labios húmedos de los jadeos que surgían de sus labios. Al fin, alcanzó el refugio secreto en lo profundo del Territorio, allí donde su salvaje siempre le esperaba impaciente, desnudo, glorioso… Él era el único alfa ahora: el más fiero, el más fuerte, el que más le llenaba y le hacía gemir de puro placer.

—¡Ves! —señaló Tigro, casi llegando a hundir su garra en la página del viejo libro erótico—. ¡Soy yo! Siempre supe que ese *alfa* Panter se parecía demasiado a mí. Creía que los *omegas* hablaban tanto de lo bueno que soy que un triste *alfa solitario* se hubiera inspirado en esas historias para escribir una novela de mierda; pero resulta que es verdad. ¡Es literalmente yo!

Tranquilamente, tomé otro sorbo del café con miel y dejé la taza a un lado.

—Según tú, todos los *alfas* de esas novelas están inspirados en ti, Tigro —murmuré.

El *alfa* entrecerró los ojos y me dedicó una de sus miradas de labios apretados, más cómica que intimidante.

—Ahora lo digo en serio —insistió—. Piénsalo, Lemér: ambos somos felinos, ambos somos *salvajes*, ambos somos los más fieros y fuertes y ambos dejamos a todos los *omegas* llorando de placer.

—Es imposible que te tome en serio si sigues diciendo eso —respondí, alargando la mano para tomar el viejo libro de entre sus manos y echarle un vistazo—. Aunque lo del «refugio secreto» suena bastante a una mala tapadera para decir «búnker».

—¡Lo es! —exclamó el *alfa*, alzando las manos como si se tratara de algo tan obvio que doliera —. En esta novela, el *Tímido Omega* no para de ir a visitar a Panter a su refugio secreto entre los árboles. Está claro que les están diciendo que vayan al búnker de mi territorio.

Solté un murmullo pensativo y pasé la página, allí solo había una larga descripción sexual que duraría hasta el final del capítulo.

—De hecho, en este libro, el *Tímido Omega* solo va a ver a Panter, el *salvaje* —me explicó Tigro, muy familiarizado con las eróticas aventuras de esas novelas—. Ambos se reúnen siempre en un «lugar secreto» de su territorio, para que el resto de *omegas* no les descubran. ¡Joder, es que es tan obvio! —terminó gruñendo con frustración.

Tras la gran revelación, el *alfa* se había sentido muy dolido. No porque yo lo hubiera encontrado primero, sino porque él lo había tenido justo frente a los ojos todo aquel tiempo y ni se había dado cuenta.

—Descifrar un código cifrado es complejo —le dije, pasando otra página del libro—. Si no sabes lo que estás buscando, no puedes encontrar nada.

—Pero yo lo sabía —murmuró, negando con la cabeza mientras miraba la pequeña hoguera ardiendo entre nosotros—. Sabía que ese Panter era demasiado parecido a mí, que ahí había algo raro.

Deslizando lentamente la cola, rodeé su cuello y le di un par de toques en la cabeza con la punta gruesa y esponjosa.

—Tigro, eres muy listo, pero ni tu mente retorcida ni tu ansia conspiranóica habrían llegado a esta conclusión —le dije con tono serio pero calmado—. Esconder mensajes ocultos en novelas eróticas es como esconder códigos nucleares en la lista de la compra. Da igual que tú pienses: «Qué raro, no necesitamos veinte cartones de leche, doce latas de atún y cinco paquetes de galletas»; porque lo último que se te pasa por la cabeza es que eso sea el secreto para una guerra nuclear.

—Pero tú lo descubriste muy rápido —dijo en tono bajo y lento, mirándome por el borde superior de los ojos, más intimidantes y salvajes gracias a los reflejos que las llamas les arrancaban.

—No, Tigro —le corté en seco, devolviéndole la mirada—. Yo no sabía nada de esto ni te he mentido al respecto. Esto no forma parte de ningún plan secreto por el cual me hayan mandado los *betas* a La Reserva, quizá con el objetico de engañarte o ganarme tu confianza.

El *alfa* se quedó un momento en silencio y, tras comprobar que le decía al verdad, jadeó. Se llevó ambas manos al rostro y se lo frotó de arriba abajo.

—Joder, lo siento —se disculpó con tono cansado y teñido de culpabilidad—. Ahora veo enemigos y traidores por todas partes.

Se apartó las manos del rostro y se frotó los bigotes y la punta de la nariz con la muñeca antes de centrarse de nuevo en las llamas de la hoguera. El *alfa* estaba más afectado con aquello de lo que nunca le había visto.

—Pensar que lo he tenido justo delante todo este tiempo… —murmuró—. Y que, aún por encima, me gustaba y lo leía sin parar —negó con la cabeza y terminó por dejarla caer entre los hombros, hundiendo el rostro en mi cola alrededor de su cuello—. Me siento tan estúpido que duele.

Lo que realmente le dolía a Tigro era pensar que los *betas* pudieran llegar a ser más listos que él, que no habían pasado sus mensajes a escondidas y de una forma digital; sino justo delante de sus narices y sin que él sospechara nada.

—No es momento de pensar en eso —respondí, usando de nuevo la punta de la cola para acariciarle la nuca de pelo revuelto—. Ahora nosotros sabemos algo que ellos no saben que sabemos. Cuando descifremos el código, podremos anticiparnos a sus movimientos.

Tigro no se movió en un rato, disfrutando de mi caricia y el olor de mi cola mientras ronroneaba como un enorme felino. Entonces, como si despertara de un sueño, alzó la cabeza y parpadeó.

—El *Tímido Omega* siempre está mojado antes de llegar al escondite secreto —me dijo—. Hay un montón de referencias a la humedad, o a que tiene sed, o a que quiere correrse como una catarata. Puede que les estuvieran diciendo que el búnker estaba cerca de una fuente de agua.

Murmuré con interés y pasé de nuevo las páginas del libro, buscando los pasajes en los que el *omega* se dirigía en busca de Panter.

—Es verdad —afirmé—. Sí, puede ser que les estuvieran diciendo dónde encontrar el búnker. Tiene lógica: tu territorio es muy grande, pero solo hay un río y una catarata.

El *salvaje* sonrió con cierta malicia, mostrando parte de sus largos colmillos blancos. Con aire pensativo, se llevó la mano a la cuenta de su barba y jugó con ella a la vez que murmuraba:

—Y siempre dice que ahora Panter es «su único *alfa*», así que quizá el búnker fuera el último refugio secreto que les quedaba.

—No, no «el único» —le corregí—, solo el más importante en ese momento. En cada novela del *Tímido Omega*, sus amantes cambian. Los *omegas* podemos movernos libremente por La Reserva sin levantar sospechas, así que mudarnos de comarca hacia una nueva localización no supondría mucho esfuerzo.

—¿Y por qué les enviaron a Mil Lagos?
—Porque han encontrado algo —respondí.
—O a alguien —añadió él.
Levanté la mirada del libro hacia sus ojos de expresión seria.
—Tigro, es verdad que tienes mucha información clasificada que no les gustaría que saliera de aquí —reconocí—, pero hay que usar la lógica. Los *betas* llevan conociendo tu territorio desde hace mucho tiempo y nunca han intentado capturarte. Estoy bastante seguro de que la única razón por la que han usado ese búnker es porque está cerca de algo valioso que han encontrado.
—Quizá solo estén esperando el momento adecuado para atacarme —insistió.
—Esa actitud tan egocéntrica es la que les ha permitido esconder a Panter justo frente a tus ojos, porque, cuanto más obvio fuera, más seguro estarías tú de que un *omega* enamorado había ido contando eróticas historias de lo bien que follas y lo grande y fuerte que eres.
Tigro frunció el ceño y alzó la cabeza, visiblemente dolido por lo que acababa de decirle, pero demasiado orgulloso como para dejarse convencer tan rápido.
—Ellos no me conocen tan bien —me aseguró con tono decidido y serio.
—Deja de pensar eso o solo les estarás dando una ventaja sobre ti —le aconsejé, volviendo de nuevo mi atención al libro—. Tú mismo te estás cegando al creer que ellos no te conocen como tú piensas que te conocen.
—Porque ellos no me conocen como tú me conoces —declaró—. Ellos no saben cómo soy en realidad, como soy aquí dentro o contigo.
Iba a insistir, sin embargo, preferí tomar una bocada del aire fresco de la noche y dejar pasar el tema.
—Tardaremos dos días más en llegar a Mil Lagos —le dije—, cuando estemos allí, podremos revisar los libros del *Tímido Omega* que haya en la biblioteca del Pinar.
Cerré la novela de un golpe seco y me giré para volver a guardarla en la mochila, sacando en su lugar el tomo de filosofía que habíamos encontrado entre las cosas del naufragio. Ya lo habíamos leído docenas de veces durante el viaje de vuelta, pero, escondieran lo que escondieran allí, todavía se nos escapaba.
—Cuando descifremos el código, podremos saber qué les han querido decir con este nuevo libro —murmuré—. Nos adelantaremos a sus movimientos y…
—No me conocen, Lemér —me interrumpió Tigro—. Yo no soy el mismo que era antes.
Me resistí para no poner los ojos en blanco y resoplar. Aquello parecía importante para él, así que me tragué mi frustración y se lo expliqué de la mejor forma posible.
—Claro que te conocen, Tigro. Quizá no a un nivel muy profundo, pero sí lo básico. Eres un *salvaje*: los *salvajes* son egocéntricos, vanidosos, solitarios y predecibles —enumeré, levantando los dedos de mi mano a la vez que lo decía—. Yo llevó solo medio año en La Reserva y ya sabría cómo tú, Jabail o Murci podrías responder a ciertas situaciones.
El *salvaje* no movió de mí sus ojos de jade y oro, lamidos sin descanso por las suaves llamas de la hoguera.
—Para poder predecir tan bien mis movimientos, parece que siempre te sorprende todo lo que hago, Lemér —me dijo.
Sin dejar de mirarle, guardé el tomo de filosofía en la mochila y ladeé el rostro.
—No podría predecir que me siguieras utilizando y mintiendo una y otra vez, aunque me prometieras que no lo harías —afirmé—, pero sí podría decirte exactamente lo que harías si un *omega* espía se acercara a ti por interés, llevándote regalos y bañándote en halagados: que tú solo creerías que es otro *omega* cayendo a los pies del maravilloso y sexy Tigro.

El *alfa* movió su ceja izquierda de manera casi imperceptible, lo que quería decir que estaba empezando a darse cuenta de la realidad. No supe esto gracias a ningún súper poder desarrollado por estar en pareja, sino solo gracias a la magia de conocer a alguien demasiado bien.
Tigro empezó a mover la lengua, frotándola contra el paladar como si de pronto empezara a saborear algo amargo y ácido.
—Así que crees que uno de mis *omegas* en nómina podría ser un espía —concluyó.
—Es probable —asentí—. Todavía no sabemos cuántos espías puede haber ni dónde están, aunque lo más sensato sería distribuirlos de forma igualitaria por toda La Reserva, uno en cada villa *omega*, hasta que se les necesitara en un lugar concreto, como el búnker.
El *salvaje* asintió lentamente, rozando mi cola con el final de su barba anudada por la cuenta.
—Lo que todavía no entiendo… —murmuró— es por qué han enviado aquí a un asesino de élite, experto en infiltración y supervivencia, con cero información sobre lo que está sucediendo realmente.
—Mi teoría es que soy un agente dormido. Estarán esperando al momento justo para mandarme un mensaje y darme un nuevo objetivo.
—¿Te refieres a ese momento en el que te ordenen que mates a alguien?
Sus palabras dejaron un profundo silencio en el improvisado campamento al resguardo de las piedras. El crepitar del fuego y el lejano aullido de un lobo fueron lo único que se escuchó en los segundos que tardé en asentir y murmurar:
—Es lo que yo hago.
—¿Y si yo fuera el objetivo? —preguntó, algo que, supuse, a ambos se nos pasó por la cabeza nada más decirlo.
—No lo creo —respondí, aunque no pudiera estar tan seguro de eso como de mis otras afirmaciones—. Saben perfectamente que un *omega*, incluso uno tan bien entrenado como yo, no sería capaz de sorprender a un *alfa salvaje*.
—No cuerpo a cuerpo, pero sí con un rifle francotirador.
Se produjo otro breve silencio en el que dejé de mirar la hoguera entre nosotros para mirar sus ojos felinos. Tigro parecía muy calmado, moviendo su cola atrigrada de lado a lado con la precisión de un metrónomo.
—Yo ya estoy completamente habituado a tu olor y a que entres en mi territorio —continuó antes de encogerse ligeramente de hombros—. Si te dieran un rifle, no podría ni defenderme. Antes de darme cuenta, ya estaría muerto.
—Sí, lo estarías —reconocí, compartiendo su tono calmado y lógico—, pero para eso no me necesitan a mí. Cualquier *omega* con entrenamiento podría matarte de esa manera.
—No, no podrían —negó, moviendo la cabeza de lado a lado con el mismo pesado ritmo con el que movía la cola a sus espaldas—. Mi territorio es demasiado boscoso, necesitarían acercarse al menos a unos cincuenta metros de mi posición para tener un tiro claro.
—Lo dices como si yo fuera el único *omega* que se mete en tu territorio —le recordé.
—Eres el único que podría acercarse tanto a mí sin que yo sospechara —declaró, tan convencido de sus palabras que no pude reprimir un jadeo de risa sarcástica.
—Por favor, Tigro… —murmuré, esperando un instante a comprobar si estaba bromeando o lo decía en serio.
Al parecer, el *alfa salvaje* lo decía muy en serio, lo que lo hacía incluso más ridículo. Con un jadeo se sorpresa, abrí los ojos y golpeé la base del puño contra la palma de mi otra mano, como si de pronto lo hubiera entendido.
—Claro, porque yo soy el único de los *omegas* que te visitan en el que confías. Nada te haría

dudar de mí y tú nunca has sospechado de cada uno de mis movimientos e intenciones. ¡Ahora todo tiene sentido!
El sarcasmo de mi voz fue tan brillante y vivo como la pequeña hoguera a nuestros pies, pero eso no hizo reaccionar a Tigro, quien seguía mirándome fijamente con una expresión calmada.
—¿Me matarías? —preguntó entonces.
Arqueé las cejas, parpadeé y me quedé un par de segundos en blanco, demasiado sorprendido como para reaccionar.
—Por favor, Lemér, responde —me pidió—. ¿Me matarías si te lo ordenaran?
—No, Tigro —respondí con tono serio—. No te mataría.
El *alfa* asintió, pero todavía no había terminado.
—Y si descubrieras que han amenazado a tu familia, a tus padres *beta*, ¿me matarías para salvarles?
Sentí un leve retortijón en las entrañas mientras el corazón me latía más fuerte. Aquel escenario que había planteado era… descorazonador, cuanto menos. Bajé la mirada a la hoguera y después deslicé los ojos hacia la pared rocosa donde el fuego reflejaba luces y sombras contra la piedra húmeda.
Tigro o mis padres.
Plantearse una situación hipotética en la que tienes que tomar una decisión como esa, es estúpido. Llegado el momento, sin tiempo para reflexionar ni la presión de no herir a la gente que quieres, quizá tu decisión fuera completamente contraria a la que estarías tomando en ese momento de calma.
Aún así, intenté ser sincero conmigo mismo y con el *alfa salvaje*.
—Te mataría —murmuré, volviendo a mirar sus ojos—. Son mis padres, Tigro.
Tras unos segundos, el *alfa* asintió de nuevo; sin embargo, una ligera sonrisa se deslizó por sus labios antes de tomar una profunda bocanada de aire, darse una palmada en las rodillas y decir:
—Bueno, ¿qué te parece si nos metemos en el saco de dormir y me cuentas qué le harías tú a tu enorme *alfa* felino si fueras el *Tímido Omega*?
Fruncí el ceño, mirando como el *alfa* se dirigía a un lado y empezaba a desnudarse. No es que el *salvaje* no me tuviera acostumbrado a esos repentinos y caóticos cambios de actitud, sino que algo en su última sonrisa me había preocupado.
—¿Qué has visto, Tigro? —quise saber.
El *alfa* terminó de quitarse el jubón de lana negro y lo tiró a un lado, descubriendo su cuerpo musculoso, cubierto de fino vello atigrado.
—Nada que no me esperara ver —respondió con una amplia sonrisa y las manos en la cintura—. ¿Me quitas tú el pantalón? Sé que te gusta hacerlo —y me guiñó un ojo.
Mantuve su mirada durante un pequeño momento hasta que, al final, terminé por levantarme y ponerme frente a él. Aunque yo fuera uno de los *omegas* más altos del Pinar; y posiblemente de toda La Reserva; Tigro seguía superándome por cabeza y media de altura.
Siempre que estábamos tan cerca, no podía evitar sentirme un poco extraño. Como si yo fuera pequeño y estuviera indefenso ante el *salvaje*. Algo que no me pasaba con ningún otro *alfa*, por muy grande que este fuera; como, por ejemplo, con Buyú. Estaba seguro que tenía que ser culpa de Tigro, de su estado *salvaje*, de la electricidad estática que emitía su cuerpo, lo que desencadenara aquella respuesta defensiva en mi instinto y nublara mi autoestima.
—¿Y qué esperabas ver, exactamente? —insistí, manteniendo el tono duro y la mirada firme por el borde superior de mis ojos.
Tigro no respondió, solo alzó una mano de la cadera y, con la yema de su dedo índice para no

clavarme la garra, me obligó a levantar el mentón hasta mirarle de frente. Entonces se inclinó para besarme, comenzando directamente a hundirme la lengua y mancharme de saliva, como si se hubiera saltado los primeros pasos y hubiera ido directo a la parte apasionada del beso.
Quise resistirme, apoyar las manos en sus brazos y detenerle, pero mi cuerpo me traicionó una vez más. Sus besos eran demasiado buenos, con lo justo de pasión y lo justo de violencia; la forma en la que su lengua se hundía en mi boca era mi favorita, húmeda, cálida y un poco indecente; la manera en que su cuerpo se presionaba contra el mío era justo lo que a mí más me ponía, con determinación, sin pedir perdón ni permiso, apretándome y explorándome, pero jamás dejándome escapar.
Cuando al fin separó sus labios de los míos, yo ya estaba completamente aturdido y mojado.
Tigro no tuvo que hacer esfuerzo alguno para tomarme en brazos y llevarme con él al saco de dormir. Conmigo tumbado, se puso a horcajadas sobre mi pecho y empezó a desabrocharse el pantalón de cuero mientras me miraba desde las alturas. Con su cuerpo a contraluz de la hoguera, solo se podía percibir el perfil de sus músculos y el brillo animal y salvaje de sus ojos felinos.
—Te diré lo que le haría yo a mi precioso *omega* arborícola si fuera Panter… —murmuró con voz grave y densa antes de sacarse la polla del pantalón y acercarla a mis labios.

Ya no era capaz de negarme a Tigro. Simplemente, ya no era capaz de mantenerme firme y resistirme a él. Si el *alfa* lo deseaba, mi cuerpo respondía al instante para satisfacer todas sus necesidades.
Y no me refería a cuando bromeaba, o a cuando me tentaba, o a los momentos en los que se hacía el tonto y se pavoneaba para mí en busca de un halago o mi atención. No. Me refería a que cuando Tigro realmente quería tenerme, yo no podía hacer nada por evitarlo.
Solo necesitaba un beso, un gruñido o una mirada para que me derritiera entre sus brazos, me empapara por completo y un jadeo de necesidad se escapara de entre mis labios.
Tigro ya no estaba en celo, pero algo había hecho en mí, en mi mente y en mi cuerpo. Algo había cambiado, y sabía exactamente lo qué.
—Sigues produciendo feromonas.
—¿Qué? —jadeó, echando una boca de aire caliente sobre mi cuello—. ¿A qué te refieres?
—Me refiero a que sigues produciendo feromonas para aturdirme —respondí, ladeando el rostro hasta rozar mis labios con su oreja afilada como la de un elfo—. ¿De qué se trata?, ¿de algún tipo de mecanismo biológico para que no te abandone después de ponerte la cuenta?
La risa de Tigro me hizo vibrar, apretando por momentos mi espalda contra el tronco del gran árbol.
—Nop —respondió, moviendo el rostro para poder mirarme a los ojos. Todavía estaba sudado y sonriente después de haberme mantenido en brazos durante todo aquel repentino y apasionado sexo en las ramas, pero el *alfa* intento ponerse muy serio al decir—: Ya no produzco feromonas, Lemér.
—Entonces, ¿por qué sigo aturdido? —pregunté, entrecerrando los ojos con sospecha.
—Porque soy una increíble bestia sexual que te arranca hasta el último jadeo de placer de los

labios.
Por sorprendente que pudiera parecer, el *alfa* consiguió mantener el tono y la expresión seria al decir aquello. Tras un breve silencio, tomé una profunda bocanada de resignación y pregunté:
—¿Por qué sigo perdiendo el control cuando te pones cachondo, Tigro?
—No entiendo a qué te refieres con eso. ¿En qué momento pierdes el control?
—Me refiero a esto —señalé nuestro alrededor, a nosotros, en lo alto de las ramas y con los pantalones por los tobillos.
—Mmh… ¿no te ha gustado? —preguntó tras seguir mi mirada alrededor—. Yo tenía muchísimas ganas de volver a follar en lo alto de un árbol. ¿Tú no?
—No —negué.
—¿No? —repitió él, echando atrás la cabeza y mirándome con una profunda mezcla de sorpresa y extrañeza.
—O sea, sí —me corregí—. Sí que tenía ganas. A lo que me refiero es a que «no» es eso lo que te preguntaba. Cuando te pones cachondo y me agarras y me llevas a alguna parte; no puedo resistirme.
—¿Y por qué ibas a querer resistirte?
—Porque quizá no me apetezca.
El *alfa* tardó un momento antes de volver a reírse, llenando las altas copas de los árboles con su atronadora carcajada.
—Qué divertido —me dijo, todavía muy sonriente—. Qué no te apetece… —repitió, carcajeándose de nuevo antes de moverse para sacármela de dentro y dejarme de pie sobre la rama—. Venga, ponte de espaldas para que pueda limpiar todo esa baba que «no has querido» producir para mí.
—¿Puedes dejar de hacer el gilipollas y responderme? —pregunté, cruzándome de brazos para dedicarle una de esas expresiones de advertencia. Una con la que ya debería estar más que familiarizado.
El *salvaje* arqueó ambas cejas y se llevó las manos a la cintura. No le había dado tiempo a quitarse el jubón de lana, así que aún colgaba por encima de sus piernas, como una pequeñísima falda de la que sobresalía más de la mitad de su miembro ya flácido.
—No sé a qué quieres que te responda, Lemér —me dijo, ya en tono serio—, pero dudo mucho que te obligue a hacer nada que tú no quieras hacer.
—Me refiero a que ya no soy capaz de evitar tener sexo contigo.
—De acuerdo —afirmó—. ¿Y por qué querrías evitarlo?
—No se trata de querer evitarlo, sino de tener la posibilidad de hacerlo —le expliqué.
Tigro aspiró aire por la nariz hasta llenarse los pulmones y después la soltó toda con un ruidoso resoplido de labios.
—A veces me preocupas, Lemér —murmuró, negando con la cabeza—.Tienes un problema muy grave con eso de «no dejarte llevar» —resaltó esas últimas palabras con un gesto de comillas de sus dedos de garras negras—, pero si tanto te molesta, te diré que es instintivo. No soy yo quien «te obliga» —entrecomilló otra vez—, sino tu propio instinto.
—Mi instinto conspira en mi contra —dije en voz alta, solo para que pudiera darse cuenta de lo estúpido que eso sonaba.
—Sí, Lemér, «en tu contra» —entrecomilló por tercera y última vez.
Entonces puso sus manos en mis hombros y me dio la vuelta antes de dejarse caer en la rama, pasando ambas piernas por los bordes como si la montara. Con una mano en mi espalda, me inclinó sobre el tronco y, agarrándome la cadera para que no me moviera, empezó por lamer las

gotas que se habían deslizado por entre mis muslos, siguiendo todo el recorrido de vuelta a mi ano empapado.
—Y esto no tiene nada que ver con la cuenta, ¿verdad? —quise saber, interrumpiendo sus gruñidos y ronroneos de placer.
No podía verle el rostro, inclinado como estaba hacia delante y con las manos apoyadas en el rugoso tronco del árbol, pero pude oírle detenerse a paladear y relamerse antes de responder:
—Todo tiene que ver con la cuenta ahora.
—La cuenta falsa —le recordé.
Tigro ya había vuelto a recorrer otro hilo de líquido en dirección a mis nalgas, así que no pudo hablar hasta que terminó de limpiarlo, hundir su rostro en mi culo y casi ahogarse de puro placer. Resoplando, se volvió a separar para tomar aire y agitar la cabeza de lado a lado mientras se estremecía.
—Podría ser de verdad si quisieras —le oí decir.
—¿Qué?
Quise girarme hacia él, pero Tigro me lo impidió. Había muy pocas razones por las que interrumpiría una sesión de limpieza, y mis ganas de discutir no estaba entre ellas. Solo cuando terminó de llenarse el estómago y soltó un pesado jadeo de satisfacción y un eructo, pude volverme para mirarle.
El *alfa* tenía desde la punta de la nariz hasta el final de la barba empapados de brillante líquido que no dejaba de relamerse. Me miraba con unos ojos adormilados y respiraba lentamente, hinchando su abultado pecho y soltando el aire con casi un suspiro.
Pero nada de eso le impidió moverse a la velocidad del rayo en cuando quise quitarle la cuenta de su barba. Entonces detuvo mi brazo con su mano y se puso de pie tan rápido que me costó verlo, mirándome con sorpresa y una respiración acelerada, me preguntó apenas sin aire:
—¿Qué cojones haces?
—Ya estamos en Mil Lagos, no necesitamos más la cuenta —respondí con tono serio—. Es momento de quitarla.
Pude ver como Tigro tragó saliva, deslizando su gruesa nuez de arriba debajo de la garganta.
—Sí, es cierto —murmuró, dejando de apretarme el brazo—, pero, ¿y si la dejamos?
—No vamos a dejarla —le aseguré.
—¿Por qué no?
—Porque no es de verdad —le recordé—. No la hice yo y no significa nada.
—Muy bien —asintió, llevándose ambas manos a la espalda—. Haz lo que quieras.
Y eso hice, tirando de la cuenta con un golpe rápido y seco, como si extirpara una muela picada o una astilla clavada en la piel. Sin dejar de mirar a Tigro a los ojos, se la entregué de vuelta.
—Una gran idea lo de usar la cuenta falsa —le felicité.
—Gracias —respondió él, tomándola de mi mano—. Aun así, ¿te importaría venir conmigo al territorio y ayudarme a recuperar el trabajo perdido?
Murmuré de forma pensativa y eché una mirada al paisaje boscoso, allí hacia donde, a unos cuantos kilómetros de distancia, se encontraba El Pinar.
—Puedo ayudarte hasta que caiga la noche —le dije—, después tendré que volver y solucionar mis propios asuntos.
A Tigro pareció valerle y, con una sonrisa, se subió los pantalones de cuero, hasta ahora colgando de un solo tobillo.
—Ah… —suspiró, aspirando el aire fresco y húmedo—, que bueno es volver a casa. ¿Verdad?
—Sí —reconocí, terminando de abrocharme el cinturón—. Ya lo echaba de menos.

—¿Te ha gustado el viaje? —preguntó de pronto.
—Emh… sí, supongo que sí. Traemos muy buenos recuerdos —sonreí, llevándome la mochila al hombro, ahora llena de bolsas de café y chocolatinas de contrabando.
—Muy buenos recuerdos —afirmó el *alfa*, rodeándome el hombro para invitarme a acompañarle de vuelta a su territorio—. Pero todavía tenemos que pensar en algo que decirle a Topa Má en caso de que Ballana le diga por algún casual lo de la cuenta.
Murmuró, llevándose la mano a la barba antes recordar que el abalorio ya no estaba allí. Entonces sus dedos se apretaron en un firme puño y su mandíbula se tensó.
Cuando volvió a girarse hacia mí, Tigro ya estaba sonriendo de nuevo.

HUMO Y ESPEJOS

Una semana no parecía mucho tiempo, no en la Reserva, donde las cosas siempre eran lentas y calmadas. Pero siete días podían ser muchísimo tiempo si eras el cartero de Mil Lagos, o uno de los alfas que le estaban esperando.

Regresar a El Pinar había sido como volver de unas pequeñas vacaciones, solo para descubrir la montaña de trabajo acumulado que te aguardaba. Las cartas habían seguido llegando y acumulándose en la mesa y las cestas del Hogar, hasta tal punto de desbordarse y caer al suelo. De donde, por supuesto, nadie se había tomado la molestia de recogerlas.

Contemplé aquel desastre un par de segundos y, con resignación, terminé suspirando de camino al despacho de Capri. El viejo *alfa* me recibió con una gran sonrisa, me preguntó cómo estaba el «esquizofrénico de Raccon», quiso saber si seguía insistiendo en decirle a todos lo que debían hacer y, al final, me confesó que se alegraba de tenerme de vuelta.

—No creí que fueras a dejarnos, Lemér —dijo tras una leve carcajada, como si dejar Mil Lagos fuera la idea más estúpida del mundo—, pero… nunca se sabe.

—No, solo fui por curiosidad —repetí, lo mismo que le había dicho antes de marcharme. No es que hiciera falta informar al alcalde de mis viajes, pero lo hice de todas formas para que no se preocupara por haber perdido a su «mejor cartero en años».

—Sí, sí, por supuesto —asintió él, haciendo balancearse su larga barba de chivo, repleta de cuentas—. La curiosidad es algo inherente a los *omegas* —declaró, con una dedo en alto y una mirada firme por encima de sus gafas de media luna.

Eso era cierto. La curiosidad era algo muy arraigado en los *omegas* del Pinar, así como: cotillear, evadir responsabilidades, hacerse los tontos, quejarse, nunca estar donde se les necesitaba…

—Volveré mañana al trabajo —anuncié, ya girándome en dirección a la entrada.

—Cuando quieras —sonrió Capri, mostrando gran parte de sus dientes de herbívoro, grandes y cuadrados.

Siempre había encontrado aquella sonrisa muy perturbadora, como si escondiera algo; pero, en realidad, era solo la forma en la que sonreían los ovinos. Cuando se reían mucho les salía incluso un balido y; según los tres hermanos Mus, cuando follaban, también.

De todas formas, el tiempo en el que sospechaba del alcalde *alfa* había pasado hacía mucho. Su «posición privilegiada», no era más que una ilusión, como él mismo me había intentado explicar a mi llegada.

Los alcaldes de las Villas Omega solo eran administradores y guardianes. Las decisiones que podían llegar a tomar eran muy limitadas y, en la mayoría de los casos, dependían de los *omegas* al cargo de las demás Villas Alfa.

Lo único que tenían era el teléfono. El cual, Capri, siempre tenía apartado en una esquina de su despacho junto a una nota que decía: «Cosa de hablar Beta», por si acaso se le olvidaba para qué se usaba.

Pero yo no lo había olvidado. Ni había olvidado que todos estaban pinchados.

—Vaya —me detuve en seco, mirando fijamente el teléfono en la estantería—. Todavía se me

hace raro ver eso aquí —sonreí.
El *alfa*-cabra tardó un momento en entender a qué me refería, como si estuviera tan acostumbrado a ver el teléfono allí que ni se diera cuenta de que no formaba parte de la estantería.
—Ah, sí, «la cosa de hablar» —asintió—. Te he de confesar que todavía no sé muy bien cómo funciona. Hay instrucciones dentro —me informó, arqueando sus espesas cejas canosas—, dicen que si los *betas* quieren hablar conmigo, sonará una campana. Estoy seguro de que, si llega ese día, me dará tal susto que me moriré —terminó riéndose.
Yo también me reí un poco al mismo tiempo que avanzaba en dirección al teléfono.
—¿Te importa si…? —pregunté, señalándoselo.
—Sí, por supuesto —aceptó junto con un vago ademán—. Quizá incluso puedas explicarme cómo se usa.
El teléfono era un caja negra de metal, ya que se trataba de un sistema de comunicación militar. Un aparato normal y corriente necesitaría electricidad y conexión a una red telefónica —cosa que los animanos no tenían ni iban a instalar por ninguna razón—, pero aquel debería funcionar a través de un satélite y tendría una batería recargable que podría durar años.
Al menos, eso era lo que más sentido tendría.
Nada más echarle un vistazo y pasar la mano por la tapa metálica, una nube de polvo se precipitó de la cubierta y manchó parte de la estantería y el suelo. Allí había escrito un número de serie y el nombre que los *betas* habían dado a Mil Lagos antes de la llegada de los animanos. Parecía bastante antiguo, lo suficiente para remontarse a principios del siglo XX.
Eso me hizo fruncir el ceño.
Tras abrir el pequeño cierre y levantar la tapa, comprendí lo equivocado que había estado.
Dentro había una enorme batería, un sistema de radio y una hoja amarillenta con una breves y claras instrucciones de uso. Por supuesto que no era un teléfono. No podía serlo. El objetivo de los *betas* nunca había sido comunicarse activamente con los animanos; sino que ciertos animanos se comunicaran con ellos.
—¿Hace cuánto está esto aquí? —le pregunté a Capri mientras cerraba de nuevo la tapa.
—Mmh, pues… —se lo pensó—. Mi predecesor ya lo tenía, y creo que su predecesor también. Puede que se lo dieran al primer alcalde del Pinar, el viejo Troro.
Ciento y pico años desde la fundación de el Pinar, cuando, según había dicho Tigro, los animanos aún estuviéramos colonizando la Reserva. Eso explicaría el alcance medio de la radio, ya que el objetivo sería transmitir mensajes hacia un lugar todavía habitado por los *betas*, como podría ser El Trigal, El Puente o El Arrecife.
Ahora, ese sistema de comunicación había quedado obsoleto e inservible. El paso del tiempo y las circunstancias había requerido cambios, una adaptación, la búsqueda de nuevas soluciones para nuevos problemas.
—Ha dejado de funcionar —le dije al alcalde con una fingida mueca de pena—. Puedes estar tranquilo, ninguna llamada sorpresa te matará del susto.
Capri inclinó la cabeza de enormes cuernos hasta poder mirar la caja por encima de sus gafas de media luna.
—Por una parte me alegra, por otra, temo que los *betas* quieran darnos otra de sus máquinas de hablar.
—Lo dudo mucho —sonreí—. Bueno, me marcho ya, tengo mucho que hacer.
—Sí, claro —asintió el *alfa*-cabra sin apartar la mirada de la caja—. Si vas a Vallealto, recuerda pedirle a Antila el registro de los almacenes, por favor.

—Claro —murmuré, ya saliendo por la puerta.
Una sombra me estaba esperando al otro lado. Pelo negro como el betún, larguísimas orejas de conejo, ojos azules enmarcados por pestañas largas, labios rosados y brazos firmemente cruzados sobre el pecho. Tenía un gran atractivo, tan dulce como el aroma a fresas y nata que le rodeaba, aunque no era una belleza exactamente aniñada, sino más bien de vecino sexy de preciosa sonrisa.
O lo sería si no tuviera una perpetua mueca de desagrado, los párpados caídos y te hablara como si te estuviera haciendo alguna clase de regalo.
—Mentita —me saludó Benny—, ¿por qué he tenido que enterarme de que has regresado a través del estúpido de Koal?
—Acabo de llegar hace menos de veinte minutos —respondí de camino al pasillo.
—Eso ya lo sé, os he escuchado —respondió, chiscando la lengua con desagrado antes de señalarse las alargadas orejas—. La pregunta es por qué no he sido informado antes.
—«He sido informado» —repetí, abriendo muchos los ojos y arqueando las cejas—. ¿Ahora es necesario informarte de cada uno de mis movimientos?
Benny se separó de la pared de madera y me siguió en dirección a la salida. Se resistió a apurar el paso, pero sus cortas zancadas de chico de metro cincuenta no podían competir con mis gigantescos pasos de «enorme *omega*» de uno setenta. Y él sabía perfectamente que no iba a esperarle, así que, muy dignamente, me seguía tan rápido como podía para no quedarse atrás.
—Como líder de los *omegas* del Pinar…
—Autoproclamado líder —le corregí—. Y solo te acuerdas de ese puesto cuando te viene bien.
—Como tu líder, Mentita —insistió en voz más alta y cortante, dando un largo salto para plantarse justo a mi lado al final de las escaleras—, debería ser la primera persona a la que buscaras nada más volver. Necesito que me informes de lo que has visto.
—Ahm —lo comprendí—, quieres ser el primero en conocer los cotilleos.
—No, no —mintió descaradamente—. Me importa una mierda lo que hagan los demás, pero necesito asegurarme de que no están conspirando en nuestra contra. Te pedí expresamente que investigaras a esos asquerosos *omegas* del Arrecife. Andan muy revolucionados últimamente y quiero saber por qué.
—No están conspirando en nuestra contra —le informé, girándome un momento para saludar a un par de *omegas* que pasaron por delante. Era muy agradable regresar a casa con los tuyos y no sentirte un completo extraño.
—¿Les has espiado como te pedí? —insistió Benny, ignorando por completo a los demás *omegas*, como solía hacer.
—Claro… —murmuré.
—¿Y no has encontrado nada?
—De hecho, sí —respondí, girando la mirada hacia él—. ¿Sabes lo que han puesto en la entrada a su villa? «El Arrecife, hogar de los mejores *omegas* de La Reserva».
Benny se quedó un momento en silencio y, de pronto, estalló en una ruidosa carcajada que resonó por todo el camino entre los grandes árboles.
—Qué panda de subnormales más valientes… —murmuró, limpiándose una lágrima de tanto reírse—. ¿Les dijiste que eras del Pinar?
—No, eso lo dedujeron ellos al ver que era arborícola. Me preguntaron si me había quedado tonto al caerme de alguna rama y no podía diferenciar a un buen *omega* de uno malo.
Benny volvió a reírse y hasta se golpeó el muslo repetidas veces, como si fuera demasiado gracioso.

—Ays… —suspiró—. Que malo debe ser vivir en las ruinas *beta*, ya se les olvida cómo son los buenos *omegas*. Pero, para ser justos, no es bueno meterse con ellos, Mentita —me dijo—. Esos desgraciados ya tienen suficiente con vivir entre la mierda. Además, la mayoría de sus *alfas* son calvos, fríos y asquerosos.
—Ya —respondí, descendiendo la escalinata en dirección a las duchas.
Allí, Benny se detuvo en el borde y dejó caer el hombro sobre una de las columnas de la caseta. Con expresión aburrida, empezó a repasarse las uñas y a ponerme al tanto de todo lo que había sucedido en mi ausencia.
—Monki dejó a Capirco después de medio año juntos, como si el muy gilipollas pudiera encontrar algo mejor que el *alfa*-cabra. Ahora Capirco está a punto de perder la barba y ya tiene a un ejército de *omegas* esperándole —resopló, echándome una breve mirada bajo la luz de los candiles—. Es guapo, pero a mí no me parece tan fascinante, por muy pelirrojo que sea y muy gorda que tenga la polla. ¿A ti te lo parece?
—¿Capirco no te había limpiado la noche de la Fiesta de la Lana? —recordé.
Benny se quedó un momento en silencio.
—Me emborrachó.
—Si, y estabas tan borracho que confundiste la jarra de cerveza con su polla y no dejabas de apretarla —sonreí.
—Me. Emborrachó —insistió, remarcando muy bien cada palabra—. De no ser así, no hubiera tenido la suerte de limpiarme.
—No sé —me encogí de hombros—. Capirco es bastante guapo.
Benny levantó levemente la cabeza y esperó un poco, casi como si quisiera comprobar si bromeaba.
—No es tan guapo —murmuró.
—Es muy guapo —insistí, porque el *alfa*-cabra pelirrojo se lo merecía.
—¿Desde cuando te gustan los ovinos? —quiso saber él.
—Desde nunca, así que imagina lo guapo que tiene que ser Capirco para que yo lo diga.
Benny soltó un murmullo bajo.
—De todas formas, tú ya tienes a Buyú. Quien no ha parado de preguntar por ti, por cierto… ¿Vas a volver a verle o vas a aprovechar para dejarle? —preguntó con un tono aburrido.
—Iré mañana a primera hora.
—¿Por qué no esta noche? Es un bovino y le has dejado una semana sin follar, ya sabes que a esos *alfas* hay que ordeñarlos a menudo para que no les exploten los huevos.
—Porque esta noche no puedo.
—¿No puedes? —interesado, Benny apartó el hombro del poste y se volvió hacia mí—. ¿Has pasado antes a ver a los gemelos? No les habrás dado la puñetera pulsera *omega*, ¿verdad? Líbere no para de decir a todos que ya estás a punto de emparejarte con sus putos hermanos.
—¿Qué? —exclamé, dejando de frotarme la pastilla de jabón contra el brazo—. ¿Por qué dice eso?
—Porque quiere que te unas a ellos y te pases el resto de la vida muriéndote del asco en la Garra.
Chasqueé la lengua, pero me contuve para no decir nada más. No lo conseguí.
—Ya tiene a Bullo, ¿por qué insiste en joderme? —exclamé sin entenderlo—. ¿Qué le importa si estoy con sus hermanos o no?
Benny sonrió de forma retorcida, porque quejarse de Líbere era de sus aficiones favoritas. Bueno, realmente, quejarse de cualquier *omega* era su actividad favorita, ya fueran de dentro o fuera del Pinar.

—Es un cotilla y metomentodo de mierda —afirmó, volviéndose a mirar las uñas con interés—, posiblemente esté deseando emparejarte con sus hermanos porque ya son mayores y teme que se queden solos. Qué triste… —dijo antes de una breve risa despectiva—. Suele pasar, ¿sabes? Por muy famosos que sean «Clavo y Martillo», ya se están haciendo viejos y cada año hay como una docena de nuevos gemelos recién salidos de su primer celo.
—No son tan mayores —respondí—, solo tienen el pelaje blanco porque son lobos de nieve.
—Son mayores, Mentita —me aseguró con una mirada seria—. Ya casi han cumplido los treinta.
—No son mayores —insistí, muy seguro de mis palabras—. Treinta es una edad maravillosa.
Benny tomó una profunda bocanada de aire y puso los ojos en blanco como si le exasperara tener que explicarme algo de nuevo.
—No sé con qué edad se emparejan los *betas*, ni me importa —me dijo—, pero aquí en La Reserva, que un *alfa* llegue a esa edad siendo soltero, es prácticamente una sentencia de muerte. Pasados los treinta, muy bueno tienes que ser para que un *omega* te haga caso.
—Tori tiene más de treinta —le recordé.
—Y es un *alfa* muy bueno que vive en la mejor villa de Mil Lagos —insistió en un tono más cortante—. Clavo y Martillo no lo son y viven en un puto agujero en el suelo que apesta a mierda.
—Solo odias Refugio de la Garra porque naciste allí.
—Exactamente porque nací allí puedo decirte lo mierda que es —insistió, alzando bien la cabeza y las orejas—. Hazme caso, Mentita. Los gemelos son divertidos para un rato, pero después no dan más que problemas. No quieres pasarte el resto de tu vida atrapado en la Garra y aguantando a dos *alfas* a la vez.
En esa ocasión fui yo quien puso los ojos en blanco.
—Todos decís lo mismo de vuestras villas, Benny. Arda tampoco para de quejarse de Presa de Arce.
—Arda es estúpida —fue su respuesta—. Querría verla yo creciendo en el Refugio, tan lleno de gente que no se puede ni caminar por las calles, con el olor de la peletería, el cuero y la sangre por todas partes.
—Vale —concluí, prefiriendo dejar pasar el tema y continuar adelante. El *omega*-conejo se podría pasar así horas y no había manera de hacerle cambiar de idea—. ¿Y qué más ha pasado? ¿Quién más ha dejado a quién?
Benny se resistió un momento, pero, lentamente, volvió a apoyar el hombro en la coluna y a mirarse las uñas.
—Entonces, ¿por qué no quieres ir a ver a Buyú esta noche?
—Porque tengo trabajo —respondí terminando de enjabonarme el cuerpo antes de tirar del cordel que abriera la compuerta del tronco hueco que hacía de tanque de agua—. ¿No has visto la montaña de cartas y paquetes que se ha acumulado? Ya no caben ni en la mesa.
—Aha… —murmuró, muy poco convencido—. Así que has ido a ver a otro *alfa* primero y ahora no puedes ir a ver a Buyú —concluyó.
No dije nada, así que fue como confesar un crimen. Benny se calmó un poco al conseguir al fin la respuesta que quería. Entonces tomó otra profunda bocanada y continuó:
—Hablando de *omegas* subnormales… Pasó uno por aquí en dirección a El Abrevadero. Según él, venía de El Puente y quería pasar unos días con su amiga en Cauce Rápido, ¿y a que no sabes quién era esa amiga? —ahí se detuvo de nuevo, solo para verme encogerme de hombros en respuesta y crear un breve momento de expectación—. Zora…
—¿Y quién es esa? —pregunté.

—¡Joder, Mentita! —exclamó—. ¡Zora es la puta que se folla a Tori!
—Ahhh… —comprendí—. ¿Siguen juntos todavía?
—¿Y a mí qué cojones me preguntas? —farfulló con una mueca muy digna—. ¿Te crees que me importa lo que hagan o dejen de hacer?
No quise responder a eso, así que dejé a Benny y a su ego intactos.
—Querrá moverse antes del celo —sugerí, retomando el tema del *omega* viajero—. Queda poco.
—Claro que quiere moverse para el celo —respondió como si fuera más que obvio—. Pero usar de excusa a una «amiga», amiga que además pueda llevarle a Vallealto de visita… qué puta vergüenza.
—Ya, qué vergüenza —murmuré sin ganas mientras me secaba con la toalla de lana.
Benny era divertido un rato, pero a la larga se hacía bastante pesado y repetitivo. Había que llevarle junto al resto y dejar que todo ese veneno y prepotencia se diluyera entre las conversaciones y se repartiera equitativamente por el grupo. Sino, era demasiado intenso.
A la mañana siguiente, más calmado, me asaltó en el desayuno y me dijo:
—Voy contigo a Vallealto.
Me quedé mirándolo el par de segundos que tardé en masticar el huevo cocido en mi boca y responder:
—Tengo que pasar primero a ver a Topa Má y organizar las cartas. Puedes ayudarme.
Benny tomó una de las manzanas del cuenco y se dio la vuelta.
—Venme a buscar cuando hayas terminado.
—Siempre tan diva… —murmuró Arda a mi lado.
—Es así desde niño —nos aseguró Banny, su hermana melliza—. De los tres, siempre fue al que más consintieron nuestros padres.
—¡Eso es mentira! —gritó Benny desde lejos, lo suficiente para creer que no nos hubiera oído, pero claro, los lepóridos y su agudísima audición.
—Es verdad —susurró Banny.
—¡La malcriada fuiste tú! —insistió su hermano desde la distancia.
—Bonny piensa lo mismo —añadió ella, con las cejas arqueadas y la mirada puesta en la naranja que estaba pelando.
—¡Bonny que cierre la puta boca! ¡Tan lista y al final terminó en Pozo de Noche junto a un *alfa* subnormal!
—Banny, Benny y Bonny… —murmuré, interrumpiendo por un momento la agradable conversación familiar a gritos.
—Sí —sonrió Banny—. Nuestra madre siempre nos dijo que a partir del quinto hijo se te acaba la originalidad para los nombres.
—Ah, ya —asentí—. ¿Cuántos hermanos erais?
—Doce. Aunque eso esta un poco por encima incluso para la media de Refugio de la Garra —añadió ella—. Mis padres tuvieron dos trillizos: nosotros y nuestros hermanos Foxo, Faxo y Fuxo.
—¿Pero… entonces ellos van en…? —empecé a preguntar, sin estar seguro de si eso sería o no ofensivo.
Por suerte, Banny había heredado todo el carácter alegre y tacto que a su hermano mellizo le faltaban. Con una cálida sonrisa, negó con la cabeza, agitando sus largas orejas y sus bigotes negros.
—No. Mis hermanos no comparten el mismo *omega* —me explicó—. Decidieron marcharse a Comarca de Vega de Piedra después de que se fundara Torrealta.

Arda soltó un murmullo impresionado, interrumpiendo por un momento su ingesta de nueces.
—Qué listos fueron.
—Sí, la verdad es que sí.
Banny no tardó en darse cuenta de mi expresión interrogativa y de nuevo, me sonrió.
—Los bosques que rodean Torrealta se queman al final de cada verano —me explicó—. Es un proceso natural, debido a la altura y el tiempo. Pero cuando llega de nuevo la primavera, el suelo es tan fértil que las cosechas crecen mejor que en ningún otro lado. Por eso Torrealta es de las villas que más alimento producen y una de las más valoradas de Vega de Piedra.
—Oh… —murmuré—. Entonces tus tres hermanos habrán encontrado pareja.
Ya llevaba suficiente tiempo allí para saber que algo así era todo un logro.
—Sí —afirmó Banny—. Mi madre está muy orgullosa de ellos. Se fueron en el momento justo para conseguir una buena casa en la villa. Si hubieran tardado un mes o dos más, ya no les habrían dejado quedarse.
Las migraciones de *alfas* no eran tan sencillas como las *omega*. A ellos no les aceptaban siempre en cualquier parte, porque no siempre había espacio para más; y no se trataba de un espació físico, sino social. Demasiados *alfas* en un solo lugar no era bueno: no era bueno para ellos ni bueno para el entorno.
Los animanos tenían una gran conciencia de la sobreexplotación de los recursos naturales, al contrario de los *betas*, y cazar demasiado, o pescar demasiado, o plantar demasiado, podía dejarles sin caza, ni pesca, ni nada que comer en absoluto.
En cada villa había un cupo de *alfas* y, a no ser que hubieras nacido ya allí, pocas veces se te permitía quedarte. Por ello, cuando fundaban una nueva villa —por el motivo que fuera—, significaba una oportunidad dorada para unos *alfas* como los de Refugio de la Garra.
Solo había que estar en el lugar preciso y en el momento justo para aprovecharla.



Bajar de nuevo a Raíces con la mochila a las espaldas me devolvió por un momento a un pasado que parecía extrañamente remoto. Seguía perdiéndome en aquella parte del Pinar más similar a un laberinto que a un poblado, pero había un camino que nunca cambiaba y que, para mal o para bien, ya me conocía de memoria.
—Topa —saludé a la chamana.
Topa Má ya estaba esperándome de pie junto a la pared repleta de baldas escarbadas en la tierra, allí donde guardaba todos sus botes y tarros con ingredientes. Los miraba con sus ojos cubiertos por monedas y sus manos de larguísimas uñas negras entrelazadas a la altura de la cadera. Sin siquiera volverse hacia mí, respondió como un suspiro:
—Lemér… ¿qué tal está mi querida Ballana? ¿Sigue tan gorda y dramática?
—Sí —afirmé, caminando hacia el asiento frente al caldero para dejar la mochila a un lado y sentarme—. Te manda saludos, por cierto. Le preocupaba que ya te hubieras muerto de vieja.
—Qué detalle.
—Sí —sonreí, ya que la respuesta de la chamana había sonado especialmente cómica e irónica gracias a su pausada forma de hablar—. Venía a pedirte las pociones de Buyú y los gemelos.

—¿Y para qué las necesitas?
Su pregunta se quedó flotando en el aire, entre las hojas y plantas secas que colgaban del techo.
—¿Para no quedarme preñado? —pregunté.
Topa Má soltó uno de esos murmullos tan suyos: entre la sorpresa y la interrogación, al mismo tiempo que deslizaba las manos en busca de los ingredientes necesarios. Por un momento me asaltó la idea de que la chamana hubiera descubierto lo de la cuenta, pero fue un pensamiento que descarté al instante. Yo era el cartero y, sin mí, ninguna carta salía del Hogar o de Mil Lagos. Era imposible que Topa hubiera recibido nada en tan poco tiempo.
Sin embargo, la Má se volvió produciendo un murmullo de joyas y colgantes al entrechocar y, mirándome con aquellos ojos cubiertos por monedas, me dijo:
—Puedo hacer una poción para que la semilla de los *alfas* no arraigue en ti, pero no puedo hacer una poción para curarte de ti mismo, Lemér.
—Por favor, Topa, hoy tengo prisa y no estoy de humor para adivinanzas —respondí.
—Una cuenta en la barba de un *alfa* es una promesa que no se puede romper.
Mierda.
—Topa… —dije en voz baja, llevándome una mano al rostro para frotarme los lacrimales. Sabía que ese momento llegaría, pero no me lo esperaba tan pronto—. ¿Cómo es posible que te hayas enterado tan rápido?
A no ser que Ballana hubiera hablado con ella por… yo que sé, un sueño onírico, un plano astral o algo así de absurdo; era imposible que lo hubiera descubierto. Las cartas no viajaban tan rápido y, para cuando le había puesto la cuenta a Tigro, ya estábamos en El Arrecife.
—No importa el cómo, sino el por qué —me dijo, avanzando lenta y dramáticamente en dirección al caldero, como si cada paso que diera fuera parte de un solemne ritual—. A Ballana Má le preocupaba que hubiera tomado la decisión correcta al no haberte advertido sobre el *alfa salvaje* Tigro.
—Para ser justos, no me advertiste de una mierda —dije con cierto amargor y reproche en la voz. Aunque quizá en ese momento estuviera más frustrado y molesto por lo rápido que la chamana se había enterado, que por el hecho de que no me hubiera dicho nada con respecto a Tigro.
—No, no lo hice —reconoció.
—¿Y por qué no?
La chamana se sentó frente a mí y cruzó ambas manos sobre el regazo.
—Los *betas* solo creen en la fuerza bruta. Ven a nuestros *alfas* y piensan que son lo más peligroso de nuestra raza, porque ellos son los más grandes, numerosos y feroces. Pero los *betas* no entienden El Todo. No son capaces de entenderlo. De nada sirve un río bravo sin un cauce que le guíe hasta el mar. El río por si solo, sería solo destrucción; y un cauce sin agua, sería solo un camino yermo y profundo.
—Topa, de verdad —le dije con tono serio—. No estoy de humor para tus metáforas. Por última vez: ese rollo de maestra sensey de la sabiduría milenaria no va conmigo. Dime lo que tengas que decirme y punto.
Pero la Má no dijo nada, ni siquiera se movió en los cinco segundos que tardó en responder:
—Cuando conocí al *alfa salvaje* Tigro, supe que era un nido de mentiras; y cuando te conocí a ti, supe que eras un pozo de problemas. Cuando llegaste a mi hogar y me pediste su poción, supe que El Todo os había llamado.
Iba a hablar, por supuesto, para negarlo todo y dar mi visión de la historia, pero la chamana me detuvo rápidamente con una mano en alto.
—Sé que no crees, Lemér, ni en mí, ni en nuestra cultura, ni en nuestra forma de vida —

murmuró—, y no te voy a pedir que lo hagas; pero quiero que sepas algo. —Con la misma mano que había levantado para silenciarme, apuntó su larguísima uña negra en dirección al centro de mi pecho y la apretó contra el jubón de lana—. No hay nada más peligroso en nuestra raza que los *omegas*, y no hay nada más peligroso en el mundo que los *omegas* tan listos como tú.
—Si fuera tan listo, hubiera visto a Tigro venir —repliqué—. O si hubieras tenido el detalle de decírmelo, claro…
Topa Má deslizó la cabeza de lado a lado, produciendo de nuevo un chasquido de los abalorios y plumas que le colgaban de la cabeza.
—Las Má no intervenimos en El Todo.
—Aaaah —exclamé, como si acabara de entenderlo, pero de una forma muy irónica—. Claro. A los demás *omegas* les has advertido sobre Tigro, pero a mí no, porque ahora resulta que «no intervienes en El Todo...» Pues, ¿sabes qué Topa? Yo creo que mi Todo puede estar con Buyú, o quizá con los gemelos. No lo sé, porque todavía no lo he decidido. Lo que sí he decidido es que no está junto a Tigro, y que ni tú, ni tus estúpidos acertijos de lagos y ríos, ni tu chapucera magia de chamana tribal; van a cambiar eso.
Aunque no fuera mi intención, terminé levantando la voz y casi llegando a gritar:
—¡Así que hazme las putas pociones y guárdate tus pensamientos para ti misma! Esta claro que no me vas a ayudar una mierda.
Mis palabras dejaron un profundo silencio en la choza de la chamana. Ninguno de los dos dijo ni hizo nada más que mirarnos mutuamente, o, al menos, yo miraba las monedas del sol y la luna que cubrían sus ojos ciegos.
—La cuenta…
—¡La cuenta no significa nada! —la interrumpí, como un perro rabioso saltando sobre su presa —. La usamos porque la necesitábamos, y al llegar aquí, se la quité. Punto y final.
—La cuenta lo cambia todo —insistió con calma, negándose a participar en mi humor cada vez más alterado.
—¡No cambia nada! —grité, inclinándome sobre el caldero burbujeante en caso de ahora también se hubiera quedado sorda y no hubiera sido capaz de oírme—. ¡Es solo una cuenta en la barba! No significa nada para mí, no tiene una influencia real en nosotros, es solo algo cultural. Como tú —la señalé—. Todo lo que hacéis es solo ciencia adornada con abalorios, maquillaje y tradición. Humo y espejos, Topa; eso es todo lo que sois las Má. Ni podéis ver el futuro, ni podéis limpiar el alma con cánticos, ni hacéis pociones mágicas. Sois simples curanderas rodeadas de misticismo.
Al finalizar, me quedé un tanto jadeante porque había soltado todo aquello de corrido, como si me lo quisiera sacar al fin de dentro. Su insistencia en lo mío con Tigro, una vez más, incluso tras haber descubierto que me podría haber ahorrado un par de buenas decepciones; había sido demasiado.
Simplemente, había terminado por explotar.
Topa Má no se enfadó, no trató de defenderse, no insitió más, no intentó explicarme por qué me equivocaba. Solo asintió lentamente y se levantó para ir en busca de los ingredientes de las pociones que le había pedido.
Yo la esperé de brazos cruzados y con expresión seria, mirando como arrojaba las hojas secas, raíces y polvos de la mezcla. Al terminar la primera, me entregó un cuenco y llenó tres viales más para que fuera tomándome a lo largo del mes. Tras rellenar el caldero de agua, hizo lo misma con la segunda y, cuando finalizó, volvió a cruzar las manos sobre el regazo como si nada hubiera cambiado en absoluto.

—Gracias —farfullé por lo bajo, levantándome deprisa para meter las pociones en la mochila llena de cartas y dirigirme a la salida.
Por un pequeño instante, creí que la chamana iba a decir algo antes de marcharme. Alguna de esas frases suyas: «hay *alfas* profundos como el mar y *omegas* inamovibles como montañas», o alguna gilipollez así.
Pero no dijo nada.
Y nunca me diría nada más desde entonces.

UNA LARGA ESPERA

Benny supo que estaba de mal humor, así que tuvo el detalle de rebajar un poco su nivel de altruismo y superioridad moral durante nuestro camino a Vallealto.
—¿Ha ocurrido algo con Topa, Mentita? —se atrevió a preguntarme cuando alcanzamos la colina.
—No —negué de forma seca—. Solo tengo un mal día.
—Estabas bien en el desayuno.
—Sí, lo estaba.
—Pero no ha pasado nada con Topa Má…
Giré el rostro hacia él, aunque el *omega*-conejo estuviera mirando al frente con su misma expresión aburrida de siempre.
—¿Quieres que te deje aquí tirado y sin ninguna excusa para ir a espiar a Tori? —pregunté.
Benny alzó la cabeza con mucho orgullo y soltó un «tss» entre los labios; aunque, por sorprendente que pudiera parecer viniendo de él, no insistió más. Verle a él molesto o enfadado, era lo normal. Verme a mí molesto o enfadado, era una alerta de peligro.
—Solo te diré que es mejor que alegres esa cara —murmuró al acercarnos a la villa medieval—, o el subnormal de Buyú va a pensar que vienes a dejarle para siempre.
No fue un mal consejo, así que tomé una profunda bocanada del fresco aire de finales de primavera e hice mi mejor esfuerzo por recuperar la normalidad. En mi cabeza se había repetido en bucle mi discusión con la chamana: las cosas que quizá debería haberle dicho, las cosas que quizá debería haberme callado y las cosas que quizá había sido cruel contarle.
No creía que yo tuviera la razón absoluta en todo ese asunto, pero se habían juntado demasiadas cosas; su traición, la cuenta, mi actitud defensiva, su negativa a darme las pociones… Topa Má no podía decidir a que alfa iba a ver y a cual no.
Simplemente, no podía.
—Cuanto tiempo, Lemér —nos asaltó una voz.
Al volverme, vi al ahora famoso Capirco, a Coballo y Troro. Los tres *alfas* estaban a la vera del río, a un lado del puente. Era bastante temprano, pero deberían llevar un buen par de horas despiertos para dar de comer a los animales, recoger los huevos y ordeñar a las vacas; ahora solo estaban disfrutando de un merecido descanso al sol antes de tener que hacerse cargo de los rebaños.
Como era de esperar, se habían quitado el jubón nada más olernos, adoptando una postura indiferente y relajada en la hierba fresca; pero una que destacara sus cuerpos musculosos y compactos.
—Patético —murmuró Benny, poniendo los ojos en blanco y girándose de espaldas antes de apoyarse en la piedra del puente.
—Lo hacen solo por ti —le recordé en voz baja. A mí hacía mucho tiempo que ninguno de los *alfas* de Vallealto se me exhibía, solo se metían conmigo y me hablaban de Buyú—. Buenos días, chicos —los saludé mientras rebuscaba en la mochila—. Tengo un par de cartas para ti,

Capirco.
—Oh… ¿ya se ha extendido por la Reserva la noticia de que me he quedado soltero? —preguntó, apartando una mano de detrás de su cabeza para pasarla por su pelo revuelto y rizo entre sus grandes cuernos de cabra—. Estos *omegas* no pueden ni esperar una semana a que se me caiga del todo la barba…
—Pues no lo sé, pero algunas vienen de Presa de Arce, así que serán de tu hermana —respondí, alargando el brazo para ofrecérselas.
Benny soltó tal carcajada que se debió poder oír hasta en el otro lado del pueblo. Con una mueca de labios tensos, Capirco se levantó de la hierba y caminó hacia nosotros. Tomando las cartas de mi mano, fingió mirarlas con interés mientras, nada sutilmente, se dejaba caer al lado del *omega*-conejo.
—¿Y tú qué haces aquí, Benny-Buu? —preguntó.
—Llámame otra vez así y te doy una patada en la boca —respondió sin siquiera dignarse a mirarle.
—No decías lo mismo cuando te limpiaba —replicó él, dando un golpe con las cartas sobre su mano abierta.
Coballo y Troro, todavía tumbados en la hierba, apoyaron a su amigo con una baja carcajada.
—Oh, es verdad. No te lo conté, Lemér —me dijo Benny—. Capirco me persiguió durante toda la Fiesta de la Lana, de una forma patética y desesperada, solo para conseguir emborracharme tanto que aceptara dejarme limpiar. Fue una mierda, por supuesto, pero el alcohol ayudó bastante a que no me importara.
Mientras hablaba, fui asintiendo y soltando bajos «oh…» de interés, como si fuera la primera vez que oía aquello. Era evidente que apoyaría a Benny, porque ambos éramos soldados del mismo bando en esa guerra declarada entre *alfas* y *omegas*; pero por dentro no podía dejar de pensar que Benny estaba mintiendo tanto que podría ganar un premio.
Al *omega*-conejo le gustaba Capirco y se podía oler en el aire, porque desde que le había visto tumbado con el pecho al descubierto, el aroma a fresas y nata se había vuelto más intenso y dulce.
—Yo no lo recuerdo así —contratacó el *alfa*, mirando a sus amigos a los pies del puente de piedra—. Lo que recuerdo es que Benny-Buu aceptó bailar conmigo en la hoguera y que no habíamos dado dos pasos y ya me estaba agarrando de la polla. O lo intentaba —sonrió, mirando al *omega* de reojo—, porque no le daba la mano para agarrármela entera…
—Estaba tan borracho que me caía y no sabía dónde sostenerme —me explicó Benny.
Entrecerré levemente los ojos, un solo instante en el que le pasé un mensaje secreto que decía: «Uff… esa excusa es muy mala». A lo que Benny respondió con la mandíbula tensa y cierto terror en los ojos. «Lo sé, ¡sálvame! ¡SÁLVAME!»
Capirco tenía a Benny acorralado y él había cometido un error debido al pánico. La excusa de la borrachera era pasable hasta cierto punto, porque el hecho era que el *omega* había tocado polla como un cerdo y todos lo habían visto. No había forma de salvarle, solo ahorrarle la flagrante derrota con una retirada táctica a tiempo.
—Mira, viene un carro —dije, señalando al camino—. Quizá pueda llevarnos al Hogar.
Di un paso hacia la mitad del puente y levanté la mano, como si de un taxi se tratara. En lo alto del carro había un solo *alfa*-toro con la barba espesa y dos cuentas, se detuvo y nos dedicó una leve sonrisa, comprendiendo al momento la escena.
—¿Necesitáis huir a algún lado? —nos preguntó.
—No, solo ir al Hogar para entregar las cartas —respondí, subiéndome a su lado.

Benny me siguió deprisa, con la cabeza bien alta y los brazos cruzados sobre el pecho.
—¿Ya te vas Benny-Buu? —le preguntó Capirco, apoyando los codos en el borde del pasamanos del puente—. ¿No quieres que te limpie lo mucho que te has mojado por mi culpa?
Cada pregunta del *alfa*, regodeándose en su obvia victoria, era un puñal directo al ego de Benny, así que le di un leve codazo al conductor con olor a moras silvestres y le animé a retomar el camino lo antes posible.
—Ey… —insistió Capirco con una media sonrisa—, te iba a dejar toquetearme otra vez todo lo que quisieras.
Mientras lo decía, movió la cadera un par de veces, resaltando el grueso bulto que allí había. Los pantalones de cuero cumplían dos funciones en La Reserva: cubrir las piernas y ceñirse lo suficiente para que los *alfas* pudieran alardear de polla. En un lugar como Vallealto, repleto de bovinos, ecuestres y ovinos; esa segunda función era más importante y evidente que la primera.
Al traqueteo de las ruedas contra el camino de piedra, le acompañó la risa de los *alfas* hasta que se perdió en la distancia.
—¿Qué cojones te pasó ahí? —le pregunté entonces a Benny, inclinándome hacia delante para echarle una mirada al otro lado del enorme bovino.
—No lo sé —gruñó él—. Me puse nervioso.
—¿Nervioso? Más bien entraste en pánico —le corregí.
—¡No entré en pánico! —respondió, devolviéndome al fin una mirada de ojos grandes y enfadados—. ¡No me esperaba verle y no estaba preparado! ¡Ni siquiera había pensado en qué decirle!
—Pues te has lucido —murmuré, volviendo a mi posición sentada para negar con la cabeza—. Hubieras terminado antes aceptando su invitación a limpiarte.
—Oh, espera, ¿ahora el novi me va a dar lecciones *a mí* sobre cómo tratar a los *alfas*?
—La cagaste, Benny —respondí tranquilamente—. Si yo hubiera hecho algo así, ya me estarías dando todo un discurso sobre lo subnormal que soy.
—Porque eres un subnormal, Mentita.
—Sí, un subnormal con un enorme bovino esperándole al otro lado de esta villa —afirmé—. ¿Así que cuál de los dos va a tocar una gigantesca polla hoy y quién se va a volver empapado a la villa? Adivina…
—No… —iba a decir él, pero una risa grave y baja nos interrumpió.
Cuando nos giramos para mirar al *alfa*-toro entre nosotros, le vimos llevarse una mano a los labios y apretar los ojos, tratando de contener la risa.
—Perdonad —se disculpó—. Es muy gracioso oír a los *omegas* cuando ya estás emparejado. Lo siento, continuad, por favor.
Pero él ya había roto el *momentum* y ahora ninguno de los dos tenía ganas de hablar más. El *alfa* ya estaba emparejado y eso le había convertido en un agente neutral en la guerra, aunque estaba claro que sus dos cuentas y dos años de compromiso no habían sido suficientes para alejarse del campo de batalla.
Cuando alcanzamos el Hogar en mitad del pueblo, le dimos las gracias y nos bajamos sin mirar atrás. Los omegas que hacían labores artesanales en el interior del enorme hall se sorprendieron al vernos, alertados por las crías que correteaban de un lugar a otro y que gritaron emocionadas por la perspectiva de recibir alguna carta.
—Lemér —me llamó la seca y agria voz de Antila. Siempre se sentaba al fondo, entre las costureras, y siempre se acercaba dando fuertes golpes en el suelo con su bastón para mirar de arriba abajo; como si aún le doliera en el alma haber tenido que gastar tanta lana y cuero para

hacerme la ropa—. ¿Qué ha pasado esta semana?
—Fui de visita a Mar Bravo.
—¿Y qué cojones se te ha perdido a ti en Mar Bravo?
—Yo también te he echado de menos —respondí—. Capri quiere el registro de los almacenes.
La anciana omega me echó otra mirada de arriba abajo y, con una leve expresión de disgusto, se giró en busca del registro. Volvió diez minutos después y no esperó en la cola junto al resto, sino que tiró el libro de registros delante de mí en la mesa y dijo:
—No creo que haya muchos felinos en Mar Bravo, pero te vendría bien un par de remiendos en los pantalones. Alguien te los ha arañado demasiado.
Se me detuvo el corazón y la cola se me tensó por un momento. Benny, todavía a mi lado a la espera de que terminara con el trabajo, frunció el ceño y me miró.
—¿Qué felino? —quiso saber.
—Los gemelos —respondí en voz baja, apartando el libro del registro antes de apilar las cartas —. Los gemelos tienen garras.
—Esas no son marcas de can…
—Gracias, Antila —la interrumpí de sopetón, dedicándole una mirada seria—. Siempre es una delicia hablar contigo.
—Lo que digas —farfulló ella antes de darse la vuelta—. Dame los pantalones para que los remiende antes de marcharte. No voy a gastar cuero en otros pantalones de *omega* gigante.
Antila se dio la vuelta y se fue, dando los mismos golpes con su bastón hasta desparecer entre la muchedumbre que aguardaba su turno en la cola. Con una bocanada de aire, sonreí al siguiente y le saludé, yendo en busca de sus cartas.
Al terminar, aún podía notar la mirada de Benny atravesándome como un láser al rojo vivo. Aunque tuvo la delicadeza de esperar hasta el final y acompañarme de vuelta al exterior antes de preguntar:
—¿Desde cuando vas a ver a un felino de Presa de Arce, Mentita?
—Es solo un pasatiempo —murmuré sin darle la menor importancia.
—¿Quién es?
—¿Qué más da?
—¿Qué especie? —insistió.
—Un puma —me inventé, porque sabía que Benny no pararía hasta conseguir respuestas.
—¿Un puma? ¿Cuál?
—Mierda, Benny —exclamé—, te he dicho que no importa. ¿Puedes parar ya?
El *omega* me dedicó una última mirada por el borde de los ojos y giró el rostro al frente. Yo casi me había olvidado de mi discusión con Topa Má, recuperando el buen humor; no sería bueno volver a enfadarme de nuevo.
—Pasaré esto por alto porque te debo una —murmuró—, pero solo hay dos clases de felinos en Mil Lagos: los que viven en Presa de Arce, y los que solo quieren humillarte porque se creen el rey del mundo.
Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza.
—Estás obsesionado con ese tema.
—No estoy obsesionado, pero me pregunto por qué no se para de oír por El Pinar que Tigro huele a menta y miel y tiene barba…
—Ya fuimos una vez a ver a Tigro porque me estabas contando las mismas historias, ¿recuerdas?
—Sí, lo recuerdo —afirmó—, y por eso sigo defendiéndote, Mentita. Pero hay momentos en los que incluso el *omega* más hijo de puta y obstinado no podría continuar mintiendo sin motivo.

Abrí los labios y los cerré al segundo, prefiriendo no decir nada al respecto. Con la mochila al hombro y una mueca despreocupada, descendí el último tramo de la colina en dirección a las granjas. La mayoría de Bovinos trabajaba allí y Benny dejó de preocuparse por mi vida sentimental y empezó a a preocuparse por la suya propia. Con mucha dignidad, giró el rostro de lado a lado, barriendo el lugar, los campos y los establos en busca del gran premio.

—Está allí —señalé con la cabeza, hacia el otro lado de un campo de tomateras.

Tori estaba agachado, recolectando enormes berenjenas violáceas bajo el sol de medio día. Sus largos cuernos negros sobresalían por encima de las plantas, su piel chocolate resplandecía con sudor y su rostro masculino estaba cubierto por una fina capa de barba negra como el hollín.

Benny sonrió con malicia, elevando sus largos bigotes negros.

—Está en la mierda —murmuró.

—Sí, no tiene muy buen aspecto —reconocí, menos emocionado y alegre que él.

Tori seguía cayéndome bastante bien y, aunque normalmente no coincidiéramos mucho, también era muy buen amigo de Buyú. No me hacía especial ilusión verle pasarlo mal.

—Tiene Barba de Reserva —añadió Benny, más en bajo, acercándose a mi oído como si se tratara de algún secreto de *omegas*—. La puta de Zora no le deja marchar.

—Mmh… —murmuré—. Una Barba de Reserva no es solo cosa de uno…

Benny me dedicó una feroz mirada por el borde de los ojos y apretó los labios; aunque él sabía que yo tenía razón. La «Barba de Reserva» era la barba que le dejabas a un *alfa* solo para que no te lo quitaran, aunque no estuvieras dedicándole mucho tiempo o especial atención. Sonaba tan horrible y egoísta como era, sin embargo, un *alfa* no era un robot sin capacidad de elección: Tori podría negarse a limpiar a la *omega* y quitarse esa barba si quisiera.

Pero no quería. Lo cual era extraño, la verdad. Sentenciarse a sí mismo a una…

—Lemér… —jadeó una voz a mis espaldas antes de que unos enormes brazos me levantaran en el aire solo para apretarme contra un pecho robusto y abultado.

—Buyú —respondí con una leve sonrisa.

El *alfa*-buey se saltó todos los primeros pasos tras el reencuentro y fui directo a lo importante: girándome entre sus brazos, me agarró de la cadera para encajarla en su cintura y me metió la lengua todo lo profundo que pudo en la boca. Abrí los ojos con sorpresa y, por un instante, me quedé un tanto impactado. La lengua de un bovino era algo difícil de olvidar, pero la sensación de introducirte una enorme masa húmeda y caliente en la boca hasta casi ahogarte era siempre… sobrecogedora.

Solo tras un buen par de buenos lametones y de babearme todos los labios, el *alfa* se apartó y me miró a los ojos. No tenía tan buen aspecto como cuando me había marchado. Sus ojos estaban un poco más hundidos, su respiración era más pesada, su barba era un poco más quebradiza y su piel estaba más tirante y descolorida.

—Estás guapísimo —jadeó él, mirando mi rostro como si quisiera guardárselo para siempre en la memoria.

—Ojalá pudiera decir lo mismo de ti —respondí, apartando un mechón de pelo rizo de su frente.

El *alfa* se rio, pero se le notaba impaciente, ansioso y, ¿por qué no decirlo?, desesperado.

—Nos vemos, Benny —me despedí, dándole un golpe en el ancho hombro a Buyú para indicarle que nos fuéramos ya a su casa.

El *alfa*-buey no necesitó más. Sin soltarme de entre sus brazos, emprendió el trote ligero por el camino entre los cultivos. Sin embargo, hizo un giro brusco en la bifurcación y me llevó con él al granero.

—Mi casa está lejos. No voy a aguantar —fue su única explicación, cerrando la enorme puerta a

sus espaldas antes de empezar a desabrocharse el cinturón con unas manos torpes y nerviosas—. Joder… —gruñó, empezando a tirar del grueso cinto como si quisiera romperlo.
Llegado ese momento, tuve que intervenir. Me acerqué de nuevo a él, le obligué a mirarme, a besarme y, mientras mugía con la boca pegada a la mía, desabroché su cinturón y alcancé su polla. Entonces mugió más fuerte, llenando todo el establo de un sonido animal y profundo.
No lo cronometré, pero Buyú debió batir un nuevo récord personal al correrse en tan solo diez segundos. Mientras lo hacía, dejó de besarme y de mugir, colocando ambas manos en una pila de balas de heno y concentrándose en mantenerse en pie mientras soltaba lo que parecía medio litro de esperma taurino.
Cuando terminó, bajó la cabeza y me miró con unos ojos vidriosos y algo perdidos.
—Necesito que te quedes un par de días —jadeó con voz entrecortada—. Lo he pasado muy mal.
—Me quedaré lo que haga falta —sonreí, poniéndome de puntillas para alcanzar sus labios y darle un suave beso.
El *alfa*-buey cerró los ojos y se dejó llevar por mí, empezando a mugir muy por lo bajo, in crescendo, hasta que casi pude sentir su voz reverberando en mi propio cuerpo. Me tomó en brazos, me levantó del suelo y me apoyó contra las balas de heno. Sin mucho cuidado, tiró de mis pantalones y los bajó lo suficiente para dejar mi ano al descubierto. Entonces, con una mano me sostuvo en el aire contra la paja seca y, con la otra, me acarició entre las nalgas húmedas, introduciendo uno de sus grandes dedos en mi interior.
Gemí y cerré los ojos, perdiéndome por un momento en la sensación, aunque solo hasta que Buyú lo sacó y se separó lo suficiente de mí para poder chuparse los dedos empapados de líquido. El *alfa* fue el que puso los ojos en blanco y mugió con gran placer en esa ocasión. Impaciente, algo perdido en la excitación y casi desesperado, me alzó un poco más y guio la punta de su polla en dirección a mi ano.
—Lento, lento, lento… —tuve que jadear una y otra vez, apretándole el frondoso vello rubio que sobresalía por la abertura del jubón, tratando de recordarle que tuviera cuidado.
La polla de un bovino no era ninguna broma. Incluso para los *omegas*; capaces de lubricarnos y dilatar a un ritmo que los *betas* solo podían aspirar a soñar; aquello seguía siendo un reto. Al menos al principio, hasta que mi cuerpo recuperara el recuerdo de Buyú y se acostumbrara a sus veinticinco centímetros de grueso y robusto amor.
El *alfa* asintió varias veces, mirándome fijamente con sus ojos febriles y claros. Él decía que sí, pero su cadera no paraba de avanzar inclementemente hacia mi interior, abriéndose paso a marcha forzada, llenándome sin misericordia hasta el punto que creí que iba a estallar.
Apreté los dientes y terminé por darle un fuerte golpe en el pecho abultado.
—¡Buyú! —gruñí.
Él volvió a asentir, agitando sus grandes cuernos arriba y abajo, mirándome con su expresión tonta de labios entreabiertos. Entonces mugió y las manos le temblaron. No había llegado al final y ya se estaba corriendo de nuevo. Con solo media polla dentro, pude notar como la mayoría del semen caliente y abundante se escapaba del interior, deslizándose por mis nalgas, por el grueso tronco de su miembro hasta sus enormes pelotas y, de ahí, goteando sobre la paja seca del suelo.
Buyú soltó una profunda exhalación y se inclinó sobre mí, apoyando la frente en la columna de heno para recuperar la respiración.
—Lo siento, lo siento —dijo, tragando saliva para humedecerse la garganta seca—. Estoy muy mal.
Con los brazos alrededor de su cuello, miré al otro lado del granero y arqueé las cejas. Buyú no estaba bien, eso era verdad. Una semana era bastante tiempo para un bovino. Por otro lado, no

era la primera vez que el *alfa* se hacía el tonto para meterla más rápido, por mucho que le pidiera que fuera lento.
—No, ahora no la saques —le dije, apretándome a él para impedir que se alejara—. Ya me has hecho daño, al menos dame un buen orgasmo a cambio.
Buyú sonrió y, muy obediente esta vez, se acercó más y me apretó contra las balas de heno mientras hundía la cadera hasta llenarme por completo. Ahora que ya estaba dilatado, empapado y con el interior lleno de semen de bovino; la penetración fue un juego de niños. Lo que quedaba de la polla de Buyú, por muy gruesa que fuera en su base, entró hasta el final como si yo tuviera el tamaño perfecto para él.
Y, al igual que con su lengua en la boca, la sensación de tener al enorme bovino dentro fue sobrecogedora. Te hacía perder el aliento y preguntarte cómo podías sentirte tan lleno; cómo conseguirías volver a andar después; cómo podía ser que hubiera bovinos solteros con aquel tesoro entre las piernas.
—Te eché muchísimo de menos… —me susurró en el oído, empezando a mover suavemente la cadera—. ¿Tú me echaste de menos?
—Buff… sí. Joder, sí. Mucho… —respondí, clavándole los dedos en la espalda y los brazos—, pero no pares.
Aquello era en parte mentira y en parte verdad: no le había extrañado en el viaje, pero en ese momento, con él dentro y mugiéndome suavemente al oído, sí que le había echado bastante de menos. Lo que no echaba nada de menos, sin embargo, era quedarme a medias.
El *alfa* volvió a correrse de forma repentina y sin avisar, dando un último empujón que no me llegó para alcanzar el delicioso y dulce orgasmo. Empapado y frustrado, me quedé escuchando las fuertes respiraciones de Buyú y acariciando su amplia espalda sudada.
—Hueles tan bien y estás tan apretadito y caliente que…
—No —le interrumpí, levantando la mano para darle un par de leves palmadas en el pelo rizo entre sus cuernos—. Ya tienes la barba muy larga para comprarme con halagos.
El *alfa* chiscó la lengua y se apartó para poder mirarme a los ojos.
—Me has dejado una semana solo, matándome a pajas, Lemér. Perdona si tengo los cojones a punto de estallar y me corro antes de tiempo.
—Estás perdonado —asentí, deslizando una mano por su hombro hasta su rostro.
—La próxima vez te haré correrte como nunca —prometió.
—Oh… —puse morritos—. Di mejor a la tercera vez.
—No —insistió, alzando la cabeza con orgullo.
Dejé de acariciarle con la mano y lo hice con la cola, apretando la punta esponjosa contra su mejilla.
—Buyú…
—No —insistió.
Apreté más fuerte, obligándole a girar el rostro. El *alfa* sonrió un poco y resopló de esa forma taurina antes de volver a mirarme.
—Si no te saco la polla, contará como un solo polvo.
—Ah… —comprendí—. ¿Y vas a tenerme en este sucio granero toda la tarde?
—¿Por qué no? —murmuró, acercando sus labios a los míos.
—Porque me estoy clavando el heno en la espalda y en el culo —respondí antes de tirar de uno de los cordones que anudaban el pecho de su jubón medieval—. Y me gustas más cuando no llevas ropa.
El *alfa* me dio un beso y volvió a mirarme mientras sonreía.

—¿Y eso por qué? —arqueó una ceja.
—Porque me encanta tu cuerpo y así se te pega más mi olor —respondí, como sabía que a él tanto le gustaba.
Buyú mugió por lo bajo, desde lo profundo de su garganta. Un escalofrío le cruzó de abajo arriba, de los pies a la cabeza, y, agitando el cuerpo, volvió a resoplar con ese bufido animal.
—Casi me vuelvo a correr —murmuró.
Me reí, aunque no dudaba de que hubiera una posibilidad real de que algo así sucediera.
Con un elegante gesto, como si yo no pesara nada, me levantó lo suficiente para sacármela de dentro lentamente. La sensación consiguió arrancarme otro leve gemido de placer, pero la verdadera intención del *alfa* era no quitarla tan rápido como para que todo su esperma acumulado dentro de mí se cayera al suelo.
El tamaño del miembro bovino era un arma de doble filo en caso de querer embarazar a tu *omega*, así que siempre tenían cuidado de derramar la menor cantidad posible al sacarla. No era que Buyú tuviera la intención de preñarme —no de forma literal, al menos—, sino que era algo que formaba parte de su instinto; de su biología.
La evolución siempre encuentra su camino, y si te da una polla colosal que abre el culo de un *omega* como un bebedero de patos, también te hincha los cojones y te da una cantidad ingente de esperma con el que fecundarle, aunque más de la mitad se caiga fuera o termine lamido por el propio *alfa*.
Sin duda, Darwin estaría orgulloso.



Dos días tras mi llegada, Buyú volvió a la normalidad. Su piel recuperó el color, sus leves ojeras se esfumaron, su barba regresó a ser una mata tupida y espesa, su carácter mejoró y su cansancio acumulado y calambres nocturnos desaparecieron por completo.
Todo gracias al vaquero Lemér y lo bien que se le daban los Rodeos, amansando al toro bravo hasta dejarlo mugiendo como un ternero. Aunque quizá yo también estuviera de mejor humor e hiciera estúpidas metáforas como esa de las que luego me arrepintiera.
Eran divertidas cuando se las decía a Buyú tras el sexo, pero no tan graciosas cuando después el *alfa* le iba a preguntar a Tori para saber qué significaban.
—¿Qué es un «vaquero»? —le había dicho en mitad del desayuno del tercer día, con su brazo alrededor de mis hombros y una gran sonrisa en los labios aún húmedos de limpiarme aquella mañana—. Lemér no para de decir que es todo un vaquero de Rodeos.
Me quedé tan en blanco que terminé por atragantarme con una cucharada de avena con pasas.
Tori, al otro lado en la mesa, parpadeó, me miró con sus ojos hundidos y, finalmente, se empezó a reír. Ninguno de los demás *alfas* lo entendió, pero eso no lo hizo menos humillante.
—Buyú, eso es privado —gruñí en un seco susurro.
El bovino dejó de sonreír y puso una de sus muecas tontas de labios entreabiertos.
—Joder, lo siento… —se disculpó, pero ya era tarde.
—No —dijo Tori, alargando una mano en alto para tratar de no hacerme sentir mal, pero con la otra continuaba ocultándose la boca para que no le viera reírse—. No, es… muy sexy, de verdad.

—Da igual. Finjamos que no has oído nada —murmuré, bajando mi mirada al plato.
—¿Pero qué es? —quiso saber Capirco, al otro extremo de la mesa del Hogar—. Si un *omega* me lo dice, necesito saber lo que significa. ¿Es bueno o malo?
—Claro que es bueno —declaró Buyú, como si fuera obvio que yo solo le dijera cosas buenas.
—Pues no suena bueno —dijo Potren, metiendo cizaña al asunto, como tanto le gustaba hacer.
—«Vaquero» suena a que viene de «vaca» —añadió Bullo, quien llevaba una larga temporada de mal humor, como una enfermedad de la que no era capaz de recuperarse—. Si es así, solo se puede aplicar a los *alfas* bovinos como nosotros. No a cabras locas de polla corta.
—¿Polla corta? —saltó Capirco, levantándose del asiento para señalarse la entrepierna con ambas manos—. Creo que la falta de sexo te ha dejado ciego, amigo…
—No, no me ha dejado ciego, pero mis estándares no son tan ridículos como los tuyos —replicó Bullo, quien también se levantó para poyar un pie en banco y llevarse ambas manos al cinturón del pantalón. Tirando de él, tensó el cuero para desatacar de una forma un tanto sórdida el enorme bulto que sobresalía de allí—. Cuando tengas algo como esto, me hablas…
Capirco se rio, mirando al resto de *alfas* y señalando a Bullo como si fuera alguna clase de chiste.
—Los bovinos y su idea de que el tamaño lo es todo… —murmuró, negando con la cabeza.
En ese momento el debate pasó de ser una discusión entre dos *alfas* a una discusión entre especies. Buyú apartó su brazo de mis hombros para ponerse también de pie e imitar la postura de —irónicamente—, cowboy: manos en el cinturón, barbilla alta y enorme entrepierna abultada.
—El tamaño lo es todo, pequeñín —le aseguró con una sonrisa prepotente remarcada por espesa barba rubia—. Danos las gracias de que los *omegas* vengan aquí a buscarnos y tú puedas llevarte las sobras.
Bullo le dio entonces un par de golpes en el hombro a Tori, animándolo a participar en aquel debate tan extraño de primera hora de la mañana. El enorme *alfa*-toro me miró un momento, se encogió levemente de hombros como diciendo «tengo que hacerlo, lo siento», y se levantó. Con una expresión seria, apoyó la bota negra en el banco, abriéndose bien para que su enorme bulto también destacara sobre el pantalón de cuero.
De no haberme pasado dos días montando a Buyú sin descanso, juraría que en ese momento me estaría empapando entero. No entendía cómo los *alfas* no tenían esas discusiones con los *omegas* delante, porque no quedaría ni uno seco.
Y la cosa solo mejoraba por momentos.
Algunos *alfas* se sumaron a Capirco, creando el mismo frente unido que habían formado los bovinos. Aunque más pequeños y compactos, seguían teniendo grandes cuernos, grandes egos y grandes pollas.
—De nada sirve una buena herramienta si no sabes usarla —dijo uno de ellos.
—O si eres tan grande que solo puedes hacer dos posturas: arriba o abajo —añadió otro, mirándome un momento con las cejas arqueadas como si yo supiera de sobra lo cierto que era eso.
Y lo era. El cuerpo de Buyú me encantaba, pero eso no quería decir que no fuera incómodo y limitado. —A mí no me metas en esto —le respondí, sin embargo—. Yo ya he elegido.
Buyú sonrió más y me dedicó una mirada de aprobación.
—No molestes a mi *omega* —le dijo al *alfa*-cabra—, está cansado después de ordeñarme. ¿A ti en cuantas posturas te han estado ordeñando esta semana? Oh, espera, creo que en ninguna… —sonrió más.
—Sí, ya veo cómo os ordeñan… —murmuró Capirco, señalando con un gesto de la cabeza las

quebradizas barbas de Bullo y Tori.
Eso fue un golpe bajo, uno que rozó el límite de lo innecesario y que dejó un profundo silencio en la mesa. Algunos *alfas* solteros me miraron, incómodos por la situación y por el hecho de que yo lo hubiera escuchado. Así que, consciente de que había llegado mi momento, me levanté de la mesa.
—Bueno, me tengo que ir ya —declaré, subiéndome un momento al banco para poder alcanzar la mejilla de Buyú y darle un beso—. Volveré el viernes.
—Sí, bien… —farfulló el enorme bovino, todavía con las manos en el cinturón y la mirada puesta en los *alfas*-cabra; tan solo volviendo lo suficiente el rostro para recibir el beso y decirme —: Te quiero.
Aquello fue tan inesperado y fuera de lugar como lo que había dicho Capirco. De todas formas, reaccioné despreocupadamente y, dándole un último par de palmadas en la espalda, respondí:
—Más te vale.
Con la mochila al hombro y el último regalo de Buyú bajo el brazo, salí del Hogar y aspiré una buena bocanada de aire tibio y limpio de la mañana. El verano ya estaba casi a punto de empezar y el mundo parecía más brillante y prometedor que nunca. Las colinas eran verdes, el cielo era azul, el agua del río era clara y los árboles me aguardaban al otro lado del claro, altos e imponentes.
A veces me sorprendía haber tardado tanto por decidirme en quedarme en La Reserva.
Aquel lugar me hacía demasiado feliz.

TODO UN MISTERIO

Antes del Celo siempre había algunos movimientos omega entre las Comarcas en busca de nuevos alfas interesantes; y había uno bastante importante a principio de verano, en el último celo antes de las alfarias. No se trataba de un evento que tuviera algún nombre en especial ni nada así, aunque Benny lo llamaba «El Desfile de los Desesperados».

Aquella misma mañana, nada más volver a El Pinar, había visto a cinco nuevos *omegas* desayunando en una de las mesas bajo el Hogar, reunidos en una esquina y charlando bajo la atenta y nada acogedora mirada del resto.

—Lemér —me llamó Líbere, levantando la mano para indicarme que estaban sentados en una mesa diferente a la habitual: más cerca de los recién llegados—. Ven, corre, o se acabará la buena fruta. A estos *omegas* nuevos parece que sus *alfas* no les dan de comer…

Una risa se propagó por todo el grupo, llegando incluso a los grupos adyacentes. Todos los *omegas* del Pinar al fin reunidos en contra de un mismo enemigo: los *omegas* extranjeros.

Eché un vistazo de camino y vi que eran animanos de la cálida estepa, herbívoros en su mayoría, a excepción de un *omega*-león de melena alborotada y rubia. Al contrario que nosotros, ellos se vestían con ropa más ligera, ancha y corta.

—Vaya, no me esperaba a nadie de El Trigal —murmuré nada más sentarme—. Capri debe estar que no cabe en sí de alegría.

—Te voy a decir quién no está nada alegre —respondió uno de los diminutos hermanos Mus, apenas metro cuarenta de enormes bigotes, ojos oscuros, aroma a jengibre y cola rosada—. Nosotros, Lemér. Nosotros no estamos nada alegres.

—Nada nada alegres —le apoyó su hermana, que olía a limón.

—No van a quedarse en Raíces con vosotros —les aseguré—. Se quedarán en Maleza con el resto de me-da-miedito-separarme-del-suelo.

Arda y Monki se rieron.

—Sí, muy divertido —ironizó Kastor, dando un golpe seco al suelo con su enorme cola plana.

Entonces Líbere se inclinó sobre la mesa e informó en secreto:

—Están diciendo que quieren ir a dar un paseo por la Comarca y ver las villas.

—¡Lo sabía! —exclamó Goto, dando un golpe en la madera—. Vienen a por nuestros *alfas*.

—¿Y a qué cojones iban a venir si no? —pregunté, como si fuera obvio.

Entonces apareció Benny, pasando de largo frente a nosotros para plantarse justo delante de la mesa de recién llegados. Mirándolos de arriba abajo con una mueca de frío desprecio, escupió un gélido:

—Patético… —y después se fue sin más.

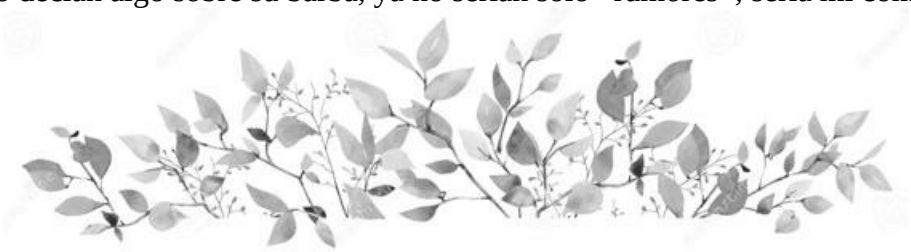
No pude reprimir un bufido de risa. Había sido tan absurdamente innecesario que hasta resultaba gracioso. Por otro lado, a los *omegas* del Trigal no les hizo tanta gracia como a mí e, incomodos, se levantaron y se fueron del comedor. Quince minutos después, me los volví a encontrar en el Hogar; o, más bien, ellos me encontraron a mí.

—¿Tú eres el cartero de Mil Lagos, verdad? —me preguntó el *omega*-león, forzando una amable

sonrisa de grandes colmillos—. Ántela nos habló de ti. Dijo que eras inconfundible, ahora entendemos por qué.
Echó una breve mirada al resto del grupo y ellos sonrieron, participando en la broma.
—Sí, soy yo —respondí sin dejar de seleccionar cartas y paquetes con los que llenar la mochila —. ¿Qué tal está Ántela? ¿Sigue creyendo que su mochila de cartero está embrujada?
—Emh… —el pequeño león se detuvo un momento antes de terminar asintiendo con resignación —. Sí, todavía piensa que alguien le roba las cartas y las deja de nuevo en el Hogar.
No era eso lo que decía la cartero de Prado Dorado, lo que decía ella era que «las cartas desaparecían mágicamente y a veces podía oír una voz que venía de la mochila».
—Aham —murmuré—. ¿Necesitáis algo, chicos? Tengo un poco de prisa.
—Sí —afirmó el *omega*-león, al parecer, cabecilla del quinteto—. Capri nos sugirió que quizá tú pudieras guiarnos de camino a las villas.
—Soy el cartero, no un guía turístico —declaré, cerrando la segunda bolsa de cartas acumuladas y mirando al grupo—, pero si me ayudáis a cargar todo esto, os llevaré hasta Presa de Arce.
Los *omegas* miraron el cargamento y, aun con muecas de fastidio o cejas arqueadas, aceptaron el trato. Cualquier otro *omega* del Pinar se hubiera negado, o les hubiera engañado para llevarles en otra dirección, o incluso hacerles perderse en el frondoso bosque al que ellos estaban tan poco habituados; pero yo era el cartero y tenía que ir a la villa de los *alfas*.
Con los fardos a la espalda, me acompañaron en silencio todo el camino hacia el linde del poblado, aguatando, una vez más, airados comentarios de los habitantes.
—Los *omegas* de Mil Lagos sois un poco desagradables —se atrevió a decirme una *omega*-cebra de larguísima melena blanca y negra.
—¿Sí? —pregunté, como si no me hubiera dado cuenta—. Pues yo creo que somos los más agradables de las Comarcas circundantes.
Y eso incluía Prado Dorado.
—Vamos, no podemos ir tan lentos —les animé, porque los *omegas* de la estepa estaban pasándolo un poco mal con el terreno irregular del bosque y yo tenía muchas cartas que entregar.
—¿Cómo decías que se llamaba la villa? —preguntó uno de ellos.
—Presa de Arce.
—¿Y…? —empezó el *omega*-león antes de pensárselo mejor y callarse.
—La mayoría son *alfas* felinos, úrsidos y cérvidos —respondí.
De espaldas a ellos, no pude mirarles, pero estaba seguro de que intercambiaron una mirada de sorpresa.
—Nunca he visto un úrsido, ¿cómo son? —se animó a decir el pequeño león.
—Ruidosos y grandes.
—¿Y lo cérvidos? —preguntó el *omega*-suricato.
—Relamidos —respondí, aunque terminé ladeando el rostro y añadiendo—: pero bastante atractivos.
Se oyó un bajo: «oh…» a mis espaldas y un leve intercambio de susurros. En momentos así me hubiera gustado tener el buen oído de Líbere o Benny para descubrir qué era lo que decían.
—¿Es la primera vez que subís a Mil Lagos? —pregunté.
—Sí, la primera —respondió el *omega*-león, apurando un poco el paso entre la maleza para colocarse a mi lado—. No es que nos guste movernos demasiado, claro, porque Prado Dorado tiene unos *alfas* increíbles. Seguro que has estado en el Festival de Primavera, en Vega de Miel…
—No, nunca —murmuré sin apartar la mirada del frente.

—¿Nunca? —preguntó el suricato con sorpresa—. Tienes que estar de broma, ¡es la mejor fiesta de La Reserva!
—Pues no he estado nunca. Quizá el año que viene me…
—Lo dudo mucho —nos interrumpió una voz grave y aterciopelada.
El corazón se me detuvo por un instante y, nada más volver el rostro, clavé la mirada en el *alfa*. Estábamos dando un rodeo bastante grande y absurdo solo para no atravesar su territorio y, aun así, ahí estaba él. Descansando como si nada en la rama baja de un árbol, al otro lado del riachuelo que marcaba el linde de su territorio, con las manos tras la cabeza, los ojos cerrados y un palo de regaliz entre los labios.
Se había colocado justo a favor de la brisa templada, así que no había podido olerle hasta que había sido demasiado tarde y todos los *omegas* extranjeros le habían visto allí: atractivo, enorme, relajado y con una larga y espesa barba atigrada.
—Tigro… —murmuré, incapaz de contener el leve enfado de mi voz.
El *salvaje* abrió tan solo uno de sus ojos de jade y oro y me miró.
—Hola, Lemér —sonrió, moviendo el palito de regaliz hacia un lado de los labios—. ¿Qué me has traído hoy?
Sin responder, fui hacia el *omega*-león, le quité el saco de la mano y se lo arrojé al *alfa salvaje*; quien lo atrapó al vuelo solo para dejarlo a un lado de la rama y sentarse. Mirándonos ahora con una divertida atención, se quitó la ramita de los labios y se inclinó hacia delante, apoyando el antebrazo en la rodilla.
—Estáis muy lejos de casa —les dijo a los *omegas* de Prado Dorado—. Un largo camino para ver a un *alfa* de verdad, ¿no? Pues aquí estoy —declaró, abriendo las manos y soltando un ridículo—: Ta-chaaannn.
Cuando los *omegas* ni reaccionaron, Tigro volvió a mirarme solo a mí y se encogió de hombros.
—Ver a un *alfa* tan sexy, fuerte y maravilloso como yo puede resultar muy chocante al principio —me aseguró—. Dales tiempo, en una hora se correrán de golpe al recordarme.
—Seguro que sí —murmuré, manteniendo su mirada con expresión seria—. ¿No se suponía que tenías mucho trabajo por hacer, Tigro?
—Siempre tengo trabajo que hacer, Lemér. Al parecer, ambos estamos muy ocupados últimamente —afirmó un segundo antes de cambiar de tema—. ¿Ahora también eres guía turístico además de cartero, o hay alguna razón por la que vayas tan bien acompañado? —y le guiñó un ojo al *omega*-león, el cual retrocedió un paso y se sonrojó por completo antes de producir un intenso aroma floral y dulce.
—Se acerca el celo de verano y está habiendo algunas migraciones —le expliqué—. Me he ofrecido a guiarles a Presa de Arce a cambio de que me ayuden a cargar con las cartas.
—Oh, el celo, sí. Es verdad —dijo, como si acabara de acordarse de ese pequeño y nada importante detalle—. Pues siento mucho deciros que este celo de verano no podréis pasarlo conmigo —les dijo a los *omegas*, poniendo una sexy mueca de tristeza y labios apretados—, pero siempre estoy abierto a regalos, halagos y mamadas. Así que, por favor, que nada os impida entrar en mi territorio y buscarme —y volvió a mirar al pequeño león.
—Si ya has terminado de hacer el gilipollas, nos gustaría continuar —le interrumpí.
—Ey… no hace falta ponerse así, Lemér. Habéis sido vosotros quienes han entrado en mi territorio.
—Tu territorio comienza pasado el riachuelo.
—No, que va. Es a partir del sendero.
—No, no lo es —insistí, entrecerrando los ojos—. El sendero es neutral, como todos los demás

caminos que atraviesan Mil Lagos.
—Este no. Este es el Camino Tigro, que lleva a Colina Tigro y pasa por Río Tigro —sonrió él—. Aunque entiendo que te cueste recordar cosas, Lemér, siempre has sido muy olvidadizo.
Y, por si había sido demasiado sutil al decir aquello, se llevó una mano a su espesa barba atigrada de menta y miel y empezó a rascársela.
—De hecho, yo nunca me olvido de nada —respondí—. Ese es el problema.
—Yo creo que sí —insistió él, acariciándose la barba desde los bigotes al mentón, donde tomó un mechón de pelo entre el dedo índice y pulgar, como cuando tenía la cuenta—. Déjame pensar, seguro que se me ocurre algo de lo que te hayas olvidado…
Entreabrí los labios y aspiré aire, dispuesto a entrar de cabeza en aquella discusión. Por suerte, aquel olor aflorado y dulce me recordó que no estábamos solos y que aquel no era el momento. Girándome en seco en dirección al resto del grupo, señalé una dirección y dije:
—Sigamos adelante. Si os interesa el Circo de Tigro, está aquí toda la semana, abierto veinticuatro horas al día y dando vergüenza ajena.
—Eso es cierto —afirmó el *salvaje* mientras se recostaba en la rama, apoyando un codo en la maleza y la cabeza en el puño—. Soy la mayor atracción de Mil Lagos, pero hay que ser así de *omega* para montarse —añadió, guiñando un ojo y levantando su mano libre para señalar una altura.
—No hagáis caso, con que tengáis boca, ya le vale —murmuré, guiando al resto por el sendero —. Y si estáis sordos, mejor, así os ahorráis tener que escucharle hablando de sí mismo todo el rato.
—¿Y por qué iban a querer hablar de otra cosa que no fuera yo? —se oyó la voz cada vez más distante entre las ramas—. Soy el mejor tema de conversación de La Reserva.
Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza.
Tigro me había puesto en un grave aprieto con su inesperada aparición. Ahora, si los *omegas* de Prado Dorado decían algo sobre su barba, ya no serían solo «rumores»; sería mi completo final.



El camino a Presa de Arce fue largo y silencioso. El grupo de *omegas* aún estaba incómodo por el encuentro, la abundante barba del *salvaje* y mi presencia allí; y yo no estaba de humor para inventarme excusas o fingir que aquello no era humillante.
«Humillante» según sus estándares y creencias, claro, porque yo sabía que, en el fondo, cualquiera de ellos hubiera matado por estar con un *alfa* como Tigro.
—Esto es Presa de Arce —anuncié al alcanzar el borde de la villa—. Dadme las cartas, las llevaré yo desde aquí.
—¿Pero y esto, Lemér? —nos asaltó una voz atronadora desde lo alto del Puente Norte—. ¿Desde cuándo tienes tantos amigos?
—Debe ser que ahora también reparte *omegas* por correo —le respondió otra voz igual de ruidosa antes de una atronadora carcajada que compitió con el rugido de la catarata.
—Son de Prado Dorado —les dije a los úrsidos, cargando los sacos por la escalinata y alejándome lo más rápido posible, antes de que la horda de *alfas* apareciera para rodear al grupo

como hienas hambrientas.
Para cuando terminé de entregar las cartas en el Hogar, ya les habían dado una visita guiada por toda la villa e invitado a un té en la tetería. Fue extraño poder cruzar de arriba abajo Presa de Arce sin que me asaltaran constantemente, pero, claro, yo no era una novedad llegada del sur. A mí ya me tenían muy visto.
Solo hubo un *alfa* que se tomara la molestia de esperarme a la salida del Hogar, curiosamente, uno que ya tenía barba.
—¿Tienes un momento, Lemér? —me preguntó Cervo, aguardándome al principio de las escaleras.
Como todos los cérvidos, el *alfa* parecía alguna clase de aristócrata o príncipe, y no lo decía solo por la cornamenta que sobresalía de su cabeza, sino por sus manos a la espalda, su postura recta y noble, su ropa limpia y arreglada, su barbilla levantada y su voz templada como el acero.
—Sí, claro —respondí, pasándome el asa de la mochila por el hombro de camino hacia él—. ¿Necesitas que envíe algo?
Cervo se hizo a un lado y, educadamente, me hizo un gesto para invitarme a bajar las escaleras con él. Sus marcas de celo eran más oscuras y su barba estaba más larga que la última vez, rodeándole de un delicioso aroma a batido de fresas con nata.
—No, quería hablar contigo de un tema más privado —me dijo—. Sobre Benny.
—Ah, entiendo —asentí. A una semanas del celo, Cervo estaba tomando medidas para conseguir que Benny volviera a elegirle a él de nuevo—. ¿De qué se trata?
—Estaba pensando en hacerle un regalo pero, aunque acepte todos los que le doy, todavía no he encontrado uno que parezca hacerle especial ilusión —me explicó de camino—. Sé que sois buenos amigos, o, al menos, que tú eres de los pocos *omegas* de los que no se queja constantemente. Así que quizá puedas darme un buen consejo.
—Mmh… —lo pensé—. A Benny le apasiona el bizcocho de calabaza con canela que hacéis en invierno.
Cervo arqueó ligeramente las cejas, la máxima expresión de sorpresa que un cérvido era capaz de mostrar.
—Pero eso es… común.
«Común» significaba que el *alfa* se esperaba tener que pedir una corona de oro y joyas a los orfebres de Dos Picos solo para contentar a Benny, lo cual, la verdad, tenía sentido.
—Tú dale el bizcocho y una jarra de té de melocotón —respondí—. Va a decir que es una mierda de regalo, pero no se marchará hasta terminarlo entero.
Cervo asintió con la cabeza y, deteniéndose en mitad del puente colgante, me dio las gracias antes de regresar a paso rápido en dirección a las cocinas de la villa. Yo seguí el camino, pasando por delante de la tetería para comprobar que los *omegas* seguían allí, rodeados de *alfas* que hacían lo imposible por demostrarles que Presa de Arce era la mejor villa de la Reserva.
No les interrumpí, sino que continué hacia las copas de los árboles y atravesé las casas entre las ramas en dirección suroeste. Tardé apenas veinte minutos en alcanzar el territorio de Tigro, menos de la quinta parte de tiempo que me había llevado llegar desde allí hasta la villa junto con los *omegas* de Prado Dorado.
Serían muy rápidos y ágiles en las grandes y llanas estepas, pero en el bosque eran unos completos inútiles.
No me detuve hasta poner un pie sobre el territorio interior del salvaje, momento en el que fui saltando de rama en rama en dirección a la casa entre los árboles. Entre las copas, una hamaca se mecía suavemente y, de ella, sobresalía una pierna y una cola atigrada. Trepé hasta lo más alto y

me quedé mirando a Tigro allí tumbado, completamente desnudo y empalmado, con los ojos cerrados, una ramita de regaliz entre los labios y un libro abierto sobre el pecho.
Tomé una respiración y me obligué a centrarme en lo que había ido a decirle.
—¿Se puede saber en qué cojones estabas pensando? —le pregunté.
—¿Ahora? —respondió sin si quiera abrir los ojos—. Pues estaba pensando en ese leoncito que te acompañaba. ¿No lo ves?
Y, solo por joder, bajó una mano y colocó el pulgar en la base de su miembro para tensarlo. Entonces lo dejó escapar como un resorte, produciendo un sonido de cachetada al golpear la parte baja de sus abdominales.
—Los *omega*-felinos son siempre divertidos, se revuelven un poco y te clavan las garritas cuando gimen…
Puse los ojos en blanco y me dejé caer de espaldas, sosteniéndome a la rama con la cola y quedándome boca abajo, como un Spiderman con bigotes. Alargando el brazo tomé el libro de su pecho y lo miré.
Era otra de las novelas del Tímido Omega.
—Me vas a buscar muchos problemas si ellos también empiezan a decir que tienes una enorme barba de menta y miel —le advertí.
—Porque *tengo* una enorme barba de menta y miel, Lemér —respondió.
—Por ahora —murmuré, dejando de nuevo el libro sobre su pecho antes de coger la ramita de regaliz de sus labios y echarle un vistazo—. Aunque me pregunto cómo tienes pensado quitártela si ni siquiera muerdes el regaliz.
El *alfa* entreabrió los ojos para mirar la ramita que le enseñaba, con la punta un poco húmeda de saliva, pero tan redondeada y perfecta como si la acabara de sacar de la caja.
—¿Me lo explicas? —añadí, moviendo el palito de lado a lado—. Es todo un misterio…
—Es la segunda que me tomo hoy. Esta la acabo de empezar —me dijo, levantando la mano para recuperarla; sin embargo, con un movimiento inesperado, me agarró del antebrazo y tiró de mí.
Mi reacción fue rápida, pero no lo suficiente para que el *alfa salvaje* no consiguiera llevarme con él a la hamaca y volcarse encima, cubriéndome por entero, encerrándome entre la tela tensa y su cuerpo desnudo.
—Hay otro misterio que me gustaría que resolvieras —me susurró en los labios, guiando mi mano por su cuerpo, desde el comienzo de sus pectorales cubiertos de vello atigrado, pasando por sus marcados abdominales hasta alcanzar su frondoso pubis—. Tengo esta enorme polla dura y no sé dónde meterla, ¿tú dónde querrías que lo hiciera?
—¿En una trituradora? —pregunté.
El *alfa* se quedó un segundo o dos en silencio antes de soltar un bufido y sonreír.
—¿Así es como llamas ahora a tu boca, Lemér?
—No pongo nombres a las partes de mi cuerpo, Tigro —respondí—. No soy tan patético como tú.
Un bajo ronroneo brotó de su garganta al mismo tiempo que deslizó su rostro conta el mío, frotando nuestros bigotes en una cálida y lenta caricia. Buscando mi oreja, tiró de mi pendiente entre los colmillos y después susurró:
—Todas las armas de leyenda tienen un nombre, Lemér… —y, suavemente, siguió guiando mi mano por entre su vello púbico hasta alcanzar la base gruesa de su miembro—. ¿Por qué no mi polla?
Algo le pasaba a Tigro. Algo quería de mí para ponerse tan… desesperadamente sexy.
Su cuerpo grande y cálido producía una chispa de electricidad estática cada vez que se rozaba

contra el mío; su voz era densa, profunda y tan prometedora que me hacía estremecerme con cada palabra; sus labios se movían cerca de mi oreja y mi cuello, pero sin llegar a rozarme, como si quisiera llenarme de frustrante tentación. Su mano seguía guiando la mía, frotando su pubis, sus abdominales, su pecho duro, solo para descender por el canal de vello atrigrado directo a su miembro.

Con respiración entrecortada, cerré los ojos y tragué saliva.

Fingir indiferencia era inútil, porque ya estaba tan empapado que el *alfa salvaje* podría haberlo olido de punta a punta de Mil Lagos; sin embargo, me obligué a mantener la cabeza fría y a controlar mi impulso por rodearle con los brazos, las piernas y la cola, y no soltarle hasta que me hiciera correrme gritando su nombre.

—¿Quieres un nombre para tu polla, Tigro? —pregunté en voz baja—. ¿Qué tal: «La única forma que tengo de distraer a Lemér cuando no quiero hablar de algo»?

El *alfa* volvió a bufar y sonreír, echando su aliento caliente en mi cuello. Acercando sus labios de vuelta a mi oreja, respondió:

—Lo peor no es que lo haga, lo peor es que siempre funciona…

Descendiendo por sus abdominales, guio mi mano de vuelta a su miembro, pero, esta vez, para obligarme a rodearlo y empezar a masturbarse. Entonces el alfa me agarró del pelo entre sus dedos de garras, abrió más los labios y empezó a jadear y ronronear en mi oreja como si no quisiera que me perdiera ni uno de sus gruñidos de placer.

—Desnúdate —ordenó en un jadeo, dejando de guiar mi mano sobre su polla antes de separarse lo suficiente para poder tirar de mi jubón de lana—, quiero ver a mi precioso *omega*.

—Tigro… —jadeé, aunque fue más bien un ruego susurrado.

Uno que el alfa salvaje no escuchó. Tirando del jubón, lo sacó de dentro del cinto de cuero y lo levantó hasta mi cuello, descubriendo gran parte de mis torso. Con sus ojos de jade y oro, brillantes, salvajes y enloquecidos, me miró de arriba abajo con placer.

—Oh, sí… —gruñó, sonriendo de una forma casi perversa, mostrando sus grandes colmillos de carnívoro al mismo tiempo que posaba su mano libre en mis pectorales.

Clavándome un poco las garras negras, fue deslizándose en dirección a mis abdominales, dejando una marca roja de arañazos sobre mi piel. Al alcanzar el cinturón, tiró de él con la misma brusquedad y lo bajó lo suficiente para ver el comienzo de mi pubis negro.

Con los ojos cercanos a la locura y la boca entreabierta y jadeante, recorrió todo el camino de vuelta a mi rostro; a mí mirada firme de soldado y mis mejillas coloradas de *omega* estúpido.

—Tú eres lo mejor de La Reserva —me dijo.

Yo iba a decir algo también, puede que: «Tigro, para. No he venido a esto y es el peor momento y lugar para hacerlo. Volvamos a hablar sobre eso de aparecer por sorpresa delante de *omegas*, y también de lo que has conseguido descubrir sobre las novelas eróticas, y, si sobra tiempo, podemos discutir por qué haya pasado ya media semana y tú todavía conserves esa barba tan larga».

Pero cada una de esas palabras murió en mis labios con un solo jadeo.

Para cuando quise darme cuenta, el *alfa salvaje* ya había tirado de mí, llevándome hacia su regazo y sentándome por encima de sus piernas. No pude volver a intentar hablar, porque ya me estaba besando de esa forma violenta, profunda y húmeda que tanto me gustaba. No pude resistirme, porque con una mano me apretaba contra su cuerpo desnudo y, con la otra, recorría el interior de mi pantalón, frotándome el canal entre las nalgas de una forma rápida y sórdida; haciéndome mojarme más y más, hasta el punto de estremecerme y soltar un chorro de líquido omegático.

Después de tres días cabalgando a un bovino, se suponía que no debería mojarme tantísimo, pero ahí estaba: temblando entre los brazos de Tigro, gimiendo contra sus labios y empapándome como si no hubiera follado desde la última vez que nos habíamos visto.
Con un rugido y un último mordisco, el alfa se separó de mí y apartó la mano de mis pantalones, solo para ver sus dedos viscosos y brillantes y su palma llena goteando por su muñeca, al igual que si hubiera metido la mano en un tarro de aceite. Entonces sacó la lengua bajo sus colmillo y la lamió, lentamente al principio, hasta que, como un completo adicto, terminó frotándose la palma por el rostro, manchándose los labios, los bigotes y la barba de menta y miel mientras ronroneaba y ponía los ojos en blanco.
Cuando volvió a mirarme, sus pupilas se habían dilatado tanto que sus iris eran apenas anillos verdosos al borde de dos pozos negros y perdidos. La electricidad que emitía su cuerpo se volvió un torrente de energía crepitante. Su respiración se hizo lenta y profunda.
Tigro había entrado en estado salvaje.
Pero, incluso inmerso en esa locura, se tomó el tiempo para sacarme de la hamaca con una rapidez que no parecía posible. Saltando más de cuatro metros en dirección a su cabaña, donde cerró la puerta y me tumbó en la cama. Solo había mantas y cojines allí, por todo el suelo, por todas partes.
Tigro se tiró sobre mí y nos hizo rodar un par de veces entre ellas. Entonces tiró de mis pantalones con un golpe seco que rompió la hebilla de mi cinturón y, abriéndome de piernas, se acercó para metérmela y comenzar ese arrollador movimiento de cadera incesante, furioso y violento que duró hasta que no pude más que apretar las mantas entre los puños, arquear la espalda y correrme como solo él me hacía correrme.
Sentí la explosión de placer por todo el cuerpo como si me hubieran arrollado con un camión y, después, la cálida sensación del semen de Tigro llenándome por dentro. El alfa me dio la vuelta como a un muñeco de trapo y, con las manos apretadas en la cadera y clavándome las garras, empezó a follarme de nuevo a cuatro patas. El resultado fue el mismo: una larga monotonía de golpes de cadera, jadeos, gemidos, dientes apretados, falta de aire y ojos en blanco hasta que, con una explosión y más líquido omegático deslizándose por mis muslos, alcancé el segundo orgasmo segundos antes de que el alfa se corriera también.
Para entonces, yo siempre estaba jadeante y perdido, inmerso en una extraña e intoxicante nube de placer. Hubiera sido más que suficiente si Tigro se hubiera detenido ahí, pero él nunca se detenía ahí. Dejando caer sobre mí su cuerpo caliente y empapado de sudor, me agarró del pelo y empezó a gruñir de nuevo mientras retomaba su frenético movimiento de cadera. El *alfa* no pararía hasta arrancar a mi cuerpo el último suspiro de placer del que fuera capaz.
Tardara lo que tardara, siempre lo conseguía.
Tras el tercer orgasmo, no creí que pudiera aguantarlo más. Simplemente, ya no podía más. Y fue entonces cuando el *alfa salvaje* se detuvo, llenándome de esa cálida sensación una última vez antes de quedarse inerte, demasiado concentrado en recuperar el aliento y las fuerzas.
Debió pasar un buen rato antes de que Tigro se levantara y descendiera pesadamente por mi cuerpo para hundir la cara entre mis nalgas y limpiarme. Al terminar, eructó, soltó un bajo: «joder…» y se dejó caer como un peso muerto a mi lado.
Ladeé la cabeza y miré su rostro sudado de boca empapada, barba pegajosa y ojos entrecerrados. Estaba bastante lleno y tenía esa pausada y corta respiración, como si ya no le cupiera en el cuerpo ni una bocanada entera de aire. Su aliento llegaba a mí en pequeñas ráfagas. Apestaba a menta y miel. Todo en él olía a menta y miel y me preguntaba si alguna vez podría deshacerse de ese aroma dulce y fresco; por mucho regaliz que tomara y mucho tiempo que pasara.

Moví una mano y acaricié su rostro, apartando un mechón de pelo naranja para sumarlo al resto de la melena atigrada. Tigro abrió un poco más los ojos y me miró. Sonrió.
—¿De qué decías que querías hablar? —preguntó en voz baja y pesada.
—De que vayas enseñando tu barba a cada *omega* que se acerque al territorio.
—Oh, sí —asintió, volviéndose cara al techo antes de acariciarse la barriga abultada. Tras un suspiro de felicidad, cerró los ojos y me dijo—: Ya te había olido acercarte al territorio, pero cuando fui a ver por qué tardabas tanto en entrar, detecté al resto de *omegas*. Me pareció extraño, así que os seguí durante un par de kilómetros por si necesitabas mi ayuda.
—No sé qué me sorprende más —murmuré, incorporándome lo suficiente para apoyar la mejilla en el puño—: que hayas sospechado que eran espías *beta* o que creyeras que iba a necesitar tu ayuda para defenderme.
—Eran cinco contra uno, Lemér —respondió—. Por muy bien entrenado que estés, sigue siendo una desventaja insalvable. Conmigo, seríamos dos contra cinco; y como yo cuento como unos… diez *alfas* normales. Ganaríamos de sobra.
—Aham… Así que al final te aburriste de esperar y decidiste complicarme la vida y enseñarles la barba.
—No —respondió, hasta que añadió un rápido—: bueno, sí. Pero porque les estabas haciendo preguntas estúpidas que no llevaban a ninguna parte. No les estabas sacando nada de información, Lemér, así que intervine para hacerlo yo.
—Claro. Mis preguntas eran una mierda, pero tú has recabado muchísimos datos pavoneándote delante de ellos, ofreciéndoles visitar tu territorio y ligando descaradamente con el pequeño león.
Tigro levantó la mano de la barriga abultada y alzó un solo dedo.
—Sí —tuvo el valor de responder—. Descubrí que al menos dos de ellos ya me conocían o habían oído hablar de mí. También que al suricato y a la cebra les ponías nerviosos, así que quizá también hayan oído hablar de ti o les haya informado los *betas* de tu presencia en Mil Lagos. El único que no esconde nada es el león, porque es demasiado obvio en sus reacciones.
—Qué casualidad que el único del que no sospechas es del que va a venir esta noche a comerte la polla.
Tigro soltó una repentina carcajada, pero se detuvo con una mueca de incomodidad antes de volver a acariciarse la barriga.
—No va a venir —me aseguró—. Tengo la barba demasiado larga.
—¿Y desde cuando eso es un problema? Eres un *salvaje*.
—Pues porque no te conocen, Lemér —murmuró—. Esta barba es algo bastante serio, incluso para los estándares *salvajes*. Creerán que ya vives conmigo, que lo de ser cartero es solo un hobby y que, a una semana del celo, más vale que no se acerquen a mí a no ser que quieran que les arranques la cabeza de una patada. Por eso se la enseño a todos —añadió de pronto, girándose hacia mí para abrazarme y volcarme entre las mantas—, los mantiene muy alejados del centro del territorio, y yo necesito tiempo y espacio para investigar.
Deslicé la cola alrededor de su cuello y acaricié su hombro con la punta, produciendo un leve escalofrío y una sonrisa en el *alfa*.
—Tienes que parar, Tigro —le advertí—. Si te ven las personas indicadas, hundirás por completo mi reputación en El Pinar, y yo necesito poder hablar con el resto de *omegas*. Ni te imaginas la de cosas que son capaces de percibir.
—Oh, lo sé perfectamente —dijo, entreabriendo los ojos para mirarme—. El *omega* más insufrible y perspicaz de La Reserva me puso una cuenta en la barba.
Giré el rostro hacia él solo para que pudiera verme poner los ojos en blanco y una mueca

aburrida.
—¿Cómo ya no puedes follarme, estás intentando distraerme con halagos vacíos? —pregunté.
—¿Quién dijo que no podría follarte?
No necesité responder, solo mover la mano hasta su barriga abultada y presionarla un poco. Tigro resopló y se alejó momentos antes de volver a eructar.
—Hace un poco de frío, ¿no? —dijo como si nada, tirando de una de las mantas que cubrían el suelo para taparnos con ella.
—Ya es verano. Hace de todo menos frío.
—Sí, una mantita estaría bien —, continuó, deslizándose sobre mí hasta sepultarme bajo el peso de su cuerpo caliente. Cuanto más sudaba yo, más olor a menta y miel se le pegaba a él.
—Mucho mejor… —ronroneó—. Veamos…, ¿de qué estábamos hablando? Ah, sí, de mí. El caso, Lemér, es que necesito poder investigar el código secreto *beta* sin que nadie me moleste y venga a curiosear a mi cabaña. Una barba tan larga es justo lo que necesito para ello. Sin embargo…
—¿No estabas comiendo regaliz? —le interrumpí—. Ya llevas dos palitos hoy, ¿no?
—Sí —mintió descaradamente—, pero mientras mascaba el primero, pensaba en esto: entiendo que el descubrimiento de mi barba pueda afectar a tu propia investigación en el Pinar; y eso no nos beneficia a ninguno de los dos. A no ser, claro, que lo enfoques de una forma diferente a la de ahora.
—Bueno, se viene… —murmuré, mirando al techo con una expresión aburrida y resignada—. ¿Qué gran plan se te ha ocurrido ahora, Tigro? Seguro que uno en el que, por alguna razón, tenga que venir aquí a comerte la polla y sacarte más barba.
El *alfa* se rio, haciéndome vibrar un poco bajo su peso.
—Lemér, yo ya no necesito engañarte para que vengas a verme y me comas la polla. Tu cuerpo sabe que soy el único *alfa* que puede hacerle feliz —me susurró al oído—. Pero, por desgracia —añadió, con un repentino suspiro y cambio de tono—, todavía tengo que convencerte para que me ayudes.
—«Convencer» es la palabra que usas para decir: «usar a alguien», Tigro —respondí antes de mover la pierna y quitarnos la manta de encima—. Y aparta eso, joder, hace mucho calor.
—Tienes razón, vayamos a darnos un baño, mejor —sugirió, levantándose pesadamente para tomarme en brazos y llevarme con él a la salida.
Mientras bajaba las escaleras hacia el piso inferior, cogió una de las cestas de cerezas que había colgada de la rama de un árbol y me la entregó. Eran rojas y brillantes, recién recolectadas y lavadas, demasiado tentadoras para negarme a probarlas. Cuando la primera estalló entre mis dientes, eché la cabeza atrás y gemí de placer. Tenían ese sabor que solo creías posible en los saborizantes químicos, cuando decían que era «cereza», pero después ninguna cereza de verdad sabía así.
Pues aquellas sí sabían así.
—Mi barba empezó siendo una herramienta —me dijo Tigro—, después pasó a ser un capricho, uno que solo tú podías darme, porque cuando probé esa barba de vainilla y caramelo de los gemelos, fue toda una decepción. Muy divertida de intentar conseguir, sin duda, pero nada ni remotamente parecido a la que tú me diste.
El *alfa salvaje* había empezado a construir un segundo cobertizo en el balcón de tablas que unían los dos árboles principales. Había levantado columnas de madera y había empezado con la techumbre, aunque era solo un proyecto muy en sus inicios. Allí era a donde había movido todos los muebles y la estufa que antes estaba en el interior de la cabaña; al igual que la bañera de latón

ya llena de agua, en la cual me dejó sumergido mientras se movía hacia el segundo cobertizo y me decía:
—Después, mi barba pasó a ser una necesidad: nos dio una excusa para viajar juntos a El Arrecife y un lugar donde colocar la cuenta. Ahora, podemos seguir aprovechándola para beneficiarnos mutuamente. —Tigro colocó agua a hervir en la hoguera y dejó la bolsa de café molido a un lado antes de ir en busca de una taza de cerámica—. Como verás, estoy investigando el código —dijo, abriendo una cortina de lana que cubría la pared del cobertizo, ahora repleta de anotaciones a carboncillo sobre la madera, como si se tratara del tablón de un detective uniendo pistas con chinchetas y cordeles—. Creo que he hecho varios avances que te comentaré después, pero lo importante en este momento es que yo necesito privacidad y tú necesitas mi protección.
Le dediqué una mirada cortante y seria, aunque con mi boca repleta de cerezas y mis mejillas hinchadas, temía no haber conseguido la imagen que deseaba dar.
—Si tuvieras un rifle, Lemér, estoy seguro de que serías intocable —me dijo con una mano en alto, como si me pidiera que me calmara—, pero no sabemos cuantos *omegas* tan bien entrenados como tú puede haber por aquí, y los *betas* tienen a sus propios *alfas*. Yo puedo protegerte de ambos, y ahí entra la barba —se la señaló—. Si todos saben que la tengo, se lo pensarán dos veces antes de hacerte daño.
Tardé un momento en tragar todas las cerezas y escupir los huesos a un lado, todo ello sin dejar de mirar fijamente al *salvaje*.
—Estás tan lleno de mierda que podrías abonar todo Vallealto, Tigro.
El alfa no se lo tomó mal, de hecho, se llevó una mano de garras negras al pecho y agachó la cabeza.
—Gracias, siempre me he sentido muy orgulloso de mi mente retorcida.
Dicho eso, se volvió en dirección al caldero de agua sobre el fuego. Vertió el contenido caliente en una tetera y la llenó con tres cucharadas de café. El aroma llegó a mí con más fuerza a cada paso que daba en mi dirección, trayéndome recuerdos de un pasado que ya quedaba muy, muy lejos de mí.
Tigro dejó la tetera sobre el suelo y la taza a un lado, después, me empujó para poder meterse a mis espaldas en la bañera, subiendo el nivel del agua hasta que esta se desbordó por los lados.
—Lo que puedas descubrir en El Pinar es importante —susurró en mi oído mientras me abrazaba —, y perderlo sería una putada. Pero ahora yo tengo una barba tan larga que los *omegas* no van a atreverse a criticarte. Sí, sabrán que habrás usado profundas y malvadas Artes Oscuras conmigo para mantenerme hechizado. «Artes Oscuras» es como llamo a tus mamadas, por cierto —aclaró —. Pero, si lo enfocas como un premio y no una humillación, lo único que pensarán es que has conseguido hacerte con el maravilloso, enorme y terriblemente sexy Tigro, el *salvaje*.
Al final de todo aquel discurso tan bien hilado y expuesto, coronó el momento llenando una taza de café que me ofreció junto a un beso en el cuello. Me había dado un sexo increíble, una comida maravillosa y me había preparado mi bebida favorita en el mundo.
Tigro estaba decidido a convencerme de aquello. La pregunta era: ¿por qué? ¿Qué era lo que realmente estaba consiguiendo sacando nuestra relación a la luz?
Entonces, una idea un tanto contradictoria se formó en mi mente: quizá yo no fuera el que necesitara protección, sino Tigro. Él creía que los *betas* todavía le buscaban; que los *omegas* le mantenían controlado y le espiaban; que, en algún momento, alguien volvería a vengarse de él.
Y, quizá, se lo pensaran dos veces antes si sabían que el *alfa* tenía a un guardián *omega* con entrenamiento de asesino de élite.
—Me lo pensaré —murmuré antes de soplar el humo que brotaba del oscuro café.

—Bien —sonrió el *alfa*, recostándose sobre el borde de la bañera y empezando a acariciarme con su cola en el muslo—. Tendrás que dormir conmigo y darme todo el sexo que quiera, claro —añadió, encogiéndose de hombros—, después de todo, me voy a quedar sin más *omegas* hasta que solucionemos el problema *beta*.
—No te pases de listo, Tigro —le advertí, apretando un poco más fuerte mi cola alrededor de su cuello—. Solo te estoy haciendo un gran favor, no sacrificando todo mi futuro para que tú resuelvas un misterio como si fueras el Detective Zorro y yo el amante *omega* de turno.
—Yo soy mucho mejor que el Detective Zorro, yo soy Panter, el insaciable *salvaje* que te hace gemir hasta quedarte afónico —me corrigió, acariciándome la espalda con la punta de sus garras.
—Pues yo no soy tu Tímido Omega —le dejé bien claro.
—No, claro que no —sonrió—. Tú eres mi Listo Omega, ese que nunca ves llegar hasta que es tarde… Menos yo, claro —añadió, rompiendo por completo la tensión del momento—. Yo te veo llegar a leguas: tanto literal como figuradamente. Más literal que figurada, de hecho, porque tienes la manía de anunciar cuándo vas a correrte, lo cual, le quita un poco de gracia, ¿no crees? ¿Dónde está la sorpresa, Lemér, la emoción? Siempre me arruinas el final cuando gimoteas: «Tigro… Tigro… me corro. No pares…»
Con una profunda bocanada de aire, me recosté sobre su cuerpo y le cubrí la boca con mi cola para que se callara.
—Eres insoportable —murmuré.

TRESCIENTOS CINCUENTA OMEGAS

Tigro me preparó otro café, esta vez con leche, miel y vainilla, y me explicó los descubrimientos que había hecho con el código beta escondido en las novelas eróticas. Caminando de lado a lado de la pared de madera pintada, todavía desnudo tras el baño, fue señalando partes y diciendo:

—La saga del Tímido Omega tiene cinco novelas publicadas, además de la que nosotros hemos encontrado y robado en El Arrecife. La mía es la cuarta: *El Tímido Omega y el Alfa Salvaje*.

Señaló un círculo al final del cobertizo, donde tenía el nombre del libro escrito y flechas señalando frases como: «saben dónde estoy y conocen mi territorio», «referencias al agua para señalar el lugar», «¿número de orgasmos pueden ser fechas u horas?».

—La quinta y última historia publicada, *El Tímido Omega y la Fiesta del Venado*, trata sobre la celebración de una villa a la que el *omega* va en verano. Allí conoce a…

—Conozco la historia, Tigro —le interrumpí—. Hemos leído un par de pasajes juntos.

El *alfa* puso una media sonrisa y arqueó las cejas.

—Oh, sí… pero como te follaba mientras, no sabía si estabas muy atento a la lectura —declaró, empezando a ponerse un poco duro al recordarlo.

—No, lo recuerdo bien —murmuré, dándole un sorbo a mi *vanilla latte*, asquerosamente mejor que cualquiera que hubiera probado en el mundo *beta*.

—¿Seguro? —insistió, cruzándose de brazos y alzando la barbilla—. Porque te faltaba mucho el aire y no parabas de gemir y gemir…

—Tigro, céntrate —le interrumpí, señalando la pizarra—. ¿Qué pasa con esa novela?

Al *alfa* le costó un momento, pero agitó la cabeza, se olvidó de su polla ya dura y se obligó a centrarse. A mí me costó un poco más dejar de echar rápidos y discretos vistazos a su entrepierna a cada ocasión en la que creía que Tigro no se daría cuenta.

—El caso es que en esa novela el Tímido Omega no tiene un solo amante, sino varios. Cuatro, para ser exactos: Molu, el *alfa*-toro; Orsu, el *alfa*-oso; Makao, el *alfa*-gorila; y Jabu, el *alfa*-jabalí. ¿A qué te suena eso?

—Me suena a que al Tímido Omega le gustan las pollas grandes.

Tigro entrecerró los ojos y esperó unos segundos antes de preguntar:

—¿Es una broma o realmente crees que puede significar algo?

—Claro, puede que el tamaño de sus pollas sea una clave escondida para marcar las coordenadas de ataque —respondí.

El *alfa* se volvió hacia su pizarra de detective y se llevó una mano al rostro para acariciarse la barba de forma pensativa.

—Pues no he anotado cuánto les mide… —murmuró, yendo ya en busca del libro repleto de marcas y hojas sueltas.

Llegado ese punto, no pude contener más la risa.

—Por Dios, Tigro… —dije, negando con la cabeza—. Eso es imposible. Estamos demasiado al noroeste del planeta, las coordenadas serían de al menos diez dígitos. No creo ni que a Molu, el

alfa-toro, le mida ciento y pico centímetros…
El *alfa* bajó el libro y me miró con expresión muy seria.
—Qué bien que elijas justo este momento y este tema para hacer bromas, Lemér —me dijo con tono cortante—. Quizá debería volver a ponerme la cuenta en la barba, así te lo tomarías todo a pecho y harías un mundo de un grano de arena.
—Mmh… —murmuré, bajando la mirada a la taza de café antes de darle un par de vueltas—. ¿Qué pasa, Tigro? Cuándo soy yo el que bromea y tú el que intenta hablar de un tema serio… ¿te enfadas? —y bebí un trago, mirando al *alfa* por el borde superior de los ojos.
—Si no vas a ayudarme, puedes volver ya con esos *alfas* de polla-corta con los que pierdes el tiempo —declaró, arrojando el libro sobre la pila de novelas.
—Oh… —vocalicé con los ojos en blanco y la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás—. Claro… ¿Sabes por qué no te tomo en serio, Tigro? —terminé preguntándole—. Porque tienes una pizarra llena de gilipolleces sin sentido y cero perspectiva de la situación.
El *alfa salvaje* estalló en una ruidosa y fingida carcajada.
—¿Qué *yo* tengo cero perspectiva de la situación, Lemér? —sonrió mucho, mostrando sus colmillos y abriendo sus ojos casi hasta el máximo.
—Sí —afirmé sin ninguna duda—. Sigues creyendo que los *betas* han creado un código súper complejo y abstracto, escondiendo información en cada pequeño detalle; pero no es verdad.
Me levanté del taburete y me acerqué a él, tomando el carboncillo de su mano para empezar a tachar secciones enteras de la pared.
—Ni el número de orgasmos del Tímido Omega significan nada, ni el número de veces que jadea es un código morse, ni hay ningún mensaje simbólico oculto en las posiciones sexuales, ni… —me detuve un momento solo para volver a poner los ojos en blanco y resoplar—, ni las mamadas son alguna clase de código binario.
Dicho eso, tiré el carboncillo a un lado y me limpié los dedos manchados contra el muslo.
—Estás dándole demasiadas vueltas —le miré—. Sigues pensando que todos los *omegas* que han enviado aquí para ser espías, tienen los suficientes conocimientos y preparación para descifrar mensajes crípticos.
—¿Y por qué no iban a tenerlos? —replicó él—. Son militares, como tú y yo. Quizá puede que incluso les hayan entrenado desde pequeños solo para poder adentrarse en La Reserva y seguir órdenes.
Negué con la cabeza.
—Te falta perspectiva, Tigro —insistí—: La Reserva es un lugar enorme y aislado, sin electricidad ni ninguna clase de tecnología más allá de la que llega desde el Naufragio Beta. Para hacer lo que tú dices, no solo tendrías que entrenar a *omegas* específicamente para interceptar mensajes y descifrar códigos, sino que tendrías que tener los suficientes para cubrir 68 millones de hectáreas. No *hay* tal cantidad de *omegas*. Es imposible.
—No es imposible —se negó, cruzándose de brazos—. Sería un *omega* por villa, quizá dos o tres en las Comarcas más importantes, eso daría unos… trescientos cincuenta *omegas* bien entrenados, redondeando a la alta.
—Trescientos cincuenta *omegas* —repetí, asintiendo un par de veces—. Trescientos cincuenta *omegas* en los que has invertido muchísimo tiempo y dinero solo para dejar tirados en La Reserva en caso de necesitarlos.
—Trescientos cincuenta *omegas* preparados para espiarnos y sabotearnos en cualquier momento —me corrigió.
—Aha… —volví a asentir—. Porque La Reserva tiene tantísimo valor y el ejército nos tiene

tanto miedo que está dispuesto a financiar la búsqueda y entrenamiento de casi cuatrocientos *omegas* que no van a conseguir absolutamente nada.
—Los *betas* están invirtiendo mucho tiempo y dinero en escribir novelas de mierda y colarlas en La Reserva, así que no lo digas como si fuera una locura. Tienen espías por algo —y, levantando una mano para poder colocar un dedo en mi pecho, añadió—: A ti te han enviado aquí por algo.
Llegado ese punto, solo pude coger aire y volverme al taburete para terminarme el café.
—Te explicaré cómo veo yo las cosas, Tigro —le dije—, y después te dejaré aquí contando las veces que al Tímido Omega le hacen unos dedos, no vaya a ser que sea parte de otro código morse.
»Los *betas* simplemente quieren vigilarnos. Lo hacen siempre, en todos los países, es parte del sistema de inteligencia del ejército. Eso no significa que quieran invadirlos, o destruirlos, o intervenir; significa que siempre quieren saber lo que ocurre para no llevarse nunca una sorpresa. Nosotros no tenemos armas nucleares, ni somos aliados de naciones peligrosas, ni tenemos un sistema económico importante… de hecho, ni se podría decir que tenemos Gobierno.
Para los *betas*, no hay ninguna diferencia entre nosotros y una tribu perdida en mitad del Amazonas. Y no, Tigro, no creo ni que por un instante los *betas* nos consideren una amenaza real. Por mucho que corras, por muy fiero que seas y por muy afiladas que tengas las garras… todavía no eres inmune a una bala en la cabeza. Y ellos tienen muuuuchas balas, Tigro; y bombas; y agentes químicos; y tanques; y aviones.
Pero, entonces, ¿por qué tomarse la molestia de enviar soldados y ocultar mensajes en libros eróticos? Porque, como te llevo repitiendo desde el principio, han encontrado algo. Alguno de los *omegas* espías ha descubierto algo valioso en alguna parte. Algo que los *betas* quieren.
Entonces es cuando han empezado a tomar medidas y a intervenir de verdad.
No se han preparado para esto. No llevan siglos entrenando *omegas* especializados y perdiendo dinero y esfuerzo con nosotros. Posiblemente hayan enviado a varios soldados bien entrenados a La Reserva, como me han enviado a mí, pero ni de broma les han hecho aprenderse un jodido manual de códigos que poder descifrar en las novelas guarras del Tímido Omega. Les habrán dado claves simples: mensajes obvios, rápidos y fáciles de interpretar.
Piensa en tu libro: *El Tímido Omega y el Alfa Salvaje*. ¿Han escondido coordenadas, o escrito palabras en morse o binario? No, claro que no. Han dicho: es un *alfa salvaje*, es un felino, tiene un territorio, hay muchas referencias a la humedad, a reunirse en un «lugar especial»…
—No puede ser tan simple —me interrumpió Tigro, todavía de brazos cruzados frente a la pared pintarrajeada del cobertizo—. Si fuera así, es una mierda de código y no dice nada concreto. Por muy famoso que yo sea, no soy el único *salvaje* felino de La Reserva. Podría dar pie a confusiones.
—¡No tiene que decir nada concreto! —repliqué—. Las novelas son solo la forma más viable de propagación, no el mecanismo perfecto. Los *omegas* de las comarcas circundantes, te conocen, ellos son los que vendrán aquí y encontrarán el bunker. Quizá uno de ellos sí tenga muchas más información que dar al resto. Quizá la última novela, *El Tímido Omega y la Fiesta del Venado*, se refiera a una celebración de alguna de las villas, como el Festival de Primavera de Vega de Miel, y los *alfas* no sean *alfas* sino nombres en clave de los *omegas* que deben ir allí.
—De nuevo, lo estás reduciendo todo a que el código se limita a esta sección en concreto de La Reserva.
—¿Y por qué no? —me encogí de hombros—. Quizá en otras partes tengan sus propias novelas eróticas o sus propios sistemas de comunicación.
Tigro soltó un prolongado murmullo y se llevó una mano a la barba para juguetear con el

mechón donde antaño había estado su cuenta.
—Las novelas son solo la primera parte, después, algún espía mejor preparado informa a los demás de lo que hay que hacer —resumió, paladeando aquella deducción a la que había llegado —. Podría ser… pero, entonces, ¿por qué llamar solo a unos *omegas* en concreto y no a todos los espías de la región?
—Esos cuatro podrían ser todos los espías de la región —le aseguré—. O quizá solo los que tengan los conocimientos que se requieren para la misión.
—¿Y qué conocimientos serían eses?
—Especialistas en informática, en evaluación del terreno, en armamento, en comunicaciones… —fui enumerando—. Cualquier campo que fuera útil y necesario.
—¿Y un artificiero? —preguntó, volviéndose en dirección a la pared.
—¿Qué? —parpadeé antes de fruncir el ceño—. ¿Crees que han enviado a un experto en explosivos a La Reserva?
—En *La Fiesta del Venado*, el Tímido Omega no para de describir los orgasmos de Makao, el *alfa*-gorila, como «explosiones de placer». Lo hace un par de veces, y solo con él.
Eso era… preocupante.
—Una bomba me parecería un movimiento un tanto radical —murmuré.
—Pero podría conseguirse —insistió él, tomando el carboncillo del suelo para escribir en lo alto de la pared: BOMBA.
—Sí… supongo que sí —reconocí—. Pero un artefacto explosivo improvisado es muy peligroso. Podría estallar en cualquier momento y por cualquier razón.
—Los *betas* han conseguido colar armamento no seriado en el búnker, Lemér —me recordó—. No creo que fuera difícil meter también un par de bombas de control remoto.
La idea se volvía más y más escalofriante por momentos.
—Una bomba siempre deja rastros, marcas…
—Que nosotros no tenemos la tecnología para investigar —me interrumpió.
—Incluso los animanos nacidos en La Reserva saben que una explosión no es algo normal —aclaré—. No son tan tontos y, además, están los *omegas*.
Fue Tigro el que frunció el ceño y me miró con curiosidad en ese momento.
—¿Los *omegas*?
—Los *omegas* —asentí—. ¿Por qué crees que tienen que idear métodos tan absurdos para comunicarse y andar con tanto cuidado? Aquí hay *omegas* por todas partes, Tigro. Es como tener la Comarca plagada de cámaras, micrófonos y escuchas.
Al *salvaje* se le escapó un bufido de risa.
—Sois muy listos cuando queréis, pero…
—No —le interrumpí—. No lo entiendes. Los lepóridos pueden oír un alfiler cayendo a un kilómetro de distancia. Los múridos podrían encontrar un puto dedal escondido en cualquier parte de la Comarca. Hay especies con visión nocturna, especies que se pasan el día en lo alto de las copas de los árboles, capaces de ver el más mínimo cambio en el cielo. Y, aún por encima de eso, no tienen otra cosa que hacer que saciar su infinita curiosidad, quejarse y perder el tiempo.
Tigro unió los hilos muy rápido, llegando a la conclusión más obvia.
—Por eso usaron mi territorio, porque aquí no entran nunca a curiosear.
—Exacto —sonreí.
—Entonces, la bomba está escondida aquí —me miró.
—Emh… —ahí dudé un momento—. Podría ser, aunque hay más territorios de *salvajes* que el tuyo y sería peligroso después de que hubieras quemado el búnker. Ya saben que les has

descubierto y que podrías estar atento.
Tigro ahogó un gruñido denso y profundo, terminando por tirar de la manta y tapar de nuevo la pared del cobertizo.
—Puede que hayan ido a esconder las bombas en el territorio de Jabail, no es como si él fuera a decir nada al respecto —murmuró.
No entendí el doble sentido hasta que me miró y arqueó las cejas, entonces, me reí y asentí.
—Iré a investigar —le dije, dejando la taza vacía a un lado del suelo—, de todas formas, he de llevarle sus cartas.
Pero antes de que pudiera moverme, Tigro me rodeó con los brazos y me levantó un par de centímetros del suelo.
—Espera, quiero que le envíes una de mi parte —me dijo a la altura del cuello—. Dice así: «querido pedazo de mierda, como toques a mi *omega*, te mato. xoxo, tu vecino Tigro».
—Hay una gran mentira en esa carta —respondí—. Adivina cual.
—Tienes razón —susurró en mi oído antes de mordisquearme el lóbulo—. No somos vecinos de verdad.
—No, no era esa —murmuré, pero el *alfa* ya me estaba dando la vuelta entre los brazos para ponerme a horcajadas sobre su cadera y mirarme a los ojos.
—¿No? —preguntó momentos antes de besarme de esa forma en la que solo él me besaba—. Espera, lo discutimos mejor en la cabaña.
—No, no, no —me negué, dándole un par de toques en la espalda mientras avanzaba, ya de camino a las escaleras—. Aún tengo que ir a Puerto Bruma y preparar los envíos de Vega de Piedra. No puedo quedarme más tiempo.
—Aham… sí, lo entiendo —dijo Tigro, pero no se detuvo, ni dejó de mordisquearme el cuello, ni de agarrarme con fuerza las nalgas.
Cuando me tumbó entre las almohadas y mantas y se arrodilló delante, fingió rascarse la cabeza solo para sacar brazo y exhibirse. Una mano en el pelo revuelto y la otra recorriendo sus abdominales y su abultado pecho de vello blanco.
—Es una pena que tengas que irte tan pronto —murmuró, inclinando la cadera para frotar su polla dura contra mis muslos antes de dejarse, accidentalmente, caer sobre mí—. Tengo muchísimas ganas de follar, un cajón entero de fruta recién recogida, cinco paquetes de café molido y una maravillosa hamaca donde disfrutar del aire fresco del atardecer. Pero, ey… entiendo que tengas que irte.
Resoplé.
—Eso no va a funcionar —le aseguré.
—Por supuesto que no, eres demasiado listo —murmuró con sus labios pegados a los míos antes de suspirar—: Bueno… tendré que tocarme yo solo, entonces.
Y eso hizo, justo sobre mí, moviendo la mano de arriba abajo de su miembro mientras jadeaba y gruñía en mi rostro.
—Buff… la tengo durísima —resopló, casi como una queja.
Negué con la cabeza.
—Eres un hijo de puta —respondí.
Con los muslos empapados, le di la vuelta y me monté sobre él. Tigro sonrió de oreja a oreja y se llevó ambas manos tras la cabeza.
—Oh, sí. Hazme tu *alfa*… —susurró.



Perdí todo el día con Tigro y, lo peor, también la noche.
Nada más despertarme a su lado, nadando en el mar de mantas y cojines que era ahora su cabaña, con el pelo revuelto, la cola enredada alrededor de su cuerpo y el enorme *alfa* roncando ligeramente a mi lado; me sentí estúpido.
El *salvaje* había hilado una sucesión de acontecimientos que me habían dejado demasiado entumecido y sugestionable: sexo, comida, una siesta en la hamaca, más sexo, más comida y muy pocas ganas de moverme después, así que me había quedado allí dormido.
—Lemér… —gruñó a mi lado, tirando de mí para pegarme a su cuerpo cálido y de fuerte olor a menta y miel.
—No, no, no —me negué en rápida sucesión, escapando de allí lo más rápido posible—. Vas a volver a liarme y tengo muchísimas cosas que hacer.
El *alfa* se incorporó un poco, lo suficiente para apoyar la mejilla en el puño y mirarme vestirme a toda prisa con sus ojos adormilados.
—Estoy cachondo… —murmuró, arrastrando su cola de tigre por encima de las mantas.
—Tú siempre estás cachondo —respondí, terminando de ponerme los pantalones de cuero a tirones.
El *salvaje* bostezo, erizando los bigotes, mostrando sus enormes colmillos y su lengua rosada. Entonces empezó a estirarse como un felino, resaltando su cuerpo desnudo y sus grandes músculos con cada uno de esos movimientos de yoga. Algo que hacía siempre, pero que aun así era mejor que ignorara con todas mis fuerzas.
Cuando se quedó recostado, con las piernas bien abiertas, una mano tras la cabeza y la otra rascándose levemente el abdomen, me dijo:
—¿Te preparo un café y el desayuno antes de marchar? Tengo huevos, panceta y pan horneado.
Mis tripas gruñeron nada más oír aquello.
—No —dije con toda la fuerza de voluntad que pude.
Pero el *alfa* se puso en pie con un ágil y elegante movimiento digno de un maestro de artes marciales y, como si nada, pasó por mi lado para darme un cachete en la nalga.
—Venga, serán solo cinco minutos y así ya vas comido al Pinar —me dijo.
—No… —repetí, aunque, sinceramente, con cero convicción aquella vez.
Al bajar las escaleras, Tigro ya estaba friendo la panceta y los huevos. El olor me llevó casi flotando a su lado frente a la pequeña hoguera. De forma inesperada, al terminar el desayuno, me dejó marchar al fin con un beso en los labios y un romántico:
—Me debes una mamada de buenos días.
A lo que yo respondí mostrándole ambos dedos corazón bien alzados mientras caminaba de espaldas. Después, salí corriendo lo más rápido posible entre las altas ramas de los árboles. No mentía al decir que tenía muchísimo que hacer. Aquel parón de todo un día había sido un inesperado cambio de planes que habían apretado todavía más mi ya asfixiada agenda.
Para entonces ya debería haber visitado Puerto Bruma y a Jabail para darles sus cartas y, según lo planeado, usar el día de hoy para viajar a Garra de Piedra y reencontrarme con los gemelos.

Ahora, tendría que añadir a todo eso una rapidísima visita a Topa Má para… tragarme mi puto orgullo y pedirle la poción de después.
Y esa fue la prioridad número uno y lo primero que hice nada más alcanzar El Pinar. Descendiendo a Raíces para encontrarme con la chamana ya ocupada con uno de los omegas recién llegados.
—Oh, perdón —dije, retrocediendo un paso—. Solo quería… —miré a la Má y cogí aire—. Esa poción especial para un nido de mentiras.
Ella no dijo nada, tan solo señaló con una larga uña y un movimiento pausado y dramático en dirección a las estanterías. En una balda más alta que el resto, una que tan solo un *omega* de mi altura podría alcanzar, había una de las pociones del día después y cuatro más de las normales.
Todas hechas para mí y para Tigro, el *salvaje*.
Las metí todas en la mochila y eché un último vistazo a la chamana antes de asentir y murmurar un bajo:
—Gracias, Topa Má.
Después me tomé la primera poción de camino al Hogar y casi vomito los huevos y la panceta encima de las cartas y paquetes. La poción de después era, sin duda, el equivalente animano al matarratas. Todavía tenía es estómago revuelto cuando llegué al territorio de Jabail, con dos sacos bajo los brazos y la mochila a punto de reventar.
La bajada al valle fue algo complicada, perdiendo el equilibrio en un par de saltos y casi precipitándome al suelo, pero después todo fue como la seda hasta alcanzar la enorme piedra tallada que funcionaba de buzón.
—Sé que estás ahí, Jabail —murmuré, metiendo paquete tras paquete en el hueco de la piedra—. Puedo olerte.
El gran *alfa*-jabalí dio un pesado paso hacia delante y entró en mi campo de visión. Cruzándose de brazos, apoyó el hombro en la piedra y, mirándome, bufó por la nariz para llamar mi atención. Solo llevaba un pantalón de cuero sin abrochar por toda vestimenta, cayéndole más allá de la cintura y dejando al descubierto gran parte de su vello púbico bajo su abultada y musculosa barriga. Pero yo me centré en mirar sus ojos oscuros y su afilada sonrisa de colmillos de troll, demasiado grandes para entrarle en la boca.
—Así que lo has estado pasando bien con las migraciones del celo, eh —concluí, porque no olía a ningún *omega* que yo conociera del Pinar.
Él asintió, sonrió más, se pasó un mano por la boca como si quisiera limpiársela, y después se dio un par de palmadas en la barriga.
—¿Y tan ocupado estabas limpiándoles que se te ha olvidado vestirte? —pregunté, volviendo a mi tarea de llenar el buzón.
El *alfa* no utilizó mímica en esa ocasión, sino que sacó una página doblada de su bolsillo y un carboncillo con el que escribir.
«Buenos días, Lemér. Me alegra que ya hayas vuelto a tu trabajo. Hay dos razones por las que no lleve tanta ropa: primero, hace calor; y, segundo, así le ahorro a los *omegas* la molestia de desabrochándome el cinturón», decía la nota. Solté un bufido, sonreí y se la entregué de vuelta.
—Eres todo un caballero, Jabail.
Él asintió, empezando a escribir de nuevo.
«También es un buen momento para que puedas apreciar lo que te estás perdiendo y replantearte tu decisión de no venir a verme sin que tus deberes como cartero te obliguen a ello».
—Oh… —dije, arqueando ligeramente las cejas—. Muchas gracias, es todo un detalle. Sí, eres un *salvaje* enorme y muy sexy, Jabail. Pero a una semana del celo, tengo que centrarme en mis

alfas domesticados —respondí, devolviéndole el papel doblado.
El *salvaje* resopló, como si mi idea de perder el tiempo con domesticados fuera absurda. Negando con la cabeza, empezó a escribir de nuevo, volteando la cara de la hoja.
«Entiendo que quizá puedas sentirte intimidado por mi gran tamaño —tanto el de mi cuerpo como el de mi miembro—, pero te aseguro que no hay nada que temer y que controlo ambos a la perfección. Si lo que te preocupa es no darme placer, recuerda que soy un *alfa* con mucha paciencia, y que no me importa tomarme la molestia de explicarle a los *omegas* lo que me gusta que me hagan o de qué forma consiguen darme más placer al chupármela. Puedo ser un maestro excelente».
Eso me hizo arquear las cejas al máximo e incluso llegar a parpadear.
—Ehm… —murmuré, devolviéndole el papel—. Me alegra saber que esos *omegas* extranjeros están aprendiendo tanto en Mil Lagos.
Jabail abrió la boca y movió la cabeza como si se riera. Después, hizo un gesto con la mano como si quisiera decir «mucho». Después señaló a la distancia y se golpeó el amplio pectoral con el puño antes de negar. «No hay nadie como Jabail en el sur». Finalmente, bajó la mano a la entrepierna y se agarró el alargado y rollizo bulto que sobresalía de su pantalón, agitándolo un par de veces y sonriendo. «Allí no tienen nada así».
—Pobres, les vas a mandar inválidos de vuelta a sus villas.
El *salvaje* volvió a hacer el gesto de reírse y, entonces, escribió algo apresurado.
«No tengas envidia, Lemér. Siempre tengo tiempo para los bonitos *omegas* de Mil Lagos como tú».
—Ya, claro que sí —respondí con una leve sonrisa, devolviéndole el papel ya pintarrajeado por ambas carillas—. Bueno, ya te he dejado todas las cartas y paquetes de esta semana. Solo una cosa más: ¿sabes si algún *omega* que te visita está escondiendo cosas en tu territorio?
Jabail perdió el buen humor de un plumazo y se puso repentinamente serio, frunciendo su ceño de espesas cejas y cruzando sus enormes y musculosos brazos. Con determinación, negó, haciendo bailar su pelo de alargadas cerdas, como pequeñas rastas de tonos tierra.
—¿No? —pregunté, haciéndome el tonto, balanceando mi cola en el aire antes de rodearme el cuello con ella—. Qué raro… —murmuré, pensativo—. Juraría haber oído a alguno de los *omegas* recién llegados diciendo que iban a jugar a esconder cosas en tu territorio. Bueno, puede que me haya confundido. Gracias de todas formas —sonreí.
Jabail resopló a forma de despedida, pero sin perder esa actitud molesta. No conmigo, por supuesto, sino con la idea de que unos *omegas* jugaran en su territorio. Allí solo se iba a entregarle cartas o a comerle la polla al *salvaje*, no a molestar.
Con el plan en marcha, dejé el valle del *salvaje* atrás y volví al Hogar en busca de las cartas y paquetes de Garra de Piedra. Líbere me encontró allí, sacando sus largas orejas blancas por la puerta de la biblioteca y sonriendo, viendo en mi llegada un remedio inmediato para su aburrimiento.
Tener tiempo para aburrirse… qué envidia.
—¡Hola, Lemér! ¿Has visto a los nuevos *omegas*?
—¿A los de Prado Dorado? Sep, estaba con vosotros esa mañana en el comedor.
—No, tonto. ¡A los de Mar Bravo!
Dejé de llenar la mochila de cartas y me quedé un par de segundos en blanco. Cuando miré a Líbere, seguía tan sonriente y atontado como siempre, subido a la mesa y columpiando sus enormes pies de arriba abajo.
—¿Han venido de Mar Bravo? —pregunté.

Líbere asintió un par de veces seguidas.
—Esta mañana.
—¿Sí? Qué… raro —jadeé, pensando en las terribles consecuencias que eso podría tener. No para La Reserva, sino para mí. En El Arrecife yo estaba emparejado con un enorme *alfa salvaje*; aquí, no.
—¿Sí? No sé. No creo que sea raro, la verdad —respondió él, mirando en dirección a la ventana —. Los *alfas* de Mar Bravo son malísimos. Eso no significa que tengan que venir a robarnos los nuestros, pero al menos tienen una mejor excusa que los de El Trigal. En Prado Dorado hay un par de villas con muy buenos *alfas*.
—Ya, fue raro que subieran hasta aquí —murmuré, demasiado distraído en mis propios pensamientos.
—Meh… —dijo, encogiéndose de hombros—. Al menos se quedan callados en su esquina, no como ese de Dos Ríos. «Todo es precioso aquí, que villa más bonita tenéis, que buena es la comida…» Pff, insoportable —terminó resoplando mientras ponía los ojos en blanco.
—¿Cómo dices que hablaba? —pregunté, girándome de nuevo hacia él.
—Hablaba como si quisiera quedarse en El Pinar en caso de que no le quisieran en El Abrevadero. Muy desesperado si me pregun…
—No, no —le detuve—. Cuando le imitaste, hablaste de una forma especial.
—Ah, sí —sonrió más—. «Hola, soy un don-nadie de El Puente y paso por aquí de camino a Cauce Rápido con la mala excusa de ver a mi amiga» —le imitó de nuevo.
Y, en esa segunda ocasión, Líbere había vuelto a pronunciar las palabras con ese suave acento californiano. Acento que él no conocía y nunca había oído, pero que no dejaba de entonar muy sutilmente al imitarle.
—¿Era un *omega* procedente del mundo *beta*? —pregunté.
—Oh, sí —respondió sin dudarlo.
Parpadeé.
—¿Te lo dijo él?
—No, tonto —se rio—. Hablaba raro, como tú, por eso lo sé.
—Yo no hablo raro… —murmuré.
—«Yo no hablo raro» —me imitó, junto con un ligerísimo acento de Carolina del Norte.
Uno que solo él era capaz de oír, porque yo había perdido todo mi acento a lo largo de mi estancia en el campamento militar y la ciudad.
—¿Puedes…? —me detuve y lo pensé. Por supuesto que sí podía—. Tienes una audición perfecta. Todos los lepóridos la tienen.
Fuera quien fuera ese *omega* que había viajado de El Puente a El Abrevadero, estaba claro que no sabía que los animanos conejos y liebres podrían detectar al momento su acento, por mucho que se hubiera esforzado en corregirlo o esconderlo.
Eso no tenía por qué significar nada, claro. Solo un *omega* procedente del mundo *beta* que estuviera buscando su lugar en La Reserva.
O podía significar que hubieran enviado a un experto en explosivos desde la base militar de Saltfield, California. Un centro famoso en el ejército por su escuela de artilleros y demoliciones estratégicas.
—Mierda —jadeé.

EL CAZADOR CAZADO

Había demasiadas cosas en las que pensar, demasiados problemas que podrían ser o no ser ciertos, demasiadas interrogantes y demasiadas posibilidades.

Por el momento, decidí centrarme en lo que sí podía controlar y en lo que sí sabía a ciencia cierta: que debía esconderme de los *omegas* de Mar Bravo y que era mejor salir corriendo hacia Garra de Piedra lo antes posible.

Mi primera reacción había sido volver al territorio de Tigro e informarle de que su teoría de la bomba podría ser cierta, pero me detuve en seco y cambié de idea, porque eso no iba a cambiar nada en absoluto. Necesitaba pruebas, más información, investigar… y daba la casualidad de que había dos sexys gemelos lobo esperándome en la otra punta de Mil Lagos. Clavo y Martillo, los mejores rastreadores y cazadores de la Comarca.

Empezaría por allí.

Tres horas saltando de rama en rama y recorriendo a toda prisa valles y laderas pedregosas, da mucho tiempo a pensar. Mi mente era un hervidero de teorías, a cada una más absurda que la anterior. La posibilidad de colocar una bomba en La Reserva era… estúpida. ¿Por qué? ¿Cómo de valioso podría ser lo que buscaban como para intervenir de esa manera tan radical? Los cajones del Naufragio eran una cosa, pero un ataque directo era otra muy diferente.

Con el corazón bombeando con fuerza y el cuerpo plagado de sudor, alcancé Garra de Piedra en un tiempo récord. Esperé impaciente en el borde del precipicio de la grieta y saludé rápidamente a los alfas que había allí, ordenando los almacenes en lo alto o esperando como yo por el ascensor.

—Si buscas a Lupo y Polu, no están en la villa —me informó uno de ellos, otro de los solteros.

—¿No? —pregunté con sorpresa—. ¿Y dónde están?

—Cazando —respondió su gemelo, inclinándose levemente hacia delante para poder mirarme tras su hermano—. Aunque cada vez tienen peor barba, quizá no merezca la pena que vayas a buscarles.

Su gemelo le dio un codazo y le lanzó una mirada de advertencia, sin embargo, al girarse hacia mí, alzó la cabeza y sonrió.

—Si te gustan los cánidos, que sepas que los perros somos mucho mejores —me aseguró, agitando su rizada cola de mastín, a juego con su pelo corto color crema—. Cuando nos sacas barba, nos desvivimos por nuestros *omegas*.

—Los lobos siempre son mucho más independientes… —le apoyó su hermano junto con un gesto vago de la mano sin apenas garras—, nada cariñosos. Nosotros somos muy cariñosos.

—Muchísimo —sonrió el otro.

Mirando aquella escenita, solo pensaba en que la situación debía ser grave. Había dejado solos a Lupo y Polu demasiado tiempo: primero debido al enfado y, después, debido al viaje. Era normal que los demás alfas tuvieran el valor de intentar «robarme», o que creyeran que estaba pensando en dejarles al fin.

—¿A dónde se han ido a cazar? —pregunté.

El gemelo frente a mí perdió la sonrisa y puso una mueca aburrida.
—Al bosque de la montaña —señaló una dirección—, pero no creo que consigas encontrarles. Es mejor que te quedes.
—Aha —murmuré, quitándome la mochila llena de cartas para tirarla sobre su pecho y decirle un breve—: reparte esto por mí, por favor.
—No, espera. ¡Es peligroso! —exclamó, pero yo ya estaba corriendo por el valle en dirección a la montaña boscosa.
Lupo y Polu eran unos maravillosos cazadores y nunca dejaban rastros que los animales pudieran detectar. Sabían esconderse, tener paciencia y rastrear a su presa durante kilómetros a la espera de encontrar el mejor momento posible para atacar. Yo era igual, solo que entrenado para perseguir a personas.
Al alcanzar el frondoso bosque de pinos a los pies de la montaña, trepé a las copas y continué mi camino entre las ramas, mucho más veloz de lo que podría haber ido corriendo. A principios de verano, la foresta estaba verde, musgosa y tibia. Un agradable aire templado removía las hojas y ramas y agitaba los bajos helechos. El sonido del riachuelo, los pájaros y la brisa me acompañaron durante la hora que tardé en encontrar el rastro de los gemelos: una hoguera apagada, marcas de tiendas y restos de comida enterrados.
Sabía que en aquella época los ciervos bajaban de la montaña en su migración hacia los grandes pastos y abundante vegetación de las colinas. Lupo y Polu estarían siguiendo a uno de los grupos en esa dirección.
Allí los encontré, agazapados bajo las viejas ruinas de un molino de piedra. Habían hecho su base entre tres de las paredes que todavía quedaban en pie, extendiendo una lona en la esquina y sus sacos de dormir debajo. Sentados frente al pequeño fuego, parecían discutir alguna clase de estrategia, dibujando con ramitas sobre el suelo batido del interior del molino.
Sin previo aviso, salté desde las ramas y caí sobre Lupo, arrastrándole conmigo un metro y medio entre la tierra y el musgo. Polu reaccionó al momento, se levantó de un salto y fue en busca del cuchillo de desollar que siempre colgaba de su cinturón. Lupo no tuvo tanta suerte, con mi cola ya enredada alrededor de sus piernas como una soga y mis manos aferrando sus muñecas a la espalda.
—El cazador cazado —susurré en su oído antes de sonreír.
Lupo respiraba con fuerza, entre la sorpresa y la adrenalina producida por el improvisado ataque. Tardó uno o dos segundos en parpadear y jadear:
—¿Lemér?
—¿Ya os habéis olvidado de mí? —murmuré con un tono de pena y una mueca de labios apretados.
Liberé al *alfa*-lobo y me puse calmadamente en pie, devolviéndole la mirada a Polu antes de guiñarle un ojo. Ambos hermanos aún tenían un rastro de barba blanca como la nieve, pero era quebradiza y ya apenas olía a mí.
—Lemér —me dijo él, bajando al fin el cuchillo para guardarlo de nuevo en su funda—. No te hemos olido llegar. ¿Has dado un rodeo para ir a favor del viento?
—Sí, pero también estabais demasiado distraídos y seguros de que nadie os atacaría aquí —respondí, porque en una situación de peligro, incluso a favor del viento dos *alfas* como ellos hubieran podido olerme—. Erais presas fáciles —añadí, bajando la mirada a Lupo.
El gemelo se frotaba las muñecas y me devolvía la mirada por el borde superior de sus ojos de hielo. No le había hecho ninguna gracia que le hubiera sorprendido de esa manera.
—¿Eso es lo que te enseñaron los *betas*? —me preguntó.

—Entre otras cosas —sonreí, deslizando la cola para darle un toque en el rostro y girárselo suavemente—. No parece que me hayas echado mucho de menos…
—¿Cómo sabías que estábamos aquí? —preguntó Polu, acercándose un par de pasos, pero no llegando a tocarme. Algo extraño ocurría. Algo había cambiado.
—Ya me habíais dicho que en verano los corzos bajaban en dirección a la colina, supuse que querríais cazar un par de ellos para esa estúpida competición de Refugio de la Garra —y señalé a los dos venados que colgaban a un lado de la pared de piedra. Ambos jóvenes y grandes, pero no la clase de pieza que te hace ganar un premio de caza.
A Lupo se le escapó un jadeo y una sonrisa, mirando a su hermano, negó con la cabeza.
—Mira que listo es cuando quiere…
—Muy listo —asintió Polu con admiración, pero, de nuevo, un tanto fría y distante.
—De acuerdo, ¿qué ocurre? —terminé preguntando, echando una intermitente mirada de uno a otro.
—No ocurre nada —respondió Lupo mientras se ponía en pie y se sacudía el pantalón manchado de musgo y briznas de hierba—. Estábamos aquí tranquilamente de caza y tú has aparecido por sorpresa.
—Aha… —entrecerré los ojos y me crucé de brazos—. Y… ¿no debería haber aparecido?
—No sé —se encogió de hombros, mirando tan solo a su gemelo—. Creo que nos habían prometido algo, ¿no, Lupo?
—Sí —suspiró su hermano, llevándose ambas manos a la cadera—. Hace semana y media.
—Ogh… —lo entendí, poniendo los ojos en blanco y alzando los brazos en señal de rendición—. Sí, es verdad, he tardado un poco. Lo siento.
—Ya empezamos a estar un poco cansados de tus disculpas —murmuró Lupo, ladeando el rostro y dejando que su melena blanca se deslizara por su hombro—. Nos prometiste que volverías en una semana, ya han pasado once días y ahora vuelves como si no hubiera pasado nada.
—He tenido mucho trabajo —respondí con tono serio—. Siento no haber venido antes.
Lupo negó con la cabeza, miró a una lado y fue a decir algo, pero se detuvo y prefirió regresar a su lugar frente a la hoguera, de espaldas a mí.
—Lemér —me llamó Polu, normalmente, el más comprensivo y menos dramático de los dos—. Sabemos que llegaste a El Pinar hace cuatro días.
—De verdad que he estado ocupado —respondí con un tono más templado—. Las cartas y paquetes desbordaban la mesa.
—Mira, al que no le gustaban las mentiras y los secretos… —fue la gran aportación de Lupo antes de resoplar con una sarcástica y fría risa.
Le dediqué una mirada cortante que no pudo ver de espaldas a mí y después me giré hacia Lupo, con una expresión más resignada que triste.
—Sabemos muy bien con *quién* has estado ocupado —me dijo—, y que no te has preocupado ni por pasarte por aquí para saludarnos. Te hemos estado esperando días en casa, ahora ya es tarde.
Aquello me hizo sentir en parte culpable y en parte molesto. Yo no era como los demás *omegas*, yo no tenía el privilegio de pasarme horas tirado en El Pinar, pensando solo en qué *alfa* visitaría a continuación.
—No es con *quién*, sino con *qué* —respondí.
—¿Y con *qué* has estado tan ocupado, Lemér? —preguntó Lupo—. Al menos nos deberías una explicación sincera por lo mucho que nos has tomado el pelo.
—No os he tomado el pelo —gruñí, tensando los bigotes y atravesando al *alfa* con la mirada.
Pero él solo continuó agitando suavemente la cola a sus espaldas y mirando el fuego. Cuando

volví la cabeza hacia Polu, él también parecía estar esperando una respuesta de brazos cruzados.
—Hay… —empecé, pensándolo un momento antes de abrir una peligrosa caja de mierda que no estaba seguro de querer compartir con los gemelos. No porque no confiara en ellos, sino porque solo iba a complicar más las cosas.
O quizá no. Quizá aquello fuera lo que necesitaran saber.
—Hay un problema en La Reserva —les dije—. Estoy intentando solucionarlo.
—¿Un problema con las cartas? —quiso saber Polu.
—No, un problema con los *betas*.
Esa sí fue una bomba, estallando en mitad de aquel ruinoso molino, silenciosa, pero terriblemente letal.
Polu frunció mucho el ceño y Lupo al fin se volvió para mirarme de nuevo, casi como si quisiera comprobar que no estaba bromeando.
—Los *betas*… —murmuró—. Joder, Lemér, casi me hace sentir halagado la de mierda que te inventas para que te perdonemos.
Con calma, respondí a la mirada de sus ojos azul hielo.
—Los *betas* llevan un tiempo interviniendo en La Reserva, mandan cajas con drogas e información secreta a las costas de Mar Bravo, por eso fui allí a investigar. Lo que encontré podría indicar que están planeando un ataque real contra alguna de las villas; posiblemente, una de Cauce Rápido.
Los gemelos intercambiaron una rápida mirada, pero, tras unos segundos, fue Lupo el que soltó una sarcástica carcajada y negó con la cabeza.
—Claro, Lemér… —murmuró, agitando la mano en el aire para soltar un bajo y cortante—: lárgate de aquí y olvídanos.
Apreté los dientes y alcé la cabeza. Polu no parecía tan convencido como su hermano, ni de que aquello fuera mentira ni de dejarme marchar con tanta facilidad; pero él también estaba dolido y cansado de mis continuas ausencias y mis excusas.
—¿Tienes pruebas? —me preguntó.
—No, solo sé que se comunican a través de las novelas del Tímido Omega.
Esa fue la guinda del pastel para Lupo, cuya carcajada ya no sonó tan irónica, sino genuinamente divertida.
—Vale, reconozco que eso ha sido original —aceptó, asintiendo varias veces.
No le hice caso y continué mirando a Pulo, quien, por desgracia, tampoco me creyó.
—Lo siento, Lemér —me dijo—. Nos merecemos algo mejor que eso.
No discutí. No se lo negué. No hice nada más que asentir con la cabeza y darme la vuelta para saltar sobre el muro e irme por donde había venido.
No quería dejar ir a los gemelos, pero tampoco iba a obligarles a quedarse.



Desde Refugio de la Garra, tan solo me llevaría dos horas más de trayecto alcanzar El Abrevadero. Pero no tenía claro qué era lo que quería hacer allí, ni tenía ningún plan para encontrar a ese *omega* californiano. No conocía su aspecto, ni su nombre y, evidentemente, yo

no podría detectar su acento al oírle hablar.
Solo sabía que era «amigo» de Zora, la archienemiga de Benny y actual amante de Tori. Todo aquello podría estar interconectado de alguna manera, aunque no se me ocurría cuál. Suponer que Zora fuera una de las espías y que estuviera usando al *alfa*-toro de alguna manera, sería llegar a conclusiones precipitadas y peligrosas.
—Esa *omega* es una espía y está usando al gilipollas del toro para publicar las novelas que consigue desde Mar Bravo. Puede que incluso sea la cabecilla del ataque y esté acogiendo al resto de *omegas* traidores, como el artillero californiano —declaró Tigro sin si quiera pararse a respirar—. Tenemos que ir a Cauce Rápido y detenerles.
Al verme volver al territorio tan pronto, el *salvaje* había dejado de regar los cultivos a los pies de su cabaña y se había relamido con placer. Posiblemente, alguna clase de comentario socarrón le fuera a salir de los labios momentos antes de usar sus súper-poderes para detectar que algo no iba nada bien. Entonces se puso serio, frunció el ceño y esperó a escuchar lo que tuviera que decirle.
—Eso no lo sabemos —respondí, de cuclillas frente a él entre las tomateras y demás cultivos de regadío. Tom Smith, el cerdo, pasó por nuestro lado resoplando y hundió el hocico en la tierra en busca de algo que comer.
—Es muy obvio —dijo Tigro, sin apartar la mirada de mis ojos mientras le daba un cachete al animal para que continuara su camino—. ¿De qué iba a conocer un *omega* recién llegado a esa tal Zota?
—Zora —le corregí—. Y, punto uno: no sabemos si es un recién llegado. Punto dos: no es la primera vez que un *omega* retoma el contacto con otros que conoce. La Reserva puede resultar algo intimidante al principio. Y, punto tres, no podemos ir a Cauce Rápido sin un plan. No tendría sentido que tú estuvieras allí.
Por alguna razón, ya supe lo que Tigro iba a decirme incluso antes de abrir la boca.
—Ponme la cuenta, viajaremos en pareja como hicimos a Mar Bravo.
No pude evitar poner los ojos en blanco y ladear la cabeza con una expresión seria.
—Me sorprende lo bien que planeas las cosas cuando quieres manipularme, pero lo brusco y estúpido que eres para todo lo demás.
Tigro puso una media sonrisa y apoyó el codo en la rodilla y el puño en el rostro.
—Hay momentos en los que hace falta ser muy sutil, y hay momentos en los que solo se necesita una cuenta y ganas de convertirse en el *omega* del mejor *alfa* de La Reserva.
—Y hay momentos en los que tu polla piensa por ti —añadí.
—Mi polla te ama con locura, Lemér —murmuró—. No le eches la culpa de esto.
—Céntrate —ordené, chiscando los dedos justo frente a su rostro—. Con cuenta o sin ella, llamas demasiado la atención. Los espías saben que sospechas algo. Podrían salir corriendo y esconderse nada más verte llegar.
—Mmh… —lo pensó un par de segundos—, no hace falta que vayamos directamente a El Abrevadero. Podemos empezar por Pozo de Noche, la imprenta, e ir haciendo preguntas e investigando de villa en villa.
—Eso puedo hacerlo yo solo.
—¿Y puedes encontrar una bomba y desactivarla? —preguntó, arqueando ambas cejas—. Porque yo sí.
Quise responder enseguida, pero tuve que tensar la mandíbula y tragarme mi orgullo.
—No, no tengo entrenamiento en manipulación de explosivos —reconocí.
—Aaaahh… —vocalizó él mientras levantaba la cabeza y sonreía más y más. Apartando la mano del rostro, se empezó a mirar las garras de forma muy interesada y a murmurar—: ¿cuándo te

gustaría ponerme la cuenta? Puedo organizar algo bonito: una cena especial en la que metas la cuenta en mi vaso de café y yo lo beba hasta encontrarla y diga: oh, ¿de verdad? No puede ser…
Por supuesto, no podían faltar el Show de Tigro, haciendo movimientos exageradamente dramáticos, fingiendo ser la protagonista de una película romántica de bajo presupuesto.
—Me has hecho el *alfa* más feliz del mundo, Lemér… —suspiró con ambas manos alrededor de su rostro mientras aleteaba las pestañas sin parar.
Mi expresión seria y mis ojos de párpados caídos no cambió en los pocos segundos en los que tardé en decirle:
—Es una idea de mierda.
—No tiene porqué ser en la taza de café si no quieres —respondió, encogiéndose de hombros—, puedes ponerte de rodillas y pedírmelo a la luz de las velas. Y, ya que estás en esa postura, sería súper romántico que me hicieras una mamada de paso…
—Tigro —me llevé una mano al rostro y me froté el puente de la nariz—. ¿Crees que vamos a llegar a Pozo de Noche con una cuenta en tu barba y que la noticia no recorrerá Cauce Rápido de arriba abajo en apenas una hora?
—Y qué gran sistema disuasorio sería ese, ¿no crees? —insistió—. ¿Qué harías tú si fueras un espía y vieras aparecer a un *omega* junto con el *alfa* más grande y fuerte de La Reserva, quien, sabes, está al tanto de tus conspiraciones?
—Pensaría que ya conozco perfectamente a las dos personas con las que tengo que tener más cuidado —respondí, apartando la mano del rostro para mirarle—. Sería ponernos una diana en la cabeza y perder el factor sorpresa.
—El factor sorpresa ya lo perdimos en Mar Bravo —replicó él—. ¿Crees que no había espías allí?
—Sí, pero… —me detuve. El *salvaje* tenía razón. Ya nos habían visto—. No sé —murmuré, bajando la mirada a la tierra revuelta del suelo—, nos estaríamos jugando muchas cosas. La noticia llegaría a El Pinar sin dudarlo.
Tigro movió la mano hacia mi barbilla y me hizo volver a mirarle con un suave movimiento.
—Es hora de ponernos serios —me dijo con tono firme y grave—. No podemos dejar que los *betas* instalen una bomba en Cauce Rápido. Muchos animanos podrían morir solo porque te da miedo lo que piensen en El Pinar sobre ti.
—No es eso —respondí, apartando su mano de mi mentón—. Lo que me preocupa es el futuro.
—Somos soldados, Lemér —me recordó—. Nosotros no tenemos futuro, solo misiones que cumplir.
Mantuve su mirada de jade y oro durante un par de segundos hasta que, con una profunda bocanada de aire, terminé por asentir.
—Tienes razón —murmuré—. Ya resolveré el problema cuando todo esto termine. Siempre puedo mudarme de Comarca y empezar de cero.
—Claro —lo celebró él, haciendo aletear lentamente de un lado a otro su cola de tigre. Sin dejar de sonreír, se llevó una mano al bolsillo del pantalón y sacó la cuenta—. Toma.
Fruncí el ceño, miré el abalorio de hueso en su mano y después miré sus ojos brillantes.
—¿La llevabas encima todo el tiempo? —pregunté.
—Nunca se saber cuando puedes necesitarla —respondió, haciendo un gesto para invitarme una vez más a tomarla de su mano.
Con un profundo suspiro, le quité la cuenta y le di un par de vueltas entre los dedos. Estaba cálida al tacto y tan suave como el marfil pulido. Tigro ya se había echado ligeramente hacia delante, con una gran sonrisa en los labios, la mirada firme y las cejas arqueadas con

expectación.
Pero, antes de volver a ponérsela, pregunté:
—¿Vas a entrar en celo?
Eso le hizo parpadear un par de veces y perder la sonrisa.
—No, no creo —meditó—. Si fuera una segunda cuenta, sí, pero esta es la misma que antes. Será como si no me la hubiera quitado nunca.
—¿Seguro? —insistí—. Porque no tenemos tiempo para el Celo ahora mismo.
—Bastante seguro —afirmó.
—Como sea una de tus mentiras para…
—Lemér, que no voy a entrar en celo, joder —me interrumpió, apretando con firmeza las manos contra sus rodillas, cerrando los puños y clavándose por un momento las garras—. Ponme la cuenta.
Murmuré con curiosidad y levanté una mano para tomar el pelo largo de la barba de su mentón, allí donde había estado la primera vez el abalorio. Entonces me detuve y, con expresión pensativa, murmuré:
—Aunque podríamos esperar a llegar a Cauce Rápido, tampoco hace falta que te pongas ya la cuenta, ¿verdad?
El *salvaje* trató de forzar una sonrisa y parecer despreocupado, pero su lenguaje corporal contaba una historia muy diferente. Había ansiedad en la forma en la que tensaba la mandíbula y los bigotes; frustración en las manos con las que apretaba sus rodillas; rabia contenida en la forma en la que movía la cola a sus espaldas.
—Nos iremos mañana mismo, después de solucionar un par de asuntos en el territorio —me dijo —. No pasa nada por ponerme la cuenta ahora.
—Aha… —murmuré, observando de nuevo el abalorio entre mis dedos—. ¿Y hay alguna razón por la que parezcas un adicto a punto de recibir su chute de droga?
El *salvaje* se rio, pero fue algo breve que no llegó ni a alcanzar lo alto de las copas, como normalmente haría su risa.
—Es porque te amo y estoy impaciente por volver a ser tu *alfa* —me dijo.
Levanté la mirada y le eché un vistazo por el borde superior de los ojos. Tigro arqueaba las cejas y ladeaba el rostro, mirándome de vuelta.
—¿Es eso lo que piensas? Un tanto egocéntrico por tu parte, ¿no crees? —me preguntó—. Pero siento decepcionarte —se llevó una mano al pecho y puso una fingida expresión de tristeza—, eres muy guapo y hueles muy bien, pero ha quedado muy claro que ni de lejos podrías ser el *omega* que me merezco y necesito, Lemér.
—¿Y esperas que me crea eso porque…?
—Porque creo que te has olvidado de que tú y yo ya no tenemos nada —respondió—. Por otro lado, ponerme la cuenta produce un subidón increíble: te sientes feliz, relajado y capaz de hacer cualquier cosa. Te confunde un poco, pero bueno, nada con lo que tú no me puedas ayudar, ¿verdad?
Mantuve su mirada un par de segundos antes de volver a suspirar y retomar el trabajo de ponerle la cuenta. Cuando estuvo firmemente asegurada en su barba, dejando una pequeña coleta en su mentón, el *alfa salvaje* cerró los ojos y ronroneó como un enorme felino. El sonido grave y gorgoteante se alargó durante segundos mientras Tigro cerraba los ojos y sonreía, agitando lentamente de un lado a otro su cola, golpeando las hojas y las tomateras sostenidas con palos.
—Maravilloso —murmuró al abrir los ojos—. Ahora hazle una buena mamada a tu enorme *alfa*…

Antes de terminar la frase, Tigro ya estaba de espaldas en el suelo, entre la tierra revuelta y los vegetales. Moví la cola de su pecho a su cara y apreté su mejilla con la pomposa punta.
—No te pases, Tigro —le advertí.
El *alfa* se rio, pero en su entrepierna sobresalía un bulto cada vez más evidente y duro. Con una enorme sonrisa en los labios y un ágil movimiento, se puso de nuevo de cuclillas.
—Tienes razón, tampoco hay que abusar.
Dicho eso, retomó su trabajo de jardinería, recogiendo el cubo de agua y el cazo con el que regaba las plantas. De una forma más que intencionada, se derramó gran parte del agua sobre el jubón de lana negro.
—Oh, no, qué torpe soy —dijo con una entonación que le hubiera hecho ganar el Oscar—, tendré que quitarme la ropa mojada…
Y eso hizo, poniéndose de pie y arrancándose el jubón sobre la cabeza hasta quedar medio desnudo bajo los dorados rayos del sol que se colaban entre las altas ramas; bañándole la piel y el pelaje atigrado como mantequilla derretida.
—Uff, qué calor hace ya… —resopló, agachándose para tomar el cubo de agua y echárselo directamente sobre la cabeza.
Como el actor porno de una película barata, agitó la cabeza de lado a lado, llenándolo todo de gotas de agua antes de apoyar los brazos en la cadera para bajarse nada sutilmente la cintura del pantalón y quedarse mirándome. Ahora su piel húmeda brillaba incluso más bajo el sol, haciendo destacar sus grandes músculos y dándole una apariencia salvaje y sexy. Las gotas recorrían su piel, su pecho abultado, sus abdominales y su espalda ancha, lamiéndole de una forma que llegó hasta a ponerme celoso.
—¿No te parece que hace mucho calor, Lemér? —me preguntó con una voz grave y aterciopelada.
Me gustaría poder decir que yo era más fuerte que eso; que algo tan básico, barato y ridículo jamás conseguiría afectarme. Tigro no se esforzaba lo más mínimo y no intentaba ni fingir que su intención no era tentarme y ponerme cachondo.
Pero era Tigro. No necesitaba esforzarse por ser asquerosamente sexy y petulantemente atractivo. Él era, simplemente, lo mejor de La Reserva.
Así que, como un gilipollas, ya estaba saltando sobre él como un animal en celo dispuesto a devorarle entero.
Suerte que Topa me había hecho un par de pociones, porque iba a necesitarlas.

ALFAS A LA CARTA

La brisa era cálida, me acariciaba el rostro y me agitaba suavemente los bigotes, trayendo con ella el aroma del bosque de verano y el templado regusto del café entre mis manos. A menos de una semana para el celo, estaba en el lugar que menos me esperaba: en el corazón del territorio de Tigro, meciéndome en su hamaca entre las copas mientras veía el amanecer a lo lejos.
Tomé una profunda respiración y la solté lentamente entre los labios.
En ese momento debería estar con los gemelos de la Garra, recuperando la relación y pensando en si pasar el celo con ellos. Sin embargo, allí estaba, de vuelta con Tigro y esa estúpida cuenta en su barba.
Todo lo que hacía, cualquier dirección que siguiera, sin importar la decisión que tomara, me llevaban de vuelta al mismo punto de inicio. Era como salir corriendo para darse cuenta de que solo habías dado un enorme círculo, sin avanzar ni retroceder un solo centímetro.
—Sigue sin parecerme nada sexy esa imagen reflexiva y profunda que pones cuando estás preocupado, Lemér.
Me dijo una voz grave y aterciopelada, deslizándose entre las ramas antes de dejarse caer sobre la hamaca. Tigro seguía desnudo después de sus estiramientos matinales y con la boca empapada de abundante menta y miel, sustancia que aún se relamía de la espesa barba de vez en cuando.
—Si no te gusta, no me mires —respondí, acercando la taza a mis labios, sin dejar de observar el horizonte de cielo cada vez más malva y anaranjado que azul marino.
—«No me mires…» —me imitó el *salvaje* con un tono estúpido, ladeando la cabeza mientras extendía sus brazos a lo largo de la hamaca y dejaba sus piernas colgando por el borde—. «Soy Lemér, soy militar y *omega*, pero por las noches me pongo música triste y escribo poemas oscuros mientras pienso que la vida es una mierda».
Me aparté la taza de los labios, tragué el café y lo paladeé un par de segundos antes de responder:
—Suena muy parecido a lo que tú hacías encerrado en la celda de contención *beta*.
A Tigro se le escapó un jadeo seco y echó la cabeza atrás.
—Yo no estaba triste —me corrigió, deslizando la cola por mi espalda para acariciarme suavemente—. Yo estaba furioso y, muchas veces, también bastante drogado. De hecho, por esta época estaba tan drogado que a veces hasta me meaba encima.
—Qué sexy —asentí.
El *salvaje* suspiró y siguió mi mirada al horizonte entre las altas copas de los árboles. El sol ya estaba saliendo tras las montañas y nos bañaba con una claridad anaranjada y cada vez más cegadora.
—Me ponía muy nervioso —me dijo—. No sabía lo que me pasaba. Mi instinto me decía que debería estar haciendo algo, preparándome para algo, pero no conocía el celo *omega* y no entendía qué era lo que tanto ansiaba conseguir.
Fruncí el ceño y le miré.
—Me sorprende que no te hubieran castrado.
Tigro parpadeó, me devolvió la mirada y arqueó tanto las cejas que casi llegaron a rozar la raíz

de su pelo atrigrado.
—¿Te sorprende? —preguntó—. Deberías estar muy, muy, muuuuy agradecido de que no lo hubieran hecho, Lemér. Te hubieras quedado sin *alfa*.
—No me refiero a eso, me refiero a que es extraño que los *betas* no hubieran valorado la posibilidad de cortar por lo sano tus instintos reproductivos. Si solo os necesitaban para la lucha, no tenía sentido mantener intactas vuestras pelotas.
—Lemér… ni siquiera bromees con eso —me pidió, llevándose su mano libre a la entrepierna para taparse los grandes huevos que sobresalían por debajo de su miembro, cubiertos por un vello tan blanco e impoluto como la nieve virgen—. Estas dos enormes preciosidades cumplen dos funciones: la primera, darme la testosterona que necesito para ser agresivo, grande e imparable; y, la segunda, darte a ti los tigrecitos y lemurcitos que en el fondo tanto deseas.
Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza.
—Tranquilo, si eras tan valioso para ellos, seguro que ya te han sacado un par de muestras y están haciendo tigrecitos probeta en algún laboratorio.
—¿Cómo sabes eso? —me preguntó de pronto.
Cuando le miré, estaba muy serio y con el ceño fruncido.
—¿Cómo sé lo qué? —pregunté—. ¿Qué te sacaban muestras de semen? Porque nos lo hacen a todos.
—No. ¿Cómo sabes que utilizan esas muestras para fecundar óvulos?
Parpadeé.
—Ah… Mi madre me lo contó —murmuré—. Es matrona en un hospital de reproducción asistida.
Tigro se sentó sobre la hamaca, volcando el peso hacia el borde sin dejar de mirarme.
—¿Y qué tiene eso que ver? —quiso saber.
Noté la tensión de su cuerpo y el brillo frío de sus ojos, así que le rodeé el cuello con la cola y le acaricié la espalda para calmarle un poco mientras le explicaba:
—Existe una… especie de ayuda económica, una gran ayuda económica —aclaré para dejar clara esa parte—, para los *omegas* que aceptan ser fecundados con esperma *alfa*. No es que nos prohíban tener hijos con los *betas* ni nada así, pero las crías no son… —me costó encontrar la palabra—. No son muy buenas. Hay mucho abortos naturales y las que nacen, suelen ser bastante débiles hasta alcanzar una edad.
Aquel era un tema muy sensible, pero Tigro resopló y puso una media sonrisa cruel.
—No me sorprende.
—Ya —murmuré, pasando aquello por alto—. El caso es que ofrecen a las parejas mixtas la posibilidad de fecundación *in vitro* con esperma *alfa*, asegurando que las crías saldrán perfectamente y muy sanas. El Estado se hace cargo de todos los gastos y, además, les da una subvención. Sobre todo a las madres y padres solteros que necesitan pasar por el embarazo.
Llegado ese punto, no necesité mirarle para añadir:
—En la Reserva nunca pasa porque… bueno, aquí todos tienen crías en algún momento; pero los *omegas* desarrollamos muchos problemas si no nos quedamos embarazados al menos una vez en la vida. No es obligatorio, por supuesto, pero sí muy importante para nuestra salud. En el mundo *beta* nos animan a hacerlo con esperma *alfa* y, si no quieres quedarte con las crías, puedes darlas en adopción sin ningún problema. —Me señalé y arqueé las cejas—. Adivina a qué bebé-lémur le adoptó una pareja *beta* de Carolina del Norte.
Tigro asintió y, si estaba sorprendido con todo aquello, ni se le notó.
—Quieren mantener una comunidad de animanos bajo su control, así que mienten a los *omegas* y

los utilizan como úteros andantes.
Ese resumen tan extremista me hizo resoplar de forma ruidosa y poner los ojos tan en blanco que casi me dolieron.
—No nos mienten, Tigro. *Necesitamos* pasar por el embarazo, sí o sí —repetí, porque, al parecer, no lo había entendido—. Y nos ofrecen la posibilidad de llevarlo a cabo sin los peligros y problemas que podría causarnos el esperma *beta*. No me parece una idea tan descabellada. De hecho, me parece una gran idea. Siempre y cuando a tu pareja *beta* no le importe, claro… porque a algunos les escuece un poco no ser el padre biológico de las crías.
—Os compran con «subvenciones» —repitió, entrecomillando esa última palabra con escepticismo—, para que os pongáis a parir animanos de verdad en vez de esa mierda de cruce raquítica y asquerosa que son los híbridos *betas*. Dime, Lemér, ¿cuántos de los *omegas* del mundo *beta* viven de esas «ayudas económicas», porque no pueden trabajar de otra cosa, solo ponerse a parir cría tras cría?
Apreté las comisuras de los labios y me los mojé con la punta de la lengua.
—Son sus cuerpos y hacen lo que quieran con ellos.
—Y tú ibas a aceptar eso… —siseó, entrecerrando los ojos.
—Supongo —murmuré antes de encogerme de hombros—. No me hacía especial gracia, pero era por mi salud. A los militares animanos nos ofrecen un montón de facilidades con respecto a ese tema: guarderías, niñeras, centros especializados... Esa clase de cosas.
—Aha… Así que ibas a dejarte preñar sin más, pero cuando yo te hablo de tigrecitos y lemuritos, te tensas y te angustias. Entiendo.
—Estás mezclando temas, Tigro —dije, más cortante que antes.
—No, no estoy mezclando nada —negó él, poniéndose un poco más tenso y un poco más agresivo. Sus ojos de oro y jade brillaban y parecían soltar chispas con cada reflejo que el amanecer les arrancaba—. Os prometen que podéis ser libres e iguales a los *beta*, pero después os siguen marginando y tratando como a animales. Entonces, cuando estáis cansados de que os miren mal y seáis «el bonito y gracioso *omega*» del trabajo, os dicen que podéis costearos una buena vida a cambio de poneros a parir animanos. Pero en el «seguro y civilizado mundo *beta*», claro, porque aquí, en La Reserva, los *alfas* solo os vamos a violar. ¡Y lo peor es que vosotros lo aceptáis e incluso les dais las putas gracias! —terminó gruñiendo en mi cara.
Con calma, coloqué una mano en su abultado pecho y le hice retroceder.
—Relájate un poco —ordené—. Las cosas no son tan sencillas, Tigro.
—Sí, Lemér. Sí lo son —declaró con un gesto cortante de la mano—. Esto te pasa siempre —me acusó—. Eres increíblemente listo y astuto, pero te ciegas enseguida cuando no quieres ver las cosas. Te bloqueas y buscas excusas.
Arqueé una ceja y mantuve su mirada firme y violenta, sin dejarme intimidar lo más mínimo.
—No todo es blanco o negro, Tigro —respondí—. Tú no sabes lo que es ser *omega* en el mundo *beta*. No puedes entenderlo. No intento justificar a los humanos, ni decir que no te hagan tomar decisiones complicadas o nos traten de manipular; pero no puedes juzgarnos por aceptar lo que nos ofrecen. Hemos nacido en su mundo, no conocemos otra cosa. Allí viven nuestras familias, nuestros amigos, nuestras parejas…
—Yo también nací en su mundo de mierda —me recordó con un gruñido seco—. Y conseguí escapar. Te aseguro que no fue nada fácil y que lo tuve mil veces peor que vosotros…
—No es lo mismo y lo sabes —respondí, ya con tono cortante—. A ti nada te ataba a su mundo, estabas atrapado, sí, pero de una forma diferente a nosotros. A ti te ataban con cadenas y te drogaban, a nosotros nos convencieron de tener miedo y avergonzarnos. ¿Entiendes lo que es

eso? Los *betas* han jugado muy bien sus cartas y no puedes juzgar a los *omegas* por ello. Han creado una mentira y te la han repetido toda la vida, en todas partes, una y otra vez, hasta que te la has creído.
—No os juzgo —mintió con los dientes apretados, hasta que, un par de segundos después empezó a relajarse y corregirse—: no os quiero juzgar. Solo digo que es increíble que aceptéis dejaros preñar por los *betas*, pero que temáis tanto La Reserva y a los *alfas*. Ellos son los verdaderos violadores.
Tomé una profunda bocanada de aire y la solté entre los labios. Con la cola, todavía enroscada alrededor de su cuello, le acaricié la cabeza de pelo alborotado.
—No lo entiendes —insistí una vez más—. A ti nunca te han dado un pañal y te han dicho que tengas miedo de ti mismo, que te avergüences de lo que eres y que solo tú eres responsable de los problemas que causas en los hombres-*beta*. No te han convencido de que ellos son los buenos por permitirte vivir en su mundo, que ellos son lo único que te separan a ti del salvaje y aterrador mundo de La Reserva. Entonces, es cuando crees que se preocupan por ti y les das las gracias.
El *alfa*, más relajado que antes, volvió a recostarse en la hamaca, disfrutando de la caricia de mi cola y la calma que eso le proporcionaba.
—¿Y de dónde sacan el esperma de esos *alfas*? —terminó preguntando—. Porque, que yo sepa, nos mandan directos a La Reserva nada más hacerles la prueba.
—Sí —suspiré—, en teoría les piden las muestras de semen antes de traerlos aquí. Eso siempre me pareció raro —pensé en voz alta, mirando con ojos entrecerrados el cegador amanecer—. Que sepas que te van a meter el esperma de un *alfa* de quince años recién llegado al celo… no es lo más sexy del mundo. Aunque normalmente te dejan elegir al padre: tienen una lista, información y fotos y todo lo que podría interesarte saber.
—Oh, qué bien… —murmuró de forma sarcástica—. *Alfas* a la carta. ¿Y qué es exactamente lo que es «interesante saber»? Porque dudo que os importe mucho la raza. No es como si les fuerais a sacar la barba y hubiera diferencia entre ellos.
—Pues lo que preocupa normalmente es el tamaño del animano —confesé—. Irónicamente, allí piensas que un *alfa* más pequeño te dará una cría más fácil de gestar y parir.
A Tigro se le escapó una risa seca y ruidosa que llenó lo alto de las copas.
—Vaya gilipollez…
—Una vez más, Tigro —insistí—: estamos en la completa oscuridad ahí fuera. Lo más lógico es pensar que el tamaño del padre va a repercutir en las crías. No quieres tener que dar a luz un enorme bebé-toro de diez kilos.
—Tu cuerpo está preparado para parir enormes crías de diez kilos.
—Eso ya lo sé. Ahora, claro —murmuré, echándole una rápida ojeada—, cuando he visto a los *omegas* de las villas embarazados de bovinos y ursos y no les pasa nada.
—Pues eso no es nada —sonrió de pronto—. Ya que tanto te preocupa tu salud, que sepas que mi infalible esperma de puro *alfa salvaje* te preñaría al instante y te daría unas enormes y sanísimas crías. Lo digo por si en algún momento decides pasar por el proceso, no me importará follarte día y noche hasta conseguirlo.
—Qué generoso —sonreí de forma sarcástica, poniendo una expresión agradecida mientras le acariciaba el pecho de vello atigrado—. Muchas gracias por preocuparte tanto por mi salud, Tigro.
El *alfa* hizo un gesto airado con la mano para restarle importancia.
—Ahora que sé que lo necesitas, te daré todo el semen que quieras —aseguró—. Por delante, por detrás… donde lo prefieras.

—Ya, porque hasta ahora te estabas cortando mucho en darme tu semen —asentí, todavía sonriendo.
—Pues sí —tuvo el valor de decir, alzando levemente la cabeza con orgullo—. Muchas veces no dejaba de pensar: no, Tigro, es demasiado semen, demasiado sexo, demasiados orgasmos… Tienes que controlarte un poco; el pobre Lemér va a reventar. Pero ahora ya no. Te bañaré en semen cada día de tu vida, si quieres.
Continué asintiendo mientras le escuchaba desbarrar, dando cortos sorbos al café caliente hasta que terminó y pude decir:
—No sé si piensas que eso es muy sexy, pero ahora mismo me acabas de dar un asco terrible.
—No dijiste lo mismo cuando nos despertamos… —sonrió más, mostrándome sus colmillos de carnívoro.
—Sí, porque me encanta despertarme por todo lo alto —reconocí—, pero eso no quiere decir que no me dé asco pensar en «bañarme en semen» mientras desayuno.
—Eso no es desayunar —me corrigió, señalando un momento a mi taza de café—. Prepararé un desayuno de verdad y recogeremos todo para marcharnos. Ya se hace tarde —recordó, echando un vistazo al cielo ya completamente azul—. ¿Puedes encargarte tú de los animales?
—Claro —murmuré, terminando la taza de un solo trago antes de inclinarme para dejarme caer por el borde de la hamaca.
Sin embargo, el *alfa* me detuvo, se acercó a mí hasta pegarse y me dio un profundo beso con lengua. Al terminar, se separó un poco y me miró fijamente a los ojos.
—Escapa antes de que te vuelva a lamer de arriba abajo… —murmuró, produciendo un profundo y grave ronroneo.
—Claro —respondí, dándole un corto beso antes de volverme—. Oh, no… —jadeé, poniéndome de rodillas en la hamaca e inclinando la cabeza en dirección al borde—. Está muy alto… no sé si podré saltar desde aquí.
Con el culo en pompa, agité la cola y puse una profunda expresión de consternación. Cuando miré a Tigro, el *salvaje* me miraba el culo y respiraba con fuerza.
—Tendré que dejarme caer —dije con inocencia, esperando el momento justo en el que Tigro se inclinó hacia mí para saltar y reírme.
—¡Lemér! —rugió, empezando a moverse precipitadamente sobre la hamaca para seguirme—. ¡Ven aquí!
Mi risa recorrió el pequeño claro, compitiendo con los gruñidos de un Tigro enfadado pero, a la vez, muy sonriente.

Era fácil diferenciar la Comarca de Cauce Rápido de Mil Lagos: solo había que ascender hasta pasar de los espesos bosques a los profundos valles rocosos y ríos, arriba, en la cordillera montañosa. Aunque, por si eso no fuera suficiente, también había dos enormes piedras bordeando el camino principal que señalaban la entrada. Dólmenes de casi dos metros en los que habían tallado vagas formas de animanos, con bigotes, enormes ojos y pequeñas manitas de garras.

Tigro señaló una de ellas y sonrió mientras me miraba. Alguien había escrito: «El Abrevadero, todo recto»; y, más abajo: «no robes nuestros *alfas*»; y más abajo incluso: «esto va por vosotros, *omegas* del Pinar».
—Qué yo sepa, son ellos los que bajan constantemente a Refugio de la Garra —murmuré con expresión aburrida—. No sé quién le roba a quién.
—Quizá debería escribir mi nombre y marcar la dirección a mi territorio —dijo el *salvaje*, pensativo—. Así no se perderían.
Con los ojos en blanco, tiré de la cola que mantenía enrollada alrededor de su brazo, apartándole de la piedra para continuar el camino.
—Tenemos prisa, Tigro —le recordé.
—Aha… Sí, claro… —sonrió él.
Solo para que no hubiera malinterpretado mi reacción, añadí:
—Me da igual lo que escribas a la vuelta, cuando hayamos resuelto el problema de la bomba.
—Claro, claro —asintió varias veces, de esa frustrante forma suya en la que fingía darme la razón—. Aunque, que yo sepa, has sido tú el que ha querido tomar este rodeo por el camino principal, y no atajar por el valle de Refugio de la Garra.
—No sabemos dónde está Pozo de Noche. Siguiendo el camino será más fácil de encontrar.
—Claaaro… eso tiene mucho sentido —afirmó, de nuevo, poniéndome de los nervios—. Seguro que compensará las dos horas que nos ha llevado dar esta vuelta. —Acercándose más a mí, me rodeó los hombros con el brazo y me apretó contra él—. Por un momento, llegué a pensar que lo hacías solo para que no me vieran los *alfas* de la Garra.
—¿Eso pensaste? —pregunté de forma casual—. Vaya, qué extraño.
—Muy extraño, sí.
Solo respondí con un vago murmullo, pero, cuando intenté separarme de él, Tigro no me dejó.
—Que lo hayas hecho solo para no perdernos de camino a Pozo de Noche, es muy lógico —insistió él—. Se nota que eres el cartero del Pinar.
—Gracias. No es la primera vez que tengo que dar un rodeo para no perderme.
—Aha… ¿y sabes dónde estamos ahora?
—Estamos a la entrada de Cauce Rápido. Si el camino recto lleva a El Abrevadero, y Pozo de Noche está al Este de la villa *omega*, significa que deberíamos desviarnos en la siguiente intersección.
—Sí, yo había pensado lo mismo —sonrió, bajando la mirada hacia mí—. Pero, ¿por qué no preguntamos para asegurarnos?
Fruncí el ceño.
—No hay… —y entonces lo oí. Un lejano murmullo al principio, uno lejano que se hacía más y más presente por momentos.
Estaba seguro de que Tigro lo había oído antes que yo, y que la forma en la que me abrazaba y sonreía no eran en absoluto casuales ni inocentes.
—Eres un hijo de puta —le dije.
—No, no —negó él, acercándose a mis labios antes de susurrar—. Soy *tu* hijo de puta… —y me besó.
La carreta que se acercaba por el camino principal apareció tras una quebrada rocosa de más adelante. Había dos caballos tirando de ella y dos *alfas* guiándola, sonrientes y preparados para encontrarse conmigo.
Al vernos allí, sus expresiones pasaron de la burla y altivez a la más absoluta sorpresa; sus pechos hinchados se desinflaron al momento; sus palabras de broma y provocación se murieron

en sus labios. De ellos, solo consiguió salir un leve y casi inaudible:
—Lemér…
Porque, de entre todos los posibles *alfas* viajeros que entregaban mercancías de una comarca a otra, tuvimos que encontrarnos con unos que yo conocía.
—¡Hola, chicos! —les saludó Tigro con una enorme sonrisa felina, interponiéndose en el camino del carromato para cruzarse de brazos, dándole a ambos *alfas* una buena visión de él: de su enorme cuerpo, su poderosa musculatura, su espesa barba, su profundo olor a menta y miel y, sobre todo, de la cuenta.
Los dos *alfas* de Presa de Arce, un gran úrsido pelirrojo y un tigre de Sumantra de enormes ojos ambarinos, detuvieron el carromato a nuestro lado. Parecían haberse quedado completamente en blanco; y no extrañaba.
Tragué saliva y, con un firme asentimiento, consciente de que ya no habría vuelta atrás, les dije:
—Ors, Tugro, ¿qué tal estáis?
—Bi… bien —consiguió tartamudear Tugro, quien, aun siendo de la misma especie, parecía solo un gatito en comparación con Tigro.
—Como nos alegramos —sonrió el *salvaje*, acercándose al carromato para apoyar la mano de garras negras sobre la madera—. Mi *omega* y yo estábamos hablando justo ahora de que nos vendría genial un poco de ayuda. Volvéis de Pozo de Noche, ¿verdad?
Ors, que normalmente siempre me soltaba comentarios muy subidos de tono y me aseguraba que no había nada como estar debajo de un sudoroso úrsido para saber lo que era pasarlo bien, farfulló un bajo y quebradizo:
—S… sí. Hemos ido a entregarles el papel.
—¡Qué suerte hemos tenido entonces! —lo celebró el *salvaje*, sonriendo un poco más—. ¿Nos podéis decir la dirección?
—Es todo recto hasta el cruce, entonces giráis al Este y os encontraréis con un dolmen a los pies de una catarata. Allí está la cueva de entrada a Pozo de Noche.
—Oh, suena muy fácil —afirmó—. ¿Y tenéis comida?
—¿Comida? —preguntó Ors, parpadeando debido a la sorpresa.
—Sí, comida —repitió—. Mi *omega* lleva un par de horas sin comer y no quiero que pase hambre.
Ambos *alfas* lo entendieron y, sin decir nada, echaron un rápido vistazo a sus espaldas. Tigro no esperó a su respuesta, dio un paso y cogió el único saco que quedaba en el carromato vacío. Lo abrió, le echó un rápido vistazo y volvió a cerrarlo.
—Genial, esto servirá —asintió, siempre con una agradable sonrisa en los labios, incluso cuando les estaba robando la comida que habían llevado para el largo camino—. Podéis iros ya.
—Tigro —le llamé—. No hace falta quitarles la comida.
—No vas a pasar hambre —respondió sin mirarme, animando a los otros *alfas* a seguir su trayecto.
Ninguno de ellos se atrevió a hacer nada ni a decir nada. Con la cabeza baja, azuzaron a los caballos y se despidieron de mí sin si quiera mirarme. Yo me quedé de brazos cruzados y con la expresión muy seria, mirando como el *salvaje* sacaba una manzana roja del petate y me la acercaba.
—Una de tus favoritas —me dijo.
Le aparté la mano y ladeé el rostro.
—Podría haber aguantado perfectamente hasta alcanzar la villa.
El *salvaje* se encogió de hombros.

—¿Y por qué ibas a aguantar, si puedo conseguirte comida mucho antes?
—«Conseguir» no es lo mismo que «robar».
—Robar… —resopló él de forma ruidosa—. Yo no he robado nada. Podían haberse negado o podrían haberlo evitado.
—No iban a enfrentarse a ti y lo sabes.
—Bueno, si yo soy el más fuerte y no pueden impedir que le dé a mi *omega* todo lo que quiera, no es mi problema —respondió antes de darle un buen mordisco a la manzana.
—Ya se han ido, puedes dejar de llamarme así.
Tigro no respondió, siguió masticando la manzana un par de segundos sin dejar de mirarme. Después, simplemente me la ofreció y esperó a que yo la cogiera. Cuando lo hice, me acarició el rostro y siguió adelante como si nada.
No sabía muy bien qué era lo que más me molestaba de todo aquello: si su actitud de mafioso, o mis sentimientos encontrados al respecto. Había crecido en una sociedad *beta* en lo que algo así era más que censurable; el malvado que se aprovechaba de su fuerza para extorsionar a los débiles. Una historia tan vieja como el mundo. Sin embargo, a mí siempre me había gustado un poco aquello.
Un poco bastante, quiero decir.
Nunca decía nada, pero me gustaba. Y me sentía culpable por ello, pero no podía evitarlo. Yo era militar y *omega*: aquellas demostraciones de fuerza y carácter me hacían sentir a gusto y, de alguna forma, protegido y excitado.
No fue hasta llegar a La Reserva que comprendí que aquello no se debía a mi obsesión por los hombres fuertes y machitos, sino a mi instinto *omega* en busca de *alfas* fuertes que me dieran lo que necesitaba por encima de todos los demás.
No es que con eso quisiera justificar una larga lista de amantes con problemas de masculinidad tóxica y cero respeto cívico, aunque me ayudaba a no sentirme tan mal al respecto. Incluso cuando poco después, Tigro me llevó con él al resguardo de una pared rocosa y me folló a cuatro patas sin decir nada.
Una pequeña parte de mí me decía: ¿Pero qué cojones haces?, ¿por qué le dejas? Otra, simplemente estaba deseando que lo hiciera. Que me tomara allí mismo, de esa forma un tanto salvaje y un tanto violenta, jadeante y sudorosa antes de gruñir, clavarme las garras en la cadera y derrumbarse sobre mí.
—Joder… cada vez hueles mejor —susurró en mi oreja antes de hundir el rostro en mi cuello y aspirar hasta llenarse los pulmones—. Ya has empezado a emitir las feromonas del celo.
—Aha… —murmuré apenas sin voz, tirado sobre la hierba cálida de la colina y con los ojos adormilados.
No volví en mí hasta que el *alfa* terminó de limpiarme y, con un profundo ronroneo de felicidad, me dio un cachete en la nalga.
—Vamos, Lemér —me dijo mientras se relamía—. Tenemos que darnos prisa y volver al territorio antes de que entres en celo. No quiero que lo pasemos en un lugar extraño.
Subiéndome los pantalones, arqueé las cejas y me giré para mirarle antes de abrocharme el cinturón. Tigro ni se había quitado el jubón negro y se le había manchado de líquido omegático, pero eso no era algo que pareciera importarle en absoluto.
—¿Por qué crees que voy a pasarme el celo contigo? —le pregunté—. Tengo pensado ir a ver a otro.
El *salvaje* soltó una ruidosa carcajada y alzó la cabeza en dirección al cielo.
—Lemér, a veces dices unas cosas tan graciosas… —respondió, todavía sonriente mientras

terminaba de abrocharse el cinturón de cuero e ir a por el saco de comida.
—Ríete lo que quieras —murmuré.
Pero Tigro siguió sin tomarme en serio. Me dio un último beso en los labios y frotó sus bigotes contra los míos, manchándome ligeramente de líquido viscoso y tibio.
—No te enfades —me pidió—, pero a veces olvidas lo muchísimo que te gusto. ¿Recuerdas nuestro primer celo juntos?
—Sí —respondí de mala gana, descendiendo la ladera rocosa en dirección al camino. Según las indicaciones, no debería faltarnos mucho para alcanzar la entrada a Pozo de Noche.
—Ah… Fue maravilloso —suspiró él, siguiéndome de cerca—. Dicen que el segundo es incluso mejor, porque tu cuerpo ya me conoce. Estoy empezando a sospechar que ya ha empezado a producir feromonas solo para mí.
—Sí, Tigro. Mi cuerpo está utilizando todo el semen que me das para producir feromonas especiales para ti —aquello era solo ironía, por supuesto. Los *omegas* no hacíamos eso—. Como tú con mi líquido omegático.
El *salvaje* volvió a reírse, llenando aquella parte del valle con su carcajada grave y ruidosa.
—Pues te he dado mucho semen con el que trabajar… —sonrió—. Justo ahora, dos veces.
—Ya, ya —farfullé, moviendo la mano en un vago gesto para no alimentar ese ya desmedido ego suyo.
Al alcanzar de nuevo el camino, continuamos el sendero de un bajo aunque amplio rio pedregoso, cada vez más veloz a medida que ascendíamos el valle. Fue en lo alto, ya en la montaña, donde encontramos la impresionante catarata, bañando de agua y espuma un enorme dolmen con forma de animano. Sus garras talladas en bajorrelieve y cubiertas de musgo verde, señalaban a un lado, allí donde la montaña se abría en una enorme boca oscura e iluminada por antorchas. Escrito con tinta negra como el betún sobre la piedra húmeda, se leía: «Pozo de Noche».
—Reconozco que la entrada es bastante impresionante —murmuró Tigro, deteniéndose a mi lado para admirar el espectáculo.
—Sí, las villas de Cauce Rápido son todas muy bonitas —afirmé justo antes de encogerme de hombros—. Es una pena que no haya ningún *omega* decente en ellas.
Tigro se rio por lo bajo.
—Bueno, hay un par interesantes… ¿Recuerdas a los gemelos vainilla y caramelo?
—¿Qué pasa con ellos? —me giré para mirarle.
—Creo que eran de Pozo de Noche —murmuró de forma despreocupada, como si solo fuera un detalle que acabara de recordar—. Me lo dijeron alguna vez… —se llevó la mano a la barba espesa y se la rascó mientras pensaba—, aunque, la verdad, no les prestaba mucha atención a no ser que estuvieran desnudos; así que no estoy seguro.
—Qué bien —asentí—. ¿Quieres darme algún otro dato que no venga a cuento y me importe una mierda, o podemos entrar ya?
—No, nada que se me venga ahora a la mente —respondió, rodeándome los hombros para llevarme con él al interior de la enorme cueva. No pasamos ni diez metros antes de encontrarnos con miradas curiosas y sorprendidas; allí donde los *alfas* de la villa habían levantado una muralla de madera que protegía el interior de la humedad de la catarata.
Tigro empezó a saludar a todos con total normalidad, agitando sus dedos de garras negras en el aire, al menos, hasta que nos acercamos lo suficiente a un grupo de alfas organizando los cargamentos y cajas del almacén excavado en la piedra.
—Hola, a mi *omega* y a mí nos encantaría pedir un par de libros a la imprenta. ¿Con quién

deberíamos hablar?
Un *alfa*-erizo, uno de los *solitarios* —mayor y sin barba—, fue el primero en girarse, mirarnos de arriba abajo, señar el interior de la gran gruta y gruñir:
—Pues con la jefa de la villa, imbécil.
Mis cejas se arquearon levemente, pero Tigro se lo tomó con buen humor, se rio un poco y le dio las gracias antes de seguir adelante.
—Estos *alfas* sin *omega* son de lo más graciosos —me dijo, lo suficiente alto para que le oyeran —. Cuando no les queda otra que empezar a darse por el culo unos a otros, se toman la vida con mucho humor…
—¿Qué has dicho? —exclamó uno de ellos—. Ven aquí y repítelo.
Tigro se detuvo en seco, volvió el rostro y repitió palabra por palabra lo que acababa de decir, solo que con un tono que daba miedo y una mirada capaz de helar el sol.
—¿No es eso lo que hacéis? —añadió al final—. Machacaros la polla entre vosotros porque ningún *omega* os quiso…
—Tigro —le corté en seco, tirándole de la cola enrollada alrededor de su cuerpo.
El *salvaje* se sorprendió y llegó a gruñirme, pero solo necesitó mirarme la cara para cerrar la puta boca y relajarse.
—No seas cruel —dije con tono frío y seco.
El *alfa* mantuvo mi mirada un par de segundos y, después, la bajó al suelo y gruñó un tanto molesto.
—Perdonad —me disculpé por él—. Siempre se pone un poco gilipollas cuando tiene hambre.
Los trabajadores aceptaron mis disculpas y regresaron a su trabajo. Yo me llevé a Tigro como si fuera un perro rabioso y mi cola, su correa.
—Que sea la última vez que te ríes de los *solitarios* —le dejé bien claro.
—Empezaron ellos. Yo les saludé muy educadamente —respondió él. Obedecía y se dejaba llevar, pero con la cabeza bien alta y la cuenta bien visible.
—Me da igual —le dejé bien claro—. Incluso yo sé que te has pasado de cruel al sacar ese tema.
Tigro se cruzó de brazos, movió los ojos por el borde de las pestañas hasta hacer todo un semicírculo, soltó un jadeo indignado y, finalmente, apretó las comisuras de los labios.
—Vale, lo siento —murmuró, bajando sus ojos de jade y oro hacia mí—. Pero que sepas que la culpa no es solo mía: no se ofende a un *alfa* con su *omega* delante. Eso también deberías saberlo.
—Me da igual —repetí, aunque más calmado esta vez—. No es su culpa.
—Te dan pena —me acusó en voz baja, usando su magia de felino barbudo para leerme la mente —. Eso es incluso más ofensivo, Lemér.
—No me dan pena —mentí descaradamente, algo que ambos supimos—. Ellos no tienen la culpa de que no haya suficientes *omegas.*
Tigro tomó un profunda bocanada y descruzó los brazos para rodearme con ellos y frotar nuestros bigotes.
—No lo pasan tan mal —trató de consolarme, pero a su manera, claro—. Se tienen entre ellos, forman hermandades, algunos incluso se convierten en parejas de *alfas* y se hacen sus pajas y sus mamadas… Tú has estado en Refugio de la Garra y allí sobran los solitarios, sabes que al final consiguen ser felices.
—Lo sé —declaré—, pero eso no significa que puedas echárselo en cara.
El *salvaje* gruñó, molesto por el hecho de que siguiera defendiéndoles a ellos y no a él; en teoría, mi *alfa*. La cuenta ya había empezado a afectarle y a nublarle el juicio, como en Mar Bravo.
—Sí, de acuerdo, lo siento —repitió, dándome un par de besos en el cuello y apretándome contra

él—. He sido un *alfa* malo y me merezco unos azotes… —me susurró al oído.
Iba a decir algo, posiblemente sobre el hecho de que la única salvación de aquella villa para librarse de una bomba fuera un alfa salvaje con graves problemas psicológicos y filias BDSM; sin embargo, un jadeo se me adelantó.
—Lemér…
Ambos nos giramos al momento, encontrándonos con una pareja de *omegas*-conejo.
—Banny —respondí, sin saber qué más decir.
La joven de pelaje gris me miraba con ojos como platos y la boca abierta en forma de «o». La otra *omega*, muy parecida a ella, solo que embarazada y con el pelaje negro carbón de su hermano, fue la que dijo:
—Así que tú eres el famoso Lemér —me miró a mí y después a Tigro—. Benny tenía razón, un día de estos le vas a matar del disgusto.
Y sonrió.

UN BOOM EDITORAL

Las cosas nunca iban como yo quería que fueran.

Desde que había llegado a La Reserva me había seguido una especie de karma negativo, o magia vudú, o una mala sombra, que se dedicaba solo a joderme, una y otra y otra vez.

Era como Tigro: daba igual en qué dirección corriera, porque parecía que solo daba círculos hasta volver de nuevo a su lado. Al punto de inicio.

No había otra explicación para que, casualmente, justo ese día, Banny hubiera decidido visitar a su hermana en Pozo de Noche antes de viajar a Vallealto a pasar los último días del celo con Cabal, su *alfa*-caballo.

Bueno, sí había una explicación, solo que a mí me jodía demasiado la coincidencia como para no echar la culpa al puto cosmos.

—Estoy pensando en darle la cuenta a Cabal —dijo Banny, todavía demasiado sorprendida como para recuperar su tono de voz normal, o dejar de mirarnos a Tigro y a mí intermitentemente. Quizá esperando a despertarse de un sueño o a que algunos de los dos confesara que su cuenta era solo una broma pesada—. Llevamos juntos cuatro celos seguidos y creo que ha llegado el momento… —continuó—. Vine a pedirle consejo a Bonny. Es la única de los tres que ya tiene *alfa*.

—Oh, qué bien —sonrió Tigro—. Seguro que le haces muy feliz.

Ladeé el rostro en su dirección, pero no supe ni qué decirle. Éramos cinco en la mesa y él era el único que parecía completamente normal y absurdamente ajeno al hecho de que hubiera aparecido de la nada, con una barba espesa y una cuenta.

—Siempre nos hace felices recibir la cuenta —asintió Rono, el enorme *alfa*-rinoceronte sentado al lado de Bonny.

Al igual que Tigro, también tenía una espesa barba negra decorada con cuentas y olía intensamente a su *omega*, una de las dos preciosas conejitas del Playboy sentadas frente a nosotros.

—Muy felices —le apoyó el *salvaje* con una enorme sonrisa de grandes colmillos—. Pero ten cuidado, porque va a entrar en celo y quizá sea demasiado pasar dos seguidos —añadió, guiñándole el ojo a Rono, como si se tratara de alguna broma privada entre *alfas* emparejados.

Por desgracia, Rono se rio y le devolvió un gesto afirmativo.

—Uff, el celo de la primera cuenta es increíble —aseguró.

—Oh, sí… —respondió Tigro, muy seguro de sus palabras—. Me follé tanto y tan duro a Lemér que tuve miedo de dejarle preñado, incluso con la poción.

Rono se rio y golpeó la mesa con su enorme mano.

—A todos nos pasa lo mismo, pero bueno, ahora no es como si tuviéramos que tener cuidado… —y arqueó las cejas, sonriendo e inclinando su cabeza de enorme cuerno en dirección a Bonny, con un evidente y abultado embarazo.

—¿Habéis pensado ya en tener crías? —nos preguntó ella.

—Hemos hablado de ello —respondió Tigro—, pero por ahora vamos a esperar. Aún tenemos

que reorganizar nuestro territorio y asentarnos. Además, Lemér quiere seguir con su trabajo de cartero del Pinar.
—Oh… —murmuró ella mientras se acariciaba lo alto de la barriga—. Supongo que será diferente con *salvajes* —me miró.
—Sí, muy diferente —murmuré, casi obligándome a decir algo y no quedarme allí sentado viendo aquello suceder frente a mis ojos—. Llevamos muy poco emparejados. Poquísimo. Fue muy repentino. Casi se diría que no es…
Tigro pasó una mano por mis hombros y me pegó a él. No dejó de sonreír, pero sus garras se me clavaron ligeramente en la piel a forma de advertencia.
—Culpa mía, la verdad —dijo—. Lemér y yo llevábamos un tiempo bromeando sobre el tema, tuvimos nuestros más y nuestros menos. Nos separamos, volvimos, discutimos… pero no fue hasta hace poco que nos dejamos de tonterías y nos lo tomamos en serio. Ya era estúpido seguir alargándolo cuando ambos sabíamos que estamos hechos el uno para el otro.
Le lancé una mirada seca y cortante que duró todo su estúpido discurso. La capacidad de Tigro para mentir y soltar mierda por esa preciosa boca suya, seguía siendo un espectáculo digno de ver.
—¿Y Bu…? —empezó a decir Banny, pero entonces se cayó.
Ella sabía que había visitado a Buyú aquella misma semana, como siempre había hecho, y que el *alfa*-buey ni sospechaba que fuera a dejarle tirado en ningún futuro cercano.
—Fue muy repentino —repetí, tratando de no sentirme culpable.
La vida de aquella villa o cualquiera de Cauce Rápido, era más importante que mi orgullo. Mi misión era protegerles. Cuando los *betas* se hubiera ido de La Reserva, tendría tiempo a sentir pena por lo que había perdido; no antes.
—Por cierto —añadí, rodeando la taza de té que todos teníamos delante pero que nadie bebía—, ¿conocéis a Zora?
—Ogh —se quejó Bonny, poniendo los ojos en blanco—. Como para no conocerla. Benny le dedica al menos un párrafo en todas sus cartas, y todos empiezan por: «Y la puta esa de El Abrevadero…».
—Está obsesionado —afirmó Rono.
—No, lo que está es enamoradísimo de Tori y le jode haberle dejado escapar —respondió ella. Al parecer, su hermanito no era el único de la familia sin pelos en la lengua.
—No lo creo —negó Banny—. Le quería muchísimo. Algo muy… serio tuvo que pedirle.
—Banny, conoces a tu hermano —respondió ella—. Es el Rey del Puto Drama.
—Sí, pero… —la joven no terminó la frase. No era el momento ni el lugar para hablar de aquello ni especular qué era lo que Tori le hubiera pedido hacer para enfadarle tantísimo.
Porque todos los sabíamos. O, al menos, yo tenía una clara sospecha al respecto.
—¿Y Zora se pasa mucho por aquí? —pregunté, redirigiendo el tema.
—Bastante —afirmó Rono—. Después de todo, es la bibliotecaria del Abrevadero. Se lleva muchos libros de la imprenta.
Tigro y yo intercambiamos una rápida mirada. Las piezas empezaban a encajar una tras otra.
—¿Y ha traído a su nuevo amigo? —quise saber—. El *omega* de Dos Ríos que tiene acento raro.
—Ehm… pues no tengo ni idea —reconoció el *alfa*—. Ahora que estoy emparejado, solo tengo ojos para una *omega*…
Se volvió en dirección a Bonny y se inclinó para darle un beso, pero ella puso una mano en su cara y le empujó suavemente de vuelta a su sitio.
—Sí, sí que vino con él hace un par de días —respondió ella—. Era un completo pesado y no

dejaba de hablar todo el rato, diciendo que Pozo de Noche era precioso. A ver, no me extraña —aclaró—. Dos Ríos es una mierda de Comarca, pero tampoco hace falta parecer tan desesperado.
—¿Y fueron a algún lado en especial? —pregunté—. A la imprenta, ¿quizá?
—Eso sí que ya no lo sé —murmuró ella, haciendo un poco de memoria—. Yo estuve moliendo tinta aquella tarde, pero… —y se inclinó sobre la mesa antes de susurrar—: según Mapac, se tomó muchas confianzas con él.
—¿En qué sentido?
—Se lo folló —me aclaró Tigro al oído.
—No —negué—. Le acababa de conocer.
Bonny arqueó las cejas y centró su atención en el té, al cual empezó a darle vueltas con la cuchara.
—*Omegas* de Dos Ríos… —fue lo que dijo en un suspiro antes de beber. Y hubiera quedado muy elegante si después no hubiera añadido—: son unas guarras.
Sí, definitivamente se lo había follado. Lo cual, era interesante. No que hubieran tenido sexo con un *alfa* que acababa de conocer y al que no le había sacado ni una triste perilla; sino que ese artillero no se tomara las molestias de participar en las costumbres sociales animanas.
Eso podía significar que: o no le importaban lo más mínimo; o, simplemente, se iría para no volver terminado el trabajo. Así que disfrutaba lo que podía por el camino.
—¡Nos encantaría ver la imprenta! —dijo Tigro de pronto—. Tengo entendido que mi saga de novelas favoritas sale directamente de aquí.
—Seguro —asintió Rono, mostrando ese acostumbrado y ciego orgullo por su villa—, somos la mejor imprenta de La Reserva. Usamos el mejor papel de Presa de Arce, el mejor cuero de Garra de Piedra y hacemos la mejor tinta. Nada como ese pigmento aguado de Pico del Cuervo que se borra solo.
Para demostrar las palabras de su *alfa*, Bonny nos mostró sus manos manchadas de parches de negro.
—No se van ni aunque las lave diez veces seguidas —nos aseguró.
Tigro fingió estar muy impresionado al respecto mientras me acariciaba la espalda con su cola.
—¿Y cuál es tu saga favorita? —preguntó Rono, inclinándose sobre la mesa para poder hablar en un tono más confidente—. No prometo nada, pero quizá… pueda decirte quién es el animano que las escribe.
—Eso sería maravilloso —respondió el *salvaje*—, siempre he querido saber quién escribe *El Tímido Omega*.
Sus palabras dejaron un profundo silencio en la mesa. Rono arqueó las cejas hasta casi alcanzar la raíz de su pelo corto y apretado; Bonny se atragantó con el sorbo de té que estaba dando; y Banny parpadeó varias veces, clavando sus ojos azules en la mesa.
—Mi *alfa* es un bromista —dije, moviendo la mano para posarla sobre la del *salvaje*—. No le hagáis caso. Su saga favorita es Lion, el Feroz, solo que le da vergüenza reconocerlo.
Como si hubiera explotado un globo, la tensión se disipó en solo un instante. Rono soltó un audible «oooh…» de comprensión; Bonny se rio por lo bajo y pidió perdón; y su hermana se mordió el labio inferior, asintiendo varias veces. Tigro se rio muy alto y me miró:
—No, no me gusta tanto… —murmuró, mirándome con sus brillantes ojos de jade y oro a forma de advertencia. Lion, el Feroz, era una saga adolescente de fantasía para *alfas*. Ni de lejos la clase de novelas que devoraría un enorme *salvaje*.
—¿Crees que no te he visto esconderlas? —le pregunté en voz baja.
Tigro agitó los largos bigotes y su sonrisa tembló ligeramente.

—Solo cuando me aburro mucho —mintió.
—Claro —asentí con expresión comprensiva antes de tirarle de la coleta que dejaba su cuenta—. Y tú te aburres mucho, muchísimo…
—No… —iba a responder, hasta que recordó dónde estábamos y con quién, así que apartó el tema y recuperó la compostura—. ¿Y con quién deberíamos hablar para poder conseguir una cama esta noche?
—Con Rumerta —respondió Bonny, señalando hacia arriba, más allá del techo de madera sobre nuestras cabezas—. Es la *omega* al cargo de la villa. Estará encantada de haceros una visita guiada.
—¡Genial! —lo celebró el *alfa* antes de darle un sorbo al té ya tibio—. Mmh, qué rico está. Aunque no tanto como el que hago yo. He creado un té especial que…
—Dios Mío —murmuré, llevándome una mano al rostro para frotarme el puente de la nariz—. No hables del puto *Tea*-gro.
—Lemér lo toma siempre, ¡le encanta!
—No.
—Claro que sí —insistió él, apretándome contra su cuerpo—. Dice que es el mejor de La Reserva.
—Es veneno.
Tigro se rio en alto, llenando el comedor con su atronadora carcajada. El *alfa salvaje* no era un animano sutil ni al que le gustara pasar desapercibido.
—Qué bromista es mi *omega*. Siempre me dice que debería intercambiarlo por las villas de lo bueno que es.
—Repartir ese té sería un acto terrorista.
—Claro que no… —gruñó, sonriente, pero mirándome de una forma estremecedora—. Es muy bueno.
Me enfrenté a su mirada sin vacilar y, con expresión seria, le dije:
—Aunque el *Tea*-gro fuera la última fuente de agua potable del planeta, preferiría beber tierra antes que esa mierda.
—Exageras…
—Tierra, Tigro. Bebería puta tierra y sería feliz.
El *salvaje* apretó con fuerza los dientes y su sonrisa se fue volviendo algo peligroso y agresivo.
—Tiene un toque fresco y floral, muy agradable en el paladar.
—Eso es verdad, es un gran remedio para vomitar —fruncí el ceño—. Quizá deberías dárselo a las Má y decirles que es un purgante.
El *salvaje* se volvió hacia el resto de la mesa, que nos había estado observando muy en silencio hasta aquel momento.
—Si nos disculpáis un momento… —les dijo, a lo que ninguno tuvo objeción alguna.
Entonces se levantó, tiró de mí y me llevó con él a una de las cuevas auxiliares. Cuando llegamos a un lugar lo suficiente oscuro, ya casi había entrado en estado *salvaje*, arrancándome el pantalón a tirones antes de subirme en brazos y golpearme la espalda contra la pared de piedra natural. Me gruñó a la cara, yo le di una bofetada y él gruñó más fuerte, clavándomela de un golpe seco y violento.
No paró hasta que nos corrimos tres veces y terminamos tirados en el suelo, jadeantes y sudados. Fue maravilloso.



Pozo de Noche recibía su nombre por un simple motivo: las lámparas que la iluminaban. La villa estaba construida en la alargada gruta de la montaña, allí donde no había luz. Sin embargo, debido a su industria dedicada a la impresión y la acumulación de libros, no podían permitirse tener antorchas y hogueras. Por ello, las cubrían todas de una celosía metálica que dejaba pasar la luz y mantenía atrapado el fuego, produciendo un patrón de pequeños agujeros que las hacían parecer estrellas.

Eso fue lo que nos explicó la *omega* al cargo de la villa, Rumerta, mientras nos ofrecía una visita turística por el lugar, cargando en el brazo con una lámpara de aceite como si fuera un bolso.

—Siempre nos dicen lo irónico que es que tengamos tantos libros para leer, pero que vivamos tan a oscuras —y se rio de una forma algo aguda y chillona, cubriéndose la boca con sus pequeñas manos.

Si había algo parecido a una parodia de bibliotecaria de gafas de media luna y moño apretado, era aquella *omega*-ratón al cargo de la villa.

—Sin embargo, el problema más grande para nosotros no es el fuego, sino la humedad —continuó—. Por eso almacenamos los libros y el papel en el exterior. Aquí dentro se pudrirían.

Tigro asentía constantemente, muy interesado con todo lo que le decía a la espera de que la *omega* volviera a reírse para acompañarla con una fingida carcajada. Yo me centraba más en observar los alrededores y decidir en qué punto sería más dañino colocar una bomba.

—¿Podríamos ver los almacenes? —pregunté.

—Sí, claro, pero si queréis llevaros un libro, tendréis que hablarlo con Espín. Él está al cargo de los almacenes y los envíos.

Tigro volvió el rostro y me miró, yo asentí.

Espín, un *alfa*-erizo de largos bigotes, grandes dientes frontales y pelo con forma de púas, ya nos esperaba a la entrada de la estructura exterior que era el almacén; como si supiera que en algún momento iríamos a verle. En su larga barba había más de diez cuentas y, en su rostro, la expresión de las personas con poca paciencia.

—¿Qué queréis y qué vais a darnos a cambio? —fueron sus primeras palabras.

—Lo que queremos es ver los libros, y lo que te voy a dar es una buena paliza como no hables mejor a mi *omega* —respondió Tigro, lo que asentó todo un precedente en nuestra relación con el encargado.

El *alfa*-erizo echó una rápida y tensa mirada al *salvaje*, apretó las comisuras de sus labios finos y se hizo a un lado, ofreciéndonos pasar al interior de la cabaña de lona que hacía de cobertura protectora.

Para mi sorpresa, tras descender casi tres metros de escaleras, comprendí que aquel lugar no era de origen animano, sino *beta*.

—¿Otro bunker? —susurró Tigro a mi oído.

—No —respondí en el mismo tono bajo—. Parece más una bodega. No construyes arcos de medio punto y columnas en un búnker —y le señalé la estructura con un gesto rápido de la mano.

La techumbre de arcos, las columnas y el estrecho pasillo era todo lo que se veía desde la

entrada, ya que el resto del espacio estaba repartido en hileras, repleto de estanterías y cajoneras a reventar de libros. Más que un almacén, aquello parecía un archivo.
Por suerte, Espín no nos acompañó al interior, así que tuvimos toda la libertad para pasearnos por allí e investigar. Tigro se centró en las paredes de piedra y el suelo, en busca de alguna grieta o compartimento secreto en el que esconder una bomba; yo trepé a lo alto y busqué entre las vigas. Ninguno de los dos encontró nada más que polvo acumulado y telarañas.
—Quizá no haya nada aquí —le sugerí, sentado en lo alto de una de las estanterías.
—¿Y para que han venido, entonces? —gruñó Tigro, clavando sus garras en una de las losas de piedra que, por un momento, creyó haber visto moverse ligeramente.
—Al parecer, para follar con *alfas* y dejar mal a Dos Ríos.
Mi respuesta no hizo gracia al *salvaje*, quien, con expresión seria, me lanzó una mirada por el borde superior de los ojos.
—Ese *omega* no se va a quedar en La Reserva. Le importa una mierda lo que piensen de él o su Comarca.
—Sí… —suspiré, echando una mirada hacia las estanterías—. Yo llegué a la misma conclusión.
—¿Crees que se lo ha follado para conseguir algo?
—No creo —respondí—. El almacén tiene cero vigilancia y no está cerrado. No haría falta abrirse camino a polvos para conseguir entrar. Creo que ese tal Mapac le gustaba y se lo folló sin más.
Tigro soltó un bufido despectivo y, con un fuerte tirón y un gruñido, arrancó al fin la losa del suelo; solo para descubrir que no había nada debajo. Con otro gruñido, la puso en su sitio y se levantó.
—Pues qué triste venir a La reserva y perder el tiempo con un mustélido.
—Mmh… —murmuré de forma pensativa, dando un par de toques con los dedos sobre la madera de la estantería entre mis piernas—. Los *alfas*-mapache son muy guapos y bastante cabrones, pero en el buen sentido. Tienen mucha labia.
Tigro se pasó la lengua por los colmillos, no demasiado divertido con lo que escuchaba. Cruzándose de brazos, preguntó:
—¿Y a cuántos *alfas*-mapache has conocido tú?
—En Puerto Bruma viven un par —me encogí de hombros—. Cuando les sacan la barba les salen antifaces negros, marcas de celo, como a los cérvidos. Son como sexys ladrones de cola anillada.
—Si tanto te gustan, no sé por qué le has puesto la cuenta a un enorme felino —murmuró con cierta acidez en su voz grave—. A mí no me salen estúpidas marcas, solo tengo un enorme territorio, muchísima comida y la polla tan grande y gorda que te cuesta hasta metértela en la boca.
Se me saltó la risa, la cual reverbero entre las columnas y arcos del almacén.
—Primero de todo: yo no te he puesto una cuenta —aclaré—. Segundo: no la tienes tan grande como te crees.
Tigro entreabrió los labios y aspiró aire, como si acabara de oír lo peor y más doloroso que alguien pudiera decirle. Cuando parpadeó, sus ojos de jade y oro se llenaron de humedad.
—Lemér —jadeó, pero la voz se le quebró y terminó por cubrirse los labios con el puño. Incapaz de seguir, agachó la cabeza y negó.
—No empieces uno de tus espectáculos, por favor —le pedí—. No tenemos tiempo.
Tigro volvió a negar, susurrando «no, no»; y, muy dramáticamente, se dio la vuelta para darme la espalda y apoyar una mano en la pared de piedra antes de ahogar un sollozo.

—Tigro —le llamé, más serio en esa ocasión—. Para ya.
—Solo necesito un momento —respondió con la voz rota y la cabeza gacha.
Tomé una profunda bocanada de aire y, aun exasperado por todo aquello, me dejé caer desde lo alto de la estantería hasta el suelo. Con los brazos cruzados y consciente de que me iba a arrepentir de aquello, rodeé a Tigro con mi cola y le dije:
—Lo que quería decir es que, para el mundo animano, tu polla no es tan grande. Eso no quiere decir que no sea maravillosa y me encante.
El *salvaje* ahogó un último sollozo y ladeó el rostro, pero no llegó a mirarme con sus ojos enrojecidos y húmedos.
—¿En serio? —preguntó.
—Sabes que no podría mentirte aunque quisiera.
Tigro se secó la nariz con el reverso de la mano y después se frotó los ojos para aclarárselos.
—¿Pero es la mejor que hayas probado nunca? —preguntó.
Me tomé un momento para poner los ojos en blanco y responder:
—Sí, es la mejor.
—¿Y mis huevos? Los lames mucho, pero no sé si…
—También —le interrumpí—. Todo lo que quede por debajo de ese retorcido cerebro tuyo, me vuelve loco. Ya lo sabes.
El *alfa* asintió y se dio la vuelta, apoyando la espalda en la pared y mirando al suelo. Sabía que aquella no era más que otro de sus estúpidos shows y sus retorcidas manipulaciones, sin embargo, consiguió que me acercara lo suficiente para apartarle un par de mechones del rostro y le acariciara la mejilla.
—¿Has terminado ya? —le pregunté.
Tigro no respondió. Sutilmente, tiró de mi jubón de lana para apretarme contra él y abrazarme.
—No puedes decirle a tu *alfa* que su polla es pequeña, Lemér —susurró en mi oído—. Eso es muy cruel.
—Claro, claro… —respondí vagamente, porque el *salvaje* me había tomado la mano y la estaba dirigiendo a su entrepierna, donde la apretó contra el bulto carnosos que sobresalía de sus pantalones.
Con su mano sobre la mía, me obligó a rozarle de arriba debajo de una forma profunda y sórdida mientras el bulto se volvía más grueso, alargado y duro por momentos. Tigro empezó a jadear y gruñir en mi oído, interrumpiéndose solo para susurrar:
—Tú también eres lo mejor que haya probado nunca.
—No vamos a follar en mitad del almacén —respondí en el mismo tono bajo.
—No, claro que no… —ronroneó, separándose lo suficiente para mirarme a los ojos y besarme.
En apenas una sucesión de apresurados movimientos y besos ininterrumpidos, desabroché el cinturón del *alfa* para meterme la mano por dentro. Él hizo lo mismo con el mío, frotando su mano por mi ano empapado, de arriba abajo, mientras gruñía y me daba ligeros mordiscos en los labios y el cuello.
Acalorado y sobrexcitado, Tigro me llevó con él hacia el final del pasillo. Aunque «llevarme con él» era una expresión casi metafórica de lo que ocurrió en realidad. Lo que pasó fue que nos debatimos descontroladamente de un lado a otro, golpeando la pared de piedra y las estanterías como dos animales salvajes incapaces de dejar de toquetearse y besarse. Los libros se caían de las baldas, los gruñidos y jadeos reverberaban en los altos techos, el polvo volaba con cada golpe seco de nuestros cuerpos. Yo ya tenía los pantalones por los muslos y estaba montado sobre el *alfa* como una garrapata, rodeándole con piernas, brazos y cola, besándole con furia y tirándole

del pelo.
El *salvaje* ronroneaba sin parar, tratando de alcanzar su objetivo al final del almacén, pero mi presencia e insistencia no dejaba de distraerle, haciéndole perder el equilibrio u olvidarse por un momento de lo que estaba haciendo. Intentaba hacer demasiadas cosas al mismo tiempo: llevarme con él, besarme, mantenernos en equilibrio, frotarme el ano y lamer todo ese líquido omegático que me empapaba las nalgas; como si no quisiera desperdiciar ni una sola gota.
Para cuando alcanzamos el final del pasillo, ambos éramos un desastre de pelo revuelto, piel ardiente y sudorosa y labios enrojecidos.
Entonces oímos el «clic».
Tigro y yo nos miramos. Todo se detuvo por un instante y, después, sucedió demasiado rápido. El *salvaje* me rodeó y me volcó contra el suelo, cubriéndome con todo su cuerpo para protegerme antes de agachar la cabeza y esperar la inminente explosión.
Explosión que nunca sucedió.
Pasados unos silenciosos segundos, el *alfa* dejó de apretarme bajo él y alzó la mirada, buscando a nuestro alrededor.
—¿Una mina de presión? —dijo en voz muy baja, casi hablando más consigo mismo que conmigo.
—No, ya estaríamos muertos —respondí.
—Un detonador.
—No —repetí—. Ya estaríamos muertos, Tigro.
—La bomba ha fallado.
A eso tardé un poco más en responder.
—Quizá ni sea una bomba. Solo hemos oído un «clic» —asumir que se trataba de un detonador, fue en gran parte culpa de nuestro entrenamiento militar.
Al *alfa* le costó un poco liberarme de su protección, gruñendo por lo bajo y obligándome a luchar por salir mientras él vigilaba los alrededores; todavía a la espera de que algo estallara. Su expresión hubiera dado verdadero miedo de no haber tenido el pelo revuelto y los pantalones por las rodillas.
En un instante, se puso de pie, se ato como pudo el cinturón y se puso delante de mí antes de acercarse a las estanterías. Paso a paso, lentamente, vigilante, atento a cualquier sonido que rompiera el sepulcral silencio del almacén.
Nuestro triunfal y desenfrenado recorrido repleto de golpes, había tirado varios libros de las estanterías y dejado otros al borde del precipicio. Fue en uno de ellos donde encontré lo que buscábamos.
—Allí —señalé en un susurro.
Tigro levantó al instante la mirada, donde, en lo alto, había una novela sin páginas. Era solo una cáscara vacía para esconder lo que, en un arrebato de genialidad, describí al *salvaje* como:
—Una novela explosiva.
El *alfa* me dedicó una firme mirada y negó con la cabeza.
—¿Siempre haces bromas en los peores momentos, Lemér?
—Un «BOOM» editorial —asentí.
Tigro parpadeó varias veces e, incapaz de aguantarlo, sonrió y se mordió el labio inferior.
—Vale, para ya —me pidió, devolviendo su atención a la novela—. Echaré una ojeada. Espérame afuera.
—Si no ha explotado ya después de las hostias que le hemos dado a las estanterías, dudo que explote ahora.

El *alfa* gruñó, pero sabía que tenía razón. Fuera lo que fuera que había pasado, la bomba no había detonado; ni cuando le dimos golpes a la estantería ni cuando Tigro trepó hasta ella y la sacó lentamente de la balda. Al abrirla, descubrió el por qué.
—No está activada.
—¿No? —fruncí el ceño.
Entonces el *salvaje* me la arrojó sin cuidado alguno y yo la atrapé en el aire. La bomba no era ni remotamente parecida a la de los dibujos animados, ni a los cartuchos de TNT con reloj de las películas del Oeste. En realidad solo era una caja gris del tamaño de un libro conectado con un par de cables a un pequeño sistema digital de tiempo.
—Explosivo plástico —explicó Tigro desde las alturas—. Muy utilizado en demoliciones y actividades militares, pero bastante inocuo y seguro. Los *betas* no han escatimado en gastos —añadió, mostrándome otra cáscara de libro llena del mismo material—. Pero ninguno de ellos está activado ni preparado.
—Así que solo lo almacenan aquí —murmuré.
—Es un buen lugar —afirmó él, revisando libro tras libro de la hilera—. Es seguro, seco y no creo que nadie haya mirado estas novelas desde hace años.
—Tigro… ¿cómo sabías que estaría aquí?
—No lo sabía.
Me crucé de brazos y entrecerré los ojos.
—Cuando hablamos de viajar a Cauce Rápido, Pozo de Noche fue tu primera opción, ¿por qué?
El *alfa* terminó de revisar los libros y encontrar otras tres cargas de explosivo plástico antes de tirarse al suelo y responder:
—Probablemente, aunque no es una confirmación del todo exacta, puede que, y digo esto como algo casi anecdótico…
—Corta el rollo —le interrumpí—. ¿Por qué sabías que encontraríamos algo aquí?
Tigro suspiró y se rascó la coronilla de pelo atrigrado y revuelto, terminando por pasarse la mano y peinárselo un poco hacia atrás.
—Tenías razón, Lemér —me dijo—. Yo estaba buscando mensajes crípticos y estúpidos en las novelas del *Tímido Omega*. El código es muy simple: en La Fiesta del Venado, el *omega* siempre se reúne con sus amantes «en lo profundo de la noche». Era obvio que se refería a esta villa.
—¿Y por qué no me lo dijiste antes? —quise saber—. Creía que solo estábamos dando palos de ciego hasta encontrar algo.
—Porque te pones insoportable cuando te doy la razón —me acusó.
—¿Qué *yo* me pongo insoportable? —no podía ni creérmelo—. Qué putos cojones tienes…
Tigro puso una media sonrisa y apoyó una mano en el estante, dejando caer el peso de forma casual para adoptar una postura relajada y prepotente.
—Sabes que tengo unos cojonazos increíbles —afirmó—. Me lo acabas de confesar hace apenas un rato —y señaló a sus espaldas, allí donde, veinte metros más lejos del pasillo, había comenzado todo—, y después me los has estado apretando como si no hubiera un mañana… Me hacías un poco de daño, pero, ¿quién soy yo para negarle a mi *omega* el placer de toquetearme todo lo que quiera?
Con una ceja arqueada y una actitud muy poco divertida, respondí:
—Así que me das todo lo que quiero, menos la verdad.
Tigro resopló con los ojos en blanco.
—Técnicamente, no te he mentido —dijo, agitando la cabeza de lado a lado mientras gesticulaba con su mano libre—. Me he reservado información que, de todas formas, no iba a tener un

impacto real en la misión. La idea de que la bomba estuviera aquí fue una suposición hecha a raíz de la remota posibilidad de que tú tuvieras razón y yo estuviera equivocado; lo cual, no suele pasar muy a menudo.
—¿Qué no suele pasar a menudo? Aha, sí, y dime, Tigro, ¿cuánto has aportado tú «a la misión», exactamente? —quise saber—. Porque, que yo recuerde, todos los avances que hemos conseguido han sido gracias a mí.
Soltó un bufido y murmuró:
—No me hagas reír, por favor.
—Sin mí ni te habrías enterado del código de las novelas. Seguirías engañando a *omegas* como un gilipollas, creyéndote un maestro del espionaje con tentáculos en todas partes, cuando en realidad solo eras un *fuckboy* con aires de grandeza.
—Lemér… no hace falta que te pongas celoso —me dijo, mirándose las garras negras con desinterés—. No importa cuantos *omegas* hubiera antes en mi vida. Tú eres el que me ha puesto la cuenta y se ha llevado el premio gordo.
—Todo lo que he conseguido, lo podría haber hecho perfectamente sin ti —continué—. Solo eres un parásito en mi vida y un peso muerto a mis hombros. Lo único que me das, son problemas.
—Y orgasmos —añadió, levantando al fin la vista a mis ojos—. Y te mantengo bien limpio, y te protejo, y te ayudo a centrarte, y te doy un espacio seguro donde ser libre, y me ocupo de todas tus necesidades para que tú puedas centrarte solo en lo importante. —Se apartó de la estantería y se cruzó de brazos—. Sin mí, serías solo un *omega* desperdiciando todo su talento en gilipolleces y ridículos *alfas*, Lemér. Yo saco lo mejor de ti.
Solté un jadeo seco y me llevé las manos a la cabeza, haciendo un gesto rápido, como si acabara de explotarme la mente.
—Wow… No sabía que en realidad eras mi puto guía espiritual, tensando mis límites para obligarme a superarme a mí mismo. Joder, debí habérmelo perdido entre tanta manipulación y mentiras.
—No soy tu guía espiritual —me corrigió—. Soy tu capitán, tu amante y tu *alfa*.
Llegado ese punto, solo pude negar con la cabeza y girarme en dirección al pasillo.
—No voy a seguir escuchando tus gilipolleces —declaré—. La cuenta siempre te sienta fatal.
El *alfa* no me detuvo, sino que recogió todos los libros repletos de explosivos y me acompañó a un par de metros de distancia en dirección a la salida. Cuando Espín le vio con tantas novelas en los brazos, fue a pedir una explicación, pero el *salvaje* le empujó con tanta fuerza que le arrojó al suelo.
—Mi *omega* quiere estos libros —fue lo único que dijo.
Como de costumbre, nadie se atrevió a reprocharle nada. Mucho menos cuando el *salvaje* parecía de tan mal humor y solo hacía falta una ligera provocación para que empezara a partirles cada hueso del cuerpo.
—Lemér —me llamó—. Espérame.
—Sí, mi capitán —respondí, pero no me detuve.
—Lemér… —empezó a sonar como una advertencia—. Estás muy cerca del celo y ando nervioso. No es buena idea que me enfades.
—No te enfado, solo estoy «sacando lo mejor de ti».
El *salvaje* gruñó y, de un solo salto, recorrió la mayoría de escaleras que descendían en dirección a Pozo de Noche. Desde la penumbra, me miró con aquellos ojos de jade y oro que reflejaban hasta la más mínima luz de las lámparas, al límite de su paciencia.

—Por esto nunca te digo nada —gruñó entre dientes—. Siempre te bloqueas y no quieres entenderlo.
—Soy capaz de entenderlo —le aseguré, pasando tranquilamente por su lado—, lo que no soy capaz de hacer, Tigro, es tomarte en serio.
—Oh, no, no, no —sonrió de una forma fría y afilada—. En realidad, el problema es que me tomas muy en serio, Lemér.
Resoplé y me pasé una mano por el tupé, sintiéndome demasiado cansado de repente para mantener una conversación como aquella.
—Vale, Tigro, que sí —murmuré—. Tú ganas, como siempre. Dejémoslo ya.
—No. Yo nunca gano —farfulló a mis espaldas.
Aún así, dejó aquel estúpido tema a un lado y me acompañó en silencio todo el camino a nuestra cabaña excavada en la tierra. Una vez en privado, le pregunté:
—¿Qué hacemos ahora con los explosivos?, ¿los llevamos a la catarata y los tiramos o sería peligroso?
Tigro dejó la pila de libros a un lado, sobre una mesa tallada en la misma piedra de la pared, y se acercó a mí para rodearme la cadera con los brazos y frotar nuestros bigotes.
—Lo que voy a hacer ahora, es ocuparme de ti —susurró—. Después, cuando estés relajado, nos ocuparemos de todo lo demás.
—No estoy de humor, Tigro —respondí con más cansancio que firmeza.
En realidad, ni siquiera estaba enfadado con él. No realmente. Solo me sentía frustrado con aquel mundo de fantasía y ciencia ficción que solo existía en su cabeza, allí donde él siempre tenía razón y todo era maravilloso y siempre había una justificación para todas sus mierdas.
—¿Ves esto, Lemér? —se señaló su espesa barba atigrada, más larga de lo que jamás la había tenido antes—. Esto significa que sé perfectamente lo que necesitas para ser feliz.
—¿Te has dado cuenta de que tus súper poderes de *alfa* barbudo siempre se limitan a decidir que necesito polla? Es la respuesta a todo. Tu solución a todos mis problemas ¿Casualidad? No lo creo…
Tigro se rio en voz baja y se acercó un poco más, frotando —cómo no—, su polla ya dura y tensa contra mí.
—Eso es porque te encanta que te folle —susurró al borde de mis labios—, pero, ¿te has dado cuenta de que siempre lo hago de forma diferente? —preguntó, dando cortos pasos para empujarme en dirección a la cama de pieles—. Sé cuándo te gusta más suave, cuando te gusta más violento, cuando te gusta que lo haga sin permiso y cuándo te gusta dominarme. El misterio no es si necesitas polla, Lemér, sino cómo quieres que te la dé.
Con un leve empujón, me hizo sentarme en la cama antes de quitarse el jubón y empezar a desabrocharse el cinto.
—Puedes decir lo que quieras de tu *alfa*, pero sabes que siempre consigue hacerte feliz…
Suspiré y ladeé el rostro. Tigro sabía muy bien cómo hacerme feliz, el problema era que también sabía muy bien cómo joderme la vida y ponerme de los nervios. Con él nada era fácil, excepto correrse.

UNA EXPLOSIÓN DE PLACER

Tigro y yo repasamos cada uno de los libros del almacén antes de darnos por satisfechos. Después arrojamos los explosivos al lago, donde se humedecerían y quedarían completamente inservibles. Finalmente, planeamos ir en busca de Zora y su amigo artillero. Conseguimos seguirles el rastro hasta Pasto de Piedra, al norte de la comarca; pero, por desgracia, el celo de verano se interpuso en nuestro camino.

A dos días del gran evento, no tuvimos otra opción que regresar a Mil Lagos. Tigro se había vuelto cada vez más irascible, nervioso y violento, hasta el punto de que continuar con él en alguna villa fue imposible.

Cuando regresamos a su territorio, me llevó con él a lo alto de su casa, entró en estado salvaje, me lo hizo violentamente entre las copas de los árboles y, al terminar, gruñó tan alto que se le debió poder oír en toda la comarca.

Fue entonces cuando suspiró, volvió a sonreír y se relajó por completo.

—Necesitaba esto… —susurró en mi oído, acariciándome los bigotes contra los suyos y manchándome de pequeñas gotas de sudor.

—Es imposible que necesitaras follar —le aclaré con un jadeo, porque aun me faltaba el aire y estaba algo aturdido—. No hemos hecho otra cosa en todo el viaje.

Tigro se rio y ronroneó, pegándome más contra su cuerpo caliente.

—No es lo mismo que hacerlo en el territorio —respondió.

—Será para ti —murmuré—. Yo me corro igual.

El *alfa* volvió a reírse, me tomó en brazos y me llevó con él al interior de la casa para limpiarme. Después, se tumbó a mi lado hasta que la barriga abultada dejara de molestarle y fue a preparar un baño y un café. Sumergido en el agua templada y con un *vanilla latte* en la mano, miraba las copas de los árboles con ojos adormilados mientras Tigro me abrazaba por la espalda y roncaba.

Había una extraña calma en el ambiente. Estaba en la brisa que agitaba las hojas, en el murmullo del riachuelo, en la luz cálida del sol, en el sonido del bosque que nos rodeaba. Era ese momento de tranquilidad tras terminar con éxito una misión, cuando ya había pasado lo peor y podías descansar.

Habíamos conseguido deshacernos de los explosivos y, según los apresurados avances de Zora y su amigo terrorista, les habíamos hecho huir corriendo en dirección a Dos Picos. No creía que nos tuvieran «miedo», la verdad, pero sí bastante «respeto». Incluso siendo dos *omegas* tan bien entrenados como yo, no eran rivales para Tigro; quien, por muy fanfarrón, insoportable y gilipollas que fuera, seguía siendo un peligroso *alfa salvaje*.

Eso no quería decir que hubiéramos vencido al fin a los *betas*, solo que habíamos ganado aquella batalla. La guerra aún se estaba librando y su final todavía era incierto.

Bebí un trago del café y cerré los ojos, recostando la cabeza en el pecho de Tigro. Cuando volví a abrirlos, el sol se había movido un buen trecho del cielo, arrastrando las sombras de los árboles varios metros hacia el Este.

—Mierda… —murmuré, levantando una mano para frotarme el rostro. Me había quedado

dormido.
Con un gruñido, me obligué a levantarme de la bañera e ir en busca de mi ropa. El café se me había caído de la mano y había manchado la madera. Recogí la taza y me la llevé conmigo a la mesa bajo el cobertizo.
—¿Vas a ir a ver a Topa Má para pedirle la poción del celo? —me preguntó una voz densa y adormilada.
—Entre otras cosas —respondí.
El enorme *alfa* bostezó, estirando los brazos al máximo y abriendo tanto la boca que se le vieron todos los colmillos y la lengua rosada. Tras aquello, se rascó el pecho de vello atigrado y me miró vestirme.
—Empezaré con los preparativos. Ahora que todos saben lo nuestro, podremos quedarnos aquí sin que nadie nos moleste.
Terminando de abrocharme el cinturón, arqueé una ceja y miré la pared del cobertizo, cubierto con una manta para ocultar las alocadas ideas del *alfa* sobre las novelas del *Tímido Omega*.
—¿Lo «nuestro»? —pregunté.
El *salvaje* soltó un murmullo afirmativo y esperó a que me girara para señalarse la cuenta de su barba.
—Lo nuestro —repitió.
—Quizá deberías quitarte eso antes de que te pudra más el cerebro —le sugerí, moviéndome en dirección a la salida.
—Hay cerezas en la cantina.
Me detuve en el borde del palco y me giré hacia el extremo de la cocina. Tigro había dejado allí una cesta llena de aquellas deliciosas cerezas rojas, así que me metí un par en la boca y me llevé un buen puñado para el camino.
—Volveré a la noche —me despedí.
—¿No le das un besito a tu *alfa* antes de irte?
Con mi mano libre, le enseñé el dedo corazón momentos antes de arrojarme de espaldas al vacío. En el mundo *beta*, mi desdén por las alturas siempre había resultado muy espectacular; en La Reserva, era tan normal como caminar.
A buen ritmo pero sin prisa, recorrí las ramas de los árboles, haciendo una lista mental de lo que debería hacer.
Uno: volver con la cola entre las piernas junto a Má para pedirle la puñetera poción.
Dos: agachar la cabeza en El Pinar mientras todos me juzgan.
Tres: repasar la montaña de correo que se hubiera acumulado en mi ausencia.
Cuatro: evitar a Benny como a la puta peste.
Al cruzar la frontera de la villa *omega* me detuve, tomé una profunda bocanada y miré las copas de los árboles, arrulladas por la leve brisa veraniega. Era increíble lo mucho que te podías sentir vinculado a un lugar en tan poco tiempo.
Había desarrollado un extraño sentimiento de pertenencia hacia El Pinar, más grande y más profundo de lo que jamás hubiera desarrollado por ninguna de las casas o apartamentos en los que había vivido. Y me pasaba lo mismo con la comunidad de *omegas* que allí vivían, incluso aunque no me llevara con todos o estuvieran siempre entrometiéndose en mi vida. Esa estúpida idea de Benny sobre «los *Omegas* de Mil Lagos» me había acabado lavando el cerebro.
Y ahora me sentía mal por haberles decepcionado.
A sus ojos sería solo un mentiroso, un cerdo y un traidor. El amante de un *salvaje*: lo más humillante de su mundo.

—¡Hola, Lemér! —me asaltó una voz a las espaldas segundos antes de sentir una colleja en la nuca.
Arda cayó sobre la rama del árbol como si sus pies ni siquiera la rozaran, se giró hacia mí como si bailara, esparciendo alrededor su dulce aroma a almendras, y, sonriente, me miró.
—Adivina a quiénes he visto en Presa de Arce.
—Ehm… —murmuré.
Era evidente a quién había visto: a Ors y Tugro, quienes ya habrían anunciado la gran noticia a todos.
—Te daré una pista —dijo, afilando la sonrisa—. Vienen de Prado Dorado y tienen muy poca vergüenza.
—Oh —arqueé las cejas y parpadeé—. ¿Los *omegas* del Trigal siguen allí?
—¿Te lo puedes creer? —estalló, agarrándome del brazo—. ¡Le han sacado una pelusa en la cara a unos *alfas* y se han quedado allí!
—Vaya —asentí lentamente—, parece que les gustaron mucho los úrsidos y cérvidos.
La joven resopló y se pasó una mano por su media melena alborotada.
—Los cérvidos son unos aburridos y los úrsidos, unos pesados —declaró.
—¿Y quién te ha dado el regalo, entonces? —pregunté, señalando la cesta de dulces que colgaba de su brazo.
Arda bajó la mirada, casi como si no se hubiera dado ni cuenta de que aquello estaba allí.
—Oh, ehm… mi madre.
—¿Tu madre te ha dado bollos y un collar de piedras de río?
—Sí, bueno, no. Mi madre me dio los bollos, el collar es de un *alfa* cualquiera sin importancia…
—¿Nuti?
La joven tomó una bocada de aire y, volviendo a mirarme a los ojos, confesó:
—Sí, el puto Nuti.
—Aha… —esa vez fui yo el que sonrió con malicia—. ¿Cuándo vas a darle la cuenta?
—A Nuti no le doy ni las gracias —declaró, arrojándose de la rama para caer al suelo como si quedara a un metro de altura y no a seis.
Cuando la seguí, la *omega*-ardilla seguía con la cabeza alta y expresión indiferente. Arda conocía al *alfa*-nutria desde hacía tiempo y, aunque nadie más lo supiera, se carteaban a menudo. La *omega* insistía en que solo era un «*alfa* de reserva» y que se tiraría de un barranco antes que vivir en Puerto Bruma; pero Nuti siempre llevaba una barba que olía a almendras y me preguntaba por ella cada vez que iba a la villa del lago.
—Sé que los mustélidos no son lo mejor de lo mejor, pero Nuti es muy guapo y divertido —le dije.
—No hace falta que me des consejos, Lemér —respondió con una mano en alto—. Que hayas cazado a Tigro no te convierte en la voz de la razón.
Me detuve en seco, casi como si me hubiera dado una patada en todo el pecho. Arda se dio cuenta y se giró, apartando su enorme cola para que pudiera verle la cara.
—Felicidades, por cierto… —sonrió.
—¿Ya…? —tragué saliva—. ¿Ya lo saben todos?
—Por favor, Lemér —se rio—. Esto es El Pinar.
Por un instante, Arda me había hecho creer que todavía no lo sabían, pero ningún jugoso cotilleo se escapaba de las hambrientas garras de los *omegas* de Mil Lagos.
—¿Y Benny? —pregunté.
—Está en Presa de Arce con Cervo —respondió—. Le vi malhumorado y quejándose en la

tetería porque el *alfa* no «le dejaba escapar» —y puso los ojos en blanco.
Saber eso me relajó. Al parecer, mi consejo sobre el bizcocho de calabaza había funcionado. Benny no se iría de la villa hasta haber pasado el celo con Cervo.
—¿Te quedarás a las *omegalias* o vuelves al territorio? —preguntó ella.
—Creo que volveré —respondí, avanzando hacia ella para continuar el camino—. He venido a por la poción y a organizar un poco las cartas.
—Oh, ¿vas a seguir trabajando de cartero? —preguntó, no sin cierta sorpresa en la voz.
—Sí, claro. Me gusta tener algo que hacer.
—Ya tienes algo que hacer: disfrutar de la vida por todo lo alto con tu *alfa salvaje*.
Eso me hizo gracia, aunque en el fondo sentí una punzada de algo similar a la tristeza. Cuando todo aquello terminara, no tendría otra opción que mudarme de comarca, posiblemente, a algún lugar alejado al que la noticia de mi «compromiso con Tigro» no hubiera llegado.
Pero eso sería más adelante, ahora lo que necesitaba era una poción especial para el celo, la cual, ya me estaba esperando en una de las baldas excavadas en la pared de la casa de Topa Má. Como era lo habitual en esas fechas, la chamana y su aprendiz estaban muy ocupadas, pero al oírme entrar la Má levanto dramáticamente la mano hacia aquel lugar, señalándolo con su larguísima uña negra.
—No es lo que crees —farfullé como un niño estúpido mientras alcanzaba ambas pociones; una para antes y otra para después—. No significa nada.
Sin mirarla, me di la vuelta para encontrarme de bruces con un fantasma negro.
—Joder, Hien —jadeé, retrocediendo un paso.
La Lemá, cubierta de pies a cabeza con su velo negro, levantó una de sus manos pintadas de gris ceniza y me señaló.
—La eternidad que dura solo un instante —dijo.
—Sí… —murmuré con el ceño fruncido mientras rodeaba a la niña.
Lemá no dejó de observarme y señalarme con su mano de garras negras. Ojalá pudiera decir que era muy rara y perturbadora, pero supongo que eso formaba parte de los básicos para convertirse en Má.
Una vez fuera de raíces, caminé directo al Hogar, sin encontrarme a demasiados *omegas* por el camino; a los que me encontré, sin embargo, no parecía haberles afectado mucho la gran noticia de mi… «compromiso». Todos me saludaron con total normalidad o me felicitaron, pero ninguno se quedó señalándome y llamándome «cerda», como me había imaginado que sucedería. Incluso el alcalde salió de su despacho para celebrar mi unión en cuanto me olió llegar a la mesa del correo.
—¡Felicidades! —exclamó el viejo Capri, alzando sus manos en alto hasta casi llegar a rozar sus grandes cuernos de caprino—. ¡Qué gran noticia nos has dado!
—Oh, ehm… gracias.
—Tigro el *salvaje* —asintió con aprobación, agitando su larguísima perilla llena de cuentas—. Debió ser todo un reto. ¡Los *alfas* tan poderosos son los más exigentes!
—Sí… todo un reto —murmuré, devolviendo mi atención a las montañas de cartas antes de golpear un puñado contra la madera para alinearlas—. Tigro nunca pone las cosas fáciles.
Por alguna razón, Capri se rio.
—No, en absoluto, pero ahora es tu *alfa* —declaró—. Debes estar muy orgulloso.
—Muchísimo —respondí sin alegría alguna antes de cambiar de tema—. Oye, Capri, tenía pensado continuar con mi trabajo de cartero del Pinar, si no te importa.
El alcalde alzó las cejas y miró un momento la mesa.

—Eso sería maravilloso, sabes lo mucho que apreciamos tu trabajo como cartero.
—Genial —sonreí, apilando otro grupo de cartas antes de golpearlas contra la madera y dejarlas en la columna.
—De hecho, ahora será mucho más fácil sin la mitad del correo —bromeó, apuntando a la cesta con el nombre «Tigro, el *salvaje*».
—Sí —sonreí—. Mucho más fácil.
Evidentemente, ahora que tenía *omega*, ya nadie le enviaría más cartas, regalos ni paquetes. Lo cual me recordó que era mejor quitar aquella cesta, llenarla de todo lo que quedaba para Tigro y llevármelo conmigo de vuelta al territorio.
—Cuando me vaya, volveré a colocarla en su sitio —le prometí, dejando caer la cesta a sus pies —. Por ahora, será mejor quitarla.
El *salvaje* no dejó de llenar los comederos de las gallinas antes de salir, abriéndose paso entre las aves con cuidado para no pisar ninguna. Ya frente a la cesta con su nombre, se llevó las manos a la cadera y suspiró.
—Tantas cartas llenas de lágrimas y tristeza… —dijo, negando con la cabeza—. Tantos corazones rotos…
—Tanta estupidez —añadí yo.
—Tantos celos… —añadió él, mirándome.
—Tanto autoengaño —asentí.
—Tanto orgullo…
El *alfa salvaje* saltó al tronco del árbol antes de impulsarse hasta la rama donde yo me encontraba.
—Tanto ego —respondí, mirándole gatear hasta quedarse frente a mi rostro.
—Tantas ganas de besarte… —murmuró él.
Una mueca de asco me cruzó el rostro, tensando por un momento las comisuras de mis labios y entrecerrándome los ojos; aunque eso no impidió a Tigro darme un buen beso con lengua antes de mostrar una afilada sonrisa.
—¿Qué te han dicho en El Pinar sobre tu gran logro? —preguntó.
—Nada —mentí.
—Mientes —sonrió más.
Puse los ojos en blanco y rodeé su cuello con la cola. No fue un acto realmente consciente, solo algo que hacía demasiado a menudo.
—No parecían muy sorprendidos —le confesé, pero de una forma vaga y sin darle la más mínima importancia—. Quizá todavía estén demasiado centrados en el celo y las cosas cambien en unos días.
—O quizá al fin comprendas que hay una gran diferencia entre visitar a un *alfa salvaje* y ponerle una cuenta —respondió, sentándose a horcajadas sobre la rama antes de colocar una mano en mi muslo y acariciarlo—. Las dos cosas implican una cantidad enorme de mamadas y sexo, claro —añadió con un tono ligero y divertido—, pero una te convierte en un *omega* muy cerdo y, la otra, en el respetable *omega* de un enorme, fiero y sexy *salvaje*.
—Con cuenta o sin ella, sabrán que te la chupo.
—Claro que lo sabrán —afirmó—. De hecho, sabrán que lo haces tan bien que no he podido resistirme a darte toda mi vida a cambio. Si lo piensas, es bastante romántico.
—Súper romántico —asentí—. No hay nada como tragártelo para decir «te amo».
Tigro se rio, agitando su cola anillada de un lado a otro a sus espaldas.
—Sabía que me amabas con locura, Lemér, pero no sabía que tanto —me dijo con una mueca

enternecida en el rostro y una mano en el pecho—. Ni tantas veces, ni en tanta cantidad, ni…
Solo se detuvo cuando le cubrí los labios con la cola. Aprovechando el agradable silencio, deslicé un dedo por los cordones de lana que unían la abertura de su jubón, tirando de ellos para dejar al descubierto gran parte de sus pectorales hinchados y de vello atigrado. Cuando mi mirada regresó a su rostro, no necesité más que ver su ceja arqueada y el brillo de sus ojos para saber que había una sórdida sonrisa en sus labios tapados.
El *salvaje* alzó los brazos y apretó los puños, marcando sus enormes bíceps, tensando al límite la resistencia de la tela negra. Sus cejas subieron y bajaron varías veces como si dijeran: «impresionante, ¿eh?». A lo que yo puse los ojos en blanco y resoplé vagamente, no queriendo darle el placer de reconocer lo muchísimo que me ponía.
Eso Tigro ya lo sabía perfectamente, solo tenía que olerme.
Decidido a hacerme ceder, el *alfa* se subió el jubón para mostrarme su torso, desde el inicio de sus pectorales hasta el final de sus marcados abdominales. Señalándose de arriba abajo, volvió a arquear las cejas como diciendo: «¿has visto todo esto?».
—Meh… —murmuré, encogiéndome de hombros.
Tras mi cola pegada a sus labios, llegó un bajo gruñido incrédulo. Entonces me señaló con uno de sus dedos de garras negras, de arriba abajo, como si me preguntara «¿y tú qué tienes para mí?».
Me quité el jubón y lo tiré a un lado.
—Yo también tengo de eso —le mostré—. No es para tanto.
El *salvaje* me devoró con la mirada un par de segundos antes de bajar la mano hasta el cinturón. Lo desabrochó, pero solo se abrió el pantalón lo suficiente para mostrarme su vello púbico y apretar el enorme bulto que le tensaba los pantalones de cuero.
Poniéndome en pie de un salto, me desabroché el cinto, lo dejé caer a un lado y me crucé de brazos, dejando que el propio peso de la gravedad fuera el que tirara de mi cintura hacia abajo, mostrando mi pubis negro y el comiendo de mi polla.
Tigro produjo un profundo ronroneo y me miró por el borde superior de sus ojos de jade y oro. Su respiración era cada vez más profunda y sus pupilas, cada vez más amplias. Recostándose en la rama del árbol, se metió la mano en la entrepierna y se la frotó un poco, lo suficiente para ir sacando lentamente su miembro. Le había visto la polla a Tigro cientos de veces, pero siempre conseguía arrancar un grave gruñido de mi frío y seco corazón cuando se la sacaba.
La movió un poco para mí, como sabía que tanto me gustaba; y, muy orgulloso de ella, se la golpeó un par de veces contra los abdominales, produciendo un sonido seco y algo húmedo.
Asentí con aprobación, aceptando el hecho de que aquello había sido especialmente sexy. Pero no cedí aún, no del todo. La proximidad del celo era intoxicante y a mí me apetecía jugar. Así que me acerqué a él, me dejé caer de rodillas y me incliné sobre su cuerpo. Sin embargo, sin llegar a rozarle. Con mi mirada fija en sus ojos y mis dedos frotándome el ano empapado, empecé a jadear.
Tigro gruñó bajo mi cola, todavía cubriendo su boca. Apretó las manos en la corteza de la rama, resistiendo la tentación, arañando la madera y cortándola como si fuera mantequilla.
—¿Ya te has corrido, gran y poderoso *alfa*? —sonreí.
Tigro estaba al borde del precipicio y solo necesitaba un último empujón. Así que saqué mi mano empapada y, todavía sonriente, me pasé un dedo por la lengua.
Eso le volvió completa, absurda e irremediablemente loco.
Justo segundos antes de que la bomba estallara.
-

Cuando sufres un ataque imprevisto y violento, tu mente reacciona de una manera especial. Tu parte racional, incapaz de entender lo que está sucediendo, se queda en pausa; y es entonces cuando tu parte irracional, tu instinto, toma el control.

En el momento en el que estalló la bomba, todo se volvió confuso, violento y apresurado. La explosión nos empujó por los aires, arrastrándonos varios metros en una mezcla de humo, madera, polvo y plumas.

Mi instinto fue el que consiguió que me agarrara a la primera rama estable que alcancé, el que rodeó con la cola a Tigro y le llevó conmigo a cubierto tras el grueso tronco. Apretando la espalda contra la corteza fresca y musgosa, respiré agitadamente, echando rápidas miradas al lugar de la explosión. Había un agujero en el epicentro, rodeado de llamas, humo, papeles flotando y plumas.

Entonces miré a Tigro frente a mí. Estaba consciente, pero confuso. Una herida en su sien le había llenado el pelo, la oreja y la mejilla de sangre. Agitaba la cabeza tratando de recobrar el sentido, pero se hubiera caído ya al suelo de no ser por mi cola alrededor de su cuerpo.

Fue mi instinto el que me dijo que mi alfa estaba bien. Herido, pero no en gravedad. Así que volví a girarme hacia la explosión, observando el entorno con cuidado tras el árbol.

Lentamente, mi parte consciente se fue recuperando. Pasado el shock, la información fluyó como un torrente tras haberse quedado estancada. Habíamos sufrido un ataque, una bomba había estallado y nos había llevado por los aires. No se oía nada en el bosque, solo el ligero pitido que llenaba mis oídos tras la explosión. No había ningún olor desconocido más que el del humo. No había más atacantes.

Aquello no era el comienzo de una operación más elaborada, sino un intento fallido de asesinato.

—¿Tú oyes algo? —jadeé.

—No —respondió una voz grave y seca.

Al *salvaje* aún le costaba moverse, pero se estaba recuperando a una velocidad asombrosa. Y eso quería decir que se estaba poniendo muy, muy furioso.

—Ve por el sur, yo iré por el norte —gruñó.

Asentí y salté a una rama más alta, deslizándome como un fantasma entre las hojas. Entre Tigro y yo recorrimos el perímetro hasta reunirnos de nuevo al otro extremo de la explosión. Con solo una mirada, confirmó mis sospechas: no había nadie más allí.

—¿Has visto algún avión o dron? —preguntó, apretando los dientes.

—No —murmuré, girando el rostro hacia el claro—. Esa bomba no cayó del cielo.

Salté al suelo y me acerqué al cráter que había dejado la explosión. Un rápido barrido me dio una idea muy clara de lo que había sucedido.

—Nos han dejado un regalo en el buzón, Tigro.

El *salvaje* se reunió a mi lado y miró lo mismo que yo miraba. Ya no quedaba nada del gallinero y, por desgracia, de las gallinas; de ahí las plumas y las manchas de sangre que adornaban la poca hierba y los árboles que habían sobrevivido y aún no estaban ardiendo.

—Apaguemos primero el fuego —ordenó.

Y eso hicimos, de una forma efectiva y ordenada, usando las reservas y bidones de la cabaña para volcarlos sobre las llamas. Los explosivos plásticos estaban creados para demoliciones estratégicas: hacían mucho ruido y tenían mucha fuerza destructiva, pero no dejaban grandes incendios a su paso.

Nos llevó apenas veinte minutos sofocar las llamas y convertir el cráter en un humeante agujero en mitad del territorio. Fue entonces cuando empezaron las especulaciones.

—¿Cómo? —quiso saber Tigro.

—Un paquete del correo —respondí—. ¿Podrían haber prescindido del temporizador y hacer algún tipo de detonante por contacto?
—Sí, podrían —respondió él—. Quizá uniendo el detonante al embalaje para provocar una reacción química al despegarse, como las cartas bomba. Pero nosotros no hemos abierto ninguna carta.
—Nosotros no, pero quizá sí las gallinas —le señalé los escombros humeantes que habían sido el gallinero—. Puede que se hubieran puesto a picotear la cesta y los paquetes y que, una de ellas, hiciera detonar la bomba por error.
Tigro asintió y se quedó en silencio.
—No, Tigro —murmuré—. Yo no metí un paquete bomba en tu correo, ni lo traje justo ahora a propósito, ni sigo trabajando en secreto para los *betas*, ni es un retorcido plan para conseguir que confíes en mí.
El *salvaje* giró el rostro y me miró. Su piel manchada de tierra, sangre, humo y ceniza hacía sus ojos más brillantes e intimidantes que nunca; pero su voz sonó muy suave y sincera al susurrar:
—Eso ni se me pasó por la cabeza, Lemér.
—Solo lo digo para que te quedes tranquilo.
—A estas alturas, si quisieras matarme solo tendrías que pedírmelo —me dijo—. No necesitas una bomba.
Compartí su mirada un par de segundos más antes de responder:
—¿Seguro? Porque es la clase de muerte dramática y llamativa que siempre creí que te gustaría tener.
Las comisuras de sus labios se deslizaron y afilaron lentamente. El mundo a nuestro alrededor era un caos, pero Tigro sonreía y alzaba la cabeza con orgullo.
—Ogh… solo mi *omega* me conoce tan bien…
Puse los ojos en blanco y me crucé de brazos, devolviendo mi atención al cráter.
—Llevo una semana sin entregarte el correo, y Tijón, el cartero del Abrevadero, solo baja aquí cada diez días; así que nos han enviado la bomba entre el martes de la semana pasada y ayer.
—Nos han visto en Cauce Rápido y nos tienen miedo —dijo Tigro—. Quieren deshacerse de nosotros.
—Mmh… —murmuré, dándole vueltas a la idea—. Puede ser, esto apesta a movimiento desesperado. La clase de mierda que haría un incompetente —y, con el pie, aparté un trozo de madera quemada.
—Suenas como si te molestara que hubieran fallado —dijo él, dedicándome otra fina sonrisa.
—No, de hecho, doy gracias de que no hayan enviado a alguien que sepa hacer su trabajo.
—Aaaahm… —vocalizó, como si acabara de entender algo—. Te duele que los *betas* no hayan enviado a un súper asesino de élite para deshacerse de ti.
—Pfff… —resoplé—. Qué gilipollez.
—Te jode muchísimo —la sonrisa de Tigro se alargó hasta ser casi una mueca macabra en su rostro manchado de tierra y sangre—. Y lo entiendo, la verdad. Casi parece que no te respetan ni te valoran. Yo me sentiría exactamente igual que tú, pero… claro —se llevó una mano al pecho y suspiró—, a mí sí que me han enviado un súper asesino de élite para matarme.
—Si mi misión hubiera sido matarte, ya estarías muerto —le aseguré.
—Sí… —continuó, pasando una mano por mis hombros para pegarme contra él—. Mandaron al mejor de los mejores, pero mi increíble cuerpo de *alfa salvaje*, mi inteligencia, mi enorme polla y mi irrefrenable aura sexual fueron más poderosas que sus instintos asesinos. Ahora, ese precioso *omega* es mi marido y trabaja para mí.

—Ojalá esa bomba me hubiera estallado en la cara —deseé.
Tigro soltó una ruidosa carcajada, me levantó en brazos, me dio un profundo beso con lengua y, al terminar, me miró fijamente a los ojos.
—Tranquilo, vas a tener algo explotando en tu cara muy, muy pronto… —ronroneó.

EL SEGUNDO CELO

El segundo celo que pasé con Tigro en La Reserva fue el mejor de mi vida, aunque eso no fuera difícil.

La diferencia entre este celo y todos los anteriores, o el primero que pasé con él, no fue el acto en sí; prácticamente igual a la primera vez; sino por el antes y el después. La antelación y el desenlace del mismo.

Comenzó con una escalofrío que recorrió toda mi columna vertebral y me erizó el vello del cuerpo, los bigotes y la cola. Me revolví un poco y solté el aire por los labios. Tigro, no muy lejos de mí, recogiendo los restos desperdigados que quedaban del gallinero, volvió la cabeza al momento y sonrió.

—Ya empieza… —ronroneó.

—Sí, eso parece —murmuré en respuesta antes de continuar barriendo las plumas y lo que quedaba de las pobres aves, únicas víctimas del ataque explosivo.

—¡Voy a prepararlo todo! —exclamó, muy emocionado y sonriente, mientras saltaba entre los huecos como un niño a punto de celebrar su cumpleaños.

—Vale. Sí…

A esas alturas era cuando normalmente empezaba a ponerme muy, muy nervioso. Entre las veinticuatro y dieciocho horas previas me angustiaba, empezaba a sudar y no paraban de darme pequeños ataques de ansiedad. Sin embargo, en aquella ocasión solo empecé a sentir un leve cosquilleo en el vientre, una cálida anticipación de lo que se avecinaba. A media mañana comencé a mojarme más de lo normal y Tigro empezó a perder la cabeza.

Me preparó un café quemado, con un buen poso de grano molido en el fondo y una rama de canela sin cortar. Cuando quise preguntarle qué cojones había pasado, vi al *salvaje* de cuclillas a mi lado, mirándome fijamente con sus ojos de jade y oro, sonriendo como un maníaco y agitando su cola de tigre de un lado a otro hasta dar graves golpes sobre la madera del suelo al final de cada recorrido.

—No malgastes café si no estás en condiciones, por favor —le pedí.

Tigro asintió muy lentamente y, de pronto, produjo una risita tonta de quinceañera antes de taparse los labios con una enorme mano de garras negras.

—Qué bien hueles… —jadeó en voz baja. Entonces volvió a emitir aquella risita tonta, se cubrió la boca como si hubiera dicho algo totalmente vergonzoso y, para terminar, se sonrojó.

Lo más sorprendente no fue eso, sino que, tras todo aquello, salió corriendo para trepar a uno de los árboles y esconderse entre las ramas. Mirándome entre las hojas, volvió a reírse.

—Madre mía… —murmuré—. Dime que esto es culpa de la cuenta, por favor…

El cuerpo del *alfa* había comenzado a reaccionar al mío, a la absurda cantidad de feromonas que yo estaba emitiendo debido al celo; pero la primera vez solo le había sedado y calmado. En esa ocasión, parecían haberle vuelto completamente subnormal.

Tigro no paraba de seguirme y espiarme, siempre escondido en algún lado. O, al menos, eso creía que intentaba, «esconderse», porque parecía haber perdido todas sus increíbles habilidades

para la sutileza. El *salvaje* se agazapaba como un niño entre la maleza, detrás de los árboles o entre las cajas y barriles; demasiado grande como para taparse del todo, siempre sorprendido cada vez que le lanzaba una mirada y le veía volver a esconderse y le oía reírse.
—¡Para ya! —terminé gritándole—. Me estás poniendo los pelos de punta, joder.
Pero no paró, de hecho, solo fue a peor.
A doce horas del celo, empezó a aparecer de pronto, de cualquier lado, y me daba un beso o un abrazo sorpresa antes de salir corriendo, agitando las manos en alto hasta volver a desaparecer entre la maleza susurrando: «mi *omega*, mi *omega*».
A diez horas del celo, ya era noche cerrada y había hecho una cena rápida y ligera, porque no tenía demasiada hambre. Mascaba una pieza de fruta y miraba a Tigro con una expresión aburrida y un tanto frustrada. El *alfa* había empezado a exhibirse delante de mí, o algo similar. Más bien, decir que se «exhibía» era una interpretación mía de lo que realmente estaba sucediendo.
El *salvaje* había comenzado a dejarse ver y a estirarse, como si estuviera haciendo sus ejercicios matutinos: arqueaba la espalda, tensaba los brazos y las piernas, erizaba la cola… pero después se dejaba caer, revolviéndose en el suelo y mirándome con una leve sonrisa en los labios. Me recordaba muchísimo a un enorme gato con ganas de jugar, pero uno que, nada más acercarte, huía corriendo.
Si no te acercabas, sin embargo, seguía revolviéndose, moviendo la pesada cola y quitándose la ropa hasta quedar desnudo. Y si decidías no prestarle atención, ronroneaba cada vez más alto o, simplemente, se acercaba lo suficiente para tirar algo al suelo y obligarte a mirarle.
—Te juro que me estás enfadando muchísimo —le dije.
A ocho horas del celo, ya estaba tumbado en el mar de mantas y almohadas que era la cabaña. Esperaba conseguir dormir un poco y no pasarme la noche en vela, pero sería difícil conseguirlo con un Tigro que no paraba de nadar bajo las sábanas y tirar del libro que intentaba leer.
El *salvaje*, con su cabeza cubierta por una manta, volvió a acercar la mano a la novela, muy lentamente, casi como quisiera provocarme.
—No. Tigro… No —le dije, cada vez más serio y cortante.
Pero al *alfa* le dio igual, con un rápido gesto, terminó arrancando la novela de mis manos para llevársela con él al extremo de la cabaña y tirarla por al ventana abierta.
—¡Tigro! —rugí.
El *salvaje* se rio y salió de debajo de la manta para revolverse entre las almohadas, desnudo y sonriente. Ahora que volvía a tener toda mi atención, se estiró, me enseñó su precioso y musculoso cuerpo cubierto de vello atigrado y terminó rodando para ponerse cara a mí, con las piernas bien abiertas.
No tenía la polla del todo dura todavía, pero llevaba una hora o así con ella más hinchada de lo normal. Lo que sí había sufrido un cambio significativo eran sus huevos, visiblemente más grandes y llenos, como dos melocotones de pelaje níveo y suave.
Nada ni remotamente similar al desproporcionado cambio de los bovinos, pero se notaba que el cuerpo del *salvaje* se estaba preparando a conciencia para darme todo el semen que hiciera falta. Quizá fuera eso lo que su mente idiotizada quisiera mostrarme.
—Sí, tienes unos cojones preciosos —asentí, con la esperanza de que eso le calmara un poco.
Tigro se sonrojó y sus mejillas se volvieron del color del carmín sobre su espesa barba. Se mordió el labio inferior con sus dos grandes colmillos de carnívoro y, con esa expresión tan tonta en el rostro, se acercó de vuelta a mí para revolverse entre unos cojines cercanos.
—¿Por qué no duermes un poco y te relajas? —pregunté, abriéndole la manta con la que me

tapaba.
El *alfa* no dejó de mirarme y no se movió. Con un suspiro de cansancio, negué con la cabeza y me recosté, cruzándome de brazos en la penumbra. Echaba mucho de menos a ese Tigro drogado y sedado del primer celo, aunque, para ser sinceros, era lo único malo que podía decir hasta el momento de toda aquella experiencia.
Por mi parte, todo había ido mejor que nunca: sin ataques de ansiedad, sin nerviosismo, sin taquicardias ni sudores fríos. Notaba una extraña sensación en el abdomen, una especie de cosquilleo acompañado de una sensación de excitación y una absurda cantidad de líquido omegático. Había tenido que quitarme los pantalones a media tarde solo para no seguir manchándolos. Pantalones que Tigro robó antes de salir corriendo y riéndose. Lo que había hecho con ellos, era todo un misterio.
De pronto, sentí una presión en el estómago y entreabrí los ojos para mirar la cabeza del *salvaje* apoyada en mi abdomen; todavía sonriendo como un subnormal y sonrojado.
—Por Dios… —murmuré, dejando caer la cabeza de vuelta a la almohada.
Como seguí ignorándole, el *alfa* se empezó a subir más y más sobre mí, hasta estar tumbado de un lado a otro, con la espalda arqueada. Tigro pesaba bastante y, cuando quise mirarle de nuevo, tenía la cabeza medio enterrada en una de las almohadas, con el pelo revuelto y la cuenta colgando de su espesa barba.
Descrucé los brazos y moví una mano hacia su pelo para apartarlo del rostro.
—Es imposible que El Todo me odie tanto como para haberme emparejado con alguien como tú —le dije.
—Soy todo lo que necesitas —respondió él con un ronroneo grave que reverberó en su amplio pecho.
—Yo no necesito esto —le aseguré, señalándole allí, recostado de espaldas, con aquella sonrisa de imbécil en los labios.
Tigro se deslizó, causando que por un momento perdiera la respiración por culpa de su enorme peso. Después, se enrolló en una manta hasta convertirse en un taco con solo una cabeza de *alfa*-tigre visible en un extremo. Rodando hasta mí, se paró solo cuando tuvo su rostro a mi lado. Tenía la punta de la lengua fuera y sonreía. No podía parecer más estúpido.
—Si lo que necesitas es un *salvaje* rarito e insoportable, es solo culpa tuya, Lemér —me dijo.
—A mí no me eches la culpa de tus trastornos mentales. Ya estabas mal cuando te conocí.
—Y, aún así, te emparejaste conmigo —se rio, rodando de un lado a otro mientras repetía—: conmigo, conmigo, conmigo…
Me llevé una mano al rostro y me apreté los lacrimales. Aquello era una pesadilla y solo estaba deseando poder despertarme de una vez.
A cinco horas del celo, me desperté en mitad de la noche con una sed terrible y la entrepierna completamente empapada. Con un gruñido seco, aparté a Tigro de mi lado y fui en busca de algo que beber. El *alfa*, antes de caer en aquella espiral de estupidez, había dejado todo un barril lleno de agua de río al otro lado de la puerta. Hundí el cazo que colgaba del borde de la madera y me lo bebí casi sin respirar, manchándome las comisuras de los labios, los bigotes y la barbilla.
Jadeando, llené un segundo cazo, y, después, un tercero. Con la barriga llena de agua, volví con lentos pasos al interior de la cabaña. El celo de verano siempre era de los más peligrosos: la constante pérdida de fluidos se juntaba con la sudoración y el calor, dejándote casi al borde de la deshidratación si no te andabas con cuidado.
Al regresar a la esquina en la que dormíamos, tiré de la sábana empapada de líquido omegático y sudor e hice una bola con ella antes de tirarla y sustituirla por una limpia. Después, recogí un par

de almohadas y las llevé conmigo para acomodarme. Tigro dormitaba a periodos regulares, despertándose intermitentemente para mirarme y sonreír. Toda su energía se había consumido al fin, dejándole en aquel estado relajado y aturdido del primer celo.
—Me duelen los huevos… —murmuró, sonriente, mientras parpadeaba—. Creo que ahora que tengo cuenta, mi cuerpo quiere darte bien de tigrecitos y lemurcitos…
—Pues dile a tu cuerpo que eso no va a pasar —respondí en el mismo tono bajo y pesado.
—Mmmmh… —ronroneó, esperando que me tumbara a su lado para volcarse sobre mí y encerrarme bajo su cuerpo.
—Hace calor, para —le pedí.
Realmente, en Mil Lagos no hacía especial calor en verano, no como en el sur, pero mi cuerpo pre-celo alcanzaba una temperatura casi febril y no paraba de sudar.
Para mi sorpresa, Tigro se levantó poco a poco y se hizo un hueco entre mis piernas, sin importarle demasiado mancharse de líquido omegático la cadera y el pubis. Aunque, la verdad, tampoco era como si no mancharse fuera a cambiar nada, porque el *salvaje* no podía oler más a menta y miel de lo que ya lo hacía.
—¿Ya tenías elegido a un *alfa*? —preguntó de pronto.
—¿Qué?
—Para inseminarte —aclaró con aquel tono lento y vago, casi pastoso—. ¿Ya habías buscado un *alfa* en esa lista de adolescentes?
Parpadeé, tardando un par de segundos más en responder:
—No, claro que no —entonces, me reí solo con pensarlo.
—Raro… —entrecerró muy lentamente los ojos—. Tú nunca dejas nada para más tarde…
—Tenía un trabajo complicado, Tigro, por si te has olvidado —le recordé, haciendo un gesto de pistola con la mano antes de dispararle—. No era el mejor momento para tener una cría.
—No, no tenerla, pero… tú ya habrías elegido al *alfa*. Tú no huyes de decisiones importantes. No mi Lemér.
Al *salvaje* le costaba pensar, pero todo lo que decía era perturbadoramente cierto: yo nunca hubiera dejado para más tarde una decisión tan importante.
—Ya, bueno… —me encogí de hombros—. Había otras razones.
—No, no, no… No «otras». Otra razón —resaltó, en singular.
Cogí aire y lo solté con pesar entre los labios. Incluso drogado e incapaz de fijar la mirada en mis ojos más de tres segundos sin parpadear y perder un poco el equilibro; Tigro seguía gozando de esa asquerosa habilidad para leerme la mente.
—Sí, «otra» razón —confesé.
—Otra razón… *Beta*. Con piernitas —dijo, moviendo dos de sus dedos boca abajo, imitando a alguien caminando—. Con una polla enana y cojoncitos como canicas —continuó, moviendo sus dos dedos por encima de mis abdominales hasta alcanzar mi pecho. Allí, me dio un par de toques con la garra negra y afilada—. Un ridículo humanito que creyera que podría hacerte feliz…
—No me apetece hablar de eso a… —me miré la muñeca como si allí aún tuviera mi reloj del ejército—, cuatro escasas horas del celo, Tigro —calculé.
El *salvaje* tomó una profunda respiración y la soltó en un largo suspiro. Entonces, se dejó caes sobre mí, produciendo un sonido húmedo y viscoso allí donde su piel y su pubis se pegaba a mis muslos.
—Me van a explotar los huevos —susurró en mi oído. Supuse que se trataba de una queja, aunque terminó por reírse antes de quedarse dormido.
Cuando volví a despertarme, ya casi había amanecido. Todavía era temprano, pero los primeros

rayos del sol de verano estaban tiñendo el cielo de colores malva y anaranjados. De haber seguido vivos los gallos, hubieran empezado a cacarear en ese preciso momento, marcando el inicio de la jornada en el territorio de Tigro.
Pero aquella mañana fue diferente. No se oyeron gallos, solo la suave brisa agitando las hojas de los árboles y mis gruñidos cuando me volví en busca del *alfa*. Había un fuego incandescente dentro de mí y solo él podía apagarlo.
Tigro entreabrió los ojos y sonrió levemente mientras le besaba con desesperación, poniéndose duro casi al instante. El celo había comenzado y se habían terminado las tonterías: ahora, más le valía hacer lo que le ordenara y darme todo lo que quería.
En el mundo *beta* se decía que los *omegas* nos transformábamos en criaturas monstruosas durante el celo. Que nos convertíamos en seres sedientos, malvados e insaciables. Que podíamos llegar incluso a hacer daño a los hombres lo suficiente valientes para atreverse a probar la experiencia.
Pero los *betas* no tenían ni idea de lo que era pasar el celo con un *omega* al 100%, porque entonces, sí que se hubieran asustado de verdad. Con ellos, tenías un hambre enloquecedora, pero como sabías que no te darían de comer, tratabas de contener los bocados y aprovecharlos lo más posible. Era una lucha constante con ellos y contigo mismo. Sufrías y te aferrabas con garras y colmillos a los pocos momentos de placer que pudieras conseguir.
Eso significaba pasar el celo con un *beta*.
Y por eso yo había estado tan asustado, angustiado y preocupado la primera vez. Ahora ya no. Ahora había perdido por completo el miedo y me había vuelto un completo monstruo consumido por la avaricia y repleto de necesidades.
Cuando antes lloriqueaba y gemía: «solo un poco más, solo un poco…»; ahora rugía: «¡Más, dame más! ¡Necesito más, TIGRO!».
Y él siempre me daba más y yo siempre terminaba gimiendo de puro placer y cayendo rendido entre las mantas y almohadas. Una y otra vez, siempre que lo quisiera, siempre que lo pedía.
Era. Simplemente. Maravilloso.
Cuando aquella necesidad ardiente se fue disipando, el *alfa salvaje* ya estaba lleno de arañazos, chupetones y hasta algún que otro mordisco. Me monté sobre él una última vez, en mitad de una cálida tarde de brisa suave, y, tranquila y pausadamente, le deslicé dentro de mí hasta soltar un leve gemido bajo entre los labios. Después, con las manos apretando sus grandes pectorales, moví la cadera lentamente, produciendo un grave gruñido y profundos ronroneos en el *alfa*.
Tigro, al igual que yo, estaba saliendo de aquel estado aturdido. Lo suficiente para recuperar parte de su voluntad y llevarse las manos tras la cabeza, acomodando una almohada y cerrando los ojos para disfrutar de la cabalgada.
—Mmh… un poco más rápido —murmuró—. Sí, así… uff… Apriétame más con la cola. Hazme tu *alfa*…
Al terminar, rugió con la boca muy abierta y mi cola alrededor de su cuello, apretándole con tanta firmeza que su rostro se había puesto colorado a falta de oxígeno y sangre. Cuando le solté, casi pareció sufrir un leve bajón de tensión, poniendo los ojos tan en blanco que no se veían sus iris.
—¿Estás bien? —pregunté en un bajo jadeo.
—Sí… —dijo apenas sin aire. Entonces levantó una mano y juntó las puntas de su dedo índice y pulgar, formando un círculo en señal de «ok»—. Mejor que nunca —añadió.
Nos quedamos así todo un minuto hasta que fue el propio *alfa* quien me volcó hacia un lado, sobre las mantas y cojines, para poder limpiarme. Lo había hecho también durante todo el celo y,

como resultado, su barba —esa que ya era difícil hacer crecer siento tan larga—, había dado un pequeño estirón.
Ahora Tigro tenía una barba de leñador o, como a mí me gustaba describirla: de vagabundo. Aunque nada de lo que dijera sobre ella conseguía minar su autoestima ni el profundo amor del *salvaje* por su descontrolada barba.
Aquella misma tarde, tras levantarnos para comer algo e ir a bañarnos al río, lo primero que hizo fue mirarse en el reflejo de una plancha de latón. Verle sonriendo mientras se la peinaba con las garras era un tanto extraño; casi parecía que el *alfa* estuviera orgulloso de ella, o que le hiciera sentirse el animano más sexy de La Reserva.
—Me siento como si me hubieras dado una paliza —reconoció, estirando con fuerza los brazos hasta que hizo crujir los huesos.
Terminada la adoración a su barba, tocaba un poco de yoga.
—Te he dado una paliza —le aseguré, llevándome a los labios mi taza de café recién hecho.
El *salvaje* se rio y bajó las manos al suelo, arqueando la espalda antes de hundirla en una postura de saludo al sol.
—¿Tú cómo te encuentras? Sé que absolutamente complacido y extasiado después de haber disfrutado de otro celo conmigo —aclaró, bajando un momento la mirada de lo alto de las copas para guiñarme un ojo y sonreír—. Me refería más a esa cabecita tuya.
—¿Tienes el valor de preguntarme por mi salud mental después del espectáculo que montaste ayer? —pregunté, mirándole por el borde superior de los ojos mientras daba otro trago de café. El día que se acabara, me iba a morir como los *betas* no mandaran más en sus cajones del naufragio.
—¿Qué espectáculo? —respondió con curiosidad—. ¿Hablas de cómo te mantuve entretenido y distraído para que no sufrieras ataques de ansiedad ni te pusieras nervioso?
Resoplé y eché la cabeza a un lado. No me lo podía creer.
—No, Tigro, hablo de cuando te acercabas para susurrar: «mi *omega*» y después salías corriendo mientras agitabas los brazos y te reías como un subnormal.
—No recuerdo eso… —murmuró él, frunciendo el ceño de forma pensativa—. Lo que recuerdo es verte con cara preocupada todo el tiempo, mordisqueándote el labio inferior y mirando al suelo como si estuvieras esperando que algo terrible empezara a suceder.
—Algo terrible *ya* había sucedido: tú —le señalé.
El *alfa* soltó una de esas carcajadas altas y graves, llenando toda la casa del árbol con ella. Tranquilamente, cambió de postura para sentarse de piernas cruzadas como un monje budista, apoyando las manos en las rodillas y estirándolas al máximo para envarar la espalda.
—Entonces, ¿lo que te preocupaba tanto era lo terriblemente sexy que te estaba pareciendo?
—«Sexy» no es la palabra que usaría para describirlo.
—Ogh, claro —asintió—. «Impresionante» quizá se acerque más. O puede que «imponente». Me mirabas y pensabas en lo afortunado que eras de poder disfrutar de un *alfa* como yo. Te decías: «¿Estaré a la altura de este ser tan maravilloso, fiero y sexual?» —Tigro suspiró y me miró, relajando la postura y poniendo una mueca de comisuras apretadas—. La respuesta es «no», Lemér. No estás a la altura. Nadie lo está; pero, por suerte para ti, me has puesto una cuenta y ahora ya no puedo escapar.
Tigro terminó levantando sus manos con las palmas hacia arriba y encogiéndose de hombros.
Tomé otro sorbo sin dejar de mirarle y, tras un par de segundos, respondí:
—Soy el *omega* más afortunado del mundo…
—¡Lo sé! —exclamó él, muy sonriente antes de dar un ágil salto y ponerse de pie—. Mira esto

—se señaló, dando una vuelta sobre sí mismo para que pudiera apreciar todo su musculoso y enorme cuerpo—. Me sorprende que cada mañana no llores de alegría al verme.
—De hecho, sí lloro —murmuré—, pero por otras razones.
—Ah —lo entendió, chiscando los dedos antes de señalarme—, porque el sexo es tan bueno que no puedes ni creerlo…
Llegado ese punto, dejé mi taza vacía a un lado y me fui de allí, incapaz de soportar ni un segundo más del Show de Tigro. El *alfa*, sin embargo, no parecía dispuesto a dejarlo pasar. Me siguió de un salto al bosque, cruzando de rama en rama mientras continuaba diciendo:
—No finjas que esta mañana no me has montado solo por puro gusto, Lemér…
—No finjo nada —le aseguré sin si quiera volverme para mirarle—. Si hay algo bueno en toda esta situación y tu estúpida cuenta, es que no tengo que darte explicaciones de cuándo o por qué quiero montarte.
La carcajada de Tigro me siguió hasta la vera del río, donde salté de la rama hasta alcanzar la vera pedregosa. Paso a paso, me fui hundiendo en el agua fresca y clara, sintiendo un estremecimiento de placer en contraste con la tarde cálida de verano.
—Eso es verdad —continuó él, apoyando el hombro en el tronco de un árbol antes de cruzarse de brazos—. Soy tu *alfa* y tienes todo el derecho a exigir que te satisfaga cuando y donde haga falta.
—Pues eso… —murmuré, dejándome caer sobre el torrente de agua. Sumergí la cabeza y volví a sacarla con un jadeo, echándome el pelo mojado atrás—. Por cierto, Tigro, quizá sea hora de ponernos serios y hablar de lo que vamos a hacer con esa cuenta.
El salvaje arqueó ambas cejas y ladeó el rostro.
—¿A qué te refieres?
—A que ya no la necesitamos —respondí, mirándole seriamente—. Y a que te está pudriendo el cerebro. Quizá sea el momento de quitarla.
Tigro resopló y puso los ojos en blanco, como si hubiera dicho alguna tontería.
—Claro que la necesitamos, Lemér —me aseguró—. Además, ya me han visto con ella. Ya no tiene sentido quitarla.
Fruncí el ceño y ladeé el rostro.
—Tigro… esa cuenta es falsa.
El *salvaje* mantuvo mi mirada un par de segundos. Con tono serio y bajo, me preguntó:
—¿Sigues creyendo eso, Lemér?
Me quedé un momento en silencio.
—No significa nada —dije.
Una de las comisuras de los labios de Tigro se elevó en una levísima sonrisa. Lo que podría significar, no tuve tiempo a preguntarlo.
Antes de que pudiera volver a hablar, un sonido lejano llamó mi atención. Entre el murmullo constante del río se oyó una voz lejana y, cuando presté más atención, empecé a percibir el ritmo apagado de una conversación. De hecho, más de una.
—Son *alfas* de la garra cruzando el puente del oeste —me explicó Tigro, quien, obviamente, podía percibir todo aquello mucho mejor que yo—. Llevan un carro, así que estarán transportando algún tipo de mercancía para intercambiar.
—¿Para intercambiar con quién? —pregunté—. El Pinar está al sur.
El *salvaje* se encogió de hombros como si nada.
—Con El Abrevadero, quizá —farfulló de forma rápida y vaga antes de añadir un firme—: Escucha, Lemér, tú y yo…
—Tigro, ha pasado algo —le interrumpí, poniéndome de pie casi de un salto—. Suenan a

demasiados *alfas*, y nunca viajan más de dos o tres para cargar las mercancías. Ni siquiera a otras Comarcas.
El *salvaje* dijo algo, pero yo ya estaba dejando el río atrás y corriendo por el bosque, saltando hacía la primera rama para sujetarme con las manos y, de una elegante pirueta aérea, terminar apoyado en la siguiente.
Solo un minuto después, me encontraba en lo alto de un viejo pino, observando entre las hojas cómo el grupo de *alfas* de la garra terminaba de atravesar el puente de madera. Debían ser más de una docena, cargando con dos carros repletos de pieles, carne y víveres. Perdí la respiración y el corazón se me detuvo.
Mi primera reacción fue saltar al suelo e ir a preguntar qué había pasado, pero una mano me agarró del brazo y me detuvo en seco. Tigro estaba detrás de mí, mirando la larga cola de *alfas* con una expresión molesta y los dientes apretados.
—Estás desnudo —me recordó con un tono bajo—. No vas a salir así a verles.
Fruncí el ceño y tiré del brazo que me agarraba con tanta firmeza. Tigro dejó de mirar la cola de alfas de la garra para mirarme a mí con la misma expresión tensa en su rostro. Con su otra mano, me acercó mis pantalones; esos manchados que me había robado antes del celo.
—Solo tu *alfa* te puede mirar desnudo ahora —aclaró.
No quise responder. No era el momento para empezar a discutir; no antes de descubrir la razón por la que docena y media de gemelos de la garra estaban llevando tantas provisiones al norte.
De un tirón seco, le arrebaté el pantalón y, lo más rápido que pude, me lo puse antes de saltar al suelo y correr en dirección al grupo.
—¡Hola! —les saludé, una mano en alto y la otra todavía sosteniendo la cintura del pantalón para que no se me cayera—. ¡Hola, chicos! ¿Qué hacéis por aquí?
Unos tres o cuatro alfas, los que cerraban la comitiva, se detuvieron y se giraron para mirarme. Ninguno de ellos estaba sorprendido. Ninguno de ellos se preguntó por qué estaba saliendo medio desnudo del territorio de Tigro. Ninguno de ellos sonrió, hinchó el pecho ni empezó a pavonearse como solían hacer cuando les entregaba las cartas.
Solo respondieron:
—Estamos yendo a Mina Negra. Este es el camino más rápido, sentimos si a Tigro le ha puesto nervioso que viajemos tantos tan cerca de su territorio, pero las circunstancias son las que son.
—¿Qué…? —agité la cabeza—. ¿Qué circunstancias?
Los alfas intercambiaron una rápida mirada.
—¿No os habéis enterado? —preguntó uno de ellos—. Ha explotado una bomba en Mina Negra durante el celo. Media villa se ha venido abajo.
Me quedé sin aire y mis labios se movieron sin producir sonido alguno.
—¿Qué…? —repetí.

MINA NEGRA

La villa de Mina Negra se había derrumbado en apenas un instante. Había sido durante el celo, cuando las parejas estaban demasiado ocupadas para darse cuenta de lo que sucedía, hasta que fue demasiado tarde.

Según los que habían conseguido salvarse, más de sesenta *alfas* y *omegas* habían muerto enterrados en escombros. Todavía seguían excavando en busca de supervivientes, pero lo único que encontraban eran cadáveres. Aunque los animanos hubieran conseguido evitar morir en un primer instante, habían quedado sepultados tras tal cantidad de piedra y tierra que se habían quedado sin oxígeno, muriendo asfixiados antes de que pudieran rescatarlos.

Muchos de ellos, los cadáveres que conseguían sacar a la superficie, tenían las garras ensangrentadas de intentar abrirse paso cavando. Ni siquiera los mustélidos y roedores lo habían conseguido. Mina Negra era una villa en lo más profundo de la montaña y había sido imposible escapar.

Miraba la larga fila de muertos, cubiertos con las finas telas negras de las Má mientras Teján Tomá, la aprendiz de la chamana de Cauce Rápido, los rociaba con aceites y murmuraba una letanía.

Algo dentro de mí ardía. Gran parte de ese sentimiento era puro odio y rabia, pero también culpabilidad. Sabía que sin nosotros, sin Tigro y sin mí, quizá más villas hubieran sido atacadas; pero eso no me hacía sentir mucho mejor por lo que había pasado en Mina Negra.

—Topa Má necesita que vayas a buscar algo al Pinar, Lemér —dijo una voz a mis espaldas, interrumpiendo por un momento mis pensamientos.

Al girarme, vi a una *omega* ratón de metro cincuenta y larga cola rosada. No conocía su nombre, pero trabajaba en el hospital de campaña que las Má habían levantado a los pies de la gruta.

—Claro, ¿qué necesita?

—Láudano y hojas de roble.

Asentí y, sin más, salí corriendo ladera abajo. No estaba en mi carácter quedarme sentado y esperando. Nada más alcanzar la villa, me había unido a los grupos de ayuda, junto a *alfas* y *omegas* de todos los rincones de Cauce Rápido, así como de las comarcas circundantes. Mi idea había sido ayudar a excavar o quizá cargar las provisiones y víveres que no dejaban de llegar; pero Capri, que también estaba allí, había preferido incluirme en los equipos de comunicación, por llamarlos de alguna forma.

—Eres de los *omegas* más rápidos, Lemér —me había dicho de forma apurada, sin siquiera levantar los ojos del mapa que el alcalde Raccon y él miraban sin pestañear. El alcalde Tup del Abrevadero también estaba allí, pero al ser ciego se limitaba a quedarse escuchando— , necesito que atiendas a las Má por si necesitan que vayas a buscar algo.

—Sí, señor —había respondido de forma automática, asintiendo como un militar antes de darme la vuelta y marchar con paso firme para cumplir mi misión.

Como los alcaldes, las Má de los alrededores también se habían reunido en Mina Negra. Ellas y sus aprendices habían llegado como sombras de suntuosas alhajas y colgantes para atender a los

heridos. Si la situación hubiera sido otra, casi hubiera resultado cómico ver a las chamanas juntas, como una hermandad de monjas vestidas de negro; cada una más excéntrica que la anterior.

Topa Má se movía entre las camas de los heridos con las manos extendidas y las dramáticas zancadas que tanto la caracterizaban. Incluso ciega, nunca se chocaba con nada ni nadie, y sus manos de larguísimas uñas parecían conocer los males de cualquier enfermo con solo posarlas sobre su piel.

Después estaba Espina Má, sentada en una esquina mientras observaba un cuenco de agua y aspiraba los humos de la docena de inciensos que tenía prendidos a su alrededor. A veces, en mitad de aquel trance de letanías susurradas, se detenía para mirar el techo de la tienda con sus ojos en blanco y jadear un par de palabras. Un *omega* sentado a su lado las oía con atención y salía corriendo a decirles a los *alfas* dónde excavar. Ya habían rescatado a una docena de animanos, muertos y vivos gracias a Espina Má y sus visiones.

Una tercera chamana que no conocía, la de Dos Picos, consolaba a los *alfas* y *omegas* que Topa ya no podía salvar. Era una *alfa* enorme, una úrsida de pelo corto y blanco como la nieve, con las marcas del sol y la luna tatuadas en cada mejilla y frondosas pieles alrededor de los hombros. Con una ternura que contrastaba con su imagen y su tamaño, tomaba suavemente las manos de los moribundos y susurraba palabras de consuelo. Nunca se oía lo que les decía, pero todos dejaban de llorar y gemir de dolor hasta que, de un momento a otro, la luz se apagaba de sus ojos y la chamana les cubría con una tela negra antes de entonar una oración.

—El láudano y las hojas —jadeé, todavía con la respiración acelerada tras el largo viaje de ida y vuelta.

Má levantó una mano ensangrentada y señaló la mesa a su lado. Un *alfa* cabra de Mina Negra estaba tumbado sobre la manta, apretando un trozo de madera entre sus dientes para no gritar. Le habían rescatado con vida, pero una roca había caído sobre su pierna y ahora esta colgaba del resto de su cuerpo gracias a solo un amasijo de carne, tendones y sangre.

—Se está desangrando —me dijo ella. Incluso en mitad de aquel caos, Topa era capaz de arrastrar las palabras casi en un suspiro—. Necesito que le hagas un torniquete a la altura del muslo.

Me puse de rodillas al lado del *alfa* y tomé una de las vendas que había al otro lado. Rodeando el muslo del animano un par de centímetros por encima de la herida, apreté los extremos hasta tensarlos y después los até. Aquello fue demasiado para el *alfa*, quien soltó un gruñido y se desmayó del dolor.

—¿Algo más, Topa? —pregunté.

Ella negó con la cabeza y fue en busca de una de los cuchillos para terminar de amputar la pierna. No podía hacer nada por salvarla ya, solo ahorrarle al pobre animano el sufrimiento de sentir los cortes y tirones.

Con un asentimiento, me puse de pie y salí de la tienda, en busca de otro lugar en el que necesitaran mi ayuda. No podía hacer nada en lo profundo de las minas, porque aquello no era sitio para un arborícola como yo y lo único que causaría son problemas, pero quizá en…

—Lemér —me llamó una voz, una que reconocí casi al instante.

Al girar el rostro, vi a Lupo apoyado contra la columna de la tienda, con los brazos cruzados y cara de no haber dormido en uno o dos días. Cabeceó ligeramente, añadiendo aquello a su saludo, casi como una tentativa para descubrir si yo estaba dispuesto o no a hablar con él.

—Lupo —respondí, girándome por completo—. No sabía que estabais aquí también.

—Sí, llegamos de los primeros —respondió, apartándose de la columna. Su ropa manchada, su

pelo revuelto y su cola alicaída daban fe de ello—. ¿Tienes un momento para charlar? —preguntó, señalando hacia un lado.
—Emh… —eché una última ojeada alrededor. Docenas, quizá cientos, de animanos se movían de un lado a otro, suficientes manos para no necesitar mi ayuda urgente en ninguna labor—. Claro —asentí.
Seguí al *alfa* en dirección a la ladera rocosa y, solo cuando estuvimos a la suficiente distancia del poblado, me dijo:
—Fue una bomba mal colocada. Lo que pasó aquí, digo. Alguien puso una bomba y la hizo estallar en mitad del celo.
—Lo sé —murmuré en su mismo tono bajo—. Tigro y yo no conseguimos encontrarlas todas.
Lupo se detuvo y me miró por el borde de sus ojos de un azul helado. Por un instante, creí que querría hablar del *alfa salvaje*, de cómo le había mantenido en secreto todo aquel tiempo y de por qué, de pronto, yo estaba emparejado con él.
Pero me equivoqué.
—Entonces, lo que decías era verdad… Lo que nos contaste sobre los *betas*.
—Sí —asentí.
Ahora aquello parecía extrañamente lejano e intrascendente, aunque me alegraba de que los gemelos se hubieran dado cuenta de que yo no estaba bromeando ni poniendo malas excusas para no ir a verles.
Lupo asintió de forma pesada y miró a o profundo del valle, allí donde un riachuelo poco profundo socavaba la hierva verde como una herida.
—Sé que es tarde para pedir perdón, pero quizá no lo sea para ayudarte —me dijo antes de clavarme otra de esas miradas heladas y serias—. Polu y yo haremos lo que haga falta para que esto no vuelva a ocurrir.
Tomé una bocanada de aire y la solté mientras pensaba. La ayuda de los gemelos de la garra me hubiera venido genial hacia dos semanas, ahora… ya era tarde para evitar lo peor. Aunque no era mi idea negarme. Los hermanos seguían siendo unos rastreadores increíbles y aún había dos *omegas* terroristas perdidos en la comarca.
—Todavía necesito planear qué hacer a continuación —le confesé—. Esto nos ha pillado por sorpresa y tenemos que tener mucho cuidado. Los espías *beta* están desesperados y están usando métodos muy peligrosos.
Lupo asintió de nuevo.
—Los animales acorralados son siempre los peores, porque ya no tienen nada que perder.
—Oh, estos tienen mucho que perder —le aseguré—. Ya no pueden quedarse en La Reserva y ya no pueden volver al mundo *beta* sin haber conseguido resultados. Sea lo que sea que hayan venido a buscar aquí, dudo mucho que hubiera sido provocar un conflicto internacional; y como el público se entere de esto —señalé a lo alto, hacia la montaña y la entrada cada vez más despejada de la villa—, te aseguro que habrá consecuencias.
—Entonces, ¿crees que este ataque ha sido algo desesperado? —preguntó. Había cierta esperanza en su voz, como si este incidente pudiera ser algo totalmente aislado y no volviera a repetirse jamás.
—No puedo asegurarlo, pero tiene toda la pinta —murmuré.
Lupo tomó una profunda bocanada del aire cálido y asintió con firmeza.
—¿Quieres que busquemos algo? O a alguien —preguntó, decidido a ayudar—. Sabes que somos los mejores rastreadores de la comarca. Puede que de toda La Reserva, incluso —terminó, alzando un poco la cabeza con orgullo.

—Os avisaré en cuento piense en un plan —le prometí—. Por ahora, centrémonos en ayudar aquí.
—De acuerdo —afirmó él y, cuando fue a darse la vuelta para volver a la villa, pregunté:
—¿Por qué dijiste «bomba mal colocada»? Antes, al principio.
Lupo tardó un segundo o dos en entender mi pregunta, después, señaló con una mano de garras en dirección a la villa.
—Un *omega* de Dos Picos se lo dijo a los alcaldes —me explicó.
Fruncí el ceño.
—¿Qué *omega*?
—Un armadillo, pequeño, de gafas gruesas. Suele estar en el grupo de excavación. Al parecer, sabe mucho de minas.
Solté un bajo «ahm…» y asentí.
—Gracias, Lupo.



Para encontrar a aquel omega que sabía tanto de minas, tuve que encontrar primero a Murci, el *salvaje*. Al parecer, ambos trabajaban juntos creando grutas seguras y excavando entre los peligrosos escombros.
Según me había dicho el alcalde Tup, ambos había creado una especie de base minera en lo profundo de la montaña; y por eso buscaba a Murci. No era momento para fingir que yo tuviera el más mínimo sentido de la orientación en las profundidades: en el bosque, podría orientarme con una venda en los ojos y las manos atadas, pero a diez metros de la superficie era como un niño buscando a su madre en mitad de una enorme centro comercial.
—Murci, Murci, ¡Murci! —le llamaba de forma intermitente, palpando la pared rocosa con mi mano en mitad de la más profunda oscuridad.
Tropecé tres veces y me golpeé la cabeza otras dos, pero, después de lo que me había parecido una eternidad, una voz serena y grave me dijo justo al lado:
—Hola, Lemér.
Mi reacción fue instantánea y el salvaje detuvo mi patada en seco, sin apenas esfuerzo.
—No te voy a mentir —me dijo—, me hace cierta gracia que intentes golpearme siempre que me ves.
—No es nada personal —le aseguré, bajando la pierna de nuevo al suelo—. Lo hago con todos.
—No es eso lo que he oído… —murmuró e, incluso en la más profunda oscuridad, pude imaginarme una fina sonrisa en sus labios.
Ni me sorprendió que incluso Murci, asolado en su territorio bajo Cauce Rápido, se hubiera enterado de mi reciente compromiso con Tigro. No había nada que se propagara más rápido por La Reserva que los cotilleos.
—Ya —murmuré—. Escucha, necesito hablar con ese *omega* que te está ayudando. ¿Me podrías llevar junto a él?
—Por muchos talentos que tengas como cartero, Lemér, no creo que puedas ayudarnos en esto —aventajó, haciendo una más que errónea suposición de por qué yo estaba allí.

—No, solo quería hacerle un par de preguntas sobre la bomba.
—Ya vino una *omega* antes que tú para preguntar lo mismo, quizá debas hablar con ella.
Parpadeé, lo que, en mitad de la oscuridad, fue como hacer nada.
—¿Qué *omega*?
Murci suspiró.
—Una que se presentó como: Zoral, la periodista de Bosque Verde.
Mi expresión debía ser un poema, uno que solo el *salvaje* pudo ver y del cual se rio.
—Ya, a mí también me pareció estúpido, pero reconozco que era una animana muy… insistente.
Tomé una bocada del aire pesado y viciado de la cueva y, con resolución, decidí centrarme e ir por partes.
—Vale. Llévame a hablar con el *omega* que te ayuda —ordené—, después, buscaré a esa… periodista de Bosque Verde.
—Lemér… no puedo perder el tiem…
—Murci, yo no soy un periodista pesado y tocahuevos —le interrumpí—. Soy un exmilitar con muy mal genio. Te aseguro que de mí no vas a deshacerte con tanta facilidad. La única diferencia entre que me lleves tú a verle y le encuentre yo solo, es el tiempo que me lleve hacerlo. ¿Queda claro?
Murci se quedó en silencio, aunque dudaba que fuera debido a lo que le hubiera dicho o la amenaza velada que incluían mis palabras. Seguramente, aquel breve momento solo lo dedicó a reflexionar sobre lo serio que yo estaba hablando o las complicaciones y problemas que podría llegar a producirles en caso de querer seguir recorriendo la cueva por mí mismo.
Con un suspiro, me agarró con mucho cuidado de la tela de mi jubón de lana y tiró de mí en una dirección.
—A Arman no le gustan las interrupciones, así que se breve —me pidió.
—Claro —murmuré.
Para el tiempo que me había llevado arrastrarme hasta aquel punto, pareció casi un paseo de cinco minutos alcanzar la base minera. En esa ocasión, sin tropiezos ni golpes en la cabeza. De entre la oscuridad, empezó a percibirse una luz lejana que se hacía más y más amplia por momentos, delineando la entrada a una gruta más amplia.
Parpadeé y me froté los ojos debido al cambio. Casi me costó distinguir la figura pequeña y encogida sobre una mesa de madera, midiendo varios mapas con herramientas cartográficas que, muy probablemente, él mismo se hubiera construido.
—Murci, necesito que compruebes el túnel 38 —dijo sin siquiera levantar la vista del grupo de papeles. Bajo sus ojos negros había unas marcadas ojeras y su pelo rizo estaba revuelto y alborotado, como si se lo hubiera frotado demasiadas veces.
—Ahora mismo —respondió el salvaje, soltándome el jubón para cruzarse de brazos—. Quiero presentarte a alguien, Arman. Este es Lemér, el cartero de Mil Lagos.
El *omega*- armadillo con aroma a castañas asadas, me lanzó una mirada rápida, seca y cortante antes de regresar a su trabajo.
—No nos sirve de nada, es un arborícola.
Murci ladeó el rostro y me dedicó una fina sonrisa y una graciosa mirada por el borde de sus gafas redondas y negras. Después, se fue a buen paso en dirección a la salida para volver a desaparecer en la oscuridad.
Di un paso al frente.
—Hola, Arman —le saludé—. Estoy investigando a un grupo terrorista de *omegas* que traban para los *betas*. Seguí el rastro de un artillero hasta Cauce Rápido y encontré una buena cantidad

de explosivos plásticos escondidos en los almacenes de Pozo de Noche. —Arman había dejado de escribir de forma apurada en los mapas y ahora se dedicaba mirarlos mientras me escuchaba muy atentamente—. Me preguntaba si tú podrías darme algún tipo de información útil sobre lo que ha pasado aquí —terminé.

—¿Lo que ha pasado aquí? —gruñó, mirándome por el borde superior de sus ojos—. ¿No te parece obvio? Vaya mierda de militar investigador debes ser. ¿¡Y por qué no le dijiste nada a los alcaldes!? —estalló, llenando la caverna con su voz aguda—. ¡Podías haber evitado todo esto!

No me tomé aquello a mal, solo adquirí mi mejor actitud de militar: manos a la espalda, cabeza alta y expresión seria.

—Era información clasificada —murmuré.

—¡Pero qué dices! —volvió a gritar, golpeando la mesa de madera con un puño, haciendo temblar todos los papales y herramientas de cartografía sobre ella.

—Señor Arman —le llamé, recuperando toda su atención gracias al intencionado añadido *beta* —. He oído que la bomba que pusieron aquí, estaba «mal colocada», ¿podría explicarme el por qué?

Muchas veces, por no decir «siempre», la actitud prepotente y por encima de todo que teníamos los militares provocaba una reacción agresiva en los civiles.

—¡No hui del mundo *beta* para encontrarme con la misma puta mierda aquí! —me gritó, muy indignado—. ¡No voy a ayudar a ningún puto militar nazi! ¡Ni a ninguna organización secreta con aires de superioridad!

—Mi trabajo es la seguridad de La Reserva, señor Arman —respondí, mismo tono calmado, mismo guion de siempre, solo que cambiando «la seguridad de la Nación», por «La Reserva»—. Hay un grupo terrorista con acceso a explosivos y necesito que responda a mis preguntas y no me haga perder el tiempo. ¿Por qué dice que han colocado «mal» la bomba? ¿No era su intención destruir Mina Negra?

Arman apretó los dientes y puso una profunda mueca asqueada. Las cosas no estaban yendo bien, aunque, la verdad, pocas veces iban bien en casos como aquel.

—No me obligue a ponerme agresivo —le pedí—. De una forma u otra, me dirá lo que quiero saber. Lo que tenga que hacer para conseguirlo o el tiempo que me lleve… es solo decisión suya.

—Oh… —jadeó él, indignado pero con una ácida sonrisa en los labios—. ¿Vas a torturarme, Lemér? A mí: uno de los tuyos. Quizá el terrorista y aliado de los *betas*, seas tú…

Di otro paso al frente. Arman no se movió de su sitio, pero su cola y sus bigotes se tensaron con nerviosismo.

—La seguridad de La Reserva está por encima de usted y de mí, señor Arman —le dije—. No me gustaría tener que hacerle daño, pero estoy dispuesto a hacerlo con tal de atrapar a los terroristas y que algo como Mina Negra nunca vuelva a suceder. Dígame, ¿va a colaborar o no?

El *omega*-armadillo, frunció su ceño de piel gruesa y dura, apretando con fuerza sus pequeñas manos de garras negras.

—¿Qué quiere saber, soldado Lemér? —farfulló en voz baja y fría—. Tengo mucho trabajo que hacer. Yo también estoy salvando vidas aquí.

—Alférez Lemér —le corregí, solo para reforzar mi autoridad—. No le robaré mucho de su tiempo —añadí, dando otro paso hasta quedarme al otro lado de la mesa. Mirando los mapas cartográficos, apoyé ambas manos sobre la mesa y pregunté—: ¿Por qué colocaron mal la bomba?

—Porque la hicieron explotar en un lugar que no tiene sentido —respondió, todavía mirándome y todavía con tono ácido.

—¿Dónde? —insistí.
Arman movió uno de los mapas y señaló un punto con su pequeño dedo de uña negra. Me quedé mirando el mapa, aunque ambos sabíamos perfectamente que yo no lo entendería. Aún así, le di la satisfacción al *omega* de oírme preguntar:
—¿Y qué es eso?
—Un túnel secundario de servicio —respondió—. Uno con muy poca importancia, pero que, por desgracia, estaba demasiado cerca de un túnel maestro.
Alcé la mirada hasta el borde de los ojos y me quedé un par de segundos en silencio.
—Señor Arman, si se ahorra los tecnicismos, me iré mucho más rápido y usted podrá volver a su importante trabajo salvando vidas —le recordé.
El *omega* gruñó y empezó a deslizar su dedo por los dibujos en carbón. Sobre ellos, había marcado algunas zonas, o grutas o hecho sus propias interpretaciones del espacio.
—En La Reserva tienen una idea muy básica de la construcción de minas, pero es obvio que esto lo ha planeado un ingeniero: al menos, la base. Ese es el problema. Fuera quien fuera esa persona, no continuó el trabajo y los *alfas* de Mina Negra empezaron a cavar por sí mismos, adentrándose sin cuidado en la montaña, debilitando la estructura.
Arman empezó a colocar más papeles y planos para mostrármelos.
—Los animanos terroristas, colocaron la bomba basándose en estos planos, quizá creyendo que la explosión no causaría más que un derrumbe sin importancia que sepultaría el túnel 39-A —y señaló una sección a un lado—. Sin embargo, los *alfas* excavaron demasiado y la explosión causó daños en la estructura principal, causando un derrumbe en cadena hasta casi destruir toda Mina Negra.
Le escuché con atención, siguiendo su explicación junto con los dibujos y, solo cuando se quedó en silencio, deduje:
—¿Está diciendo que no era su intención destruir la villa?
—Yo no he dicho eso —aclaró, dedicándome una mirada cortante—. Lo que digo es que colocaron los explosivos en un lugar absurdo si su intención era derrumbar la mina. Podrían haberlos colocado en el túnel principal y haber causado el mismo efecto, o incluso peor —señaló de nuevo el canal principal de la mina, como una vena aorta que nutriera de sangre la ramificación que era el sistema de la mina—. No necesitarían haberse adentrado tanto ni buscar un lugar tan específico.
—Quizá quisieran esconder los explosivos para que los mineros no los vieran —sugerí.
—¿Ah, sí? —preguntó en tono sarcástico—. ¿Cree usted que se hubieran tomado la molestia de ser sutiles en mitad del celo, alférez Lemér? ¿Justo cuando no hay nadie en la mina?
Con discreción, apreté los dientes y me tragué mis ganas de responder. Estaba claro que Arman debía tener alguna clase de estudios en ingeniería de minas, nada sorprendente viniendo de un *omega* nacido en el mundo *beta*. Nuestra naturaleza nos hacía afines a ciertos campos: el suyo era la excavación; el mío, el atletismo y la sutileza.
—Como experto en el tema, ¿qué cree usted que estaban tratando de conseguir al sepultar esa sección de la mina? —pregunté.
—Como experto en el tema —repitió, dejando claro que no se iba a dejar convencer por mi frugal intento de halagarle—, no tengo ni puta idea. Aunque, claro, mi trabajo es construir minas, no investigar atentados terroristas en La Reserva —sonrió.
Mantuve su mirada un par de segundos en silencio, deslizando mi larga cola de un lado a otro a mis espaldas.
—¿Algo más que pueda decirme? —quise saber.

—No, nada.
Un segundo más de silencio y, finalmente, un firme asentimiento.
—Muchas gracias por su ayuda —murmuré.
—No espere que le acompañe a la salida, alférez —me dijo cuando me di la vuelta.
—No se preocupe, puedo salir yo solo —respondí sin girarme.
Lo cual, era cierto, aunque no del todo realista. Así que tomé una de las antorchas que iluminaban la galería antes de regresar a la oscuridad del túnel. Al menos, esperaba no golpearme más la cabeza ni caerme tanto como al entrar.
Veinte minutos después, estaba fuera, tomando una profunda bocanada de aire fresco y disfrutando de la leve brisa del atardecer. Mi entrenamiento y mi orgullo habían evitado que se me notara, pero estaba deseando poder salir de allí dentro. No entendía cómo los mustélidos y roedores eran felices allí, encerrados en lo profundo de la tierra.
Aunque, para ser justos, quizá ellos pensaran lo mismo de los arborícolas en lo alto de las ramas. Saltando de una a otra sin el menor temor a los quince metros que nos separaban del suelo.
—Cuidado, precioso —me alertó una voz antes de que un grupo de *alfas* pasaran por mi lado con una carreta repleta de escombros.
Fue momento de dejar de pensar en tonterías y regresar a la misión. Mi siguiente objetivo: encontrar a esa… «periodista» de Bosque Verde. No es que creyera que fuera a darme ninguna información útil, pero a esas alturas ya estaba un poco paranoico y no me fiaba de ningún *omega* del mundo *beta*. Mucho menos, de otra *omega*-zorra.
Era un poco especista pensar que ella también escondería algo solo por ser de la misma raza que Zora, pero… no pasaría nada por hacerle una visita.
Por suerte para mí, la joven no era en absoluto sutil. Tras preguntar tres veces por ella, me señalaron los almacenes a los pies de la colina, donde la *omega* había hecho su… «despacho». Nada más llegar, la vi entre unos cajones, cruzada de piernas en el suelo mientras escribía apuradamente en un cuaderno. Su melena era corta y de un naranja suave, sus bigotes largos, sus ojos ocres y su cola peluda y abultada. De ella provenía una fragancia a pera dulce que hacía que todos los *alfas* se quedaran mirando cada vez que pasaban por allí con alguna caja entre los brazos. Algunos de ellos, tan solo cargaban material para poder acercarse lo suficiente.
Ella les ignoraba a todos, demasiado concentrada en su trabajo. Al menos, hasta que me detuve delante de su improvisado escritorio.
La joven alzó al momento la vista y puso una mueca molesta. Era tan hermosa como se esperaba de una *omega*, solo que ella tenía esa clase de belleza de los zorros, un tanto intimidante, como de *fem*-fatal.
—¿Te importa? Estoy trabajando —me dijo, señalándome a un lado para que me apartara y dejara de bloquear la luz de las antorchas.
—Eres Zoral, la… periodista de Bosque Verde, ¿me equivoco?
La joven dejó su pluma de escribir a un lado y se echó levemente hacia atrás, cruzándose de brazos para mirarme mejor.
—Sí, esa soy yo —declaró—. ¿Y quién eres tú?
—Soy Lemér, el…
—… cartero del Pinar —dijimos al mismo tiempo antes de que ella añadiera—: que ahora está con Tigro, el *alfa salvaje*. —Asintió—. ¿Qué necesitas, Lemér? No veo que lleves ninguna carta para mí encima.
—He oído que has estado haciendo algunas preguntas sobre lo sucedido aquí.
—Mi trabajo es hacer preguntas —respondió de forma rápida y mecánica. Una frase que había

repetido demasiadas veces a demasiadas personas—. Que yo sepa, no es ilegal.
Sonreí un poco más. Odiaba a los periodistas, sobre todo a los que, como ella, se lanzaban de cabeza a por una exclusiva. Siempre hacían mi trabajo mucho más complicado, ya que, al contrario que la policía y los políticos, a ellos no se les podía sobornar.
—No, no es ilegal —afirmé—. Aunque tampoco es que haya leyes aquí dentro, en La Reserva, ¿verdad?
—Exacto —arqueó las cejas—. Así que, por favor, apártate de la luz.
Bajé la mirada a su cuaderno y ella lo cerró con un golpe seco nada más darse cuenta. Lentamente, volví a mirar sus ojos.
—Esas son muchas palabras para describir el derrumbamiento de una mina —murmuré.
Zoral emitió una carcajada sarcástica y breve. No era mucho más mayor que yo y, por su actitud, no debía llevar mucho tiempo en La Reserva.
—Qué curioso, Lemér —me dijo, ladeando el rostro—. Eres el primero que me dice que ha sido solo «un derrumbamiento» y no una explosión; como sabe todo el mundo.
—Mmh… —murmuré con interés.
El instinto de la joven se activó al momento, interpretando mi curiosidad como una señal inequívoca de que sabía mucho más de lo que dejaba entrever.
—Siéntate, por favor —me dijo, señalando el sitio frente al cajón en el que escribía—. Hablemos un poco más…
Con un gesto ágil y elegante, me dejé caer de piernas cruzadas frente a ella, cruzándome también de brazos en el proceso.
—No me gusta hablar demasiado —respondí—, así que vayamos directos al grano. ¿Te parece?
—Me parece perfecto, Lemér —sonrió ella, agitando sus pestañas como si intentara flirtear conmigo a la vez que volvía abrir su cuaderno. Zoral era la peor clase de periodista, de esas que se creían que su misión en la vida era publicar la verdad al mundo—. ¿Por qué no me hablas primero de tu verdadero trabajo? —preguntó, mojando la punta de la pluma en el tintero—. Creo que así nos entenderíamos mucho mejor.
—Mi trabajo es ser cartero —respondí.
—El de antes… —aclaró, dedicándome una de esas miradas inocentes de sonrisa afilada. Zoral era tan hermosa como lista.
—Era militar —dije, breve y conciso.
La joven se contuvo a la hora de jadear, pero no pudo evitar una leve sonrisa mientras escribía en su libreta.
—Una mascota soldado… —murmuró, tentándome. Provocándome. Insultándome para saber cómo reaccionaría.
No funcionó, por supuesto. Si creía que podía ofenderme con ese apodo, ni se imaginaba la de estupideces racistas que había tenido que aguantar del propio ejército.
—Sí, algo así —murmuré con calma—. Muy parecido a las «mascotas soldado» que pusieron la bomba en la mina.
Mi intención no era contarle todo lo que sabía —aunque no es que Zoral fuera a publicar secretos de estado en el New York Times ni nada así—, solo quería ponerle un buen cebo que morder. Uno muy jugoso. Uno al que no pudiera resistirse.
Supe que lo conseguí cuando dejó de escribir y sonreír como una chica-tonta, empezando a tomarme muy en serio y a prestarme toda su atención.
—¿Tienes pruebas de eso? —quiso saber.
—Sí.

Zoral apretó más la pluma entre sus dedos, pero mantuvo la actitud calmada.
—Cuéntame, ¿cómo los descubriste?
—No, Zoral —negué—. Sabes cómo funciona esto. Ahora es cuando tú responder a mis preguntas.
—¿Por qué asumes que sé algo que tú no, Lemér?
—Porque los periodistas sois como putas ratas.
Como yo antes que ella, la joven no se ofendió por el insulto; de hecho, hasta pareció hacerle gracia.
—Muy bien… —murmuró, dándole un par de giros a la pluma entre los dedos—. Hagamos negocios…

EL TRONO DE UN TIRANO

Cuando volví al territorio de Tigro, ya era noche cerrada y ninguno de los dos parecía de buen humor.

Él, porque se había pasado la jornada reorganizando y poniéndose al día con las tareas que un lugar como aquel requerían, siendo informado muy brevemente de lo que ocurría en mis fugaces recorridos desde Mina Negra al Pinar.

Yo, porque tenía la mente en mil cosas a la vez y, aún por encima, empezaba a sentir las punzadas y calambres de la menstruación. Ese horrible y agónico período tras el dulce celo.

—¿Ya ha empezado? —preguntó él nada más echarme una rápida mirada por el borde superior de los ojos—. Bueno, un problema menos.

—Sí, un problema menos… —murmuré, sentándome frente a él antes de colocar una mano en el abdomen. Tras una profunda bocanada, suspiré—. No te voy a mentir, por un instante creí que no había funcionado.

Me había bebido la segunda poción del celo a todo correr y había vomitado la mitad por el camino a Mina Negra. Con todo lo que estaba sucediendo en aquel momento, no le di la importancia que debería, pero ahora, centrándome por primera vez en mis propios problemas, solo sentí un profundo alivio.

—Mmh… —murmuró Tigro mientras me entregaba un plato con tostadas, carne y setas. Eché en falta los huevos fritos, pero no dije nada al respecto—. ¿Y has descubierto algo interesante?

—Sí —afirmé—. Un ingeniero de minas llamado Arman está al cargo de la reconstrucción y despeje de la mina, me dijo que la bomba fue colocada en un lugar erróneo y dejó entrever que quizá Zora y su amigo artillero no sabían muy bien el destrozo que iban a causar.

Tigro se quedó mirándome con la mitad de una tira de beicon colgando de los labios, como una extraña y grasienta lengua. Con su lengua de verdad, la envolvió y se la terminó de meter en la boca antes de resoplar y decir:

—¿Y tú le has creído? Quizá también forme parte del grupo de terroristas.

—Sí, le he creído —respondí—. Me puse en plan militar y le produje una clase de rechazo que no se puede fingir.

—¿En «plan» militar? —preguntó él, arqueando las cejas con interés.

—Ya sabes —murmuré, distraído con mi plato de comida. No me había dado cuenta hasta el momento, pero apenas había probado bocado en todo el día—. Serio y estoico, como si estuviera por encima del bien y del mal y no le quedara otra opción que hacer lo que yo quiero.

—Ohm… —ronroneó el enorme *alfa*, moviendo la cola de tigre a sus espaldas—. Sí, algo me suena… —y sonrió de oreja a oreja.

—Ya —murmuré, continuando con la explicación entre bocado y bocado de comida—. El caso es que, según el ingeniero de minas, Zora y el artillero se basaron en unos planos desactualizados de la mina, calcularon mal la explosión y en vez de sepultar una sección de las minas, hizo colapsarse la gran parte de la villa.

—¿Y por qué solo una sección? —preguntó él, recuperando, más o menos, la atención en el

tema.
Tomé aire y lo solté lentamente. Todo lo que tenía eran suposiciones, teorías e información de segunda mano, pero, por desgracia, las piezas estaban empezando a encajar una tras otra.
—Arman no lo sabía, pero después hablé con una periodista de Bosque Verde que estaba cubriendo la noticia.
—¿Una periodista? —preguntó, frunciendo el ceño.
—Sí —le miré—. Una *omega* periodista asentada en La Guarida. Al parecer, ha creado el primer periódico de La Reserva.
Metí la mano en el pantalón y saqué algo más similar a un folleto que a un diario de prensa. Tigro se limpió la mano en el jugón de lana negra y lo tomó de mi mano antes de leer en voz alta:
—La Voz de la Guarida, el periódico mensual de Bosque Verde. —Me miró—. Vaya mierda de nombre.
—Lo sé, es horrible —asentí antes de meterme otra seta en la boca—. Lo último que necesita la comunidad animana es un periódico. Creo que por eso fue corriendo a investigar el atentado, porque estaba cansada de escribir sobre cotilleos y publicar columnas de opinión que no le importan a nadie.
Tigro puso una mueca de asco y echó el folleto-periódico a un lado con desinterés.
—¿Y qué te dijo esta… periodista, exactamente? —preguntó—. Tú no le habrás contado nada importante, ¿verdad?
—Le di una exclusiva sobre un *alfa salvaje* anónimo al que le gusta limpiarse sus propias pelotas con la lengua.
Tigro se quedó un instante en silencio y después entrecerró los ojos hasta que sus iris no fueron más que dos rendijas verdes entre sus pestañas.
—Eso es algo muy intimo que solo hice una vez… —murmuró.
—Te he visto hacerlo más de una vez —le aseguré.
—Mucha de tu baba queda ahí cuando te follo, es un desperdicio no lamerla.
—Tigro, cuando crees que no te miro, te comes tus propios huevos —declaré, a ver si así se daba cuenta de lo bizarro que era aquello.
El *salvaje* ladeó el rostro y una fina sonrisa cruzó sus labios. Por un momento, estuve seguro de que me diría algo del tipo «¿y eso te da envidia?», o quizá un: «¿tienes miedo de que ahora ya no te necesite para lamerme las pelotas?»; pero su pregunta fue una muy diferente.
—¿Y qué dice eso de ti, Lemér? —lentamente, fue arqueando las cejas—. Insultar a tu *alfa* es insultarte a ti mismo.
—¿Te he insultado? —me hice el sorprendido, llegando a colocar una mano en el pecho—. ¿Cuándo hice yo eso?
—Te encanta insultarme —me aseguró con expresión muy digna—. Creo que en el fondo te excita poner a prueba mi paciencia y mi autoestima, por suerte, nada de lo que puedas decir consigue afectarme.
Terminé de masticar el trozo de carne y asentí.
—¿Por qué no haces un poco de *Tea*-gro? —pregunté—. Creo que no he vomitado lo suficiente por hoy.
El *alfa* apretó tanto los dientes que debió dolerle, llegando a sonreír de una forma tan forzada que se vieron sus grandes colmillos de carnívoro casi al completo.
—Qué gracioso eres, Lemér… —dijo con un tono contenido y una mirada de loco—. ¿Por qué no dejas de bromear tanto y me sigues contando lo de la periodista?

Me tomé solo un instante para mojarme los labios y saborear la pequeña victoria antes de centrarme en lo importante.
—Zoral, la periodista, llevaba un par de días investigando el atentado —le expliqué.
—¿Zoral? Suena a *omega*-zorro —me interrumpió de nuevo.
—Sí.
—¿Y te fías de ella sabiendo que la líder de los terroristas es de la misma raza?
Aquella suposición no fue ninguna sorpresa, después de todo, yo la había juzgado prematuramente por la misma razón. Por ello me tomé un momento para recordarle, a él y a mí mismo, que aquello era absurdo.
—No es la primera animana zorro que conozco dedicada al periodismo o la investigación policial, Tigro. Ellos tienen este impulso por el descubrimiento, por la resolución de misterios: ¿por qué crees que el Detective Zorro de Dos Picos es un zorro? Lo llevan en la sangre.
—También llevan en la sangre ser unos cabrones escurridizos y traidores.
Puse los ojos en blanco.
—¿Ahora nos vamos a poner especistas? —pregunté.
—No es especismo si es cierto —respondió él.
—Y los animanos tigre son unos hijos de puta egoístas y ególatras —le recordé, porque también decían muchas cosas de ellos en La Reserva.
—Y lo somos —afirmó Tigro sin ningún rastro de arrepentimiento o vergüenza en su voz grave —. Yo más que ninguno porque soy un *salvaje* y el mejor de todos.
Dejé un trozo de carne a medio camino entre el plato y mi boca, solo para mirar al *alfa* con una expresión aburrida de párpados caídos.
—La bomba en la mina era la noticia más jugosa que se le había presentado a Zoral en mucho tiempo, y estaba claro que no iba a parar hasta recabar toda la información que pudiera —continué—. Me dijo que consiguió una lista de las extracciones de la mina después de tontear con uno de los *alfas* del almacén.
—¿En un momento así y se pone a ligar con un *alfa*? Pff —resopló con desagrado—. Los periodistas son como putas pirañas al oler un cadáver.
—Perdona, pero tú tenías una red de *omegas*-espías a los que engañabas para que te dieran información —le recordé—. Tampoco te hagas el digno ahora.
Tigro arqueó las cejas y fingió no haber escuchado esa última frase.
—¿Y por qué quería ella la lista? —quiso saber.
—Para descubrir si había algo que los terroristas quisieran esconder allí.
—¿Y…? —insistió el *salvaje*, ya que me había quedado un momento en silencio mientras terminaba la última tostada—. ¿Había algo?
—No, no había nada —negué, dejando el plato vacío a un lado antes de inclinarme frente a la hoguera—. No en los registros de este año, al menos —sonreí lentamente, casi de forma malvada —. ¿Adivina qué encontraron los *alfas* de Mina Negra hace año y medio?
—Dudo que sea petróleo.
—Nope.
—¿Diamantes?
—Mucho más valioso que eso.
Tigro frunció el ceño y, cada vez más intrigado, se inclinó sobre el fuego para mirarme más de cerca.
—¿Qué encontraron, Lemér? —me preguntó con tono bajo y serio.
—Rodio.

El *salvaje* parpadeó, después miró un momento a un lado antes de volver a mis ojos.
—Oh… emh —murmuró—. No te voy a mentir, me esperaba algo más espectacular. Algo que justificara una operación a tan gran escala como esta.
—No sabes lo que es el rodio, ¿verdad? —pregunté. No hizo falta que respondiera—. El rodio es uno de los metales más escasos y valiosos del mundo. Se usa en tecnología, electrónica y automovilística. El kilo puede alcanzar el millón de dólares. Según el informe, los *alfas* encontraron una buena beta de ese metal, pero como aquí no sirve para nada, lo dejaron sin excavar.
Tigro empezó a entenderlo.
—¿Cómo de grande era esa beta?
—Al parecer, lo suficiente para que uno de los espías informara al ejército, el ejército investigara y después planeara toda esta operación —respondí—. Quizá estemos hablando de más de un billón de dólares enterrados en esa mina, Tigro.
—Dinero por el que merece la pena matar —murmuró él.
—¿Acaso hay otra clase de dinero? —pregunté en voz baja.
El *salvaje* miró en silencio mis ojos, de uno a otro, antes de superar el palmo de distancia que nos separaba y darme un imprevisto beso en los labios. Al separarse, se relamió la humedad que había quedado en ellos y sonrió.
—Ya sabemos lo que quieren, ahora, solo hay que buscar cómo detenerlos.
Tomé una profunda bocanada de aire y, echándome hacia atrás, la solté.
—No sé si se puede detener, Tigro —le confesé—. Cuando hay tanto dinero en juego y las negociaciones no funcionan, es cuando mandan a gente como yo a solucionar los problemas. De una forma u otra, terminaran consiguiendo lo que quieren.
El *alfa* jugueteó con la cuenta en su barba y puso una mueca pensativa.
—Si les dejamos ganar, crearemos un precedente: que pueden venir aquí y hacer lo que quieran con nosotros, como han hecho siempre. No podemos permitírselo.
Entendía su punto de vista pero, al mismo tiempo, conocía demasiado bien a los *beta* como para no temer lo peor.
—Creo que es momento de hablar con los alcaldes —anuncié—. Esto nos supera.
Tigro valoró la idea, aunque no tomó una decisión en ese momento. Cuando me oyó aguantar un gruñido y apretar los ojos por el dolor, dejó a un lado el tema para ocuparse de mí y mis necesidades.
Con cuidado, me cargó en brazos y me llevó con él a la cabaña repleta de mantas y almohadas. Allí, me acunó entre sus brazos y me empezó a besar el cuello y a frotar la barriga hasta que me quedé adormilado.
—Debería limpiarte un poco… —le oí susurrar—. Solo para que estés más cómodo.
Entreabrí los ojos y me quedé mirando la ventana abierta y las finas cortinas agitadas por la brisa de verano.
—Tigro, si quieres probar esa asquerosidad del Baño de Sangre, hazlo —murmuré.
El *salvaje* fue a decir algo, pero se detuvo. Con una actitud inocente y, juraría, un tanto nerviosa, me dejó entre las almohadas y me desnudó con cuidado antes de descender de mi cuello a mis nalgas, beso a beso, dejando rastros tibios de saliva por el camino. Cuando abrió el culo, gruñó por lo bajo y, cuando lo lamió por primera vez, volvió a gruñir más alto.
El último líquido omegático antes de empezar a sangrar, era el más denso y cargado de feromonas. Tanto, que incluso a Tigro le costó limpiarlo con el habitual énfasis y deleite al que me tenía acostumbrado. Lamía un poco, bufaba o jadeaba y después volvía a intentarlo, soltando

un bajo: «Joder…» antes de resoplar.
—Si no te gusta, usa un trapo —le dije, ya medio adormilado.
—No, no —negó él a mis espaldas—. No es que no me guste. De hecho, está riquísimo, pero es como… —tardó un momento en encontrar la palabra—: sobrecogedor. Como una infusión de menta a la que le hubieran echado un kilo de miel antes de hervirla hasta que solo quedara un poso de líquido.
—Aham —dije, porque, la verdad, no sabía qué más decir. A mí aquello me seguía pareciendo una guarrada, pero sabía que Tigro tenía muchas ganas de probarlo.
Al final, me dormí antes de que terminara y, para cuando desperté, el *salvaje* aún tenía la barba pegajosa y apelmazada. El líquido espeso le había dejado machas e incluso algunos rastros de sangre seca en las puntas de su vello más blanco de la barba.
Entonces empecé a sollozar y Tigro entreabrió los ojos, volviendo el rostro hacia mí.
—¿Por qué lloras, Lemér? —me preguntó en tono suave.
—No lo sé —balbuceé—. Es la estúpida menstruación.
El *alfa* ronroneó y se giró para abrazarme y darme suaves besos en la mejilla.
—No pasa nada… —trató de calmarme.
—Me duele —me quejé.
—Lo sé —susurró en mi oído antes de darme otro beso—. ¿Qué me dices si voy en busca de algo dulce y un poco de café?, ¿eh?
Con los ojos empañados en lágrimas y los labios apretados, asentí. Un *omega* con la regla no se podía permitir mantener el tipo y el orgullo, porque tu cuerpo y tus hormonas revolucionadas conspiraban constantemente en tu contra, saboteando todo intento de no parecer ridículo.
Llorabas por ninguna razón aparente y, cuando no estabas llorando, te enfadabas por cualquier estúpido motivo antes de volver a romper en lágrimas. Era una completa locura, una que, curiosamente, Tigro no tuvo problemas ni quejas en soportar.
El *salvaje* llegaba corriendo a la menor señal, me llenaba de dulces y miel y hacía todo lo posible por consolarme, aunque realmente no hubiera nada que consolar. Era el mejor momento para reírse cruelmente de mí y echarme cosas en cara, pero él no lo hizo ni una sola vez. De hecho, al segundo día me dejó hacerme un nidito en su cabaña. Quizá pareciera algo lindo verme allí recostado entre las mantas, con una constante mueca de morritos y los ojos llorosos; pero en realidad aquel era el trono de un tirano.
Y uno de los crueles, de los que no aceptaban un no por respuesta.
—Quiero más tarta —gemía.
Y Tigro me traía más tarta, y si no quedaba, me la hacía.
—Abrázame —lloriqueaba.
Y Tigro me abrazaba, quedándose allí durante horas, frotando sus bigotes contra los míos, acariciándome el abdomen y dándome pequeños besos en la mejilla y la sien.
—Estoy sucio —gritaba.
Y Tigro me limpiaba la sangre de entre los muslos con cuidado y paños tibios.
—Hace calor —me quejaba.
Y Tigro me preparaba un baño de agua fresca y me llevaba en brazos, de ida y de vuelta; como si mis piececitos de *omega* princeso no se merecieran tocar el suelo.
Pasados los primeros cuatro días, amainó lo peor de la tormenta y volví a ser yo mismo. Más o menos. Todavía me dolía a horrores, pero era más asumible y puntual. En vez de parecer que te desgarraban por dentro con un estropajo de hierro al rojo vivo, solo parecía que te apuñalaban el abdomen. Lo cual era una mejora considerable.

Los ataques de ira y los lloriqueos fueron desapareciendo hasta que alcancé un constante estado de pesadumbre y melancolía. Para el quinto día, ya pude moverme por mí mismo y Tigro dejó de cargarme de un lado a otro en brazos como a un niño pequeño.

Al sexto día, ya me encontraba casi como nuevo, así que me levanté con un suspiro y descendí lentamente las escaleras hasta el balcón con porche donde había instalado el cobertizo. El *salvaje* me sonrió y me dio los buenos días, ofreciéndome al instante un trozo de bizcocho de almendras y un café cargado con vainilla y miel.

—Ohm… —murmuré, preguntándome por primera vez en todo aquel tiempo de dónde había sacado Tigro todos esos dulces que me daba—. ¿Has ido a Presa de Arce?

—No. Paraba una de las caravanas que iban de camino a El Pinar y les cambiaba herramientas y víveres por los dulces —respondió—. Sin gallinas ni huevos, no podía hacértelos yo mismo.

Con un buen trozo de biscocho ya en la boca, asentí lentamente.

—Debería haber bajado al Pinar a pasar la menstruación —murmuré—. Ha sido muy egoísta por mi parte quedarme aquí.

Tigro resopló y, tras poner los ojos muy en blanco, me dedicó una expresión que decía: «¿en serio, Lemér?».

—Yo soy tú *alfa* y yo me ocupo de ti —declaró.

Arqueé las cejas, pero no dije nada. Pellizcaba pedazos del bizcocho y me los llevaba a la boca, valorando si aquel sería el mejor momento para sacar de nuevo el tema de la cuenta falsa y todos esos problemas que estaba causando en Tigro y su concepto de «nosotros».

Empezaba a ser un poco… preocupante. Por ambas partes.

—Por cierto —añadió él, distrayéndome de mis pensamientos—. He estado pensando en todo lo que hemos descubierto en Mina Negra y…

—¿*Hemos*? —le interrumpí con la boca tan llena de bizcocho que un par de migas salieron disparadas. Entonces fui a por mi taza de café y bajé la bola de dulce con un buen par de tragos —. Querrás decir: «*he* descubierto».

—Hemos —repitió, alzando la cabeza con orgullo—. Tú y yo.

—No recuerdo haberte visto allí —entrecerré los ojos.

—No, porque me tuve que quedar a cuidar de nuestro territorio —dijo, casi como si me lo echara en cara—. Uno de los dos tiene que hacerlo, ¿verdad? Es muy fácil salir corriendo y no pensar en los animales, ni las cosechas, ni…

—Tigro —le interrumpí con ambas manos en alto—. Es *tu* territorio. ¿Recuerdas? Yo no formo parte de él… ni de ti.

El *alfa* parpadeó, una, dos veces, y entonces bajó la mirada a la sartén y se palpó la cuenta de su espesa barba. Con una profunda bocanada de aire, me adelanté lo suficiente para colocar una mano en su hombro.

—Quizá sea momento de quitarte eso —murmuré—. Ya llevas demasiado tiempo con ella puesta.

Cuando, con mi mano libre, fui a tirar de la cuenta y quitársela, el *alfa* me detuvo con un movimiento tan rápido que no conseguí verlo. En un segundo se acariciaba la perla de hueso y, al siguiente, me apretaba con firmeza la muñeca. Sus ojos de jade y oro se clavaron en los míos y su expresión se volvió tan seria e intimidante que daba miedo.

—Me la quitaré cuando todo este problema esté resuelto —murmuró con tono grave y bajo.

—Tigro —respondí con firmeza—. Te está haciendo daño. A ti… y a mí.

Su mano se relajó sobre mi muñeca y, con su dedo pulgar, me empezó a acariciar suavemente el interior del antebrazo.

—La necesitamos —murmuró, mucho más suave esta vez.
—No, no la necesitamos.
Por alguna razón, empecé a sentir que estábamos hablando de alguna droga a la que ambos estuviéramos enganchados. Algo terriblemente adictivo que nos estuviera destruyendo por dentro poco a poco, pero que no éramos capaz de dejar.
Tragué saliva y me puse de cuclillas a su lado, rodeándole el cuello con la cola antes de acariciarle el pelo revuelto con la punta.
—Escucha —murmuré en voz baja e íntima, como el susurro de un amante—, a mí también me está confundiendo mucho la cuenta. Estoy volviendo todo el rato a tu territorio y me estoy tomando unas libertades que no debería: me he pasado aquí la menstruación, me he hecho el nido en tu cabaña y, muy dentro de mí, mi instinto no para de decirme que eres mi *alfa* y que todo está bien; pero yo sé que no es verdad.
Esperé un momento a que Tigro asintiera en señal de entendimiento, pero, como no dijo nada al respecto, continué:
—Estoy muy cómodo a tu lado y… —suspiré. Sabía que me arrepentiría de decir aquello—, follar contigo es lo mejor del mundo. Estar contigo es lo mejor del mundo.
El *salvaje* empezó a deslizar su cola de tigre, de lado a lado, llegando incluso a golpear el suelo de madera y producir un profundo retumbar. Las comisuras de sus labios se elevaron en una afilada sonrisa y su pecho se llenó de puro orgullo y placer.
—Ah, ¿sí…? —preguntó con un oscuro deleite, casi un grave ronroneo que reverberó en su garganta.
Asentí. Confesar aquello era solo poner en palabras lo que, la verdad, era más que obvio.
—No te estoy diciendo nada que no sepas ya —le recordé.
El enorme *alfa* puso los ojos en blanco y se encogió ligeramente de hombros mientras se adelantaba, volcándose sobre mí.
—Sí, lo sé —reconoció—. Y no eres el primero *omega* que me lo dice, por supuesto. Mi fama como el mejor amante de La Reserva es legendaria… —terminó por empujarme junto a él al suelo, haciéndose hueco entre mis piernas antes de mirarme fijamente con sus ojos felinos y salvajes—. Pero hay algo sumamente especial en que me lo digas tú, Lemér. Algo terriblemente placentero… Se me eriza todo el pelaje, mi corazón late más fuerte y la polla se me pone tan dura que duele.
Y, para demostrarlo, frotó su entrepierna contra la mía, resaltando el enorme bulto que ahora sobresalía sobre sus pantalones de cuero.
—Hay algo maravilloso en satisfacerte y darte todo lo que necesitas —continuó, apenas un susurro cada vez más cercano a mis labios—. Algo que no había sentido nunca, una especie de placer que me cuesta describir con palabras. Cada respiración que tomo huele a menta y miel y cada leve picor en mi barba solo me recuerda lo guapísimo que es mi *omega* y lo mucho que me gusta limpiarle —jadeó justo momentos antes de estremecerse de arriba abajo, erizando los bigotes y la cola. Entonces se relamió, pasando su gruesa lengua por los labios—. Hay algo maravilloso en despertarme a tu lado y saber que eres mío, que podré cuidarte siempre y que nadie más que yo podría hacerte feliz…
Para entonces, ya estaba tan pegado a mí que podía sentir el calor que irradiaba su cuerpo sobre el mío, esa electricidad estática que fluía entre nosotros como una corriente eléctrica, atrayéndonos el uno al otro como imanes. Sus ojos de jade y oro brillaban con un tinte salvaje y oscuro, como si tuvieran luz propia. Sus manos recorrían lentamente mi cuerpo, dejando un rastro ardiente a su laso. Su aliento caliente venía acompañado del fuerte aroma a menta y miel

de su espesa barba, recordándome que Tigro era mío y solo mío.
Parpadeé y, por un momento, pensé en lo feliz que eso me hacía.
Parpadeé otra vez y reuní toda mi fuerza de voluntad para colocar una mano en su pecho y apartarle suavemente.
—Tigro, de esto te estoy hablando —dije con voz baja y ronca—. Tú no piensas eso en realidad.
—¿Qué no? —sonrió él, casi como si le hiciera gracia.
—No, y yo tampoco —insistí—. Es la cuenta, nos está jodiendo la cabeza.
Pero Tigro ya se había incorporado lo suficiente para quitarse el jubón de lana y tirarlo a un lado, descubriendo su musculoso cuerpo de *alfa salvaje*; bañado de un vello fino y de patrón atigrado. Mientras se desabrochaba el cinturón, me miraba fijamente y sonreía de la forma más cruel y sexy que había visto jamás. Su confianza y autoestima irradiaban de él como el calor de su cuerpo, como si nada en el mundo pudiera convencerle de que él no era el mejor *alfa* de La Reserva.
—No, Lemér —ronroneó con voz grave y gorgoteante—, lo que te está jodiendo la cabeza es esto…
Y se sacó la polla dura, golpeándola un par de veces sobre mi abdomen, haciéndola resonar con un chasquido cada vez que golpeaba mi piel cálida; aunque no tan cálida como su miembro lleno de sangre y a punto de reventar.
—Tigro —jadeé apenas sin voz—. No, para, no hagas eso. Tenemos que hablar…
Tragaba saliva y trataba desesperadamente de recuperar la razón y el sentido común. Algo difícil cuando tu cuerpo estaba saliendo de una dolorosa etapa de renovación y, tu útero, el que te ha estado matando de dolor durante seis días, ahora piensa que es un gran momento para estrenarse de nuevo; lanzando una cantidad absurda de hormonas y dopamina a tu riego sanguíneo.
Llegaba un punto en el que creía que mi cuerpo y yo teníamos la misma relación tóxica que compartíamos con Tigro: ambos me hacían sufrir como nadie y ambos me daban el mayor placer que pudiera imaginar.
—Podemos hablar… —ronroneó el *salvaje*, clavándome ligeramente las garras mientras me daba la vuelta para dejarme de espaldas a él—. Puedes seguir diciéndome lo muchísimo que te gusta que te folle —y, de un violento tirón, me bajó los pantalones hasta los muslos.
—No, Tigro, no… —jadeaba, luchando con el latido ensordecedor de mi corazón, la falta de aire en mis pulmones y el intenso calor entre mis nalgas—. Esto es importante.
Pero el *alfa* se inclinó sobre mí y, con sus manos aferradas a mis muñecas para que dejara de moverme, empezó a deslizar su miembro entre mis nalgas, empapándolo de la viscosa lubricación con la que me había mojado entero.
Gemí tan fuerte que me quedé sin aire y puse los ojos tan en blanco que me quedé ciego. Un estremecimiento de puro placer me recorría el cuerpo desde la piel rosada y sensible de mi ano. Cada vez que Tigro deslizaba su polla lentamente por encima, desde la punta hasta la base, creía morirme un poco.
El *salvaje* dejó caer su cuerpo sobre mí sin importarle lo mucho que pesara, porque sabía que eso me encantaba.
—Pídemelo y paro —susurró en mi oído—. Pídemelo una vez más, y me levanto, me visto y me siento a escuchar todo lo que tengas que decirme. Solo una vez más, Lemér. Pídeme que pare…
Con los ojos empañados en humedad y la mejilla pegada a la madera del suelo, susurré:
—Como pares ahora, te mato…
Tigro sonrió de la forma más cruel, henchido de orgullo y el dulce regusto de la victoria. Entonces se levantó, se puso de rodillas y tiró de mi cadera para dejarme a la altura exacta para

metérmela, empezando a follarme a cuatro patas ahí mismo. El sonido de su entrepierna al chocar contra mis nalgas competía con el suave sonido de la humedad que no dejaba de manar de mí y con el gemido de mis labios.
Antes de correrse por primera vez, Tigro ya había alcanzado un estado muy cercano al *salvaje*, clavándome sus garras con más intensidad de lo normal y gruñendo con mayor fervor y locura de lo habitual. Cuando volvió a girarme para poder seguir tomándome de frente, las pupilas de sus ojos estaban tan dilatadas que sus iris no eran más que un anillo verdoso a los bordes. Con su boca abierta mostraba sus colmillos de carnívoro, su nariz estaba encogida, sus bigotes largos y negros estaban completamente erizados y sus gruñidos roncos arrojaban oleadas de aliento cálido y húmedo sobre mi rostro. A veces hilos de baba caían de sus dientes o sus labios, a veces me manchaba con saliva cuando su rugido se hacía más profundo y alto y me la clavaba más fuerte; casi hasta el punto de que parecía más enfadado y furioso que nunca.
Durante la menstruación su cuerpo se había aletargado, respondiendo a mis necesidades de atención y cariño; pero ahora, parecía haber recordado que llevaba seis días sin sexo y que, además, tenía un precioso *omega* del que disfrutar todo lo que quisiera.
Para cuando terminó, estaba empapado en sudor, con la piel ardiendo y sin apenas respiración. Volvió a dejarse caer sobre mí como un peso muerto y se quedó así, concentrado en intentar seguir vivo. Le rodeé con la cola y los brazos y le acaricié el pelo húmedo y revuelto hasta que, pasado un rato, le oí suspirar.
—¿Qué estabas diciendo antes? —preguntó.
—¿Qué? —farfullé, entreabriendo un poco los ojos adormilados.
—Antes, decías algo de la cuenta.
—Ah, emh… —tragué saliva para aclararme la garganta gastada de tanto gemir su nombre y jadear—. Sí, tenemos que hablar sobre ella… —añadí—. Esto no nos está sentando bien.
—Oh, no, nada bien. Es terrible —afirmó, moviendo el rostro para mirarme y darme un lento y profundo beso con lengua. Siempre picaba un poco debido a su larga barba, pero no podía decir que eso no me encantara—. Aunque, la verdad, Lemér —añadió, separándose para quitar su miembro de dentro de mí y descender hasta mis nalgas—. Solo tú te quejarías de tener a un enorme *alfa salvaje* para ti solo.
Y empezó a limpiarme, dando largos lametones y gruñendo de puro placer a medida que se empapaba más y más la boca. Suspiré y me llevé las manos tras la cabeza, observando las copas de los árboles, movidas por la suave brisa de verano.
—No me quejo, es solo que… se nos está yendo de las manos, Tigro.
El *alfa* murmuró algo vago, puede que una afirmación, pero el sonido quedó apagado por su boca hundida entre mis nalgas. Cuando terminó de limpiarme a mí, se sentó, levantó una pierna y, con la agilidad digna de un contorsionista de circo, empezó a lamerse sus propios huevos de vello blanco y empapado en líquido.
Al levantar la vista, me vio mirándole con expresión seria. Tigro se encogió de hombros y se relamió los labios mojados y brillantes.
—Ya he conseguido que me pongas la cuenta, Lemér, ahora no hace falta fingir que te has emparejado con una *alfa* decente —murmuró.
—¿Y tampoco hace falta tener dignidad? —pregunté, arqueando ligeramente las cejas.
Tigro soltó un leve bufido y volvió a inclinarse hacia sus cojones.
—La dignidad la perdí cuando me enamoré de ti —creí oírle murmurar en voz baja.
—¿Qué?
El *alfa* volvió a mirarme y preguntó:

—¿Qué?
—¿Qué acabas de decir?
—¿Qué acabo de decir? —respondió.
Fruncí el ceño y ladeé el rostro. Tigro me miraba de vuelta sin siquiera pestañear, muy tranquilo y con la barba empapada en líquido con fuerte olor a menta y miel. Entreabrí los labios pero, por alguna razón, no volví a insistir.
Lo de la cuenta tenía que terminar ya.

MI ALFA

El periodo menstrual nos afectó a todos los omegas por igual; incluso a aquellos —como supuse que habrían hecho los terroristas—, que se tomaban los bloqueadores. Con ellos, no sufrías el descontrol hormonal del celo, pero tú cuerpo seguía necesitando renovarse y seguías pasándote un par de días tirado en la cama.

Eso significaba que ninguno de nosotros había podido hacer gran cosa mientras los *alfas* solteros y *solitarios* continuaban su trabajo en Mina Negra. Para mi sorpresa, cuando regresé una semana después, casi todos los escombros estaba retirados y había comenzado las nuevas construcciones.

—No está tan mal —murmuró Tigro, echando un rápido vistazo a los pies de la montaña y la colina que descendía hasta el fondo del valle.

Habían despejado la mina, pero las nuevas construcciones se habían enfocado en la entrada, al aire libre, donde habían empezado a cavar un poblado escalonado que descendía por el valle aprovechando la pendiente. El tiempo en el que Mina Negra estaba escondido en las profundidades, había terminado.

—No ahora que han quemado a los muertos y han empezado a construir —respondí—. Hace una semana, era aterrador.

El *salvaje* había insistido en acompañarme aquella vez. Según me había asegurado, con la mano en el pecho y una expresión solemne, para «ayudar» —porque él era el más fuerte y grande y blah, blah, blah…—; pero se había cargado una amplia mochila a los hombros y un fardo en cada mano. Y yo sabía que Tigro era muy consciente de la tal cantidad de víveres y mercancías que habían llevado a Mina Negra, y que muchos de ellos no los iban a necesitar, y que sería una gran ocasión para hacer intercambios y reabastecerse de, por ejemplo, nuevas gallinas.

—¿Por dónde quieres empezar a… «ayudar»? —le pregunté, volviéndome hacia él con los brazos cruzados.

El *alfa* tardó un momento en devolverme la mirada, observando los almacenes a lo lejos mientras frotaba los bigotes contra mi cola alrededor de su cuello.

—Uhm —murmuró, pensativo—. Quizá empiece por ayudar a los *alfas* del almacén.

—¿Ayudarles a deshacerse de los víveres y herramientas que tú necesitas, quieres decir?

Tigro sonrió un poco.

—Ayudándoles a intercambiar cosas que no necesitan por cosas que sí —me corrigió.

—¿Y por qué no se las regalas?, como hacen el resto de *alfas*.

—Porque yo no soy como el resto de *alfas*, mi querido Lemér —respondió—. Creía que ya te había dejado eso bien claro: ayer tres veces, cuatro si contamos cuando me despertaste en mitad de la noche, y otra esta mañana, cuando bajaste directo a…

—¿Quieres decir que no eres como el resto porque eres un puto egoísta? —le interrumpí.

—Exacto —sonrió, inclinándose para darme un suave beso en los labios antes de comenzar su descenso y añadir de espaldas a mí—: Pero soy *tu* puto egoísta… no lo olvides.

Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza. Aquello era solo culpa mía. No que Tigro fuera subnormal e insoportable, claro, porque eso ya venía de antes; lo que era culpa mía era seguir

alimentando su ego y aquella extraña situación en la que nos encontrábamos.
La cuenta no era real, pero todo lo demás parecía real. No sabía muy bien cómo explicarlo exactamente. Tigro era un manipulador de mierda y un traidor, pero estar con él resultaba… intoxicante.
Una garra de preocupación me atenazó las entrañas y, como siempre que pensaba en ello, empecé a respirar más rápido y a sentir una leve sensación de ansiedad. Me estaba haciendo el tonto, y yo sabía que me estaba haciendo el tonto e ignorando un montón de señales de alerta; pero me seguía dejando distraer y obligándome a olvidarlo una y otra vez. Era como un niño tapándose bajo las mantas cuando tenía miedo, creyendo que los monstruos no podrían alcanzarle si no les prestaba atención.
Tigro caminaba colina abajo y movía suavemente la cola atigrada, cargando con su mochila y sus fardos. Tigro, que había usado a mil *omegas* de la misma forma que me estaría usando a mí en aquel momento. Tigro, el *alfa salvaje* del que incluso las Má advertían tener cuidado, porque era demasiado sexy y demasiado cruel. Tigro, que aquella mañana me había despertado dándome leves toques con su cola en el muslo, que me había recordado que en el territorio había que trabajar y que, si quería quedarme un poco más en cama, solo había una manera de conseguirlo…
Y entonces se había recostado y había puesto las manos tras la cabeza y había sonreído como un cabrón y había movido levemente la cadera para resaltar el bulto afilado que sobresalía bajo la fina manta.
Tomé una profunda bocanada de aire y suspiré. No sabía si El Todo era real, pero daba miedo lo mucho que él me…
—¿No tienes nada que decirme? —me asaltó una voz a las espaldas, borrando al instante mi ensoñación para traerme de vuelta a la realidad.
Antes de girarme, ya había percibido el dulce olor a fresa y nata, por lo que encontrarme con la expresión seria y los labios apretados de Benny no me sorprendió en absoluto.
—Ah, hola, Ben —murmuré—. ¿Qué tal el celo?
—¿El celo? Bien. ¿Y qué tal el tuyo?, ¿con quien lo pasaste? ¿Quizá con el mismo *alfa* que la primera vez? Eh… ese *alfa* misterioso que nadie conocía y que «no era importante». Ese… misterioso felino ¿Te acuerdas, Mentita? ¿Te acuerdas cuando daba la cara por ti y me reía de todos esos rumores sobre que Tigro olía a menta y miel y tenía barba?
A mitad de la frase ya estaba volviendo a suspirar, pero en aquella ocasión por una razón muy diferente. Mi reencuentro con el *omega*-conejo era algo inevitable pero, para mi sorpresa, no me hizo sentir tan culpable como creía que me haría sentir.
—Escucha, Benny, siento mucho haberte mentido, de verdad.
—Ogh —jadeó en un inicio de carcajada áspera y venenosa—, que lo sientes… no creo que lo sientas tanto como yo el haber confiado en ti. —Asentí con la cabeza y, al igual que cuando uno de los generales nos echaba la bronca, me llevé las manos a la espalda y asumí la culpa en silencio—. Tienes suerte de haberle puesto una cuenta en la barba —añadió entonces—, porque sino, no me hubiera ni dignado a volver a mirarte a la cara.
Arqueé ambas cejas y alcé los ojos en dirección al joven.
—Entonces… ¿no estás enfadado?
—¡Claro que estoy enfadado! —exclamó—. ¡Eres una cerda y te has humillado hasta el límite de lo posible!
Benny gritaba y alzaba las manos en alto, con sus orejas de conejo en punta, sin importarle quién pudiera escucharnos. Tampoco era como si nadie fuera a intervenir, porque incluso con su metro

cincuenta de altura, Benny resultaba muy intimidante cuando se enfadaba de verdad.
—Te desprecio y me das asco —declaró antes de suavizar el tono y mirarse las uñas de forma desinteresada—, pero has cazado a un *salvaje* y todo lo que has hecho para conseguirlo ha merecido la pena. Ahora eres el *omega* de Tigro y nadie puede echarte nada en cara.
—Aha… —murmuré—. Me estás lanzando un mensaje algo confuso, Ben. Me desprecias pero casi parece que estés orgulloso de mí.
—No estoy orgulloso —siseó de forma cortante, clavándome sus grandes ojos azules—. Has hecho todo lo que te aconsejé que no hicieras, me has mentido y me has traicionado. Tú y yo ya no somos mejores amigos.
—Mejores amigos —parpadeé. El momento en el que nuestra amistad había alcanzado aquel punto, se me escapaba.
—Pero, como he dicho, ahora que estás emparejado con un *salvaje*, tienes un estatus especial en la comarca que ni yo puedo cuestionar.
—Entiendo —afirmé. No, no entendía una mierda, pero era Benny y lo más fácil era siempre asentir y darle la razón.
—Bien —concluyó con la cabeza muy alta—. Capri nos dijo que tenías pensado seguir siendo el cartero del Pinar.
—Así es.
—¿Por qué?
—Porque es un trabajo que me gusta.
El *omega* resopló tan fuerte que sus labios rosados vibraron mientras ponía los ojos en blanco.
—Es un trabajo para que las cerdas como tú podáis ir a pavonearos delante de los *alfas* y los *salvajes*.
—Es muy necesario —le corregí—, y si es lo que piensas: no, no tomé el trabajo solo para poder ir a visitar a los *salvajes* a su territorio.
—No, a los *salvajes* no. Solo a Tigro —murmuró con esa habilidad tan suya para soltar un comentario ácido como si nada.
—¿Hablas de mi *alfa*? —pregunté—. ¿El mejor *salvaje* de La Reserva?
—Oh —Benny se rio y miró a un lado.
Entreabrió los labios como si fuera a desmentir aquello, pero, como había dicho, yo era ahora el *omega* de uno de los grandes tesoros de la comarca. El que dijera que no quería estar con un *salvaje*, mentía.
—Bueno, eso es cuestionable… —terminó murmurando—. No voy a decir que Tigro no sea muy atractivo y tenga un buen territorio, pero considerarle «el mejor de La Reserva» suenan a palabras de *omega* enamorado.
—Ya —dije, deseando poder cambiar de una vez aquel tema—. ¿Y qué haces aquí, Ben? ¿Has venido a ayudar?
—Como todos los demás —asintió.
—Qué generoso —asentí.
—En Mil Lagos somos muy generosos —dijo sin dudarlo.
—Y que esto esté lleno de *alfas* solteros de todas las comarcas circundantes, no tiene nada que ver… claro —sonreí.
—¡Claro que tiene que ver, Mentita! —exclamó, como si fuera obvio—. ¿Crees que los *omegas* de Dos Picos han venido a «ayudar»? —entrecomilló mucho esa última palabra—. ¿O los de Mar Bravo? Porque lo único que les he visto hacer ha sido pasearse de un lado a otro delante de los *alfas* como unos gilipollas.

—Ahhmm —me hice el sorprendido.
Ahora que lo peor había pasado y los heridos y fallecidos habían sido atendidos por las Má, Mina Negra había comenzado su reconstrucción: y eso no significaba tan solo los edificios y las grutas. Los animanos tenían una mentalidad bastante pragmática sobre la vida y, aunque a veces pudiera considerarse algo fría y descorazonada —según estándares *beta*—, no dejaba de ser bastante práctica.
Los muertos serían recordados y alzarían un monumento en memoria del suceso, pero la vida en La Reserva continuaba.
Los *alfas* fallecidos habían dejado un importante número de bajas entre los trabajadores y no habían tardado en aparecer otros *alfas* para cubrirlos. *Alfas* como los de Refugio de la Garra, allí donde la población era tan grande que no les importaba perder a algunos gemelos que quisieran mudarse a Cauce Rápido.
Y allí donde había *alfas* y una buena excusa, estaban los *omegas*.
Mina Negra pasó de ser un lugar desolador y oscuro a convertirse en el centro de la actividad entre las comarcas. Lo que, irónicamente, contrarrestaba mucho con lo que se esperaba o lo que hubiera pasado si en el mundo *beta* hubiera sucedido un atentado de tal magnitud.
Esa estúpida idea que me cruzó la mente me hizo jadear y abrir mucho los ojos. Me levanté de un salto del asiento que compartía con el resto de *omegas* del Pinar, interrumpiendo por un momento a Líbere mientras se quejaba, como no, de los demás *omegas* de las otras villas.
—Perdón —me disculpé, saliendo a toda prisa hacia la colina.
Llegué a los almacenes en apenas minutos y busqué a Tigro con un fugaz repaso. El *salvaje* no era difícil de distinguir entre el resto: primero, porque solía sacarle media cabeza de altura a los otros *alfas* y era el único felino con el cuerpo tan ancho como los bovinos; y, segundo, porque fuera a donde fuera siempre hacía un espectáculo.
En aquel momento, discutía con uno de los *alfas*-antílope autóctonos de Mina Negra, uno de los supervivientes, un anciano con larga barba y numerosas cuentas, al cual intentaba convencer de que sus «famosísimas» tallas en madera valían al menos dos gallinas cada una.
Nada más acercarme, el *salvaje* giró el rostro al percibir mi olor y me sonrió un solo instante antes de señalarme y seguir discutiendo.
—¡Mira la preciosidad de *omega* que tengo! ¿Crees que soy de los que se conforman con cualquier cosa? Mis tallas son las mejores y no voy a aceptar menos de lo que me merezco por ellas.
—No son tan buenas —respondió el *alfa* de Mina Negra, negando con la cabeza a la vez que agitaba su larga barba y sus largos cuernos.
—Y tu *omega* tampoco lo es —dijo de pronto una voz a la lejos.
Entonces se hizo el más profundo silencio en el almacén. Tigro lanzó una mirada tan fría y peligrosa que podría haber hecho mearse encima de terror al *beta* más valiente.
—¿Quién… ha dicho… eso? —dijo, cada palabra, una sentencia de muerte.
Los *alfas* presentes, la mayoría poco más que adolescentes, retrocedieron un paso por puro instinto y negaron. Tigro dejó caer el mango tallado al suelo y se giró lentamente hacia un lado. No había odio en su rostro, ni enfado, ni misericordia. Fuera quien fuera aquel *alfa* que me había insultado, ya podía darse por muerto.
—Tranquilo, tranquilo —intentó calmarle el anciano, alzando las manos en alto—. Seguro que fue solo uno de los jóvenes. Ya sabes cómo son estos críos recién salidos de su primer celo, creyéndose todos unos *alfas*…
Tigro le ignoró por completo y le apartó de enfrente sin demasiado cuidado.

—Quien haya dicho eso, va a venir aquí —declaró con un tono tan frío que erizaba la piel—, va a pedirle perdón de rodillas a mi *omega*, y después me va a pedir perdón a mí momentos antes de que le arañe la cara hasta que solo quede una calavera ensangrentada…
—Vale, ya está —intervine en ese momento, rodeando el cuello del *salvaje* con mi cola antes de acariciarle el rostro con la punta para calmarle—. Son críos, déjales.
Tigro no me hizo caso, no hasta que no tiré de él con tal firmeza que le hice perder el equilibrio. Solo entonces me miró de vuelta y perdió su expresión asesina para sustituirla por una frustrada y molesta.
—No van a…
—He dicho que pares —le interrumpí con tono seco y otro tirón firme de mi cola.
Se volvió a hacer el silencio, pero la batalla de miradas asesinas era solo entre el *salvaje* y yo. La tensión del momento se alargó solo un par de segundos más hasta que Tigro gruñó y apartó el rostro, ofendido. Más relajado, miré al anciano y le dije:
—Discúlpanos un momento.
—Sí —asintió él sin dudarlo—. Gracias… —añadió en tono más bajo.
Me llevé a mi enorme *alfa* conmigo hacia un lugar más o menos discreto tras un muro de barriles. Allí me crucé de brazos y ladeé el rostro.
—Creía que habías venido para ayudar, Tigro, no para reducir todavía más la población de *alfas* de Mina Negra —le dije.
El *salvaje* soltó un jadeo áspero.
—He venido a ayudar —me aseguró, arqueando ambas cejas—. Y ahora mismo les estaba ayudando a entender la horrible, *horriiiiibleee* idea que es insultar al *omega* de un *salvaje*. A no ser que quieras terminar muerto, claro —añadió de forma pensativa, llevándose una garra negra a los labios—. ¿Crees que ese crío quería morir y por eso te ha insultado? Suena bastante lógico.

Tomé aire y lo solté en un bajo suspiro.
—Lo que creo es que son adolescentes de Mina Negra, que han perdido a amigos y familiares y que ahora están mirando como su villa se llena de *alfas* desconocidos. Eso es todo.
—Mmh… —se lo pensó él, todavía dándose ligeros toques en el labio—. Pero eso no explica su tendencia suicida al elegirme a mí para insultarme, sabiendo que soy capaz de romperle el cráneo con solo una mano…
—Tigro —murmuré, ya con tono cansado—. Céntrate y no causes problemas.
—¿Qué *yo* causo problemas? —se escandalizó—. Aún por encima que he venido a alegrar sus tristes vidas con mi presencia y darles la oportunidad de adquirir una de mis famosas tallas a un precio…
—¿Famosas? —le interrumpí—. Te he visto tallar la mayoría y lo hacías solo porque te aburrías.
Tigro me ignoró por completo.
—Soy un artesano —me dijo con tono muy orgulloso y la cabeza bien alta—. El mejor de que hay desde las Montañas Grises al Río Bravo.
—Ese es tu territorio. Eres el mejor porque eres el *único*.
—Y mi arte —continuó una vez más—, se merece respeto y un intercambio justo.
—Quieres cambiar dos gallinas por un puto palo que has tallado de camino aquí —aclaré.
—No, no, no. Quiero intercambiar una obra de legendaria artesanía por dos pollos raquíticos que no me van a dar ni huevos —me corrigió.
—Qué poca vergüenza tienes… —susurré mientras entrecerraba los ojos.
El *alfa* se inclinó hasta quedar casi pegado a mí antes de susurrar de vuelta:

—Me has visto lamerme mis propios cojones, así que sí, Lemér. Tengo muy poca vergüenza.
Llegado ese punto, ambos compartimos un tenso silencio y una firme mirada. Aunque quizá «tenso» no era la palabra exacta para describirlo. Tigro me miraba con aquellos ojos salvajes y brillantes, de esa forma intimidante y feroz, pero a mí no me afectaba lo más mínimo. Primero, porque ya me había enfrentado a esa actitud demasiadas veces; segundo, porque estaba tan seguro de que Tigro jamás me haría daño como de que al día siguiente saldría el sol.
Daño físico, al menos, porque el *salvaje* llevaba ya más de medio año arrastrándome en una espiral de locura.
—¿Sabes que tienes los ojos más bonitos que he visto jamás? —me preguntó entonces, pasando su mirara intermitentemente de un ojo a otro—. Son del color del cielo nublado. Siempre al borde de desatar una tormenta, siempre cambiando con cada brillo de luz que reflejan. Son… impredecibles. Fascinantes.
—Si intentas distraerme, que sepas que es un intento muy cutre —murmuré en respuesta.
Tigro sonrió un poco y se mordisqueó ligeramente su labio inferior mientras continuaba mirando mis ojos.
—Eres el *omega* más hermoso de toda La Reserva —dijo, casi en un suspiro.
Entonces se mordió más el labio con emoción y agitó la cabeza y parte del cuerpo, como si un intenso escalofrío le hubiera atravesado de arriba abajo, desde la cola hasta la punta de sus afiladas orejas de elfo. Después, apoyó el hombro en el muro de barriles y se cruzó de brazos.
—Y tienes la gran suerte de ser mío, por supuesto —añadió con un tono más relajado, fingiendo haber encontrado algo muy interesante que mirarse en las garras de su mano—. Sabes que lo han intentado muchos, muchísimos —recalcó, con los ojos en blanco, como si solo pensar en el número de *omegas* que le hubieran perseguido le pareciera imposible—, pero entonces llegaste tú y me engañaste y me…
—Que yo te engañé —le interrumpí con un tono serio y cortante.
—Me engañaste por completo —afirmó él, con todos sus santos, grandes y peludos cojones de *salvaje*—. Te hiciste el tonto y te aprovechaste de mi buena voluntad para que te ayudara a limpiarte. Después me llenaste hasta sacarme una buena barba y me llevaste al celo…
Llegado ese punto, me masajeé los lacrimales y solté una buena bocanada de aire.
—Ni te imaginas la paciencia que tengo que tener contigo, Tigro —murmuré.
—¿Por qué? —preguntó—. Ya estás deseando volver a chupármela, pero yo no paro de hablar, ¿es eso?
Cuando alcé la vista, vi su sonrisa alargada y la forma en la que se apoyaba contra los barriles, acariciando las tapas de madera con su gran cola de tigre. Sonriendo un poco, ladeé el rostro.
—Como me conoces.
El *salvaje* produjo un ronroneo gorgoteante desde lo profundo de la garganta y se pasó una mano por su media melena alborotada. En un intento de exhibirse discretamente, se apoyó más sobre los barriles y estiró los brazos como si, de pronto, tuviera una necesidad imperiosa de hacer crujir la espalda. Que, casualmente, su jubón se levantara en el proceso y mostrara el final de sus abdominales, su ombligo y la marcada «V»; fue solo coincidencia, claro.
Tras estirarse, Tigro soltó un jadeo cansado y se mojó los labios.
—Bueno, Lemér… —dijo con una expresión de circunstancias—, supongo que, como me has engañado hasta que me has hecho tu *alfa*, ahora ya no puedo negarme a satisfacerte siempre que me lo pidas. Y tú lo pides mucho. Muchísimo. Todo el tiempo. Casi parece que eres incapaz de resistirte a mí y a este…
Y, entonces, el muro de barriles cedió bajo su peso y el *salvaje* cayó de espaldas entre ellos,

produciendo un ruidoso alboroto en el proceso. Tigro, normalmente ágil y de reacciones instantáneas, había estado demasiado distraído alimentando su propio ego y exhibiéndose para mí, por lo que aquello le había pillado por sorpresa. Cayó sentado sobre los barriles y parpadeó, como si su mente aún no hubiera procesado lo que acababa de suceder.
Solo necesitó ver la malvada sonrisa en mis labios para entenderlo.
—Mi *alfa*… —suspiré, coronando aquel momento de patente humillación para Tigro, al que ahora todos miraban.
El *salvaje* volvió a parpadear y, de pronto, su expresión se volvió una máscara de pura ira. Sus bigotes se erizaron, su nariz se contrajo y su boca se abrió hasta que pude ver todos sus dientes de carnívoro.
—Lemér… —gruñó.
—¿Sí, mi amor? —pregunté con inocencia—. ¿Qué ocurre? ¿Te has hecho alguna heridita al caerte tú solo?
Los ojos de Tigro se abrieron incluso más, lo que casi parecía imposible. Sus pupilas comenzaron a dilatarse y su respiración se aceleró. Sus manos, apoyadas en los barriles, se fueron cerrando con fuerza, arañando la madera hasta dejar unas profundas marcas en la superficie.
Sin miedo alguno, rodeé una caja de suministros con la cola y se la tiré encima. El *salvaje* recibió el impacto y después agarró el cajón, destrozándolo entre sus manos como si fuera una ramita del bosque.
Al segundo siguiente, ya estaba de pie entre los barriles. Me miraba fijamente por el borde superior de sus ojos y tomaba profundas bocanadas de aire que le llenaban los pulmones y le hacían parecer incluso más grande y amenazador de lo que ya era.
—Ven… aquí… —gruñó con una voz profunda y tenebrosa, más animal que humana.
—Bueno, Tigro… —dije con una expresión de circunstancias—, supongo que, como me has engañado hasta que me has hecho tu *omega*, ahora ya no puedo negarme a satisfacerte siempre que me lo pidas. Y tú lo pides mucho. Muchísimo. Todo el tiempo —sonreí con malicia, ladeando el rostro—. Casi parece que eres incapaz de resistirte a mí…
Cuando quería, Tigro era increíblemente rápido. En tan solo un instante, saltó sobre mí y recorrió los tres metros que nos separaban como si fuera tan solo un paso; aunque lo único que encontró fue la pared, en la que, para mi profunda satisfacción, se dio otro golpe.
No pude aguantarme la risa, llenando el almacén desde lo alto de la viga a la que había saltado para escapar. Seguía habiendo muchos *alfas* allí, observándonos con atención, testigos de la intensa humillación de Tigro.
Y eso solo lo hacía más perfecto, porque el *salvaje* necesitaba una urgente cura de humildad.
Sin embargo, cuando Tigro levantó la mirada y vi sus ojos consumidos por la locura, tomé la rápida decisión de llevármelo de allí lo más rápido posible. Un Tigro en estado *salvaje* era algo con lo que había que tener mucho cuidado.
Me moví con rapidez y salté entre las vigas hasta alcanzar la puerta, por donde me escapé corriendo en pos del grupo de árboles que se alzaban al otro lado de la ladera rocosa. No miré atrás, solo corrí lo más rápido que pude y me refugié tras un grupo de piedras un segundo antes de que Tigro se lanzara sobre ellas y rugiera como un tigre.
Sin los verdes y altos bosques de Mil Lagos, no llegué muy lejos.
Antes de alcanzar el siguiente refugio de piedras, Tigro se abalanzó sobre mí y me tiró al suelo con todo el peso de su cuerpo, haciéndonos rodar un par de metros ladera abajo. Atrapado bajo su enorme cuerpo, me agarró con fuerza entre sus brazos y me arañó los pantalones hasta

quitármelos. Después, se separó solo lo necesario para poder metérmela casi de un golpe seco. Rugiendo a apenas un centímetro de mi rostro, empapándome de saliva y con expresión de estar a punto de matarme. Tigro me folló con la intensidad y el descontrol del que solo un *salvaje* era capaz. Tras tres orgasmos, terminó hundiéndose todo lo posible en mí antes de alzar la mirada al cielo y rugir una última vez. Entonces, con los ojos perdidos y el cuerpo empapado en sudor, se desmoronó sobre mí.

Con la respiración pesada y los ojos humedecidos, miré un lejano cielo de verano, tan azul que parecía no tener principio ni fin. Allí, agazapados entre el cúmulo de piedras, moví una pesada mano y le acaricié la espalda al alfa hasta que, no sé cuanto tiempo después, consiguió recuperar las suficientes energías para levantar la cabeza y besarme.

Sus labios todavía estaban empapados de saliva y su larga barba me hacía picar el rostro en contraste con la mía. Sus ojos, ahora calmadas joyas de jade y oro, me miraron un par de segundos antes de decir:

—Puede, y es un puede muy condicional, casi sin valor alguno, que…

—Por Dios —murmuré con los ojos en blanco.

—Puede que, y aunque entiendo que no lo creas posible, ya que yo tampoco lo creería posible —continuó, ignorando por completo mi interrupción—, quizá, de una forma sorprendente y del todo inesperada, yo, el gran Tigro, *salvaje* de Mil Lagos y mejor *alfa* de La Reserva, considere qué; y recuerda que esto es cuasi-improvable; haberte encontrado haya sido, por absurdo que pueda parecer, lo mejor que me haya pasado nunca.

Respondí a su mirada y esperé un par de segundos antes de responder:

—Cuando hablas, la mitad de las veces, ni te escucho.

—Lo sé, Lemér —dijo con visible pesar—. Para ti soy solo un objeto de deseo y una polla que te hace increíblemente feliz…

Resoplé tan fuerte que los labios me vibraron.

Con una carcajada, Tigro descendió por mi cuerpo y fue lamiendo las heridas que me había hecho con sus garras hasta alcanzar el pantalón rasgado y mi culo empapado. Cuando me limpiaba era el único momento en el que, gracias a Dios, dejaba de hablar y solo se limitaba a gruñir y ronronear de placer.

—¿No vas a limpiarte los cojones, también? —pregunté, mirándole relamerse la boca y la barba empapado de líquido tibio y viscoso.

—No, eso solo lo hago en la intimidad de nuestro territorio —respondió, alzándose de rodillas para guardarse la polla ya flácida dentro del pantalón y abrocharse el cinto—. Por cierto, Lemér —añadió—, si quieres, podemos hablar sobre la Poción de Regaliz.

Dejé de repasarme el pantalón, valorando hasta qué punto tendría que regresar a Vallealto y pedirle a Antila que me lo remendara una vez más.

—¿Qué? —pregunté.

—La Poción de Regaliz —repitió él, de nuevo, como si se tratara de la conversación más normal del mundo. De hecho, ni me miraba, demasiado ocupado alisando su jugón negro—. Es la poción para los *alfas*, la que…

—Sé lo que es, Tigro —le interrumpí—: el anticonceptivo *alfa*.

—Exacto —asintió—. No es que me haga ninguna gracia que me deje de crecer la barba —añadió, llevándose una mano al espeso vello atigrado que le cubría la mitad inferior del rostro, tan larga ya como la de un náufrago que se hubiera pasado medio año abandonado en una isla—, pero si no vamos a tener crías por ahora, es una tontería que sigas tomándote una poción cada tres días. Sé que son muy fuertes porque yo soy una bestia sexual y mi esperma es como el mejor

de toda La Reserva… —puso los ojos en blanco y se encogió como diciendo «no puedo evitarlo, lo siento»—. Pero me da miedo que tanta poción te acabe haciendo daño, así que puedo tomarme yo la de regaliz y estar tranquilos durante una temporada. Muchas parejas lo hacen.
Escuché todo aquel discurso con una mezcla de incredulidad y sorpresa. Primero, porque Tigro estuviera dispuesto a tomarla; segundo, por el compromiso que eso requería; y tercero, porque era verdad que muchas parejas lo hacían.
Parejas de verdad, con cuentas de verdad. No como nosotros.
—¿Estás bromeando, Tigro? —le pregunté.
—Los *alfas* no bromeamos con esa poción —respondió, a mis palabras y, sobre todo, a mi mirada seria—. Nunca bromeamos sobre nuestras barbas ni sobre nuestros *omegas*; ya lo sabes.
—No, no —me negué—. Tienes que *estar* bromeando.
Tigro tomó una profunda bocanada del aire cálido del atardecer y suspiró, llevándose ambas manos a la cadera.
—Escucha, Lemér —me dijo con un tono que me hizo estremecerme de arriba abajo.
No con tono serio, ni gracioso, ni altivo, ni arrogante, ni siquiera firme; sino con ese que había usado aquella vez en Mar Bravo cuando había querido contarme algo importante. Un tono más aterrador que cualquier otro que el *salvaje* pudiera usar, porque, con él, casi parecía un hombre normal, maduro y sincero.
—Sé que no quieres tener crías aún, y lo entiendo, y no pasa nada: tú has decidido seguir con tu trabajo de cartero y yo aún tengo que preparar muchas cosas del territorio antes de tener tigrecitos y lemurcitos. ¿Qué me encantaría tenerlos ya? Por supuesto, no voy a mentirte —sonrió un poco, como si la sola idea le hiciera feliz—, pero no es el momento. Así que, en vez de condenarte a beber una poción asquerosa cada tres días, me tomaré yo una poción asquerosa y, el año que viene, podemos volver a hablar del tema y decidir si ha llegado el momento de tener crías. ¿Qué me dices?
No dije nada. No podía decir nada. Mi mente se había quedado completamente en blanco porque una parte de mí se negaba a creer que Tigro estuviera diciendo eso. Una parte de mí se estaba esforzando mucho por bloquear el mensaje implícito que se estaba traduciendo de aquella conversación.
Que Tigro y yo éramos una pareja de verdad. Que la cuenta era *real*.
—Quítate la cuenta —ordené en un susurro.
—Lemér, no…
—¡Quítate la puta cuenta! —rugí.
El *salvaje* se quedó completamente helado, mirando mi rostro y, quizá, comprendiendo que había llegado el momento de dejar de jugar y volver al mundo real. Si podía leerme la mente, sabía que esta vez se quitaría la cuenta él o se la quitaría yo. No importaba el coste.
Con una mano lenta y cada vez más temblorosa, Tigro se alcanzó la perla de hueso que recogía el final del pelo de su barba en un pequeña coleta. La parpó entre los dedos, entreabrió los labios y volvió a cerrarlos. Parpadeó y los ojos se me humedecieron momentos antes de deslizarse la cuenta por la barba y quitársela al fin.
—Ya… está —murmuró con voz baja y ronca.
Entonces volví a respirar, sin darme cuenta de que había mantenido el aire todo aquel tiempo. Miré el puño cerrado en el que guardaba la cuenta y después la hierba verde a sus pies. Cerré los ojos y respiré más fuerte. Por un momento, había estado al borde de un ataque de ansiedad.
—Vale —jadeé—. Bien. —Tragué saliva—. Gracias.
Me levanté del suelo y empecé a abrocharme el cinturón sin mirar al *alfa*.

—Te dije que esa maldita cuenta nos estaba envenenando —le recordé—. No estás pensando con claridad, Tigro. Ninguno de los dos está pensando con claridad —negué con la cabeza—. Es mejor así. Ahora quizá podamos volver a centrarnos y dejarnos de tonterías. No me entiendas mal, me lo paso muy bien contigo, lo sabes, y no vamos a dejar de vernos, porque ya es tarde para eso y todo el mundo piensa que estamos juntos; pero nosotros sabemos la verdad. Y hay que…

—Lemér —me interrumpió él.

Tomé otra profunda bocanada antes de alzar los ojos y enfrentarme de nuevo a su mirada húmeda y brillante.

—Ya es tarde —me dijo.

—¿Tarde para qué? —pregunté, echando una rápida mirada al cielo—. Todavía es medio día.

Al *alfa* se le escapó un leve bufido y una fina sonrisa elevó las comisuras de sus labios. Sin responder a mi pregunta, arrojó la cuenta al suelo entre nosotros y la pisó con su bota, hundiéndola hasta desaparecer entre la tierra seca y la hierba verde.

—La cuenta es solo una herramienta, un símbolo, una tradición. No tiene valor real.

—Exacto —asentí, agradecido de que Tigro empezara a recordar aquello y a desintoxicarse de la influencia de la perla en su barba.

—No influye en nosotros, Lemér —me dijo entonces—. Ni en ti, ni en mí. Es algo cultural, no algo biológico.

Fruncí el ceño y miré el lugar en el que había enterrado la cuenta, ya apenas visible entre la tierra seca. Cuando alcé la mirada, Tigro ya se había dado la vuelta, ascendiendo la colina pedregosa.

Entonces me agaché, desenterré la perla de hueso y la observé una vez más con atención. Era solo un estúpido abalorio mal tallado y, aún así, parecía más destructiva que el kilo de explosivos que habían usado en Mina Negra.

—Tigro —le llamé.

Cuando el *alfa* se detuvo y volvió el rostro, mostrándome solo el perfil, le mostré la cuenta.

—Póntela para volver —le dije con tono neutro—. Ahora ya no pueden verte sin ella.

El *salvaje* se volvió por completo y descendió a lentos pasos todo el camino que había conseguido recorrer hasta el momento. Sin decir nada, se detuvo frente a mí y puso las manos a la espalda, dándome a entender que no lo haría él mismo. Con una mueca exasperada, le volví a colocar la cuenta en la barba, como si de alguna extraña condecoración del ejército se tratara.

Entonces, y solo entonces, Tigro volvió a sonreír con malicia.

—¿Te has dado cuenta de lo nervioso que te has puesto al verme sin ella? —me preguntó.

—Te la quitarás cuando volvamos a casa —ordené, ignorándole por completo.

—Sí, muy nervioso —murmuró él mientras me rodeaba con el brazo para invitarme a acompañarle de vuelta—. Casi como si… te angustiara. ¿Te angustia pensar que sin tu cuenta en la barba algún otro *omega* pueda acercárseme, Lemér? —me preguntó, girando el rostro para mirarme.

—Contigo me angustian muchas cosas, Tigro —respondí con la mirada al frente—. Me angustia tu actitud, tu forma de ser, lo inmaduro que eres, la perspectiva de que tengamos que trabajar juntos, tu forma de decir las cosas… De hecho —lo pensé mejor—, me angustias con tan solo abrir la boca.

—Mmh… —murmuró él de forma pensativa—, qué curioso, tú no paras de quejarte de mí, pero mis tigre-sentidos no paran de decirme que, en el fondo, me amas con locura.

Un bufido de risa se me escapó al mismo tiempo que mi abdomen se contrajo.

—No me van los tríos —murmuré.

El *alfa* arqueó las cejas.
—¿Los tríos? —preguntó.
—Amarte significaría participar en una relación poliamorosa, Tigro —respondí—. Seríamos tú, yo y tu ego; y dudo que yo pudiera llegar a amarte más de lo que tú te amas a ti mismo, así que sería el apestado de la relación.
El *salvaje* se quedó un momento sin palabras y, de pronto, entrecerró los ojos.
—Eso es… probablemente cierto.
—Y ahora que sé que podrías hacerte a ti mismo tus propias mamadas, mi valor en la relación es incluso menor que antes —añadí con fingido pesar.
El *alfa* apartó el brazo de mis hombros y se llevó ambas manos al rostro, juntando las palmas debajo de su nariz en postura de profunda reflexión.
—Sí… todo eso es muy cierto —murmuró—, pero tiene que haber algo que puedas aportar a la relación. Solo necesito pensarlo un poco, seguro que se me ocurre… No —aspiró aire entre los colmillos y me miró—. Lo siento, Lemér. No hay nada que yo haga mal. Soy perfecto en todos los sentidos.
—Lo sé, lo sé… —afirmé, asintiendo lentamente con cada frase—. Casi podría decirse que no necesitas a nadie más.
—Bueno, no, en teoría no. Tener *omega* en mi caso no es del todo una «necesidad», sino más bien un «capricho». ¿Entiendes?
—Totalmente —asentí de nuevo—. La única razón por la que te imagino teniendo un *omega* es para que alguien fuera testigo de todas tus hazañas. Para tener público, ¿sabes? Porque no puedes ser lo mejor de La Reserva si nadie te mira siendo el mejor —continué, ya en lo alto de la rocosa colina—. Por eso necesitas a un *omega* que te adore tanto como te mereces, que te vea como a un dios y te repita constantemente lo maravilloso que eres.
—¡Sí! —exclamó él, totalmente de acuerdo con mis palabras—. ¡Eso sería maravilloso! Pero, ogh… —farfulló, negando con la cabeza mientras fruncía el ceño—, qué aburrido sería estar con un *omega* que ya me venera como a un dios. No tendría gracia ninguna.
—Pero es imposible que no te veneren como a un dios —respondí, sorprendido—. ¡Eres el gran Tigro!
—¡Lo sé! —exclamó, alzando las manos en alto—. Todos me aman y me desean. ¡Es una maldición!
Con expresión apenada, coloqué una mano en su hombro y le di un leve apretón.
—Por suerte eres el mejor de todos los *alfas* y, si alguien puede soportar una carga tan grande, eres tú.
Tigro cerró un momento los ojos, asintió con solemnidad y después fingió limpiarse una inexistente lágrima en su mejilla.
—Soy un héroe sin capa —declaró.
Tomé una profunda bocanada de aire y, dándome un momento para que lo estupidez de toda aquella conversación no me superara, respondí:
—Sí… Exacto, eso es lo que eres: un puto héroe sin capa.
—No puedo ni imaginar lo afortunado que debes de sentirte al poder compartir tanto conmigo —suspiró con la mirada puesta en la Montaña de Mina Negra.
—No, no, el afortunado será el *omega* al que elijas para emparejarte —respondí.
Tigro me miró.
—Oh, pero ese eres tú, Lemér —me dijo.
Me reí, porque lo consideré parte de la broma. Tigro sonrió un poco más.

—Siempre has sido tú —añadió, en un tono más bajo y, por un instante, increíblemente serio.
—Para, Tigro —le pedí con una sonrisa forzada en los labios—. Empiezas a darme miedo.
El *alfa* se rio.
—Sí. Siempre te ha dado miedo estar conmigo a no ser que pensaras que te estaba manipulando.
—¿Qué? —jadeé, perdiendo la sonrisa al instante.
—¿Qué? —preguntó él, arqueando las cejas.
—¿Qué has…?
—Oh, eses *alfas* parece que nos quieren decir algo —me interrumpió él, señalando una dirección —. ¿No serán ellos la mierda de gemelos con los que perdías el tiempo, nooo?
Parpadeé. Casi como en un sueño, volví el rostro y miré a Lupo y Polu, resguardados bajo una tienda de campaña improvisada en la que se habían asentado los cazadores. Ambos nos miraban con atención y murmuraban algo por lo bajo.
—S… sí —respondí.
—¡Qué bien! —Tigro apretó los dientes y puso una sonrisa macabra antes de rodearme los hombros y apretarme contra él—. Vayamos a conocerles… —gruñó.

LA CACERÍA DEL ZORRO

Ni en mis más oscuros y aterradores sueños, me hubiera imaginado el día en el que Tigro se reuniera cara a cara con los gemelos de la Garra. Era como imaginarse un pingüino en la sabana, o un dinosaurio en el polo norte, o una ballena en mitad del amazonas. Simplemente, estaba tan fuera de lugar que era absurdo.

Pues bien, esa imposibilidad se hizo real en el momento en el que Tigro el *salvaje* se acercó a la cabaña de los cazadores y, con una espeluznante sonrisa en los labios, les dijo:

—Así que vosotros sois Impotencia y Eyaculación-precoz.

—Joder… —murmuré, llevándome una mano al rostro. Solo Tigro tenía esa increíble habilidad para darme vergüenza ajena hasta el punto de sonrojarme. A mí: un militar—. Son Lupo y Polu —le corregí—, y son buenos amigos míos, así que, por favor, sé educado.

—Aaaahm —vocalizó el *salvaje*—. Lupo y Polu… tus *amigos*—repitió, mirándoles intermitentemente de uno a otro, resaltando justo las palabras que había que resaltar en aquella frase.

Lupo dio un ligero paso adelante y, con las manos en su cinturón de cuero, alzó levemente la cabeza. Ya habían perdido la barba blanca y, que yo pudiera percibir, no había rastro alguno de menta y miel en ellos; pero eso no quería decir que los gemelos no fueran animanos orgullosos que se fueran a dejar intimidar, ni siquiera por el psicópata de Tigro.

—También nos llaman Martillo y Clavo, por si te suena más —le dijo.

—No, no me suena en absoluto —respondió el *salvaje* antes de encogerse de hombros con total indiferencia—. ¿Y cómo es eso del incesto? —preguntó de pronto—. ¿Divertido?

Ambos gemelos apretaron con fuerza los dientes, pero fui yo el que le dio un codazo a Tigro en las costillas, haciéndole perder el aire por un momento. Mientras se inclinaba y resoplaba por la punzada de dolor, miré a los *alfa*-lobo.

—Perdonad —me disculpé—. ¿Necesitabais contarnos algo?

A Polu le llevó un momento dejar de mirar al *salvaje*, igualando la posición de su hermano y cruzándose de brazos, respondió:

—Sí. Queríamos hablar un momento contigo sobre… ese tema.

—¿Habéis encontrado algo? —pregunté.

Los gemelos intercambiaron una rápida mirada y después miraron al *salvaje*.

—Tigro lleva ayudándome desde el principio —aclaré—, sabe tanto como yo.

Eso no fue determinante para que los *alfas* de la garra confiaran en él, pero sí para invitarnos a ambos a acompañarles a un lugar más discreto donde poder hablar sin miedo a oídos curiosos. Ese lugar, resultó la parte trasera de la tienda de los cazadores, allí donde descuartizaban a los animales antes de colgarlos, el suelo estaba humedecido por la sangre y había un fuerte olor metalizado en el aire.

Nunca me sentía tan transportado al medievo como en aquellos escenarios tan diferentes al mundo *beta*, allí donde la carne venía ya envasada y te ahorrabas los horrores de ver cómo se conseguía.

—Queríamos saber si ya habías planeado el siguiente movimiento —preguntó Lupo—. Ha pasado una semana y no hemos sabido nada de ti. Empezábamos a… preocuparnos.
—Lemér estaba ocupado pasando la menstruación bajo mi atenta y cariñosa mirada —intervino Tigro, porque ese «preocuparnos» fue directo a su orgullo—. Y después estaba ocupado montándome hasta que no pudo m…
Otro codazo, más fuerte que el anterior, le dejó de nuevo sin aliento.
—Con la menstruación, los *omegas* traidores tampoco habrán podido hacer gran cosa —les expliqué, ignorando por completo al *salvaje*, al igual que hicieron los gemelos—. Pero he estado recabando alguna información y creemos haber encontrado el motivo por el que han atacado Mina Negra.
—Lemér —me susurró el *salvaje* al oído. No tuve que volver el rostro para percibir su expresión de sonrisa forzada y su mirada de loco—. No les cuentes más de lo que…
Le aparté con una mano y continué:
—Hay un metal que los *beta* valoran muchísimo. Probablemente hayan planeado poner una bomba en la mina para ahuyentar a los animanos de aquí y así poder excavarla ellos en secreto.
Polu frunció el ceño, escuchándome hablar mientras miraba el suelo embarrado y ensangrentado.
—Pues no es que lo hayan conseguido —murmuró, echándonos una rápida ojeada a su hermano y a mí—. Mina Negra está más lleno de animanos que nunca.
—Sí —afirmé—. Pero eso ha sido un giro imprevisto de los acontecimientos. En realidad, los *omegas* traidores planearon derrumbar un conducto lateral de las minas, seguramente tratando de aislar el metal del resto de la excavación; no creo que supieran realmente que fueran a causar tal destrozo y a sesgar tantas vidas.
—¿Estás diciendo que ha sido un accidente? —escupió Lupo, apretando los puños hasta que sus nudillos palidecieron.
—Creemos que sí —afirmé—. Los *betas* no han ganado nada con esto, de hecho, solo han complicado más las cosas. Ahora incluso los alcaldes de las comarcas sospechan que algo raro pasa y han comenzado a buscar a los culpables.
—¿Y quienes son los culpables? —quiso saber Polu—. Cacémosles y averigüemos todo lo que esconden.
Tomé una leve bocanada de aire y me llevé las manos a la espalda en un gesto reflexivo y cargado de autoridad, al igual que hacía siempre que me tocaba dirigir a un grupo de soldados especialmente emocional o rebelde. Toda aquella situación estaba haciendo resurgir mis viejas costumbres y, la verdad, no estaba seguro de si eso me gustaba o no.
—Sabemos que son, al menos, dos: una *omega*-zorro llamada Zora y otro *omega*-perro llamado Kan que ha venido desde la comarca de Dos Ríos.
Los gemelos intercambiaron una rápida mirada y, sin necesidad de decir nada, asintieron al mismo tiempo.
—Los buscaremos y los traeremos de vuelta —anunció Lupo—. ¿Sabes dónde se les ha visto por última vez o hacia dónde se han escapado?
—Lo último que sabemos es que estaban de camino a Dos Picos —respondí—, pero dudo que hayan cruzado a la Comarca. No después del error que han cometido con la bomba.
—Sigo sin creerme que haya sido un error —negó Polu.
—Se basaron en planos erróneos y… —me detuve un momento—, puede que se precipitaran debido a que Tigro y yo les estuviéramos pisando los talones.
—Nosotros llevamos metidos en esto mucho tiempo —añadió el *salvaje*—, y quizá lo hubiéramos resuelto antes si a Lemér no le hubiera dado por perder el tiempo con… —les miró

de arriba abajo—, estúpidas promociones de 2x1.
En ese punto giré el rostro y clavé una fría y seca mirada en Tigro, el cual seguía sonriendo e insultándoles con la ligereza de alguien que habla del tiempo. Cuando el *salvaje* me miró de vuelta, arqueó ligeramente las cejas y preguntó:
—¿He dicho alguna mentira?
—Vuelve al almacén —le ordené con tono seco.
Tigro jadeó y sonrió más, pero antes de que pudiera empezar con uno de sus shows, tiré de la cola alrededor de su cuello y le obligué a retroceder un par de pasos.
—Te he dicho que vuelvas —repetí, con esa clase de tono que más valía que no desobedeciera.
El *salvaje* gruñó y apretó los dientes, perdiendo por completo la sonrisa antes de lanzarles una aterradora mirada a los gemelos. No hizo falta que dijera nada, el mensaje era muy simple: tocad a Lemér y os mato.
Después, se dio la vuelta y se movió a buen paso y con la cabeza muy alta de vuelta al poblado. Tras su marcha, hubo un breve silencio en el que observé a los gemelos por el borde de los ojos. Nada más desaparecer el *salvaje*, sus posturas se relajaron al momento y la tensión desapareció de sus músculos. Incluso dos *alfas* como ellos no eran rivales para Tigro.
—Así que un *salvaje*… —murmuró Lupo, alzando levemente el rostro.
Tomé una leve bocanada de aire y suspiré al soltarla.
—No estaba en mis planes —fue todo lo que pude decir.
—Me alegra que al menos no nos abandonadas por ese estúpido bovino —añadió Polu con, para mi sorpresa, una sombra de sonrisa en sus labios—. No está nada mal quedar solo por debajo del famoso Tigro de Mil Lagos.
—Joder —murmuré, frotándome la sien con los dedos—. Jamás digáis eso delante de él, por favor. Se pasará el resto de la vida recordándomelo.
A Lupo se le escapó un bufido y se cruzó de brazos.
—No pareces demasiado orgulloso de haber conseguido a un *alfa* tan bueno, Lemér —murmuró —, otro *omega* estaría en las nubes de pura felicidad.
Miré a Lupo un par de segundos antes de arquear las cejas.
—¿Y qué me decís de vosotros? —pregunté, señalando alrededor con un vago gesto—. Veo que ya os estáis haciendo necesitar por aquí. ¿Buscando vuestro hueco en la Nueva Mina Negra?
Polu ladeó el rostro y se hizo un poco el tonto; Lupo, sin embargo, se rio por lo bajo y no tuvo ningún problema en confirmar mis sospechas.
—La villa necesitará *alfas* y la caza no es tan mala por aquí. Un par de buenos cazadores no les supondrán ningún problema.
—Mmh —murmuré—. ¿Es este el fin de la leyenda de Clavo y Martillo?
Mi pregunta dejó otro breve silencio y provocó que los gemelos intercambiaran otra breve mirada. En esa ocasión, Lupo no sonrió al decir:
—Esto no es Refugio de la Garra, Lemér; así que desde ahora seremos solo los *alfas* Lupo y Polu. Nada de gemelos ni… ofertas de 2x1.
Asentí. Ya había visto a otros gemelos tomar aquella misma decisión ahora que podían permitirse cambiar de vida y de villa. Era, después de todo, lo más lógico.
—Me alegro mucho por vosotros, os merecéis disfrutar de vuestro propio *omega*.
—Gracias —dijo Polu—. Aunque, de haber seguido juntos, no te hubiéramos hecho elegir ni nada así —añadió de forma rápida antes de que su hermano le detuviera con una mano en alto.
—Eso ya no importa —le dijo él—. Centrémonos en esa tal Zora y su amigo Kan.
Asentí y dirigí la mirada a la pared rocosa y húmeda a sus espaldas, casi como si pudiera ver más

allá, en dirección norte.
—Lo más probable es que se hayan asentado en una base provisional y segura, algún tipo de refugio discreto donde crean que no podrían ser encontrados. Algo que aparezca en los mapas militares —les dije—. ¿Conocéis alguna especie de estructura *beta* cerca de Dos Picos?
Los gemelos no se lo pensaron demasiado y, al mismo tiempo, respondieron:
—La Torre de Hierro.
—¿Qué es eso? —pregunté—. ¿Otro edificio?
—No. Es una torre entre las montañas que dejaron atrás los *betas*, hecha de metal y con una casa en lo alto —me explicó Polu, gesticulando con las manos como si estuviera moldeando su apariencia en el aire—. No queda muy lejos de aquí. Un día o dos de camino.
—Una torre de vigilancia de incendios —concluí, frunciendo el ceño—. Sí, justo esa es la clase de lugar al que irían: buena visibilidad, abandonada y de fácil acceso. Quizá tengan la esperanza de que vengan a recogerles…
—Tenemos que evitarlo —gruñó Lupo mientras mostraba parte de los dientes y apretaba los puños—. Saldremos ya para allí.
Todavía perdido en mis pensamientos, miré a los gemelos y asentí, dándoles la orden para proceder a la misión.
—Tened cuidado —les pedí—. Son *omegas* entrenados en combate y puede que escondan armas. Ir a comprobar si están allí y regresad inmediatamente. No os acerquéis más de lo necesario.
Lupo y Polu, con la misma expresión seria, asintieron a la vez al mismo tiempo. Después, pasaron de largo para ir en busca de lo necesario antes de partir. Yo me quedé un poco más en el matadero embarrado, perdido en mis pensamientos y planes. Mandar a los gemelos solos no terminaba de… convencerme. Era solo una misión de exploración y ellos eran los mejores, pero, aún así…
Con una mueca levemente disgustada en el rostro, seguí el rastro de pisadas de vuelta a la cabaña y fui en busca del *salvaje*.
Tigro no había vuelto a los almacenes, como le había ordenado, sino que se había detenido a los pies de la gruta que, otrora, había sido la entrada secundaria a Mina Negra. Con él se encontraba un grupo de las crías de la villa, la mayoría de ellas, con vendas alrededor de alguna extremidad o la cabeza; y esos eran los afortunados, porque otros no habían podido escapar del horror sin haber sacrificado una parte de sí mismos por el camino.
El *salvaje* sostenía sobre sus hombros a un pequeño animano sin piernas que, maravillado, no dejaba de mirarlo todo con sus enormes ojos. El resto de ellos gruñían y exigían a Tigro que también los levantara en brazos.
—¡Yo también quiero! —se quejaban, tirando del jugón gris del enorme *alfa*.
Estaba seguro de que aquella hubiera sido una escena que hubiera derretido el corazón a cualquier *omega*, pero yo tenía demasiados muros levantados y estaba demasiado alerta como para que me afectara.
—Tigro —le llamé, interrumpiendo por completo el momento.
El *salvaje* se volvió todavía sonriente, y, cuando vio la expresión de mi rostro y uso sus tigre-sentidos, se puso serio.
—¿Qué pasó? —preguntó, bajando a la cría para dejarla de nuevo sobre el suelo con cuidado.
—Creo que los hemos encontrado.
Él asintió y se despidió del pequeño grupo con la mano, prometiéndoles que volvería en algún momento. Cuando estuvo a mi lado, preguntó en voz baja:
—¿Y por qué estás tan preocupado? ¿Crees que pondrán otra bomba?

—No. Creo que están en una vieja torre de vigilancia para incendios, al norte. Posiblemente quieran hacer contacto con base y pedir un rescate de urgencia.
—¿Has mandado a los perros?
Me controlé para no poner los ojos en blanco, aunque mi tono sonó bastante cortante al responder:
—Sí. Los gemelos están preparando el viaje, pero me preocupa que se acerquen demasiado. Es peligroso y no sabemos qué estarían dispuestos a hacer Zora y Ken por no ser descubiertos.
—Iremos con ellos —asintió él—. No están entrenados y, además, son dos solteros. No serán capaces de hacer daño a los *omegas* ni aunque les pongan una pistola en la cabeza.
Fruncí el ceño, ahora, más preocupado que nunca.
—¿No?
—No. Pueden gruñirles, pero en el momento de la verdad, si les atrapan, no se atreverán a tocarles. No como yo, que los voy a arrastrar todo el camino hasta aquí aunque les tenga que romper cada hueso del cuerpo para conseguirlo —y sonrió de la forma más espeluznante y psicopática que se pudiera concebir.
Algo bastante chocante cuando, apenas un minuto antes, había sido de lo más dulce con las crías.
—Porque tú eres un *salvaje* —deduje—. Y sus feromonas no te afectan de la misma manera.
—Oh, no, no. Me afectarían igual —me aseguró—, pero, al contrario que ellos, yo estoy emparejado, Lemér —me corrigió mientras se llevaba una mano a la cuenta de su barba—. Y al único *omega* que no puedo hacer daño es a mi *omega*.
Entonces, algo hizo «clic» en mi mente.
—Ah… —vocalicé, comprendiéndolo al fin—. Por eso querías mantener la cuenta. Para poder atacarles sin que sus feromonas te afectaran.
Tigro no respondió en un par de segundos, hasta que soltó un bajo y nada convincente:
—Claro, Lemér… ¿por qué no?
Eso me dejó aturdido y me produjo una desagradable presión en la boca del estómago.
—Tigro… —murmuré, sintiendo la boca seca—. ¿Qué cojones está pasando?
—Nada —se encogió de hombros—. Necesito la cuenta para poder detenerles. Oye, estaba pensando en que, si vamos a seguir a tus *amigos*, será mejor que volvamos al Territorio y lo dejemos todo preparado. No había contado con estar fuera un par de días y no he dejado suficiente comida a los animales. Será un horror si Paul, Sarah y Arthur vuelven a escapar de la piara y nos joden la cosecha.
Tras una sucesión de rápidos parpadeos, como si mi cerebro hubiera necesitado un momento para resetearse, terminé por asentir.
Tigro se inclinó, me dio un tibio beso en los labios y volvió a sonreír.

-

Lupo y Polu eran veloces y metódicos, con una orientación excepcional y una capacidad de rastreo que rozaba la perfección; pero no poseían el entrenamiento ni la disciplina de dos militares. Incluso con un día de retraso, Tigro y yo les conseguimos alcanzar justo antes de que consiguieran encontrar el objetivo. Situándonos a contraviento para que no pudieran percibir nuestro olor, les espiamos agazapados tras un saliente de piedras. La torre de vigilancia se alzaba en lo alto de la colina, en un claro boscoso con una amplia visión periférica de los alrededores.
—Están ahí —declaró el *salvaje*, apretando sus garras contra la piedra hasta dejar unas marcas pálidas en la superficie.
Sin binoculares ni una mirilla francotiradora, no me quedó otra que forzar la vista, entrecerrando

los ojos cuanto pude para diferenciar el más mínimo movimiento. La caseta que se alzaba en lo alto de la torre de ocho metros, era cuadrada y estaba repleta de ventanales; pero no fui capaz de ver nada a través de ellos.
—¿Cómo lo sabes? —pregunté.
—Tienen una antena de comunicación extendida en un extremo de la terraza —señaló.
Una vez más, no conseguí ver absolutamente nada. Tigro debía poseer una vista increíble si de verdad podía distinguir aquello a tanta distancia.
—Deberíamos advertir a los gemelos —murmuré, buscando a Lupo y Polu en su rincón, escondidos, como estábamos nosotros, tras un grupo de piedras—. Sería peligroso acercarse más. Quizá hayan puesto trampas o, peor, minas de proximidad.
El *salvaje* asintió y, con cuidado, tomó la delantera. Siempre a cubierto de la vista de la torre, nadaba entre los grupos de rocas o se aprovechaba de la cobertura de los altos pinos para avanzar como si la torre fuera el Ojo de Mordor y, nosotros, los hobbits.
No sé qué me pasaba con las referencias al Señor de los Anillos en La Reserva, pero no paraban de venir a mi mente.
Los gemelos nos olieron llegar antes de vernos u oírnos. Con pausadas expresiones de sorpresa y confusión, aguardaron a que nos acercáramos lo suficiente para decir en voz baja:
—¿Qué hacéis aquí?
—Tigro insistió —le culpé, reuniéndome de cuclillas a su lado—. Los traidores están en la torre —añadí después en un tono más serio—, a partir de aquí, nosotros nos haremos cargo.
Eso no le gustó a Lupo.
—Podemos ayudar —me aseguró, deslizando la mirada hacia el enorme *alfa* que, ahora, estaba justo a mi lado con una espeluznante media sonrisa en los labios.
Me hubiera encantado que aquellos labios y su barba no estuviera todavía empapados de mi baba… pero lo apresurado del viaje no había interrumpido la diligente preocupación de Tigro por mi higiene. Ni el sexo, a decir verdad.
—Estaré más inmunizado a las feromonas así —había jadeado nada más recordarle que no teníamos tiempo que perder.
No le había creído, por supuesto, pero era… Tigro. Y a Tigro era difícil decirle que no cuando te tomaba en brazos y te estampaba la espalda contra una pared mientras ronroneaba en tus labios.
—No es momento para el orgullo, chicos —les dije, tratando de ser comprensivo, pero no tanto como para darles a entender que aquel era un tema que fuéramos a discutir—. Podrían haber colocado trampas.
—Y yo estoy emparejado —añadió él, alzando levemente la cabeza para que ambos pudieran admirar la cuenta en su barba atigrada—. Y vosotros no…
Quizá los gemelos se hubieran tomado mejor aquello si el *salvaje* hubiera usado un tono normal y no un ácido y prepotente tono de superioridad.
—Son peligrosos —insistí, ignorando por completo a mi *alfa*—. En caso de necesitarlo, tenemos que poder usar la fuerza. ¿Lo entendéis?
Lupo y Polu intercambiaron una de esas miradas rápidas en las que casi parecían poder comunicarse telepáticamente.
—Podemos hacerlo —declaró Polu.
Tigro ya estaba entreabriendo los labios y poniendo cara aburrida cuando le detuve con una mano en el pecho.
—Podéis cubrirnos en la distancia, pero no os acercaréis a la torre —declaré.
Y esa sería mi última oferta, algo que ambos parecieron entender y a lo que no les quedó otra que

resignarse. Tomando sus arcos de caza cruzados sobre el pecho, se apresuraron a seguir a Tigro entre los pinos, deteniéndose al instante cuando él lo ordenaba. Mientras tanto, yo recorría lo alto de las ramas, atento a cualquier mecanismo de vigilancia que pudieran haber escondido.
Zora y Ken habían preparado un par de trampas apresuradas, todas en los bordes de la torre, y ninguna bien oculta. Tigro alertó a los gemelos de un hilo que flotaba entre dos raíces y con par de gestos, les ordenó que esperaran allí, que estuvieran atentos y que nos cubrieran las espaldas.
Ni Lupo ni Polu reconocieron aquel lenguaje militar, así que el *salvaje* se vio obligado a repetirlo con palabras. Al reunirse a mi lado, soltó un bajo resoplido y puso una mueca exasperada de ojos en blanco.
—Odio trabajar con putos civiles… —farfulló.
—¿Ya lo habías hecho antes?
—Sí, alguna que otra misión de guardaespaldas —reconoció, echando una mirada a la alta torre, a apenas un par de metros de nuestra posición. La construcción era antigua y las columnas de hierro ya estaban oxidadas, pero se mantenía firme a pesar de todo.
—¿No hubiera sido gracioso que hubiéramos coincidido en alguna de esas misiones? —le pregunté—. Tú tratando de proteger a alguien y yo tratando de matarle. Podríamos haber protagonizado un romance de espías y no saberlo.
Tigro me miró por el borde de sus ojos de jade y oro antes de poner una media sonrisa.
—Pues podría ser… ¿Cuántas misiones has fallado, Lemér? —me preguntó—. Porque si yo estaba trabajando de guardaespaldas, te hubiera sido imposible matar a nadie.
Quise reírme de forma muy alta y airada, pero me contuve y me mordí el labio inferior mientras cerraba los ojos.
—Yo nunca fallo, Tigro —le aseguré.
—Oh, bueno… —murmuró, ladeando la cabeza a la vez que ponía una mueca bastante escéptica al respecto—. Nunca te he visto disparar un arma, pero si tu puntería es tan decepcionante como cuando te corres encima de mí… digamos que «fallas bastante».
Me quedé mirándole en silencio y, sin saber qué responder a eso, me limité a chasquear la lengua y tomar una bocanada de aire.
—¿Cómo quieres hacerlo? ¿Voy yo por un extremo y tú por las escaleras? —pregunté, volviendo a centrar toda mi atención en la estructura y la misión.
El *salvaje*, todavía paladeando su victoria como si fuera lo más dulce que jamás podría saborear, respondió:
—La vieja y fiable estrategia en pinza —asintió—. Vamos.
Nada más dar la orden, ambos nos movimos con una sincronía perfecta, casi como si lo hubiéramos ensayado antes. Tigro ascendió la escalera zigzagueante de la estructura de hierro y yo salté de a una de las columnas cercanas para escalar la torre; los dos con cuidado para no provocar ningún ruido o movimiento en falso que advirtiera a los *omegas*.
Al alcanzar la caseta, me colé entre las aberturas de la balaustrada de madera y gateé para colocarme a cubierto bajo los ventanales. Algunas de ellas estaban abiertas para dejar pasar el aire templado de verano y refrescar la caseta. Del interior llegaba un aroma a cerezas y otro a membrillo junto a una baja conversación. Muchos pensaban que, durante la larga espera, los espías y asesinos no dejábamos de conspirar; pero era mentira.
Zora y Ken estaban discutiendo desganadamente sobre si eran mejores las berlinas del *Dunkin'Donnuts* o las de *Krespy Krem*, y, entonces, alguien tiró la puerta abajo de una sola patada y respondió:
—Las del *Krespy*… obvio.

Aprovechando la inesperada interrupción, me puse en pie y me colé al interior por la ventana entreabierta. Zora estaba sentada en una vieja silla con las piernas cruzadas y Ken, el artillero, sentado a los pies de la cama mientras reparaba una radio de frecuencia corta. Ambos miraban a Tigro y ambos tardaron unos preciosos dos o tres segundos en reaccionar; para cuando lo hicieron, ya era demasiado tarde.
Ken metió la mano debajo de la cama y empezó a sacar un arma, aunque no llegó ni a rozarla con los dedos antes de que una cola peluda y anillada le estrangulara y le arrastrara por el suelo. Jadeando y tratando de liberarse, no paró de patalear y revolverse todo el camino hasta mis pies.
Zora fue más inteligente y no hizo movimientos bruscos. Mirando a Tigro en la puerta y a mí en la ventana de enfrente, fue levantando ambas manos en alto en símbolo de rendición. Ninguno la creyó, por supuesto.
—Puedes correr si quieres —le dije, dejando a Ken inconsciente para deslizar la cola bajo la cama y tomar el arma—. Siempre es más divertido cuando intentais escapar…
Con la pistola ya en la mano —una Sig Sauer M17 reglamentaria—, comprobé si estaba cargada y quité el seguro. Después, arqueé las cejas en su dirección.
Zora puso una mueca asqueada en sus bonitos labios rojizos y volvió a sentarse en la silla. Sabía quién era yo, y sabía que no podría escapar en un entorno boscoso antes de recibir un disparo.
Fue una reacción casi halagadora, si te parabas a pensarlo.
—Me has puesto cachondísimo… —se oyó decir a Tigro en un bajo gruñido.
—Céntrate —le ordené sin apartar la mirada de Zora.
El *salvaje* gruñó por lo bajo y se acercó a la *omega*. Usando los cables arrancados de la radio a medio desmontar, ató a la animana a la silla y la inmovilizó por completo, incluida su abultada cola de zorro. Solo en ese momento dejé de apuntarla con el arma y me acerqué.
—Nos has dado muchos problemas, Zora —le aseguré.
—Y tú eres un puto traidor —me acusó ella, escupiendo a mis pies.
Una mano más grande que su cara le dio tal bofetada que consiguió tirarla al suelo de lado, silla incluida. Después, con solo una mano y sin apenas esfuerzo, Tigro volvió a ponerla de pie y le dijo al oído un nada espeluznante:
—Vuelve a escupir a mi *omega*, y te rompo la mandíbula a pisotones…
Zora, con los ojos empapados en lágrimas, la mejilla colorada y una mueca de enfado, no respondió.
—Bien —continué con calma—. Como ya sabrás, tenemos dos opciones: o nos cuentas todo lo que sabes, o nos cuentas todo lo que sabes… pero terminas teniendo que comer con pajita y cagando en una bolsa pegada a tu culo durante el resto de tu vida. ¿Qué decides?
Zora siguió sin responder.
—Muy bien —asentí.
Moviendo el arma con una precisión impoluta, le pegué un disparo en el pie y Zora aulló de dolor, echando la cabeza atrás y apretando los ojos con fuerza. Respirando rápidas y agitadas bocanadas de aire, volvió a mirarme mientras la sangre empezaba a deslizarse de su bota al viejo suelo de madera.
Tranquilamente, me dirigí a la sección de la cocina de la cabaña, apenas un par de muebles en una esquina y un prendedor de gas. Rebusqué en los cajones y no tardé en encontrar un cuchillo que, aunque marcado y algo oxidado, me serviría a la perfección.
—¿Qué dedo de tus dos manos es el que menos te gusta? —le pregunté, deslizando la yema del dedo por encima de la superficie desteñida.
La joven ahogó un gruñido y tragó saliva. Cuando me volví a acercar a ella, no separó sus

bonitos ojos azules del cuchillo, incluso cuando me acuclillé a su lado y le señalé con él.
—Normalmente siempre eligen el meñique —le expliqué—. Creen que no van a necesitarlo tanto o, quizá, piensan que va a dolerles menos cuando se lo corto…
Con firmeza y una fuerza demoledora, Tigro agarró la mano de la *omega* y la obligó a pegarla sobre el reposabrazos. Zora comenzó a hiperventilar y a negar frenéticamente con la cabeza. Su cuerpo emitió un montón de aroma a cerezas, no porque se estuviera excitando, sino porque se trataba de un mecanismo de defensa. Las mofetas emitían un líquido desagradable para ahuyentar a sus enemigos, los *omegas* poníamos a cien el nivel de feromonas con la esperanza de que algún *alfa* nos oliera y llegara en nuestro rescate.
—No, no —jadeó.
—¿No? —pregunté—. ¿Prefieres otro dedo?
—No —terminó gruñendo con enfado. Entonces miró mis ojos y apretó los dientes con fuerza, mostrando sus colmillos de carnívoro—. No sé nada. Yo soy de inteligencia, me dieron solo la información necesaria para descifrar los mensajes y me dejaron aquí tirada. Ya sabes cómo funcionan las cosas… alférez Lemér.
—Huh… —murmuré con interés—. Así que has estado moviendo todos los hilos, pero no sabes nada…
Empecé a acariciar su dedo meñique con la punta del cuchillo y ella chilló por lo bajo.
Y, de pronto, se oyó un retumbar por las escaleras e, incluso antes de que aparecieran, supe que Lupo y Polu nos darían problemas. Los *alfas* se quedaron en blanco con la grotesca escena, llegando incluso a retroceder un paso mientras sus agitados cerebros trataban de comprender lo que habría pasado allí.
—Socorro… —gimoteó Zora, mirándoles a ambos con ojos empañados en lágrimas—. Me quieren hacer daño.
A mí me sonó forzado y estúpido, pero, claro, yo no era un *alfa* absorbiendo una cantidad absurda de feromonas con cada respiración; uno que, además, se hubiera criado en la Reserva y cuyo instinto le pedía a gritos que ayudara al «*omega* indefenso». Los gemelos reaccionaron al instante y dieron un par de pasos apurados antes de que Tigro se interpusiera en su camino.
—Es la traidora —les advirtió.
—No, pero… —dijo Polu, moviendo su mirada constantemente entre la pobre *omega* y el enorme *salvaje*—. ¿Qué cojones hacéis? ¿Vais a hacerle daño?
—Sí —declaró Tigro—. A no ser, claro, que hable antes.
—No podéis hacer eso —declaró Lupo, atreviéndose a encararse contra Tigro—. Hay que llevarla junto a los alcaldes y que ellos decidan el castigo.
Con un suspiro, me levanté del suelo y fui a reunirme con ellos. Entendía lo que pasaba allí y la necesidad instintiva de protección que les confundía el cerebro; pero eso no lo hacía menos frustrante.
—Ella haría lo mismo con vosotros si pudiera —les aseguré—. Está usando sus feromonas para confundiros.
Lupo respondió a mi mirada y, juraría, casi pude sentir su profunda decepción en ella.
—Lemér, el trato no era atraparlos para hacerles daño —dijo con tono serio—. En La Reserva las cosas no funcionan así.
—Tengo miedo —gimoteó Zora, usando cualquier arma a su alcance para convencer a los gemelos de que nosotros éramos los malos allí.
Polu quiso ir en su rescate, pero Tigro le agarró del jubón de cuero y le obligó a retroceder con un tirón seco.

—Es mejor que os marchéis antes de que me enfade —les advirtió a ambos.
Pero ya era tarde. Los gemelos ya no podrían olvidarse, ni de la escena, ni de lo mucho que sufría la *omega*.
—Tigro, sabes que no van a parar —le recordé.
El *salvaje* respondió a mi mirada por el borde de los ojos y puso una mueca desagradable que tensó sus largos bigotes felinos.
—No se puede trabajar con civiles —gruñó.
Por desgracia, tuve que darle la razón.
—Ya les hemos capturado —dije—. Llevémosles frente a… —suspiré con desgana—, la justicia.
Tigro se hizo a un lado y permitió a los gemelos ir en auxilio de los *omegas* mientras nosotros intercambiamos otra mirada silenciosa.
Ambos sabíamos que aquel no era, ni de lejos, el final del interrogatorio; solo una desagradable interrupción.
De una forma u otra, conseguiríamos las respuestas que queríamos.

ESTAR EN CASA

Si Lupo y Polu me habían llegado a amar y respetar durante nuestra relación, estaba claro que su opinión sobre mí cambió radicalmente tras aquel viaje.
El cartero Lemér era calmado y agradable; pero el alférez Lemér era un puto monstruo sin compasión.
Algo que quedó bien claro cuando Zora trató de escapar y lo primero que hice fue apuntarla con el M17 y pegarle un disparo en la pierna. No iba a perder el tiempo tratando de perseguirla cuando, simplemente, podía dispararle.
Lupo y Polu se quedaron congelados en el sitio. Había sorpresa y terror en sus ojos del azul de hielo, sus posturas eran muy tensas y sus colas estaban muy alzadas en posición de peligro. Miraron a la *omega* gimiendo y retorciéndose de dolor en la ladera del valle y, después, a mí con expresión completamente indiferente.
—Podrías haberla matado —jadeó Lupo.
Bajando el arma, miré a Tigro y respondí al *alfa*-lobo:
—Yo nunca fallo.
El *salvaje* se señaló el pecho con los pulgares, después dibujó un enorme corazón en el aire y terminó señalándome a mí mientras decía en silencio: «*I love you*…».
Puse los ojos en blanco y le ignoré, retomando el camino por la ladera, en dirección a la *omega* que todavía gimoteaba de dolor. Era una puta exagerada, porque ni siquiera le había perforado ninguna vena principal y, si creía que estaba sangrando mucho, ni se imaginaba al ritmo que se estaría desangrando si hubiera apuntado a una arteria y no a su muslo.
Acuclillándome a su lado, todavía con el arma en la mano, le pregunté:
—¿Vas a dejar de hacerte la tonta y ser buena chica?
La *omega*, otra vez con los ojos llorosos y esa mueca de pura rabia que desfiguraba por completo su hermoso rostro, respondió:
—Van a venir a por ti, Lemér.
—Les estoy esperando —le aseguré, mostrándole el arma para darle un par de vueltas con el dedo, como si solo fuera un juguete para mí.
—Follarte a un *salvaje* no te va a proteger —gruñó, moviendo los ojos en dirección a Tigro—. Por muchas cuentas que le pongas en la barba.
—Huh… —murmuré.
Qué interesante. Zora no sabían quién era Tigro. Bueno, sabía quién *era*, pero no quién *había sido*.
Lupo y Polu llegaron en ese momento, bajando la ladera a largos pasos para ayudar a la joven. Con una mezcla de urgencia y nerviosismo, empezaron a vendarle la pierna herida. A veces sus miradas se encontraban con la mía y podía ver su incomodidad, la forma en la que parecía que, ahora, les diera incluso miedo mirarme.
—Dejad de ser tan inocentes —les pedí—. Zora solo os está manipulando para conseguir escapar. No está interesada en ninguno de vosotros. Ella y su amigo artillero pusieron las bombas

y destruyeron Mina Negra antes de escapar. No tienen intención de quedarse en la Reserva y… —miré fijamente a Lupo—, por supuesto que *no* le «duele» estar sucia.
El *alfa*-lobo apretó los dientes, pero no se atrevió a decir nada al respecto.
No culpaba a Zora por usar todas las tretas a su alcance, culpaba a los gemelos por ser tan estúpidos como para caer en ellas. La *omega* no había parado de intentar seducirlos desde que habíamos salido de la torre de vigilancia, y Tigro ya me había advertido que Lupo la había limpiado en algún momento porque había un rastro de aroma a cerezas en él.
Y si Zora le sacaba la barba, las cosas solo se complicarían mucho más.
—Es una manipuladora, una mentirosa y una asesina —declaré, poniéndome en pie—. No lo olvidéis.
—¿Y tú no? —me acusó la *omega*, quien, al parecer, ya podía dejar de gimotear y balbucear que le dolía la pierna—. ¿Por qué no le confiesas a tu *salvaje* la verdadera razón de que le hayas puesto una cuenta?
Zora sonrió y señaló a Tigro, esperando con expresión aburrida a que los gemelos terminaran.
—Tigro —le llamé—. Tu cuenta es falsa y solo te estoy utilizando.
El *salvaje* se llevó una mano al pecho y, sin cambiar su expresión desinteresada, dijo:
—Auch…
Después bajé los ojos a la *omega* y fui yo el que sonrió con absoluta malicia.
—Ya que estáis con las vendas, tapadle también la boca —les pedí.
Lupo se resistió, pero Polu pareció empezar a entender el peligro de la situación y, no sin una expresión dolida en el rostro, usó una de las tiras de tela para amordazar a la *omega*. Después, se la cargó a los hombros como un fardo y la llevaron de la misma forma en la que habían llevado al artillero inconsciente.
Avanzamos bastante, pero, cuando cayó la noche, decidimos acampar en la ladera rocosa con vistas al valle. Quedaba muy poco camino para alcanzar Mina Negra, pero una lluvia fina de verano había empezado a caer y los gemelos habían estado cargando a los dos *omegas* durante todo el trayecto. Tampoco hacía falta forzarles a continuar cuando teníamos tiempo de sobra para ir con calma.
Estuve muy atento al momento en el que Lupo le quitó la mordaza a Zora y le dio de beber de una cantimplora. Ken, el *omega*-perro, ya se había despertado, pero no había dicho nada. Solo se había limitado a mirarme con rabia y a toquetearse su cuello amoratado y de piel violácea.
—Un recuerdo de La Reserva —le dije, lanzándole un besito.
De pronto, Tigro se puso en pie y le imité, reaccionando casi de forma instintiva. Saqué el arma que escondía en la cintura del pantalón y le quité el seguro. Si el *salvaje* había oído algo, más valía que estuviéramos preparados para lo peor.
Tigro me agarró del brazo y tiró de mí en dirección a una zona boscosa no muy lejana de nuestra posición. La lluvia no había cesado y comenzamos a mojarnos, pero quizá el mal tiempo nos ofreciera una mayor cobertura en caso de que los *betas* decidieran atacar.
Entonces, el *salvaje* se giró, me agarró de la cadera y me estampó contra uno de los árboles. Sus ojos estaban muy abiertos y brillaban en la penumbra, incluso sin apenas luz y sin luna. Podía oír sus profundos jadeos y sentir el calor de su aliento en mi rostro mojado.
Se me pasaron muchas cosas por la cabeza en aquel momento. Cosas tan retorcidas como que, al final y después de todo, quizá Tigro el Salvaje nunca hubiera dejado de trabajar para los *betas*. Aquel sería un gran momento para traicionarme y quizá no tuviera otra oportunidad igual en el futuro.
—Lemér —murmuró en un gruñido grave.

—Tigro… —repetí con tono preocupado.
Sentí la garganta seca y el corazón empezando a retumbar en mi pecho. Lo último que quería hacer era verme obligado a matar a Tigro.
Quizá… ni podría hacerlo. La verdad.
No creía que pudiera hacerlo, de hecho.
El *salvaje* se acercó un poco más y, sin dejar de clavarme su mirada, jadeó:
—Apúntame con la pistola, escúpeme en la boca, agárrame del pelo y dime que soy tu *alfa*.
…
—¿Qué?
Tigro se mojó los labios y se revolvió en el sitio, impaciente, excitado y al borde de la locura.
—Apúntame con la pistola, escúpeme en la…
—Te he oído —le interrumpí, alejando el arma de él, porque el *salvaje* estaba intentado agarrarme de la muñeca y obligarme a apuntarle con ella—. Joder, estás fatal de la puta cabeza —murmuré, demasiado sorprendido como para sonar horrorizado.
Tigro puso los ojos en blanco, recorriendo todas sus pestañas en un perfecto semicírculo.
—Tengo muchos traumas sin resolver, profundas carencias emocionales y un montón de *daddy issues*, Lemér —gruñó con impaciencia, moviendo la mano en el aire como si deseara avanzar rápido con aquel tema—. No creo que nada de eso te sorprenda.
—Me acabas de pedir que te apunte con el arma y te amenace —le recordé, una vez más, con la estúpida esperanza de que si el *salvaje* me oía decirlo, se daría cuenta de lo jodidamente preocupante que eso era—. Eso no son «carencias emocionales», Tigro. Eso es un fetiche muy, muy perturbador.
—Yo creo que es romántico. Confío tanto en ti que no…
—No, no, no —le detuve en seco—. No vayas por ahí. No voy a apuntarte con un puto arma cargada.
El *salvaje* resopló de forma ruidosa en la oscuridad, haciendo vibrar sus labios y sus largos bigotes.
—Llevo todo el día como un puto perro —me acusó, como si eso fuera culpa mía—. Te has puesto súper cabrón y sexy con esos traidores y… Ogh… —llegó a gemir, casi como si estuviera orgasmando con tan solo recordarlo—, cuando Zora trató de escapar y sacaste el arma y le disparaste con esa expresión seria y fría… me corrí —gruñó, apretando los colmillos y tensando los bigotes—. Me corrí allí mismo, Lemér.
Con una mano tan grande como mi cara, golpeó el tronco a mis espaldas haciéndolo temblar, después, clavó sus garras en la corteza y lo arañó lentamente, provocando virutas de madera y un sonido crujiente.
—Ahora, por favor —jadeó al borde de la locura—, escúpeme en la boca y dime que soy tu *alfa*…
Con el ceño muy fruncido, moví la M17 hasta su pecho y, nada más colocar la boca del arma sobre su jubón gris y mojado, Tigro se estremeció de arriba abajo y gimió como si ya se hubiera corrido. Lo cual, era toda una posibilidad.
—Dime que te tengo que follar como nunca o, sino, me disparas —jadeó.
Lo que hice fue presionar el arma y apartarle un paso de mí.
—Nada de armas —declaré, poniendo el seguro a la pistola antes de tirarla a un paso de nosotros.
Después salté sobre Tigro, le tiré de la media melena y le escupí en la cara.
—Eres mi *alfa* —le dije con una convicción que me dio miedo.

O me lo habría dado de no estar a punto de disfrutar del sexo más salvaje y excitante del mundo junto al *alfa* más salvaje y sexy de La Reserva.
Y, entonces, una foco de luz cegadora nos iluminó entre los árboles. Perdí el aliento y alcé la vista.
Los *betas* estaban aquí.



Si hay algo que odia el ejército, es dejar cabos sueltos.
Si las cosas se tuercen y la misión queda comprometida, ya no hay necesidad de ser sutiles. Así que se pasa directamente a la acción.
El avión de combate no estaba armado. Se fue acercando al pequeño bosque, agitando las ramas de los árboles como un huracán mientras el rugido de sus hélices se hacía más y más ensordecedor. Cuando tuvo la altura adecuada, un comando de soldados descendió por cuerdas para tomar tierra.
Y ellos sí iban armados.
Para entonces, Tigro y yo ya estábamos corriendo de vuelta al asentamiento.
—¡Correr, huir! —les grité a los gemelos, quienes, aún habiendo oído y visto el helicóptero, no entendieron el gran problema en el que estábamos metidos.
No fue hasta que pudieron distinguir mi expresión de terror en el rostro y percibir el subidón de feromonas en mi cuerpo, que empezaron a reaccionar. Lupo fue en dirección a Zora y Ken, pero le detuve agarrándole del chaleco de cuero.
—¡No! —grité—. ¡Déjalos! ¡Escapa!
No creía que «corre, huye, escapa» fueran mensajes tan complicados de entender, pero a los gemelos les tomó un buen rato comprender el enorme peligro que se cernía sobre nosotros. Fue solo gracias a Tigro, su rugido animal y la fuerza con la que empujó a ambos gemelos en dirección a la ladera, que al fin consiguieron dejar de comportarse como un par de inútiles. Como dos lobos a la caza, Lupo y Polu se deslizaron entre la hierba y las piedras a una velocidad inhumana. En menos de un minuto, ya eran sombras lejanas e irreconocibles en la oscura noche de tormenta.
—Tú también —gruñó Tigro, agarrándome del brazo con tanta fuerza que me hizo daño—. Vuelve al territorio y espérame.
El *alfa* respiraba con fuerza y tenía una expresión violenta y peligrosa en su rostro de dientes apretados y bigotes erizados, muy parecida y a la vez completamente diferente a la que ponía cuando entraba en estado *salvaje*. En aquella ocasión, el peligro y la advertencia en sus ojos de jade y oro era real.
—No podrás con ellos tú solo —respondí, revisando la munición de la M17. Solo me quedaban cinco balas. Chasqueé la lengua. No serían ni suficientes para empezar.
—¿A que ahora ya no eres tan bravo, lémur? —preguntó Ken, el artillero, mientras sonreía con crueldad.
No tuve que responder. No hizo falta. Tigro ya le estaba dando tal patada en el pecho que le tiró contra el suelo y le dejó sin aire, retorciéndose de dolor mientras luchaba por respirar. El

traumatismo que le habría dejado allí haría parecer el amoratado collar de su cuello un juego de niños en comparación.
Después, el alfa apagó la pequeña hoguera y me llevó con él a algún otro punto, uno más alto y a cubierto tras una de las grandes piedras. Entonces se acuclilló frente a mí, me agarró de los hombros y me agitó.
—No son *betas*, Lemér —jadeó—. Es el doctor Barrymore. Ha venido a buscarme.
Fruncí el ceño y sentí las gruesas gotas de lluvia deslizándose por las comisuras de mis cejas.
—¿Por qué ahora? —pregunté.
—Porque es el momento perfecto —respondió él antes de incorporarse lo suficiente para apoyar la ancha espalda en la piedra y echar un vistazo por el borde.
A lo lejos, allí donde había estado el campamento, el potente foco del helicóptero señalaba a los dos *omegas* traidores, los cuales estaban siendo asistidos por un grupo de cinco enormes soldados con uniforme completo de operaciones especiales; casco incluido.
—¿Quiénes son esos? —quise saber, mirando la escena por encima de la roca.
Tigro estaba nervioso, y él nunca se ponía nervioso. Mucho menos por ver a un par de *betas*, por muy armados y preparados que estos fueran. Tenía que haber algo más: una razón por la que el *salvaje* estuviera tan tenso.
—Son mis… antiguos soldados —murmuró.
Y, de pronto, lo entendí. Jadeando, giré el rostro tan rápido que mi pelo húmedo se agitó y roció los alrededores con agua.
—¿Son *alfas*? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.
—Son *alfas* adiestrados para matar —respondió antes de volverse hacia mí—. Les distraeré y tú podrás huir de vuelta a la villa. No se atreverán a acercarse allí.
No era el momento de ser orgulloso, pero no pude reprimir una mueca escéptica de cejas arqueadas.
—¡No puedes hacer nada contra ellos, Lemér! —gruñó con fuerza. El *alfa* quería rugir aquello con todas sus fuerzas, pero se contuvo para que no le escucharan.
Había un brillo especial en sus ojos de jade y oro, una determinación absoluta a que nadie me hiciera daño. A mí: su *omega*. Y esa clase de instinto de un *alfa* no se podía debatir. Quedarme, significaba solo darle más problemas y joder sus posibilidades de, al menos, escapar con vida de aquello.
Tras un par de segundos, asentí, me acerqué para darle un rápido beso en sus labios húmedos y me deslicé por un lado de la ladera, corriendo lo más rápido que pude en dirección a los árboles.
No tenía sentido discutir con Tigro. Él tenía razón: yo no podía hacer nada contra un grupo de *alfas* armados y adiestrados. No podría hacer nada… atacándoles de frente, quiero decir.
Pero yo nunca atacaba de frente.
Nada más alcanzar los árboles trepé en menos de un segundo hacia las copas y volé entre las ramas en dirección oeste. Las aspas del helicóptero agitaban el bosque como una marea embravecida y su ruido era tan alto, que nadie me oyó acercarme y comenzar a escalar por una de las cuerdas. Si todavía estaban desplegadas, era porque creían que sería una misión rápida: llegar, conseguir el objetivo y huir.
Al subir al helicóptero, me quedé acuclillado y eché una mirada rápida. El interior estaba oscuro y el rugido de las hélices ahogaba cualquier sonido. Di un cuidadoso paso al centro y miré hacia el control de mandos. Allí había un piloto, un hombre, un *beta*, vestido con uniforme de protección pero con tan solo unos cascos de comunicación a la cabeza. Miraba fijamente el lugar que enfocaba con la luz y daba breves indicaciones.

—Recibido, León —le oí decir cuando estuve a sus espaldas—. Ave 3 está preparada y a la espera.
Entonces, y solo entonces, frunció el ceño y levantó ligeramente la cabeza, girando el rostro en busca de ese extraño aroma a menta dulce que, de pronto, le había asaltado los sentidos. Cuando me encontró, ya tenía una pistola apuntándole a la cabeza.
Ladeé el rostro y le vi balbucear algo sin sentido mientras sus ojos se deslizaban, casi sorprendidos, a mi larga cola anillada.
Era extraño volver a ver un *beta* después de tanto tiempo viviendo en La Reserva. Casi había olvidado lo… pequeños que eran. Lo frágiles que parecían. Lo anodinos y simples que eran sus rostros sin bigotes, ni colmillos, ni cuernos, ni marcas.
—Diles que estoy aquí —le ordené, haciendo una breve señal a un lado.
El *beta* parpadeó, como si mis palabras hubieran tardado un breve instante en llegar a su cerebro. No pude evitar poner los ojos en blanco y clavarle la boca del arma en la sien antes de empujarle, haciendo mi amenaza mucho más realista.
El piloto estaba sorprendido de verme allí, pero también aturdido por el cúmulo de sensaciones que yo le estaba produciendo a su cuerpo y que él no era capaz de procesar. A los *betas* les llevaba un tiempo conseguir acostumbrarse a las feromonas; más aún, si nunca habían visto a un *omega* antes.
Aunque, en su defensa diré que, en aquel momento, mi aroma estaba casi en el pico de dulzor, reacción instintiva a mi ansiedad y tensión por el ataque. Si estando normal ya les dejaba tontos, el subidón de feromonas que aspiraba el piloto con cada bocanada, estaba dejando su cerebro hecho papilla.
Aquello era muy bueno cuando querías pillarles desprevenidos y matarles, pero muy malo cuando querías que hicieran algo y no podía parar de mirarte y balbucear como gilipollas.
Al final, terminé dándole un golpe con la culata del arma, dejando una marca sangrienta en su mejilla.
—La próxima será una bala —le advertí.
El hombre se había caído contra un lado debido al impacto y, apretando los ojos con fuerza, se volvió a incorporar en el asiento antes de comunicar:
—Aquí Ave 3. Tenemos un problema, repito, tenemos un problema. Un objetivo ha alcanzado mi posición y está armado.
Sin dejar de apuntarle, alcancé uno de los cascos que colgaban del panel y me lo puse por encima del pelo empapado. Estaban insonorizados y, de pronto, el mundo dejó de ser un rugido de hélices para convertirse en un bajo murmullo de estática.
—¿Qué objetivo? —gruñó una voz grave.
—El… —noté la mirada por el borde de los ojos del piloto—. El lémur.
—No inicie combate, Ave 3 —ordenó otra voz a través de las comunicaciones—. El objetivo es peligroso y letal. Mantenga la visual e infórmenos de sus avances.
Bajando el cable del micrófono hasta mis labios, respondí:
—Ya estoy aquí.
Se hizo el completo silencio en la línea y, a través del visor del helicóptero, pude ver al grupo deteniéndose en seco y girándose para mirar de vuelta. Habría tres bajo el brillante haz de luz, ayudando a los *omegas* traidores a alcanzar el pequeño bosque bajo la nave. Faltaban dos.
—Veo que os han hablado de mí —dije mientras me daba la vuelta hacia la zona de cargo.
Al inclinarme sobre una de las puertas abiertas, vi una enorme sombra escalando la cuerda a una velocidad vertiginosa. Apunté con la M17 y le disparé. Mi objetivo había sido su cara, pero el

alfa era endiabladamente rápido y consiguió esquivar la bala en el último momento, así que solo le hirió el hombro.
—¡Hijo de puta! —le oí gruñir a través de comunicador.
Volví a apuntarle, pero el *alfa*-soldado saltó de una cuerda a otra como si nada. Cuando me volví hacia la puerta contraria, no le vi por ningún lado. Entonces una mano enguantada me agarró por sorpresa del tobillo y tiró de mí en dirección al vacío.
Los *alfas* eran más rápidos, más fuertes y más grandes que cualquier *beta* medio al que me hubiera enfrentado jamás. Eran el arma perfecta. Una especie de «súper soldados».
Solo tenían una flaqueza: que nunca se habían enfrentado a un *omega*.
En cámara lenta, pude verle volviendo el visor oscuro de su casco, mirando caer mientras, seguramente, sonreía. Al menos, hasta que sintió un violento apretón en la pierna y se vio arrastrado conmigo en la caída.
Reaccionando al instante, el *alfa* se agarró al helicóptero y la nave se sacudió por el peso, desequilibrándose hacia un lado antes de que el piloto pudiera mantener el control.
—¡Suéltame, pedazo de mierda! —rugió él.
El *alfa* trataba de liberarse de mi cola, con la que le había rodeado la pierna con tanta fuerza que, de no haber estado protegido por el traje de combate, la hubiera roto por tres partes diferentes. Al mismo tiempo, luchaba por seguir aferrado a la nave y no caerse conmigo.
Ni él hubiera sobrevivido a un descenso en picado de quince metros sin hacerse bastante daño.
Y no era mi intención hacerle caer, porque le necesitaba. En ese momento, él era mi única posibilidad de regresar al helicóptero. Usando la fuerza de mi cola, trepé hasta su cuerpo y, como si solo fuera un tronco de un árbol, ascendí de vuelta al interior.
Una vez asegurado, le pisé el hombro herido una y otra vez con fuertes golpes que le hicieron gruñir y chillar. De no haber perdido mi M17 al caerme, le hubiera pegado también dos tiros en la cabeza.
De pronto, sentí un movimiento a mis espaldas y, sin pensarlo, me di media vuelta para darle una patada en la cara al piloto. No voy a mentir: me sorprendió que funcionara después de haberme pasado el último año rodeado de *alfas* capaz de detenerme con tanta facilidad que había llegado a dudar de mis habilidades.
Pero el *beta* recibió aquel inesperado golpe, incapaz de reaccionar a mi velocidad y fuerza, y se cayó inconsciente y con la nariz rota en mitad del helicóptero.
Aún así, su interrupción sirvió para que el *alfa*-soldado consiguiera tener el tiempo suficiente de escalar al interior y, con un gruñido ensordecedor a través de los cascos, rodearme con los brazos y levantarme en alto.
Me apretó tan fuerte que perdí el aire. Incapaz de mover los brazos, empecé a darle pisotones en la rodilla; pero de nuevo, su traje protector impidió que perdiera el equilibrio.
—Te tengo, pequeño hijo de la gran puta —le oí decir justo momentos antes de caerse de espaldas al suelo—. ¡Te voy a arrancar esa JODIDA COLA! —rugió, enloquecido, al borde de la ira y la locura.
Llevándose una mano al muslo, sacó un cuchillo militar de la carcasa y amenazó con cortarme la cola que había atada alrededor de sus tobillos. Por supuesto, no le dejé ni acercarse. Con una agilidad sorprendente, el alfa-soldado se puse de nuevo de pie en un salto y adquirió una posición de combate: levemente encogida y de brazos en alto. Dio un paso a un lado y yo lo di al contrario, manteniendo la distancia.
—O mejor… —volvió a decir mientras daba otro paso al lado y hacía una falsa tentativa a atacarme, solo para ver si conseguía hacerme perder la postura y desequilibrarme. No lo

consiguió—. Lo que voy a hacer cuando te atrape, será follarte. —El visor de su casco era completamente negro, pero me imaginé que estaría sonriendo de la forma más sórdida y desagradable posible—. Voy a joderte tan fuerte que te vas a quedar afónico de tanto gritar, precioso. Oh, sí… y no seré el único, porque todos vamos a hacerlo. Uno tras otro, hasta que nos cansemos o te desagres…

Su amenaza, por grotesca que resultara, consiguió arrancarme un bufido y una ligera sonrisa.

—Eso solo funciona en el mundo *beta* —le aseguré—. Aquí, si le dices a un *omega* que va a tener cinco *alfas* solo para él, lo único que conseguirás es que se moje como una puta fuente.

Un gruñido de enfado me confirmó lo que ya sabía: que solo había dicho aquello para asustarme. Y, antes, cuando no conocía a los *alfas*, lo hubiera conseguido.

—Alférez Lemér —se oyó a través de los cascos. Esa voz a la que el piloto se había referido como «León»—. Ríndase y le ahorraremos la humillación de regresar esposado y amordazado a casa.

El *alfa*-soldado frente a mí dio otro paso, y era justo el que yo estaba esperando. Di una voltereta hacia atrás, recorrí el estrecho pasillo hasta la cabina del piloto en apenas un segundo y me quedé de cuclillas sobre la silla antes de quitar el piloto automático.

—Yo ya estoy en casa —respondí.

Después, el helicóptero se precipitó en caída libre para estrellarse contra el suelo.

EN LA NOCHE MÁS OSCURA

Las sirenas de alarma llenaron el interior del helicóptero mientras los sistemas de medición se volvían locos. El brusco cambio desequilibró por completo la nave, volcándola hacia delante y provocando que el alfa-soldado cayera contra el suelo del estrecho pasillo. Ahora no paraba de rugir como un loco, luchando por recuperar el equilibrio.

Teníamos apenas diez segundos para salir de allí antes de que se estrellara. Gasté dos de ellos para conseguir trepar por un lado de la cabina y aferrarme, porque después de desequilibrarse hacia delante, la gravedad haría el efecto contrario: arrastrándonos hacia el final del helicóptero.

El *alfa*-soldado rodó sobre sí mismo y, antes de chocar contra la pared, se quitó los guantes y clavó las garras en el suelo, arañando la superficie hasta que se detuvo. En posición acuclillada, totalmente animal, me echó una última mirada, me dedicó un último rugido de furia y agarró al piloto inconsciente antes de saltar al exterior.

Tres segundos después, yo hice lo mismo.

Me di todo el impulso que pude y apreté los dientes con fuerza, agitando los brazos y las piernas en el aire como si, por alguna casualidad, podía volar y no lo sabía. No, no podía volar.

Caí sobre las copas de los árboles con violencia. Me agarré a todo lo que tuve a mi alcance, pero no fue suficiente para detener la caída, solo para romper algunas ramas y golpearme la espalda contra el tronco de un grueso pino antes de perder el aliento y deslizarme los últimos metros en dirección al suelo. Casi por instinto, rodé nada más tocar tierra y me quedé tumbado boca arriba.

Una respiración después, un estruendo resonó y me hice un ovillo, cubriéndome la cabeza con los brazos. No temía que el helicóptero explotara al chocar contra el suelo, porque eso solo pasaba en las películas; lo que temía era que alguna de las aspas saliera volando, o que hubiera caído demasiado cerca y estuviera a punto de aplastarme.

Se oyó un gran alboroto, algunos árboles cayeron al suelo y la tierra vibro, pero más allá de eso, no me pasó nada. Cuando levanté la cabeza de entre los brazos, estaba solo en un mar de polvo y serrín. Me moví y sentí una punzada de dolor en el costado. Apreté los dientes y aspiré aire. Me debía haber herido durante la caída. Nada que me impidiera seguir avanzando, aunque dolía bastante.

Di un par de pasos cojeando entre el barro y los charcos hasta alcanzar el primer árbol a mi alcance. Empecé a treparlo y, de pronto, recibí una parada en la cara.

Caí de espaldas contra la tierra húmeda y ahogué un grito de dolor. Me revolví cuanto pude, pero ponerme en pie fue casi imposible. Primero, porque dolía a joder; segundo, porque un *alfa*-soldado me pisaba el pecho y me mantenía atrapado bajo su enorme bota.

Aunque todos llevaran el mismo traje y el mismo casco de visor negro, sabía que no era el mismo que había venido a por mí antes. Este todavía llevaba sus guantes y, entre ellos, cargaba un rifle de caza. Con la mirada puesta en mí, se llevó una mano a un lado de la cabeza y activó la comunicación exterior para que pudiera oírle decir:

—Estoy bastante decepcionado contigo, Lemér.

La lluvia me caía sobre el rostro y tuve que parpadear para conseguir distinguir su forma tras el

foco de luz que salía de su traje y me cegaba. Hubiera sido un gran momento para algún comentario ingenioso, pero lo único que pude decir con voz ronca, nasal y baja fue:
—Pues vale.
El soldado me apuntó con el rifle. Bajando la boquilla del arma hasta mi rostro, me apartó el flequillo empapado con la boquilla metálica. Después, casi como una caricia, me rozó los bigotes. Yo no podía ser el primer *omega* que viera en su vida, pero el soldado parecía observarme bajo el cegador foco de su traje con una curiosidad muy especial.
Lo cual, me vino maravillosamente bien para poder deslizar mi cola a sus espaldas sin que se diera cuenta. Para cuando le agarré del brazo y tiré de él, ya era tarde. Disparó el rifle debido a la sorpresa, pero solo consiguió agujerear el barro donde antes había estado mi hombro.
De pie a su lado, tiré del rifle y aproveché el punto de apoyo para darle una patada en el casco. No iba a conseguir hacerle daño ni aunque no fuera protegido por el traje, pero sí podía ejercer una buena presión para mantener su cabeza ladeada y, su visor negro, lejos de mí.
Le até las piernas con la cola y le tiré al suelo, después, me tiré sobre él, fingiendo que quería su rifle cuando, en realidad, buscaba a tientas el cuchillo de cazador atado a la pernera del pantalón negro. Cuando lo tuve en la mano, un violento golpe de la culata del arma me echó hacia el barro.
Gruñendo, el *alfa* se echó sobre mí y apretó el rifle contra mi cuello, intentando ahogarme con él. El soldado era casi tan grande como Tigro y casi tan fuerte, lo que quería decir que no tenía posibilidad alguna de superarle.
Aún así, gritó de sorpresa cuando sintió una puñalada en el hombro. Sus manos temblaron sobre el rifle en mi cuello, pero la ira y el dolor solo le hicieron apretar más fuerte. Y yo ya no podía respirar, Intentaba sacar el cuchillo y volver a apuñalarle, pero no me llegaba la mano y ya no tenía fuerzas.
Y, de pronto, dejó de estar sobre mí.
Una sombra más rápida de lo que podía captar mi vista, se abalanzó sobre el soldado y lo derrumbó con él contra el suelo. Ambos rodaron un par de metros en el barro y un auténtico rugido rompió la oscuridad. Uno que no estaba acompañado del leve murmullo metálico del comunicador.
Cuando conseguí volverme, vi a Tigro agarrando al soldado por el casco mientras lo golpeaba sin piedad contra un tronco. Una y otra vez, con una violencia inhumana que hacía temblar todo el árbol. El soldado tardó un buen par de intentos en conseguir alcanzar su cuchillo de caza al hombro, arrancárselo de un tirón seco y herir al *salvaje* en el brazo las suficientes veces para que le soltara. Tigro retrocedió y le dio una patada, pero el *alfa* fue más rápido y se movió, agachándose antes de volver a usar su cuchillo en un amplio movimiento con la intención de herirle.
No apuntó a ningún órgano vital porque le querían con vida.
Ambos *alfas* eran enormes, rápidos, bien entrenados y brutales. Se movían bajo la lluvia a una velocidad que cortaba las gotas y su agilidad y precisión convertía el combate en una escena de película de acción; una que incluyera a soldados sacados del Circo del Sol que, además, fueran maestros en kárate.
La única diferencia notable, era que el soldado tenía su armadura y un cuchillo. Tigro consiguió darle una patada en al casco y romperlo más, pero no pudo hacer nada cuando su golpe no causó el daño necesario y el soldado aprovechó para clavarle el arma en el muslo.
Tigro retrocedió otro paso y se posicionó entre el soldado y yo, deteniendo la pelea para recuperar el aliento y calcular cuánto tiempo podría continuar así.

—Lio… —gruñó con voz densa y oscura.
El soldado se puso de nuevo en pie y adoptó una firme posición de ataque: brazos en alto, cuerpo levemente agachado y piernas arqueadas, preparadas para moverse en tan solo un instante.
—Tigro —jadeó, también falto de respiración, a través del comunicador del casco. Su visor negro estaba agrietado por varias partes, pero le había protegido de los golpes que, de otra forma, le hubieran roto el cráneo—. Me alegra verte… hermano.
El *salvaje* bajó el rostro para poder mirarle por el borde superior de los ojos.
—Tú y yo no somos hermanos. Nunca lo hemos sido —respondió.
—Todos somos hermanos —le aseguró el *alfa*-soldado, moviéndose un ligero paso hacia un lado.
Tigro mantuvo la postura y tan solo se volvió ligeramente hacia él. No podía moverse. No podía darle a su enemigo una abertura y la posibilidad de atacarme.
—No somos hermanos, somos solo las mascotas del doctor —respondió Tigro—. No importa lo que él nos haga creer, o lo que nos dé a cambio.
—El doctor se sintió muy, muy decepcionado cuando nos dejaste.
—No «os dejé». ¡Me escapé! —rugió Tigro, porque la diferencia era importante.
Mal, aquello iba mal. Lio estaba consiguiendo que perdiera los nervios.
—Siempre fuiste su favorito… —continuó diciendo el *alfa*-soldad, dando otro ligero paso que causó una reacción nerviosa en el *salvaje*—. Su gran… «éxito». Todavía nos sigue comparando a todos contigo, ¿lo sabías?
—Me importa una mierda lo que haga.
—Pero él te quiere, todavía te quiere, incluso después de todo lo que has hecho…
—Tigro —le interrumpí desde mi lamentable sitio tirado en el barro, con la nariz ensangrentada y la voz ronca—. Céntrate.
El *salvaje* no apartó la mirada del soldado, pero giró levemente el rostro en mi dirección a sus espaldas. Su cola atigrada se revolvió un momento en el aire y su postura se relajó.
—No me extraña que el doctor me eche de menos —le dijo con un tono más animado. Su postura no se relajó, pero su actitud, sí—. Lo que me extraña es que haya tardado tanto en venir a por mí. ¿A qué estaba esperando?
—Oh… ¿no te lo contó? —preguntó el *alfa*, haciendo un ligero movimiento con su cuchillo hacia mí—. Lemér nos dijo dónde estabas. Nos lo contó todo desde el principio. Solo hemos tenido que esperar a que te llevara al lugar adecuado y te sacara de ese estúpido territorio.
Tigro se quedó en completo silencio.
—Nos dio toda la información que necesitábamos —continuó el soldado—: dónde estabas, cómo hacernos contigo y de qué forma conseguirlo.
—Mientes —murmuró el *salvaje* en voz tan baja que casi no se le pudo oír tras el murmullo de la tormenta—. Lemér no me traicionaría.
—Vamos, Tigro… —la postura del soldado se relajó más, llegando a bajar el arma. Con un tono familiar y resignado, le dijo—: conoces al doctor; no iba a dejarte escapar. No a ti, su *gran* orgullo.
—No me *dejó* escapar —gruñó—. Yo *conseguí* huir.
Un bufido prepotente llegó desde el otro lado del casco.
—Por favor, hermano. ¿De verdad creías que habrías conseguido llegar a La Reserva si el doctor no hubiera querido? ¿De verdad te creíste que había sido tan bueno escondiéndote? Una sola llamada, y hubieras tenido a la mitad del ejército persiguiéndote. Sabes lo poderoso que es el doctor. No hubieras dado ni dos pasos antes de que te atraparan.

Tigro no dijo nada, tan solo se movió un par de centímetros, siguiendo el recorrido del soldado.
—Pero el doctor fue bueno contigo, como siempre… —añadió en un tono más bajo y enfadado —. Tigro, su «gran éxito». Al único que paseaba por las fiestas y dejaba quedarse a su lado mientras al resto nos metía en celdas, nos drogaba y nos vendía…
Llegado ese punto, el soldado tomó una profunda respiración del aire destilado de su traje y se obligó a calmarse. El rencor era patente en sus palabras, pero un buen soldado jamás se dejaba llevar por sus emociones; por muy crudas y profundas que estas fueran.
—No, el doctor te quería de vuelta, pero sabía que no podría encerrarte como antes —le dijo—. Necesitaba una nueva trampa. Una nueva forma de controlarte. Así que ocultó tu huida y empezó a planear la forma de recuperarte; esta vez, para siempre. Sabía que nada de lo que pudiera ofrecerte sería suficiente, así que… —movió su visor agrietado hacia mí—, uso tu propia naturaleza en tu contra. Un *alfa* emparejado jamás abandona a su *omega*, allí a dónde él vaya.
Tigro retrocedió un paso, llegando a desequilibrarse ligeramente con el barro húmedo bajo sus pies.
—No —negó—. El doctor no podría haber encontrado el *omega* perfecto para mí. Él no me conocía en absoluto.
Casi se pudo oír al soldado soltando una exhalación resignada tras el comunicador de su casco.
—El alférez Lemér no es el primero, ni se esperaba que fuera el último —confesó mientras se cruzaba de brazos, pero sin soltar su cuchillo de caza—. El doctor buscó en bases de datos gubernamentales a un *omega* con aroma B-45, tu favorito. Por suerte, es un olor dulce bastante común y hubo mucho donde elegir: mandó a un *omega* tras otro desde hace un par de años, pero tú no les hacías ni caso. Después encontró a un chico, otro *omega*-tigre, creyendo que la raza sería un factor determinante; pero, según informó después, solo le estabas usando para que te contara lo que sabía de la villa, como a todos los demás. El doctor no lo entendía —reconoció, deteniéndose para señalar a Tigro con su cuchillo de caza, manchado de restos de sangre aguada por la tormenta—. Alguno de esos *omegas* debería haber conseguido enamorarte. Eran perfectos para ti, pero tú no caías. Algo estaba pasando por alto el doctor, algo que no era capaz de ver.
—Está haciendo tiempo, Tigro —le interrumpí, porque aquella repentina confesión de película era una estrategia de lo más obvia—. Está esperando a que lleguen los demás y nos ataquen.
—¡Cállate! —gritó el salvaje en mi dirección. Un rugido animal en lo profundo de la noche—. ¿Cómo lo consiguió? —gruñó en dirección a su antiguo camarada—. ¿Qué tenía Lemér que no tuvieran ellos?
—Nada —reconoció el soldado Lio—. El alférez Lemér fue solo un recurso desesperado. El doctor no esperaba que consiguiera domarte; de hecho, no creyó ni que fuera a gustarte demasiado. Su olor es del tipo K, rango 20-25, muy poco común —aquello, por alguna razón, hizo gracia al soldado—. Lo tenía en la base de datos solo porque lo usaba para mí.
El *salvaje* agachó la cabeza y apretó con fuerza los colmillos.
—Para ti… —gruñó de una forma peligrosa.
—Sí, ya sabes —el soldado se encogió de hombros bajo su traje—. Para calmarme y aturdirme. El doctor tiene muestras de todas las feromonas que mejor funcionan con nosotros, y las de Lemér son las que mejor funcionan conmigo. Es justo el aroma que más me gusta. —Mirándome con su visor negro y agrietado, añadió un bajo—: Es raro poder verle al fin en persona, la verdad. Según los cálculos del doctor: es mi *omega* perfecto.
Tigro apretó los puños con fuerza, tanta, que empezaron a temblar, derramando un buen par de gotas de lluvia.
—Pero, como todo lo demás, al final te lo dio a ti —continuó el soldado, volviendo su visor

agrietado en dirección a Tigro—. El doctor pensó que su entrenamiento especial y sus habilidades serían muy útiles. Aunque no te gustara, podría darnos mucha información. Que te engañara por completo y consiguiera ponerte una de esas cosas en la barba, fue una sorpresa para todos.
—Sí, también lo fue para mí… —murmuró Tigro.
Con paso firme, se dio la vuelta en mi dirección. Su rostro era una máscara seria de furia contenida. Sin cuidado, me agarró del jubón de lana y me arrastró con él de vuelta al soldado.
—Quédatelo si quieres —le dijo, tirándome sobre el *alfa*.
El soldado me atapó con rapidez. Me rodeó con un brazo para mantenerme en pie y siguió observando a Tigro, todavía con su cuchillo de caza en la mano libre.
—No te enfades, hermano —le dijo—. Solo te he contado esto para que no pierdas el tiempo defendiéndole.
El *salvaje* entrecerró los ojos hasta que no fueron más que dos rendijas en su rostro enfadado.
—Se muy bien por qué me has confesado esto, Lio —gruñó en voz baja y densa—. El doctor te va a castigar cuando lo descubra, pero tú me odias demasiado como para no decirme que me he enamorado de un traidor.
El *alfa*-soldado tardó un par de segundos en volver a encogerse de hombros.
—Hermano… —le dijo—. Cuando vuelvas a casa, no vas a tener mucho tiempo para enfadarte. El doctor tiene muchos planes para ti… y ahora que tenemos a tu *omega*. No podrás volver a escaparte.
Y, en ese momento tan dramático, cuando el *alfa* estaba demasiado distraído por su victoria, fue cuando le quité el casco.
Pasaron tres cosas en un solo instante.
La primera, fue que Tigro sonrió.
La segunda, fue que el *alfa*-león giró su rostro de melena rubia en mi dirección, apretando los colmillos de carnívoro mientras me lanzaba una mirada sorprendida y furiosa con sus ojos pardos.
La tercera, fue que, cuando aspiró una bocanada del aire fresco y húmedo de la noche para gruñir, se quedó helado.
Había en la brisa un dulce veneno, tan fresco como la lluvia y tan voraz como la muerte.
Cada respiración llenaba sus pulmones, y de allí, fluía hacia su sangre, propagándose con cada agitado latido de su corazón.
Las pupilas de Lio se dilataron como las de un enorme gato, su mandíbula gruesa se tensó y el brazo con el que me rodeaba el cuerpo se convirtió en una garra firme que jamás me dejaría escapar.
—Tú… —jadeó.
—Yo —respondí antes de pegarle un golpe con su propio casco y dejarle inconsciente.
Para evitar que me cayera junto al soldado, Tigro vino en mi rescate y me rodeó con su brazo, manteniéndome en pie mientras ambos veíamos al *alfa* desmayado, con los ojos entreabiertos y una herida goteando sangre desde su sien.
—Parece que tu aroma K, rango 20-25, funciona muy bien *con él* —murmuró Tigro con una tensa sonrisa en sus labios—. Será de tanto que lo ha esnifado mientras se toqueteaba…
—No te metas con él —le pedí—. El doctor ha dicho que es mi «alfa perfecto».
El *salvaje* volvió lentamente el rostro en mi dirección a medida que su forzada sonrisa se hacía más y más macabra.
—¿Ah, siiiiii?, ¿eso cresssss? —gruñó sin mover los dientes apretados.

—La verdad es que es bastante atractivo —tuve que reconocer, echando otra leve mirada al soldado.
El *alfa*-león tenía una preciosa melena rubia y un rostro rectangular y sexy.
La mano de Tigro se cerró como una garra sobre mi jugón de lana mojada.
—Pues que pena que no le hayas puesto una cuenta en la barba —me dijo—. No como a *mí*. ¿Eh, Lemér? ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas de lo mucho que te hago correrte y lo bien que te cuido? Ah, y que, además, yo soy un salvaje y él no.
En ese momento puse los ojos en blanco y ladeé el rostro para mirarle. Yo solo había estado bromeando, pinchando un poco a Tigro; pero él se lo estaba tomando demasiado a pecho.
—Sí, me acuerdo —murmuré.
—¿Sí? —arqueó las cejas al máximo, pero sin dejar de sonreír—. ¿Y te acuerdas cuando yo, tu *alfa*, el único que tiene tu barba y tu cuenta, te dijo que corrieras a la puta villa y te pusieras a salvo?
Fruncí el ceño y miré a la oscuridad del bosque lluvioso.
—¿Eso dijiste? —pregunté.
—Sí, aunque quizá lo hayas olvidado al caerte de un puto helicóptero a punto de estrellarse —gruñó con evidente enfado mientras me soltaba e iba en busca del rifle—. Movámonos —ordenó —, los trajes están monitorizados. Sabrán que hemos dejado inconsciente a Lio.
Me agaché sobre el cuerpo para tomar el cuchillo de su mano y repasar el traje, en caso de que tuviera otra arma o quizá un par de explosivos que nos fueran de utilidad. Al terminar, nos escurrimos entre la oscuridad de los árboles.
Ambos estábamos heridos y ni mi leve cojera ni el muslo acuchillado de Tigro nos llevaron muy lejos. Al alcanzar la vera del río pedregoso, nos refugiamos bajo un saliente de la montaña y nos escondimos allí. El salvaje se sentó y recostó la cabeza contra la piedra. Empapado en lluvia y sudor, parpadeaba y se agarraba el muslo ensangrentado con la mano, tratando de mantener la hemorragia a raya.
—Déjame —ordené, acuclillándome a su lado para romper una de las mangas de mi jugón y vendarle con fuerza.
Tigro aspiró aire entre los colmillos con un siseo, pero no se quejó.
—Si hubieras vuelto a la puta villa como te pedí…
—Si hubiera vuelto, a estas alturas ya te habrían atrapado —respondí, terminando de atar la improvisada venda.
Tigro soltó una risa sarcástica que reverbero en la pequeña gruta.
—Sí, era mucho mejor asaltar el helicóptero y estrellarlo contigo dentro.
—El plan era secuestrar al piloto, llamar su atención y llevarlos lejos de ti —le confesé—. Por desgracia, las cosas se torcieron un poco.
—Un poco… —forzó una sonrisa—. ¿Sabes cómo no se hubieran torcido? Si hubieras hecho justo lo que te pedí.
—Hice lo que me pediste —le aseguré—. Recuerdo que me dijiste: Lemér, trepa al helicóptero y distráelos. Ambos sabemos que tú eres muchísimo mejor soldado que yo y que, si me quedo aquí solo, ya puedes olvidarte de volver a verme jamás.
Tigro ni se movió. Tras un par de segundos, parpadeó y respondió:
—No, no dije eso. Yo jamás haría algo tan estúpido como ponerte en peligro.
—¿Estás seguro? —fruncí el ceño con mueca pensativa—. Porque es todo lo que recuerdo escuchar… y tú sueles hacer cosas muy estúpidas. Así que tiene sentido.
—Estoy muy seguro —afirmó, inclinándose hacia mí antes de decir—: Porque lo último estúpido

que hice, fue enamorarme de ti.
Se me escapó un resoplido que me causó una leve punzada de dolor en la espalda. Limpiando el cuchillo de caza ensangrentado contra mis pantalones, respondí:
—A mí no me culpes de eso. El doctor te lleva mandando *omegas* con tu olor preferido desde hace años —sonreí—. Yo solo fui su última opción desesperada.
Tigro bajó un momento la mirada a mis labios de afilada sonrisa, después, se mojó los suyos con la punta de la lengua y volvió a mirar mis ojos.
—El doctor se cree que somos poco más que animales. Que puede estudiarnos y predecir todo lo que hacemos, controlar todo lo que sentimos; pero se equivoca —declaró con un repentino tono serio—. Se equivocó al creer que me tenía domado, y se equivocó al creer que un *omega* cualquiera podría conquistarme.
—Ya… —murmuré mientras dejaba la punta del cuchillo sobre su pecho grande y abultado—. Se debió olvidar leer tu perfil psicológico y darse cuenta de que eres un ególatra insoportable y masoquista con graves tendencias autodestructivas.
Tigro se relajó, una tibia sonrisa atravesó sus labios y, con un suspiro, respondió:
—Evidentemente, Lemér. Necesito un *omega* que me haga sufrir. De haber sabido eso, el doctor te hubiera enviado mucho antes a… cazarme —al decir aquello, sus ojos de jade y oro brillaron en la oscuridad—. Y tú decías que estaba paranoico.
—No sabemos si eso es cierto —le corregí—. Lio podría habérselo inventado para distraerte. Mi misión era solo investigar el búnker quemado.
—¿Lo era? —preguntó él.
No tuve que responder, solo mirar sus ojos y ladear el rostro con una mueca seria. Durante la discusión de los dos *alfas*, en ningún momento había dudado de que Tigro no confiara en mí. Simplemente, sabía que lo haría. Que no habría nada en el mundo capaz de hacer que el *salvaje* me dejara ya. Que, pasara lo que pasara, ya era tarde para él.
Y eso me produjo un escalofrío por todo el cuerpo.
—Sé que tú *no* lo sabías —aclaró él—, pero eso no quiere decir que no te hubieran engañado y te hubieran enviado a mí con otra intención oculta.
—¿Te das cuenta de lo estúpido que es eso, Tigro? El doctor ni siquiera se esperaba que yo te gustara. Me habría mandado aquí con un pretexto falso… ¿para qué? Porque tampoco me han dado ninguna forma de comunicarme con el exterior, ni me han hecho llegar nuevas instrucciones. Lo llegaría a entender si fueras Lio —y señalé a la abertura de la gruta, como si el soldado estuviera allí—, y yo fuera tu «*omega* perfecto».
—Deja de decir eso —gruñó el *salvaje*—. Lo de los aromas es una gilipollez *beta*.
—No creo —fruncí el ceño—. Es verdad que hay *alfas* que prefieren una clase de olor a…
—¡Y a veces la vida te da sorpresas, Lemér! —exclamó, porque aquel tema le molestaba más de lo que estaba dispuesto a reconocer—. ¡A veces crees que te gusta algo y, de pronto, aparece un *omega* de la nada y te empiezas a preguntar si El Todo es real! ¿Puedes dejar de dudar de que me encanta tu aroma a menta y miel? Es *muy, muy ofensivo* para mí.
Mis labios estaban entreabiertos y había una respuesta bailando en la punta de mi lengua; pero, al final, me callé. Los *alfas* emparejados se ponían muy protectores y agresivos con todo lo referente al aroma de sus *omegas*.
Y eso me causó una ligera sensación de ansiedad en lo bajo del pecho. Una que me llevó a decir:
—La cuenta no es real. Tranquilízate.
Y Tigro me miró, entrecerró los ojos y murmuró:
—A veces me sorprende tu capacidad para mentirte a ti mismo.

—Tú y yo no tenemos nada —insistí—. Tú no das segundas oportunidades.
El *salvaje* dejó el rifle de caza a un lado y me agarró de los hombros con ambas manos, apretándome con firmeza y llegando a agitarme, casi como si deseara que una idea me entrara al fin en la cabeza.
—La cuenta *es* real, Lemér —me dijo con cierto enfado—. *Siempre* fue real.
Negué con la cabeza y tragué saliva.
—No, no es…
—Sí, sí es —me interrumpió.
Había cierta frustración en su voz grave y un brillo intenso en sus ojos de jade y oro.
—Te conozco, Lemér —dijo, apretándome más fuerte—. Te conozco de una forma en la que nadie más podría llegar a conocerte. Sé que si te hubiera pedido ser tu *alfa* de forma directa y sincera, solo hubieras huido de mí.
—Tú no me conoces —respondí. Pero, incluso en ese momento, yo sabía que aquello no era cierto.
Los putos tigre-sentidos eran infalibles.
—Lemér… —murmuró él—. La única razón por la que estabas con los demás *alfas*: con ese estúpido bovino y los gemelos, era porque sabías que no podrías llegar a amarlos como ellos te amaban. ¿Lo entiendes? Sabías que no te podrían hacer daño de verdad, que, aunque los perdieras, no supondría un problema real. Tenías todo el control de la relación y eso te hacía sentir a gusto; pero conmigo es diferente… porque a mí me quieres de verdad y eso te aterra. Yo tengo un poder sobre ti que te hace sentir débil y te angustia.
Coloqué una mano en su muñeca y quise apartarme, pero él no me dejó.
—Cuando estabas conmigo y creías que todo era un juego, eras muy feliz. Al principio no parabas de mimarme y tontear conmigo, y, después, cuando empecé a hablar en serio, te bloqueaste por completo.
—¡Me mentiste, Tigro! —le recordé, porque me estaba empezando a enfadar bastante—. Me usaste a mí y la barba que te di para saber si era un traidor.
—Sí —reconoció—, y después quise empezar desde cero. Empezar algo serio contigo, y tú escapaste.
—Ah, espera —me reí de forma fría y sarcástica—, ¿acaso te creías que me iba a quedar después de algo así?
—Creí que al menos te lo pensarías, no que fueras corriendo a ver a otros *alfas*… —empezó a gruñir en voz baja y grave.
Fruncí el ceño y ladeé el rostro.
—Creo que ambos empezamos a frecuentar a gemelos por la misma época, si no me falla la memoria.
—Los gemelos fueron un estúpido intento por olvidarte —confesó—, y después… para darte celos.
—Huh… —jadeé. Ninguna sorpresa ahí.
—¿Te acuerdas cuando te llevé al búnker quemado? —me preguntó de pronto—. ¿Recuerdas lo que me dijiste? Que me echabas de menos, que me querías… ¿Sabes cuánto había estado esperando por oírte decir eso? Pero tú elegiste ese justo momento, ese justo lugar, cuando creías que todo estaba perdido y yo jamás podría perdonarte.
Forcejeé un poco más para liberarme de sus manos, aunque fue casi un acto simbólico, porque ambos sabíamos que no conseguiría escapar ni aunque quisiera. Y, si quisiera, hubiera usado la cola; pero allí estaba, con cara de enfado y haciendo el gilipollas cuando sabía que no iba a

funcionar.
—Fue entonces cuando me di cuenta: si creías que tú y yo no teníamos nada serio, si creías que era *imposible* que te amara, si creías que no habría posibilidad alguna de que termináramos juntos… no te daría miedo estar a mi lado. Mientras te manipulara y te hiciera creer que no significaba nada, estarías tranquilo.
—No, Tigro, lo que me hace estar tranquilo es que no me mientan y me manipulen —le corregí.
—Eso es mentira —se atrevió a decirme—. Lo que te hace estar tranquilo es pensar que te estoy usando, que lo único que me interesa de ti es lo que pueda ganar a tu costa. Esa es toda la retorcida justificación que necesitas para poder estar a mi lado. Una que tú mismo te repites constantemente, porque la otra opción, sería que te amo: y eso no puede pasar. ¿A qué no, Lemér?
No dije nada, solo le miré con la esperanza de que me soltara de una puta vez antes de que le cortara la muñeca con el cuchillo de caza.
—La única mentira que te conté, fue que jamás podría volver a darte otra oportunidad —murmuró el *salvaje*—. Todo lo demás, todo lo que hice, todo lo que planeé, todas las veces que crees que te manipulé, fueron solo para que pudieras darte cuenta de que te quiero. Para que pudieras darte cuenta de que tú y yo somos muy felices juntos y que no tienes que tener miedo.
—Qué momento más maravilloso para una confesión así.
—Lemér… —murmuró el *alfa* con cansancio.
Con un profundo suspiro, me soltó, se recostó de nuevo sobre la pierda y me miró un par de segundos en silencio, hasta que me dijo:
—Haz lo que quieras, piensa lo que quieras, huye lo más lejos que puedas, pero eso no va a cambiar lo mucho que te am…
Y una bala le atravesó el pecho, deteniendo sus últimas palabras en seco.

UNA SEÑAL DE SOCORRO

Todo mi mundo se detuvo en un solo instante.

Me quedé congelado, mirando los ojos sorprendidos y abiertos de Tigro, quien me miraba de vuelta con sus labios todavía entreabiertos.

Había una intensa presión en mi pecho y un profundo vacío en mi mente. No podía respirar. No podía moverme. No quería mirar el agujero de bala y la sangre en su pecho. No quería que aquel entumecimiento que me llenaba, se convirtiera en la agonizante e inequívoca sensación de que, en efecto, lo había perdido *todo*.

Absolutamente todo.

Fue Tigro quien, a cámara lenta en aquel mundo congelado, agachó la cabeza y miró. Entonces, yo también miré.

No había sangre. No era una bala. Era un dardo narcotizante.

Y de pronto, el universo se movió de forma precipitada, como si deseara recuperar el tiempo que se había pasado detenido.

Quité el dardo de su pecho de un solo tirón y lo tiré a un lado. Después, coloqué un par de dedos húmedos y fríos en su cuello para medir sus pulsaciones. Una, dos… demasiado lento. El sedante que hubieran usado debía ser especial para Tigro, quizá la cantidad suficiente para tumbar a un oso *Grizzli* en apenas segundos.

El *salvaje*, con las pupilas cada vez más dilatadas, consiguió agarrarme del brazo un instante antes de, luchando por decir algo, caerse inconsciente sobre mí con todo su peso. Le rodeé con la cola y ya le estaba arrastrando conmigo al interior de la pequeña gruta cuando un par de sombras aparecieron en la entrada.

La noche era profunda, pero las luces de sus trajes me cegaron por completo. Supe que eran dos y que iban armados, pero no pude ver mucho más antes de que uno de ellos sacara otro tipo de arma y me disparara.

Tardé dos segundos en desmayarme sobre Tigro, con la esperanza de que, si le separaban de mí, al menos me despertaran en el proceso y pudiera defenderle.



Cuando me desperté, noté la boca seca y la mente aletargada. Tardé un tiempo en centrar la mirada y comprender dónde me encontraba y, lo más interesante en ese momento: el por qué.

Había sombras y luces, un murmullo de conversación en el aire y un aroma mezclado. Parpadeé y agité la cabeza, tratando de centrarme.

—Mirad quién se ha despertado… —dijo alguien, una voz que sonó acompañada de una reverberación electrónica.
Una sombra se acercó a mí, se agachó y me dio una firme bofetada que me echó el rostro a un lado. Con los sentidos entumecidos, no sentí mucho dolor, aunque me ayudó a poder recuperarme más rápido. Tragué saliva y miré al hombre. No, no un hombre: un *alfa*-soldado. Todavía llevaba su casco de visor negro, pero sus manos estaban al descubierto. En ellas había abundante vello negro y unas garras muy afiladas.
—Tienes suerte de que no me hubieran dejado arrancarte la cola —continuó él—. Me hubiera hecho una preciosa bufanda con ella…
¿Mi cola? ¿Dónde estaba mi cola? Traté de moverla, pero no pude. Me llevó un par de segundos y una breve mirada a mi cuerpo para entender que estaba completamente atado; cola incluida.
—Que… —empecé a decir, aunque mi voz sonaba ronca y seca y me detuve.
Otro de los *alfa*-soldados se acercó, golpeó en el hombro a su compañero con una cantimplora y, después, a mí. Era enorme, y hablo incluso para los estándares animanos tan alto que casi rozaba el techo de la cabaña y tan ancho que necesitaba entrar por las puertas de lado. Y si era tan grande y no tenía cuernos saliendo de su casco, solo podía tratarse de un úrsido.
Al soldado sin guantes no le hizo gracia darme de beber, porque se escuchó un grave gruñido a través de su comunicador abierto. Aún así, tomó la cantimplora con un gesto rápido y seco y me la acercó a los labios. No fue demasiado cariñoso, apretándola contra los labios e inclinándola como si deseara hacerme daño o, mejor, ahogarme con un torrente de agua que me empapó el jugón por completo.
Tosí y me aparté, volviendo a toser con más fuerza.
—Espera, que te ayudo —se ofreció el *alfa* antes de darme otra bofetada.
Esa sí dolió.
—¿Mejor?
Con una profunda respiración, le miré de vuelta. No podía ver su rostro, solo mi difuso y apagado reflejo en el visor negro, pero sabía que estaba allí.
—Con lo bien que me has atado, lo mucho que me pegas y la forma en la que me atragantas, voy a empezar a llamarte «*Daddy*» —le dije.
Al contrario de lo que me hubiera esperado, no volvió a pegarme otra bofetada. No porque él no quisiera, sino porque uno de sus compañeros —el enorme *alfa* de la cantimplora—, le detuvo al agarrarle por la muñeca.
—¡No me pasa nada! —gruñó él, respondiendo a una comunicación privada que nadie más podía oír—. ¡Este *omega* de mierda casi nos mata a mí y al piloto! ¡Me disparó! ¿¡Y ahora tiene los cojones de reírse!?
El soldado en pie no dejó de mirarle en el par de segundos en el que, probablemente, le diera una orden; ya que mi *Daddy* volvió a gruñir y se levantó de forma airada para alejarse. Con una mano en el casco, el segundo soldado abrió la comunicación global para decirme con una voz grave y profunda:
—Yo que tú, no me haría el listo, alférez Lemér. Ahora eres nuestro prisionero, y Lobo tiene muchas ganas de hacerte mucho daño… Aunque no es el único —terminó diciendo con un tono más grave y peligroso.
Arqueé las cejas y puse una especie de mueca sorprendida, como si aquella noticia fuera toda una novedad.
—No entiendo el por qué… —murmuré antes de perfilar una suave sonrisa y hacer un intento por encogerme de hombros—. Soy solo el cartero del Pinar.

Si estaba siendo tan bravo y provocador, incluso en una situación como aquella, era solo por tres motivos: el primero, era que Tigro estaba bien. Le había encontrado con solo una rápida mirada, todavía sedado y encogido en una esquina en la que le habían tirado. Por lo que podía observar, no estaba más herido que antes.
El segundo motivo, fue que reconocí al instante la caseta. Se trataba de la misma torre de vigilancia forestal en la que habíamos atrapado a los dos *omegas*. Los soldados-*alfa*, ahora sin un medio de huir —gracias a mí y mi precipitado plan de destruir el helicóptero—, se había quedado atrapados en La Reserva y aquel punto era el único que conocían; y más importante, que conocían los *betas*.
Y, tercero, un enemigo enfadado era un enemigo peligroso, pero también uno que cometía errores.
—Córtale los putos dedos —dijo una voz tan dulce como resentida.
Ladeé el rostro y miré a Zora, sentada en vieja cama, de brazos cruzados y las piernas extendidas, todavía con una venda ensangrentada en su muslo izquierdo. No respondí, solo le guiñé un ojo y le lancé un besito.
La joven apretó los dientes de finos colmillos y tensó los bigotes. Antes de que pudiera responder, el soldado-úrsido la detuvo con un simple gesto de su gigantesca mano.
—Os está provocando —les advirtió. A ella, a *Daddy* Lobo y puede que incluso a Lio, quien, curiosamente, también estaba atado a un lado de la cama junto al piloto inconsciente.
El *alfa*-león, ahora sin casco, no dejaba de mirarme y tomar profundas bocanadas de aire entre los labios. Por la forma en la que le brillaban los ojos húmedos y el reguero de saliva que le colgaba de la comisura de la boca, le debían haber administrado alguna clase de tranquilizante.
—Tengo miedo… —gimoteé en su dirección.
Lio se revolvió un poco y, juraría, intentó gruñir, aunque solo produjera un sonido ronco y pesado. Mmh… por desgracia, mi «alfa perfecto» no iba a serme de ninguna utilidad en esa situación.
—¡Amordázale! —exigió Zora.
El soldado-úrsido la ignoró por completo y se acuclilló frente a mí, tapándome casi por completo la vista de todo lo que quedara a sus espaldas.
—¿Quién sabe que estamos aquí? —me preguntó.
—Supongo que el doctor, algún alto mando del ejército y, si eres creyente, Dios.
Un puñetazo después, sorbí la sangre que me goteaba de la nariz y volví a mirarle. Incluso siendo tan grande y pesado, me había golpeado tan rápido que no le había visto ni moverse.
—¿Y tus demás hermanos? —le pregunté—. ¿Están afuera vigilando mientras Ken se ocupa de la radio? ¿Habéis mandado una señal de socorro? «Querido doctor, un solo *omega* nos ha jodido toda la misión. Somos patéticos. Con amor, tu osito de peluche».
El segundo puñetazo fue directo a mi estómago y me dejó sin aire. Después, vomité parte del agua que había bebido y cerré los ojos, ignorando los rastros de sangre en mi saliva.
—No le golpees a él —le dijo Zora antes de poner la sonrisa más retorcida y cruel del mundo—. Golpea a su *alfa*… Están emparejados —sonrió más—. No soportará la idea de que le hagan daño.
Cuando la miré, esperaba poder transmitirle sin palabras lo mucho que iba a hacerla sufrir en cuanto consiguiera liberarme. Lo que le había hecho hasta ahora, no sería nada en comparación.
Daddy Lobo se acercó al cuerpo de Tigro y me tensé sin poder evitarlo, viéndole sacar su cuchillo de caza. Mi respiración se aceleró y, en mi cabeza, surgieron docenas de planes —cada uno más absurdo y desesperado que el anterior—, para salvar a Tigro.

—No —le detuvo de pronto el úrsido, sin siquiera girarse ni apartar de mí su mirada de visor negro—. El doctor quiere a Tigro sano y salvo.
—Necesitamos la info, Polar —se quejó el soldado-lobo—. No podemos dejar cabos sueltos. Al doctor no le importara que…
—He dicho que no —le interrumpió «Polar», volviéndose ligeramente en dirección a su hermano.
Por la forma en la que interactuaban, el úrsido no debía tratarse del capitán, sino solo de un segundo al mando. Lio era el jefe de misión y, al haber perdido el raciocinio y la operabilidad, Polar había tomado el mando.
No se le daba demasiado bien.
—¿Quién sabe que estamos aquí? —repitió el úrsido, perdiendo parte de su paciencia.
—¡Córtale los dedos! —exclamó Zora—. ¡A mí me iba a cortar los dedos!
—¡Silencio! —rugió el úrsido con una voz que llenó por completo la cabaña.
Después, frustrado por la constante insubordinación, los comentarios y las interrupciones, sacó su cuchillo de caza, el cual parecía casi un bisturí de juguete en su enrome mano. Lo acercó a mi dedo meñique y repitió:
—¿Quién. Lo. Sabe…?
—Nadie lo sabe —mentí.
Polar presionó el filo sobre la carne y empezó a frotarlo, produciéndome un agonizante dolor cuando empezó a cortar la piel. Perdí el aire y apreté el abdomen con fuerza. Mi aroma se intensificó tanto que el descerebrado Lio se revolvió sobre la cama, como un zombi luchando por liberarse.
—¿Quién…?
—Vale… —jadeé—. Vale.
Polar paró y me dejó recuperar la respiración antes de que, mirando su visor y viendo mi patético reflejo de ojos llorosos, le confesé:
—Tu madre también lo sabe.
Y le escupí.
Polar empuñó el cuchillo con fuerza y lo clavó de un golpe seco en la madera del reposabrazos, cercenándome el dedo meñique en apenas un segundo. La violencia y rapidez del impacto fue un shock, para mi mente y para mi cuerpo, el cual tardó un segundo o dos recuperar la consciencia y empezar a transmitirme la oleada de dolor desde mi dedo amputado y ensangrentado.
Apreté los dientes y gruñí más que gritar, echando todo el aire que me quedaba en los pulmones mientras mirada el cuchillo clavado y la sangre que empezaba a bañarlo con cada latido de mi acelerado corazón.
Polar dio un tirón al arma para sacarla de la madera y me la enseñó.
—Te quedan nueve oportunidades más… —me advirtió.
Miré su visor negro y me concentré en continuar respirando. Polar sería muy grande y amenazador, pero estaba claro que no tenía ni puta idea de cómo interrogar a alguien. Parecía un criminal de alguna mafia de los bajos fondos que había visto demasiadas películas de espías. Cortar dedos y hacer amenazas funcionaba muy bien con los civiles o soldados no especializados, pero, tratándose de mí, estábamos hablando de las ligas superiores.
No amenazas a un asesino con cortarle los dedos, porque ambos sabéis que hay docenas de formas mucho más dolorosas y agónicas de conseguir lo que quieres; como, por ejemplo, arrancarle las uñas, donde los nervios son especialmente sensibles y la agonía te puede llegar a dejar ciego.

Además, una uña no se puede volver a coser si la metes en hielo.
—Como quieras… —gruñó el enorme úrsido, limpiándose el escupitajo del visor antes de levantar su cuchillo en el aire.
Entonces, se detuvo y volvió el rostro. Por la expresión confusa de Zora, ella tampoco había escuchado nada, pero ambos *alfas*-soldado se había vuelto en dirección a la puerta de la cabaña. Alguien la abrió, uno de ellos, y debió preguntarles algo, porque *Daddy*-lobo respondió un seco:
—Sí —y fue a por su rifle de caza a un lado.
De pronto, las luces de la cabaña se apagaron y nos quedamos a oscuras. Los *alfas* corrieron a colocarse en puntos estratégicos, ocultos y protegidos, con sus armas en las manos y sus sentidos alerta. En el profundo silencio, solo se escuchaba la lluvia cayendo sobre el tejado y las ventanas.
Llevándose una rápida mano al casco, Polar bloqueó la comunicación global y pasó a dar órdenes solo por el canal privado. El cuarto soldado que quedaba patrullando por el pasillo exterior que rodeaba la caseta, abrió una de las ventanas y el omega-perro, Ken, se coló en el interior antes de que el soldado le siguiera. El *omega* se acercó a Zora en la cama, pero el alfa se agachó y apoyó la espalda en la pared mientras sujetaba su rifle.
Entonces se escuchó un ligero tintineo y giré el rostro en dirección a los ventanales al otro lado de la cocina. Por un instante, ese sonido me había resultado terriblemente familiar. Una sombra recorrió un lateral y los soldados reaccionaron al instante, descargando una ráfaga de disparos que solo consiguieron romper los cristales.
Uno de ellos, *Daddy*-Lobo, parecía especialmente agitado, mirando al resto mientras les decía por su comunicador todavía abierto:
—¿Qué mierda era eso?
—Los *alfas* —jadeó Ken con temor—. Les debieron avisar.
—Ningún *alfa* se mueve tan rápido en un espacio tan pequeño —gruñó el Lobo momentos antes de que se escuchara un arañazo sobre nuestras cabezas.
Todos los soldados apuntaron al techo. Polar fue el que decidió encender las luces de su traje, ejemplo que todos los demás siguieron. No tenía sentido continuar en las sombras si el enemigo ya sabía donde estaban. Ahora, ellos necesitaban saber *dónde* estaba el enemigo.
Otra sombra negra cruzó los cristales y otra ráfaga de disparos la siguió, desapareciendo como si nunca hubiera estado allí. De pronto, alguien llamó a la puerta. Los soldados se volvieron al instante, apuntando con sus armas y sus linternas.
Las ataduras de mi cuerpo se liberaron por sorpresa y, con el ceño fruncido, vi la cuerda deslizándose por mi cuerpo hasta caer al suelo. Zora chilló y los soldado se volvieron a toda velocidad en mi dirección, cegándome con sus linternas.
Un sonido tintineante a mis espaldas me hizo estremecerme. Unas manos delgadas, de larguísimas uñas negras, se posaron lentamente en mis hombros. Las múltiples linternas arrancaron brillos a las monedas que cubrían sus ojos y las numerosas joyas y alhajas que decoraban su tocado.
Polar se llevó una lenta mano al casco y reactivó la comunicación exterior.
—¿Quién cojones eres tú? —preguntó.
Las luces no dejaban de enfocar a la chamana a mis espaldas, sin perderla de vista ni por un instante.
Pero la chamana no respondió.
—Topa Má —respondió Zora por ella. Su tono era tembloroso y su expresión, preocupada—. Es la chamana de Mil Lagos.
—¿Una chamana? —gruñó uno de los soldados, el que había estado patrullando el exterior y

cuya posición quedaba más cercana a la Má.
—Está ciega —recalcó *Daddy*-Lobo, como si fuera una obviedad que a todos se les hubiera pasado por alto—. La habrán mandado a negociar.
—Muy bien —asintió el úrsido, bajando su rifle de caza—. Negociemos, pues.
Polar no confiaba en la Má, pero tenía otras tres armas apuntándola e, ignorante, se creía que la chamana no representaría peligro alguno para ellos. Su aspecto místico y su dramática aparición les había puesto los pelos de punta, pero por muy bizarra que fuera su imagen de vestido negro y pintura facial, era una mujer muy delgada y muy anciana.
Aquellos *alfas* no tenían ni idea del error que estaban cometiendo al infravalorarla.
—¿Qué queréis? —preguntó Polar.
Pero la chamana no respondió.
—Las Má no hablan con los *alfas* —les dije, todavía sentado en la silla y todavía sangrando levemente por mi meñique cercenado—. Está prohibido.
Los soldados intercambiaron una rápida mirada.
—Zora —dijo Polar—, pregúntale a la bruja qué quiere.
La omega tragó saliva en la oscuridad y, con voz baja, preguntó:
—¿Qué quieres, Má?
La chamana entreabrió sus labios pintados y habló de esa forma tan suya, como si suspirara al final de cada frase:
—Los *betas* creen que pueden domar al río, creen que pueden controlar su corriente, aprovechar su fuerza, cambiar su curso; pero lo único que controla al río es su cauce, y este siempre le lleva al mar.
Como era de esperar, aquella respuesta no fue del gusto de nadie ni aclaró ninguna duda.
—¿Qué cojo…? —iba a preguntar Lobo, hasta que un sonido de risas bajas le interrumpió.
Con el arma de nuevo en alto, apuntó a uno de los ventanales. Tras el cristal roto, se vieron unas orejas puntiagudas y unos enormes ojos azules antes de que desaparecieran tras la madera.
Otra risa llenó la cabaña.
—¿Son *alfas*? —se oyó preguntar.
—Parecen *alfas* —respondió otra voz.
—Son raros… —se rio una tercera.
—Los *alfas* siempre son raros —les recordó una cuarta voz, y todas se rieron en el más dulce y musical coro.
Las luces buscaron más ojos en la noche, encontrándoselos un segundo antes de que desaparecieran de nuevo bajo los ventanales o sobre el techo de la cabaña. Estaban en todas partes.
—Nos están rodeando —anunció Polar, dando un paso atrás hasta tocar con la espalda en la pared.
De pronto, una patada abrió la puerta de un golpe seco y una figura baja y de brazos cruzados miró la escena. Las linternas le cegaron, pero su cara de asco apenas cambio antes de dedicarles una vistazo de arriba abajo y declarar:
—No voy a quedarme afuera como un subnormal.
Fruncí el ceño y entreabrí los labios. Después de tanto tiempo conociéndole, jamás creí que Benny pudiera conseguir sorprenderme. Hasta ese momento, claro. El *omega* se quedó de pie en la entrada, con su metro cincuenta y sus puntiagudas orejas de pelaje negro, mirando a los soldados armados y el doble de grandes que él, como si no fueran más que cucarachas en su camino.

—¿Por qué tenéis esa puta pinta de gilipollas? —les preguntó.
—A mí me gusta… —respondió una voz al otro lado de la ventana rota. Cuando uno de los soldados enfocó a la *omega*-gato, sus ojos verdes reflejaron el brillo con un tono salvaje—. Es misterioso…
—No me gustan los misterios.
Un soldado saltó en el sitio al sentir la voz tan cerca. A su lado, un *omega*-ratón le observaba desde su baja altura.
—¡Quizá son regalos! —exclamó una voz aguda sentada sobre la cama. Un *omega*-ardilla de enorme cola peluda y brillante sonrisa.
Los soldados no sabían a dónde apuntar ya y estaban empezando a agruparse entre ellos, sintiéndose atrapados y rodeados. Los *omegas* salían de todas partes sin avisar, como si se materializaran del mismo aire fresco y húmedo de la noche.
Al menos, esa era la impresión que debían tener ellos. Sus cascos les protegían de las feromonas, pero también cegaba por completo esa parte de su instinto que les hubiera alertado hacía minutos de la llegada de los *omegas*.
—¿Son regalos? —preguntó Benny, arrancando, como si nada, el casco de *Daddy*-Lobo.
El *alfa* se quedó en blanco un instante antes de mirar con rabia al omega.
—¡Devuélveme eso! —rugió, quitándole de un manotazo el casco.
Benny abrió mucho sus enormes ojos azules y, de pronto, le dio tal patada en el pecho al soldado que lo empujó de un golpe seco a la pared.
—¡¿Cómo te atreves a tocarme?! —exclamó, muy, muy indignado.
El soldado lobo le mostró sus colmillos de carnívoro y rugió entre ellos, expulsando sendas gotas de saliva. Su pelo corto era negro, sus ojos eran negros y su cara era todo lo que te imaginabas que sería cuando le oías hablar: bruto, vulgar y peligrosamente atractivo.
Mirándose las uñas de forma desinteresada, Benny le dijo:
—Discúlpate.
—Oblígame, conejito… —gruñó el *alfa*, todavía pegado a la pared. Con sus afiladas garras arañaba la madera y con sus ojos negros observaba a Benny como si se lo fuera a comer en cualquier momento.
—Ogh —el *omega* puso los ojos en blanco y, con una mueca asqueada, miró al resto de la sala —. Todos los *alfas* lobo se creen el líder de la manada, pero al final solo quieren que un *omega* les diga lo que hacer.
Un coro de risas cantarinas precedió a sus labras, seguida de una voz más grave y ruda que dijo:
—¡Contrólate!
Polar puso una mano sobre el pecho de Lobo y apuntó a Benny con su arma.
—¡Tú! ¡Aléjate!
—¿Pero son regalos o no son regalos? —exclamó el *omega*-ardilla, aburrido de quedarse mirando. Con un salto, subió a la espalda de uno de los soldados y le arrancó el casco mientras sonreía. Después, se lo puso él en la cabeza mientras el soldado trataba de darse la vuelta y detenerle.
—¡Bieeeeeen! —se reía el *omega*, alzando las manos en alto, como un niño pequeño montando su atracción favorita.
—¡Para, devuélveme eso! —le decía el *alfa*-leopardo—. ¡Para de moverte! ¡No! —se empezó a reír—. No, para, idiota. Para… —ronroneó cuando al fin atrapó al *omega* ardilla, manteniéndolo sujeto en el aire—. No es un juguete. ¿Vale?
El *omega*-ardilla levantó un poco el casco, lo suficiente para que pudiera ver sus morritos tristes

y sus grandes ojos marrones.
—Pero a mí me gusta… —murmuró.
El *alfa* parpadeó y volvió a sonreír.
—Bueno, sí te gusta…
—¡Lepar! —rugió Polar—. ¡Ponte el puto casco!
El *alfa* se asustó, pero, antes de que pudiera reaccionar, el omega-ardilla salió corriendo con su casco en la cabeza. El leopardo gruñó un bajo «mierda» y le persiguió, saltando por la ventana y, de allí, a una de las vigas de la torre.
—¡Una carrera! —chilló el *omega*-ratón, corriendo a quitarle el casco al último de los soldados, un alfa-mapache, antes de salir corriendo.
Benny escapó con el casco de Lobo y un envalentonada *omega*-gato trepó la enorme espalda de Polar para quitarle el casco y escapar también por la ventana. El úrsido, de pelo completamente albino y ojos de un azul diluido, rugió y se apresuró a cubrirse la nariz; como si temiera aspirar veneno.
Echó una furiosa mirada a la Má, todavía tras de mí y, un segundo después, abrió mucho los ojos y sonrió.
Al volverme vi la sombra más oscura contra las nubes negras y jadeé.
—¡Los *betas* ya están aquí! —exclamé, tirando de Topa Má para salir corriendo de allí—. ¡Tenemos que llevarnos a Tigro!
Mientras me lanzaba contra mi *alfa* y trataba de mover su enorme peso inconsciente, no paraba de pensar en lo rápido que habían llegado. No podíamos llevar en aquella cabaña más de un par de horas, e, incluso tras mandar la señal de socorro, una unidad tardaría hasta el alba en alcanzarnos.
Así que el doctor debían tener algún operativo de refuerzo esperando escondido en algún lugar de las montañas, o, quizá, una portaviones naval en las costas de Mar Bravo.
Mientras pensaba en ello, Topa me ayudó a cargar a Tigro con una facilidad sorprendente y, juntos, comenzamos el descenso por las escaleras. La tela vaporosa y negra de la chamana se hundía bajo el peso de la lluvia y la humedad, dejando un rastro a su paso, pero, aun así, no se tropezó ni una sola vez; al contrario que yo, demasiado furioso como para no cometer algún que otro error en la oscuridad de la noche de tormenta. Las escaleras eran muy viejas y la lluvia las dejaba resbaladizas. Perdí el equilibrio tres veces y me caí de culo en una ocasión, recuperándome lo más rápido posible antes de seguir avanzando.
Una vez en el suelo de hierba verde, le hice una señal a Topa Má y le grité por encima del rugido de la lluvia.
—¡Llévate a Tigro! ¡Les distraeré!
La chamana no respondió: se giró y se fue con el *salvaje* entre los brazos como si fueran una mística y tribal versión de *La Piedad* de Migue Ángel.
Después, yo salí corriendo en dirección contraria.
El avión no se detuvo en la torre, no lo necesitó. Soltó a un equipo de paracaidistas para rescatar a los *omegas* y los soldados *alfa*; y, después, empezó a buscarnos con sus enormes focos de luz.
En el momento en el que me localizó corriendo por el valle, me persiguió a toda velocidad.
Me había equivocado, aquel no era un avión cualquiera, aquel era un avión de las fuerzas especiales del ejército. Si habían llegado al rescate del equipo del doctor, o si habían interceptado la señal de socorro y decidido actuar; era un misterio. El caso es que estaban allí.
Correr en campo abierto nunca había sido mi fuerte y, todavía herido tras la caída y sin un pulgar menos en mi mano izquierda, supe que no iba a llegar lejos.

Aguante solo lo necesario para alejarlos de Topa y Tigro y después me detuve, alzando los brazos en alto en señal de rendición. El avión se detuvo sobre mi cabeza y cinco operativos descendieron por correas automáticas atadas a sus cinturones. No hice más que quedarme mirando mientras me apuntaban con sus armas y me decían:

—¡Alferez Lemér, queda detenido por crímenes de guerra y alta traición!

Arqueé una ceja, pero, por primera vez en toda la noche, me mordí la lengua. «Alta traición» solo era una forma de decir: nos has tocado los cojones y sabes demasiado, así que te vas a pasar el resto de tu vida enterrado en lo más profundo de una prisión nacional.

Uno de los soldados se acercó con cuidado a mis espaldas y, creyendo que no le veía, me apresó las manos y me colocó unas esposas. Después, dos de ellos, extendieron unos palos con sogas en el extremo y me inmovilizaron la cola; como si yo fuera un animal a la fuga.

El soldado más cercano se quitó el seguro de la cuerda y lo ató a mis esposas especiales, de tal forma que, al tirar, ascendiera de vuelta al avión. Aquel no era el momento y, la verdad, me hubiera gustado tener la mente más centrada en temas importantes, cómo: ¿qué me iba a pasar ahora?

Pero Tigro estaba a salvo y lo que me fuera a ocurrir a mí no me parecía tan importante como para no pararme a pensar en que, colgado en el aire de las manos, con el foco de luz sobre mi cabeza y los cinco soldados observándome con atención bajo la lluvia… me sentía como una especie de versión animana de Jesucristo SuperStar.

Y, entonces, una sombra captó mi atención. Ladeé el rostro tanto como pude y perdí la respiración. Uno de los soldados dio la alarma pero ya era tarde, Topa Má le agarró del brazo y le echó contra otro de los soldados. Con una agilidad imposible y unos movimientos fluidos y dramáticos, casi parecía que danzaba bajo el foco del avión, con su vestido de tela negra soltando gotas de lluvia en cada rápido movimientos. Los *betas* no sabían ni lo que estaba pasando y, para cuando quisieron darse cuenta, ya estaban inconscientes.

—Wow… —sonreí.

Topa Má alzó su mirada de monedas y empezó a trepar una de las cuerdas que unían a los soldados con la nave. Siendo una alfa de tierra, le costó mucho más, pero no desistió hasta conseguir llegar cerca de mí y extender una de sus manos de largas uñas para agarrarme del tobillo. Intenté facilitarle el trabajo al extender la pierna en su dirección. La chamana me agarró y empezó a tirar.

El mecanismo del cable se tensó y empezó a ceder bajo la fuerza de la Má.

Y, de pronto, sonó un disparo.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

Miraba a Topa Má y mi sonrisa se me congeló en los labios cuando una lágrima de sangre se le deslizó desde el centro de la frente, manchando su maquillaje y las monedas de sus ojos.

Empecé a chillar en el mismo momento en el que la chamana me soltó y se precipitó de espaldas al vacío.

—¡TOPA!

Topa Má cayó a la hierba del suelo como una muñeca de trapo. Yo no podía dejar de chillar y revolverme, hasta que, al alcanzar lo alto del avión, un beta con un rifle francotirador se hizo a un lado y otro me clavó una afilada aguja en el cuello.

Después, se hizo la completa oscuridad.

JADE Y ORO

Estaba muy enfadado.

No, eso sería decir poco. Estaba al borde de un estado de ira absoluta. Sep, eso se acercaba más.

Mi Lemér no estaba conmigo, y no estaba conmigo porque los perros *betas* se lo habían llevado, y se lo habían llevado porque, al parecer, me habían sedado tanto que no conseguí despertarme hasta que fue demasiado tarde.

De hecho, ni siquiera me había despertado yo solo. No sin ayuda. Lamentable, lo sé.

—Tigro… —me había susurrado Polora al oído. Y, de pronto, abrí los ojos, traído de vuelta del mundo de los sueños sin sueños.

La enorme Má de Dos Picos hablaba muy bajo, apenas un susurro de sus labios pintados con polvo de hueso. Estaba en mitad de un claro, alta como una montaña y cubierta de una gruesa capa de pelo blanco que hacía su aspecto todavía más intimidante.

La bruja se había inclinado para poder susurrarme al oído, pero ahora, tras despertarme, la Má se limitó a mirarme mientras era su Nomá quien me hablaba.

—Escucha mis palabras, Tigro el *Salvaje*, pues son solo para ti —me dijo la aprendiza, cubierta por un velo negro y vaporoso, dejando ver solo el tocado de cuernos de alce que sobresalía de su cabeza, adornado con cuentas, plumas y monedas—. Esta ha sido la noche más oscura. Tu *omega* ha sido capturado por los *betas* y la anciana Topa Má ha caído en el sueño sin fin. El alba ya está cerca, pero no habrá sol que ilumine nuestro día.

Después, ambas se habían quedado mirándome en silencio.

—Huh… —murmuré.

Un *alfa* sin su *omega*, era un peligro. Un *alfa salvaje* sin su *omega*, era una bomba de relojería a punto de estallar. Yo sin Lemér, era una fuerza destructiva e imparable de la naturaleza.

Que la enorme Má y su Nomá hubieran querido informarme de ello en un lugar apartado y seguro, era… No voy a mentir, era bastante cojonudo. Las chamanas me respetaban. Respetaban mi poder; y eso me la ponía un poco dura. Figuradamente, claro; porque solo mi Lemér podía ponérmela dura ya.

Oh, sí. Aceptar que tu polla ya no es parte de organismo, sino el juguete personal de tu *omega* es… complicado de aceptar. Ya se lo había escuchado a otros *alfas* emparejados, aunque siempre había creído que eso sería imposible. O que *a mí* no me ocurriría. **jaja** Cuando estaba soltero y me creía *indomable* y había preciosos *omegas* luchando entre ellos por un solo minuto de mi atención. Me decía: es imposible que no me ponga cachondo con cualquiera de ellos. No me entraba en la cabeza que un *omega*, por hermoso que fuera, tuviera el poder para cambiar eso. Jamás.

Y, entonces, había llegado Lemér… **suspiro**

Y, ahora, él ya no estaba conmigo.

Pero lo llevaba bien. «Bien». *Bien*…

No había matado a nadie todavía, lo cual, era todo un logro.

La paliza que le había estado dando a Lio desde que le había dado caza, no contaba, por

supuesto. Él no paraba de decirme que no sabía más de lo que ya me había contado. ¡Por supuesto que no sabía más! Pero yo seguía pegándole solo por el puro placer de hacerlo. ¿Eso me hacía mala persona? Meh…
Yo estaba por encima del mal y el bien. Yo era un *SALVAJE*.
Aunque era cierto que el resto se creían que solo estaba vengándome de él, haciéndole pagar mi dolor y la angustia de mi pérdida; pero no era cierto. No del todo. La razón por la que Lio tenía los ojos hinchados como ciruelas maduras, la cara amoratada y había perdido seis dientes —los había contado porque me estaba haciendo un collar con ellos—, era una muy diferente.
Lio no solo había ayudado a los *betas* a atrapar a mi *omega*, sino que había tenido los enormes cojones de llamar a mi Lemér: «Su Omega Perfecto». El valoooorrrrr para hacer eso delante de mí. Pero, que yo recordara, el único que tenía una preciosa y enorme barba de Menta y Miel y una cuenta de hueso colgada de ella… era yo.
Y solo yo.
Me lo había ganado. Más o menos. O sea; no de la forma corriente y no de la forma en la que *me hubiera gustado*… pero el caso es que estaba ahí y Lemér —poco a poco—, se estaba dando cuenta de que era lo correcto.
Ya había pasado el tiempo en el que tenía que mentirle y decirle: «no, Lemér, has perdido la oportunidad **guiño, guiño**, yo nunca podré amarte **jaja L.O.L xD**, no importa lo que hagas **cómeme entero y hazme tu alfa, por favor y gracias**, tengo a más *omegas* de los que podría desear **pero solo te quiero a ti**, y la cuenta es solo una herramienta **todavía no me puedo creer que pienses esa gilipollez. O sea, de verdad, ¿podría ser más puto obvio lo loco que me tienes? **».
Ahora, las cartas estaban sobre la mesa. Tú me amas, yo te amo: tengamos una docena de tigrecitos y lemurcitos juntos y empieza a llamarme Papi Tigro mientras hacemos más.
—El doctor vendrá a por nosotros. Lo sabes —dijo Polar, atado a un lado de la cabaña. Habían usado cinco cuerdas solo para él, creyendo que un úrsido de su tamaño sería una gran amenaza. Evidentemente, ellos no le había visto follándose en su celda a un enorme oso de peluche al que llamaba «Fred»; así que todavía podrían respetarle.
No como yo.
—Oh… el doctor no va a venir —le aseguré, poniéndome de cuclillas frente a él—. Porque el doctor se ha metido de cabeza en un enorme, profundo y abismal pozo de mierda al llevarse a mi *omega*.
El úrsido soltó un bufido de desprecio, haciendo saltan un par de gotas de saliva manchadas de sangre.
—Tu *omega*…
—Te has vuelto débil, Tigro —me dijo Lobo, a su lado—. ¿Ahora que tienes una cuentita en tu barbita te gusta jugar a las casitas y ser la perra de un *omega*?
—Huh… —sonreí todo lo que pude, volviéndome lentamente hacia él—. No tienes ni idea de lo maravilloso que es ser la perra de Lemér… —le aseguré.
Después, me levanté de un salto y le pegué una patada en la cara que le dejó inconsciente. Lobo era al que menos había pegado, no porque me cayera especialmente bien, sino porque el doctor lo prostituía muy a menudo y me daba pena. Mucho más a menudo que a todos los demás, quiero decir. No como Lio, que se había convertido en el favorito del doctor tras mi huida y ahora también usaba para atraer a nuevos inversores, pero utilizando las feromonas de mi *omega* para conseguirlo, lo cual, me hacía olvidarme de la compasión y el entendimiento.
—Mátanos si quieres —dijo Polar—. No conseguirás nada.

El Equipo Salvaje había sido abandonado a su suerte en La Reserva, olvidado y condenado a lo que los *betas* habían creído que sería «una muerte segura». Los muy gilipollas solo habían rescatado a los *omegas* traidores, dado caza a mi Lemér y matado a Topa Má antes de desaparecer en la noche.
Así que mi antiguo escuadrón de «hermanos» estaban allí, en una casa del Pinar, bajo la atenta vigilancia de las criaturas más peligrosas y venenosas de La Reserva: los *omegas* solteros.
—¿Mataros? Oh, no, no, no… —me reí—. Voy a hacer algo peor que mataros: voy a *liberaros*.
Por supuesto, no me creyeron hasta que empecé a cortar todas sus ataduras con las garras y les dejé libres, uno por uno, antes de señalarles la entrada de la cabaña.
—Mucha suerte… —sonreí más.
Polar fue el primero en salir corriendo, produciendo un ruido pesado y seco contra la madera antes de ponerse de lado y agacharse para poder cruzar la puerta. No se alejó mucho antes de que alguien dijera:
—Hoooooolaaaaaa, tú debes ser el úrsido del mundo *beta*.
—Eh, ehm… sí.

—Mmh… eres muy grande. Nuestro úrsidos no son tan grandes. ¿Por qué eres tan grande?
—Soy… bastante grande. Ya desde… pequeñito.
—¿Y lo tienes todo tan grande?
—¿Q… qué?
—¿¡Es ese el úrsido!? —gritó otra voz, seguida de otros murmullos interesados.
—¡Espera! ¿Qué es esooooo? ¿Ya estás cachondo?
—No me extraña, me ha mirado a mí y no ha podido resistirse.
—Ay, por favor, Mus. Si te hubiera mirado, se hubiera puesto a gritar del miedo.
—Al final sí que era todo tan grande —dijo la primera voz, no falta de un tono muy interesado.
—Creo que está a punto de correrse —anunció otra voz cantarina antes de que todos se rieran en un celestial coro de monstruitos sin corazón.
Risas. Muy altas, muy divertidas y muy, muy crueles para un *alfa* recién llegado. Porque los *omegas* eran seres sin compasión y hambrientos de necesidades que no respetaban nada. Preciosos, sí, pero unos completos cabrones.
Después lloriqueaban y se quejaban de los *alfas*.
Polar fue retrocediendo paso a paso hasta tapar la entrada de la cabaña. Después se inclinó, cruzó al interior y cerró la puerta. Su rostro de piel pálida estaba cubierto por un rubor sonrojado, desde el cuello hasta la raíz de su pelo blanco, y su respiración era agitada y profunda. De sus pantalones del traje sobresalía un duro bulto que, de pronto, empezó a estar manchado de humedad mientras el enorme e intimidante *alfa* se limitaba a mirar cómo se corría encima sin poder evitarlo.
Yo sabía muy bien cómo se estaría sintiendo: impotente, ridículo, frustrado, perdido, confuso y, sobre todo, excitado. El doctor utilizaba feromonas *omegas* para domarnos y usarnos, pero aquello no era ni remotamente parecido a tener un *omega* de verdad delante. Por no decir, una docena. Todos con sus deliciosos olores y sus preciosas caritas y sus perfectos cuerpos y sus pequeños bigotitos y sus peluditas colas. Todos prestándote toda su maravillosa y adictiva atención.
—¿Pero qué te pasa? —preguntó Lepar, un poco asustado.
—*O… megas* —jadeó Polar—. Muchos. Muchísimos. Por todas partes. No… no pude.
—Vamos —sonreí, señalando la puerta—. ¿No queríais escapar de aquí? Adelante, solo tenéis que cruzar El Pinar —después señalé uno de los ventanales, donde media docena de hermosos

rostros se agolpaban para espiar el interior. Todavía se reían y todavía discutían por quién entre ellos había hecho correrse al enorme úrsido.
Mapache fue el único en moverse, con una mano en el rostro para cubrirse la nariz y la boca, se acercó a la ventana y deslizó de un tirón las burdas cortinas de tela. Después, en la pesada penumbra, se volvió hacia mí con enfado.
—Danos los cascos, Tigro —exigió—. No podemos huir sin ellos.
—Oh… no los tengo yo —murmuré, fingiendo estar pensando en dónde habrían quedado sus cascos protectores. Habían quedado tirados entre el polvo y la ceniza de un búnker quemado; pero lo que respondí fue—: creo que los tienen escondidos los *omegas*. ¿Por qué no le preguntáis a ellos?
Los *alfas* intercambiaron rápidas y tensas miradas, todos terminando por observar al enorme Polar, todavía sofocado y con los pantalones manchados. Los soldados estaban tensos, gruñían por lo bajo con frustración y tensaban los bigotes. Ellos eran la élite de las fuerzas especiales. Eran lo más temido del mundo *beta*: enorme *alfas* carnívoros entrenados para matar.
Pero allí estaban: completamente acojonados de enfrentarse a una docena de pequeños *omegas* de metro cincuenta.
—¿No queréis huir? —pregunté con sorpresa—. Bueno… entonces esperad aquí. Capri vendrá más tarde con algo de ropa para vosotros. Ropa que no os apriete las colas —señalé a mis espaldas, donde mi cola de tigre se deslizaba lentamente de un lado a otro.
—No nos vamos a quitar los uniformes —declaró Lepar, rabia flotando en su voz y en el verde lima de sus ojos—. Nosotros no somos unos putos traidores como tú.
Me encogí de hombros y me dirigí a la puerta, abriéndola para encontrarme con otra docena de ojos curiosos y sonrisas crueles. Los *omegas* eran como putas pirañas, cuando olían sangre, llegaban corriendo de todas partes. Y con ellos, traían una nube tan deliciosa como irresistible, aromas repletos de matices y notas, afrutados, dulces, pesados o ligeros… pero siempre maravillosos e intoxicantes.
Tomé una frustrada bocanada de aire, cerré la puerta a mis espaldas y empecé a apartarles con airados gestos de la mano, como hacía con mis cerdos cuando se ponían pesados.
—Tsh, eh. Venga. Fuss, fuss.
Al contrario de lo que se solía creer, los *salvajes* no éramos más inmunes al efecto de las feromonas que los *domesticados*; simplemente, teníamos más orgullo y, lo más importante, teníamos el privilegio de elegir. Aunque eso era cuando estabas soltero, claro. Ahora, para mí, todos aquellos preciosos *omegas* eran poco más que pequeños ambientadores que tenía que apartar de en medio con expresión frustrada. Y para ellos, yo era solo otro *alfa* con cuenta y barba que ignoraban por completo, como si ya no existiera.
AAAGGGHHH… la caída de un gigante. El famoso, perseguido, deseado y codiciado Tigro el Salvaje, la Joya de Mil Lagos, cuya leyenda era conocida a lo largo y ancho de La Reserva… reducido a una sombra que todos ignoraban. *_suspiro_*
Los únicos *omegas* del Pinar que todavía me prestaban un poco de atención, eran aquellos que conocía y que me habían visitado a menudo en mi Territorio. Algunos temían que les delatara y arruinara su reputación entre los demás; otros, me miraban con tristeza, pensando en lo que habían perdido; unos pocos, me observaban con frustración y rabia. ¿Qué había hecho Lemér que ellos no hubieran hecho?, ¿por qué él?, ¿por qué, después de todo lo que me habían dado, yo había elegido al lemuriforme recién llegado del mundo *beta*?
Y, la verdad, esas eran muy buenas preguntas.
Tenían todo el derecho del mundo a estar molestos y enfadados, porque nadie se había esforzado

menos por conseguir mi atención y cariño que Lemér. Y, sin embargo, yo le había puesto mi corazón en bandeja. En serio: prácticamente se lo había regalado. Era ridículo.
Cuando le decía: «hay reglas, Lemér. Tienes que cumplirlas»; y él decía: «No»; y yo decía: «pues habrá consecuencias»; y él respondía: «Pues ok»; y yo quería demostrarle que a mí nadie me vacilaba, ni siquiera él. Y, después, se acercaba un *omega* y yo pensaba: «Voy a darle una lección al muy gilipollas, porque soy un *SALVAJE* y tiene que aprender que las cosas son diferentes conmigo y que me merezco solo lo mejor. Oh, sí, pero no ahora… no, no cuando está entregando cartas. Después, cuando pueda mirarme hacerlo y descubrirlo por sí mismo. Sí… esperaré un poco».
Había mil planes de venganza en mi cabeza, mil formas de enseñarle a Lemér que yo no era como los demás *alfas*, mil maneras de romperle un poquito el corazón, de ponerle celoso, de poder ver en sus preciosos ojos la angustia por perderme, el miedo a no ser el único, el deseo de conservarme solo para él…
Pero el único que tenía miedo, y celos, y angustia y deseos… era yo; porque desde el primer momento en el que le había visto —tan jodidamente guapo, y grande y sexy y sensual—, desde el primer instante en el que sus ojos me miraron —de aquel gris tan vivo y vibrante, como el cielo de tormenta—, en el primer segundo de escuchar su voz —tan espesa y grave para un *omega*, tan dulce y tibia en mis oídos—, en la primera respiración de su aroma a Menta y Miel… yo ya estaba completamente obsesionado por él.
Lemér era diferente a todos los demás. Era único. Era todo lo que debería odiar y temer, pero también todo lo que no sabía que quería y necesitaba. Era un misterio por desvelar. Era el peligro encarnado. Era una trampa de los *beta*. Era un error y mi perdición.
Era el amor de mi vida.
Súper suspiro de cuando te das vergüenza ajena a ti mismo
¿Alguien me creería si dijera que, en realidad, me esforcé mucho por no enamorarme de él? Muchísimo, de verdad. Y fue bastante complicado, porque Lemér no era solo jodidamente sexy y me llenaba siempre y me hacía *alfa* con una facilidad que daba miedo; sino que además era divertido y sarcástico y estricto e indomable y me estaba sacando una maravillosa barba que, por desgracia, me gustaba una puta barbaridad.
No quiero decir que él fuera *perfecto*, porque también era demasiado frío y racional y frustrante y había mucha —muchísima— mierda que soportar para tenerle tranquilo. No, Lemér estaba muy lejos de ser perfecto, pero era perfecto *para mí*.
Y, si de algo estaba seguro, era de que Lemér me amaba, quisiera reconocerlo o no. Mis *Tigre-sentidos* —porque yo era como *spider-man*, pero mejor, porque me comía culos de *omegas* para conseguir mis poderes telepáticos—, nunca fallaban. La mente de mi *omega* era un caos, pero su cuerpo ya lo sabía. Sabía que yo era su *alfa*.
—Hay que llevarles ropa a los soldados —gruñí nada más abrir la puerta del despacho de Capri.
El *alfa*-cabra estaba sentado tras su escritorio, mesándose la larga barba llena de cuentas mientras oía a los demás alcaldes discutiendo. Al abrir la puerta de un golpe seco, todo se habían girado para mirarme. Lo alcaldes y Más de todas las Comarcas circundantes se habían reunido en El Pinar para honrar la pérdida de Topa Má y, de paso, reunirse en un improvisado cónclave que, de haber habido un registro escrito de La Reserva, podría considerarse «Histórico».
Allí se encontraban Top (de Cauce Rápido), Raccon (de Mar Bravo), Ratún (de Prado Dorado), Zoro (de Bosque Verde), Hippo (de Dos Ríos), Moffe (de Vega de Piedra) y Linzo (de Dos Picos). Casi no cabían en el pequeño despacho y, por sus expresiones, ninguno de ellos estaba contento y todos tenían algo que decir.

—Gracias, Tigro —me dijo Capri mientras se recolocaba sus gafas sobre el puente de la nariz y suspiraba con gran pesar—. Avisaré a Antila lo antes posible.
—¿Ya habéis decidido qué hacer? —pregunté, echando una rápida mirada a los ocho alcaldes.
—No —murmuró Capri.
—Sí —contravino Ratún—. Ir a la Guerra.
—Guerra… —gruñó el enorme Hippo, en una de las esquinas—. No podemos ir a la guerra.
—Nosotros no vamos a la guerra —aclaró el alcalde de Prado Dorado, vestido solo con un taparrabos, un tocado de plumas y una ligera capa colgada de su cuello—. ¡Los *betas* nos han declarado la guerra a *nosotros*! —y, con un efecto dramático, golpeó el suelo con su bastón-lanza.
—Ratún, por favor… —murmuró Capri, lanzándole una tensa mirada al pequeño alcalde-rata.
—Tiene razón —declaró Linzo, cubierto de una gruesa capa de pelo negro, con trenzas decorando su pelo gris y su larga barba—. Han venido a aquí, han matado a una de nuestras Má y se han llevado a uno de nuestros *omegas*. Si quieres provocarnos, deben saber que habrá sangre.
—Ya no vivimos en la Época Oscura —les recordó Top, mirando una de las paredes tras sus gafas negras—. Los betas han prometido dejarnos en paz. Debemos dialogar con…
—¡Dialogar! —rugió Linzo antes de escupir al suelo, como si la mera palabra le dejara un regusto amargo en los labios—. ¡Ellos rompen sus propias promesas y somos nosotros los que tenemos que «dialogar»! ¡Los *betas* solo entienden de guerra!
—Los jóvenes habláis muy rápido de la guerra, pero no habéis estado allí —dijo Moffe , el más anciano de todos ellos, sentado y encogido en un taburete. Sus palabras eran bajas y quebradizas, pero todos le escuchaban con atención—. Queréis sangre, pero cada vez que nos enfrentamos a los *betas*, mueren más de nosotros que de ellos. Tienen maquinas que vuelan y hacen llover muerte, y arcos que disparan metal y nunca se detienen.
—¿Y qué quieres hacer, Moffe? —preguntó Ratún, alzando sus manos en alto junto con la lanza decorada de plumas—. ¿Quieres dejarles que nos invadan y nos roben y nos maltraten y no hacer nada para evitarlo? ¡Nos ganamos La Reserva con sangre y sudor y vidas de los nuestros! ¡Daremos todo lo que haga falta por defenderla! —y terminó con otro fuerte golpe.
—Es una provocación —dijo Zoro, siempre de expresión pensativa y viejos ojos cargados de astucia.
Entre sus manos jugaba con el collar de cuentas tradicional de su comarca: allí estaban las cuentas de hueso de sus antepasados y, cuando muriera, pondrían la suya junto al resto y su primogénito heredaría el collar con orgullo. Un recuerdo del amor, la tradición y el respeto.
—Quieren hacernos daño, pero no quieren ser los primeros en declarar la guerra —continuó el alcalde de Bosque Verde—. Quieren que nosotros seamos los animales salvajes y crueles. Quieren azuzar al tigre salvaje con un palo y después sorprenderse de que el tigre se enfade y les muerda —me miró—. ¿Por qué?.
—¡Porque son unos cobardes! —rugió Linzo.
Capri alzó la mano y, por respeto a su Comarca, la discusión cesó.
—¿Tu sabes algo que nosotros no sepamos, Tigro? —me preguntó.
Oh, sabía muchas cosas que ellos no: por ejemplo, sabía que no importaba lo que se decidiera allí, porque yo iba a recuperar a mi *omega* sí o sí, aunque tuviera que abrirme paso a mordiscos para conseguirlo.
Aún así, respondí:
—Lemér solía decir que los *betas* han cambiado. Que ahora, hay muchos entre ellos que no están

a favor de… matarnos y despreciarnos —no pude culpar a Ratún y Linzo cuando pusieron muecas de incredulidad o resoplaron indignados—. Decía que los *betas* tenían que tener cuidado para no «parecer los malos» y producir una respuesta negativa en su comunidad.
Zoro soltó un murmullo de interés y el chasquido de las cuentas volvió a resonar entre sus ágiles dedos.
—¿Es esa la… «Opinión Pública»? —me preguntó.
Fruncí el ceño y, tras un par de sorprendidos segundos, respondí:
—Sí.
Zoro asintió de nuevo y se volvió en dirección al resto de alcaldes.
—Una *omega* de mi Comarca me ha hablado de eso —les explicó—. De como los *betas* usan la «Opinión Pública» para manipular a su tribu y conseguir que elijan a sus alcaldes, aunque esos alcaldes no posean la inteligencia ni sabiduría necesaria para el puesto.
—¡Publicidad! —exclamó Hippo de pronto, juntando sus enormes manos en un seco aplauso—. Uno de mis *omegas* del Puente hacía eso en el mundo *beta*. Decía que conseguía que la gente bebiera agua de colores aunque hubiera agua normal por todas partes ¡Podemos preguntarle!
—¿Para qué? —quiso saber Linzo—. ¡Eso no cambiará el hecho de que han tenido el valor de adentrarse en La Reserva y atacarnos!
—Conocer sus debilidades es importante —respondió Zoro, mostrando un temple y una paciencia que el alcalde de Dos Picos no tenía—. Porque, si tanto les importa su «Opinión Pública», quizá podamos usarla en su contra.
—Sí, porque seguro que a los *betas* les importa mucho que otros *betas* nos maten —dijo Ratún con tono ácido.
—No podemos enfrentarnos a ellos, Ratún —declaró Capri—. Los animanos de cada Comarca son nuestra responsabilidad: no podemos enviarlos a una muerte segura.
—No, claro que no —negó Linzo, dando un paso al frente—. Es mucho mejor quedarnos sentados y mirar cómo los *betas* hacen lo que quieren con nosotros. ¡Como han hecho siempre! ¡Ahora estamos unidos, ahora somos fuertes!
—La guerra, como siempre, será solo la última opción —dijo el anciano Muff, cuyos ojos ya apenas conseguía mantener abiertos un par de segundos seguidos—. Cuando todo lo demás esté perdido, haremos sonar los cuernos de la batalla y lucharemos una vez más por nuestro pueblo y nuestra raza. Pero haremos todo lo posible por evitar la muerte de los nuestros. Ya hemos perdido demasiado.
Las palabras del alcalde-mofeta quedaron reposando en el pequeño despacho, calmando el ansia de sangre de Linzo y Ratún por un instante. La guerra era muy tentadora, pero los animanos habíamos sufrido como nadie a lo largo de la historia, habíamos sacrificado demasiadas vidas, se habían extinguido demasiadas razas y habíamos perdido demasiado territorio como para lanzarse de nuevo a la muerte.
—Haremos llamar a esos *omegas* —dijo Top entonces, rompiendo el pesado silencio—. Hablaremos con ellos y les preguntaremos sobre ese nuevo pensamiento *beta*.
—¿Y después qué? —murmuró Raccon con pesar en su voz. Hasta el momento se había mantenido neutral en la discusión, pero era evidente que le preocupaba aquel plan improvisado —. ¿Hacemos naufragar una barca en sus costas y esperamos a que nuestras cartas «Publicidad» les lleguen? ¿Cuánto podría tardar eso?
—¿Cartas? —preguntó una voz cantarina a mis espaldas.
Cuando me volví, me encontré con una *omega*-zorro de pelo anaranjado y grandes ojos verdes. Olía a pera dulce, tenía un carboncillo de escritura apoyado en lo alto de su oreja, un par de hojas

dobladas entre las manos y una sonrisa tan afilada como peligrosa.
—No vamos a enviar cartas —les aseguró a los alcaldes mientras pasaba por mi lado como si se esperara su presencia (o su opinión) en el cónclave.
No tardé ni dos segundos en entenderlo.
—Tú eres la periodista esa de «La Voz de la Guarida» —murmuré, no demasiado encantado por su inesperada aparición y las evidentes notas que había estado tomando a escondidas.
Ella sonrió más y me guiñó un ojo. Lo hizo de forma coqueta y sugerente, pero no con intención de seducirme. Aquella era solo una reacción natural en la *omega*, demasiado acostumbrada a salirse con la suya gracias a su belleza, su dulce aroma y su actitud irreverente.
—Veo que incluso Tigro el Salvaje ha leído mi periódico —ronroneó con deleite.
Putos periodistas, cómo los odiaba. Eran lo peor de lo peor.
—Lemér me habló de ti y me dio el folleto que tienes el valor de llamar periódico—**sonrisa**—. No lo he leído pero es muy útil para recoger la mierda de los cerdos.
Zoral se rio de forma cantarina y musical, como si todo fuera una deliciosa broma.
—Pero lo conoces, sabes que existe y, lo más importante, me conoces a mí —me dijo antes de encogerse sensualmente de hombros—. Ya he ganado… y eso es justo lo que tenemos que hacer —añadió de una forma repentina, volviéndose hacia los alcaldes—. En el mundo *beta* la información es poder y la manipulación está a la orden del día: si conseguimos lanzar un mensaje, una idea, crear una opinión… podría resultar más destructivo para ellos que cualquier bomba atómica.
—¿Peor que una bomba? —preguntó Linzo, mostrando una evidente suspicacia al respecto.
Como era de esperar, Zoral estaba demasiado acostumbrada a que los *betas* menospreciaran su talento y sus ideas como para que algo así la desanimara a continuar:
—Los *betas* nos temen —otro resoplido de Linzo la detuvo, pero el anciano Moff solo tuvo que levantar una decrépita y vieja zarpa para hacer que se callara.
—Los *betas* nos temen —insistió ella con más fuerza esta vez—, pero no de la forma en la que vosotros creéis. Nos tienen miedo y por ello nos dividen: llevan años y años creando una imagen muy errónea de La Reserva, asustando a los *omegas* para que no queramos venir aquí y expulsando a los *alfas*, diciéndonos que son poco más que bestias sin control.
Zoral se quedó en silencio, observando a los alcaldes, quizá a la espera de una alocada e indignada reacción a la devastadora noticia.
—Eso ya lo sabemos —dijo Ratún con calma y un gesto airado de la mano—. Los extranjeros siempre llegan aterrados y temblorosos, sobre todo, los *omegas*. En el sur, cerca de la Puerta del Muro, tenemos villas especiales para darles cobijo y explicarles que nadie les va a hacer daño nunca más.
—¡Eso es perfecto! —exclamó la *omega*—. ¡Eso es lo que queremos que vean! Si pudiéramos mostrar la verdad a la gente… la forma en la que nos perciben cambiaría por completo.
Apreté los dientes y gruñí muy por lo bajo. Lemér me había dicho algo muy parecido una vez, pero yo no había querido creerle. En mi defensa, diré que no era lo mismo nacer en una casita con padres *beta* que crecer en una celda de laboratorio. Entonces, la forma en la que mirabas a los *betas*, era muy diferente.
Capri se pasó una mano por la barba y alzó levemente la cabeza de grandes cuernos enroscados.
—¿Sería eso «Publicidad»? —le preguntó.
—Sí, algo así —afirmo Zoral—. Aunque me gustaría más considerarlo un impactante reportaje de…
—No te van a dar el puto Pulitzer por esto —la interrumpí yo—. ¿Cómo vas a conseguirlo?, ¿vas

a escribir un folleto y tirarlo al otro lado del muro?
Zoral se volvió hacia mí y, mojándose los labios con la punta de la lengua, se apartó la melena cobriza del hombro.
—Lemér me pareció un hombre muy astuto e inteligente, me sorprende que haya elegido a un *alfa* tan solo por su atractivo físico.
—Oh, no, no. Lemér me eligió por muchas razones —le aseguré—. Una enorme razón aquí —me señalé la abultada entrepierna con un dedo—, otra razón aquí —me señalé mi enorme bíceps —, y otra razón aquí —y saqué la lengua ancha, húmeda y rosada con la que tanto le limpiaba el culo.
Zoral puso los ojos en blanco y una levísima mueca de aversión mientras murmuraba un bajísimo: «*alfas*…». Cuando volvió a mirarme, su expresión y su tono se volvieron serios y profesionales.
—En el mundo *beta* hay algo llamado internet. Es algo así como información que viaja a través del aire y se multiplica constantemente —Zoral estaba intentando explicarle lo que era internet… *_jaja_*, pero me mordí la lengua porque, al contrario que yo, los alcaldes quizá encontrarían aquella información muy interesante—. Si puedo hacer llegar la información al exterior, os aseguro que en menos de un día habrá recorrido el mundo entero.
Entonces lo entendí.
—Quieres grabar un documental de La Reserva y subirlo a internet.
La omega frunció el ceño, produciendo una leve arruga entre sus afiladas cejas. Fue tan solo un instante, pero su actitud cambió con respecto a mí y, gracias a Dios, dejó de hablarme como si fuera subnormal.
—Tengo contactos en el New York Times, USA Today y The Washintong Post; además de varios amigos freelancers que no dudarían ni un instante en publicar algo como esto —me dijo, casi de forma tentativa, como si quisiera confirmar que yo, el Gran Tigro el Salvaje, sabía de qué estaba hablando.
—¿Y cómo vas a conseguirlo? —insistí—. No hay conexión a internet en La Reserva y dudo que tus queridos amigos del New York Times sepan leer mensajes de humo.
Zoral bajó la mirada y agitó sus largos bigotes negros, quizá, un inconsciente gesto de preocupación.
—¿Qué necesitáis?, ¿una de esas mierdas *beta*? —preguntó Raccon de pronto, mirándonos con sus ojos hundidos de ojeras grises—. Uno de mis *omegas* sabe mucho de eso. Era… —se lo pensó un momento, moviendo su mano en el aire como si quisiera atraer la idea a su mente—. «Techo» en el mundo *beta*.
Arqueé una ceja y pensé en aquella vez en la que Lemér me había dicho que el alcalde del Arrecife parecía un yonko consumado que desayunara cocaína cada mañana. Me hizo bastante gracia, la verdad, aunque por entonces el que estaba hasta el culo de feromonas y volando en una nube, era yo.
Joder, echaba muchísimo de menos a mi Lemér. *_angustiaaaaa_*
—¿Techie? —exclamó Zoral—. ¿Era techie? ¡Eso es perfecto!
Por suerte para mí, los alcaldes estaban tan perdidos como yo en ese momento, así que pude seguir fingiendo que sabía muy bien lo que eso significaba; aunque no tuviera ni puta idea. Una de las claves de parecer importante e interesante era no hacer preguntas y dejar pensar a la gente que sabías de todo.
—Techie es un experto en tecnología —les explicó, después, se dio cuenta de que tampoco sabrían lo que «tecnología» significaba, así que se limitó a agitar la cabeza y preguntar a Raccon

—: ¿Dónde está ese *omega*?, ¿en Arrecife? Iré a buscarle y hablaré con él.
—Hámsto. No es difícil de encontrar, vive en el Salón de Juegos del Arrecife, rodeado de cajas de metal con luces y esas mierdas raras. Es un *omega* muy extraño —respondió Raccon—. Las consigue todas del Naufragio y nos vuelve locos —añadió para el resto de alcaldes—. El año pasado arregló una de las endiabladas máquinas *beta* y me dio un susto de muerte cuando empezaron a oírse chillidos y gritos. Cuando llegué corriendo, le vi sentado frente a una gran cosa de cristal con luces e imágenes y me dijo que estaba jugando al «Mortal Kombat 11». ¡Y que todos esos gritos y ruido de pelea venían de la máquina!
Zoral ahogó un chillido emocionado y, como si nada, salió corriendo del despacho. No llegó muy lejos antes de que la alcanzara y me interpusiera en su camino.
—¿Podría enviar un mensaje a Lemér? —quise saber—. Si ese friki consigue conectarse a internet de alguna forma… ¿podrías preguntarle a uno de tus amigos periodistas que investiguen dónde está mi *omega*?
Zoral pasó de parecer frustrada y molesta por la interrupción a poner una leve mueca de pena.
—A Lemér se lo llevaron los militares —respondió—. No creo que ni mis contactos puedan descubrir dónde está.
—Entonces, dile a tus amigos periodistas que Tigro manda un mensaje: voy a recuperar a mi Lemér, y más vale que no le hagan daño o los mato a todos… —terminé gruñendo mientras mostraba los colmillos.
Zoral no quiso decirme lo que pensaba, porque lo que pensaba no me haría nada feliz; así que se limitó a asentir.
—Mandaremos ese mensaje también —prometió—. Ahora, si no te importa, tengo prisa.
Y, sin más, se fue corriendo por la puerta, saltando casi de una sentada la escalinata del Hogar. Algunos *omegas* la miraron pasar, pero su curiosidad fue breve y su atención cambió al instante a otros asuntos más entretenidos: la comida, sus colas, sus discusiones o, desde hacía poco, la cabaña donde se escondían los «extraños *alfas*» y la pira funeraria donde habían quemado a Topa Má, ahora, un círculo negro en el centro del Pinar que habían cubierto con flores.
Miré la ceniza y relajé los puños, recordando la fila de Más que habían cargado el cuerpo hasta allí. Todas las brujas de las Comarcas habían llegado para despedir a Topa Má, como una silenciosa hermandad de monjas negras, repletas de alhajas y maquillaje, arrastrando pesados mantos e incensarios de humo blanco y denso con aroma a jazmín y té silvestre. Todas siguiendo en procesión el carro que Ballana Má arrastraba mientras cantaba una letanía y lloraba, desfigurando por completo el cargado maquillaje de su rostro. Hien Lemá, la aprendiza de Topa, era la única que cargaba una antorcha en la oscuridad de la noche de tormenta, con su cuerpo cubierto por un manto negro del que brotaban unos chillidos de dolor que todavía me helaban la sangre y me rompían el corazón.
Los *omegas* del Pinar habían recolectado la madera y, cada uno, había dejado un tronco en la pira con un mensaje escrito. Después, las chamanas habían cargado a Topa y habían rodeado su cuerpo frío e inerte en un último abrazo compartido antes de que Hien encendiera el fuego.
Con voz quebrada y sollozante, había dicho:
«Somos las *alfas*, somos tradición, somos guardianas, somos hermanas y somos eternas».
Después, se había quitado el velo y mirado arder a su maestra. Ahora, ella era Hien Má, la chamana de Mil Lagos.
Me estremecí y aparté la vista del redondel de ceniza y flores. Una nueva vida que crecía sobre un pasado oscuro. Un sufrimiento que nos hacía cambiar y adaptarnos. Una oportunidad para aprender y seguir avanzando.

Así éramos los animanos. Así habíamos sido siempre: supervivientes.
Pero yo no sobreviviría sin mi *omega*. No habría flores capaces de llenar el vacío de mi pecho si le perdía. No había ninguna razón para seguir vivo si no podía volver a escucharle decir mi nombre.
Lemér tenía seis formas únicas de pronunciarlo.
La primera era cuando estaba cansado de mis gilipolleces y decía: «Tigro…», casi con un suspiro cansado.
La segunda era cuando quería algo y bajaba la voz y sonaba demasiado dulce al decir: «Tiiigrooo», y yo le daba todo lo que quería porque, por Dios, era imposible resistirse a algo así.
La tercera era cuando estaba enfadado y mi nombre era una afilada daga. «Ti-gro». Dos puñaladas directas en mi pecho.
La cuarta era cuando quería reírse de una de mis bromas, pero su orgullo era demasiado grande como para reconocer que, en el fondo, le encantaban mis tonterías. «Tigroo…», murmuraba entonces, casi siempre con una negación de cabeza, tratando de esconder la sonrisa de sus labios.
La quinta era cuando quería corregirme, o intentar que pensara más detenidamente en lo que estaba diciendo. Era la forma de mi nombre que más solía usar —no sé por qué, porque todo lo que yo decía era siempre acertado e inteligente y maravilloso—, pero él insistía en exclamar un seco: «Tigro»
Y la sexta… la sexta era mi favorita. Cuando lo susurraba entre mis brazos. Cuando lo jadeaba en mi oído. Cuando me besaba y su voz era un ronroneo bajo, cálido y profundo que decía: «Tigrrrro».
Y yo me estremecía de arriba abajo y gruñía, porque sabía que le estaba haciendo tan feliz como él me hacía a mí.

LA TRAICIÓN DEL COBRE

—Ya estoy aquí —anuncié nada más cruzar la puerta del apartamento.

—Cocina —respondió una voz grave y lejana por encima del murmullo de la cadena de música.

Dejé la bolsa deportiva en el suelo al lado de la entrada y me quité la cazadora negra antes de desenrollar la cola de mi cintura y estirarla al máximo junto los brazos y las piernas.

—Agh… —gruñí con placer, cruzando hacia el salón-cocina-habitación de nuestro pequeño *loft* —, ha sido un día demasiado largo.

—Lo único largo de lo que puedes quejarte en tu vida es de lo que tengo yo entre las piernas.

Puse los ojos en blanco y suspiré mientras entraba en el pequeño espació entre la pared y la mesa. Para un apartamento en pleno centro de la ciudad, se podría decir que teníamos una «enorme cocina»; pero en realidad era solo un pasillo con electrodomésticos y acceso a un balcón de menos de un metro que la mujer de la inmobiliaria había tenido el valor de llamar «terraza».

Él estaba a un lado, cocinando frente al fogón mientras escuchaba música ambiental de un bosque tropical. O no era música. Aquel sonido llegaba de fuera.

—¿Qué hay para cenar? —pregunté.

—Pan tostado, huevos y salchichas.

—Mmh… —murmuré con placer. Al abrir la nevera, vi que estaba completamente vacía y, al cerrarla, apunté en la pizarra magnética. «Hacer la puta compra», justo debajo de «Comprar pollos para el corral».

Después, di un par de pasos y le abracé por la espalda, hundiendo mi rostro entre el hueco entre sus grandes omoplatos antes de frotar los bigotes. Ronroneé con placer al sentir mi propio aroma en él, ese intenso olor a menta y miel, y volví a suspirar.

El teniente había llegado de la base antes que yo, se había puesto su camiseta ajustada de andar por casa y se había quitado los pantalones, quedándose tan solo con sus bóxers negros con hueco especial para su cola de tigre; con la cual, me acariciaba la pierna por encima del pantalón del traje.

Entonces dejó la espátula a un lado y se giró, me rodeó con sus fuertes brazos y acercó su rostro de enorme barba atrigrada.

Le detuve y fruncí el ceño.

—¿Y la cuenta? —pregunté.

—¿Qué cuenta? —preguntó él.

—La cuenta —repetí, un poco enfadado esa vez—. La que te puse.

—Lemér, no me has puesto ninguna cuenta —me dijo.

—Sí —retrocedí un paso—. ¿Dónde está la cuenta, Copper?

—No sé de qué me hablas —insistió él mientras fruncía el ceño—. ¿Estás bien, alférez Lemér?

—N… no —murmuré, retrocediendo otro paso.

Algo no estaba bien. Algo no encajaba.

Me llevé una mano a la cabeza y me la pasé por mi tupé de pelo blanco y sienes negras. Sentí un

tacto grasiento y me miré la palma, manchada de un rastro de cera de peinar con aroma afrutado. Puse cara de asco y volví a mirar a Copper.
—Te puse una cuenta. Nos casamos —le dije.
—*Duh*… —dijo él con tono burlón, abriendo mucho los ojos mientas me mostraba el anillo en su dedo anular.
—No, pero no… —miré en dirección al salón. Copper tenía allí su colección de videojuegos, ordenada en la cajonera bajo la televisión junto sus tres videoconsolas. Al otro lado de la pared, había un cuadro de un frondoso bosque de enormes pinos—. Era una cuenta, no un anillo —murmuré.
—¿Te han vuelto a hacer una de esos exámenes médicos? —me preguntó él, acercándose a mí con expresión preocupada—. A veces te dejan un poco aturdido.
—No —negué, agitando la cabeza—. No es eso.
Algo luchaba por abrirse paso en mi mente, pero no sabía el qué y esa sensación de que algo estaba mal no paraba de consumirme.
—Ah… —lo entendió él. Bajando la voz, como si se tratara de alguna clase de secreto, preguntó —: ¿se acerca el celo?
—No —respondí, casi más extrañado que sorprendido—. Tú sabrías muy bien si estuviera a punto de tener el celo.
Copper encogió sus amplios hombros y puso una pensativa expresión de morritos que tensó sus largos bigotes blancos.
—No he mirado el calendario últimamente —reconoció.
—¿Qué? No, no… tú lo *sabrías* —insistí—. Eres un *alfa*.
—¿Sabes qué? —me preguntó, haciendo un gesto con su mano de garras negras—. No te preocupes. Pedimos las vacaciones, compro un poco de viagra y nos preparamos para lo que pueda ocurrir. ¿Has empezado a mojar más el pañal?
—¿Pero qué cojones dices? —gruñí, apartando la mano con la que no paraba de acariciarme el hombro como si fuera una mascota a la que tuviera que consolar—. Yo ya no me pongo pañal y tú no necesitas viagra. ¡Eres mi puto *alfa*, Tigro!
Copper se quedó parado y, con una expresión sin vida, murmuró:
—¿Tigro?
Parpadeé y, sin entenderlo, di otro paso atrás.
Tigro, no Copper. Tigro.
Entonces, desperté con un jadeo y miré el impoluto techo blanco sobre mi cabeza. Lo primero que escuché fue el leve «bip» de una máquina a mi lado, repetitivo y constante. Después, olí el aire cálido y aséptico de la habitación. Finalmente, sentí las ataduras con las que me habían sujetado las muñecas, el pecho, los tobillos y la cola.
—Lemér —me dijo una voz grave que, sinceramente, jamás creí que volvería a escuchar.
Volví levemente el rostro, tragué saliva y respondí:
—Hola, Junior, ¿cómo va todo?
El teniente Copper estaba exactamente igual a como le recordaba y, al mismo tiempo, diferente. El mismo pelo corto y negro, los mismos ojos marrones y estrictos, la misma postura envarada y autoritaria, el mismo atractivo duro y áspero, el mismo cuerpo hinchado y marcado bajo su uniforme militar; pero su aroma a menta dulce, ese del que tanto se quejaba siempre, ya no estaba allí.
Copper se levantó de la silla y se acercó un par de pasos hacia la cama. No había ventanas en la sala, solo una luz blanca y pálida, la camilla en la que me apresaban y las máquinas con las que

me monitorizaban. Las paredes eran traslúcidas, pero apenas se podía ver un par de sombras recorriendo los pasillos alrededor de la habitación.
Aquello no era un hospital, pero tampoco ninguna base militar que recordara.
—Jamás creí que tú pudieras traicionarnos —me dijo Copper, las primeras palabras después de… ¿siete, ocho meses ya? No podría decirlo—. De todos los *omegas*, tú eras en el que más confiaba.
Tomé una bocanada de aire y puse los ojos en blanco. Junior nunca había sido de esa clase de hombres que le dieran rodeos a las conversaciones para suavizar un duro golpe; excepto que fuera un tema del que él no quisiera hablar, porque entonces era todo un maestro de la evasión y la cháchara inútil.
—De todos los «*omegas*» —repetí, acentuado esa palabra. No lo hice con malicia ni rencor, solo para mostrarle lo significativa que había sido—. No de todas las *personas* o *soldados*, sino de todos los «*omegas*»…
Copper soltó un bufido bastante seco y las comisuras de sus labios se arquearon en una leve mueca de desprecio.
—Así que es verdad: te han lavado el cerebro —murmuró.
—*Arturo* —le dije, usando la forma en la que su madre le llamaba, para que supiera que estaba hablando en serio—. No soy un extremista convertido, ni un desertor, ni una víctima de la propaganda animalista. Lo que hice, lo hice porque quise.
Junior no respondió. Por un instante, casi pareció dolido, pero lo ocultó volviéndose en dirección a la mesilla al lado del asiento en el que había estado esperando a que despertara. Allí tomó una carpeta roja clasificada y la abrió para leer:
—El alférez Lemér ha intervenido en las operaciones de espionaje de «unidad B-43 y D-12», ha saboteado y comprometido la misión CERVERO y ha confraternizado con el terrorista nivel MAGENTA, nombre: Tigro.
Al terminar, el teniente se quedó mirándome, quizá en busca de una explicación al respecto, pero lo único que se ocurrió decirle fue:
—«Terrorista nivel MAGENTA», a Tigro le va a encantar eso, seguro que se lo pone de nombre a uno de sus pollos.
Copper, nunca demasiado dado al humor, acentuó su expresión de desagrado, lo que le hizo parecerse demasiado a su padre, el capitán. Después, pasó un grupo de páginas para leer directamente del informe de Tigro.
—Categoría: *Alfa*. Género: Hombre. Edad: 38. Especie: tigre siberiano. Aut…
—¿Tigro tiene 38 años? —le interrumpí—. Pensé que tenía 30 o por ahí.
Junior levantó su atención del informe para clavarme una fría mirada por el borde superior de los ojos. Para los estándares animanos, el *salvaje* seguía siendo «muy joven», porque nosotros éramos capaces de vivir una media de cien o ciento veinte años; siempre y cuando no nos mataran, o destruyeran nuestro entorno, o nos obligaran a emigrar a zonas con menos comida, claro. Vivíamos mucho, pero éramos muy dependientes del hábitat y los cambios, por pequeños que fuera, podían provocar una reacción en cadena que acabara con nosotros por completo.
Aún así, para mis estándares *beta*, con los que había crecido y me habían inculcado, la diferencia de edad entre Tigro y yo —toda una década— era… algo en lo que pensar.
Hay quien diría que teniendo casi cuarenta putos años, él sería el maduro de la pareja, pero…
—… fraternizar con un asesino.
Parpadeé. Había visto los labios de Copper moverse, pero me había distraído con tonterías y no había escuchado casi nada de lo que me había dicho.

—¿Qué? —pregunté.
—Un asesino a sangre fría —repitió, arrojando el informe sobre la cama.
Con mi mano de muñeca atada, traté de alcanzar el grupo de hojas sin mucho éxito. Copper se acercó un rápido paso y tiró de ellas en un gesto algo brusco y enfadado para dármelas antes de retroceder de nuevo, como si yo estuviera enfermo o fuera contagioso. Arqueé una ceja y le miré, aunque no fui tan estúpido como para decir nada al respecto. La ira era la única emoción que un hombre como Arthur Copper se permitía mostrar; y cuando ni siquiera se permitía parecer enfadado, solo significaba que algo iba terriblemente mal.
Levanté el informe y lo leí por encima. Había incluso una serie de fotos de Tigro: de frente y en ambos perfiles. El *salvaje* estaba… raro. Más joven. Su pelo era mucho más corto, al estilo militar; no tenía barba —algo que me produjo cierta punzada de ansiedad y arrancó un «bip, bip» más intenso en la máquina—, sus ojos de jade y oro estaban apagados y su expresión era casi soñolienta. No exactamente aburrida, sino… «vacía».
Aquel era un *alfa* sin alma y apenas una sombra del *salvaje* que yo conocía.
Abajo, tras el detallado cuadro de descripción física, raza, clasificación animana y rango de peligrosidad (MAGENTA, el más peligroso de todos), había una lista de misiones realizadas con éxito y todo un añadido en papel amarillento sobre su huida. Al parecer, Tigro había escapado durante una «operación extracurricular». Fruncí el ceño y volví a leer la frase antes de mirar las fotos del suceso.
La mayoría eran de marcas de garras en las paredes, pisadas ensangrentadas y *betas* degollados como si se hubieran enfrentado a un animal salvaje, descontrolado y enorme. Lo más interesante para mí, sin embargo, fue ver lo que rodeaba a los cadáveres ensangrentados: los pasillos de un hotel de lujo. Tomé una profunda bocanada de aire y la máquina volvió a producir un acelerado «bip-bip-bip» antes de que consiguiera calmarme.
Tigro me había mentido al decirme que el doctor no le prostituía como al resto. Y, por el número de guardias de vigilancia asentados allí, lo hacía tan a menudo que el doctor se había confiado; enviando tan solo a cuatro hombres armados con él para vigilarle.
—¿Ya te estás dando cuenta? —me preguntó Copper con una ligera sonrisa en sus labios llenos.
El teniente había malinterpretado el agitado sonido del monitor, creyendo que ese constante pitido se debía a mi sorpresa al descubrir que Tigro era un asesino, y no a la rabia que estaba empezando a sentir como una bola de lava hirviendo en mi pecho.
—Huh… —conseguí murmurar, devolviendo mi atención al informe.
La huida tenía fecha de hacía siete años, a las 01:23 de la madrugada. El lugar era descrito como «entorno civil» y, la víctima principal, aquella tirada en la cama ensangrentada, con el rostro irreconocible después de haber sido destrozado a arañazos, estaba registrado como Senador Theodore West. No recordaba ninguna noticia al respecto, pero eso no me sorprendió en absoluto. El doctor era lo suficiente inteligente como para esconder la mierda y, además, falsificar los informes oficiales como aquel. En ningún momento se hablaba de *por qué* el *alfa* había tenido acceso a la suite de lujo, ni por qué el senador estaba desnudo sobre la cama. El vacío daba a entender que Tigro simplemente había asesinado a su guardia de seguridad y, por ninguna razón aparente, había destrozado al senador indefenso antes de escapar a toda prisa.
Sin embargo, había un rastro que era complicado de eliminar: el informe forense. Allí, con imágenes detalladas de las heridas y descripciones quirúrgicas, había una serie de análisis. No podías verlo a no ser que lo estuvieras buscando, pero aparecía un detallado informe químico con una frase que decía: *omegatilia D-23, 5%, cutáneo.*
Aproximadamente una hora antes de morir, el senador se había rociado con feromonas *omega*.

Tras saciar mi curiosidad, regresé al informe principal y miré lo que Copper había querido que mirara. En su huida hacia La Reserva, Tigro había matado a 18 civiles, incluida a una familia de Dakota del Sur, casi al borde de la frontera.
Cerré el informe y miré a Junior.
—Para tratarse de un *alfa* descontrolado y a la huida, me parecen pocas muertes —le dije.
—Mató a toda una familia a sangre fría, niños incluidos —respondió él, quizá por si me había saltado esa parte del informe—. Les asaltó por la noche y los mató en sus camas mientras dormían.
—Ya… —murmuré—. Porque tú y yo nunca hemos matado a niños, ¿verdad?
Tiré el informe lo más lejos que pude con la muñeca atada y puse una expresión indiferente.
—No en sus camas —dijo Copper entre dientes, tratando de controlar su frustración y enfado.
—¿Te acuerdas cuando tu padre nos mandó a Bangladesh? —pregunté. Sabía que se acordaba perfectamente de aquello, pero, aún así, quise recordárselo—. Había un hombre allí, un sindicalista que estaba dando problemas a las compañías textiles y químicas asociadas al gobierno americano. Durante las negociaciones, nos mandó a nosotros para hacer que ese hombre entrara en… razón, así fue como lo dijo el Capitán Copper: «Hacerle entrar en razón». Y nosotros raptamos a su hijo y tú le enviaste un mensaje al móvil a aquel hombre, ¿recuerdas lo que ponía el mensaje? «Te devolveremos un pedazo de tu hijo por cada día que tardes en aceptar el trato». Al cuarto día, le enviamos la lengua del niño y él aceptó una negociación por los derechos laborales mucho peor de la que ya tenían.
Mis palabras dejaron un profundo silencio en la habitación, solo interrumpido por el ligero «bip» de la máquina.
—Si el trabajo no te gustaba, podías haberlo dicho antes de traicio…
—El trabajo me daba igual —le interrumpí—. Eres tú el que se toma pastillas para conseguir dormir, no yo.
Junior puso una mueca de ira y lanzó una mirada a la puerta y, después, a la cámara que colgaba de la esquina de la sala. Por suerte para él, no tenía audio y su padre el capitán no sabría que su hijo era «débil». Que, debajo de aquella fachada de impermeable masculinidad, había un corazón y remordimientos.
Y no era mi intención ridiculizarle ni hacerle daño; solo quería darle una perspectiva más neutra de lo que estaba pasando allí. Tigro había asesinado a gente inocente; nosotros habíamos asesinado a gente inocente; ninguno tenía el derecho de juzgar a nadie porque todos éramos unos jodidos monstruos.
—Ya veo… —murmuró Junior, recogiendo el informe de la cama—. Tenía la esperanza de que todo esto fuera un error y que mi mejor soldado no nos hubiera dado la espalda, pero veo que me equivoqué.
Ahora sí que se parecía a su padre: usando la misma manipulación emocional para hacerte sentir culpable por no cumplir sus elevadas expectativas.
—Has echado a perder toda una brillante carrera militar y un prometedor futuro solo por… —apretó un momento los dientes y su nariz se encogió como si de pronto hubiera olido algo desagradable—, La Reserva.
—Sí —fue mi respuesta. Clara y simple: sí.
Copper asintió, se pudo el informe bajo el brazo y envaró la postura.
—Espero que hayas disfrutado vistiéndote con pieles y volviendo a la prehistoria junto al resto de animales.
—Vaya… —murmuré con sorpresa, arqueando las cejas y echando la cabeza atrás.

Junior quería hacerme daño y, por desgracia, casi lo había conseguido. Él era el único que nunca me había llamado «animal», el único que siempre había respetado mi espacio y mis extrañas costumbres, el único que me había tratado como a un igual.

—¿Sabes lo que pasa en La Reserva? —le pregunté—. ¿Sabes que ocurre cuando eres un «animal» y vives con «animales»? Lo que pasa es que allí no tienes que esconder la cola, ni nadie te mira los bigotes y sonríe como si fueras una especie de curiosidad. Nadie te hace preguntas estúpidas, ni se cree con derecho a echarte la culpa de sus impulsos, ni se cree mejor que tú. Allí no tienes que ponerte un puto pañal y sentirte angustiado y culpable dentro de tu propio cuerpo. Allí nadie te trata como a un ciudadano de segunda, ni como a un espectáculo, ni como a un jodido fetiche sexual con el que demostrar a los demás lo machote que eres —y, bajando la voz, mirando fijamente sus ojos marrones y serios, añadí en voz más baja—: Allí nadie te esconde, ni eres un secreto, ni un pasatiempo.

—Yo no… —empezó a decir él, pero se contuvo, apretó el puño con fuerza y volvió a mirar la cámara en la esquina. Con un profundo autocontrol, Junior tomó una bocanada y recuperó la postura envarada—. El ejército te ha tratado siempre con respeto, Lemér. Te ha pagado tu educación, tus estudios y te ha dado un trabajo con muy buen sueldo. Y tú nos lo has pagado volviéndote al bando enemigo, confraternizando con un asesino huido y convirtiéndote en un terrorista. Habrá un juicio militar, pero puedo asegurarte que la condena será muy dura. Me han pedido que te diera la posibilidad de redimir tus actos y, a cambio de información valiosa, quizá reducir tu condena o enviarte en… mejores condiciones —y terminó mirando mi mano, a la que le faltaba el dedo meñique.

—De acuerdo, os daré información valiosa —acepté.

Pero Copper me conocía, me conocía demasiado bien para no guardar esperanzas y entrecerrar los ojos de forma preventiva, asumiendo que diría alguna de mis gilipolleces.

—Piénsalo bien, Lemér —murmuró. Su tono era duro, pero bajo él había cierto ruego, una petición escondida—. Si accedes a ayudarnos, tu situación puede mejorar considerablemente. Puede que incluso te permitan disfrutar del aire libre y… tener visitas.

Traducción Copper-Leguaje común: por favor, acepta el trato y podré ir a verte. Sutil, siempre tan sutil.

—Lo sé —asentí—. He descubierto algo importante en La Reserva —y puse ambos dedos corazón en alto—. Si te montas aquí, puedes ver el Nirvana.

Copper cerró los ojos y agachó levemente la cabeza, perdiendo el aliento en un bajo jadeo. Cuando volvió a mirarme, el dolor, la traición y frialdad de sus ojos casi podía palparse en el aire.

—Como quieras, Lemér —me dijo, dándose la vuelta para, con paso firme, dirigirse hacia la puerta—. No tienes ni idea de lo mucho que me has decepcionado —murmuró, fuera del rango de la cámara.

—¿Decepcionado con qué, Junior? —pregunté entonces—. Esto es justo lo que quería tu padre.

Copper se detuvo con su mano ya sobre el manillar de la puerta. Pensó en seguir adelante, ignorarme y salir de allí de esa forma airada y seca que tanto le gustaba. Lo hacía siempre que se enfadaba en una discusión: soltaba una bomba emocional, se daba la vuelta y te dejaba consumiéndote por dentro mientras él se emborrachaba en algún garito. Aunque, en esa ocasión, la curiosidad fue más poderosa que su tóxico orgullo. Quizá yo hubiera dicho algo que él ya hubiera pensado antes; quizá, todo aquella «misión especial» le había resultado tan extraña como a mí; quizá, él conocía demasiado a su padre para saber que sería capaz de algo así, o peor.

—El capitán te dio una orden y tú te has aliado con terroristas y asesinos —murmuró de forma

neutra, seguramente para las cámaras. Puede que el sistema de vigilancia sí tuviera sonido después de todo—. Has traicionado a tu país y a mí.
«Y a mí», ahí estaba. Las cosas que Copper decía a escondidas, eran siempre las más importantes.
—Tu padre sabía lo nuestro, Arthur —respondí. No era algo de lo que estuviera al cien por cien seguro, pero era la teoría que mejor encajaba en todo aquel caos—. Sabía que no importaba cuantas buenas chicas de la iglesia te presentara tu madre, ni cuantas novias tuvieras, ni cuanto ligues de bar te llevaras a la cama; porque siempre volvías a mí.
Junior lanzó una rápida mirada a la cámara en la esquina y tensó su mandíbula cuadrada y ancha.
—Solo era por diversión —dijo, no sé si a mí o a la gente que estuviera escuchándonos hablar—. Tú eres un *omega* —añadió, porque era importante aclarar que follarme no le hacía gay—, y ambos sabíamos que no era nada serio.
Le escuché atentamente, resistiendo las ganas de reírme.
—Llevamos once años juntos, Copper, nueve trabajando en las mismas misiones y siete compartiendo apartamento —le recordé. Un número que cayó tan pesado como una losa en sus hombros—. A estas alturas, ni siquiera tu padre está tan ciego como para creer que es «solo por diversión».
Copper me miró de esa forma en la que me miraba cuando estaba tocando El Tema Tabú: es decir, «lo nuestro». Su atractiva expresión seria se congelaba, su respiración se volvía más profunda y su lenguaje corporal se tensaba. Casi podía escuchar con anticipación lo que estaba pensando en decir en aquel mismo instante y, por eso, lo pronuncié al mismo tiempo que él.
—Tú y yo somos solo buenos amigos, Lemér.
Asentí. Junior no había cambiado en once años, ni cambiaría en los siguientes once. Había cosas en él que estaban escritas en piedra, cosas que jamás reconocería de forma directa y cosas que nunca atravesarían ese muro de masculina indiferencia.
Y yo lo sabía, y no pasaba nada. Me gustaba Arthur tal y como era y no esperaba nada más de él que lo que ya me estaba dando. Por eso funcionábamos tan bien juntos. Por eso Copper estaba tan cómodo conmigo. Por eso sus novias terminaban frustradas y enfadadas, totalmente desesperadas por alcanzar su corazón y romper aquel carácter frío y distante hasta alcanzar sus sentimientos más escondidos.
—Arthur —le dije, porque necesitaba que alguien pusiera en palabras lo que él ya sabía—. Ya no eres un chico de veintipocos experimentando con un *omega*, follando por diversión y probando sus límites. Eres un hombre de treinta y cuatro años que tiene una relación con un *omega*, con el que vive y trabaja y al que no parece tener intención de abandonar nunca. Ambos sabemos lo que eso significa, y ambos sabemos que tu padre se pegará un tiro en la cabeza como alguno de sus nietos salga con cola y bigotes.
Dejé mis palabras reposar un momento y, tras una profunda respiración, relajé el tono.
—Nunca quise hablar de esto, porque sé que te molesta —reconocí—. Pero, lo creas o no, te quiero mucho, Junior. Eres muy importante para mí y el único al que… —me detuve—. Sabía que tú y yo nunca… —moví los bigotes de lado a lado y pensé en una forma de describir esa extraña relación. Al final opté por la verdad, porque quizá aquella fuera la última oportunidad para hacerlo—. Tú y yo jamás podríamos estar juntos de la forma en la que dos *betas* están juntos. Tú jamás ibas a reconocer que me quieres y yo solo estaba esperando el momento en el que al fin eligieras a una chica guapa con la que casarte y hacer feliz a tus padres. Sé que me quieres, sé que has hecho muchísimos sacrificios por mí y, aunque no lo reconozcas, sé que te has esforzado mucho por hacerme feliz.

No creía que necesitara profundizar en aquello, porque ambos sabíamos a qué me refería: a la viagra, y los juguetes sexuales, y mis periodos de regla, y a mi época de celo, y a mis extrañas necesidades, y al olor que le dejaba siempre por todas partes, y a la cantidad de pelo que había en el desagüe de la ducha, y a la enorme cantidad de mentiras que decía para seguir conmigo. A los demás, y a sí mismo.
Parpadeé y sentí los ojos húmedos, pero no quise detenerme todavía. Solo habría una oportunidad para decirle todo lo que pensaba y despedirme de él.
—Sabía cómo eras. Desde el principio sabía lo que nunca serías y lo que nunca tendría de ti —murmuré—. Y créeme, ese nunca fue el problema. Fui muy feliz contigo, pero esto no es La Reserva.
Copper asintió.
—¿Y qué tiene La Reserva que sea tan especial para traicionar a tu país? —me preguntó antes de bajar la voz y apretar ligeramente los dientes—. ¿*Alfas*?
Y allí estaba la cruel verdad que no quería decirle: que había sido muy feliz con Junior, sí, pero que él no era un *alfa*. Él no podía entenderme. Él no estaba hecho para mí. Él no podría darme jamás lo que Tigro me daba, ni hacerme tan feliz como Tigro me hacía. Incluso con todas sus putas tonterías y sus gilipolleces y sus traumitas y esa insoportable forma de ser, tan egocéntrica y dramática, que me sacaba de quicio todo el rato.
Tigro era un *alfa*. Mi *alfa*. Y no había nadie más como él en todo el mundo.
Y ahora ya era tarde para volver atrás.
Ahora, si no te corrías tres veces por polvo, gruñías como un animal, me arañabas los muslos, me mirabas con ojos de maníaco, me mostrabas los colmillos, me manchabas de saliva y me reventabas como si quisieras matarme; ya no me interesaba.
Ahora, si no me limpiabas el culo, no te relamías, no ronroneabas y no te abrías de pierna para lamerte tus propios huevos de la forma más grotesca y obscena del mundo; ya no me interesaba.
Ahora, si no eras un gilipollas ególatra y enfermo mental, si no hacías bromas estúpidas, si no usabas explicaciones enrevesadas y absurdas para reconocer algo, si no flexionabas los brazos a la menor oportunidad y movías las cejas como si supiera que ya estuvieras empapado; ya no me interesaba.
Ahora, si no tenías bigotes y barba atigrada, los ojos como el jade y el oro, si no apestabas a menta y miel y estabas muy orgulloso de ello, si no medías dos metros y tenías el pelaje blanco, naranja y negro, si no tenías cola anillada y no gruñías al decir: «Leméééérrr»; ya no me interesaba.
Ni siquiera Copper.
Y sí, aquel era un momento terrible para aceptar que quería muchísimo a Tigro, pero a veces necesitas perder algo para darte cuenta de lo mucho que lo echas de menos. No es que el puñetero *salvaje* tuviera razón y yo me hubiera cegado hasta que fue demasiado tarde.
El hecho de que, muy probablemente, no fuera a volver a verle jamás; no tenía nada que ver. Nada.
Tigro no tenía razón y punto.
—El problema, Arthur —le dije—, es que yo no pertenezco a este mundo. Tú padre tenía razón en eso. Cuando me envió a esa «misión de espionaje» —entrecomillé— lo hizo para separarnos. Él sabía que nunca volvería. —Me incliné todo lo que pude hacia delante, que no fue mucho, y arqueé las cejas—. Él sabe muy bien lo que pasa allí dentro. Sabe la verdad, y sabía que, después de vivirlo, yo no regresaría; porque ningún *omega* en su sano juicio lo haría. Pregúntale si quieres —volví a recostarme y, de forma inconsciente, traté de mover la cola antes de recordar

que la tenía atada—. Pregúntale por el doctor Barrymore, a ver qué te cuenta.
Junior no dijo nada. Apretó el puño sobre la carpeta del informe y, echando una última mirada a la cámara, se dio la vuelta y se fue de la habitación dando un leve portazo.
Al otro lado de la pared traslúcida, su sombra pareció hacer una señal con el brazo y, poco después, una enfermera con uniforme protector, mascarilla y gafas, entró en la sala con una aguja en la mano.
Mientras se acercaba a mí para volver a sedarme, miré hacia la cámara en la esquina de la habitación.
—Voy a matarte, doctor —le dije—. Y tú sabes muy bien por qué.
Le lancé un beso a la cámara de seguridad y, finalmente, sonreí antes de que un agudo pinchazo en el cuello me arrastrara de nuevo a la oscuridad.

EL BUEN SOLDADO

Arthur Copper era todo un soldado de la vieja escuela, de pies a cabeza, por dentro y por fuera. No importaba si estaba en el trabajo o de descanso: él nunca mostraba debilidad y siempre cumplía normas estrictas.

Le gustaba el orden, le gustaba el control y le gustaba la autoridad. Le gustaban las mujeres hermosas con buen trasero y le gustaba que no se metieran en sus asuntos ni en su vida privada. Pero, sobre todo, le gustaba Lemér, aunque eso no era algo que fuera a reconocer jamás, así que seguía perdiendo el tiempo en citas y relaciones sin sentido.

Junior era un hombre muy atractivo y lo sabía. Junto con su actitud seria y estoica, conseguía intimidar a muchas mujeres que nunca se atrevían a acercarse a él; sin embargo, no podían estar más equivocadas. De hecho, era muy sencillo conseguir una cita con él. Solo había que preguntar.

¿Querías tener una relación con Arthur? Fácil, esto era lo que iba a pasar: dos citas a la semana, siempre y cuando no se hubiera ido a una misión. Él pagaba todo, pero tú te encargabas de elegir el plan. A veces hasta se acordaba de comprar un pequeño ramo de flores a la vuelta de la base militar, posiblemente, en la gasolinera de la autopista, donde Jerry le daba un poco de conversación y le preguntaba si también necesitaría un par de condones y lubricante antes de sonreír de una forma morbosa y desagradable.

Copper nunca usaba condón y, mucho menos, lubricante; pero los compraría solo por ti.

Si eres un chica seria y decente, te dará su número de móvil después de la quinta cita; pero nada de llamadas improvisadas, ni de abusar de los mensajes de texto, a los cuales respondería siempre de forma escueta y directa. Nada de emoticonos, ni exclamaciones, ni diminutivos cariñosos, ni «buenos días» o «¿qué tal te ha ido hoy?». Tampoco le interesan las fotos de tus mascotas, ni las imágenes estúpidas sobre lo que te hubiera «pasado por sorpresa», ni lo que comes, ni lo muy apretadas que llevas las mallas al gimnasio.

Piensas que es buena señal que no sea uno de esos cerdos que piden desnudos y fotos provocativas, pero eso lo piensas al principio; después, te preguntas por qué nunca responde a ninguna de tus *selfies*, con ropa o sin ella.

En San Valentín siempre tocaba cena en un italiano: «*Il Piccolo*» y —si ya habéis tenido sexo— a eso le seguiría el mandatorio polvo en tu casa —porque Copper jamás te llevaba a su apartamento compartido con su mejor amigo, del que sabrías lo justo para hacerte una ligera idea de él, pero que nunca has visto ni verías jamás—. En las ocasiones especiales o fechas señaladas: San Valentín, cumpleaños, 4 de Julio o fin de año, también habría sexo asegurado. Sin embargo, tras una larga misión, un logro profesional o una inesperada victoria de los *New York Mets*, Copper se iría directo a su casa y volvería apestando a menta dulce.

Te encanta esa colonia que se echa, por cierto.

Los domingos quedaban reservados para la comida familiar después de misa, a la que no podrías acudir con él hasta haber cumplido un periodo de relación superior a seis meses. Si eras latina y cristiana practicante, su madre no te miraría con una sonrisa forzada, ni fingiría que eras otro

adorno más de la mesa mientras hablaba en español con su hijo —intencionadamente—, para dejarte apartada y aislada.
Su padre era más fácil de satisfacer: con que fueras una mujer *beta*, le valía. Ahora, si además eras joven y guapa y tuvieras buen cuerpo y supieras mantener la conversación más básica, ganabas muchos puntos. Al capitán Copper le encantaba oír por la base militar lo atractivas y sexys que eran las novias de su hijo. Le gustaba que los demás hombres le envidiaran. Le hacía sentir muy orgulloso, aunque eso no era algo que jamás fuera a decirle a Junior. Él nunca le decía que estaba orgulloso de nada.
En general, la relación con Junior será muy fácil. Copper parece un hombre estricto y complicado, pero no tardarás en descubrir que, aunque es bastante serio y hermético, nunca va a juzgarte ni a imponerte estúpidos estándares de perfección. Eso te gusta mucho de él, porque, la verdad, Arthur es muy atractivo y muy imponente. En las primeras citas te pondrás nerviosa y quizá hables más de la cuenta mientras él come tranquilamente y te mira con sus preciosos ojos de chocolate. La autoridad emana de él como una corriente eléctrica, y eso te excita, pero, al mismo tiempo, te acojona un poco. Vas a tardar un par de meses en conseguir dejar de buscar constantemente su aprobación como un niña tonta, o, quizá, nunca lo consigas.
Cuando no te guste algo o no estés de acuerdo con él, Copper no va a discutir contigo. Si es algo trivial, lo dejará pasar y no le dará la menor importancia. ¿Te has olvidado de reservar mesa en el restaurante? No pasa nada, hay otros mil en la ciudad. ¿Te has puesto tan nerviosa que has tirado la copa de vino y le has manchado la camisa? No te preocupes, no es la primera vez que le pasa. ¿Habéis ido al cine a ver una película de acción pero tú, en el último momento, tratas de convencerle para ver el último dramón romántico de tu actriz favorita? Copper se encogerá de hombros, comprará las entradas y se sentará el tiempo que haga falta en la butaca hasta que termine.
La cosa comienza a complicarse cuando tus deseos interfieren con su vida privada.
¿Llevarle a conocer a tus padres? No todavía. ¿Quejas sobre lo mucho que trabaja o sus largos viajes? Ya sabías que era un soldado, ahora no puedes quejarte. ¿Quieres que acuda a una cena o una fiesta de tu trabajo? Díselo con antelación y prepárate para tener a un guapísimo robot siguiéndote y participando lo mínimo en las conversaciones ¿Quieres que él te presente a sus amigos? Copper solo tiene un amigo y él detesta salir de copas. ¿Una cita doble, quizá, para conoceros todos? El amigo de Junior está soltero, y, si ofreces emparejarle con una de tus amigas —que siempre son encantadoras, guapas y muy inteligentes—, descubres que el mejor amigo de Copper ha tenido una ruptura complicada y no es momento de presentarle a nadie.
Ese chico es un desastre, no paran de pasarle cosas horribles justo en los momentos más inoportunos; por cierto, ¿cuál era su nombre? No lo sabes, porque Copper jamás te lo ha dicho.
Si te ciñes a las normas, podrás disfrutar del mejor sexo de tu vida: todos los viernes noche tras la cena en tu casa y él no se quedará nunca a dormir. Pero no te importará —al principio—, porque Junior es una completa fiera y se lo podrías contar a todas tus amigas —o a tu madre si eras así de moderna— mientras suspirabas y ponías los ojos en blanco, describiendo en mayor o menor detalle lo mucho que Junior aguantaba o lo mucho que te hacía correrte. Casi parecía que estuviera acostumbrado a pasarse horas follando, que hubiera probado todas las posturas y todos los juguetes sexuales, que estuviera acostumbrado a la humedad de los genitales y supiera aprovecharse de ella de la mejor manera, que su cuerpo ya estuviera tan acostumbrado a aguantarse, resistir y seguir adelante, que apenas llegaba a sudar del esfuerzo.
Oh… pero eso no era ni siquiera lo mejor de él. Porque Arthur Copper siempre olía de una forma maravillosa. Esa colonia que tanto te gustaba: dulce, pero fresca. Intensa, pero no asfixiante. Un

aroma que estaba en todo él y te llevaba con cada movimiento de su cuerpo. Incluso cuando sudaba, cuando lo dejaba sobre tus almohadas y tus sábanas y gemías con el corazón a cien a la mañana siguiente, pensando en el increíble hombre que habías conseguido.
Lo único que te llame la atención quizá podría ser que, ese aroma tan especial, era más fuerte en su entrepierna y en su polla. Lo cual te parece un poco raro, aunque no puedes decir que sea desagradable, solo… extraño que eligiera echarse tanta colonia en aquel lugar. Quizá, puede que llegues a pensar, lo haga por ti: que se limpie bien y se prepare para lo que sabe que va a pasar. Sabes que a Junior le encantan las mamadas y quiere darte pocas excusas para no hacérselas. Desde la primera vez, te queda claro que chupársela es también una experiencia única; no solo por el tamaño, sino por aquel sabor tan especial.
Para cuando pasaran los meses, no podrías volver a masticar un chicle de hierbabuena, o tomar helado de menta, o saborear un caramelo o un *smint*, sin ponerte cachonda ni acordarte de él. Quizá le preguntes qué colonia usa, ¿o es desodorante? Puede que incluso una crema corporal especial, porque no es como nada que hayas podido oler antes. Sin embargo, lo único que te va a responder será una evasiva y, si insistes en el tema, se enfadará y dejará de hablarte por un par de días.
Lo que no deberías hacer con Junior, es sorprenderle o entrometerte en sus asuntos.
María (décimo cuarta novia), decidió presentarse en su apartamento sin avisar y con una mala excusa: había perdido las llaves de casa y se preguntaba si podría pasar allí la noche. Era su novia, después de todo. María perdió la sonrisa cuando, al acercarse por el pasillo, empezó a oír la inconfundible ópera de golpes, gemidos y jadeos de una pareja apasionada. María pensó que quizá fuera uno de los vecinos, hasta que se plantó delante del apartamento de Arthur y acercó la oreja antes de apartarse y ahogar un sollozo.
Copper nunca gemía tan alto durante el sexo, pero sin duda, era él. Era él quien no paraba de hacer temblar el cabecero de la cama mientras decía: «joder, sí, joder», con una pasión como nunca le había oído antes. La situación solo mejoró cuando uno de los vecino salió de su casa e, ignorando por completo a María, empezó a dar fuertes golpes en la puerta antes de gritar:
—¡Como sigáis así llamo a la puta policía y mando a ese *omega* directo a la puta perrera!
María se fue y nunca volvió. Copper le envió un mensaje y, al no responder, borró su número.
Estela (décimo sexta novia) tuvo una experiencia parecida, solo que tomándose la libertad de sorprender a Junior en su viaje a Washington en la Gala Anual. Él le había dicho que siempre se hospedaba en el mismo hotel antes de la cena y ella, pensó que sería una ocasión maravillosa para estrenar el conjunto de lencería que se había comprado.
Cuando llamó a la puerta de la habitación, escuchó cómo el volumen de la tele descendía, seguido de unos ágiles pasos sobre la moqueta. Estela sonrió y apoyó una mano en el marco, queriendo decir una ingeniosa y atrevida frase a Copper, pero sus palabras murieron en sus labios al ver a otro hombre abriéndole la puerta.
No otro *hombre*, sino un *omega*. Un *omega* guapísimo, con el tupé blanco como la nieve y las sienes y la barba negras como el carbón. Con largos bigotes y sonrisa perfecta. Con la misma dilatación que tenía Copper en la oreja y, al parecer, vestido únicamente con una de sus camisetas.
Un guapísimo *omega* con un olor muy, muy especial que Estela conocía muy, muy bien.
Los preciosos ojos grises del chico se abrieron mucho al verla allí plantada, su cola, larguísima y anillada flotando a sus espaldas, se detuvo en seco, y sus labios gruesos y rosados se movieron lentamente para decir:
—Ahhhmmm… Holis.

Estela no pudo responder, solo quedarse parada, mirando, solo mirando, mientras su mente se negaba a ver la verdad y buscaba desesperadamente una explicación racional a aquello.
—Soy Lemér —añadió él, poniendo una perfecta mano de perfectos dedos y perfectas uñas sobre su abultado pecho musculado—. El amigo de Copper.
Estela parpadeó. Su amigo. Su mejor amigo. Tenía sentido, claro. Él también era militar. Ambos trabajaban juntos y habían elegido compartir habitación.
Una explicación perfecta y que hubiera salvado la situación, de no ser por la repentina aparición de Junior tras la puerta del baño, con solo una toalla alrededor de la cadera, el pelo húmedo y marcas recientes de arañazos por los pectorales, los hombros y sus grandes brazos. Miró a Estela al otro lado del pasillo y, después, a su mejor amigo. El *omega* se encogió de hombros y dijo algo que ella no pudo oír. Quizá algo como «lo siento, pensaba que era el servicio de habitaciones».
Junior no perdió la compostura. Cruzó la cama y el pasillo y sustituyó al *omega* en la puerta, apoyando una mano en el marco mientras, con la otra, seguía sosteniéndose la toalla alrededor de la cadera, allí donde tenía el tatuaje de unos labios sobre su piel caramelo. Estela descubrió dos cosas en ese momento: que Junior todavía tenía los labios un poco enrojecidos y que ese aroma tan, tan especial que siempre tenía, no era ninguna colonia.
Estela, al contrario que María, decidió empezar a gritarle y a hacer preguntas incómodas que Copper no quiso ni tenía intención de responder. La escuchó en silencio y, tras diez minutos de espectáculo, le cerró la puerta en la cara y dio por terminada la relación.
Sarah (séptima novia), Sophia (decimo segunda novia) y Clara (decima novia), tuvieron el descuido de mirar el móvil de Junior en el momento menos indicado. Sarah observó que, tras el salvapantallas con el logo de los *New York Mets*, Copper tenía puesta una imagen suya junto a un joven vestido con el mismo uniforme. Ambos sonreían a la cámara y se pasaban un brazo por los hombros.
Sarah fue inteligente y lo dejó pasar. Sophia, no. Sophia hizo una pregunta que no debería y recibió una respuesta que no se esperaba. Una semana después, también recibió un simple mensaje que decía: «Creo que ha llegado el momento de terminar».
Clara no tuvo la oportunidad de hacerse sus propias conjeturas, porque una mañana en una cafetería, Copper se levantó para ir a ayudar a una anciana que no entendía muy bien el inglés y estaba tratando de pedir un café solo sin mucho éxito. Junior no solía dejar su móvil a la vista, pero en esa ocasión, lo hizo. Estaba allí, encima de la mesa, al lado de su capuccino, y Clara pensaba en lo dulce y sexy que era ver a Copper ayudando a la mujer, hablándole en español y devolviendo miradas serias al resto de clientes que refunfuñaban y se quejaban con impaciencia.
Fue entonces cuando el teléfono vibró y, de forma inconsciente, ella giró el rostro y miró la pantalla. Encima del mensaje ponía: «Lemi», y debajo: «estoy como una putísima perra, necesito rabo YA». Clara se quedó en shock, pero su curiosidad le llevó a mover un tembloroso dedo hacia la pantalla para deslizar el mensaje y ver lo último que habían mandado: la imagen de un enorme y perfecto culo de muslos empapados.
Clara se quedó sin aire, tan en shock que apenas consiguió apartar el dedo y volver a sentarse recta antes de que Copper regresara a la mesa. Con un pesado suspiro, le dio una breve explicación de que la anciana —a la que acababa de ayudar—, había llegado al país hacía solo un mes gracias a su hija. Clara asintió en silencio y observó a Junior recogiendo el móvil, deslizando la pantalla un momento y, por primera vez en mucho tiempo, viéndole sonreír antes de decirle:
—Lo siento, tengo que irme ya.

Clara volvió a asentir y se quedó otra hora en la cafetería, llorando después de siete meses en los que, había llegado a creer, había encontrado al hombre perfecto.
Pero no todas sus novias llegan a descubrir la oscura verdad de Copper, esos, solo son casos especiales. Descuidos. Junior se esforzaba mucho por no mezclar a ninguna de ellas con Lemér, de no dejarlas entrar en su vida, de no juntar en placer con el deber; porque eran dos cosas muy diferentes.
Arthur salía con mujeres porque eso hacía feliz a sus padres; y follaba con Lemér porque eso le hacía feliz a él.
Lo más probable que suceda si sales con él, es que ni siquiera llegues a descubrirlo antes de que otros problemas más importantes salgan a flote; como, por ejemplo, lo muchísimo que va a llegar a frustrarte que Junior nunca se abra a ti.
Al contrario de lo que pueda parecer y la imagen agresiva que desprende, Arthur Copper Jr. no va a discutir contigo, no va a luchar, no va a preguntarte con quién estas ni a dónde has ido, no va a interesarse por tu vida o tus compañías o tus viajes más de lo necesario; y, aunque al principio pienses que eso es perfecto y que estás cansada de hombres posesivos, de alguna forma, eso te acabará molestando.
Esa hiper masculinidad, fría y distante, que te atrajo tantísimo de él al principio, se está volviendo pesada y angustiosa. Vas a empezar a entender que Arthur Copper era impermeable. Era una estatua de absoluta indiferencia. Era un hombre sin sentimientos y cero comunicativo. Tú creías que sería solo al principio, que, poco a poco, se abriría a ti y te sentirías la mujer más especial del mundo por poder compartir sus secretos e intimidades.
Pero eso no va a pasar. Junior seguirá siendo Junior desde el comienzo de la relación hasta que llegue el irremediable momento en el que tú explotes y pidas explicaciones y ruegues que muestre algún tipo de emoción. Que sienta *algo*. Algo *por ti*.
Quizá, esa necesidad acuciante por llegar a él te lleve a hacer las tonterías más estúpidas.
Laura (décimo tercera novia), se hizo muy amiga de su madre, creyendo que ella la ayudaría a hacerse un hueco en la familia y conseguir un lugar en la vida de Junior, ese lugar que él se negaba a darle. Laura descubrió muy pronto que la única ocasión en la que volvería a estar de rodillas frente a Copper, sería en la iglesia. Frente al Padre Copper, quiero decir, el párroco.
Carol (octava novia), se cansó del aquel carácter frío e indiferente y tuvo la brillante idea de intentar poner celoso a Junior con un compañero de su oficina. Rose (décimo quinta novia), tuvo la misma idea, pero mejor aún, porque usó a su ex.
Ambas esperaban que eso hiciera reaccionar a Copper, que un hombre como él no rechazaría la llamada de la masculinidad tóxica y que, como ellas deseaban en el fondo, saltaría a defenderla como un orangután, posiblemente, comenzando una pelea a puñetazo limpio.
Y tenían razón: Arthur era terriblemente posesivo, celoso y territorial. En lo único en lo que se equivocaban era en pensar que lo sería con ellas.
Pero eso no iba a pasar. No con ninguna de sus novias y no contigo, porque las únicas peleas que Copper tenía era con gilipollas que se atrevían a insultar a Lemér; y el único momento en el que se ponía celoso era cuando otro hombre se acercaba al *omega* y le sonreía. Entonces sí que era poco más que un orangután hormonado y, si aún por encima estaba borracho, pegaría siempre el primer golpe.
A Carol y Rose solo les mandó un mensaje a la mañana siguiente que decía: «Creo que ha llegado el momento de terminar».
Si tú no eres como ninguna de ellas y no cometes errores de los que puedas arrepentirte, vas a poder disfrutar de la compañía del hombre más sereno y formal del mundo.

Ahora bien, ¿quieres que te hable de sentimientos? Mmh… buena suerte con eso. ¿Quieres que sea romántico y atento? Espero que te gusten los bombones de gasolinera y que aprecies que se dé cuenta de que te has hecho algo diferente en el pelo. ¿Quieres que comparta su intimidad contigo? Pff, Copper no soporta que invadan su espacio y le agobien. Es como un gato al que hay que dejar acercarse por sí solo y cuando tenga ganas. ¿Quieres presentarle a tus amigos e invitarle a alguna de tus fiestas o eventos familiares? Qué casualidad que, justo en ese momento, su mejor amigo esté pasando un mal momento.

De nuevo, ese chico es un completo desastre.

—Qué suerte que tenga a alguien como tú a su lado para ayudarle —puede que le digas a Copper.

Y él sonreirá de una forma extraña y te dará toda la razón.

Si estás ciega y sorda y decides ignorar todas las señales, además de conformarte con tener a un robot por novio que te folla estrictamente una vez por semana y te lleva dos días a cenar; puede que alcances el año de relación. Felicidades. Eres la que más habrá durado hasta el momento. Ahora, sigue ignorando con todas tus fuerzas que tu novio viva, trabaje y se vaya de vacaciones con su mejor amigo, del cual no sabes nada y nunca has visto.

No te acerques a la base militar si no quieres oír extraños rumores del teniente Copper y su *omega*. No empieces a prestar atención a los calendarios y los anuncios públicos sobre el celo trimestral, ese que siempre coincide con la semana en la que Junior desaparece por completo. No insistas en tratar de encontrar la colonia o perfume o jabón que Arthur utiliza. No te hagas preguntas estúpidas, como por qué un hombre que insiste en ser «muy sexual» se limita a pedirte un solo polvo por semana y, siempre que se lo pides tú, casi resopla con cansancio; como si ya estuviera harto de follar.

Continúa ignorando por completo el hecho de que Copper solo escucha los consejos de su mejor amigo, que sus necesidades y problemas son más importantes que los tuyos y que, si estuvierais ambos al borde de la muerte, tengas la firme seguridad de que Junior le rescataría a él sin dudarlo y sin mirar atrás.

Si haces todo eso, es muy probable que acabes casada con el teniente Arthur Copper Jr.

Tendrás un carísimo anillo en el dedo, una preciosa casa en las afueras, una importante familia política y, probablemente, un bebé en camino.

Lo único que le va a faltar a tu perfecta e idílica vida, será el amor de tu marido. Porque Junior hacía mucho tiempo que amaba a alguien y, lo siento, pero ese alguien no eres tú.

Tú, serás solo la cosa bonita que ha conseguido para hacer felices a sus padres.



El día que Arthur se dio cuenta de que Lemér no era solo un juego, fue el día en el que se despertó a su lado en mitad de las ruinas del desierto rocoso de irán, hacía ya nueve años. El cielo todavía estaba oscuro y la pequeña hoguera que habían encendido, se agitaba con una brisa helada, más fría de lo que jamás creerías que fuera posible en el oriente medio.

Ambos soldado estaban en una misión especial, la tercera juntos, y habían decidido compartir el mismo saco de dormir. Junior había dicho que era para ahorrar peso e ir más ligeros en su

incursión por las montañas, pero, en la oscuridad de la noche, el *omega* se pegaba a él en busca de calor y Copper casi ni conseguía dormir de lo cachondo que se ponía.
Arthur había empezado a follar con él debido a una mezcla de curiosidad, orgullo y morbosa rebeldía. Lo hizo por la misma razón que se había tatuado un beso en la cadera o se había hecho unas dilataciones: para provocar a su padre. Pero también para probar sus límites y experimentar ese fetiche sexual que eran los *omegas*. Todos decían que eran lo mejor, que había que follarse a uno al menos una vez en la vida.
El problema era que, cuando empezabas, era muy, muy difícil parar. Al menos, lo fue para Junior.
Lemér era maravilloso, todo en él: su cuerpo, sus labios, su culo, su cálida humedad y su ano apretado. Copper jamás había tenido orgasmos tan intensos, jamás le había latido tan fuerte el corazón, ni había tenido la polla tan dura, ni se había excitado de aquella manera enloquecedora.
Estar con Lemér era demasiado bueno para dejarlo.
Y, unos meses después, empezó a notar que algo no iba bien. Había empezado a sufrir leves taquicardias, sudores nocturnos, repentinos mareos y, además, era incapaz empalmarse. Una noche se había pasado veinte minutos toqueteándose, cada vez con mayor rabia y desesperación, mientras uno de sus ligues de bar le miraba y esperaba. La había llevado a su casa solo para demostrarse a sí mismo que podía hacerlo.
Pero no podía. No sentía nada.
Ese fue el momento en el que acudió al médico, el de la familia, e hizo una de las confesiones más bochornosas de su vida. Se sentó en la consulta del doctor que le había tratado desde niño, al cual su padre invitaba a las cenas y al golf, y le había hablado de su problema. El médico no hizo ninguna mueca, no dio ninguna señal de alarma, solo hizo un par de preguntas al respecto y pidió un par de análisis de sangre y ETSs.
Todo salió bien, a excepción de una cosa.
—Tienes las hormonas revolucionadas, chico —murmuró el médico, frunciendo su viejo ceño mientras leía los resultados—. ¿Has… estado abusando de los pinchazos? ¿Te has metido algo que yo no te haya dado?
—No.
—Pues algo te está provocando un desequilibrio hormonal bastante severo. Haremos un par de radiografías y análisis del hígado en caso de… —entonces, el doctor se detuvo y miró a Arthur —. Dime una cosa, chico, ¿has estado manteniendo relaciones sexuales con un *omega*?
Copper asintió.
—¿Desde hace cuánto?
—Más de medio año.
—¿Con qué frecuencia?
Arthur tardó un par de segundos en responder:
—A diario, casi.
El médico tomó un profunda bocanada de aire y dejó el informe sobre la mesa de la consulta; visiblemente más relajado pero, a la vez, un poco consternado. Conocía al señor Copper y sabía que aquello no le haría ninguna gracia, pero, como médico, jamás traicionaría la confianza de un paciente. Su deber era decir la verdad y advertir de las consecuencias.
—Sé que eres joven y que estás en esa época de probar cosas… diferentes, pero los *omegas* son peligrosos, Arthur —le dijo—. Sus cuerpos producen una serie de reactivos químicos capaces de alterar el metabolismo y las hormonas de los humanos. Los *alfas* están especializados y no les afectan, o no de la misma forma que a nosotros. A nosotros, una exposición prolongada nos

produce cambios hormonales irreparables y serios problemas de salud.
Copper frunció el ceño, mostrando la primera mueca de preocupación desde que había llegado.
—¿Y los humanos que tienen parejas *omega*? —quiso saber.
El médico abrió las manos y volvió a suspirar.
—Esas personas se toman cinco pastillas al día y, muy probablemente, terminen desarrollando cáncer de hígado, de próstata o de páncreas en un futuro. Conocen los riesgos y, aún así, han aceptado medicarse de por vida. —El viejo doctor se inclinó hacia delante y, en tono más bajo e íntimo, añadió—: si quieres mi opinión, chico. No merece la pena. Búscate a una humana y olvídate de perder el tiempo con animales.
Al día siguiente, Copper no se llevó a Lemér con él a casa. Ni al siguiente, ni al siguiente a ese. El omega no se lo echó en cara y no hizo preguntas, solo continuó comportándose como se comportaba él siempre: increíblemente eficaz y prometedor en el campo; e innecesariamente bocazas y sarcástico en la cantina.
Un mes después, cuando le dieron una misión especial en Irán, Copper no dudó en llevarse con él a su mejor hombre, o, mejor dicho, *omega*. Esa cuarta noche, cuando se levantó en mitad de las ruinas, bajo el helado viento y la tibia luz de la hoguera; miró a Lemér y se inclinó para besar el cuello. Después le besó la mandíbula y, mientras el omega se despertaba, se puso encima de él con cuidado y le besó en la boca antes de gruñir de puro placer. Aquella noche en el desierto rocoso, se lo hizo lento y profundo, con el corazón bombeando con fuerza en su pecho, el aliento desbocado y la polla más dura de lo que la había tenido nunca.
Una semana después, volvió a la consulta del médico y le pidió las pastillas protectoras para el cambio hormonal. El doctor, sin embargo, intentó convencerle primero de los muchos riesgos, describiendo una larga lista de problemas degenerativos y síntomas que tendría que afrontar si tomaba aquella decisión.
—Diez pastillas al día el primer año y cinco durante el resto de tu vida. No hay marcha atrás. Tu cuerpo no se va a recuperar de algo así una vez que supere el umbral del año. Si en algún momento te abandona o tú quieres cambiar de vida, tendrás que usar viagra para poder mantener relaciones sexuales y, muy probablemente, ni seas capaz de alcanzar el orgasmo. A lo largo de la exposición a la *omegatilia*, seguirás sufriendo dolores de cabeza, mareos, leve confusión, sudores nocturnos y cambios repentinos de humor. Vivirás en una constante montaña rusa hormonal: tu testosterona estará por las nubes, diez veces el nivel normal, y no creo que necesites que te explique algo que ya sabes: mucho más vello corporal, mucha más sudoración, riesgo de calvicie prematura, riesgo de desarrollar infertilidad, riesgo para tu sistema cardiovascular… vas a hincharte como un toro, pero no creo que eso compense todo lo demás. Ya te he hablado de la posibilidad de desarrollar cáncer de forma prematura y, según los últimos estudios publicados, el 84% de los humanos con compañeros *omega* no alcanzar los sesenta y cinco años de edad. Uno de mis compañeros, el doctor Wallas, siempre hace la misma broma, pero es bastante cierta: Follarte a uno de esos animales es el equivalente bioquímico a meter la polla en una barra de plutonio radiactivo.
El día que Arthur se dio cuenta de que Lemér no era solo un *omega* para él, fue el día en el que, sentado en esa consulta, le dijo al doctor:
—Deme las pastillas y no hable de esto con nadie.
A la noche, Junior invitó al *omega* a su casa, le preparó una cena romántica y se lo folló en su cama, pensando en que, si alguien creía que no merecía la pena sacrificar tanto por aquello, era solo porque no conocían a Lemér.
Copper nunca le dijo nada a nadie. Nunca se quejó de los dolores de cabeza, ni de los calambres,

ni de las muchas noches en las que no conseguía dormir, ni de su estricta dieta para controlar el peso, ni de su incapacidad para tener una erección sin Lemér, ni de haber ido a una clínica de reproducción para guardar su semen en caso de que se quedara impotente, ni de lo enorme y desproporcionado que se estaba volviendo debido al exceso de testosterona, cuando, en realidad, a él no le gustaba en absoluto aquel cuerpo exagerado y llamativo.

Junior dejó que Lemér siguiera creyendo que se estaba pasando con la química y el gimnasio. Dejó que siguiera creyendo que todas las pastillas que se tomaba eran solo parte de un ciclo para continuar musculando. Que esa era la razón de todos sus problemas, y sus dolores, y sus ansiedades, y sus bruscos cambios de humor y de esas noches en las que se despertaba de madrugada y le oía llorando en el baño.

Lemér creía que su obsesión por el físico y la carga psicológica de su trabajo, estaban haciendo mella en él. Creía que Copper no se tomaba su relación en serio, que nada de lo que pasara entre ellos era importante. Creía que algún día le abandonaría al fin por una de esas mujeres con las que Junior salía solo por mantener alejado a su padre de su vida.

Pero su padre siempre encontraba una forma de someter a su hijo y tomar decisiones que no le correspondía tomar.

—¿Es verdad? —le preguntó Junior nada más entrar en el despacho, apenas veinte minutos después de haber dejado a Lemér en la habitación.

El capitán levantó la mirada del ordenador y, sin responder, le señaló la silla frente al escritorio. Copper se sentó y esperó, como cuando era un niño pequeño. Su padre terminó de leer el informe en la pantalla y, solo entonces, le dedicó un minuto de su tiempo a las inquietudes de su hijo.

—Es lo mejor, Junior —le dijo.

—¿Sacrificar a mi mejor soldado es «lo mejor»? —respondió él, haciendo un gran esfuerzo para tragarse la ira.

—Lemér es un buen soldado —reconoció el capitán con una leve gesto de la mano—, un chico muy inteligente para ser un animal. Pero ha llegado el momento de deshacerse de él. Te lo he dicho, Junior —le recordó con una mirada firme y un tono serio—. Si tú no eras capaz de ponerle solución a este… problema, lo haría yo por ti.

Copper apretó los puños y los dientes con fuerza, girando la cabeza hasta que el cargado y tenso músculo de su cuello se le pinzó.

—Ya es tarde, padre —le dijo—. Necesito a Lemér.

—No, no le necesitas —declaró el capitán—. Lo que necesitas es dejar de ser un puto crío, buscar a una chica guapa y casarte. Tu madre tiene razón: es hora de que formes una familia y dejes de aceptar misiones en el extranjero. Cuando te cases, podré conseguirte un ascenso y un puesto en la base de…

—Soy estéril —le confesó Junior, algo que jamás creyó que confesaría a su padre—. He perdido la fertilidad hace dos años. Ahora ya es tarde —repitió—. Llevo demasiado tiempo con Lemér.

Para su sorpresa, su padre no reaccionó ante la noticia. Miró el escritorio, corrigió uno de los papeles levemente torcidos y chasqueó la lengua.

—El doctor Barrymore ya me ha informado de todos los problemas que se pueden desarrollar cuando te follas a un *omega* —murmuró—. Fue una conversación muy interesante y una forma muy eficaz de conseguir mi cooperación en este… proyecto. —Tomó aire y reunió la paciencia para poder mirar a su hijo a los ojos sin desear darle una bofetada—. No voy a decirte lo estúpido, avergonzado y decepcionado que me siento contigo, porque supongo que eso ya podrás imaginártelo. Ahora que ya has tenido tu último momento de rebeldía, vas a hacerme caso, vas a encontrar a un chica humana, vas a casarte, vas darnos nietos con ese semen congelado que has

escondido y vas a cerrar la putísima boca si no quieres que dejé de hablarte para el resto de mi vida. Aunque, al parecer, tú vas a vivir mucho menos que yo.
Copper sintió los ojos húmedos, pero se contuvo. Su padre volvió a girar la cabeza hacia el monitor y añadió:
—La Reserva nos ha enviado un mensaje: quieren negociar el regreso del *omega* y están dispuestos a reunirse en un terreno neutral a las afueras del muro. Llévate a un operativo de seguridad y vigila a esos putos animales. No creo que vengan con buenas intenciones.
Junior asintió, se levantó de la silla y se fue del despacho.
Lemér creía que Junior no le amaba, pero Junior lo había sacrificado todo por él.
Y ahora, el capitán Copper le había destruido la vida por completo, solo porque creía que era *lo mejor*.

MI TIGROTÁSTICO PLAN

Había un plan. Una mierda de plan, pero bueno, un plan al menos. No el mismo plan que yo tenía, pero fingí que sí y reclamé mis derechos de alfa como compañero de Lemér; así que Capri no pudo negarse a dejarme acompañarlos a esa… «negociación». *uaaaggggghhh*

Los alcaldes habían enviado un mensaje a través del muro para organizar la reunión —parte del plan mierder, no de Mi Tigrotástico Plan—, convencidos de que conseguirían dialogar con los *betas* y recuperar a Lemér. Se notaba que no entendían a los humanos ni lo hijos de puta que podían llegar a ser.

De todas formas, eso me venía genial. Necesitaba acercarme lo más posible al exterior sin, a poder ser, llamar mucho la atención. Lo cual era complicado porque yo era una enorme y sexy criatura salvaje creada por los mismísimos dioses para destruir y consumir *betas* (y deliciosos culos *omegas*), sin compasión.

A parte de mí, la decisión de quién asistiría a la reunión en nombre de La Reserva, fue bastante acalorada. No podíamos ser muchos, pero algunos alcaldes —Ratún y Linzo, obvio—, insistían en que debíamos mostrar fuerza y unidad. Lanzar el mensaje de que estábamos preparados para la guerra en caso de vernos obligados a ello. Por otro lado, el resto de alcaldes, consideraban que ya sería suficiente con que yo estuviera allí —yo y mi intimidante tamaño y presencia, obvio—, para que los betas se sintieran «suficiente amenazados».

Top, de Cauce Rápido, temía que los *betas* se pusieran nerviosos si enviábamos a más *alfas*; Raccon, por el contrario, creía que un par de buenos *alfas* era justo lo que necesitábamos. Hippo, de Dos Ríos, era partidario de enviar solo a un representante y un negociador *omega*. Dar a entender que éramos más partidarios del diálogo que de la provocación.

Finalmente, fue el anciano Moff quien tomó la decisión.

—Un salvaje, un alcalde, un *omega* y una Má —dijo—. Un enviado por cada pilar de nuestra comunidad, esa es la tradición.

Nadie se atrevió a contradecirle, así que la discusión pasó de tratarse sobre la cantidad de enviados a «quienes» serían esos enviados. El *salvaje* estaba claro quién sería **sonrisa prepotente**, y el *omega* —acorde al mierdi-plan—, tenía que ser Hámsto, del Arrecife; pero los demás todavía estaban en el aire. Linzo y Ratún se ofrecieron voluntarios al momento, sin embargo, Zoro se levantó de su asiento y con el collar de cuentas en su mano, declaró:

—No es mi intención ofenderos, pero creo que entre todos nosotros, yo soy el alcalde más apropiado para una negociación. Es un momento muy delicado en el que necesitamos astucia y sutileza si queremos llevar a cabo nuestro plan.

Aquello arrancó un par de expresiones airadas y resoplidos, aunque nadie puso en duda las capacidades de un *alfa*-zorro.

—Que vaya Zoro —declaró Moff.

Con eso, solo quedó la cuestión de la Má, cuya decisión no les pertenecía a ellos tomar. Las chamanas se reunieron en cónclave y, tras toda una noche, Súrica, la Má de Valle Dorado, fue la elegida. Ninguna de las brujas iba a resultar tranquilizadora para los *betas*, pero la razón de haber

decidido enviar a esa *alfa*… se me escapaba un poco.
Súrica Má media un metro ochenta, era delgada como un palo y parecía sacada de un película de terror. Su vestido negro era tan largo que lo arrastraba por el suelo al caminar; y tan liviano y ligero que se trasparentaba y flotaba con la más mínima corriente. De sus muñecas, cuello y cabeza, colgaban numerosas pulseras y rosarios hechos con las cuentas de todos los *alfas* fallecidos en su Comarca, recuerdos que había ido recolectando desde que se había convertido en Má. El sol y la luna del Todo estaban en las grandes placas incrustadas en las dilataciones de sus orejas. Lo poco que se podía distinguir de su rostro tras el velo, eran unos grandes ojos negros bordeados de maquillaje oscuro y unos labios gruesos y llenos pintados de ceniza.
Caminaba como si no moviera los pies bajo su larga falda y movía los brazos en un perturbador compás, acompañando el movimiento con los hombros, casi como si se deslizara como una serpiente de cascabel, haciendo resonar sus muchas cuentas. Al alcanzar nuestra posición en el valle, se detuvo, se inclinó sobre el pequeño *omega* Hámsto como una especie de monstruo al ataque, y susurró:
—¿Llego tarde? Odiaría llegar tarde, pero he tardado un poco más de lo que esperaba. No estoy nada acostumbrada a caminar por los bosques y estas colinas rocosas. No paraba de tropezarme y el vestido se me enredaba entre las raíces, era un horror. —Después de un breve silencio, añadió —: Y la verdad es que también me he perdido un poco de camino aquí.
—N…no, Má, no llegas tarde —consiguió decir el *omega*, visiblemente acojonado por el aspecto aterrador de la chamana.
—Oh, bien, bien —susurró ella—. Me alegro.
Entonces, se incorporó y se quedó con la mirada perdida al frente, como la estatua de un cementerio gótico.
—Joder… —murmuré, echando una rápida mirada al alcalde Zoro, por si pensaba lo mismo que yo.
El *alfa*, se llevó un único dedo a los labios y pidió silencio antes de observar el cielo nublado a la espera de que llegaran los *betas*. Aquello no había ni comenzado y ya parecía destinado al desastre. Su plan, claro, no mi plan. El mío no comenzaría hasta alcanzar el exterior.
Un helicóptero del ejército apareció sobre nuestras cabeza unos diez minutos después, descendiendo con un rugido de aspas y un viento huracanado. Retrocedimos un par de pasos y nos cubrimos el rostro, protegiéndonos de la gravilla y el polvo que se estaba levantando. La Má no, la Má se quedó allí plantada con su vestido y su velo flotando violentamente a sus espaldas mientras su cuerpo alargado quedaba marcado por completo.
Si los *betas* enviados no estaban nerviosos todavía, ahora lo estarían. Al tocar suelo, la puerta del helicóptero se abrió y los dos soldados en el interior miraron a Súrica con una mueca de sorpresa y recelo.
—Entrad —nos dijo uno de ellos.
Zoro fue el primero en subir, confundiendo la mano que le ofrecía el soldado como ayuda, con una muestra de cordialidad. El alcalde le agarró de la muñeca y la agitó un par de veces mientras decía:
—Encantado de conoceros —después, subió de un simple salto al helicóptero sin ayuda ninguna.
Hámsto sí aceptó la mano, porque con su metro cincuenta no iba a poder subir solo. Después, se sentó en uno de los asientos y se puso el cinturón de seguridad mientras apretaba los dientes y tensaba los bigotes. Un *omega* de madriguera como él, iba a pasarlo muy, muy mal volando.
La tercera fue la Má, quien, de pronto, pareció materializarse en el interior del helicóptero, sorprendiendo a los soldados distraídos. Fue una puta delicia cuando uno de ellos se dio cuenta y

gritó del susto antes de golpearse la espalda contra la pared. La chamana bajó la mirada del frente y clavó sus ojos oscuros en él sin decir nada.
Con una sonrisa cruel, di un salto y alcancé el interior, inclinándome para poder caber allí dentro. Me dejé caer en el asiento al lado del alcalde y tamborileé los dedos contra mis rodillas. Los soldado me veían sonreír y muy calmado, pero por dentro estaba a punto de explotar.
Ellos me llevarían junto a mi Lemér después de los tres días más puto horribles de mi vida —y eso era decir mucho viniendo de mí—, en los que había tenido que quedarme esperando, incapaz de hacer nada.
—¿Nos vamos ya? —pregunté sin dejar de sonreír.
Los *betas* asintieron y, muy incómodos con nuestra presencia y las cosas raras que hacíamos, mandaron un mensaje al piloto para retomar el vuelo. No se me escapó que llevaran armas escondidas tras la tela de camuflaje que ocultaba una de las paredes; ni que, el copiloto, llevaba un casco protector igual al del uniforme de los soldados *alfa*.
Cuando levantamos el vuelo, me agarré con fuerza a los lados de mis asiento y seguí sonriendo como un maníaco, enfrentándome directamente a cada sutil mirada de los *betas*.
Vernos obligados a viajar en helicóptero fue una necesidad más que una imposición, pero me producía la misma rabia. De haber ido a pie, ni siquiera yo hubiera conseguido alcanzar el muro en menos de cinco días; y, evidentemente, no iba a pasarme cinco días más separado de mi Lemér si podía evitarlo; no cuando los *betas* podían llevarme hasta él en menos de una hora y media.
Una hora y media jodidamente horrible, por cierto. Volar era de las cosas que más odiaba —1º: *betas*, 2º: no tener a Lemér, 3º: que Lemér estuviera sucio, 4º: la pizza con piña, 5º: volar—. En el pasado, el doctor siempre me había sedado, pero ahora no tenía esa opción y tuve que soportar todo el viaje clavando las garras en mi asiento y fingiendo que estaba bien. Porque yo estaba «bien». *Bien*.
El paisaje que se percibía a través de las ventanas fue cambiando a medida que nos aproximábamos, desde los verdes y frondoses bosques a los valles y, de allí, las colinas. Un bosque de coníferas fue el último reducto de verdor y vida antes de verse interrumpido por un enorme muro de metal y cemento. El Muro era lo suficiente alto y liso para que ningún animano pudiera escalarlo y, a intervalos regulares, estaba coronado por una caseta de vigilancia.
—Transporte *alfa* aproximándose a punto de encuentro —anunció el piloto—. Todo en calma.
«Todo en calma» era la forma en clave de dar a entender que no les habíamos matado y nos habíamos hecho con el helicóptero. No voy a mentir, fue algo que se me pasó por la cabeza, pero después pensé que solo complicaría las cosas. Ahora era un *alfa* maduro y paciente: tenía *omega* y responsabilidades. **suspiro**
Al cruzar la barrera del muro, el mundo cambió por completo. Más allá ya no había bosques vírgenes, solo barro y carreteras de cemento, puestos de vigilancia y, cincuenta metros después, una segunda barrera de contención; esta vez, para *betas*. La base militar se encontraba en un valle donde habían talado todos los árboles necesarios para hacer hueco a una pista de aterrizaje aérea. El alcalde Zoro miraba el paisaje con el ceño fruncido y movía las cuentas de su collar al igual que un rosario. Él había nacido y crecido en La Reserva, así que nunca había visto aquel desolador mundo de metal y cemento.
—Transporte *alfa*, permiso para aterrizar —dijo el piloto y, tras la confirmación, empezó la maniobra de descenso.
Al tocar tierra, solté un profundo suspiro y me relajé. No fui el único, porque el omega se deshizo tan rápido como pudo de las correas de seguridad y salió de un salto al exterior. Lo

recibieron un montón de miradas curiosas y un hombre de aspecto serio, estricto y atractivo —para ser un *beta*, claro—, el cual, esperaba en primera fila con las manos a la espalda y postura envarada.
Cuando me acerqué a la puerta, noté su atenta mirada y una levísima mueca de asco en su rostro. Nada nuevo, he de decir. Lo único que me sorprendía es que no hubiera todo un batallón allí apuntándonos con ametralladoras. **decepcionado** Aunque, quizá estaban escondidos.
Bajé del helicóptero con mucha calma, movimientos lentos y una sonrisa enorme sonrisa, de esas practicadas en las que no mostraba demasiado los colmillos para no asustar a los *betitas*. Cuando salió Zoro, se detuvo a echar una mirada alrededor y, al encontrar al *beta* esperando, se acercó a él.
—Soy Zoro —le dijo junto con una inclinación de cabeza y la mano en el pecho—, alcalde de Bosque Verde. He sido elegido como el portavoz de La Reserva.
El *beta* asintió de forma estricta y seca y respondió:
—Bienvenido, alcalde Zoro. Yo soy el teniente Copper, seré el encargado de guiarles por la base y ayudarles.
—A mí me podrías ayudar ahora mismo —le dije, acercándome a ellos con pasos lentos y humanos: mucho más cortos y torpes. Era impresionante lo que me había esforzado tanto en olvidar, pero que mi cuerpo había recuperado al instante de haber cruzado el muro—. ¿Dónde cojones está mi *omega*? —le pregunté.
El teniente Palo-por-el-culo me dedicó una mirada seca y, después, frunció ligeramente el ceño antes de echarme una ojeada de arriba abajo, deteniéndose un par de segundos más en la cuenta de mi barba. Quizá le jodía no ser ya el más grande y fuerte de los presentes, quizá ese leve gesto de preocupación y reconocimiento se debiera a que sabía que yo era un SALVAJE, quizá… esa fugaz forma en la que había tensado la mandíbula y apretado los dientes, se debiera a que conociera a mi Lemér «de antes».
Antes, cuando no estaba donde debía estar (La Reserva) con quien debía estar (conmigo).
No era un tema que hubiéramos tratado en profundidad, porque el pasado era el pasado y no merecía la pena darle vueltas a cosas sin sentido. Lemér no me conocía por entonces, no sabía lo que se estaba perdiendo y no tenía ni idea de lo que era ser realmente feliz con un *alfa* de verdad. De hecho, mi *omega* me había sido sincero y me había confesado que había estado con un par de *betas* y que, incluso, había tenido una especie de novio durante algunos años; y yo no me había enfadado para nada. No, no, no. Después no me había ido a talar leña, solo con el objetivo de alejarme lo suficiente para poder empezar a partir troncos con las manos y rugir de pura rabia y celos. No. Para nada. Nunca. Yo era «*comprensivo*».
Por ejemplo: en ese momento no agarré al *beta* por el cuello y le reventé esa atractiva y sexy cara contra el suelo hasta que no quedara nada más que un amasijo de sangre y sesos porque… soy «C.o.m.p.r.e.n.s.i.v.o»
—El alférez Lemér se encuentra en una celda de contención —respondió, enfrentándose a mi mirada mientras, de una forma ridícula y patética, intentaba alzar más la cabeza para igualar mi altura.
—Ya no es alférez —respondí yo, alargando la sonrisa y tensando los bigotes—. Ahora es solo el *omega* Lemér, cartero del Pinar y pareja de Tigro el Salvaje.
—Aquí, es el alférez Lemér —me dijo.
—No —respondí, acompañando esa profunda negación con un lento movimiento de cabeza—. Aquí, en la otra punta del planeta, en la luna o en el puto Marte, sigue siendo Lemér, mi *omega*… Así que no me…

Zoro me detuvo con una mano en el vientre y, con una sutil y rápida mirada, me pidió que me callara. Después, le dijo al *beta*:
—Nos gustaría poder ver a Lemér y llevárnoslo de vuelta a La Reserva en cuanto terminen las negociaciones.
—Eso no lo tiene que hablar conmigo —respondió el teniente, echando una ojeada a espaldas del alcalde, allí donde se había detenido la perturbadora figura alargada de Súrica Má. Al *beta* no le hizo ninguna gracia, pero su tono no cambió al añadir—: por favor, acompañarme. Os llevaré junto al general.
Entonces, se dio la vuelta y comenzó la marcha militar en dirección al interior del gran edificio al final de la pista de aterrizaje. Zoro compartió una rapidísima mirada con todos nosotros y fue el primero en seguir al *beta*. Él se creía que su mierdi-plan iba a funcionar, pero se equivocaba. Sobre nosotros había un millar de ojos expectantes y vigilantes, muy atentos de aquel espectáculo, aquel circo de animales que había llegado a la ciudad.
Los *betas* solo entendían de una cosa: violencia y poder. Y yo les iba a demostrar que era el más violento y poderoso de todos.
Al pasar al interior del edificio, Zoro se detuvo tras cruzar el arco detector de metales —instalado allí solo para aquella ocasión tan especial—, donde unos soldados-*alfa* con casco de visor negro le detuvieron para hacerle una breve inspección. Al alcalde no le hizo ninguna gracia, pero levantó la cabeza y la cola de zorro y esperó con implacable paciencia a que terminaran. Después, llegó mi turno.
—Toca bien —le aconsejé a uno de ellos, el cual me empezó a palpar los pantalones—, tengo un enorme arma de destrucción justo ahí mismo —y me señalé la entrepierna.
Mi gran broma pasó completamente desapercibida e ignorada. Los soldados-*alfa* terminaron su trabajo y, uno de ellos —armado—, me acompañó desde entonces. **suspiro** Ya contaba con ello, pero deshacerse de él iba a ser un pequeño engorro en mi Tigrotástico Plan.
Al cruzar Hansto, el detector de metales empezó a pitar y el omega, algo nervioso, empezó a decir:
—Ehm… sí, tengo… un piercing.
—¿Dónde? —preguntó un soldado-alfa tras el comunicador de su casco.
—En la… punta de…
—Pasa —le interrumpió, limitándose a palparle lo mínimo. Incluso con casco, temía que el simple contacto con el cuerpo del joven fuera a provocarle una reacción alérgica y a activar todos sus instintos asesinos.
Finalmente llegó el turno de Súrica Má, quien también hizo pitar la máquina; sin embargo, ella alzó una de sus manos de garras negras y afiladas y se inclinó sobre el *omega* para susurrar algo en su oído a través del fino velo negro.
—La Má dice que no podéis tocarla —les dijo él—. Es algo tabú en La Reserva.
—No podemos dejarla pasar sin comprobar que no vaya armada —le explicó el teniendo Palo-por-el-culo.
—Nadie puede tocar a la Má —intervino Zoro.
El teniente apretó ligeramente la comisura de los labios, pero, con calma, preguntó:
—¿Sería adecuado que lo hiciera mejor un *beta*?
Todos esperaron a la respuesta de la chamana, susurrada en los oídos del *omega*.
—La Má dice que… —se detuvo un momento y abrió más los ojos negros—. Ahm, eh… que sí, pero que después necesita ir a… a cagar.
El silencio que siguió a sus palabras fue repentino y se alargó un par de segundos antes de que el

teniente se aclara la garganta y asintiera.
—Después de la inspección —le dijo, haciendo una rápida señal a uno de sus soldados beta para que se acercara a la Má—, la escoltaremos al baño.
—No puede ir sola —dije yo, alzando las cejas—. También está prohibido.
Zoro arqueó ligeramente una de sus cejas pelirrojas y canosas, pero no dijo nada al respecto. Lo bueno de ser un estúpido beta sin puñetera idea de la cultura animana ni de nuestras costumbres, es que nos podíamos inventar lo que quisiéramos. Podría decir que estaba prohibido que yo caminara sin que arrojaran pétalos de rosa y me aplaudieran al pasar, y se lo creerían; de hecho, no era tan mala ide…
—Yo puedo ir con ella —se ofreció Hámsto, adelantándose a mis planes.
—No… —estaba diciendo yo, tratando de solucionar aquel fallo en mi Tigrotástico Plan.
—Muy bien, que así sea —concluyó el teniente con otro firme asentimiento. **mierda**
El soldado *beta* con uniforme de servicio, palpó lo mínimo a la Má antes de dar su consentimiento y dejarla pasar. La chamana dejó de mirar al frente como una estatua y empezó a moverse como hacia ella: de esa forma tan perturbadora, arrastrando su largo vestido negro por el suelo y balanceando los hombros mientras hacía resonar sus miles de cuentas.
—Por aquí, por favor —murmuró una soldado mujer, observando a la chamana con una marcada expresión de consternación en el rostro.
Seguro que ya estaría deseando contarle el espectáculo a todos sus amigos a la hora de la comida, riéndose de lo espeluznante que era esa bruja animal que la seguía por el pasillo como un fantasma.
—No hace falta esperar —anunció Zoro, moviendo la mano hacia el interior del edificio como si él fuera el dueño del lugar—. Podemos empezar las negociaciones.
El teniente Copper echó una rápida ojeada a la fantasmagórica sombra de la Má y al pequeño *omega* que la seguía. Por el marrón chocolate de sus ojos cruzó la idea de negarse y esperar, pero decidió terminar con aquello lo antes posible. Con un movimiento de cabeza ordenó a un operativo de cinco soldados que se quedaran aguardando por la chamana y, a nosotros, nos pidió que le acompañáramos.
Mi nuevo mejor amigo (Soldado-Alfa *random* Nº1), me siguió muy de cerca mientras mi coleguita (Soldado-Alfa *random* Nº2) se quedaba a un par de pasos de distancia, vigilando la retaguardia con su escopeta de tranquilizantes en las manos.
El teniente nos guió hacia unas escaleras, descendimos un nivel y, en el subsuelo del edificio sin ventanas ni luz natural, usó una tarjeta identificativa para abrir una puerta automática de seguridad. Eso era: mal. Mal para mí, porque ahora necesitaría esa identificación y tendría que matar al teniente. Una pena… pero bueno, todo fuera por mi *omega*. No es que yo tuviera ganas de hacerle daño. No…
Pasado otro pasillo, giramos a la izquierda, después descendimos unos cinco escalones a mitad del siguiente hall y volvimos a girar hacia la izquierda. La intención estaba clara: llevarnos a un punto donde, incluso si nos poníamos violentos, no consiguiéramos escapar de allí. Conseguirían reunir a todos los operativos disponibles y cubrir todas las entradas en menos del tiempo que tardaríamos nosotros en salir de aquel laberinto.
Tras diez minutos poniendo los ojos en blanco cada vez que girábamos en un pasillo, al fin alcanzamos la sala de negociaciones: estéril, vacía y simple. Solo había una mesa de reuniones ovalada y una lámpara iluminándola. Allí sentados nos aguardaban dos *betas*: la coronel Soy-negra-y-tengo-muy-mala-hostia; y el Mayor General Soy-viejo-y-la-tengo-enana. Ambos con la misma expresión de oler mierda y la misma mirada autoritaria de ojos muertos.

La coronel ni siquiera se dignó a levantarse de su silla cuando Zoro se presentó. Solo echó una mirada al teniente y preguntó:
—¿No eran cuatro?
—Sí, coronel. Los otros dos han tenido que ir al baño.
La mujer no dijo nada al respecto, aunque quedó muy claro el asco que eso le daba. De vuelta a Zoro, le invitó a sentarse antes de entrelazar las manos sobre la mesa.
—Veo que tenemos el mismo gusto por la bisutería —fueron sus primeras palabras.
El alcalde no lo entendió, hasta que la coronel le mostro su pulsera. Entonces, Zoro se quedó helado. La mujer llevaba en la muñeca un bonito recuerdo familiar, posiblemente de su abuelo, quien había matado a muchos animanos y había tenido el detalle de hacerse una pulserita con las cuentas de sus barbas.
No podía llegar ni empezar a describir lo ofensivo que aquello resultaba para nosotros. Por supuesto, eso era algo que ella ya sabía, y algo que había utilizado para definir el ambiente que tendría aquella negociación: cruel, violento y oscuro.
—Nos ha llegado información de una valiosa mina de un metal preciado que existe en una sección de La Reserva —continuó ella como si nada, abriendo el portafolios que había en la mesa—. Estamos dispuestos a ofreceros alimento, semillas y cualquier tipo de víveres que os puedan interesar a cambio de su explotación. Queremos un terreno de cinco kilómetros a la redonda para poder transportar la maquinaria y una vía segura por tierra para poder transportar los metales. Hemos creado un plan y calculado la ruta más cómoda para ambas partes.
Del portafolios, sacó un mapa de La Reserva que deslizó por la mesa hacia nosotros. Era una imagen de satélite en alta resolución con Mina Negra marcada y, después, un círculo alrededor en el que ponía «lugar de extracción/Base Minera», y una línea que atravesaba como una cicatriz el bosque y los valles hasta el muro, descrita como «proyecto carretera de transporte».
Zoro se quedó mirando el papel en silencio, lo cual, la coronel entendió como sumisión, y no como lo que realmente era: sorpresa y confusión. Ese fue el momento en el que estallé en una carcajada y pegué un golpe en la mesa, asustando por completo a los betas y alertando a mi mejor amigo (Soldado Alfa *random* Nº1) y a mi coleguita (Soldado Alfa *random* Nº2).
—¡Qué divertido! —sonreí—. ¡Cuéntanos otro chiste, por favor!
La coronel apretó los labios y arqueó una afilada ceja.
—Creo que no lo has entendido… Tigro —uuuh, sabía mi nombreeee—. La negociación es tan solo un favor por nuestra parte, realmente, podríamos intervenir en La Reserva sin vuestro permiso.
—No, no podríais —murmuró Zoro, mostrando una templanza y serenidad en la voz que me sorprendió—. El Pacto lo prohíbe.
—El Pacto dice que, en caso de encontrarse algún bien de necesidad vital para la comunidad *beta* de Estados Unidos, el Gobierno tiene derecho a intervenir en La Reserva y poseer el derecho único de extracción —dijo el Mayor General, abriendo su propio portafolios con una copia del acuerdo. Una con pestañas adhesivas de colorines y secciones subrayadas con marcador amarillo fosforito.
El Mayor se lo ofreció a Zoro, aunque seguramente dudara de que supiera si quiera leer y que, el único motivo por el que el alcalde tomó el grueso taco de hojas y le echó un vistazo, fue para aparentar.
Entonces, el alcalde se humedeció un dedo de garra negra con la punta de la lengua y pasó rápidamente hacia el final del Pacto, allí donde había un glosario de especificaciones.
—Se considerará «bien de necesidad vital» a todo recurso natural que sea necesario e importante

para la supervivencia de la población *beta*. Dígase: extracción de agua de los lagos en caso de sequía prolongada —leyó en voz alta.
—Ese es solo un ejemplo —respondió el Mayor—. La clausura incluye mucho más que el agua potable.
—¿Y qué «necesidad vital» es el rodio? —pregunté.
Ambos militares me observaron al mismo tiempo, sin mostrar señal de preocupación, pero, sin duda, sorprendidos de que supiera perfectamente lo que había en esa mina. Vale, lo reconozco, no fui yo quién lo averiguó; sino Lemér. Agggh, es que además de sexy y precioso era listo de cojones el muy cabrón. **ronroneo de enorme alfa enamorado**
—Es muy importante para nuestra economía —dijo la coronel, con todos sus santísimos cojones —. El país está sufriendo una gran recesión y nuestras arcas están llegando a los límites. Una inyección de capital como la que nos aportaría la comercialización del rodio, sería de vital importancia para mantener la estabilidad.
Volví a reírme en su cara tan alto que por un momento solo se escuchó el retumbar de mi voz en la sala.
—Me muero… —jadeé, limpiándome una lágrima del borde de los ojos.
—Entonces, esto no es una negociación, es solo un engaño —murmuró el alcalde.
—En absoluto —mintió la mujer—. Como ya dije, estamos dispuestos a daros comida y semillas para plantar. Nos gustaría poder alcanzar un acuerdo pacífico y no vernos obligados a transportar tropas y operativos al interior de La Reserva para defender nuestros intereses.
—«Vuestros» intereses —puntualizó Zoro—¿Y nuestros intereses de mantener una tierra virgen y libre de influencia *beta*?
La coronel abrió las manos y se encogió ligeramente de hombros antes de empezar a juguetear con su pulsera de asesina.
—La cantidad de influencia, presión y control que nos veamos obligados a ejercer, dependerá solo de vosotros, alcalde —le dijo.
Entonces, alguien llamó a la puerta de la sala de reuniones y, tras un fuerte pitido de seguridad, la entrada se abrió. Como en una película de terror, la puerta se fue deslizando lentamente, mostrando a una figura de vestido negro y sendas cuentas alrededor de su cuerpo como cadenas de un alma en pena.
—La Má ya ha… cagado —anunció el pequeño Hámsto, saliendo de detrás de su alargado cuerpo.
Zoro suspiró, cerró el portafolios y lo deslizó de vuelta en dirección a la coronel.
—Me entristece saber que, tras tantísimos años, los *betas* sigáis siendo solo un grupo de animales salvajes —murmuró.
Y, de pronto, el alcalde clavó las garras en el brazo de la coronel, arañó la carne hasta romper su pulsera de cuentas y, mientras la mujer chillaba, la Má se puso a sus espaldas y le rompió el cuello con tan solo un rápido movimiento. Después, Zoro mató al Mayor general cercenándole la glotis con sus garras. El *beta*, completamente sorprendido por la rapidez de los sucesos, no pudo hacer nada más bajar la mirada y ver como su sangre empapaba su bonito uniforme, sus muchas medallas y su elaborada copia del Pacto; antes de derrumbarse sobre la mesa y caer muerto al suelo.
Me levanté de un salto y fui a darme la vuelta para matar a mi súper amigo y mi coleguita antes de que nos hicieran daño y nos dispararan, pero un disparo retumbó en la sala antes de que fuera capaz. Seguido de un segundo igual de ruidoso.
Me detuve en seco y abrí mucho los ojos.

El teniente Palo-metido-por-el-culo, había sido el que había disparado a los soldados-alfa a traición, dejándolos lo suficiente dañados para que la Má no tuviera problema en acercarse, quitarles los cascos y dejarlos inconscientes.
Después, el teniente Copper se volvió hacia Zoro, le entregó su tarjeta magnética de identificación y le dijo:
—Lemér está ya en el helicóptero, sedado e inconsciente. Tenéis diez minutos para huir antes de que suenen las alarmas. Buena suerte.
El alcalde asintió, tomó la tarjeta con su manos de garras ensangrentadas y dijo:
—Muchas gracias por todo.
Yo me quedé con la boca entreabierta. Aquel no era mi Tigrotástico Plan, porque en mi Tigrotástico Plan, yo me abría camino a arañazos y mordiscos entre las hordas de *betas*, salvaba a mi precioso *omega* como el atractivo y feroz héroe que soy, y después le cargaba en brazos para escapar por el horizonte a la caída de la noche.
En mi Tigrotástico Plan, ningún *beta* de expresión cansada y ojos húmedos, me miraba y me decía:
—Haz muy feliz a Lemér. Él se merece lo mejor.
Por primera vez en… no en mi vida, pero sí en mucho tiempo, me quedé sin palabras. Ni chistes, ni frases estúpidas, ni gruñidos, ni ingeniosos comentarios. Completo silencio y un profundo ceño fruncido antes de que Zoro tirara de mí con fuerza y me arrastrara por el pasillo en dirección al nivel superior.
Tras nosotros, se oyó otro atronador disparo y el retumbar de un pesado cuerpo al caer al suelo.

YO TAMBIÉN TE QUIERO

Cuando me desperté de nuevo, la muerte había venido a buscarme.

Tenía un velo traslúcido frente a un rostro alargado de grandes ojos negros y pesado maquillaje oscuro. Debía ser la muerte animana, porque también tenía bigotes y numerosas cuentas colgando de su cuerpo.

Solo para asegurarme, pregunté con voz ronca, baja y adormilada.

—¿Eres la muerte *omega*? —y después—: ¿Hay café en el más allá?

La muerte se inclinó sobre mí, acariciándome la mejilla y los bigotes con su sedoso velo antes de responder a mi oído:

—No, soy la Má de Valle Dorado, Súrica.

Parpadeé y, a medida que mi cabeza dejaba de ser una brumosa bola de pensamientos inconexos y mi cuerpo salía de un estado de estupor, pude empezar a sentir el rugido de las hélices de un avión y la mezcla de aromas que el viento agitado transportaba.

Pero fue apenas un segundo o dos antes de que otra figura se inclinara sobre mí. La misma figura que me tenía en brazos y me apretaba, quizá demasiado fuerte, contra su enorme cuerpo.

—Lemér —dijo. Su voz no era el suave susurro de la Má, sino un gruñido nervioso—. ¿Estás bien? ¿Te han hecho algo?

—No.

—¿No estás bien?

—No, que sí estoy bien —traté de responder mientras me frotaba el rostro.

—¿Estás seguro?

—Tigro —gruñí. Lo último que necesitaba en aquel momento era a un *alfa* sobreprotector, preocupado e invasivo.

El *salvaje* se separó y me dejó algo de espacio, todo el espacio que podría darme sin dejar de apretarme con fuerza, quiero decir. Resoplé y me pasé ambas manos por el tupé despeinado. Volví a parpadear y miré el techo del helicóptero. Entonces, llegaron las preguntas.

—Vale, ¿qué me he perdido? —pregunté—. Porque lo último que recuerdo es estar en una especie de hospital militar, atado a una cama y sedado.

—Te hemos ido a rescatar, obvio —respondió Tigro con la cabeza bien alta—. ¿Te creías que iba a dejarte allí con los *betas*?

Fruncí el ceño y ladeé el rostro para mirarle.

—¿Y cómo lo habéis conseguido?

—Oh, bueno, verás… —empezó él, poniendo los ojos en blanco mientras separaba una mano de mí para acariciarse la barba atigrada—. Yo tenía un gran plan, un maravilloso plan. Perfecto, de hecho, cero fisuras. Lo llamaba «Mi Tigrotástico Plan» y…

Le aparté de delante con la cola y miré al *omega*-hamster que, por alguna razón, estaba sentado en una esquina del helicóptero, con cara de ansiedad y las manos muy apretadas contra las correas.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—Oh, ehm… —jadeó él, tratando de olvidarse de su terror a las alturas y darme una respuesta coherente—. Negociamos con los *betas* y fuimos allí y la Má dijo que tenía que cagar y fui con ella para colar el vídeo en la red a través de uno de los servidores.
Miré a la Má, una perturbadora figura de negro que parecía sacada de una puta película de miedo.
—Vale… —murmuré, volviendo a cerrar los ojos mientras me acomodaba en el regazo de Tigro —. Vamos a esperar a que se me pase el efecto del sedante, porque esto es muy confuso y me está empezando a doler la cabeza.
Tigro hundió el rostro en mi pelo y lo frotó con cariño, ronroneando por lo bajo mientras me acunaba de la forma más dulce imaginable. La tentación de volver a quedarse dormido fue muy seductora, pero había algo que no dejaba de clavarse en mi cadera.
—¿En serio? —terminé susurrando.
—Llevo cinco días lejos de ti —respondió el *alfa* en el mismo tono bajo e íntimo—. Y estás empapado. Y, ahora que sé que estás bien, mi cuerpo ha cambiado sus prioridades. He pasado de Tigro-héroe a Tigro- cojones hinchados.
—No mientas —le pedí—. Tú nunca has dejado de ser Tigro-cojones hinchados.
El *salvaje* se rio por lo bajo, haciendo vibrar su abultado pecho y a mí sobre él.
—Nunca te oigo quejarte de eso, solo gemir y gemir: Tigroooo dame máaas…
—Primero, eso no es algo de lo que me queje y; segundo, yo no he gemido así en mi vida.
—Lemér, por favor.
—De hecho, lo único que se oye es a ti diciendo: «oh, Lemér, eres el mejor *omega*. Eres lo mejor de la Reserva» —respondí con una mala imitación de la profunda voz grave de Tigro.
—Pfffff —resopló él, moviéndome el pelo con aire caliente y leves gotas de saliva—. Eres mi *omega*, ¿qué se supone que quieres que te diga? «Oh, Lemér, eres lo más decente que he conseguido. Probablemente haya algo mejor que tú, pero me he conformado y ahora ya es tarde».
Entreabrí los ojos y la lancé una mirada seria. Tigro respondió con una expresión de labios apretados, bigotes tensos y ojos muy abiertos; como jade y betas de oro, brillantes, hipnóticos y vivos.
Por un instante recordé aquellos mismos ojos en una foto, tan parecidos y diferentes al mismo tiempo. El salvaje dejó de hacer el tonto y frunció el ceño, detectando al instante mi cambio de humor y mi tristeza.
—Estaba bromeando, joder —susurró, malinterpretando mi repentina tristeza. Entonces se inclinó y, rozando nuestros bigotes en una caricia, añadió un todavía más bajo—: eres lo mejor de La Reserva.
No respondí. No quería sacar aquel tema en aquel momento. Ni siquiera estaba seguro de querer decirle a mi *alfa* que sabía la verdad, que sabía lo que le habían hecho y lo que él me había escondido.
Eso ya no importaba.
Con un suspiro, murmuré:
—Si va a ser tan fácil hacerte ceder, esto va a volverse muy aburrido.
Tigro gruñó y me mostró los dientes de afilados colmillos en una sonrisa algo cruel.
—Solo te estoy diciendo esto porque estás débil, Lemér, , y, además, sé que te has dejado atrapar por los *betas* solo para llamar mi atención.
—Ay, por dios —resoplé, apartando el rostro mientras ponía los ojos en blanco.
—Lo entiendo, no te preocupes —continuó él tras encogerse de hombros—. Necesitabas una prueba de amor y te empapabas solo de pensar en mí yendo a rescatarte y llevándote de vuelta a

casa en brazos. Sinceramente, es bastante ridículo, pero, ey, ha funcionado.
—Ojalá los *betas* me hubieran matado solo para no tener que oírte ahora mismo.
—No digas eso, Lemér —me pidió—. No te avergüences de desearme tanto que necesitas recurrir a planes absurdos y desesperados para llamar mi atención. Entiendo que mi mera presencia, mi increíble atractivo y mi imponente poder sexual, crean muchas inseguridades en ti y…
—Tigro, voy a llorar de la vergüenza ajena que me estás dando. Para, por favor —le rogué.
¿Paró? No… por supuesto que no. Si no, no sería Tigro. Continuó con su estúpido monólogo hasta que le tapé la boca con la cola y, entonces, siguió gruñendo palabras sin sentido a través del pelaje. Por alguna razón, se me escapó un bufido y sonreí, incapaz de entender cómo podía ser tan jodidamente insoportable y, a la vez, tan divertido.
Aunque, la verdad, había llegado ese momento en el que creía que era mejor dejar de preguntarse el por qué y, simplemente, dejarse llevar. Aparté la cola de sus labios y me incliné un poco para besarle. Solo entonces el *alfa* se calló, bajando los parpados y ronroneando como un enorme gatito mientras deslizaba lentamente su lengua contra la mía.
Al separarme, volvió a entreabrir los ojos y jadeó, tragó saliva y susurró un bajísimo:
—Vale… creo que me he corrido.
—¿Estás bromeando?
—No —respondió él, apretándome más contra su cuerpo para ocultar su más que evidente erección y la cálida humedad que ahora la cubría—. Se bueno y finge que no ha pasado nada. El orgullo de tu *alfa* está en juego.
—Claro… —asentí—. ¡Chicos! —me giré—. ¡Tigro se ha corrido! Me ha besado y se ha corrido sin más —exclamé, señalándole con un dedo—. ¿Lo habéis oído todos? ¡Se corrió como un adolescente en los pantalones!
El salvaje se quedó quieto, con la mirada al frente y el rostro cada vez más colorado mientras la Má y el *omega* le miraban. Había también un *alfa*-zorro anciano en el puesto del copiloto y, por alguna razón, un beta a los mandos del aparato; ninguno de los dos se volvió, pero supuse que también me habían escuchado.
Tigro tomó una profunda bocanada de aire y alzó la cabeza con orgullo, colorado como un tomate, bajó la mirada hacia mí y me dijo con tono serio:
—Me has traicionado y me has dejado en ridículo y te odio muchísimo, pero has hecho exactamente lo que yo hubiera hecho en tu lugar y por eso te respeto y te amo con todo mi puto corazón.
Sonreí con malicia y le di un pequeño besito de judas en la comisura de los labios.
—Lo sé… yo también te quiero.



Lo que ocurrió realmente en la base militar, no lo descubrí hasta dos días después.
Mis primeras conjeturas fueron que el alcalde y la Má hubieran ido a negociar mi liberación y que Tigro hubiera estado allí solo por ser mi *alfa*; aunque eso dejaba la interrogante del *omega*-hámster y ese misterio de «los servidores».

Por desgracia, antes de satisfacer mi curiosidad tuve que atender a otras prioridades; es decir, mi *alfa*. Tras tomar tierra y aterrizar, el salvaje me había llevado con él directo al territorio y, casi de forma descontrolada, se había echado sobre mí para recuperar el tiempo perdido. Entró en estado salvaje y se pasó toda una tarde encima de mí, rugiendo, sudando, mirándome fijamente con ojos asesinos y repitiendo solamente: «Leeemeeerrrr».

Después, me limpiaba hasta quedar ello y suspiraba, dejándose caer a mi lado, relamiéndose y sonriendo como si fuera el *alfa* más feliz del mundo.

Dos días después, le había crecido la barba medio centímetro; todo un logro para tratarse de un estado tan avanzado de la relación, cuando el crecimiento empezaba a ralentizarse casi por completo. Eso me lo dijo el propio Tigro mientras miraba su reflejo, sonreía con orgullo y se la peinaba un poco con las garras. Realmente lo hacía solo para que no se le enredara, porque realmente no podía controlar la forma que tomaba. El salvaje estaba empezando a tener bastante aspecto de leñador, con su media melena caótica y la barba cada vez más triangular: con el mentón mucho más largo que los lados, los cuales ya no le crecían tanto. No era una barba muy exagerada, pero era una barba que no dejaría de crecer y crecer hasta el día en el que alguno de los dos se muriera.

Fue el recorrido bajo de un avión el que terminó con nuestra pequeña luna de miel. Un transporte estratégico C-5 Galaxy atravesó el cielo con un grave zumbido y me temí lo peor. Y, lo peor, estaba a punto de suceder.

Los *betas* habían llegado a La Reserva, y lo habían hecho para quedarse.

Usando los subterfugios, mentiras y medias verdades que hicieran falta, habían justificado la invasión y expoliación de Mina Negra y el rodio que contenía. Ese primero C-5 Galaxy solo fue el primero de muchos que, durante la semana, recorrerían La Reserva cargando materiales y maquinaria minera; además de soldados, por supuesto.

Esto no tomó por sorpresa a ninguno de los alcaldes y, al parecer, Top, del Abrevadero, había hecho abandonar el antiguo asentamiento para formar uno nuevo en el linde de la excavación minera, al cual, habían llamado Altos Muros.

—¡Un muro no será suficiente, Capri! Los betas tienen aviones y tanques y millones de balas y explosivos. ¡Tenemos que empezar a cavar madrigueras y planear una guerra de guerrillas: ataques rápidos y ligeros para sabotearles y minar sus fuerzas. Nunca buscar enfrentamientos justos. El principal objetivo ha de ser el sabotaje y la interrupción se suministros desde la retaguardia.

El viejo alcalde me escuchó con paciencia, pero no compartió mi frustración y miedo. Lo cual, sinceramente, me molestó bastante.

—Quizá creáis que los *betas* se limitarán a robarnos la mina, pero no van a parar ahí. Ya han abierto la veda, ya han roto el Pacto que ellos mismos redactaron y firmaron. Ahora, harán todo lo que quieran si no los detenemos —traté de advertirle—. Los *betas* toman algo y después solo quieren más y más y más, hasta haberlo consumido todo.

Me quedé respirando con fuerza y con las manos muy abiertas, observando al alcalde asentir y murmurar:

—Estamos preparados para la guerra de vernos obligados a ello, Lemér, pero por ahora solo tomaremos precauciones.

—No —negué, rindiéndome al fin—. Tenerles miedo es lo peor que podéis hacer. Hay que frenarles en seco o ya será tarde.

El alcalde se levantó de su silla y se acercó a mí, mirándome a través de sus lentes y mesándose su larguísima barba. Aún recordaba la primera impresión que me había dado: la de un fauno de

cuento de niños, con sus graciosas gafas y su gracioso paraguas. Ahora, sus ojos me parecían extrañamente profundos y sabios y sus palabras cayeron sobre mí como un tranquilizador torrente.
—Lemér, confía en los alcaldes. Sobreviviremos, como hemos hecho siempre —después, simplemente tomó una bocanada de aire y añadió—: ¿serías tan amable de llevarles un par de novelas a los alfas-soldado, por favor? Ya se lo he pedido a Líbere, pero siempre se olvida de llevar los libros cuando les hace visitas.
Puse los ojos en blanco y, tras un leve suspiro, asentí.
—Claro, Capri. Aprovecharé también para llevar las cartas a Presa de Arce y Jabail.
Volver a la normalidad, como si nuestro final no estuviera pendiendo sobre nuestras cabezas como la hoz de una guadaña, era, sin lugar a dudas, la mejor forma de pasar el rato. Dejé el despacho atrás y bajé a la biblioteca para elegir las primeras cinco novelas de la estantería, con ellas bajo el brazo, fui a la caseta al lado del tronco hueco en el que habían «apresado» a los «soldados-alfa».
Tigro ya me había dicho que los habían dejado allí; y Benny me había dicho que eran unos putos aburridos y nunca salían. Tras un par de días, cuando habían dejado de ser la emocionante novedad, los omegas les habían dejado tranquilos, pero ellos seguían encerrados por propia voluntad.
Me planté delante de la puerta y llamé con el puño un buen par de veces. Se escuchó un murmullo desde el interior y después una profunda voz grave de tambor que decía:
—Por favor, dejarnos en paz. No queremos comida ni nada más. Estamos bien.
—Soy Lemér —anuncié.
Otro breve murmullo después, más largo que el primero, precedió a la leve abertura de la puerta, tras la cual había un enorme e imponente úrsido albino.
—Hola… —le saludé, específicamente, con la mano en la que me faltaba el meñique.
—¿Vienes a matarnos? —fue su pregunta.
—Pues… —dudé, echando una ojeada a los títulos de las novelas que había seleccionado al azar —. Digamos que he venido a matar vuestras esperanzas por un final satisfactorio y un argumento con sentido.
Mi broma no hizo efecto alguno, así que me vi obligado a añadir un calmado y firme:
—Si quisiera mataros, ya estaríais muertos. Mi *alfa* es el único de los dos que pierde el tiempo regodeándose y haciendo el gilipollas.
Eso, pareció ser suficiente para convencerle. Abrió un poco más la puerta, echó una veloz ojeada a mis espaldas por si veía a otros omegas, y alargó la mano para aceptar los libros.
—Son de la biblioteca del Pinar —le advertí antes de dárselos—. Como los rompáis, los ensuciéis o los destrocéis, os cortaré la puta polla y usaré la piel para hacer las nuevas portadas. Ediciones de bolsillo, evidentemente —sonreí—, porque esa piel no va a dar para mucho.
El úrsido tomó los cinco libros con solo una enorme mano y, después, soltó algo parecido a un leve gruñido.
—Pregúntale a Tigro, si quieres —murmuró—. Solo con la piel de la mía, podrías renovar las portadas de toda la biblioteca.
—Ah, sí, Tigro ya me habló de ti y tu novio Teddy.
El úrsido apretó los dientes y abrió un poco más la puerta. Les habían dado ropa de la reserva y ahora, sin el uniforme, se podía diferenciar a la perfección su redondeada barriga y su imponente cuerpo contra el jubón de lana blanca.
—Tigro se la chupaba a sí mismo, ¿eso también te lo contó? —me dijo con cierto enfado y las

mejillas del rostro cada vez más coloradas.
Puse una mueca aburrida y moví los ojos en un semicírculo, siguiendo el recorrido de mis pestañas.
—Tigro sigue chupándosela a sí mismo, que es lo peor —respondí.
—Porque es un animal patético.
—Lo sé —asentí—. Se lo digo cada día.
El úrsido pareció quedarse sin argumento y, sin saber muy bien qué hacer, miró los libros en su mano y los levantó en señal de agradecimiento.
—Gra… gracias, de todas formas —murmuró.
—¿Puedo pasar? Querría hablar con vosotros un momento.
—Ehm… no, no sé sí sería seguro. La verdad —reconoció tras un momento de duda—. Las feromonas nos afectan mucho más que al resto y…
Y crucé de todas formas, apartando la puerta con la mano para mirar el interior de la cabaña. Estaba algo oscuro porque tenían las cortinas echadas y olía a cerrado y sudor, debido al tiempo que se habían pasado allí encerrados; de nuevo: solo por propia voluntad.
Me topé con el resto de los cuatro alfas agazapados como un par de niños en una esquina, mirándome con ojos atentos y hambrientos; especialmente, Lio, «mi alfa perfecto».
—Lemér… —gruñó.
—Hola —respondí yo—. Quería saber si habíais decidido iros o quedaros en La Reserva.
El úrsido a mis espaldas intercambió una mirada con el resto y fue el que respondió:
—No podemos irnos sin nuestros cascos. El aroma *omega*…
—Lleváis chupando aroma *omega* desde hace cinco días, os aseguro que a estas alturas podéis controlaros perfectamente y salir de aquí.
—No es tan fácil —gruñó Daddy-Lobo. Oh, sí, me acordaba bien de él y de lo gilipollas que era —. Los *omegas* se nos echan encima y nos… excitan solo para hacernos sufrir.
—Sí, sois la puta envidia de la Comarca —asentí, llevándome las manos a la cadera mientras echaba otro vistazo a la casa. Además de oscura y apestosa, la tenían hecha una mierda con marcas de tres en raya pintados con las garras solo para pasar el tiempo—. Los *alfas* del lago se están planteando seriamente cambiarse al bando *beta* solo para que también los encierren aquí.
—Qué gracioso eres cuando no saboteas misiones y estrellas helicópteros —me acusó Daddy-Lobo.
—Yo siempre soy gracioso —respondí—. No importa el momento. —Después, me volví hacia la puerta y añadí un breve—. Seguidme, hoy vais a ayudarme con algo.
¿Tuve que insistir? Por supuesto. ¿Tuve que amenazarles? Un poco. ¿Tuve que prometerles que no iban a venir *omegas* y a hacerles sufrir? Por supuesto.
Tras diez minutos de discusiones, al fin conseguí sacarles de allí, nerviosos y asustados como un par de ridículos peregrinos puritanos recién llegados a las costas de la pecaminosa Reserva. Miraban inquietos a todas partes y caminaban muy juntos, esperando que les sorprendieran en cualquier instante.
Eso no pasó porque ya había hablado con el resto y, con muy pocas ganas, habían respondido que les daba igual y que ya no eran tan interesantes como al principio.
Los guie hasta el Hogar y les puse a clasificar la absurda montaña de cartas acumuladas en mi ausencia, después, les ofrecí acompañarme a Vallealto para entregar los tres sacos. Creyendo que sería su oportunidad para escapar al fin, aceptaron y me acompañaron la mitad del camino antes de escapar corriendo al unísono; creyéndose ya libres de la influencia *omega*.
Suspiré y negué con la cabeza. Putos *alfas*, siempre tan ridículos.

Nada más llegar a Vallealto, Tori sintió la necesidad de pedirme perdón y confesar que había sido él quien había mandado las novelas guarras del Tímido Omega a la imprenta.
—Lo siento muchísimo —me dijo con la cabeza gacha y una mueca dolida—. Zora me decía que harían daño a mis padres si no la ayudaba. Tú… sabes que…
—No pasa nada, lo entiendo —le interrumpí, porque yo no era quién para juzgar y, la verdad, esa clase de situaciones me incomodaban muchísimo. Era mucho mejor dejarlas pasar—. ¿Has visto a Buyú? —añadí—. Creo que yo también le debo una buena explicación.
La expresión de Tori paso del arrepentimiento a la sorpresa y, de ahí a la pena y la fría advertencia.
—Es mejor que no. Buyú todavía está… muy dolido.
—Lo entiendo —repetí con un asentimiento—. Si puedes y ves que es el momento, dile que lo siento y que nunca quise hacerle daño.
—Se lo diré —me dijo, aunque no creo que lo fuera a hacer. No en mucho tiempo, al menos.
Subiendo de vuelta a Presa de Arce, me encontré con el soldado-leopardo subido a un árbol, mirando el cielo con expresión distraída hasta que me olió acercarme y se escondió, creyendo que no le había visto.
—Los aviones de carga están yendo a Altos Muros, en Cauce Rápido, al noroeste de aquí —le informé de pasada, saltando de rama en rama—. Hay un mapa en el Hogar por si lo necesitas.
Lepar gruñó en respuesta, como si le molestara que le diera tanta información. Si se esperaban que les obligáramos a quedarse, estaban muy equivocados. Que huyeran si querían, que volvieran al mundo *beta* y que vivieran encerrados, maltratados y sometidos. Y, sinceramente, mejor que lo hicieran ahora antes de darse cuenta de lo mucho que estaban dejando atrás.
Si yo lo hubiera hecho, quizá incluso habría conseguido volver a mi pasado, a vivir en la ciudad y conformarme con lo poco que sabía de mí mismo y los *alfas*. Quizá hubiera vivido un par de años más con Copper hasta que se hubiera casado.
Pensar en eso me puso un poco triste. Nuestra despedida no había sido la mejor del mundo y ahora ya era tarde, Tigro me había dicho que, cuando ellos habían llegado para rescatarme, Junior ya no estaba allí. Conociéndole, habría subido a su deportivo y habría conducido a 150km hora hasta el primer bar de carretera que encontrara para beberse la mitad del local en chupitos de tequila.
Solo esperaba que algún día pudiera perdonarme y que fuera feliz. Él se merecía ser feliz.
Mi llegada a Presa de Arce causó un gran revuelo, pero no por las razones correctas.
—¿Cómo has tardado toda una semana en volver, Lemér?
—¿Qué pasó?, ¿Tigro no te dejaba salir de su territorio, eh?
—Creíamos que nunca volverías ya y que nadie se presentó voluntario para ser el nuevo cartero.
A lo que respondí un simple:
—No. Me atraparon los betas y me llevaron con ellos como prisionero.
El silencio fue absoluto y las expresiones de terror… nah, la verdad es que las caras de miedo y sorpresa fueron bastante divertidas. Era increíble que el cotilleo más tonto del mundo corriera como una plaga por Mil Lagos, pero que el hecho de que me hubieran capturado no hubiera pasado de los alcaldes y los *omegas* del Pinar. Posiblemente Benny tuviera algo que ver con eso. Él y esa tontería del «orgullo de los *omegas* de Mil Lagos». No podía ser que hubieran capturado al *omega* del mejor *alfa salvaje* de la Comarca. ¡¿Qué pensarían las demás villas *omegas*?! Todo un escándalo… Tigro era la mayor joya del lugar y, como tal, había que esconder alguno de sus trapos sucios para que no dejara de brillar.
Algo con lo que Jabail no estaba de acuerdo, por supuesto. El enorme *alfa salvaje* era ahora el

único *salvaje* soltero, lo que le convertía en el mayor objeto de adoración y deseo de la Comarca. Por desgracia, ese fue el mismo motivo por el que nuestra querida amistad debía quedar limitada a una comunicación por carta, ya que convertirme en el omega de Tigro me había vetado para siempre de su territorio.

Mierdas de salvajes. Yo no preguntaba y me daba igual, el caso era que Jabail había movido una enorme piedra-buzón al linde de su territorio y me había dejado allí una larguísima carta donde me explicaba «el gran pesar» que sentía al haber descubierto «mi mala elección». Y eso era solo un breve resumen de una monólogo de carilla y media. Después, me explicaba que ya no podríamos volver a vernos porque provocaría una pelea entre él y Tigro y Jabail «no quería dejarme viudo tan pronto».

Puse los ojos tan en blanco que me dolieron los párpados. De todas formas, hice una nota mental para responderle, porque en el fondo me caía bien y, la verdad, Jabail hacía muy buenas recomendaciones literarias.

Mi última parada fue el territorio de Tigro, donde vacié un saco entero de cartas sobre el suelo del balcón con techumbre de madera y enredaderas.

—¿Más bombas? —preguntó el *salvaje* tras meterse un pedazo de tocino en la boca.

—Mucho peor: cartas de *omegas* llorando por haberte perdido —murmuré con desgana.

—Ooooohhhh… —ronroneó él, moviéndose desde la cocina hasta la montaña de cartas. Tomó una al azar y la abrió con la afilada garra para leer—: Querido Tigro, tengo el corazón roto… Ogh, ¡qué maravilla!

Negué con la cabeza y me senté al lado de la hoguera, allí donde el *salvaje* ya había puesto a calentar el café con canela. Me serví una taza y soplé el líquido humeante mientras escuchaba a Tigro seguir leyendo otra carta.

—Escucha esto, Lemér —se rio—. Estoy tan dolido que no creo que pueda volver a ser feliz. ¿Ves?, ¿ves la suerte que tienes? ¡Y tú no paras de quejarte!

—Vivo en el paraíso y ni cuenta me doy —murmuré antes de beber un trago de café.

—«Me quiero morir, sin ti, me quiero morir, Tigro» —leyó de otra—. Un tanto dramático para mi gusto, pero lo entiendo. Yo tampoco querría vivir en un mundo sin mí.

—No podrías hacerlo, porque en un mundo sin ti, tú no existirías —le corregí.

—Y vaya mierda de mundo sería entonces, ¿a qué sí? —me preguntó con una enorme sonrisa de psicópata—. ¿Sin mí quién te iba a comer el culo hasta reventar y a quererte tanto, Lemér?

Me llevé la taza a los labios y solté un leve «meh», mientras me encogía de hombros.

—«No entiendo cómo has podido elegir a ese lemuriforme y no a mí, Tigro. Eres un hijo de…», bueno, bueno, creo que algunos se han pasado un poco —murmuró, tirando la carta al fuego y abriendo otra—. «Sigo pensando en ti y seguiré haciéndolo sin importar el *alfa* con el que esté», ooooh… —gimió con una mano en el pecho y una sonrisa—. Qué cosa más bonita: seguirá pensando en mí mientras se folla a otros. Como hiciste tú, Lemér… —terminó en un tono más bajo y frío.

—Pasa página, Tigro.

—Uy, esta es para ti —anunció de pronto, mostrándome un sobre amarillento.

Al principio creí que era una broma, hasta que el alfa se acercó, se sentó a mis espaldas y me rodeó con los brazos mientras me mostraba lo que había escrito en el reverso: «Territorio de Tigro el Salvaje» y, más abajo y en letra pequeña «Alferez Lemér».

El corazón me dio un pequeño vuelco y tomé la carta de su manos, abriéndola con el ceño fruncido. En el interior solo había una única página con una única frase:

«*Lemér, espero que seas muy feliz. Te mereces lo mejor. Firmado: Copper*.»

Me quedé mirando la carta un buen minuto, releyéndola una y otra vez.
—¿Bueno… y quién es ese Copper? —se oyó una voz a mis espaldas.
—Es un… *beta* —murmuré—. Bueno, de hecho, era mí… digamos que mi ex —le confesé. Entonces, fruncí el ceño y volví el papel, mirándolo bien antes de observar el sobre—. ¿Cómo ha conseguido hacerme llegar esto?
—Con la de mierda que están trayendo en esos aviones, no creo que una carta sea lo más sorprendente —dijo el *salvaje* tras un breve resoplido—. Así que tu «ex» —añadió en tono más bajo, acentuando la última palabra como un pequeño y afilado puñal.
—No empieces —le pedí, guardando la carta de vuelta al sobre—. Trabajamos juntos, fuimos pareja y ahora… supongo que somos amigos. Está bien, me alegro de que me hubiera podido perdonar. Ojalá pudiera escribirle de vuelta para darle las gracias.
—Creo que no hará falta, tú ya le dijiste por qué te querías quedar —me recordó, acariciando sus bigotes contra mi pelo—. Por mí.
—Hay varias razones por las que me…
—Solo por mí —me interrumpió él—. Porque me amas con pasión y no has parado de soñar con darme tigrecitos y lemurcitos desde el día que me conociste.
Entrabrí los labios para decir algo pero, después, terminé suspirando y asintiendo.
—Exacto —murmuré, volviéndome hacia él para besarle—. ¿Sabes qué sería gracioso?, que nuestras crías no fueran como nosotros, ni tigres ni lémures sino… como nuestros padres o abuelos. Otra raza diferente. Sabes que podría pasar.
El salvaje se quedó un momento en blanco y después empezó a decir:
—Sssi… sería posible que eso pasara —afirmó—, pero creo que de doce crías, alguna saldrá como nosotros.
—Doce —repetí antes de soltar una ruidosa carcajada—. Claro que sí… sigue soñando, Tigro.
—Doce es un buen número —ronroneó—. Y podríamos mantenerlos perfectamente con mi territorio.
—No voy a tener doce putas crías —le dejé bien claro.
—Mmh… bueno —sonrió—. Al menos ya no dices que «no vas a tener crías» —sonrió más.
Miré sus ojos de jade y oro durante un par de segundos y después señalé la hoguera.
—Empieza a hacer la cena, tengo hambre —y me di la vuelta.
La vida podía llegar a dar muchas vueltas.

EPÍLOGO: TIGRECITOS Y LEMURCITOS

Todo empezó con un vídeo en internet.

Nadie supo de dónde vino pero, en apenas horas, ya era viral y ya estaba en todas partes. Los mayores periódicos, paginas web y redes sociales, cubrieron la noticia al instante. Columnas de opinión, tertulias y analistas discutieron sobre él durante semanas, tanto por su autenticidad como por el mensaje que quería transmitir: La Reserva no era el lugar oscuro y salvaje que se creía.

En el famoso vídeo, titulado comúnmente como «La Voz de la Guarida», aparecía un impactante primer plano de una omega sentada en un tocón. Su ropa era humana y su aspecto, cansado y triste. Una voz femenina y dulce hacía una única pregunta:

«¿Hace cuánto has llegado a La Reserva?»

La *omega* se tocaba sus orejas de conejo con nerviosismo y miraba al suelo.

—he llegado anteayer —respondía.

Seguido, un corte presentaba a otro omega, más mayor pero con ropa de lana y corte medieval. La pregunta se repetía:

«¡hace cuánto has llegado a La Reserva?»

El joven arqueaba las cejas y ladeaba su cabeza de cuernos de cordero.

—Pues… creo que hace dos meses ya. Es un poco difícil calcular el tiempo sin calendarios.

Otro corte presentaba a una tercer *omega,* más mayor y de rodillas cruzadas.

«¿Hace cuánto has llegado a La Reserva?»

—Pfff… a ver, déjame pensar —decía ella, mirando el techo un instante mientras se daba ligeros toques en la pierna—. ¿Dos años…? —preguntaba a cámara—. Sí, creo que sí. Más o menos. Pasé el primer año en la Cabaña y después me mudé a Valle Dorado —asintió.

Otro corte, otro omega, esta vez, embarazado y acompañado de un enorme *alfa* oso.

«¿Hace cuánto has llegado a La Reserva?»

—Joder —soltaba de pronto, abriendo mucho los ojos— Pues… diez años, creo. ¿Sí, no? —preguntaba a su acompañante, de larga barba con cuentas—. Sí, porque conocí a Ugso hace siete y yo llevaba tres mínimo por El Pinar.

—Los mejores siete años de su vida —añadía su acompañante antes de reírse de una forma algo bobalicona.

El omega ponía los ojos en blanco y negaba con la cabeza, mirando a cámara antes de dar una seria advertencia.

—No os emparejéis con un úrsido, son lo peor.

El alfa-oso se inclinaba, creyendo que no estaba incluido en el plano y, con una enorme sonrisa, aclaraba:

—Lo peor para el corazoncito de un omega.

—Joder —repetía por detrás su pareja.

Otro corte más presentaba a una omega mayor de arrugas y vestido de lana gruesa. Juntaba las manos en el regazo y su pelo rizo tenía un aspecto pomposo y blanquecino.

«¿Hace cuánto has llegado a La Reserva?»
—Uff, querida, pues no sabría decirte —murmuraba ella, tan entrañable como su aspecto—. Cuando yo llegué aquí, Nixon era presidente.
«¿Votaste por él?», preguntaba la entrevistadora.
La anciana se rio y negó.
—No, no se podía aún. Los animanos no podíamos votar de aquella —le recordó, y, con un tono menos divertido, añadió—: La razón por la que recuerdo a Nixon, fue que una de las políticas que uso para ganar, consistía en endurecer las leyes animanas. Causó mucho miedo y odio —se detuvo y bajó un momento la mirada a su manos envejecidas—. Mis padres beta tenían una tienda y le rompieron los cristales y la asaltaron en varias ocasiones, escribiendo cosas muy feas sobre ellos por haberme acogido. —Se detuvo otra vez y sus ojos se humedecieron, con una respiración, volvió a levantar la cabeza—. Decidí pedir el traslado a La Reserva para que no les hicieran daño por mi culpa.
La cámara se quedaba unos segundos enfocando su rostro y después, cambiaba a la primera omega recién llegada. Entonces, la pregunta cambiaba.
«¿Tienes miedo de estar aquí?»
La chica dudaba, se mordía el labio inferior y asentía:
—Bastante.
—Lo tuve —reconocía la segunda omega en una sucesión—, cuando llegas tienes mucho miedo porque no sabes cómo es esto en realidad.
—No. O sea, al llegar sí, te cuentas cosas horribles de este lugar y da muchísimo miedo venir, pero ahora pienso que ojalá hubiera venido mucho antes.
—No, claro que no —respondía el omega embarazado—. Pero sí es verdad que llegué acojonado.
—¿Miedo? —preguntaba la anciana antes de volver a reírse un poco—. Tenía miedo en el mundo beta, y tuve miedo al llegar, ahora no.
«¿Qué es lo que más te sorprendió al llegar?»
—No es tan… horrible como pensaba —murmuró la primera omega—. Por ahora no me ha atacado ningún alfa y todos han sido muy agradables conmigo.
—Los alfas.
—Los alfas.
—Joder, los alfas —fueron las respuestas en cadena de los demás.
—Me sorprendió… lo grande que era y lo bonito que parecía —respondió la anciana—. Y los alfas —añadió al final, poniendo por un momento una expresión ensoñadora—. Antes los alfas eran completos caballeros, te llevaban de paseo, te leían poesía, te escribían preciosas cartas… ahora los jóvenes solo queréis regalos y comer —acusó con un dedo a la periodista.
«¿Por qué te sorprendieron los alfas»?
—No he visto muchos, pero no… no me han atacado ni parecen… violentos ni nada así —dijo la primera omega—. Aunque llevo aquí solo dos días, no sé cómo será después en el interior.
—Porque nunca había visto nada igual —decía el segundo omega—. Al principio pensaba que me iban a matar o a… ya sabes, algo peor. Pero después —sonrió y se puso algo colorado. Mirando un momento a cámara, se encogió de hombros—. Alfas…
—Porque nunca me he corrido tan fuerte —decía el tercer omega.
—Porque son lo puto peor —respondió el omega embarazado, ganándose una mirada seria y aburrida de su acompañante oso—. Son insoportables, diossss, si pudiéramos reproducirnos por esporas y prescindir de ellos, el mundo animano sería muchísimo mejor.

—No dices eso cuando te limpio —le acusó el alfa, visiblemente ofendido.
—Tú cierra la boca —le soltó su marido, dándose la vuelta—. Lo único que sabes hacer es gritar, comer y follar. —girándose de nuevo hacia la entrevistadora, le explicó—: Ya tenemos cuatro crías y le dije, «no quiero más, Ugso, tómate la poción de regaliz» y me dice: sí, ya me la tomé, cariño —imitó su voz grave—. Y ¡boom! —se señaló el vientre hinchado—. Resulta que se había olvidado y que creía que tomándola al día siguiente funcionaría igual. ¡Cómo si fuera una poción de después para alfas! ¿¡Cómo se puede ser tan subnormal!?
El enorme alfa-oso miró un momento a cámara y después, lentamente, fue desviando la mirada a otro lado.
—Porque me trataron mejor que ningún beta hasta entonces —respondió la anciana.
«¿Te gustaría volver al mundo beta?»
La primera omega se lo pensó un momento.
—No sé. Echo muchísimas cosas de menos y extraño muchísimo mi hogar y a mi familia pero… quizá espere un poco antes de decidirme.
—No. Ya no.
—No, jamás.
—¡Nunca! ¿Estás loca? ¿Y dejar a este imbécil aquí solo?
—No, jamás regresaría. Me hubiera gustado asistir a algunos eventos, la verdad, como el funeral de mis padres. Para darles las gracias —explicó la anciana—, pero no volver. Este es mi hogar ahora, y el hogar de mis hijos y de mis nietos. Y a ninguno le desearía pasar lo que yo pasé fuera.
«Gracias».
Pero, ¿era todo eso cierto? ¿De verdad es La Reserva un lugar diferente al que nos imaginábamos? Por primera vez y en exclusiva desde la CTB, nos adentraremos en la comunidad animana para abrir las puertas a la verdad y desentrañar los secretos.
DÍA 1: 7:32 a.m. MURO. Nos encontramos en la base militar Haissenberg, a solo dos kilómetros del primer muro de separación entre el territorio estadounidense y el terreno concedido a los animanos tras firmar el Pacto de Protección. Conmigo se encuentra el general Brown, de las fuerzas aéreas. Díganos, general, ¿dónde aterrizaremos en La Reserva?
—Aterrizaremos en la base de extracción minera Mina Negra.
¿Es verdad lo que dicen algunas fuentes sobre el mal uso del Pacto y la expropiación de una terreno y unos recursos naturales que no le pertenecen a estados unidos?
—El Pacto es muy claro: esos recursos son necesarios y es nuestro derecho excavarlos. No hemos dañado a ningún animal en el proceso, hemos sido muy respetuosos y no estamos contaminando su hábitat.
¿En qué manera el rodio es fundamental para nosotros, general? Muchos acusan al gobierno de haber expropiado y agredido a los animanos por pura codicia.
—El gobierno necesita ese dinero para poder seguir costeando sus gastos, como por ejemplo, esta base y sus soldados. A todos les gusta sentirse seguros y a salvo, pero todo esto hay que pagarlo de alguna forma.
Entonces, ¿cree que es necesario mantener una vigilancia estricta de los animanos e invertir millones de dólares anuales solo en la vigilancia de esta zona?
—Sin duda. No hay que olvidar que los animanos son muy peligrosos y salvajes. Descontrolados. Podrían atacarnos en cualquier momento.
¿Les han atacado alguna vez?
—¿Disculpe?
Pregunto si les han atacado alguna vez los animanos. ¿Cuántos hombres han perdido por culpa

de sus ataques?
—A… A ninguno, pero eso no quiere decir que no vaya a suceder.
¿Cuánto tiempo lleva existiendo esta base militar y el muro?
—hace noventa años se construyeron los primeros tramos del muro y la base aérea.
¿Y en ciento veinte años no ha muerto nadie a cause de ataques animanos?
—La entrevista a terminado. Su avión sale a las cero siete cuarenta, dese usted prisa.
General, espere, general… Bueno, eso es todo, al parecer. En cinco minutos subiremos al avión y, desde aquí, seremos transportados a la base minera de Mina Negra. Con permiso de sus líderes, este equipo tendrá acceso a La Reserva por primera vez desde su creación.
DÍA 1: 9:12 a.m. MINA NEGRA. Nos encontramos en la base minera, desde aquí, se puede ver el muro de separación, los soldados asentados y, más allá, el muro animano. Según nos han informado, lo llaman Altos Muros, y se trata de una especie de poblado comercial. Desde ahí, entraremos en el territorio considerado oficialmente como La Reserva.
DÍA 1: 9:25 a.m. ALTOS MUROS. El ejército americano nos ha dejado cruzar tras haberse asegurado de no portar armas ni ningún aparato tecnológico aparte de la cámara y el micrófono. Según nos han informado, los animanos podrían alterarse u ofenderse por ellos. Debemos tener cuidado. Ahora, atravesaremos la puerta del poblado. Parece que ya nos están esperando al otro lado. Hola, buenos días, yo soy Isabella Jenkins y este es mi compañero de cámara Poul Harrison. Hemos hablado con los…
—Sí, sí, los betas. Pasad. Yo soy Batón, el *omega* al cargo de Altos Muros.
¿omega al cargo? ¿Es usted alguna clase de jefe trival?
—¿Jefe tribal? Claro… lo que tú digas. Cuidado con las escaleras, algunas están un poco gastadas. Bueno, esto es mi villa, nuestra población es mayormente de cánidos, cérvidos y roedores. Es de las más recientes de Cauce Rápido, pero hemos crecido muchísimo en estos últimos años gracias a los intercambios con los betas.
¿Comercian con los Estados Unidos?
—Sí, bueno, no. Hacemos intercambios. Han llegado muchísimos omegas y alfas del exterior tras el famoso vídeo y nuestra población ha crecido bastante. Esos omegas y alfas están acostumbrados a tonterías como las golosinas, o el café, o pasta de dientes de colorines. Yo que sé. El caso es que nos lo piden y nosotros intercambiamos materiales por ellos.
¿Qué clase de materiales? ¿Rodio y metales preciosos?
—No, no. Sobre todo, Mariguana y setas alucinógenas.
¿Ma… mariaguana?
—Sí. Los betas se chiflan por nuestra mariguana. ¿A ti te gusta?
Nunca la he probado.
—¿Quieres probarla?
Ehm… no, gracias.
Yo sí quiero probarla
Calla Poul. Emh… ¿y producen ustedes esa mariguana para comerciar con los betas?
—No, no solo para comerciar con vosotros. También la consumimos, de hecho, fueron ellos la que nos la pidieron.
¿Los soldados?
—Sep. Vienen hasta Altos Muros y fuman mucho mientras beben nuestro té. También tenemos unos tés impresionantes, pero con eso no comercian tanto. ¿Le gusta el té?
Sí, el té, sí.
—Venir a probarlo, tenemos lo mejor de lo mejor de La Reserva. Todas las mezclas: menta libre,

dulce de ciervo, limón de madriguera y, si os encontráis mal y queréis vomitar, también tenemos Tea-gro.
Nos encantaría, gracias. Aunque, ¿podría preguntarle sobre el comercio de drogas? ¿Es algo normal aquí? ¿Los soldados consumen mucho?
—Sí, bueno, en La Reserva es legal tomar drogas. A nosotros no nos afecta de la misma forma que a los betas, y, en muchas ocasiones, necesitamos dosis mayores que vosotros. Cultivamos varias clases de Mariguana que son muy fuertes y a los soldados les encantan. Dicen que les dejan en las nubes, no sé, a nosotros solos nos deja un poco aturdidos y relajados.
¿No le preocupa fomentar el consumo de drogas? No sabes si después esos soldados las venden en el mundo beta, ¿verdad?
—Ese no es nuestro problema. No quiero sonar malo ni cruel, pero no soy su padre y nos sale bastante económico darles una bolsa de mariguana a cambio de kilos de café y, no sé por qué, barritas de Mars, Snikers y todas las clases de chocolate. Nosotros no podemos producir chocolate, eso solo lo tienen en el sur, como en Do Coto.
¿Conoce la reserva de animanos de america del sur? ¿Están en contacto con ellos?
—Oh, no, claro que no. La conozco porque los betas no paran de decir que muchas empresas comercian a escondidas con los animanos de allí a cambio de café, tabaco y otras muchas drogas.
¿En serio?
—Oh, sí. De hecho, les hemos pedido café Do Coto, ya sabes, para apoyarnos entre animanos. ¿Qué té os gustaría probar?

DÍA 1: 11:30 a.m. **ALTOS MUROS**. Llevamos dos horas en el interior de La Reserva y, por el momento, nadie nos ha molestado. Los alfas parecen muy pacíficos. No se han acercado y no parece que les interese nada más que los omegas. Los omegas sí han venido a hacernos preguntas. Según nos han dicho, ninguno se siente atrapado ni en peligro. Con nosotros se encuentran…
—Lepo.
Buenos días, Lepo. Nos decías antes que has llegado hace poco a La Reserva.
—Sí, hace un par de semanas. Después de ver el vídeo empecé a preguntarme si era cierto y, la verdad, estaba bastante cansado de mi vida en el mundo beta, así que recogí mis cosas y me vine aquí.
¿Y qué piensas?
—Pienso que debería haber venido antes. Esto es tan bueno como te puedas imaginar, y más. ¡Los alfas son la hostia! Los omegas del Abrevadero me dicen que me voy a aburrir de ellos enseguida y a darme cuenta de que son gilipollas, pero no creo que eso sea posible, la verdad.
¿Cómo ha sido tu vida desde la llegada?
—Pues bastante emocionante. Pedí el traslado, tomé el avión, después el autobús hasta la base militar, de allí me llevaron en avión de transporte hasta Mina Negra y me dejaron entrar en Altos Muros. No me he movido mucho de aquí todavía, pero tengo ganas de explorar La Reserva por entero.
Muchas gracias, Lepo.
—Gracias a ti. ¡Arriba los Chicago Bulls!

DÍA 1: 12:23 a.m. ALTOS MUROS. Seguimos en el poblado. Nadie nos prohíbe movernos de aquí ni adentrarnos en La Reserva, pero el general nos ha aconsejado no movernos de aquí en caso de peligro. Por suerte, este poblado parece un punto comercial o ruta muy transitada, tanto por animanos como por los soldados y trabajadores de la mina. Con nosotros se encuentran dos

de ellos: Thomas y Sally. Gracias por acceder a la entrevista.
—De nada.
¿Qué os parece La Reserva?
—Es un lugar… extraño, diría yo. Es como viajar a la edad media pero con gente medio animal.
—Y un montón de droga y té.
¿Creeis que se abusa de la droga en La Reserva?
—No… bueno, he visto a omegas del tamaño de muñecas de juguete meterse porros como mi antebrazo de largos.
—Sí, y después irse andando como si nada. Yo me fumo eso y me muero.
—Para ellos no es lo mismo que para nosotros, ya nos lo advierten antes de comprar y consumir.
¿Venís aquí solo a consumir?
—No, nosotros no consumimos. Aunque muchos de nuestros compañeros sí, ¡en horas de descanso! Nunca antes de trabajar ni nada de eso. Nosotros vivimos en la base minera durante cuatro meses y los días se hacen un poco largos ahí metidos sin hacer nada.
Entonces, ¿habéis salido a Altos Muros por otro motivo?
—Sí, los animanos nos dejan venir aquí a tomar té, o intercambiar productos o simplemente a pasear. Siempre bajo nuestro propio riesgo, claro.
¿Qué significa eso? ¿Qué podrían atacaros?
—¿Atacarnos? No, claro que no. Llevo viniendo aquí a trabajar desde hace tres años, quedándome cuatro meses seguidos, y jamás ha habido ningún problema con los animanos. Ni con los omegas ni con los alfas. Pero sí es verdad que el terreno es bastante traicionero y, si nos perdemos o nos caemos, es probable que no pase nadie en un tiempo. Ha habido algún que otro incidente en el que un compañero salió a pasear y se cayó y estuvo horas inconsciente. Tuvimos que pedirle ayuda a los omegas para encontrarle. En media hora, ya lo habían traído de vuelta.
—Por otro lado, sí tienes cuidado y si no te fumas nada antes de pasear en mitad de la noche… La Reserva es un lugar increíble para visitar. Este lugar es precioso. La naturaleza, el aire fresco, la comida… todo es increíble.
¿Vendríais de visita a menudo, por ejemplo, de vacaciones?
—Oh, bueno… no creo que los animanos permitieran algo así. Nos les importa que nosotros estemos por aquí, porque nos consideran trabajadores de «la villa beta», así nos llaman. Pero fuera de la excavación, jamás permitirían construir nada.
¿Y que pensasteis la primera vez que visitasteis La Reserva?
—Yo pensé que era muy bonito, pero me daba miedo salir de los muros. Ya sabes, por eso de los alfas salvajes y esas cosas. Fue un compañero el que me convenció de que no pasaba nada y, ahora, la verdad es que me encanta venir aquí. A ver, es aburrido, como cualquier otro trabajo, pero a menos pagan bien.
—A mí me pasó algo muy parecido, pero después empecé a hacer pequeñas visitas a Altos Muros e incluso he podido pedir libros prestados al Abrevadero y…
Perdón, ¿libros prestados?
—Sí, tienen una biblioteca enorme en la Villa Omega, el Abrevadero. Allí es donde viven todos los omegas solteros, aquí solo viven los alfas o los omegas emparejados.
¿Quieres decir que están segregados?
—No… no exactamente.
—Yo no lo diría así, más bien diría que los omegas solteros viven separados porque necesitan un poco de espacio. Es parte de su proceso de cortejo.
¿Y en ese lugar tienen biblioteca?

—La más grande de toda La Reserva, según dicen ellos.
—Pero bueno, aquí todos los alfas dicen que tienen «lo mejor de la Reserva». Es como un cliché. ¿Y poseen libros humanos? ¿Clásicos?
—No, no. Todos sus libros son animanos. Los escriben aquí y los imprimen. A mí la verdad es que me gustan bastante, son muy entretenidos. Te da una perspectiva muy diferente de ellos a la que tenemos los *betas*.
¿Y qué genero suele predominar? ¿Bélico, romance?
—Nunca he visto la colección entera, pero Canke, el cartero del Abrevadero, suele traer unos cuantos y nos deja elegir. Por lo que he visto, hay un poco de todo, aunque les suele gustar mucho la intriga y la novela tradicional con toques fantásticos. Ahora está muy de moda una saga llamada, Los Asesinatos del Ciervo.
¿Asesinatos?
—Sí. Trata sobre un cérvido, o sea, un alfa-ciervo, que puede ver los crímenes antes de que ocurran, entonces debe descubrir la manera de evitarlos. Estoy enganchadísima, la verdad.
¿Los crímenes son comunes en La Reserva?
—Ah, no, esa novela no transcurre en La Reserva, sino en New York. Corze, el protagonista, se comunica con una detective omega de la ciudad a través de los sueños y… sé que suena super estúpido, pero juro que es buenísimo. Tiene un poco de todo: romance, acción, misterio…
Estoy deseando leerla. Muchas gracias a ambos por responder.
—Gracias a ti.
—Un saludo a mi madre. ¡Mamá, salgo en la tele!

DÍA 1: 02:45. ALTOS MUROS. Los animanos nos han permitido comer en el comedor grupal. Como podéis ver, una gran sala con reministencias vikingas muy interesantes. Aquí se reúnen los alfas y omegas de la villa durante los descansos, reuniones y actividades. Hemos conseguido encontrar a lo que se ha descrito como un alfa salvaje, la categoría más peligrosa y agresiva de los animanos. Está emparejado y nos ha permitido acercarnos a él, su omega y sus crías para hacerle una entrevista.
Muchas gracias por darnos esta oportunidad, somos conscientes del privilegio.
—Oh, lo sé, de nada. Me has pillado en un buen día.
Se le considera a usted lo mejor de lo mejor en cuanto a…
—Por dios…
—Disculpa a mi omega, ¿qué decías? ¿Qué soy lo mejor de lo mejor?
Emh, sí. Se le considera a usted un alfa por encima de la media. El gobierno asegura que es usted muy peligroso y que podría causar la muerte de incontables personas si perdiera el control.
—Es totalmente cierto. Podría matar a un ejército entero. ¿A qué si, precioso? Papi podría matar a un montón de betas.
—Sí, ¡papá es súper grande y fuerte!
—Tigo, termina la comida e ignora a tu padre.
¿Es su hijo?
—Sep. Tengo otros dos, pero se han ido a jugar con las demás crías. Otro enorme tigre blanco y un precioso lémur pelirrojo.
¿Serán alfas salvajes como usted?
—Eso espero. Nada me haría más feliz.
¿Se trata de un factor hereditario? ¿En gen salvaje?
—Oh, bueno, no exactamente. Hay muchas posibilidades de que se hagan salvajes, pero no tiene por qué. De todas formas, tenemos pensado tener muchos más.

—No muchos más.
—Un par más.
—Dos más como mucho.
—Me encantan las crías. Siempre he querido tener tigrecitos y lemurcitos.
Y, ¿qué le identifica a usted como salvaje?, además de su gran tamaño.
—Muy buena pregunta. Verás, a parte de mi gran tamaño, también poseo un territorio para mí solo y mi omega, una fuerza y velocidad mayores a la media, y follo mejor que nadie.
¿Di… disculpe?
—Que follo mejor que nadie. ¿A qué sí, Lemér?
—Podéis cortar eso en la edición final. De hecho, cortad toda esta entrevista.
—No, qué va. Los betas quieren ver a un *salvaje*.
Es muy interesante tener la oportunidad de conocer a uno. Solo se encuentran en La Reserva.
—¿Ves?
Tiene usted cuatro cuentas en la barba, según tengo entendido, eso quiere decir que llevan cuatro años de relación. ¿Me equivoco?
—No, no te equivocas.
¿Podría decirnos qué simbolismos tienen sus cuentas?, ¿o es algo muy privado?
—No, en absoluto. Esta cuenta simboliza que tengo la polla enorme. Esta simboliza que puedo hacer que mi omega se corra cuatro veces seguidas. Esta simboliza que…
—Tigo, vete a jugar con tus hermanos, anda.
—¡No he terminado de comer!
—Que te vayas.
—Jo…
—Mi omega se crio en el mundo beta y no le gusta que las crías me oigan decir estas cosas. Aunque es del todo normal en La Reserva.
¿Se ha criado usted en el exterior?
—Sí…
—De hecho, venimos aquí de vez en cuando a conseguir café y *snickers*. Yo soy un gran artista, creo hermosísimas tallas en madera y vendo el mejor té de toda La Reserva. El Tea-gro. ¿Lo habéis probado? Tenéis que probarlo.
No, no hemos tenido el placer.
—Va muy bien para después de comer.
—Si quieres vomitar.
—Lemér… no digas eso delante de la cámaraaaa…
—Seguro que queda horrible después de que dijeras que tienes una cuenta en la barba que simboliza el enorme tamaño de tu polla.
—Pero eso es cierto, lo de mi té, no.
—Aha…
¿Y podría preguntar cómo es estar con un alfa salvaje? ¿Es más peligroso?
—Mucho más peligros. Si crees que los alfas normales tienen el ego desmedido, espera a conocer a uno de estos.
—JA, JA, JA. Sí, bueno, porque también lo valemos. Como dijiste tu misma, somos lo mejor de lo mejor.
¿Y qué piensan ustedes de los humanos de la excavación? ¿Les molesta que estén aquí?
—No nos hace gracia, la verdad, pero por ahora respetan los límites y no hay problemas.
—¿Cómo va la economía estadounidense? ¿Se está recuperando de esa horrible recesión

económica que el rodio está supliendo de forma vital?
¿Conocen ese tema?
—Oh, sí, claro que lo conocemos. Han venido aquí con gilipolleces y excusas después de espiarnos y sabotearnos.
¿Cómo dice?
—Que los betas nos han espiado y saboteado para hacerse con Mina Negra. ¿No lo sabíais? Vaya… Pues veréis, ¿cómo creéis que encontraron el yacimiento de rodio? Lo encontramos nosotros y un espía les informó de ello y después reventaron Mina Negra con bombas tratando de hacerlo pasar por un accidente.
¿Qué? ¿Está seguro de eso? ¿Tiene pruebas?
—¿Pruebas? No, claro que no. Y no te preocupes, esto sí que te lo van a obligar a cortar de tu documental; pero quiero que lo sepas. Los betas mataron a casi un millar de animanos en esas minas para hacerse con el rodio, y después, usaron el Pacto de la forma más retorcida y ridícula posible. Pero no pasa nada, porque somos animanos y a nadie le importa lo que pase en La Reserva. ¿A qué no?
—Tigro, déjalo ya. No merece la pena.
—Lo sé, pero me gusta. Ah, y ¿quieres una buena exclusiva? Busca al doctor Barrymore e investiga un poco, ahí sí que vas a encontrar un bombazo…
Poul, corta, corta ya.
Sí, ahora mismo

FIN